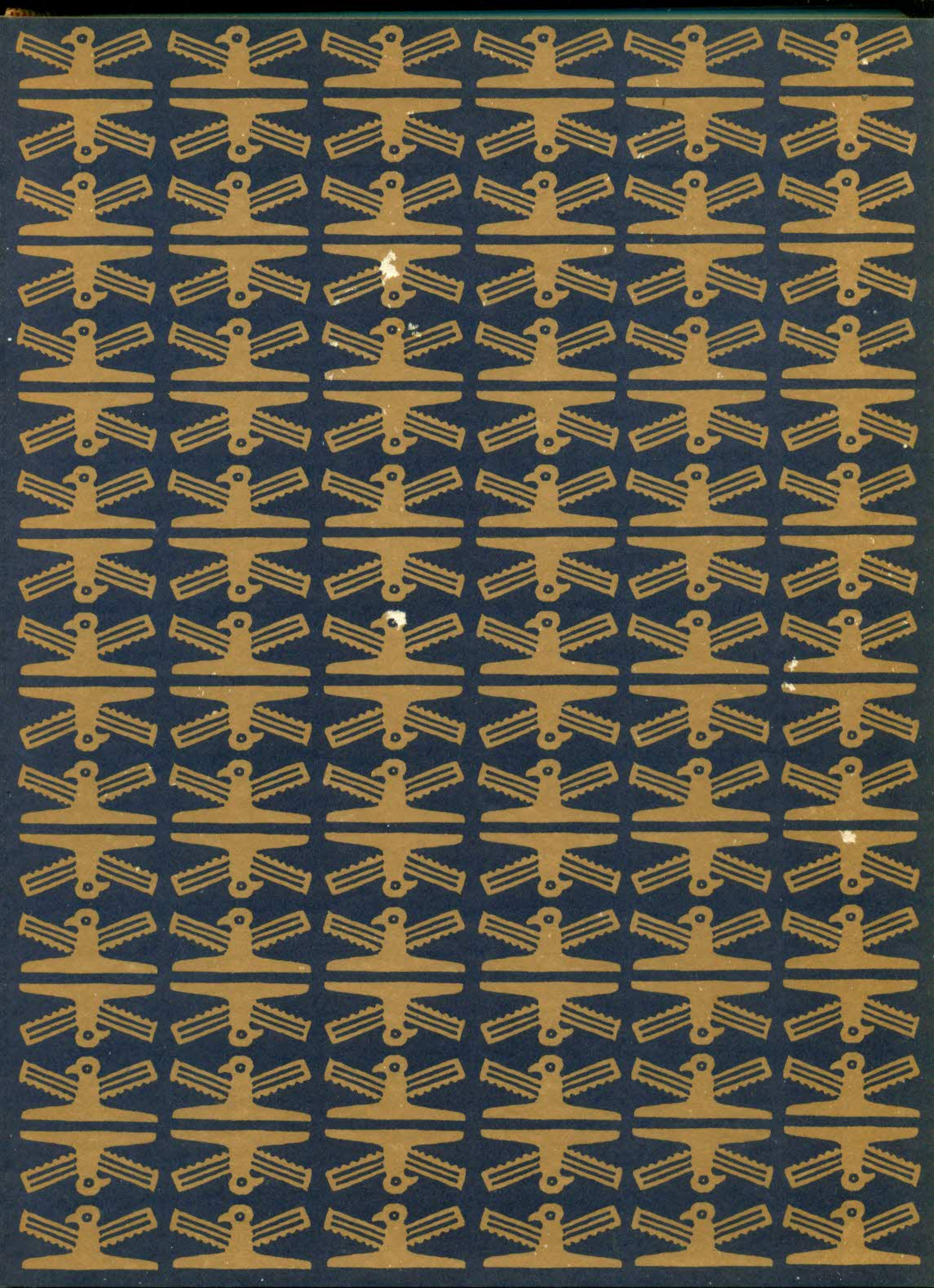
GRAN ENCICLOPEDIA DE COLOMBIA

CIRCULO DE LECTORES



GRAN ENCICLOPEDIA DE COLOMBIA





Plan de la Obra

1. Historia*
2. Historia**
3. Geografía
4. Literatura
5. Cultura
6. Arte
7. Instituciones
8. Economía
9. Biografías*
10. Biografías**
11. Cronología e Indices

Consejo Editorial

GRAN ENCICLOPEDIA DE COLOMBIA

TEMATICA

9
Biografías
Abad - Lemaitre

Directores Académicos

Beatriz Castro Carvajal
Daniel García-Peña Jaramillo

CIRCULO DE LECTORES

Dirección de Proyecto
Fernando Sánchez Paredes

Editor
Camilo Calderón Schrader

Gerencia de Realización
Daniel Enrique Calderón Schrader

Realización
Cordillera Editores Ltda.
Carrera 13 Nº 13-24, Bogotá

Editor Asistente
Patricia Torres Londoño

Colaboración
Juan David Giraldo

Diseño
Alvaro Garrido

Fotografía
Ernesto Monsalve Pino

Producción
Mario Bertieri

Fotocomposición y Artes
Grupo Editorial 87 Ltda.
Gloria Isabel Porras

Fotolitos
ABC Scanner
Photo Scanner
Punto Scanner

Impresión y encuadernación:
Printer Colombiana S.A.
Santafé de Bogotá D.C., 1994
Impreso en Colombia

ISBN 958-28-714-8 (Volumen 9)
ISBN 958-28-0294-4 (Colección completa)

Licencia editorial de
Editorial Printer Latinoamericana Ltda. para
Círculo de Lectores, S.A.

Colaboradores

Fabio Acevedo Beltrán

Bogotá, 1969. Comunicación Social y Literatura, Pontificia Universidad Javeriana. Autor de los artículos "Literatura griega arcaica y clásica", "Literatura fantástica y de aventuras en el siglo XIX", "Generación del 98" y "Surgimiento de las vanguardias" para la *Enciclopedia Escolar* (Editorial Norma). Artículos sobre literatura publicados en *La Prensa*.

Mario Aguilera Peña

Puente Nacional (Santander), 1955. Licenciado en Ciencias Sociales y Magister en Historia, Universidad Nacional de Colombia. Docente e Investigador en las Universidades Francisco José de Caldas, Javeriana, Nacional y Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Autor de: *Los comuneros: guerra social y lucha anticolonial* (1981) e *Ideal democrático y revuelta popular* (1989).

Hortensia Alaix de Valencia

Popayán, 1939. Licenciada en Literatura y Lengua Española. Profesora, Departamento de Español y Literatura, Universidad del Cauca. Jefe del Departamento de Filosofía y Literatura (1983) y miembro del Comité Curricular del Departamento de Español y Literatura (1989-1991), Universidad del Cauca.

Fernando Araújo Vélez

Cartagena, 1959. Comunicador Social, Pontificia Universidad Javeriana. Editor de Deportes, revista *Cromos* (desde 1991). Autor de: "Mundiales de fútbol" (*La Prensa*, 1990). Coautor de: *Momentos estelares del deporte y Momentos trágicos del deporte* (Voluntad, 1993).

Jaime Arocha Rodríguez

Bogotá, 1945. Antropólogo Cultural Ph.D., Columbia University, Nueva York. Profesor del Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Expresidente de la Sociedad Antropológica de Colombia. Investigador del programa "Violencia, derechos humanos y democracia", Universidad de las Naciones Unidas y CENDES de la Universidad Central de Venezuela. Miembro de la Comisión de Estudio sobre la Violencia en Colombia. Director del Centro de Estudios Sociales (CES), Universidad Nacional.

William Atehortúa Almanya

Medellín, 1949. Folclorólogo, Universidad Autónoma Latinoamericana, Medellín. Investigador en la Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia. Investigaciones para los programas institucionales "Recuperación de la Memoria Cultural" y "Talleres de Estudios Folclóricos". Asesorías al Festival Nacional de Bambuco, Fiesta de San Pedro en El Espinal y Antioquia Unido por la Cultura.

Eduardo Barrera Monroy

Bogotá, 1959. Historiador, Pontificia Universidad Javeriana. Candidato a Magister en Historia de Colombia, Universidad Nacional de Colombia. Profesor e Investigador, Universidad Javeriana. Profesor Invitado de la Universidad de los Andes. Investigador de la Oficina de Documentación del Centro Nacional de Restauración de Colcultura.

David Bushnell

Philadelphia (Pennsylvania), 1923. B.A., M.A. y Ph.D., Universidad de Harvard. Profesor de Historia en las Universidades de Delaware, New Mexico y Florida (Gainesville). Editor de la *Hispanic American Historical Review*. Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia.

Camilo Calderón Schrader

Bogotá, 1941. Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad de los Andes. Licenciado en Geografía e Historia, Universidad de Barcelona (España). Maestro en Historia del Arte. Periodista y Editor.

Mateo Cardona Vallejo

Bogotá, 1964. Diplomado en Estudios Literarios, Pontificia Universidad Javeriana. Profesor de Literatura en el Colegio San Carlos y en la Universidad Javeriana. Editor y Director Asistente de la revista *Gaceta*, de Colcultura. Autor de varios ensayos de análisis para la Colección Centro Literario, de Editorial Voluntad.

Helena Caro Negrete

Zipaquirá (Cundinamarca), 1962. Estudios de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Trabajos de investigación para el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), Desarrollo Rural Integrado (DRI) y Dirección de Impuestos Nacionales.

Luis Ociel Castaño Zuluaga

El Santuario (Antioquia), 1962. Historiador, Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín. Abogado de la Universidad de Antioquia. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia y del Tecnológico de Antioquia. Director de investigaciones sobre la Asamblea Departamental de Antioquia, 1830-1992 y sobre Periodismo libre y autónomo en Colombia, 1821-1880.

Beatriz Castro Carvajal

Cali, 1957. Antropóloga, Universidad de los Andes. Master en Estudios Latinoamericanos, con énfasis en Historia y Antropología, St. Antony's College-Latin American Centre, Universidad de Oxford. Profesora de los Departamentos de Historia de las Universidades del Valle y de los Andes. Directora del proyecto de investigación "Tenencia de la tierra en la Sabana de Bogotá, 1539-1939", Convenio Cinep-Fundación Misión Colombia. Directora del proyecto editorial "Vida diaria en Colombia" (Editorial Norma).

Gonzalo Cataño

Gómez Plata (Antioquia), 1945. Sociólogo, Universidad Nacional de Colombia. Master of Arts, Universidad de Stanford. Profesor Titular en la Universidad Pedagógica Nacional. Antiguo Presidente de la Asociación Colombiana de Sociología. Varias publicaciones sobre educación, historia de la sociología y desarrollo del pensamiento colombiano. Compilador de: *Educación y sociedad en Colombia* (1973), *De la sociología a la historia*, de Jaime Jaramillo Uribe (1994) y *Evolución de la sociedad colombiana*, de Diego Mendoza Pérez (1994). Autor de: *La Sociología en Colombia* (1986) y *Educación y estructura social* (1989).

Diana Luz Ceballos Gómez

Medellín, 1962. Historia, Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín. Autora de: *Hechicería, brujería e Inquisición en el Nuevo Reino de Granada. Un duelo de imaginarios*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1994.

Diego Cerón Correa

Bogotá, 1961. Estudios de Comunicación Social, Universidad Externado de Colombia. Diplomado en Estudios Literarios, Universidad Javeriana. Colaboraciones publicadas *Boletín Cultural y Bibliográfico* y revista *Gaceta*, de Colcultura.

Stella María Córdoba Giraldo

Medellín, 1960. Historiadora, Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín. Investigadora y auxiliar de transcripción paleográfica. Codirectora de varios coloquios literarios en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

Juan Felipe Córdoba Restrepo

Caldas (Antioquia), 1963. Historiador de la Universidad de Antioquia, con la tesis "Laureano Gómez y su accionar político: la palabra". Investigador para la obra "Historia de Medellín"

María Teresa Cristina Zonca

Gattico (Italia), 1939. Licenciada en Filosofía y Letras, Universidad de los Andes. Master en Literatura Francesa, Universidad de Pittsburgh, Pennsylvania. Profesora del Departamento de Humanidades de la Universidad de los Andes y de Literatura en la Universidad Nacional, donde ha sido Directora del Departamento de Literatura.

Alicia Dussan de Reichel

Bogotá, 1920. Antropóloga, Instituto Etnológico Nacional. Miembro de número de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Miembro de la New York Academy of Sciences, la American Association for the Advancement of Science y la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia.

Leila El'Gazi Durán

Bogotá, 1951. Estudios de Filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y de Ciencias Políticas en la Universidad San Carlos de Guatemala. Sonidista, editora y asistente de dirección cinematográfica. Investigadora de temas históricos. Investigadora para el libro *Tiempos del Olympia*, Bogotá, Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, 1992.

Ana María Escallón Emiliani

Bogotá, 1954. Licenciada en Ciencias de Comunicación Social, Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Master en Estudios Latinoamericanos, Georgetown University, Washington. Master en Historia, Princeton University, Nueva York. Profesora de Historia del Arte de América Latina, de Crítica de Arte y de Nuevos Medios, en la Universidad de los Andes. Crítica e Historiadora del Arte.

Marta Fajardo de Rueda

Bogotá, 1944. Licenciada en Filosofía y Letras con especialización en Historia, Universidad Nacional de Colombia. Candidata al Doctorado en Historia, Universidad de Chile. Estudios de Música, Conservatorio Nacional de Música. Profesora de la Universidad Nacional y Directora de su Instituto de Investigaciones Estéticas.

John Jairo Galán Casanova

Bogotá, 1970. Estudios de Filosofía y de Literatura, Universidad Nacional de Colombia. Colaborador de la sección de Reseñas Bibliográficas en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* y en la revista *Gaceta* de Colcultura. Asistente Regional en Medellín, Consejería Presidencial para la Juventud, la Mujer y la Familia. Premio Nacional de Poesía Joven, Instituto Colombiano de Cultura, 1993.

Rafael Garrido Lopera

Bogotá, 1961. Comunicador Social Periodista, Universidad Externado de Colombia. Tecnólogo en Administración de Sistemas, Instituto Politécnico Grancolombiano. Colaborador de *La República* y *El Nuevo Siglo* y de la revista *Nueva Frontera*.

Juan David Giraldo Segura

Bogotá, 1956. Pintor, Ceramista e Investigador Gráfico. Estudios de Arte en la Universidad Nacional de Colombia y Academia Iván Pavlovich de Sofía, Bulgaria. Maestro en Pintura y Técnicas Artísticas de la Escola Massana en Barcelona, España. Investigador Gráfico para la *Nueva Historia de Colombia* (Planeta), *Flores de Colombia* y *Colombia campesina* (Benjamín Villegas), Intercol y *Gran Enciclopedia de Colombia* (Círculo de Lectores). Colaborador artístico de la revista *Credencial Historia*.

Clarita Gómez de Melo

Medellín, 1938. Psicoanalista Infantil. Doctor en Filosofía y Letras, Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín. Psicoanalista del Instituto Psicoanalítico de Estocolmo, Hamstead Child Clinic y Tavistock Clinic de Londres. Autora de: *Lo mejor de Efe Gómez* (Bogotá, Universidad Nacional, 1987) y *Efe Gómez, sus mejores páginas*, Colección de Autores Antioqueños, Nº 64 (Medellín, Vieco & Cía., 1991).

Lucella Gómez Giraldo

Barcelona (Quindío), 1956. Estudios de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín. Historiadora y Magister en Historia de Colombia de la misma universidad. Miembro de la Sociedad Colombiana de Historiadores.

Ana Gómez Romero

Paime (Cundinamarca), 1966. Ciclo de Historia, Universidad de los Andes. Licenciatura en Historia y Filosofía, Universidad de la Gran Colombia, Bogotá. Asistente de Dirección del Noticiero AM.PM.

Clío Florencia Gómez Scalaberny

Medellín, 1938. Estudios de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín. Estudios de actualización en Investigación Museográfica y Museografía en Florencia, Montreal, Moscú y La Habana. Directora de la Casa Museo Pedro Nel Gómez, en Medellín.

Marta Clemencia Herrera Angel

Cali, 1954. Licenciada en Ciencia Política, Universidad de los Andes. Candidata al grado de Magister en Historia, Universidad Nacional de Colombia. Secretaria del Consejo de Ministros en la Presidencia de la República (1987-1990). Investigadora de proyectos de la División de Asuntos Indígenas, Departamento de Ciencias Políticas (Uniandes), Colciencias, Ministerio de Educación, Centro de Estudios e Investigaciones Sociales. Becaria Francisco de Paula Santander con el proyecto "Formas históricas del poder, siglo XVIII", Colcultura, 1991.

Helena Iriarte Núñez

Bogotá, 1937. Estudios de Filosofía y Letras, Universidad de los Andes. Especialización en Literatura Hispanoamericana, Instituto Caro y Cuervo. Estudios de Literatura Española, Universidad de Madrid. Profesora Titular, Centro de Estudios Universitarios Colombo Americano (CEUCA). Profesora en las Universidades Pedagógica Nacional y Javeriana. Escritora y Ensayista.

Myriam Luz Jaramillo Giraldo

Medellín, 1963. Historiadora, Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín. Monitora de la Unidad de Información y Documentación (UNID), en la misma universidad, e Investigadora de Asuntos Editoriales de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Investigadora para los proyectos "Recuperación mitológica de las piedras no preciosas a partir de la Cultura Tairona" e "Historia del cine documental en Colombia".

Mario Jursich Durán

Valledupar, 1964. Editor, poeta y ensayista. Estudios de Literatura, Universidad Javeriana. Ex Director de Actividades Culturales y Asistente de Publicaciones, Fondo Cultural Cafetero. Miembro del Comité Editorial de Ediciones Cave Canem. Redactor y Asistente de Dirección de la revista *Gaceta*, de Colcultura (2a. época). Editor de Tercer Mundo.

Marina Lamus Obregón

Oiba (Santander), 1950. Licenciada en Español y Literatura, Universidad La Gran Colombia. Maestría en Literatura Hispanoamericana, Instituto Caro y Cuervo. Investigadora e historiadora del movimiento teatral en Colombia. Colaboradora de la Subgerencia Cultural del Banco de la República.

Gloria León Gómez

Amagá (Antioquia). Historiadora de la Universidad de Antioquia. Funcionaria de Promoción Cultural del Instituto de Seguros Sociales, Medellín. Editora de la Colección Coopiss, sobre Literatura Colombiana Contemporánea. Investigadora para los proyectos "Cambios arquitectónicos y espaciales en Medellín, 1880-1920" y "Origen y dinámica de los acueductos de Medellín, 1880-1920".

Santiago Londoño Vélez

Medellín, 1955. Administración y Finanzas, Universidad EAFIT, Medellín. Estudios de Postgrado en el College of Arts, The University of Texas, Austin. Primer Premio en el Concurso de Investigación Fenalco Antioquia (1982) y Becario Francisco de Paula Santander, de Colcultura (1989). Grace Hill Milham Presidential Scholarship en la Universidad de Texas (1990). Curador e Historiador del Arte.

Juan Lozano Ramírez

Bogotá, 1964. Abogado de la Universidad de los Andes. Profesor en las Facultades de Derecho de las Universidades de los Andes, Javeriana y Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Comisionado Jurídico y de Desarrollo en la Gobernación de Cundinamarca. Diputado a la Asamblea de Cundinamarca por el Nuevo Liberalismo. Secretario privado de Luis Carlos Galán, hasta su muerte. Consejero Presidencial para la Juventud, la Mujer y la Familia. Fundador del Movimiento "Colombia Siempre". Columnista de *El Espectador* y *La Prensa* y colaborador de *El Tiempo*.

Gino Germán Luque Cavallazzi

Bogotá, 1969. Estudios Literarios y de Griego y Latín Clásicos, Universidad Javeriana. Autor de "El barroco en Inglaterra", para la *Enciclopedia escolar* de Editorial Norma. Editor.

Luis Carlos Mantilla Ruiz, OFM

Piedecuesta (Santander), 1944. Sacerdote franciscano. Licenciado en Filosofía y en Teología, Universidad San Buenaventura, Bogotá. Doctor en Historia Eclesiástica, Universidad Gregoriana de Roma. Becario del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid como investigador en el Archivo General de Indias de Sevilla. Investigador Asociado y miembro de la Academy of American Franciscan History, Washington. Miembro de Número de las Academias Colombianas de Historia, Historia Eclesiástica y de Educación. Catedrático de Historia de la Iglesia y Patrología, Universidad de San Buenaventura. Autor de: *Los franciscanos en Colombia*, 2 Vols., Bogotá, Kelly, 1984 y 1987; y de numerosos estudios y monografías de carácter histórico.

Jorge Iván Marín Taborda

Armenia (1957). Licenciado en Historia, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Experto en Historia de Colombia, Instituto Superior de Historia de la Academia Colombiana de Historia. Profesor de Historia, Universidad Javeriana. Ex Director de la Casa Museo Jorge Eliécer Gaitán, Bogotá. Coordinador del Grupo de Estudios Históricos, Instituto María Cano (ISMAC).

William Martínez Betancur

Medellín, 1963. Estudios preparatorios de Música, Universidad de Antioquia. Estudios en Música Popular, Escuela Popular de Arte (EPA), Medellín. Estudiante de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín. Actualmente prepara la tesis "Historia de la crítica de arte en Colombia, 1899-1904".

Aída Martínez Carreño

Bucaramanga, 1940. Estudios de Bellas Artes y de Administración Cultural. Fundadora y Directora del Fondo Cultural Cafetero (1975-1990) y del Museo del Siglo XIX, de Bogotá. Secretaria Ejecutiva de la Comisión Colombiana del V Centenario (1985-1990). Miembro de la Academia Colombiana de Historia, Academia de Historia de Santander, Asociación Internacional de Críticos de Arte y Consejo Internacional de Museos. Investigadora sobre temas de la vida cotidiana en la historia de Colombia, sobre los cuales ha publicado varios libros y numerosos artículos en *Boletín cultural y bibliográfico*, *Credencial Historia*, *Lámpara*, *Magazín Dominical*, *Lecturas Dominicales* y *Vanguardia Liberal*. Asesora de proyectos editoriales.

Gloria Martínez Castillo

Santiago de Chile, 1937. Maestra en Bellas Artes, Universidad de los Andes. Estudios de Arte Moderno con Marta Traba en el Metropolitan Museum de Nueva York y National Gallery de Washington. Profesora de Historia del Arte, Universidad de los Andes. Ha realizado exposiciones de pintura desde 1962. Autora de artículos y de manuales sobre Historia del Arte.

María Clara Martínez Rivera

Barranquilla, 1961. Médico Cirujano, Pontificia Universidad Javeriana. Postgrado en Crítica de Arte, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Profesora de Historia del Arte, Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Autora de investigaciones bibliográficas y cronologías para libros sobre Manuel Hernández, Salón Nacional de Artistas, Casimiro Eiger, Enrique Grau, Eduardo Ramírez Villamizar y Antonio Barrera. Escritora sobre artes plásticas y reseñas de exposiciones.

Cristina Maya de Herrera

Bogotá, 1951. Licenciada en Filosofía y Letras con especialización en Literatura Latinoamericana, Universidad de los Andes. Profesora en la Universidad del Cauca, Andes, La Sabana y Jorge Tadeo Lozano. Coordinadora de la sección de Literatura de la revista *Culturama Colombia*. Editora de *Obra Crítica*, de Rafael Maya, 2 Vols. (Bogotá, Banco de la República, 1982). Autora de: *Historia y Mito en la novela de Antioquia* (Bogotá, Uniandes, 1980), *De pie sobre la vida* (poesía, Bogotá, Presencia, 1991), *Jorge Rojas. Vida y obra* (próxima aparición) y varios ensayos sobre literatura colombiana e hispanoamericana publicados en revistas y periódicos.

Alberto Mayor Mora

Cali, 1945. Sociólogo, Universidad Nacional de Colombia. Profesor Asociado del Departamento de Sociología en la misma Universidad. Profesor Visitante en la Universidad de Oxford, Inglaterra. Medalla Pedro Justo Berrío de la Gobernación de Antioquia por sus investigaciones sobre la industria en ese departamento. Autor de: *Etica, trabajo y productividad en Antioquia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1984.

Jorge Orlando Melo González

Medellín, 1942. Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Colombia. Postgrado en Historia, Universidades de North Carolina y Oxford. Profesor, Director del Departamento de Historia, Director del Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CID) y Profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional. Profesor, Director del Departamento de Historia, Decano de Investigaciones, Vicerrector y Rector (e) de la Universidad del Valle. Consejero Presidencial para la Defensa, Protección y Promoción de los Derechos Humanos. Consejero Presidencial para Medellín y su Area Metropolitana.

María Alexandra Méndez Valencia

Bogotá, 1964. Antropóloga, Universidad del Cauca, Popayán. Master en Antropología Social, ENAH, México. Profesora y

Asistente de la Rectoría en la Universidad del Cauca. Miembro de la Sociedad Colombiana de Antropología.

Luis Carlos Molina Acevedo

Comunicador Social y Magister en Lingüística, Universidad de Antioquia. Promotor de Literatura de la Dirección de Extensión Cultural de Antioquia.

Luis Fernando Molina Londoño

Envigado (Antioquia), 1960. Historiador, Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín. Historiador en la Sección de Investigación y Documentación Sociocultural de la Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia. Autor de varias publicaciones sobre aspectos históricos del patrimonio arquitectónico y cultural.

Otto Morales Benítez

Riosucio (Caldas), 1920. Doctor en Derecho, Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín. Catedrático en las Universidades Bolivariana, Externado de Colombia, Libre y de América. Ministro de Trabajo y Seguridad Social (1960) y de Agricultura (1960-1961). Miembro de las Academias Colombianas de la Lengua, de Historia y de Jurisprudencia. Periodista y ensayista, autor de más de trescientos libros, ponencias, estudios y artículos sobre temas de política, seguridad social, derecho agrario, historia, cultura y literatura.

Teresa Morales de Gómez Agudelo

Bogotá, 1934. Estudios de Bellas Artes, Universidad de Laval, Quebec, y de Filosofía y Letras e Historia de Colombia en la Universidad de los Andes. Vicepresidente y Presidente de la Asociación Colombiana de Museos. Fundadora y Presidente de la Fundación Arte de la Música. Directora del Museo de Arte Colonial en Bogotá.

Juan Jacobo Muñoz Delgado

Popayán, 1923. Doctor en Medicina, y Cirugía, Universidad Nacional de Colombia. Especializado en Cirugía y Oncología en Inglaterra y Estados Unidos. Profesor de Cirugía, Universidad Nacional. Jefe de Cirugía del Instituto Nacional de Cancerología y del Hospital San Juan de Dios. Ministro de Salud Pública (1965-1966). Ministro de Educación Nacional (1972-1974). Embajador ante la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura), París (1974-1978). Rector de la Universidad de los Andes (1978). Director del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (1979-1982). Actual presidente de la Academia Nacional de Medicina y miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua. Autor de numerosos trabajos sobre Oncología, Salud Pública, Historia, Educación y Filatelia.

Diana Obregón Torres

Bogotá, 1953. Socióloga, Universidad Nacional de Colombia. Postgrado en Historia de la misma universidad. Profesora de las Universidades Nacional, Javeriana, Externado de Colombia, Escuela Colombiana de Medicina, Central y Cooperativa de Colombia. Coordinadora del Programa Nacional de Investigaciones en Ciencias Sociales y del Programa Nacional de Investigaciones en Educación, Colciencias. Autora de artículos sobre historia de la ciencia.

Javier Ocampo López

Aguadas (Caldas), 1939. Licenciado en Ciencias Sociales y Económicas y Profesor del Postgrado de Historia en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia en Tunja. Doctor en Historia del Instituto de Estudios Históricos de El Colegio de México y Seminario de Historia de las Ideas de América Latina de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Presidente de la Academia Boyacense de Historia. Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia y Correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua y Academias de Historia de Antioquia, Santander, Falcón (Venezuela) y Paraguay. Autor de numerosas obras de historia y, en particular, sobre historia de las ideas en Colombia y América hispana.

Montserrat Ordóñez Vila

Colombiana nacida en Barcelona (España), 1941. Licenciada en Lenguas Modernas, Universidad de los Andes. Master of Arts y Ph.D. en Literatura Comparada, con especialización en Teoría Literaria y Literatura Hispanoamericana y Brasileña, Universidad de Wisconsin, Madison. Profesora de Literatura en las Universidades de los Andes y Nacional de Colombia. Profesora Visitante de las Universidades de Pittsburgh y de Massachusetts, Amherst. Editora, traductora y poeta, autora de numerosos ensayos y artículos sobre Literatura latinoamericana y colombiana.

Jorge Páramo Pomareda

Bogotá, 1928. Estudios de Clasificación y Catalogación de Libros y Bibliotecología y de Lingüística Indoeuropea y Filología Clásica en el Instituto Caro y Cuervo. Profesor en las Universidades Nacional de Colombia, Javeriana, de los Andes, Caro y Cuervo, Instituto de Antropología para las Misiones. Investigador y Bibliotecario, Jefe de los Departamentos de Filología Clásica y de Lingüística General y Subdirector Académico (e) del Instituto Caro y Cuervo. Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. Autor de numerosas obras de gramática y lingüística y editor de obras literarias colombianas.

Gabriel Puyana García

Bucaramanga, 1926. Brigadier General (R) del Arma de Caballería. Graduado en Derecho Internacional y Diplomacia, Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Profesor y Director de Estudios, Escuela Superior de Guerra. Agregado Militar, Naval y Aéreo en Chile. Director de la Escuela Militar de Cadetes. Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia, Sociedad Bolivariana y Sociedad Santanderista.

Marta Elena Restrepo González

Medellín, 1952. Estudios Generales y de Economía, Universidades de Antioquia y de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Gestión de Archivos Audiovisuales en el Instituto Nacional Audiovisual, París. Profesora, Facultad de Comunicación, Universidad Jorge Tadeo Lozano, y de Análisis y Apreciación Cinematográfica en la Cinemateca Distrital de Bogotá. Script, Asistente y Realizadora de cine. Investigadora de la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano.

Gilma Ríos Peñaloza

Fresno (Tolima), 1958. Licenciada en Ciencias Sociales, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Magister en Historia, Universidad Nacional de Colombia. Profesora Asistente de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Investigadora, Fundación de Estudios Históricos Misión Colombia. Asistente de investigación para los libros *Episodios bogotanos*, de Alfredo Iriarte y *Muy cerca de Bolívar*, de Fabio Puyo Vasco. Coinvestigadora de la *Historia de Bogotá*, Bogotá, Misión Colombia-Villegas Editores, 1988. Actualmente realiza la recuperación, catalogación y sistematización del Archivo Histórico Municipal de la ciudad de Honda (Tolima).

Juan Camilo Rodríguez Gómez

Bogotá, 1961. Economista, Profesor e Investigador en las Facultades de Administración de Empresas y de Finanzas y Relaciones Internacionales de la Univesidad Externado de Colombia. Investigador, Asociación Nacional de Instituciones Financieras (ANIF). Autor de: *El uso del tiempo en Bogotá* (1984), *Historia del agua en una ciudad* (1988), *Escritos sobre Santander* (1989), *Historia de la Cámara de Comercio de Bogotá* (1991), *Tiempo y ocio, crítica de la economía del trabajo* (1991).

Gilma Rodríguez Uribe

Bogotá, 1956. Técnica en Radio y Televisión, Instituto Colombiano de Electrónica y Comunicaciones. Bibliotecaria, Biblio-

teca Luis Angel Arango. Servicios al Público, Hemeroteca Luis López de Mesa, Bogotá. Secretaria de Redacción, *Boletín Cultural y Bibliográfico* (desde 1987).

Silvia Rojas Caballero

Bogotá, 1963. Antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia. Investigadora para diferentes proyectos antropológicos y arqueológicos con la Universidad Nacional y con el Instituto de Cultura y Bellas Artes de Boyacá.

Diego Rojas Romero

Bogotá, 1955. Licenciado en Ciencias de la Comunicación Social con especialización en Cine, Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Postgrado en Administración Cultural, Escuela Interamericana de Administración Pública, Fundación Getulio Vargas, Río de Janeiro. Profesor de Apreciación Cinematográfica de la Universidad Pedagógica Nacional y de la Cinemateca Distrital de Bogotá. Director del Cine Club de Colombia (1992-1993). Becario Francisco de Paula Santander con el proyecto "Modelo de catalogación de la filmografía nacional", Colcultura, 1993.

Germán Rubiano Caballero

Girardot (Cundinamarca), 1938. Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Colombia. Especialización en Historia del Arte, Courtauld Institute, Universidad de Londres. Profesor Titular, Director del Museo de Arte, Director del Departamento de Historia, Director del Instituto de Investigaciones Estéticas y Secretario Académico de la Facultad de Ciencias Humanas en la Universidad Nacional. Miembro del Consejo Editorial de la revista *Arte en Colombia*. Curador de numerosas exposiciones colectivas y retrospectivas. Autor de artículos de crítica de arte y de varios libros y monografías sobre arte y artistas colombianos.

José Eduardo Rueda Enciso

Bogotá, 1957. Antropólogo, Universidad Nacional de Colombia. Magister en Historia Andina, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)-Universidad del Valle. Profesor de la Facultad de Ciencias y Educación, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Eduardo Ruiz Martínez

Bogotá, 1929. Doctor en Jurisprudencia, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Especialización en Derecho Administrativo en las Universidades Degli Studi de Roma, París y Libre de Bruselas, y en Derecho Comparado en la Universidad de Nueva York. Cónsul General en Australia. Historiador e Investigador, Fundador y Presidente de la Sociedad Nariñista de Colombia. Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia y Correspondiente de numerosas academias colombianas y extranjeras.

Eduardo Sáenz Rovner

Buenos Aires (Argentina), 1955. Economista y Master en Historia y en Economía, Souththern Illinois University. Postgrado en London School of Economics. Master y Doctor en Historia, Brandeis University, Massachusetts. Profesor Visitante en la Universidad de California, Los Angeles. Profesor en la Facultad de Administración de la Universidad de los Andes y en la de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Colombia. Autor de: *La ofensiva empresarial*, Bogotá, Tercer Mundo-Uniandes, 1992.

Alberto Saldarriaga Roa

Bogotá, 1941. Arquitecto, Universidad Nacional de Colombia. Especialización en Vivienda y Planeamiento, Centro Interamericano de Vivienda, Bogotá. Estudios de Planeamiento Urbano, Universidad de Michigan, Ann Arbor. Profesor de Historia y Teoría de la Arquitectura en las Universidades Nacional y de los Andes. Coordinador del Magister en Historia y Teoría de la Arquitectura de la Universidad Nacional. Autor y editor de numerosos libros sobre aspectos culturales de la arquitectura.

Santiago Samper Trainer

Bogotá, 1946. Estudios de Derecho, Economía y Ciencias Políticas, Universidad de los Andes. Historiador de la Universidad de Syracuse, Nueva York. Administrador Cultural. Jefe de la Sección de Centros Culturales del Instituto Colombiano de Cultura (1975-1977). Director de Actividades Culturales del Centro Colombo-Americano (1977-1991). Curador de numerosas exposiciones de arte. Director para Colombia de la Fundación Latinoamericana para el Desarrollo Cultural.

Carlos Sánchez Lozano

Bogotá, 1964. Derecho y Ciencias Políticas, Universidad Nacional de Colombia. Lingüística y Literatura, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Director Editorial de la revista *Investigar*. Ensayos sobre literatura colombiana, iberoamericana y universal publicados en *Argumentos, Magazín Dominical, Gaceta, Revista de la Universidad de Antioquia y Foro*. Editor independiente.

Martha Segura Naranjo

Bogotá, 1962. Fotógrafa del American College, París. Especialización en Fotografía Documental de la Escuela de Medios Audiovisuales de Avellaneda en Buenos Aires. Estudios de Cinematografía en la Universidad Nacional de Colombia. Becaria Francisco de Paula Santander con el proyecto "Itinerario del Museo Nacional, 1823-1993", Colcultura, 1990. Investigadora y Asistente de Curadurías para la Biblioteca Luis Angel Arango y el Museo Nacional, donde es jefe del Area de Investigación.

Gloria Serpa-Flórez de Kolbe

Bucaramanga, 1931. Grado en Filosofía y Letras, Universidad de los Andes. Estudios de Periodismo, Arte e Idiomas en Madrid, Nueva York, México y París. Profesora Auxiliar en la Universidad de los Andes. Cónsul de Colombia en Munich. Autora de ensayos sobre literatura, traducciones poéticas y una biografía sobre el poeta Julio Flórez.

Piedad Tello Lozano

Coello (Tolima), 1949. Antropóloga, Universidad de los Andes. Profesora en las Universidades Pedagógica y Tecnológica de Colombia (Tunja) y de los Andes. Investigadora social. Autora de "Vida y Lucha de Manuel Quintín Lame".

Luz Stella Tocancipá Rodríguez

Bogotá, 1956. Licenciada en Comunicación Social con énfasis en Periodismo y Estudios de Postgrado en Ciencias Políticas, Pontificia Universidad Javeriana. Directora y guionista cinematográfica. Periodista de las revistas *Cromos, Magazín Al Día, Diners, Geomundo, Buen Hogar, Avianca y Semana*, entre otras. Directora de la revista *Super Guía*. Jefe de Divulgación y Publicaciones de Focine. Profesional de la Oficina de Comunicaciones del Ministerio de Comercio Exterior.

César Miguel Torres del Río

Bogotá, 1954. Economista, Universidad del Atlántico. Magister en Historia, Universidad Nacional de Colombia. Investigador, Profesor y Director del Postgrado en Enseñanza de Historia de la Universidad Javeriana. Profesor en las Universidades Jorge Tadeo Lozano, Nacional, Libre y Escuela Superior de Administración Pública (ESAP). Investigador en el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.

Oscar Torres Duque

Bogotá, 1963. Poeta y Ensayista. Diplomado en Estudios Literarios y Profesor de Literatura, Pontificia Universidad Javeriana. Director de Publicaciones, Fondo Cultural Cafetero. Fundador de la revista *Neutro, Razón y Poesía*. Asesor Editorial de la revista *Cromos*. Autor de: *La poesía como idilio*, Premio Nacional de Ensayo, Bogotá, Colcultura, 1992.

Patricia Torres Londoño

Bogotá, 1966. Graduada en Filosofía y Letras, Universidad de los Andes. Curso de Edición, London School of Publishing. Asistente de Dirección, Casa de Poesía Silva. Editora Asistente de *Externado Revista Jurídica, Externadista* e *Historia de la poesía colombiana*. Coeditora de la *Gran Enciclopedia de Colombia*.

Claudia Umaña Ortega

Bogotá, 1961. Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana. Postgrado en Crítica de Arte, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Realizadora del programa de televisión *Parte del arte* para Audiovisuales.

Fernando Vallejo

Medellín, 1942. Escritor y cineasta residente en México. Autor de *Logoi, Una gramática del lenguaje literario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983; de *El Mensajero* (1984), *Poesía Completa* (1984) y *Cartas* de Porfirio Barba-Jacob (1992); de las seis novelas de la serie narrativa titulada *El río del tiempo* (1985-1993) y de *La virgen de los sicarios*(1994).

María Isabel Vargas Arango

Bogotá, 1953. Estudios de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Colombia y de los Andes. Directora de la Librería Quimera, de Bogotá, especializada en Literatura. Asistente de Dirección de la Biblioteca Nacional. Autora de la novela *Antifaz*, Buenos Aires, La Flor, 1994.

Gustavo Vargas Martínez

Bucaramanga, 1934. Maestría y Doctorado en Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Estudios de Historia de las Ideas en la misma universidad, en la cual es Profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Autor de estudios sobre el Descubrimiento de América, sobre Bolívar, sobre José María Melo y sobre otros temas y personajes de la historia colombiana y de América.

Claudia Vásquez Vargas

Bogotá, 1962. Licenciada en Historia, Universidad del Valle. Investigadora para los proyectos "Aspectos humanos de movilidad, estacionalidad y malaria en el Río Naya" (Organización Mundial de la Salud, OMS-Univalle) y "La estructura político-administrativa colonial de la provincia de Antioquia" (Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia).

Magdala Velásquez Toro

Medellín, 1948. Derecho y Ciencias Políticas, Pontificia Universidad Bolivariana. Historia, Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín. Investigadora sobre derechos políticos y condición jurídica de la mujer. Profesora de Historia de las Ideas Políticas en la Universidad Nacional (Medellín). Consultora del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en la Consejería Presidencial para los Derechos Humanos y en Proyectos PNUD en Costa Rica, Honduras y Paraguay. Directora Académica de la obra "Las mujeres en la historia de Colombia", 3 Vols. (Consejería Presidencial para la Juventud, la Mujer y la Familia - Editorial Norma).

Patricia Vila de Pineda

Bogotá, 1948. Antropóloga, Universidad de los Andes. Profesora en las Universidades Nacional de Colombia y San Buenaventura. Investigadora sobre "Estructura familiar en el Tolima" para la Presidencia de la República. Coautora con Virginia Gutiérrez de Pineda de dos obras sobre Medicina Tradicional en Colombia (1986) y Honor, familia y sociedad (1989).

Luis Fernando Villa Quintero

Ocaña (Norte de Santander), 1940. Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Colombia. Doctor en Derecho, Universidad Externado de Colombia. Profesor en la Universidad Libre (Bogotá y Cúcuta). Director de Difusión Universitaria del Externado de Colombia.

José Manuel Villalobos Barradas

Cúcuta, 1926. Coronel (R) de la Fuerza Aérea Colombiana. Profesor Militar de Primera Clase. Profesor en la Escuela Superior de Guerra. Profesor y Rector del Instituto Militar Aeronáutico. Periodista y Director de la *Revista Aeronáutica*. Investigador e Historiador de la Fuerza Aérea Colombiana.

Presentación

La biografía ha sido siempre una manera tradicional de hacer historia, a través de los hechos de personas. Pero el énfasis que las recientes tendencias historiográficas le han dado a los procesos colectivos, y su cuestionamiento de la vieja idea por la cual los "grandes hombres" eran considerados como los hacedores de la historia, no han significado un desconocimiento del papel fundamental que juegan los individuos en los procesos históricos.

El propósito de estos dos volúmenes de biografías colombianas es ofrecer la información general sobre personajes que de una u otra manera han sobresalido en la historia de nuestro país, y poder así brindar un texto de referencia útil para todo lector. El criterio básico de selección ha sido destacar a quienes hubieran desempeñado un papel significativo en cualquiera de las áreas que integran nuestro proceso de formación nacional. Además, tal criterio de selección intenta reflejar las nuevas tendencias y temas, aunque reconocemos que la dinámica propia del estudio de la historia de Colombia hace que aún predominen los personajes de la historia tradicional. En otras palabras, todavía faltan muchas mujeres, indígenas, negros y campesinos para poder afirmar que se trata de una selección completa. Sin embargo, creemos que con este elenco de biografiados estamos cumpliendo al menos las principales necesidades de consulta y referencia.

Es de advertir que no existen en la biografía colombiana diccionarios biográficos suficientemente serios y extensos publicados durante el último medio siglo. Este es el primer intento de llenar ese vacío y seguramente se encontrarán omisiones, que futuros trabajos editoriales irán remediando.

Nuestro concepto de biografía incluye la vida y la obra del personaje. De una manera sucinta presentamos la información básica de cada uno y la ubicamos claramente dentro del contexto histórico nacional, procurando resaltar sus valores. Adicionalmente, cada entrada ofrece un cruce de referencias con los anteriores volúmenes de la *Enciclopedia* y así mismo bibliografía adicional para quienes quieran continuar leyendo sobre un personaje determinado. De todas maneras, guardando fidelidad al carácter temático de la obra, hemos dado más importancia a la calidad y contenido de las entradas, que al número de éstas. Esperamos que para los lectores sea útil y enriquecedora la consulta. Así el esfuerzo de los editores quedará recompensado.

Beatriz Castro.

Beatriz Castro Carvajal

Daniel García-Peña

Contenido

A

ABAD, FRAY MATÍAS

Religioso franciscano español nacido en la villa de Cueto, provincia de Santander, del arzobispado de Burgos, y muerto después de sufrir el martirio en las costas de Urabá, el 30 de enero de 1649. Fray Matías Abad es considerado el "protomártir" de la provincia franciscana de la Santa Fe de Colombia y el fundador de las misiones del Chocó. Hijo de Toribio Abad y Catalina de Higuera, dejó su solar nativo y se vino al Nuevo Reino de Granada como civil, en año que se desconoce. Se ejercitó en el oficio de minero en las minas de Santa Ana, jurisdicción de Mariquita, antes de su ingreso a la Orden Franciscana. De sus antecedentes en la comunidad antes de 1648 solamente se sabe que sirvió el oficio de limosnero conventual, confiado por sus superiores en razón «de su virtuoso proceder". En 1648 fray Matías se encontraba en Cartagena como morador del convento de Loreto, conocido como el convento grande de San Francisco; allí trabó estrecha amistad con el gobernador Pedro Zapata, a cuyo favor e influencia se debió el que después pudiera poner por obra su viejo deseo de ir a «dar a conocer la fe de Nuestro Señor Jesucristo a los bárbaros infieles que habitan las provincias del Chocó». El mismo gobernador ponderaba la «virtud, talento y discreción» de fray Matías, y su conocimiento de las tierras del Chocó. La ocasión propicia para que se pusiera por obra la acción evangélica del franciscano fue la orden de traslado que le vino a don Pedro Zapata para que, dejando la plaza de Cartagena, se pasara a la de Antioquia, a donde el funcionario se trasladó el 2 de abril de 1648 llevando en su compañía a fray Matías. El 21 de julio del mismo año el misionero ya se encontraba en la ciudad de Antioquia, donde aguardaba «por horas» la inminente entrada a las provincias del Chocó, a donde finalmente se encaminó el 24 de agosto en compañía de fray Miguel Romero, religioso de San Juan de Dios. Los incidentes del viaje los relató fray Matías en tres cartas de distintas fechas. El encuentro con los indios chocoes fue exitoso, pues resultaron muy receptivos y acogedores, a tal punto que el fraile pudo informar que «está fácil la pacificación», refiriéndose a que podía establecerse entre ellos. Se conserva una especie de diario suyo escrito entre el martes 12 de enero de 1649 y el domingo 17 del mismo mes, en el cual iba anotando su navegación por el río Atrato en compañía de 23 indios, buscando salir al mar por las costas de Urabá. El 30 de enero saltaron a tierra y fueron al encuentro de dos capuchinos que andaban catequizando a los indios de aquella región, pero antes de encontrarlos salieron cantidad de indios urabaes, mortales enemigos de los chocoes, los cuales los embistieron con lanzas, segando las vidas de fray Matías y fray Miguel Romero. Los restos mortales de fray Matías fueron llevados a Cartagena, con la lanza, señal de su martirio, donde fueron venerados por más de dos siglos en el templo del convento grande de San Francisco.

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

MANTILLA R., LUIS CARLOS. *Los franciscanos en Colombia*, tomo II: 1600-1700. Bogotá, Editorial Kelly, 1987, pp. 332-352.

ABAD GÓMEZ, HÉCTOR



Héctor Abad Gómez.

Médico salubrista antioqueño (Jericó, 1921 - Medellín, 1987). Investigador en ciencias de la salud, a Héctor Abad Gómez se le identifica en Colombia como defensor de los derechos humanos. Político, demócrata integral, periodista, escritor y ensayista, profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, muchas veces Abad Gómez se expresó también como sociólogo y antropólogo. Hijo de Antonio J. Abad Mesa y Eva Gómez, se graduó de médico en la Universidad de Antioquia, en 1947, y obtuvo en 1948 el master en Salud Pública de la Universidad de Minnesota. Desde joven se dedicó a la educación, prevención y atención primaria en salud, especialmente entre los sectores populares; sus opiniones en asuntos de salud pública fueron algunas veces integradas en los programas de gobierno. Fue secretario de Salud Pública de Antioquia, del municipio de Medellín, oficial médico de la Oficina Sanitaria Panamericana en Washington (1950), asesor de la Organización Mundial de la Salud para Perú, México, Cuba, Haití y República Dominicana (1954-1956) y de los Ministerios de Salud de Indonesia y Filipinas; diputado a la Asamblea de Antioquia y representante a la Cámara. Como médico y profesor universitario, Abad Gómez fue un innovador de la educación superior y se pronunció contra la formación médica individualista de inspiración francesa, a la que consideraba carente de orientación social. Promovió el estudio no memorístico y la creatividad entre sus alumnos, opuesta a las largas recitaciones académicas sacadas de tratados y manuales. De esta manera, debatió tesis hasta entonces intocables de la medicina clásica. Defendió la universidad como espacio para la ciencia y el goce del conocimiento. Luchó para que los recursos económicos no se desviaran hacia la guerra y el gasto militar, y se invirtieran en agua potable para la inmensa mayoría. Sus principales libros son *Una visión del mundo*, *Teoría y práctica de la*

salud pública y Manual de tolerancia. Redactó numerosos artículos para periódicos y revistas, donde con argumentaciones brillantes sobre diferentes temas, llamó a la sensatez, la democracia y la convivencia pacífica; en un artículo suyo, publicado póstumamente, expresó: «Sólo una emboscada siniestra podrá silenciarnos». Como promotor de los derechos humanos, en un país cuya historia política reciente es azarosa, denunció, con madurez de juicio y en plena guerra sucia a finales de los años ochenta, las desapariciones y maltratos de que fueran objeto muchos de sus contemporáneos. Se consideraba un joven de 66 años cuando, en su época de mayor vitalidad, cayó abatido por las balas de un sicario.

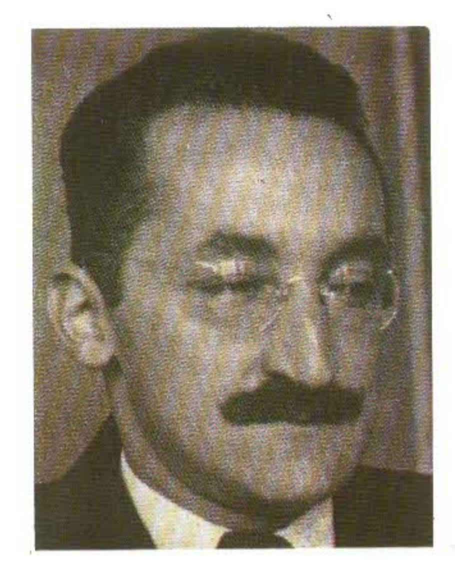
GLORIA LEÓN GÓMEZ

Bibliografía

JUTEN, PAUL. *Una vida por la vida. Testimonios sobre la vida y obra de Héctor Abad*. Bogotá, Cinep, 1989.

ABADÍA, GUILLERMO

Folklorista nacido en Bogotá en 1912. Prolífico investigador del folklore colombiano, Guillermo Abadía Morales ha sido profesor de folklore en el departamento de Música de la Universidad Nacional, director del Centro de Estudios Folklóricos de la misma institución, secretario de la Junta Nacional de Folklore y coordinador de folklore en el Centro de Documentación Musical del Instituto Colombiano de Cultura. En la Radiodifusora Nacional de Colombia, realizó una importante serie de programas didácticos sobre la diversidad de aspectos comprendidos dentro de lo que denominó el "Arbol del Folklore Colombiano". En 1970 Abadía Morales publicó su *Compendio general del folklore colombiano*, texto de estudio obligado para los interesados en esta disciplina, que comprende «todo lo que el pueblo cree, piensa, dice y hace». En su amplia labor investigativa, el maestro Abadía se ha caracterizado por ser riguroso, metódico y sistemático. Su producción, además del *Compendio*, se refleja en una vasta bibliografía que comprende, entre otros, los siguientes escritos: *Adiciones al vocabulario folklórico colombiano* (1965), *Coplerío colombiano* (1971), *La música folklórica colombiana* (1973), *Folklore y artesanías. Balance de la cultura colombiana actual* (1975). Su estudio "Estado actual de la investigación folklórica en Colombia", publicado en el *Boletín* del Instituto de Antropología en 1970, plantea los primeros lineamientos conceptuales y metodológicos para la recuperación y comprensión del acervo folklórico de Colombia. Además, escribió para *Colombia Ilustrada*, la serie Danzas de Colombia, con la que prácticamente inició en Colombia la apreciación de la danza regional: "El torbellino viejo" (1970), "El bambuco" (1971), "El pasillo" (1971) y "El currulao" (1972). En 1976, Abadía publicó *Estado actual de nuestra música folklórica*, oportuno análisis de la música colombiana en un momento marcado por los conflictos generacionales. Por otra parte, en diferentes momentos de su vida el maestro Abadía ha unido sus esfuerzos a los de otros investigadores, discípulos o compañeros permanentes en el trabajo de campo, para producir y divulgar los resultados de su incansable actividad recuperadora. Así, con Jesús Bermúdez Silva escribió en 1966, *Algunos cantos nativos, tradicionales, de la región de Guapi (Cauca)*, y *Aires musicales de los indios guambiano del Cauca*, en 1970; en compañía de Manuel Benavides Cuéllar, escribió en 1977 *18 Estructuras folklóricas de la guabina de Vélez (Santander) en relación con la copla*. Colaborador de diversas publicaciones nacionales y extranjeras, hoy día el maestro Guillermo Abadía es consultor permanente de entidades y personas interesadas en el conocimiento de la cultura popular tradicional, que tiene en él su máximo reivindicador. Sus conceptos escritos y personales constituyen hoy, como antes, guía imprescindible de folkloristas y folklorólogos.



Guillermo Abadía Morales.

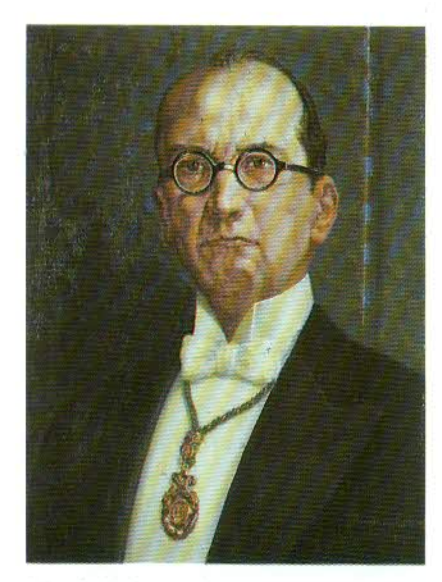
WILLIAM ATEHORTÚA ALMANYA

Bibliografía

ABADÍA MORALES, GUILLERMO. *Compendio general del folklore colombiano*. 3ª ed. Biblioteca Básica Colombiana. Bogotá, Colcultura, 1977. PERDOMO ESCOBAR, JOSÉ IGNACIO. *Historia de la Música en Colombia*. 5ª ed. Bogotá, Plaza & Janés, 1980.

ABADÍA MÉNDEZ, MIGUEL

Presidente tolimense (Piedras, junio 5 de 1867 - La Unión, Cundinamarca, mayo 9 de 1947). Miguel Abadía Méndez fue el último presidente de la Hegemonía Conservadora, y perteneció a la llamada generación de políticos gramáticos, que administraron el país basados en el poder de la retórica y el dominio del lenguaje. Realizó sus estudios en el Colegio del Espíritu Santo en Bogotá, ingresó a la Universidad Católica y, posteriormente, al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde obtuvo el grado de doctor en Derecho y Ciencias Políticas. Participó en la redacción del periódico literario *El Ensayo* (1887) y *El Colombiano*, hoja publicada para defender la candidatura de Miguel Antonio Caro a la Vicepresidencia de la República en 1891. Son de su autoría el *Compendio de historia moderna*, *Nociones de prosodia latina* y *Geografía de Colombia*, basada en el texto de Carlos Martínez Silva. Tradujo, además, las obras de Monlaur y la *Historia moderna* de Fredet, entre otras. Emérito profesor de Derecho y hombre público en ministerios (desempeñó las carteras de Instrucción Pública, Hacienda, Relaciones Exteriores, Gobierno, Guerra y Correos y Telégrafos), asambleas, cámaras legislativas y legaciones diplomáticas, Abadía Méndez fue miembro de las Academias Colombianas de Jurisprudencia y de la Lengua. Elegido presidente de la República para el cuatrienio 1926-1930, llegó a la primera magistratura postulado como candidato único del partido conservador y sin que el partido liberal participara en la contienda electoral. La negativa de esta última colectividad a contribuir con una cuota en el gobierno, convirtió a la administración Abadía en un gobierno hegemó-



Miguel Abadía Méndez.
Oleo de Rodríguez Cubillos, 1972.
Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.

nico. Su gestión estuvo caracterizada por problemas económicos de gran magnitud: tuvo que recurrir a un empréstito por 10 millones de pesos para no detener las obras públicas más importantes, y posteriormente abrió una licitación para un nuevo préstamo público de 60 millones de pesos, otorgada a una firma norteamericana. En 1928 su gobierno firmó otro empréstito por 35 millones, destinado a atender diversas obras de infraestructura, como ferrocarriles, carreteras y puertos; y hacia 1929 le correspondió enfrentar la recesión económica mundial que afectó gravemente a Colombia y amenazó con una parálisis financiera y de la producción. Al igual que su antecesor, el general Pedro Nel Ospina, el presidente Abadía Méndez usó el recurso de las misiones extranjeras para hacer reformas a las instituciones. En 1927 llegó al país una misión italiana para cambiar el régimen de prisiones y controlar el delito, pero fracasó en el logro de sus objetivos. Las relaciones internacionales en su administración ocuparon un sitio destacado; Abadía logró poner fin a tres cuestiones diplomáticas que afectaban a Colombia: con el canje de ratificaciones del tratado Lozano-Salomón (firmado en marzo 24 de 1922, ratificado en marzo 19 de 1928) quedaron normalizados los límites con el Perú; los del Brasil, con el tratado firmado entre el canciller brasileño Octavio Mangabeira y el ministro plenipotenciario por Colombia en Río de Janeiro, Laureano García Ortiz (noviembre 15 de 1928); y en el tratado Esguerra-Bárcenas (marzo 24 de 1928), firmado con Nicaragua, se ratificó la soberanía colombiana sobre el Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Durante el gobierno de Miguel Abadía Méndez el orden público se vio gravemente afectado, entre otras cosas porque las actividades sindicales fueron perseguidas y reprimidas. Dentro de este marco se presentó en diciembre de 1928 la masacre de las bananeras, triste solución militar al conflicto laboral entre la United Fruit Company y sus trabajadores. Este y otros sucesos registrados en la administración Abadía Méndez, condujeron al desgaste del partido conservador y posibilitaron la llegada del liberalismo al poder, en 1930, con Enrique Olaya Herrera [*Ver tomo 2, Historia, pp. 501-508*].

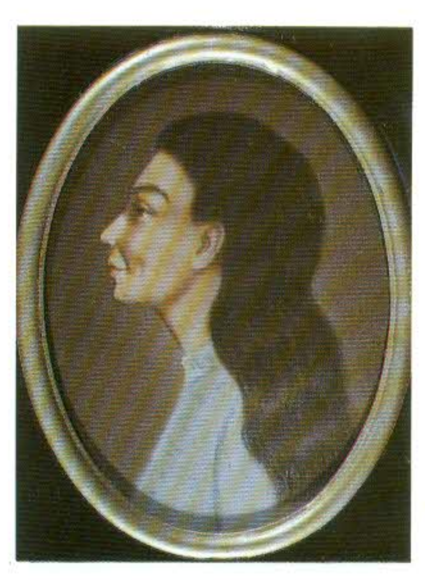
JUAN FELIPE CÓRDOBA RESTREPO

Bibliografía

ARIZMENDI POSADA, IGNACIO. *Presidentes de Colombia 1810-1990*. Bogotá, Planeta, 1989. CAVALIER, GERMÁN. *Los tratados de Colombia*. Bogotá, Kelly, 1982. DEAS, MALCOLM. *Del poder y la gramática, y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombiana*. Bogotá, Tercer Mundo, 1993. MONSALVE, MANUEL. *Colombia, posesiones presidenciales 1810-1954*. Bogotá, Iqueima, 1954.

ABREGO, MERCEDES

Heroína de la Independencia nacida en Cúcuta, muerta allí mismo en 1813. Las mujeres tuvieron un papel muy importante durante la Independencia de Colombia. Ellas participaron en las tertulias literarias, intervinieron en la sedición contra el gobierno español, colaboraron con las guerrillas y con el Ejército Libertador como correo, espías y divulgadoras de las ideas; entregaron a sus hijos para la guerra en el ejército patriota y, en la misma forma, acompañaron en numerosos casos a sus hombres en las campañas libertadoras. Mercedes Abrego de Reyes fue una de estas heroínas. Doña Mercedes pasó sus primeros años y su educación femenina en el hogar paterno en Cúcuta, y muy joven se casó con José Marcelo Reyes, con quien tuvo tres hijos: José Miguel, Pedro María y José María. Pocos años después murió su esposo. Reconocida por su cultura y laboriosidad, Mercedes Abrego tenía gran habilidad para los trabajos manuales, razón por la cual era muy solicitada para la enseñanza de estas artes y, especialmente, para la realización de ornamentos religiosos destinados a las iglesias de Cúcuta, Villa del Rosario, San Antonio y pueblos vecinos. Desde la iniciación de la guerra de Independencia, Mercedes Abrego manifestó su entusiasmo y apoyo a los patriotas. Tuvo un fervoroso aprecio por el Libertador Simón Bolívar, a quien conoció en las campañas militares de Cúcuta, antecesoras de la Campaña Admirable de 1813 y 1814. Su simpatía por la causa patriótica la llevó a colaborar con los ejércitos republicanos que lucharon en el valle de Cúcuta y lugares vecinos contra las tropas españolas de Ramón Correa y Bartolomé Lizón. Cuando Bolívar se encontraba organizando los ejércitos para la llamada Campaña Admirable de 1813, Mercedes Abrego le obsequió una casaca bordada en oro y lentejuelas, hecha por ella misma, en señal de la simpatía y admiración que sentía por el Libertador. Ella manifestó con decisión su apoyo a la causa patriótica, y con sus contactos secretos mantenía informadas a las tropas del general Francisco de Paula Santander sobre los movimientos del ejército realista. Precisamente gracias a sus informes secretos, Santander obtuvo los triunfos militares de San Faustino y Capacho, contra las tropas de Matute y Cañas. Cuando el ejército patriota buscaba alcanzar el triunfo en el llano de Carrillo, contra los rea-



Mercedes Abrego.
Miniatura de Manuel José Paredes, 1975.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

listas comandados por el capitán Bartolomé Lizón, éste detuvo a una mujer espía que llevaba avisos e indicaciones para los patriotas combatientes y supo que esa mujer era enviada directamente por doña Mercedes Abrego de Reyes. Las tropas de Santander fueron derrotadas en forma definitiva por los realistas en el llano de Carrillo, y cuando el capitán Bartolomé Lizón ocupó a Cúcuta, después de su triunfo, mandó buscar a Mercedes Abrego, acusada de conspiradora y ayudante de las guerrillas patriotas. Ella fue aprehendida en una casa de campo y llevada a la cárcel para ser ajusticiada. Recibió los correspondientes oficios religiosos en la capilla, y dos de sus hijos presenciaron su muerte el 13 de octubre de 1813. Su sacrificio en defensa de los ideales republicanos influyó en muchas mujeres granadinas, heroínas que fueron decisivas para el triunfo de la libertad.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

AGUDELO, ELADIO. "Doña Mercedes Abrego. Apuntes para su biografía". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. LII, Nºs 604-605 (1965), pp. 99-133. IBÁÑEZ, PEDRO MARÍA. *Las mujeres de la revolución de Colombia*. Bogotá, Imprenta de los Hechos, 1895.

ACEVEDO, FAMILIA

Grupo familiar de cineastas, compuesto por el padre (Arturo) y sus cuatro hijos (Alfonso, Gonzalo, Alvaro y Armando), quienes a partir de la filmación del entierro del general Benjamín Herrera en 1924, registraron durante treinta años el acontecer nacional. Los Acevedo realizaron dos largometrajes de ficción: *La tragedia del silencio* (1924) y *Bajo el cielo antioqueño* (1925), numerosas entregas de los noticieros *Nacional* y *Cineco*, documentales institucionales, películas educativas y cine publicitario, y fueron corresponsales de los principales noticieros cinematográficos mundiales. En 1937, en asocio con el técnico Carlos Schroeder, produjeron la primera película colombiana con sonido sincrónico registrado en pista óptica: *Los primeros ensayos de cine parlante nacional*.

Acevedo Vallarino, Arturo

Director de teatro y cineasta nacido en Bogotá en 1873, muerto en 1950. Pasó su juventud en Zipaquirá, donde su padre, el general Ramón



Arturo Acevedo.
Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, Bogotá.

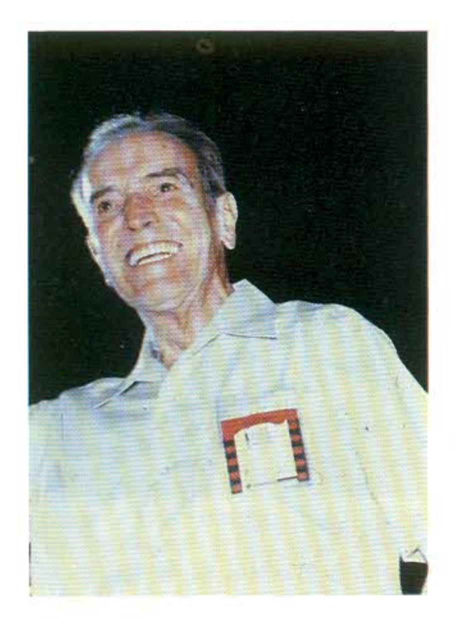
Acevedo Pérez, era administrador de las Salinas. Allí se casó con Laura Bernal Méndez, con quien tuvo seis hijos: Blanca, Alfonso, Gonzalo, Alvaro, Armando (muerto a los ocho años) y un segundo Armando. Se graduó como cirujano dentista en el Colegio Dental de Bogotá y montó un gabinete, donde además de otros pacientes acudían los poetas y artistas de Bogotá. Durante la guerra de los Mil Días militó en las filas conservadoras y obtuvo el grado de coronel de *Voltígeros*. En 1904 hizo parte de la Gruta Simbólica, tertulia de intelectuales que fundó la Escala de Chapinero, un pequeño local donde debutó como director de teatro. A partir de entonces, y durante veinte años se dedicó a esa actividad, como fundador y director de las compañías Dramática Nacional y Jacinto Benavente. En los escenarios del Teatro Municipal y del Teatro del Bosque difundió autores nacionales y preparó actores, que a su vez formaron otras compañías o trabajaron más adelante en el cine. En 1909 realizó con éxito la primera gira nacional, durante la cual sufrió un grave accidente al caer al foso acústico del teatro de Girardot, lo que le produjo lesiones para toda la vida. En 1912 fue creador y presidente de la Sociedad de Autores Nacionales. Escribió la comedia *Retazo de vida* y el drama patriótico *Sánchez Ferro*, con ocasión del conflicto con Perú. Hacia 1920 decidió lanzarse a la aventura cinematográfica. Vendió una hacienda maderera, patrimonio familiar de la esposa, para comprar una cámara de cine, y fundó la Casa Cinematográfica Colombia, antecesora de Acevedo e Hijos. Escribió y dirigió *La tragedia del silencio* y *Bajo el cielo antioqueño*, esta última producida por el empresario antioqueño Gonzalo Mejía (1884-1956). Aquejado por las dolencias que le acarreó el accidente, se retiró y dejó la conducción de la empresa cinematográfica a sus hijos.

Acevedo Bernal, Gonzalo

Actor, camarógrafo y productor de cine nacido en Bogotá en 1900, muerto en Cali en 1967. En 1924 se casó con la belga Carmen Halewyck, con quien tuvo tres hijas: Lucy, Olga e Irma. Fue el primero de los hermanos Acevedo en vincularse a las actividades artísticas de su padre, al interpretar a uno de los protagonistas de *La tragedia del silencio*. Aprendió la técnica del cine con Hernando Bernal, camarógrafo de los hermanos Francisco y Vicente Di Doménico, y leyendo manuales, pero sobre todo en la práctica, como fotógrafo de la película *Bajo el cielo antioqueño*. Con su hermano Alvaro complementaron personalidades y talentos para producir cine documental silente y sonoro durante los siguientes veinte años. En 1932 viajó como camarógrafo con las tropas que se desplazaron por tierra a combatir en la guerra contra Perú. Su pasión por el oficio lo convirtió en hábil fotógrafo y editor de lupa y tijeras. De 1940 a 1942 fue jefe de la Sección de Cine del Ministerio de Educación, nombrado por el entonces ministro Jorge Eliécer Gaitán. A partir de 1950 produjo algunos documentales y trabajó como camarógrafo para otros productores. En 1955 se retiró a vivir cerca de Montería, y en los años sesenta vendió el archivo de los Hermanos Acevedo a la Esso Colombiana.

Acevedo Bernal, Alvaro

Camarógrafo, laboratorista y productor de cine nacido en Bogotá en 1901, muerto en 1992. A los 16 años viajó a los Estados Unidos y durante algún tiempo aventuró por el mundo como marino en buques mercantes. Regresó a Colombia hacia 1927 y participó en la empresa familiar. Aprendió la técnica del cine al lado de su hermano Gonzalo y luego se destacó como camarógrafo y laboratorista creativo, introduciendo trucos en la



Alvaro Acevedo.
Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, Bogotá.

edición y modificaciones en las máquinas. En los años treinta administró el Teatro Real de Bogotá. De los muchos viajes que hizo como camarógrafo, recordaba especialmente el que en 1932 lo llevó a acompañar las tropas que viajaron por mar a participar en el conflicto contra Perú. Permaneció meses en el sur, filmando en condiciones adversas los sucesos que luego formarían parte del documental patriótico *Colombia victoriosa*. En 1942 se casó con la escritora Asenneth Londoño, quien tenía dos hijos de su primer matrimonio y con quien tuvo a su hija Patricia. Por esos años compró y operó el laboratorio que Cine Colombia había adquirido de los hermanos Di Doménico. Hacia 1950 trabajó en compra y venta de autos y montó una pantalla publicitaria de cine en un pasaje comercial del centro de Bogotá. En 1953 emigró con su familia a Nueva York, donde trabajó algunos años en laboratorios de cine y luego como administrador de un edificio. Volvió a Colombia en 1975.

Acevedo Bernal, Alfonso

Cineasta como sus hermanos, fue el mayor de los varones (Zipaquirá, 1898 - Bogotá, 1956). Estudió en el colegio La Salle en Bogotá y desde el principio participó en la empresa cinematográfica familiar como redactor de textos para las películas, junto con el esposo de su hermana Blanca, Heliodoro González Coutin. Por su sentido comercial, se ocupó de muchos de los contratos de las producciones cinematográficas. Desde los años treinta se dedicó también a la ganadería y otros negocios, como el Parque del Lago Gaitán. Se casó con Blanca Moreno, con quien tuvo dos hijos: Vilma y Alfonso.

Acevedo Bernal, Armando

Camarógrafo y productor de cine (San Cayetano, Cundinamarca, 1914-Cali, 1984). Estudió en el colegio La Salle en Bogotá y en 1926 acompañó a su padre en la gira que emprendió por el país para exhibir *Bajo el cielo antioqueño*. Más adelante aprendió a filmar y a revelar con sus hermanos mayores. Estuvo a cargo del acompañamiento sonoro en las exhibiciones de *Colombia Victoriosa*, por medio de discos, efectos y música. Colaboró en algunas cintas de Acevedo e Hijos como camarógrafo y con su hermano Gonzalo, en la Sección de Cine del Ministerio de Educación. En 1950 se casó con la caleña Elvia Cucalón y se radicó en Cali. Realizó en forma independiente varios documentales institucionales (sobre el Chocó, la construcción de obras civiles en el Valle, el folclor tolimense) y filmaciones de actos sociales. Al retirarse de la actividad cinematográfica, tomó un curso de mecánica automotriz en Estados Unidos y montó un taller para reparación de carros automáticos en Cali [*Ver tomo 6, Arte, pp. 252 y 253*].

LEILA EL GAZI

Bibliografía

GONZÁLEZ, LUIS y JORGE NIETO. *50 años de cine sonoro y parlante en Colombia*. Bogotá, Esso Colombiana y Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, 1987. SALCEDO, SILVA, HERNANDO. *Crónicas del cine colombiano 1897-1950*. Bogotá, Carlos Valencia, 1981. SAMPER RICAURTE, DANIEL. *El teatro en Bogotá*. Bogotá, 1927.

ACEVEDO BERNAL, RICARDO

Pintor nacido en Bogotá el 4 de mayo de 1867, fallecido en Roma el 7 de abril de 1930. En el colegio de San Bartolomé, Acevedo Bernal fue alumno de pintura del padre Santiago Páramo (1841-1915) y más adelante se matriculó en la Escuela Nacional de Bellas Artes, donde recibió las enseñanzas del pintor Pantaleón Mendoza (1860-ca. 1910). Aunque practicó varios géneros en diversas técnicas, el más exitoso fue el retrato al óleo y



Ricardo Acevedo Bernal.
Autorretrato.
Museo Nacional, Bogotá.

al pastel. Junto con Epifanio Garay (1849-1903) fueron los representantes más conspicuos del retrato en el país. A diferencia de Garay, su inmediato antecesor, Acevedo iluminaba los fondos y utilizaba la luz natural para trabajar unas figuras más ágiles y vitales. En contadas ocasiones practicó el paisaje. Muy joven, Acevedo viajó a Nueva York, donde permaneció desde 1890 hasta 1898. Trabajó en talleres de fotógrafos iluminando fotos, oficio encargado por lo general a jóvenes pintores. En 1894 fue nombrado miembro de la Liga de Artistas de Nueva York. En 1898 regresó a Bogotá y al año siguiente organizó una academia de pintura. Repartió su tiempo entre la atención a los numerosos encargos y el ejercicio de la docencia. Por este tiempo tuvo a su cargo una cátedra de pintura en el Instituto San Luis, en el cual también trabajaba el pintor Domingo Moreno Otero (1882-1948). Uno de sus más bellos retratos es el de su primera esposa, doña Blanca Tenorio, elaborado al pastel. Como ella falleció muy joven, años más tarde Acevedo se casó con doña Rosa Biester, con quien tuvo cuatro hijos, todos vinculados a las artes. En 1899 fue premiado en la exposición del 20 de julio, por su cuadro *La Sagrada Familia*. Por esta misma época trabajó el cuadro *Bautismo de Cristo*, para el bautisterio de la Catedral Primada de Bogotá. Esta obra fue encargada por el doctor Manuel Antonio Angel, quien acababa de apadrinar a una niña del director del perió-

dico *El Heraldo*, José Joaquín Pérez. Aunque criticado por su poca naturalidad, este cuadro tiene el mérito de ser producto de uno de los pocos casos de mecenazgo colombiano. La renovación católica mundial que tuvo lugar a fines del siglo XIX y comienzos del XX, iniciada por los teóricos y continuada por la obra de arquitectos y pintores, también ocurrió en Colombia. Así, Acevedo llevó a cabo incluso proyectos arquitectónicos, junto con la realización de obras de caballete y de pintura mural, como en la catedral de Tunja, San Antonio de Bogotá, El Sagrario y el Voto Nacional. De esos encargos son, por ejemplo, el óleo de la *Virgen del Carmen* y *El Evangelista San Marcos*, en una de las pechinas de la Catedral.

Después de dirigir la Escuela Nacional de Bellas Artes en 1902, Acevedo viajó a Europa. En París estudió en la Academia Julien con León Bonnat y Robert Fleury. Asistió a los talleres de Jean Paul Laurens y de Joaquín Sorolla. Recorrió el Viejo Continente y en 1906 regresó al país. Se vinculó a la Escuela de Bellas Artes de Bogotá, como profesor de pintura. Con ocasión del centenario de la Independencia se celebró en Bogotá una gran exposición nacional, donde Acevedo ganó una medalla de honor. De 1911 a 1918 dirigió la Escuela, donde logró concretar y hacer realidad la idea de su fundador, Alberto Urdaneta, de formar con las obras ganadoras de los concursos anuales una colección de bellas artes. Este es el origen de la pinacoteca del Museo Nacional. En 1928 el gobierno de Miguel Abadía Méndez reconoció a Acevedo sus méritos y le tributó un homenaje en el que fue laureado con corona de oro, nombrándosele "Artista Máximo". En 1929 viajó a Europa con el cargo de cónsul en Roma y participó con otros notables artistas colombianos en la Exposición de Sevilla. Al año siguiente falleció en Roma. El 10 de enero de 1963 sus restos y los de su esposa fueron traídos al país y colocados en el templo del Voto Nacional. Entre su numerosa producción artística se encuentran retratos de sus maestros y colegas: los pintores Alberto Urdaneta (1912, póstumo), Pantaleón Mendoza, Delio Ramírez, Francisco Antonio Cano; los músicos Nicolás Quevedo Rachadel, José María Ponce de León y el piadoso padre Rafael Almansa. Retratos de las señoras Ursula Roldán de Borda (1897), Sofía Angulo de Reyes (1900), Rosa Biester de Acevedo (1905), Inés Marroquín de Vargas (1906), Alicia Borda de Calderón (1908), Inés Pérez de Cuervo (1910), Dora Schröeder de Aya (1912), Elvira Zea de Samper (1924). Pinturas de temas históricos: *Retrato del Libertador*, de Gonzalo Jiménez de Quesada, y de Antonio Nariño. Obras de carácter religioso: *Triunfo de la Virgen del Carmen*; decoraciones diversas para los templos San Antonio (1911), Catedral, Sagrario (1928), catedral de Tunja y altar de la Veracruz de Bogotá (1910) [destruida]. Además obras de temas varios como *La niña de la columna* y el *Busto a Cervantes*. Aficionado a la música, Acevedo se expresó como instrumentista y compuso piezas de reconocido mérito; entre ellas los pasillos para piano: *Croquis*, *El diluvio*, *Hasta el sábado*, *Mayo* y *Sabanero*; los pasillos para bandola y tiple: *El gran viejo* y *Sideral*; y el pasillo para bandola: *Romance*.

MARTA FAJARDO DE RUEDA

Bibliografía

ACUÑA, LUIS ALBERTO. *Ricardo Acevedo Bernal*. Publicaciones de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Bogotá, Editorial Cromos, 1934. *Catálogo del Museo Nacional de Colombia*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1960. FAJARDO DE RUEDA, MARTA. *Presencia de los Maestros 1886-1986. Primer Centenario de la Escuela Nacional de Bellas Artes*. Bogotá, Universidad Nacional, 1986. MOROS, RICARDO. "Ricardo Acevedo Bernal". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. 1 (Bogotá, 1902).

ACEVEDO Y GÓMEZ, JOSÉ

Político e ideólogo patriota (Charalá, 1773 - montañas de los indios andaquíes, 1817). Conocido en la historia de la Independencia como "el Tribuno del Pueblo" por su participación oratoria, el verbo de José Acevedo y Gómez inflamó con delirio al pueblo santafereño el 20 de julio de 1810. Bautizado en la parroquia de Monguí, Acevedo y Gómez tenía pocos años cuando ocurrieron los hechos de la revolución de los Comuneros (1781) en el oriente neogranadino, precisamente en Charalá, Mogotes, Socorro, San Gil y otros pueblos de la provincia del Socorro. Este ambiente revolucionario influyó en su espíritu patriota e independentista. Más tarde, en Santafé de Bogotá, Acevedo y Gómez se destacó por sus actividades comerciales a gran escala, gracias a las cuales llegó a acumular una importante fortuna. Hizo algunos estudios de gramática y filosofía en el Colegio del Rosario, aun cuando no obtuvo grado profesional. De acuerdo con su biblioteca particular, era un gran lector de los clásicos griegos y romanos, especialmente Sócrates, Tito Livio y Virgilio; así como de autores españoles, entre ellos Miguel de Cervantes Saavedra. En gran parte, su formación humanística fue autodidacta. Por sus grandes dotes y su ascendencia sobre el pueblo santafereño, entró en los círculos políticos de la capital. Fue nombrado Procurador General, y en el año 1808, Regidor Perpetuo del Cabildo de Santafé. Cuando la invasión francesa a España avivó el sentimiento hispánico en respaldo del monarca Fernando VII, los pueblos de España y sus colonias hicieron diversas ceremonias de jura al monarca cautivo. Correspondió a los regidores de Santafé, entre ellos al regidor perpetuo José Acevedo y Gómez, hacer la proclamación y jura de obediencia al rey Fernando VII, el 11 de septiembre de 1808. Sobre este acto de proclamación y jura, Acevedo y Gómez publicó un folleto de 49 páginas titulado *Relación de lo que executó el M.I. Cabildo Justicia y Regimiento de la M.N. y M.L. Ciudad de Santa Fe de Bogotá, Capital del Nuevo Reino de Granada*. En las juntas del 6 y 11 de septiembre de 1809, con ocasión de la revolución de Quito, el regidor perpetuo José Acevedo y Gómez fue uno de los más elocuentes y audaces partidarios de sostener la necesidad de una junta suprema de gobierno. Participó en varias reuniones políticas, muchas de las cuales



José Acevedo y Gómez.
Oleo de autor anónimo.
Casa Museo 20 de Julio, Bogotá.

se celebraron en su propia casa. El virrey Antonio Amar y Borbón lo señaló como un criollo peligroso para el gobierno español, al lado de Camilo Torres (1766-1816) y Emigdio Benítez. El 20 de julio de 1810, el pueblo santafereño en plena acción multitudinaria aclamó a Acevedo y Gómez como su Tribuno. En medio del alboroto popular, el regidor Acevedo y Gómez subió al balcón y con su elocuencia patriótica avivó el sentimiento revolucionario del pueblo. En sus arengas habló sobre el mal gobierno, la esclavitud y los derechos de los pueblos. Frente al pueblo santafereño, eligió a los vocales de la Junta Suprema de Gobierno y por orden suya se redactó el Acta de la Revolución. Su participación fue decisiva en el cabildo abierto del 20 de julio de 1810. Es célebre su frase: «Si perdéis estos momentos de efervescencia y calor, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes: ved [señalando las cárceles] los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan». Después de su brillante actuación el 20 de julio de 1810, el Tribuno del Pueblo participó aún en algunos actos de la vida política nacional; firmó la Constitución Política de Cundinamarca en 1811, y firmó la Declaración de Independencia Absoluta de la República de Tunja, el 10 de diciembre de 1813. Al iniciarse la reconquista y el Régimen del Terror (1816-1819), cundió la angustia entre los ideólogos y dirigentes de las instituciones republicanas, considerados enemigos del monarca español; entre ellos estaba el Tribuno del Pueblo. Numerosos criollos se fugaron de Santafé de Bogotá hacia los Llanos y las regiones selváticas, muchos de ellos fueron aprehendidos y llevados al cadalso. Acevedo y Gómez emigró hacia las montañas de los indios andaquíes, en el sur del país. En mayo de 1817 murió, acompañado de un esclavo cimarrón que también había buscado asilo en las selvas, huyendo de la tiranía de sus amos. Acevedo y Gómez siempre será recordado en la historia nacional por su participación en el 20 de julio de 1810 y por su oratoria revolucionaria [*Ver tomo 1, Historia, pp. 241 y 242*].

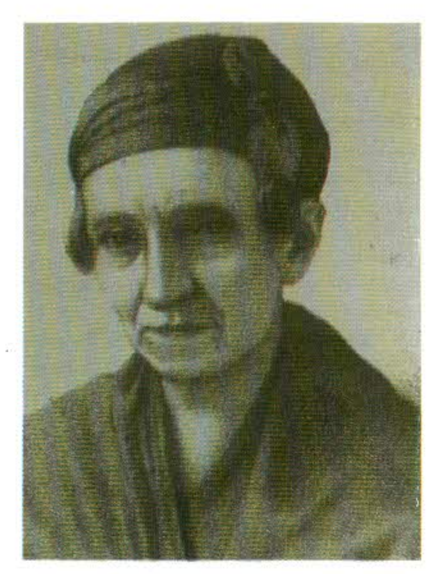
JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

LEÓN GÓMEZ, ADOLFO. *El Tribuno de 1810*. Biblioteca de Historia Nacional, Vol. VII. Academia Colombiana de Historia. Bogotá, Imprenta Nacional, 1910.

ACEVEDO DE GÓMEZ, JOSEFA

Poetisa, escritora moralista y de costumbres nacida en Bogotá, enero 23 de 1803 y muerta en Pasca, enero 19 de 1861. Josefa Acevedo era hija de José Acevedo y Gómez y Catalina Sánchez de Tejada, oriundos de las parroquias de Monguí y Páramo (jurisdicción de la villa de San Gil) y miembros de familias de fortuna e importancia local, entre cuyos ascendientes se citan conquistadores, encomenderos y funcionarios del gobierno colonial, de las cuales surgió un grupo de partidarios y activistas de la Independencia. Entre éstos se destaca su padre, el "Tribuno de 1810", muerto en 1817 en una región selvática del sur de Colombia cuando intentaba escapar de la reconquista española. Tales circunstancias y otras relacionadas con las guerras de Independencia y las incertidumbres políticas propias de esos años, afectaron la vida de la escritora y de sus compañeros de generación y retornan como temas de su obra. Posiblemente influidos por la educación de su madre, cuya cultura y conocimientos fueron superiores a los de las mujeres de la época, los Acevedo Tejada alternaron su participación en la vida política y militar de la República, con su interés por la ciencia y las artes. Ello contribuye a explicar porqué Josefa Acevedo fue la primera mujer escritora de la época republicana; ella rompió el prolongado silencio femenino del período colonial, durante el cual sólo una voz, la de la madre Francisca Josefa de Castillo (1671-1742), desde Tunja, tuvo un eco en la literatura nacional. Josefa Acevedo también fue la primera escritora civil de nuestra historia y, por consiguiente, sus asuntos, en contraste con las ansiedades místicas de la monja tunjana y de otras religiosas de tono menor, están referidos, dentro de las tendencias de la época, al amor filial, al amor romántico, a la moral social, la historia y las costumbres nacionales. Su matrimonio con un primo hermano de su padre, el abogado Diego Fernando Gómez (San Gil, 1786 - El Chocho, Fusagasugá, 1850), hombre inteligente e instruido, pero irascible y violento, colaborador cercano de los gobiernos del general Francisco de Paula Santander, influyó no sólo en el transcurso de su vida sino en el desarrollo de su obra. Una vez casada se instaló en la hacienda El Chocho, en Fusagasugá, donde vivió durante once años,



Josefa Acevedo de Gómez. Litografía de Daniel Ayala e Ignacio Medrano. "El Iris", año 1, Nº 9, abril 8 de 1866. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

conformada la familia por un hijo de su esposo y dos hijas de ambos, Amelia y Rosa, casadas después con Ruperto Ferreira y Anselmo León. La vida campestre, la administración del hogar, las oportunidades de alternar con personajes rústicos o notables contribuyeron a la formación de la escritora. Dentro del círculo de los amigos más cercanos e influyentes estaba el supuesto conspirador y médico francés Juan Francisco Arganil, de cuyos documentos personales fue depositaria. Josefa Acevedo de Gómez fue la primera mujer que asumió en Colombia, dentro de una forzosa apariencia de modestia, el oficio de escritora; obtuvo por ello el reconocimiento de ver publicada una parte importante de su producción.

Obras

La primera edición de su *Ensayo sobre los deberes de los casados* fue hecha en Bogotá, y existen otras ediciones no documentadas, posiblemente hechas en el exterior, entre ellas una en París. En la Biblioteca Nacional de Colombia se encuentra la quinta edición de esta obra (Bogotá, Imprenta de Francisco Torres Amaya, 1857, 106 páginas), en la cual por primera vez se da crédito a la autora. Se trata de una serie de consejos dirigidos a los esposos, cuyo contenido ordenado en dos partes de seis capítulos cada una, se refiere a las virtudes que deben cultivarse para lograr la armonía conyugal. Este *En-*

sayo constituye una interesante aproximación a la mentalidad de la época en lo referente al matrimonio y a los roles masculino y femenino dentro de la pareja. Su *Tratado sobre economía doméstica para el uso de las madres de familia y de las amas de casa*, fue editado en Bogotá, en la Imprenta de José A. Cualla, en 1848 (87 páginas), sin el nombre impreso de la autora. El ejemplar consultado se encuentra en la Biblioteca Nacional de Colombia. En el *Tratado*, Josefa Acevedo divide el tema en tres capítulos: primero, "Economía del tiempo"; segundo, "Economía del dinero"; y tercero, "Economía de joyas, vestidos, muebles y provisiones", los cuales desarrolla mediante una introducción teórica, a la cual sigue un episodio novelado que ilustra sobre las consecuencias que se derivan de atender o no los preceptos expuestos. Como el anterior, el *Tratado* es una guía de comportamiento. Sus *Poesías de una granadina* (129 páginas, sin pie de imprenta) datan de 1853. Este libro recoge la producción poética de Josefa Acevedo, quien en una "Advertencia inicial" explica: «Mi educación se resintió de la época en que nací: entonces no había casas de educación para mujeres y nos criábamos sin saber ni los primeros rudimentos de la lengua». Contiene poemas escritos desde 1823, fecha de "Una tumba en los Andaquíes", dedicado a la memoria de su padre y que junto con un soneto titulado "Santa Helena", «hecho para poner al pie de un paisaje representando la tumba y la sombra de Napoleón», fundamentan, según Antonio Gómez Restrepo, su nombre de poetisa. El conjunto de su obra en verso, aunque de desigual calidad, constituye un recorrido a través de la vida emocional de la autora. El ejemplar existente en la Academia Colombiana de Historia de *Biografía del doctor Diego Fernando Gómez* (Bogotá, Imprenta de Francisco Torres Amaya, 1854, 37 páginas) está dedicado por la autora y su yerno, Anselmo León, a otro escritor, Domingo A. Maldonado, uno de los amigos del biografiado. Recoge las vicisitudes de la carrera del eminente jurista, destaca rasgos de su inteligencia y patriotismo, y asume una actitud solidaria con un esposo de quien estuvo separada por más de veinte años. En la Biblioteca Nacional de Colombia puede consultarse la segunda edición de *Oráculo de las flores y de las frutas acomodado a su lenguaje y con doce respuestas en verso, para cada una de las cuarenta y ocho preguntas importantes que contiene, sobre la suerte presente y futura de los curiosos* (Bogotá, Imprenta de Francisco Torres Amaya, 1857), que consiste en una variante de un juego de salón en verso cuya redacción fue una de las formas de inicio de la literatura femenina en varios países de la América española. Las preguntas que el oráculo ha de responder señalan las dudas que atormentan a las jóvenes románticas: ¿Tendré alguna celebridad?, ¿Cuál de mis amigos es más sincero?, ¿Iré a baile este año?, ¿Será dicha amar?

Josefa Acevedo escribió también varias biografías breves: la de su padre, calificada como una de las piezas ejemplares del género en Colombia; la de su hermano José; la del doctor Vicente Azuero; la de su primo hermano, el escritor Luis Vargas Tejada; y una autobiografía redactada poco antes de su muerte, «para reconocer mis obras e impedir que se me atribuyan otras o se me nieguen éstas», en la cual se refiere a varios manuscritos inéditos, entre ellos «muchos romances y un drama» que, según lo informa su nieto Adolfo León Gómez, no se hallaron dentro de sus papeles. Finalmente, *Cuadros de la vida privada de algunos granadinos, copiados al natural para instrucción y divertimento de los curiosos* (Bogotá, Imprenta de "El Mosaico", 1861) fue publicado después de su muerte, con un prólogo biográfico de José María Vergara y Vergara, y contiene, según los críticos, lo mejor de su obra en prosa agrupada en ocho "cuadros" bajo los siguientes títulos: "El triunfo de la generosidad sobre el fanatismo político", "El soldado", "Valerio o el calavera", "Anjelina", "La caridad cristiana", "El pobre Braulio", "La vida de un hombre", "Mis recuerdos de Tibacui". Son narraciones cortas que ilustran con precisión y amenidad trozos de la vida de diversos personajes colombianos, unos célebres y otros olvidados o ficticios. Este libro se ha reeditado en varias oportunidades y se cita frecuentemente la descripción de las costumbres de la Santafé colonial, primera parte del cuadro séptimo, dedicado a la biografía de Acevedo y Gómez. La obra completa (196 páginas), se puede consultar en el ejemplar de la Biblioteca del Instituto Caro y Cuervo. Para conocer la obra de Josefa Acevedo de Gómez es necesario remitirse a las ediciones originales. Su nombre se sostiene en la calidad de unos pocos textos y en su real vocación de escritora. Según Vergara y Vergara, le sobraba talento y le faltaban formación literaria, tiempo y ocasiones; pese a ello, obtuvo un lugar dentro de las letras colombianas que, según Rafael Pombo, comparte con Silveria Espinosa de Rendón (1815-1886) y Soledad Acosta de Samper (1833-1913) [*Ver tomo 4, Literatura, p. 66 y tomo 5, Cultura, p. 267*].

AÍDA MARTÍNEZ CARREÑO

Bibliografía

GÓMEZ RESTREPO, ANTONIO. "Doña Josefa Acevedo de Gómez". En: *Historia de la literatura colombiana*. Bogotá, Editorial Cromos, 1953. LAVERDE AMAYA, ISIDORO. "Escritoras colombianas". En: *Apuntes sobre bibliografía colombiana con muestras escogidas en prosa y verso* (apéndice). Bogotá, Imprenta de vapor de Zalamea Hermanos, 1882. LEÓN GÓMEZ, ADOLFO. "Los hijos del Tribuno". En: *El Tribuno de 1810*. Biblioteca de Historia Nacional, volumen VII. Bogotá, Imprenta Nacional, 1910. MONSALVE, JOSÉ DOLORES. *Mujeres de la Independencia*. Biblioteca de Historia Nacional, volumen XXXVIII. Bogotá, Imprenta Nacional, 1926. RODRÍGUEZ-ARENAS, FLOR MARÍA *et al*. "Josefa Acevedo de Gómez: modelos iniciales de la escritura femenina en el siglo XIX en Colombia". En: *¿Y las mujeres? Ensayos sobre literatura colombiana*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1991.

ACOSTA, JOAQUÍN

Historiador, geólogo e ingeniero militar nacido en Guaduas, Cundinamarca, el 29 de diciembre de 1800, muerto allí mismo, el 21 de febrero de 1852. Tomás Joaquín de Acosta y Pérez de Guzmán integra la lista de aquellos hombres del siglo XIX a quienes la inestabilidad política exigió una doble participación: militar y científica. Así, hombres como Agustín Codazzi, Tomás Cipriano de Mosquera, Manuel Ancízar, Francisco Vergara y Velasco y Joaquín Acosta, alternaron su vida militar y política con la geografía, la mineralogía, la geología, el periodismo, la historia y la sociología. Joaquín Acosta abandonó en 1819 el Colegio del Rosario para integrarse al ejército patriota. Bolívar lo nombró subteniente de infantería en el batallón que hizo la campaña en el Valle del Cauca y Chocó, entre 1820 y 1821. Sin embargo, sus labores como militar activo alternaron desde un principio con las estrategias y planes gubernamentales: ya en 1821 Acosta fue enviado a examinar en el Chocó los terrenos en los que se proyectaba construir un canal que establecería comunicación di-

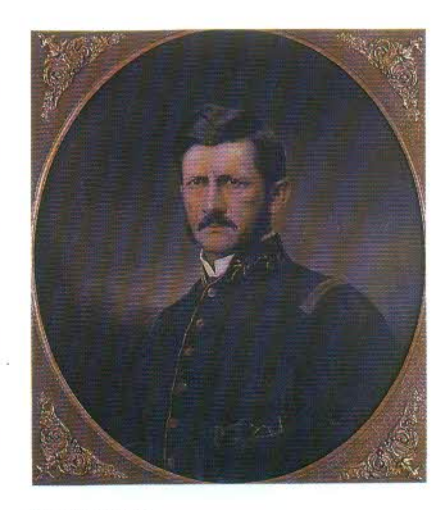


Joaquín Acosta.
Acuarela de Edward Walhouse Mark, 1846.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

recta entre los océanos Atlántico y Pacífico. Debido a su nombramiento en 1822 como secretario del gobernador del Chocó, Acosta no participó en la campaña de Quito. Su actividad este año se concentró en el estudio y la elaboración de un informe detallado de los distritos mineros, y en la vigilancia de los trabajos que se adelantaban para abrir el proyectado Canal de San Pablo. En diciembre de 1822 el general Francisco de Paula Santander lo nombró oficial segundo de la Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra; de esta manera, el general Acosta abandonaba, al menos para este primer momento de la guerra, su ideal de soldado activo. Al finalizar 1825, el general Joaquín Acosta viajó a Europa, donde permaneció hasta 1831. Su espíritu observador fue definitivo para sus posteriores ocupaciones como geólogo, ingeniero militar e historiador. Manuel Uribe Angel dice que Acosta, en sus primeras tareas como militar en el Atrato y el Valle del Cauca «robaba a la ocupación de armas el tiempo preciso para arrancar a la naturaleza de los trópicos sus numerosos secretos y sus encantadores arcanos». Acosta tomaba nota del estado de los caminos, los puntos más notables, la posición de los pueblos, el carácter de sus gentes, la navegación en los ríos, el clima. Sus descripciones geográficas se extendieron desde la Nueva Granada hasta los países europeos y norteamericanos, donde resaltaba, además, los detalles arquitectónicos, los monumentos religiosos y políticos y las instituciones culturales. El viaje a Europa lo acercó a los estudios de mineralogía, geología e ingeniería militar. A su regreso a Colombia, en 1832, asumió el cargo de Ingeniero Director de caminos de Cundinamarca y fue miembro fundador de la Academia Nacional. En 1833 fue nombrado catedrático de Química en la Universidad y comandante al mando de medio batallón de artillería. En 1835 fue diputado al Congreso. En adelante y por muchos años, el general Acosta hizo parte de las distintas comisiones para la inspección y propuestas de trazado de caminos; para el análisis de los modos de explotación de las minas del país; para el estudio de las prisiones de la Costa y los puntos adecuados para establecer colonias agrícolas; y para la observación de los canales y la navegación a vapor.

Como escritor, José María Samper dice que Acosta «era ocurrente y agudo, ingenioso y buen dialéctico, y como diplomático y orador parlamentario, muy mesurado en el lenguaje». Como hombre de ciencias, el general Acosta tuvo a su cargo el Observatorio Astronómico y el Museo Nacional; y mantuvo constante comunicación con los científicos europeos y las sociedades geográficas. Como diplomático, fue nombrado en 1837 encargado de negocios de la Nueva Granada en el Ecuador, ministro en Washington, en 1842, y ministro de Relaciones Exteriores en 1843. Su segundo viaje a Europa, en 1845, tuvo una finalidad precisa: consultar el Archivo de Indias en España y publicar en París, en 1848, el *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto*. Sobre ello, Bernardo Tovar anota: «Acosta se fija como propósito central historiar la época colonial. Este objetivo se relaciona con las nuevas circunstancias surgidas a partir de la independencia. Acosta escribe en un momento en que se desarrollan los debates sobre la organización y destino de la naciente República». En París, Acosta publicó, también en 1847, su obra sobre la *Geología de la Nueva Granada*, y en ella incluyó un amplio mapa de la República de la Nueva Granada; además, tradujo las *Memorias* que Jean-Baptiste Boussingault había presentado en la Academia de Ciencias de París: *Viajes científicos a los Andes ecuatoriales 1826-1830*, y reprodujo el *Semanario* de Francisco José de Caldas.

Antes de morir, el general Acosta donó a la República su rica colección



Santos Acosta.
Oleo de Ricardo Gómez Campuzano.
Oficinas del Congreso Nacional, Bogotá.

de libros americanos, que se conserva en la Biblioteca Nacional, y la serie de minerales [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 53-54 y 131*].

LUCELLA GÓMEZ GIRALDO

Bibliografía

ACOSTA DE SAMPER, SOLEDAD. *Biografía del general Joaquín Acosta, prócer de la Independencia, historiador, geógrafo, hombre científico y filántropo*. Bogotá, Librería Colombiana Camacho Roldán-Tamayo, 1901. TOVAR ZAMBRANO, BERNARDO. "El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial". *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, Nº 10 (Bogotá, 1982), pp. 5-118.

ACOSTA, SANTOS

Presidente boyacense (Miraflores, provincia de Lengupá, noviembre 1 de 1827 - Bogotá, enero 9 de 1901). Manuel María de los Santos Acosta Castillo fue uno de los presidentes de los Estados Unidos de Colombia, de la llamada Generación Radical. Hijo de Joaquín Acosta y Berbeo y de Micaela Castillo, su bisabuelo, Juan Francisco Berbeo, fue el comandante general de los Comuneros del Socorro en 1781. Santos Acosta se formó en un ambiente patriota y nacionalista. Hizo sus primeras letras en la escuela de Miraflores y comenzó sus estudios de literatura y filosofía en el Colegio de Boyacá, en Tunja, culminándolos en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en Bogotá. Sus estudios profesionales los hizo en la Facultad de Medicina en el Colegio Na-

cional de Bogotá, donde recibió el título de Doctor en Medicina y Cirugía en el año 1851. Santos Acosta ejerció la profesión médica hasta 1860. Realizó sus actividades políticas siguiendo las directrices ideológicas del partido liberal, y en especial, del grupo político de los radicales. Siempre se distinguió por su estilo civilista y constitucionalista; por ello luchó contra los gobiernos de facto y dictatoriales, entre ellos, los de José María Melo y Tomás Cipriano de Mosquera. Se manifestó partidario de la conciliación nacional y de la búsqueda de la paz, a pesar de sus acciones militares. Su primera actuación en la política tuvo lugar en 1851, cuando concurrió a la Cámara Provincial de Tunja, como diputado por Miraflores. En esta corporación fue elegido vicepresidente. El 1 de octubre de 1852 fue elegido representante principal de la provincia de Tunja al Congreso Nacional de la Nueva Granada. Asistió a las sesiones del año 1853, en las cuales se manifestó partidario y defensor de las reformas políticas que se estaban planteando a nivel nacional. Durante los años 1851, 1857 y 1858 concurrió a la Cámara Provincial de Tunja como diputado principal por Miraflores. En el año 1855 ejerció la Gobernación de Tunja, en su carácter de primer designado. En 1855 participó en la Asamblea Constituyente de Boyacá y suscribió la Constitución de este estado. En diferentes períodos estuvo en la Cámara, el Senado, la Asamblea y la presidencia del Estado de Boyacá. En una época de guerras civiles e intentos dictatoriales, a Santos Acosta también le correspondió actuar en la vida militar. Su primera actuación militar tuvo lugar en la guerra civil de 1854 para combatir la dictadura del general José María Melo, quien tenía el apoyo de los artesanos "draconianos", que esperaban medidas proteccionistas para la industria nacional. El gobierno legítimo constitucional se organizó con los ex presidentes y ciudadanos, principalmente "gólgotas". En el ejército gobiernista, que comandaban los generales Manuel María Franco, Juan José Reyes Patria y Marcelo Buitrago, Santos Acosta comandó el batallón *Garagoa y Miraflores*, el cual organizó con sus propios recursos. Combatió en Zipaquirá y Tíquiza en mayo de 1854 y defendió la plaza de Garagoa teniendo bajo su mando a 150 hombres armados; su triunfo sobre los dictatoriales fue muy importante para los constitucionalistas. Participó en el ataque y toma de la ciudad de Bogotá, el 4 de diciembre de 1854, después del cual el dictador Melo fue depuesto y sustituido por José Domingo de Obaldía. Su valor y denodado comportamiento militar lo llevaron al ascenso a coronel del ejército. Otra de sus actuaciones militares tuvo lugar en la guerra civil de 1860-1861, en la cual se enfrentaron los liberales contra los gobiernistas, partidarios del presidente conservador Mariano Ospina Rodríguez. Los liberales radicales aspiraban a la aprobación y sanción de una nueva Constitución política de esencia radical y federal. Con el batallón *Miraflores*, el coronel Santos Acosta se tomó la salina de Chámeza y luchó en el norte de Boyacá. Venció al ejército gobiernista conservador en la batalla de Hormezaque en Tasco. Participó en la batalla de la Gran Semana, en Tunja, en la Semana Santa de 1861. En el campo de batalla de Usaquén, fue ascendido a general, debido a su acción y valentía. Participó en la toma de Bogotá el 18 de julio de 1861. El 12 de octubre de 1861 tomó posesión de la presidencia del Estado Soberano de Boyacá, y continuó sus actividades militares, triunfando en Susacón, Campo de Boyacá con el general Mosquera, y en Nemocón, en el sitio de Barrancas. El 21 de marzo de 1864, el Congreso Nacional de los Estados Unidos de Colombia le concedió una espada de honor, con la siguiente inscripción: «El primer Congreso Constitucional de los Estados Unidos de Colombia al ciudadano general Santos Acosta».

Cuando el presidente Tomás Cipriano de Mosquera cerró el Congreso Nacional, el 29 de abril de 1867, el general Santos Acosta, quien se desempeñaba como segundo designado, apoyado por las cámaras legislativas, las asambleas de los estados y un gran número de municipalidades del país, organizó el golpe de Estado del 23 de mayo de 1867, con el cual asumió la Presidencia de los Estados Unidos de Colombia. El general Santos Acosta gobernó entre el 30 de mayo de 1867 y el último de marzo de 1868; fue sucedido por José Santos Gutiérrez. Durante su administración se creó la Universidad Nacional de Colombia, el 22 de septiembre de 1867; se organizó el Archivo Nacional y la Biblioteca Nacional; así mismo, organizó la Oficina General de Cuentas. Su gobierno dio importancia al fortalecimiento económico; sin embargo, una característica de la época fue la inflación, debido a las guerras civiles y a la paralización de la producción nacional. En su gobierno se dio impulso a la navegación fluvial y se estimuló la explotación del carbón de las minas del Cerrejón en el estado del Magdalena. El general Santos Acosta también participó en la guerra civil de 1876, en defensa del gobierno radical del presidente Aquileo Parra. Fue nombrado general en jefe del Ejército de Occidente y participó en la batalla de Garrapata, en Tolima, el 20 de noviembre de 1876. Se abstuvo de tomar parte en la guerra civil de 1885, y tampoco estuvo de acuerdo con la guerra de los Mil Días, por considerarla desastrosa para el futuro de Colombia. Santos Acosta manifestó toda su vida su vocación docente y fue un verdadero mecenas de la cultura. En 1856 ejerció la rectoría del Colegio de Boyacá; así mismo, fue rector de la Universidad de Boyacá. Sus consignas siempre fueron: paz y conciliación.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

RODRÍGUEZ, GUSTAVO HUMBERTO. *Santos Acosta. Caudillo del radicalismo*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1972. RODRÍGUEZ PIÑERES, EDUARDO. *El Olimpo Radical*. Bogotá, 1950.

ACOSTA DE SAMPER, SOLEDAD

Escritora nacida en Bogotá, el 5 de mayo de 1833, muerta en la misma ciudad, el 17 de marzo de 1913. Hija del prócer e historiador Joaquín Acosta y Pérez de Guzmán y de la americana Carolina Kemble Rou, Soledad Acosta de Samper realizó sus primeros estudios en Bogotá, en el Colegio de La Merced. A la edad de 12 años fue enviada a Halifax (Nueva Escocia, Canadá), donde al lado de su abuela materna continuó su educación. De ahí pasó a París, donde permaneció en diversos colegios varios años y frecuentó con su padre las tertulias y reuniones científicas en las que conoció a los más importantes escritores de Europa, con los cuales mantuvo estrecha amistad. De regreso a Colombia, se casó en 1855 con el escritor y político José María Samper Agudelo. Vivió varios años en París, donde comenzó a publicar obras diversas bajo los seudónimos de *Aldebarán*, *Renato*, *Bertilda* y *Andina*. A par-

tir de 1858 comenzó a publicar su obra en *Biblioteca de Señoritas* y en *El Mosaico* de Bogotá. Ayudó a su marido en los periódicos que él dirigía y envió algunas colaboraciones suyas a diarios del Perú. En 1862 la familia Samper Acosta se trasladó a Lima, donde José María Samper había sido nombrado redactor principal del diario *El Comercio*. Soledad Acosta respaldó a su marido con una labor periodística y editorial activa. En el Perú fundaron la *Revista Americana*, un periódico de impresión elegante que no tuvo larga vida. De regreso a Bogotá, José María Samper fue nombrado nuevamente miembro del Congreso y se convirtió en uno de los elementos más importantes de la política colombiana. Soledad Acosta continuó escribiendo y publicando, generalmente en folletines. Al fallecer José María Samper en 1888, Soledad Acosta se trasladó nuevamente a París. En 1892 fue nombrada delegada oficial de la República de Colombia al IX Congreso Internacional de Americanistas en el Convento de La Rábida, en España, y representó a Colombia en los congresos conmemorativos del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Doña Soledad se dedicó a apoyar y a orientar a la mujer. Fundó y dirigió varios folletines como *La Mujer*(1878-1881), *La Familia, Lecturas para el Hogar* (1884-1885), *El Domingo de la Familia Cristiana* (1889-1890), *El Domingo* (1898-1899) y *Lecturas para el Hogar* (1905-1906). Allí conviven diversidad de temas, desde la antropología, la historia, la moda y la ciencia, hasta la religión y los consejos a la mujer. En muchos de estos folletines doña Soledad era la única editora, directora y colaboradora. Soledad Acosta fue una escritora prolífica: más de 20 novelas, 50 narraciones breves y cientos de artículos de la más variada temática conforman su acervo, entre ellos: *Novelas y cuadros de la vida suramericana* (1869), *Biografía del general Joaquín Acosta, Dolores, Cuadros de la vida de una mujer, La Monja, Un chistoso de aldea* (1905), *Los piratas en Cartagena* (1885), *El corazón de la mujer, Luz y sombra* e *Historias de dos familias*. Falleció en 1913 en Bogotá, habiendo alcanzado renombre en Colombia y consideración como una de las más gloriosas figuras de la intelectualidad femenina en América [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 85 y 161; y tomo 5, Cultura, pp. 183-184 y 267*].



Soledad Acosta de Samper.
Fotografía de H. Huerta, Madrid, 1892.
Colección particular, Bogotá.

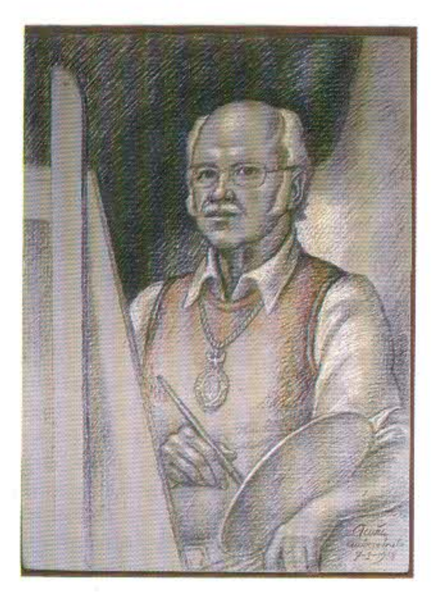
SANTIAGO SAMPER

Bibliografía

ORDÓÑEZ, MONTSERRAT. "Soledad Acosta de Samper: Una nueva lectura". En: Obra homónima. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1988, pp. 11-24. OTERO MUÑOZ, GUSTAVO. "Doña Soledad Acosta de Samper". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Nº 229 (1933) y Nº 271 (1937). OTERO MUÑOZ, GUSTAVO. "Doña Soledad Acosta de Samper". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 7, Nº 6 (1964).

ACUÑA, LUIS ALBERTO

Pintor, muralista y escultor santandereano (Suaita, mayo 12 de 1904 - Villa de Leiva, Boyacá, marzo 24 de 1993). «Posiblemente no hay en Colombia otro pintor que con mayor seriedad haya intentado dar vida en el arte a un nacionalismo más puro, acucioso de sus orígenes, respetuoso de sus tradiciones, empeñado en definirse [...] Acuña ha querido dar jerarquía al tema nacional, tanto a su presencia física como a su hombre y su esencia cósmica». Estas palabras, sintetizadoras del anhelo vital del maestro Luis Alberto Acuña Tapias, no dejan de ser sorprendentes al provenir de Marta Traba, virulenta crítica de los pintores de la generación de este artista. El maestro Acuña extendió su prolífica actividad no sólo a la pintura; fue muralista, escultor y grabador; trabajó la talla en madera y la cerámica; se destacó como crítico, historiador, museólogo y profesor de arte; incursionó también en la heráldica, la filología y fue destacado folklorista. Acuña fue alumno de Roberto Pizano en Bogotá. En 1924 viajó a Europa, becado por la Gobernación de Santander. Estudió en las Academias Julien y Colarossi de París, donde enseñaba el escultor Emile Antoine Bourdelle. Durante un viaje a Alemania, conoció la obra del pintor Anselm Feurbach y del movimiento de los Nazarenos. En 1926 participó en el Salón de los Independientes, que presidía Paul Signac, y en el Salón du Franc, con su compañero Rómulo Rozo, donde también estuvieron Pablo Picasso y Osip Zadkine. Allí Acuña presentó su óleo *Neso seduciendo a Deyanira*, influenciado por Puvis de Chavannes. Picasso encontró la obra de los colombianos «técnicamente irreprochable», pero desvinculada de las características culturales que eran de esperar en artistas provenientes de Suramérica. Cuenta Eduardo Serrano, en *Cien años de arte colombiano*, cómo «Rozo y Acuña, impresionados por este consejo, se dedicaron entonces a visitar el Museo del Trocadero (hoy Museo del Hombre), donde existe una variada colección de piezas pre-hispánicas, las cuales dibujaron profusamente con el fin de compenetrarse con el espíritu y las tradiciones de su continente. Así comenzó a gestarse —paradójicamente en París— un movimiento con objetivos americanistas, que rechazaba los modelos foráneos y cuyos miembros buscaron a conciencia la realización de un arte inspirado en lo vernáculo y relacionado con el medio ambiente».



Luis Alberto Acuña.
Autorretrato, 1978.
Museo Luis Alberto Acuña, Villa de Leiva.

Luis Alberto Acuña vivió en Madrid entre 1927 y 1928, donde estudió escultura con Victorio Macho. Volvió a París y, tras una exposición en la Galería Marck, regresó a Colombia. Ganó el primer premio en Escultura en el Salón Nacional de Artistas de 1931, con la obra *Mi compadre Juan Chanchón.* Su trabajo escultórico, producto de «una inteligencia despierta, una habilidad manual innegable y una laboriosidad fervorosa», al decir de Jorge Zalamea, abarcó las más diversas técnicas. Desde hermosas tallas en madera, como *La Campesina* del Museo Nacional o el sintetista *Gallus Espectralis,* hasta el monumental *San Isidro Agricultor* de Sutatenza, o los mármoles conmemorativos como el de Gonzalo Jiménez de Quesada en la catedral de Bogotá (ver tomo 1, p. 138), o decorativos como la fuente del Mono de la Pila. Pero fue en el mural y, sobre todo, en la pintura, como fundador del grupo Bachué (cuyo nombre proviene de la escultura de Rómulo Rozo presentada en el pabellón de Colombia en la Exposición Iberoamericana de Sevilla, 1926), donde Acuña encontró el terreno preciso para plasmar sus convicciones, «para crear valores dignos de ser incorporados en el acervo universal de la cultura humana [...] Olvidándose de lo imitativo, cambiar las bases usuales de la producción artística de Colombia, arraigada en las específicas y peculiares condiciones de la vida americana», como dice Juan Friede en su biografía de Acuña. Los Bachués (Pedro Nel Gómez, José Domingo Rodríguez, Ignacio Gómez Jaramillo y Luis Alberto Acuña, entre otros) iniciaron el arte moderno del país, tratando de superar la influencia académica. La obra de Acuña reacciona contra la pintura españolista de «peinetas y castañuelas», en boga por ese entonces. Resalta las facciones indígenas de los personajes, exagerando los rasgos étnicos, como los pómulos salientes, los ojos rasgados, los labios abultados y la contextura maciza y ancha de los indios americanos. Su muestra en Palmira (1934) fue un verdadero manifiesto Bachué de espíritu nacionalista, coincidente con sendas exposiciones de Gómez Jaramillo y Pedro Nel Gómez en Bogotá. A partir de entonces, Acuña orientó sus energías hacia la exaltación de la mitología aborigen. *El retablo de los dioses tutelares chibchas,* ca. 1935 (ver tomo 1, p. 1), de vibrante colorido tropical, *Teogonía de los dioses chibchas,* 1957 (ver tomo 6, pp. 283-284), sobre madera, o el *Bautismo de Aquiminzaque,* con el que obtuvo el primer premio en Pintura del VIII Salón Nacional de Artistas, en 1950, bastan para colocarlo en el cenit del indigenismo pictórico en Colombia. Marta Traba describió así la técnica pictórica del artista: «La obra de Acuña comienza con un estilo que sin ser exactamente puntillista, recuerda sin cesar el experimento formal y óptico de Seurat y sus amigos. Aunque el puntillismo francés colocaba sobre el lienzo un punto de pintura al lado de otro hasta componer las formas con solidez y coherencia, y el puntillismo de Acuña representa —por tratarse de una breve pincelada y no de un punto—, una transacción entre el impresionismo y el puntillismo, es evidente que a Acuña le complacía alcanzar la misma redondez monumental, idéntico volumen claro y sintético. Seres, cosas y paisajes quedaron clavados por Acuña en los límites estrictos que la técnica puntillista permitía. La sequedad conceptual, dura y ambiciosa, que caracterizará toda la obra de Acuña, ya se percibe en las primeras telas. Narran inmovilizando los hechos descritos». Sin embargo, Germán Rubiano argumenta: «Sus puntos de color recuerdan más bien las incisiones de una talla en madera que las manchitas policromas de los lienzos de Signac. Es decir, el puntillismo de Acuña es algo muy peculiar: una creación en la que está presente su propio trabajo de escultor y en la que sólo indirectamente se puede pensar en la técnica puntillista».



Fray Miguel Acuña.
Oleo de autor anónimo.
Convento de San Francisco, Bogotá.

La labor museográfica del maestro Acuña, quien fue director del Museo de Arte Colonial de 1955 a 1967, culminó con la creación del Museo Luis Alberto Acuña en Villa de Leiva (Boyacá). En una hermosa casona situada en la plaza del pueblo, fue colectando una enorme cantidad de piezas que van desde sus primeras obras, como los retratos de sus padres, hasta sus más oníricos diseños, que trascienden la mitología local hasta crear una iconografía muy personal. Por otra parte, Acuña realizó numerosos estudios de investigación histórico-artística, se destacan: *Ensayo sobre el florecimiento de la escultura religiosa en Santafé* (1932), *El arte de los indios colombianos*(1935), *Diccionario biográfico de artistas que trabajaron en el Nuevo Reino de Granada* (1964), *La escultura en Colombia* (*Historia extensa de Colombia*, Vol. XX, tomo I, 1967). Hasta su muerte, en 1993, Acuña dejó una obra en la que plasmó su anhelo de dar un rostro a Colombia y a América [*Ver tomo 6, Arte, pp. 123-124*].

JUAN DAVID GIRALDO

Bibliografía

FRIEDE, JUAN. *Luis Alberto Acuña.* Bogotá, Editorial Amerindia, 1949. ORTEGA RICAURTE, CARMEN. *Diccionario de artistas en Colombia.* 2ª ed. Bogotá, Plaza y Janés, 1979. SERRANO, EDUARDO. *Cien años del arte colombiano, 1886-1986.* Bogotá, MAM-Villegas Editores, 1985.

ACUÑA, FRAY MIGUEL

Religioso franciscano nacido en Zapatoca, provincia del Socorro, el 8 de mayo de 1788, muerto en Bogotá el 23 de junio de 1847. Famoso en Bogotá por sus conocimientos en medicina y por su vida ejemplar, fray Miguel Acuña recibió el hábito franciscano el 11 de octubre de 1809, escogiendo el humilde estado de religioso lego. Pasó la mayor parte de su vida religiosa en el convento de San Francisco de Bogotá, donde era constantemente visitado por gentes de todas las clases sociales que procuraban aliviarse de sus dolencias a través de sus recetas. En un retrato suyo al óleo, encargado por sus religiosos amigos «en señal de eterna gratitud», se lee la siguiente reseña: «Observantísimo de su santa regla, muy humilde, muy obediente y muy puro, sobresaliente en la caridad. Desempeñó el oficio de enfermero mayor, y por sus singulares conocimientos en la

medicina se hizo célebre entre las personas a quienes sirvió y alivió en esta ciudad. Tal era su virtud y de tal manera la confirmaba Dios, que su presencia sola bastaba para consolar, reanimar y fortalecer a las personas atribuladas; dejaba la tranquilidad y la alegría donde quiera que estaba y a todos favorecía su benéfica mano». Murió a la edad de 59 años. Figura en el catálogo de los varones preclaros en santidad de la Provincia Franciscana de la Santa Fe de Colombia, que se halla en la llamada *Relación Almanza*, publicada en Bogotá en 1853. Allí se le califica de «varón estático y de una caridad asombrosa».

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

ARCILA ROBLEDO, GREGORIO, O.F.M. *Provincia Franciscana de Colombia: las cuatro fuentes de su historia*. Bogotá, 1950, p. 198.

Fray Pedro de Aguado.
Oleo de Enrique Grau Araújo, 1947.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

AGUADO, FRAY PEDRO

Religioso franciscano nacido en Valdemoro (España), cerca de Madrid. La fecha de su nacimiento continúa en discusión: según partida de bautizo presentada por el historiador Caracciolo Parra León en 1936, fray Pedro era hijo de Juan Aguado Nabero y su esposa Francisca, y fue bautizado en Valdemoro el 16 de febrero de 1538; por otra parte, el historiador Juan Friede presentó en 1955 una partida de «Pedro, hijo de Alonso Sánchez Aguado», bautizado también en Valdemoro el 26 de enero de 1513. De la misma manera, se desconocen el lugar y fecha exactos de su muerte, calculada por algunos alrededor de 1609. Fray Pedro es el autor de la célebre *Recopilación historial resolutoria de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*, sobre la conquista y colonización de Tierra Firme, del Nuevo Reino de Granada y Venezuela. Esta importante obra, escrita hacia 1568, y en todo caso antes de 1575, sufrió los rigores de la censura oficial, y sobre todo debió esperar más de tres siglos para su publicación, la cual despertó un gran interés sobre el autor, pasando a ser considerado como uno de los primeros y más importantes cronistas indianos, tanto por la cercanía a los hechos que narra, como por la credibilidad que les confiere, y ser pionero en la transmisión de noticias hasta entonces desconocidas sobre el mundo colombo-venezolano en la dramática etapa de sus orígenes hispanos. Fray Pedro pertenecía a la provincia de Castilla, una de las circunscripciones geográficas en que estaba dividida la Orden Franciscana en España. Cuando se embarcó para venir al Nuevo Reino de Granada, a finales de 1561, ya era sacerdote. Nada se sabe de su vida y actividades en su patria antes de esa fecha, aunque según testimonio de fray Pedro Simón, era teólogo, matemático e historiador. La primera vez que se registra su nombre, está relacionado con la expedición que se alistaba el 4 de febrero de 1561 ante la Casa de Contratación de Sevilla. Fray Pedro hacía parte del grupo de cincuenta religiosos que conducía el comisario fray Luis Zapata de Cárdenas (futuro arzobispo de Santafé de Bogotá), al Perú, de los cuales seis se quedaron en Cartagena para de allí subir el Magdalena hacia el Nuevo Reino. En junio de 1562, fray Pedro ya se encontraba en la capital. Desde su llegada al Nuevo Reino entro a participar activamente en el gobierno de la organización franciscana, conocida entonces como la Custodia de San Juan Bautista, en calidad de definidor; y en los años sucesivos se desempeñó como cura doctrinero en los pueblos de Cogua, Némesa, Pesca, Zipaquirá, Pacho, Chocontá y Bosa, revelándose como celoso observante de la pobreza, al punto de no aceptar otro estipendio que el estrictamente necesario para su sustento, y rechazando cualquier ofrecimiento de oro. En dos oportunidades fue elegido Guardián del convento franciscano de Santafé, cuya casa e iglesia contribuyó a construir. Aguado se preciaba especialmente de la actividad evangelizadora que había desplegado en la doctrina de Cogua, cuyos indios habían dejado su antigua gentilidad y entrado al uso de las buenas costumbres y de la «pulicía». Allí levantó dos iglesias de piedra, adornadas con mucha imaginería y buenos ornamentos, lo que las habilitaba para celebrar los divinos oficios con gran solemnidad. Debido a esto y al hecho de haber sido Cogua el primer conglomerado indígena que se convirtió a la fe cristiana —hecho que el mismo Aguado atribuía, después de la gracia de Dios, al buen trato y ejemplo dado por él a los naturales—, sus indios se habían ganado el privilegio de encabezar las procesiones.

Con base en la correspondencia que conocemos de fray Pedro Aguado puede establecerse el marcado antagonismo que existía entre los encomenderos y doctrineros del Nuevo Reino, originado en la negligencia de los primeros para cumplir con la obligación de prestar el apoyo necesario a la catequesis de sus indios, y en el hecho de que quitaban y ponían a su arbitrio a los doctrineros, no construyendo capilla ni morada para ellos, ni permitiendo a sus indios concurrir a la doctrina. De esta situación generalizada de inestabilidad y onerosa dependencia se derivaba, a su vez, la penuria económica que tanto afectaba a los conventos y a sus religiosos, dado que la única fuente de subsistencia para éstos provenía del estipendio pagado por los encomenderos, bajo el supuesto de que el doctrinero no ganaba únicamente para su mantenimiento sino para el de su comunidad. Con el fin de que tratara personalmente estos asuntos, y para que saliera en defensa de la honra y fama de los frailes que, según la noticia que se tenía, andaba por el suelo en el Consejo de Indias, el definitorio provincial acordó en febrero de 1575 que el padre Aguado viajara a España y se presentara ante el Consejo como procurador de la Provincia. Además de este cargo, iba investido con la autoridad de Ministro Provincial, oficio para el que había sido elegido desde el 29 de junio de 1573, en el capítulo que presidió el recién llegado arzobispo fray Luis Zapata de Cárdenas.

Sobre las condiciones del nuevo provincial, el arzobispo avisó al rey que era «lo mejor que según Dios yo pude entender». Aguado era superior del convento máximo de Bogotá cuando se produjo su elección para el oficio. Hacia el mes de febrero de 1575 Aguado emprendió su viaje a España, en compañía del prior provincial de los dominicos, quien iba a apelar por la solución de problemas semejantes. En septiembre de 1575 ya habían llegado a Madrid y fray Pedro ya había hecho su presentación ante el Consejo de Indias. De su gestión ante este organismo se conserva el extenso memorial que presentó sobre los diez puntos que convenía mandar con toda prontitud, sin los cuales consideraba que «la conversión de aquel reino de otra manera jamás podrá llegar a su fin». Además de ocuparse de los asuntos relacionados con la evangelización del Nuevo Reino y los problemas que la obstaculizaban, Aguado aprovechó para presentar ante el Consejo los manuscritos de su referida obra. En efecto, según palabras del propio Aguado en el memorial sin fecha que presentó ante el Consejo de Indias, que parece ser de 1576, se trata de «un libro que en el tiempo ocioso he hecho con que entiendo vuestra alteza ha sido servido». En realidad lo que parece haber presentado en esa fecha es el primer borrador de la primera parte de la *Recopilación*, o sea la que trata del descubrimiento de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada. De todas maneras, solamente hasta 1579 el manuscrito ya concluido estuvo en manos del cosmógrafo Juan López de Velasco para que emitiera su parecer. El 3 de septiembre de 1581 el rey Felipe II expidió en Lisboa una cédula real con la licencia para su publicación. Sin embargo, nada se adelantó con ello porque antes de que pudiera ponerse en contacto con los impresores, las normas sobre la publicación de libros fueron modificadas, por lo cual la licencia real quedó sin valor alguno. El manuscrito volvió al Consejo de Indias, donde se pidió el parecer de una nueva autoridad en los asuntos de Indias, en este caso el cosmógrafo Juan Bautista Gesio, quien, efectivamente y aún más rápido de lo que se esperaba, dio su concepto positivo en noviembre de 1581. Para esta fecha, Aguado había gastado «más de dos mil ducados» en tener preparado su manuscrito. El 6 de julio de 1582 el rey expidió en Lisboa la cédula definitiva con la cual daba permiso a Aguado para imprimir y vender sus libros por diez años. En este estado de cosas el manuscrito de la *Recopilación* quedó en España, pues Aguado finalmente obtuvo la licencia para regresar al Nuevo Reino de Granada, posiblemente por el año de 1583. Sabemos con certeza que se encontraba aquí en 1585, cuando su compañero fray Esteban de Asensio escribió: «Y el dicho fray Pedro Aguado después de haber estado en España en su Provincia de Castilla más de ocho años ocupado con oficios honrosos, volvió a la Provincia del Nuevo Reino, por algunos fines de más servir a Dios, donde está morador del convento de Santa Fe». Aguado vivía todavía en 1589, en el convento de Loreto en Cartagena, pero éste es el último dato acerca de su vida. Tras muchas vicisitudes, la *Recopilación* fue publicada fragmentariamente (la primera parte, *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*) en Madrid en 1917, por don Jerónimo Becker. En 1918-1919, la Real Academia de la Historia publicó en Madrid la segunda parte de la *Recopilación*, *Historia de Venezuela*. La obra completa fue publicada en Bogotá entre 1956-1957 [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 51 y 52*].

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

FALS BORDA, ORLANDO. "Fray Pedro de Aguado, the forgotten chronicler of Colombia and Venezuela". *The Americas*, 11 (1955), pp. 539-573. FRIEDE, JUAN. "Fray Pedro de Aguado y fray Antonio de Medrano, historiadores de Colombia y Venezuela". *Revista de Historia de América*, 27 (México, 1964), pp. 177-232. MORÓN, GUILLERMO. *Biografía de fray Pedro de Aguado*. Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1954.

ALDANA, DANIEL



Daniel Aldana.
Fotografía de autor anónimo.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Político, militar y estadista nacido en Manta, Cundinamarca, hacia 1831 ó 1832, muerto en Bogotá, el 25 de septiembre de 1911. Daniel Aldana estudió en Bogotá en el Colegio de San Bartolomé y se doctoró en la ciencia del Derecho cuando aún no contaba veinte años de vida. Establecido en Honda, se ensayó en la prensa, en defensa de las ideas liberales en bastante auge entonces. En 1860 tomó parte en la revolución. Le tocó hallarse en el sitio de Cruz Verde, donde fue sorprendida una columna liberal, en la cual iban muchos enfermos y convalecientes, el 29 de abril de 1861, donde perecieron el general José María Obando y el coronel Patrocinio Cuéllar. Aldana era entonces capitán. Después encontróse en el asedio de San Agustín, al lado del general Valerio J. Barriga, en febrero de 1862. En seguida hizo campaña contra la guerrilla de Guasca, y por fin se las hubo con Román Carranza, el guerrillero astuto y cruel. En 1866, por elección popular fue elegido gobernador de Cundinamarca; mas en virtud del golpe de 29 de abril de 1867, hubo de cesar en el ejercicio de su empleo. Figuró Aldana entre los factores de la conspiración del 23 de mayo, llevada a término contra el general Tomás Cipriano de Mosquera, y triunfante ésta volvió a la Gobernación de Cundinamarca. En 1876 y 77 hizo Aldana las campañas de occidente y de Antioquia, y se batió en el Alto del Perro y la Florida, en las cercanías de Manizales. Había pasado del Tolima al Cauca al frente de la segunda división, y con ella entró en Medellín, después de la rendición de Manizales. A fines de 1877 concurrió a la Convención Constituyente del Estado de Antioquia. Algunos meses después desempeñó la Presidencia de Antioquia, con el carácter de segundo designado, de diciembre de 1877 a

marzo de 1878. En enero de 1882 tornó a ser presidente de Cundinamarca, empleo que mantuvo hasta 1885. Entonces inició la construcción del Ferrocarril de la Sabana, dio comienzo a los trabajos, y llevó a cabo la carretera de Cambao.

En 1885 fue el brazo derecho de Rafael Núñez, y le tocó la comisión de perseguir al ejército liberal revolucionario en Boyacá, hasta los desfiladeros de Mausa. Con el triunfo de la Regeneración, palideció la estrella política del general Aldana. El señor Núñez le regaló su bello bastón, y al mismo tiempo que le halagaba con frases melosas y sobreentendidas, logró neutralizar la acción de Aldana, en la guerra de 1885 en favor de la revolución liberal, la cual hubiera sido decisiva.

En 1887 el general Aldana salió del país, desterrado por los corifeos de la Regeneración, a cuyo advenimiento contribuyó, por incomprensión o por móviles que no se nos alcanzan. En 1895, Aldana se presentó en el campamento liberal. En la guerra de los tres años, cuando se dirigía a revolucionar el Valle de Tenza, que conocía palmo a palmo, fue aprehendido, después de ligero combate y conducido a Bogotá. El general Aldana concurrió a la Asamblea de Cundinamarca, a la Cámara y al Senado de la República, en repetidas ocasiones. En sus últimos años perteneció a la Asamblea Nacional, que funcionó en los días del gobierno del general Rafael Reyes.

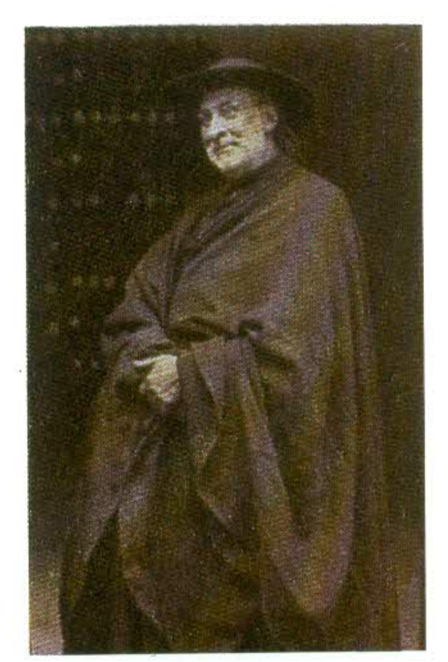
Diez lustros sirvió a la República el general Daniel Aldana, al cabo de los cuales descendió al sepulcro, en Bogotá, el día 25 de septiembre de 1911. Las Cámaras deploraron su muerte por medio de mociones sentidas, aprobadas unánimemente. Circunstancia honrosa para el general Aldana es la de haber muerto pobre, después de intervenir tan activamente y por tiempo tan largo en las agitaciones de la vida pública, propicias para llenar la bolsa empleando malas artes, cual otros lo hicieron. Era el general Aldana inteligente y astuto, amigo de la transacción en ocasiones, casi siempre accesible a la razón, cuando le era presentada con nitidez y comedimiento, excelente amigo personal, y abrigó siempre sentimientos patrióticos que la posteridad calificará serenamente, en debida oportunidad [*Ver tomo 2, Historia, pp. 425-427*].

JOAQUÍN OSPINA

Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia.

ALMANZA, FRAY RAFAEL

Sacerdote franciscano nacido en Bogotá el 2 de agosto de 1840, muerto el 27 de junio de 1927. Célebre por su alma cándida, por su carácter bonachón y por su gran mansedumbre, cualidades que lo hicieron fiel trasunto de san Francisco de Asís, el padre Almanza fue muy popular en Bogotá, particularmente en la iglesia de San Diego, de la que fue por muchos años capellán. Hijo de Ambrosio Almanza y María del Rosario Riaño, nació en la casa cural de la iglesia de la Veracruz, de la cual su padre era sacristán. Fue bautizado al día siguiente en la iglesia de las Nieves. Ingresó al noviciado en el convento de San Francisco, que era como la prolongación de su hogar, ya que en ese entonces el templo y casa de la Veracruz dependían de los franciscanos; tenía apenas 15 años. Se hallaba cursando sus estudios eclesiásticos encaminados al sacerdocio, cuando se produjo el rudo golpe de la "exclaustración" decretado por el general Tomás Cipriano de Mosquera en 1861, por lo cual se vio forzado a abandonar la vida claustral. Con dos compañeros abandonó la capital y se refugió en Engativá, donde permaneció algún tiempo en casa del párroco. Meses después se dirigió a Pamplona, donde bajo la paternal solicitud del obispo Bonifacio Toscano, continuó sus estudios y obtuvo la ordenación sacerdotal el 27 de mayo de 1866. Inició su ministerio sacerdotal como coadjutor del obispo Peralta. Después pasó a San José de Cúcuta como párroco; allí escapó providencialmente a la catástrofe que arrasó la población el 18 de mayo de 1875, pues ese mismo día había salido de paseo a las afueras con los niños de la escuela. Cuando regresaban por la tarde, divisaron desde la lejanía el espectáculo de la ciudad en ruinas. Sin parroquia, a causa de esto, fue trasladado a Bucaramanga como coadjutor en la parroquia de San Laureano. Estuvo cerca de seis años en Bucaramanga, tiempo durante el cual colaboró en otros pueblos de Santander. En 1881 fue llamado de nuevo a las filas franciscanas, cuando pudo rehacerse la vida comunitaria. Reunido el Capítulo Provincial, fue nombrado capellán del templo de San Francisco, y más tarde, definidor provincial. En 1895 viajó a Roma para participar en el Capítulo General de la Orden Franciscana. Los incidentes de su viaje por Europa constituyen los mejores y más graciosos pasajes de su anecdotario, referidos por algunos de sus biógrafos. En 1898, por incomprensiones con el padre Pedro A. Mas, que había venido como visitador extraordinario, el padre Almanza dejó de pertenecer jurídicamente a la Orden Franciscana. Recibió, sin embargo, la acogida paternal del arzobispo Bernardo Herrera Restrepo, quien lo nombró capellán de la iglesia de San Diego, la cual, siendo de la Orden Franciscana, había sido entregada por el padre Mas al arzobispo, por parecerle que ese no era ministerio para franciscanos. Allí ejerció el padre Almanza por más de treinta años su evangélico apostolado, allí creció su fama de santidad que atraía a los bogotanos de todas las clases sociales, y allí mismo falleció.



Fray Rafael Almanza.
Fotografía de Pedro Ostau de Lafont, ca. 1915.
Colección particular.

LUIS CARLOS MANTILLA

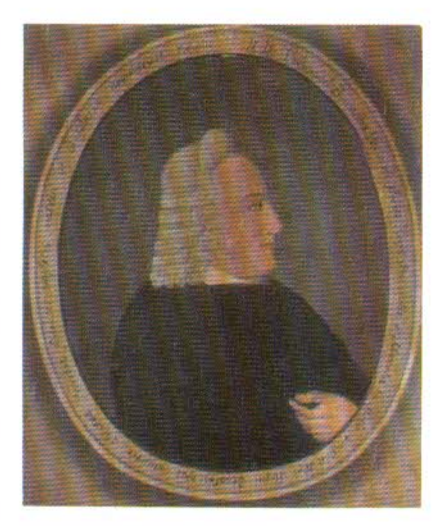
Bibliografía

GALVIS SALAZAR, FERNANDO. "El padre Almanza". *Cromos*, mayo 27 de 1916 y julio 2 de 1927. GALVIS SALAZAR, FERNANDO. *El padre Almanza*. Bogotá, 1947.

ALVAREZ DEL CASAL, MANUEL DE BERNARDO

Abogado y político criollo nacido en Santafé de Bogotá, el 21 de mayo de 1743, muerto allí mismo, el 10 de sep-

tiembre de 1816. Manuel de Bernardo Alvarez del Casal ocupó la presidencia del Estado de Cundinamarca entre el 13 de agosto de 1813 y el 12 de diciembre de 1814, cuando Simón Bolívar, a nombre del Congreso, se tomó Santafé de Bogotá. Perteneció a la élite criolla, descendiente de una nueva clase burocrática que llegó al Virreinato de la Nueva Granada en la primera mitad del siglo XVIII y que por alianzas de familia y un efectivo poder económico, consolidado muchas veces por matrimonios de conveniencia, adquirió gran jerarquía dentro de la sociedad neogranadina de la época. La familia Alvarez del Casal, compuesta por el padre, Bernardo Alvarez, abogado del Consejo Real de Castilla, la madre, Josefa del Casal y Freiría, y cuatro hijos: Joaquina, Petronila, Catalina y Manuel de Bernardo, llegó a Santafé de Bogotá en 1736, cuando su padre había sido nombrado fiscal de la Real Audiencia. Las hijas se casaron con vástagos de distintas familias de abolengo: Joaquina contrajo nupcias con Manuel García Olano, administrador de correos que durante la revolución de los Comuneros sirvió como oficial de enlace entre los insurrectos y la oligarquía santafereña; Petronila se casó con Jerónimo de Mendoza y Hurtado, subjefe de la administración de correos, también involucrado en el movimiento comunero; y Catalina se desposó con Vicente Nariño y Vásquez, quien ejerció los cargos de contador oficial de las Cajas de Santafé, contador mayor del Tribunal de Cuentas y director de la primera fábrica de pólvora establecida en Santafé de Bogotá; de esta unión nació el Precursor de la Independencia, Antonio Nariño y Alvarez del Casal. Por su parte, Manuel de Bernardo, luego de estudiar, entre 1762 y 1768, jurisprudencia y humanidades en el Colegio de San Bartolomé, y de obtener los títulos de Doctor en Teología y Humanidades, con los cuales logró ser catedrático de derecho civil y eclesiástico y recibirse como abogado de la Audiencia en 1768, se casó, en 1778, con Josefa Lozano de Peralta, cuarta hija del primer marqués de San Jorge. Con esta unión, Alvarez del Casal emparentó no sólo con una de las familias más acaudaladas del Virreinato, sino también con los Lagos, Portocarrero, Galavís, Vergara y Caicedo, Ugarte, y Ricaurte, familias de los esposos de las otras seis hijas del encopetado marqués. Del matrimonio Alvarez del



Manuel de Bernardo Alvárez.
Oleo de F. María Zapata.
Museo Nacional, Bogotá.

Casal-Lozano de Peralta nacieron ocho hijos. Desde que se doctoró, en 1768, hasta el 20 de julio de 1810, Alvarez del Casal estuvo al servicio de la administración española: primero como contador-ordenador del Tribunal de Cuentas de Santafé de Bogotá, luego, con el mismo cargo, en la Real Casa de Moneda de Popayán, y finalmente, meses antes del inicio de la revolución, como contador mayor del Tribunal de Santafé de Bogotá. Desde 1789 perteneció, al igual que la mayoría de sus familiares políticos, al Cabildo de la entonces capital del Virreinato. Pero, si bien Manuel de Bernardo Alvarez ocupó altos cargos en las contadurías de Hacienda, es cierto que despreció y odió como el que más a los "chapetones". En tal actitud posiblemente influyeron mucho los problemas que enfrentó su suegro, don Jorge Miguel Lozano, detenido el 11 de agosto de 1793 y recluido posteriormente en Cartagena, donde murió. También, los conflictos que afrontó su sobrino, el Precursor Nariño. Estos resentimientos se refinaron mucho más con la activa participación en las tertulias de la época y las discusiones sobre candentes temas que, finalmente, llevaron a la toma de conciencia de los criollos respecto a su situación frente a la metrópoli.

En el momento del Grito de Independencia, Alvarez del Casal era miembro del Cabildo, y en calidad de tal firmó el acta que declaró la Independencia. Participó, entonces, junto con José Miguel Pey, Juan Bautista Pey, José Acevedo y Gómez, el canónigo Andrés Rosillo, Camilo Torres, Tomás Tenorio y Carvajal, Antonio Baraya, Antonio y Francisco Morales, José Santamaría, Joaquín Camacho, Luis Caicedo y Flórez, José Ortega y Mesa, Frutos Joaquín Gutiérrez, Pedro Groot y otros, en el cabildo abierto que solicitaron los insurrectos, y pasó a formar parte de la Junta Suprema de Gobierno, presidida por José Miguel Pey, que el 26 de julio suscribió el documento que desconoció el Consejo de Regencia de España. La Junta de Gobierno se dividió en siete secciones: Gobierno y Diplomacia, Negocios Eclesiásticos, Gracia y Justicia, Guerra, Hacienda, Policía y Comercio. Alvarez del Casal, dada su amplia experiencia en materia de contaduría pública, fue nombrado en la de Hacienda, de la que hicieron parte también Pedro Groot, José París y Luis Azuola y Lozano (pariente político de Alvarez). Además, fue colaborador del periódico oficial *Aviso al Público*, que se comenzó a editar a partir de septiembre de 1810. Desde esta posición, Alvarez del Casal ejerció gran presión sobre la Junta de Gobierno para que se ordenara la liberación de Antonio Nariño, que se hallaba preso en Cartagena; tal pedido encontró muchas voces en contra, pero ante los esfuerzos y ruegos al fin el Precursor llegó a Santafé el 8 de diciembre de 1810. En general, puede decirse que esta Junta de Gobierno, conformada por primos, tíos y familiares, todos relacionados con el marquesado de San Jorge, se aprovechó de la buena fe del pueblo y manipuló la situación de acuerdo a sus propios intereses. Quizás una de las mayores dificultades que tuvo que afrontar la Junta de Gobierno fue la negativa de las demás provincias en que estaba dividido el Virreinato de la Nueva Granada, a aceptar el control político y administrativo de Santafé de Bogotá. El movimiento de oposición, orquestado desde Tunja, tuvo a Camilo Torres y Tenorio como cerebro y abogó por un gobierno de corte federalista. Se convocó, entonces, el 6 de noviembre de 1810, un "Supremo Congreso", al que asistieron delegados de las seis provincias que apoyaban a Santafé: Andrés Rosillo por el Socorro, Camilo Torres por Pamplona, Ignacio Herrera por Nóvita, León Armero por Mariquita, Manuel Campos por Neiva y Manuel de Bernardo Alvarez, quien, además de ser el representante por Santafé, fue nom-

brado presidente. El Congreso se inauguró el 22 de diciembre y a instancias de Alvarez eligió al Precursor Antonio Nariño como secretario. Las deliberaciones adelantadas allí no aportaron nada al asunto que más interesaba: la organización del nuevo gobierno. Ante el fracaso del Congreso Nacional, se convocó un Colegio Constituyente Electoral que creó el Estado de Cundinamarca y nombró como primer presidente a Jorge Tadeo Lozano, quien ejerció el poder entre el 26 de marzo y el 19 de septiembre de 1811. Durante el gobierno de su cuñado, Manuel de Bernardo Alvarez se unió a su sobrino, Antonio Nariño, y juntos defendieron el régimen centralista presidido por Santafé de Bogotá. Desde el periódico *La Bagatela*, presionaron a Lozano de Peralta para que renunciara a la presidencia, lo que efectivamente sucedió y permitió que el Precursor asumiera primero la presidencia, y luego de un corto receso, la dictadura, que ejerció desde el 11 de septiembre de 1812 hasta agosto de 1813, cuando partió hacia Pasto. Durante el gobierno de su sobrino, Alvarez del Casal cumplió un importante papel de apoyo, pues además de ser miembro del Concejo, actuó como consejero del presidente. Tres hijos de Alvarez del Casal: Manuel María, Mariano Bernardo y María Tadea también fueron sostén importante del Precursor.

No obstante, pese a rodearse de los más allegados de su familia, la situación política para Antonio Nariño fue cada vez más difícil. Tunja se consolidó como el fortín antinariñista, y el 4 de octubre de 1812 se citó en Villa de Leiva un Congreso federalista, al cual asistió Alvarez del Casal, acompañado de Luis Azuola, en representación de Cundinamarca. Allí, Alvarez defendió tan ardorosamente los planteamientos centralistas de su sobrino, que los dos delegados fueron reducidos a prisión por orden de sus colegas. Pero las dificultades para Nariño y sus aliados no cesaron con los intentos de golpe democrático de los tunjanos. Dos generales, Joaquín Ricaurte y Antonio Baraya y Ricaurte, miembros de la extensa familia Lozano de Peralta, encargados por el Precursor de detener a los contradictores del centralismo, se convirtieron al federalismo y en alianza con Camilo Torres atacaron Santafé de Bogotá, el 9 de enero de 1813. La embestida fue rechazada y sirvió para calmar, por un tiempo, los ánimos del Congreso de las Provincias Unidas; así mismo, permitió que el 16 de julio de 1813, el Colegio Electoral del que formó parte como presidente Alvarez del Casal, declarara a Cundinamarca territorio con independencia absoluta del gobierno de España y libre de cualquier soberanía distinta de la de Dios y el pueblo. Mientras tanto, en medio de tanta lucha política y armada, generada con frecuencia por viejos pleitos de familia, las tropas españolas comandadas por Juan Sámano aprovecharon para invadir el territorio colombiano por el sur. El Precursor decidió, entonces, encargarse personalmente de la defensa de la soberanía, y en el Congreso Electoral renunció a la dictadura, única forma para sostener el tambaleante gobierno, en favor de su tío, Manuel de Bernardo Alvarez. En 1814, cuando Nariño fue derrotado y apresado en Pasto, los federalistas organizaron una nueva ofensiva para someter a Cundinamarca, esta vez con el apoyo del coronel venezolano Simón Bolívar. Por consejo de sus asesores Ignacio de Herrera y Juan José Diago, Alvarez se negó a entregar pacíficamente el poder al Congreso de las Provincias Unidas, y tampoco aceptó ninguna fórmula de entendimiento con los tunjanos ni con Bolívar. Ante esta situación, Bolívar inició una acción armada contra Santafé, que terminó con la rendición de la ciudad, el 11 de diciembre de 1814, y la entrega del poder por parte de Alvarez, quien solamente pidió garantías para españoles y criollos regentistas. Una vez entregó el poder, Alvarez del Casal no quiso colaborar con ninguno de los nueve gobernantes que lo sucedieron, entre ellos, Camilo Torres y José Fernández Madrid. Se retiró de la vida pública, con una que otra aparición, como cuando apoyó, el 15 de junio de 1815, una propuesta de capitulaciones con los españoles. El 26 de mayo de 1816, el general Pablo Morillo entró en Santafé de Bogotá e instituyó un tribunal para juzgar a todos los criollos que habían participado en la insubordinación. Manuel de Bernardo Alvarez, junto con otros miembros de su familia extensa, fue apresado, juzgado y condenado a muerte. El ajusticiamiento se cumplió el 10 de septiembre de 1816, en el hoy llamado Parque de Santander, en compañía de José M. Arrubla y del escribano Manuel García.

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

Bibliografía

ABELLA, ARTURO. *El florero de Llorente*. Bogotá, Antares, 1960. IBÁÑEZ, PEDRO MARÍA. "Manuel Bernardo Alvarez". *Boletín de Historia y Antigüedades* (agosto de 1903). MENDOZA VÉLEZ, JORGE. *Gobernantes de la Nueva Granada. Síntesis biográficas*. Bogotá, Minerva, 1951. OTERO MUÑOZ, GUSTAVO. *Hombres y ciudades*. Bogotá, Ministerio de Educación, 1948. RIVAS, RAIMUNDO. "Manuel Bernardo Alvarez". *Boletín de Historia y Antigüedades* (agosto-septiembre 1916).

ALVAREZ LLERAS, ANTONIO

Dramaturgo nacido en Bogotá, en 1892, muerto allí mismo, en 1956. Antonio Alvarez Lleras utilizó el seudónimo de Joaquín Zuluaga. Nieto de Lorenzo María Lleras, uno de los más importantes hombres de teatro del siglo XIX, cursó estudios secundarios en el Instituto de La Salle de Bogotá, y un año (1910) en la Facultad de Leyes de la Universidad Nacional. Cambió de carrera por la de odontología y se graduó en el Colegio Dental de Bogotá en 1813. Posteriormente, en esta misma institución fue profesor de diferentes materias y rector en varias ocasiones, igual que en el Instituto Dental Colombiano. Fue cónsul de Colombia en Cádiz entre 1927 y 1931. Perteneció a la Sociedad de Autores de Colombia y a la Sociedad Arboleda, agrupación literaria que floreció entre 1910 y 1915. Fue miembro de número y tesorero de la Academia de la Lengua, y correspondiente de la Real Academia Española. Muy joven, desde cuando cursaba estudios secundarios, Alvarez Lleras escribió varias obras para el grupo de teatro escolar, las cuales quedaron inéditas; entre ellas, se tiene noticia de "Don Luis Vesaques", "Los de Altamora", "Los traidores de Puerto Cabello" y "El doctor Bacanotas". Alvarez Lleras es autor de los siguientes dramas: *Víboras sociales*, estrenado en el Teatro Municipal de Bogotá el 8 de agosto de 1911 por la compañía española de Evangelina Adams, después fue remontado varias veces. *Como los muertos*, estrenado el 4 de marzo de 1916 por la Compañía Dramática Benavente en el Teatro de Colón de Bogotá; trata sobre el viejo tema del triángulo amoroso, y alcanzó tal popularidad que en 1931 ya había sido editada cinco veces, verdadero récord editorial en Colombia y en un género que tiene pocos lectores. Se calcula que fue montada numerosas veces por

compañías extranjeras que llegaron al país, inclusive hasta la década del treinta; entre ellas se encuentran las compañías de zarzuela de Matilde Rueda, Gobelay-Fábregas, Aurora y la de Matilde Palou. En Bogotá, los hermanos Di Domenico, con su compañía cinematográfica SICLA, filmaron la obra protagonizada por Matilde Palou. *Los mercenarios* (1941, edición), drama estrenado en el Teatro Municipal el 11 de junio de 1924 por la compañía Adams-Nieva. *El zarpazo* (1946), primer premio del concurso convocado por la compañía de Camila Quiroga durante su temporada en Bogotá en 1927, estrenado en el Teatro Colón de Bogotá el 14 de mayo de ese año; la señora Quiroga lo incluyó dentro de su repertorio en la gira por México, Puerto Rico, Cuba, New York (Manhattan Opera House, 1927), París (Théâtre Madelein, 1928) y en la Exposición Iberoamericana de Sevilla (1928). *Almas de ahora* (1945), drama que sirvió de lanzamiento el 3 de marzo de 1944 a la compañía Renacimiento, fundada por Alvarez Lleras. El nombre de la compañía es símbolo de su renacer en el teatro después de 17 años de silencio. *El virrey Solís* (1947), estrenado por la compañía española Guerrero-Romeu en el Teatro de Colón el 29 de mayo de 1948. El estreno fue considerado por la prensa como la culminación de la carrera artística del dramaturgo; el propio Alvarez Lleras, quien se sentía desencantado del teatro de ese momento y desilusionado por la poca acogida que sus obras tenían entre las nuevas generaciones, consideró el estreno de *El virrey Solís* y el homenaje que se le rindió, como "vivificante" para él y para el país después de los acontecimientos políticos del 9 de abril de ese año. La producción dramática de Alvarez Lleras puede dividirse en tres: obras de tesis (*Víboras sociales*, *Los mercenarios*, *Almas de ahora*); dramas psicológicos (*Como los muertos*, *El zarpazo*) y un drama histórico (*El virrey Solís*). Escribió, además, las comedias *Alma joven*, estrenada en el Teatro Colón de Bogotá el 20 de enero de 1912 por la compañía de Evangelina Adams; *Fuego extraño*, primer premio de la Sociedad de Autores de Colombia en 1912 y medalla de oro del gobierno nacional, estrenada en el Teatro Municipal de Caracas en diciembre de 1912 por la compañía mexicana de Virginia Fábregas, con la presencia del autor; posteriormente, la misma compañía la presentó en el Teatro Colón de Bogotá, el 4 de marzo de 1913.



Antonio Alvarez Lleras.
"El Gráfico", Nº 71, febrero 3 de 1912.

Para audiencias estudiantiles, Alvarez Lleras escribió *Alejandría la pagana*, *La toma de Granada* y *El ángel de navidad*. De la producción dramática de los últimos años quedaron inéditas las obras "El marido de Mimí", "El sí de los coca-colos" y "Sirena pesca marido". Escribió varios diálogos, entre los cuales se encuentran *Por teléfono* y *De año nuevo*. Durante su permanencia en el Consulado de Cádiz, escribió la novela *Ayer, nada más*, editada en París por Le livre libre en 1930. Publicó, además, dos volúmenes de poesía: *Sonatina de otoño* y *Ensoñadores*.

Por su obra dramática en general, Alvarez Lleras está considerado como el fundador del teatro moderno en Colombia. En 1945, en el prólogo de *Almas de ahora*, expresó su concepción sobre el teatro: «Si la obra de teatro es, por una parte, manifestación artística de particulares características, debe ser, por otra, creación literaria y, por tanto, contener ideas, expresar tendencias, encerrar un objetivo social preciso, ya que su radio de acción no se limita a las salas de espectáculos». Más adelante, en el mismo prólogo, dice que el arte escénico «consiste en demostrar una tesis, en elaborar una exposición ordenada a un fin por medio de la interlocución de personajes distintos del propio autor, con caracteres opuestos y aun firmemente contrastados que den la impresión de la realidad misma». Alvarez Lleras resume su método así: «Cuando he escrito para la escena, he pensado ante todo en un plan definido que gire alrededor de una idea matriz, procurando conciliar su desarrollo escénico con un conjunto homogéneo». El mismo se calificó discípulo fiel de los clásicos, en especial de Lope de Vega, Pedro Calderón de la Barca y Moliére, porque, según Alvarez, vieron en el teatro una «elevada misión social». La compañía Renacimiento se presentó en Bogotá y en otras ciudades del país, pero se extinguió aproximadamente al año. Las primeras obras montadas tuvieron un resonante éxito, aunque el público disminuyó paulatinamente; Alvarez Lleras atribuyó el hecho a que el público popular se inclinaba más por los espectáculos "frívolos" del género costumbrista, de moda en ese momento. Su influencia se reflejó en dramaturgos colombianos como Luis Enrique Osorio (obras de crítica social) y Oswaldo Díaz Díaz [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 278-283*].

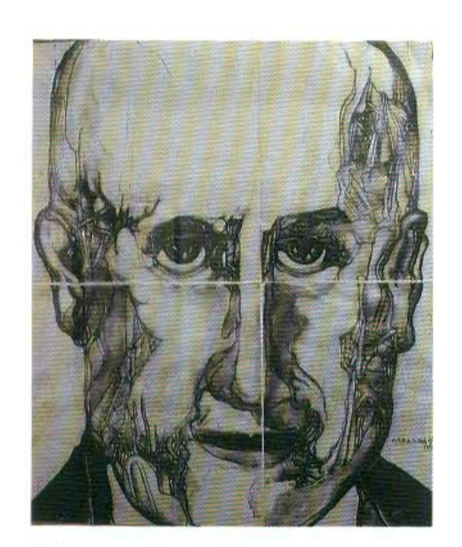
MARINA LAMUS OBREGÓN

Bibliografía

ALVAREZ LLERAS, ANTONIO. *Almas de ahora: pieza en tres actos.* Bogotá, Ediciones Centro-Instituto Gráfico, 1945. ARIAS, GLORIA CARMENZA, MARLENY GARCÍA y MARINA LAMUS OBREGÓN. *Medio siglo de teatro en Colombia: 1900-1950.* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990. GONZÁLEZ CAJIAO, FERNANDO. *Historia del teatro en Colombia.* Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986. LYDAY, LEÓN F. *The dramatic art of Antonio Alvarez Lleras.* Ann Arbor, University Microfilms Internacional, 1983. REYES, CARLOS JOSÉ y MAYDA WATSON. *Materiales para la historia del teatro en Colombia.* Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

ALZATE AVENDAÑO, GILBERTO

Abogado, político y periodista caldense (Manizales, octubre 10 de 1910-Bogotá, noviembre 26 de 1960). Conservador de fuerte tendencia derechista, Gilberto Alzate Avendaño inició sus estudios en el Colegio de Cristo, y los concluyó en la Universidad de Antioquia, donde en 1936 obtuvo el grado de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas. Se lanzó al ruedo político a los veinte años, cuando el partido conservador perdió el poder y varios jóvenes quisieron darle una nueva fe al esquema de los viejos dirigentes. Alzate se propuso fortalecer la ideología de su partido y llegó a la Secretaría al término de su carrera profesional, pero por corto tiempo ya



Gilberto Alzate Avendaño.
Dibujo de Gustavo Zalamea.
Fundación Alzate Avendaño, Bogotá.

que las disputas con el jefe del conservatismo, Laureano Gómez, lo hicieron renunciar. En 1936 fundó y dirigió el movimiento Acción Nacionalista Popular, en compañía de Silvio Villegas, Fernando Londoño, Joaquín Estrada Monsalve y Abel y Rafael Naranjo Villegas, como respuesta al manejo político de la jefatura del partido. Este grupo, desaparecido en 1939, se inspiraba en la idea despótica de la autoridad promulgada por el fascismo italiano, en algunas ideas bolivarianas para el control estatal, en los principios de organización del Estado Nacionalsocialista, en la Falange española y en la creencia de dominar el país mediante un Estado fuerte y centralizado. Alzate Avendaño fue diputado a la Asamblea Departamental de Caldas, representante a la Cámara y senador de la República. En el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla se le encargó la embajada colombiana en España. Como periodista fue director de los diarios *Eco Nacional* y *Diario de Colombia*, desde el cual lideró una campaña en oposición al gobierno de Laureano Gómez. Algunos de sus escritos políticos son: *El redescubrimiento del Libertador* (1938), *La revolución a la derecha* (1946), *Incompatibilidades* (1953), *Doctrina social-católica y pensamiento bolivariano* (1953), *La mujer entra en escena* (1954). Su producción literaria se contempla en *Africa habla* (1934), *La función de la inteligencia* (1954) y *El centenario de Suárez* (1955). Alzate ejerció, además, la carrera de abogado en la década de 1940, profesión para la cual poseía vastos conocimientos jurídicos y tenía gran capacidad de litigio. Su área del Derecho fue el administrativo, el civil y el minero. Gilberto Alzate Avendaño fue un batallador con la palabra, la usaba con fuerza, no conocía puntos medios para su expresión; su espíritu conservador y cristiano encontró así la forma de defenderse [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 161, 211*].

JUAN FELIPE CÓRDOBA RESTREPO

Bibliografía

ALZATE AVENDAÑO, GILBERTO. *El pensamiento vivo de Alzate Avendaño*. Selección y presentación, José Luis Lora. 2ª edición. Bogotá, Directorio Nacional Conservador, 1971. ALZATE AVENDAÑO, GILBERTO. *Obras Selectas*. Compilador, Jorge Mario Eastman. Bogotá, Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo, 1979. *Alzate: variaciones en torno a un hombre*. Manizales, Imprenta Departamental, 1980.

AMADOR FERNÁNDEZ, CARLOS CORIOLANO



Carlos Coriolano Amador.
Fotografía de Gonzalo Gaviria, 1870.
Colección Amador, Medellín.

Empresario antioqueño (Medellín, 1835 - octubre 13 de 1919). Carlos Coriolano Amador fue uno de los protagonistas de la etapa preindustrial de la historia empresarial colombiana, puente de unión entre los siglos XIX y XX. Sus múltiples negocios, producto de su espíritu visionario y emprendedor, lo convirtieron en un agente clave del desarrollo económico del país; no obstante, en su tiempo muchos no lo consideraron así, como lo deja entrever su sobrenombre: "El burro de oro". Hijo de Sebastián José Amador López, acomodado comerciante de origen cartagenero, quien ocupó la gobernación de la provincia de Antioquia en 1851, Coriolano Amador aprendió sobre comercio en los almacenes de la familia, actividad que combinaba con las clases en el Colegio de Antioquia. Luego estudió en Jamaica y en Londres. Fue autodidacta en derecho civil, comercial y minero, el cual aplicó con destreza. Era un pleitómano sagaz y arriesgado. Contrajo matrimonio con Lorenza Uribe Lema, hija del acaudalado y prestigioso político José María Uribe Restrepo, gobernador y varias veces senador por la provincia de Antioquia. Incursionó en la política regional: fue concejal de Medellín y diputado de Antioquia en representación de los liberales. Al finalizar el siglo XIX era considerado como el inversionista y empresario más rico del país.

Tempranamente manifestó su afán de lucro. Se destacó como administrador y accionista principal de la Sociedad Minera de El Zancudo y Sabaletas, de la Sociedad Minera de Los Chorros, de las que construyeron el puente de Jericó sobre el río Cauca (Puente Iglesias) y la plaza de mercado cubierta de Guayaquil, y de la Empresa Colombiana del Telégrafo Eléctrico. Emprendió la construcción de la vía carreteable de Santa Elena, que comunicó a Medellín con Rionegro, y la de diferentes acueductos y alcantarillados de Medellín. Realizó negocios de urbanización y comercio de artículos importados. Montó haciendas cafeteras, trilladoras de café y cereales, una de las primeras fábricas de chocolate de Medellín, un banco, una ladrillera, además de otras haciendas ganaderas en Jericó y Cartago. Amador se inscribe, pues, dentro de un patrón de máxima diversificación económica, común a la mayoría de los negociantes del país en el siglo XIX. Pasó del nivel agrícola, ganadero y minero al industrial, mostrando una actitud positiva frente a la mecanización y la tecnificación. Fruto de su tendencia asociativa fue su apoyo con capital a muchos proyectos considerados "descabellados" en su época. Amador incursionó en la minería como nunca antes se había hecho en el país, aun conociendo los posibles riesgos. Pensó en

grande en lo relacionado con inversiones, herramientas, maquinarias, administración, trabajo y técnica. Esto favoreció el desarrollo de la capacidad inventiva de otros empresarios y operarios. En las empresas de minería de veta, sentó por primera vez las bases de una administración sistemática y de una inversión racionalizada en pro del máximo rendimiento financiero.

La empresa minera de El Zancudo, dedicada a explotar las vetas de oro y plata en la localidad de Titiribí (Antioquia), fue la más memorable obra de Amador. Como su mayor accionista, lideró la reforma y modernización del establecimiento, hasta llevarlo a su máximo desarrollo por medio de la aplicación de sistemas alemanes de extracción y beneficio de minerales por fundición. Para tal efecto trajo a varios técnicos europeos en metalurgia, dando origen así a los primeros montajes semifabriles a gran escala en la región: Sabaletas y Sitioviejo, modelos usados más adelante en el montaje de la Ferrería de Antioquia o Ferrería de Amagá, en cuya junta directiva también estuvo. En el decenio de 1880 El Zancudo ya era la empresa más grande, sin importar el tipo, de cuantas habían existido en Colombia; sobrepasaba a la Ferrería de Pacho, a la empresa textil de Samacá, a la Cervecería Bavaria y a la Ferrería de Amagá. En 1887, El Zancudo contaba con 1200 trabajadores directos, más de 300 mulas y cerca de 70 minas en explotación. Siendo director de la Sociedad, Amador gestó en 1883 la creación del Banco del Zancudo. Por otra parte, Amador urbanizó el barrio comercial de Guayaquil, proyecto que demandó considerables capitales para adecuar terrenos y montar la ladrillera de Belén. La edificación más importante del sector fue su plaza de mercado (1894), la obra civil más grande realizada hasta ese momento en la ciudad. Amador se constituyó así, en pionero de la industria de la construcción a gran escala en Medellín. Viajaba a Europa con frecuencia, en busca de tecnología. El 19 de octubre de 1899, día que estalló la guerra de los Mil Días, llegó a Medellín procedente de Francia, con el primer automóvil que vino a Colombia. Gustaba del lujo y las novedades, contradiciendo de esta manera la imagen estereotipada de los empresarios antioqueños del siglo pasado, frugales y austeros. Los palacios Amador, contratados con arquitectos extranjeros (Felipe Crosti y Carlos Carré) fueron durante muchos años las casas más lujosas de Medellín. Cuando murió, en 1919, su fortuna quedó dividida entre numerosas hijas y yernos; uno de ellos, César Piedrahita, siguió administrando y acrecentando algunas empresas, en especial las agrícolas. Los experimentos empresariales y fabriles de Amador sirvieron a numerosos ingenieros de la Escuela de Minas de Medellín, técnicos y trabajadores, como taller de práctica en el interesante y novedoso manejo de la industrialización del país en la segunda década de este siglo.



Antonio José Amar y Borbón. Museo Nacional, Bogotá.

LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

MOLINA LONDOÑO, LUIS FERNANDO y OCIEL CASTAÑO ZULUAGA. "El burro de oro, Carlos Coriolano Amador, empresario antioqueño del siglo XIX". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXIV, Nº 13 (Bogotá, 1987).

AMAR Y BORBÓN, ANTONIO

Virrey de la Nueva Granada nacido en Zaragoza (España), en 1742. A este militar español, a quien se le gratificó con el cargo de virrey del Nuevo Reino de Granada, le tocó afrontar la caída del dominio hispánico en el territorio bajo su mando. En 1762, a la edad de 20 años, Antonio José Amar y Borbón ingresó como cadete en el Regimiento de Caballería de Farnesio, donde obtuvo diversos ascensos, hasta recibir el grado de brigadier, luego de más de 31 años de servicios. Participó en el sitio de Gibraltar, en 1782, y en la guerra contra la Francia revolucionaria. En el curso de este último enfrentamiento se destacó al cubrir la retirada de las tropas españolas hasta Tolosa, en la frontera de Guipúzcoa, en 1794. En general, sus acciones en el ejército fueron meritorias, como consecuencia de lo cual fue hecho caballero de la Orden de Santiago en 1770, teniente general de los Reales Ejércitos en 1802 y, en ese mismo año, nombrado virrey, gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Granada, con presidencia de la Real Audiencia de Santafé, cargo en el que sucedió a Pedro Mendinueta. El 16 de septiembre de 1803, un par de semanas después de que cesara en Santafé la epidemia de viruela, que se había declarado en septiembre del año anterior, llegaron a la capital el virrey Amar y su esposa Francisca Villanova. La administración del virrey Amar se divide claramente en dos fases, delimitadas por la coyuntura revolucionaria que afectó a España y a sus colonias, como consecuencia de la invasión napoleónica en 1808. En la primera fase, entre 1803 y 1808, Amar debió asumir las responsabilidades propias y rutinarias de la administración colonial; en la segunda, que se prolongó hasta el 20 de julio de 1810, cuando se dio el grito de Independencia, el mandatario tuvo que afrontar el proceso de desestabilización y fractura del poder hispano en las colonias americanas. Aunque en las colonias, y particularmente en Santafé, hubo consenso respecto al apoyo a Fernando VII, el vacío de poder que se dio a raíz de la crisis de la monarquía ocasionó fricciones, recelos y, lo que es más importante, debilitó a las autoridades metropolitanas y fortaleció políticamente a la oligarquía criolla. Unos y otros desconfiaban de posibles reacciones de apoyo en favor de los franceses. Amar no accedió al deseo de los criollos de organizar cuerpos militares para defenderse de un eventual ataque francés. Al mandatario le preocupaba la lealtad de los criollos frente a la monarquía. A su vez, los criollos rumoraban sobre la posible adhesión del virrey y los oidores a los franceses; les disgustaba sobremanera el que no se les diera oportunidad de asumir un papel protagónico en la crisis. La Audiencia, por su parte, no mantenía las mejores relaciones con el virrey. Día a día la situación política que ro-

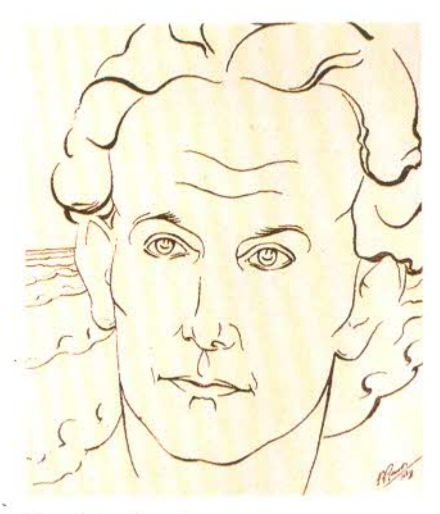
deaba al mandatario se hacía más compleja e inmanejable. De otra parte, su estado físico le dificultaba sortear la situación. Desde 1805 Amar se quejaba de sus achaques de salud y de su sordera. A principios de septiembre de 1809, con motivo de la revolución de Quito, Amar convocó en dos oportunidades una amplia junta compuesta por los oidores, los fiscales, empleados civiles y eclesiásticos y miembros de la élite santafereña, para definir las acciones que debían tomarse frente a la revolución quiteña. En la discusión quedó en claro el enfrentamiento entre americanos y españoles, ya que los primeros se opusieron a la propuesta de enviar tropas para reprimir a los insurrectos. El virrey determinó finalmente enviar una comisión de paz para adelantar negociaciones y, al tiempo, tropas para contener el movimiento en caso de que la comisión fracasara. Entre tanto, la situación en la capital se hacía más tensa; fueron apresados y remitidos a Cartagena, Baltasar Miraño y Antonio Nariño, por considerarse que preparaban planes subversivos contra la autoridad. Por su parte, Camilo Torres difundía su protesta contra el reducido número de diputados con que contaría América en las Cortes convocadas por la Junta Suprema de Sevilla. La situación del virrey se hizo particularmente insostenible el 20 de julio de 1810, cuando se presentaron los primeros conflictos. Si bien fue nombrado presidente de la Junta Suprema formada en esa fecha, ello no obedeció tanto a su prestigio político, como al hecho de no haber adelantado acciones represivas contra los amotinados. Sin embargo, el 25 de julio se difundió la noticia de que el virrey planeaba un ataque al pueblo y fue encarcelado. Pocos días después, el 1 de agosto, recibió una comunicación de la Junta Suprema de Sevilla, en la que se le informaba que debía entregar su cargo a Francisco Venegas, el nuevo virrey. Tal determinación sorprendió a Amar, quien fue liberado ante su próxima partida, pero pocos días después, el 13 de agosto, se lo encarceló nuevamente debido a las presiones de la población. En esta oportunidad fue conducido a la Cárcel de Corte y la Junta santafereña, que no estuvo de acuerdo con la prisión del virrey, determinó agilizar su salida en vista de las dificultades para garantizar su seguridad personal. El 15 de agosto Amar emprendió su viaje hacia Cartagena, donde fue puesto preso en La Popa, hasta el 12 de octubre de 1810, cuando se embarcó para España. Debido a que la mayor parte de sus bienes quedaron embargados para satisfacer los cargos que se le hacían, su situación económica al llegar a España era precaria. Además, sus esfuerzos para lograr que la Corona le ocupara en otros ministerios fueron infructuosos, al igual que sus reclamaciones para recuperar los bienes que dejó en Santafé. Se desconocen los hechos que rodearon la vida de este mandatario después de 1819, cuando todavía buscaba que le fueran restituidos sus bienes. Tampoco se conoce la fecha en que falleció [*Ver tomo 1, Historia, pp. 160 y 234-242*].

MARTA HERRERA ANGEL

Bibliografía

CABALLERO, JOSÉ MARÍA. *Diario*. Bogotá, Villegas Editores, 1990. HERRÁN BAQUERO, MARIO. *El virrey don Antonio Amar y Borbón. La crisis del régimen colonial en la Nueva Granada*. Bogotá, Banco de la República, 1988. IBÁÑEZ, PEDRO M. *Crónicas de Bogotá*. Bogotá, Academia de Historia y Tercer Mundo, 1989, tomo II. RESTREPO SÁENZ, JOSÉ MARÍA. *Biografías de los mandatarios y ministros de la Real Audiencia (1671 a 1819)*. Bogotá, Editorial Cromos, 1952.

AMÓRTEGUI, OCTAVIO



Octavio Amórtegui. Dibujo de Luis B. Ramos, 1942.

Poeta, diplomático, académico, prosista, dramaturgo y cuentista nacido en Bogotá, el 19 de febrero de 1901, muerto en Celaya, Estado de Guanajuato, México, en 1990. Octavio Amórtegui Rojas estudió periodismo en la Escuela de Altos Estudios Sociales, y en el Instituto de Periodismo de París. Se destacó como cuentista urbano y psicológico. Perteneció al grupo de Los Nuevos, junto con José Umaña Bernal, Rafael Vásquez, Germán Pardo García, Juan Lozano y Lozano y Alberto Angel Montoya. Su cuento "La espera" (1944) es el más representativo de su obra, aunque Eduardo Pachón Padilla afirma que «sus propias ideas y la visión de su cosmos se patentizan más en "Caperucita gris", "Musgo para el pesebre", "El bobo del pueblo", "La ocasión" y en su relato "Fray Simplicio"». Amórtegui es un escritor en quien predomina la ironía; Pachón Padilla dice: «Su talento creador aprovecha la exposición de sus juicios y los ambientes y escenarios de antaño, en un moderado lirismo y con símiles y metáforas acertados». Amórtegui es autor de poesías infantiles como "Torcuato Meñique", "El trompo de poner", "El morrocoy diligente", "Mary-cocas" y "El rey Pepinito". Entre sus libros de poemas se destacan: *Patios de luna* (1924), *Ultramar* (1932), *XIII Poemas* (1943), *Manolete* (1949), *Horas sin tiempo* (1957), *Nubes de antaño* (1961), *Cuando regresan los caminos* (1962), *Sangre votiva* (1970), *Versos marinos*, *Poemas escritos en la arena*, *Sol en las bardas*, *Rondallas de sol a sol*, y *Pasos perdidos*. También es autor de los libros de cuentos *El demonio interior* (1946), *Estampas de bruma* (1952), *Fray Simplicio y otros cuentos* (1953), *De incógnito en la vida* (1969), *Un día de estos*; y de los ensayos *Poetas y prosistas del Centenario* y *Diccionario de periodismo* [*Ver tomo 4, Literatura, p. 207*].

MARÍA ISABEL VARGAS ARANGO

ANCÍZAR, MANUEL

Escritor, político, profesor y periodista nacido en la hacienda El Tintal, Fontibón (Cundinamarca), el 25 de diciembre de 1812, muerto en Bogotá, el 21 de mayo de 1882. Hijo de José Francisco Ancízar, negociante español que vino a América después de la Independencia, Manuel Ancízar se educó en Bogotá, donde obtuvo el grado de doctor en Jurisprudencia. Más tarde su padre se trasladó a Cuba, y allí Ancízar participó en la conspiración para proclamar la independencia. Realizó estudios en los Estados Unidos y se estableció un tiempo en Caracas, donde trabajó



Manuel Ancízar.
Litografía de los hermanos Celestino y Jerónimo Martínez, 1853.

como abogado, profesor y rector del Colegio de Valencia. Regresó a Colombia en 1847. En Bogotá, su presencia fue desde un principio trascendental para el periodismo, el campo editorial y la política. Acompañado de hábiles impresores, dibujantes, pintores y litógrafos notables, Ancízar fundó un gran establecimiento tipográfico, la Imprenta del Neogranadino, a la que se anexaron otras litografías. «De aquel tiempo —dice José María Samper— datan los mayores progresos de la tipografía, la litografía y la encuadernación en Colombia, así como la elegancia, la serenidad y compostura, la decencia y la útil variedad en nuestro periodismo». Ejemplo de ello es *El Neogranadino*, periódico fundado y redactado por Ancízar. Su ejercicio como periodista, profesor y político —ya se había desempeñado como subsecretario de Relaciones Exteriores en la administración del general Tomás Cipriano de Mosquera, y director general de rentas durante el gobierno de José Hilario López— se enriqueció con su vinculación a la Comisión Corográfica en 1850, en la cual Ancízar se encargó fundamentalmente de los aspectos sociales, culturales y estadísticos.

Ancízar compartía las inquietudes que la política y la economía de mediados del siglo XIX tenían con respecto al conocimiento de la realidad social y física del país, como elemento fundamental para un mejor control y disposición de lo espacial y lo humano. Asuntos como las riquezas naturales, la producción, los mercados, la administración, las vías de comunicación y las costumbres, interesarían en adelante a políticos, geógrafos, clérigos, economistas, viajeros, escritores y, en particular, a la Comisión Corográfica. Las descripciones detalladas del paisaje, los productos naturales, la fauna, los climas, el relieve, la arquitectura, las costumbres, la vivienda, el vestido, la música, las comidas y, en especial, los mercados, la instrucción pública y la relación cotidiana con la Iglesia y las instituciones políticas, fueron los temas que Ancízar desarrolló en su obra *Peregrinación de Alpha*. Según Olga Restrepo, «Ancízar en su libro abunda en detalles, pero trasciende siempre el nivel descriptivo para llegar al análisis y buscar conexiones en los fenómenos que observa, remontarse a los orígenes, encontrar las causas y sugerir soluciones», apoyado en sus observaciones, la lectura de los cronistas, la indagación en los archivos parroquiales y provinciales y en los datos que obtiene de conversaciones sostenidas con los habitantes. En la *Peregrinación de Alpha* (Alpha era el seudónimo de Ancízar), escrita precisamente durante un período de transformaciones (las reformas liberales de mediados de siglo), se percibe una búsqueda distinta con respecto a la historia, a la sociedad y a la cultura. Ancízar, como otros escritores de su época, miraba el presente a partir de una visión crítica del sistema colonial, y del reconocimiento de las diferentes expresiones socioculturales de la población colombiana, de su diversidad regional y de su historia particular. Aquí aparece el Ancízar literato, sensible a los detalles minuciosos de la cotidianidad religiosa, familiar, festiva, política y educativa de los pueblos que habitan el altiplano cundiboyacense, las regiones santandereanas y las riberas del río Magdalena. «La *Peregrinación* —dice Olga Restrepo— marcó un hito, no sólo para el posterior desarrollo de la investigación social en Colombia, sino también para la literatura. No sobra decir que la vigencia y permanente frescura de la obra se debe, en no poca medida, a su excelente estilo narrativo, a la vez realista y romántico, descriptivo y profundo». La *Peregrinación de Alpha* constituye, así, un antecedente de lo que serían las descripciones del país a través de la literatura costumbrista.

Manuel Ancízar interrumpió su vinculación a la Comisión Corográfica para llevar a cabo una misión diplomática, hecho corriente en el siglo XIX, cuando la actividad científica y cultural estaba supeditada a los conflictos políticos. Permaneció de 1852 a 1855 en Ecuador, Chile y Perú, tratando de resolver asuntos relacionados con los límites territoriales y el trazado de fronteras, la navegación del Amazonas y sus afluentes, la colonización de esas comarcas y, en particular, la organización de un sistema de defensa e integración de los territorios suramericanos. Para Ancízar este nuevo plan de paz y unión suramericana «está subordinado al previo deslinde de sus respectivos territorios, tanto para saber a punto fijo qué es lo que en materia de dominio eminente se garantizarán unos a otros y todos a todos, cuanto para remover la causa única de antagonismo en intereses con que tropiezan nuestros gobiernos». La visión de Ancízar sobre la integración suramericana incluía planteamientos y sugerencias de hombres ilustrados como Pedro Montayo, Gómez de la Torre, Diego Vigil, José Carlos Mariátegui, Andrés Bello, José Victoria Lastarria y Benjamín Vicuña Mackenna. Entre 1855 y 1857 Ancízar cumplió otro de sus encargos parlamentarios en Panamá.

Al igual que muchos intelectuales del siglo XIX, Ancízar se movió en diversos campos, entre los cuales la política, el periodismo y la pedagogía eran actividades obligadas. Fue colaborador de *El Correo*, *El Siglo*, *El Repertorio*, *El Museo*, *El Liberal* y *El Tiempo*. «Su espíritu investigador y sintético —nos dice José María Samper— se prestaba a la tarea del periodismo; mayormente cuando nadie mejor que él sabía discutir, sosteniendo una tesis con calma, comedimiento, oportunidad de observaciones y muy clara sindéresis». Durante años, Ancízar estuvo al frente de las cátedras de Economía Política y Derecho Internacional y Diplomacia. Fue ministro de Relaciones Exteriores, presidente del Consejo de Estado, miembro de la Convención de Rionegro, rector de la Universidad Nacional y del Colegio Mayor del Rosario, secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores y hasta incursionó en el ámbito comercial. Su matrimonio con Agripina Samper (conocida bajo el seudónimo literario de Pía Rigán), hermana de Miguel y José María, lo acercó a las actividades económicas de la casa



Alberto Angel Montoya. Autorretrato, 1928.

Samper y compañía. En cuanto a sus rasgos característicos, José María Samper anota: «La benevolencia, el desinterés, la caridad, la filantropía y el patriotismo; la serenidad del alma, patente en el rostro, en los modales, en la conversación, en los escritos y las enseñanzas; la rectitud notoria en todos sus juicios y sus actos; y la compostura, fruto de una educación esmerada, de un constante equilibrio de fuerzas, de una modestia profundamente sincera y de un incontrastable respeto por la conciencia y el derecho de los demás». Además de *Peregrinación de Alpha por las provincias del norte de la Nueva Granada en 1850-1851*, Manuel Ancízar escribió *Anarquía y rojismo en Nueva Granada, Vida del mariscal Sucre, Vida del coronel Agustín Codazzi, Lecciones de psicología, Elencos de física particular, Deuda del Perú a Nueva Granada* e *Instituto Caldas*, entre otros [*Ver tomo 2, Historia, pp. 395-399 y tomo 5, Cultura, pp. 102-104*].

LUCELLA GÓMEZ GIRALDO

Bibliografía

ANCÍZAR, MANUEL. *Peregrinación de Alpha por las provincias del norte de la Nueva Granada en 1850-1851*. Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Nº 24. Bogotá, s.f. Reed.: Bogotá, Banco Popular, 1984. RESTREPO, OLGA. "La Comisión Corográfica: avatares en la configuración del saber". Bogotá, 1983. RESTREPO, OLGA. "Naturalistas, saber y sociedad en Colombia". Tesis de Grado presentada como requisito para optar al título de Magister en Historia. Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia, Universidad Nacional, 1992. SAMPER, JOSÉ MARÍA. "Manuel Ancízar". En: RAFAEL M. MESA ORTÍZ. *Colombianos ilustres (Estudios y biografías)*. Bogotá, Imprenta de la República, 1916, tomo I, pp. 231-242.

ANGEL MONTOYA, ALBERTO

Poeta nacido en Bogotá, en 1903, muerto en la misma ciudad, en 1969. Prosista ameno y bardo extraordinario en su género; lírico, constructor de una poesía real, sincera e intelectual. Guillermo Valencia lo llamó «el maestro del soneto elegante». Lo erótico en la pluma de Alberto Angel Montoya es algo intenso y hermoso. Sus versos castizos y sonoros son el reflejo de una obra autobiográfica, confidente y humana. Angel Montoya perteneció a Los Nuevos, junto con José Umaña Bernal, Octavio Amórtegui, Germán Pardo García y Juan Lozano y Lozano. Según Fernando Charry Lara, él mismo habría extrañado su inclusión entre Los Nuevos, ya que siempre se mantuvo al margen de los grupos literarios y de sus ideologías. En su juventud compuso varios poemas y sonetos que son retratos de damas de la sociedad, y poemas que se destacaron por sus versos de carácter erótico. Con el paso de los años su poesía adquirió un cierto tono dramático y sentimental. Sus sonetos "La sortija" y "El soneto al amor" son extraordinarios. Entre sus libros de poesía se destacan: *El alba inútil* (1932), *En blanco mayor* (1935), *Las vigilias del vino* (1938), *Límite* (1949), *Hay un ciprés en el fondo* (1956), *Regreso entre la niebla y otros poemas* (1973), *Eramos tres los caballeros*, *Antología para mi hijo* y *Lección de poesía*. También escribió los ensayos "Barba Jacob", "Eduardo Castillo" y "Guillermo Valencia" [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 210-211*].

MARÍA ISABEL VARGAS ARANGO

Bibliografía

HERNÁNDEZ DE MENDOZA, CECILIA. *El poeta en la sombra: Alberto Angel Montoya*. Serie La Granada Entreabierta 1. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1973.

ANGULO, EUCLIDES DE



Euclides de Angulo. Oleo de Coriolano Leudo. Museo Nacional, Bogotá.

Político y estadista caucano (Popayán, noviembre 12 de 1841 - inmediaciones de Funza, Cundinamarca, febrero 14 de 1917). Según Enrique Carrizosa Argáez, en *Linajes y bibliografías de los gobernantes de nuestra Nación, 1830-1990*, Diego Euclides de Angulo y Lemos fue el «tercero de una familia de doce hermanos, entre ellos doña Sofía, esposa del general Rafael Reyes Prieto, presidente que fue de Colombia. Residió durante largo tiempo en la República del Ecuador y allá hizo armas para sostener al presidente Caamaño; después se radica en la ciudad de Pasto, donde había vivido en época anterior, y en ella desempeña algunos cargos públicos. Se traslada a Bogotá con su familia, monta una imprenta y de 1901 a 1903, sostiene *El Colombiano*, órgano conservador fundado por él. El 14 de abril del año 1908, luego de recibir previamente el nombramiento de ministro de Hacienda y Tesoro, tomó posesión del cargo de designado a la Presidencia de la República en receso de la Corte, ante los testigos Isaac Castro Vélez y Felipe Silva, magistrado de la misma». Angulo ejerció la Presidencia de la República de Colombia entre el 14 de abril y el 20 de mayo de 1908, en reemplazo del titular, general Rafael Reyes. «Angulo y Lemos —dice Carrizosa— murió de un ataque de angina de pecho, el 14 de febrero del año 1917, en una hacienda en inmediaciones de Funza, población en la Sabana de Bogotá. En diciembre del año 1940, sus cenizas fueron transportadas hasta Popayán desde Bogotá con ocasión del cuarto centenario de aquella ciudad, en donde descansan desde entonces». Ignacio Arizmendi Posada, en *Presidentes de Colombia, 1810-1990*, dice: «[Angulo]

defendió la causa conservadora —a la que perteneció a lo largo de su actividad política— durante las guerras de 1860, iniciada por el liberalismo contra Ospina Rodríguez, y de 1876, declarada por el conservatismo a don Aquileo Parra [...] Desempeñó varios ministerios y fue representante y senador. A propósito de su presencia en la Cámara, uno de sus reseñadores recuerda las siguientes palabras, pronunciadas por Angulo en 1903 en un encendido debate en la corporación: "La Cámara de representantes no es hija menor de la del Senado y las atribuciones de cada una son iguales en soberanía e independencia"».

MARIANO MOLANO

ANGULO, FELIPE

Ministro de Estado, político y abogado costeño (San Juan Nepomuceno, Bolívar, abril 24 de 1854 - Bogotá, marzo 24 de 1912). De sus estudios en el pueblo natal, le vemos pasar a la Universidad Nacional, en 1868, para seguir los de literatura en el Colegio de San Bartolomé, y luego los de jurisprudencia en la Facultad de Derecho. Angulo fue buen estudiante; vino pobre de dinero, pero rico de inteligencia. Cuentan las crónicas que sólo poseía un sobretodo, con el que se le veía siempre, tanto en las clases de la tarde como en las frías mañanas, acurrucado en la punta de un pretil, con el cuello del adminículo hasta más arriba de las orejas. Y añaden sus condiscípulos que con la misma prenda se hacía presente en casa de veinte novias que tenía. Estudió Angulo filosofía con el doctor Ezequiel Rojas; legislación con José María Rojas Garrido; ciencia constitucional con Santiago Pérez; economía política con Manuel Ancízar; historia universal con Teodoro Valenzuela, y derecho de gentes con Salvador Camacho Roldán. Su grado fue muy lucido, y se doctoró en literatura, filosofía y jurisprudencia a los diecinueve años de edad (1873). Marchó Angulo para su provincia, en donde deslumbró a aquellas gentes sencillas que veían llegar hecho hombre y con tanta ciencia en la cabeza al niño que ayer no más todos acariciaban. Desde el día siguiente lo miraban de reojo y con cierta envidia los tinterillos del lugar, pues el gamonal lo había convidado a comer, lo cual significaba que sería diputado en la próxima legislatura. Y lo fue, en efecto, a la Asamblea del Estado de Bolívar, en los años de 1874 y 1875. Se movió, peroró, propuso proyectos de ley y fue el dominador de aquella corporación; se hizo querer de sus colegas, presidió sus deliberaciones, pasó a ser, en suma, el hombre que formaba tema para los corrillos y para la asamblea. A todo lo cual le ayudaba admirablemente un ojo apagado que tenía, al que sombreaban unas largas y crespas pestañas, y que sabía entornar admirablemente en los momentos álgidos de una peroración, con el cuerpo echado hacia atrás en actitud retadora para los contrincantes. De la Asamblea pasó Angulo a ser procurador del Estado de Bolívar, del cual era presidente Rafael Núñez, quien lo hizo secretario general en 1878. De nuevo diputado en el año siguiente, asistió por primera vez a la Cámara en la legislatura de 1879, y al período inmediato (1880-81) fue electo representante principal. Tanto sería su mérito que fue presidente en el primer mes de sesiones, cuando apenas pasaba de los veinticinco años; para la vicepresidencia designaron a Carlos Calderón Reyes, condiscípulo del joven político bolivarense y de su misma edad. En esos años hubo luchas parlamentarias ardientes, y Angulo pudo exhibirse como orador. La palabra hablada, en efecto, era su fuerte; en la tribuna se le veía en su elemento. Buena talla, voz de campana, elegante mímica, expresión en el rostro, lucidez en el discurso, fácil y sesudo, ardiente y temerario. En 1880 fue siempre aplaudido por las barras y se hizo a sus simpatías; no así en 1881. En el intervalo entre las sesiones de uno y otro Congreso se habló de una prórroga presidencial en favor de Núñez, y aunque éste no pensó en ella, pues lo fortaleció en la prescindencia de estas ambiciones la mujer que tenía a su lado, forjada en el molde romano, lo cierto es que sus áulicos maduraron el pensamiento, y Angulo se contó entre los partidarios de la prórroga. La lucha fue alarmante en las Cámaras; la mitad del partido independiente se desbandaba. Angulo creyó contener el derrumbe con su palabra; levantóse y habló. Pero los aplausos del año anterior habían huido, y en cambio vinieron los silbos y las mofas. Otro, de menos sangre fría, se habría sentado; el del ojo apagado, como Gambetta, se enardeció más y lanzó este sarcasmo: «¡Cómo cambian los tiempos! Aún resuenan en este recinto los ecos del último aplauso que hace apenas seis meses se me tributó como a orador triunfante. Y hoy ya cruza su ámbito la saliva del vituperio. ¡Oh democracias movedizas! ¡Oh pueblo que no comprendes tus intereses! ¡cuán digno eres de tu suerte!». Aquella audacia —dice un testigo ocular—, aquella voz de bronce, aquella figura revolucionaria, impusieron, y el silencio siguió unos instantes, el silencio imponente que precede a la tempestad de los aplausos, al desborde del entusiasmo. Y Angulo dominó a las barras, que callaron respetuosas.



Felipe Angulo.
Fotografía de la Colección J.J. Herrera.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Luego marchó para el extranjero a ocupar el consulado de Liverpool. En Inglaterra estudió, saboreó los progresos del siglo, y al volver a su país, dos años después, fue recibido con el nombramiento que le hacía el presidente Ezequiel Hurtado para titular del portafolio de Hacienda. En este puesto empezó como innovador: vio abatido el comercio, porque había sólo tres meses de plazo para pagar los derechos de importación, y escribió un decreto aumentándolos a seis. Así el comercio pagaría los derechos de aduana con el producto de las ventas; y de tal medida resultó el aumento de las importaciones. Propuso también la creación de aduanas en los puertos francos de Colón y Panamá e hizo un contrato para la venta del ferrocarril de Bolívar. Buenas o malas, aquellas providencias revelaban un espíritu de empuje para libertar al fisco y a la economía nacional del marasmo en que se asfixiaban. Después, en los cuatro años siguientes, fue el brazo derecho de todos los gobernantes. Núñez le encargó en 1885 el Despacho de la Guerra, cuando ésta asolaba el país. Una disentería postró en

cama al presidente, y la enfermedad fue tan grave que los médicos temieron desenlace fatal. El mecanismo del gobierno, las operaciones militares, el desarrollo de la política, quedaron por algún tiempo bajo el control del joven secretario de las carteras de Hacienda y de Guerra, quien salvó por entonces la causa de la Regeneración. En 1886 confirmóle José María Campo Serrano en el Ministerio de Guerra, y al año siguiente, Eliseo Payán le encomendó el de Relaciones Exteriores, que desempeñó por once meses, del 13 de enero al 11 de diciembre, resolviendo asuntos tan delicados como las instrucciones definitivas para la celebración del Concordato con la Santa Sede, expedidas con su firma el 6 de mayo de 1887. En 1888 se le nombró enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en la Gran Bretaña, en cuyo puesto permaneció hasta 1894. Diez años más tarde regresó a Colombia, y fue el oposicionista más fuerte que tuvo el general Rafael Reyes, quien le desterró cuatro veces. En 1910 fue diputado a la Asamblea Nacional, y en seguida senador por tres circunscripciones, jefe del partido conservador y el más probable candidato a la Presidencia de la Repúbica. Mas la muerte cortó su brillante carrera en plena ascensión, el 24 de marzo de 1912.

LUIS LÓPEZ DE MESA, Comp.
Historia de la Cancillería de San Carlos

Bibliografía

OSPINA, JOAQUÍN. *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia*. Bogotá, Editorial Aguila, 1927. OTERO GUZMÁN, SAMUEL. *Cien costeños meritorios*. Cartagena, 1918. URDANETA, ALBERTO. Artículo biográfico publicado en el *Papel Periódico Ilustrado*, año IV, Bogotá, 1885.

APARICIO, JAIME

Campeón de atletismo caleño (1930). Hijo de Abraham Aparicio Vásquez y Ernestina Rodewaldt Naranjo, Jaime Aparicio estudió en el colegio Berchmans, el colegio jesuita de Cali, donde practicó deportes como el fútbol y el básquetbol. En 1945 se unió al equipo de atletismo para los juegos intercolegiados, en los cuales ganó la competencia de los 100 metros planos, con un tiempo de 11.1 segundos. Debido al tiempo logrado en esta prueba, sin haber tenido ninguna preparación, le sugirieron que siguiera practicando el atletismo. En ese momento surgió su



Jaime Aparicio. .
Dibujo de Carlos Roa.
"Semana", Nº 130, abril 16 de 1949.

inquietud por este deporte. Aparicio empezó a entrenar como *amateur*, motivado por Alberto Galindo, y practicaba en las noches, después de estudiar, guiado por libros que leía. La primera vez que representó a Colombia fue en el Campeonato Bolivariano, celebrado en Lima en 1947. Participó en los 400 metros con vallas, prueba en la que se especializó y siguió compitiendo. En esta ocasión ganó su primera medalla de oro y a partir de este momento, siempre obtuvo el primer lugar en el podio. Compitió en el Campeonato Bolivariano de Caracas en 1951; en los Centroamericanos de Guatemala en 1950 y de Ciudad de México en 1954; en los Suramericanos de Lima en 1949, San Pablo (Brasil) en 1954, Santiago de Chile en 1956 y Montevideo en 1958; y en los Panamericanos de 1951 y 1955, celebrados en Buenos Aires y Ciudad de México, respectivamente. Al tiempo que desarrollaba su actividad deportiva, terminó el bachillerato e ingresó a la Universidad del Valle a estudiar Arquitectura. En 1951, cuando cursaba el cuarto año de su carrera profesional, le fue otorgada una beca completa para estudiar en la Universidad de Florida, en Gainesville, donde terminó sus estudios y tuvo, por primera vez, un entrenador de atletismo. Cuando regresó a Colombia, en 1953, entrenó durante dos años bajo la dirección del sueco Rolf Svamperg. Sólo participó en la olimpiada mundial de 1956, donde logró llegar a las semifinales y quedar de 12 en el mundo. Fue el primer colombiano que ganó medallas de oro en atletismo en competencias internacionales. Su carrera deportiva terminó en 1958, por decisión propia, porque seguir conjugando sus entrenamientos con el trabajo como arquitecto le era imposible. De 1968 a 1971 fue director técnico deportivo de los Juegos Panamericanos celebrados en Cali en 1971, en los cuales tuvo el honor de llevar la antorcha y encender la llama en la inauguración. Desde entonces, ha seguido colaborando con la Liga de Atletismo y en el Comité Olímpico.

BEATRIZ CASTRO CARVAJAL

ARANGO, DÉBORA

Acuarelista y pintora antioqueña (Medellín, 1910). Débora Arango Pérez estudió en el Colegio María Auxiliadora de Medellín, con las monjas salesianas; una de ellas, la madre María Rabaccia reconoció su talento artístico y la impulsó a ser pintora. Entonces, ingresó al Instituto de Bellas Artes de Medellín, que dirigía Eladio Vélez, pero se retiró dos años después por considerar su instrucción muy convencional, orientada hacia la adquisición de habilidades técnicas. Impresionada por los frescos de Pedro Nel Gómez en el Palacio Municipal, lo llamó para que la admitiera como discípula en su taller; allí se sintió más a gusto y se identificó con sus conceptos y su técnica más expresiva. Mostró su trabajo por primera vez en 1937, en una exposición colectiva, con sus condiscípulas en Medellín. En 1939 recibió el primer premio de la exposición organizada por la Sociedad Amigos del Arte en el Club Unión de Medellín; mostró nueve obras, óleos y acuarelas, entre ellos algunos desnudos que escandalizaron a la sociedad antioqueña: «Obras impúdicas que ni siquiera un hombre debía exhibir», «...dignos de figurar en la antesala de una casa de Venus». Débora Arango hizo su primera exposición individual por invitación de Jorge Eliécer Gaitán, entonces ministro de Educación, en el Teatro Colón de Bogotá, en 1940; simultáneamente, participó en el Primer Salón Anual de Artistas Colombianos. En estas muestras reafirmó su postura de artista rebelde y audaz y se evidenció su desarrollo posterior. Más tarde participó en algunas colectivas en Medellín y Cali, y, nuevamente, sus obras generaron el rechazo de la sociedad, hasta llegar a pedir su excomunión; la Iglesia le hizo firmar un llamado de aten-



Débora Arango.
Fotografía de Oscar Monsalve,
en "Débora Arango",
Bogotá, Villegas Editores, 1986.

ción y ordenó recoger una edición de la *Revista Municipal* de Medellín, porque cerca al saludo del arzobispo se reproducía un cuadro suyo. Débora Arango abordó temas sociales y políticos con una inusual crudeza. Son características sus representaciones de personajes sórdidos o marginales, que se alejaron siempre de lo estético. Sufridos obreros, prostitutas, maternidades grotescas, monjas caricaturales, que la artista retrata más allá de lo físico, incluyendo sus ansiedades reprimidas, su marginalidad social, la sátira y lo más descarnado de la cotidianidad profana: «Yo concibo el arte como una interpretación de la realidad y es esto lo que me posibilita el llegar, a través de él, a la verdad de las cosas: sacar a flote lo oculto, lo falso, lo que no se puede manifestar abiertamente».

En 1946 Débora Arango viajó a Estados Unidos y luego a México. Ingresó a la Escuela Nacional de Bellas Artes de México, dirigida por Federico Cantú. Aprendió la técnica del fresco y estudió la obra de los muralistas mexicanos. Regresó a Medellín en 1947. Hizo un mural en la Compañía de Empaques en Medellín, propiedad de su cuñado, en el cual describió el cultivo de la cabuya. A finales de los cuarenta, hizo una serie de obras alusivas al 9 de abril y a la caída de Laureano Gómez. En 1954 viajó a Europa, en Madrid estudió las obras de Francisco de Goya y José Gutiérrez Solana; en Inglaterra estudió cerámica; también viajó a Escocia, París y Austria. Realizó una muestra individual en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, en 1955; en esa ocasión sus cuadros fueron descolgados, sin ninguna explicación, al día siguiente de la apertura: «Fue un golpe durísimo», ese hecho determinó su regreso a Colombia. Ese mismo año, expuso una serie de cerámicas en el Centro Colombo Americano de Medellín. Su pintura en los años cincuenta se llenó aún más de crítica sociopolítica sobre los abusos de la dictadura militar y el avance de la violencia en el país. En 1957 realizó su primera muestra individual de pinturas en Medellín, en un espacio de la Casa Mariana, invitada, a manera de desagravio, para conmemorar los veinte años de los jesuitas en la ciudad. En los primeros años sesenta, realizó una serie de pinturas para ilustrar el viacrucis de la capilla de la casa de retiros espirituales Betania, en Barranquilla. Alrededor de 1965 dejó de pintar «por motivos de salud». Se aisló por completo del medio artístico y no volvió a exponer hasta 1975, cuando reunió alrededor de cien obras e hizo una exposición individual en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Su obra se reivindicó plenamente luego de su exposición retrospectiva de 1984, en la que mostró 205 obras entre acuarelas, óleos y cerámicas en el Museo de Arte Moderno de Medellín, institución a la que la artista donó un gran número de sus trabajos. La exposición se mostró posteriormente en la Biblioteca Luis Angel Arango de Bogotá. En 1984 recibió el premio Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia a las Artes y a las Letras, como reconocimiento tardío de sus aportes a la plástica colombiana [*Ver tomo 6, Arte, pp. 123-124*].

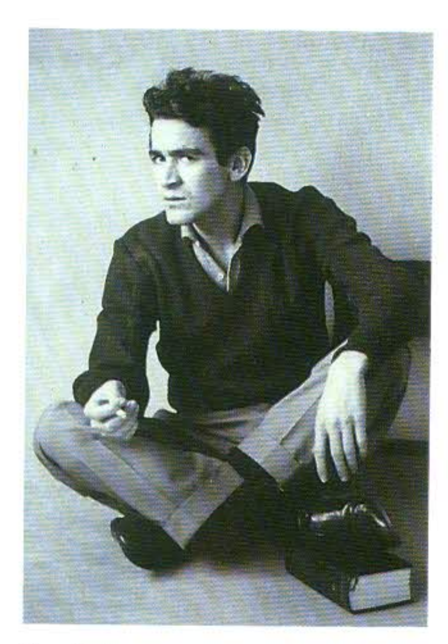
MARÍA CLARA MARTÍNEZ RIVERA

Bibliografía

Débora Arango: Exposición retrospectiva 1937-1984, Museo de Arte Moderno, Medellín, 1984, textos: Beatriz González y Alberto Sierra. GONZÁLEZ, BEATRIZ, SANTIAGO LONDOÑO y DARÍO RUIZ. *Débora Arango*. Museo de Arte Moderno de Medellín. Bogotá, Villegas Editores, 1986. LAVERDE TOSCANO, MARÍA CRISTINA. "Una pintora proscrita". En: *Así hablan los artistas*. Bogotá, Universidad Central, 1986, pp. 35-54.

ARANGO, GONZALO

Poeta antioqueño (Andes, enero 18 de 1931 - Tocancipá, Cundinamarca, septiembre 25 de 1976). «Fundador del Nadaísmo con diez poetas menores de edad. Su primera aventura amorosa fue a los seis años, con una hermana de la caridad, sor Mónica. Fue retirado del kinder religioso por dos razones: por su precocidad amorosa, y porque en cuatro años se agotaron todos los recursos humanos y divinos para enseñarle a leer y a escribir, inútilmente. Bachiller. Filósofo laureado. Desertor de La Patria Boba y de toda esperanza. El resto de la vida se la ha pasado olvidando lo que aprendió. Agitador. Expresidiario de cuatro cárceles, actualmente en uso de libertad condicional. Vagabundo, parásito, poeta o eterno de algún modo. Burócrata ocasional y destituido. Corruptor de la juventud. Enamorado, casado, fracasado, y reincidente. Aventurero, sin oficio conocido. Vive del milagro y de las mujeres. Duerme en un monasterio. Es además escritor». Así se definía Gonzalo Arango Arias en 1966, en la "Geniología" de los nadaístas con que comenzaba la antología del movimiento titulada *De la Nada al Nadaísmo*. Ese estilo, provocador, incendiario, escandaloso, es el mismo que permitió hacer del nadaísmo un fenómeno de trascendencia nacional, y de su autor, una de las personalidades más sobresalientes de la cultura nacional en este siglo. Gonzalo Arango fue el menor de trece hijos de una familia conservadora de modestos recursos. Su infancia, según su propio testimonio, transcurrió entre el bienestar del campo y el horror de la escuela. A los 17 años viajó a Medellín a terminar su bachillerato en el Liceo Antioqueño, donde se destacó como estudiante aventajado. Esta es la época de las lecturas existencialistas que ocasionarán a la postre la primera crisis religiosa: «Yo había sido educado para hacer de este mundo un episodio efímero, de la vida algo estoicamente desdeñoso, y del cielo un Absoluto [...] Pero mi contacto con cierto racionalismo filosófico fue socavando los estamentos sagrados de mi fe de carbonero, y una doliente duda hacia los valores terrenos me pusieron en el umbral de la desesperación». Luego de terminar el bachillerato, Arango entró a estudiar Derecho en la Universidad de Antioquia, carrera que abandonó al tercer año «por cierta inclina-



Gonzalo Arango.
Fotografía de Hernán Díaz, ca. 1960.
Casa de Poesía Silva, Bogotá.

ción a torcerlo todo». Desengañado de «la república de las bayonetas y del Corazón de Jesús», se marchó entonces al campo, resuelto a encontrarse consigo mismo, a ser un hombre auténtico, a hacerse escritor. De esta época sólo queda el testimonio publicado en las *Memorias de un presidiario nadaísta* (la novela que escribió durante ese tiempo, *Después del Hombre*, terminaría incinerada en la primera de las famosas quemas de libros organizadas por los nadaístas). De regreso de su exilio campesino, y muerto su padre, se unió en 1953 al MAN (Movimiento de Acción Nacional), movimiento político encabezado por el entonces presidente, general Gustavo Rojas Pinilla. Dos años después hizo sus primeros pinos en el periodismo como comentador literario en el periódico conservador *El Colombiano*, e hizo parte de la Asamblea Nacional Constituyente en calidad de suplente. Después de la caída de Rojas, en 1957, Arango tuvo que abandonar Medellín, en vista de que los frentenacionalistas exigían su cabeza. En Cali se dedicó, entonces, a maquinar lo que todos sus amigos coinciden en señalar como la mayor obra de su vida: el nadaísmo.

El primer *Manifiesto nadaísta* apareció en 1958; son 42 páginas dedicadas íntegramente a argumentar cultural, estética, social y religiosamente la misión por cumplir: «No dejar una fe intacta, ni un ídolo en su sitio. Todo lo que está consagrado como adorable por el orden imperante será examinado y revisado. Se conservará solamente aquello que esté orientado hacia la revolución, y que fundamente por su consistencia indestructible, los cimientos de la sociedad nueva». En realidad, más que el texto del manifiesto, lo que dispararía a gonzaloarango (que así firmaría en lo sucesivo) y a su movimiento a la cúspide de la fama, fue la serie de actos públicos y publicitarios realizados para difundir la "nueva oscuridad". Manifestaciones con discursos escritos en papel higiénico, quemas simbólicas para incendiar la literatura colombiana, sacrilegio con hostias en la Basílica de Medellín, fueron algunos de los escándalos que llevaron a los nadaístas al primer plano de la escena nacional. El promotor principal de estas acciones, a través de un combate infatigable redactando cartas, publicando libros, dictando conferencias por todo el país, arengando desde los medios de comunicación, o dando con sus huesos en la cárcel, fue siempre Gonzalo Arango. Desde el mismo año de su nacimiento, el ensayista Estanislao Zuleta advirtió los límites de la aventura nadaísta: «Para creer ser el mal de la sociedad burguesa es necesario creer que ésta es el bien, de la misma manera que el sacrílego reconoce la religión cuando le da puñaladas a la hostia, porque nadie profana una galleta de soda. En resumen: uno cree descalificar al juez cuando en realidad le concede todo».

Gonzalo Arango, motor principal de esa lucha, gastó la mayor parte de sus energías en alimentarla, a sabiendas de que le sustraía alientos a su vocación de escritor: «Me siento como si la vida me hubiera soltado de la mano —dice en carta al también nadaísta Eduardo Escobar—, existo al vaivén, ni siquiera escribo mi obra maestra. Uno es un tramposo hijo de puta. Uno se aplaza, uno se muere cada día en el reloj suizo, uno es un suicida». En 1963, a consecuencia de una declaración de Gonzalo Arango, en la que acusaba al nadaísmo de desesperación nihilista y derrotismo, sus compañeros lo quemaron simbólicamente en el puente Ortiz de la ciudad de Cali. Cuando en 1968 elogió al presidente Carlos Lleras Restrepo como poeta de la acción, volvieron a hacerlo. Durante todo este tiempo, Gonzalo Arango se iría desencantando de su errática actividad política, volcándose hacia una espiritualidad que le retornara lo que había perdido de niño: el contacto con la naturaleza y la fe en Dios. En sus últimos años, antes de morir en un accidente automovilístico en la carretera Bogotá-Tunja, soñaba con establecer una comuna de artistas y poetas en la isla de Providencia.

Entre las publicaciones de Gonzalo Arango se cuentan obras de teatro: *Nada bajo el cielo raso*, *HK-11* (1960) y *Los ratones van al infierno y la consagración de la nada* (1964); cuentos: *Sexo y Saxofón* (1963); crónicas, ensayos y artículos de prensa: *Prosas para leer en la silla eléctrica* (1966), *Memorias de un presidiario nadaísta* (1991); correspondencia y manifiestos: *Correspondencia violada* (1980); y, por supuesto, poesía: *Providencia* (1972), *Fuego en el altar* (1974), *Adangelios* (1985). En 1974, el poeta Jotamario Arbeláez seleccionó una antología de su obra bajo el título *Obra Negra*. Además del primer *Manifiesto nadaísta* (1958), Gonzalo Arango puso en circulación, entre otros, *Los camisas Rojas* (1959), *El manifiesto de los escribanos católicos* (1961), *El mensaje a los académicos de la lengua* (1962), *El terrible 13 Manifiesto Nadaísta* (1967), y *Boom Contra Pum Pum*, en el que fustiga a Gabriel García Márquez. Publicó dos antologías de los nadaístas: *13 poetas nadaístas* (1963) y *De la Nada al Nadaísmo* (1963). Sus poemas, además de su leyenda, lo han hecho popular entre los jóvenes; sus crónicas y cartas contienen, quizá, lo mejor de su escritura. Como periodista, Arango colaboró en la *Nueva Prensa* (1963-64), *Cromos* (1966-67) y *El Tiempo* (1968-69). Apareció ocasionalmente en el *Corno emplumado* de México y *Zona Franca* de Venezuela. Junto con X-504 [seudónimo del poeta Jaime Jaramillo Escobar] alcanzó a publicar ocho números de la revista *Nadaísmo 70* [*Ver tomo 4, Literatura, "El nadaísmo", pp. 271-274*].

JOHN JAIRO GALÁN C.

Bibliografía

ARANGO, GONZALO. *De la nada al nadaísmo* (antología). Bogotá, Tercer Mundo, 1966. ARANGO, GONZALO. *Obra negra*. Buenos Aires, Ediciones Carlos Lohlé, 1974. COBO BORDA, JUAN GUSTAVO. "El nadaísmo". En: *Manual de literatura colombiana*. Bogotá, Procultura-Planeta, 1988, tomo II, pp.193-236. COLLAZOS, OSCAR. "Nadaísmo". En: *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá, Ediciones Casa Silva, 1991. ESCOBAR, EDUARDO. *Gonzalo Arango. Correspondencia violada*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986. ESCOBAR, EDUARDO. *Gonzalo Arango*. Bogotá, Procultura, 1990.

ARANGO, JOSÉ MANUEL



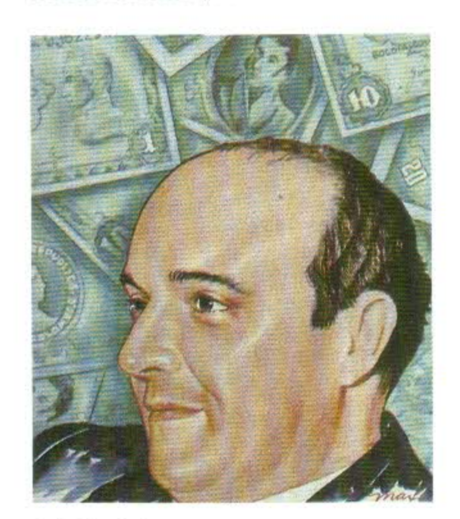
José Manuel Arango. Fotografía de Nereo López, "O'Cruzeiro", 1963.

Poeta y traductor de poesía antioqueño (Carmen de Viboral, 1937). Hizo estudios de Filosofía en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, y es master en Filosofía de la Universidad de Virginia Occidental. La primera edición de su libro inaugural *Este lugar de la noche* (1973), lleva un epígrafe de Diógenes Laercio: «Tales dijo que la sustancia de las cosas es el agua y que todo está lleno de dioses». Desde entonces, la obra de José Manuel Arango se destaca por revelar, con intensidad y concisión sorprendentes, esos "dioses" ocultos tras la apariencia ordinaria de las cosas. Su poesía, de raigambre simbolista, trasciende la mirada simplificadora de la costumbre: «*La noche, como un animal / dejó su vaho en mi ventana // por entre las agujas del frío / miro los árboles // y en el empañado cristal / con el índice, escribo / esta efímera palabra*» ("Escritura"). Además de *Este lugar de la noche*, José Manuel Arango ha publicado *Signos* (1978) y *Cantiga* (1987). Como traductor, publicó en 1991 un volumen con versiones de Walt Whitman, Emily Dickinson y William Carlos Williams. También se conocen sus traducciones de poemas de Georg Trakl, Thomas Merton, Kenneth Patchen, Philip Levine y Denise Levertov, aparecidas en la revista *Acuarimántima*, de la cual fue cofundador y coeditor. Los últimos años han acercado a este autor al reconocimiento que merece, como lo muestran las antologías y recopilaciones de su obra. En 1988 obtuvo el Premio Nacional de Poesía por reconocimiento de la Universidad de Antioquia, institución en la que se desempeña como profesor de lógica matemática desde hace más de 20 años [*Ver tomo 4, Literatura, p. 316*].

JOHN JAIRO GALÁN

ARANGO, LUIS ANGEL

Abogado y financista antioqueño (Medellín, 1903 - Bogotá, 1957). Luis Angel Arango fue uno de los más diestros directivos de las finanzas del país en la primera mitad del siglo, y colaborador decidido de proyectos culturales tan trascendentes como el Museo del Oro y la Casa de la Moneda. Inició su formación en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde obtuvo, en 1919, el grado de Bachiller en Filosofía y Letras, e ingresó posteriormente a la Universidad Nacional de Colombia, donde recibió el título de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas, en 1924, con la tesis "Bancos de emisión, su establecimiento en Colombia". Su desempeño laboral estuvo encaminado desde el comienzo hacia la actividad bancaria, precisamente cuando se encontraba en el país la Misión Kemmerer, traída en 1923 por el gobierno de Pedro Nel Ospina para sanear la economía colombiana y con ello lograr la reestructuración del sistema bancario. Su larga trayectoria en el sector financiero comenzó en la Superintendencia Bancaria, donde fue secretario



Luis Angel Arango. Dibujo de Max Henríquez, en portada de "Semana", Nº 125, marzo 12 de 1949.

y superintendente delegado, y ocupó transitoriamente la dirección. En el Banco Central Hipotecario, fundado el 15 de julio de 1932, desempeñó el cargo de subgerente, y ejerció como gerente general en 1939. De allí saldría para ocupar la segunda subgerencia del Banco de la República. En 1947 Luis Angel Arango fue gerente general del Banco de Bogotá y miembro principal del banco emisor, y en junio del mismo año fue nombrado para la gerencia del Banco de la República, cargo en el cual estaría hasta el día de su muerte, ocurrida el 13 de enero de 1957. Directivo de las juntas del Banco Central Hipotecario, de la Beneficencia de Cundinamarca, de la Compañía de Teléfonos, de las Empresas Públicas de Bogotá, de la Comisión de Defensa Económica Nacional y de la Conciliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Luis Angel Arango se caracterizó por su labor como administrador y servidor público. Su dedicación a las actividades culturales nació de su gusto por la literatura clásica y moderna y su conocimiento sobre arquitectura y pintura. La extensa labor en beneficio de la cultura se ve plasmada en las obras a las que dio su respaldo: el Museo del Oro, la Recoleta de San Diego en Bogotá, la catedral subterránea de Nuestra Señora de Guasa, la Casa de la Moneda, la Biblioteca del Banco de la República (que lleva su nombre) y el Centro de Acción Social Infantil. Así mismo, apoyó decididamente a varios literatos y científicos. Para Luis Angel Arango el dinero no podía restringirse a un uso exclusivamente material, su función debía poseer un marco amplio en donde se diera cuenta de diferentes áreas del conocimiento humano [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 133-135*].

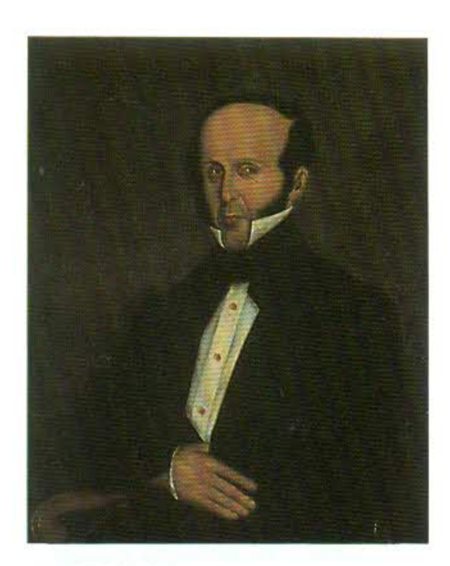
JUAN FELIPE CÓRDOBA RESTREPO

Bibliografía

LEAL G., ENRIQUE. "Doctor Luis Angel Arango, gerente del banco junio de 1941 - enero 1957". *Relaciones*, Vol. 1, Nº 4 (marzo-abril 1962), pp. 14-17.

ARANZAZU, JUAN DE DIOS

Primer presidente de la República antioqueño (La Ceja, marzo 8 de 1798 - Bogotá, abril 14 de 1845), encargado en 1841. Juan de Dios Aranzazu fue uno de los políticos antioqueños que más apoyó el santanderismo. Era hijo del acaudalado comerciante español



Juan de Dios Aranzazu. Oleo de autor anónimo. Museo Nacional, Bogotá.

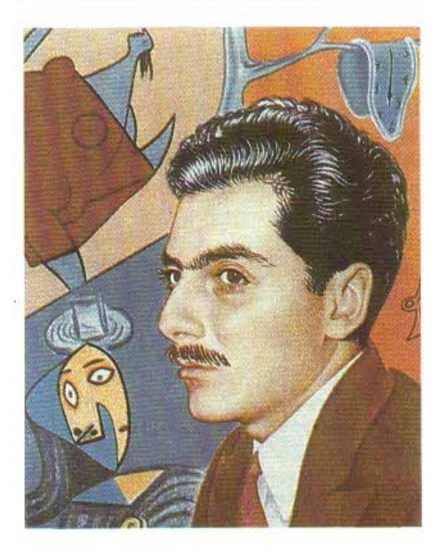
don José María de Aranzazu y de doña María Antonia González, y primo hermano del poeta Gregorio Gutiérrez González. Estudió Derecho en el Colegio de San Bartolomé en Bogotá. Siendo aún muy joven, trabajó en la compañía de comercio de su padre, viajando por Colombia, Venezuela y las Antillas. Fue congresista por el grupo santanderista en varios períodos desde 1823, y más tarde a nombre de los liberales. Después de actuar como convencionista en Ocaña, participó en los infructuosos diálogos con José Antonio Páez para evitar la separación de Venezuela de la Gran Colombia. Apoyó en 1829 la rebelión del general José María Córdova y su célebre manifiesto contra la dictadura del Libertador. Fue gobernador de la provincia de Antioquia entre 1832 y 1836. En ese período impulsó la fundación de las poblaciones Ebéjico, Cocorná, Entrerríos, Liborina, Girardota y Campamento. Su obra de gobierno más destacada fue el impulso a la educación, de acuerdo con el proyecto educativo diseñado por el general Francisco de Paula Santander. Con el objeto de fomentar la tecnificación de la minería en Antioquia, que no obstante su riqueza, se hallaba bastante atrasada, estableció las cátedras de mecánica, mineralogía y química en el Colegio Provincial (al que le cambió el nombre en 1834 por el de Colegio Académico de Medellín), institución antecesora de la Universidad de Antioquia. Terminada su gobernación, fue elegido senador por Antioquia en 1837. Como empresario colonizador y dueño de extensas concesiones de tierra en Antioquia, hizo parte del grupo que dio vida a la leyenda negra sobre la colonización antioqueña del occidente colombiano (según algunos historiadores, esta colonización no fue la epopeya heroica y democrática descrita tradicionalmente, sino una guerra de papel sellado entre miles de campesinos desposeídos y grandes terratenientes de baldíos amparados por la ley sobre títulos muy dudosos). Aranzazu y su madre protagonizaron uno de los más encendidos conflictos de tierras en el siglo XIX, con los colonos pobres de Caldas y con los nuevos y antiguos pobladores de Arma, Aguadas y Salamina. Aranzazu figuró como uno de los "fundadores" de esta última colonia, de acuerdo con una autorización del general Santander. Impulsó, así mismo, la fundación de Neira, jurisdicción de su gigantesco latifundio. Fue ministro de Hacienda durante el mandato del conservador José Ignacio de Márquez, por quien dio su voto en el Congreso, aunque pertenecía al partido liberal. Siendo presidente del Consejo de Estado, le correspondió encargarse de la Presidencia de la República entre julio 5 de 1841 y mayo 19 de 1842, cuando el presidente titular, general Pedro Alcántara Herrán, debió ausentarse para dirigir personalmente la campaña en las provincias del norte durante la revolución de 1840 (guerra de los Supremos), y el vicepresidente Domingo Caycedo no pudo hacerse cargo por motivos de salud. Aranzazu fue redactor, junto con Rufino Cuervo, Alejandro Vélez y otros, del efímero periódico bogotano *La Miscelánea*, que se opuso radicalmente a la dictadura de Bolívar. Luego fundó en Medellín *La Miscelánea de Antioquia*, revista mensual de carácter científico y político que circuló entre 1834 y 1838. Fue profesor de Jurisprudencia en la Universidad Nacional y publicó numerosos folletos sobre asuntos constitucionales. Murió soltero y sin descendencia, a causa de un cáncer, en 1845.

LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA. *Un siglo de gobierno en Antioquia II*. Medellín, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1990. HENAO MEJÍA, GABRIEL. *Juan de Dios Aranzazu*. Bogotá, 1953. MELO, JORGE ORLANDO (Director). *Historia de Antioquia*. Medellín, Suramericana, 1988.

ARBELÁEZ, FERNANDO



Fernando Arbeláez. Dibujo de Carlos Roa, en portada de "Semana", Nº 128, abril 2 de 1949.

Poeta y ensayista caldense (Manizales, 1924). Incluido por los críticos en diversos grupos postpiedracielistas (según algunos, pertenece a los Cuadernícolas), Fernando Arbeláez se ubica dentro de los poetas de la llamada generación de Mito, cuando, según sus palabras, «no pudimos entender otra forma de expresión distinta a la de un lirismo que consultara y reflejara el caos ideológico y la movilidad existentes». Discípulo devoto del poeta nariñense Aurelio Arturo, Arbeláez ha sido definido como «un poeta recluido en su estética, escrupuloso en el oficio de sus versos y reticente por principio», al decir de Guillermo Alberto Arévalo. Los elementos claves de su poesía, según Arévalo, son «cerrazón, silencio, inmersión, oscuridad, muerte, tristeza». Su primer libro publicado, *El humo y la pregunta* (1951), presenta la apertura de su poesía. Después vendrían *La estación del olvido* (1955), *Canto llano* (1964), que recoge una serie de poemas escritos en Buenos Aires en 1953 y publicados en la revista *Mito* en 1956, titulados "Nocturnos del sur"; *Serie China* (1979), *El viejo de la ciudad* (1985) y *Textos de exilio* (1986). Son célebres sus traducciones de Giorgios Seferis, Constantin Cavafis y Boris Pasternak; también tradujo a Saint-John Perse, junto a Jorge Zalamea. En 1980, Colcultura realizó una recopilación de su producción poética bajo el título *Serie China y otros poemas*.

Como ensayista, Arbeláez publicó en 1956 el libro *Testigos de nuestro tiempo*, con pequeños ensayos sobre Saint-John Perse, Rainer María Rilke, Pablo Neruda, Federico García Lorca y T.S. Eliot. Este libro concluye con un elogio a la Virgen de Guadalupe, «como símbolo de la integración mestiza en el continente, y figura capaz de suscitar una nueva irradiación poética», dice Juan Gustavo Cobo Borda. En 1964, Arbeláez realizó para el Ministerio de Educación, una antología titulada *Panorama de la nueva poesía colombiana*. Son muy conocidos los versos que abren sus "Nocturnos del sur": «*Yo elaboro,/ yo abro mis palabras para que tengan un sentido*» [*Ver tomo 4, Literatura, p. 265*].

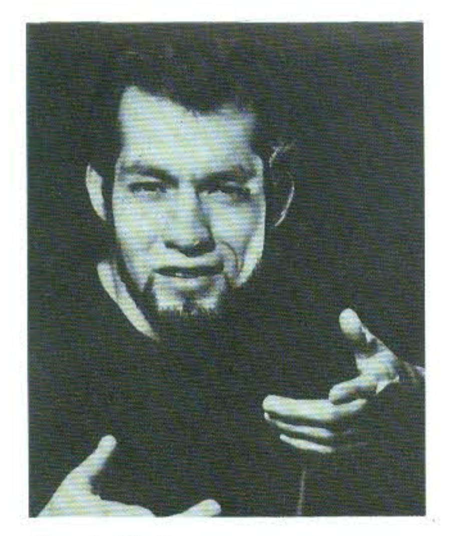
MARÍA ISABEL VARGAS

Bibliografía

ARBELÁEZ, FERNANDO. *Poesía*. Bogotá, Casa de Nariño, 1986. ARÉVALO, GUILLERMO ALBERTO. "Fernando Arbeláez". En: *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá, Ediciones Casa Silva, 1991. ROMERO, ARMANDO. "Fernando Arbeláez". En: *Las palabras están en situación*. Bogotá, Procultura, 1985, pp. 149-157.

ARBELÁEZ, JOTAMARIO

Poeta y publicista caleño (1940-). Cuando los nadaístas de Medellín, con Gonzalo Arango a la cabeza, llegaron a Cali con el propósito de promocionar su movimiento, encontraron el respaldo de varios cómplices que se les unieron para exigir públicamente el reemplazo del busto de Jorge Isaacs por uno de Brigitte Bardot. Entre ellos estaba José Mario Arbeláez Ramos (o Jotamario, como empezó a firmar más tarde) el hijo mayor de don Jesús Arbeláez, sastre a quien exalta en "Paño de lágrimas", uno de sus poemas más conocidos. Lector atento de los surrealistas, Jotamario recoge de ellos el humor negro y el gusto por el absurdo y las imágenes insólitas («*Mira mis huellas digitales que no conducen a ninguna parte*»). Su primer libro, *El profeta en su casa* (1966), confirmó el ingenio y el talante mordaz que distinguiría a los nadaístas caleños, pues, como él mismo afirma, «en Cali el movimiento era más solar, en Antioquia era muy putrefacto». En 1980 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Oveja Negra y Golpe de Dados, con el libro *Mi reino por este mundo* (1981). Ha publicado, además: *El libro rojo de Rojas* (1970), especie de biografía del general Gustavo Rojas Pinilla, escrita en colaboración con Elmo Valencia; la antología *Doce poetas nadaístas de los últimos días* (1986), y *El espíritu erótico* (1990), antología poética y pictórica realizada junto con Fernando Guinard. Se ha encargado de conservar y dar a conocer obras de otros nadaístas, como *Sinfonías para máquina de escribir* (1985) de Darío Lemos, o *Memorias de un presidiario nadaísta* (1991) de Gonzalo Arango. De este último publicó también una antología titulada *Obra negra* (1974). Como publicista, Jotamario ha participado en el diseño de las campañas de Belisario Betancur, Alvaro Gómez y Andrés Pastrana [*Ver tomo 4, Literatura, "El nadaísmo", pp. 271 y 274*].



Jotamario Arbeláez. "Venezuela Gráfica", Nº 683, noviembre 6 de 1964.

JOHN JAIRO GALÁN C.

ARBELÁEZ, VICENTE

Eclesiástico antioqueño (San Vicente, marzo 8 de 1822 - Bogotá, junio 29 de 1884). La partida de bautismo de Juan Vicente Joaquín Arbeláez Gómez dice: «En esta santa Parroquia del Peñol y a marzo 10 de 1822, yo el presbítero don Joaquín de Hoyos, cura propio de ella, bauticé solemnemente, según dispone nuestra Iglesia, a un párvulo que nació el día 8 del corriente, hijo legítimo de Fermín Arbeláez y doña María Gómez, vecinos de San Vicente, y al dicho niño le fue impuesto el nombre de Juan Vicente Joaquín»; sin embargo, por quedar San Vicente muy cerca de Marinilla, se ha considerado siempre a monseñor Arbeláez como natural de este municipio. En 1838 ingresó al colegio de San José en Marinilla, y en 1841 pasó al Seminario de San José de Bogotá, recientemente organizado por el arzobispo Manuel José Mosquera, quien lo ordenó sacerdote el 6 de diciembre de 1845. Obtuvo con brillo el grado de doctor en Derecho Civil en la Universidad Central. Fue nombrado cura de Abejorral y director del colegio San José de Marinilla hasta 1848. Varias veces ejerció como diputado a las legislaturas de Antioquia (entre ellas la de 1856, que expidió la Constitución política del Estado) y de Córdoba, y fue dos veces senador de la República. El delegado apostólico en la Nueva Granada, Miecislao Ledochowski, lo recomendó para la Diócesis de Santa Marta; según la tradición, el padre Arbeláez recibió el nombramiento mientras tocaba tiple con su silla recostada en la pared. Monseñor Arbeláez dedicó sus esfuerzos a la educación, tanto en seminarios como en colegios de Santa Marta, pero encontró enormes dificultades debido a la tremenda oposición de los gobiernos liberales de entonces. El 19 de noviembre de 1859 fue nombrado obispo de *Maximopolis in partibus infidelium* por un breve del papa Pío IX, y consagrado en la catedral de Bogotá por el arzobispo Antonio Herrán, el 25 de marzo de 1860. El Papa lo envió a Ocaña. El 1 de febrero de 1861, en plena revolución, Arbeláez publicó una pastoral exhortando a su rebaño a «reconocer y respetar el principio de autoridad y obediencia [...] en la sociedad civil como la cristiana. Os hablamos de la necesidad de conservar la paz [...] como el único origen de donde puede germinar vuestro bienestar individual, la mejora y el progreso de la comunidad». Estas frases de cordura surgían en momentos en que en Santa Marta ardían la catedral y la iglesia de San Francisco. Cuando el 18 de julio de 1861 entró triunfante a Bogotá el general Tomás Cipriano de Mosquera, monseñor Arbeláez protestó por las leyes de tuición de cultos y de desamortización, vejatorias de los derechos de la Iglesia. El 11 de noviembre el Gran General decretó el destierro de Arbeláez, resolución que le fue entregada mientras celebraba misa en la iglesia de Nuestra Señora de Torcoroma, en Ocaña. Enfermo, se le trasladó a Mompós, luego a Cartagena, a Co-

lón en Panamá y finalmente a San Andrés. Logró fugarse en una goleta enviada por las señoras de Cartagena, y volvió a Panamá, donde el rico e ilustrado sacerdote chileno Víctor Eizaguirre lo convidó a Roma, pues monseñor Arbeláez se hallaba en terrible miseria. Llegó a la "Ciudad eterna" a finales de 1862, y el padre chileno lo presentó a Pío IX, quien, al despedirse, puso en sus manos una bolsa con 500 francos diciéndole: «Como estáis necesitado recibidla, y cuando se os agote, venid a mí que yo soy el padre de todos, pero especialmente de los obispos desterrados». Fue nombrado prelado asistente al Solio Pontificio, y el 19 de diciembre de 1864, coadjutor del arzobispo Herrán con derecho a sucesión, por medio del breve *Summum toius Ecclesiae regiminem*. Al ser nombrado presidente Manuel Murillo Toro, Arbeláez se preparó para volver al país. Salió de Southampton el 2 de enero de 1865, y el 8 de febrero ya se encontraba en Santa Marta. Tras una corta estadía en Antioquia, se trasladó a Bogotá, y el 7 de noviembre se encargó de la Vicaría General del Arzobispado, por nombramiento de monseñor Herrán. El 18 de octubre de 1866 el general Mosquera, vuelto al poder, decretó: «Extráñase al vicario Sr. Vicente Arbeláez, por 6 años, del territorio de los Estados Unidos de Colombia».

El 7 de diciembre de 1866, monseñor Arbeláez salió desterrado, en compañía de su hermano el general Juan Clímaco Arbeláez, con destino a Santa Marta. Habiendo contraído la fiebre amarilla, fueron atendidos por el doctor Próspero Reverend, médico del Libertador. Partieron hacia Francia en el vapor francés *El Nuevo Mundo*, y llegaron a Saint Nazaire el 31 de diciembre. Siguieron hacia París y luego a Marsella, donde coincidencialmente, ocupó en el Hotel de Castilla la misma habitación en que murió monseñor Mosquera en 1853, y su hermano, la misma que ocupaba Manuel María Mosquera. En Roma fue recibido de nuevo por Pío IX, pero pronto cayó el Gran General y, restablecido el régimen constitucional, monseñor Arbeláez volvió a Bogotá, el 12 de noviembre de 1867. Tres meses más tarde murió el arzobispo Herrán en Villeta, y monseñor Arbeláez fue nombrado en su reemplazo. El cuadro que se le ofrecía era desconsolador: la Iglesia se hallaba despojada de sus bienes y rentas, las comunidades religiosas habían sido expulsadas de sus casas, el Seminario Conciliar estaba cerrado y, poco después, la religión fue desplazada de escuelas y colegios. El 5 de julio de 1868 se reunió el Concilio Provincial Neogranadino, convocado por Herrán desde Villeta un mes antes de su muerte. El Papa permitió a través de letras apostólicas, que monseñor Arbeláez presidiera el Concilio a pesar de no haber recibido el Sagrado Palio. En diciembre de 1870 reunió el Sínodo Diocesano, y dictó disposiciones sobre disciplina, régimen y gobierno de la Arquidiócesis. Monseñor Arbeláez dedicó todas sus energías a la organización del Seminario Conciliar. Le dio vida, como había hecho monseñor Mosquera, y sacó la educación eclesiástica de los antiguos moldes con un nuevo plan de estudios. Recuperó, tras ardua lucha, el edificio, y nombró como director al presbítero Bernardo Herrera Restrepo. Como no existían relaciones oficiales entre la Iglesia y el Estado, monseñor Arbeláez trató con supremo tacto y prudencia con el poder ejecutivo. No obstante, sus enemigos hicieron llegar hasta Roma terribles infundios, que llevaron al papa León XIII a enviar a monseñor Agnozzi, en calidad de juez, para juzgar los procederes del arzobispo. Este estaba tranquilo porque los hechos de su pontificado eran un solemne mentís de las acusaciones injustas de sus adversarios. Según el padre Zawadsky, «el delegado pontificio vio descorrerse un velo y convencerse de la verdad [...] y echó a ver que el ilustrísimo Sr. Dr. Don Vicente Arbeláez era un arzobispo digno de los tiempos apostólicos y merecedor de una corona y no de una sentencia condenatoria». Después de más de 16 años de arzobispado, monseñor Arbeláez murió en Bogotá, a las 3:30 de la tarde, el 29 de junio de 1884.



Vicente Arbeláez.
Oleo de Alley Marini, ca. 1867.
Colección particular, Florencia, Italia.

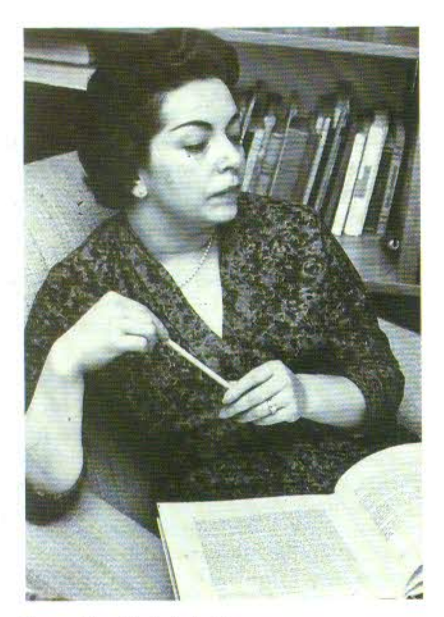
JUAN DAVID GIRALDO

Bibliografía

GROOT, JOSÉ MANUEL. *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*. Bogotá, Casa Editorial de Medardo Rivas, 1893. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Apuntes para la historia del Seminario Conciliar de Bogotá, 1840-1940*. Bogotá, Editorial Centro, 1940. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Arquidiócesis de Bogotá. Biografías de sus prelados*. Bogotá, Editorial Lumen Christi, 1961-1966, tomo II. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Genealogía episcopal de la jerarquía eclesiástica, 1513-1966*. Bogotá, Editorial Lumen Christi, 1968. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Cabildo Eclesiástico de Bogotá*. Bogotá, Kelly, 1971.

ARBOLEDA, ESMERALDA

Senadora, ministra y diplomática vallecaucana (Palmira, enero 7 de 1921). Esmeralda Arboleda Cadavid fue una de las siete hijas del matrimonio conformado por el payanés Fernando Arboleda López y la antioqueña Rosa Cadavid Medina. Realizó sus estudios de primaria en el colegio de La Enseñanza de la ciudad de Pereira, donde no había más estudio que el de comercio y, por lo tanto, no se podía seguir una carrera profesional. Decidió entonces marcharse a Bogotá a estudiar bachillerato en el colegio de las señoritas Casas, que tenía un alto nivel académico. Después de terminar la secundaria, Esmeralda Arboleda ya tenía claro el objetivo de su vida: «No quería quedarme ignorante, sabía que había mucho que hacer, que tenía que abrir campo para las mujeres, que había que luchar por sus reivindicaciones», recuerda. Ella había iniciado esa lucha al tomar la decisión de estudiar la profesión que siempre le interesó y para la que desde muy temprana edad, su madre le descubrió aptitudes: «Esa niña tan alegadora y discutidora, no puede ser más que abogada». En 1939 ingresó a la prestigiosa Facultad de Derecho de la Universidad del Cauca, convirtiéndose en un desafío, según ella, ser la primera mujer que seguía una carrera universitaria en el país. Esa experiencia se convirtió, a la postre,



Esmeralda Arboleda de Cuevas.
Fotografía de Hernán Díaz, 1960.
"Retratos", Bogotá, Villegas Editores, 1993.

en algo nuevo e interesante para Esmeralda Arboleda, quien recuerda que tuvo magníficos compañeros y profesores que al principio le ponían cortapisas para ver si era capaz. Además, tuvo que combatir las concepciones de parientes y amigos que no veían con buenos ojos que una joven estudiara y, lo que era peor, que estuviese rodeada de hombres todo el día. Sin embargo, su brillante desempeño académico logró cambiar esas actitudes a su favor. Después de graduarse, Esmeralda Arboleda trabajó como abogada en la defensa de los obreros del Ferrocarril del Pacífico, demandando sus prestaciones. Primero tuvo una oficina en Cali, y luego la trasladó a Bogotá donde decidió trabajar en la política por la mujer. Estas lides no eran ajenas para ella, por cuanto ya desde la universidad había empezado a vincularse a distintos movimientos políticos, pero siempre en las huestes liberales, partido con el que se identificó no sólo por familia, sino porque a su juicio era el más amplio en cuanto a conceptos y criterios.

Esmeralda Arboleda se opuso a la persecución de que fue objeto todo aquel que perteneciera al partido liberal, y también luchó contra las formas de dictadura y opresión de finales de los cincuenta. Pronto se hizo conocer por sus ejecutorias en el ámbito político nacional y se ganó el respeto y la confianza de los líderes liberales del momento, como Alberto Lleras Camargo, quien la hizo partícipe de las campañas del partido y la nombró secretaria del mismo. Durante el desempeño de estas funciones, promovió por medio de discursos entre las mujeres del país la necesidad de vincularse a la política, instándolas a involucrarse activamente en este campo. En 1958, durante el gobierno de Lleras Camargo, fue nombrada senadora por el Valle del Cauca. Allí presentó el proyecto de ley para suprimir la discriminación jurídica de la mujer, el cual fue aprobado con mayoría de votos y con moción de aplausos. Con este proyecto se alertó la conciencia de las mujeres y de los hombres, y en torno a él hubo interesantes debates en academias y universidades. También como senadora contribuyó a abolir la potestad marital. Estos proyectos encontraron serias dificultades al pasar a la Cámara por la oposición de la Iglesia. Presentó, además, el proyecto de fomento a la industria editorial, mediante el cual se logró introducir material editorial al país sin pagar impuestos. Por su notable trayectoria como política y senadora, el presidente Alberto Lleras le ofreció el Ministerio de Comunicaciones, cargo que desempeñó entre 1961 y 1962. Desde 1962 hasta 1966 volvió al ejercicio profesional, por cuanto el impedimento constitucional le impedía ser nombrada en algún cargo. En 1966 se reincorporó a la actividad política, desempeñándose como coordinadora femenina del partido liberal en la campaña de Carlos Lleras Restrepo; allí se dio a la tarea de organizar grupos de mujeres liberales por todo el país. Ese mismo año fue elegida nuevamente senadora por Bogotá; en 1967 el gobierno de Lleras Restrepo la nombró embajadora en Austria, y en 1969, embajadora alterna ante la Organización de Naciones Unidas (ONU) en Nueva York, donde también tuvo la oportunidad de trabajar por las mujeres y de vincularse a todos los grupos que se ocuparon de los derechos de las mujeres en Francia, Bélgica, Yugoslavia y otros países. Por esa misma época conoció al que fuera su segundo esposo, Francisco Cuevas, embajador de México ante la ONU. Había estado casada antes con el ingeniero antioqueño Samuel Uribe Hoyos, con quien tuvo a Sergio, su único hijo. Esmeralda Arboleda sigue siendo una mujer que con inteligencia y tenacidad mueve montañas, sigue siendo espontánea, directa, cálida y de risa contagiosa. Hablar con ella siempre será un acto placentero, no sólo vive del pasado, sabe muy bien lo que ocurre en el panorama político del país del presente y tiene la capacidad de dimensionar el futuro y de recordar muy bien a los tres colombianos que más admiró: Baldomero Sanín Cano, al que conoció siendo un anciano que le impactó como pensador por la claridad de sus ideas, por los juicios avanzados para un hombre de su época; Alberto Lleras, porque tenía una concepción clara y limpia del ejercicio de la política y del poder; y Carlos Lleras, porque lo considera uno de los mejores presidentes que ha tenido Colombia, un visionario que tenía claras las necesidades del país.

MARÍA ALEXANDRA MÉNDEZ VALENCIA

ARBOLEDA, JULIO

Militar, estadista y poeta caucano (Timbiquí, junio 9 de 1817 - Berruecos, noviembre 13 de 1862). Hijo de José Rafael Arboleda y Matilde Pombo O'Donnell, miembros de importantes familias payanesas, Julio Arboleda Pombo recibió una educación rica y esmerada. Según Gustavo Arboleda, en su *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo Departamento del Cauca*, Arboleda «adquirió los rudimentos del saber en Popayán, de labios de su abuela materna, Beatriz O'Donnell, y de su preceptor Manuel María Luna. A la edad de once años fue llevado por su padre a Londres, donde siguió su educación al cuidado de un profesor español. Volvió en 1836 a Popayán, por la vía de Cartagena y el Chocó, hizo estudios de jurisprudencia en la Universidad y actuó en la prensa, redactando *El Independiente*. Tomó activa parte en la guerra civil de 1840, en defensa del gobierno, alcanzó el grado de teniente coronel y fue enviado en misión especial al Ecuador y ante los revolucionarios de Panamá. Restablecida la paz, publicó en 1842 *El Patriota* y el 43 *El Payanés*. En 1844 fue a la Cámara de Representantes, por la provincia de Buenaventura, que abarcaba la Región de su nacimiento, y se hizo notar por su ilustración, sus dotes oratorias y su manera de expresarse, distinguiendo, como los españoles, entre la c, la s y la z. Volvió a la Cámara en 45 y 46, siempre por Buenaventura, y en 1848 lo hizo por Barbacoas, nueva provincia, que comprendía buena parte del bajo Chocó. Ofrecióle



Julio Arboleda Pombo y Sofía Mosquera, con sus seis hijos mayores, ca. 1854. Museo Nacional, Bogotá.

el general Tomás Cipriano de Mosquera, en 1846, la cartera de Hacienda, que declinó. Tomó cartas en el debate presidencial del 48, en favor del doctor Florentino González, al cual acompañó, juntamente con Lino de Pombo, en la redacción de *El Siglo*. Cuatro años antes se había distinguido en defensa de la candidatura presidencial del general Borrero, escribiendo un folleto que fue muy celebrado, *Los tres candidatos*, que aún hoy llama la atención por la exactitud del concepto y la elegancia del estilo. El mismo 48 le propusieron la secretaría (ministerio) de Relaciones Exteriores, que tampoco aceptó, y regresó al Cauca a atender sus intereses, para lo cual solía pasar temporadas en jurisdicción de Caloto. Con este motivo fue concejal y jefe político (1843) de dicho cantón. Asistió varias veces a la Cámara Provincial de Popayán y fue miembro del Consejo de Instrucción Pública, o sea adjunto a la subdirección del ramo, como entonces se llamaba. Encabezó la oposición al presidente José Hilario López, en la prensa, con *El Misóforo*, y en la tribuna, especialmente en reuniones populares. Jefe conspicuo de la rebelión de 1851, emigró al Perú, y en Lima estuvo algún tiempo dedicado al periodismo, redactando *El Intérprete del Pueblo*, y al profesorado, habiendo tenido entre sus discípulos de inglés al célebre literato Ricardo Palma. Trasladóse luego a Nueva York, residió allá algún tiempo con su familia, y regresó a fines del 53 a Colombia para asistir al Congreso, de senador por el Chocó. Abiertas las sesiones, el 1 de febrero de 1854, fue elegido presidente. Al estallar la rebelión del 17 de abril, pudo escapar de Bogotá, burlando la vigilancia de los sostenedores de la dictadura de Melo, y haciendo uso de autorizaciones que le había delegado el vicepresidente de la República, José Obaldía, envió órdenes a los gobernadores de las provincias caucanas y antioqueñas para la organización de fuerzas. En el Espinal le confiaron los gobernadores de Bogotá y Tequendama, Dr. Pastor Ospina y coronel Justo Briceño, el mando de una columna que llevó los nombres de las dos provincias, fue reorganizada luego con el solo nombre de *Tequendama* y sirvió más tarde de base al ejército del Sur, que rigió el general López y una de cuyas columnas quedó al mando de Arboleda. Este realizó hazañas sorprendentes, que por lo arriesgadas no contaron con la aquiescencia de sus jefes, entre ellas el asalto a Guaduas, en compañía de Pedro Gutiérrez Lee y otros valientes. En esa campaña obtuvo el coronelato. En 1855 volvió a presidir el Congreso y en ese carácter dio posesión del poder ejecutivo al nuevo vicepresidente de la República, Manuel María Mallarino. Concurrió de nuevo al Congreso en 1859, como senador por el estado de Cundinamarca, y fue hecho presidente del soberano cuerpo. Boyacá también le había conferido un cargo popular, el de diputado a su legislatura, a la cual no asistió. En 1859, en las primeras juntas y cambio de opiniones entre los conservadores, obtuvo algunos votos para ser candidato a la Presidencia de la República, como ya el 54 los había obtenido para la Vicepresidencia; el 57 y el 58 fue elegido designado para suplir las faltas del jefe del ejecutivo y el 59, suprimida la vicepresidencia nacional y elevado a tres el número de sustitutos del presidente, fue hecho primer designado y lo propio ocurrió en 1860. Terminadas las sesiones del Congreso del 59, se dirigió a París, donde se había radicado con la familia, para atender a la educación de sus hijos. Tornó una vez más al país, a sostener el gobierno de la Confederación Granadina, del cual obtuvo el nombramiento de jefe de la sexta división del ejército. Fue jefe de la plaza de Santa Marta, que habían recuperado los conservadores; atacada por los liberales, quienes la volvieron a tomar tras porfiado combatir, pasó al Istmo y de allí al Cauca, a cuyo estado penetró por Tumaco y avanzó sobre Popayán, ciudad que ocupó el 10 de agosto del 61, después de haber vencido en Los Arboles al grueso del ejército liberal, que encabezaba el general Miguel Quijano. Larga y tenaz fue la campaña que aquí sostuvo, escribiendo páginas que ilustran la historia militar, pero que también incluyen actos de extremado rigor, que apenas se explican como crueles represalias en época de pasiones desencadenadas. En el Estado fue jefe de las fuerzas conservadoras y gobernador por esta colectividad. Durante la campaña sufragó por él para presidente de la República el círculo conservador adicto al presidente Ospina, en votaciones efectuadas en los estados de Boyacá, Cundinamarca y Santander, pero no llegó a ser declarado legalmente elegido por falta de Congreso que perfeccionase o proclamara la elección. Separados de su ejército los elementos antioqueños que lo habían acompañado, los cuales pretendían ir a defender su propio territorio contra la revolución liberal, se dirigía a Pasto para reorganizar sus huestes e intentar operaciones sobre el centro de la República, cuando fue asesinado en Berruecos el 13 de noviembre de 1862. De él se conservan notables escritos políticos, discursos y numerosas poesías, entre las cuales se destaca el poema épico *Gonzalo de Oyón*. Casó en Popayán el 1 de diciembre de 1839 con su parienta Sofía Mosquera y Hurtado, nacida en Nóvita el 20 de junio de 1824».

Sobre las actividades literarias de Julio Arboleda, Gustavo Otero Muñoz, en *Semblanzas colombianas*, afirma: «Sus viajes por los pueblos más notables de Europa complementaron la lujosa educación iniciada en la Universidad de Londres y en los más acreditados colegios de París, cuyo primer destello alumbró el suelo de la patria en las brillantes páginas del *Gonzalo de Oyón*. La factura de este famoso poema fue durante la vida de Arboleda un pensamiento constante. Había producido muchas y muy bellas composiciones fugitivas que le ganaron renombre en el mundo literario; mas él comprendía que su fama de gran poeta la iba a deber al *Gonzalo*, al que llamaba con frecuencia su hijo primogénito. Concibiólo don Julio en 1838 ó 1839 y púsose a escribirlo; pero, en el saqueo de su casa de Caloto, ocurrido en mala hora del año 1851, fue hecho pedazos y arrasado sin que detuviera la torpe ferocidad

de sus enemigos la consideración de que destruyendo aquellos preciosos manuscritos robaban a la literatura nacional una de sus joyas más ricas. La suerte quiso jugar con esta grande obra, permitiendo primeramente al autor reconstruir la introducción y los cantos primero y quinto, gracias a su privilegiada memoria y a varios fragmentos copiados en Popayán. Fueron editados en 1858, en la *Semana Literaria de El Porvenir*, por don Lázaro María Pérez. En aquel mismo año Arboleda rehizo algunos otros cantos. Trasladado con su familia a París, confió a un amigo, en 1859, la conducción del nuevo manuscrito hasta Bogotá, y fue interceptado por una guerrilla de revolucionarios. Tales las contrariedades que impidieron a la posteridad conocer íntegra aquella creación que contiene "altísimas bellezas de todo género". Los fragmentos publicados por Pérez y los papeles que quedaron en poder de la familia del poeta sirvieron a don Miguel Antonio Caro para hacer una reconstrucción de la obra, que se incluyó en la edición definitiva de los versos de Arboleda hecha en Nueva York, en el año de 1884. El señor Caro, apartándose de la primitiva manera de dividir el poema en cantos, lo ordenó en catorce cuadros —los tres últimos inéditos hasta entonces— precedidos de un preludio, y bautizó a cada uno con muy feliz título» [*Ver tomo 4, Literatura, p. 74*].

MARIANO MOLANO

ARBOLEDA, SERGIO

Escritor y político caucano (Popayán, octubre 11 de 1822 - junio 18 de 1888). Hijo menor de José Rafael Arboleda y Arroyo y Matilde de Pombo O'Donnel, contrajo matrimonio con Marta Valencia, con quien tuvo ocho hijos. Sergio Arboleda estudió en la Universidad del Cauca, en Popayán, donde se graduó en 1843, después de haber hecho campaña como soldado voluntario en el sur. Combatió el gobierno de José Hilario López con sus escritos en el periódico *El Clamor*, editado en Popayán entre 1850 y 1851. Después viajó infructuosamente a Quito, en busca de auxilios del gobierno ecuatoriano para la revolución. Emigró a Lima con su hermano el poeta Julio Arboleda. De regreso a Popayán, redactó el *Semanario*, que luego pasó al círculo del general Tomás Cipriano de Mosquera, y *La Voz de Unión* y *El Cívico*, contra el gobernador Mosquera. En 1860 luchó en defensa del conservatismo e hizo toda la campaña del Cauca, en la cual desempeñó, entre otras posiciones, las de jefe de Estado Mayor del Ejército, encargado de negocios en el Ecuador y secretario del gobierno organizado en Pasto en julio de 1862 en nombre de la Confederación Granadina. Vencido, volvió al Perú, y trabajó como periodista en Lima. En 1876 fue jefe de la revolución en el Cauca, miembro de la Cámara Provincial de Popayán y secretario de la misma, vocal de las municipalidades de Popayán y Santander, diputado a las Legislaturas caucanas de 1857 y 1873, representante al Congreso en 1860 y, posteriormente, senador por el Tolima (1872, 73, 76). En su juventud había sido jefe político del Cantón de Popayán, en 1848 y 1849. Al regresar por segunda vez del Perú, Arboleda se dirigió a Bogotá, donde redactó *La República*, en 1868. Entre 1871 y 1873 dirigió en Popayán *Los Principios político-religiosos* y fue activo colaborador de *Los principios*, editado en Cali en la misma época. De nuevo en Bogotá, dirigió el Colegio Espíritu Santo, segundo de aquel nombre en esta ciudad, en unión de Carlos Martínez Silva; redactó *El Conservador* (1881-1883) y, posteriormente, *La Voz Nacional* (1884). Fue miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua, y publicó numerosos opúsculos políticos, religiosos o de temas científicos e industriales, destacándose su ensayo *La República en la América española*, suscrito con el anagrama Gabriel de Soroa, y un libro, *Rudimentos de geografía, cronología e historia*. Participó como redactor de *El Porvenir* de Bogotá en 1861 y fue colaborador de diversos periódicos de Popayán, Cali, Bogotá y Lima. Se distinguió como profesor de Derecho Romano y Español, Ciencia Constitucional y Administrativa, Legislación, Geografía, Cronología e Historia. Murió en Popayán, en 1888, cuando ejercía el rectorado de la Universidad, cargo para el que había sido nombrado el 14 de enero de 1887 [*Ver tomo 5, Cultura, p. 149*].



Sergio Arboleda.
Grabado de Luis Angel Rengifo,
en revista "Bolívar", Nº 2, agosto de 1951.

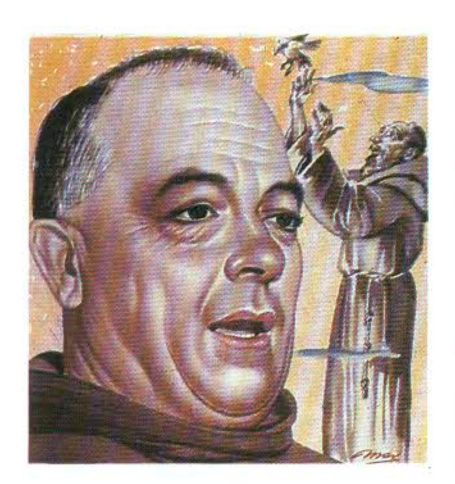
MARÍA ALEXANDRA MÉNDEZ VALENCIA

Bibliografía

ARBOLEDA, GUSTAVO. *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo departamento del Cauca*. Bogotá, Librería Horizontes, 1962.

ARCILA ROBLEDO, FRAY GREGORIO

Historiador y lingüista franciscano nacido en Chinchiná (Caldas), el 20 de agosto de 1890, muerto en Cali, el 27 de diciembre de 1958. Ingresó a la Orden Franciscana en el convento de San Joaquín de Cali en 1912, y allí mismo cursó los estudios eclesiásticos hasta su ordenación sacerdotal en 1921. Aficionado a los estudios históricos y a la creación poética, fray Gregorio se dio a estos menesteres con tenacidad. Concentró de manera preferencial sus investigaciones archivísticas en la Orden Franciscana en Colombia, inédita e inexplorada; y fue dando a conocer sus resultados a través de artículos en revistas y periódicos, que le merecieron su nominación como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia en 1933. Con motivo del IV centenario de la llegada de los franciscanos a Colombia, en 1950, publicó tres de sus más importantes libros, base para el conocimiento histórico sobre esta Orden: *Las misiones franciscanas en Colombia*, *Apuntes históricos de la Provincia Franciscana de Colombia* y *Las cuatro fuentes de su historia*, en el cual recogió, como su nombre lo indica, las que él consideraba como las bases documentales más importantes para la historia franciscana en el país. Antes de estas publicaciones había dado a conocer, en 1948, su *Obra literaria*, un volumen de 500 páginas dividido en cuatro partes, donde recoge sus producciones poéticas y en prosa, de carácter meramente literario. La pri-



Fray Gregorio Arcila Robledo.
Dibujo de Max Henríquez,
en portada de "Semana", Nº 236,
abril 28 de 1951.

mera parte, que llamó "Heredad materna", contiene sus poesías épicas, filosóficas, patrióticas, sagradas, místicas, madrigales, sátiras, fábulas y aires rurales. La segunda parte, bajo el título "Intérprete", recoge sus traducciones en verso (del griego clásico, los *Idilios* de Anacreonte, que ya había publicado en texto bilingüe en Bogotá en 1943, y las *Fábulas* de Esopo; del griego moderno en métrica clásica, del griego eclesiástico y del griego bíblico; del latín clásico editó su versión de las *Odas* de Horacio y fragmentos de Virgilio, Propercio, Ovidio, Marcial, Boecio y Fedro). La tercera y cuarta partes comprenden su literatura en prosa, en la primera de las cuales figuran los cuadros literarios y narraciones histórico-novelescas, y en la segunda, las postales de arte. En cuanto a sus calidades como traductor latino y como versificador, José Manuel Rivas Sacconi lo destaca repetidas veces en *El latín en Colombia*, catalogándolo como uno de los pocos latinistas colombianos que han traducido a Propercio, Ovidio, Marcial, Fedro y Boecio. Lleno de méritos como investigador, pero, sobre todo, como religioso franciscano, murió en el convento de San Joaquín de Cali.

LUIS CARLOS MANTILLA

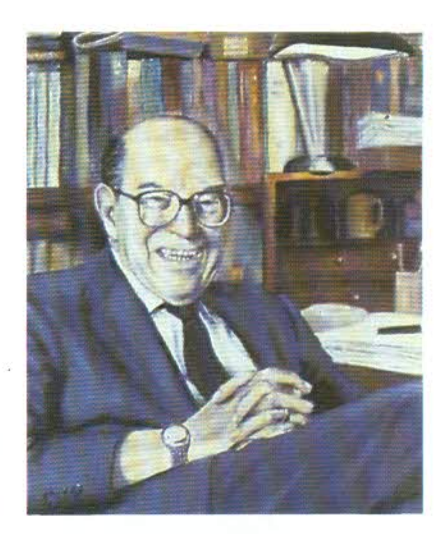
Bibliografía

MANTILLA R., LUIS CARLOS. "Fray Gregorio Arcila Robledo". *Semana*, abril 28 de 1951.

MANTILLA R., LUIS CARLOS. "Fray Gregorio Arcila Robledo, historiador franciscano". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. 70 (1983), pp. 391-418.

ARCINIEGAS, GERMÁN

Historiador nacido en Bogotá, el 6 de diciembre de 1900. Germán Arciniegas Angueyra es uno de los grandes pensadores de Colombia en el mundo contemporáneo, considerado por escritores como el "Hombre de las Américas" y el "Colombiano universal". Hijo de don Rafael Arciniegas y de doña Aurora Angueyra, dama de ascendencia cubana, el maestro Germán Arciniegas pertenece a la generación de Los Nuevos, correspondiente a los colombianos nacidos en las primeras décadas del siglo XX, cuando Colombia despertaba a la modernidad después de las guerras civiles, la anarquía y la crisis económica de finales del siglo XIX. Ellos defendieron la modernización y los cambios urgentes en la sociedad colombiana, la planificación para la búsqueda de un futuro con sólidos pilares y la tecnificación de acuerdo con los nuevos tiempos. Fueron sus coetáneos los humanistas Alberto Lleras Camargo, León de Greiff, Darío Echandía, Jorge Eliécer Gaitán, Rafael Maya y otros. Hizo sus estudios primarios en el Instituto Politécnico de la Escuela Republicana, Escuela Preparatoria; los secundarios en la Escuela Nacional de Comercio. Sus estudios profesionales los realizó en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, donde obtuvo el grado de abogado. En sus años universitarios fue fundador de la Federación de Estudiantes de Colombia y autor de un importante proyecto de reforma universitaria, el cual presentó al Congreso cuando fue elegido como representante. En sus intervenciones estudiantiles defendió la cátedra libre, la reforma educativa, la reforma universitaria y los cambios urgentes para Colombia. Cuando culminó sus estudios, fundó la casa editorial Ediciones Colombia. En 1928 se integró al diario *El Tiempo*, como director de la sección editorial. Posteriormente, fue jefe de redacción y director del *Suplemento Literario*. En cuanto a su actividad diplomática, Arciniegas fue nombrado vicecónsul de Colombia en Londres en 1929, cargo que ocupó hasta 1931; posteriormente fue canciller de la Embajada de Colombia en Buenos Aires. Años después fue embajador ante los gobiernos de Italia (1959), Israel (1962), Venezuela (1966) y la Santa Sede (1976). Fue elegido dos veces a la Cámara de Representantes. El presidente Eduardo Santos lo nombró ministro

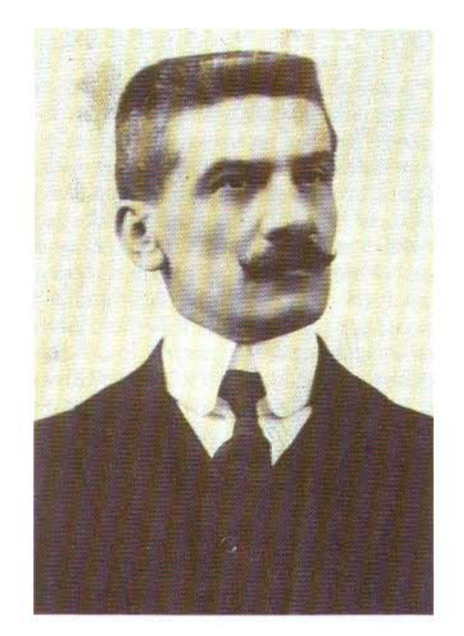


Germán Arciniegas Angueyra.
Oleo de Leonel Torres, 1991.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

de Educación, cargo que ocupó entre 1941-1942. Creó el Instituto Caro y Cuervo, el Museo Nacional, la Biblioteca Popular y fortaleció la Escuela Normal Superior de Colombia, con la vinculación de grandes profesores e investigadores de Francia, Alemania y España, entre ellos, el antropólogo Paul Rivet. Nuevamente fue ministro de Educación en los años 1945-1946. En cuanto a su actividad docente, Arciniegas ha sido profesor de las Universidades Nacional, Externado de Colombia y Libre. Profesor invitado en las Universidades de Chicago, California, Mills College (Oakland) y otras. En la Universidad de los Andes regentó durante muchos años la Cátedra de América, donde participaron grandes pensadores americanos y europeos. Por su actividad docente, los colombianos siempre lo han llamado maestro Arciniegas. Ha sido miembro de número de las Academias de Historia y de la Lengua y de numerosas academias de Colombia y del mundo; durante varios años fue presidente de la Academia Colombiana de Historia; miembro honorario del Instituto de Artes y Letras de los Estados Unidos y vicepresidente, en 1943, del Comité Americano por la Libertad de la Cultura; fundador y director de la emisora *La voz de la juventud* y de la revista *Universidad*. Fue director de la *Revista de las Indias* y de la *Revista de América*; así mismo, de *Cuadernos* (París) y de *Correo de los Andes*, una de las publicaciones más importantes del país. El maestro Arciniegas ha recibido las más altas condecoraciones de Colom-

bia y América. Recibió el Premio Cabot de Periodismo, Premio Alberti Sarmiento de la prensa de Buenos Aires, Premio Internacional Hammarskjöld del periodismo y diplomacia, Premio Internacional Madonnina de Milán. El 25 de octubre de 1989, The Americas Foundation le otorgó el título de "Hombre de las Américas".

El maestro Arciniegas ha sido un fecundo escritor, entre sus obras se destacan: *El estudiante de la mesa redonda* (1932), *América, tierra firme* (1937), *Los Comuneros* (1938), *Los alemanes en la conquista de América* (1941), *Este pueblo de América* (1945), *En el país de los rascacielos y las zanahorias* (1945), *Biografía del Caribe* (1945), *El pensamiento vivo de Andrés Bello* (1946), *Entre la libertad y el miedo* (1952), *América mágica* (1959), *El caballero de El Dorado* (1960), *Memorias de un congresista, 20.000 comuneros hacia Santafé, El libro de oro de Santander, Bolívar: Cartagena 1812, Santa Marta 1830; Italia, guía para vagabundos; El mundo de la bella Simonetta* (1962), *El continente de siete colores* (1965), *Colombia, itinerario y espíritu de la Independencia* (1969), *América en Europa* (1975), *El revés de la historia* (1980), *Los pinos nuevos* (1982), *Bolívar y la Revolución* (1984), *Entre el Mar Rojo y el Mar Negro, Medio mundo entre un zapato, Roma secrettísima, Páginas escogidas* y muchas otras. Arciniegas es el ensayista colombiano que más ha escrito a nivel universal. En sus numerosas obras y artículos, el maestro Arciniegas se preocupa por estudiar la identidad de nuestra América, en sus relaciones directas entre el mundo socio-cultural indígena y las culturas europea y africana. Se interesa por el estudio de las repercusiones de América en el mundo, destacando los aportes del Nuevo Continente y los grandes cambios económicos, políticos, sociales y culturales en la humanidad como consecuencia de la aculturación europeo-americana. En la dinámica histórica de América, el maestro Arciniegas encuentra varias tendencias que proyectan su esencia: América tierra de la libertad, América tierra de la democracia, tierra de la república, tierra de las revoluciones y «tierra de lo nuevo». Arciniegas es el gran defensor de la americanidad, pero en la libertad; por ello luchó contra las dictaduras de Centroamérica y el Caribe y los gobiernos militares de América Latina, cuando nuestra América fluctuaba entre la libertad y el miedo. En sus estudios recientes ha dado importancia a todo lo relacionado con Américo Vespucio, el pensamiento y la acción de Francisco de Paula Santander, y el Quinto Centenario de América, pues a Arciniegas le parece más importante reflexionar sobre lo que ha sido América en los 500 años de su vida como producto del "encuentro de culturas", que la conmemoración del primer viaje de Colón y los españoles en 1492, definida por una orientación eurocentrista colonial. Según Arciniegas, «América es otra cosa», es la tierra de la libertad y la democracia contra los despotismos. [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 57-58, 163*].



Ismael Enrique Arciniegas. Fotografía de la Colección J.J. Herrera. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

CACUA PRADA, ANTONIO. *Germán Arciniegas. Su vida contada por él mismo.* Instituto Colombiano de Estudios Latinoamericanos y del Caribe (ICELAC). Bogotá, Universidad Central, 1990. COBO BORDA, JUAN GUSTAVO. *Una visión de América. La obra de Germán Arciniegas desde la perspectiva de sus contemporáneos.* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990. COBO BORDA, JUAN GUSTAVO. *Germán Arciniegas. Cronología y bibliografía* Bogotá, Planeta, 1990.

ARCINIEGAS, ISMAEL ENRIQUE

Poeta santandereano (Curití, enero 2 de 1865 - Bogotá, enero 23 de 1938). Ismael Enrique Arciniegas fue el precursor del florecimiento intelectual santandereano. Hacia 1880, después de haber estudiado algunos cursos de Humanidades en Duitama, se trasladó a Bogotá al Seminario Conciliar, donde fue alumno del poeta y polemista católico José Joaquín Ortiz, quien influyó decididamente en su carrera literaria. Se retiró del seminario e ingresó a la Universidad Católica para cursar Jurisprudencia, pero no terminó. Regresó a Bucaramanga, donde inició la que habría de constituirse en su profesión: el periodismo. Fundó en 1887 *El Impulso*, dirigió posteriormente *La República* y *El Eco de Santander*, desde el cual realizó sus primeras campañas políticas en defensa de la candidatura presidencial de Miguel Antonio Caro contra el general Marceliano Vélez. A la par de estas actividades, se desempeñó como empleado público, fue secretario del Concejo Municipal de Bucaramanga, profesor de la Escuela de Artes y Oficios de esa ciudad y estuvo a cargo de la Dirección de Instrucción Pública. Fue diputado a asambleas departamentales, concejal municipal de Bogotá, representante a la Cámara y ministro de Correos y Telégrafos en la administración de Miguel Abadía Méndez. Su último cargo oficial fue el de Inspector de Cedulación en Boyacá. Participó en la guerra civil de 1895, donde alcanzó el grado de coronel. Terminada ésta, comenzó su carrera diplomática como secretario de la Legación de Colombia en Caracas, donde tuvo como casa intelectual *El Cojo Ilustrado*, destacada revista literaria americana de entonces. En 1904, en Bogotá, Arciniegas adquirió el periódico *El Nuevo Tiempo*, desde el cual desarrolló una extensa labor periodística de casi treinta años. De ideología conservadora, el periódico se fortaleció con el transcurrir de los años. Fue tal su importancia en la política nacional, que llegó a decirse que desde sus páginas se hacían los presidentes de Colombia. El periódico se cerró a finales de 1930. En 1902, fue ministro plenipotenciario de Colombia en misión especial en Chile. En 1919, bajo la administración de Marco Fidel Suárez, fue nombrado ministro en París. En 1930 asumió el cargo de ministro plenipotenciario en el Ecuador y tres años después, fue trasladado a la Legación Colombiana en Panamá. El reconocimiento nacional a Ismael Enrique Arciniegas, sin embargo, se debe a la poesía, actividad a la que dedicó su vida desde cuando

cursaba sus estudios de seminarista hasta los días cercanos a su muerte. La obra poética de Arciniegas pertenece a la escuela romántica, pero con fuertes tendencias hacia el modernismo. Sus temas recurrentes fueron el amor, el dolor, la muerte, la naturaleza y la patria. También se destacó como traductor.

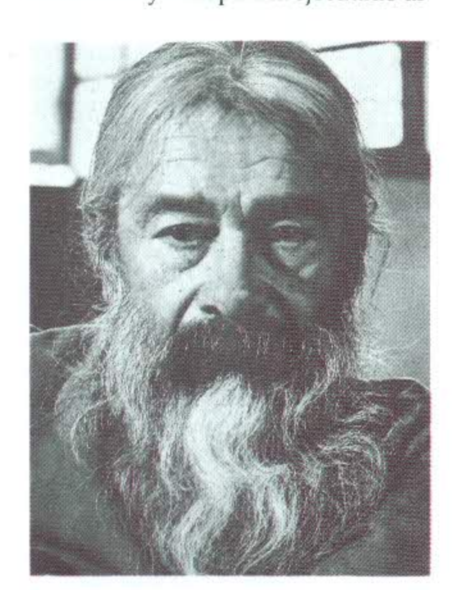
JUAN FELIPE CÓRDOBA RESTREPO

Bibliografía

OSPINA, JOAQUÍN. *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia*. Bogotá, Ed. Aguila colombiana, 1927. RODRÍGUEZ GUERRERO, IGNACIO. *Ismael Enrique Arciniegas*, tomo I: *El poeta original*, tomo II: *El traductor*. Pasto, Imprenta Departamental, 1941 y 1945.

ARENAS BETANCOURT, RODRIGO

Escultor y escritor antioqueño (Fredonia, octubre 23 de 1919). Reconocido por su obra monumentalista, en la cual plasma su afán por resaltar las epopeyas del pueblo colombiano y los personajes que han formado la cultura de la nación, Rodrigo Arenas Betancourt estudió en el Instituto de Bellas Artes de Medellín, en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional de Bogotá, en la Academia de San Carlos de México, en la Asociación Libre de Arte La Esmeralda de México y ha efectuado múltiples viajes de estudio a lo largo del continente americano y Europa. Ha ejecutado diversos oficios y trabajos. Siendo niño fue agricultor, más tarde, en su pueblo y en muchos lugares de América y Europa, fue tallador de Cristos, cartero, imaginero, ayudante y obrero de escultores y muralistas como Pedro Nel Gómez; ayudante de escenografía en los Estudios Azteca de México; maestro, profesor, colaborador, reportero y escritor de revistas nacionales y extranjeras; fotógrafo de arquitectura y, principalmente, escultor. Tiene su taller en el municipio de Caldas, al sur de Medellín, donde trabaja en compañía de ayudantes y aprendices. Arenas Betancourt ha sido asesor artístico de la Universidad de Antioquia, ministro consejero de la Embajada de Colombia ante el gobierno de Italia, fundador y profesor de la Escuela de Artesanías Ciudadela de México. Ha manejado mútiples técnicas artísticas como el dibujo, el retrato, el autorretrato y la acuarela. Utiliza materiales duros y blandos, pero la versatilidad y maleabilidad del cemento, le ha permitido incursionar en yeso policromado, pasta de yeso con azúcar, hierro, madera, piedra, bronce, concreto y basalto.



Rodrigo Arenas Betancourt.
Fotografía de Antonio Nariño.

Desde los años cincuenta, Arenas Betancourt ha dedicado su vida a trabajar monumentales esculturas encargadas por el gobierno o las grandes empresas del país. Hoy día muchas de ellas son puntos de referencia e identidad de ciudades. En Colombia y México han sido ubicadas en plazas, parques, pueblos y universidades. Las principales son: *La guacamaya herida* (1959), de 2.50 metros de alto, escultura en concreto que se encuentra en Cuernavaca (México); las *Cabezas monumentales de los héroes de la Revolución Mexicana: Moreno, Hidalgo, Juárez y Zapata* (1959), ubicadas en diferentes lugares; *Bolívar desnudo* (1956-1962), obra en bronce de 10 metros de alto, ubicada en la Plaza Bolívar de Pereira; *Homenaje al general José María Córdova* (1957-1964), en la plaza principal de Rionegro (Antioquia); *Largo viaje del vientre al corazón del fuego* (1964-1966) en el edificio Beneficencia de Antioquia; *Cristo Prometeo* (1965-1968), de 6 metros de altura, ubicada en la Universidad de Antioquia; *Prometeo* (1968-1970), en bronce y concreto, de 18 metros de alto, ubicada en la plazoleta de la misma universidad y convertida en su emblema; *Monumento a los lanceros*, conmemorativo de la batalla del Pantano de Vargas (1968-1971), de 33 metros de altura, ubicada en Paipa (Boyacá); y *Las Bananeras* (1974-1978), monumento recordatorio de la masacre de 1928 en Santa Marta, ubicada en Ciénaga (Magdalena). Rodrigo Arenas Betancourt ha participado en exposiciones individuales y colectivas en España, Francia, Estados Unidos, México, Colombia y varios países de América. Fue ganador del Premio Nacional de Artes Plásticas de Colombia en 1972, otorgado por Colcultura. Sus principales obras literarias son los relatos autobiográficos *Crónicas de la errancia, del amor y de la muerte* y *Los pasos del condenado*.

GLORIA LEÓN GÓMEZ

Bibliografía

FINANCIERA ELÉCTRICA NACIONAL. *Arenas Betancourt. Un realista más allá del tiempo*. Bogotá, Villegas Editores, 1986.

ARIAS TRUJILLO, BERNARDO

Escritor caldense (Manzanares, 1903-Manizales, 1939). Novelista, cuentista, ensayista, polemista, traductor y poeta, Bernardo Arias Trujillo es compañero generacional de José Antonio Osorio Lizarazo, César Uribe Piedrahita y Eduardo Zalamea Borda. Colaborador de los periódicos *El Universal*, *El Liberal* y *La Patria*, su obra principal es la novela *Risaralda*, escrita en 1935 y con clara influencia de José Eustasio Rivera. La novela trata del nacimiento de un pueblo, Sopinga, habitado inicialmente por negros y



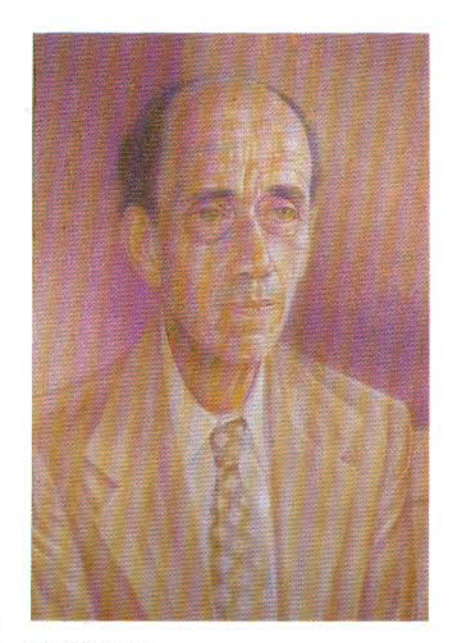
Bernardo Arias Trujillo.

luego colonizado por blancos, quienes lo rebautizan como La Virginia. Uriel Ospina ha dicho: «*Risaralda* es la antiprosa por exceso de prosa, es un anticuerpo literario creado con cuerpos de alto valor». «No es una biografía africana en América hacia el futuro, sino hacia la utopía del paraíso recobrado: el primitivismo», según palabras del crítico Fernando Ayala Poveda. El autor es narrador con voz de diálogo, para ilustrarnos sobre la existencia y las vicisitudes del negro en Risaralda. En la novela, Arias Trujillo juega por todos los lados con sus prejuicios y sus juicios; hay un diálogo permanente con el paisaje, y un enjuiciamiento al racismo y al poderío del hombre blanco. Bernardo Arias Trujillo publicó, además, las novelas *Luz*, *Cuando cantan los cisnes*, *Muchacha sentimental* y *Análisis espectral de un espíritu* o *Por los caminos de Sodoma* [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 229-230*].

MARÍA ISABEL VARGAS ARANGO

ARIZA, GONZALO

Acuarelista y pintor paisajista, nacido en Bogotá, el 3 de febrero de 1912. Hijo del conocido fotógrafo Aristides Ariza y de doña María Mercedes Vélez, Gonzalo Ariza ingresó en 1931 a la Escuela de Bellas Artes de Bogotá, después de una conversación con Roberto Pizano y apoyado por su madre. En esos primeros años (estuvo en la Escuela hasta 1935) realizó una obra contestataria, indigenista, preocupada por lo social: óleos, linóleos y algunos dibujos. Hizo ilustraciones para los libros *Mancha de aceite* (1935), de César Uribe Piedrahita, *La Roma de los Chibchas* (1937), de Gabriel Camargo Pérez, *Presidios de Venezuela* (1936) y para la revista *Pan*. Con frecuencia, por coincidencias generacionales y por sus primeras obras indigenistas, se le considera un artista de los Bachués; pero nada más errado, su producción mayoritaria está concentrada exclusivamente en el paisaje y, además, Ariza no participa de las ideas de los pintores y escultores nacionalistas. En 1936 viajó a Japón con una beca del gobierno colombiano. Estudió litografía, xilografía y grabado en metal en la Tokio Koto Kogei Gakko, donde fue discípulo de Maeda y Ioth; entre 1936 y 1938, tomó clases particulares de acuarela en el Taller de Tsuguharu Foujita: «Lo más



Gonzalo Ariza.
Oleo de Carlos Dupuy, 1981.
Colección particular, Bogotá.

importante fue el contacto con una cultura viva, donde el arte no es cosa de museo sino una actividad de la vida diaria, auténtico arte del pueblo, que lo mismo está en la pintura, en los jardines, en el teatro, en la ceremonia del té, en las artesanías y en todas las actividades de la vida diaria». A su regreso a Colombia, hizo una exposición individual en la Sociedad Colombiana de Ingenieros, donde mostró por primera vez sus paisajes: «Me ha interesado el paisaje como modo de expresión y por ser lo más propio y auténtico que tenemos. Además por su belleza y variedad, que lo hacen único en el mundo. También está por pintarse». Durante un breve período, Ariza fue profesor en la Escuela de Bellas Artes de Bogotá (1940-1942). Recibió el segundo premio en el Tercer Salón de Artistas Colombianos, en 1941. Realizó algunos paisajes en grabado, pero a partir de 1943 lo abandonó. Recibió el primer diploma de honor en el VII Salón de Artistas Colombianos (1945). En 1953 se casó con la escritora Susana Rubio, madre de sus tres hijos: Francisco, María Paz y Alfonso. Realizó dos murales en cerámica, uno en el viejo edificio de *El Espectador* (1955) y otro en el Hospital de la Hortúa, donde representó a la Virgen. En 1955, Ariza viajó nuevamente a Japón, como primer secretario encargado de asuntos culturales en la Embajada de Colombia. Allí permaneció hasta 1958 y pintó una serie de obras que mostró en la Galería Daimarú de Tokio, la primera exposición de un colombiano en esa ciudad. Cuando regresó a Colombia, Ariza se encontró con los postulados de Marta Traba y su definición del arte colombiano. Entonces, se enfrascó en una polémica con ella a través de la prensa escrita, medio que domina pues desde el inicio de su carrera ha escrito artículos y ensayos sobre arte. A principios de los sesenta, realizó dos exposiciones individuales en el Museo Nacional (1960, 1961) y otras dos en la Biblioteca Luis Angel Arango de Bogotá (1962, 1963). Marta Traba lo atacó, haciéndolo a un lado para favorecer su concepto de la pintura moderna, abanderada por Alejandro Obregón. Eugenio Barney Cabrera descalificó su pintura y le recomendó abandonar el oficio. A partir de 1963, y durante diez años, Ariza se retiró de los Salones Nacionales y de las salas de exposiciones, agobiado por la agresividad y hostilidad de la crítica.

En 1973 Ariza volvió a exponer. Sus primeras apariciones fueron discretas, participaciones en colectivas y algunas exposiciones con sus hijos. En 1978 hizo una muestra individual en el Centro Colombo Americano de Bogotá; en ella reunió obras, acuarelas y óleos, realizadas entre 1974 y 1978, algunas en formatos enormes. El ambiente de la crítica había cambiado, y renació el interés y la admiración por las obras de Ariza. En 1982 hizo una gran muestra retrospectiva en el Museo Nacional de Bogotá; allí reunió 171 obras que muestran la evolución de su trabajo. Ariza vive en una casa de la calle La Cajita de Agua, en el tradicional barrio de La Candelaria en Bogotá, alrededor de un exuberante jardín nativo, cuidado personalmente por él, en el cual conserva algunas de las especies que ha reproducido en sus obras: geranios, orquídeas, helechos, parásitas y árboles frutales. En 1985 el gobierno de Japón le otorgó la condecoración Kun Santo Zuimosho. En 1987 recibió el Gran premio Cooperartes a la vida y obra de un artista. A través de su obra, Ariza ha realizado una extensa investigación de la geografía y el paisaje tropical colombiano. Ha insistido en algunos motivos que le han interesado particularmente: el Santuario de la Peña, el cerro de Monserrate, los cafetales, los paisajes de la Sabana de Bogotá, de las tierras templadas y la

tierra caliente del interior. En sus pinturas, capta la luz, la atmósfera, la humedad y las sutiles sensaciones ambientales de los diferentes climas. Se detiene en los detalles morfológicos de la flora y las especies vegetales que representa: frailejones, eucaliptos, gualandayes, otobos, guamos, bobas, platanales, sauces. También ha realizado algunas panorámicas de Bogotá y Tokio [*Ver tomo 6, Arte, pp. 123-124*].

MARÍA CLARA MARTÍNEZ RIVERA

Bibliografía

ARIZA, GONZALO y EDUARDO CARRANZA. *Gonzalo Ariza*. Seguros Bolívar. Bogotá, Villegas Editores, 1978. ESCALLÓN, ANA MARÍA *et al*. *Gonzalo Ariza*. Galería Alfred Wild. Bogotá, Villegas Editores, 1989. *Gonzalo Ariza*, Museo Nacional, Bogotá, 1982-1983, textos: Juan Vitta y Carmen Ortega Ricaurte. PIÑEROS CORPAS, JOAQUÍN. *Pintores de la Sabana*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1978. ZALAMEA, JORGE. *Nueve artistas colombianos*. Bogotá, Litografía Colombia, 1941, pp. 55-60; reproducido en: *Literatura, política y arte*. Bogotá, Colcultura, 1978, pp. 303-306.

ARIZMENDI POSADA, OCTAVIO

Abogado y educador antioqueño (Yarumal, julio 29 de 1934). Octavio Arizmendi Posada estudió Derecho en la Universidad de Antioquia y se especializó en Administración Pública y Desarrollo en la Universidad de Harvard. Fue el primer director de la División de Cooperativas de la Federación de Cafeteros, representante a la Cámara (1962-66), gobernador de Antioquia (1965-68) y ministro de Educación (1968-70). Fundador de Turantioquia y de la Corporación Forestal de Antioquia (Corforestal), participó en la creación de Coldeportes, Colcultura, Colciencias, el Instituto para el Fomento de la Educación Superior (ICFES), los INEM y los fondos educativos regionales (FER). Fue signatario por Colombia y primer secretario ejecutivo del Convenio Andrés Bello (1972-74), y senador por Antioquia (1974-78). Gestor y cofundador de la Universidad de la Sabana, fue su primer rector (1979-89). Actualmente es presidente de la Asociación de Amigos de la Universidad de la Sabana y profesor de Ciencia Política. Entre sus obras se destacan: *La transformación educativa nacional* (1969), *Parlamento y subdesarrollo de la América Latina* (1972), *Políticas contra el desempleo* (1973), *La comunidad educativa escolar* (1974) y *Universidad y Valores* (1992). Miembro de la Sociedad Bolivariana de Colombia, y de la Academia Colombiana de Educación, Arizmendi Posada colabora regularmente con varias publicaciones periódicas.

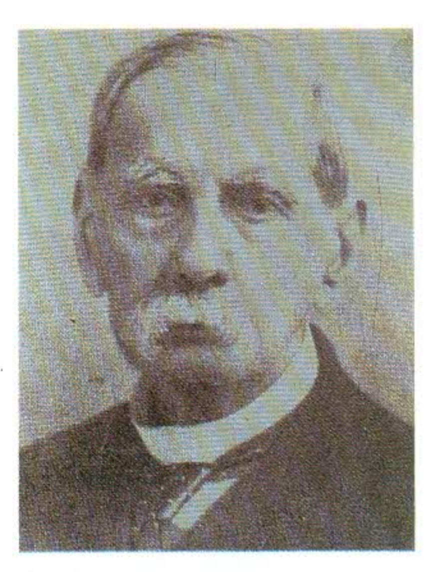


Octavio Arizmendi Posada.
Fotografía de Ernesto Monsalve, 1994.

GLORIA LEÓN GÓMEZ

AROSEMENA, JUSTO

Político y diplomático nacido en Panamá, en 1817. Justo Arosemena obtuvo su grado de doctor en Derecho en 1838. En 1840 hizo viaje a los Estados Unidos con el objeto de publicar en aquel país un libro sobre ciencias morales y políticas, y dos años después estuvo en el Perú, donde redactó hasta 1844, *El Tiempo*, *El Peruano* y *La Guardia Nacional*. A fines de 1845 vino a Bogotá en donde desempeñó durante tres años, una jefatura de sección en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y ascendió luego a subsecretario del mismo ramo; desempeñó también las funciones de ministro. Concurrió como diputado al Congreso de 1852, y dos años más tarde, fue secretario del general Pedro Alcántara Herrán, general en jefe del Ejército que tomó a Bogotá el 4 de diciembre de 1854 y desde esa fecha hasta 1857 se contó entre los senadores de la República. Nombrado en 1860 enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Colombia en el Perú, Chile, Bolivia, Nicaragua, San Salvador y Costa Rica, el gobierno le remitió los poderes para que representase a su país en el congreso americano que se reunió en Lima en 1864. Posteriormente fue ministro de la República en Francia e Inglaterra, en los Estados Unidos y en Venezuela. Sus trabajos como escritor son los siguientes: *Apuntamientos para la introducción a las ciencias morales y políticas, Examen sobre la franca comunicación entre los dos océanos por el Istmo de Panamá, Principios de moral política, Estado federal de Panamá, Código de moral, Apelación al buen sentido y a la conciencia pública, El convento de Colón, Proyecto de tratado para fundar una liga suramericana, El matrimonio ante la ley, Estudios constitucionales sobre los gobiernos de la América Latina.*



Justo Arosemena.

JOAQUÍN OSPINA
Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia.

AROSEMENA, PABLO

Político, escritor y diplomático nacido en Panamá, el 24 de se septiembre de 1836. Presidente de Panamá (1910-1912). Pablo Arosemena inició sus estudios en la ciudad de Panamá. Llegó a Bogotá en el mes de febrero de 1849, y terminó con éxito su carrera, pues a la edad de diez y seis años obtuvo el grado de doctor en jurisprudencia.



Pablo Arosemena.
Fotografía de Henry y Ernesto Duperly, en la Colección J.J. Herrera.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Regresó a su ciudad natal a fines de 1854, en donde tuvo ocasión de desempeñar con talento varios puestos públicos, tales como oficial mayor del tribunal del distrito del Istmo, secretario de la Corte Superior, procurador del Estado, y algunos otros cargos municipales. Elegido diputado a la Asamblea Legislativa de Panamá, de 1858, concurrió a las sesiones, y también al Congreso de 1860, en el cual propuso la acusación al presidente de la República, Mariano Ospina. En los últimos treinta años tomó casi siempre parte activa y constante en los asuntos públicos del país. Muchos fueron los empleos nacionales que sirvió; citaremos entre ellos los de secretario de una Legación de Colombia en Europa, procurador General de la Nación, representante y senador, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en las repúblicas de Chile y el Perú. En unión de otros escritores, redactó en Panamá, *El Pensamiento, El Centinela, El Federalista, La Crónica Mercantil, El Fénix, La Unión liberal* y *El Istmeño*. Fiscal en la célebre causa de acusación al presidente Tomás Cipriano de Mosquera en 1867, publicó su *Alegato de conclusión* a la Cámara de Representantes. Pablo Arosemena fue presidente de Panamá del 1 de octubre de 1910 al 30 de septiembre de 1912.

JOAQUÍN OSPINA
Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia

ARRUBLA, GERARDO

Historiador nacido en Bogotá en 1872, muerto en 1946. Gerardo Arrubla es considerado como uno de los escritores que más influyó en los escolares colombianos de la primera mitad del siglo XX, a través de su obra *Historia de Colombia*, escrita conjuntamente con el historiador antioqueño Jesús María Henao (1869-1944), y declarada texto oficial por el Ministerio de Educación. Arrubla era biznieto del prócer antioqueño de la Independencia José María Arrubla. Hizo sus estudios de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Nacional, donde obtuvo el grado en Derecho en el año 1895. Se destacó en la política y el periodismo. Fue representante a la Cámara, alcalde de Bogotá, director de la Biblioteca y del Museo Nacional y director de Instrucción Pública. Siempre manifestó su ideología y vocación conservadora. En sus actividades periodísticas, entre los años 1897 y 1901, dirigió los periódicos *El Correo Nacional, El Repórter* y *La Opinión*. Ejerció el periodismo en una época de crisis nacional, precisamente durante la guerra de los Mil Días. En sus escritos manifestó gran interés por los estudios históricos, especialmente por la prehistoria colombiana, la cultura chibcha, la cultura de San Agustín, los demás grupos indígenas y la historia de la Iglesia. En 1908 fue recibido como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, entidad de la cual fue presidente en el período 1923-1924. Junto con Jesús María Henao, investigó y redactó la *Historia de Colombia*, conocida por los colombianos como "La historia de Henao y Arrubla". Este texto participó y obtuvo el primer premio en el concurso nacional de textos promovido por el gobierno nacional en la celebración del centenario de la Independencia de Colombia en 1910. Mediante el decreto 693 los historiadores Henao y Arrubla recibieron la medalla de oro y la adopción de su obra como texto oficial para la enseñanza de la historia nacional en los colegios y escuelas oficiales de Colombia. Así, la obra de Henao y Arrubla, presentando una historia narrativa, acontecimiental y explicativa, con el marco historiográfico hispanista, se convirtió en la mayor influencia historiográfica sobre Colombia durante la primera mitad del siglo XX. Más tarde, Arrubla fue nombrado miembro de la Sociedad de Americanistas de París



Gerardo Arrubla.
Oleo de Delio Ramírez (detalle).
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

y miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia de Venezuela. Otros estudios suyos son: *Ensayo sobre los aborígenes de Colombia, Historia de la estadística en Colombia, La escultura prehistórica, Viejos papeles, un expediente de la Junta de Secuestros*, entre otros [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 56 y 47*].

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

HENAO, JESÚS MARÍA y GERARDO ARRUBLA. *Historia de Colombia*. 2 tomos. Complemento de la *Historia Extensa de Colombia*. Academia Colombiana de Historia. Bogotá, Plaza & Janés, 1985.

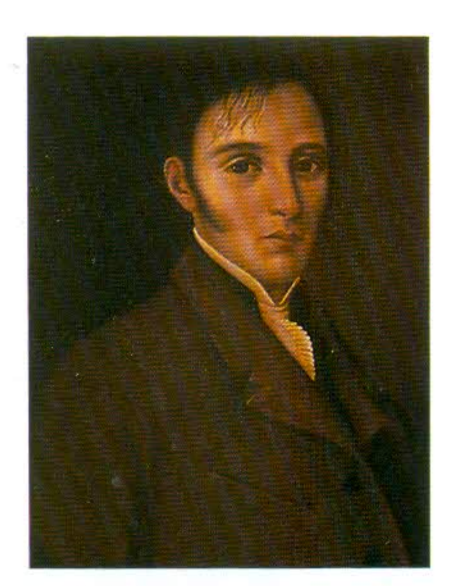
ARRUBLA, JOSÉ MARÍA

Político y estadista antioqueño (Santafé de Antioquia, mayo 4 de 1780 - Bogotá, septiembre 10 de 1816), prócer de la Independencia. Pertenecía José María Arrubla a familia de muy limpio linaje y poseedora de cuantiosa fortuna; sus padres fueron Juan Pablo Pérez de Arrubla, regidor decano del cabildo de Antioquia, y doña Rita Martínez. Enviado a Santafé para que recibiera educación esmerada, con aprovechamiento cursó la carrera de leyes en el Colegio de San Bartolomé, y entre sus maestros tuvo al célebre patricio Crisanto Valenzuela, con quien cultivó después estrechas relaciones de amistad. «Concluidos sus estudios, Arrubla —dice su biógrafo y amigo el historiador don José

Manuel Restrepo— siguió el comercio, y con los viajes y la lectura acabó de perfeccionar su espíritu; la instrucción, unida a modales finos, a un gusto delicado y a una figura muy hermosa e interesante, hacían su trato agradable y le daban lugar muy distinguido en cualquiera buena sociedad». De regreso al país, tras larga permanencia en Europa, contrajo matrimonio en la capital del antiguo virreinato, en 1803, con doña Ignacia de Herrera, «dama santafereña de muy distinguida familia», agrega el escritor citado. La revolución del 20 de julio de 1810 contó, desde el primer momento, a Arrubla en el número de sus más ardientes sostenedores; afiliado al partido centralista, hizo parte de la junta de gobierno que el presidente de Cundinamarca, Antonio Nariño, dejó establecida en la capital en 1812, cuando se vio obligado por las circunstancias a salir para Tunja con una expedición militar. En 1813 «dio una proclama —refiere el mismo señor Restrepo— en que hablaba mal de los reyes y procuraba extender las ideas republicanas», y su nombre se lee en el acta de Independencia absoluta del Estado de Cundinamarca, suscrita en el año 1813 por los miembros del Colegio Electoral.

No puede sorprender, pues, que en el aciago año de 1816 una de las víctimas del pacificador Pablo Morillo fuera Arrubla, porque éste había figurado en lugar prominente entre los amigos de la libertad. Reducido a prisión y confiscados todos sus cuantiosos bienes, el inicuo Consejo de Guerra Permanente, máquina de sangre, lo condenó a muerte. El alma del prócer, templada en cristiano estoicismo, no tuvo un momento de desmayo: «Sobrevivir hoy es una desgracia: ¿acaso el hombre vive sólo para vivir?», son palabras que él estampó en la conmovedora relación que dejó escrita de sus padecimientos y de los de sus amigos. Pudo escapar de la prisión en que se hallaba y no quiso hacerlo, afirma el historiador Quijano Otero. «No quiero perder el arreglo de mis cuentas de conciencia, ni presenciar la agonía y el martirio de mi patria», fue la respuesta que dio a quien le ofrecía la salvación. La antigua plaza de San Francisco fue el lugar en donde Arrubla recibió la muerte, el viernes 10 de septiembre de 1816, con serenidad y valor tan grandes, que antes de sentarse en el patíbulo sacudió con su pañuelo el polvo que lo cubría, rasgo que anota el señor José Manuel Groot en su obra histórica. Los despojos mortales del prócer ilustre yacen confundidos, con los de tantos otros patriotas, bajo el suelo de la iglesia de La Veracruz.

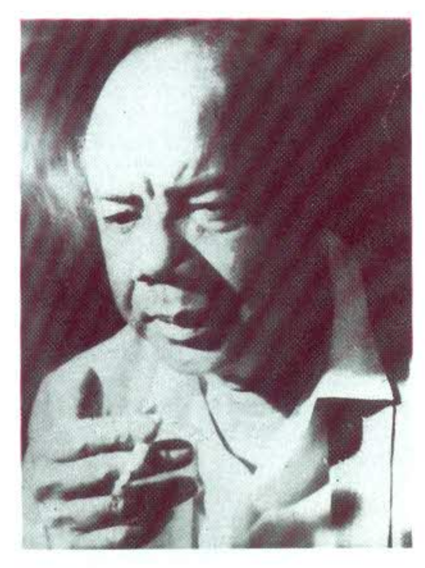
GERARDO ARRUBLA
Hombres y ciudades, de Gustavo Otero Muñoz.



José María Arrubla.
Oleo de Franco, Montoya y Rubiano.
Museo Nacional, Bogotá.

ARTEL, JORGE

Seudónimo de Agapito de Arcos, poeta cartagenero nacido el 27 de abril de 1909. La obra de Jorge Artel encierra el imperativo de señalar el camino a un continente que quiere abrirse paso en la historia, enfrentando adversidades y consolidando un pueblo. Su poesía negra está marcada por el tono marino del tambor y las gaitas aborígenes, con las que nació y creció. Su obra peca por descuido en la forma, pero es ardiente en el contenido, con toda la fuerza del trópico. Jorge Artel obtuvo el título de bachiller en Filosofía y Letras en el Instituto Politécnico de Martínez Olier. En 1945 se recibió como abogado de la Universidad de Cartagena, con la tesis "Defensa preventiva del Estado o el Derecho Penal frente a los problemas de la cultura popular en Colombia". Realmente nunca ha ejercido la profesión de abogado; el periodismo, los viajes y la poesía han sido sus ocupaciones predominantes. Fiel a su geografía y raza, Jorge Artel es, junto a Candelario Obeso, principal representante de la poesía negra o negrista en Colombia. Sin quedarse en el juego de palabras o de fonemas sonoros, habitual en este tipo de producción, Artel descubrió nuevas posibilidades combinatorias en el léxico propio de su cultura. Escribió artículos de prensa de tono satírico y profundo en diferentes periódicos de América. Ha pasado la mayor parte de su vida fuera del país. En 1960 se casó con la escritora centroamericana Ligia Alcázar, segundo premio en el concurso de literatura infantil de 1977, patrocinado por Enka de Colombia. Según Luis María Sánchez, Artel es un cantor de la alegre tristeza en versos populares y humanos, en sus composiciones vibran el dolor y la protesta; el lenguaje de los bogas, las olas, las costas y los ríos, se vuelve sonido y color de sombra en sus palabras; en ellas tiembla toda la sensualidad y se agita el lirismo de la cultura negra. Su validez lírica se refleja en los poemas "Velorio del boga adolescente" y "Ahora hablo de gaitas", incluidos en su primer libro de versos, *Tambores en la noche*, publicado en 1940. Esta obra está dividida en dos partes bien definidas: la poesía negra, la verdaderamente suya, situada en la primera parte del libro, y su poesía anterior, muy influida por poetas como Pablo Neruda y Gregorio Castañeda Aragón. Ha publicado, además, los libros de versos *Poemas con bota y bandera*(1972), *Sinú, riberas de asombro jubiloso*, *Coctail de estampas* y *Antología poética* (1979). Otros libros suyos son: *De rigurosa etiqueta (drama), No es la muerte... es el morir* (novela, 1979), *Modalidades artísticas de la raza negra, Santan-*



Jorge Artel.

der y su influencia en la fisonomía de Colombia y *Defensa preventiva del Estado* [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 189-190*].

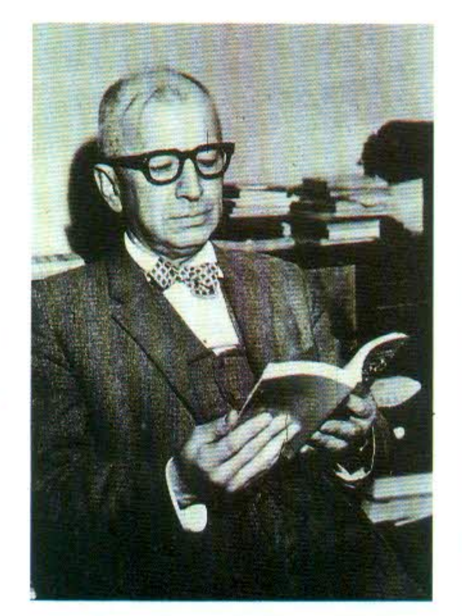
LUIS CARLOS MOLINA

Bibliografía

GONZÁLEZ, GONZALO. "Artel, reconocido". *Lecturas Dominicales*, mayo 18 de 1986, p. 3. "Jorge Artel, un poeta que toma aliento en la savia de su pueblo", *Aleph*, 26 (Manizales, septiembre 1978), pp. 22-30. VALLEJO, MARILUZ. "Jorge Artel. Mi poesía es la voz del pueblo". *El Mundo Semanal*, Medellín, junio 14 de 1986, p. 4. VERA ANGEL, FERNANDO. "Jorge Artel: la verdad de su adiós a Colombia". *Magazín Dominical*, febrero 28 de 1982, p. 5.

ARTURO, AURELIO

Poeta nariñense (La Unión, febrero 22 de 1906 - Bogotá, noviembre 24 de 1974). Aurelio Arturo Martínez era hijo del maestro de escuela Heriberto Arturo Belalcázar y de Raquel Martínez Caycedo. De su pueblo natal y de sus padres conservó siempre un vívido recuerdo, que encarnó en su poema mayor, de dimensiones épicas, "Morada al Sur". Realizó sus estudios de primaria en La Unión, acompañados de una rutina idílica, pastoril pero ruda, de amor al trabajo, a la sencillez de los campesinos y a la vida doméstica de provincia. Luego viajó a Pasto para hacer el bachillerato con los jesuitas, regresando a La Unión en las vacaciones. Por esta época su padre y su abuelo materno lo mantuvieron surtido de libros que mandaban traer desde Popayán, vista tempranamente la afición del muchacho por las letras. Ese mundo ideal se quebró con la muerte de su madre, cuando Aurelio contaba con 18 años. Entonces su vida se tornó particularmente conflictiva con su medio y huyó, literalmente, en busca de un nuevo horizonte, hacia la capital colombiana. Lo hizo a caballo, en 1925, a escondidas de su padre, quien le envió entonces unos peones para que lo acompañaran en su camino a Bogotá. Se inició así una nueva etapa en la vida del joven poeta, que ya empezaba a escribir sus versos. Una etapa marcada por la nostalgia, mas no por el desarraigo; por la cotidianidad urbana, dividida entre los estudios de Derecho —y luego una infinita sucesión de cargos públicos— y el ejercicio literario —casi exclusivamente poético— con muy escasos acercamientos a los grupos y medios de divulgación.



Aurelio Arturo.

Es decir, comenzó ese silencioso y discreto quehacer que dejó una treintena de poemas memorables y un solo libro, una de las cumbres de la poesía colombiana contemporánea. Instalado en Bogotá en 1925, inició sus estudios de Derecho en la Universidad Externado de Colombia. Ese medio le dio la oportunidad de publicar sus primeros poemas, en la revista *Universidad*, que dirigía Germán Arciniegas en su segunda época. Allí publicó, en 1928, los poemas "La Vela" y "Balada de Max Caparroja", los cuales no sobrevivirán a la 'purga' de *Morada al Sur*, su libro único, publicado en 1963, que recogió, con implacable criterio de selección, su trabajo poético de toda una vida. En 1929 publicó en *El Gráfico* el único cuento que se le conoce: "Desiderio Landínez". Ya en 1931 se dio a conocer en el medio literario, por el espaldarazo de Rafael Maya, quien publicó varios poemas suyos en la *Crónica Literaria* de *El País* de Bogotá. Desde ese momento empezó a crear vínculos con los poetas jóvenes que surgían en los treinta, luego conocidos como piedracielistas, razón por la cual alguna vez se lo incluyó dentro de este grupo. Sin embargo, Arturo no sólo no publicó en los cuadernos de Piedra y Cielo, sino que su poesía tampoco guarda similitudes con la actitud y la visión del mundo de los poetas de esta generación.

Alejado de los corrillos literarios e inédito, Aurelio Arturo combinó su lento trabajo poético, de lectura, creación y traducción (conoció en especial a los poetas contemporáneos de lengua inglesa), con sus labores como abogado, independiente al comienzo y luego funcionario de la rama judicial. En 1941 agregó una nueva dedicación a su vida tranquila, al contraer matrimonio con María Esther Lucio. Entre 1942 y 1948 nacieron sus cinco hijos, lo que completa el cuadro de un abogado, esposo y padre de familia que ejerce la literatura un poco en los intersticios y desde su refugio de la biblioteca casera. Su afán primordial no era la publicación ni la creación de una imagen literaria. Sin embargo, la crítica o, más bien, los escasos divulgadores de sus esporádicos poemas, asimilaban lentamente su trabajo. Un año clave en la difusión y conocimiento de éste es 1945, cuando publicó en la revista *Cántico* varios poemas fundamentales en su obra, y en la *Revista de la Universidad Nacional* el poema "Morada al Sur", que dará título a su libro. Desde el 45 hasta el 63 fueron siendo publicados casi todos los poemas que conforman *Morada al Sur*, de manera que la publicación del poemario en 1963 apenas vino a darle un rostro bibliográfico a una coherencia poética que ya era visible desde hacía años. En ese mismo lapso realizó un viaje a Washington (1950), murió su padre (1954), trabajó en tribunales en Pasto y Popayán (1954-1958) —retorno al ambiente de su amado sur— y fue nombrado secretario general del Ministerio de Trabajo (1959). Los trece poemas que integran *Morada al Sur*, publicado al fin por el Ministerio de Educación, le valieron en 1963 el Premio Nacional de Poesía Guillermo Valencia. A partir de ese momento su nombre pasó a ser pieza fundamental de antologías e historias literarias colombianas, sin que su actividad como escritor se modificara un ápice, y sin que se produjera como reflejo un movimiento personal tendiente a publicar otro libro. Su vida y su obra siguieron el mismo rumbo, discreto y paulatino, que él mismo les imprimió desde su llegada a Bogotá. Profesionalmente Arturo concluyó labores en 1968, cuando se pensionó como funcionario del Ministerio de Defensa. Literariamente, continuó leyendo con más dedicación, traduciendo y colaborando muy de vez en cuando en algunas publicaciones culturales, con una que otra reseña bibliográfica; incluso llegó a dirigir un tabloide literario llamado *El*

Escritor, que sólo alcanzó los dos números en 1972, y se extinguió según el ánimo de quienes en realidad estaban interesados en sacarlo adelante y quisieron contar con el nombre de Arturo. En lo que respecta a su poesía, en cambio, escribió muy poco después de 1963. Durante siete años creó y pulió alrededor de quince poemas que fueron apareciendo, algunos, en revistas literarias. En 1970 escribió sus cuatro últimos poemas, los más celebrados de una presunta "segunda etapa": "Sequía", "Tambores", "Lluvias" y "Yerba". Arturo murió en Bogotá, el 24 de noviembre de 1974, meses después de haber recibido el doctorado *Honoris causa* en Filosofía y Letras de la Universidad de Nariño, y de haber dejado lista la segunda edición de *Morada al Sur* para Monte Avila de Caracas, con un poema adicional sobre la primera. Una vida sencilla, discreta, pero de extrema sensibilidad y sentido crítico respecto del oficio literario, un trabajo que, a pesar de su lenta conformación, nunca fue abandonado.

Obra

La obra de Aurelio Arturo comienza a ser valorada y estudiada en profundidad desde los años ochenta; tardíamente, como sucede con los grandes poetas inclasificables, y más en un país tan dado al culto de las generaciones, los grupos y grupillos, las tertulias y las fáciles periodizaciones cronológicas. Como José Asunción Silva, Arturo es un poeta de un mundo original, y ello vale tanto para la temática de sus composiciones como para la mirada que ellas implican, esto es, su visión del mundo. Es cierto que hay un grupo de poetas que fue rodeando al cantor del sur, especialmente en sus últimos años, y que descubrieron en su poesía toda una veta de nuevas posibilidades, pero sobre todo de formas líricas de gran pulcritud y esmerada factura, distintas a una cierta generalidad de la producción poética nacional en este siglo (habría que citar a Fernando Charry Lara, Giovanni Quessep y Jaime García Maffla, entre estos 'admiradores', quienes por lo demás también crearon una poesía importante y personal). Sin embargo, la poesía de Aurelio Arturo sigue siendo única y señera en un medio poético donde las inclinaciones épicas y el canto de la tierra nativa han cuajado en pésimos opúsculos.

En efecto, la obra poética de Aurelio Arturo, aunque brevísima, tiene un carácter: el tono épico en armonía con una mirada íntima y el rigor estético, datos éstos que raramente suelen acompañar a la composición épica. Lo épico en Arturo es el canto de un pueblo a través de la evocación. No se trata de la ramplona e hímnica exaltación de héroes, personajes y productos típicos de un pueblo, siempre en oposición con otros pueblos, otros héroes, personajes y productos. Sencillamente, Arturo invoca un pasado que ha vivido y lo eterniza en la fantasía, no en la historia. Así, en su mundo de la infancia, cantado en "Morada al Sur" y otros poemas del libro homónimo, surgen a cada instante hadas, cámaras hechizadas, animales casi mágicos y trabajadores heroicos, que lo son por el solo hecho de que es memorable su trabajo y porque en el medio creado por el poeta son bellas presencias, recias, cumplidoras de un destino "que estaba para" el poeta. Al mismo tiempo, cada elemento de la naturaleza es un co-héroe, un factor que contribuye a hacer dichoso el mundo cantado, que entonces se convierte en paraíso:

Duerme ahora en la cámara la lanza rota
en las batallas.
Manos de cera vuelan sobre tu frente
donde murmuran
las abejas doradas de la fiebre, duerme.
El río sube por los arbustos, por las lianas,
se acerca,
y su voz es tan vasta y su voz es tan llena.
Y le dices, repites: ¿Eres mi padre? Llenas
el mundo
de tu aliento saludable, llenas la atmósfera.
—Soy el profundo río de los mantos
suntuosos.
("Morada al Sur")

Pero aparte del mitológico mundo cantado, país de la infancia, del verdor, de la madre y del padre, la poesía de Arturo ostenta el sello de una estética que, como se ha dicho, no era hallable en el medio colombiano. Por ejemplo, es definitoria en él la lectura del poeta francés Saint-John Perse (1887-1975), y es posible sorprender giros casi idénticos a los de *Anabase* en "Morada al Sur". También la lectura de los poetas ingleses y de un español anglófilo como Luis Cernuda marca las preferencias del poeta nariñense. En lo que respecta a una "segunda etapa", habría que enfatizar que lo único que modifica Arturo en su manera poética después de la publicación de *Morada al Sur*, no es la visión del mundo, que sigue siendo idílica, paradisíaca y de amor por los elementos naturales (así éstos no sean ya los del amado sur, aunque bien podrían serlo), sino cierto experimento en la versificación, el acortamiento de unos versos que no dejan, sin embargo, de ser narrativos [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 259-261*].

OSCAR TORRES DUQUE

Bibliografía

ARTURO, AURELIO. *Obra e imagen*. Edición de Juan Gustavo Cobo Borda y Santiago Mutis. Bogotá, Colcultura, 1977. ARTURO, AURELIO. *Morada al Sur y otros poemas*. Edición de Santiago Mutis. Bogotá, Procultura, 1986. ARTURO, AURELIO. *Morada al Sur y otros poemas. A propósito de Aurelio Arturo y su obra*. Ensayos de Fernando Charry Lara, Alvaro Mutis, William Ospina y José Manuel Arango. Bogotá, Norma, 1992. OSPINA, WILLIAM. *Aurelio Arturo*. Bogotá, Procultura, 1990. VARIOS. *Cuatro ensayos sobre la poesía de Aurelio Arturo*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1989.

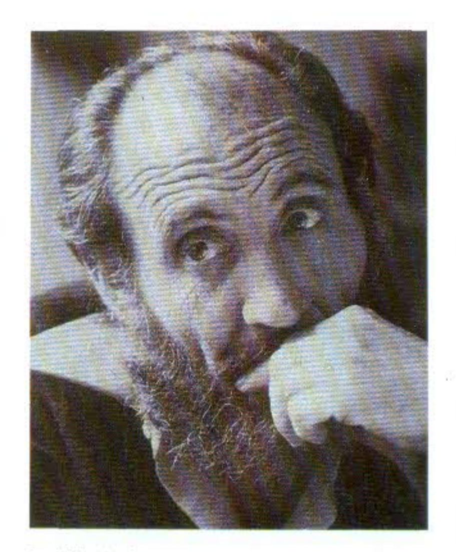
ARZUAGA, JOSÉ MARÍA

Realizador de cine español (Madrid, 1930 - 1987). José María Arzuaga vivió y trabajó en Colombia durante casi la mitad de su existencia, y constituye un nombre clave en la historia de la cinematografía colombiana. Pasó sus años de infancia y juventud en España, bajo los temores de la guerra y sus secuelas. Después de finalizar sus estudios secundarios, y al tiempo que trabajaba para ayudar a la familia, estudió técnicas administrativas. Luego deambuló por Francia e Italia. A su regreso a España, incursionó fugazmente en el Derecho, y como paliativo a una frustrada carrera de arquitecto, por lo costoso de los estudios, tomó cursos en la Escuela de Bellas Artes de Madrid, donde llegó al cine. Primero fueron los grupos de discusión y los cine clubes, luego los comentarios y escritos apasionados sobre las películas que lo cautivaron o molestaron, y, finalmente, el ingreso al Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas de Madrid (IIEC), conocido más tarde como Escuela Oficial de Cine.

José María Arzuaga hizo cuatro años de escuela, durante los cuales escribió y dirigió sus dos primeros trabajos: *El solar* y *La cama número cinco*, cuyas temáticas y tratamientos le ocasionaron más de una suspensión. Los repetidos enfrentamientos con las di-

rectivas del Instituto y su voluntad de no doblegarse hicieron que Arzuaga decidiera venir a Colombia, «sin tener ningún trabajo ni conocer a nadie». La única explicación que siempre dio fue el vago recuerdo de algún estudiante colombiano, que «seguramente me presentó a su país como el mejor paraíso para el cine». Despuntando los sesenta llegó a Colombia. Trabajó en lo que pudo y, cuando estaba «a punto de ser camarero», hizo la asistencia de dirección de *Confidencias sobre nuestros hijos*, corto dirigido por Gonzalo Canal Ramírez. Realizó su primer largometraje, *Raíces de piedra* (1961-1963), sobre un proyecto del que originalmente le habían encargado sólo la revisión del guión. La historia del obrero chircalero del sur de Bogotá, de su familia, y del ladrón vecino que trataba de ayudarles, le llamó poderosamente la atención. Estos eran personajes ajenos a la pantalla, como lo habían sido los de sus cortos de estudiante, y como eran los de aquellas películas que lo habían llevado al cine, las del neorrealismo italiano: gente del común o fuera de lo común, si se quiere, por lo marginal, pero importantes, «parte de un país que merecía ser rescatado por el cine». Después pasó un buen tiempo, durante el cual Arzuaga contrajo matrimonio con doña Helia Cifuentes; escribió *Septiembre*, un guión para largometraje que nunca realizó; y se vinculó como director de cortos comerciales a la empresa Cinesistema, hasta que *Raíces de piedra* estuvo terminada. Prohibida por la censura, el primer año de vida pública de esta película transcurrió en festivales (Sestri Levanti, Moscú, Locarno, Cartagena, Arte de Cali), exhibiciones de cine clubes y auditorios estudiantiles. Aunque varios países se mostraron interesados en *Raíces de piedra*, el veto de censura dificultó y, en algunos casos impidió, la transacción de las copias. Con el fin de obtener el beneplácito oficial, la película debió ser mutilada en ocho escenas, y aun así, los circuitos comerciales nacionales manifestaron gran reticencia para exhibirla.

Arzuaga continuó con los cortos publicitarios, y por contraprestación de trabajo logró que Cinesistema le produjera el corto *Rapsodia en Bogotá* (1963), descripción de un día en la ciudad, montado sobre la pieza del compositor americano George Gershwin, *Rapsodia en azul*, y premiado en el Festival de San Sebastián (España). A partir del boceto de unos personajes y sus ambientes, rodó durante los fines de semana de cinco meses consecutivos *Pasado el meridiano* (1965-1967), su segundo largometraje. Nunca hubo guión para contar la historia de este auxiliar de una agencia publicitaria, que debe supeditar la urgencia por asistir a los funerales de su madre a los trabajos de la oficina; cuando finalmente obtiene el permiso y logra viajar, todo ha concluido. El drama de este hombre impotente sucede con saltos de tiempo hacia atrás, que cuentan un romance cuyo final no es menos dramático. «Visión inédita del hombre colombiano hasta el momento», se dijo de esta película, también rechazada por la censura, tanto en Colombia como en España. *Pasado el meridiano* participó en festivales (Pesaro y Cartagena) y fue apreciado material de cine clubes y retrospectivas. Arzuaga entró en contacto con realizadores colombianos que como él se interesaban en un cine que fuera más allá de lo comercial (Carlos Alvarez, Diego León Giraldo, Gabriela Samper, Luis Ernesto Arocha), y en cooperativa produjeron *El cruce* (1969), largo que escribió, dirigió y no terminó, con el que buscaba mostrar distintas posiciones en torno a la muerte de un gamín en una esquina bogotana.



José María Arzuaga.

José María Arzuaga continuó una carrera promisoria como director de comerciales (por los que obtuvo varios reconocimientos), pero llena de tropiezos y frustraciones como autor cinematográfico. Con la llegada del "sobreprecio" (cortos nacionales que acompañaban la exhibición de largos extranjeros), se convirtió en un prolífico realizador del "género"; hizo alrededor de treinta cortos, tanto documentales (*Crónica de un incendio*, 1973; *Una vida dedicada al arte*, 1976), como argumentales (*Luisa, Luisa*, *Y la lux se hizo*, 1975). Incursionó otra vez en el largo argumental, con el policíaco *Pasos en la niebla* (1977), fallido proyecto comercial que no contó con el favor del público. José María Arzuaga fue también escultor, pintor, especialmente al óleo, y escenógrafo (*La pobre viejecita*, 1977, de Fernando Laverde). Mal contados, dejó unos diez guiones para largometrajes y nadie sabe cuántos para cortos. Dictó cursos de guion y dirección. Sus hijos Ana María, Irene y José Luis lo acompañaron en el duro trance de la desaparición de su esposa hacia 1982. Murió una tarde de verano madrileño, durante la siesta, en 1987, a los pocos días de llegado de Colombia. «Es que yo no entiendo el mundo ni para qué estoy aquí», dijo alguna vez [*Ver tomo 6, Arte, pp. 258-259*].

DIEGO ROJAS ROMERO

Bibliografía

ALVAREZ, LUIS ALBERTO y VÍCTOR MANUEL GAVIRIA. "Las latas en el fondo del río". *Cine*, Nº 8 (Bogotá, mayo/junio 1982). CAICEDO, ANDRÉS. "Pasado el meridiano y Raíces de piedra". *Ojo al Cine*, Nº 1 (Cali, 1974). CAICEDO, ANDRÉS y LUIS OSPINA. "Entrevista con José María Arzuaga". *Ojo al Cine*, Nº 1 (Cali, 1974). MARTÍNEZ PARDO, HERNANDO. *Historia del cine colombiano*. Bogotá, Editorial América Latina, 1978. RESTREPO, MARTA HELENA. "José María Arzuaga". *Cinemateca, Cuadernos de cine colombiano*, Nº 5 (Bogotá, enero 1982). TORRES, AUGUSTO M. "Un español en Colombia: José María Arzuaga". *Hablemos de cine*, Nº 59-60 (Lima, mayo/junio/julio/agosto, 1971).

ASENSIO, FRAY ESTEBAN

Cronista franciscano nacido en España, en la región de Navarra, en 1527. Fray Esteban Asensio vino al Nuevo Reino de Granada en 1561, en compañía del escritor fray Pedro Aguado. Sus primeros años aquí los ocupó en la obra misionera comenzada por los franciscanos once años atrás. Sus dotes de organizador le merecieron que los pocos miembros que entonces constituían la organización franciscana del Nuevo Reino, lo nombraran Custodio de la misma y lo enviaran



Firma de fray Esteban Asensio. Archivo General de Indias, Sevilla.

en 1565 como su representante ante el Capítulo General de la Orden (que se celebraría en la ciudad de Valladolid), con el encargo de tramitar la elevación de la Custodia de San Juan Bautista (nombre con que se conocía entonces la organización franciscana), al rango de Provincia. Esto fue conseguido efectivamente por fray Esteban, así como otros privilegios para la que desde 1565 se denominó Provincia de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada. A su regreso a Santafé de Bogotá, en los primeros meses de 1566, fray Esteban procedió a convocar a los frailes a capítulo para la elección del primer ministro provincial. En los siguientes años continuó ejerciendo un papel protagónico, destacándose como fundador de los conventos de Muzo (1566) y Anserma (1572), Guardián del convento de San Francisco de la capital y Definidor provincial. En 1575 el provincial fray Pedro Aguado viajó a España, dejando a fray Esteban como su reemplazo, pero varios religiosos inconformes se sublevaron y lo depusieron del cargo con violencia. En 1586 fray Esteban fue enviado nuevamente como representante de la Provincia a España, con el fin de tramitar varias concesiones en favor de la misma y una nueva expedición de frailes que vinieran a colaborar en la tarea misionera, lo que efectivamente consiguió. Sin embargo, por orden expresa del ministro general de la Orden se le impidió su regreso, sin que se conozcan los motivos de tan drástica decisión, y a pesar de sus conmovedoras súplicas y de las influencias que interpuso para que se le permitiera regresar al Nuevo Reino de Granada, el cual consideraba como su verdadera patria. Probablemente murió en el convento de Salamanca, al cual había estado ligado antes de zarpar para América. Su importancia para la historia de Colombia radica en haber escrito en 1585 una relación sobre el estado general de la organización franciscana en el Nuevo Reino de Granada, destinada a una historia general de la Orden Franciscana que proyectaba el ministro general, fray Francisco de Gonzaga, y que efectivamente salió impresa en Roma en 1587, bajo el título *De origine Seraphicae Religionis Franciscanae*. El original de la relación de Asensio fue descubierto en Livorno (Italia) por el historiógrafo español fray Atanasio López, y publicado en la revista *Archivo Ibero Americano* de 1921. Contiene numerosas noticias importantes y curiosas sobre el Nuevo Reino de Granada en el período 1550-1585, y datos autobiográficos. Su descripción del Salto del Tequendama debe ser la primera que se hizo, al igual que la enumeración de las tribus y lenguas de los indios del Nuevo Reino de Granada.

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

MANTILLA R., LUIS CARLOS. *Los franciscanos en Colombia*, tomo I: 1550-1600. Bogotá, Kelly, 1984.

ATEHORTÚA, BLAS EMILIO

Músico y compositor antioqueño (Medellín, octubre 5 de 1933). Blas Emilio Atehortúa comenzó a estudiar música con profesores privados desde los 9 años; a los 12 ingresó al Conservatorio de Bellas Artes de Medellín, y a los 16 surgieron sus primeros ensayos como compositor: pequeños preludios para piano u otros instrumentos. En 1951 se consagró a los estudios de armonía con el profesor Bohuslav Harvaneck y con él mismo siguió viola y violín. Tres años más tarde estudió armonía y contrapunto con el padre salesiano Andrés Rosa, quien entonces ejercía en Medellín. Por esta misma época, perteneció a la banda departamental, encargado de los timbales. Luego viajó a Bogotá y se matriculó en el Conservatorio Nacional. Cursó armonía con Antonio María Benavides, contrapunto con el director del plantel, Fabio González Zuleta, morfología musical con Andrés Pardo Tovar y orquestación para banda con José Rozo Contreras. Fue secretario del Centro de Estudios Folklóricos y Musicales del Conservatorio, y al mismo tiempo realizó interesantes investigaciones sobre etnomusicología. En 1963 ganó, en concurso internacional, una beca para perfeccionar sus estudios en el Centro Latinoamericano de Altos Estudios Musicales del Instituto Torcuato Di Tella, de Buenos Aires. Allí fue alumno de Alberto Ginastera, director del Centro, de Aaron Copland, Olivier Messiaen, Ricardo Malipiero y otros músicos de fama internacional. Regresó a Colombia en 1968 para dedicarse al profesorado por cuenta de la Organización de Estados Americanos (OEA). En 1970 se hizo cargo de la Dirección del Conservatorio de Popayán y a mediados de 1972 se posesionó como director del Conservatorio de la Universidad de Antioquia. En 1973 fue nombrado director del Conservatorio Nacional en Bogotá. En cuanto a su obra, Blas Emilio Atehortúa es autor de cinco estudios para piano, varias suites, fantasías, intermezzos y cuartetos. Su trabajo académico va desde los arduos ensayos en el Instituto de Bellas Artes, hasta sus conferencias y labor pedagógica en Colombia, Argentina, Venezuela y Europa. La música de Atehortúa está más allá del concepto de música colombiana, pues él logra reunir los elementos de la música contemporánea (el dodecafonismo, el serialismo o el expresionismo), sin dejar de imprimirle a ella su formación, su inspiración post-romántica y, en el momento adecuado, el tinte nacionalista. Algunas de sus composiciones son: *Canción para Orlando, Música para tres sonetos de José Eustasio Rivera, Música de gala a la tierra paisa, Partita*, pieza instrumental para inaugurar el



Blas Emilio Atehortúa. Fotografía de Hermi Friedmann.

Tren Metropolitano; *Intermezzo-Fantasía; Cuarteto para cuerdas* (estrenado en el Salón de las Américas de la OEA y en Fayetteville, Arkansas); *Concierto para oboe y orquesta* opus 90; *Cinco piezas de Bela Bartok; Bambuco*, opus 12; *Juegos infantiles*, opus 13; y sus recientes obras: *Cristóforo Colombo*, premiada en España, y *Homenaje a Girolamo Frescobaldi*. Esta última, estrenada el 25 de julio de 1991 en el Teatro Metropolitano de Medellín, con la Orquesta Filarmónica de esta ciudad, es una de las piezas con las que Colombia empieza a construir un presente de música académica auténtica y elaborada con los más altos cánones, lo que llevó a Atehortúa a exclamar, en algún momento, «estamos armando el futuro». Escrita en octubre de 1986, se compone de tres partes bien definidas: Fantasía y Fuga, Passacaglia y Capricho. Atehortúa es considerado, acertadamente, el "padre" de la música académica actual en el país [*Ver tomo 6, Arte, pp. 230-232*].

WILLIAM ATEHORTÚA ALMANYA

Bibliografía

PERDOMO ESCOBAR, JOSÉ IGNACIO. *Historia de la música en Colombia*. 5ª ed. Bogotá, Plaza y Janés, 1980.

AZUERO, VICENTE

Político, ideólogo y periodista santandereano (Oiba, Provincia del Socorro, abril 21 de 1787 - Hacienda La Esperanza, La Mesa, Cundinamarca, septiembre 28 de 1844). En el proceso histórico de Colombia en la primera mitad del siglo XIX, Vicente Azuero Plata es considerado como uno de los grandes ideólogos del liberalismo utilitarista o benthamista, y uno de los grandes colaboradores de Francisco de Paula Santander en la organización de la República. Fueron sus padres Ignacio Javier de Azuero, alcalde y justicia mayor, y doña Micaela Plata y Acevedo. Siendo muy pequeño, sus padres lo trajeron a Santafé de Bogotá, donde ingresó al Real Colegio de San Bartolomé, después de haber comprobado su limpieza de sangre y la posición destacada de su familia, requisitos que se consideraban indispensables para poder ingresar al Real Colegio. Una vez culminados sus estudios de jurisprudencia, obtuvo el título de Abogado en 1810. En ese mismo año participó en la revolución granadina, cuando en Santafé de Bogotá se vinculó como oficial al batallón de *Guardias Nacionales*. En la primera República Granadina, Azuero Plata fue vicepresidente del Cantón de San Gil, y en 1814 fue miembro de los colegios constituyentes y electorales y del Senado del Estado Libre del Socorro. Cuando regresó a Santafé, en 1815, ocupó el cargo de oficial mayor de la Secretaría General de Gobierno y la de Relaciones Exteriores. En los años de la Pacificación Española y del Régimen del Terror, Azuero fue hecho prisionero por los realistas, junto con los criollos revolucionarios Luis Rubio, Manuel Serna y Pedro Pérez. Según el informe de las autoridades realistas, «todos chisperos, alborotadores y enemigos de los españoles». Estuvo en prisión hasta el último día del Régimen del Terror, cuando los realistas lo llevaron en su fuga, después de la batalla de Boyacá; sin embargo, logró evadirse en La Mesa, de las fuerzas derrotadas de Calzada. Así se expresó en su folleto *Vindicaciones del ciudadano Vicente Azuero*, publicado un lustro después: «Pocos días después fui reducido a prisión; un año entero duró ésta, habiendo escapado de acompañar en el patíbulo a tantas víctimas ilustres, por diversas vicisitudes que me favorecieron. Lejos de poder asistir a comilonas y saraos; lejos de hacer la corte a los godos, vivía casi retirado de la sociedad reducido a tratar con muy pocos amigos; y puedo también lisonjearme de no haber tenido amistad ni comunicación alguna con ningún individuo de las tropas expedicionarias. Apenas había obtenido la libertad, nuevas persecuciones y pesquisas se suscitaron; no pasó mucho tiempo sin ver conducir preso y aherrojado a un sacerdote hermano mío, y algunos meses después me seguí yo mismo, sufriendo un general embargo y registro de mi casa, criados, muebles y papeles, y habiéndome remachado un par de grillos y sepultándoseme en calabozos privado de comunicación; hasta que habiéndome arrebatado consigo, siempre preso y a pie de los españoles, en fuga después de la jornada de Boyacá, logré evadirme de ellos en el camino». Después del triunfo patriota en la batalla de Boyacá, que llevó a la culminación de la Independencia, Azuero intervino en la solemne fiesta que el pueblo santafereño celebró en honor del Libertador Simón Bolívar, el 19 de septiembre de 1819. En su discurso, Azuero pronunció una célebre frase que está grabada en el obelisco en homenaje a los Libertadores, que se localiza en el campo histórico del Puente de Boyacá: «El mayor de los bienes es la Libertad y el más grande de los hombres el que sabe conquistarla para los demás». En su respuesta, el Libertador Simón Bolívar, abrumado por los elogios, contestó: «Ilustre y grande orador: el héroe que has descrito no soy yo. Procura tú imitarlo y yo lo admiraré». Según la tradición histórica, en esta seca respuesta se contiene el secreto de la animadversión que en adelante profesó Azuero hacia Bolívar.

En los años 1819 y 1820, Vicente Azuero colaboró en el gobierno republicano como presidente de la Comisión de Secuestros, auditor de Guerra y miembro del Tribunal de Recurso en los casos de injusticia notoria. Le correspondió practicar en asocio de los señores Juan José Neira y Tiburcio Echeverri, las informaciones sobre la conducta de los 38 prisioneros españoles. No estuvo de acuerdo con la solución que dio el gobierno de Santander, en su condición de vicepresidente de la República, del fusilamiento de José María Barreiro, Jiménez y 36 oficiales más, prisioneros en el campo de Boyacá. En su renuncia, Azuero le dijo a Santander, con absoluta honradez, que el cargo «era inútil y dispendioso para la República». El 11 de octubre de 1819, Santafé presenció el fusilamiento de los 38 prisioneros españoles; el vicepresidente Santander se escudó en que todavía estaba vigente el decreto de guerra a muerte, y además, que los prisioneros constituían un peligro para la patria, pues los realistas preparaban una reacción contra el triunfo de los republicanos. En 1820, Azuero fue nombrado presidente del Tribunal de Recurso en casos de justicia notoria. Este tribunal se ocupó de algunos casos de recusación contra jueces, de los cuales debía conocer el presidente, y que por circunstancias de guerra no podía atender. Azuero resolvía estos casos, de común acuerdo con los secretarios del Despacho. Este cargo lo desempeñó en forma gratuita. Simultáneamente, escribía para el periódico *El Correo de la Ciudad de Bogotá*. En el año 1821 fue elegido diputado al primer Congreso de la Gran Colombia, que se reunió en Cúcuta; representó a las provincias del Socorro, Casanare y Chocó. El Congreso de Cúcuta se instaló el 6 de mayo de 1821, en él se conformó un grupo de aboga-

dos civilistas, partidarios de un liberalismo radical para Colombia, enemigos del tradicionalismo teocéntrico y del militarismo del Libertador Simón Bolívar y de los militares venezolanos. En este grupo civilista encontramos a las siguientes personalidades: Azuero, que era el ideólogo y manifestó su respaldo al civilismo del vicepresidente Santander; Francisco Soto, Diego Fernando Gómez, Alejandro Osorio y José Ignacio Márquez. En una carta, el Libertador Simón Bolívar los llamó «letrados o lanudos arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona»; los llamaban civilistas, constitucionalistas y leguleyos, por su pasión en defensa de las leyes y la Constitución. Ellos se opusieron a las ideas dictatoriales y autoritarias del Libertador, quien siempre tuvo conflicto con los «doctores leguleyos granadinos». En el Congreso de Cúcuta, Azuero Plata fue presidente y se destacó por su acción civilista en defensa de la Constitución. Concluidas las sesiones, ocupó el cargo de fiscal de la Corte Suprema de Justicia. El 24 de julio de 1822, fundó el periódico *La Indicación*, en el cual se preocupó por crear una conciencia democrática en la Gran Colombia y abogó por los fueros municipales. Este periódico alcanzó a 26 números, hasta el 18 de enero de 1823. Ese mismo año, en el mes de diciembre, fundó el periódico *El Correo de Bogotá*, en colaboración con Francisco Soto y Diego Fernando Gómez; alcanzó 40 números, hasta el 24 de septiembre de 1824. Encabezaba el periódico con la siguiente frase de Languinais: «Todas las garantías constitucionales son insuficientes sin la libertad de imprenta». En *El Correo de Bogotá*, Azuero se manifestó como un verdadero Voltaire, en defensa de la tolerancia y en contra de todo tipo de fanatismo. Polemizó contra el fanatismo religioso del clero colombiano y hasta en contra de los rezos de los católicos. Uno de sus ataques fue contra Manuel Baños, quien en su defensa publicó un papel endecasílabo titulado "El Rifle", contra Azuero. Ello motivó el folleto de 34 páginas que publicó con el título *Vindicación del ciudadano Vicente Azuero, ministro de Alta Corte de Justicia contra un libelo infamatorio, publicado por el doctor Manuel Baños*. En el año 1823 asistió de nuevo al Congreso de Colombia y fue comisionado por el gobierno del vicepresidente Santander para la redacción del Cógido Penal.



Vicente Azuero.
Oleo de Franco, Montoya y Rubiano.
Museo Nacional, Bogotá.

Publicó un folleto que tituló *Proyecto de Código Penal para Colombia*. En dicho proyecto, tomado con las variaciones necesarias del presentado a las Cortes españolas por una comisión en 1821, propuso la pena de muerte, los trabajos perpetuos con un marca y vergüenza pública, la declaración de infamia y otras. En 1824 fue nombrado ministro juez de la Suprema Corte, y en 1825, profesor de Derecho Público en el Colegio de San Bartolomé. De acuerdo con el decreto del 8 de noviembre de 1825, el vicepresidente Santander dispuso: «Los catedráticos de Derecho público enseñarán los principios de derecho político constitucional por Constante Lepage, los principios de legislación por Bentham y el derecho público internacional por la obra de Watel».

Vicente Azuero fue el defensor más grande de las tesis del filósofo inglés Jeremías Bentham en la universidad y, en especial, en el Colegio de San Bartolomé en Bogotá. Tuvo el apoyo del vicepresidente Francisco de Paula Santander y de los civilistas colombianos. El benthamismo que defendió Vicente Azuero, penetró en Colombia influyendo en los civilistas, principalmente por su carácter estatalista, pues consideraba que el hombre era verdaderamente libre solamente dentro del Estado. Su idea de que toda utilidad humana tiene como fin «la máxima felicidad compartida entre el mayor número de personas», fue acogida con fervor por los partidarios de la Ilustración y la modernidad; pero, a la vez, fue rechazada con grandes polémicas por los partidarios de la tradición, quienes encontraron en Bentham la filosofía del libertinaje y el sensualismo, consideradas como doctrinas peligrosas para la formación de las generaciones colombianas. El filósofo Bentham transmitió el ideario radical de la laicidad contra la tradición teocéntrica. Justificó las libertades de los individuos en función del bienestar y en la búsqueda del mayor placer y la máxima felicidad; este principio llevaría a la sociedad al gran progreso y a la eliminación del crimen y el castigo. De acuerdo con el benthamismo, un buen gobierno podría transmitir la máxima felicidad siguiendo cuatro fines en la dinámica social: la subsistencia, la cual frenaría la miseria y la anarquía de los pueblos; la abundancia, la seguridad y la igualdad entre los hombres. El bienestar de la sociedad se realizaría con educación libre, empleo garantizado, salario mínimo, subsidios de enfermedad y seguro de vejez. Bentham luchó por una reforma a las leyes civiles y penales para hacerlas más eficaces, sencillas de aplicar y útiles para la sociedad. Las tesis de Bentham fueron defendidas por los profesores de Derecho Público del Colegio de San Bartolomé y de otras universidades. Los tradicionalistas atacaron a los benthamistas, pues consideraron que las nuevas tesis estimulaban el hedonismo, doctrina según la cual el placer determina el valor ético de la acción, y defendieron la moral cristiana, el sacrificio y la perfección para llegar a la felicidad. El clero se manifestó en sermones y aparecieron numerosos libelos, folletos y periódicos contra el laicismo de los benthamistas. Como Vicente Azuero enseñaba el benthamismo en el Colegio de San Bartolomé, apareció en Bogotá un anónimo titulado "El Cuchillo de San Bartolomé", en el cual se atacó a los benthamistas, enemigos de la religión católica, con sus tesis contrarias a la moral y la tranquilidad públicas. Vicente Azuero publicó un escrito en defensa de Bentham, el cual tituló: *Representación dirigida al Supremo Poder Ejecutivo contra el presbítero Francisco Margallo*, quien atacó a Santander por haber facilitado la introducción de las doctrinas benthamistas y las logias masónicas. Azuero opinó que el ataque a Bentham era fruto de la ignorancia y el fanatismo religioso, pues el filósofo

inglés había sido estudiado en los países más avanzados en la legislación universal. Otra brillante labor de Vicente Azuero como miembro de la Comisión de Educación, fue la organización de las universidades, colegios y casas de educación en los años 1826 y 1827. Mediante la ley del 18 de marzo de 1826, se dispuso la creación de universidades centrales en Bogotá, Caracas y Quito; y universidades seccionales en las capitales de los departamentos y cantones en donde hubiera el mayor número de profesores y alumnos, previo concepto favorable de la dirección de estudios. José Félix Restrepo era el director general de estudios en Colombia y Vicente Azuero y Estanislao Vergara eran los adjuntos.

En los años 1826 y 1827, Azuero expresó en sus escritos periodísticos la animadversión contra el Libertador Simón Bolívar por sus tesis autoritarias, reflejadas en la Constitución Boliviana. En dos números del periódico *Pensamientos*, los del 22 y 29 de octubre, atacó al Libertador Simón Bolívar. En noviembre de 1826 redactó la célebre *Representación a Bolívar. Exposición de los sentimientos de los funcionarios públicos, así nacionales como departamentales y municipales, y demás habitantes de la ciudad de Bogotá, hecha para ser presentada al Libertador Presidente de la República*, escrita en 21 páginas. En este documento se manifestó en contra de la presidencia vitalicia, la dictadura y aun la monarquía. Se opuso a la Constitución Boliviana y a su posible aplicación a la Gran Colombia. Este documento fue apoyado por el vicepresidente Santander, y circuló sin firmas. En la hoja volante titulada *El Granadino*, que Azuero publicó el 19 de mayo de 1827, censuró al Libertador Simón Bolívar, como el causante de la disolución de la Gran Colombia. Dijo que Bolívar había violado todas las leyes y que detestaba las instituciones democráticas, que quería un gobierno perpetuo, autoritario e ilimitado y que era «el autor de todos los males del país». En el periódico de oposición *El Batuecano*, insertó la proclama de Bolívar a los caraqueños el 4 de julio de 1827, con notas burlescas. Otro periódico de oposición al Libertador fue *El Conductor*, bisemanario que salió con el lema «los pueblos deben ser conducidos por la autoridad de las leyes, siempre igual e impasible; y no por voluntades pasajeras expuestas a todas las pasiones». En *El Observador Colombiano*, publicado el 5 de junio de 1827, Azuero censuró la actitud del Libertador y elogió a Santander; afirmaba que en el Libertador «hay dos Bolívares: uno de 1813 a 1826 y otro de 1826 en adelante». En los años 1827 y 1828, Vicente Azuero encabezó el Partido Constitucionalista de Colombia y luchó en el Senado y en la prensa con ardor por la democracia, el civilismo y en defensa de la Constitución y las leyes, contra todo tipo de autoritarismo. En el país ya se presentaba la división política entre los partidarios del Libertador Simón Bolívar, amigos del centralismo y del autoritarismo, y los partidarios del general Francisco de Paula Santander, propulsores del constitucionalismo, la democracia y las libertades. La actividad santanderista y civilista de Azuero, y sus ataques a las ideas autoritarias del Libertador, le significaron tantos ultrajes y persecuciones de sus enemigos, que lo obligaron a dejar la ciudad.

En 1828 Azuero fue elegido diputado por la Provincia de Bogotá a la Convención de Ocaña, que inauguró sus sesiones el 9 de abril de este año. En la Convención, se manifestó claramente la división política del país. Por un lado estaban los que se llamaron *liberales*, agrupados alrededor de las ideas del vicepresidente Santander y del ideólogo Azuero Plata, al lado de otros dirigentes liberales como Florentino González, Francisco Soto y Ezequiel Rojas; José Ignacio de Márquez, por su parte, lideraba el grupo de los liberales moderados. Este grupo santanderista defendía el civilismo, el predominio de la Constitución y las leyes contra el autoritarismo, la democracia en su más pura esencia y las libertades. El grupo contrario fue el "Boliviano", partidario de un gobierno autoritario y absoluto y defensor de las ideas y acciones del Libertador Simón Bolívar. Azuero presentó en la Convención un proyecto de Constitución de marcado acento federalista, conocida como la Constitución Azuerista. Este proyecto proponía dividir la República de Colombia en tres estados, que formarían la confederación; se daría mucha importancia a los departamentos y a los municipios. Se conformarían 20 departamentos y, en general, se aplicarían todas las estructuras político-administrativas propias del federalismo. Los bolivianos calificaron el proyecto de Azuero como «el más formidable elemento de disociación y desorden agravado con la exageración de las libertades individuales y la reducción de las facultades gubernativas». Ante este proyecto federalista de Azuero y el grupo liberal, los partidarios de Bolívar, que eran minoría, optaron por retirarse y desintegrar el quórum reglamentario, llevando así al fracaso la Convención de Ocaña. Por su parte, el Libertador Simón Bolívar asumió el poder supremo el 27 de agosto de 1828, y se convirtió en dictador, con el título de Libertador Presidente. La dictadura de Bolívar y el ambiente autoritario que vivió la Gran Colombia después de la Convención de Ocaña, motivaron el descontento de algunos civilistas y comerciantes, quienes organizaron la llamada "Conspiración Septembrina", el 25 de septiembre de 1828. A pesar de su comprobada inocencia, Azuero fue puesto prisionero en el Socorro, mandado a Cartagena y, por último, expulsado de la República a Kingston, hasta 1829. Sobre su situación, así se expresó en una carta: «Después de mi concurrencia a la Convención de Ocaña, hallándome retirado en un campo, a mucha distancia de esta ciudad, con el objeto de escapar de la saña del dictador, apenas tuvo lugar el acontecimiento del 25 de septiembre de 1828, a pesar de mi notoria inocencia sobre dicho acontecimiento, fui por sorpresa, a deshoras de la noche, arrebatado por soldados, conducido de cárcel en cárcel y expulsado por fin de mi patria».

En el año 1830 Azuero fue nombrado miembro del Consejo de Estado y ministro del Interior; cayó con el presidente Joaquín Mosquera, cuando el general venezolano Rafael Urdaneta asumió la dictadura. Restablecido el gobierno legítimo, Azuero no aceptó la Secretaría de Hacienda Nacional y regresó al Consejo de Estado. En 1831 fue elegido diputado a la Convención Granadina, de la cual fue presidente. En 1833 fue nombrado presidente del Consejo de Estado. En la década de los treinta, Azuero publicó varios artículos políticos y se dedicó al periodismo. En el año 1831 publicó un violento opúsculo contra lo que llamó «época del terrorismo» en la dictadura de Bolívar; lo tituló *Manifestación de mis opiniones acerca del estado actual de mi patria, o sea respuesta de algunas censuras*. En octubre de 1831 fundó el semanario *El Granadino*, en el cual defendió la separación de Venezuela y Nueva Granada; estimuló el sentimiento patriótico del granadino y el cambio de

nombre y las instituciones del nuevo Estado nacional. En 1832 publicó un folleto que llamó *Al público y a mis detractores*; así mismo, publicó folletos con proyectos de ley, alegatos y opiniones políticas. Azuero ocupó algunos cargos políticos en Santafé de Bogotá; fue presidente del Concejo Municipal de Bogotá, vicepresidente de la Sociedad de Educación primaria de Bogotá; miembro de la Casa de Refugio, Instrucción y Beneficencia, y miembro honorario de la Sociedad de Educación Primaria de Popayán. En la misma forma, continuó en la cátedra de Derecho Público y Fiscal en el Colegio de San Bartolomé. En 1835 fue comisionado por el gobierno de Santander para redactar un curso de Legislación. Asistió al Congreso Nacional como miembro de las Cámaras Legislativas; siempre defendió en el Congreso el liberalismo civilista y radical, contra los bolivarianos, tradicionalistas y moderados. Por estos años, los liberales progresistas tuvieron dos orientaciones: el liberalismo civilista, agrupado alrededor de Azuero Plata, y el liberalismo militarista, reunido alrededor de las orientaciones del general José María Obando y de los antiguos militares que lucharon en la guerra de Independencia. El general Santander pudo manejar bien esta situación, gracias a sus condiciones militares y civilistas. Por otra parte, los liberales moderados se unieron a los antiguos bolivarianos y respaldaron la obra del caudillo boyacense José Ignacio de Márquez. Así, en las elecciones de 1837 Azuero se presentó con el apoyo de los liberales civilistas; mientras el candidato del general Santander y de los liberales militaristas fue el general José María Obando. Márquez obtuvo el triunfo presidencial con 622 votos; Obando obtuvo 355, Azuero 165, Domingo Caycedo 150, y otros candidatos, 116 votos. En 1840, cuando tuvo lugar la guerra de los Supremos, Azuero fue perseguido por creérsele comprometido en las agitaciones políticas de entonces; en plena guerra civil, fue encarcelado con grillos. Cuando fue liberado, se retiró a su hacienda de La Esperanza, cerca de La Mesa, y allí murió, el 28 de septiembre de 1844. En la historia del liberalismo colombiano, Azuero es considerado como el ideólogo del partido. Cuando su discípulo Ezequiel Rojas propuso el primer programa del Partido Liberal Colombiano, aparecido en el periódico *El Aviso*, el 16 de julio de 1848, firmó con Azuero, fallecido cuatro años antes. Esto señala a estos dos hombres como los ideólogos y fundadores del Partido Liberal Colombiano [*Ver tomo 2, Historia, "El Estado de la Nueva Granada (1832-1840)", "La guerra de los Supremos" y "Gobiernos de Herrán y Mosquera (1842-1849)"; pp. 309-372; y tomo 5, Cultura, pp. 22-23*].

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO y FABIO LOZANO Y LOZANO (Comps.). *Documentos sobre el doctor Vicente Azuero*. Biblioteca de Historia Nacional, tomo LXXI. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, s.f. LOZANO Y LOZANO, FABIO. "Vicente Azuero. Homenaje". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XXXI, pp. 917 y ss.



Rafael Azuero Manchola. Miniatura de Manuel J. Paredes. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

AZUERO MANCHOLA, RAFAEL

Médico, político y estadista huilense (Neiva, septiembre 21 de 1908 - septiembre 14 de 1982). Enrique Carrizosa Argáez, en *Linajes y bibliografías de los gobernantes de nuestra Nación, 1830-1990* escribe sobre el doctor Azuero: «Hizo sus estudios en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, en donde fue interno y ayudante del profesor Juan N. Corpas; después ejerció la profesión médica en el Huila; primero en el pueblo de Pitalito y luego en la capital del departamento hasta su deceso, en la mañana del día catorce de septiembre del año mil novecientos ochenta y dos. En la misma ciudad había iniciado su carrera política como concejal, en el año 1934; fue representante y senador de la República, aunque este cargo nunca lo ocupó, lo que permitió a su suplente el ingreso a la Cámara alta. Desde 1970 desempeñó la presidencia del Directorio Nacional conservador. En marzo de 1972 es elegido designado a la primera magistratura. El 4 de julio de 1973, la Corte Suprema de Justicia validó su designación, y el día 21 se posesionó de la Presidencia de la República ante el Congreso Nacional —a las once de la mañana—, en el salón elíptico del Capitolio Nacional; le dio posesión del cargo el señor presidente del Congreso, honorable senador Hugo Escobar Sierra». En calidad de designado, Azuero Manchola ejerció la primera magistratura de la Nación entre el 21 y el 24 de julio de 1973, durante una visita oficial del presidente titular, Misael Pastrana Borrero, a Venezuela para asistir a la conmemoración del sesquicentenario de la batalla naval de Maracaibo. El gobernador del Huila, Héctor Polanía Sánchez, declaró en honor de Azuero Manchola, el día de su posesión como día cívico en todo el departamento. Rafael Azuero Manchola estaba casado con doña Beatriz Borrero, matrimonio que se celebró en Gigante (Huila), el 21 de octubre de 1940.

MARIANO MOLANO

B

BARAYA, ANTONIO

Prócer de la Independencia, nacido en Santafé de Bogotá, el 6 de noviembre de 1770, ajusticiado el 20 de julio de 1816. En la historia de la revolución de Independencia, el general Antonio Baraya es considerado el primer militar granadino que inició la guerra de Independencia después de 1810. Bautizado en la Catedral, sus padres fueron don Francisco de Baraya y la Campa, gobernador de Girón y de Antioquia, y doña Rosalía Ricaurte. Desde muy joven, Baraya se dedicó a la carrera militar en el ejército del rey, en Santafé de Bogotá. En 1802 alcanzó el grado de teniente y en 1810 era capitán en el batallón *Auxiliar*. Cuando ocurrieron los acontecimientos del 20 de julio, el capitán Baraya, con sus milicias, se puso al servicio de la causa patriota. Así surgieron las milicias republicanas: de la conversión de las tropas españolas en tropas patriotas. La Junta Suprema de Santafé anunció al pueblo granadino, el 23 de julio, la creación del batallón *Voluntarios de la Guardia Nacional*, cuyo primer comandante fue el teniente coronel Antonio Baraya, y su sargento mayor, don Joaquín Ricaurte y Torrijos. El 1 de noviembre de 1810 se inició el primer batallón de la Nueva Granada, el cual constaba de la plana mayor, con Baraya a la cabeza, y de 400 hombres de tropa distribuidos en una compañía de granaderos y cuatro de fusileros. Las unidades de guarnición patriota en Santafé en 1810 eran: el batallón *Guardias Nacionales*, el batallón *Patriotas de Defensa*, la caballería veterana, la artillería y los regimientos de milicias de infantería y caballería, que conformaron, en sus orígenes, la estructura militar del primer ejército colombiano. El primer enfrentamiento militar del ejército patriota, comandado por Antonio Baraya, con el ejército realista del gobernador de Popayán, Miguel Tacón, ocurrió en la batalla de Palacé, el 28 de marzo de 1811, en la cual fueron derrotadas las fuerzas militares españolas. En esta primera batalla de la guerra de Independencia fueron héroes Antonio Baraya, Atanasio Girardot y Miguel Cabal. La entrada triunfal del ejército patriota a Popayán se realizó el 29 de agosto de 1811. Los patriotas persiguieron a los realistas hasta el Patía y la región de Pasto; sin embargo, a pesar de los esfuerzos, regresaron a Popayán. El teniente coronel Baraya tuvo gran popularidad en Santafé de Bogotá y fue recibido con aclamaciones después de sus triunfos. Recibió el título de Brigadier del Ejército. Baraya fue comisionado por Antonio Nariño para defender los valles de Cúcuta, pero ante las luchas entre centralistas y federalistas en la primera guerra civil de los granadinos, se le comisionó para dominar a los federalistas del Congreso de las Provincias Unidas, reunido en Tunja. Sin embargo, Baraya cambió de opinión, pues tuvo conocimiento de las aspiraciones que tenían las provincias de la Nueva Granada y su desagrado ante el centralismo de Santafé. Baraya y sus tropas, junto a personajes como Francisco de Paula Santander, se pasaron a las fuerzas federalistas, desobedeciendo al presidente Antonio Nariño. En Ventaquemada, Baraya venció a los centralistas, en diciembre de 1812; y el 9 de enero de 1813 fue vencido en Santafé de Bogotá por las tropas de Nariño. El Congreso de las Provincias Unidas de Tunja nombró al general Antonio Baraya comandante general de la Provincia de Tunja. Cuando llegaron las tropas realistas de la reconquista y pacificación de la Nueva Granada, al mando de Sebastián de Calzada y Miguel de Latorre, el general Baraya se encontraba en Funza con el ejército de reserva y el presidente José Fernández Madrid. En la fuga hacia el sur del país, fue aprehendido cerca de Neiva y llevado a Bogotá, donde estuvo en la cárcel hasta el 20 de julio de 1816, cuando fue pasado por las armas con el mártir patriota Pedro de la Lastra. Así terminó su vida el primer militar de la guerra de Independencia.



Antonio Baraya.
Retrato al óleo de autor anónimo.
Casa Museo 20 de Julio, Bogotá.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

BARAYA, JOSÉ MARÍA. *Biografías militares o historia militar del país en medio siglo*. Bogotá, Imprenta de Gaitán, 1874. FRANCO V., CONSTANCIO. *Rasgos biográficos de los próceres y mártires de la Independencia*. Bogotá, Medardo Rivas, 1880. SCARPETTA M., LEONIDAS Y SATURNINO VERGARA. *Diccionario geográfico de los campeones de la libertad*. Bogotá, Imprenta de Zalamea, 1896.

BARBA GUICHARD, RAMÓN

Escultor y dibujante español (Madrid, octubre 7 de 1892 - Bogotá, mayo 4 de 1964). Los trabajos de Ramón Barba Guichard en madera, mármol, bronce y granito reflejan la simbiosis de la tradición realista española con la preocupación étnica y social, propia del arte americano durante los años treinta. Nacido en el barrio de Chamberi, de Madrid, fue el segundo de los doce hijos nacidos del matrimonio entre Julián Barba, de profesión forjador, y Carmen Guichard. A la edad de 13 años, ingresó a la Escuela de Artes y Oficios y ganó una beca para estudiar dibujo al natural en el Círculo de Bellas Artes, mientras trabajaba de día como aprendiz, en el taller de Miguel Blay. Allí aprendió



Ramón Barba-Guichard.

los secretos del modelaje y de la talla, y pasó al mármol la mayoría de los trabajos de Blay, dedicados a personajes históricos y religiosos. Con el fin de independizarse y comenzar a hacer sus propios trabajos, viajó a México, Cuba y Colombia. Aquí se arraigó definitivamente desde 1925, y vivió en la ciudad de Bogotá, donde desempeñó su oficio de escultor. Entre los primeros trabajos realizados en Bogotá, se encuentran una talla en piedra de la cabeza de Beethoven y la talla en madera del *Indio Sancho*, iniciando con esta talla su preferencia por los temas extraídos de nuestro medio. Desde entonces, Barba se dedicó a tallar figuras de campesinos y a hacer retratos de gente del pueblo, impresionantes no sólo por su fidelidad a los modelos, sino por el realismo alcanzado en los detalles de los atuendos, en la textura de las pieles y en la veracidad de los gestos. Para realizar estos trabajos, hacía innumerables bocetos y dibujos, que testimonian su espíritu metódico y perfeccionista. Ramón Barba trabajaba para sí mismo; poco le interesaba publicitar o vender. Para su subsistencia, hacía algunos encargos, como las estatuas de Santa Isabel de Hungría y San Luis Beltrán, patronos de la Catedral de Bogotá, que adornan el tímpano de su fachada, o realizaba algunas decoraciones arquitectónicas para edificios republicanos, como el Hotel Granada, el Hotel Regina o la Gobernación de Cundinamarca. A partir de 1928 se desempeñó como profesor de dibujo, escultura y talla en la Escuela de Bellas Artes y en la Universidad Javeriana de Bogotá. En 1934 contrajo matrimonio con su discípula Josefina Albarracín. De este matrimonio nacieron tres hijos: Teresa, Carolina y Julián. Barba trabajaba sin descanso en su taller de la carrera 15 con calle 19. Comenzaba su oficio todos los días a las 7 de la mañana y terminaba a las 6 de la tarde; no le gustaba trabajar con luz artificial. Una vez terminaba su obra, después de meses de labor, la guardaba tapada en un cuarto anexo al taller. Mientras tallaba, sólo le permitía la entrada a Bernardo Cáceres, un obrero de construcción que tenía contratado para ayudarle a preparar la madera y luego desbastarla. Cáceres estuvo a su lado hasta su muerte; fue su ayudante por cerca de 30 años. Sus restos reposan junto a los del maestro Barba en el cementerio Jardines de Paz.

El 21 de marzo de 1938 Ramón Barba realizó su primera exposición individual, organizada por Carlos Puyo Delgado. En 1940 ganó el primer premio en Escultura en el V Salón Nacional de Artistas, con el mármol *Mujer joven*; y en 1943 participó con su esposa, Josefina Albarracín, en la exposición Grancolombiana, organizada por la Universidad Javeriana, con la participación de escultores venezolanos y ecuatorianos. En esta oportunidad, Barba ganó el primer premio con la obra *Comunero del Socorro*, y su esposa, el segundo. En 1945 realizó la que quizás es su obra más reconocida: *Juramento de un Comunero*, escultura en madera de 2.5 metros de altura y de gesto solemne, basada en el tema de la rebelión de los Comuneros en Santander, en 1781. Además de la temática social, preferida por Barba, trabajaba obras de carácter religioso, entre las que puede destacarse el alto relieve *El descendimiento*, realizado en 1946, talla de 2.75 × 2.45 metros, conjunto de cinco figuras monumentales que representan a Cristo sostenido por su madre, María Magdalena, José de Arimatea y Nicodemus. El pasatiempo favorito de Ramón Barba eran los toros; fue asesor de la Plaza de Toros Santa María de Bogotá, durante 27 años. Cuando no estaba trabajando en alguna de sus tallas, hacía pequeñas figuras en cerámica referentes al tema taurino. La mayoría de estas piezas se rompieron accidentalmente, al terminar una exposición en el Colombo Americano. Durante los últimos 15 años de su vida, cuenta su esposa, Ramón Barba estuvo encerrado en su taller, especialmente consagrado a su trabajo; prácticamente no frecuentaba a sus amigos, ni salía de su casa. Salvo algunas obras que forman parte de la colección del Museo Nacional de Bogotá, la mayor parte de su patrimonio artístico se encuentra en la casa de su esposa, al cuidado de su hijo Julián, quien se ha encargado de organizar las exposiciones posteriores a su muerte. La última exposición, realizada en octubre de 1992, fue una retrospectiva patrocinada por el Banco Ganadero y la Embajada de España, para conmemorar los cien años de su nacimiento. Ramón Barba murió en Bogotá, a los 72 años de edad.

CLAUDIA UMAÑA

Bibliografía

ARCINIEGAS, GERMÁN. "Ramón Barba y la escultura simbólica". *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, diciembre 9 de 1928. *Ramón Barba. Exposición retrospectiva*. Comisión V Centenario, Embajada de España, Banco Ganadero, Bogotá, octubre de 1992. ZALAMEA, JORGE. *Nueve artistas colombianos*. Bogotá, Litografía Colombiana, 1941.

BARBA-JACOB, PORFIRIO

Ultimo y más famoso de los seudónimos del poeta y periodista antioqueño Miguel Angel Osorio Benítez (Santa Rosa de Osos, 1883 - Ciudad de México, 1942). Con este seudónimo y con el de Ricardo Arenales firmó todos sus poemas. El de Ricardo Arenales lo adoptó en Barranquilla en 1906, al inicio de un largo peregrinaje que le llevó por múltiples ciudades de países de las tres Américas, y lo usó hasta 1922 cuando, en Guatemala, se lo cambió por el de Porfirio Barba Jacob, que conservó hasta su muerte. Sus artículos periodísticos, aparecidos en una veintena de publicaciones del continente, no llevan firma, o están firmados ocasionalmente con otros seudónimos: Juan Sin Miedo, Juan Sin Tierra, Juan Azteca, Junius, Cálifax, Almafuerte (que también usó el poeta argentino Pedro Palacios), El Corresponsal Viajero… En cuanto al de Maín Ximénez, más que un seudónimo fue el personaje de un gran poema o drama que se le quedó en proyecto. Estos cambios de nombre, al igual que su movilidad geográfica, son buen reflejo de su natural inconstancia y de su perenne ansia de renovación. Ya al final de su



Porfirio Barba-Jacob.
Oleo de Jorge Cárdenas, 1967.
Museo de Antioquia, Medellín.

vida pensaba cambiarse el de Porfirio Barba-Jacob por el Juan Pedro Pablo, para borrarse en el nombre de todos con el nombre de nadie.

Tras dejar Antioquia, donde había fundado una escuelita campesina, la "Escuela de la Iniciación", Barba-Jacob publicó en Barranquilla, en 1906 y 1907, en sendos folletos, dos largos poemas, "La tristeza del camino" y "Campaña florida", y varios poemas en la prensa local, entre los cuales, la célebre "Parábola del retorno", muy popular en Colombia. Con los trovadores colombianos Franco y Marín se embarcó en Barranquilla, y por Costa Rica, Jamaica y Cuba llegó a México. En Monterrey fundó la *Revista Contemporánea*, una de las más grandes revistas literarias mexicanas (de la que salieron catorce números y que tuvo por colaboradores, entre muchos, a Alfonso Reyes y los hermanos Max y Pedro Henríquez Ureña), y fue jefe de redacción del viejo y prestigioso diario *El Espectador*, con el que acabó quedándose. Por sus ataques a políticos porfiristas locales desde las columnas de ese periódico fue a dar seis meses a la cárcel, de la que lo sacó la revolución. Ya en la capital de México colaboró en *El Imparcial*, *El Porvenir* reyista y *El Independiente*, y fundó *Churubusco*, de éxito resonante y efímera duración. Con el seudónimo de Emigdio S. Paniagua publicó en 1913, en folleto, el largo reportaje periodístico *El combate de la ciudadela narrado por un extranjero*, sobre los sangrientos sucesos que siguieron al asesinato del presidente Francisco Madero y que se conocen como la "Decena trágica". Obligado a huir de México por su defensa del caído régimen porfirista y por sus ataques a la revolución triunfante de Venustiano Carranza y Pancho Villa, Barba-Jacob fue a dar a Guatemala, donde habría de dejar honda huella. Allí, en 1914, su amigo el poeta y cuentista guatemalteco Rafael Arévalo Martínez escribió inspirándose en él, en Ricardo Arenales o «el señor de Aretal», su mejor relato, *El hombre que parecía un caballo*, que le dio gran notoriedad a su autor y que empezó a forjar la leyenda del poeta colombiano. Por no plegarse a la voluntad del déspota de Guatemala, Manuel Estrada Cabrera, hubo de marcharse del país dejando a medio publicar su libro *Tierras de Canaán*, para volver, por segunda vez, a Cuba. En esta nueva estadía en la isla (1915) Barba-Jacob compuso algunos de sus más bellos poemas: "Canción innominada", "Elegía de septiembre", "Lamentación de octubre", "Soberbia" y "Canción de la vida profunda", su más célebre poema.

En 1916 andaba por Nueva York escribiendo en la prensa de lengua española. En Nueva York se embarcó para La Ceiba, pueblito de la zona bananera en la costa norte hondureña, en el cual fundó un pequeño diario, *Ideas y Noticias*, patrocinado por el comandante del puerto, general Augusto Monterroso. De Honduras pasó a El Salvador, a cuya capital llegó el 7 de junio de 1917, el mismo día del terremoto que destruyó a la pequeña ciudad, suceso sobre el que escribió un folleto de gran éxito, *El terremoto de San Salvador, narración de un sobreviviente*. Este folleto se imprimió en las prensas semiderruidas del *Diario del Salvador*, para el cual escribió, durante varios meses, los editoriales. Al año siguiente estaba de regreso en la Ciudad de México escribiendo en *El Pueblo*, y en 1919, en Monterrey fundando *El Porvenir* (con el mismo nombre del efímero diario reyista de la capital en que había colaborado), que abandonó en pocas semanas pero que habría de convertirse, por muchas décadas, en el gran diario del norte de México. Yendo y viniendo por Ciudad Juárez, El Paso y San Antonio y los desiertos de la frontera, tierra de aventura y bandidaje, compuso sus poemas "Los desposados de la muerte" y la "Nueva canción de la vida profunda", y escribió una biografía de Pancho Villa glorificando al bandido, de la cual dice la leyenda que se vendieron veinte mil ejemplares, pero de los que no se conserva ni uno solo.

En 1920 estaba de vuelta en la capital mexicana escribiendo crónicas espeluznantes y amarillistas para *El Heraldo* y *El Demócrata*, entre las cuales una serie de cinco reportajes titulados "Los fenómenos espíritas en el Palacio de la Nunciatura", de los que era protagonista y que aparecían en primera plana ilustrados por dibujos macabros de calaveras y manos de esqueletos apresando un edificio: el Palacio de la Nunciatura justamente, que iba a ser la residencia del nuncio apostólico, pero que, invitado el nuncio a no venir a México por el gobierno anticlerical de Carranza, no lo fue, sino que se convirtió en la sede de las orgías del poeta colombiano, quien por entonces ejercía en el país azteca un alto ministerio de sumo sacerdote del culto de la Dama de los Cabellos Ardientes: la marihuana, la misma que le inspiró, y que aparece de vez en cuando en ellos, algunos de sus más bellos poemas como "El son del viento", escrito precisamente en ese alucinado 'Palacio de la Nunciatura'. De estas fechas datan sus poemas "Balada de la loca alegría", "Canción de la noche diamantina", "Elegía de Sayula", "Estancias", "Canción de un azul imposible" y "Canción de la soledad". Durante algunos meses de 1921 dirigió en Guadalajara la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco, a la que fue a visitarlo el esperpéntico don Ramón del Valle Inclán, y que tuvo que dejar por sus escándalos. Al año siguiente sus violentos editoriales en *Cronos* contra el ministro de Gobernación, general Plutarco Elías Calles, y otros altos funcionarios del gobierno de Alvaro Obregón le valieron la expulsión de México y volvió a Guatemala. Entonces tomó bajo su dirección *El Imparcial* de ese país, recién fundado, lo modernizó y lo convirtió en el más importante diario centroamericano. De esta estancia en Guatemala es su poema "Futuro".

Expulsado en 1924 de Guatemala por el general Ubico, ministro de Gobernación de Orellana, llegó por segunda vez a El Salvador, del que lo expulsó el presidente Alfonso Quiñones. Transformado en cura, anduvo

predicando de campamento en campamento por las plantaciones bananeras de la costa norte hondureña. En 1925 llegaba de Honduras, vía Nueva Orleans, por tercera vez a Cuba. Anduvo entonces con Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y demás jóvenes de la "cueva roja" revolucionaria, que fundaron por esas fechas el partido comunista cubano. Al año siguiente estaba en el Perú dirigiendo *La Prensa* de Lima, vocero del gobierno de Augusto Bernardino Leguía. Por una desavenencia con éste (motivada por la negativa del poeta a escribir la biografía del dictador «como si se tratara de la del Libertador Bolívar», según se lo sugiriera) debió abandonar la lujosa mansión en que vivía y pasó medio año de tugurio en tugurio, hasta que el embajador colombiano en Lima lo repatrió a Colombia: por el puerto de Buenaventura regresó entonces a su patria tras veinte años de ausencia. Tres se quedó dando recitales por pueblos y ciudades colombianas, o trabajando como jefe de redacción de *El Espectador* de Bogotá. En Buenaventura, por donde había regresado, se embarcó, y cruzando el canal de Panamá llegó por cuarta vez a Cuba. En esta última estancia en la isla coincidió una noche en una cena y en el malecón con el joven poeta español Federico García Lorca. El embajador mexicano en Cuba, Adolfo Cienfuegos y Camus, le abrió las puertas de la república y volvió a México, en 1930, para quedarse hasta su muerte.

En 1936, en la capital mexicana, se fundó la edición vespertina de *Excélsior*, *Ultimas Noticias*, en la que el poeta escribió por varios años, en una prosa magistral, sin rival en el periodismo de América, la columna "Perifonemas". Ni éstos, ni sus incontables artículos de tantas publicaciones del continente, han sido recogidos en volumen. Por lo demás, el poeta nunca tuvo en gran estima su labor periodística, que consideraba una simple forma de ganarse el pan y nada más. En cuanto a sus versos, nunca los publicó él, los publicaron otros. En vida del poeta las más prestigiosas revistas literarias americanas fueron dando a conocer sus poemas: *Letras* y *El Fígaro* de La Habana, *El Ateneo de Honduras*, *Esfinge* y *Germinal* de Tegucigalpa, los *Cuadernos americanos* de San José de Costa Rica, los suplementos literarios de *El Espectador* y *El Tiempo* de Bogotá... Un centenar escaso de poemas, de una poesía musical y conturbada, que el poeta pulió hasta su muerte, sin quedar nunca plenamente satisfecho de ninguno. Tres recopilaciones de sus versos le hicieron sus amigos en vida y una póstuma: *Rosas negras*, en 1932 y en Guatemala, bajo la dirección de Arévalo Martínez; *Canciones y elegías*, en 1933 y en México, al cuidado de Renato Leduc, Edmundo O'Gormann y Justino Fernández; *La canción de la vida profunda y otros poemas*, dirigida por Juan Bautista Jaramillo Meza, en 1937, en Manizales. Por todas ellas Barba-Jacob sentía un impotente horror, imposibilitado de recogerlas y destruirlas. En cuanto a la póstuma, la hicieron Manuel Ayala Tejeda y otros amigos, en 1944, en una imprenta oficial y con papel regalado: los *Poemas intemporales*. Minado por la tuberculosis, el alcohol, la marihuana y la miseria, pocos días después de haber recibido al confesor y los últimos auxilios de la religión católica (la de sus abuelos, a quienes quiso más que a nadie), Barba-Jacob moría en un apartamento sin calefacción ni muebles de la ciudad de México. Moría de acuerdo con su sino, como último exponente, fuera de tiempo, de los poetas malditos [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 179-184 y tomo 5, Cultura, pp. 236-237*].

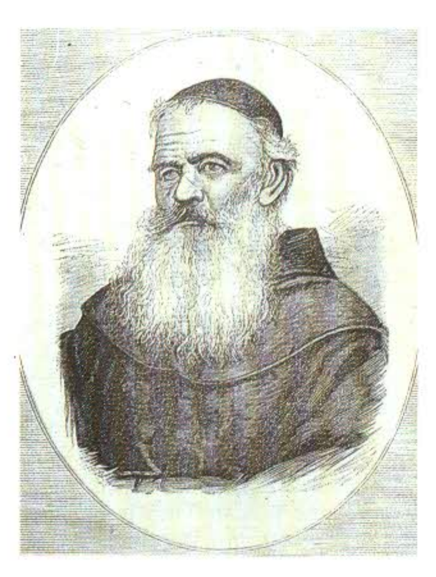
FERNANDO VALLEJO

Bibliografía

ACEVEDO, DELFÍN. *Semblanza de Porfirio Barba-Jacob*. Bogotá, ESAP, 1983. AMAYA GONZÁLEZ, VÍCTOR. *Barba-Jacob, hombre de sed y ternura*. Bogotá, Minerva, 1957. CUBEROS DE VALENCIA, BEATRIZ. *Porfirio Barba-Jacob*. Bogotá, Procultura, 1989. GIL JARAMILLO, LINO. *El hombre y su máscara*. Cali, Edit. El Gato, 1952. JARAMILLO, MANUEL JOSÉ. *Conversaciones de Barba-Jacob*. Bogotá, Suramérica, 1946. JARAMILLO MEZA, J.B. *Vida de Porfirio Barba-Jacob*. Bogotá, Kelly, s.f.; 2ª ed.: Colcultura, 1972. *Revista del Centenario de Porfirio Barba-Jacob*. Santa Rosa de Osos, 1983. SANTA, EDUARDO. *Porfirio Barba-Jacob y su lamento poético*. Bogotá, Caro y Cuervo, 1991. VALLEJO, FERNANDO. *Barba-Jacob el mensajero*. México, Séptimo Círculo, 1984. VALLEJO, FERNANDO. *Cartas de Barba-Jacob*. Bogotá, Gradiva, 1992.

BARBETTI, FRAY SERAFÍN

Arquitecto franciscano de nacionalidad italiana (Osola, provincia de Novara, mayo 16 de 1800 - Popayán, 1887). Sus principales obras fueron realizadas en Popayán, en las últimas



Fray Serafín Barbetti.
Grabado de Alfredo Greñas
sobre dibujo al carbón de H. Dueñas.
"Papel Periódico Ilustrado", febrero 15 de 1884.

décadas del siglo XIX. Bautizado con el nombre de Juan, a los 18 años fue a Roma para trabajar con dos de sus tíos en asuntos de comercio, actividad a la que estuvo consagrado por espacio de seis años. A los 24 años de edad, sintiéndose llamado por la vida religiosa, pidió su admisión en la Orden Franciscana, y fue acogido en el famoso convento romano de Aracelli, donde hizo su noviciado y profesó al cabo de un año, con el nombre de fray Serafín. Alternó sus estudios eclesiásticos con la medicina, pero sintiendo mayor predilección por la arquitectura, a ella se dio con más interés. Deseoso de ir a trabajar en Tierra Santa, fue enviado a Jerusalén; sin embargo, allí no permaneció mucho tiempo, pues fue enviado a la misión de Egipto, donde su colaboración en unas obras era más necesaria. En cuatro años dejó terminada la catedral de Alejandría, con su hermosa torre de cincuenta metros de altura; edificó en seguida la catedral de El Cairo, de orden corintio; luego un hospicio y su capilla para el servicio de la misión en la ciudad de Damieta y, por último, un colegio en Alejandría. Acercándose a los sesenta años, después de tan meritorios trabajos, pidió y obtuvo el permiso de regresar a su provincia en Italia. Pero no habían transcurrido seis meses desde su regreso, cuando el provincial lo escogió para que viniera a Popayán a dirigir la obra de la catedral, que empe-

zada por el obispo fray Fernando Cuero y Caicedo, también franciscano, iba a ser continuada por su sucesor, don Pedro Antonio Torres. Fray Serafín llegó a su nuevo destino en mayo de 1859. Inicialmente vivió con sus hermanos frailes en el convento de Popayán, pero luego pasó a la casa del obispo, reclamado por éste para su compañía y para que supervigilara más fácilmente los trabajos. Su asistencia a las obras de la catedral no le impidieron, sin embargo, atender gratuitamente la reparación de la bóveda de la iglesia de la Compañía de Jesús y retechar el templo de San Francisco. Aunque inicialmente pensó quedarse solamente cinco años, tiempo que juzgaba suficiente para lo que se le contrató, la guerra de 1860 y otro cúmulo de calamidades de que fue víctima el Cauca, paralizaron los trabajos de la catedral. Sin embargo, fray Serafín no se quedó inactivo; durante esa larga época de forzosa inacción, se puso al servicio del gobierno del Cauca para dos obras muy importantes: la construcción de un puente sobre el río Juanambú y otro sobre el río Palo, que desgraciadamente fue arruinado por una tremenda inundación en 1880. Además, dirigió la composición de las calles de Popayán, obra iniciada en 1809, pero interrumpida por las guerras de la Independencia. Con todo, la obra más importante de fray Serafín fue el puente del Molino, bendecido y dado al servicio público el 31 de julio de 1883. Cierto día, mientras fray Serafín inspeccionaba la obra del puente de Juanambú, resbaló de una piedra y cayendo de una altura considerable, se rompió en varias partes la pierna derecha. Desde entoncés quedó baldado y anduvo en muletas durante cuatro años, hasta su muerte en 1887.

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

Papel periódico ilustrado, Nº 60, año III (1883-1884), pp. 182-185.

BARCO VARGAS, VIRGILIO

Presidente nortesantandereano (Cúcuta, septiembre 17 de 1921). Hijo de Jorge Enrique Barco y Julieta Vargas, y nieto del general conservador Virgilio Barco, uno de los pioneros en la exploración y explotación del petróleo colombiano, este ingeniero y economista liberal asumió la Presidencia de la República entre 1986 y 1990. Barco Vargas cursó sus estudios superiores en Cúcuta, y luego estudió Ingeniería Civil en la Universidad Nacional de Bogotá y en el Massachusetts Institute of Technology, donde se graduó en 1943. A su regreso a Colombia fue nombrado secretario de Obras Públicas y Hacienda en Norte de Santander (1943-1945) y luego, secretario general del Ministerio de Comunicaciones (1945-1946). Entre 1946 y 1948 gerenció la fábrica de cerveza fundada por su padre, quien hacía poco tiempo la había vendido a Bavaria. Por esa época fue concejal de Durania, Norte de Santander (1945-1947) y de Cúcuta (1947-1949), y representante a la Cámara (1949-1951). Posteriormente viajó a los Estados Unidos, donde hizo la maestría en Economía en la Universidad de Boston (1952) y el doctorado en Economía Industrial en el Massachusetts Institute of Technology, en 1953. Al regresar al país Barco se volvió a vincular a la actividad política y tomó parte activa en las campañas presidenciales de Alberto Lleras Camargo, Carlos Lleras Restrepo, Misael Pastrana Borrero y Alfonso López Michelsen. Fue varias veces senador de la República y ocupó la cartera de Obras Públicas durante la administración Lleras Camargo, y de Agricultura, durante el gobierno de Guillermo León Valencia. En el cuatrienio del presidente Lleras Restrepo fue alcalde de Bogotá, cargo que le deparó notables satisfacciones. En el campo internacional fue embajador de Colombia en la Gran Bretaña, entre 1961 y 1962 y ante el gobierno de los Estados Unidos entre 1977 y 1980. También fue miembro de la Junta Directiva del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento [o Banco Mundial] (1969-1974), de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores (1974-1978) y miembro fundador y luego presidente del Centro Internacional para el Mejoramiento del Maíz y el Trigo, entidad a la que estuvo vinculado entre 1966 y 1985. En las elecciones presidenciales de 1986 Virgilio Barco fue electo por más de cuatro millones de votantes, superando a Alvaro Gómez, su contendiente conservador, por más de millón y medio de votos. Al ocupar la presidencia puso en marcha el controvertido esquema de "gobierno-oposición", con el cual buscaba superar los vestigios del bipartidismo que, en su concepto, bloqueaba el sistema político, impedía la crítica y desvirtuaba el papel de los partidos, al concentrar su atención en la distribución de sus cuotas burocráticas. La respuesta del conservatismo a este esquema fue la "oposición reflexiva", absteniéndose de participar en la administración. Los primeros meses de su gobierno fueron tormentosos: además de la oposición conservadora al nuevo esquema, tuvo que afrontar los numerosos asesinatos de líderes y miembros de la Unión Patriótica (UP), grupo político creado como resultado de los acuerdos de paz firmados durante el mandato de su antecesor. A ello se sumaron numerosos atentados guerrilleros y el terrorismo vinculado con el narcotráfico.



Virgilio Barco Vargas.

En general, el terrorismo constituyó el problema más inquietante de su gestión. El gobierno combinó entonces la inversión estatal para mejorar las condiciones de los sectores socialmente deprimidos, con el fortalecimiento de las Fuerzas Militares. Para subsanar los problemas creados por la escasa inversión estatal en ciertas regiones y sectores sociales, el gobierno de Barco continuó e impulsó el Plan Nacional de Rehabilitación (PNR) y puso en marcha el Plan de Lucha contra la Pobreza. De otra parte se concentró en el impulso a las reformas en la administración de justicia, de la estructura agraria y urbana y de las instituciones nacionales, esfuerzo este último que sería culminado en el gobierno de su sucesor, César Gaviria, mediante la adopción de una nueva Constitución. En lo que

tuvo que ver con el narcotráfico, mantuvo una política de confrontación total y de búsqueda de una posición internacional que no sólo exigiera que la lucha contra los traficantes fuera asumida por los países productores, sino también por los consumidores, los que suministraban los químicos para su procesamiento, lavaban los dólares procedentes de la actividad y proveían de armas a los traficantes. A finales de su gobierno, las gestiones de paz que se venían desarrollando permitieron llegar a un acuerdo con el Movimiento 19 de Abril, M-19, mediante el cual el grupo guerrillero se desmovilizó e inició su participación en la vida política institucional, bajo la denominación de Alianza Democrática M-19. Tales esfuerzos se vieron seriamente amenazados a raíz del asesinato de Carlos Pizarro, el máximo líder del movimiento y candidato a la Presidencia de la República. De igual forma, otros asesinatos de candidatos presidenciales, el de Bernardo Jaramillo Ossa, de la UP, y el de Luis Carlos Galán, del liberalismo, hicieron temer por el proceso electoral que se avecinaba. Sin embargo, la crisis fue sorteada y las elecciones se adelantaron sin contratiempos. Una vez concluido su período presidencial, Barco ocupó nuevamente la embajada ante la Gran Bretaña, para luego regresar a Bogotá, donde reside en la actualidad [*Ver tomo 2, Historia, pp. 609-612*].

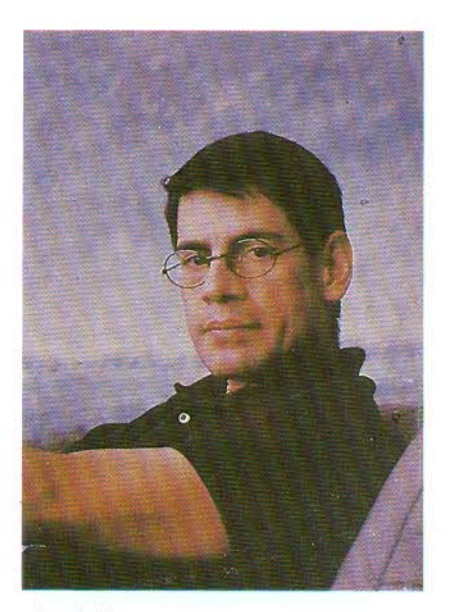
MARTA HERRERA ÁNGEL

Bibliografía

BARCO, VIRGILIO. *Hacia una Colombia nueva.* Bogotá, Oveja Negra, 1986. PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA. *Virgilio Barco, President of Colombia, 1986-1990.* Bogotá, Imprenta Nacional, 1989.

BARRERA, ANTONIO

Pintor nacido en Bogotá, en 1948 y muerto en París, en 1990. Estudió en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional, entre 1969 y 1974. En sus años de formación trabajó pinturas, dibujos y grabados y demostró una abierta preocupación social, particularmente por los dramas de la violencia. También el motivo del paisaje fue empleado por Barrera para hacer referencia a la represión y a la muerte: en ellos se ven cielos oscuros, alambres de púas y figuras maniatadas. Eliminando cualquier alusión a la violencia del país, Barrera realizó desde mediados de los setenta numerosos trabajos muy sintéticos, en la mayoría de los cuales sólo se veían dos zonas de color: el cielo y la tierra claramente divididos por el horizonte. Su producción tuvo que ver con playas, llanuras y montañas. Aparte del espacio, la luz y la atmósfera eran también muy importantes. Gracias a ellas, los cuadros se veían diferentes y lograban un ambiente muy especial. Posteriormente abandonó sus paisajes esquemáticos y comenzó a describir la naturaleza cubierta de neblina. Desde ese momento resultó evidente que Barrera no quería ser otro pintor de la Sabana, sino que su interés abarcaba toda la topografía nacional. De allí algunos nombres de sus lienzos, tales como *Tierrabomba, Paisaje aéreo del Pacífico, Playa, Tolima*, etc. Característica de estos trabajos es que presenten amplios panoramas vistos desde una cierta altura; una especie de velo fino recubre la totalidad del paisaje y hace brumosos los límites de todas las cosas. En 1979 se radicó en París. Allí su obra sufrió cambios profundos y alcanzó plena madurez. Luego de pintar al acrílico comenzó a utilizar el óleo. Desde entonces su producción va a ser exclusivamente en esta técnica. En varias ocasiones Barrera se refirió al carácter emocional de sus paisajes, y en alguna oportunidad llegó a clasificarse como "neo-romántico". Esta era una apreciación precisa; sin embargo, el pintor trascendió el romanticismo y se aproximó al realismo e, incluso, al post-impresionismo del Claude Monet (1840-1926) de comienzos del siglo XX. Pronto Barrera tuvo algunos reconocimientos importantes en Francia: Gran premio en el XIV Festival Internacional de la Pintura en Cagnes-sur-Mer, en 1982, y compra de una obra por parte del Ministerio de la Cultura de Francia para el Fondo de los Museos Nacionales. Después de muchos óleos de poco color y muy matéricos, la producción de Barrera tuvo una gran explosión cromática a mediados de los ochenta. En estos cuadros las pinceladas son muy visibles y vigorosas. A diferencia de los lienzos de comienzos de los ochenta, la mayoría de estos paisajes tienen la línea del horizonte muy abajo; hay, por tanto, mucho cielo y espacio para las nubes y las luces. En 1985, por encargo del gobierno nacional, trabajó cuatro grandes obras para el salón La Patria de la Casa de Nariño. En estos óleos representó cuatro regiones del país: la Costa Atlántica, la Costa Pacífica, la Amazonia y los Andes. Una vez más, Barrera recurrió aquí a la invención más que a la descripción fidedigna del paisaje. Su última muestra individual en Colombia tuvo lugar en 1987. Allí presentó óleos relacionados con el paisaje de la cordillera Occidental y el río Cauca. Estas telas revelan un tratamiento más suelto y ligero de las pinceladas, la búsqueda de transparencias y un colorido predominantemente azulenco. En ellas la luz es diáfana y el ambiente captado es de clima medio; se destacan la armonía y la tranquilidad. Dentro de un estilo similar están los *Homenajes a Bogotá*, de 1988. En estos paisajes del centro de la ciudad, Barrera utilizó una paleta grisácea, muy de acuerdo con algunos días de la capital. A lo largo de 1989, Barrera volvió a pintar diversos escenarios colombianos: el Valle del Cauca, el río Bogotá y algunos paisajes de Guasca. Cuadros poco comunes de ese año son un lienzo de sólo nubes y cuatro pequeños bodegones, muy posiblemente trabajos preparatorios para comenzar otro tema. De 1990 sólo quedan telas en preparación para una muestra a mediados del año en Tokio. Al morir, Barrera dejó una obra realmente abundante: más de ochocientos cuadros, muchos de gran tamaño, y unos cuantos trípticos; en su mayoría, paisajes emocionados de Colombia [*Ver tomo 6, Arte, pp. 139 y 141*].



Antonio Barrera.
Fotografía de Olga Lucía Jordán.

GERMÁN RUBIANO CABALLERO

Bibliografía

Antonio Barrera, Galería Belarca, Bogotá, 1975, texto: Eduardo Serrano ▪ *Antonio Barrera*, Museo de Arte Universidad Nacional, Bogotá, 1975, texto: Germán Rubiano ▪ *Antonio Barrera, peintures récentes*, CDS Gallery para FIAC, París, 1981, texto: Miguel Miguel ▪ *Antonio Barrera*, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1983, texto: Marta Traba ▪ *Antonio Barrera*, Museo de Arte Moderno La Tertulia, Cali, 1987, texto: Germán Rubiano ▪ *Antonio Barrera, paisaje confrontado. Exposición retrospectiva 1974-1990*, Museo Nacional, Bogotá, 1992 ▪ MEDINA, ALVARO. "Antonio Barrera: abstracción y paisaje". En: *Procesos del arte en Colombia*. Bogotá, Colcultura, 1978 ▪ RUBIANO, GERMÁN, FEDERICA PALOMERO y MARÍA CLARA MARTÍNEZ. *Antonio Barrera, paisajista colombiano*. Bogotá, Amazonas, 1993.

BARRIOS, ALVARO

Artista conceptual, dibujante y grabador, nacido en Cartagena, el 27 de octubre de 1945. Desde los seis meses, Alvaro Barrios Vásquez fue a vivir con su familia a Barranquilla, a la que considera su ciudad natal. A los ocho años ingresó a los talleres infantiles de dibujo y pintura en la Escuela de Bellas Artes de Barranquilla, e hizo el bachillerato en el Colegio Biffi de los Hermanos Lasallistas. Ingresó a la Universidad del Atlántico y estudió arquitectura durante tres años; simultáneamente, continuó tomando cursos y talleres en la Escuela de Bellas Artes, donde tuvo como profesora de acuarela a Freda Sargent. Suspendió sus estudios para viajar a Italia, donde estudió historia del arte en la Universitá Italiana Per Stranieri de Perugia y en la Fundazione Giorgio Cini de Venecia (1967-1968). Barrios es uno de los artistas lanzados por Marta Traba. Hizo su primera exposición importante en 1966, en la Galería Colseguros de Bogotá, que dirigía Alicia Baraibar; la muestra fue presentada por Gonzalo Arango. Un año después realizó una exposición individual en el Museo de Arte Moderno de Bogotá. Sus primeras obras son unos dibujos sepias sobre papel teñidos con té, a partir de la tira cómica de Dick Tracy y algunos *collages* de revistas. En 1968 le propuso a Marta Traba la exposición "Espacios ambientales", primera muestra de arte conceptual en el país. Allí participaron Feliza Bursztyn, Santiago Cárdenas, Bernardo Salcedo, Ana Mercedes Hoyos y Alvaro Barrios, pero las obras fueron destruidas por estudiantes de la Universidad Nacional al día siguiente de la inauguración. En 1969, Barrios recibió el tercer premio en el XX Salón Nacional de Artes Visuales, y en 1979, el primer premio en la Primera Trienal Latinoamericana de Grabado de Buenos Aires. Ha realizado una serie de exposiciones individuales, entre ellas dos muestras retrospectivas en el Museo de Arte Moderno de Bogotá (1977 y 1986); y ha participado en numerosas colectivas, entre las que se destacan la VI Bienal de París (1971), la IX Bienal de Tokio (1974) y la XIII Bienal de San Pablo (1975). Barrios es un artista singular dentro del panorama nacional. Muy interesado por las corrientes conceptuales del arte contemporáneo, su trabajo trasciende la creación plástica; ha hecho incursiones en la divulgación del arte de vanguardia, en la organización de exposiciones y en la crítica de arte. Se ha manifestado a través de muy diversos medios, convencionales y no convencionales: dibujos, *collages*, fotografías o vidrios pintados, en los que ha recreado obras del arte universal, del arte contemporáneo, las hazañas de los héroes de las tiras cómicas y, más recientemente, historias bíblicas. También ha realizado trabajos tridimensionales, cajas en las que instala dibujos con objetos reales y luz. Su producción más extensa son, quizás, los dibujos publicados en periódicos y revistas de Colombia, México y Argentina, que él llama *Grabados populares*. En sus dibujos sobresale el cuidado y virtuosismo de su trabajo, muy cercano, intencionalmente, a las artes gráficas [*Ver tomo 6, Arte, p. 131*].



Alvaro Barrios.
Autorretrato como Rrose Sélavy

MARÍA CLARA MARTÍNEZ RIVERA

Bibliografía

Alvaro Barrios, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1977, texto: Eduardo Serrano ▪ *Alvaro Barrios: veinte años entre el sueño y la idea*, Museo de Arte Moderno, Bogotá, mayo 1986, texto: Eduardo Serrano ▪ BARRIOS, ALVARO. "Génesis de una idea". *Revista del Arte y la Arquitectura en América Latina*, Vol. 2, Nº 6 (Medellín, 1981), pp. 48-54 ▪ RUBIANO CABALLERO, GERMÁN. "Artistas 'populares' y 'primitivos'". En: *Historia del arte colombiano*, Vol. XI. Barcelona, Salvat, 1983, pp. 1441-1460.

BARRIOS, FRAY JUAN DE LOS

Primer arzobispo de Bogotá, nacido en Pedroche, Extremadura, probablemente en 1497, muerto en Bogotá, en febrero de 1569. Tomó posesión de la silla arzobispal en 1553 y gobernó hasta su muerte, durante 16 años continuos. Como primer arzobispo de Bogotá le correspondió poner los fundamentos organizativos de esta Iglesia, y en ello radica uno de sus mayores méritos. Se hizo franciscano en la Provincia de los Angeles, donde recibió la ordenación sacerdotal hacia 1521. De su vida en España nada se sabe de cierto, sólo que fue presentado por el emperador Carlos V para obispo de Asunción de la Plata, y que fue nombrado por el papa Paulo III el 1 de junio de 1547. Con prontitud se embarcó hacia Asunción de la Plata, pero por causa de un temporal la flota en que viajaba se desbarató y fray Juan se vio forzado a regresar a España. De nuevo fue presentado por el rey, en esta ocasión para el obispado de Santa Marta en 1551, hacia donde se embarcó, desde San Lúcar de Barrameda, el 4 de noviembre de 1552. Tras un viaje muy azaroso, en el que sufrió toda clase de desventuras, como el naufragio de algunos de los barcos que conformaban la flota, el incendio de la nave principal y un ataque de corsarios, desembarcó en las costas de Santa Marta en febrero de 1553. A pesar de que tomó posesión de su sede samaria, de inmediato pensó en trasladarse a la capital del Nuevo Reino de Granada, tanto por las condiciones miserables en que encontró la ciudad, como por lo despoblada, y porque ya el rey había en-



Fray Juan de los Barrios.
Oleo de Pedro A. Quijano, 1941.
Convento de San Francisco, Bogotá.

viado una cédula real al obispo de Santa Marta para que fuera a vivir a Santafé de Bogotá. A la capital llegó en julio de 1553. Innumerables fueron las dificultades que tuvo que sortear a fin de cumplir a cabalidad con su ministerio pastoral. Los principales desacuerdos fueron con las autoridades civiles, con quienes chocó frontalmente por causa de la ejecución de las llamadas Leyes Nuevas, en su carácter de obispo y protector de los indios. La tasación que hizo de los naturales del Nuevo Reino, para librarlos de la tiranía y extorsión en que los tenían muchos encomenderos, despertó en los colonos y algunas justicias reales una reacción muy contraria hacia él.

Al Consejo de Indias llovieron las quejas sobre fray Juan, principalmente de la Audiencia Real, que juzgaba intromisión suya en asuntos de incumbencia civil. Esta colisión de autoridades, alimentada por el patronato regio, ensombreció la acción propiamente espiritual del prelado. No obstante, una de sus mejores realizaciones en el campo pastoral fue la promulgación y realización del primer sínodo diocesano, realizado entre el 24 de mayo y el 3 de junio de 1556, en el cual participaron todas las fuerzas vivas de la Iglesia neogranadina. Dividido en 10 títulos, el sínodo legisla acerca de la administración de los sacramentos, la enseñanza de la doctrina, la práctica de la misma, los deberes para con los indios y otros puntos. Al tratar de poner en práctica las normas del sínodo, fray Juan encontró gran oposición por parte de la Real Audiencia y, sobre todo, de los encomenderos, a quienes les parecieron sumamente gravosas las obligaciones que se les imponían. Otra obra emprendida con mucho entusiasmo por fray Juan fue la construcción de la catedral, que por desgracia se desplomó completamente la víspera de su inauguración en 1565. Este hecho descorazonó al prelado, pues había consumido mucho dinero, trabajos y tiempo durante los casi 10 años que había tomado levantarla. Más perdurable fue la obra del hospital de San Pedro, para el que dejó las casas de su morada, contiguas a la catedral. En este hospital debían ser atendidos preferencialmente los pobres de la ciudad. Sobre las cualidades morales de fray Juan de los Barrios, su primer biógrafo, el franciscano fray Esteban de Asensio, se extiende en ponderaciones. Dice que fue muy aprobado varón en vida y costumbres, hombre pacífico y ejemplar, que predicaba con gran espíritu y que había gobernado «con gran santidad y bondad y celo de buen pastor». Afirma que en el comer, vestir, conversación y recogimiento guardaba y seguía las costumbres antiguas de la Orden Franciscana; que consolaba a sus pueblos con sus sermones, que se compadecía de los pobres y necesitados, favoreciéndolos con limosnas. En una frase, resume su carácter firme: «Era recto en el gobierno pastoral, teniendo en pie su jurisdicción eclesiástica sin respetos humanos al poderío secular». Asensio se preciaba de haberlo conocido muy de cerca y de que el prelado lo hubiera tenido por confesor y, además, de que lo «solía tomar por acompañado en negocios secretos de Inquisición». Este mismo biógrafo, que escribe en 1585, refiere que el prelado murió repentinamente de la enfermedad de asma, «de la cual era muy trabajado», en febrero de 1569. Fray Juan de los Barrios no alcanzó a vestir el palio arzobispal, pues cuando éste llegó, traído por el deán don Francisco Adame, juntamente con las bulas de su nombramiento como arzobispo, hacía poco había muerto [*Ver tomo 7, Instituciones, pp. 208-210*].

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

ROMERO, MARIO GERMÁN. *Fray Juan de los Barrios y la evangelización del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, 1960.

BARROSO, FRAY DIEGO

Religioso franciscano nacido en Cartagena, el 12 de julio de 1658, muerto en Bogotá, el 20 de octubre de 1734. Llamado por el humanista santafereño José Ortiz y Morales, «el oráculo de la Provincia de los frailes menores», se le considera el verdadero fundador, en el año 1715, del colegio de San Buenaventura. Hijo legítimo de Domingo Barroso y María Piñero, fue bautizado con el nombre de Santiago, el cual mudó al hacer su profesión religiosa. Pidió su ingreso a la Orden Franciscana en el convento de Nuestra Señora de Loreto de Cartagena, en octubre de 1674, y fue admitido para comenzar el noviciado al año siguiente. Su carrera en la Provincia Franciscana fue brillantísima, como lo demuestra el hecho de haber ejercido los principales oficios y, sobre todo, el de Ministro Provincial en tres períodos distintos. Su obra más connotada en la Provincia Franciscana fue el Colegio de San Buenaventura, que aunque fundado desde 1697, consiguió su consolidación y prestigio académico bajo la regencia y rectoría del padre Barroso. Fray Diego sufrió grandes contradicciones y aun calumnias por parte de sus propios hermanos de hábito, las cuales motivaron una real cédula para que compare-



Fray Diego Barroso.
Oleo de autor anónimo.
Convento de San Francisco, Bogotá.

ciera a dar cuenta de su conducta ante el Consejo de Indias. A causa de esto se suscitó un plebiscito de adhesión a su persona y testimoniaron en favor de sus prendas la Real Audiencia de Santafé, el deán y el cabildo catedralicio, las autoridades de las órdenes religiosas y muchas personas de Santafé, así como los más destacados miembros de la Orden Franciscana; como resultado, la orden de la real cédula fue anulada mediante otra en la que se reconocían los méritos de tan insigne religioso. Uno de los deponentes en el grueso expediente en su favor, decía: «Nuestro muy reverendo padre fray Diego Barroso desde que empezó a leer artes fue el aplauso de este reino, y sus letras, prédica y virtud le han granjeado sumo aprecio y estimación; ha sido el primer voto en casos arduos de la República, componiendo sus discordias; ha defendido los fueros de la religión y de la Provincia en los casos más dificultosos que se han ofrecido; ha permanecido más de cuarenta años en este convento (Máximo de Santafé) ocupado en su cátedra, y después de jubilado, en la regencia de estudios, lección de moral y mística, guiando almas espirituales en los conventos de religiosas [...] Padre modesto, celoso de la religión, cuyo lustre y adelantos siempre ha procurado así en virtud como en letras, para cuyo fomento fundó y mantiene el Colegio de San Buenaventura de que ha tenido agradecimientos de los Prelados Generales; ha servido al Tribunal de la Inquisición de Cartagena con el empleo de Comisario por más de 20 años». El día de su muerte, el cronista Vargas Jurado escribió en su famoso diario: «El 20 de octubre de este año murió el padre Diego Barroso. Asistió la Audiencia al entierro».

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

MANTILLA R., LUIS CARLOS. *Universidad de San Buenaventura. Bocetos biográficos de sus rectores (1708-1975)*. Bogotá, 1975, pp. 23-33.

BASTIDAS, RODRIGO DE

Navegante y descubridor español (Triana, Sevilla, 1460 - Santiago de Cuba, 1527). Vecino de Triana, Rodrigo de Bastidas gozaba allí de bienes y ejercía el cargo de notario. En 1500, habiéndole concedido la Corona española una cuarta parte de las ganancias que obtuviera en las Indias, fletó dos naves y, en octubre del mismo año, partió de Cádiz en busca de oro y perlas, en compañía de Vasco Núñez de Balboa y de Juan de la Cosa, experto marinero que había acompañado en sus viajes a Alonso de Ojeda y a Cristóbal Colón. Bastidas descubrió el litoral atlántico colombiano desde el Cabo de la Vela, donde había llegado Ojeda, hasta el lugar llamado Nombre de Dios (posiblemente cerca al golfo de Urabá). Fue el primero en tocar las costas de Riohacha y de Santa Marta, donde fundó la ciudad años más tarde (julio 29 de 1526); le dio el nombre de Magdalena a las Bocas del río al que arribó el día que se festejaba la conversión de la Santa; estuvo a punto de naufragar en las hoy Bocas de Ceniza; navegó hacia el occidente, tocando en Galerazamba, Cartagena, Islas de Barú, La Fuerte y Tortuguilla; pasó a la bahía de Cispatá y río Sinú y luego al cabo Tiburón, en el golfo de Urabá. Enrumbó luego hacia Santo Domingo, a causa de averías en sus buques; allí llegó en 1502, después de naufragar en las costas de La Española y perder una gran parte de su cargamento. Francisco de Bobadilla le entabló un juicio que lo llevó preso a España, donde fue absuelto de todos los cargos (1503). El descubrimiento de la costa de Urabá le mereció de los reyes una renta anual sobre lo que producía (almojarifazgo). Bastidas consiguió una cédula real o capitulación [con las capitulaciones la Corona pretendía fundar pueblos, establecer familias de colonos, traer ganado y semillas para cultivos, y mano de obra esclava negra (un tercio de mujeres); a cambio de lo cual, el gobernador obtenía sueldos, títulos honoríficos y participación en los rendimientos económicos], firmada en Madrid en noviembre 6 de 1524, para fundar la provincia y puerto de Santa Marta, en el sitio que eligiera entre el Cabo de la Vela y las Bocas de Ceniza, en un territorio sin límite hacia el interior del país y unas 80 leguas sobre la costa. Debía establecerse formalmente con un número de 50 vecinos. En 1526 partió de Santo Domingo, su lugar de residencia y donde era comerciante, con el teniente general Pedro Villafuerte, Rodrigo Alvarez Palomino, el contador real Juan de Ledesma y otros capitanes, como Antonio Díez de Cardoso y Juan de San Martín. Bastidas tuvo una política de respeto, humanidad y amistad para con los indios; mantuvo relaciones pacíficas con sus vecinos, los indios tagangas, dorsinos y gairas. Excursionó a las tierras de Bonda y Bondigua, donde consiguió bastante oro. Tenía prohibido a su tropa utilizar brutalmente a los indios y despojarlos de sus bienes. Sin embargo, su gobierno duró poco, pues Bastidas se vio enfrentado a la tercera revuelta de las ocurridas en el siglo XVI, con el grito de «Viva el Emperador y la libertad, que no hemos de morir aquí como esclavos en poder de ese mal viejo». Aprovechando una noche uno de sus subalternos, quien había conjurado con el teniente Juan de Villafuerte, apuñaló gravemente a Bastidas en su bohío. El anciano gobernador mejoró un poco y partió para Santo Domingo, pero los vientos lo llevaron a Santiago de Cuba, donde murió en junio o julio de 1527. Para reemplazarlo como gobernador, el "común" eligió al teniente general Rodrigo Alvarez Palomino; la Audiencia de Santo Domingo designó temporalmente al licenciado Pedro Badillo y, finalmente, el emperador Carlos V nombró a García de Lerma para el cargo. Bastidas tuvo un hijo, Rodrigo, que fue deán de la catedral de Santo Domingo, a donde trasladó las cenizas de su padre, y luego primer obispo de Venezuela [*Ver tomo 1, Historia, pp. 64-71*].


Rodrigo de Bastidas.

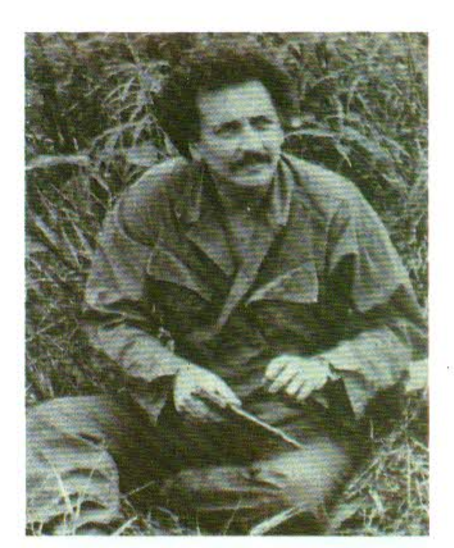
DIANA LUZ CEBALLOS GÓMEZ

Bibliografía

RESTREPO TIRADO, ERNESTO. *Historia de la Provincia de Santa Marta*. Bogotá, Colcultura, 1975. RODRÍGUEZ FREYLE, JUAN. *El carnero*. Medellín, Bedout, 1973. Edición crítica: Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

BATEMAN CAYÓN, JAIME

Fundador y líder del Movimiento 19 de Abril M-19, nacido en Santa Marta, el 23 de abril de 1940, muerto el 28 de abril de 1983. Conocido como "el Flaco". Jaime Bateman Cayón nació en el seno de una familia de clase media, en Santa Marta, en una casa colonial. Era el tercer hijo de Clementina Cayón, militante del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y defensora de los presos políticos. Bateman fue criado por su padrastro Jorge Olarte, fallecido. A la edad de ocho años, atravesando una calle de Barranquilla, una camioneta lo tiró contra un bus fracturándole la tibia y el peroné. Por este incidente estuvo a punto de perder la pierna, y quedó con una lesión de por vida. Como terapia practicó la natación, convirtiéndose en un gran nadador y, por ende, un gran enamorado del mar. Por estos años llegó de vacaciones a Santa Marta Carlos Romero, quien venía de militar en el Partido Comunista de la Argentina, en la época de Juan Domingo Perón. Romero influyó para que Jaime Bateman entrara a la Juventud Comunista (JUCO) conformándose así el primer grupo de jóvenes comunistas del Magdalena. En 1957, siendo estudiante del Liceo Celedón, comenzaron los paros cívicos contra la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla, organizados por los liberales y conservadores unidos. Bateman participó en estas manifestaciones, convirtiéndose en activista estudiantil. Carlos Romero se casó con su hermana Matilde. Bateman viajó con ellos a Bogotá, y entró a estudiar sexto de bachillerato en el Colegio Panamericano, siguiendo en firme su militancia en la JUCO. En 1963 fue detenido durante un mes por repartir propaganda subversiva, luego por participar en una protesta contra el alto costo de la vida. Fue miembro del Secretariado Nacional de la Juventud Comunista y secretario político. Participó en 1963, como delegado de la organización, en el decimosexto congreso del Komsomol en Moscú, donde recibió un curso de ciencias sociales y criticó el método de estudio dogmático que caracterizaba a la escuela de cuadros. A raíz de la revolución cubana y de la influencia del maoísmo, se desarrolló una fiebre por la lucha armada en Colombia como única vía. En 1966, un grupo de jóvenes plantearon la necesidad de ingresar a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC); el partido



Jaime Bateman Cayón.
Fotografía de "Semana", noviembre de 1982.

estuvo de acuerdo y Bateman se convirtió en un perseguido político. Fue secretario de Manuel Marulanda Vélez (Tirofijo), de Jacobo Arenas y Ciro Trujillo. Se dedicó a la labor de preparación política de la organización, en la cual estuvo hasta 1970.

La forma como las FARC interpretaba la toma del poder por la vía armada, no era compartida por el grupo encabezado por Jaime Bateman, quien planteó la tesis de una lucha armada que debería ser desarrollada en las ciudades. Bateman creía que la lucha debía ser nacionalista, bolivariana, teniendo entre las manos el sentir americano. Así, ideó la creación de un movimiento político militar, de carácter urbano, y en 1970 conoció a un aliado importante: Carlos Toledo Plata, cabeza principal de la ANAPO Socialista. A raíz del confuso resultado de las elecciones para la Presidencia de la República el 19 de abril de 1970, cuando ganó el candidato conservador Misael Pastrana Borrero, sobre el general Gustavo Rojas Pinilla, nació el Movimiento 19 de Abril M-19, con el lema «Con las armas, con el pueblo, con María Eugenia Rojas al poder». Sin embargo, la dirección de la ANAPO desmintió el apoyo a los grupos armados. Para Jaime Bateman, la revolución era una fiesta. Los niños eran sus grandes aliados en ese gran Macondo que para entonces era Colombia. En 1974 fue sustraída de la Quinta de Bolívar la espada del Libertador, con la convicción y la certeza de no regresarla hasta que estuviera consolidada la paz de Colombia. Bateman hirió el honor de los militares cuando ordenó la entrada de un comando del M-19 al Cantón Norte, y el 1 de enero de 1981 sacaron cinco mil armas, dejando consignas y banderas del M-19. Tenía una enorme imaginación; fue un gran estratega y pronto se convirtió en un hombre de entrega, enamorado, un hombre muy colombiano, que se reía de la muerte, amante de la rumba, de fácil acceso a la amistad. Precursor de un socialismo diferente, sin copias de ningún lado y sin renunciar a lo que era Colombia; creador de la cadena de los afectos, salió a la luz pública durante la toma de la Embajada Dominicana en Bogotá por parte de un comando del M-19, con una propuesta de amnistía para los presos políticos que se encontraban en la cárcel de La Picota y un diálogo de concertación, en busca de la firma de una proclama de paz nacional. El senador Germán Bula Hoyos, quien era el ponente del proyecto de amnistía para los presos políticos, fue el primer hombre del gobierno que se sentó con Jaime Bateman para escucharlo hablar sobre «dejar de hacer la guerra y dedicarse a la paz». El 28 de abril de 1983 murió, al estrellarse su avioneta cuando viajaba rumbo a Panamá. Duró 9 meses desaparecido, sin que el M-19 o el gobierno nacional encontraran sus restos. Después sería llamada Clementina Cayón a Panamá, para que reconociera los restos de su hijo, comandante del M-19 hasta ese día. Jaime Bateman tenía en ese momento la preocupación de que el «M-19 no tenía ninguna capacidad organizativa para construir un partido y ser una alternativa».

ANA GÓMEZ ROMERO

BELALCÁZAR, SEBASTIÁN DE

Conquistador español (Belalcázar, en los límites entre Extremadura y Andalucía, ca. 1480 - Cartagena de Indias, abril 30 de 1551). Sebastián de Belalcázar o Benalcázar, cuyo nombre de familia era Moyano, tomó el apellido del lugar donde nació, como era costumbre en la época. Leñador, sus padres fueron labradores de su propia tierra. Tuvo dos hermanos, de los cuales el mayor se hizo cargo de Sebastián, cuando quedaron huérfanos. Algunos sostienen que cuando Cristóbal Colón se alistaba en Sevilla para emprender su tercer viaje en 1498, Belalcázar se alistó en él y consiguió pa-

saje para radicarse en Santo Domingo. Otros sostienen que tomó lugar en la expedición de Pedrarias Dávila, y que de Santo Domingo fue al Darién, bajo el mando de Vasco Núñez de Balboa. Viajó a Nicaragua en compañía de Francisco Fernández de Córdoba y, como premio a su labor, fue nombrado alcalde de la ciudad de León, recién fundada. De regreso a Panamá, Belalcázar resolvió ir a la conquista del Perú; aportó treinta hombres y seis caballos y se alistó con sus amigos Francisco Pizarro, como jefe, y Diego de Almagro. Allí prestó importantes servicios. Organizó una expedición propia, originada en las noticias que le dio un indio en Latacunga (Ecuador) sobre los ritos religiosos que incluían ofrendas de oro, alhajas, esmeraldas y baños de oro, que se arrojaban a las aguas de una laguna, Guatavita. Pizarro, su jefe, se mostraba receloso de este plan; no obstante, Belalcázar salió de San Miguel a fines de 1533. Se internó en la actual provincia de Loja, y después de pasar la cordillera con mucho trabajo, sometió al jefe indio Rumiñahui (o Ramiñahui); llegó a Riobamba y pasó luego a Quito, que había sido quemado por sus habitantes. El 28 de agosto de 1534 fundó San Francisco de Quito, después de haber fundado Santiago de Guayaquil. En 1536 inició viaje al norte, pasando por las provincias de Pasto y Popayán; pasó por la cabecera del río Grande de la Magdalena y en su reconocimiento de las tierras llegó a Anserma. Regresó a la villa que había establecido Juan de Ampudia, bajo su mando, y la trasladó al valle de Lilí para tener un punto estable entre el interior y la costa del Pacífico, hacia donde quería salir. El 25 de julio de 1536, cimentó la villa de Santiago de Cali y nombró un teniente gobernador, Miguel López Muñoz, en vez de cabildo o ayuntamiento, quien trasladó la villa de Santiago de Cali al lugar en el que hoy se encuentra y se encargó de conformar, en el nuevo sitio, el cabildo. En diciembre de 1536 Belalcázar fundó la ciudad de Asunción de Popayán. Cuando dejó organizado el gobierno de Cali y Popayán, partió hacia el norte con una nueva expedición, a través de la cordillera Oriental, hasta llegar a la Sabana de Bogotá, donde se encontró con las expediciones de Gonzalo Jiménez de Quesada, que había llegado por el Magdalena, y Nicolás de Federmán, que venía del oriente. Belalcázar le propuso una alianza a Nicolás de Federmán para despojar a Gonzalo Jiménez de Quesada del territorio que había conquistado, alegando que estaba en jurisdicción de Pizarro, invitación que Federmán rechazó. Quesada se negó a acceder a los reclamos de Belalcázar, y después de mediar los capellanes de ambas expediciones, convinieron en ir a España para zanjar sus disputas. En marzo de 1539, Quesada, Belalcázar y Federmán partieron de Santafé, rumbo a la Península. De allí regresó Belalcázar en 1541, con los títulos de Adelantado y Gobernador Vitalicio de Popayán.



Sebastián de Belalcázar.
Miniatura de Víctor Moscoso.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

En ausencia de Jorge Robledo, quien respondía en España a un juicio entablado por Pedro de Heredia, este último se dirigió a la villa de Antioquia por la ruta de Urabá, descubierta por Francisco César, donde pidió rendición al alcalde Pimentel, quien se negó, reiterando que era representante legal de Sebastián de Belalcázar. Mientras tanto, Belalcázar se encontraba en Quito, auxiliando al gobernador del Perú, Cristóbal Vaca de Castro. Al regresar a Popayán, como Robledo trataba de independizarse, lo declaró desertor; mandó al capitán Juan de Cabrera a recuperar Antioquia y encargó a Miguel López Muñoz para que fundara una población con el propósito de dominar a las tribus de la región: Santiago de Arma (1542). Cabrera recuperó Antioquia y dominó a los soldados de Heredia, al que puso a disposición de Belalcázar, quien lo envió a Panamá, donde fue juzgado y absuelto por la Real Audiencia. El 5 de octubre de 1546, en la Loma de Pozo, el mariscal Jorge Robledo fue ajusticiado, por la pena vil de garrote, delante de las tropas de Belalcázar y por orden suya, a causa de enfrentamientos por el poder y el control de la futura Gobernación de Antioquia. La viuda de Jorge Robledo y los enemigos de Belalcázar le entablaron un juicio, pospuesto mientras éste colaboraba en la pacificación del Perú. Sin embargo, en 1560, Francisco Briceño, juez de residencia, le ordenó a Belalcázar presentarse a Cali, donde lo suspendió de sus funciones y lo tomó preso. El juicio fue duro y secreto, y su sentencia fue la condena a pena de muerte. Belalcázar apeló al Consejo de Indias, y mediante el pago de una fianza, quedó libre para ir a España. Enfermó en el viaje por el río Magdalena y murió en Cartagena el 30 de abril de 1551. Pedro de Heredia, aún gobernador de Cartagena y antiguo contendor, le dio cristiana sepultura y sobre su tumba escribió un sentido epitafio [*Ver tomo 1, Historia, pp. 91-108*].

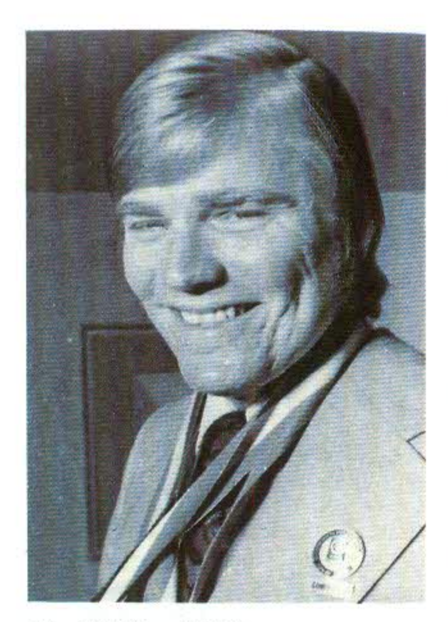
DIANA LUZ CEBALLOS GÓMEZ

Bibliografía

AVELLANEDA NAVAS, JOSÉ IGNACIO. *Los compañeros de Federmán, cofundadores de Santafé de Bogotá*. Academia de Historia. Bogotá. Tercer Mundo, 1990. LEMAITRE, EDUARDO. *Breve historia de Cartagena, 1501-1901*. Bogotá, Banco de la República, 1979. OTERO D'COSTA, ENRIQUE. *Comentos críticos sobre la Fundación de Cartagena de Indias*. 2 Vols. Bogotá, Banco Popular, 1983.

BELLINGRODT, HELMUTH

Campeón de tiro barranquillero (1949). Helmuth Bellingrodt Wolf tiene el honor de haber sido el primer deportista colombiano en conseguir una medalla de plata en los Juegos Olímpicos. Sucedió en Munich (Alemania) en 1972, hazaña que repitió en la versión de 1984, cuando este certamen se realizó en Los Angeles (Estados Unidos). En ambas ocasiones participó en la modalidad de tiro al jabalí o silueta móvil. En Munich, sumó 565 puntos y quedó a cuatro del ruso Yakov Zhelezniak, el campeón. En Los Angeles, la diferencia fue de apenas tres unidades con relación al chino Li Yuwei, quien contabilizó 587 puntos. Arqui-



Helmuth Bellingrodt Wolf.
"Deporte Gráfico", enero de 1992.

tecto de profesión, Bellingrodt alternó la práctica deportiva con sus labores como diplomático en Santo Domingo, Panamá y Caracas. También trabajó como director del Instituto Colombiano de la Juventud y el Deporte (Coldeportes), con sede en Atlántico. De ascendencia alemana, su padre lo inició en el ejercicio del tiro al jabalí a los 10 años, cuando participó en su primer torneo nacional y ganó su primera medalla. En el campeonato mundial en Suiza (1974), estableció marca mundial con 572 puntos, lo que le significó, además, la medalla de oro. Un año después, en la versión correspondiente a Munich, obtuvo la presea de plata. En 1978, en el torneo mundial disputado en Corea, finalizó en la tercera posición. Campeón de los Juegos Bolivarianos desarrollados en Barquisimeto (Venezuela), en 1981, Bellingrodt ganó en cinco oportunidades el afamado torneo internacional "Benito Juárez" en México, y en dos, el Campeonato de las Américas. Fue declarado Deportista del año en 1974 y en 1984. Sin embargo, pese a sus éxitos, no siempre recibió la oportuna ayuda económica para la práctica de su deporte, lo que le restó mayores oportunidades de triunfo. Su nombre forma parte de la galería de famosos en el deporte colombiano gracias a esas dos medallas de plata, un hito en la participación olímpica nacional.

FERNANDO ARAÚJO VÉLEZ

Bibliografía

"Cinco medallas en trece participaciones". *Revista Comité Olímpico Colombiano*, agosto de 1992. "Veinte años después de Munich". *Revista Cicro deportes Bogotá*, Nº 5 (diciembre 1991).

BERBEO, JUAN FRANCISCO

Comandante general de los Comuneros (El Socorro, ca. 1739 - 1795). Juan Francisco Berbeo fue el comandante general de las masas comuneras en su movimiento del Socorro hacia Zipaquirá y Santafé de Bogotá. Hijo del español Justino Berbeo, natural de Oviedo y de doña Juana María Moreno, su familia era de la élite socorrana, pero no tenía gran riqueza. Se casó dos veces: la primera con doña María Blasina Montenegro, con quien tuvo cinco hijos; y en 1771 contrajo segundas nupcias con doña Bárbara Rodríguez Terán, con quien tuvo una hija, María Josefa. Entre sus descendientes se cuentan el presidente de la República Alberto Lleras Camargo y el historiador de los Comuneros, Pablo Enrique Cárdenas Acosta. Su fortuna era modesta, tenía una casa en la plaza principal del Socorro y dos fincas con esclavos. No era un negociante exitoso, ni tampoco fue un gran rico. Berbeo era muy respetado en el Socorro, pues era su jefe natural. Tenía fama de hombre valiente y decidido, que inspiraba confianza, tanto para los criollos, como para las masas socorranas. Tenía alguna experiencia militar adquirida en campañas contra las tribus aborígenes de carares y yaregüíes. Había hecho viajes frecuentes al interior del país, a Venezuela y el Caribe. Tenía numerosas amistades en Santafé de Bogotá, entre ellas, don Francisco de Vergara, regente del Tribunal de Cuentas. Era diestro jinete. En 1781, Juan Francisco Berbeo y Salvador Plata eran los ciudadanos más prominentes del Socorro, y eran, además, regidores del cabildo; por eso los socorranos los tuvieron en cuenta como sus dirigentes en el movimiento que estalló en el Socorro el 16 de marzo de 1781, en protesta contra las autoridades coloniales. Una multitud de gentes con palos, piedras y otras armas sencillas se levantó contra el nuevo impuesto de la Armada de Barlovento, que se sumaba al de la alcabala. El movimiento insurreccional se extendió a Simacota, San Gil, Mogotes, Barichara, Vélez, Charalá, Chita, Sogamoso y otras regiones del oriente neogranadino. Los Comuneros proclamaron al criollo Juan Francisco Berbeo como comandante general del movimiento, y a los criollos Salvador Plata, Antonio Monsalve y Francisco Rosillo como capitanes comuneros, y decidieron marchar hacia Santafé. Se reunieron más de 20 000 hombres, la mitad de ellos indígenas, armados de machetes, macanas, picas y demás herramientas del campo. Berbeo dirigió todos los aspectos de la marcha comunera hasta Zipaquirá. Mientras tanto, las autoridades santafereñas acordaron nombrar una comisión negociadora con los Comuneros, suspender las reformas tributarias y fortificar la capital. A la comisión negociadora se unió el arzobispo Antonio Caballero y Góngora. En las Capitulaciones de Zipaquirá, que Berbeo y los Comuneros negociaron con la comisión oficial, encontramos la defensa de las tradiciones jurídicas de los pueblos, el reclamo por la supresión y rebaja de impuestos, la libertad de cultivo y el libre comercio del tabaco, el mejoramiento de caminos y puentes, el acceso de los americanos a los altos puestos administrativos, la devolución de los resguardos a los indígenas, la devolución de las salinas a los indios y otros reclamos semejantes. Sin embargo, las Capitulaciones, que firmó Berbeo con la comisión oficial del gobierno español, fueron anuladas al poco tiempo por las autoridades y los dirigentes del movimiento fueron castigados. Ante esta injuria contra el pueblo comunero, el mes-



Juan Francisco Berbeo.
Grabado de Antonio Rodríguez
sobre dibujo de Alberto Urdaneta, 1881.

tizo José Antonio Galán se levantó y continuó el movimiento con el apoyo popular, pero en octubre fue aprehendido por las autoridades españolas. En las Capitulaciones de Zipaquirá se estipuló la creación del corregimiento del Socorro, con separación de la Provincia de Tunja. El primer corregidor del Socorro, en 1781, fue Berbeo, aun cuando por pocos meses, pues fue suprimido por las autoridades virreinales. Después de la defensa de su conducta en el Movimiento de los Comuneros, que, según Berbeo, había sido obligada por un pueblo airado y que había dirigido con orden y seguridad para evitar la anarquía y el pillaje, las autoridades españolas no lo sancionaron. Berbeo murió en el Socorro, en el año 1795 [*Ver tomo 1, Historia, pp. 198-210*].

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

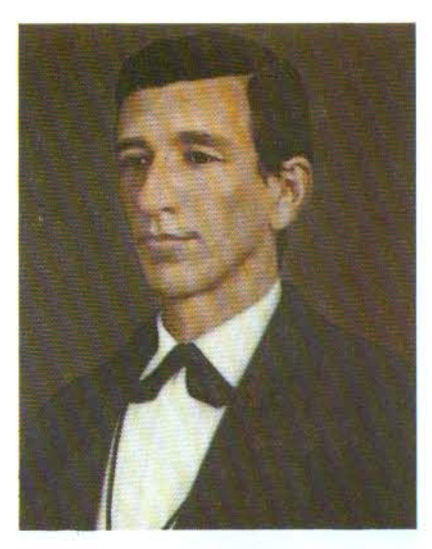
Bibliografía

CÁRDENAS ACOSTA, PABLO. *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada*. 2 tomos. Academia Colombiana de Historia. Bogotá, Kelly, 1960. PHELAN, JOHN LEDDY. *El pueblo y el rey. La Revolución Comunera en Colombia, 1781*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980.

BERRIO, PEDRO JUSTO

Abogado, militar y gobernador antioqueño (Santa Rosa de Osos, 1827 - Medellín, 1875). Máxima figura del conservatismo antioqueño del siglo XIX, bajo el gobierno de Pedro Justo Berrío el Estado de Antioquia consolidó una estabilidad política sin par en el país, ordenó la administración pública y consiguió el equilibrio fiscal. Los programas más destacados de su gestión fueron la construcción de vías y el impulso a la educación. En este orden, Antioquia alcanzó una considerable expansión y preponderancia económica a nivel nacional. «Necesitamos paz para poder progresar» fue la consigna de la élite antioqueña que Berrío defendió y pregonó durante su larga carrera política y militar, para lograr el desarrollo político y social del Estado. Hijo de Lorenzo Berrío, comerciante y educador en Santa Rosa de Osos, Pedro Justo estudió filosofía, teología, cánones y principios de jurisprudencia en el seminario San Fernando de la ciudad de Antioquia. Se graduó como abogado en Bogotá en 1851. Durante su estadía en la capital, presenció el proceso de formación de los partidos liberal y conservador, adhiriendo a los principios de este último. Regresó a su pueblo a trabajar como forense, abogado, comerciante y maestro en un colegio, el de Zea, fundado por él mismo. En 1858 se casó con Estefanía Díaz, con quien tuvo seis hijos, algunos de ellos también figuras de la política regional. Apareció en la escena pública con motivo de la rebelión del general caucano Eusebio Borrero, liquidada por la fuerza nacional al mando del general Tomás Herrera. Diputado de la Cámara Provincial desde 1852, en varios períodos, en 1854 Mariano Ospina Rodríguez lo nombró prefecto del norte para que encabezara la resistencia contra la dictadura de José María Melo. Al efecto organizó un batallón que peleó con el legendario batallón *Salamina*, y ganó la batalla de Bosa en 1854, liquidando el conflicto en contra de Melo. Magistrado del Tribunal Superior de la provincia de Medellín en el mismo año, al siguiente y en 1856 fue constituyente en la legislatura, luego de la reintegración de la provincia de Antioquia, que hasta ese año estuvo dividida en las provincias de Occidente, Córdoba y Medellín. Durante las sesiones puso en evidencia su espíritu pragmático y su sentido de la sociedad civil, dominada por el grupo de los comerciantes que trataban de proyectar en la administración pública, las características de la privada: previsión, mesura y eliminación de los gastos superfluos. Defendió la regularización del cobro de las cuantiosas contribuciones que proponían los liberales radicales. Fue elegido representante por Antioquia al Congreso Nacional en 1856, prefecto del Departamento del Norte durante la gobernación de Rafael María Giraldo, en 1857, y senador en 1860-1861. Durante la guerra civil desencadenada por Tomás Cipriano de Mosquera contra el presidente conservador Mariano Ospina Rodríguez, quien gozaba de un amplio apoyo en el Estado de Antioquia, Berrío organizó un batallón que condujo hasta Manizales para detener al caudillo caucano. Aunque fue vencido, siempre se opuso a la expulsión impuesta por Mosquera. Así, fortaleció la resistencia y dirigió a los conservadores en los combates de Amalfi, Anorí, San Bartolo y Carolina; pero Antioquia finalmente sucumbió ante los liberales.

La nueva Constitución liberal de Rionegro, expedida en 1863, ahondó



Pedro Justo Berrío.
Oleo de Jules de Vignon, 1875,
basado en fotografía de Gonzalo Gaviria.
Museo Universidad de Antioquia, Medellín.

el descontento político de Antioquia, lo que originó una nueva guerra. Berrío, con el grado de coronel, reorganizó las fuerzas para enfrentar al presidente mosquerista del Estado, Pascual Bravo, quien fue vencido y muerto en Marinilla, en la batalla del Cascajo. Proclamado presidente en 1864, luchó fuertemente para que el gobierno liberal de la Unión, a cargo de Manuel Murillo Toro, reconociera al conservador y clerical de Antioquia. En 1865 fue el único candidato a la gobernación del Estado para el período de cuatro años establecido en la Constitución seccional, dictada luego del triunfo de 1864 en Marinilla. Berrío atacó la Constitución del 63, dando garantías a la Iglesia, y sostuvo una oposición armada al cuarto mandato de Mosquera (1866-1868) con un ejército de seis mil hombres, con el cual marchó a Bogotá para unirse a las tropas liberales y conservadoras de los demás estados, opositoras al régimen, que lograron vencer en 1867. Fue reelegido en 1869 por la legislatura de Antioquia. Poco a poco logró un aislamiento estratégico, eludiendo las guerras promovidas por sus vecinos liberales (Bolívar, Cauca y Tolima) y ganando respeto con el mantenimiento de unas buenas reservas de armamento. Pudo desarrollar así su programa de «escuelas y caminos», que abarcó el establecimiento de la imprenta y la Biblioteca del Estado, el tendido del primer telégrafo, la creación de la Escuela de Artes y

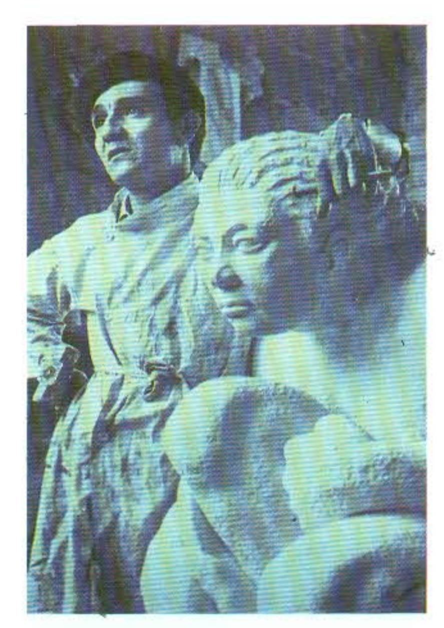
Oficios, la Escuela Normal de Institutores, los colegios públicos de Rionegro y Marinilla, doce colegios privados y más de 300 escuelas gratuitas de primaria, las sociedades de fomento (en agricultura, beneficencia, comercio, instrucción pública y salubridad) en casi todos los distritos de Antioquia, la organización de la policía, la administración del servicio de salud por el Estado, el impulso a la colonización de baldíos y la ampliación de la red de caminos, factor que consideraba fundamental para el desarrollo económico. Impulsó la construcción de un camino carreteable entre Medellín y el río Magdalena, pero contemplando su trazado como el de un futuro ferrocarril. Fue Berrío quien promovió la venida del ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros para lograr este propósito, en el cual lo secundaría el gobernador Recaredo de Villa, quien hizo la contratación en 1874. En 1871 lideró la creación del Banco de Antioquia, el acto económico más destacado de su gobierno. Ante la imposibilidad de una nueva reelección de acuerdo con la Constitución, Berrío se encargó de la rectoría de la nueva Universidad de Antioquia (creada a partir del antiguo Colegio del Estado), entidad a la que se dio un nuevo plan de estudios y autonomía, dotándola de jardín botánico, biblioteca e imprenta propia, varias facultades y una escuela de minas. En la misma Universidad, además, Berrío fue profesor de derecho constitucional y administrativo, diplomacia y urbanidad. Muerto en 1875, su tumba está adornada con un monumento esculpido por su coterráneo Marco Tobón Mejía.

LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

GÓMEZ BARRIENTOS, ESTANISLAO. *Pedro Justo Berrío*. Medellín, Imprenta Oficial, 1928. VILLEGAS, LUIS JAVIER. *Aspectos de la educación en Antioquia durante el gobierno de Pedro Justo Berrío*. Medellín, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1991.

BETANCUR, JOSÉ HORACIO



José Horacio Betancur. Fotografía de autor anónimo. Colección particular, Medellín.

Escultor antioqueño (San Antonio del Prado, julio 2 de 1919 - Medellín, noviembre 10 de 1959). La presencia de lo telúrico es la característica más notable en los trabajos de José Horacio Betancur. Hijo mayor y único hombre del matrimonio conformado por Rafael Betancur y María Betancur, sus hermanas fueron Josefina, Graciela, Elvia y Enriqueta. Los Betancur eran una familia humilde, que se sostenía con el trabajo del padre en la Tipografía Bedout, por esta causa José Horacio tuvo que retirarse del colegio, cuando cursaba quinto año elemental, para vincularse a la Tipografía, donde desempeñó diversos oficios, desde los 14 hasta los 19 años. Desde sus primeros años de colegio, demostró habilidad para la escultura, tallaba los mangos de las caucheras de sus compañeros con figuras femeninas. Estando en la Tipografía, talló para la iglesia de La Candelaria, en un tronco de naranjo y con una navaja común y corriente, la imagen del Señor Caído. Sus compañeros de trabajo lo impulsaron, entonces, para que se inscribiera en el Instituto de Bellas Artes. Allí estudió durante tres años; recibió clases de dibujo y escultura con los profesores Gustavo López y Carlos Gómez Castro, siendo el director de la institución Eladio Vélez. A través de libros, Betancur descubrió los conceptos estéticos del escultor español del siglo XVI Alonso Berruguete, quien ejerció alguna influencia en su trabajo, especialmente en su gusto por las grandes masas y «cierto desprecio por la corrección». El trabajo escultórico de José Horacio Betancur hace referencia a las leyendas que componen nuestra mitología. Su obra intenta recuperar y conservar el simbolismo primitivo, las concepciones elementales de la raza, sus supersticiones y creencias ancestrales. Esta es la manera particular como Horacio Betancur asimiló la inquietud nacionalista que rondaba la creación artística durante los años treinta. En 1941 contrajo matrimonio con Enriqueta Tamayo. De este matrimonio nacieron cuatro hijos: Dora, Horacio, Miguel Angel e Inés. De ellos, Miguel Angel es el único que, como su padre, se dedica a la escultura. En 1948 Betancur hizo su primera muestra individual en el Museo Zea, con 36 tallas en piedra y madera y varios estudios en granito. Luego volvió a exponer en 1951 en el mismo museo, piezas en mármol y madera de considerable tamaño. Entre sus obras, las de mayores dimensiones son *La Madremonte* (ver tomo 6, p. 271), hoy localizada en el Cerro Nutibara de Medellín, y *La Bachué*, ubicada en una fuente luminosa frente al Teatro Pablo Tobón Uribe, también en Medellín. Ambas esculturas fueron realizadas en los primeros años cincuenta, y fueron muy criticadas en su momento, más por razones éticas que estéticas. Para financiar el alto costo de los materiales que demandaba su oficio, Betancur montó con su compañero de clases en el Instituto de Bellas Artes de Medellín, Alberto Fernández, un taller de marquetería en el barrio Buenos Aires. Allí tallaba los marcos en madera con relieves decorativos de hojas y frutos. El negocio prosperó y más tarde, en 1943, apareció como dueño de un taller de ebanistería que llevaba el nombre de "Luis XV, lo que el arte logra en madera". La mexicana María Antonia Pellicer, cliente de su taller y admiradora de sus esculturas, se convirtió en su mecenas, le compró obras y le ayudó económicamente para que pudiera continuar su trabajo de escultor. José Horacio Betancur empezó a figurar como artista desde 1944, pero su carrera se vio interrumpida prematuramente, debido a un accidente con un arma de fuego que le quitó la vida. Murió en Medellín, a los 40 años de edad.

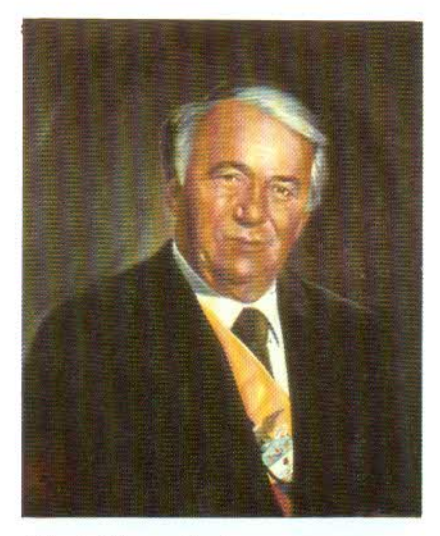
CLAUDIA UMAÑA

Bibliografía

BEDOYA CÉSPEDES, LIBARDO. "José Horacio Betancur: artista de la gubia y el cincel". *El Colombiano*, agosto 28 de 1983. RUBIANO CABALLERO, GERMÁN. *Escultura colombiana del siglo XX*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1983.

BETANCUR CUARTAS, BELISARIO

Abogado, político conservador y presidente antioqueño (Amagá, febrero 4 de 1923). Hijo de Rosendo Betancur y Ana Otilia Cuartas, Belisario inició sus estudios en la vereda El Morro de la Paila, donde nació, y luego los continuó, becado, en el Seminario de Misiones de Yarumal. Se graduó de bachiller en 1941 y de doctor en Derecho y Economía en 1947, con la tesis "El orden público económico", de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. También recibió el grado de Doctor *honoris causa* en Humanidades de las Universidades de Colorado y Georgetown (Washington). En 1945 contrajo matrimonio con Rosa Helena Alvarez, con quien tiene tres hijos: Beatriz, odontóloga; Diego, ingeniero y agrónomo; y María Clara, abogada. Fue diputado a la Asamblea de Antioquia (1945-1947); representante a la Cámara por Cundinamarca en 1950, y luego por Antioquia; miembro de la Asamblea Nacional Constituyente entre 1953 y 1957, donde proclamó que el presidente constitucional era Laureano Gómez y no Gustavo Rojas Pinilla; ministro de Trabajo en 1963, durante el gobierno de Guillermo León Valencia; y creador de la Asociación Nacional de Institutos Financieros (ANIF), de la que fue primer presidente, cargo que ejerció durante un año. Permaneció en España durante dos años como embajador de Colombia, y allí tuvo también la representación diplomática ante los países árabes. Fue candidato a la Presidencia en 1970 y en 1978. Finalmente, el 30 de mayo de 1982 fue elegido presidente de la República, con 3 168 592 votos, hasta entonces la mayor votación en la historia del país. Siendo presidente, impulsó el Grupo de Contadora por la paz en Centroamérica, labor que le valió el Premio de la Paz Príncipe de Asturias en España. Betancur inició la apertura democrática en el país, con la incorporación de los principales grupos y movimientos armados a la vida civil; promovió la vivienda «sin cuota inicial», la universidad «abierta y a distancia», la campaña Camina, orientada a la alfabetización masiva, y la amnistía tributaria. Durante su gobierno se aprobó la ley sobre elección popular de alcaldes; reformas a los regímenes departamental y municipal, al Congreso y a la justicia; el estatuto de televisión; la ley de los días festivos suprimidos



Belisario Betancur Cuartas.
Oleo de Luis Martínez Olivares.
Museo Nacional, Bogotá.

o trasladados a lunes; y el nuevo Código Contencioso Administrativo. Se promulgó el estatuto básico de los partidos y comenzó la exploración y exportación de carbón de El Cerrejón Norte, y la emisión de los canales regionales de televisión como Teleantioquia y Telecaribe.

Paralelamente a su carrera política, Betancur ha ejercido el periodismo y la docencia. Cuando terminó su carrera de abogado escribió en *El Colombiano*, *La Defensa*, *Jerarquía*, *Semana*, y llegó a ser director de *El Siglo*. En asocio con Luis Carlos Ibáñez y Fabio Lozano Simonelli, fundó la editorial Tercer Mundo. Autor de numerosos libros sobre educación, economía, política y sociología, se destacan: *Base para un gobierno nacional*, *Colombia cara a cara* (1961), *El cruce de todos los caminos* (1963), *El viajero sobre la tierra* (1963), *El rostro anhelante* (1966), *Imagen del cambio social en Colombia* (1966), *A pesar de la pobreza* (1967), *De la miseria a la esperanza*, *La ayuda externa* (1970), *Desde el alma del abedul*, *Despierta Colombia* (1970), *Populismo* (1970), *Desde otro punto de vista* (1975), *La otra Colombia* (1975), *Dinero, precios, salarios* (1975), *Cristo del desarrollo*, *El muro antes cegado*, *Cambio, planes y propuestas del Movimiento Nacional*, *Cambio, cambio, Sí se puede* (1982), *El compromiso de la paz: informe al Congreso de Colombia 1982-1986* (1986), *El homo sapiens se extravió en América Latina* (1990) y *El lenguaje como expresión de la historia de Antioquia* (1991), entre otros. También ha escrito cuentos como *Agua linda*, *Media vuelta a la derecha*, y *El viajero sobre la tierra*, en prosa y verso. Es miembro del Consejo Pontificio de Justicia y Paz; de las Academias Colombianas de Historia, de Jurisprudencia y de la Lengua; y de la Comisión Suramericana de Paz, coordinador de las ediciones emblemáticas del V Centenario; se ha desempeñado como presidente de la Fundación Santillana para Iberoamérica, con sede en Bogotá; de la Comisión de la Verdad en el proceso de paz de El Salvador; del grupo ministerial "1992", año de la Salud de los Trabajadores de América Latina y el Caribe; y de la oficina Panamericana de la Salud en Washington; y como vicepresidente del Club de Roma para América Latina [*Ver tomo 2, Historia, pp. 605-609*].

LUZ STELLA TOCANCIPÁ

Bibliografía

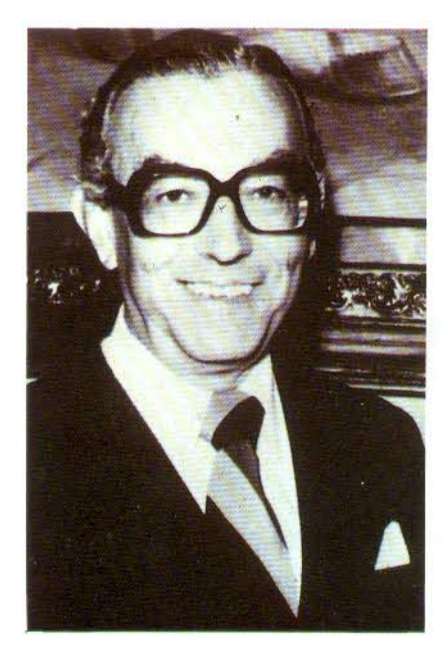
Campaña 82: Belisario Betancur, Alfonso López, Luis Carlos Galán: tres campañas, tres estilos. Bogotá, Fundación Simón Bolívar, 1982. CALDERÓN, AUGUSTO y GERMÁN MANGA. *Belisario Betancur, épocas, batallas y glorias*. Bogotá, Ediciones Gran Premio, 1982. ESCOBAR ORTIZ, MARIO. *José Restrepo Restrepo y Belisario Betancur. Historia de una campaña política*. Manizales, La Patria, 1982. MENDOZA, PLINIO APULEYO. *Los retos del poder: carta abierta a los expresidentes colombianos*. Bogotá, Intermedio, 1991. ROBLEDO, JORGE ENRIQUE. *El drama de la vivienda en Colombia y la política del "Sí se puede"*. Bogotá, Ancora, 1985. VALENCIA COSSIO, RAMIRO. *Nostalgia de Betancur*. Medellín, Impresos, 1986.

BETANCUR MEJÍA, GABRIEL

Ministro de Educación y diplomático antioqueño, nacido en Bogotá el 27 de abril de 1918. Gabriel Betancur Mejía es considerado como uno de los grandes ideólogos y administradores de la educación colombiana en la segunda mitad del siglo XX; así mismo, uno de los más dinámicos impulsores de la integración a través de la Comunidad Latinoamericana de Naciones. Realizó estudios secundarios en el Colegio de San Bartolomé de Bogotá, en la Escuela Normal de Varones de Medellín y en la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Antioquia. Se doctoró en Ciencias Económicas y Jurídicas en 1942, en la Universidad Javeriana, y cursó su postgrado en la Universidad de Syracuse, Nueva York, donde obtuvo su master

en Economía en 1944 y su master en Administración Pública en 1945. Su tesis versó sobre el proyecto para la creación del Instituto Colombiano de Crédito Educativo y Estudios Técnicos en el Exterior (ICETEX). Luego estudió Diplomacia y Economía Internacional en SAIS, Universidad de Johns Hopkins, Washington D.C. Toda su carrera se ha desarrollado alrededor de la economía, las relaciones internacionales, la integración latinoamericana y la educación. Fue agregado y consejero económico de la Embajada de Colombia en Washington. Ha representado al país en las Naciones Unidas, en el Consejo Económico y Social, en el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) y en la UNESCO. Ha sido secretario general de la ANDI (Asociación Nacional de Industriales), secretario de la Comisión Económica de la Conferencia Panamericana en Bogotá (1948), secretario de Asuntos Técnicos y Económicos del presidente Mariano Ospina Pérez, quien creó el 3 de agosto de 1950, el ICETEX; presidente de PELDAR S.A. y director fundador del ICETEX en 1952. Fue nombrado ministro de Educación por el presidente Gustavo Rojas Pinilla, en agosto de 1955 hasta septiembre de 1956. Creó el Planeamiento Integral de la Educación, el cual inició un movimiento extendido primero en la América Latina, a través de la Organización de Estados Americanos (OEA), y luego en el mundo, por intermedio de la UNESCO. Se interesó en buscar una financiación estable y suficiente para el sector educativo; por ello su interés en la creación del Banco Educativo Colombiano, de la Escuela Superior de Administración Pública, del Departamento Administrativo del Servicio Civil, y del Instituto de Educación Rural de Pamplona, todos en 1956.

Gabriel Betancur fue presidente de la Comisión Especial para el Planeamiento y el Desarrollo de la Educación, la Ciencia y la Cultura de la Alianza para el Progreso; director del Fondo Universitario Nacional; subdirector General de la UNESCO en París, responsable de todos los programas educativos en el mundo. En 1966 fue nombrado nuevamente ministro de Educación, por el presidente Carlos Lleras Restrepo, hasta septiembre de 1968. Realizó obras educativas que cambiaron las estructuras y la administración de la educación, con el Plan de Emergencia Educativa de 1967; la creación de los Institutos de Educación Media Diversificada (INEMS) y Técnicos Agrícolas (ITAS); del Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación (ICFES); de Colciencias, Colcultura, Coldeportes, ICOLPE, de Construcciones Escolares y Fondos Educativos Regionales, de acuerdo con los lineamientos del presidente Lleras Restrepo. De 1966 a junio de 1974, fue embajador ante la UNESCO. Organizó y fue presidente del Grupo Latinoamericano y del Grupo de los 77. Fue miembro y vicepresidente del Consejo Ejecutivo y presidente de la Comisión Internacional Asesora del Gobierno Español para la Reforma Educativa, y presidente de la Conferencia Mundial de Educación (1970) en Ginebra; presidente del Comité Internacional Universitario Pro Comunidad Latinoamericana de Naciones; miembro del Club de Roma. Ha recibido reconocimientos como el Premio Andrés Bello de la OEA; de la Organización de Estados Iberoamericanos, de APICE, UNESCO y varios gobiernos. Gabriel Betancur Mejía es un gran planificador, y como tal, concibe las obras mirando hacia el futuro; de ahí su pasión constante por la integración latinoamericana: «Convencido absoluto de que la unión hace la fuerza, es apóstol en el ejercicio de esa filosofía». Reconocido bolivariano, organizó la conmemoración del Bicentenario del Nacimiento del Libertador Simón Bolívar en 1983.



Gabriel Betancur Mejía.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

BETANCUR MEJÍA, GABRIEL. *Documentos para la historia del Planeamiento integral de la Educación*. Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 1984. BETANCUR MEJÍA, GBRIEL. *La Comunidad Latinoamericana de Naciones - Nueva Potencia Mundial*. Bogotá, ICFES, 1992.

BOLÍVAR, SIMÓN

Militar venezolano, Libertador de América (Caracas, julio 24 de 1783 - Santa Marta, Colombia, diciembre 17 de 1830). Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios, el más completo de los americanos, libertador por antonomasia, creador de Bolivia, fundador de la primera Colombia, héroe máximo de la independencia de seis repúblicas de hoy, no nació ni pobre ni revolucionario, sino en una cuna aristocrática (mantuana), dueño de una rica fortuna entonces representada por minas, haciendas cacaoteras y cientos de esclavos, y en circunstancias tan distanciadas de la insurgencia de los pueblos, que bien pudo ser un representante del poder colonial español y un desalmado explotador del pueblo, pero su desinterés, inteligencia y rebeldía hicieron que, a la vuelta de pocos años y después de unas cuantas decisiones radicales, se pusiera a la cabeza del más profundo y vigoroso movimiento insurreccional llevado a cabo en el sur de América. Hijo del coronel Juan Vicente y de María Concepción, Bolívar quedó huérfano de padre cuando tenía tan sólo dos años y medio (1786), y de madre a los nueve (1792); vivió con su abuelo materno Feliciano Palacios, y a su muerte, quedó al cuidado de su tío y tutor Carlos Palacios. A los 12 años, en julio de 1795, mostró tempranamente su rebeldía, al huir de la casa del tío para vivir con su hermana casada María Antonia, donde tampoco pudo tener paz, no obstante el cariño que mutuamente se profesaban. Se le envió entonces a vivir a casa del maestro de primeras letras, el jacobino socialista Simón (Carreño) Rodríguez (1771-1854), hombre de cultura política avanzada que mucho influyó en la educación del futuro Libertador. Pero Simón Rodríguez, como se quiso llamar él mismo, se fue de Caracas en 1797. Otro ilustre caraqueño, Andrés Bello (1781-1865), le dio clases de historia y geografía, y el padre capuchino Francisco Andújar le enseñó

matemáticas. Todos ellos iniciaron la formación elemental de Bolívar, pero en gran medida se le puede considerar como hombre de cultura autodidacta. Muchos creen que la vocación del joven Bolívar era el ejercicio de las armas, porque antes de los 14 años había ingresado como cadete en el batallón de *Milicias de Blancos de los Valles de Aragua*, del que tiempo atrás había sido coronel su padre. Pero esa educación de miliciano era común en la época, cuando no había otra opción distinta que los seminarios religiosos. A comienzos de 1799 fue enviado a Madrid, donde otros tíos. Esteban y Pedro Palacios se encargaron de afinar su educación, puliéndola en extremo. El cambio fue tan rápido que si se le compara con la redacción y ortografía de la primera carta autógrafa que Bolívar escribió a su paso por México, en viaje a España, no deja de sorprender por la diferencia tan notable que revela. Ese refinamiento se le debe en parte al sabio marqués Jerónimo de Ustáriz y Tobar, caraqueño avecindado en Madrid, que se encargó de darle a Bolívar, entre los 16 y 19 años, la educación de un cortesano: amplio conocimiento de la cultura clásica, literatura y arte, francés, esgrima y baile. La frecuente asistencia a fiestas y saraos, la versátil pero vanidosa vida de las altas clases sociales, bien pudieron absorber al inquieto, simpático y rico americano en Europa. En Madrid conoció a María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza (1781-1803), de quien se enamoró profundamente. Se casaron en 1802, no obstante la juventud de los dos, ella de 21 y él un poco menor, de 19. Su proyecto de vida era el propio de un heredero de ricas haciendas: fundar un hogar, tener hijos, acrecentar las propiedades. Pero la suerte les dio otro destino, porque a los pocos meses de llegados a Venezuela, María Teresa murió de fiebre amarilla. Fue el único matrimonio de Bolívar, y a lo largo de su vida fue fiel a su promesa de no volverse a casar, pero amó, y con frecuencia, a otras mujeres.

La vida de Bolívar entre 1802, antes de su matrimonio, y 1806, está caracterizada por el despilfarro y la banalidad. Los placeres de la vida fácil en Europa para quien es rico y los mil atractivos del esplendor napoleónico pudieron fascinar a Bolívar por un tiempo, el suficiente para hartarse. Pero no todo el tiempo. Hay constancia de sus críticas ponzoñosas al boato del Consulado y a la corrupción que se adueñaba de París, de su deseo de hacer algo útil por su patria, así fuera dedicarse a las ciencias físico-químicas, y del trato no muy frecuente pero suficiente con sabios como el barón von Humboldt, Aimé Bonpland y otros, lo que demuestra que a la par que Bolívar se divertía con holgura, también maduraba proyectos superiores. Estando en Roma un día de agosto de 1805, en el Monte Aventino juró, ante su maestro Rodríguez, regresar a América y prestarle apoyo a la lucha armada. Por entonces muchas ideas políticas de avanzada ya eran del dominio público: la república electiva, la igualdad ante la ley, la abolición de la esclavitud, la separación de la Iglesia y el Estado, la tripartición de poderes, la libertad de cultos y el derecho de gentes (los derechos humanos) constituían, por así decirlo, el consenso americano, pero faltaba quien hiciera realidad, acto de gobierno, todo ese proyecto liberador. Y era imposible hacerlo en una colonia, puesto que no se trataba de cambiar de rey, sino de abolir la monarquía; ni de discutir los yerros de la dominación española, sino de imponer la soberanía del pueblo. Por todo eso se debía hacer la guerra. A fines de 1806, al saber que Francisco de Miranda (1750-1816) se dedicaba a fomentar la guerra en Venezuela, Bolívar decidió regresar, y después de un recorrido por Estados Unidos, llegó a su patria a mediados de 1807.



Simón Bolívar.
Oleo de Pedro José Figueroa, 1821.
Concejo Municipal de Santafé de Antioquia.

Se inicia el proyecto liberador Campaña Admirable (1813)

Es verdad que Bolívar regresó a Venezuela para administrar sus fincas, pero también es cierto que en las reuniones que se llevaban a cabo en su quinta de recreo, a orillas del río Guaire, más que tertulias literarias se tramaban conspiraciones. Por eso al estallar la chispa insurreccional en Caracas, el 19 de abril de 1810, cuando el pueblo desconoció al gobierno colonial de Vicente Emparán, Bolívar, en compañía de Andrés Bello y Luis López Méndez, fue nombrado por la junta revolucionaria comisionado ante el gobierno británico, con la exacta instrucción de convencer al ministro de Asuntos Exteriores, Lord Wellesley, de apoyar la insurrección caraqueña. En diciembre de 1810 regresó Bolívar a Caracas con pocos triunfos diplomáticos, porque el gobierno inglés, aunque simpatizaba con los actos independentistas de los americanos, como una manera de socavar la hegemonía española en este continente, estaba unido a España por un tratado de alianza. Mientras tanto, Bolívar había convencido a Miranda para que lo acompañara en un nuevo esfuerzo por consolidar la independencia de su patria. En 1811 Bolívar, con el grado de coronel que le concedió la Sociedad Patriótica de Caracas y bajo las órdenes de Miranda, contribuyó a someter a Valencia, que no obedecía a la Sociedad, y en 1812, a pesar de sus esfuerzos por defender la plaza de Puerto Cabello, a él confiada, no logró evitar que cayera en manos de los realistas debido a una traición. Desilusionado ante la rendición del generalísimo Miranda ante el jefe español Domingo de Monteverde, pero deseoso de continuar la lucha, Bolívar decidió, en unión de otros jóvenes oficiales, apresar a Miranda. Aunque Bolívar no lo entregó a los españoles, otros sí lo hicieron, y el infortunado precursor fue embarcado preso hacia Cádiz, donde murió poco después. Todos perdieron aquella vez, y Bolívar apenas logró un salvoconducto para emigrar, gracias a su amigo Francisco Iturbide. Se trasladó a Curazao y luego a Cartagena de Indias, donde escribió uno de sus más célebres documentos, la "Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño", cono-

cido también como Manifiesto de Cartagena (diciembre 15 de 1812). Allí se opuso a la copia acrítica de fórmulas políticas buenas para «repúblicas aéreas», criticó el federalismo como inadecuado para los nuevos Estados emergentes, sugirió la formación de un ejército profesional en vez de milicias indisciplinadas, proclamó la necesidad de centralizar los gobiernos americanos y propuso una acción militar inmediata para asegurar la independencia de Nueva Granada, consistente en reconquistar a Caracas, que era, a su sentir, la puerta de toda la América meridional. Propuso, en fin, pasar a la ofensiva estratégica. En la práctica, esa fue la campaña que de inmediato llevó Bolívar a cabo con éxito notable, acrecentando su prestigio de supremo director de la guerra. Así pues, a la cabeza de un pequeño ejército, limpió de enemigos los márgenes del Magdalena, ocupó en febrero de 1813 a Cúcuta, y en sólo 90 días, entre mayo y agosto, liberó a Venezuela en una rápida y fulgurante sucesión de batallas. Por eso esta campaña recibió el nombre de Admirable y Bolívar fue aclamado por vez primera como Libertador, título oficial que le concedió la ciudad de Caracas en octubre de ese año y con el que será universalmente reconocido.

Casi a la vez, ocurrió otro suceso memorable: en junio, al pasar por Trujillo, Bolívar decretó la guerra a muerte, con lo que consiguió solucionar el problema fundamental en toda guerra, que es hacer el deslinde político-ideológico entre amigos y enemigos y sentar un elemental principio de identidad nacional y de clase. Afirmó que eran americanos los que luchaban por su independencia sin importar país de nacimiento ni color de la piel; y que eran enemigos los que aunque nacidos en América, no hicieran nada por la libertad del Nuevo Mundo. Con ese decreto, tan vituperado incluso por bolivarianos de nota, Bolívar logró separar, tajantemente, los dos campos, evitando el apoyo que mantuanos y hacendados criollos daban a los realistas; creó condiciones para la guerra de todo el pueblo, en la que nadie podía permanecer indiferente; y atrajo a llaneros, cimarrones, indios y esclavos al ejército patriota. En el decreto de Guerra a Muerte está el secreto de la Campaña Admirable, que es, a su vez, la clave de la libertad de Venezuela.

Sin embargo, el establecimiento, por segunda vez, de la república en



Simón Bolívar.
Oleo de autor anónimo.
Fondo Cultural Cafetero, Bogotá.

Venezuela no duró mucho tiempo. A pesar de triunfos en batallas como las de Araure, Bocachica o la primera de Carabobo, y de resistencia heroica como la defensa de San Mateo, Bolívar en el occidente del país y Santiago Mariño en el oriente se vieron obligados a cederle el terreno al sanguinario asturiano realista José Tomás Boves (1782-1814), quien al vencer a los patriotas en el combate de La Puerta (junio de 1814), los obligó a evacuar la ciudad de Caracas. Se produjo, entonces, la patética emigración de veinte mil habitantes hacia Barcelona y Cumaná huyendo de la persecución de Boves. Con otros oficiales, Bolívar logró escaparse a Cartagena otra vez, donde podía hallar refugio y renovados apoyos. Cuando todo parecía llegar a su fin, derrotado y desconocido por sus antiguos partidarios, Bolívar lanzó en Carúpano (septiembre de 1814) un manifiesto lleno de serenidad, con la mira puesta en el futuro, superando las aciagas circunstancias momentáneas. Propuso algo más que la independencia, que es la libertad, se declaró culpable de los errores cometidos pero inocente de corazón, y se sometió al juicio del Congreso soberano: «Libertador o muerto —dijo— mereceré el honor que me habéis hecho, puesto que ninguna potestad humana podrá detenerme hasta volver segundamente a libertaros».

Carta de Jamaica (1815)

Al servicio de la Nueva Granada, Bolívar recibió la orden del Congreso de ocupar la provincia disidente de Cundinamarca para incorporarla a las Provincias Unidas. Cercó entonces a Bogotá, la que pese a la excomunión eclesiástica, logró tomar sin derramamiento de sangre. De esta manera, en enero de 1815, se pudo trasladar el Congreso de Tunja a Santafé. En seguida partió el Libertador a Santa Marta, pero en Cartagena se encontró con la hostilidad de Manuel del Castillo, que aunque del ejército patriota, abrigaba de tiempo atrás resentimientos contra Bolívar. Bolívar había decidido poner sitio a Cartagena, pero desistió para evitar el enfrentamiento armado que hubiera sido el comienzo de una guerra civil cuando más se necesitaba la unión, porque se acercaba la reconquista española de Pablo Morillo, al frente de 15 mil veteranos. Bolívar emigró a Jamaica, el 14 de mayo de 1815. Ante tan desesperada situación, Cartagena, asediada por Morillo, proclamó en octubre su anexión a Inglaterra en busca del apoyo británico. El duque de Manchester, gobernador de Jamaica, hizo caso omiso de la solicitud cartagenera. Bolívar se dedicó en Kingston a una intensa campaña publicitaria en *The Royal Gazette*. Escribió varias cartas públicas a comerciantes ingleses, describiendo la situación de América en su conjunto, con realismo, ecuanimidad y clarividencia, a tal punto que todo lo allí indicado se cumplió cabalmente a lo largo del siglo XIX. Por eso han sido llamadas proféticas esas cartas, en especial la firmada el 6 de septiembre de 1815, dirigida a Henry Cullen, "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla" Nuevamente la estrategia integracionista de Bolívar para hacer de América una respetable «nación de repúblicas» tuvo aquí su presencia. Otra carta firmada por "El Americano", menos conocida, es una vívida descripción y diagnóstico de la plural identidad latinoamericana, con fundamento en su diversidad étnica.

Tal vez en la vida de Bolívar no hubo otro año más desastroso que 1815, pues no sólo se vio exiliado y sin recursos, sino que fue víctima de un intento de asesinato a manos de su antiguo criado Pío, sobornado por los agentes de Salvador de Moxó, gobernador realista de Caracas. Se trasladó entonces a la República de Haití, donde su presidente, Alejandro Pé-

tion, le proporcionó magnánima ayuda con la condición única de que otorgara la libertad a los esclavos negros. Al poco tiempo salió de Los Cayos una magnífica expedición al mando de Bolívar, que llegó en mayo de 1816 a la isla de Margarita y tomó Carúpano por asalto. Bolívar decretó el 2 de junio la libertad de los esclavos. Ese mismo año retornó a Haití, donde se pertrechó por segunda vez y volvió a la carga. A comienzos de 1817 encontramos a Bolívar en Barcelona, trabajando para hacer de la provincia de Guayana un bastión en la liberación de Venezuela: había comprendido que debía hacerse fuerte donde el enemigo es débil y modificar la estrategia de ocupar las principales ciudades costeras. De esta manera, en julio tomó la capital principal, Angostura (hoy ciudad Bolívar); en octubre organizó el Consejo de Estado, y en noviembre el Consejo de Gobierno, el Consejo Superior de Guerra, la Alta Corte de Justicia, el Consulado, el Concejo Municipal, y dio pasos para editar su propio órgano de prensa, *El Correo del Orinoco*, que apareció en junio de 1818. En aquella época no sólo se le oponían los españoles: también uno de sus generales, Manuel Piar, quien prevalido de su segundo nivel jerárquico y de ser negro, trató de resucitar la guerra de razas de la época de Boves, aunque esta vez en el espacio republicano: Bolívar lo paró en seco, y ante su deserción, ordenó su prisión y juicio. Piar, lamentablemente, fue condenado al fusilamiento por el Consejo de Guerra, sentencia que se cumplió el 16 de octubre, consolidando, a tan alto precio, la autoridad de Bolívar y evitando así una inaudita guerra de razas.

Campaña Libertadora Batalla de Boyacá (1819)

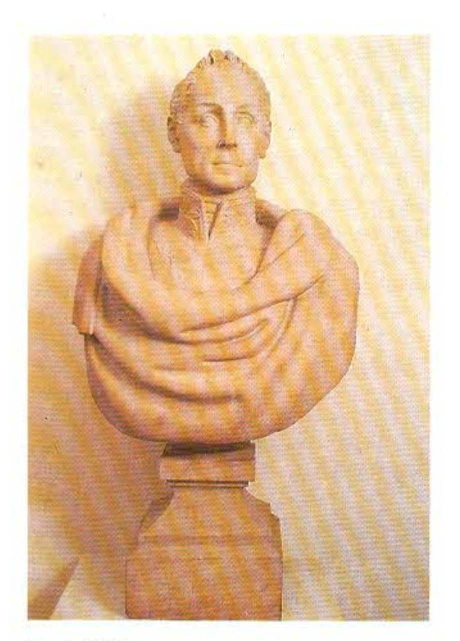
El año siguiente fue dedicado a la planeación de una gran estrategia libertadora. Ahora, ya arraigados los patriotas en el oriente venezolano, con el Orinoco como vía regia para comunicarse con los proveedores de armas y hombres del exterior, con los llanos del Apure al centro y la selva virgen a la espalda, se podía diseñar una campaña a mediano plazo. Bolívar logró sorprender a Morillo en Calabozo, aunque los patriotas perdieron la batalla en Semén. En Rincón de los Toros una patrulla realista casi descubre a Bolívar, y se salvó por un golpe de suerte. Pero estas eran contingencias de la guerra. Lo principal era que



Simón Bolívar.
Bordado sobre papel, por Nieves Martínez.
Museo Nacional, Bogotá.

se tenía una gran base patriota y que se había revertido la geografía de la revolución, cuando en 1814 los realistas eran dueños de los llanos y las selvas y los insurgentes de las costas y ciudades. La nueva estrategia, pues, daba sus frutos. En febrero de 1819 Bolívar convocó y logró reunir un congreso en Angostura, donde pronunció un discurso considerado después como el más importante documento político de su carrera de magistrado. Presentó también un proyecto de Constitución. Mientras tanto, uno de sus generales, Francisco de Paula Santander (1792-1840) había organizado un considerable ejército en los llanos orientales neogranadinos. A su vez, el general llanero José Antonio Páez (1790-1883), que le juró obediencia, había levantado un temible ejército de lanceros. En circunstancias diferentes los dos habían dado pruebas de fuerza, éste de valor temerario y aquél de meticulosa preparación. Por ejemplo, en Las Queseras del Medio, Páez había sido rodeado por Morillo, quien tenía cerca de seis mil soldados, mientras él sólo tenía unos cuarenta jinetes; atrajo a mil soldados realistas llano adentro aparentando retirada, y cuando los españoles le daban alcance, Páez gritó «¡Vuelvan caras!»; los terribles lanceros le hicieron a Morillo 400 bajas entre muertos y heridos, provocando la desbandada realista (abril de 1819). A su vez, Santander, con inacabable paciencia, había entrenado en Casanare y en pocos meses, un ejército de alrededor de 1300 soldados.

En mayo de 1819, Bolívar le confió al vicepresidente nombrado en Angostura, Francisco Antonio Zea, que desde hacía mucho había meditado una empresa que «sorprenderá a todos porque nadie está preparado para oponérsele». A Santander le había ordenado días antes que concentrara «todas sus fuerzas en el punto más cómodo y favorable para entrar al interior» de la Nueva Granada. Envió a Páez a los valles de Cúcuta como táctica de distracción, pues siempre pensó sorprender al general José María Barreiro y sus 4500 hombres, penetrando al territorio realista por el lugar menos propicio. Con los 2100 hombres que llevó Bolívar y los 1300 que tenía Santander, se llevó a cabo el epopéyico tramonte de los Andes. Hombres todos de tierras calientes y bajas fueron impelidos a subir a páramos de cuatro mil metros de altura, por caminos inciertos y precipicios de espanto, llevando armas, cabalgaduras, vituallas y parque. Rápidos combates en Pisba, Gámeza y el Pantano de Vargas pusieron a los españoles a la defensiva, aunque los patriotas se vieron por momentos en serios peligros de perder la iniciativa. El 7 de agosto se dio la batalla del Puente de Boyacá que, siendo de menor importancia militar que la del Pantano de Vargas, tuvo mayor repercusión política, pues los restos del ejército español fueron derrotados y el propio Barreiro y su alta oficialidad cayeron prisioneros. A consecuencia de esta batalla de cuatro horas, el oriente de América meridional quedó liberado, incluyendo a Santafé, su capital. Las bajas españolas fueron entre 400 muertos y heridos, además de la pérdida total de los pertrechos de guerra, gran parte de la caballería y 1600 prisioneros. Por si fuera poco, el virrey Juan Sámano, al enterarse del desastre, huyó de Santafé dejando intacto el tesoro real, calculado en un millón de pesos de oro. Morillo escribió al rey de España: «Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates». Dejó Bolívar el mando de la Nueva Granada al general Santander, y sin pérdida de tiempo tornó a Venezuela. En Angostura, a propuesta suya, el Congreso expidió la Ley Fundamental de la República de Colombia (diciem-



Simón Bolívar por Francisco Camacho. Museo Nacional, Bogotá.

bre 17 de 1819). Aunque por corto tiempo, el ideal integrador de una gran nación americana inició así su hermosa realidad.

Liberación de Venezuela, Ecuador y Perú

A la fundación de la Magna Colombia se agregó otro hecho feliz: en enero de 1820 estalló en España la revolución del general Rafael Riego, quien se opuso a la reconquista americana y facilitó la firma en Trujillo, Venezuela, de un armisticio y un tratado para la regulación de la guerra. Bolívar y Morillo, enemigos ayer, se entrevistaron en el pueblo de Santa Ana. Al cese de la tregua, los ejércitos patriotas reiniciaron con renovadas fuerzas la lucha independentista, lográndose la victoria el 24 de junio de 1821 en la sabana de Carabobo. Los restos del ejército español se refugiaron en Puerto Cabello, y en 1823 se rindieron incondicionalmente. Ahora Venezuela quedó libre y sólo faltaba Ecuador, donde aún permanecían los realistas. Después de breve estadía en Cúcuta, donde se reunieron los congresistas para aprobar una nueva Constitución, Bolívar se encaminó por Bogotá hacia el sur, mientras el general Antonio José de Sucre (1795-1830) hacía lo mismo desde Guayaquil. En Bomboná se venció la resistencia de los pastusos y en Pichincha, el 24 de mayo de 1823, se liberó definitivamente al Ecuador, quedando así integrado el bloque de países grancolombianos. Pero los españoles eran todavía fuertes y dominaban en tierra peruana, constituyendo una seria amenaza no sólo para Colombia, sino para la sobrevivencia del sistema democrático y republicano en toda la América. Además, todavía allí existían ideas monarquistas, que ataban a muchos patriotas a la vieja sociedad. Para discutir esos y otros proyectos libertarios se reunieron en Guayaquil (puerto recién liberado por Colombia) Bolívar y el general José de San Martín (1777-1850), libertador de Argentina y Chile y protector del Perú. Se ha dicho que lo hablado a solas entre los dos constituye un misterio indescifrable hasta hoy, pero a juzgar por lo que sucedió inmediatamente después, se puede colegir lo pactado: San Martín reconoció la soberanía colombiana en Guayaquil, solicitó y obtuvo el apoyo militar de Bolívar para avanzar al sur del continente con sus veteranas tropas, y él mismo ofreció irse de América para no crear conflicto de poderes con los colombianos. Bolívar, a su vez, vio la gran oportunidad para asegurar la independencia de Colombia y prestar al mismo tiempo concurso decisivo a la liberación suramericana.

En 1823 la situación político-militar de Perú distaba mucho de ser apacible. Las divergencias entre el presidente José Riva Agüero y el Congreso dividieron la nación, mientras los españoles seguían intactos en la sierra. Las tropas de auxilio argentinas, chilenas y las colombianas, recién llegadas, se habían cansado de esperar una resolución definitiva. Los propios realistas estaban también divididos entre monarquistas recalcitrantes y liberales. Perú parecía un caso perdido. En tan crítica situación, Bolívar fue llamado formalmente por el Congreso, con facultades para reorganizar el ejército. Cuando se aprestaba a ocupar el Perú, la guarnición de El Callao se pasó a los realistas y Lima pasó a manos españolas. Entonces el Congreso se disolvió a sí mismo y designó a Bolívar dictador, como en la antigua Roma, entregándole todos los poderes para salvar al país. Pero contra los que pensaron que Bolívar se contentaría con asumir su autoridad de manera apenas circunstancial, se sorprendieron cuando un poderoso ejército multinacional de colombianos, argentinos, peruanos e incluso europeos, emprendió la ofensiva estratégica. El 6 de agosto de 1824 Bolívar derrotó en Junín al Ejército Real, en una brillante operación con armas blancas, la última gran batalla que así se dio en la historia mundial. Y pocos meses después, siguiendo la estrategia bolivariana, se dio el 9 de diciembre la batalla de Ayacucho, el más grande enfrentamiento de tropas que ha habido en toda la historia de América hasta hoy, pues pelearon 5780 aliados americanos contra 9320 realistas. Casi todos, el virrey, todo el Estado Mayor, 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 468 oficiales y los generales José de Canterac y Jerónimo Valdés, así como la gran mayoría de la tropa, quedaron prisioneros. Los datos son útiles, porque con la batalla de Ayacucho terminó la etapa militar de la independencia americana y las iniciativas estratégica y táctica pasaron definitivamente a los ejércitos patriotas.

Dos días antes del triunfo, el 7 de diciembre, el dictador Bolívar y su secretario José Faustino Sánchez Carrión, a nombre del Perú, cursaron una invitación a los gobiernos independientes de Colombia, México, Centroamérica, Chile y La Plata, es decir, que así quedaba reunida toda la América antes española. Aunque el Imperio del Brasil también fue invitado y aceptó participar, no asistió. Chile tampoco porque el Congreso no se había reunido para aprobar el viaje de sus delegados, y cuando lo pudo hacer, ya había concluido la reunión en Panamá. Las Provincias Unidas del Río de la Plata, bajo la presidencia de Bernardino Rivadavia, por distintas causas dejaron de asistir. Bolivia nombró delegados, pero no pudieron viajar oportunamente. Los Países Bajos fueron invitados como observadores, pero su delegado olvidó las credenciales y el Congreso no pudo habilitarlo. Francia, todavía comprometida con España, declinó la invitación. Paraguay no fue invitado porque la gobernaba el doctor José Gaspar Rodríguez Francia y estaba aislado de todo contacto exterior. Haití fue discriminado por el vicepresidente de Colombia, Santander, quien, en cambio, contra expresas instrucciones de Bolívar, invitó a Estados Unidos. Pero ninguno de los tres delegados norteamericanos pudo asistir a Panamá: Ricardo C. Anderson murió durante el viaje, John Sargeant llegó tarde y Poinsett esperó inútilmente el traslado del Congreso Americano de Panamá a Tacubaya, en México. Gran

Bretaña fue invitada y asistió como observador. En resumen, el 22 de junio de 1826 lograron reunirse en la ciudad colombiana de Panamá, ocho delegados de cuatro países: Centroamérica, Colombia, México y Perú. Sesionaron en 10 ocasiones y aprobaron dos documentos trascendentales: el Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua y la Convención de Contingentes Militares y Navales. También se discutió el problema de la esclavitud de los negros, la independencia de Cuba y de Puerto Rico, y se creó un ejército de 60 mil soldados, una flota y un comando naval. Pero muchas intrigas políticas y saboteos más o menos encubiertos, malograron el espléndido proyecto anticolonial americano. Sin embargo, el teatro de la guerra pudo crecer después de Ayacucho por las amenazas de la Santa Alianza europea monarquista, para intervenir con 100 mil hombres en América, según la oferta de Francia a España. El 8 de marzo de 1825, en carta a Santander, Bolívar expuso su idea de una guerra popular prolongada como freno eficaz a la intervención europea. Su estrategia era permitir la invasión, dejarlos entrar, cerrarles las salidas y los suministros en Cartagena y Puerto Cabello, y atacarlos por partes mediante la guerra de guerrillas. No dudó en que ésta sería una gran guerra mundial desatada por los tronos contra las nuevas repúblicas liberales. De un lado estarían la Santa Alianza y las monarquías europeas, y del otro, Inglaterra y la América entera.

Constitución boliviana y dictadura

Entretanto, Bolívar renunció a la dictadura ante el Congreso peruano, que lo colmó de honores como ni Venezuela ni Colombia lo habían hecho: un millón de pesos para él, otro para su ejército, espada y corona de laureles de oro, medallas para la tropa, y otros. Bolívar rehusó el dinero pero aceptó los homenajes. Viajó por Arequipa, Cuzco, Potosí. En Chuquisaca, las provincias del Alto Perú, antes subordinadas a Argentina, proclamaron la independencia con el nombre de República Bolívar; se llamó así la que hoy conocemos como Bolivia. A solicitud de su Congreso, Bolívar redactó la Constitución del nuevo Estado, otro documento fundamental para conocer el pensamiento que la prolongada guerra habría hecho germinar en el Libertador: hacer un Estado tan fuerte como democrático, sacando experiencias tanto del pensamiento clásico greco-latino, como de la democracia norteamericana. En su Constitución, el presidente y el Senado hereditario serían el freno a las ambiciones personales de los caudillos. Los ciudadanos votarían no sólo para elegir el poder ejecutivo y el legislativo, sino también para formar un poder electoral encargado de nombrar jueces, gobernadores y curas. Ese sería el logro de la democracia plena. La Constitución para Bolivia, claro resumen del pensamiento político de Bolívar, fue mal entendida en su época y peor promocionada. Tildada de tiránica por los liberales, la "vitalicia", como se le caracterizó, fue el punto de referencia de toda la invectiva contra el Libertador en los cuatro años siguientes. Sin embargo, aunque Bolivia la adoptó por dos años, y el Perú la aprobó aunque sin implantarla, en Colombia se le impugnó con severidad todo el tiempo, a pesar de que Bolívar la defendió tenazmente como una Constitución más liberal que la de Cúcuta de 1821.

Viejas rivalidades entre caudillos y la incapacidad para superar el regionalismo lugareño existente entre los pueblos desde la época colonial, fueron atizadas en abril de 1826, so pretexto de oponerse al modelo de la Constitución para Bolivia. Mientras Bolívar se distanciaba de Santander y éste de Páez, estalló en Venezuela una insurrección contra las autoridades centrales de Bogotá. Bolívar marchó a Caracas a sofocar la revuelta, conocida como La Cosiata, y logró la paz a comienzos de 1827. Regresó a Bogotá en septiembre y asumió la Presidencia de la República, desplazando a Santander, quien la ejercía como vicepresidente ejecutivo. Para conciliar los ya dos bandos opuestos, bolivaristas y santanderistas, se convocó a una Convención Nacional, en Ocaña, en 1828, que fracasó rotundamente dejando al país sin una ley fundamental. Ante la virtual anarquía, Bolívar asumió en agosto la dictadura que le ofrecían los pueblos. Pero el 25 de septiembre, un heterogéneo grupo de teóricos radicales, importadores y masones, casi todos jóvenes, conspiró contra Bolívar para darle muerte. Aunque varias veces había salido bien librado en atentados contra su vida, esta vez la conjura tenía características más oprobiosas, en parte por su calidad de presidente, y porque los principales conjurados eran sus compatriotas. La oportuna intervención de la bella quiteña Manuelita Sáenz le salvó la vida, gracias a su desplante y serenidad ante los asesinos. Aunque Bolívar quiso ser magnánimo con sus enemigos, el auge que había tomado el partido antibolivariano y la situación general del país aconsejaron al gobierno actuar con severidad. Pero el Libertador cayó preso de una mortal tristeza.



Simón Bolívar.
Oleo de Pablo Sansegundo.
Museo Nacional, Bogotá.

Años finales

Los últimos dos años de la vida de Bolívar están llenos de amargura y frustración. Hizo un balance de su obra, comprobando que lo más importante quedó sin hacer, mientras lo hecho se desmoronaba. La independencia integral de América, el plan para llevar las tropas libertarias a Cuba, Puerto Rico y Argentina, que se aprestaba a una guerra contra el imperio brasileño, o a la España monárquica, si fuera necesario, quedaban como lejanas utopías imposibles de realizarse. La confederación grancolombiana, o la andina, o la anfictionía americana, todo eso que estuvo a punto de cumplirse, debía posponerse ante otro tipo de problemas inmediatos: fuerzas del Perú invadieron el Ecuador, y su expulsión le llevó casi todo 1829. El general José María Córdova, uno de sus más cercanos amigos, dirigió una revuelta y fue ase-

sinado. El general Páez, desobediente y desleal, se le insubordinó también y declaró la separación de Venezuela. Se vio obligado a expulsar de Colombia a Santander, antes uno de sus mejores aliados. A comienzos de 1830, Bolívar regresó a Bogotá para instalar otra vez un Congreso Constituyente; ante esa soberanía, renunció irrevocablemente. Ahora sólo deseaba irse lejos de Colombia, a Jamaica o a Europa, aunque vaciló y pensó que bien valía la pena comenzar de nuevo, reuniendo a sus leales en la costa colombiana. Varios sectores del ejército se levantaron, esta vez en su favor, pero ya era tarde. Cada vez más enfermo, logró llegar a Cartagena a esperar el buque que lo alejaría de tanta ingratitud. Para su mayor desgracia, recibió en Cartagena la noticia de que Sucre, el más capaz de sus generales y tal vez el único que podía sustituirlo, había sido asesinado en Berruecos, a los 35 años de edad. Contemporizando con la muerte que ya se anunciaba, aceptó la hospitalidad que le ofrecía el generoso español Joaquín de Mier, para llevarlo a su finca, un trapiche llamado San Pedro Alejandrino, en las proximidades de Santa Marta, a descansar. Tradicionalmente se ha dicho que Bolívar estaba tuberculoso, pero algunos médicos sostienen hoy día que una amibiasis le atacó el hígado y los pulmones. Dictó testamento el 10 de diciembre de 1830. Ese mismo día emitió su última proclama pidiendo, rogando por la unión. Siete días después, a la una de la tarde, como dijo el comunicado oficial, «murió el Sol de Colombia». Vivió 47 años, 4 meses y 23 días. Sepultado en la iglesia mayor de Santa Marta, allí quedó su corazón, en una urna, cuando los restos fueron llevados a Caracas doce años después.

Un recuento de su obra militar no encuentra similar en la historia de América. Participó en 427 combates, entre grandes y pequeños; dirigió 37 campañas, donde obtuvo 27 victorias, 8 fracasos y un resultado incierto; recorrió a caballo, a mula o a pie cerca de 90 mil kilómetros, algo así como dos veces y media la vuelta al mundo por el Ecuador; escribió cerca de 10 mil cartas, según cálculo de su mejor estudioso, Vicente Lecuna; de ellas, se conocen 2939 publicadas en los 13 tomos de los *Escritos del Libertador*; su correspondencia está incluida en los 34 tomos de las *Memorias del general Florencio O'Leary*; escribió 189 proclamas, 21 mensajes, 14 manifiestos, 18



Simón Bolívar.
Oleo de O. Rodríguez Naranjo
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

discursos y una breve biografía, la del general Sucre. Personalmente, o bajo su inspiración, se redactaron cuatro Constituciones, a saber: la Ley Fundamental del 17 de diciembre, creadora de Colombia (Angostura); la Constitución de Cúcuta (1821); el proyecto de Constitución para Bolivia (1825); y el decreto orgánico de la dictadura (1828). No tuvo tiempo para completar su obra magna: la unidad política de Latinoamérica, la liberación de Cuba y Puerto Rico, el apoyo a Argentina contra el imperio brasileño, la Confederación Andina (1825), la ayuda a la propia España para liberarse de los monarquistas (1826), en fin, el establecimiento de una sociedad utópica, donde se logre «la mayor suma de felicidad posible, la mayor suma de seguridad social y la mayor suma de estabilidad política» (1819). En 20 años de intensa vida política, 7538 días de actividad revolucionaria, a partir de su misión diplomática a Londres (1810) y hasta su deceso en Santa Marta, casi no hubo día en que no redactara una carta o emitiera un decreto, o que recorriera 13 kilómetros diarios en promedio. América ha reconocido a Bolívar como el paradigma y símbolo más querido de su identidad y soberanía. En 1842 el Congreso de Venezuela dispuso que las cenizas del Libertador fueran trasladadas con toda pompa de Santa Marta a Caracas y reposan hoy en el magnífico Panteón Nacional. En 1846 Colombia puso la estatua de Pietro Tenerani en el centro de Bogotá. En 1858 Lima le erigió una estatua ecuestre, reconociéndolo como Libertador de la nación peruana. En 1891 Santa Marta puso una estatua de mármol junto a la Quinta de San Pedro Alejandrino. Ya desde la segunda mitad del siglo XIX se le levantaron monumentos en casi todas las ciudades importantes de América y en muchas de Europa. Se cumplió así la insuperable sentencia de Choquehuanca: «Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina» [*Ver tomo 1, Historia, "La Primera República granadina (1810-1816)", "Reconquista e Independencia, 1816-1819" y "El experimento de la Gran Colombia (1819-1830)", pp. 243-308; y tomo 5, Cultura, "Las ideas políticas de Bolívar", pp. 35-50*].

GUSTAVO VARGAS MARTÍNEZ

Bibliografía

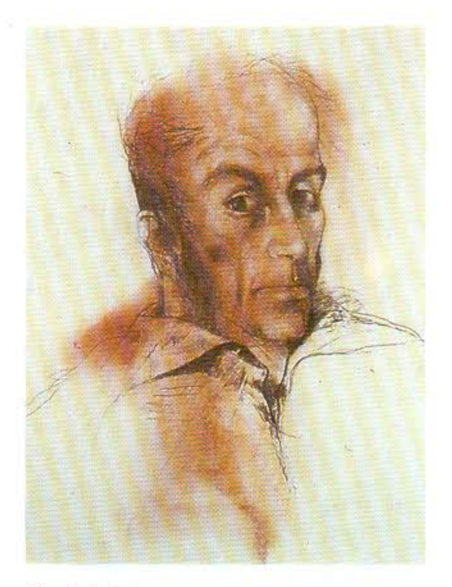
CACUA PRADA, ANTONIO. *El general José de San Martín, Libertador del sur*. Bogotá, ICELAC, 1993. DÁVILA, VICENTE. *Bolívar, intelectual y galante*. México, Imp. Ros e hijo, 1942. ENCINA FRANCISCO. *Bolívar y la independencia de la América Española*, 8 tomos. Santiago de Chile, Ed. Nascimiento, 1954-1965. FRANK, WALDO. *El nacimiento de un mundo*. La Habana, Instituto del Libro, 1967. HERRERA TORRES, JUVENAL. *Simón Bolívar, vigencia histórica y política*. Medellín, Ed. S. Bolívar, 1983. LARRAZÁBAL, FELIPE. *Vida de Simón Bolívar*. New York, D. Jenkins, 1866. LIÉVANO AGUIRRE, INDALECIO. *Bolívar*. México, EDIAPSA, 1956. MADARIAGA, SALVADOR DE. *Bolívar*. Madrid, Espasa-Calpe, 1979. MANCINI, JULES. *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas, desde los orígenes hasta 1815*. París, Bouret, 1914. MASUR, GERHARD. *Simón Bolívar*. México, Biografías Gandesa, 1960. MIJARES, AUGUSTO. *El Libertador*. Caracas, M.O.P., 1969. O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Narración*. Caracas, Imprenta Nacional, 1952. PERU DE LACROIX, LUIS. *Diario de Bucaramanga*. Madrid, Editorial América, 1924. PUYO, FABIO. *Muy cerca de Bolívar*. Bogotá, Oveja Negra, 1988. VARGAS MARTÍNEZ, GUSTAVO. *Reflexiones sobre el sueño bolivariano de la Patria Grande*. México, Domés, 1983. VARGAS MARTÍNEZ, GUSTAVO. *Bolívar y el poder. Orígenes de la revolución en las repúblicas entecas de América*. Colección 500 años después. México, CCyDEL, UNAM, 1991. ZEA, LEOPOLDO. *Simón Bolívar: integración en la libertad*. Mexico, Edicol, 1980.

Una síntesis del Libertador

Simón Bolívar es sin duda el personaje histórico más importante que ha producido América Latina, hasta el

punto que casi todos los movimientos políticos y sociales lo han reclamado como precursor o fundador. Cada época y corriente ideológica han recreado a Bolívar de acuerdo con sus propios afanes, así que han desfilado por las páginas de historia unos Bolívares masónicos o beatos, derechistas o izquierdistas, gringófilos o cerradamente antinorteamericanos... Ninguna visión encierra la verdad entera, pero todas se fundamentan, por lo menos en parte, en lo que él dijo e hizo. El Libertador nació el 24 de julio de 1783 en Caracas, de una familia latifundista y esclavista de la llamada aristocracia "mantuana". Casi no tuvo educación formal, pero con ayuda de su maestro privado Simón Rodríguez, de su pasión por la lectura y unos viajes tempranos a Europa y Norteamérica, alcanzó un grado de instrucción general no necesariamente inferior al que hubiera significado un grado de bachiller o doctor. Se empapó del pensamiento de la Ilustración, en especial su vertiente francesa (dominaba el idioma francés casi como el español), y no faltan las descripciones de Bolívar estirado en su hamaca de campaña, leyendo a Voltaire u otro semejante. Tal predilección por los filósofos franceses no es realmente un rasgo definitorio de sus ideas, ya que la compartían muchos de sus eventuales adversarios políticos. Significa simplemente una tendencia de apertura a las "luces del siglo" y a las innovaciones políticas y sociales, aunque no a todas, ni de una sola vez.

Un rasgo que sí es definitorio de Bolívar es el que participara en la lucha de emancipación durante todas sus etapas sin excepción, y en múltiples teatros geográficos. Se diferencia del Libertador del Sur, José de San Martín, quien llegó un poco tarde a la epopeya (en 1810 estaba en España) y se autoexilió antes de la batalla final, y del angloamericano George Washington, cuya actividad se restringió a su país. En los comienzos del movimiento en Venezuela, Bolívar era una figura secundaria, un agitador de los que promovían la declaración de independencia absoluta (la primera de un país hispanoamericano, el 5 de julio de 1811) y un militar subalterno a quien, en el colapso de la Primera República de Venezuela, en 1812, le tocó perder la fortaleza estratégica de Puerto Cabello. Sin embargo, al año siguiente se convirtió en jefe indiscutible de la Segunda República, nacida de las ruinas de su antecesora. Pudo



Simón Bolívar.
Sanguina y lápiz sobre papel de Luis Caballero, ca. 1982. Colección particular, Bogotá.

restaurar el régimen patriota venezolano y ascender a la dirección suprema, que no abandonaría nunca, gracias, no sólo a las dotes de guerrero que demostró a lo largo de la Campaña Admirable de 1813, que lo llevó de nuevo a Caracas, sino también al apoyo de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, cuyo territorio le sirvió de base para reconquistar Venezuela. Así quedó sellada otra característica permanente de la carrera de Bolívar: su vinculación estrecha con la Nueva Granada, donde más de una vez encontraría asilo cuando la fortuna de la guerra le resultó adversa en Venezuela, y cuyos hombres y recursos combinó indiscriminadamente, con los del país vecino hasta alcanzar la victoria final, y aun más allá.

La Segunda República venezolana también resultó efímera, por más que Bolívar recurriera a una franca dictadura militar para defenderla. Cayó en medio de rivalidades regionalistas y críticas legalistas, además de las tensiones de clase y raciales que atizaban los jefes realistas. Los republicanos habían proclamado la igualdad jurídica de las razas desde la Primera República, pero no habían tocado la institución de la esclavitud y eran casi todos ellos miembros de alta clase criolla, cuyos intereses económicos y sociales no siempre se identificaban con los de las masas venezolanas. A mediados de 1814, por consiguiente, Bolívar se encontraba otra vez en Nueva Granada, aunque no por mucho tiempo, ya que le incomodaban las luchas intestinas de los patriotas granadinos y preveía claramente que la desunión allanaría el camino al Pacificador Pablo Morillo. Partió Bolívar a Antillas, donde redactó uno de sus documentos clásicos, la Carta de Jamaica de septiembre de 1815, en que con prosa de gran originalidad y lucidez analizó el pasado y futuro de la América Española y proclamó su fe inquebrantable en la victoria. En seguida hizo demostración práctica de esa fe obteniendo del gobierno de Haití el apoyo para una expedición a Venezuela, y luego para otra más cuando la primera fracasó. Hacia fines de 1816 regresó definitivamente a Suramérica, donde se dedicó a crear una base de operaciones en la cuenca del Orinoco y también a dotar a la causa patriota de un mayor sabor popular, por no decir populista, proclamando la abolición de la esclavitud y ofreciéndoles a los veteranos de guerra una repartición de bienes de los enemigos. De mucha importancia fue la colaboración que recibió del jefe nato de los llaneros, José Antonio Páez, quien había consolidado un reducto patriota en el Apure.

Bolívar tuvo poco éxito frente a la infantería de Morillo en los Andes venezolanos. Pero a mediados de 1819 abandonó su intento de liberar a Caracas y dio un vuelco estratégico de gran alcance, emprendiendo la campaña a través de los llanos hasta subir los Andes y apoderarse del centro mismo del Nuevo Reino. Para ello renovó su estrecho contacto con los patriotas granadinos, en especial con Francisco de Paula Santander, quien después de organizar una base política y militar en los llanos de Casanare comandó la división de vanguardia del ejército libertador. Por su breve duración y corto número de combatientes, la batalla de Boyacá, que coronó la campaña, no parecería sino una pequeña escaramuza. Sin embargo, en sus consecuencias directas e indirectas fue la más decisiva de las victorias de Bolívar, porque abrió el camino de Bogotá, ocupado días después sin mayor resistencia, y aseguró el control de un territorio densamente poblado del que podía extraer reclutas y recursos materiales. Si hasta la víspera de Boyacá la suerte de la guerra había resultado incierta —habiendo perdido Bolívar casi tantas batallas como ganó— ya no volvería a perder sino por excepción. El balance de moral e ímpetu político y militar

había revertido a favor de los patriotas, quienes registrarían una victoria tras otra a medida que llevaban la lucha hasta la costa de Nueva Granada, a Venezuela otra vez, y más tarde al Ecuador y Perú hasta la victoria final de Ayacucho en diciembre de 1824.

Mientras tanto se erigía un régimen republicano en todo el territorio del antiguo virreinato de Nueva Granada, del Orinoco a Guayaquil, con el nombre de República de Colombia (Congreso de Cúcuta, 1821). Esta unión respondió al anhelo de Bolívar de crear en la América antes española, no una sola nación —que desde su Carta de Jamaica reconocía como cosa inmanejable—, pero sí unos Estados más grandes y fuertes que los que a la larga surgieron. Anhelaba también que los nuevos Estados establecieran por lo menos una estrecha alianza entre sí, para lo cual promovió tratados de cooperación fraternal y la reunión del Congreso de Panamá de 1826, que de acuerdo con su plan habría sido un encuentro sólo de ex colonias españolas. La cancillería colombiana invitó también al Brasil y Estados Unidos, mas en la práctica no participaron sino hispanoamericanos —y no todos ellos—, así que el Congreso tuvo significación más bien como precedente para el futuro, que como un paso real hacia la unidad latinoamericana. Tampoco resultó viable en época de Bolívar la unión colombiana (o grancolombiana, como la bautizaron retrospectivamente los historiadores). Paradójicamente, el mayor escollo para la preservación de la unión fue la misma patria chica del Libertador, Caracas, que en última instancia no aceptaba supeditarse a la lejana y friolenta Bogotá. La desafección venezolana se hizo sentir por primera vez en la rebelión de Páez de 1826, que fue el primer reto político enfrentado por Bolívar al regresar del Perú. Llegó a un arreglo con Páez, que no duró, y a fines de 1829 éste encabezaba un nuevo movimiento autonomista que desembocó en la separación de Venezuela y en la prohibición de que Bolívar volviera a territorio venezolano.

La Nueva Granada se convirtió así en última morada del Libertador. Murió el 17 de diciembre de 1830 en Santa Marta, camino del exilio, que fue voluntario, por más que muchos granadinos hubiesen deseado que partiera. Sus enemigos principales eran los aliados políticos de Santander, quien había sido colaborador eficaz como vicepresidente de Colombia mientras Bolívar estaba ausente de Bogotá. La ruptura posterior con Santander y los suyos se debió, entre otros, a factores de rivalidad personal, pero en el fondo existía también un desacuerdo político. Santander propugnaba un republicanismo liberal de corte convencional y además estaba identificado con la obra de su administración vicepresidencial, marcada por un moderado reformismo en política eclesiástica, hacendaria y otros campos, que le había acarreado la oposición de muchos afectados. Bolívar creía que algunas medidas, justificables en sí, habían sido prematuras, ya que el objetivo prioritario debía ser la cimentación de un orden estable; y para este efecto su "panacea" (como él mismo la denominaba) era el esquema de Constitución que redactó para Bolivia, cuyo rasgo notorio era un presidente vitalicio con facultad de nombrar sucesor. No carecía de otras disposiciones eminentemente liberales, pero la presidencia boliviana era de hecho una monarquía disfrazada y como tal no era del agrado de los santanderistas. Estos se convencieron de que Bolívar tenía en mente establecer una dictadura, y su tenaz oposición al Libertador fortaleció su convicción de que en realidad no había otra manera de afirmar el orden público. No fue una dictadura cruenta sino a partir del intento frustrado de asesinar a Bolívar en septiembre de 1828, cuando se desató una racha de ejecuciones y exilios, incluso el destierro de Santander. Pero fue una dictadura políticamente reaccionaria, sostenida por militares, clero y sectores aristocráticos, mientras que derogaba buena parte de la legislación reformista. Bolívar había diagnosticado certeramente los problemas no sólo de Colombia sino de Latinoamérica, y hacía hincapié en la necesidad de elaborar instituciones acordes con la índole de las nuevas naciones, en vez de tomarlas prestadas de modelos foráneos, a pesar de las bondades intrínsecas de éstos. Sus análisis fueron casi siempre geniales. No lo fueron, desafortunadamente, las soluciones concretas (tipo Constitución boliviana) que él propuso. Sin embargo, había creado naciones y proclamado ideales de libertad personal y solidaridad latinoamericana que serían banderas de lucha en lo venidero. Si no logró todo lo que anhelaba, tampoco lo pudieron los demás libertadores, ninguno de los cuales intentó tanto como él.

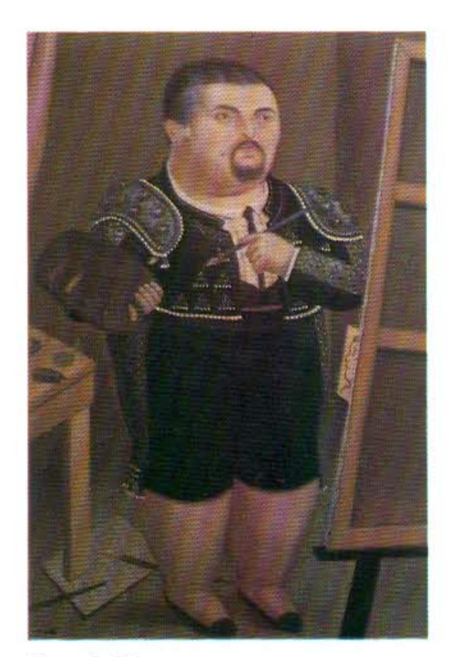
DAVID BUSHNELL

BOTERO, FERNANDO

Pintor, dibujante y escultor antioqueño (Medellín, 1932). Autodidacta, estuvo por poco tiempo en la Academia de San Fernando de Madrid y luego en la Academia de San Marcos de Florencia. Recibió clases sobre el arte del Quattrocento italiano con Roberto Longhi. Botero es el artista más importante de Colombia en los últimos decenios. Su vastísima obra, en la actualidad plenamente consolidada, su deliberada aversión por el arte contemporáneo y su amplio conocimiento de la historia de la pintura clásica hacen de Botero un artista excepcional en el país y el resto de América Latina. Sus pinturas y dibujos son trabajos personalísimos que de ninguna manera se pueden confundir con las diversas posturas figurativas internacionales de los últimos años. Su arte es, hasta cierto punto, retrógrado y provinciano. Depende más del arte de los grandes maestros, del arte popular, de la tradición precolombina, de la imaginería del período colonial de América Latina, que de cualquier "ismo" figurativo. Botero afirmó en 1967: «Soy una protesta contra la pintura moderna y, sin embargo, utilizo lo que se oculta tras sus espaldas: el juego irónico con todo lo que es absolutamente conocido por todos. Pinto figurativo y realista, pero no en el sentido chato de la fidelidad a la naturaleza. Jamás doy una pincelada que no describa algo real: una boca, una colina, un cántaro, un árbol. Pero la que describo es una realidad encontrada por mí. Podría formularse de este modo: yo describo en una forma realista una realidad no realista». Tracy Atkinson, uno de los varios críticos extranjeros que se ha referido a su trabajo, ha escrito: «El mundo de Botero es la gente en un amplio repertorio que generalmente resulta absurdo y un poco patético. Pero el calor y la simpatía de su tratamiento la salva de su fealdad y la hace al instante inolvidable. La actitud del artista es tan intensa y consistente que llega a todas las cosas. Por eso una sandía posee en un cuadro de Botero la misma personalidad de una señora gorda en un almuerzo campestre en las montañas. Es un mundo que sufre de gigantismo, pero lleno de inocencia y de la mejor voluntad. Detrás de él aparece la calidad de la pintura, que es excepcional desde el punto de vista del oficio. Los cuadros de Botero son, ante todo, pinturas de

gran belleza. El artista ha escogido una manera de pintar tradicional, pero ésta se encuentra tan transformada por su visión personal que resulta única y muy original».

Las primeras obras que se conocen de Botero son dibujos: las ilustraciones para el suplemento literario del periódico *El Colombiano* de Medellín. En 1951, trasladado a Bogotá, expuso por primera vez individualmente en la galería Leo Matiz, y presentó acuarelas, *gouaches*, tintas y óleos. Posteriormente, en sus innumerables exhibiciones individuales, Botero ha realizado varias exclusivamente de dibujos, en diferentes medios, combinando muchas veces las pinturas al óleo con los dibujos. Pinturas en que las figuras aparecen ceñidas por las líneas y en las que, incluso en la fase expresionista, se perciben trazos vehementes que definen la representación. Dibujos de gran formato, muchos realizados sobre lienzo. Indudablemente, Botero le da especial importancia al dibujo. Con las ventas de algunos de sus trabajos expuestos en Bogotá en 1951, se instaló en Tolú. A su regreso a la capital volvió a exponer, ahora con más éxito. En el IX Salón Nacional, realizado en 1952, Botero obtuvo el segundo premio en Pintura con el óleo *Frente al mar*. Tiene, entonces, 20 años y decide viajar a Europa (Madrid, Barcelona, París, Florencia). Allí permanece hasta 1955. De estos años en el Viejo Continente, Botero ha comentado: «En realidad me considero autodidacta. Trabajé tres años en escuelas de bellas artes, pero prácticamente nunca tuve profesor. Mi aprendizaje lo hice leyendo, mirando museos y, sobre todo, pintando». En 1956 viaja a México, después pasa a Washington y Nueva York. A su regreso en 1957, comparte con Alejandro Obregón y Jorge Elías Triana, el segundo premio en Pintura del X Salón de Artistas Colombianos, con el óleo *Contrapunto*. En 1958 gana el primer premio del XI Salón Nacional, con el óleo *La camera degli sposi* (Homenaje a Mantegna). Desde entonces, el trato de Botero con los grandes maestros del pasado y con algunos pocos modernos ha sido constante. Botero se empeñó, y lo logró, en pintar y dibujar como los mejores, y para ello no sólo visitó los museos y estudió metódicamente las técnicas y los procedimientos, sino que trabajó en largas jornadas. Esa familiaridad y admiración por el arte desde el Renacimiento explican bien



Fernando Botero.
Autorretrato de la serie "La Corrida", 1992.

el carboncillo *La comida con Ingres y Piero della Francesca* (1972), en el que Botero aparece compartiendo una mesa con el neoclásico francés y el gran pintor italiano del Quattrocento. Pero si ha podido sentarse en la mesa de los clásicos por talento, empeño y trabajo, Botero no ha dejado de ser un artista de América Latina, de Colombia e incluso de Medellín: «Muchos artistas creen que el arte se vuelve universal al copiar en forma universal. Yo no pienso así. Creo que hay que ser honesto con uno mismo, y al serlo se puede llegar hasta la gente de todo el mundo [...]» «Soy el más colombiano de los artistas colombianos, aun cuando he vivido fuera de Colombia por tanto tiempo, desde 1960 [...]» «En cierto modo, yo pinto Colombia de la manera que quiero que sea, pero no es así. Es una Colombia imaginaria que es y, al mismo tiempo, no es igual a la verdadera Colombia». En 1961 se instala en Nueva York, donde trabaja durante doce años; después se radica en París. No obstante, Botero es un auténtico representante del arte latinoamericano no sólo por sus temas de monjas, prelados, militares, prostíbulos, pueblos de casas sencillas y bodegones con frutas tropicales, sino por su realismo mágico. Trabaja a partir de un mundo conocido y recordado, pero en él aparecen y suceden muchas cosas maravillosas: la composición sobre un fondo color vino de ocho prelados amontonados unos sobre otros como si fueran las frutas de un bodegón, del óleo *Obispos muertos* (1965); la desmesurada desproporción entre la diminuta primera dama y el gigante militar, con una minúscula taza, del óleo *Dictador tomando chocolate* (1969); la presencia de una babilla y una serpiente en el piso de la sala, del carboncillo *Familia con animales colombianos* (1970).

El catálogo de la exposición de Botero, organizada por el Museo Hirshhorn de Washington en 1979, dividió sus obras en seis categorías: 1) Religión: Madonnas, santos, diablos, cardenales, obispos, nuncios, madres superioras, monjas; 2) Grandes maestros: diversas interpretaciones de obras de Jan van Eyck, Masaccio, Paolo Uccello, Andrea Mantegna, Leonardo da Vinci, Lucas Cranach, Alberto Durero, Caravaggio, El Greco, Diego Velázquez, Francisco de Zurbarán, Juan Sánchez Cotán, Georges de la Tour, etc.; 3) Naturalezas muertas y vivientes: animales, especialmente en las esculturas de los últimos años; 4) Desnudos y costumbres sexuales: particularmente escenas prostibularias; 5) Políticos-presidentes, primeras damas, militares; y 6) Gente real e imaginaria: el ciclista Ramón Hoyos, vendedores de arte, miembros de su familia, numerosos autorretratos y muchos personajes anónimos que posan, comen, bailan o montan a caballo. Entre la gente imaginaria hay que mencionar a los toreros y a los muchos personajes, incluyendo los de los tablaos flamencos, relacionados con el mundo de la tauromaquia, tema recurrente en la obra de Botero desde los primeros años ochenta. De acuerdo con Simón Alberto Consalvi: «La tauromaquia de Botero es una confesión: un ejercicio de nostalgia y, finalmente, una fiesta de grandes toros, matadores arrojados, picadores borbónicos, caballos suicidas y majas celebratorias». Pero la fiesta brava no puede entenderse sin la presencia de la muerte, y Botero lo sabe bien; ha pintado cuadros como *Toro muriendo* (óleo, 1985) y *Muerte de Ramón Torres* (óleo, 1986), en los que el triunfador es un esqueleto que blande una espada, acaballado en la grupa del animal.

Desde 1976 Botero ha combinado su trabajo de pintor y dibujante con el de escultor. En 1977 expone por primera vez sus esculturas, en el Grand Palais de París. Contando con

algunas obras previas realizadas en pasta acrílica, que se remontan a comienzos de los sesenta, Botero tiene hoy una producción abundante en tres dimensiones, especialmente bronces y mármoles. Al leer los textos del propio artista comentando sus esculturas, se entiende fácilmente el carácter "arcaizante" que tienen todos sus trabajos tridimensionales. Botero habla, por ejemplo, de «volver a enfrentar el problema dentro de los materiales tradicionales como el bronce o el mármol», de buscar «el espíritu de la escultura colonial», tener «raíces en el arte precolombino», tener «cierta inspiración en piezas del arte popular mexicano». Con estas inclinaciones, no puede negarse que Botero ha logrado llevar a cabo, en los mejores talleres de Pietrasanta (Toscana, Italia), algunas esculturas de muy buena calidad, especialmente cuando agiganta un fragmento del cuerpo humano o lleva al absurdo el contraste entre dos figuras o partes de un cuerpo. No en balde Botero ha tenido reconocimientos como la exposición de sus esculturas en los Campos Elíseos de París (1992) y en la Quinta Avenida de Nueva York (1993), al igual que la exposición *La corrida*, en la Biblioteca Luis Angel Arango de Bogotá (1993). Hoy, todavía Botero parece inagotable. Creador de una "raza" inconfundible, dueño de una imaginación ilimitada, catador de los mejores pintores clásicos, conocedor de todos los oficios tradicionales en pintura, dibujo y escultura, hijo legítimo de Colombia y Latinoamérica, el imaginero antioqueño asegura que el problema no es cambiar sino profundizar [*Ver tomo 6, Arte, pp. 127 y 128*].

GERMÁN RUBIANO CABALLERO

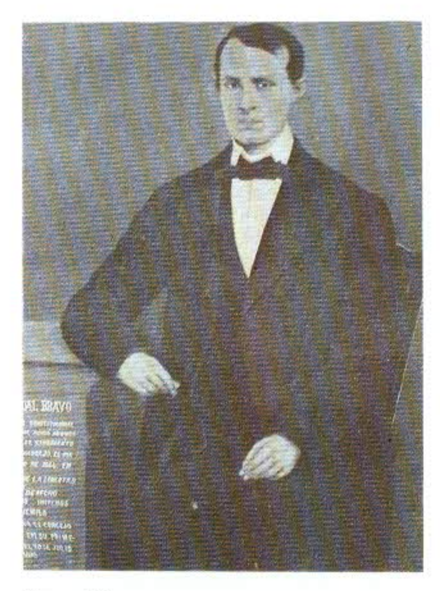
Bibliografía

ARCINIEGAS, GERMÁN. *Fernando Botero*. Madrid, Edilerner Internacional, 1979. *Botero*, Museo de Arte Contemporáneo, Caracas, 1976, texto: Michel Lancelot. CABALLERO BONALD, JOSÉ MARÍA. *Botero, La Corrida*. Barcelona, Lerner y Lerner, 1989. ESCALLÓN, ANA MARÍA y CAMILO CALDERÓN. *Botero. La Corrida*. Bogotá, Biblioteca Luis Angel Arango, 1993. *Fernando Botero. Pinturas, dibujos, esculturas*, Centro de Arte Reina Sofía, Madrid, 1987. LASCAULT, GILBERT. *Botero, la pintura*. Barcelona, Lerner y Lerner, 1992. MCCABE, CYNTHIA JAFFEE. *Fernando Botero*. Washington, Smithsonian Institution Press, 1979. MEDINA, ALVARO. "Botero encuentra a Botero". En: *Procesos del arte en Colombia*. Bogotá, Colcultura, 1978. PANESSO, FAUSTO. *Los intocables*. Bogotá, Ediciones Alcaraván, 1975. PAQUET, MARCEL. *Botero, filosofía de la creación*. Bélgica, Lanoo, Tielt, 1985 y Mallard Press, 1992. RATCLIFF, CARTER. *Botero*. Nueva York, Abbeville Press, 1980. RUBIANO, GERMÁN. "La figuración tradicionalista". En: *Historia del arte colombiano*. Barcelona, Salvat Editores, 1975. SULLIVAN, EDWARD. *Botero. Sculpture*. Nueva York, Abbeville Press, 1986. TRABA, MARTA. *Seis artistas contemporáneos colombianos*. Bogotá, Antares [1963]. TRABA, MARTA. "Las dos líneas extremas de la pintura colombiana: Botero y Ramírez Villamizar". En: *Historia abierta del arte colombiano*. Cali, Museo de Arte Moderno La Tertulia, 1974.

BRAVO, PASCUAL

Militar, estadista y escritor antioqueño (Rionegro, julio 2 de 1838 - Marinilla, enero 4 de 1864), presidente de Antioquia (enero 16 de 1863 - enero 4 de 1864). Al evocar la memoria de Pascual Bravo, sucede algo semejante a lo que se experimenta al pensar en José María Córdova: el ánimo se contrista y la resignación difícilmente encuentra campo. Dos jóvenes generosos, denodados, paladines de ideas utópicas, a las que sacrifican su vida tan fácilmente, ¡esas vidas llenas de ilusiones y que ofrecían las mejores perspectivas a la patria! Vino al mundo Pascual Bravo en Rionegro, el 2 de julio de 1838, del matrimonio de Pedro Bravo Bernal y Marcelina Echeverri Escalante. El abuelo paterno, Manuel Bravo Daza, hijo de gaditano, había nacido en Santafé de Bogotá y se había establecido en Rionegro, donde se ejercitó en la noble tarea de la enseñanza. Principió los estudios en el colegio de San José, de Medellín, dirigido por los padres jesuitas, y sobresalió allí entre sus condiscípulos, por su aplicación, su aprovechamiento, y su piedad, debido a lo cual se le colocó al frente de dos cátedras, las que regentó con habilidad y competencia. De esa época datan algunas composiciones poéticas, religiosas y patrióticas que produjo Bravo. Cuando el funesto destierro de la Compañía de Jesús en 1850, parece que Bravo pasó al plantel que tenía en Medellín el presbítero José Cosme Zuleta y más tarde ingresó en el establecimiento que funcionaba en Sonsón, regido por el ingeniero francés Alfredo Callón, en el que terminó los cursos de matemáticas, física e historia, y se inició en las investigaciones jurídicas y administrativas. Después se trasladó a Rionegro, a colaborar en los negocios de su padre. Allí estrechó relaciones con Camilo Antonio Echeverri que sostenía con brío la causa liberal, y posiblemente influyó no poco, en la evolución de las ideas políticas de Bravo. Este se interesaba más que por las especulaciones comerciales, por la lectura, a la que se consagró con asiduidad y constancia, sin parar mientes en que le ocasionara mengua en la salud. En seguida, resolvió Bravo fundar una hacienda en el sitio de Providencia, en la región del Nus, donde alternaba el manejo del hacha del antioqueño, con el estudio de las ciencias económicas, filosóficas y jurídicas, faenas que abandonó para combatir, ora por la prensa, ora por medio de las armas, el gobierno de la Confederación Granadina presidido por Mariano Ospina. El día en que Pascual supo que las fuerzas federales que salieron de Bolívar, dirigidas por Ramón Santodomingo Villa, invadían a Antioquia, entrando por Zaragoza, voló a unírseles. Esas fuerzas se tomaron la población de Anorí el 7 de abril de 1861, pero el 8, las gobiernistas, desplazaron a los liberales de la posición de Tinajitas. El 18 de junio del mismo año, las tropas conservadoras mandadas por el coronel Braulio Henao, alcanzaron un ruidoso triunfo en la batalla de Carolina, en la que Bravo no obstante el coraje con que luchó, cayó en manos de sus enemigos. Conducido a la cárcel de Medellín, no desmayó todavía en la tarea de combatir a Ospina por la prensa. Tras la entrega de los conservadores, en virtud del convenio de Aldea de María el 13 de octubre de 1862, Bravo obtuvo la libertad, y el general Mosquera confirióle el empleo de prefecto de Occidente, en cuyo desempeño le tocó la desagradable comisión de conducir al obispo de la diócesis, don Domingo Antonio Riaño, de la ciudad de Santa Fe de Antioquia a Medellín, en noviembre de 1862, a entrevistarse con el general Mosquera, para una conferencia sobre sometimiento a los decretos dictatoriales sobre tuición y sus semejantes. Bravo hizo parte de la Legislatura Constituyente del Estado y de la Convención de Rionegro, y suscribió la Constitución que aquélla expidió en enero de 1863, mas no la de la Convención, porque ya se había retirado de las sesiones, en las que, dicho sea de paso, se había mostrado favorable a la tendencia política del general Mosquera. Fue nombrado por la mencionada Legislatura, desig-

nado en tercer lugar, para gobernador de Antioquia. Gobernó primero del 16 de enero de 1863, al 23 del mismo mes, supliendo transitoriamente al doctor Antonio Mendoza. Luego, reemplazando a dicho Mendoza de manera definitiva, del 16 de abril de 1863, al 4 de enero de 1864. Hemos tomado la mayor parte de los datos anteriores, del documentado trabajo que publicó en 1924 Estanislao Gómez Barrientos en el *Repertorio Histórico*, de Medellín, sin dejar de aprovecharnos de informes apreciables que consigna Jorge Ospina Londoño en el libro que sobre Bravo sacó a luz en 1938. En las *Genealogías de Santafé de Bogotá*, impresas en 1928, que arreglamos en asocio de Raimundo Rivas, se hallan varias noticias acerca de los ascendientes de la familia Bravo. Oigamos ahora, de boca del propio Pascual, algo sobre su vida, que aunque, en realidad de verdad contiene muchos de los datos ya dados, ofrece al lector algunos pormenores nuevos y la ventaja de proporcionarle materia para conocer el estilo literario de ese distinguido ciudadano, y el nervio con que escribía. Trátase de una réplica a un artículo de *La Opinión* de Bogotá, en el que se decía que Bravo, por figurar entre los instrumentos de Mosquera, había obtenido determinados gajes, réplica que se publicó también en el periódico ya citado, en el número del 29 de julio de 1863, y que encierra el encanto peculiar a todas las producciones autobiográficas: «Yo no soy ambicioso, ni un instrumento: mi vida corta (es cierto que no tengo sino 25 años menos 25 días), pero ajena a crímenes, lo comprueba. Me uní al partido liberal siendo muy joven, por propia convicción, cuando el conservador dominaba absolutamente esta tierra y a él me llamaban mis afecciones personales, las influencias que me rodeaban y los halagos de un porvenir seguro y brillante, y a la edad de 17 años ataqué por la prensa las maquinaciones del doctor Ospina, que preveía y los sucesos posteriores han puesto en claro.Cuando la guerra en Santander y Bolívar abracé con ardor la causa de estos estados, y publiqué una hoja suelta atacando la idea ya enunciada de la neutralidad de este Estado, como un lazo que el círculo conspirador tendía al partido republicano. Mis advertencias fueron desechadas como desautorizadas, pero los sucesos posteriores me dieron la razón. La revolución estalló el 8 de mayo, y



Pascual Bravo.

yo que vivía tranquilo entregado a mis labores de agricultura, abandoné una empresa valiosa, fruto de mil sudores y trabajos para lanzarme a la defensa del pueblo. Hice lo que pude por la prensa, por la palabra y la acción, siempre en última fila para el prestigio y la autoridad, siempre en la primera para los sacrificios y la abnegación. Convencido de que el partido liberal del estado marchaba a un precipicio, resolví ocultarme, sin recursos, agobiado por una penosísima enfermedad. En Nare fui preso y en Honda tuve el honor de ver al doctor Cuéllar, y en Méndez el de ponerme a la disposición del general Mosquera. Entonces nosotros los hombres de las primeras filas entre los políticos, formaban a la orilla del Magdalena. Agobiado por una fiebre horrorosa me puse en marcha para San Bartolomé al primer llamamiento del coronel Mejía, llevándome algunos recursos y 7 compañeros, que fuimos la base primera y única de la expedición que emprendió sobre Antioquia. Hice esta campaña como soldado del batallón *Girardot* hasta que pasé en Carolina al *Vencedores* con el grado de teniente. Estos cuerpos formaron siempre en primera fila frente al enemigo. Prisionero en ese funesto campo después de un combate de 24 días, en el que no cesé de estar en la primera fila, vine a esta ciudad (Medellín) con mi salud, mi libertad y mi propiedad completamente perdidas en servicio de la patria. El pueblo liberal de Antioquia sabe que no pretendí un momento puesto alguno, sino el de soldado; que acepté el grado de teniente con que me honraron mis compañeros, forzado por la presencia del enemigo que aparecía orgulloso seis veces superior en número, y al hacerme oficial se me destinaba a la guardia de un puesto importante en la primera fila, en el cual me cupo el honor de romper los fuegos, que se sostuvieron sin cesar durante todo el sitio, habiendo sido ese el puesto atacado con más tenacidad por el enemigo; sabe que a su lado marché con mi fusil al hombro, en esos días en que todo era desesperación y angustias; que en él alterné en el servicio de centinelas; que dividí su lecho y su pan de campaña, y a su lado me vio en los momentos del fuego... Soy cristiano y patriota. Mi plan, mi único plan al restablecerse la paz, era volver a mis tareas agrícolas con el fin de levantar de las ruinas el establecimiento que había montado con gran costo y trabajo. Pero los gobernadores que se sucedieron entonces me destinaron todavía a servir, y yo no podía excusarme en esas circunstancias. Marché a Antioquia como prefecto, y siéndolo se formó allí una junta eleccionaria; formaron dos listas de candidatos, una para la legislatura y otra para la convención; en ambas colocaron mi nombre, y cuando me las manifestaron, supliqué con ahínco y logré que se me borrara de ambas... Sin conocimiento mío fui adoptado en otras listas en esta ciudad como candidato para ambos puestos [...] Electo diputado a pesar de eso, he votado en una y otra asamblea con mi conciencia». El mencionado Ospina Londoño, reprodujo diversos artículos políticos de Bravo, en los cuales, como acertadamente lo observa aquél, se nota la imitación del estilo francés del siglo XIX, seguido también por Camilo Antonio Echeverri. Dice Ospina que el estilo «cortado, cortante» de Bravo, da la impresión «de una lluvia de saetas, de un pinchazo constante». Respecto de poesías de don Pascual, conocemos la oda "A la libertad" que corre impresa en el libro de Ospina, y las composiciones tituladas "Oración" y "Espiritualismo", insertas en *Antioquia Literaria*, de Juan José Molina. La segunda es sencilla y delicada. No nos consideramos suficientemente versados para emitir un concepto sobre el mérito literario de tales piezas. De los escritos políticos, opinamos que están de acuerdo con aquel liberalismo romántico que im-

peraba en la época, que veía espantos y monstruos fantásticos en todas partes; que se aterraba con las palabras teocracia y jesuitismo, dándoles un significado de extensión arrobadora, y que propinaba tajos y mandobles, casi siempre inofensivos por lo exagerados, a todo el que no pensara con él o no se cubriera bajo el mismo mote. A través de las producciones de Bravo, se descubre el anhelo por la depuración de los sistemas administrativos, pero no se oculta el fanatismo que ofuscaba la noble mente del autor.

Pascual Bravo fue elegido presidente provisorio de Antioquia, por la legislatura del Estado, el 16 de abril de 1863, en competencia con Salvador Camacho Roldán, y el propio día se hizo cargo del mando, no sin que se suscitaran serias críticas acerca de la manera precipitada y violenta empleada por aquella entidad para arrojar de la gobernación al doctor Antonio Mendoza. Pascual Bravo, durante su administración, propendió por el funcionamiento de la casa de moneda de Medellín, para lo cual aprobó un contrato con el gobierno de la Unión, pues lo que anteriormente se había hecho en el ramo, no pasaba de ser un ensayo digno de aprecio; consiguió que se editara un periódico por cuenta del Estado, que se llamó *Gaceta Oficial*; se interesó por la comunicación de Antioquia con el mar; organizó la penitenciaría y la escuela de artes y oficios, y fue pulcro en el manejo de la hacienda pública. Dictó un decreto con el objeto de realizar mejor la recaudación de las rentas y sostener la fuerza pública, el que no surtió el efecto apetecido, por lo que, el 9 de octubre de 1863, dictó otro sobre "conscripción militar", recibido por el partido conservador como un reto, y que produjo, por consiguiente, inmenso revuelo. Tomó algunas medidas sobre la inspección de cultos, en armonía con las arbitrarias y tiránicas que había adoptado el general Mosquera, lo que aumentó con razón, el descontento de la mayoría del pueblo antioqueño. En medio de esa atmósfera que se había creado, surgió fácilmente en el mes de diciembre el movimiento conservador, que tomó cuerpo con rapidez. Bravo dio el día 9 una alocución encaminada a levantar los espíritus. La guerra civil terminó con la derrota definitiva del gobierno, a pesar de la admirable diligencia y de la valentía de Bravo, en el combate del Cascajo, cerca de Marinilla, en el que cayó exánime de su caballo este joven magistrado, herido en el pecho de un balazo que le causó la muerte instantánea, el 4 de enero de 1864. Don Pascual tuvo por esposa a su parienta doña Obdulia Escovar Bravo, a la que amó entrañablemente.

JOSÉ RESTREPO POSADA
Gobernadores de Antioquia

BUENAVENTURA, ENRIQUE

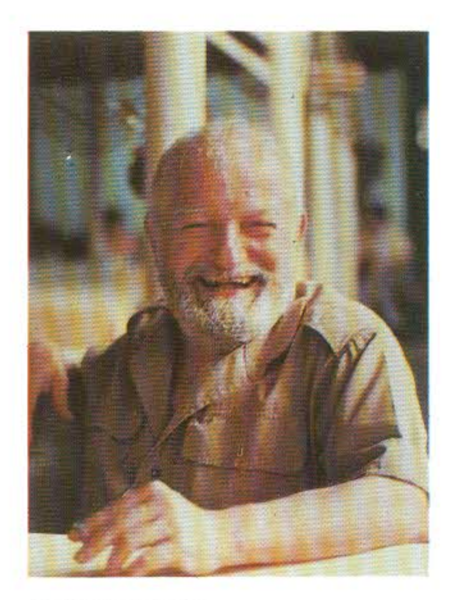
Dramaturgo, actor, director y teórico del teatro, narrador y poeta caleño, nacido en 1925. Enrique Buenaventura hizo estudios de arquitectura, filosofía y letras, pintura y escultura, se vinculó al teatro con Carlos Chape y Andrés Crovo. Con la compañía del argentino Francisco Petrone, viajó a Venezuela y de allí a varios países de América del Sur. En 1956 regresó al país a dirigir la escuela de teatro del Instituto de Bellas Artes. Fundador y director del Teatro Experimental de Cali (TEC) desde 1963, con esta agrupación Buenaventura ha desarrollado una labor ininterrumpida hasta el momento. En 1958 adaptó a la escena el cuento de Tomás Carrasquilla *En la diestra de Dios Padre*, obra que ha permanecido por más tiempo en cartelera; también *La Guariconga* y *San Antoñito*. En 1967 hizo *Los inocentes*, basada en *Monserrat* de Emanuel Robles; *Los hombres de la mina*, basada en un texto de Ferenc Herzec; y en 1968, *Tirano Banderas*, basada en la obra del mismo nombre de Ramón del Valle Inclán. Ha hecho versiones de *La Celestina* de Fernando de Rojas (1964), *El rey Ubu* de Alfred Jarry (1966), *El fantoche de Lusitania* de Peter Weiss (1969), *Soldados* de Carlos José Reyes (1971) y *Edipo Rey* de Sófocles. Entre 1960 y 1970, con el TEC, montó obras del repertorio universal como *Edipo Rey* de Sófocles, *La discreta enamorada* de Lope de Vega, *Sueño de una noche de verano* de William Shakespeare, *El enfermo imaginario* y *Don Juan* de Molière y *La casa de Bernarda Alba* de Federico García Lorca, entre otras. Escribió las obras *El monumento* (1959); *Un réquiem por el padre Las Casas* (1963, edición), *La tragedia del Rey Christophe* (1963 ed.), primer premio en el Concurso Latinoamericano de Autores Dramáticos; *Historia de una bala de plata*, premio Casa de las Américas en 1980; *Seis horas en la vida de Frank Kulack* (1969); *El convertible rojo* (1969); *La orgía* (que hace parte de un conjunto de cinco obras agrupadas bajo el título *Los papeles del infierno*, de 1968); *La denuncia* (1973), creación colectiva representada en Manizales en agosto de 1973 en el IV Festival Latinoamericano de Teatro y I Muestra Internacional; *El menú* (1977 ed.), *El maravilloso viaje de la mentira y la verdad*, *Opera bufa* (1984), *La estación*, *Aladino y la lámpara maravillosa*, *La autopsia*, *El entierro*, *La maestra*, *El Presidente*, *La requisa* y *La trampa*, que prohibida por injuriosa a las fuerzas armadas y peligrosa para el orden, ocasionó la expulsión de Buenaventura de la Universidad del Valle y la subsecuente fundación del TEC. Varias de sus obras han sido traducidas a otros idiomas. Con el TEC ha participado en festivales nacionales e internacionales (Nancy, Roma, San Francisco, Xalapa, Puerto Rico y otros), y realizado giras por Europa, Sur y Centroamérica. Entre sus innumerables ensayos sobre teatro, podemos citar: "Teatro y cultura", "Teatro y política", "La interpretación de los sueños y la improvisación teatral", "Esquema general del método de trabajo del TEC", "El arte nuevo de hacer comedias y el Nuevo Teatro" y "Dramaturgia nacional y práctica teatral".

El análisis de la obra de Buenaventura y su proceso a través del tiempo deben ser vistos desde los postulados que rigen el quehacer y las búsquedas del Nuevo Teatro, estatuidas por sus más importantes protagonistas, uno de los cuales es precisamente Buenaventura, considerado el padre de este movimiento (que se proyectó a nivel nacional e internacional a partir de los años setenta). Según Buenaventura, el Nuevo Teatro tiene aspectos que lo identifican nacional e internacionalmente. Estas características se pueden resumir así: es un movimiento y como tal sus integrantes están unidos por objetivos comunes; la dramaturgia no se da como presupuesto sino como resultado de la práctica; por tanto, rompe con la tradición teatral en el proceso de producción artística, establece una nueva relación con nuevos públicos, crea una nueva poética. Para Buenaventura el texto literario teatral es literatura pero no es "el teatro", puesto que éste es un espectáculo que se compone de varios textos: imagen visual, sonora y una relación específica con el espectador. El Nuevo Teatro reelaboró y adaptó las teorías de Bertold Brecht a la situación colombiana y, políticamente, estuvo influido por las teorías

marxistas. Por ello el teatro debe ser comprometido y un instrumento estético para colaborar en el cambio de la sociedad. Como consecuencia, el público pasó a ser el objetivo principal de la representación y las obras debían generar polémica. La agrupación, según Buenaventura, no debe esperar a que el espectador acuda y pague, hay que buscarlo donde está: plazas, fábricas, calles. Esto cambió la concepción de montaje y de espacio teatral, pues ya no se circunscribió únicamente a la escena o al edificio. Las agrupaciones dedicadas al montaje de obras deben romper la estructura jerarquizada de compañía comercial, para ser reemplazada por la de conjunto, de acuerdo con la dialéctica socialista, donde todos sus miembros: autor, director, actor y personal técnico tienen la misma importancia, pues se trabaja en el objetivo común de lograr una creación colectiva. El Nuevo Teatro rompe también con la concepción que el naturalismo tenía del personaje y, por ende, genera una nueva forma de actuación y de escenografía, cuya técnica se basa en el distanciamiento brechtiano.

La creación colectiva fue el método de trabajo del Nuevo Teatro, y los temas preferidos, aquellos de carácter histórico, con el objetivo de dar una interpretación de la historia del país diferente a la oficial. El maestro Buenaventura, con el TEC, formalizó un método propio que fue adoptado por otras agrupaciones. Esta fue la primera teorización que se hizo en el país del método colectivo y se puede esquematizar así: el grupo se divide en comisiones encargadas de profundizar las diferentes etapas del proceso; se parte generalmente de un texto esquemático («acontecimientos fundamentales»), escrito por Buenaventura, que se va modificando durante el montaje por las discusiones con la comisión encargada del texto; después de esto, en el primer texto resultante se busca la estructura profunda y el «discurso de montaje» o discurso artístico; se ubica el lugar y el tiempo de la acción (orden cronológico y causal de los acontecimientos), se definen el tema nuclear y los temas correlativos, los personajes que identifican las fuerzas en conflicto y los objetos que porten significado; se trabaja el montaje y el texto con base en las improvisaciones.

Buenaventura ha teorizado sobre diferentes sistemas para realizar improvisaciones, talvez los dos más importantes son la analogía y la contradicción. Se realiza una improvisación sobre un conflicto concreto y con un objetivo definido para no caer en la anarquía. Cada ejercicio de improvisación moldea los diferentes textos del espectáculo total, alejando el montaje de ser una ilustración de las ideas para convertirlo en una obra artística. Indudablemente, por su obra artística, teórica y de promoción del teatro, Enrique Buenaventura es uno de los grandes de la dramaturgia nacional [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 287-288*].


Enrique Buenaventura.

MARINA LAMUS OBREGÓN

Bibliografía

ARCILA, GONZALO. *Nuevo teatro en Colombia: actividad creadora y política cultural*. Bogotá, Ediciones Ceis, 1983. BUENAVENTURA, ENRIQUE. "Las últimas experiencias del Teatro Experimental de Cali: nuestro arte será más arte cuanto más revolucionario sea". *Conjunto* Nº 14 (La Habana, 1972), pp. 94-100. BUENAVENTURA, ENRIQUE. *El arte de hacer comedias y el Nuevo Teatro*. Cali, Comisión de Publicaciones del TEC, s.f. BUENAVENTURA, ENRIQUE. *Le maschere, il teatro. Tesi e testimonianze sul teatro sperimentale colombiano*. Giorgio Ursini, Ed. Milán, Feltrinelli, 1979. BUENAVENTURA, ENRIQUE. "La dramaturgia en el Nuevo Teatro". *Conjunto*, Nº 59, (La Habana, 1984), pp. 32-37. BUENAVENTURA, ENRIQUE. *Máscaras y ficciones*. Cali, Centro Editorial Universidad del Valle, 1992. JARAMILLO, MARÍA MERCEDES. *Nuevo Teatro colombiano: Arte y política*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1992. REYES, CARLOS JOSÉ y MAYDA WATSON. *Materiales para la historia del teatro en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

BUILES, MIGUEL ANGEL

Eclesiástico y escritor antioqueño (Don Matías, septiembre 9 de 1888 - Medellín, septiembre 29 de 1971). Nacido en el hogar de Agustín Builes y Ana María Gómez, hizo sus primeros estudios en su pueblo, y luego en el Seminario Menor de San Pedro y en el Mayor de Santafé de Antioquia, donde recibió las órdenes menores. Fue ordenado presbítero por el obispo de Antioquia, monseñor Maximiliano Crespo y Rivera, en la iglesia mayor de Santa Rosa de Osos, el 29 de noviembre de 1914. Fue cooperador de Valdivia, realizó viajes misioneros por la región del bajo Cauca y posteriormente fue cura de El Tigre, Santa Isabel, Remedios, Tierradentro y, de nuevo, en Remedios. Hecho obispo de Santa Rosa de Osos en el consistorio del 27 de mayo de 1924, cuando no había cumplido aún 10 años de sacerdocio, recibió la ordenación episcopal de manos del nuncio apostólico monseñor Roberto Vicentini, el 3 de agosto del mismo año, en la Basílica Primada de Bogotá y durante la celebración de la Conferencia Episcopal. Entró a su nueva sede el 22 de octubre. Así lo describe uno de sus biógrafos, Miguel Zapata: «No era enjuto como muchos campesinos desnutridos que recorrían las veredas de su pueblo. Creció fuerte y arrogante. Trató de castigar su cabeza con un gesto de modestia que le daba mayor aire de atracción. Ofrecía una sonrisa forzada que constreñía la poderosa mirada innata». Monseñor Builes fue un líder por excelencia, monolítico en sus creencias, batallador incansable y muchas veces «la voz que clama en el desierto», en su particular forma de ver las cosas. Se le señaló como cabeza de un clero ultramundano, carlista y cavernario. Sus actitudes, nada diplomáticas en un período en que la Iglesia procuraba crear un ambiente de tolerancia con el partido liberal en el poder, hicieron de él un personaje odiado. Carecía de estrategia. Dice Zapata: «Builes se consideró tutor de la jerarquía eclesiástica en Colombia. Fustigaba a los demás obispos llamándolos perros adormecidos». Su voz era la única tronante para anunciar los horrores del liberalismo. «No sólo se tomó el derecho de trazar normas a la jerarquía en general, sino que delimitó las funciones de los diputados». Por medio de sus ardientes pastorales, Builes lanzó sus rayos no sólo contra las actitudes políticas; casi todos los aspectos de la



Miguel Angel Builes.
Dibujo de Max Henríquez, en portada de "Semana", No. 146, agosto 6 de 1949.

vida nacional fueron fustigados por su incesante crítica, rico filón para el sarcasmo de sus detractores. Su primera andanada fue contra la moda femenina. En la pastoral de 2 de febrero de 1927 escribió: «Mas como la moda es una dulce tirana, pero TIRANA, a última hora ha dejado de ser moda femenina en las mujeres para volverse en ellas mismas moda masculina, y han resuelto aparecer ante la faz del mundo, pásmese el cielo, vestidas de hombre y montadas a horcajadas [en los caballos] con escándalo del pueblo cristiano y complacencia del infierno [...] La naturaleza humana en su tendencia a la relajación moral, buscó maneras indecorosas de vestir, a través de los siglos; pero jamás llegó a soñar con implantar el uso del vestido del hombre para la mujer. Semejante invención estaba reservada a los tiempos modernos y a la nefanda acción de las logias [...] perdida la mujer se perdió todo». A continuación describía, a sus humildes ovejas de las montañas antioqueñas, las usanzas de hoteles y estaciones de Norteamérica, y, antes que horrorizar, despertaba tal vez la envidia y las ansias de imitar a las pecadoras de ultramar. Rotundamente sentenció: «Nos sentimos movidos a censurar y reprobar, como en efecto censuramos y reprobamos tal práctica abominable ante Dios [...] reservándonos a Nos personalmente la absolución de este pecado contra la moral cristiana [...] sin que puedan hacerlo ni aun los venerables vicarios foráneos en ningún tiempo». De tal manera, monseñor Builes instituyó dos nuevos pecados, exclusivos para las mujeres de su jurisdicción: el uso de los pantalones y montar «a lo hombre» a caballo, con el agravante de que sólo el obispo en persona podía absolverlas.

El 29 de junio de 1927, monseñor Builes fundó el seminario de misiones de Yarumal. Este era uno de sus más grandes anhelos y se decidió por esta región pues el clima, su ubicación en el norte de Antioquia, la religiosidad de sus gentes y, tal vez también, su mayoría conservadora, le parecieron idóneos. La labor misionera estaba casi monopolizada por religiosos españoles y fue este el primer seminario de misiones en América. Para distinguir a los miembros de la comunidad, Builes diseñó un crucifijo para llevar en el pecho y las iniciales M.X.Y.: M de misionero, X de San Francisco Xavier y Y de Yarumal. Sin recursos y con pocos seminaristas, inició actividades el 3 de julio. El 25 de septiembre de 1938 se ordenaron los siete primeros misioneros. Builes creó también la comunidad de las Misioneras Teresitas. La caída del partido conservador y los inicios del gobierno de Enrique Olaya Herrera, hicieron que Builes reiniciara la controversia que habían mantenido veinte años antes San Ezequiel Moreno y el general Rafael Uribe Uribe. «Que el liberalismo ya no es pecado, se viene diciendo últimamente con grande insistencia; los prelados no sólo callan sino que han prohibido hablar del liberalismo [...] y que por tanto, ser liberal ya no es malo [...] Nada más erróneo, pues lo que es esencialmente malo jamás dejará de serlo, y el liberalismo es esencialmente malo», escribió en su pastoral de pascua, el 5 de abril de 1931. También, como en el caso de los pantalones femeninos, prohibió a otros religiosos la absolución del liberal, reservándose exclusivamente para él la facultad de otorgarla. «Así se lucha cuando no hay armas para hacerlo en forma franca», dijo años más tarde. En 1932 llegó a rumorarse un posible atentado contra su vida. Para la fiesta de la Candelaria arremetió contra los soviéticos, a quienes veía sitiando a Santa Rosa de Osos. Como siempre, fue rico en adjetivos para describir al enemigo, los llamaba «los sin patria», «el tártaro sin Dios», «el pirata atrevido», «el moscovita audaz». Ante las iniciativas de la Revolución en Marcha de Alfonso López Pumarejo referentes a la enseñanza laica y obligatoria, declaró: «La educación corresponde a la familia antes que al Estado, por lo cual éste no puede arrogarse el derecho a enseñar y, lo que es peor, de declarar atea la enseñanza». Y sobre la autonomía universitaria, la encontraba perniciosa y propagadora de errores. Según Builes, las normales de varones, creadas por el Ministerio de Educación para formar maestros «modelarán las almas de los niños, según la mente y anhelos masónicos»; el Instituto Femenino «dará a la patria maestras impías [...] y un personal apto para descristianizar del todo la niñez», a pesar de que el Instituto Central Femenino de Medellín estaba guiado por la moderada institutora catalana Enriqueta Séculi Bastida. Todas las publicaciones del Ministerio de Educación eran «una verdadera inundación de libros impíos, de revistas pornográficas y de cuadros murales [los de Pedro Nel Gómez] soeces, verdaderos pegotes sin jota de arte, pero con abundancia de inmundicia [que], bajan del Ministerio de Educación y se difunden con levadura ponzoñosa». La coeducación, que entonces se reducía a los jardines infantiles, «en estos climas tropicales trae consigo lo que la masonería busca: corromper la niñez y la juventud [...] los desfiles de las niñas y señoritas a medio vestir, las gimnasias desvergonzadas [...] todos los métodos corruptores que vienen utilizando con innegable éxito nuestros gobernantes masones».

Para monseñor Builes, Laureano Gómez fue un personaje providencial. Apoyó sin reticencias todas sus iniciativas y, cuando el "Monstruo" arremetió contra Olaya, él así lo hizo; cuando hubo una cierta tregua en los inicios del gobierno de López Pumarejo, Builes se mostró moderado; pero en 1938, rotas ya las relaciones entre los dos políticos, el obispo de Santa Rosa no dudó en exclamar que «el partido comunista no puede menos que felicitar a los camaradas colombianos por la magnífica labor de penetración que han realizado con respecto al partido de gobierno en Colombia [...] que está para sufrir muy en breve [...] su eliminación para dejar el paso y la silla de Bolívar a los discípulos de Lenin». Esta pastoral de cuaresma concluye con una proclama de tipo marcial incitando a la guerra santa: «¡Gobernantes de mi patria, abrid los ojos! [...] ¿Cómo es que olvidáis dictar leyes que rechacen al moscovita audaz que mancha con su planta inmunda nuestro suelo? ¡Soldados de mi patria! ¿Para qué recibis-

teis la bandera tricolor y jurasteis defenderla, si ahora la arrojáis por tierra, para que la pise el ruso infame? [...] Ya suenan los clarines que llaman al combate [...] Vuestra misión es defender la patria. ¡Atrás el extranjero! ¡Viva Colombia!». En 1939, en dos pastorales, Builes atacó los carnavales, costumbre secular en Antioquia, que son «reunión de fétidos y contaminados elementos de todas partes para infectar la ciudad y dejar sus huellas inmundas en los fieles, con podredumbre moral y material». Más adelante condenó la soltería y, cuando atacó los reinados, se mostró profético: «Comedia bufa y carente de seriedad de la elección de reinas [...] como nuevo pábulo a las pasiones vergonzosas se han venido estableciendo [...] los llamados reinados del maíz, del café, del fríjol, del tomate, del oro y últimamente el de la sal [...] No tardarán en establecerse los reinados y las reinas del petróleo, del carbón, de la gallina, del cerdo y del buey». Dos meses después del asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán y del "Bogotazo", monseñor Builes incitó a la revuelta y al aniquilamiento (tal vez no en el sentido físico, sino en el moral) de los liberales. Durante la procesión del Sagrado Corazón, exigió un juramento a sus fieles para defender a Cristo, la religión católica, la Colombia católica. Por supuesto, los autores de la masacre eran no sólo los comunistas, sino «el liberalismo colombiano, vestido de comunismo, que concibió y realizó el movimiento». A medida que pasó el tiempo, Builes se radicalizó más y la emprendió contra casi todo. Ya en los años cincuenta, atacó los paseos en los que las mujeres «van y vienen solas o acompañadas de su novios o de sus amigos, de día y de noche, por pueblos, veredas y despoblados, en andanzas peligrosas»; los cines son «la peor escuela de robos, de asesinatos y deshonestidades»; los libros y novelas son «como una inundación de fango [...] que anega las almas»; la radio propaga «conferencias disolventes e irrespetuosas»; en las reuniones sociales y clubes «va el gran mundo a dejar la virtud en trizas»; y respecto al baile, «son gravemente pecaminosos [...] entre éstos se encuentran el vals, la mazurca, el galop, la polka, el chotiz, la habanera, etc.», pese a que eran prácticamente desconocidos en su diócesis. Monseñor Builes llegó a enunciar una «doctrina teológica respecto del baile», en la que hizo descripciones pormenorizadas de movimientos y roces, dedicando un capítulo aparte al baile *mambo*, prohibiendo la absolución de ese pecado mortal, «horrenda corrupción». Condenó a la *disidencia*, en su pastoral del 24 de febrero de 1953, que pudiera levantarse contra el presidente Laureano Gómez y su designado Roberto Urdaneta Arbeláez. Esta era organizada por el liberalismo comunista y «espíritus ambiciosos e inconformes del conservatismo», a la cual se haría frente con el corporativismo, comulgando así con los proyectos de Laureano. En 1952, el papa Pío XII lo honró con el título de Prelado Doméstico de Su Santidad, Asistente al Solio Pontificio y Conde Romano. Varias veces viajó a Roma, realizando las visitas *ad Limina*. Aunque las pastorales fueron las que le dieron fama y también su medio favorito, como escritor dejó varias obras como *Cuarenta días en el Vaupés* y *Testamento Espiritual*, entre otras. A los 80 años de edad, acatando la voluntad del papa Pablo VI, presentó renuncia de su cargo, que había desempeñado por 43 años, el 15 de febrero de 1967; le fue aceptada el 22 de abril, y el 8 de junio su sucesor, monseñor Félix María Torres Parra, tomó posesión como obispo coadjutor y administrador apostólico, quedando el señor Builes con el título de obispo de Santa Rosas de Osos, hasta su muerte. Trasladó entonces su residencia a Medellín, donde falleció el 29 de septiembre de 1971.

JUAN DAVID GIRALDO

Bibliografía

MEJÍA ESCOBAR, JESÚS. *Obispos antioqueños*. Academia Antioqueña de Historia. Medellín, Editorial Granamérica, s.f. ZAPATA RESTREPO, MIGUEL. *La mitra azul. Miguel Angel Builes, el hombre, el obispo, el caudillo*. Medellín, Editorial Beta, 1973.

BUITRAGO, FANNY



Fanny Buitrago.
Fotografía de Ernesto Monsalve, 1992.

Escritora nacida en Barranquilla, en 1943, de padre tunjano y madre barranquillera. Creció entre libros, en un ambiente donde se cultivaba la música, la pintura, la literatura y la historia. Comenzó a leer y a escribir desde muy temprano, bajo la influencia de dos lectores infatigables: su padre, Luis Buitrago, y su abuelo materno, Tomás González, de quienes heredó el deseo de escribir y la afición al teatro y al buen cine. En Cali, ciudad de la cual es hija adoptiva, y antes de terminar sus estudios secundarios, tomó la decisión de dedicarse a la literatura, después de haber recibido clases de pintura y teatro. Muy pronto sus escritos comenzaron a aparecer en publicaciones tales como los suplementos literarios de *El Tiempo* y *El Espectador* de Bogotá, donde recibió la acogida de intelectuales como Eduardo Mendoza Varela y Gonzalo González (GOG), y en revistas como *Zona Franca* de Caracas. En 1963 publicó su primera novela, *El hostigante verano de los dioses*, con la cual inició una carrera inspirada por su incansable búsqueda de diversas formas narrativas. Con motivo de la segunda edición de esta novela, Germán Vargas Cantillo comentó: «Fanny Buitrago desconcertó a nuestra siempre acatarrada crítica literaria, con un libro desorbitado, pero pleno de aciertos, de fogonazos impresionantes». Al decir de otros críticos, era una primera obra difícil de superar; sin embargo, la obra de la narradora continúa en permanente evolución. En 1964, Fanny Buitrago recibió el Premio Nacional de Teatro con *El hombre de paja*, editada junto con su selección de relatos *Las distancias doradas*, en el mismo año. En 1991, *Final del Ave María* apareció en la revista *Gestos* de la Universidad de California. Ambas piezas teatrales están enmarcadas en diferentes etapas de la violencia política y social que vive el país desde hace varias décadas. El resto de su trabajo teatral continúa inédito. En 1965, el coreógrafo argen-

tino Roberto Trinchero presentó en el Teatro San Martín de Buenos Aires, el ballet *La garza sucia*, basado en el relato homónimo de Fanny Buitrago, ganador del Premio de la Temporada de Verano en esa ciudad. En 1970, la novela *Cola de Zorro* fue finalista del Premio Seix Barral. Ficción histórica, Buitrago recreó allí la atmósfera del "Bogotazo" y la violencia de aquellos años en territorios alejados, con el mar de fondo; con esta novela, inició un trabajo donde se mezclan la ciudad y la provincia. En palabras de María Teresa Herrán: «Fanny Buitrago enfoca el tema del sexo, de las guerrillas, de ese medio ambiente tan cercano en el tiempo, con lo que podríamos llamar la máxima cualidad para una escritora: la asexualidad. Al leerla, no aparecen entre líneas esos prejuicios nefastos que han hecho imposible sobresalir a las escritoras colombianas». O, como diría Juan Rulfo: «Fanny Buitrago es la mejor escritora latinoamericana, porque escribe como un hombre...». En los mismos escenarios transcurre su libro de relatos *La otra gente* (1973), editado por el Instituto Colombiano de Cultura, sobre el que Elisa Mújica comentó: «Mostrar el reverso de vidas en apariencia comunes y corrientes, es el juego que apasiona a Fanny. Los mejores pintores de retratos son también los que hacen asomar a los rasgos de sus modelos aquello que los habita». Las obras "circulares" *Los amores de Afrodita* (1983) y *Líbranos de todo mal* (1989), que corresponden indistintamente al relato encadenado o a la novela, según la visión del lector, transcurren en Bogotá. Sobre *Los amores de Afrodita*, el novelista y sociólogo Rodrigo Parra Sandoval, comentó: «Esta dolorosa, profunda y divertida novela de Fanny Buitrago, es un símbolo de la alienación de una sociedad como la nuestra [...] pero además de ser una novela sobre el amor, es un fresco social y Fanny es una sutil observadora de esas formas de enajenamiento que Corín Tellado ha dado en llamar amor». En cuanto a *Líbranos de todo mal*, la revista *Quimera* reseñó así su aparición: «El humor de Buitrago es inherente a su despiadada visión de la sociedad colombiana contemporánea, dibujada con trazos inclementes y donde todo aparece abocado a la claudicación final [...] esconde una coartada contra el pesimismo absoluto, lo cual no disminuye la carga letal que la autora diestramente ha diseminado en sus relatos». Este último libro incluye "Tiquete a la pasión", Premio Villa de Avilés, Asturias (España), 1984.

De sus raíces costeñas y una estancia prolongada en la Isla de San Andrés, a comienzos de los setenta, el Caribe surge como protagonista de su libro *Bahía Sonora* (1975), uno de cuyos relatos "Pasajeros de la noche", fue galardonado con los premios de *El Tiempo* de Bogotá, *El Nacional* de Caracas y la *Revue de deux mondes* de París, el año anterior. En 1979 apareció la novela *Los Pañamanes*, comentada así por Antonio Benítez Rojo: «Tal vez la importancia de esta novela no radica en su interesante estructura, o en la excelente caracterización de sus personajes —Sabina Galende y Nicasio Beltrán, esa pareja inolvidable—, o en la amena y compleja peripecia, o en el eficaz nivel del lenguaje, o en el humor que la recorre de principio a fin; tal vez su importancia esté en ofrecer una visión auténtica del Caribe». En 1993 Buitrago publicó *Señora de la miel*, donde se funden la historia, la picaresca, el erotismo y la exuberancia de las gentes caribeñas, con la arrolladora omnipresencia del océano. En palabras del crítico literario Ignacio Ramírez, Fanny Buitrago justifica su condición de escritora «al trabajar con la palabra, jugar con ella hasta que adquiera olor, sabor, ritmo». En 1979, con *La casa del abuelo*, Fanny Buitrago ganó el II Premio Unesco-Editorial Voluntad e incursionó en el género literario de las narraciones para niños; posteriormente publicó *La casa del arco iris* (1986), *Cartas del palomar* (1988) y *La casa del verde doncel* (1990). Tales trabajos, realizados con el mismo rigor que el resto de su obra, constituyen un compromiso afectivo con la casa donde transcurrieron sus vacaciones de niña, y en un legado para las nuevas generaciones de la familia, que tendrán como suyos el pueblo de Almendreros y la memoria viva de su abuelo Tomás González. En 1983, su relato *Camino de los búhos* fue llevado a la televisión y presentado por la Universidad Javeriana de Bogotá en la segunda edición del Festival Latinoamericano de Teleducación Universitaria en Lima; una versión para cine fue hecha por Mónica Silva en 1985. *Los fusilados de ayer*, una de sus novelas cortas sobre la violencia en Colombia, escrita en Madrid, recibió el Premio Felipe Trigo de Narraciones Cortas — Ayuntamiento de Villanueva de la Serena, Badajoz (España) en 1987. Fanny Buitrago ha representado a Colombia en congresos literarios y festivales de Alemania, Dinamarca, Venezuela, Estados Unidos, España, México y distintas ciudades de Colombia. Como escritora invitada, ha vivido en Berlín (1982) e Iowa (1984) y ha visitado Nueva York, Nueva Orleans y San Luis. Sus obras han sido escritas en ciudades como Berlín, Estocolmo, Litgatu, Kabala y Madrid, pero ante todo, Fanny Buitrago ha trabajado en Bogotá. Parte de su obra se encuentra traducida al inglés, al alemán, al portugués y al francés. Actualmente, las novelas *El país de los hombres sin sueño* y *El más bello animal* se encuentran en proceso de publicación. En sus ratos libres, Fanny se divierte preparando una tira cómica sobre ecología títulada "Los Mojaditos". Ella misma se describe, ante todo, como una lectora voraz a quien le gusta narrar: «Tengo muchas historias para la literatura, la vida no me va a alcanzar y ese es mi único miedo» [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 291-292*].

LETTY BUITRAGO

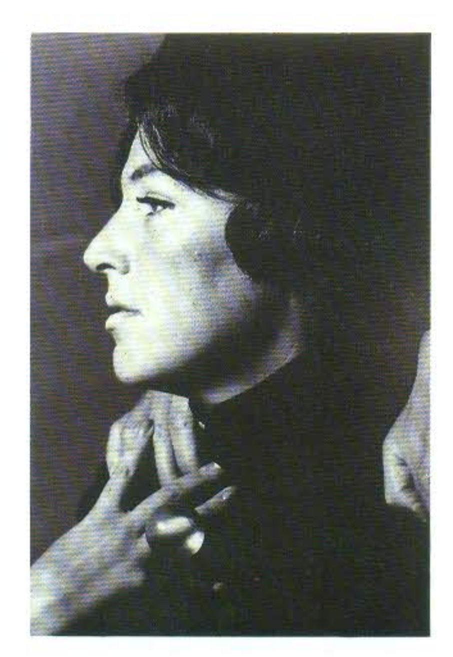
Bibliografía

BUITRAGO, FANNY. "El oficio no oficio de escribir". *Revista de Estudios Colombianos*, Nº 9 (1990), pp. 3-6.

BURSZTYN, FELIZA

Escultora nacida en Bogotá, en 1933 y muerta en París, en 1982. Estudió en el Art Students League de Nueva York, y con Ossip Zadkine en París. Comenzó a figurar como constructora de chatarras en 1961, para abrir antes que nadie «la brecha de la anarquía formal y conceptual», como dijera Marta Traba. Feliza Bursztyn inauguró en Colombia el arte con materiales pobres y siempre prefirió que sus trabajos fueran irrisorios, efímeros y antiestéticos, a que continuaran siendo solemnes, perdurables y bellos. Así mismo, fue el primer artista que se interesó por el movimiento real en la escultura. En su caso, como en el del escultor suizo Jean Tinguely, un movimiento torpe, completamente ajeno a la perfección de los movimientos mecánicos y con claras alusiones, particularmente en *Las camas* y en *La baila*, al movimiento humano. Entre 1961 y 1967, Feliza Bursztyn construyó un sinnúmero de chatarras.

Si al principio sus trabajos eran tímidos y casi elementales: conglomerados de ruedas, aros, tuercas, pequeñas láminas, deficientemente soldados en torno de un eje vertical, poco a poco se volvieron complejos, ricos y adquirieron la rara cualidad de transformar el carácter original de los materiales acumulados, así fueran éstos tarros, zunchos, alambres, tuercas o tornillos. Además, mostraron diferentes tratamientos: desde los materiales que se dejaban intactos, hasta los que se presentaban triturados, fragmentados, torcidos y doblados. A ello se unió el acabado que se lograba con los varios estados de oxidación y con las texturas producidas por la soldadura. Feliza Bursztyn obtuvo el primer premio de Escultura en el XVII Salón Nacional de 1965, con la chatarra *Mirando al norte*. A comienzos de 1968, expuso una serie de construcciones en acero, *Las histéricas*, en la cual la forma predominante era una cinta doblada a manera de garabato libre en el espacio, que con ayuda de un pequeño motor a la vista, vibraba y sonaba sin descanso. Fue la primera muestra de arte cinético en Bogotá y la primera que involucró el sonido, en este caso el ruido de la trepidación de láminas cortadas y enrolladas que chocaban entre sí. Luego de trabajar la construcción pública *Homenaje a Gandhi* (1971) en Bogotá (calle 100 con carrera 7), Feliza Bursztyn inició una larga serie de miniesculturas y comenzó a concebir *Las camas*. Las primeras fueron presentadas en la Bienal de Medellín en 1972. Ellas serían el punto de partida de una serie de camas con bultos que sugieren parejas entrelazadas y en movimiento; cubiertas con telas de colores brillantes, que presentó por primera vez en 1974. La sala de exposición fue especialmente preparada y sus paredes se cubrieron de negro para destacar exclusivamente la presencia de las camas, algunas tipo camarote, con bultos en diferentes posiciones que con ayuda de motores vibraban equívoca y casi morbosamente. El ambiente total resultó extraordinario con la música especialmente compuesta por Jacqueline Nova. En 1979 Feliza Bursztyn presentó una nueva escultura con elementos metálicos y en movimiento que se puede considerar desarrollo e innovación de *Las camas*: *La baila mecánica*, un conjunto de figuras que se desplazaba sobre rieles circulares. *La baila* era realmente un espectáculo y en sus presentaciones se organizaron funciones diarias. *Las camas* y *La baila* tenían claras alusiones humanas, así sólo fueran unos metales cubiertos con telas. Feliza Bursztyn trabajó en 1977 una serie de pequeñas figuras modeladas y fundidas en bronce. Estas esculturas de personajes erguidos o sentados, con los brazos y las piernas separados y a veces con grandes falos, totalmente toscos y deformes, tenían algo que ver con sus yesos también figurativos de 1958, que antecedieron a sus primeras chatarras. Entre 1975 y 1976, Bursztyn realizó otros dos trabajos públicos: *Andrómeda*, una especie de trampa gigantesca hecha en varillas laminadas en frío que, reunidas en grupos de tres, constituyen 25 secciones para configurar una forma transparente muy hinchada en el centro y de polos disminuidos, que pende de un eje y que con la ayuda de un motor invisible gira permanentemente, y *La última cena*, un gran mural constituido por 276 paneles instalados a diferentes niveles, cada uno con un sinnúmero de cubiertos aplanados y pegados con soldadura de punto, que se encuentra en el Centro Hotelero del SENA en Bogotá. Entre 1980 y 1981, realizó una gran cantidad de esculturas, algunas de pared y de diferentes tamaños, trabajadas con latas de automóviles desechados. Esta serie, sólo presentada póstumamente, se conoce con el nombre de *Color* [*Ver tomo 6, Arte, p. 127*].



Feliza Bursztyn.
Fotografía de Hernán Díaz, ca. 1960.
"Retratos", Bogotá, Villegas Editores, 1993.

GERMÁN RUBIANO CABALLERO

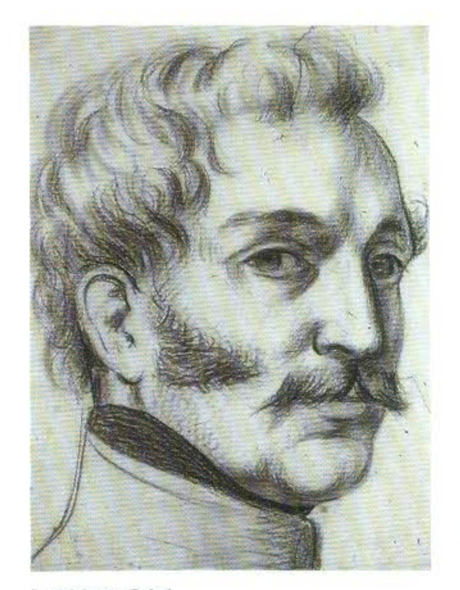
Bibliografía

Elogio de la locura. Feliza Bursztyn. Alejandro Obregón, Universidad Nacional, Bogotá, 1986, texto: Marta Traba ▪ *Feliza Bursztyn*, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1974, texto: Hernando Valencia Goelkel ▪ *Feliza Bursztyn. Baila mecánica*, Galería Garcés Velásquez, Bogotá, 1979, texto: Hernando Valencia G. ▪ RUBIANO, GERMÁN. "Feliza Bursztyn y Bernardo Salcedo. Los caminos de la libertad". En: *Escultura colombiana del siglo XX*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1983 ▪ TRABA, MARTA. "La fuerza del caos y la libertad expresiva: Feliza Bursztyn y otros". En: *Historia abierta del arte colombiano*. Cali, Museo de Arte Moderno La Tertulia, 1974.

C

CABAL, JOSÉ MARÍA

Militar vallecaucano, prócer de la Independencia (Hacienda El Alisal de Amaime, antigua parroquia de Llanogrande, Buga, mayo 25 de 1769 - Popayán, agosto 19 de 1815). Hijo de José Cayetano Cabal y María Teresa Barona, sus hermanos fueron Juan, Pedro, María Ignacia, José Antonio y Margarita. Según Gustavo Arboleda, en su *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo Departamento del Cauca*, José María Cabal «fue enviado en 1784 al colegio real y seminario de San Francisco de Asís, a Popayán, donde vistió la beca el 11 de enero de 1785; de allí pasó el 91 a continuar sus estudios en el Rosario, de Bogotá. Aquí fue complicado tres años más tarde en el que para las autoridades españolas resultó grave delito de la publicación de los *Derechos del hombre*, realizada por Antonio Nariño; fue desterrado en el 95 y el 24 de noviembre embarcó en Cartagena, rumbo a Cuba, de donde siguió a Cádiz; aquí al fin terminó el proceso iniciado contra él, mediante sentencia favorable, la cual le permitió trasladarse a Madrid y en 1802 a París. En ésta profundizó sus estudios de química y mineralogía, ciencias que vino a propagar a la Nueva Granada, a la cual regresó haciendo escala en Jamaica, de donde trajo cuatro plantas útiles, entre ellas el árbol del pan. Llegó a Bogotá en agosto del año 9 y siguió a su hacienda de la Concepción de Amaime, a dedicarse a labores agrícolas y a estudios científicos, lo cual le permitió dejar algunos apuntes sobre las quinas, sobre la altura de varios lugares y de sus condiciones para el cultivo del trigo». Cuando se inició el movimiento de la Independencia, Cabal participó, como diputado por Caloto, en la Junta provisional de gobierno de las seis ciudades amigas del Valle del Cauca, el 1 de febrero de 1811, y fue nombrado jefe de las fuerzas republicanas. El 26 de junio del mismo año, nuevamente en representación de Caloto, Cabal asistió a la junta realizada en Popayán con representantes de las ciudades confederadas del Cauca, y fue designado vicepresidente de la misma. Cuando el presidente



José María Cabal.
Dibujo de José María Espinosa.
Casa Museo 20 de Julio, Bogotá.

del estado, Joaquín Caicedo, partió hacia Pasto con el general Antonio Baraya, Cabal asumió como jefe de Popayán. «Venció al realista Antonio Tenorio —dice Arboleda—, que pretendió tomar la ciudad, en abril de 1812, y el 20 de dicho mes salió para Pasto, en auxilio de Caicedo, después de demorar diez días en el Tambo. Al llegar a Meneses supo el desastre del presidente y contramarchó al norte, para ser, el 10 de junio, elegido en lugar de Caicedo. La junta pasó a Quilichao y nombró jefe militar a Cabal, quien se situó en el alto de Ovejas. Pasó a Bogotá, en demanda de apoyo, y regresó con el general Nariño, para hacer la campaña de fines de 1813 y 1814. Después de la pérdida de aquel jefe, regresó del sur a Popayán y en noviembre del 14 fue nombrado comandante jefe de las tropas; el 5 de julio de 1815 triunfó a orillas del Palo y recuperó a Popayán, que había sido ocupada por los españoles. En 1816 renunció la comandancia y al ser deshecho el ejército republicano, el 29 de junio, en la Cuchilla del Tambo, partió para su hacienda y se ocultó; buscósele con empeño por orden de Warleta, dieron con él, lo llevaron a Popayán, lo juzgaron verbalmente, le confiscaron los bienes y lo pasaron por las armas en la plaza mayor de esa capital, el 19 de agosto. La monja Inés Martínez Cabal, su prima hermana, lo hizo sepultar en la iglesia del monasterio del Carmen, de donde los restos fueron en 1881 trasladados a Buga, ciudad que ostenta hoy el bronce del héroe en la plaza principal, inaugurado el 6 de agosto de 1924».

MARIANO MOLANO

CABALLERO, ANTONIO

Periodista, escritor y caricaturista nacido en Bogotá, el 15 de mayo de 1945. Hijo de Eduardo Caballero Calderón e Isabel Holguín Dávila, a la edad de dos años su familia se trasladó a España, donde su padre se desempeñó como agregado cultural y encargado de negocios del gobierno colombiano. Las gestiones diplomáticas y literarias de su padre hicieron que la familia volviera a Colombia en 1948, viajara nuevamente a Madrid en 1952 y regresara al país en 1957. Antonio Caballero Holguín obtuvo su grado de bachiller en el Gimnasio Moderno de Bogotá, en 1961, e inició la carrera de Derecho en la Universidad del Rosario. La familia se trasladó a París en 1962, donde Caballero tomó cursos de Ciencias Políticas, los cuales, aunque nunca concluyó, sin duda contribuyeron a la formación de su perfil político. Sin embargo, el bagaje más influyente en su personalidad lo constituyó, tal vez, la tradición artística e intelectual, particularmente literaria, de la familia Caballero, reconocida en figuras como Luis Eduardo Nieto Caballero, Lucas Caballero "Klim", Miguel Antonio Caro (su tío bisabuelo) y, por supuesto, su padre. En la actualidad, y desde hace casi una década, Antonio Caballero está radicado en España. A Antonio Caballero se le conoce como uno de los columnistas más agudos, críticos e irreverentes de la prensa colombiana. Sus notas políticas (que son todas), al decir de Gabriel García Márquez, son «lúcidas, feroces y de una valentía casi suicida». Ha desempeñado innumerables cargos, entre ellos, direc-

tor de la sección cultural de la revista *Cambio 16*, gestor y jefe de redacción de la revista *Alternativa*, caricaturista de *El Tiempo*, columnista de *El Espectador*, la revista *Semana*, las publicaciones españolas *Cambio 16* y *Diario 16*, y corresponsal de la revista *Cambio 16 Colombia*. Como escritor, es autor de: *Sin remedio* (1984), una novela escéptica que se desarrolla en la Bogotá de las décadas de 1960 y 70, donde con una buena dosis de humor e ironía trata el problema de la ausencia de voluntad y del sentido de la literatura frente al sin sentido de la realidad; y de *Isabel en invierno* (1990), dedicado a su hija. Aficionado empedernido al arte de la tauromaquia, Caballero fue encargado por varios medios de comunicación de seguir los pasos del torero César Rincón en España y Colombia, de lo cual resultó su libro *Toros, toreros y públicos* (1992).

La caricatura

Según García Márquez, es en las caricaturas de Caballero, «donde su talento se condensa con el poder de aniquilación de una partícula nuclear [...] Cada cuadro es una caricatura completa de toda la sociedad colombiana, que a Antonio Caballero parece parecerle pervertida y condenada, y que a su modo de ver no tiene salvación». Como caricaturista, Caballero ha sido creador de cuatro iconos fundamentales y aparentemente disímiles: el policía, el guerrillero, el ama de casa dependiente del cocinol y el político impermeable a cualquier crítica, representados en los "Cartones" en *El Tiempo*, en "El señor agente" y "Macondo" en *Alternativa* y en "Monólogo Nacional" en *Semana*. Para un hombre que ha sido descrito como «tímido, sarcástico, inabordable y de humor punzante», la caricatura es quizás el mejor medio de expresión. Antonio Caballero es el único caricaturista colombiano de origen burgués, que ha logrado exaltar la clase proletaria en contra de su propio origen. Sus iconos principales parecen ser la alternativa contraria a las preocupaciones de su medio; para todo burgués colombiano, que se siente básicamente exento de los dramas populares, el problema nacional radica o en la muchacha del servicio o en el policía de la esquina o en el malogrado aprendiz de político y definitivamente en la guerrilla. Lo que Caballero hace es retomar esos personajes y devolverlos como bumerang a la preocupación de su propia clase, convertidos en caricatura. Como buen lector de Robert Musil, de Homero y de García Márquez, su conclusión vital radica en que la realidad es tan arbitraria como la literatura, y en que «el humor no es una manera de aguantar las cosas, sino una consecuencia de que las cosas no sean serias».



Antonio Caballero Holguín.
Autorretrato, 1986.
Colección particular.

MARTHA SEGURA

Bibliografía

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL, DANIEL SAMPER PIZANO, HUGO BARTI y HÉCTOR OSUNA. *Reflexioné-MONOS 20 años de caricaturas de Antonio Caballero*. Bogotá, Cerec, 1986. GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL. Prólogo a *Reflexioné-MONOS*. *Magazín Dominical, El Espectador*, Nº 199, enero 18 de 1987 SÁNCHEZ, RICARDO "Antonio Caballero y la modernidad" *Politeia*, Nº 7, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho (abril 1991). DUZÁN, MARÍA JIMENA "Una novela sobre la dificultad de escribir un poema" *Magazín Dominical, El Espectador*, Nº 88 diciembre 2 de 1984. RUIZ GÓMEZ, DARÍO "Antonio Caballero y la nueva educación sentimental" *Magazín Dominical, El Espectador*, Nº 98, febrero 10 de 1985.

CABALLERO, LUCAS

Político y militar santandereano (Suaita, enero 20 de 1869 - Bogotá, 1942). Destacado abogado y político, Lucas Caballero Barrera participó en las luchas partidistas de finales del siglo XIX a nombre del partido liberal, pero especialmente en la guerra de los Mil Días (1899-1902), en la que jugó un importante papel. Además, fue un hombre de empresa; con la ayuda de un crédito de banqueros franco-belgas, fundó un conjunto de industrias para la producción de hilados, tejidos, licores y chocolates en San José de Suaita, aprovechando las bondades de las tierras en las que estaban asentadas las haciendas de su familia. Dificultades en la llegada a Colombia de las maquinarias importadas de Europa y su posterior traslado al sitio de instalación, impidieron en principio la realización de su proyecto. Pero Caballero no se doblegó, solicitó un nuevo crédito y el complejo industrial empezó a funcionar, aunque con las condiciones impuestas por el banco, las cuales no le favorecían. Lucas Caballero estudió literatura en el colegio del doctor Santiago Pérez y obtuvo el grado en jurisprudencia en la Universidad Externado de Colombia, el 10 de marzo de 1899. También fue fundador del periódico *El Diario*, que empezó a circular por la misma época en que se inició la revolución liberal. Mientras ejercía su profesión de abogado en 1899, en la oficina de Nicolás Esguerra, de la cual era socio, Caballero fue testigo excepcional de los preparativos de la guerra de los Mil Días. El partido liberal no tenía representantes en el Congreso, ni en los concejos municipales, ni en las asambleas departamentales, y sus periódicos eran suspendidos desde 1885, lo que había ido fomentando el descontento contra el gobierno conservador que ahora tomaba cuerpo. En la gestación del conflicto, Caballero fue amanuense de la Dirección Nacional Liberal, compuesta por Aquileo Parra, Salvador Camacho Roldán y el general Sergio Camargo, entre otros, reunidos en las oficinas de Esguerra. Posteriormente fue secretario general del director general de Guerra, general Gabriel Vargas Santos, a quien sirvió de redactor de muchas de las proclamas que circularon entre las huestes liberales. Después, se convirtió en jefe de Estado Mayor del general Benjamín Herrera, comandante de los ejércitos liberales en la campaña del Cauca y del departamento de Panamá. Obtuvo el grado de general. También desempeñó comisiones en el extranjero para la consecución de material de guerra. Desde estas posiciones, vivió de cerca acontecimientos como el triunfo liberal en la batalla de Peralonso, al lado del general Benjamín Herrera. Conta-

giado de fiebre amarilla, le fue imposible asistir a los principales desarrollos de la batalla de Palonegro, donde fue derrotado el ejército liberal. Sin embargo, por las noticias que recibió en su lecho de enfermo en Rionegro, supo de la muerte de miles de personas de ambos bandos en una batalla extraordinaria que duró quince días sin tregua. Al sobrevivir a la fiebre, se desplazó al cuartel general y asistió a la retirada del ejército liberal, como lo relató en su libro *Memorias de la guerra de los Mil Días*.

El continuo desangre a que estaba sometido el país, sin encontrar un rumbo, y la nueva situación internacional creada por la amenaza de Estados Unidos de anexar a Panamá, luego de la construcción del canal, llevó a los dos bandos a reflexionar, en 1903, sobre la necesidad de parar la guerra. El general Lucas Caballero tuvo una activa participación en la negociación y firma de la paz con el gobierno conservador. En las negociaciones a bordo del buque *Almirante Wisconsin*, de la Armada de los Estados Unidos, el general Caballero advirtió al general Benjamín Herrera, quien se negaba a la rendición de su ejército, que la soberanía del país estaba amenazada con la presencia de Estados Unidos en Panamá y que era más urgente asegurar ese departamento de Colombia, que continuar con el conflicto interno. El general Herrera estuvo de acuerdo y encargó a Caballero de redactar los términos en que se pactaba la paz, poniendo como motivo principal la cuestión de la soberanía nacional sobre Panamá; así se reflejó en el tratado. El 21 de noviembre de 1902, el general Lucas Caballero firmó la paz del *Wisconsin* en calidad de jefe de Estado Mayor del ejército unido del Cauca y Panamá, junto con el coronel Eusebio A. Morales, secretario de Hacienda de la dirección de guerra del Cauca y Panamá, en representación del general Benjamín Herrera y del partido liberal. Por su parte, el general Víctor M. Salazar, gobernador del departamento de Panamá, y el general Alfredo Vázquez Cobo, jefe de Estado Mayor del ejército conservador en la Costa Atlántica, el Pacífico y Panamá, firmaron en representación del gobierno. Después de su participación en el conflicto, el general Caballero fue miembro de la misión diplomática en Washington, a raíz de la separación de Panamá en 1903. Fue ministro de Hacienda en 1904; ministro diplomático en 1905; miembro del Congreso de la República en varias legislaturas; miembro de la junta directiva del Banco de la República y gerente del Banco Agrícola Hipotecario. Así mismo, fue miembro de la Academia Nacional de Jurisprudencia, de la que llegó a ser presidente. Al terminar el primer cuarto del siglo XX, se alejó de los cargos públicos, declinando varias invitaciones para ser ministro, y se dedicó a los negocios bancarios. En 1938 escribió *Razones militares del triunfo de los liberales*, y en 1939, en una serie de artículos en *El Tiempo*, escribió *Memorias de la guerra de los Mil Días*, obra que se convirtió en uno de los testimonios más importantes sobre este acontecimiento histórico.



Lucas Caballero.
Fotografía de la Colección José Joaquín Herrera.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

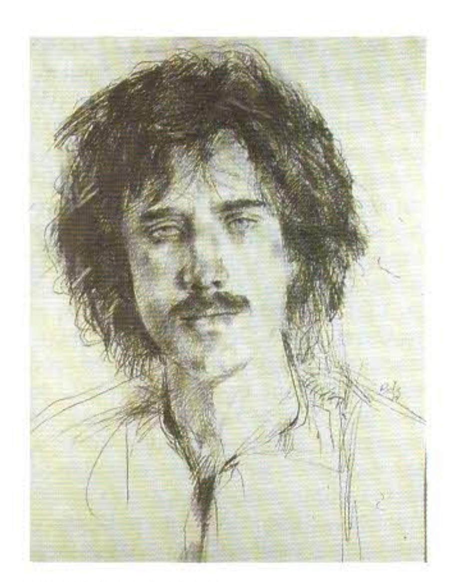
RAFAEL GARRIDO LOPERA

Bibliografía

CABALLERO CALDERÓN, LUCAS. *Memorias de un amnésico*. Bogotá, El Ancora, 1982. *Quién es quién en Colombia*. Compilador, Oliverio Perry. Bogotá, Kelly, 1944. CABALLERO, LUCAS. *Memorias de la guerra de los Mil Días*. Bogotá, Colcultura, 1980.

CABALLERO, LUIS

Pintor y dibujante nacido en Bogotá, en 1943. Luis Caballero Holguín estudió arte en la Universidad de los Andes entre 1961 y 1962, y luego en la Academia de la Grande Chaumière de París, entre 1963 y 1964. Desde el comienzo su trabajo ha sido figurativo, pero al principio sus personajes eran muy esquemáticos y definidos por una línea gruesa. En 1968 obtuvo el primer premio de la I Bienal de Medellín, con un políptico en el que estos personajes se extienden en afanosas búsquedas amatorias sobre superficies azules y amarillas [ver tomo 6, p. 133]. Ese mismo año Caballero se radicó en París. Desde 1970 su obra comenzó a observar la historia del arte; esta inclinación se destacó en 1973 en una muestra en Bogotá: con una clara referencia al Renacimiento, sus figuras repasaban una hermosa lección de líneas puras, valores plásticos, movimientos y escorzos. Sus personajes sin rostro resultaban muy vivos y expresivos, gracias al dinamismo de los cuerpos, a la tensión de las figuras solitarias y anhelantes y a la ansiedad desesperada de los acoplamientos. Desde mediados de los setenta, Caballero ha venido perfeccionándose hasta lograr representaciones llenas de vigor y precisión anatómica, en las que la figura humana, tema exclusivo del artista, es un simple pretexto para exteriorizar el propio sentimiento vital frente a las formas orgánicas. En pinturas al óleo y dibujos en diversos medios (carboncillos, sanguinas, lápices, tintas con pluma o pincel), Caballero se regodea con el cuerpo humano: lo recorre amorosamente, con la vista y con el tacto, desde todos los puntos de vista. Lo único que le importa es el cuerpo: su superficie, sus músculos y huesos. A base de estudio Caballero ha podido dominar la representación figurativa y volcarse sobre el goce brindado por el intenso poder de las formas orgánicas. Sin embargo, el naturalismo de Caballero no es un naturalismo tranquilo; por el contrario, las representaciones de sus figuras desazonan y llenan de angustia, una angustia amortiguada de todos modos por la belleza del trabajo. Son cuerpos erectos que están a punto de caer o recibiendo castigo, o cuerpos yacentes, muchas veces apelotonados en pequeños grupos, que parecen descansar después de la contienda amorosa o que realmente están muertos. Si todas las zonas del cuerpo, a partir del rostro, destacan la idea del tormento, del éxtasis o del anhelo, las manos crispadas o aquéllas que aprehenden otros cuerpos resultan adoloridas al máximo. Son manos desesperadas, ansiosas, solitarias. Contribuye al efecto deliberado de desen-



Luis Caballero Holguín.
Carboncillo de Juan Antonio Roda, 1978.
Colección particular.

freno y tormento, el hecho de que estas representaciones se vean tan próximas (en un espacio demasiado reducido), aparezcan fragmentadas y, algunas veces, se observen desde arriba. Para esta orgía de cuerpos entrelazados, Caballero se apoya en el amplio repertorio de figuras humanas de la historia de la pintura a partir del Renacimiento. No es difícil encontrar remembranzas de los mejores pintores, empezando por Miguel Angel. Esa reverencia a la pintura del pasado implica una tremenda lucha por afirmar su propia personalidad, su propio estilo. El naturalismo intelectualizado de Caballero bien pudiera denominarse manierismo, pero, además, tiene otras características: por ejemplo, su consciente artificio. Parece que el artista concibiera escenografías refinadas para que unos actores amaestrados posaran en el gran proscenio de la sensualidad, obedeciendo a las más exquisitas ondulaciones de ritmos lentos y melodías elaboradas. También está su preocupación casi exclusiva por el fenómeno estético, por la presencia del cuerpo hermoso, vivo o muerto, erótico y provocativo; la sofisticación de la sensibilidad que ama la estilización, la imagen prodigiosa.

A lo largo de los años ochenta, la obra de Caballero se muestra más suelta y segura y, al mismo tiempo, más dramática. El artista trabaja cada vez más fragmentos del cuerpo humano y observaciones escorzadas muy cercanas, casi tangibles. Aunque ahora le importa menos el acabado de la forma, es indudable que no deja de ver como dibujante, esto es, en trazos. Ultimamente Caballero ha acentuado los valores tonales, y con frecuencia ha trabajado con pinceles; sin embargo, sigue mostrando un diseño latente y no puede evitar que sus manchas o sombras tengan una delimitación precisa. De todos modos, este nuevo tratamiento de sus cuadros se aviene con la intensificación de la violencia. Las fotografías de la crónica roja que escogió para completar la publicación de 1990 con motivo de la presentación de su obra en Bogotá, simplemente ratificaron lo que ya se sabía: Caballero no sólo trabaja el desnudo incitado por el hedonismo o motivado por la reflexión recurrente en torno del Cristo de la pasión, sino basado en las más brutales referencias gráficas de la violencia de hoy. Caballero ha hecho siempre lúcidos comentarios de su obra y respecto del dibujo ha dicho: «Dibujar del natural es analizar. Es escoger. Escoger las líneas y los volúmenes que nos interesan dentro de esa maraña infinita de líneas y formas que son nuestra visión. Escoger para recrear la emoción que se siente y saber desechar para concentrar la visión [...] dibujar no es reproducir la realidad sino tratar de apropiarnos la emoción fugaz y siempre distinta que produce en nosotros esa realidad». Al repasar sus bellos diseños de los últimos años, es evidente que dice la verdad. Desde sus tintas con pluma de 1979, que a veces reiteran en una sola hoja un cuerpo que se mueve, y que abundan en detalles de manos que se buscan, hasta los numerosos bocetos (en varios medios) para el gran telón, de seis metros cuadrados, realizado en público en 1990 en la Galería Garcés Velásquez de Bogotá —trabajos preparatorios admirables, a veces exclusivamente lineales, otras, manchados y dominados por los valores tonales; dibujos parciales de primeras ideas tanto de personajes aislados, como de figuras en grupo—, pasando por algunos carboncillos de los primeros años ochenta, algunos óleos negros sobre papel de 1986 y algunas sanguinas de 1989, Caballero no sólo demuestra su destreza como dibujante, sino su inclinación al naturalismo según lo definiera Worringer: deleite en la forma orgánica y autogoce objetivado [*Ver tomo 6, Arte, p. 133*].

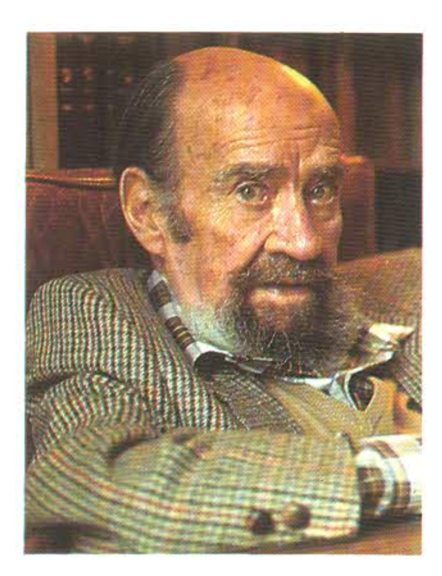
GERMÁN RUBIANO CABALLERO

Bibliografía

Caballero, Grands Fusains, Galerie Albert Loeb, París, 1979, texto: Ramiro Ramírez ▪ *Caballero ou L'irrésistible corps de l'homme-dieu*, Galerie Jade, Colmar, 1980, texto: Conrad Detrez ▪ *Caballero*, Galerie Albert Loeb, París, 1982, texto: Luis Caballero ▪ *Caballero*, Galerie Fred Lanzenberg, Bruselas, 1982, texto: Fred Lanzenberg ▪ *Caballero*. Galerie Albert Loeb, París, 1985, texto: Luis Caballero ▪ *Luis Caballero*, Galería Garcés Velásquez, Bogotá, 1990, texto: Alvaro Medina ▪ *Luis Caballero, retrospectiva de una confesión*, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá, 1991, textos: Beatriz González y otros ▪ HERNÁNDEZ, JOSÉ y MARTA TRABA. *Luis Caballero, me tocó ser así*. Bogotá, Editorial La Rosa, 1986 ▪ TRABA, MARTA. "La fuerza del caos y la libertad expresiva: Luis Caballero y otros". En: *Historia abierta del arte colombiano*. Cali, Museo de Arte Moderno La Tertulia, 1974.

CABALLERO CALDERÓN, EDUARDO

Escritor y periodista nacido en Bogotá, el 6 de marzo de 1910, muerto en la misma ciudad, el 3 de abril de 1993. Creador de un mundo imaginario universal denominado Tipacoque, Eduardo Caballero Calderón fue un autor de escritura rápida y corrección lenta, lo que le permitió obtener un producto depurado, quizás demasiado reflexivo por la gran influencia del ensayo, que practicó con excelentes resultados. Hijo del general Lucas Caballero, jefe del Estado Mayor Liberal en Cauca y Panamá durante la guerra de los Mil Días, y de María del Carmen Calderón, Caballero Calderón se inició desde muy joven como periodista y escritor. Miembro de una familia muy relacionada con las letras —su padre fue, además, reconocido periodista—, escribió, junto con sus hermanos Lucas y Enrique, la obra *Rabo de paja*. Cuando terminó su bachillerato en el Gimnasio Moderno de Bogotá, ingresó a la Universidad Externado de Colombia y cursó tres años de Derecho, pero lo abandonó por el periodismo y la política. Desempeñó cargos diplomáticos en Lima, Buenos Aires, Madrid y París; fue encargado de Negocios en España (1946-1948), embajador de Colombia ante la Unesco (1962-1968), diputado a la Asamblea de Boyacá y Cundinamarca, representante a la Cámara (1968-1970) y alcalde de Tipacoque, en Boyacá (1968-1971). Se vinculó como corresponsal al diario *El Espectador*, y en 1938 pasó a *El Tiempo*,



Eduardo Caballero Calderón. Fotografía de Ernesto Monsalve.

donde publicó casi ininterrumpidamente una columna que firmaba con el seudónimo Swann. Más adelante asumió, junto con el poeta Eduardo Carranza, la dirección del *Suplemento Literario* de *El Tiempo*. El primer relato extenso que escribió fue *Tipacoque*, publicado en 1940, en el cual ya se vislumbraba al futuro novelista; aquí se contraponen lo rural y lo urbano, marcados por olores, enfermedades y virtudes que se despliegan en la vida cotidiana. Después publicó *El arte de vivir sin soñar* (1943), los ensayos *Latinoamérica, un mundo por hacer* (1944) y *Suramérica, tierra del hombre* (1944), que recogen sus reflexiones durante los viajes como corresponsal; *Breviario del Quijote* (ensayo, 1947), aparecido después de que fuera nombrado encargado de negocios en España, *Ancha es Castilla* (1950), una guía espiritual de España, y en ese mismo año, *Diario de Tipacoque* (cuadros de costumbres). En 1952 publicó su primera novela, titulada *El Cristo de espaldas*, en la cual el dominio de la técnica es evidente. En 1954 apareció *Siervo sin tierra*, considerada la consolidación del escritor en cuanto a la técnica, al mundo imaginario que logra proyectar y la construcción de los personajes; allí se presenta toda la problemática de la miseria de los campesinos, explotados y desposeídos, abandonados a un mundo que los arrasa. En 1955 su producción literaria siguió fluyendo, aparecieron, entre otros: *La penúltima hora* (novela, 1955), el ensayo *Americanos y europeos* (1956), *Historia privada de los colombianos* (colección de ensayos, 1960), *Manuel Pacho* (1962), novela que Caballero Calderón reconoce como su obra preferida, *Los campesinos* (recopilación de artículos de prensa, 1962), la novela *El buen salvaje* (Premio Nadal 1966), *Memorias infantiles* (1968), *Caín* (novela, 1968), *Yo, el alcalde* (memorias, 1972), donde aparece la conocida frase: «Soñar un pueblo para después gobernarlo»; *Azote de sapo* (novela, 1975), *Historia de dos hermanos* (novela, 1977), *Tipacoque, de ayer a hoy*(1979), *Hablamientos y pensadurías* (memorias, 1979), *El cuento que no se puede contar, y otros cuentos* (1981), *Bolívar una historia que parece un cuento* (1983). Sus novelas, ensayos, cuentos y relatos han merecido distinciones especiales y han sido traducidos a otras lenguas; *Siervo sin tierra*, por ejemplo, fue traducido al italiano, portugués, alemán, inglés, francés, checo y ruso. Todas sus actividades se han visto reflejadas de alguna manera en sus obras. Donde más se nota la experiencia adquirida como diplomático es en *El buen salvaje*, donde narra la vida de un estudiante en el exterior y las dificultades que de ello se derivan. Caballero Calderón fue socio fundador, en 1954, de la Editorial Guadarrama en Madrid y colaboró con diversas revistas. Fue miembro de la Real Academia de la Lengua y del Círculo de Periodistas de Bogotá. Escritor fecundo, según Luis María Sánchez, «su prosa castiza, sencilla y clara se observa en sus preciosas obras infantiles, en su vigorosa narrativa y en la sobriedad de sus ensayos, algunos de los cuales fallan por dogmáticos». Caballero Calderón manejó ante la vida una actitud pedagógica, que ejerció en la educación de sus hijos y en la publicación de cartillas infantiles que enseñaban la historia de manera didáctica. En cuanto al ensayista, su obra a veces se ve interferida por la acción del narrador. No puede evitar dar testimonio del drama rural, quizás por esa constante en las letras nacionales que impele a los escritores a escribir por y sobre los acontecimientos que los rodean y afectan en su vida diaria. Algo similar ocurre en las obras narrativas, donde interfiere la actitud del ensayista; esto repercute en la falta de una relación entre la historia y el narrador que produzca un acento de sinceridad, a pesar de predominar la narración en primera persona [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 234-236 y 276-279*].

LUIS CARLOS MOLINA

Bibliografía

ARAÚJO, HELENA. "Acerca de la narrativa de Caballero Calderón". *Ideas y Valores*, Nº 30/31 (Bogotá, 1968). BEDOYA, M., LUIS IVÁN. *Eduardo Caballero Calderón*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1984. "Caballero de las letras". *Semana*, Nº 571 (abril 13-20 de 1993). HERNÁNDEZ, JOSÉ. "Eduardo Caballero Calderón a los ochenta años". *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, marzo 18 de 1990. HERRERA, LUIS CARLOS y otros. "Trayectoria de un novelista: Eduardo Caballero Calderón". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 12, Nº 2 (1969). *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, abril 18 de 1993.

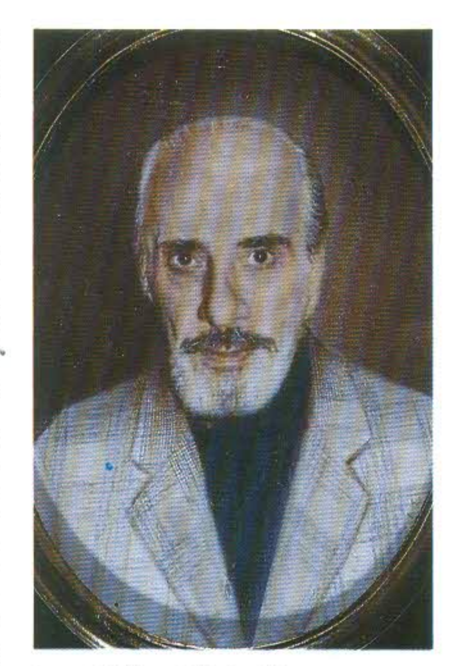
CABALLERO CALDERÓN, LUCAS (KLIM)

Periodista nacido en Bogotá, el 6 de agosto de 1913, muerto en la misma ciudad, el 15 de julio de 1981. Lucas Caballero Calderón, conocido por su seudónimo "Klim", fue uno de los más sobresalientes columnistas que tuvo la prensa colombiana. A lo largo de 45 años supo capturar y mantener a sus lectores de *El Tiempo* y *El Espectador*, tratando los acontecimientos de la vida nacional, especialmente los asuntos políticos, con un extraordinario sentido del humor.

Sus comentarios siempre estaban acompañados con sátiras que eran celebradas por la opinión pública. Según los comentaristas de su obra, el éxito de Klim se atribuye a su independencia de criterio para criticar la inmoralidad de la clase política colombiana, y al hecho de que no fue sólo un humorista, sino un penetrante comentarista político que, entre chiste y chiste, estaba poniendo el dedo en la llaga y expresando el descontento de la gente. Miembro de una familia influyente en política, su padre, el general Lucas Caballero, fue uno de los jefes liberales, al lado del general Benjamín Herrera, que firmaron el tratado de Wisconsin que puso fin a la guerra de los Mil Días. Klim estudió primaria en el Gimnasio Moderno al lado de Alfonso López Michelsen, y conoció por su vecindad en el barrio La Candelaria a Carlos Lleras Restrepo, a quien también vería, con mucha distancia, en el colegio. De ahí la familiaridad con la que posteriormente trató a estos personajes en sus cuartillas: "el compañero primo", para referirse a López Michelsen, casado con Cecilia Caballero, miembro de la familia de Klim; "Carlos Alberto", refiriéndose a Carlos

Lleras Restrepo; o "El Pre", a Alberto Lleras Camargo, amigo personal de su hermano Eduardo. Precisamente gracias a esos vínculos de familia, consiguió sus primeros empleos en el sector público. En la Contraloría General de la República se hizo técnico en estadística (el único título que obtuvo luego del de bachiller), siendo Plinio Mendoza Neira el contralor general. Lo mismo sucedió cuando fue empleado del Ministerio de Obras Públicas, dirigido por Alfonso Araújo, quien por respeto a su padre, lo mantuvo en el puesto de archivista, a pesar de sus reiteradas cartas de renuncia. Klim no se proponía ser escritor. Había abandonado hacía poco la carrera de Derecho en la Universidad Javeriana, y había ido a Tipacoque, la hacienda de la familia, a reconsiderar su vida. Gabriel Cano, directivo de *El Espectador*, leyó una de las cartas que Lucas enviaba a su familia describiendo las situaciones típicas del pueblo, la encontró muy divertida y le propuso que escribiera para el diario; posteriormente, en 1947, surgiría el libro *Epistolario de un joven pobre*, recogiendo estas cartas.

Klim volvió a Bogotá para dedicarse a su nuevo oficio, el que habría de decepcionarlo porque sólo recibió 70 centavos por columna (más tarde, cuando superó su intermedio burocrático de la Contraloría y el Ministerio de Obras, volvió a *El Espectador* con una mejor remuneración: $ 1.50 por columna). El 6 de febrero de 1936 apareció su primera columna en *El Espectador*, bajo el título "El Joe Louis del Parlamento", dura crítica a la forma como se conducían las sesiones del Congreso. Desde un principio, Klim se enfocó en la sátira política y en desentrañar la idiosincrasia de los colombianos. Una prueba, de las muchas que aporta su obra, es un comentario suyo de la época del tranvía: «Las mujeres que se hacen sospechosas de creerse fatales, sólo impresionan a esos pobres caballeros que tienen el concepto de que la fatalidad consiste en usar un maquillaje chillón y unas piernas para mostrar en los tranvías». El hecho de que *El Espectador* se imprimiera en la rotativa de *El Tiempo*, le dio a Klim la posibilidad de escribir secretamente en ambos periódicos. En *El Tiempo* adoptó el seudónimo Klim, el mismo nombre de la leche en polvo que se había impuesto en el mercado, mientras que en *El Espectador* firmaba "Lukas". Cuando se dieron cuenta en *El Espectador* de



Lucas Caballero Calderón, Klim. Miniatura de Manuel J. Paredes. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

su juego, y descubrieron que no se trataba de un imitador de *El Tiempo*, le pidieron que se decidiera por uno de los dos periódicos. Era el año 1942, que marcó el principio de su nueva era: escogió *El Tiempo*, porque le ofrecieron mejor sueldo, y allí se quedó durante 35 años. En los tiempos de la censura a la prensa, durante los gobiernos de Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez y Gustavo Rojas Pinilla, su sentido del humor estuvo más agudo que nunca, para comunicarse con sus lectores veladamente en torno al malestar por el bloqueo a la libertad de expresión.

Klim era un hombre muy tímido, «tal vez porque tenía un claro sentido del ridículo», como dijo Carlos Lleras Restrepo. Se casó en 1947 con Isabel Sierra, hija del hacendado Pepe Sierra y criadora de toros de lidia, y tuvo un solo hijo en 1949, «como consecuencia del toque de queda» que sobrevino tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Al poco tiempo se separó, y vivió solo hasta su muerte, alternando su trabajo con un poco de bohemia. También fue colaborador de la revista *Cromos* con "La Canasta Familiar de Klim". En 1977 denunció sistemáticamente a la familia presidencial por la construcción de la carretera alterna al Llano que pasaba por la finca La Libertad, propiedad de un hijo del presidente Alfonso López Michelsen. La perturbación que causaron sus escritos en el gobierno, con la amenaza del presidente de renunciar, obligó a su salida de *El Tiempo*, cuyas directivas le pidieron que tuviera moderación. Klim no aceptó que le pusieran condicionamientos, ni que le dijeran que él era simplemente un humorista. Regresó, entonces, a *El Espectador*, a partir de 1977, y desde allí continuó atacando a López Michelsen y advirtió sobre su proyecto de reelección en un célebre artículo titulado "La segunda esperanza" de 1979. Murió durante el gobierno del presidente Julio César Turbay Ayala, quien también se declaró «víctima de sus crueles saetas». Su última columna, publicada el 13 de julio de 1981, fue "La inauguración de Chocontá, una fiesta inolvidable", sarcástico relato de la ceremonia de inauguración de la segunda antena de Chocontá. Los libros *Epistolario de un joven pobre* (1947), *Joven Caballero: 10 en historia, 0 en imaginación* (1974), *Yo, Lucas* (1980), *La segunda esperanza* (1982), *Memorias de un amnésico*(1982), *45 años de humor* (1985) y *Figuras políticas de Colombia* (1986), recogen su obra [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 212-214*].

RAFAEL GARRIDO LOPERA

Bibliografía

CABALLERO CALDERÓN, EDUARDO. "Mi hermano Lucas". *Magazín Dominical-El Espectador*, Bogotá, julio 26 de 1981. CABALLERO CALDERÓN, LUCAS. *Joven Caballero, 10 en historia, 0 en imaginación*. Bogotá, Biblioteca del Centenario del Banco de Colombia, 1974. CABALLERO CALDERÓN, LUCAS. *Yo, Lucas*. Bogotá, Pluma, 1980. CABALLERO CALDERÓN, LUCAS. *Memorias de un amnésico*. Bogotá, El Ancora, 1982. CABALLERO CALDERÓN, LUCAS. *Klim: 45 años de humor*. Bogotá, El Ancora, 1985. LLERAS RESTREPO, CARLOS. "Klim". *Nueva Frontera*, Nº 341 (julio 20 de 1981), p. 7. LLERAS RESTREPO, CARLOS. "Coloquio de la pobreza". *Nueva Frontera*, Nº 342 (julio 27 de 1981), pp. 5-7. MENDOZA, ELVIRA. "Klim en pantuflas". *Revista Diners*, Nº 137 (agosto 1981), pp. 42-45 (publicado originalmente en *Nuevo Boyacá*, octubre de 1963).

CABALLERO Y GÓNGORA, ANTONIO

Arzobispo de Santafé de Bogotá y virrey de la Nueva Granada (Villa de Priego, España, mayo 24 de 1723 - Córdoba, marzo 24 de 1796). La trayectoria política del arzobispo-virrey Antonio Pascual de San Pedro de Al-

cántara Caballero y Góngora, caballero Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, en el Nuevo Reino de Granada, resulta altamente polémica debido en gran parte al papel que desempeñó para neutralizar el movimiento de los Comuneros de 1781, como negociador de las Capitulaciones con los amotinados. En 1744, Caballero y Góngora se graduó como licenciado en Teología, en la Universidad de Granada; el 19 de septiembre de 1750 recibió la sagrada orden del presbiterado, y en noviembre del mismo año obtuvo el cargo de capellán real de la capilla de los Reyes Católicos de Granada. Durante 22 años, desde 1753, se desempeñó como canónigo lectoral de la catedral de Córdoba, y en 1755 fue electo obispo de la ciudad de Chiapa, México. Ese mismo año fue promovido a la diócesis de Mérida de Yucatán, también en México, de la cual tomó posesión en 1756. Durante los dos años que allí estuvo, hizo restaurar el Colegio de San Pedro y eximió a los curas párrocos de la contribución que se les exigía para el adorno y arreglo del palacio episcopal. A su llegada a América, Caballero y Góngora poseía un cuantioso capital y resulta evidente su afición por la lectura, el arte y la numismática, si nos atenemos al inventario de los bienes que llevó a Chiapa: 38 cajas de libros; ricos ornamentos, cálices y vajillas; obras de Murillo, Velázquez, Brueghel, Tiziano, y Rubens; y cientos de monedas, muchas de ellas procedentes de la antigua Roma, formaban parte de los objetos inventariados, algunos de los cuales quedaron posteriormente formando parte del patrimonio del arzobispado de Santafé. En 1777, cuando ya pertenecía al Consejo del rey, Caballero y Góngora fue propuesto por Carlos III como arzobispo de Santafé de Bogotá, cargo en el que fue confirmado por el Papa. El 5 de marzo de 1779 el arzobispo hizo su ingreso en la capital neogranadina. Al año siguiente, dirigió una carta al rey informándolo sobre las excesivas cargas con que eran gravados los granadinos, originadas, en gran parte, por los méritos que recibían en la Corte los funcionarios que obtenían mayores ingresos para el erario real, problema que generó el descontento expresado un año después por los Comuneros. En diciembre de 1780 el arzobispo inició una visita pastoral, que incluyó varios pueblos de las provincias de Santafé, Tunja y Mariquita, entre otras; pero la gira tuvo que ser suspendida, al enterarse el dignatario de las protestas que se presentaron a mediados de marzo de 1781 en el Socorro contra las nuevas cargas fiscales. Una vez en Bogotá, el arzobispo procedió a ordenar oraciones públicas y a escribir a los curas y sacerdotes de su diócesis para que mantuvieran subordinados a sus feligreses, mediante pláticas y amonestaciones. Entre tanto, la situación del gobierno se hacía cada vez más crítica, debido a que carecía de medios para hacer frente a los insurrectos. El 12 de mayo de 1781, cuando el regente visitador Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, quien en ese momento encabezaba la Audiencia, estudiaba la conveniencia de su permanencia en la capital, al enterarse de la derrota de las tropas virreinales, se recibió la propuesta de Caballero y Góngora de participar en una comisión que saliera al encuentro de los rebeldes para aplacarlos y restaurar la paz. La iniciativa fue aceptada, con lo cual el arzobispo tomó, en la práctica, el control de las acciones gubernamentales, en un momento en el cual se vislumbraba una situación de vacío de poder. Al día siguiente salió hacia Zipaquirá la comisión encabezada por el arzobispo, la cual, después de repetidas negociaciones, llegó al acuerdo que se plasmó en las Capitulaciones, aprobadas el 7 de junio de 1781. El 28 de ese mes, el prelado salió hacia el Socorro para iniciar una gira pastoral, que duró alrededor de un año y que tuvo como fin continuar apaciguando los ánimos de la población. Concluida ésta, a principios de mayo de 1782, el arzobispo se dirigió a Honda para recibir al nuevo virrey, Juan de Torrezal Díaz Pimienta, a quien informó sobre la situación. Pocos días después el virrey falleció y Caballero quedó encargado de la administración virreinal.



Antonio Caballero y Góngora.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

El ahora arzobispo-virrey inició su gestión promulgando, el 6 de julio de 1782, el indulto concedido por el rey a los comprometidos en la sublevación. Restaurado el orden colonial, el mandatario debió hacer frente a la epidemia de viruela que afectó al Nuevo Reino en 1782 y 1783. Hizo que José Celestino Mutis preparara una instrucción general, dirigida a quienes voluntariamente se acogieran a la práctica de la inoculación, que mostró ser efectiva. Igualmente, adelantó intensas gestiones para reorganizar la jurisdicción eclesiástica y fortalecer la acción de las misiones entre las comunidades indígenas que aún no habían sido completamente sometidas al yugo español. Para asegurar la protección del reino contra incursiones extranjeras que trataran de penetrar por la Guayana, comisionó a Antonio de la Torre para que recorriera el territorio y examinara los parajes donde convenía establecer poblaciones. También patrocinó sus viajes por el corregimiento de Pasca, donde se identificaron árboles de quina de muy buena calidad. Bajo su mandato, los proyectos científicos de José Celestino Mutis, quien se convirtió en su confesor, recibieron una amplia acogida. Logró que se autorizara su iniciativa de emprender la que se conoció con el nombre de Expedición Botánica, y que Mutis fuera nombrado para dirigirla. También aprobó Caballero la propuesta de Mutis de traer mineralogistas, lo que tuvo como resultado la llegada al reino de Juan José D'Elhuyar y Angel Díaz, en 1784, quienes aplicaron nuevos métodos de explotación y beneficio de minerales preciosos. Así mismo, introdujo modificaciones en los planes de estudios universitarios, a fin de fortalecer la enseñanza de las ciencias exactas. Otra gestión de su gobierno que cabe destacar, fue la comisión dada al oidor Juan Antonio Mon y Velarde para adelantar una visita a la provincia de Antioquia, durante la cual se introdujeron importantes reformas económicas y administrativas. En octubre de 1784, Caballero y Góngora viajó a Cartagena para dirigir las acciones de sometimiento de los indígenas del Darién, proceso que logró concretar en julio de 1787. En enero

de 1789, recibió en Cartagena a Francisco Gil y Lemos, su sucesor en la dirección del virreinato, y en abril viajó a España a ocupar la silla episcopal de Córdoba, para la que había sido nombrado en 1788. Días antes de su muerte, en 1796, el rey pidió al Papa el capelo cardenalicio para Caballero [*Ver tomo 1, Historia, pp. 156-158*].

MARTA HERRERA ÁNGEL

Bibliografía

CABALLERO Y GÓNGORA, ANTONIO. "Relación del estado del Nuevo Reino de Granada, año de 1789". En: GERMÁN COLMENARES (Comp.). *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, 3 Vols. Bogotá, Banco Popular, 1989. PÉREZ AYALA, JOSÉ MANUEL. *Antonio Caballero y Góngora, virrey y arzobispo de Santafé*. Bogotá, Ediciones del Concejo de Bogotá, 1951. RESTREPO SÁENZ, JOSÉ MARÍA. *Biografías de mandatarios y ministros de la Real Audiencia (1671 a 1819)*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1952.

CAICEDO, ANDRÉS

Escritor y cineasta nacido en Cali, en 1951, muerto allí mismo, el 4 de marzo de 1977. Alguna vez Andrés Caicedo Estela dijo que vivir más allá de los 25 años era una vergüenza. Y lo cumplió, se murió a los 25 años de edad. Fue uno de esos pocos genios que hizo lo que predicó. Hizo cine y escribió cine, hizo teatro y escribió teatro, escribió cuentos y una novela y reflexionó sobre el arte de escribir. Para él estaba primero la acción y después la reflexión; eso hizo que produjera a una marcha vertiginosa, hasta el punto en que él como persona casi no existía, porque era más grande su obra. Sus críticos lo han visto como un desarraigado, un desadaptado o un ser trágico, pero más allá de la mirada superficial, estaba el artista afanado por vivir intensamente. La producción intelectual de Andrés Caicedo empezó desde los 10 años. A finales de los sesenta se conocieron sus primeras piezas dramáticas: *La piel del otro héroe* y *Recibiendo al nuevo alumno*; al mismo tiempo montó piezas como *La noche de los asesinos*, de José Triana y *Las sillas*, de Eugenio Ionesco; también adaptó al teatro *Moby Dick*, la novela de Hermann Melville. Mientras tanto, empezaban a aparecer sus primeros cuentos en los suplementos dominicales de los periódicos de Cali. Participó en las



Andrés Caicedo.
Archivo El Tiempo, Bogotá.

reuniones del grupo de escritores llamado Los Dialogantes, cuyos miembros eran, entre otros, Gustavo Alvarez Gardeazábal, Carmiña Navia, Eduardo Serrano y otros. Andrés Caicedo era un adicto al cine; fundó y dirigió (junto con Ramiro Arbeláez, Hernando Guerrero y Luis Ospina, entre otros) el Cine-Club de Cali, que funcionaba los sábados a las 12:30 p.m., primero en la sala del Teatro Experimental de Cali (TEC), después en el Teatro Alameda, y finalmente en el San Fernando.

En 1972 intentó llevar al cine su guión *Angelita y Miguel Angel*, en codirección con Carlos Mayolo, pero este fue un intento frustrado. Consignó su experiencia como espectador de cine en artículos de prensa aparecidos en *El Diario de Occidente* y *El Pueblo*, de Cali; y después comenzó a publicar la revista *Ojo al Cine*, que se convertiría en 1974 en la revista especializada más importante del país, pero sólo llegó a editar cinco números de ella. Caicedo era un trabajador compulsivo «por sus diarios, observamos que sus horarios eran estrictos en lo que a lecturas, montajes teatrales y escritura se refiere. Desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la noche, Andrés parecía no pensar en otra cosa que en forjar su propia obra, inventar su propio universo, darle vuelta a sus propios caprichos y tratar de acumular la mayor cantidad de escritos, películas vistas y obsesiones, para llegar bien armado a la hora de la muerte [...] La precocidad de Andrés se delata en la insólita disciplina que mantuvo para todos sus proyectos, comenzando desde muy temprana edad. Valga anotar que sus lecturas están todas consignadas en un fólder considerablemente voluminoso, donde da cuenta de cada libro leído con un comentario de más o menos una cuartilla de extensión, sobre el texto. En dichas notas podemos ver casi que un plan de lecturas impuesto por sí mismo desde sus once o doce años, como si de antemano supiera que debía llenar todos los baches en su cultura tan rápido como fuera posible», cuentan Sandro Romero y Luis Ospina. En 1969 Caicedo escribió siete versiones del cuento "Los dientes de Caperucita", ganador del segundo premio del Concurso Latinoamericano de la Revista *Imagen* de Caracas. En 1972, el relato "El tiempo de la ciénaga" fue laureado en el concurso Universidad Externado de Colombia de Bogotá. En 1974 viajó a Estados Unidos con cuatro guiones de largometraje escritos por él y dispuesto a vendérselos a Roger Corman, director que admiraba profundamente; sin embargo, aunque traducidos por su hermana, los guiones nunca llegaron a manos de Corman. En Estados Unidos, Caicedo se dedicó a ver cine, comenzó a escribir la única novela que terminó: *¡Que viva la música!*, inició un diario que pretendía convertir en novela (*Pronto: Memorias de una cinesífilis*), y profundizó su afición por la música (blues y rock, especialmente los Rolling Stones). Regresó a Colombia y en 1975, con el patrocinio de su madre, publicó el relato *El atravesado*. Siguió escribiendo compulsivamente y entregó a Colcultura la versión final de *¡Que viva la música!* para su publicación. Alcanzó a recibir un ejemplar de la novela, antes de suicidarse en la tarde del 4 de marzo de 1977. *¡Que viva la música!* se convirtió, rápidamente, en un éxito y en símbolo del sentimiento de los jóvenes; la novela fue reeditada y apareció publicada también en Italia. La producción inédita de Andrés Caicedo abarca decenas de cuentos, varias novelas, obras de teatro, adaptaciones para el cine, guiones de largometrajes, reflexiones y numerosa correspondencia. Los temas predominantes en su obra son las locuras juveniles en medio del desvarío y la perdición que produce la ciudad concebida como suburbio. Pocos años después de morir, sus fa-

miliares y amigos crearon una fundación para publicar toda su obra inédita [*Ver tomo 4, Literatura, p. 301*].

LUIS CARLOS MOLINA

Bibliografía

ALVAREZ GARDEAZÁBAL, GUSTAVO. "Obra y figura de Andrés Caicedo". *El Café Literario*, Vol. 1, Nº 1 (enero-febrero 1979). BARRIENTOS ORTIZ, CARLOS. "Dos palabras acerca de Andrés Caicedo". *El Pueblo*, Cali, marzo 4 de 1984. CAICEDO, ANDRÉS. *¡Que viva la música!*. Bogotá, Colcultura, 1977. CAICEDO, ANDRÉS. *Destinitos fatales*. Selección y prólogo, Andrés Romero Rey y Luis Ospina. Bogotá, Oveja Negra, 1984. CAICEDO, ROSARIO. "A mi hermano le gustaba ir al cine". *El Pueblo*. Cali, octubre 6 de 1985.

CAICEDO Y FLÓREZ, FERNANDO

Eclesiástico santandereano (Suaita, julio 15 de 1756 - Bogotá, febrero 17 de 1832), primer arzobispo de Bogotá. Llamado "el arzobispo prócer" por su fervorosa adhesión a la causa de la independencia colombiana, Fernando Caicedo y Flórez fue el primer prelado en ocupar la silla de la arquidiócesis bogotana en la época republicana. Hijo de Fernando de Caicedo y Vélez y de Teresa Josefa Flórez y Olarte, entre sus ancestros se cuentan personajes descollantes de la Colonia, como Francisco Beltrán de Caicedo, Antón de Olaya, el marqués de Quintana de las Torres y el cronista Juan Flórez de Ocáriz. Cursó sus estudios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y recibió la tonsura, orden con la cual inició su carrera en el estado eclesiástico, el 9 de julio de 1768. El sacerdocio le fue conferido por el arzobispo Antonio Caballero y Góngora, el 26 de julio de 1779. Sus primeras ocupaciones como sacerdote fueron las de párroco de Coyaima y Hatoviejo. Pasó luego a servir las cátedras de latín, teología y sagrada escritura en el Colegio del Rosario. Al mismo tiempo, ayudaba a su tía carnal doña Clemencia Caicedo y Vélez, como capellán del Colegio de la Enseñanza. Fue vicerrector del Colegio del Rosario en 1779 y 1781, y rector desde el 18 de diciembre de 1792 hasta el 18 de noviembre de 1793. Desde el 14 de enero de 1794 comenzó a ejercer el curato de la catedral de Santafé de Bogotá. Ocupó por segunda vez la rectoría del Colegio del Rosario desde febrero de 1799 hasta el año 1801. Tuvo mucho que ver en la obra de construcción y reconstrucción de la catedral de Bogotá, cuyos trabajos comenzaron el 11 de febrero de 1807. Además, escribió a este respecto un folleto muy interesante, publicado en 1824 bajo el título *Memorias para la historia de la santa iglesia metropolitana de Santafé de Bogotá, capital de la República de Colombia*. En 1813 formó parte del Colegio Electoral y Revisor que proclamó la independencia absoluta de Cundinamarca, el 16 de julio de ese año. El 23 de mayo de 1816, por orden del pacificador Pablo Morillo, fue puesto preso y trasladado en calidad de tal al convento de San Francisco. El 12 de septiembre siguiente fue deportado a España. Se conocen tres cartas escritas desde su prisión en Sevilla, en el convento de los Trinitarios, en donde narra sus penalidades y enfermedades. Cuando consiguió que al fin se le permitiera volver a su patria, se embarcó en Cádiz, el 17 de octubre de 1820, y gastó más de un año hasta entrar en Bogotá. Como se hallaba vacante la silla por el fallecimiento del arzobispo Juan Bautista Sacristán, fue nombrado Vicario Capitular el 2 de mayo de 1823, pero a causa de su ceguera y achaques renunció a este cargo, el 24 de octubre de 1826. Sin embargo, como desde hacía años se venía tramitando ante la Santa Sede la provisión de pastor para la arquidiócesis, Caicedo y Flórez fue el preconizado para Arzobispo de Bogotá, el 21 de mayo de 1827. Las bulas solamente llegaron el 18 de enero de 1828.

LUIS CARLOS MANTILLA R.



Fernando Caicedo y Flórez. Catedral Primada, Bogotá.

Bibliografía

MANTILLA R., LUIS CARLOS. "Nuevos documentos para la biografía de don Fernando Caicedo y Flórez". *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, Vol. 81 (1989), pp. 93-103. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Arquidiócesis de Bogotá: datos biográficos de sus prelados*, tomo II: *1823-1868*. Bogotá, Editorial Lumen Christi, 1961-1966, pp. 3-81.

CALDAS, FRANCISCO JOSÉ DE

Primer científico colombiano, nacido en Popayán, en octubre de 1768, muerto en Bogotá, octubre 29 de 1816. Hijo de José de Caldas y Vicenta Tenorio, realizó sus estudios de Latinidad y Filosofía en el Colegio Seminario de Popayán, bajo la dirección de José Félix de Restrepo. En 1788 se trasladó a Santafé de Bogotá y terminó, en 1793, sus estudios de Derecho en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Al concluir su ciclo de estudios superiores, Caldas se radicó en Popayán, donde se dedicó a manejar los negocios de su familia y a la labor de comerciante, actividades en las que no tuvo mayor fortuna. Desde que estudiaba en Popayán, Francisco José de Caldas se inclinó por el estudio de las matemáticas y la astronomía. Una vez que terminó sus estudios de Derecho, se dedicó a investigar y profundizar, por su cuenta y sin muchos recursos bibliográficos y técnicos, en las ciencias de su predilección. Inspirado en la lectura del padre jesuita Joseph Gumilla, de Charles Marie de La Condamine, de Jorge Juan de Santacilia y del jesuita Antonio Julián, entre otros, autores todos que promovieron la necesidad de un redescubrimiento científico de América por parte de Europa, y especialmente de España, Caldas aprovechó sus actividades económicas, centradas en la región aledaña a Popayán y en el Ecuador, para determinar la latitud, la longitud y la altitud, así como observar la geografía, la topografía, la astronomía, las costumbres, la medicina y la arqueología de tales lugares. Sin embargo, en un buen número de casos, lo que más le llamó la atención fue desmitificar, confirmar y corregir muchos de los conceptos consagrados en tales obras. Por ese entonces, inventó el hipsómetro, termómetro que sirve para medir la altitud de un lugar observando la temperatura a que allí empieza a hervir el agua. Entre 1793 y 1801, Caldas continuó con su vida



Francisco José de Caldas.
Oleo de J. Rodríguez Cubillos, 1966.
Sociedad Colombiana de Ingenieros, Bogotá.

de comerciante, y en los ratos libres adelantó la de científico. Pero, debido a las dificultades que tenía para continuar sus estudios de astronomía, pues no contaba con un equipo lo suficientemente completo, y quizás influenciado por el socio comercial de José Celestino Mutis, José Ignacio de Pombo, de quien era amigo y preceptor de sus hijos, decidió emprender el estudio de la botánica. El 5 de agosto de 1801 entró en comunicación con el director de la Real Expedición Botánica. Además de entablar una fluida comunicación con Mutis, en torno al interés por la quina, Caldas comenzó a recopilar plantas, pero de manera poco sistemática, y sobre todo, sin mucho conocimiento sobre los avances que había en la materia. El 31 de diciembre de 1801, conoció en Quito al sabio alemán barón Federico Alejandro von Humboldt, y a su compañero Aimé Bonpland, con quienes inició una estrecha relación que fue mucho más allá de lo estrictamente científico, y que le sirvió a Caldas para cualificarse en el estudio sistemático y técnico de la botánica. Consciente de los vacíos e inconsistencias de su formación científica, consideró que acompañando a Humboldt y a Bonpland en un viaje que pensaban hacer por América, muchos de tales huecos podrían ser tapados, por lo que pidió a Mutis y a Pombo que intercedieran ante Humboldt. Este, a instancias de los dos protectores, aceptó inicialmente a Caldas en su expedición, pero al conocer al hijo del marqués de Selvaalegre, prefirió al noble que al payanés. Tal circunstancia frustró las aspiraciones de Caldas, pero propició que José Celestino Mutis y José Ignacio de Pombo lo contrataran para que adelantara en tierras caucanas y quiteñas una cuidadosa exploración, en busca de nuevas especies factibles de ser explotadas y comercializadas. A fines de 1805, Caldas fue vinculado como astrónomo a la Real Expedición Botánica, con residencia en Santafé de Bogotá, a donde llegó a comienzos de 1806 y fue encargado por Mutis del recién construido Observatorio Astronómico. Tiempo después, luego de la muerte de Mutis, en septiembre de 1808, el Observatorio se convirtió en punto de reunión de algunos próceres de la Independencia, como Camilo Torres y Antonio Nariño. Con la muerte de Mutis, Caldas pensó que sería el heredero de la dirección de la Real Expedición Botánica, pero Mutis la dejó testamentariamente en manos de su sobrino, Sinforoso Mutis. Caldas fue ratificado como director del Observatorio y asociado a la continuación de la *Flora de Bogotá*; así mismo, se le encargó la cátedra de Matemáticas Elementales. De esta manera, Caldas continuó con algunas dificultades económicas su actividad científica, pues la Casa Botánica ya no era lo mismo que en vida de Mutis.

Con el grito de Independencia, el 20 de julio de 1810, la vida del sabio Caldas cambió, aunque su participación en los hechos no fue, ni mucho menos, definitiva, y su posición frente a las distintas alternativas de gobierno fue más bien conservadora: Caldas abogó por la conformación de una junta local de gobierno que adhiriera al rey Fernando VII. Trató de defender el proyecto de la Expedición Botánica, pero el Instituto fue cerrado a fines de 1810, y aunque se intentó reabrirlo durante la presidencia de Jorge Tadeo Lozano, la idea no prosperó. En 1811, luego de que Antonio Nariño asumiera la presidencia de la Nueva Granada, Caldas fue nombrado capitán del recién formado Cuerpo de Ingenieros, donde trabajó con el teniente José M. Gutiérrez y el alférez Luciano D'Elhuyar. Un tiempo después, el 12 de mayo de 1812, firmó el acta que desconoció la autoridad de su antiguo amigo y protector, el Precursor Nariño. El 6 de octubre del mismo año, fue nombrado miembro de la Comisión Militar con grado de teniente coronel. En 1813 participó en la rebelión armada contra el presidente Nariño, y al ser derrotada la fracción rebelde, Caldas, temiendo represalias, se marchó a Antioquia, donde fue acogido por el gobernador Juan del Corral. En Antioquia fue nombrado Director de Fábricas e Ingeniero General, y se le confirió el grado de coronel. Adelantó, entre 1813 y 1814, las fortificaciones del río Cauca, la instalación de una fábrica de fusiles y pólvora, montó unas máquinas para acuñar monedas, y fundó el primer curso de estudios de la Academia de Ingenieros en Medellín, por lo que se le considera el padre de la Ingeniería nacional. En 1815 fue llamado por el entonces presidente Camilo Torres y Tenorio, su primo, para hacerse cargo de la fundación de una Escuela Militar, continuar el atlas de la Nueva Granada, levantar puentes en las llanuras inmediatas a la capital y montar en ellas baterías y fosas. A finales de ese año, fue enviado por el presidente José Fernández Madrid a prestar sus servicios en el ejército del norte y a fortificar los caminos de Guanacas y del Quindío. Ante el incontenible avance español, Caldas huyó al sur, fue apresado en la batalla de la Cuchilla del Tambo y puesto a órdenes del vencedor, el virrey Juan Sámano. Trasladado a Bogotá y juzgado sumariamente por un Consejo de Guerra, fue condenado a muerte el 28 de octubre de 1816, y fusilado junto a Francisco Antonio Ulloa, José Miguel Montalvo, y Miguel Buch.

Los aportes de Francisco José de Caldas a la ciencia, aunque importantes para la época, no tienen mucho valor científico, debido a los problemas que tuvo que afrontar y a las inconsistencias teóricas que hay en muchos de ellos; sin embargo, su labor radica en los planteamientos que expresó sobre la ciencia. Como representante destacado de la generación de criollos cultos de la época, Caldas asumió una posición americanista y nacionalista, aunque utilitaria, de la ciencia. Subrayó la importancia de reconocer geográfica y etnográficamente a la América española, pues sólo así sería posible salir del estado de letargo y dependencia en que se encontraba el continente, luego de tres siglos de dominación. Planteó la necesidad de levantar una carta geográfica, realizada por nacionales, que solucionara los problemas propios del medio, en aras del progreso y del de-

sarrollo comercial. En realidad, fue en materia geográfica donde Caldas tuvo importantes aciertos. Insistió en la privilegiada y estratégica situación geográfica del entonces Virreinato del Nuevo Reino de Granada, que además de ofrecer una gran variedad de paisajes y climas en distancias relativamente cortas, facilitaba la actividad del comercio, a lo cual se sumaban las posibilidades del Istmo de Panamá y el Chocó para construir canales interoceánicos. Como muchos otros miembros de su generación, Caldas asumió una posición de defensa del hombre y la naturaleza americana, y enfatizó su diferencia y diversidad, que no podía ser analizada con los mismos criterios con que se estudiaba el mundo europeo, pues el trópico era distinto de las zonas templadas. Destacó los aportes de América al universo del conocimiento, por ejemplo de nuevas plantas. Criticó la administración impuesta por España en sus colonias y rescató muchos elementos de las culturas precolombinas, cuyo testimonio se podía rastrear a través de la arqueología; llamó la atención sobre la estatuaria de San Agustín. Una buena parte de la literatura científica de Francisco José de Caldas se publicó en los periódicos de la época: *El Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, dirigido por Manuel del Socorro Rodríguez, y el *Correo Curioso, erudito, económico y mercantil de la ciudad de Santafé de Bogotá*, bajo la tutela de Jorge Tadeo Lozano. Sin embargo, fue en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, órgano de difusión del pensamiento científico y cultural de la época, fundado por Caldas a principios de 1808, publicado hasta 1810 y complementado posteriormente por once artículos llamados *Memorias*, donde apareció el grueso de la obra científica de Caldas, en forma de ensayos.

Además del *Semanario*, Caldas dirigió y editó, junto con Joaquín Camacho, ya en tiempos de la Patria Boba, en agosto de 1810, *El Diario Político de Santafé*, que salió cada dos semanas, hasta febrero de 1811, y en el que se publicaron las comunicaciones acordadas por la Junta Suprema de Gobierno, creada después del levantamiento del 20 de julio de 1810. Finalmente, en 1812, Caldas se comprometió con otra tarea editorial: la publicación del *Almanaque de las Provincias Unidas del Nuevo Reino de Granada para el año bisiesto de 1812, tercero de nuestra libertad* [*Ver tomo 1, Historia, "La Expedición Botánica", pp. 177-192 y 255; tomo 3, Geografía, p. 16; tomo 4, Literatura, pp. 62-63; y tomo 5, Cultura, pp. 99-100*].

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

Bibliografía

BATEMAN, ALFREDO D. *Francisco José de Caldas. El hombre y el sabio*. Cali, Banco Popular, 1978. CALDAS, FRANCISCO JOSÉ DE. *Cartas*. Bogotá, Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 1978. CALDAS, FRANCISCO JOSÉ DE. *Obras completas*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1966. GONZÁLEZ PÉREZ, MARCOS. *Francisco José de Caldas y la Ilustración en la Nueva Granada*. Bogotá, Tercer Mundo, 1984. POMBO, LINO DE. "Memoria histórica sobre la vida, carácter, trabajos científicos y literarios y servicios patrióticos de Francisco José de Caldas". *Revista de Instrucción Pública de Colombia*, tomo VI (Bogotá, Imprenta de "La Luz", 1896).

CALDERÓN REYES, CLÍMACO



Clímaco Calderón Reyes. Oleo de Rafael Tavera. Museo Nacional, Bogotá.

Político y estadista boyacense (Santa Rosa de Viterbo, agosto 23 de 1852 - Bogotá, julio 19 de 1913). Clímaco Calderón Reyes hace parte de la generación Clásica o Regeneradora. Realizó los primeros estudios en su ciudad natal, y culminó su formación universitaria en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en Bogotá, donde recibió el título de doctor en Jurisprudencia. Su carrera político-administrativa fue muy meritoria: juez del circuito de Tunja, secretario del Tribunal de Boyacá, diputado a la Asamblea Legislativa, director de Instrucción Pública de Boyacá en la administración de José Eusebio Otálora, ministro del Despacho en las carteras de Gobierno y Relaciones Exteriores en la administración de Rafael Núñez, procurador general de la Nación y presidente de la República. También fue profesor de legislación civil y penal de la Facultad de Derecho del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Fecundo escritor y humanista, entre sus obras se destacan: *Elementos de Hacienda Pública*, *Memorias sobre amonedación en el Nuevo Reino de Granada*, *Los bancos americanos*, *El curso forzoso en los Estados Unidos*, *Colombia 1893*, *La moneda en la época colonial*, *Justificación, defensa y fe política y mercantil de Santiago Pérez Triana*. En Nueva York, redactó el periódico *La América*. Su mayor interés en las investigaciones económicas fue la historia de la moneda en Colombia. En cuanto a su actividad política, fue senador de la República, en representación del partido liberal, y se destacó por su espíritu conciliador y por sus ideas democráticas. Fue embajador en los Estados Unidos y cónsul de Colombia en Nueva York durante catorce años. Le correspondió llevar la representación de Colombia en el problema de la separación de Panamá. El 21 de diciembre de 1882, siendo procurador general, ocupó por un día la Presidencia de la República de Colombia, a causa del fallecimiento del presidente titular, Francisco Javier Zaldúa. Entregó el poder a José Eusebio Otálora. Fue ministro de Relaciones Exteriores del presidente Rafael Reyes (1904-1906). Calderón Reyes siempre luchó por la regeneración nacional, la unión, la paz y la conciliación entre los colombianos.

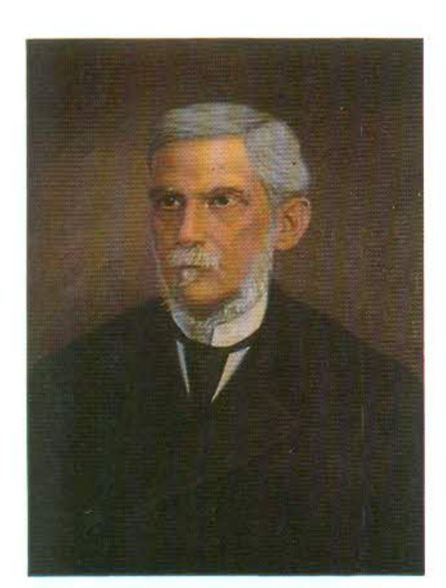
JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

CALDERÓN REYES, CLÍMACO. *Elementos de Hacienda Pública*. Bogotá, Imprenta de la Luz, 1911. GÓMEZ VERGARA, MAX. "Clímaco Calderón Reyes". *Repertorio Boyacense*, Nº 167-168 (julio 1952), pp. 2619-2624. SILVA TORRES, JULIO. *Varones ilustres de mi tierra, Santa Rosa de Viterbo*. Bogotá, ABC, 1944.

CALVO, BARTOLOMÉ

Político, diplomático y estadista nacido en Cartagena, el 24 de agosto de 1815, muerto en Quito, el 20 de enero



Bartolomé Calvo.
Oleo de Miguel Díaz Vargas.
Museo Nacional, Bogotá.

de 1889. Bartolomé Calvo Díaz fue tipógrafo, abogado y periodista, colaboró en los periódicos *La Civilización*, *La República* y dirigió, en Panamá, *El Correo del Istmo*. Fue diputado, secretario de la Gobernación y gobernador del Estado de Panamá, y candidato a la Presidencia del Estado de Bolívar. Fue elegido procurador general de la Nación en 1859. Durante la guerra civil contra el gobierno de Mariano Ospina Rodríguez, no pudieron verificarse las elecciones; la Presidencia de la República quedó vacante el 31 de marzo de 1861. Los dos designados a la Presidencia se encontraban ausentes y, por lo tanto, Bartolomé Calvo, como procurador general, asumió el poder ejecutivo el 1 de abril de 1861. Ocupó este cargo hasta el 18 de julio de ese año, cuando entraron triunfantes las tropas del general Tomás Cipriano de Mosquera a Bogotá. Calvo fue enviado a prisión en Bocachica, junto con los hermanos Ospina Rodríguez. De allí se fugó y recorrió las Antillas, ejerciendo la tipografía y la abogacía. Pasó luego a Guayaquil, donde dirigió una empresa periodística llamada *El Globo*. Fue nombrado por el gobierno de Rafael Núñez, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante el Ecuador.

MAGDALA VELÁSQUEZ TORO

Bibliografía

ARIZMENDI POSADA, IGNACIO. *Presidentes de Colombia, 1810-1990*. Bogotá, Planeta, 1989.

CALVO, LUIS A.

Músico santandereano (Gámbita, agosto 28 de 1884 - Agua de Dios, abril 22 de 1945). «No fue nuestro Calvo el compositor de las grandes sinfonías clásicas al estilo de Beethoven, Mozart, Wagner. Acometido por el mal de Lázaro, nunca se acercó al lenguaje estremecido, angélico y algunas veces jupiterino de Juan Sebastián Bach. Pero en su templo augusto elevó sin profanaciones la oración del dolor. Su inspiración, aunque a veces tiene acentos nostálgicos como los de Mozart, es de una sonoridad netamente americana, tropical en los aires populares, pero profundo cuando sube a las alturas celestes ataviadas en la tarde o en la noche de colores románticos. El fue el músico que mejor interpretó la sensibilidad de nuestro pueblo. El despertar entre la sangre el amor de los adolescentes, el que hizo aparecer con su lenguaje melódico todos los recuerdos que se entrelazan en las horas misteriosas que cubren las almas entre el amor y el olvido, el dolor y la muerte. El lenguaje musical de Calvo, es el de los enamorados que se miran a los ojos sin decirse nada, es el de la saudade suspirante de los portugueses, de los árboles que se abrazan en los caminos, de las ventanas viejas que se abren en la noche trayendo el recado de los enamorados en las serenatas. Es la voz llena de ternura de los hogares colombianos», dijo el gran músico colombiano José Manuel Cárdenas en la inauguración del monumento a su memoria erigido en Agua de Dios. El maestro Luis Antonio Calvo fue uno de los máximos cultores de la música nacional, en cuya obra late en toda su dimensión la esencia de su pueblo, ese pueblo de cuyo canto dimana un trasfondo de tristeza y de melancolía que, en última instancia, es la manifestación de los altos acentos de su alma y de su sensibilidad. La primera instrucción en su pueblo natal estuvo impregnada de una natural inclinación por la música (su padre Félix Serrano era músico), que se manifestaba en los intentos por sacar sonidos de las más insólitas posibilidades que se pusieran ante sus ojos: hojas de árbol, pétalos, cañas, etc. Su madre, doña Marcelina Calvo, ante la perspectiva poco promisoria que ofrecía el pueblo, en lo que se refiere a las posibilidades de un porvenir para sus hijos, decidió un día marcharse, para lo cual vendió su casa y, acto seguido, se instaló en Tunja con sus dos hijos. De los primeros escarceos por seguir una profesión, se cuenta que Calvo intentó aprender sastrería, pero ante el poco talento que demostró para este menester pasó luego a ser mensajero de una tienda de propiedad de un señor llamado Pedro León Gómez, que fatigaba en sus horas libres el violín. «Fue el primer maestro, mi amoroso y querido maestro. El me dio a probar del dulce licor del arte», decía. Lo cierto es que acosado ya por las urgencias secretas de su vocación, el futuro gran músico empezó estudios de piano y de violín bajo la dirección del maestro Tomás Posada, quien generosamente le enseñó cuanto él sabía. Perteneciente a los coros de la iglesia de los franciscanos, a los diez años fue admitido como platillero de la banda de Tunja y después le confiaron la ejecución del bombo, «cuyo volumen constituía una pesada carga para mí, que era un chiquillo, y la llevé por más de cuatro años», recordaba. Más tarde pidió y le fue concedida la plaza de bombardino. Mientras tanto prosiguió sus estudios de violín y fue un gran ejecutante de la bandola, instrumento para el cual escribió su primera composición dedicada a su madre y aún una segunda, la danza titulada *Livia*.

Buscando mejores horizontes, emigró con su familia a Bogotá. Llegó a la capital el 11 de mayo de 1905, y acogiéndose a un decreto del entonces presidente Rafael Reyes que tendía a proteger a los músicos por medio de una disposición que mandaba que a todo joven que perteneciera a una de las bandas de la capital se le adjudicara una beca en la Academia, consiguió ser nombrado en la banda del ejército como pistón de tercera clase, con un sueldo de cincuenta pesos. Un sueldo que poco representaba para la familia de Calvo, su madre y su hermana, que vivían en un cuarto destartalado. Para agravar la situación, el gobierno decidió «descontar el cinco por ciento a todo empleado del gobierno, pero de todos ellos, los que soportamos las peores consecuencias fuimos los del ejército, pues a nosotros, aparte del descuento anotado, se nos rebajó un grado por cuyo motivo los cincuenta pesos que yo ganaba quedaron reducidos a la insignificante suma de veinticinco pesos, cantidad insuficiente para atender las necesidades de mi vida. Año y medio duró ese lento padecer. ¡Cuántos amargos días para mí! Qué pena tan

grande la que sentía, cuando lleno de tristeza llegaba al apartamento que habitábamos, y mi cariñosa madre me invitaba a la mesa, sin haber yo llevado, desde días, un centavo para el yantar cotidiano», escribió él mismo de aquélla época. A pesar de sus esfuerzos por conseguir la beca prometida por el gobierno, ello no fue posible, al no conseguir Calvo las recomendaciones de altos personajes que eran necesarias y de las cuales carecía. Decidió entonces instrumentar su danza *Livia* y al terminar aquel trabajo lo presentó al director de la banda donde él era un simple músico. Inmediatamente, fue aceptada y se procedió a montarla. Ejecutada la pieza, causó entre todos quienes la escucharon una magnífica impresión. Desde entonces, el director decidió confiarle la instrumentación de la música que la banda tocaba y esto significó para el joven músico y su familia una mejora de las precarias condiciones en que se veía obligado a vivir. A partir de allí, algunas circunstancias felices rodearon la vida de Luis A. Calvo. Contaba él mismo que «una tarde, en un concierto, la banda acababa de ejecutar un vals mío, vals instrumentado por mí pocos días antes; un joven de aspecto aristocrático se acercó a la banda e inquirió el nombre del vals que se acababa de oír y preguntó por su autor: una vez informado, se dirigió a mí para felicitarme con galantería sin igual. Al preguntarme dónde había hecho yo mis estudios de armonía, tuve que responderle con gran desconsuelo que yo ignoraba hasta las más elementales nociones de la teoría, de cuya afirmación sincera dudó, alegando que era imposible componer un vals como el ejecutado sin poseer los debidos conocimientos de armonía, a lo cual repliqué yo que sí, tampoco me explicaba cómo podía concebir esas cosas». Fue así como por fin pudo concretar su anhelo de estudiar, gracias a aquel hombre, Rafael Vásquez Flórez, que era profesor de armonía del Conservatorio. Pero, vaivenes de la fortuna, poco después algunos profesores fueron destituidos con motivo de la reorganización llevada a cabo en aquel plantel por el maestro Guillermo Uribe Holguín, y «por este motivo me vi obligado a abandonar la clase que galantemente me dictaba el inolvidable señor Rafael Vásquez Flórez por quien siempre he conservado un cariñoso recuerdo».

Pero de nuevo surgió una figura generosa que se interesó por el talento del artista. Esta vez se trató del violinista Leopoldo Carreño, quien obtuvo del director la concesión de una beca. Esta vez bajo la dirección del maestro Uribe Holguín, Calvo continuó sus estudios de armonía, además de tener oportunidad de asistir a clases de violoncello, y de conocer las distintas escuelas musicales, entre ellas la rusa, la francesa y la alemana. Al poco tiempo, Luis A. Calvo se convirtió en centro de admiración y en un músico de fama. Compuso varias piezas que contribuyeron a su aureola de gran compositor: *Intermezzo No. 1, Eclipse de belleza*, el famoso *Lejano azul, Anhelos*, uno de los más hermosos valses que ha dado la música colombiana, y *Carmiña*. Su grupo de amistades lo componían los más connotados exponentes artísticos de la capital: Emilio Murillo, Jerónimo Velasco, Pedro Morales Pino, el pintor Ricardo Acevedo Bernal, Prisciliano Sastre, Diego Uribe y Alejandro Wills, entre otros. Pero el hado perverso que parecía perseguir la vida del insigne músico, y que parecía haberse alejado de su vida, hizo de nuevo su aparición. Trastornos de salud aparentemente leves, obligaron a Calvo a consultar un médico, el doctor Carlos Tirado Macías; descubrió que el músico padecía de lepra. «El terror de los espantos tocó a mis puertas y con fieras garras arrebató la relativa tranquilidad que disfrutábamos tres seres unidos [...] Me creo impotente para narrar las escenas de dolor y de angustia que por más de quince días precedieron al fatal desastre; pero, como para todo dolor humano hay un consuelo, en esta ocasión la gentil sociedad bogotana, siempre pronta a desplegar su proverbial y cariñosa solicitud hacia sus líricos infortunados, tuvo el más hermoso gesto para mí, el cual dulcificó mi inmensa pena», escribió de aquellos cruciales momentos de su vida. Se le hizo un homenaje en el Teatro Colón, como despedida, antes de ingresar como era de rigor en aquellos tiempos al lazareto de Agua de Dios. El 12 de mayo de 1916 se recluyó en esta institución. Allí los padres salesianos, que dirigían el lazareto, le proporcionaron toda clase de facilidades a Calvo y lo instalaron en una casa donde el músico vivió con su familia. Poco después llegó a su residencia un piano donado por la ciudadanía de Bogotá. En Agua de Dios, Calvo se dedicó casi por completo al piano. «Cuando el espíritu amanece más sediento, toco y toco, con verdadero entusiasmo; evoco recuerdos viejos –siempre queridos– y con ello me olvido que estoy en esta tierra del infortunio; luego escribo música; convoco a mi casa niños y niñas y los hago ensayar cantos de distintos géneros; las noches las distraigo con mis amistades y así siempre con mi buena madre y mi querida hermanita, paso el tiempo casi agradablemente», escribía. El 18 de octubre de 1942 contrajo matrimonio en Anolaima con doña Ana Rodríguez, quien había llegado al lazareto acompañando a una hermana suya que sufría del mal. Allí se conocieron el maestro Calvo y la señorita Rodríguez: de ese amor vivido quedaron testimonios en las canciones de Calvo. De Agua de Dios salió el maestro Calvo en diversas oportunidades, para dar conciertos o recibir homenajes. En 1941, en el Teatro Municipal de Bogotá, se le rindió un gran homenaje, donde se tocaron buena parte de sus melodías y se exaltó su vida de artista por parte de José Joaquín Casas. En el mismo año, Medellín lo invitó a dar un concierto, invitación que se extendió a diversos pueblos antioqueños. El 22 de junio de 1942 recibió el homenaje de la ciudad de Tunja, la ciudad donde había pa-



Luis Antonio Calvo.
Fotografía de Nicolás Bayona Posada, "El Gráfico", Nº 51, febrero de 1920.

sado su niñez. Otros muchos homenajes llenaron la vida del artista en este período dramático de su vida, como en el caso del acto con que se celebraron las bodas de plata de su inmortal *Intermezzo No. 1*, considerado por muchos la cumbre de su producción. Ha sido grabada por la BBC de Londres, se ha interpretado varias veces por orquestas de Estados Unidos, de la misma manera en París y Londres, mereciendo cálidos elogios. El 3 de abril de 1945 su enfermedad hizo crisis. Trasladado al hospital Herrera Restrepo, murió el 22 de abril de 1945.

La obra de Luis Antonio Calvo es múltiple y variada. Más de cincuenta piezas para piano entre intermezzos, mazurkas, marchas nupciales, nocturnos, valses, danzas, tangos y pasillos, a más de himnos como el de *Centavo de vanidad, Himno del Regimiento Ayacucho, Himno del Colegio Santo Tomás de Aquino* entre otros, en tanto que la música religiosa está representada en la obra de Calvo por tres himnos al Santísimo Sacramento, dos Trisagios a la Santísima Trinidad, uno al Sagrado Corazón, una salve a María Auxiliadora, una Ave María, cinco villancicos y algunos motetes. Acerca de esta faceta de la obra de Calvo, dijo el padre salesiano José J. Ortega: «Toma a veces la musa del maestro las solemnes vestiduras litúrgicas, y con la gravedad majestuosa de los ritos antiguos, entona el cántico de Isaías al Dios tres veces Santo. Tañe otras veces el arpa de David y los profetas para ensalzar los misterios eucarísticos ante el sagrario donde Jesús desfallece en amorosa espera, mientras la lamparilla vigilante le hace compañía y lirios y rosas le ofrendan sus perfumes. Le roba en ocasiones sus gorjeos a las alondras de Herbón, para decirle ternezas a la Reina Inmaculada de las artes con sones que parecen remedos de las liras angélicas, o se torna en caramillo, pleno de la sencillez de las églogas patriarcales o de las evangélicas parábolas, para arrullar con villancicos y pastorelas al Dios niño en su cuna». Esta, su música religiosa, está reunida en un libro que fue editado en Italia y que recibió el título de *Arpa mística*. La obra musical de Calvo dentro del panorama de la música nacional es de una importancia notoria, en tanto que su talento y su dedicación, aun en contra de las circunstancias, le dieron a la música colombiana una identidad, trazó los lineamientos de una expresión donde brota el alma sencilla de sus gentes y sus más profundos anhelos. Como dijo otro gran compositor colombiano, el maestro Emilio Murillo: «Nunca pudimos imaginar que el dolor y la inspiración pudieran llegar a producir un resultado tan decisivo en nuestro arte musical nacional. Luis A. Calvo, que se había abstenido de cultivar las melodías que hemos convenido en llamar autóctonas, por fin comprendió que era un deber para Colombia el descender a elaborar obra con estos temas sometidos a la racha de odio, de burla, de hostilidad con que han sido mirados por los genios autoconsagrados que han explotado la educación artística en nuestro país, y en la soledad de su martirio comenzó a pulir las gemas de nuestras montañas y, elevando su espíritu a Dios, terminó con [...] lo que puede llamarse "la más alta culminación del esfuerzo colombianista musical"».

CARLOS PEROZZO
Forjadores de Colombia Contemporánea

CALVO, MÁXIMO

Director de cine español (Bercianos del Camino, Provincia de León, noviembre 18 de 1886 - Cali, septiembre 8 de 1973). A los 18 años Máximo Calvo Olmedo dejó su pueblo, al que recordaría siempre «lleno de polvo y cabras», y se vino a América buscando fortuna. Viajó por el Caribe y se estableció en Balboa (Panamá), donde trabajó como pintor y fotógrafo. Se desconocen las circunstancias en las cuales aprendió el oficio del cine. Fue distribuidor de la Fox en Balboa y filmó en 1918 hechos de la guerra entre Panamá y Costa Rica, conocida como la guerra del Río Coto. Conoció al fraile antioqueño Francisco Antonio Posada, y en 1921 viajó a Cali contratado por éste para hacer la dirección técnica y la fotografía de *María*, primer largo silente de ficción realizado en Colombia. Casado con una colombiana, en 1923 se estableció en Cali con las ganancias de su participación en *María*, y construyó una casa en el barrio Granada. Ese año, Calvo realizó una revista cinematográfica que constaba de las siguientes notas silentes: *Inauguración de la estatua del general Rafael Uribe Uribe en Cali, Carnaval trágico en 1923* y *Repatriación a Popayán de la urna que contiene los restos del arzobispo Manuel Antonio Arboleda*. En 1926 hizo la fotografía de *Nido de cóndores*, película de propaganda sobre la ciudad de Pereira, dirigida por Alfonso Mejía Robledo. En 1936 hipotecó su casa e invirtió en la Calvo Film Company de Cali, especializada en la realización de documentales silentes. Calvo produjo, dirigió y fotografió *Flores del Valle*, primer largo sonoro hecho en el país en 1941. Posteriormente, realizó su segundo largo sonoro *El castigo del fanfarrón*. Fue corresponsal del *Noticiero Nacional Colombia*, producido por la empresa de cine antioqueña Procinal en 1945 [*Ver tomo 6, Arte, pp. 251-252*].

MARTA ELENA RESTREPO



Máximo Calvo.
Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, Bogotá.

CAMACHO, JOSÉ JOAQUÍN

Patriota boyacense (Tunja, julio 17 de 1766 - Bogotá, agosto 31 de 1816). Criollo neogranadino, José Joaquín Camacho nació en el hogar de Francisco Camacho y Rosa Lago, ambos de ascendencia española, y pertenece a la generación precursora de la Independencia, formada en un ambiente de tensiones sociales y de revoluciones demoliberales a nivel mundial. Camacho realizó sus estudios de Jurisprudencia en el Colegio Mayor del Rosario, en Santafé de Bogotá. Recibió su título de abogado de la Real Audiencia en el año 1792. Contrajo matrimonio con Marcelina Rodríguez Lago y Castillo, natural de Sotaquirá. Camacho entró a formar parte de la Expedición Botánica, bajo las orientaciones del sabio José Celestino Mutis.



Joaquín Camacho.
Oleo de Coriolano Leudo.
Academia Boyacense de Historia, Tunja.

Realizó un importante estudio sobre "Las causas y curación de los cotos" y una *Descripción de la provincia de Pamplona*. Fue asiduo colaborador del *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, dirigido por Francisco José de Caldas. Fue profesor de filosofía y derecho público en el Colegio del Rosario, también de economía política y hacienda. Nombrado teniente gobernador de Tocaima, en 1805 fue nombrado corregidor de Pamplona. Con sus orientaciones y oratoria política intervino en el cabildo abierto del 20 de julio de 1810. Partidario del federalismo, Camacho participó en el Colegio Constituyente de 1811, en el cual se aprobó la Constitución de Cundinamarca. También fue un notable periodista, con el sabio Caldas editó el *Diario político de Santafé de Bogotá*. Dirigió y colaboró en los periódicos *La Aurora*, *El Argos americano* y *Boletín de Tunja*, el cual se convirtió en el órgano oficial del Congreso. En representación de Tunja, participó en el Congreso de las Provincias Unidas en Villa de Leiva y Tunja. En 1814, con los próceres José Fernández Madrid y José María del Castillo y Rada, hizo parte del triunvirato que gobernó entre el 5 de octubre de 1814 y el 2 de enero de 1815. Perseguido durante el régimen del terror, el 31 de agosto de 1816 fue sacrificado en la plazuela de San Francisco. Tenía 50 años y estaba ciego y paralítico [*Ver tomo 1, Historia, pp. 221-222 y 260*].

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

MARTÍNEZ DELGADO, LUIS. *Noticia biográfica del prócer Joaquín Camacho*. Academia Colombiana de Historia. Bogotá, Pax, 1954.
PACHECO, J.M. "Doctor Joaquín Camacho". *Repertorio boyacense*, Nº 211-212 (Tunja, mayo-agosto 1960), pp. 954-958.

CAMACHO RAMÍREZ, ARTURO

Poeta tolimense (Ibagué, octubre 28 de 1910 - Bogotá, octubre 24 de 1982). Miembro del grupo de Piedra y Cielo, Arturo Camacho Ramírez también fue periodista y diplomático. Realizó sus primeros estudios en Ibagué, y luego se trasladó a Bogotá, donde hizo el bachillerato en el Instituto de La Salle, y cursó tres años de Derecho en la Universidad Nacional. Como poeta, la voz de Camacho Ramírez se adscribe al grupo de Piedra y Cielo, llamado así en honor de un libro del español Juan Ramón Jiménez, innovador del modernismo del nicaragüense Rubén Darío por la poesía pura. El piedracielismo reunió personalidades tan diversas como Jorge Rojas, Antonio Llanos, Aurelio Arturo, Gerardo Valencia, Eduardo Carranza, Carlos Martín y Darío Samper, y mostró dos tendencias definidas: una, de cuño hispánico, representada por Carranza, seguidor de Federico García Lorca y Juan Ramón Jiménez; la otra americanista, con Camacho Ramírez a la cabeza, de corte nerudiano. Camacho Ramírez ejerció la diplomacia, llegando a desempeñarse como primer secretario de la Embajada de Colombia en La Paz (Bolivia). Como político, ocupó el cargo de comisario especial de la Guajira. Como periodista, fue secretario de redacción del semanario *Sábado*, columnista de *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Espacio* y *Acción Liberal*, y colaborador de la *Revista de las Indias*, entre otras. Hasta su fallecimiento, ejerció regularmente el periodismo, que complementó su vocación de poeta. Esencialmente, Camacho Ramírez fue un poeta seducido alternativamente por dos temas capitales: el amor («*Iba con ella, irremediable, / desaforado y aterido, / entre las sombras de la calle / y las luces del sacrificio. // A morder noche a bocanadas, / a envolverse en su tegumento, / como una semilla que intenta / germinar debajo del hielo. // A buscar el tallo infinito, / raíz y pétalo del sexo, / socavándose el uno al otro / en el martirio de su encuentro*», "La vida pública"), que aparece siempre profundamente ligado a la muerte



Arturo Camacho Ramírez.
Oleo de Reyes, París, 1970.
Colección particular, Bogotá.

(«*La muerte vuelve a ser la primavera / en los ojos desnudos y en las voces / de la tierra en raíces arrancadas*», "Sobre la muerte alegre"). No negó el influjo de la poesía de Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Vicente Aleixandre y Rafael Alberti, como de Jorge Manrique y Francisco de Quevedo; pero supo asimilarlo a una esencia americanista gestada en la lectura del peruano César Vallejo y del chileno Pablo Neruda. Cultor de las formas clásicas españolas, las trascendió con un tono muy personal, a menudo intimista: «*Yo era todo el silencio de la noche / madurado en espiga dolorosa*» ("Canciones vanas"). En 1935 publicó *Espejo de naufragios*, su obra inaugural, con la que renovó el lenguaje poético en abierto desafío a la generación de Los Nuevos, y en 1939, año en que aparecen los cuadernos de *Piedra y Cielo*, los poemas "Cándida inerte" y "Presagio de amor". En 1941 la *Revista de las Indias* publicó su "Viñeta de Bécquer". Incursionó en el teatro con la pieza en verso titulada *Luna de arena*, estrenada en el Teatro Colón de Bogotá en 1943, vertida a libro en 1948 y vuelta a llevar a escena en numerosas ocasiones desde entonces. Recibió el primer premio del concurso de sonetos de la *Revista de las Indias*. Ha sido precisamente esta forma clásica la que le ha ganado mayor popularidad. El soneto "Nada es mayor que tú", frecuentemente incluido en antologías y homenajes, constituye una muestra de su talante lírico:

Nada es mayor que tú, sólo la rosa
tiene tu edad suspensa, ilimitada;
eres la primavera deseada
sin ser la primavera ni la rosa.

Vago espejo de amor donde la rosa
inaugura su forma deseada,
absorta, inmersa, pura, ilimitada,
imagen sí, pero sin ser la rosa.

Bajo tu piel de rosa en primavera,
luz girante, tu sangre silenciosa
despliega su escarlata arborecida.

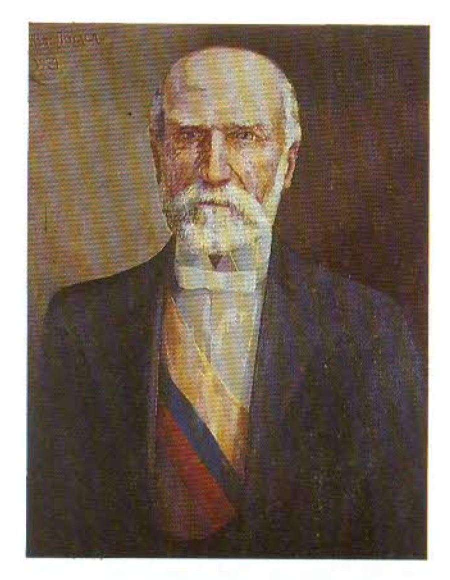
Nada es mayor que tú, rosa y no rosa,
primavera sin ser la primavera:
arpegio en la garganta de la vida.

En 1945 apareció su extensa y brillante *Oda a Carlos Baudelaire*, que reúne algunos de sus mejores momentos líricos. *Vida pública* vería la luz en 1962 y *Límites del hombre*, en 1964. Al lado de Jorge Rojas y otros piedracielistas, participó en el volumen colectivo *Homenaje a Pablo Neruda* (1974). En 1976 el Instituto Colombiano de Cultura publicó *Carrera de la vida*, que, sin contar sus numerosas colaboraciones en periódicos y revistas especializadas, fue su último volumen («*Cuando yo ya no tenga horizontes abiertos,/ ni canción en los labios, ni dolor que sentir,/ marcharé sin sandalia ni ropajes inútiles/ y me entraré desnudo como un río sin fin,/ en un bosque de cámbulos ancestrales y sabios/ que me den una nueva florescencia vital/ y que incendien tenaces recuerdos, que me abrazan/ como tercas raíces de mi antiguo vagar*», "La canción de los cámbulos", fragmento). Habría que esperar sólo cuatro años luego de su muerte, en 1982, para la publicación de sus *Obras completas*, con prólogo de Andrés Holguín [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 218-219*].

MATEO CARDONA VALLEJO

Bibliografía

CAMACHO RAMÍREZ, ARTURO. *Carrera de la vida*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976. CAMACHO R., ARTURO. *Obras completas*, 2 Vols. Prólogo, Andrés Holguín. Bogotá, Procultura, 1986. CAMACHO R., ARTURO. *Antología poética*. Colección de poesía Quinto Centenario. Bogotá, FICA, 1990. CHARRY LARA, FERNANDO. "Arturo Camacho Ramírez (1910-1982)". En: *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá, Ediciones Casa Silva, 1991, pp. 371-377. HERNÁNDEZ, JOSÉ A. "Arturo Camacho Ramírez". *Lecturas Dominicales*, marzo 17 de 1940, p. 3. MORALES BENÍTEZ, OTTO. "Cuál es su hobby". *Lecturas Dominicales*, mayo 1 de 1955, p. 4. PAYÁN ARCHER, GUILLERMO. "Un enemigo de Piedra y Cielo". *Lecturas Dominicales*, agosto 15 de 1976, p. 5. VALENCIA, GERARDO. "Arturo Camacho R., el hombre y el poeta". *Café literario*, Nº 33, Vol. VI (mayo-junio 1983), pp. 52-54.



Salvador Camacho Roldán.
Oleo de Rafael Tavera.
Academia Boyacense de Historia, Tunja.

CAMACHO ROLDÁN, SALVADOR

Economista, jurista, editor, periodista, orador y pionero de los estudios sociológicos en Colombia, nacido en Nunchía (Casanare), en 1828, muerto en la hacienda El Ocaso, Zipacón (Cundinamarca), el 19 de junio de 1900. Se ha visto en Salvador Camacho Roldán al hombre con las condiciones para ubicar los problemas de su tiempo y darles solución oportuna. Sus estudios sobre la agricultura, las vías de comunicación y la educación son punto de referencia indispensable para conocer la realidad del país en el siglo XIX. Según Gonzalo Cataño, «su invariable punto de partida eran las relaciones entre economía, sociedad y política, esto es, el estudio de las consecuencias sociales de toda elección económica». Camacho Roldán terminó sus estudios de Jurisprudencia en 1848; luego se vinculó activamente a la vida pública, primero como juez, más tarde como gobernador en Panamá (1860) y congresista por Boyacá. Actuó como fiscal en el juicio político contra el general José María Obando, logrando su destitución constitucional en 1855, al imputársele complicidad en la revolución del general José María Melo (1854) que lo depuso de la presidencia de la República. De 1860 a 1880 Camacho Roldán se destacó como uno de los políticos más activos del país. Asistió a la Convención de Rionegro en 1863, de la cual escribió una detallada memoria, dando cuenta de los precedentes, del desarrollo y de los convencionistas, de quienes hace una semblanza con base en sus calidades políticas. Estableció excelentes relaciones con el presidente Santos Gutiérrez, reemplazándolo transitoriamente en el ejercicio del mando, entre diciembre 21 de 1868 y enero 2 de 1869. Se desempeñó como secretario de Hacienda del presidente Eustorgio Salgar, y más adelante su nombre fue propuesto para la candidatura presidencial. En 1874, fundó y dirigió una compañía para la construcción de un camino de rieles entre Bogotá y el río Magdalena, convertido después en la carretera que va de la capital a Girardot. En la década de 1880, con la llegada de la Regeneración, Salvador Camacho Roldán orientó sus actividades hacia el estudio del padre de la filosofía positivista, Augusto Comte, a los viajes, a la edición de libros, al periodismo y a la docencia. En 1882, junto con Joaquín Emilio Tamayo, Camacho Roldán fundó la Librería Colombiana, empresa dedicada a la importación de libros y a la publicación de los trabajos escritos por los amigos y contertulios del negocio, donde se combinaba, al decir de Juan Gustavo Cobo Borda, la venta de libros con el gusto por hacer sus propios libros. Camacho publicó muchos artículos sobre economía y política, donde muestra su estilo propio y contundente, lejos de la retórica sin contenidos que imperaba en ese entonces. Sus obras publicadas son: *Notas de viaje* (1890), elaboradas a raíz de su viaje a los Estados Unidos en 1887; *Escritos varios* (1892-1895) y *Memorias*, publicadas por primera vez en 1925. En 1882, Camacho Roldán pronunció en la Universidad Nacional su célebre discurso sobre la sociología, considerado su trabajo más importante por los aportes teóricos que en él consigna y donde define a la sociología como «la ciencia que se refiere a las leyes que por medio de las tendencias sociales del hombre, presiden el desarrollo histórico de los seres colectivos llamados naciones», es decir, la ciencia que estudia el proceso vivido hasta

la configuración de las organizaciones nacionales. Para Camacho Roldán, nación equivale a sociedad, entendida como grupo de personas unidas por lazos materiales, morales e intelectuales comunes. Pasó los últimos años de su vida en su hacienda El Ocaso, donde murió en 1900 [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 168-169*].

LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

CAMACHO ROLDÁN, SALVADOR. *Escritos sobre economía y política*. Bogotá, Colcultura, 1978. CAMACHO ROLDÁN, SALVADOR. *Memorias*. Bogotá, Cromos, 1925. CATAÑO, GONZALO. "Salvador Camacho Roldán. Fundador de la sociología en Colombia". *Credencial Historia*, Nº 4 (1990). NIETO ARTETA, LUIS EDUARDO. *Ensayos históricos y sociológicos*. Bogotá, Colcultura, 1978.

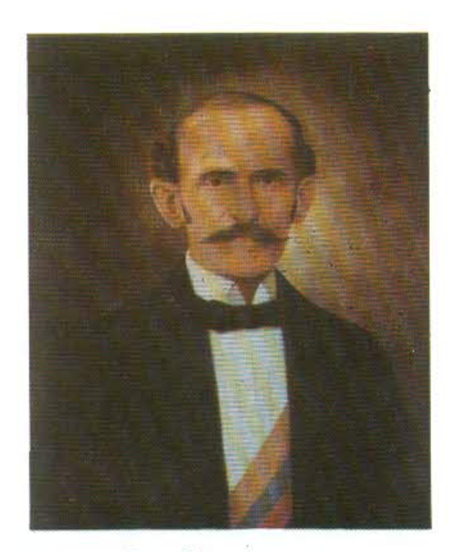
CAMARGO PINZÓN, SERGIO



Sergio Camargo.
Oleo de Jaime Ariza H., 1955.
Academia Boyacense de Historia, Tunja.

Militar y político boyacense (Hacienda Usamena, Iza, diciembre 26 de 1832 - Miraflores, septiembre 27 de 1907). El militarismo colombiano de la segunda mitad del siglo XIX presenta un tipo de militares-abogados, partidarios de la consolidación nacional, el orden y el respeto a las leyes, formados en un ambiente de guerras civiles, polémicas entre liberales y conservadores, centralistas y federalistas, clericales y anti-clericales, radicales y tradicionalistas. Uno de estos militares-abogados fue Sergio Camargo Pinzón, hijo de Simón Camargo y de Ignacia Pinzón Suárez. En la década de los cuarenta, la familia Camargo Pinzón vivía en su finca Gotua, en el cruce de caminos que conducen a Iza, Firavitoba, Pesca y Sogamoso. Sergio Camargo hizo sus estudios en el Colegio de San Bartolomé, donde recibió el título de Abogado, en el año 1852. Durante sus años estudiantiles, la Nueva Granada vivía un ambiente romántico y social. En diversas ciudades del país, comenzaron a aparecer las sociedades democráticas, organizadas por obreros y por la juventud. En Bogotá, los jóvenes granadinos de ideas avanzadas se reunieron alrededor de la Escuela Republicana, donde se formaron Sergio Camargo, Salvador Camacho Roldán, Santiago y Felipe Pérez, José María Samper, Felipe Zapata, José María Rojas Garrido y otros coetáneos que integraron la llamada Generación de los Radicales. La época preconizaba cambios drásticos en las instituciones existentes, se planteaba la necesidad de medidas radicales para conseguir el mejoramiento de las condiciones sociales y económicas. Políticamente, el Radicalismo que influyó en las ideas y actitudes del joven jurista Sergio Camargo, se inclinó a apoyar los movimientos que sostenían la libertad de expresión, la libertad de opinión y la libertad religiosa. Los radicales se manifestaban propensos a despreciar el autoritarismo, las dictaduras, el orden impuesto con rigor y los convencionalismos. Lucharon por el establecimiento del Estado laico, la separación entre Iglesia y Estado, la escuela laica gratuita y obligatoria, el sufragio universal y las libertades. Camargo, formado en un colegio tradicional como el de San Bartolomé y en un ambiente revolucionario radical, inició sus actividades como jurista en Sogamoso, donde fue nombrado juez. Su actividad política comenzó en 1857, cuando participó como vicepresidente en la asamblea constituyente de Boyacá, que dio las bases para la Constitución estatal. Ese mismo año, durante la presidencia provisional del general Santos Gutiérrez, fue secretario de Gobierno del Estado de Boyacá, y en 1862, fue presidente de ese estado, cargo que ocupó hasta el 30 de noviembre de 1865. Durante su administración, le correspondió la desamortización de bienes de manos muertas, la extincion de algunas comunidades religiosas en Boyacá, la organización de la penitenciaría de Tunja, la fundación de escuelas públicas y cárceles municipales. Se interesó por la construcción de caminos, entre ellos, el de Sogamoso a Casanare, el camino a las minas esmeraldíferas de Chivor y otras obras para el progreso de Boyacá. Cuando culminó su obra gubernamental en el Estado de Boyacá, Camargo ocupó la rectoría del Colegio de Boyacá, el *alma mater* de la cultura boyacense. Era costumbre en los años del Radicalismo, que este plantel, donde se han formado las generaciones boyacenses, lo regentaran altas personalidades boyacenses del gobierno estatal o nacional, o escritores de talla nacional.

En los años posteriores, Camargo ocupó diversos cargos en la administración y en la política. En 1868 fue secretario de Guerra y Marina en la presidencia del general Santos Gutiérrez, y en 1871, jefe de la Guardia Nacional. En 1876 fue elegido senador de la República por Boyacá y nombrado segundo designado a la Presidencia de la República. Posteriormente, en 1877, tomó posesión como presidente de la República, entre el 19 de mayo y el 13 de agosto de 1877, en reemplazo del presidente titular, Aquileo Parra, quien había pedido una licencia por motivos de salud. En su corto gobierno, Camargo se distinguió por su espíritu conciliador y prudente, que le dio fama como "presidente de la paz". Le correspondió decretar un armisticio total para lograr la conciliación y la hermandad de los colombianos, aunque algunos de sus copartidarios no estuvieron de acuerdo con el armisticio y las medidas pacifistas, principalmente ante los brotes rebeldes de los derrotados en la guerra. Camargo tenía una idea frentenacionalista para alcanzar la paz en Colombia, consideraba que para llegar a la paz, se necesitaría de «la concurrencia de todos los partidos, asegurada en la Ley Fundamental». Después de su gobierno, fue designado diplomático en Europa para fortalecer las relaciones con Alemania, Francia, Gran Bretaña y el Vaticano. En sus misiones diplomáticas, Camargo sentó las bases para el primer tratado de amistad con España, y dio los primeros pasos para el establecimiento de las relaciones diplomáticas con el Vaticano. En 1883 fue designado ministro plenipotenciario en Venezuela y diplomático ante el gobierno de Ecuador. Camargo Pinzón



José María Campo Serrano. Oleo de B. Brown Gil. Museo Nacional, Bogotá.

también participó en las guerras civiles de la segunda mitad del siglo XIX; por su actuación heroica, alcanzó el grado máximo de general de la República. Con el batallón *Cazadores*, actuó contra la dictadura del general José María Melo en 1854. Posteriormente, con el batallón *Calaveras*, participó en la batalla de Hormezaque y en la batalla de Tunja, en la Semana Santa de 1861. En la guerra civil de 1876-1878, el general Sergio Camargo fue el héroe de la batalla de Garrapata, el 20 de noviembre de 1876, una lucha de dos días, considerada como una de las más cruentas y difíciles de las guerras civiles. Así mismo, participó en la batalla de La Donjuana, el 28 de enero de 1877, que fue decisiva para el triunfo radical. Participó también en la guerra civil de 1885, promovida por el liberalismo radical para derrocar el gobierno de la Regeneración. En la batalla de La Humareda, el 17 de junio de 1885, en la cual participó el general Camargo con el ejército radical, los liberales fueron derrotados, con un elevado número de muertos. Años después, Camargo no fue partidario de la guerra de los Mil Días, la cual consideraba fatal para el futuro de Colombia. Por su heroicidad y, a la vez, su espíritu de conciliación y paz, ha sido llamado "el Bayardo colombiano" estableciendo una comparación con el famoso Pierre Terrail, señor de Bayard, célebre por sus actos heroicos ante los españoles y, en especial, por su defensa del puente de Garellano contra 200 españoles. El 1 de julio de 1868, Camargo contrajo matrimonio en Miraflores con doña Matilde Acosta Castillo, quien murió por el nacimiento de su primer hijo. Posteriormente, en 1871, contrajo segundas nupcias con doña Trinidad Acosta, hermana de su primera esposa y del general Santos Acosta. En sus últimos días, Camargo se residenció en Miraflores.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

CAMARGO PÉREZ, GABRIEL. *Sergio Camargo, el Bayardo colombiano*. Tunja, Academia Boyacense de Historia, 1987. PÉREZ AGUIRRE, ANTONIO. *25 años de Historia colombiana*. Bogotá, Editorial Sucre, 1959. RODRÍGUEZ PIÑERES, EDUARDO. *El Olimpo Radical*. Bogotá, Librería Voluntad, 1950.

CAMPO SERRANO, JOSÉ MARÍA

Estadista y militar costeño (Santa Marta, septiembre 8 de 1832 - febrero 24 de 1915), a quien le correspondió sancionar, como presidente de la República, la Constitución de 1886. Hijo de Andrés del Campo y María Josefa Serrano, realizó sus estudios en el seminario conciliar de su ciudad natal, y más tarde estudió Filosofía y Derecho en el Colegio Provincial Santander. Desde muy joven tuvo que afrontar los problemas económicos de su familia, y se vinculó a la burocracia en el sector oficial. De oficial tercero de la gobernación, ascendió a oficial mayor y a la secretaría de la gobernación. Cuando se organizó el Estado del Magdalena, en 1857, fue nombrado tesorero general. José María Campo Serrano se vinculó al ejército del general Tomás Cipriano de Mosquera en 1860, contra el gobierno de Mariano Ospina Rodríguez. Su prestigio político se hizo importante en el Magdalena, por lo cual fue elegido representante al Congreso Nacional en 1866 y posteriormente, senador de la República. En la década de los ochenta su participación fue intensa en los ministerios, llamados entonces secretarías. En el gobierno del presidente Francisco Javier Zaldúa ocupó la Secretaría de Instrucción Pública; en el gobierno de Ezequiel Hurtado, la Secretaría de Gobierno; y en la administración del presidente Rafael Núñez, ocupó varias secretarías. Como liberal independiente, fue partidario del movimiento de la Regeneración, de Rafael Núñez. En 1885 fue nombrado por Núñez secretario de Marina y Guerra, y en esta posición le correspondió afrontar la guerra civil de 1885, del liberalismo radical contra la Regeneración. Esta guerra, que llevó a la derrota del radicalismo, culminó con el derrumbamiento de la Constitución de 1863. Después de la guerra de 1885, fue nombrado secretario de Hacienda y luego delegado del poder ejecutivo en Antioquia, con el carácter de jefe civil y militar de este estado, donde gobernó entre el 12 de marzo y el 21 de septiembre de 1885. En representación de Antioquia, Campo Serrano asistió al Congreso Nacional de Delegatarios para la redacción de la nueva Constitución Nacional. El Consejo eligió como presidente a Rafael Núñez, vicepresidente, al general Eliseo Payán, y designado, el general José María Campo Serrano. El 30 de marzo de 1886, el Consejo de Delegatarios, en sesión extraordinaria, aceptó la separación del cargo de presidente a Rafael Núñez y el general Campo Serrano, como designado, fue llamado para reemplazarlo. Se posesionó el 1 de abril de 1886. Le correspondió sancionar la Constitución Nacional de 1886, el 5 de agosto del mismo año. En esta Constitución se estableció el principio de la centralización política y la descentralización administrativa. El general Campo Serrano fue presidente de la República hasta el 6 de enero de 1887. De su gobierno se destacan obras como los contratos de alumbrado eléctrico y agua potable para Bogotá y el impulso que dio a los ferrocarriles de la Sabana y el Magdalena. Posteriormente fue elegido senador por el departamento del Magdalena, en 1888. Murió en 1915.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

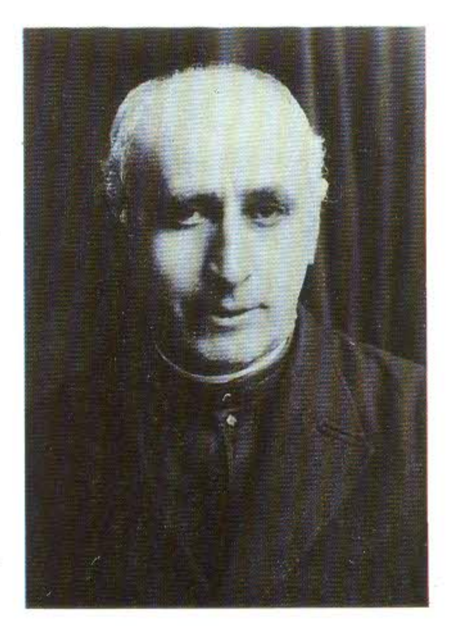
Bibliografía

BURGOS OJEDA, ROBERTO, LUIS MATÍAS BUELVAS V. y JAIME OSPINA GÓMEZ. "José María Campo Serrano". En: *Los Constituyentes de 1886*. Bogotá, Banco de la República, 1986, tomo VI, pp. 7-86.

CAMPOAMOR, JOSÉ MARÍA

Sacerdote jesuita español (La Coruña, agosto 13 de 1872 - Bogotá, enero 31 de 1946). «Así como el insigne arzobispo bogotano Hernando Arias de Ugarte fue la providencia de los indígenas; y San Pedro Claver, padre de los negros esclavos; y fray Cristóbal

de Torres, maestro y modelo de la juventud estudiosa, el padre José María Campoamor, de la Compañía de Jesús, será conocido en los anales patrios como protector de los obreros», así comenzaba su discurso el padre Rafael María Carrasquilla, en el barrio obrero de San Francisco Javier, al celebrar la fiesta de la raza en 1921. Hijo del abogado José Campoamor, y de doña Elena Alvarez, José María Miguel Casiano Campoamor Alvarez fue bautizado por el abad de la colegiata y parroquia de Santa María del Campo. Ingresó al colegio católico de La Coruña y, debido a que su padre fue designado para ocupar una magistratura en la Audiencia de Valladolid, pasó al colegio de los padres jesuitas en Pontevedra, también en Galicia. Fue ordenado sacerdote al culminar sus estudios en el noviciado de Loyola, el 30 de julio de 1904. Al año siguiente de su ordenación, cuenta Alfredo Iriarte, «hizo una gira por Alemania, Francia, Países Bajos y Austria, con el fin de apreciar de cerca las organizaciones obreras católicas que entonces funcionaban en esos países, a fin de recoger las más significativas experiencias para sus futuras actividades de apostolado social. De regreso a su patria, se instaló en Jijón, por haber allí una importante concentración industrial. Una de sus primeras empresas en ese lugar fue una intensa campaña encaminada al mejoramiento del pésimo nivel de vida de los golfillos (nuestros gamines), para quienes logró crear escuelas y restaurantes». Muy influenciado por la doctrina social de la Iglesia inspirada por León XIII y su encíclica *Rerum Novarum*, el padre Campoamor conoció al sacerdote jesuita Vicente Leza, rector del colegio San Bartolomé de Bogotá, quien, conocedor de su talento y dinamismo apostólico, hizo las gestiones necesarias para trasladarlo a Colombia. El padre Campoamor llegó al país en 1910, y el 30 de agosto de ese año ya estaba en Bogotá, alojado en el colegio San Bartolomé. Apoyado en las donaciones de las señoras bogotanas y de la Sociedad de San Vicente de Paúl, organizó un comedor de niños indigentes en una casa situada al lado de San Bartolomé. Antes de haber cumplido cinco meses de su llegada a Bogotá, inauguró, el 1 de enero de 1911, el Círculo de Obreros y la Caja de Ahorros de éste. Doña María Teresa Vargas fue quien recaudó las primeras cuotas que dieron vida a la Caja. Para difundir las noticias del Círculo, creó un semanario llamado *El Amigo*, al que le siguieron, el *Boletín del Círculo de Obreros* y luego, *Noticias*. Tres meses después de su fundación, ya se habían inscrito 383 afiliados. El Círculo se hallaba organizado en cuatro secciones: la de los señores y la de las señoras protectores, la de los obreros y de las obreras como socios activos. En 1912 se creó el Centro de Acción Social, encaminado al mejoramiento de las clases populares en lo económico, religioso, ético y cultural, que sería la base sobre la que se levantaría el barrio San Francisco Javier, mejor conocido como Villa Javier. Ya el 18 de septiembre de 1911, el presidente Carlos E. Restrepo y Pedro María Carreño, su ministro de Gobierno, habían otorgado personería jurídica al Círculo de Obreros.



José María Campoamor.

Dentro de la organización creada por el padre Campoamor se podían distinguir claramente 3 áreas: los medios para la instrucción, que eran el periódico, la biblioteca, el Centro de Estudios Sociales y los talleres nocturnos, además de las granjas agrícolas, los restaurantes y el ropero escolar; los medios para la economía, que eran la Caja de Ahorros, los almacenes de víveres, la bolsa de trabajo, las mutualidades de enfermedad y muerte y las pensiones para la vejez; y los llamados medios para la moralidad, que eran las casas para la familia obrera en Villa Javier, la hospedería para jóvenes, el teatro y, el curiosamente llamado, baile suelto. Hacia 1913 el capital de la caja ascendía a $ 10000. El 7 de septiembre de ese año, monseñor Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo primado de Colombia, bendijo la primera piedra del barrio y costeó de su peculio personal la primera casa de la urbanización. En febrero de 1914 se iniciaron las actividades del Instituto Nocturno de Educación, cuya matrícula costaba 5 centavos y 2 centavos semanales por la asistencia a clase. Parte de los terrenos de Villa Javier fueron destinados al cultivo de plantas domésticas, flores y hortalizas. Se fundaron granjas agrícolas en Bogotá, Sogamoso y Duitama. Para vencer la desconfianza de las gentes humildes a la práctica del ahorro, el padre Campoamor ideó "Las Marías", se trataba de jóvenes mujeres de clase humilde, honradas e inteligentes y con voluntad de superación, que sirvieran de puente entre el ahorrador y la caja atendiendo a los clientes en las oficinas. Como dice Iriarte, «el objetivo del fundador se cumplió así a cabalidad, en la medida en que las gentes sencillas comprobaban que quienes estaban al otro lado del mostrador y en los escritorios no eran señores envarados y distantes, ni damas encopetadas, sino personas de su mismo nivel social que en todo momento se mostraban listas a prestarles un servicio afable y cordial». Preocupado el padre Campoamor por la influencia de las ideas extremistas en la clase obrera, promovió el Primer Congreso Nacional Obrero Católico, celebrado en Bogotá en 1925. Progresivamente se fueron abriendo otras cajas de ahorros, la primera en Facatativá y luego en Sogamoso, Duitama, Manizales, Pamplona, Málaga, Cali y Tunja. Con su visión futurista y progresista el padre Campoamor decía: «Si se ha de fomentar el ahorro entre el pueblo es indispensable establecer oficinas de ahorro en los diferentes barrios, y además tener cuidado de que fuera de las horas comerciales haya despacho los sábados, desde las 5 hasta las 7 de la noche, y los domingos en las horas de la mañana». Entre las celebraciones para el IV Centenario de Bogotá, la ciudad instituyó el premio "Jiménez de Quesada" para los más meritorios servidores de la urbe; el primer agraciado con este premio fue el padre José María Campoamor. El 2 de junio de 1939 la Caja inauguró el moderno edificio que le sirve de sede, en la Avenida Jiménez con carrera quinta en Bogotá. A finales de 1945 la salud del padre Campoamor

empezó a dar muestras de deterioro. El 31 de enero de 1946, después de dar misa en la capilla de Villa Javier, cayó en su lecho de muerte. Tras recibir la extremaunción, de manos del padre provincial de la Compañía, falleció después de haber cumplido durante 35 años con una de las obras sociales más admirables y fecundas que ha conocido nuestro país.

JUAN DAVID GIRALDO

Bibliografía

CARRASQUILLA, RAFAEL MARÍA. *Obras completas*. Compilación, José Eusebio Ricaurte. Bogotá, 1956. IRIARTE, ALFREDO. *80 años de la Caja Social de Ahorros*. Bogotá, Litografía Arco, 1991.

CANAL GONZÁLEZ, LEONARDO



Leonardo Canal.
Oleo de Duque R., 1897.
Academia Boyacense de Historia, Tunja.

Militar y estadista nortesantandereano (Pamplona, noviembre 6 de 1822 - Bogotá, mayo 5 de 1894). Leonardo Canal González aprendió las primeras letras en su ciudad natal; posteriormente en Bogotá, realizó estudios de jurisprudencia en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, del que llegó a ser vicerrector. En 1842 recibió el grado de doctor en Jurisprudencia. Caracterizado por su vocación humanista y periodística, colaboró con el periódico *El Mercurio* de Lima, en el cual también colaboraron sus coterráneos Julio Arboleda y Vicente Cárdenas. Canal desempeñó varios cargos importantes, fue gobernador del Estado de Santander, senador de la República por el Estado de Santander, ministro de Fomento y ministro de Guerra. En una época de crisis nacional, cuando las guerras civiles se generalizaron en el país y se fueron convirtiendo en un «tono de vida nacional», los políticos, abogados y letrados se integraban a los ejércitos oficiales en defensa del gobierno legítimamente constituido, o a los revolucionarios en contra del gobierno; Leonardo Canal se vinculó al Ejército Nacional. Una de sus primeras actuaciones fue contra el general José María Melo y su dictadura, pero sus hazañas más notables tuvieron lugar contra el general Tomás Cipriano de Mosquera, cuando se declaró dictador. El general Canal participó en la guerra civil de 1860 como jefe de la legitimidad conservadora en el Estado de Santander y, en general, en el oriente colombiano. Defendió al gobierno conservador del presidente Mariano Ospina Rodríguez. En la Semana Santa de 1861 tuvo lugar la que se llamó la "batalla de abril" de Tunja; el general Canal sitió la ciudad, cuyo gobernador, David Torres, huyó ante las amenazas del ejército revolucionario que comandaba el general Santos Gutiérrez, más conocido como "el Tuso" Gutiérrez. Fueron ocho días de combates para las fuerzas conservadoras del general Canal y las liberales del Tuso Gutiérrez, quien con su feroz ataque venció a las fuerzas del gobierno que comandaba Canal, el 7 de abril de 1861; 450 muertos, 300 heridos y más de 1000 soldados presos fue el saldo de esa batalla. Después, las luchas entre Canal y Gutiérrez continuaron en las tierras de Santander. Como ministro de Gobierno y de Guerra del presidente Bartolomé Calvo, al general Canal le correspondió encargarse del gobierno, el 18 de julio de 1862, en la población de La Unión (Nariño). El 26 de julio de 1862 declaró capital provisional de la Confederación Granadina a la ciudad de Pasto. Canal capituló el 30 de diciembre de 1862, aunque desde el 6 de noviembre anterior había encargado el gobierno a Manuel del Río, y pasó al Perú, donde residió por algún tiempo. En primeras nupcias, el general Canal se casó con doña Ana María García Briceño, en Pamplona, el 30 de abril de 1849; pero su esposa murió en 1869. En segundas nupcias se casó con doña María Josefa García Briceño, hermana de su primera esposa. El general Canal también participó en la guerra civil de 1876, que tuvo carácter político-religioso y fue la manifestación de los intereses del partido conservador en oposición al gobierno de los radicales. La revolución se inició en el Estado del Cauca y se extendió pronto a los de Antioquia y Tolima; los dirigentes conservadores eran el general Leonardo Canal, Manuel Briceño, Manuel Casabianca, Sergio Arboleda y Marceliano Vélez; las tropas liberales estuvieron al mando de los generales Julián Trujillo, Santos Acosta, Sergio Camargo y Tomás Renjifo. Después de las batallas de Los Chancos, Garrapata, La Donjuana y otras, la guerra culminó con el Acuerdo de Manizales y el triunfo del gobierno del presidente radical Aquileo Parra. En 1885, el general Canal volvió a participar con las fuerzas conservadoras en la guerra civil que culminó con el triunfo de la Regeneración y la aprobación de la Constitución de 1886. En 1890 fue nombrado ministro de Fomento en el gobierno del presidente Carlos Holguín.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

HOLGUÍN, JORGE. *El señor general don Leonardo Canal*. Bogotá, Imprenta de El Correo Nacional, 1894. RESTREPO CANAL, CARLOS. "Leonardo Canal y su época". *Revista Bolívar*, Nº 18 (abril de 1953). RESTREPO SÁENZ, JOSÉ MANUEL. "General Leonardo Canal". *Boletín de Historia y Antigüedades*, tomo XXXVI, pp. 122 y ss.

CANO, FIDEL

Periodista antioqueño (San Pedro de Antioquia, 1854 - Medellín, 1919). Desde joven, Fidel Cano Gutiérrez fue gran educador, poeta, traductor del francés, especialmente de Víctor Hugo, y un periodista ejemplar. Inició sus estudios en la escuela pública de Anorí, y desde entonces mostró sus inclinaciones por la literatura. Cursó el bachillerato en el Colegio de Jesús en Medellín, y luego ingresó a la Universidad de Antioquia. Inició su carrera periodística en 1872 en *La Palestra*, periódico literario liberal. Fue nombrado presidente de la municipalidad y fiscal del circuito de Rionegro, donde desarrolló actividades periodísticas y escribió varios ensayos literarios. En 1874 dirigió el periódico de formato pequeño *La Idea*. En 1879 se radicó en Medellín; ese

mismo año apareció la *Revista Industrial*, dirigida por Fidel Cano y Camilo Botero Guerra.

Con el tiempo, Cano fue adquiriendo gran prestigio y obtuvo destacadas posiciones: inspector de Instrucción Pública del oriente, secretario de Hacienda y Fomento en 1880, miembro de número y presidente de la Academia Antioqueña de Historia, diputado a la Asamblea de Antioquia, senador de la República y varias veces candidato presidencial. En 1881 fue rector de la Universidad de Antioquia, donde tuvo que sortear muchos obstáculos de tipo político. En 1882 se trasladó al municipio El Retiro con su esposa, Helena Villegas, con quien tuvo 13 hijos; allí desempeñó el cargo de rector del Colegio de Mejía, y dirigió El Estímulo, un centro de estudios literarios. En 1883 fue director de la imprenta oficial y redactor de *La Consigna*, periódico dirigido por Rafael Uribe Uribe, quien, en 1884 fundó *El Trabajo*; éste fue suspendido a causa de la guerra de los Mil Días, pero posteriormente reapareció bajo la dirección de Fidel Cano.

A pesar de las difíciles condiciones en que se encontraban los escritores liberales y la prensa independiente en 1887, Fidel Cano fundó en Medellín *El Espectador*, cuyo primer número, de cuatro páginas, se imprimió el 22 de marzo. El encabezamiento dice: «Periódico político, literario, noticioso e industrial, director responsable, Fidel Cano». Durante los gobiernos de Rafael Núñez y Carlos Holguín fue suspendida varias veces la impresión de *El Espectador*, por considerarlo un periódico subversivo; con sanciones como éstas fue censurada la voz de su director, que incluso, tuvo que enfrentar un juicio y fue llevado a la cárcel por haber publicado un discurso de Juan de Dios, "el Indio" Uribe. Sin embargo, nunca traicionó sus principios. Don Fidel Cano escribía la mayor parte de los artículos: las notas editoriales y las columnas "Noticias" y "Mesa Revuelta"; en ellos afirmó sus convicciones acerca de la vida política y de la vida moral, con el mismo coraje con que se pronunció contra toda forma de arbitrariedad y violación de los derechos humanos, de la Constitución y de las leyes. Eduardo Santos, al referirse al ejercicio profesional de Fidel Cano, una de las figuras más prestantes e íntegras del periodismo colombiano, dijo: «Fue él quizá nuestro primer gran periodista, por impetuosa vocación de su espíritu y firme mandato de su voluntad. Al periódico dedicó su vida entera, con entereza indomable». Además de haber puesto al servicio del periodismo su inteligencia, su entereza y su energía, Fidel Cano fue también un gran pedagogo; en el aula entregó a sus alumnos su pasión por la literatura y una ética que estuvo presente en todos los actos de su vida. En 1913, tras un silencio de ocho años, reapareció *El Espectador*, ahora en formato grande y orientado por las mismas directrices que le imprimió su fundador. Desde finales de 1917, la salud de don Fidel comenzó a quebrantarse, y el 15 de enero de 1919 murió rodeado de sus familiares. Su médico escribió: «He asistido al extinguirse de la vida de un hombre honrado, y con esto está dicho todo». [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 208-209*].



Fidel Cano.
Fotografía de la Colección José Joaquín Herrera.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

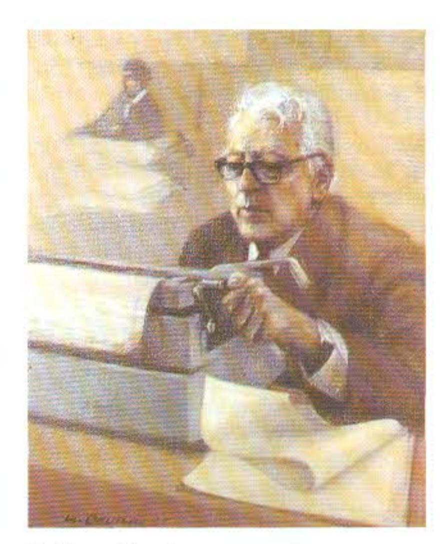
HELENA IRIARTE

Bibliografía

"Don Fidel, el fundador" (serie). *El Espectador*, enero 25 a marzo 22 de 1987. "Los fundadores". *Magazín Dominical, El Espectador*, marzo 20 de 1977. "90 años de *El Espectador*. Recuerdos íntimos de dos ausentes". *El Espectador*, marzo 21 de 1977. "Recuerdos anecdóticos". *Magazín Dominical, El Espectador*, enero 22 de 1977.

CANO, GUILLERMO

Periodista antioqueño (Medellín, agosto 12 de 1925 - Bogotá, diciembre 17 de 1986). Guillermo Cano Isaza fue el guía y el maestro de toda una gene-



Guillermo Cano Isaza.
Oleo de Héctor Osuna, 1987.
Colección de El Espectador, Bogotá.

ración de periodistas, que recibió de él no sólo la formación profesional, sino los principios éticos que defendió a lo largo de su vida y el ejercicio de su carrera como periodista. Hijo de Gabriel Cano y Luz Isaza, se vinculó directamente a la redacción del diario *El Espectador*, como cronista taurino, deportivo, hípico, cultural y político, recién egresado del Gimnasio Moderno, en 1942. Fue el fundador del *Magazín Dominical*, secretario de dirección, codirector, con Gabriel Cano, y director de *El Espectador* desde el 17 de septiembre de 1952. En 1986 recibió el Premio Nacional de Periodismo CPB en la modalidad de prensa, por su columna dominical "Libreta de Apuntes", cuya variedad temática iba desde los recuerdos de personajes de la vida nacional, hasta comentarios críticos acerca de los problemas del país. En 1980 le fue otorgado el Premio Simón Bolívar a la vida y obra de un periodista. Con motivo del centenario del nacimiento de don Fidel Cano, fundador de *El Espectador*, escribió "El abuelo que no conocí", y para la conmemoración del 90 aniversario de *El Espectador*, escribió "Posdata a la autobiografía de un periódico", páginas donde se integran el escritor sensible y el periodista veterano. Fue enviado especial a los Juegos Olímpicos de Munich en 1972, y en notas especiales escribió acerca de lo ocurrido en el "septiembre negro". Su rectitud a toda prueba jamás hizo concesiones; la defensa vertical de sus principios le ocasionó dificultades al

periódico y, finalmente, la lucha en pro de los derechos humanos destruidos por la corrupción, el autoritarismo, la violencia y el silencio cómplice, le costó la vida. Fue asesinado al salir de la sede del periódico, el 17 de diciembre de 1986. Sin embargo, *El Espectador* ha continuado fiel a la concepción periodística en la cual Guillermo Cano siempre creyó.

HELENA IRIARTE

Bibliografía

El Espectador, diciembre 8 de 1986, p. 2. *Magazín Dominical*, Nº 197, enero 4 de 1987. *Magazín Dominical*, Nº 198, enero 11 de 1987.

Cano, María

Pionera antioqueña del movimiento obrero y popular a finales de los años veinte en Colombia (Medellín, agosto 12 de 1887 - abril 26 de 1967). María de los Angeles Cano Márquez fue la primera mujer pública de nuestra historia, constituyó un fenómeno de masas que conmocionó a un país gobernado por un duro régimen político y en medio de una cultura tradicionalista que circunscribía la vida de las mujeres al hogar. La suya fue una vida de transgresiones: fue dirigenta de la lucha por los derechos civiles fundamentales de la población y por los derechos de los trabajadores asalariados, de la convocatoria y agitación de las huelgas obreras, de la difusión de las ideas socialistas y de la fundación del Partido Socialista Revolucionario. Nacida en los inicios de la Regeneración conservadora, régimen confesional, autoritario y excluyente que se perpetuó en el poder hegemónicamente durante más de cuarenta años, Mariacano —así seguido, como se la nombraba popularmente— provenía de una familia de clase media culta y humanista, de educadores, periodistas, artistas, músicos y poetas de raigambre radical, tanto por parte de su padre, don Rodolfo, como de su madre, doña Amelia. María, la hija menor, sus tres hermanas y su hermano se educaron en los colegios laicos que su padre regentó; al margen del confesionalismo imperante, se iniciaron en la realización estética e ingresaron al mundo del pensamiento y de la literatura con los parientes y amigos que frecuentaban la casa; así mismo, en la familia se realizaban prácticas esotéricas espiritistas, una de sus hermanas terminó siendo vidente. La actividad cultural formaba parte de la vida cotidiana de esta familia, al parecer, sin discriminación entre hombres y mujeres. Las primeras noticias de Mariacano se tienen a partir de su vinculación al movimiento literario de principios de los años veinte, en Medellín. Su casa era uno de los sitios de reunión de la tertulia frecuentada por los poetas Abel Farina y Miguel Agudelo, el escritor Efe Gómez, el dibujante José Posada, el librero y poeta Antonio J. Cano, cronista y sobrino de María, Luis Tejada y los periodistas Horacio Franco y Emilio Jaramillo. Con la dirección de Emilio Jaramillo, estos intelectuales fundaron en 1921 la revista quincenal *Cyrano*, y allí empezó María a publicar regularmente sus escritos, con el seudónimo de Helena Castillo, y luego con su propio nombre hasta el cierre de la publicación, en abril de 1923. Su primer texto fue un homenaje póstumo a Farina (aparecido en el Nº 6, septiembre 10 de 1921), «el poeta maldito» integrante de los Panidas, a quien llamaba maestro. Luego, junto con María Eastman y Fita Uribe, continuó en la redacción del periódico *El Correo Liberal*; ellas tres formaron parte de un fenómeno literario de mujeres que se presentó en el país durante la década de los años veinte, y que hizo florecer numerosos concursos de literatura y poesía femeninas, que merecieron el apoyo y la defensa del maestro Tomás Carrasquilla, puesto que no faltaban en la parroquia quienes atacaran y anunciaran el peligro de las mujeres escritoras. «Fue en las montañas antioqueñas donde nació el canto nuevo, donde la mujer es más oprimida, rompió primero la red de convencionalismos», decía Luis Tejada, en el *El Correo Liberal*, en diciembre de 1924. En las publicaciones de estas tres escritoras se aprecia el influjo de las poetas del Cono Sur americano, que habían hecho su aparición en las letras latinoamericanas en la década anterior: Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral. En María Cano es notoria la influencia de la sensualidad y el erotismo de la Agustini y la Ibarbourou; "En el bosque", por ejemplo: «Todo es beso en mí [...] mis brazos se abren ansiosos. Beso sereno, esta suave hora del atardecer que acaricia las flores humildes y aprieta mi alma. Beso en mí es el inclinarse de las ramas de este árbol amparador. Bajan y suben en caricia suave. Una dulce languidez va penetrándome, y mi cuerpo, boca amorosa, se oprime a la tierra». (*Correo Liberal*, noviembre 17 de 1923). Paradójicamente, en sus escritos se revela otro aspecto de su personalidad, frecuentemente encontrado en las mujeres de la época que lograban acceder a una diferente forma de vida. En un artículo titulado "Vivir", a la manera de la Mistral, en *Lecturas para mujeres*, hace toda una disertación sobre la maternidad y la formación del alma femenina: «Mucho se ha creído hacer por la educación de la mujer haciéndola útil, y no se ha pensado en hacerla comprensiva al hombre. Comprensiva. Educando su espíritu, no su cerebro en la belleza; abiertos a su alma los horizontes de alta bondad, será comprensiva de las luchas y asperezas de la vida del hombre, y tenderá sobre ella, sin rasgarlo, el velo suave de su amor [...] Así, enseñad a la mujer a ser suave haciéndola atmósfera de belleza. No hagáis de ella un camarada despreocupado, si bueno para un rato de charla, no suficiente para colmaros, no para completaros». (*Cyrano*, Nº 39, marzo 2 de 1923).

En noviembre de 1923, María Cano empezó a introducir en sus publicaciones elementos de la temática social del país. En una carta dirigida a su majestad Inés I, reina de los estudiantes, la invita a que en su reinado se ocupe de «la juventud hosca y sombría» que se mueve en lo que llamase "Casa de Menores" (*El Correo Liberal*, noviembre 17 de 1923). En enero del año siguiente, con el título "Los forzados", publicó una protesta contra la educación militar que se impartía a los jóvenes reclutados, llamaba a la población a protestar, a los dirigentes a pronunciarse y a las mujeres les decía: «Sois madres, hermanas, novias y sobre todo sois la mujer. ¿Por qué no eleváis vuestra protesta, dulce pero firme? Son los hombres de mañana. Es la juventud sagrada. ¿No palpita en vuestras almas el grito?». La transición de María Cano del romanticismo intimista a la proyección social de sus inquietudes vitales, se aprecia a partir de su labor como autora e impulsadora de una interesante propuesta para fomentar en las clases pobres el acceso a la literatura y al saber. En un artículo titulado "Pan espiritual", hacía una exaltación de la lectura y del conocimiento: «No queramos para nosotros solamente el deleite de paladear las fuentes de belleza

[...] No nos abroquemos en el sofisma de que es abrir en su cerebro la fuente torturadora del análisis. Es tortura pero es vida, es fuerza motriz. El saber es mano que cuando estruja modela». Allí expresó su anhelo de abrir una biblioteca gratuita para el pueblo, e invitó a los periódicos y a las librerías a enviar libros escogidos sabiamente. Su propuesta concluía ofreciéndose como lectora pública al servicio de aquellos «que no sepan leer o que tal vez por sus muchos años sus ojos no tengan luz suficiente y así no podrán saciar su ansia. Pero yo estaré allí, mis ojos serán sus ojos, mi palabra vertirá en sus almas el elíxir del bien». (*El Correo Liberal*, marzo 29 de 1924). Efectivamente su propuesta se concretó, y en el mes de mayo ya tenía organizado el servicio en la Biblioteca Municipal; para atraer a sus lectores-escuchas, publicó una especie de convocatoria titulada "Por los obreros", en la que declarándoles su amor, les invita a gustar «conmigo el placer exquisito de leer». Así comenzó su acercamiento a la vida de los artesanos y pobres de la ciudad y el 1 de mayo de 1925 fue proclamada por obreros, artesanos, contratistas y maestros de obra, Flor del Trabajo. Esta era una forma pintoresca de la época, a través de la cual se exaltaba a las mujeres de la clase media y alta para entrar como reinas a espacios para ellas negados: el mundo del trabajo asalariado o el mundo universitario, en el caso de las reinas de los estudiantes. Sin embargo, «en María no se elegía a una mujer joven y bella, en homenaje a la frivolidad, como se hacía en otras ocasiones, sino un símbolo de cualidades que podía ser, como fue en realidad, bandera de combate del pueblo insumiso de Colombia», en palabras de Torres Giraldo. Como Flor del Trabajo, María Cano inició el ciclo de su vida pública, caracterizada por una intensa actividad en favor de los trabajadores, y en cuya primera etapa incluyó desde visitas a los centros fabriles, talleres y cárceles, hasta labores en comités y comandos populares. Su labor como Flor del Trabajo era organizada concienzudamente por ella junto con la junta asesora y con las comisiones de trabajo que se desplazaban para recolectar información y para apoyar su labor; contaba también con dos damas de honor: Margarita Cano y Alicia Adarve. En las doce actas de las sesiones de María con su junta, de junio a noviembre de 1925, aparecen



María Cano.

análisis de las condiciones laborales de fábricas y trilladoras, las quejas presentadas por trabajadores acerca de su situación, y las comunicaciones enviadas a los empresarios y a las autoridades acerca de problemas que afectaban a la población. Realizaba acciones para impulsar lo que en aquella época se llamaba la unión del obrerismo a través de conferencias, de la reorganización del periódico *El Rebelde*, del diseño de las banderas y símbolos que lo identificaran y la confección de alcancías para recolectar fondos de solidaridad. Aparece, también, la ayuda prestada a la Flor del Trabajo del municipio de Segovia para hacer frente a las hostilidades de que era víctima por parte del cura. Formaba parte del Comité Pro-Presos y del Comité Departamental contra la pena de muerte y en defensa de las libertades públicas.

Su pensamiento sobre la igualdad, la justicia y la libertad y sobre la educación popular, aparece constantemente en sus intervenciones públicas. Con motivo del traslado a la cárcel de Medellín de un grupo de obreros de la Tropical Oil Company, presos desde hacía ocho meses por la huelga de Barrancabermeja, se incrementó la agitación social en la ciudad, y en una manifestación María Cano realizó la primera intervención en la que demostró sus dotes de agitadora y oradora pública. Pronunció una oración dirigida al juez de la causa, como mujer que en sus débiles brazos llevaba el corazón de la humanidad, y a nombre de los oprimidos, le dijo: «Cinco mil obreros de Barrancabermeja han querido que mi corazón traiga el eco de su clamor de justicia y el anhelo que ponen sus energías en esta hora sagrada. No vengo a pediros un mendrugo, no vengo a pediros misericordia, sino justicia. ¿En qué quedará Antioquia, la altiva, la noble, si se castiga oprobiosamente a los que han sabido levantarse enérgicos por la libertad y no han querido admitir la férula yanqui?». (*El Correo Liberal*, julio 7 de 1925). Durante esta época se ocupó nuevamente de la educación militar que se impartía a los reclutas, y dirigió una carta al gobernador y a los congresistas para promover las reformas necesarias para que el «servicio militar obligatorio sea equitativo y honroso, o que no exista para que no sonroje el rostro de la Nación, que se llama libre» (*El Correo Liberal*, agosto 11 de 1925). Posteriormente, junto con el ex presidente de la República Carlos E. Restrepo, llevó la palabra en una multitudinaria movilización contra la pena de muerte y en defensa de las libertades públicas; con su aguerrida intervención, María Cano irrumpió ante la opinión pública nacional. En una pequeña ciudad en la que la defensa de la moral provocaba plebiscitos para hacer retirar de una vitrina a la Venus de Milo, apareció esta pequeña, ágil y menuda mujer vestida de blanco, que se tomaba las plazas y las calles en nombre de la libertad, la igualdad y la justicia, dispuesta a enfrentar al régimen conservador, a luchar contra la ignorancia y la explotación de los asalariados y contra la voracidad de las compañías yankis. En una sociedad pacata, moralista y controladora, ella, una mujer de treinta y siete años, sola, sin varón que la respaldara, encarnó una transgresión cultural intolerable. Proveniente de esa especie de seres sin palabra pública, subió al púlpito y se tomó el verbo. Su palabra arrolladora hacía palpitar a las masas populares y temblar al establecimiento. Con un recuadro ilustrado por un numeroso grupo de beatas hincadas de rodillas, arropadas de la cabeza a los pies y camándula en mano, Ricardo Rendón, en una de sus famosas caricaturas, presenta a un niño preguntándole a su abuelo: «¿Es cierto abuelito que María Cano es una gran oradora?» y él le respondía: «Debe ser cierto mijito, porque en este país todas las mujeres son una grandes oradoras». Esta pincelada de



María Cano.

la mentalidad de la época sobre las mujeres, permite vislumbrar no sólo las rupturas y desafíos personales que asumió María, sino el impacto que sobre la sociedad tuvo su opción política. Ignacio Torres Giraldo describió así la estampa física de María Cano, en 1925: «Menudita, ágil y de bien distribuidas formas. De talle fino y manos y pies pequeñitos, blanca aperlada, de cara ya marchita. Sus ojos castaño oscuro, grandes para la talla —así como su boca—, miraban con recelo pero se hacían melancólicos ante la cámara fotográfica y dulces cuando trataba a los niños. Su cabello —castaño como los ojos—, entrecano, de común alborotado como divisa de su fuerte inclinación a la bohemia —contagio de la familia Tejada— que supo controlar eficazmente en el período de agitación de masas. María no usaba ningún artificio de belleza facial, ni en su talle el clásico corsé o faja que le venía a reemplazar, con menos humos de señorío. Era negligente en el vestir y en general carecía de gusto para elegir colores y modelos de sus trajes».

A finales de 1925, María Cano comenzó las giras que la hicieron famosa en todo el país. En una época de marcado aislamiento regional, de precarios medios de comunicación social, ella era la emisaria de noticias que interesaban al pueblo trabajador y a la oposición, como las luchas de los trabajadores petroleros, de los del río Magdalena y de los bananeros, por las libertades civiles y políticas. Las gentes se lanzaban a las calles para apreciar a esa curiosoa mujer que hablaba en público sobre asuntos de hombres, y cuando la escuchaban provocaba la adhesión de los pobres y la indignación de las élites. Su primera gira fue en la zona minera de Segovia y Remedios, después de la cual su lenguaje adquirió el carácter claro y directo que la distinguió: «Compañeros en pie. Listos a defendernos. Seamos un solo corazón, un solo brazo. Cerremos filas y adelante. Un momento de vacilación, de indolencia, dará cabida a una opresión más, a nuevos yugos. Valientes soldados de la Revolución Social ¡en marcha! ¡Oid mi voz que os convoca!» (*La Humanidad*, Cali, diciembre 22 de 1925). En 1926 trabajó en la preparación del III Congreso Nacional Obrero, para lo cual realizó una extensa gira por carretera desde Medellín hasta Ibagué, en compañía de su pariente el dirigente socialista Tomás Uribe Márquez. En Bogotá, el Congreso Obrero la eligió directiva del mismo, así como a quienes continuaban siendo sus compañeros de lucha: Ignacio Torres Giraldo, Raúl Eduardo Mahecha, Tomás Uribe M. y Alfonso Romero. Presidió una delegación ante el gobierno nacional para pedir la liberación de los presos políticos y sociales. El Congreso la proclamó Flor del Trabajo de Colombia y ella asumió allí el compromiso de trabajar por el Partido Socialista Revolucionario (PSR). Durante los años 1927 y 1928, María Cano realizó una intensa actividad propagandística en amplias zonas del país. Se movilizaba en carro, mula, caballo, ferrocarril, navegaba por nuestros ríos y en ocasiones se trasladó por vía aérea. Recorrió Boyacá, las riberas del río Magdalena, Caldas, Valle, Santander y la Costa Atlántica. En estas giras era recibida por multitudes que se agolpaban en las terminales ferroviarias para saludarla y acompañarla en sus concentraciones. En varias ocasiones fue detenida, en otras obligada a caminar kilómetros bajo vigilancia policiva, hasta dejarla en predios de un departamento vecino, en veces fue recibida con fusilería para dispersar a los manifestantes. Hostigaba a los ricos por la injusticia social, al gobierno por la represión a la oposición, confrontaba y denunciaba a las compañías norteamericanas bananeras, petroleras y mineras, y al gobierno nacional por no garantizar el respeto a la integridad de los trabajadores y la soberanía nacional. Al regresar a Medellín, en marzo de 1928, participó activamente en las campañas de solidaridad con Nicaragua, invadida por las tropas estadounidenses, así como en el Comité de Lucha por los Derechos Civiles contra la llamada "Ley heroica" (que autorizaba la represión y persecución de los movimientos sociales) y para lograr garantías para la oposición.

En noviembre de 1928, la huelga de las bananeras fue reprimida violentamente, produciéndose una masacre de obreros. La represión desatada llevó a María a prisión, junto con sus compañeros en Medellín. Estos hechos, así como la recesión de 1930, incidieron en la terminación de las labores del Congreso Nacional Obrero y al fraccionamiento del PSR. Las confrontaciones internas en el socialismo con la creación del Partido Comunista, afectaron duramente a María Cano y a sus compañeros de lucha, que fueron sometidos a duras críticas e inclusive a la expulsión por esa nueva burocracia política. Sobre este episodio se ha tejido una red de confusiones y desinformación; Alfonso Acosta Restrepo, compañero y amigo de María, testimonió así este proceso: «Yo estaba en entredicho y un día resolvieron hacer un debate para ver qué iban a hacer conmigo y me expulsaron. Hubo dos argumentos: el primero que yo era intelectual y que los intelectuales necesariamente eran traidores, y que se metían en el movimiento obrero para capitalizarlo, y yo era intelectual porque había hecho primero de bachillerato y sabía escribir a máquina. En esa asamblea María se opuso [...] pero resulta que ya estaba el expediente para echarla a ella también [...] El argumento para echar a María era éste: el pueblo antioqueño es antimatriarcal y la presencia de una mujer entre los obreros los asusta, los espanta, los obreros no quieren tener cuentas con mujeres». María Cano escribió en aquella época una reveladora carta a Guillermo Hernández Rodríguez, por aquel entonces dirigente de la creación del Partido Comunista, en la que le decía: «Usted acusa de conspiradores a mis compañeros del Partido Socialista Revolucionario y me quiere excluir a mí de tal responsabilidad, porque supuestamente estoy llevada y convencida por ellos, o sea, no me otorga la posibilidad de criterio personal. En este país, donde la mujer habla a través del cura, del marido o del padre, hay

esa costumbre. Pero ese debate yo no se lo voy a hacer, la gente sabe quién soy y cuál es mi criterio». En el marco de este proceso de lucha interna en la izquierda, María se vinculó como obrera de la Imprenta Departamental de Antioquia, en 1930, y luego pasó a servir a la Biblioteca Departamental, donde trabajó hasta 1947. Sin embargo, en 1934 apoyó activamente la huelga del Ferrocarril de Antioquia. Posteriormente se hundió en el más absoluto silencio, mientras en su ciudad natal se cuidaba con rigor a las hijas para que no acabaran convertidas en temidas "mariacanos", término acuñado para designar a las jóvenes rebeldes. En 1945, el movimiento de mujeres sufragistas le ofreció un homenaje en Medellín. Recién derrotado el nazismo, dijo en esta que fue su última intervención pública: «Un mundo nuevo surge hoy de la epopeya de la libertad, nutrida con sangre y con llanto y con tortura. Es un deber responder al llamado de la historia. Tenemos que hacer que Colombia responda. Cada vez son más amplios los horizontes de libertad, de justicia y de paz. Hoy, como ayer, soy un soldado del mundo» [*Ver tomo 2, Historia, pp. 505-508*].

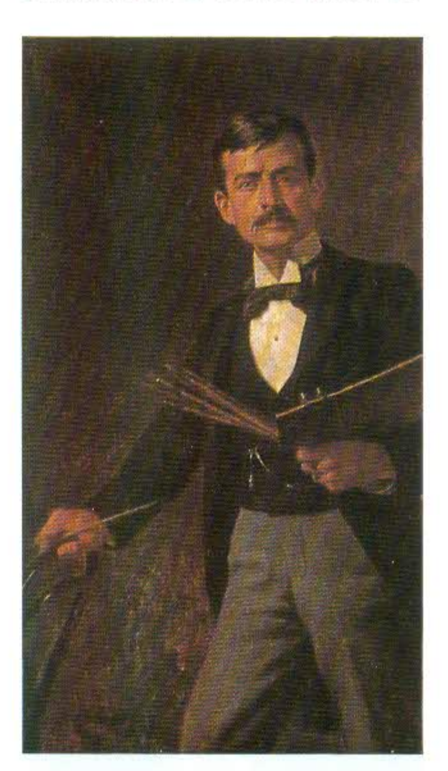
MAGDALA VELÁSQUEZ TORO

Bibliografía

ESCOBAR CALLE, MIGUEL (Comp.). *María Cano. Escritos.* Medellín, Extensión Cultural Departamental, 1985. TORRES GIRALDO, IGNACIO. *María Cano, apostolado revolucionario.* Bogotá, Carlos Valencia, 1980. ZULETA RUIZ, LEÓN. *María Cano y su época.* Medellín, Escuela Nacional Sindical e ISMAC, 1988. Ver también la película *María Cano*, dirigida por Camila Loboguerrero, FOCINE, 1990.

CANO CARDONA, FRANCISCO A.

Pintor, escultor y grabador antioqueño (Yarumal, 1865 - Bogotá, 1935). Hijo de José María Cano, un diestro artesano que ejercio la platería, la pintura, la escultura, el comercio y hasta los títeres, Francisco Antonio Cano Cardona aprendió de su padre las primeras letras, el manejo de los pinceles y colores, el uso del buril y de la cera perdida. Sus primeros años estuvieron marcados por las privaciones propias del origen humilde. En 1883 se vinculó en su pueblo a la asociación "Club de los amigos", que perseguía fines culturales, e ilustró el periódico manuscrito que publicaban bajo el título *Los Anales del Club*. En 1885 decidió viajar a estudiar a Bogotá, pero la guerra civil que se libraba ese año lo detuvo en Medellín. Allí recibió el apoyo de la familia Rodríguez, con quienes trabó fuertes vínculos, especialmente con Horacio Marino y Melitón (1875-1942), que se dedicaban a la fotografía. Al parecer tomó lecciones con uno de los miembros de la familia de pintores Palomino y con José Ignacio Luna, caucano que a la sazón enseñaba en la ciudad. Subsistió gracias a los Rodríguez y a su talento, que lo llevó incluso a hacer retratos hablados de personas muertas. En 1892 trabajó activamente en la organización de la primera exposición de arte celebrada en Antioquia. En 1890 mostró diversas pinturas y modelados en yeso, en la célebre Exposición Artística e Industrial organizada por el gobierno de Antioquia, recibiendo todos los premios. Junto con Horacio Rodríguez y Luis de Greiff publicó en 1896 *El Repertorio*, la primera revista ilustrada de Antioquia, donde aparecieron grabados suyos y se inició como comentarista de cuestiones artísticas. Dictó clases particulares en su estudio; su alumno más destacado fue el escultor Marco Tobón Mejía (1876-1933). En 1897 logró viajar por una temporada a Bogotá, donde se relacionó con los pintores del momento y ejecutó conocidos retratos de hombres públicos. En 1899 realizó ilustraciones para la revista *El montañés*. Gracias a gestiones de amigos influyentes, el Congreso Nacional le asignó una modesta suma de dinero para estudiar en Europa. Viajó a París en 1899 e ingresó a las academias Julien y Colarrosi, y visitó museos de distintos países del Viejo Mundo. Entre tanto participó en exposiciones nacionales, ganando una sólida reputación como pintor de flores y bodegones. Para conseguir prolongar su estadía, la sociedad medellinense organizó una exposición y un concierto con el fin de recoger fondos. Cano regresó a Medellín en 1901 con la idea de impulsar la creación de una academia artística, sueño que vería realizado doce años más tarde con la apertura del Instituto de Bellas Artes. En 1903, con Tobón Mejía, emprendió una nueva aventura editorial, la revista *Lectura y Arte*, uno de los más bellos ejemplos de la hemerografía nacional, de la que salieron 12 números. Este mismo año contrajo nupcias con María Sanín. León, uno de sus hijos, también fue pintor. Hacia 1911 se radicó definitivamente en Bogotá, tras una ingente labor de enseñanza y ejercicio de la pintura y la escultura en Medellín. En Bogotá laboró como director de la Litografía Nacional, y luego como profesor de la Escuela de Bellas Artes, de la que llegaría a ser su rector entre 1923 y 1927. En 1913 ejecutó la que puede considerarse su obra maestra: *Horizontes*, un cuadro que pronto alcanzó reconocimiento público, llegando a convertirse en emblema de la epopeya colonizadora de la "raza antioqueña". En los años diez y veinte, Cano se afanó por inscribirse en el gusto dominante. La españolería, el "neocostumbrismo" y las pinturas patrióticas conmemorativas (entre las que se destaca el *Paso del páramo de Pisba*), lo convirtieron en un eximio representante de la academia artística, y en blanco de críticas de los artistas jóvenes. Entre las esculturas de esos años cabe recordar la estatua de Rafael Núñez para el Capitolio Nacional (ver tomo 7, p. 147). Al margen de tanto trabajo por encargo, que obedecía a la necesidad de procurar el sustento, Cano consiguió realizar una obra más personal, cercana ya no al gusto del público sino a sus convicciones estéticas, desta-



Francisco Antonio Cano.
Oleo de Ricardo Acevedo Bernal, 1917.
Museo Nacional, Bogotá.

cándose piezas como *Brumas* (1922). Murió a los 69 años, pobre y casi en el completo olvido [*Ver tomo 6, Arte, pp. 115-116 y 122*].

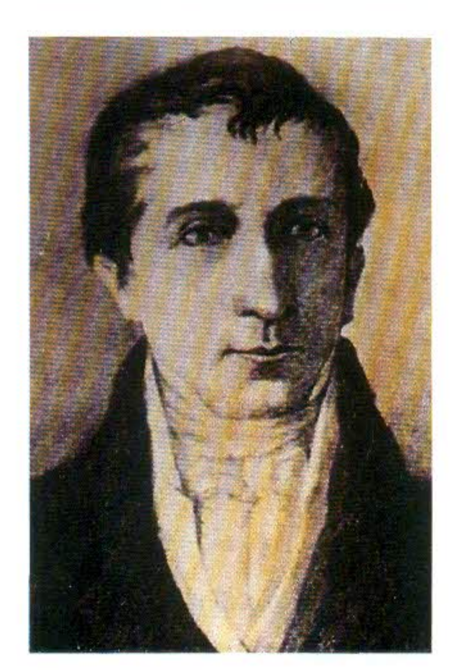
SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

Bibliografía

CANO, FRANCISCO A. *Notas artísticas*. Compilación y prólogo, Miguel Escobar Calle. Medellín, Extensión Departamental, 1987.
LONDOÑO, SANTIAGO. Francisco A. Cano, vida, obra y época (inédito).

CARBONELL, JOSÉ MARÍA

Prócer de la Independencia nacido en Santafé de Bogotá, en 1778, muerto en la misma ciudad, el 19 de junio de 1816. Conocido en la historia de la independencia de Colombia como el "chispero de la Revolución", por su acción dinámica y decisiva en los hechos políticos del 20 de julio de 1810, José María Carbonell era hijo de José Carbonell y María Josefa Martínez Valderrama. Recibió sus primeras enseñanzas en el Colegio Mayor de San Bartolomé, y después trabajó con la Expedición Botánica. Influenciado por la Ilustración y el racionalismo, cuando las ideas de la modernidad entraron al Nuevo Reino de Granada, precisamente por el camino de la Expedición Botánica, fue nombrado amanuense de la Expedición, bajo las órdenes de Sinforoso Mutis. Era un escribiente u oficial de pluma, y le correspondía copiar lo que se necesitara en las investigaciones de los miembros de la Expedición Botánica, en especial del sobrino de Mutis. Una de las obras que escribió como amanuense fue la *Historia de los árboles de la quina*, obra póstuma del sabio José Celestino Mutis. El ambiente de libertad y de independencia que se vivía en la Expedición Botánica fue esencial en el pensamiento y la acción del criollo José María Carbonell. El pensaba que lo más importante en el proceso revolucionario era la acción del pueblo, de las clases humildes; ello señala que, según Carbonell, el pueblo era la base única de toda empresa fecunda. El 20 de julio de 1810 fue Carbonell quien movió las masas santafereñas en las horas de la tarde y de la noche. Según los cronistas de esta fecha, los próceres Francisco José de Caldas y José Joaquín Camacho desde el *Diario Político*, Carbonell realizó una inmensa actividad con los sectores populares: corría de taller en taller, de casa en casa, sacaba gentes y aumentaba la masa. Carbonell atacó la casa de Infiesta; él lo prendió y, a la vez, fue su ángel tutelar para salvarle la vida. «Carbonell ponía fuego por su lado al edificio de la tiranía, y nacido con una constitución sensible y enérgica, rayaba en el entusiasmo y se embriagaba con la libertad que renacía entre las manos», decía el *Diario Político*. En la primera República granadina, Carbonell fue apasionado centralista, siguiendo la tendencia partidista del precursor Antonio Nariño. Se recuerda la escena cuando Carbonell pisoteó públicamente el periódico *La Gaceta*, órgano de los federalistas, lo cual dio origen a la denominación de "carracos" y "patiadores". Durante la Primera República, Carbonell ocupó diversos cargos: capitán de milicias de infantería, oficial mayor de cajas, contador y tesorero de Hacienda de Cundinamarca. Siempre abogó por la libertad y la independencia; abogó también por una administración más pura, más amplia y liberal, más acorde con las nuevas necesidades del recientemente conformado Estado nacional. En los años de la reconquista española en el Nuevo Reino de Granada, cuando se instauró el terror y la persecución a los criollos revolucionarios, cayó el chispero de la revolución del 20 de julio de 1810. La reseña que el pacificador Pablo Morillo hizo sobre la participación de Carbonell en la Independencia dice: «José María Carbonell. Fue el primer presidente de la Junta tumultuaria que se formó en esta capital, quien puso los grillos al excelentísimo señor virrey Amar, y lo condujo a la cárcel; el principal autor y cabeza del motín, el que sedujo a las revendedoras y a la plebe para insultar a la excelentísima señora virreyna, cuando la pasaban presa de la Enseñanza a la Casa del Divorcio; ministro principal de Tesoro Público; acérrimo perseguidor de los españoles americanos y europeos que defendían al rey, y uno de los hombres más perversos y crueles que se han señalado entre los traidores». El 19 de junio de 1816 Carbonell fue ahorcado en la Huerta de Jaime, en Bogotá. Antes de morir hizo al pie del suplicio una plática que enterneció a los patriotas; le dijo al verdugo: «Yo te perdono de corazón, que tú no tienes la culpa» [*Ver tomo 1, Historia, pp. 241-242, 251 y 256*].



José María Carbonell.
Casa Museo 20 de Julio, Bogotá.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

GIRALDO JARAMILLO, GABRIEL. "José María Carbonell". *Boletín de Historia y Antigüedades*, tomo XXXVII, pp. 398 y ss. MIRAMÓN, ALFREDO. "José María Carbonell". En: *Próceres 1810*. Bogotá, Banco de la República, 1960

CÁRDENAS, JUAN

Pintor y dibujante caucano (Popayán, 1939). Juan Cárdenas Arroyo estudió dibujo y pintura en la Rhode Island School of Design. Luego de vivir muchos años en Estados Unidos, regresó a Colombia en 1965. Primero figuró como caricaturista, colaborando con los diarios *La República* y *El Tiempo*. Fue profesor de pintura y dibujo en la Universidad de los Andes, entre 1969 y 1972. Su primera exposición individual tuvo lugar en 1973, en el Museo de Arte Moderno de Bogotá. En 1974 obtuvo el Premio Nacional de Pintura (XXV Salón Nacional), con un autorretrato. El gran tema de Cárdenas es la figura humana y, sobre todo, su propia figura. En torno a ella ha realizado una serie de variaciones en las que un personaje en traje convencional, muchas veces con sombrero, nos enfrenta pensativo y distante. La presentación oscila entre el retrato fiel (aunque en ocasiones el rostro se transforma y puede ser el de Rembrandt o el de Chardin) y el boceto incierto pero con la apariencia carac-



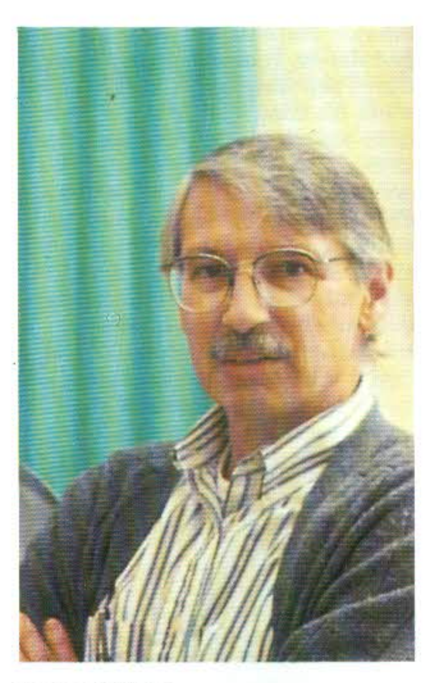
Juan Cárdenas.
Fotografía de Hernán Díaz, ca. 1980.
"Retratos", Bogotá, Villegas Editores, 1993.

de nostalgia. Rica y compleja, la obra de Cárdenas parece inagotable. Juego de apariencias, apariciones y reflejos, su trabajo alude a lo efímero, a lo fugaz y contingente. No son gratuitos sus *memento moris*, las calaveras que muestra el propio artista: *El artista del cráneo* (1979), *El artista sosteniendo su cabeza* (1980) o las representaciones de Cristo en la cruz o del descendimiento [*Ver tomo 6, Arte, p. 132*].

GERMÁN RUBIANO CABALLERO

Bibliografía

COBO BORDA, JUAN GUSTAVO. Juan Cárdenas. Bogotá, Seguros Bolívar, 1991 • *Juan Cárdenas*, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1973, texto: Juan Antonio Roda • *Juan Cárdenas*, Galerie Claude Bernard, París, 1980, textos: Juan Cárdenas y Rafael Puyana • *Juan Cárdenas, peintures et dessins*, Galerie Claude Bernard, París, 1989, texto: Damián Bayón.



Santiago Cárdenas.
Fotografía de Ernesto Monsalve, 1994.

terística. En sus cuadros no pasa nada y la existencia que transcurre en el tiempo es su principal progatonista. A ella se une el espacio como receptáculo de la figura humana; un espacio, generalmente el del taller del artista, poblado de cuadros y muebles que, de manera evidente, está organizado en composiciones abstractas, muchas veces ortogonales, como si fuesen cuadros de Mondrian. Fuera de su estudio, Cárdenas también ha hecho cuadros de paisajes campestres y urbanos. En los primeros hay toques impresionistas y alusiones surrealistas (figuras como apariciones). En los segundos, el orden arquitectónico vuelve a destacar su interés por el arte abstracto geométrico. Sin embargo, toda su producción está especialmente relacionada con el arte del pasado. En sus mejores dibujos y pinturas, Cárdenas asume la actitud del discípulo fiel que sigue el ejemplo de los maestros, desde Miguel Angel hasta Degas, y que sólo quiere hacer "estudios" de sus obras. Empero, el artista no sólo estudia, sino que crea una trabajo magistral en el que se entreveran figuras varias de la historia del arte, en la más extraordinaria sincronización del tiempo. Oleos como *La memoria* (1980) y *Estudios de clásicos* (1988) son además verdaderos *collages* de imágenes no exentos de humor y

CÁRDENAS, SANTIAGO

Pintor y dibujante nacido en Bogotá, en 1937. Santiago Cárdenas Arroyo estudió en la Rhode Island School of Design, en Providence, y obtuvo el Master en Bellas Artes en la Universidad de Yale, en New Haven (Connecticut). Regresó a Colombia en 1966 y se vinculó como profesor a las Universidades de los Andes y Nacional. En 1976 ganó el primer premio en Pintura del XXVI Salón Nacional de Artes Visuales, con el óleo *La corbata*. Cárdenas ha pintado y dibujado muchas cosas que corresponden al mundo actual y que han sido tratadas de muchas maneras por los más variados contemporáneos. De sus años de formación son algunos paisajes, desnudos femeninos e interiores. Luego vienen las bañistas y las mujeres en automóvil. Aquí su pintura no estaba lejos de la valla publicitaria. En este momento, segunda parte de los sesenta, se acentúa el interés por los objetos: ganchos de ropa, corbatas, mesas de plancha o de comedor se vuelven protagonistas y el artista los pinta y los recorta según su forma (*shaped canvas*). Las figuras humanas desaparecen del todo. Sin embargo, poco a poco reaparece el espacio: la pared, la puerta, el piso mantienen el predominio de la representación, pero la composición de los elementos relacionados con la arquitectura preside el cuadro y la pintura llega a verse como una abstracción. En seguida, se establece un equilibrio entre el objeto y el espacio. Generalmente un rincón o una pared sirven de fondo a la cosa pintada. Con algo más: las sombras se hacen importantes. El objeto —paraguas, sacos, chalecos— y sus sombras aparecen nítidos a partir de 1970. Pronto el artista se vuelve un pintor de *trompe l'oeil*[en crítica de arte, denominación que recibe un cuadro que en su conjunto o en algún detalle está pintado con la intención de producir un efecto de realidad exacta que engañe al espectador]. Las cosas se ven tan reales que la gente se equivoca y trata de asirlas. Cárdenas pinta entonces persianas, cajas de cartón cerradas y aplanadas, telas y tableros, muchos tableros. A base de trabajo preciosista, Cárdenas desarrolla una obra del más espléndido refinamiento visual. A diferencia de los tableros reales, sus lienzos pintados al óleo no son superficies apagadas, sino que tienen una atmósfera particular, en la que todo tiene importancia, por la presencia de una luz rasante que realza cada centímetro, cada mancha y cada toque gráfico del tablero pintado. Desde mediados de los ochenta, su producción empieza a cambiar. Sobre los tableros aparecen figuras femeninas dibujadas como si alguien hubiera hecho al azar los bosquejos de unos desnudos. De este momento son una serie de

dibujos matissianos tan sueltos y ondulados, como rápidos y abstraídos. Poco después, Cárdenas presenta un conjunto de cuadros bastante alejado de sus trabajos de los años precedentes, en el que el común denominador es una revisión de algunas de las tendencias más características de la pintura modernista, en especial del cubismo y del expresionismo. Más recientemente combina superficies que recuerdan las de sus tableros, con máculas y grafismos, y con objetos muy realistas, entre los que abundan los vasos con flores. Su excelente producción llega impecable hasta hoy [*Ver tomo 6, Arte, pp. 131 y 132.*].

GERMÁN RUBIANO CABALLERO

Bibliografía

ARDILA, JAIME y CAMILO LLERAS. *Verdades sobre arte, mentiras sobre papel. Encuentros con Santiago Cárdenas y su obra*. Bogotá, 1984 • CABALLERO, ANTONIO, MARÍA MERCEDES CARRANZA y MARÍA ELVIRA SAMPER. *Santiago Cárdenas. Pintura y dibujos*. Bogotá, Seguros Bolívar, 1989 • *Santiago Cárdenas*, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1976, texto: Eduardo Serrano • *The art of Santiago Cárdenas*, Frances Wolfson Art Gallery, New World Center Campus, Miami-Dade Community College, 1983, texto: Eduardo Serrano • *Santiago Cárdenas*, Galería Garcés Velásquez, FIAC, París, 1988, texto: Pierre Courcelles • *Santiago Cárdenas, obra gráfica*, Banco de la República, Exposición itinerante, 1991, texto: Raúl Cristancho • *Santiago Cárdenas*, Galería Freites, Caracas, 1991, texto: Eduardo Planchart Licea.

CARO, JOSÉ EUSEBIO

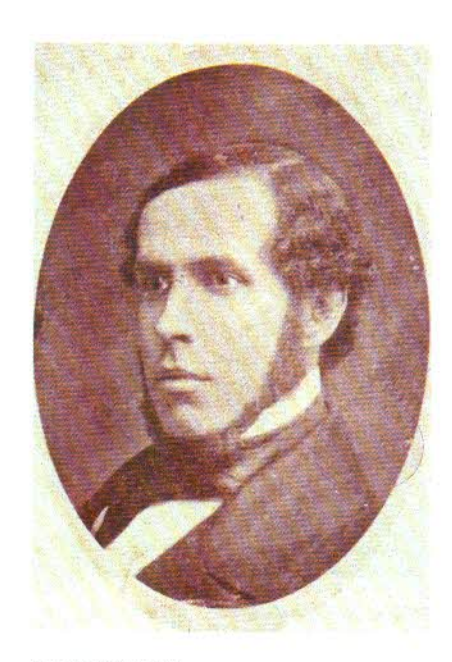
Poeta, periodista y político santandereano (Ocaña, mayo 5 de 1817 - Santa Marta, enero 28 de 1853). Tres aspectos interesantes en la personalidad y obra de José Eusebio Caro son el poeta, el político y polemista, y el pensador. Una de las grandes virtudes del poeta fue su capacidad para introducir en sus versos de corte romántico, la reflexión. Hay en ellos una ambivalencia lírico-filosófica que sorprende. Demostró ser un gran filósofo en sus composiciones en verso y en sus ensayos en prosa. Pero en él la filosofía nace más del corazón que de la inteligencia. Caro estudió en el Colegio de San Bartolomé, donde también cursó jurisprudencia, aunque nunca llegó a doctorarse por su precoz ingreso en las controversias políticas de la época. Ocupó cargos subalternos en el Ministerio de Hacienda y en el Ministerio de Relaciones Exteriores. En 1836 fundó, con José Joaquín Ortiz y otros, el semanario *La Estrella Nacional*, en el cual publicó sus primeras poesías y ensayos comprometidos con la realidad social y política del país. En 1840 se alistó en las fuerzas del gobierno para luchar por dos años en la guerra civil que se desató en aquella época debido a querellas políticas. Durante el mismo tiempo redactó su periódico *El Granadino*, de filiación conservadora, el cual sobrevivió hasta 1845; allí publicó artículos que desataron polémica en los círculos políticos por los ataques ideológicos que hacía a los liberales. En 1843 fue diputado al Congreso por el partido conservador. En 1848 fue ministro encargado de Hacienda. En 1849 publicó, con Mariano Ospina Rodríguez, el semanario *La Civilización*, el cual sostuvieron hasta 1851. Esta publicación se caracterizó por la oposición al gobierno de entonces, en cabeza de José Hilario López. Pero fue realmente el ataque que hizo, en términos apasionados y desmedidos, contra el gobernador de Cundinamarca, el que le ocasionó una condena a prisión. Caro se enteró a tiempo y huyó del país en 1850, a través de los Llanos Orientales. Una vez fuera, viajó a Nueva York, donde permaneció dos años.

José Eusebio Caro perteneció a la generación posterior a la Independencia. Las comunicaciones por ese entonces eran lentas y no fue posible que su obra poética tuviera el despliegue que merecía, a nivel nacional y de América. Ello es mucho más lamentable si se considera que Caro fue uno de los primeros románticos que tuvo América Latina durante el siglo XIX. Por eso no se entiende que durante años hubiera sido tan poco conocido y que su obra hubiera sido publicada mucho después de su muerte. Caro fue orador, prosista, periodista, crítico, polemista, ensayista, poeta y pensador. Sobresalió en la prosa por el gran estilo literario que cultivó y la agudeza filosófica con la que enfocaba los temas. La carta "Sobre la frivolidad", se puede tomar como una muestra de ello. Como periodista, redactó *El Granadino*, fundó *La Estrella Nacional* con José Joaquín Ortiz y *La Civilización* con Mariano Ospina, y fue colaborador de *El Amigo del Pueblo, El Águila de Júpiter, El Conservador, La República* y *El Nacional*. En todos estos periódicos siempre sobresalió por su pluma ágil, sobria, vigorosa y polémica, atravesada por la actividad política. Caro fue un crítico y ensayista profundo, con un amplio conocimiento del lenguaje que le permitía ser castizo y exigente en el uso de las palabras. En su obra poética fue extraordinario cantor del amor, la melancolía y la patria. Sobresalió como autor de una poesía rítmica, hermosa, llena de grandes ideas, hecha con romanticismo puro; en su obra se aprecia algo del estilo neoclásico que le antecedió, y se prevé el futuro modernismo. Así lo prueban los metros endecasílabos que usó en algunos de sus poemas, los cuales serían una de las características de este movimiento; por eso Caro ha sido visto como el precursor de la lírica modernista. Un ejemplo para corroborar esto último sería el poema "Estar contigo". Caro fue hombre apasionado y reflexivo, y su poesía participa de estos atributos. Ella enfoca, desde el punto de vista trascendental, grandes problemas humanos, pero sabe revestir la expresión de imágenes vivas y atrevidas que le quitan a su poesía todo aire de abstracción mental. Tras lo etéreo, está presente la emoción real y sentida. Si el fondo de su pensamiento puede pecar de frío, la expresión es siempre cálida y apasionada. Los temas de su poesía fueron variados, dentro de una propuesta romántica. Dejó poemas tiernos, íntimos y amorosos; poemas con sabor a ausencia y lejanía, suspirantes y pletóricos de lamentaciones. Son célebres "Héctor", "Una lágrima de felicidad", "El pobre", "Estar contigo", "En boca del último inca". "El hacha del proscrito", "Despedida de la Patria", "La hamaca del destierro", "Proposición de matrimonio y bendición nupcial", "El alta mar" (su poema lírico por excelencia), y "La libertad y el socialismo" (una muestra de poesía política dictada ante todo por el filósofo y no por el poeta). Los temas recurrentes de su obra fueron Dios, la mujer, la muerte y la naturaleza, a los cuales supo arrancar nuevas sonoridades y combinaciones con temas afines, hasta erigirlos en símbolos. Recibió la influencia de Lord Byron, a quien reconoció en sus escritos y públicamente como su maestro.

Pero José Eusebio Caro no sólo fue poeta y filósofo, sino también hombre de ciencia, si se toman como tales sus estudios sobre la naturaleza, que dejó incompletos. En cuanto al político, sus artículos en *El Granadino* y *La Ci-*

vilización son ejemplo de la mejor literatura política del siglo pasado, acerba y despiadada. Ella fue la causante de que su vida entera fuera una tragedia política, pero fue la mejor prosa que escribió. El filósofo estuvo en él desde muy temprana edad. A los 20 años comenzó a escribir su obra *Filosofía del cristianismo*, pero sólo compuso algunos capítulos en los que se nota una marcada influencia del positivismo, irradiado a partir de las teorías de Augusto Comte y del utilitarismo planteado por Jeremías Bentham. Su esfuerzo en este campo se dirigió a integrar el cristianismo con la ciencia, donde prevalecía el sincretismo entre progreso y religión. Pero esta visión científica alrededor de la religión, tomó un giro contrario pocos años después. Se considera que en tal decisión influyó su padre, Francisco Javier Caro, y su amigo José Joaquín Ortiz. Su actitud desde entonces fue mística y conservadora, se volvió el vocero de la reacción católica al estilo de Balmes y De Maistre. Además de sus obras ensayísticas, sus tesis socio-políticas fueron expuestas en dos importantes ensayos denominados "Carta al señor José Rafael Mosquera sobre los principios generales de organización social que conviene adoptar en la nueva Constitución de la República", publicado en *El Granadino* en 1842. El segundo ensayo, más moderado en el título, fue "El partido conservador y su nombre", publicado en *La Civilización* en 1847. También merece mencionarse entre sus artículos políticos de largo título, el denominado "Carta al doctor Joaquín Mosquera, sobre el principio utilitario enseñado como teoría moral en nuestros colegios, y sobre la relación que hay entre las doctrinas y las costumbres", en el cual ya era evidente el giro ideológico que había tomado, pues se constituyó en la refutación de las tesis utilitaristas de Bentham, las mismas que antes había tratado de conciliar con la religión. El cambio ideológico sufrido por Caro se observa ante todo en los fragmentos que dejó de la obra *Ciencia social*, la cual interrumpió debido al inesperado viaje a Estados Unidos. Se observa en este texto el gran saber enciclopédico y la mente organizada que tenía. El pensador se hace presente con todo su bagaje cultural para defender los valores políticos y religiosos que heredó y asimiló a través de su familia.

Las poesías de Caro fueron recopiladas y publicadas en Bogotá, en



José Eusebio Caro.
Colección José Joaquín Herrera.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

1857, por su amigo José Joaquín Ortiz. En 1885 fueron reeditadas en Madrid, con lo cual comenzó a tener el alcance universal que merecía. Sus poemas diseminados en periódicos nunca habían tenido la difusión deseada. Pero finalmente en 1883, los redactores de *El Tradicionista*, periódico fundado por su hijo Miguel Antonio, quien sería después vicepresidente de la República, se dieron a la tarea de ordenar la producción de Caro y la titularon *Obras escogidas en prosa y verso*. Esta recopilación se volvió a editar de nuevo en 1951, como un homenaje de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, pero con el título *Antología, versos y prosas*. A su vez, el Ministerio de Educación, a través de su Extensión Cultural, publicó en 1953 el *Epistolario* del poeta y en 1954, sus *Escritos filosóficos*. Estas ediciones estuvieron bajo la supervisión de Simón Aljure Chalela. Pasaron casi cien años para que la obra de Caro tomara la forma de libro y dejara de ser condenada a los archivos periodísticos de consulta restringida. Pero quizás el mayor tributo que se le ha ofrecido a este poeta, para la interpretación de su obra, fue el estudio titulado *La poesía de José Eusebio Caro*, del profesor puertorriqueño José Luis Martín, que el Instituto Caro y Cuervo publicó en 1966. A raíz de sus agresiones políticas, usando para ello su prosa mordaz, Caro debió permanecer en Nueva York desde 1850 hasta fines de 1852. Al regresar al país, lo hizo a través de Santa Marta y la fiebre amarilla lo mató, el 28 de enero de 1853, cuando apenas contaba con 36 años de edad. Caro escribió, además, *La necesidad de expansión*, *La cuestión moral*, *Historia del 7 de marzo de 1849*, *Escritos históricos y políticos*, *Opúsculos y filosofía del cristianismo* (inconclusa) [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 72-74; y tomo 5, Cultura, pp. 148-149, 151-152 y 170.*].

LUIS CARLOS MOLINA

Bibliografía

ALJURE CHALELA, SIMÓN. "Bibliografía de José Eusebio Caro. Poesía". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 19/4 (1982), pp. 146-157. CARO, JOSÉ EUSEBIO. *Poesías completas*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, s.f. CARO, JOSÉ EUSEBIO. *Escritos históricos y políticos*. Edición Simón Aljure Chalela. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1981. CARO, MIGUEL ANTONIO. "José Eusebio Caro". En: *Estudios de crítica literaria y gramatical*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1955. CARRANZA, EDUARDO. "Primer diseño para un retrato de José. E. Caro". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. V, Nº 5 (mayo 1962), pp. 530-533. JIMÉNEZ, DAVID. "José Eusebio Caro". En: *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá, Ediciones Casa Silva, 1991, pp. 128-136. MARTÍN, JOSÉ LUIS. *La poesía de José Eusebio Caro*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1966.

CARO, MIGUEL ANTONIO

Humanista y estadista nacido en Bogotá, el 10 de noviembre de 1843, muerto en la misma ciudad, el 5 de agosto de 1909. Hijo del poeta y filósofo José Eusebio Caro y Blasina Tobar, la vida de Miguel Antonio José Zoilo Cayetano Andrés Avelino de las Mercedes Caro Tobar transcurrió, fundamentalmente, en su ciudad de origen y en los contornos sabaneros que frecuentaba en los llamados veraneos. Sólo en una ocasión se aventuró hasta las tierras de Santander, por allá en la década del setenta, pero en realidad su vida y sus actividades se concentraron al medio bogotano, con proyección desde luego en la vida nacional. Las azarosas circunstancias en que se debatió el país en los años de la infancia y juventud de Caro, no le permitieron seguir estudios regulares. Por eso su formación fue la de un autodidacta, que supo aprovechar las enseñanzas y los libros de su abuelo materno Miguel Tobar, y tam-

bién su propio espíritu de hombre de estudio, ejemplar en todos los campos que tocó. Iniciado en la vida política desde temprana edad, Caro se manifestó principalmente a través del periodismo. Su periódico *El Tradicionista*, publicado de noviembre de 1871 a agosto de 1876, fue sin duda la palestra donde no sólo luchó por sus ideas frente al radicalismo entonces imperante, sino donde expuso los principios que tanto habían de pesar en el proceso institucional de 1885-1886. Hay que tener presente que Caro, hijo de uno de los fundadores del partido conservador, nunca se sintió identificado con la manera como este partido llevaba su presencia en la vida nacional. Por esto, ya en los años del *Tradicionista*, concibió la idea de un partido católico, que no se hizo realidad por la desconfianza que en los medios de la curia bogotana suscitaba el solo pensamiento de que los laicos pudieran tomar la vocería de la Iglesia. Años más tarde, en la década del ochenta, dio forma con Rafael Núñez al partido nacional, que hizo posible el movimiento de la Regeneración y que abrió el camino a la Constitución de 1886, inspirada por Núñez y redactada y defendida por Caro en el Consejo Nacional de Delegatarios. Esta identificación con el Regenerador hizo que en el proceso electoral de 1891-1892 los dos aparecieran en la fórmula para presidente y vicepresidente de la República, asumiéndola Caro como vicepresidente encargado del poder ejecutivo, mientras Núñez permanecía en Cartagena, en su retiro de El Cabrero, con una titularidad que no ejerció. Muerto éste en septiembre de 1894, Caro terminó el período sin utilizar nunca el título de presidente, aunque de hecho lo era. Curioso caso: uno de los gobiernos más extensos que se registran en la historia del país, seis años, fue ejercido por quien nunca utilizó el título de presidente, sino simplemente el de vicepresidente encargado del poder ejecutivo. El respeto que Caro sintió siempre por la obra de Núñez no le permitió asumir un título que, en su integridad, consideraba no le pertenecía.



Miguel Antonio Caro.
Oleo de Eugenio Zerda.
Museo Nacional, Bogotá.

Caro, vicepresidente

La administración de Caro se inició el 7 de agosto de 1892 y terminó el 7 de agosto de 1898. No fue ciertamente un gobierno fácil y tuvo que soportar la oposición decidida no sólo de los liberales, sino aún más implacable, la de los conservadores. Estos últimos, liderados por Carlos Martínez Silva en Bogotá y por Marceliano Vélez en Medellín, volvían de los fervores nacionalistas a las viejas toldas de su partido que, bajo la bandera del historicismo político, quería revivir las glorias que consideraban en cierta forma traicionadas por las ideas sostenidas por Núñez y Caro en esos años de gobierno. Prácticamente a partir de 1897, la ruptura del conservatismo con Caro fue total. El liberalismo no se cita, porque de hecho se había autoeliminado: los elementos independientes de dicho partido, seguidores de Núñez, muerto éste volvieron a las filas de su partido, que como tal poco o nada contaba en ese momento. De los años de gobierno de Caro hay que recordar algunos hechos que lo marcaron. La agitación política desatada en Bogotá a principios de 1893, cuando el pueblo se levantó y tuvo a la ciudad prácticamente en sus manos, en días de violentos asaltos y choques con la fuerza pública. Sólo el valor y prudencia del general Antonio Basilio Cuervo, ministro de Gobierno, lograron el retorno a la normalidad aun a costa de su vida. Caro, radicado entonces en Ubaque, no se movió de allí y puso en manos de Cuervo el problema de orden público. La bandera roja y negra de la Comuna se paseó entonces por Bogotá, como símbolo de inspiración de un movimiento que en cierta forma preludiaba brotes de inconformidad que en más de una ocasión han trastornado el proceso de nuestra vida política y social. Episodio candente fue la revolución de 1895, a principios de ese año, cuando fuerzas liberales se levantaron contra el gobierno. Caro llamó entonces al general Rafael Reyes y lo puso al frente de los ejércitos legitimistas. Reyes, con talento indiscutible de estratega y jefe militar, así no lo fuera de profesión, planeó una campaña relámpago que inició en La Tribuna, adelante de Facatativá, bajó al Magdalena, siguió hasta la Costa Atlántica y entró por allí a Santander, donde estaba el foco de la revuelta, acabando con la guerra en Enciso y devolviendo la paz al país. Otro episodio que hay que recordar fue el del llamado gobierno de los Cinco Días. Caro se había retirado a la hacienda de Casablanca, en Sopó, y había dejado encargado del gobierno al general Guillermo Quintero Calderón, como designado que era éste a la Presidencia. Quintero Calderón había tomado ya el partido de los conservadores históricos, y nombró un gabinete encabezado por Abraham Moreno, figura destacada de éstos en Antioquia. Al darse cuenta Caro de la orientación que se quería dar al gobierno, dando la espalda a los nacionalistas, reasumió el mando en Sopó y puso en manos del general Manuel Casabianca, nombrado por él ministro de Gobierno y de Guerra, el trabajo de restablecer el orden, dentro de los marcos de inspiración nacionalista de su gobierno. De nuevo por mano ajena Caro restablecía la normalidad. Y hay que recordar que por esos días coincidieron en Sopó, Caro y san Ezequiel Moreno, quien venía de Casanare camino a Pasto, y quien pasó allí con su amigo unos pocos días. Ya en 1897 volvió a inquietar el proceso electoral, esta vez para buscar la sucesión de Caro en el gobierno. Fueron meses agitados en que se barajaron varias fórmulas, una vez descartada la posibilidad de una reelección de Caro. La baraja conservadora con los nombres de Marceliano Vélez y Guillermo Quintero Calderón, la liberal con los de Miguel Samper y Foción Soto, la nacionalista con los de Manuel Antonio Sanclemente y José Manuel Marroquín. Se impuso esta última, con los funestos resultados que se vieron: guerra de los Mil Días, golpe del 31 de julio de 1900, cuando Marroquín amarró a Sanclemente y se quedó en el poder, y la pérdida de Panamá.

Caro, humanista

Caro fue un hombre polifacético, que no admite ser enmarcado en una actividad muy específica. Era un humanista en el mejor sentido del vocablo, y su obra quedará siempre como referencia forzada de lo que logró hacerse aquí. Si fuéramos a establecer un itinerario de la actividad intelectual de Caro, tal vez pudiéramos decir que nació de su interés por los problemas del lenguaje, pasó de allí a la filosofía y de ésta a la política, donde encontró campo propicio a su acción. Al margen de esto adelantó un trabajo filológico en torno a la obra de Virgilio, por él traducida y comentada (1873-1876), y cultivó el latín casi que como lengua propia, como puede comprobarse en los tres tomos que el Instituto Caro y Cuervo publicó (1947-1951). Pero no se agotó en esto la actividad de Caro. Rica fue su producción en el campo de la crítica literaria. Autores españoles, colombianos e hispanoamericanos ocuparon su atención, destacándose entre todos estos escritos unas páginas que dedicó al Quijote, dignas de ser tenidas en cuenta. Igual cosa puede decirse de sus ensayos de interés histórico, donde descolló sin duda como un maestro de la interpretación filosófica de la historia. Un ejemplo singular es el prólogo que escribió para la edición de la *Historia* de Lucas Fernández de Piedrahita, donde se plantea precisamente el tema de la conquista de América. Le quedó tiempo a Caro para interesarse por temas de política internacional, de economía, de bibliotecología, y algo más: hijo de un poeta, José Eusebio, el más grande de nuestros románticos, Miguel Antonio se dejó llevar también por su propia inspiración y concibió una obra poética de corte clásico, con piezas tan notables como su oda "A la estatua del Libertador" y el soneto "Patria". Y lo más interesante es que no sólo escribió poesía en castellano, sino también en latín. Quedan además sus traducciones a esta lengua de poetas que le eran especialmente entrañables. La obra escrita de Caro quedó dispersa en periódicos y revistas. Apenas publicó algunos libros: *Estudio sobre el utilitarismo*, *Gramática latina* (en colaboración con Rufino José Cuervo), *Obras de Virgilio* (tres tomos), *Artículos y discursos*, su discurso *Del uso en sus relaciones con el lenguaje*, *Horas de amor*, *Poesías*, *Traducciones poéticas* y las *Poesías* de Sully Prudhomme. Muerto Caro, el gobierno nacional encargó a su hijo Víctor Eduardo la recopilación y publicación de las obras de su padre. Fue así como se publicaron ocho tomos de *Obras completas* (1918-1945) y tres de *Obras poéticas* (1928-1933). En estos volúmenes se publicaron, fuera de lo poético, los estudios literarios, filológicos y gramaticales, discursos y documentos políticos, labores legislativas y estudios jurídicos. Posteriormente, creado el Instituto Caro y Cuervo en 1942, éste asumió la labor de hacer una edición realmente completa de la obra de Caro, de la cual se han publicado ya catorce tomos, los tres primeros en la colección Clásicos Colombianos (1962-1980) y otros once en la Biblioteca Colombiana (1979-1991), donde se han recogido por el momento todos sus escritos de interés filosófico, religioso y educativo; la famosa *Gramática de la lengua latina*; sus estudios lingüísticos, gramaticales y filológicos; los discursos y otras intervenciones en el Senado de la República (1903-1904); los escritos sobre Andrés Bello y acerca del Libertador, los estudios virgilianos (tres tomos); los constitucionales y jurídicos (2 tomos); y los escritos políticos (hasta ahora 3 tomos). Esta, en términos generales, la actividad del señor Caro. Las facetas ricas de su personalidad, recia y definida, quedaron manifiestas en hechos de su vida pública, pero el mejor testimonio lo dan sus muchos escritos que llenaron la mayor parte de su vida. Fue además un ejemplar humano de virtudes notables, que queda como testimonio de lo mejor de Colombia en el siglo pasado y principios de éste.

CARLOS VALDERRAMA ANDRADE

Caro, poeta latino

Caro dejó inédita una extensa colección de poesía en latín: 190 poemas, compuestos sobre todo en la juventud, pero a los cuales añadió otros escritos en edad más avanzada. Esta obra fue publicada por José Manuel Rivas Sacconi con el título de *Poesías latinas* (el original es *M. Antonii Cari Carminum Libri Tres*, 1951). Benedetto Riposati, en su antología *Voces in aevum* (Turín, 1958), destinada a la enseñanza del latín en las escuelas medias italianas, incluyó tres de los poemas latinos de Caro —dos, por desgracia, fragmentariamente—, con notas y una breve presentación de nuestro poeta: «Es una de las más puras voces de los últimos tiempos que nos han transmitido y hecho sentir, junto con Pascoli, momentos del glorioso humanismo latino». El hecho de que Caro figure en la sección "El latín a través de los siglos" de una antología escolar de calidad, al lado de Dante, Petrarca, Jacopo Sannazzaro, León XIII, Giovanni Pascoli, Weller, Genovesi, Pasqualetti y otros, significa sin duda un reconocimiento a su valor universal como poeta latino. Muchos de los poemas latinos de Caro fueron también compuestos en español, y de algunos se conserva su propia traducción en prosa. Esto ha planteado la cuestión de cuál fue la versión primera, ¿la latina o la castellana? Rivas y Riposati opinan, con buenas razones, que la composición en latín precedió generalmente a la otra, aunque el primero no descarta la posibilidad de que texto latino y español sean «expresiones casi simultáneas de un solo motivo poético». La verdad se encuentra por ahí, pues Caro mismo reveló en su breve poema "Musa latina" que, mientras se solazaba tratando de escribir versos castellanos, le fluían de la pluma los latinos. Lo que sí es cierto es que Caro fue ante todo poeta latino y que su poesía en latín es, en general, superior a su poesía en castellano; aquella tiene, en efecto, mayor naturalidad que la otra y mayor riqueza de elementos poéticos que, además, son más tersos, vivos y sugerentes. El latín, que Caro poseyó cabalmente, y la fraseología latina acuñada por la tradición literaria romana en la que Caro instintivamente se insertó desde muy joven, se hicieron una sola cosa con su pensamiento y su sensibilidad poética. Los conceptos rigurosos y profundos de Caro, sus sentimientos delicados, su pudor poético, sus éticas y románticas representaciones de la realidad humana y de la naturaleza, hallaron en latín, más que en español, el molde justo en que la expresión conseguía la hondura, la discreción y la belleza que su ideal estético anhelaba. Como bien lo captó Oreste Macri, Caro no es un académico que se deleita, como en un juego, en escribir versos latinos; en ellos hay siempre un sentimiento íntimo y retenido, algo casi impenetrable y doloroso como un drama que no acaba de explotar. Y Caro lo había dicho en "Insomnia poetica": «*Noctes dum vigilo, quidquid sub pectore verso/ cantitat, in numeros flectitur ipse dolor./ Rhetorici tantum non sunt mea carmina lusus;/ pectoris hic etiam sunt lacrimae, hic gemitus*» (*De noche, en la vigilia, lo*

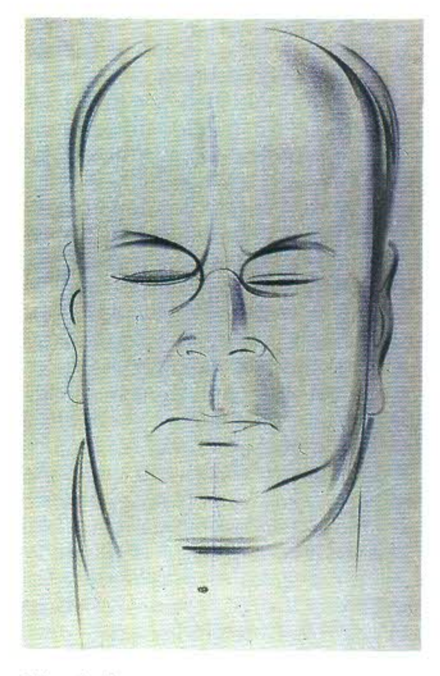
que me agita canta,/ y al verso se somete por sí mismo el dolor./ No son mis cármina *mero juego retórico;/ llanto del corazón y gemidos hay en ellos.*) [Traducción, Jorge Páramo]. Marisa Vismara caracteriza así la poesía latina de Caro: «[Sus *Carmina* tienen] el gran mérito de ser poesía humana, subjetiva, personal, que canta realidades actuales, vida moderna, no antigua. En verdad son antiguas las formas y los motivos de inspiración, pero dentro palpitan solamente su sensibilidad moderna, su variado mundo soñado, contemplado o vivido; el amor por una naturaleza tranquila, dulce, melancólica, meditativa, animada por voces propias y sentida, de acuerdo con la mente moderna, como partícipe de sentimientos humanos; los suaves y serenos afectos de familia, el fervor político, las amistades; los sentimientos más profundos y delicados del corazón que rehúye las pasiones ardientes y violentas; el abandono místico a la plegaria, la fe sincera en la contemplación de las verdades eternas, el ferviente entusiasmo en la evocación de las grandes figuras de santos. En suma, un mundo de afectos, de ideales y de aspiraciones que encuentra vida en las formas y, a menudo, en los fantasmas del pasado. En este sentido Caro está lejos del Pascoli latino, cuya única fuente de inspiración es el mundo antiguo, pagano y cristiano, revivido a través de una copiosa cultura [...]. La versificación de Caro no tiene nada de estudiadamente elaborado, sino es límpida, simple, armoniosa. En ella llama sobre todo la atención aquella onda musical del ritmo que nace más de una instintiva espontaneidad que de una refinada sabiduría del verso; colores, sonidos y luces son transparencias de su alma sencilla, las que dan hechizo a sus imágenes, encanto y esplendor a sus versos. Hay una completa fusión entre el sentimiento humano y la capacidad de traducir esta inspiración en una técnica artística original, simple, esencial. Es todo esto lo que confiere tono "lírico" a la poesía latina de Miguel Antonio Caro; un "lirismo" muy suyo, que brota de la inagotable fuente de su sentimiento humano y se expande en la onda sonora de su verso». [*Ver tomo 4, Literatura, "Humanismo y filología: Uricoechea, Caro y Cuervo", pp. 113-118; y tomo 5, Cultura, pp. 27-28, 149-152 y 170*].

JORGE PÁRAMO POMAREDA

Bibliografía

CARO, MIGUEL ANTONIO. *Obras completas*. Edición, Víctor E. Caro y Antonio Gómez Restrepo. Bogotá, Imprenta Nacional, 1918-1945. CARO, MIGUEL ANTONIO. *Obras*, 3 tomos. Bogotá, Inst. Caro y Cuervo, 1962, 1972, 1980. *Epistolario de Rafael Núñez con Miguel Antonio Caro*. Estudio, Eduardo Lemaitre. Bogotá, Caro y Cuervo, 1977. *Epistolario de Rufino José Cuervo con Miguel Antonio Caro*. Edición, introducción y notas, Mario Germán Romero. Bogotá, Caro y Cuervo, 1978. HERNÁNDEZ NORMAN, ISABEL. *Miguel Antonio Caro, vida y obra*. Bogotá, Caro y Cuervo, 1968. VALDERRAMA ANDRADE, CARLOS. *El pensamiento filosófico de Miguel Antonio Caro*. Bogotá, Caro y Cuervo, 1961. VALDERRAMA ANDRADE, CARLOS. *El centenario de "El Tradicionista". Datos para la biografía de Miguel Antonio Caro*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1972.

CARRANZA, EDUARDO



Eduardo Carranza.
Dibujo de Carlos Dupuy, 1974.
Patronato de Artes y Ciencias, Bogotá.

Poeta llanero (Apiay, Meta, julio 23 de 1913 - Bogotá, febrero 13 de 1985). Eduardo Carranza Fernández rompió con la poesía modernista afrancesada que se escribía en Colombia en las primeras décadas del siglo XX, y regresó a lo hispánico clásico y moderno. Asoció siempre a su poesía el recuerdo de su remota provincia llanera, y fue capaz de pasar de una poesía transparente y obvia a una posesía madura y de alto vuelo hacia el final de su vida. Realizó estudios en la Escuela Normal Central de Institutores de Bogotá, fue profesor de literatura en colegios y universidades. En 1936 publicó su primer libro, titulado *Canciones para iniciar una fiesta*, en el cual reunió la poesía de sus veinte años. Dirigió publicaciones tales como la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, la *Revista de las Indias*, el Suplemento literario de *El Tiempo* y la *Revista de la Universidad de los Andes*. Entre 1945 y 1947 fue agregado cultural de la Embajada de Colombia en Chile; entre 1948 y 1951 se desempeñó como director de la Biblioteca Nacional de Colombia; y entre 1951 y 1958 volvió a ser agregado cultural, esta vez en Madrid. En 1952 presidió el primer Congreso de Poesía, en Segovia y en compañía de Carlos Riba y Vicente Aleixandre. En 1953 volvió a presidir este congreso, esta vez en Salamanca y en compañía de Gerardo Diego, Dámaso Alonso y Giuseppe Ungaretti. Fue miembro de número de la Academia de la Lengua y desde 1963 dirigió la Biblioteca del Distrito Especial de Bogotá. En 1984 el gobierno nacional, encabezado por el presidente Belisario Betancur, lo nombró embajador itinerante en los países de habla española; y ese mismo año Carranza clausuró, con Léopold Sédar Senghor y Jorge Luis Borges, el VII Congreso Mundial de Poesía, en Marruecos. Fue profesor de literatura hispanoamericana y colombiana en las Universidades de Chile, Central de Madrid y de Salamanca; y dictó cursos y conferencias y leyó sus poemas en diversos recintos españoles. También fue traductor de Paul Verlaine, Paul Éluard, Tristan Klingsor y Guillaume Apollinaire, entre otros.

A finales de la década del treinta, Carranza conformó, junto con Jorge Rojas, Arturo Camacho Ramírez, Carlos Martín, Gerardo Valencia, Tomás Vargas Osorio y Darío Samper, el grupo Piedra y Cielo, que nació bajo la influencia lírica de Juan Ramón Jiménez. Bautizado con el título de una obra de Jiménez, este grupo estuvo marcado por una sublevación en el lenguaje poético, emancipando la metáfora de sus compromisos con la lógica formal, y sirviéndose de motivos de inspiración más legítimos. Los piedracielistas dejaron en el desván toda la utilería poética del Centenario, ánforas, capiteles, incienso,

báculos y laureles del Parnaso, y adoptaron los trigales, las amapolas, los esteros, las palmeras y los potros. Entre septiembre de 1939 y marzo de 1940, Piedra y Cielo, bajo el mecenazgo de Jorge Rojas, editó siete cuadernos de poesía, cuyos autores eran los integrantes del grupo; allí Carranza publicó *Siete elegías y un himno*. De la actitud inicial del grupo, recuerda Carranza: «Un exceso de gracias, finuras y preciosismos encontrábamos en nuestros predecesores y queríamos rechazar su ascendiente dando una nota de gobernada pasión. [...] Queríamos ser más asordinados, más subjetivos, más líricos. [...] Queríamos para nuestra propia poesía un acento fundamentalmente expresivo más que esbelto, y revelador del hombre. [...] Queríamos conciliar la vigilia y el sueño, la conciencia y el dolor. La exactitud debía valer tanto como el misterio». Paralelamente a la poesía, Carranza cultivó el ensayo; en 1967 apareció en Madrid, *La poesía del heroísmo y la esperanza*, una recopilación de ensayos, y en 1973 apareció un volumen de prosas titulado *Los días que ahora son sueños*. En cuanto a sus libros de poemas, podemos mencionar, entre otros, las colecciones *Sombra de las muchachas* (1941), *Azul de ti* (1936-1944), *El olvidado y Alhambra* (1957), *Los pasos cantados* (1973), *Hablar soñando y otras alucinaciones* (1974) y *Epístola mortal y otras soledades* (1975).

A Carranza se le ha criticado por su capacidad de autoplagio en el léxico, pero es precisamente en los temas recurrentes donde se da identidad en su estilo. Por eso transitan constantemente en sus poesías palabras como azul, palmera, negro potro, bandera. Lo mismo podría decirse sobre sus juegos lingüísticos, donde ya no es una palabra, sino toda una expresión la que reaparece como identificadora del estilo. En su ejercicio poético, Carranza exploró distintas posibilidades. En la madurez, su poesía ya no era transparente y luminosa, aureolada de ensueños, sino elocuente en su tristeza. Este fue el tono que le permitió escribir, a los 60 años de edad, sus mejores poemas, agrupados en *Hablar soñando* y *Epístola mortal*. Su obra *El insomne*, publicada conjuntamente con *Hablar soñando*, se puede tomar como modelo para apreciar la poesía madura de Carranza; en las sonoridades que el poeta arranca aquí al lenguaje, se refleja la hondura de temas como la ausencia, la pérdida y la desolación. María Mercedes Carranza, su hija, también poeta, ha dicho: «Es interesante señalar cómo la poesía de Carranza sigue muy fielmente un ciclo vital, el suyo, y refleja en su forma y en sus temas sus experiencias e ideas y evoluciona de acuerdo con su propia evolución. Su poesía de juventud muestra el corazón de un adolescente e igual será luego cuando llegue a la madurez y por último a la vejez. Es una vida entera, con todas sus pasiones, ilusiones, desengaños y equivocaciones la que está escrita en sus versos. Carranza se ha jugado entero en su oficio de escribir y nada ha omitido, ni aun ese trágico desengaño final, para entregar, como él mismo lo ha dicho, su corazón escrito» [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 216-218*].

LUIS CARLOS MOLINA

Bibliografía

CARRANZA, EDUARDO. *Hablar soñando. Antología*. Antología y estudio preliminar, Fernando Charry Lara. Colección Tierra Firme. Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1983. CARRANZA, EDUARDO. *Visión estelar de la poesía colombiana*. Bogotá, Banco Popular, 1986. CARRANZA, MARÍA MERCEDES. *Carranza por Carranza*. Bogotá, Procultura - La Rosa, 1985. QUESSEP, GIOVANNI. *Eduardo Carranza*. Bogotá, Procultura, 1990. SERPA DE DE FRANCISCO, GLORIA. *Gran reportaje a Eduardo Carranza*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1978.

CARRANZA, MARÍA MERCEDES

Poeta y periodista nacida en Bogotá, en 1945. Hija del poeta Eduardo Carranza y de doña Rosita Coronado, María Mercedes realizó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de los Andes. En 1971, en el prólogo a su antología *Nueva poesía colombiana*, María Mercedes Carranza daba las claves de lo que sería su primer libro, publicado al año siguiente: «La duda sistemática, paralela a una exhaustiva exploración de todas las posibilidades y de todos los límites puede llegar a muchas partes: entre ellas a la negación de la esencia constitutiva de todas y cada una de las diferentes manifestaciones del arte [...] La poesía hoy, para lograr sus objetivos como arte, debe entrar a la cocina, tomar coca cola, montar en jet, leer a la pequeña Lulú». En efecto, *Vainas y otros poemas* es un libro dedicado a fustigar a la palabra (*«mentirosa, puta, terca»*)



María Mercedes Carranza. Fotografía de Ernesto Monsalve.

que ha terminado por falsear el amor, la historia, la religión, la vida misma: *«Es hora/ de que se quite su maquillaje y/ empiece a nombrar, no lo que es/ de Dios ni lo que es/ del César, sino lo que es nuestro cada día»*. En sus libros siguientes, *Tengo miedo* (1983) y *Hola Soledad* (1987), la actitud antipoética da paso a la voluntad de oponer al palabrerío insulso de la vida, una significación más auténtica a través del lenguaje poético. En últimas, la desconfianza de las palabras era apenas consecuencia de una cuestión más profunda: el desencanto personal que expresa siempre esta poesía (*«Esta mano tiene atravesadas las líneas/ de una vida que se perdió/ porque no supo, no comprendió/ no quiso»*). María Mercedes Carranza ha publicado, además, *Estravagario* (1976), selección de artículos del suplemento cultural del diario *El Pueblo* de Cali; *Antología de la poesía infantil colombiana* (1982); y *Carranza por Carranza* (1985), antología poética de su padre. Como periodista se ha desempeñado en *El Siglo*, *Nueva Frontera*, *Credencial* y *Semana*, entre otros. De su actividad pública cabe destacar su actuación en la Asamblea Constituyente de 1991, como integrante de la Alianza Democrática M-19. En 1986 fundó en Bogotá la Casa de Poesía Silva, de la cual es directora. En 1991 dirigió el proyecto *Historia de la poesía colombiana*. En 1993, la revista de poesía *Golpe de Dados* publicó

ocho poemas suyos inéditos, con el título *Maneras del desamor* [*Ver tomo 4, Literatura, p. 314*].

JOHN JAIRO GALÁN C.

CARRASQUILLA, RAFAEL MARÍA

Eclesiástico, educador y escritor nacido en Bogotá, el 18 de diciembre de 1857, muerto en la misma ciudad, el 18 de marzo de 1930. Hijo del educador Ricardo Carrasquilla y Ortega y de doña Emilia Ortega Párraga, en su infancia «el niño Rafael María, subido en las rodillas de "abuelito", el general José María Ortega y Nariño, le oía contar las vivas historias de su amigo Simón Bolívar y de su tío Antonio Nariño [...] Así se forjó el patriota, el enamorado de Colombia y de sus glorias, el que había de decir después: "Bolívar es el mayor amor de mi alma, después de Dios y al par que mi patria y que mis padres"», cuenta el padre José Eusebio Ricaurte. Rafael María Carrasquilla hizo sus primeros estudios en el colegio dirigido por su padre, el Liceo de la Infancia. Don Ricardo, gran poeta, apologista y educador ilustre, transmitió desde muy joven a su hijo su profunda fe, su amor a la Iglesia y su devoción a Cristo. Antes de cumplir los 20 años y de ingresar al seminario, monseñor Carrasquilla publicó, en 1878, la *Vida de Pío IX*; a los 21 publicó un ensayo sobre Núñez de Arce, en el que mostró un extraordinario dominio de la literatura española; y en el *Repertorio colombiano* publicó una serie de artículos que pronto le dieron fama de gran escritor y orador. Entró al seminario y en corto tiempo estudió teología. El 8 de septiembre de 1883 recibió la unción sacerdotal de manos del obispo de Popayán, Carlos Bermúdez. Fue párroco de Hato Viejo (hoy Villapinzón); en 1884, prefecto general del Seminario, nombramiento hecho por monseñor Bernardo Herrera Restrepo; y en 1886, vicerrector del mismo. Luego fue nombrado párroco de Egipto y de la catedral, que entonces tenía por iglesia parroquial la que había sido de la Compañía de Jesús, llamada entonces San Carlos (hoy San Ignacio). Publicó varias biografías en el *Papel Periódico Ilustrado* y continuó escribiendo artículos para el *Repertorio Colombiano*. El 6 de enero de 1889 fue elegido miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua; se posesionó con un discurso en el que presentó a la entonces desconocida escritora mística sor Francisca Josefa del Castillo, contestado por José Manuel Marroquín. Ese mismo año pronunció la oración fúnebre por la muerte de monseñor José Telésforo Paúl. En 1890 fue nombrado por Carlos Holguín, vicepresidente de la República, rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Ocupó este cargo durante casi 40 años, volviéndole a dar su antiguo prestigio, ampliando y reconstruyendo sus edificios, y estableciendo las facultades de Filosofía y Letras y de Derecho. El 7 de abril de 1896 Miguel Antonio Caro lo nombró ministro de Instrucción Pública; aceptó este cargo «creyendo hacerle bien a la Iglesia y al clero: pensando de buena fe, que no sólo tenía la licencia sino el beneplácito del Ilustrísimo Señor Arzobispo, y que renuncié en el momento que me pareció oportuno, después de que entendí que mi presencia en aquel puesto no era del gusto de mi prelado», según dijo en su testamento. Monseñor Carrasquilla renunció el 10 de mayo de 1897. El 28 de marzo de 1899 fue prebendado del Venerable Capítulo Metropolitano, y por mucho tiempo, secretario de éste. Monseñor Carrasquilla fue un verdadero maestro; la sencillez y claridad de su discurso dejaban entrever su enorme erudición. Su oratoria era absolutamente convincente, «abrillantando siempre el esplendor de la verdad». La austeridad de su vida, sus ademanes majestuosos, su palabra tranquila y segura, su oratoria luminosa y emocionada no eran sino el efecto y la expresión de su fe absoluta, irrevocable y definitiva. No es, pues, extraño, que el papa León XIII le concediera el título de doctor en teología, sin exigirle cursar en ninguna universidad pontificia, y que Benedicto XV (por breve de septiembre 11 de 1915) lo nombrara prelado doméstico suyo. Son célebres sus oraciones fúnebres por la muerte de León XIII, Pío X y Benedicto XV. En 1913 publicó *Sermones y discursos escogidos*; en 1914, *Lecciones de Metafísica y Etica*, texto para enseñanza que ha sido editado varias veces. Fue director de la Academia de la Lengua desde 1910 hasta su muerte. En 1918 volvió a fundar, con otros, el periódico *El Catolicismo*. En 1921, por nombramiento pontificio, fue canónigo teologal. Como delegado colombiano a la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho viajó a Perú; publicó, entonces, sus *Cartas de Lima*. En 1926 enfermó gravemente, y falleció el 18 de marzo de 1930.



Rafael María Carrasquilla.
Oleo de Andrés de Santa María, 1904.
Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá.

JUAN DAVID GIRALDO

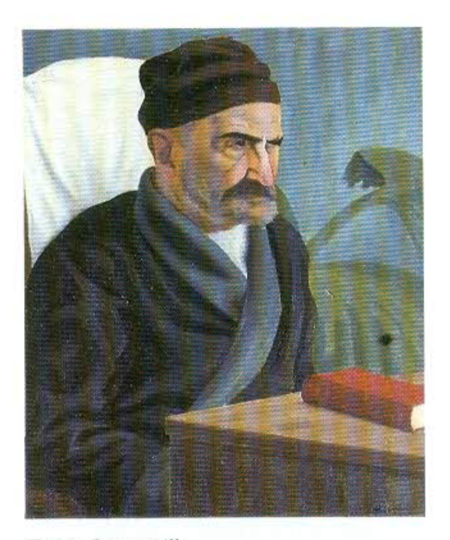
Bibliografía

CARRASQUILLA, RAFAEL MARÍA. *Obras completas*. Compilación, José Eusebio Ricaurte. Bogtá, 1956. *Primer Congreso Eucarístico Nacional*. Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana, 1914. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Cabildo Eclesiástico de Bogotá*. Bogotá, Kelly, 1971.

CARRASQUILLA, TOMÁS

Escritor antioqueño (Santodomingo, enero 17 de 1858 - Medellín, diciembre 19 de 1940). Tomás Carrasquilla aparece en el panorama cultural colombiano como el primer escritor que dedicó su vida, íntegramente, al oficio de la literatura, y que en su muy extensa obra literaria aplicó ciertos principios formulados por él mismo, que ponen en evidencia la concepción clara y firmemente cimentada de lo que pensaba que debían ser la novela

y el cuento. Ante todo hay que destacar la absoluta honestidad de su quehacer literario y la correspondencia entre éste y sus creencias y actitudes frente al acontecer político, social y cultural de la época, a los demás seres humanos, a sí mismo, a lo que esperaba de la literatura y, finalmente, a lo expuesto por él en muchos textos como su credo estilístico y poético. Al respecto, dice: «Conmueve la verdad de sentimiento que una articulación les imprime; conmueve un alma que se manifiesta. Todo esto es el estilo, es la forma». Y también: «No es la forma lo que hace al poeta: es el poeta el que hace la forma [...] Un estilo es un alma vaciada en palabras o en letras. Todo viene de adentro para afuera, no va de afuera para adentro; todo está en el alma: no hay mármoles sino escoplos». El elemento central en toda su obra, y aquel en que alcanza los mayores logros, es la creación de personajes. En cada uno se manifiesta el profundo interés que el ser humano despertaba en Carrasquilla; sentía predilección por los niños, por las gentes de la clase media y del pueblo, campesinos y trabajadores. La alta clase social nunca le interesó; en su autobiografía dice: «Las clases altas y civilizadas son más o menos lo mismo en toda tierra de garbanzos. No constituyen, por tanto, el carácter diferencial de un nación o región determinada. Ese exponente habrá de buscarse en la clase media, si no en el pueblo». Sus novelas y cuentos se desarrollan en una región concreta de Colombia, los pueblos de Antioquia; pero, a partir de lo regional, su obra adquiere un interés americano y universal, pues trasciende lo local, para penetrar en lo esencialmente humano y recrearlo, a través de los personajes perfectamente individualizados. Su mirada es realista y crítica; su poder de observación y su gran conocimiento del mundo recreado en sus obras, le permitieron plasmar con maestría, por ejemplo, el ambiente minero y los personajes de diversas razas y culturas que allí trabajan y conviven, en *Hace tiempos* y *La Marquesa de Yolombó*. Las costumbres, creencias y tradiciones de todos los sectores aparecen en su narrativa, sin que por esto pueda ser considerado un escritor costumbrista, pues para él, la costumbre no es un fin en sí misma, sino que la incorpora al desarrollo de la acción y al destino de los personajes. Carrasquilla no idealiza ni disimula los defectos individuales ni las lacras sociales; no hace concesiones en la literatura, como tampoco las hizo en su vida; fue honesto, tolerante, justo, mesurado, humano y esencialmente democrático. Creía en la aristocracia del mérito y no en la del nacimiento o el dinero. En su vida y en su obra reprobó las injusticias sociales, la hipocresía, el arribismo y la inautenticidad en todas sus manifestaciones. Profundamente respetuoso de la religión, criticó cualquier forma de utilización de ésta, para conseguir otros fines, así como las actitudes falsas y la doble moral. Admiraba la devoción sincera y atacó la beatería y la intolerancia religiosa. Su interés por lo espiritual aparece en obras como *En la diestra de Dios Padre*, *Salve, Regina*, *Semana Santa* y *Curas de almas*. Con una franqueza sencilla expresó siempre sus propios criterios estéticos, y en cuanto a la función del auténtico escritor, se opuso a las que consideraba una serie de tendencias importadas de Francia, Inglaterra e Italia, por parecerle artificiosas: «Esta mercancía con marca de fábrica extranjera, no puede echar raíces en Colombia». Profundo conocedor del habla popular utilizada en su medio, dice: «Cuando se trata de reflejar en una novela el carácter, la índole propia de un pueblo o de una región determinada, el diálogo escrito debe ajustarse rigurosamente al diálogo hablado, reproducirlo hasta donde sea posible [...] El escritor tiene amplia oportunidad cuando narra, para exhibir dominio gramatical y sintáctico, sin tener para qué "meterse" con el diálogo de los personajes. Y quien logre una provechosa mezcla de estos dos elementos, alternando la expresión típica de los personajes, con la pureza de la dicción del autor, logra un éxito gratísimo en punto a fuerza y variedad». Efectivamente, esto lo aplicó en sus narraciones y lo logró con vitalidad, inteligencia y mucha gracia. Fue enemigo de todo ornamento postizo y afirmaba que «la naturaleza no necesita que la embellezcan; cualquier intento de hacerlo vale tanto como querer falsificarla». La sobriedad de su prosa, limpia de ornamentos, y la singularidad de su obra, están respaldadas por su propia posición teórica: «Imitar formas es como imitar temperamentos». Y en cuanto a la novela, la define como «un pedazo de vida reflejado en un escritor por un corazón y por una cabeza». Luego añade: «Esta fórmula todo lo recibe, excepto la mentira». Con estas palabras, Carrasquilla sintetiza su credo poético: la novela como reflejo de la realidad, transformada por la inteligencia y la sensibilidad del escritor. Algunas veces su obra ha sido criticada por una supuesta dificultad: el lenguaje regional, un tanto complicado para quienes no conozcan el habla del pueblo antioqueño. Al respecto, don Miguel de Unamuno afirmó: «Esto no es dialecto sino puro español con algunos vocablos arcaicos». Con esta declaración, Unamuno aclara que no son regionalismos, sino un castellano viejo que se conserva en algunas regiones de América.



Tomás Carrasquilla.
Oleo de Eladio Vélez, 1931.
Museo de Antioquia, Medellín.

De sus ancestros, don Tomás dice: «Mis padres eran entre pobres y acaudalados, entre labriegos y señorones y más blancos que el rey de las Españas, al decir de mis cuatro abuelos. Todos ellos eran gentes patriarcales, muy temerosas de Dios y muy buenos vecinos». Hijo de Raúl Carrasquilla Isaza, quien trabajaba en ingeniería de puentes y minas, y de Ecilda Naranjo Moreno, dedicada al hogar, don Tomás vivió hasta los quince años en Santodomingo, y durante un tiempo vivió con su familia en la población minera de Concepción. Allí asistió a la escuela y comenzó a conocer el ambiente de las minas y la vida y costumbres de los mineros. De su niñez se sabe poco: que desde entonces tuvo la pasión de la lectura y aquello que se puede entrever en los relatos cuyos protagonistas son niños, o en los que se encuentran personajes y situacio-

nes de su niñez; por ejemplo, "Simón el mago", *Hace tiempos, Dimitas Arias* y *Salve, Regina*. En estas obras es indudable lo autobiográfico, pero convertido en ficción; así también, en *Entrañas de niño, El zarco* y otras narraciones en las que los niños están llenos de viveza y frescura. Allí vida y ficción se entrecruzan y los personajes reales son el punto de partida para la creación de personajes como la madre, la abuela y otros parientes a quienes no conoció, salvo por lo que de ellos oyó hablar; es el caso de algunos que aparecen en *La Marquesa de Yolombó*. A esto se refiere Carrasquilla en una carta: «Me gusta saber que no está enojado conmigo por haber relatado las cosas de sus abuelos, pues ha de saber que aquí en la Villa de la Candelaria, hay algunos de nuestros parientes que me tienen entre ojos; no me perdonan las vagamunderías de su abuelo y tatarabuelo, no pueden perdonarme las palabrotas y *pendejadas* de mi mamita Luz. Ellos querían que yo los sacara tomando té, hablando el francés y jugado el "Rusruz", juego chinesco muy en boga entre las damas chapeadas a la europea». Hacia 1873 Carrasquilla viajó a Medellín, llamada entonces Villa de Nuestra Señora de la Candelaria, para cursar la secundaria en la sección de bachillerato de la Universidad de Antioquia, y allí mismo, en 1876, se matriculó en Derecho. En 1877, a causa de la guerra civil, abandonó los estudios y regresó a Santodomingo; allí permaneció hasta 1896, dedicado a la sastrería. Entre 1879 y 1880 fue secretario de juzgado de circuito, y en 1891, juez municipal. En 1892 creó, con algunos amigos, una biblioteca pública en Santodomingo; ellos y la ciudadanía donaron los primeros volúmenes; el 20 de noviembre de 1893 se inició como Biblioteca del Tercer Piso. Carlos E. Restrepo lo nombró miembro de El Casino Literario, un centro que dirigía en Medellín; como requisito para la admisión, era necesario escribir algo; Carrasquilla escribió "Simón el mago", cuento que se publicó en 1890, en un volumen colectivo. En una reunión de aquel centro, los socios opinaban, salvo Restrepo y Carrasquilla, que en Antioquia no había materia novelable. Don Tomás, para probar que «puede hacerse novela sobre el tema más vulgar y cotidiano», escribió la novela *Frutos de mi tierra,* allá en la casa de su abuelo materno, en Santodomingo. La novela se publicó en 1896 y tuvo gran acogida; la



Tomás Carrasquilla.

crítica la ha considerado como una de las mejores del realismo americano y de la corriente naturalista. De sus méritos, dice su autor: «De tener alguno, será, probablemente, como documento literario, por ser esa la primera novela prosaica que se ha escrito en Colombia, tomada directamente del natural, sin idealizar en nada la realidad de la vida». Como en toda su obra, en ella aplicó su credo: «Lo estético no es otra cosa que lo verdadero en lo bello». Después de su primer viaje a Bogotá, con motivo de la publicación de *Frutos de mi tierra*, Carrasquilla volvió a Antioquia, a sus actividades en Santodomingo y Medellín. Allí sufrió un accidente al caer de un caballo, que lo obligó a permanecer en Medellín por dos meses; y al regresar a Santodomingo, cayó enfermo de «un achaque en la garganta». Carrasquilla aprovechó este tiempo, en 1897, para escribir *Blanca, En la diestra de Dios Padre, Dimitas Arias* y "Herejías", su primer ensayo literario, donde planteó y desarrolló sus conceptos acerca de la novela: «Avida de lo verdadero, recoge el espíritu de la verdad dondequiera que lo halla. Lo mismo en el hecho histórico que en el imaginario; lo mismo en el símbolo que en el mito». Entre 1898 y 1903 escribió *El ánima sola, San Antoñito, El padre Casafús* y *Salve, Regina*. Al quebrar el Banco Popular de Medellín, en 1904, Carrasquilla lo perdió casi todo. Se trasladó, entonces, a trabajar como encargado de provisiones a la mina de Sanandrés, cerca de Sonsón, donde permaneció entre 1906 y 1909.

De regreso a Medellín, reanudó su vida bohemia, sus tertulias literarias y sociales. Usualmente dictaba sus obras, pues no le gustaba escribir. En 1910 publicó *Grandeza*, novela que refleja el ambiente de Medellín, escrita «en estilo llano, sencillo, casero, bastante pedestre [...] sobre asuntos, personas y acontecimientos cotidianos y vulgares».

En 1914 Carrasquilla se vinculó como colaborador a *El Espectador* de Medellín, con una columna semanal: cuadros, artículos, crónicas y ensayos. En ese mismo año viajó a Bogotá, donde desempeñó, durante cinco años, un cargo en el Ministerio de Obras Públicas. En 1915, *El Espectador* de Medellín anunció que en unos días «saldrá en la capital de la República una edición de nuestro diario, dirigida por los señores Fidel Cano y Luis Cano». Este fue el primer periódico colombiano publicado diariamente en Bogotá y en Medellín; los artículos de Carrasquilla aparecían en las dos ediciones. En 1915 apareció en *El Liberal Ilustrado*, "El rifle", uno de sus dos únicos cuentos de ambiente bogotano. Carrasquilla permaneció en la capital hasta enero de 1919; de regreso a Medellín, volvió a sus antiguas tertulias y escribió crónicas sobre la ciudad, y su novela corta *Ligia Cruz*, publicada por entregas en *El Espectador* de Bogotá, entre el 20 de noviembre y el 11 de diciembre de 1920. En mayo de 1921 apareció en Medellín el primer número de *Sábado*, revista dirigida por Ciro Mendía y Gabriel Cano; el editorial era de Carrasquilla. Entre 1922 y 1925, Carrasquilla publicó *Por el poeta*, homenaje a José Asunción Silva; "Copas", aparecido en *Lectura breve* de Medellín, en agosto de 1923; y la novela corta *El zarco*, editada en Bogotá en 1925. En 1926 terminó de escribir *La Marquesa de Yolombó*, publicada en 1928. Esta es, quizás, la mejor de sus novelas; en ella Carrasquilla plasmó su profundo conocimiento de los seres humanos, la agudeza de su crítica, la precisión de su realismo y la capacidad para ver a los personajes en sus permanentes cambios, para comprender la transformación, el debilitamiento de sus ideales y propósitos, la flaqueza del ánimo en las grandes empresas que se abandonan para satisfacer pequeños intereses, el deterioro que va causando el tiempo en el vigor y en la belleza, la penetración de su inteligencia y su sensibilidad en lo más sutil y profundo de los seres humanos, lo cual impide que

los personajes caigan en el estereotipo, en la generalización o en el lugar común. *La Marquesa* es un perfecto ejemplo tanto de las virtudes como de las debilidades que, finalmente, opacan y hunden a la protagonista de esta gran novela; además, recrea un pasado histórico y aunque apenas roza unos pocos acontecimientos de la "gran historia", Carrasquilla logra dar una visión crítica y real de un determinado ambiente social, de «algunas reminiscencias que no recoge la historia», y de hechos y personajes que si no fueron, habrían podido ser en ese mundo novelístico sólidamente estructurado por él, y hasta tal punto humano que alcanza la universalidad. En su "Homilía 2", Carrasquilla dice: «Por más que evolucionen los espíritus, no se puede descartar de las literaturas el estudio del medio, única modificación del hombre universal. La región, en este sentido, no es escuela, ni moda, ni uso; es una faz de la vida y del alma». Es interesante anotar que las descripciones de tradiciones y creencias, de celebraciones, fiestas y ceremonias de carácter folclórico que aparecen en *La Marquesa de Yolombó*, no le dan a la novela carácter costumbrista; son elementos que enriquecen la recreación del ambiente, ya sea familiar, del pueblo o de los mineros y que, además, están en estrecha relación con personajes y acontecimientos; muestran también lo más entrañable y auténtico de la región y el poderoso sincretismo cultural que se ha ido consolidando y enriqueciendo, a través de siglos de convivencia de razas cuyas características culturales se expresan a través de formas religiosas y supersticiones que han terminado por confundirse con un catolicismo ingenuo, compartido por señores, campesinos y esclavos: «Peregrina religión la de esa tierra! [...] Media población era africana, y, por más que fuese bautizada y metida en catolicismo, cada negro conservaba, por dentro y hasta por fuera, por transmisión o ancestralismo en creencias, mucha parte de las salvajes de sus mayores. Esta negrería, entreverada con españoles de entonces, más supersticiosos y fanáticos que cristianos genuinos, más de milagros que de ética, coincidía y empataba con los africanos y aborígenes en el dogma común del diablo y sus legiones de espíritus medrosos. De este empate vino una mezcolanza y un matalotaje, que nadie sabía qué era lo católico y romano ni qué lo bárbaro...»

Desde 1926, don Tomás comenzó a sufrir trastornos circulatorios; la parálisis lo inmovilizó y la ceguera fue aumentando gradualmente. Sin embargo, continuó las tertulias con los amigos que iban a visitarlo y dictó la trilogía *Hace tiempos* (compuesta por *Por aguas y pedrejones*, *Por cumbres y cañadas* y *Del campo a la ciudad*), que apareció entre 1935 y 1936. En *Hace tiempos*, Carrasquilla recogió lo que había observado y conservado en la memoria, y convirtió las experiencias más significativas de su vida, en su última gran obra literaria. En 1934, cuando ya estaba casi ciego, recuperó parcialmente la visión gracias a una operación, lo cual le permitió volver a leer y a escribir. En 1936 la Academia Colombiana de la Lengua le otorgó el Premio Nacional de Literatura y Ciencias José María Vergara y Vergara, por su novela *Hace tiempos*, y se le reconoció como el primer novelista colombiano. El 14 de diciembre de 1940 fue operado a causa de la gangrena. Murió el 19 de diciembre en Medellín, a la edad de 82 años, querido y respetado por las gentes de su tierra, donde pasó casi toda su vida. La obra de Carrasquilla no ha perdido validez. Es un vivo reflejo de la Antioquia de fines del siglo XIX y comienzos del XX que, sin embargo, ha trascendido lo local. La crítica más seria se ha ocupado de la obra narrativa de don Tomás y de los planteamientos teóricos en los campos de la crítica y la estilística, base de sus cuentos y novelas y de gran actualidad para la comprensión de lo que es la verdad en la obra literaria, del valor de lo local como punto de partida para que la obra alcance la universalidad y de la importancia de la utilización de un lenguaje que sea fiel a las formas expresivas propias de cada sector social, sin perder la elegancia, la claridad y la belleza propios de toda gran literatura [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 221-225; y tomo 5, Cultura, p. 172*].

HELENA IRIARTE

Bibliografía

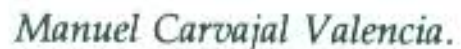
CARRASQUILLA, TOMÁS. *Obras completas*. Madrid, EPESA, 1952. LEVY, KURT L. *Vida y obras de Tomás Carrasquilla*. Medellín, Bedout, 1958. MENTON, SEYMOUR. *La novela colombiana: planetas y satélites*. Bogotá, Plaza y Janés, 1978. CURCIO ALTAMAR, ANTONIO. *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1957. SANÍN CANO, BALDOMERO. "Tomás Carrasquilla". En: *El oficio de lector*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, Nº 48, s.f.

CARVAJAL, FAMILIA

Familia de empresarios del Valle del Cauca, fundadores y directores de Carvajal S.A., una de las mayores empresas de la industria gráfica y editorial colombiana.

Carvajal Valencia, Manuel

Empresario caucano (Popayán, enero 29 de 1851 - Cali, marzo 16 de 1912). Hijo de Manuel Antonio Carvajal y Ana María Valencia, Manuel se educó en el Colegio Mayor de Popayán, donde estudió contabilidad, inglés, retórica, oratoria, geografía e ingeniería. Formó parte de la Escuela Literaria y fue colaborador de los periódicos *El Cauca*, *Los Principios*, *La Opinión* y *La Patria*. En 1872 ó 73 pasó una larga temporada en el Caquetá como agente comprador de una compañía de quina, y navegó por el Putumayo y el Amazonas hasta Belén del Pará, en Brasil. Regresó al Cauca, donde participó activamente en la guerra de 1876, y luego retornó al Caquetá. En 1879 se radicó en Cali y se casó con Micaela Borrero. De este matrimonio nacieron Alberto, Hernando, Manuel Antonio, Mario, Ana y Josefina. Establecido en Cali, su actividad fue diversa. Fue conjuez del Tribunal de Occidente; en 1885, vocal de la municipalidad de la provincia, y presidente de este cuerpo en 1887; consejero municipal del distrito de Cali y presidente del cabildo, de 1889 a 1892. En la guerra de 1885 fue nombrado jefe de las fuerzas de Dagua, que lograron restablecer el camino a Buenaventura. En 1895 fue secretario de Hacienda del Cauca. De 1897 a 1899 fue administrador del Ferrocarril del Pacífico. En la guerra de los Mil Días fue jefe del estado mayor de las divisiones IV y VI. Entre 1904 y 1911 fue rector del Colegio de Santa Librada, y luego pasó a la dirección general de Instrucción Pública del recién creado departamento del Valle del Cauca. Concurrió como diputado por el Cauca a la Asamblea Nacional, en 1905 y 1906. En 1904 decidió comprarles la imprenta a los dos socios con quienes había invertido años atrás. Fundó el periódico *El Día*, bajo la dirección de su hijo Alberto, y ofreció todo tipo de trabajo de imprenta bajo la razón social de Carvajal y Compañía. No obstante, los verdaderos administradores de la imprenta fueron sus hijos Alberto y Hernando. Murió en 1912. Su hijo Alberto Carvajal Borrero, nacido en 1882, también fue secretario

Manuel Carvajal Valencia.



Alberto Carvajal Borrero.



Hernando Carvajal Borrero.



Mario Carvajal Borrero.



Manuel Carvajal Sinisterra.



Adolfo Carvajal Quelquejeu.

de Educación del departamento del Valle, y vicerrector del Colegio de Santa Librada.

Carvajal Borrero, Hernando

Empresario caleño (1884-1939). Fue concejal del municipio de Cali y ejerció la presidencia del Concejo. Después de la muerte de su padre, asumió la dirección de la compañía, con la asesoría de sus hermanos. En la década del veinte, la compañía comenzó a diversificar sus actividades, e inició la fabricación de papelería. En 1927 importó su primera prensa *offset*, contaba con 39 trabajadores y había empezado la distribución exclusiva de los productos J.V. Mogollón y Compañía, de Cartagena. Cuando murió, en 1939, el manejo de la compañía fue asumido por su hermano Mario y su hijo Manuel, nacido del matrimonio con Eugenia Sinisterra. Posteriormente, su hermano Mario Carvajal Borrero (1896-1972), que había estudiado Filosofía y Letras en la Universidad del Rosario, en Bogotá, se separó definitivamente de la compañía para asumir el cargo de ministro de Educación durante el gobierno de Mariano Ospina Pérez. También fue rector del Colegio de Santa Librada y de la Universidad del Valle, y embajador en el Ecuador.

Carvajal Sinisterra, Manuel

Empresario caleño (1916-1971). Estudió en el colegio de los Hermanos Maristas en Cali y prosiguió sus estudios con los maristas en Bélgica, aprovechando que su tío Alberto Carvajal estaba radicado en ese país. No obstante, sus estudios se vieron cortados por la difícil situación que pasó la empresa durante la crisis de los años treinta, que obligó a regresar a Alberto con su familia y, por supuesto, a Manuel. Al final de su vida, la Universidad del Valle le otorgó el grado *Honoris causa*. Siempre dedicado al manejo de la empresa, sólo tuvo dos interrupciones: una para ser ministro de Minas, en el gobierno de Laureano Gómez, y otra para ser ministro de Comunicaciones de Carlos Lleras. Durante su administración, que duró hasta su muerte, en 1971, la empresa tuvo un enorme progreso. Se extendió a nivel nacional: en 1940 abrió almacén en Bogotá, con la compra de la Papelería Bogotá; en 1946 abrió la sucursal en Medellín, y en 1958, en Barranquilla; a partir de allí, llegó a tener una red nacional. También se siguió diversificando, incursionó en la impresión de cajas plegables y la fabricación de formas continuas. En la década del cincuenta inició la elaboración de los directorios; en 1958 se creó la filial de Publicar en Bogotá y posteriormente se establecieron más oficinas, tanto a nivel nacional como internacional. En los años sesenta, Carvajal inició la impresión de libros y revistas, bajo la creación de Editorial Norma, y continuando la especialización en artes gráficas, creó la división de valores para elaborar estampillas de correo, tiquetes aéreos, bonos, chequeras y loterías, entre otros. Creada la Fundación Carvajal en 1961, la familia decidió trasladar el 40% de sus acciones a esta fundación. En los primeros años, las actividades de la Fundación estuvieron circunscritas a las actividades de la arquidiócesis de Cali, centradas en programas de acción familiar y de salud, principalmente. Después del sorpresivo fallecimiento de Manuel en 1971, asumió la gerencia su hermano Jaime Carvajal Sinisterra. Nacido en 1920, Jaime era ingeniero civil de la Escuela de Minas de Medellín, y dirigió la compañía hasta 1979, desde cuando se le delegó la responsabilidad a su primo, Adolfo Carvajal Quelquejeu. Jaime murió en Cali, en 1992.

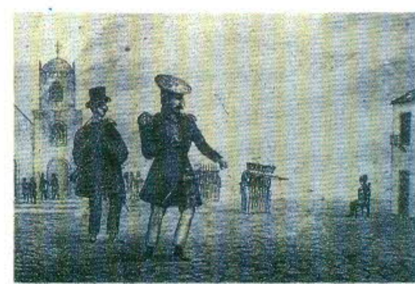
Carvajal Quelquejeu, Adolfo

Hijo de Mario Carvajal B. y Emma Quelquejeu, estudió artes gráficas en el Instituto de Rochester en 1954, e hizo un master en administración y finanzas en la Universidad de los Andes. Durante su administración y la de su primo, Jaime Carvajal Sinisterra, continuó la consolidación del mercado nacional y se conquistó el internacional. Se inició la producción de libros infantiles animados, en la cual Carvajal es líder a nivel mundial. Publicar estableció plantas en ocho países latinoamericanos, y la producción de formas continuas (FESA) lo hizo en cuatro. Se inició la producción y comercialización de muebles y equipos de oficina. El grupo editorial Norma se extendió por Latinoamérica y España. Por otra parte, se le dio un sentido más amplio a la Fundación Carvajal, creando y promoviendo el programa de microempresarios, líder a nivel nacional, como también programas en salud, educación, vivienda y comunicación, a través de la emisora.

BEATRIZ CASTRO C.

Casar de Molina, Carlos

Litógrafo y grabador español (ca. 1795-Santa Marta, julio 16 de 1848), activo en Colombia desde 1823. Como resultado de las gestiones del vicepresidente Francisco Antonio Zea ante los gobiernos europeos en Londres y París, y con aprobación del Congreso Nacional, en 1823 empezó a funcionar, adjunta al Museo Nacional, la primera litografía llegada al país; así lo describe Pedro María Ibáñez, en sus *Crónicas de Bogotá*: «En el Museo se estableció una litografía, arte nuevo en el país, dirigida por el español don Carlos Casar Molina, también enviado de Londres por el ministro Zea, con los útiles y aparatos necesarios para timbrar documentos oficiales y enseñar a algunos jóvenes tan importante y útil ramo de las artes industriales». En la escuela de litografía dirigida por Casar de Molina, varios jóvenes aprendieron el arte del grabado; entre ellos sobresalió el bogotano Justo Pastor Lozada. Casar de Molina hizo importar varias piedras litográficas, algunas de gran tamaño, con las cuales se imprimió, entre 1823 y 1830, toda la papelería oficial, los esqueletos de vales y diplomas para la logia masónica e, incluso, juegos de naipes. El establecimiento litográfico, propiedad del Estado, estuvo bajo la dirección de Casar de Molina hasta el 1 de agosto de 1825, fecha en la que venció el contrato. Puesta en arrendamiento, el mismo Casar de Molina la tomó por la suma de $ 400 pesos anuales, y empezó a ofrecer sus servicios: «Carlos Casar de Molina, director del establecimiento litográfico de esta capital, anuncia al público que desde mañana lunes 19 del corriente queda abierta su fábrica de naipes finos tanto antiguos como colombianos a precios muy equitativos. Las personas que gusten hacer algunas contratas sobre este artículo como se presenta actualmente, o bien con algunas mutaciones alusivas a los países a donde quieran dirigirlos, hablarán con el mismo director quien está pronto a servir al público y a cumplir religiosamente los contratos que celebre. Como circulan actualmente naipes de diferentes calidades y fábricas y, queriendo dicho director que los suyos se distingan de los extranjeros en algo más que en la calidad del cartón y viveza de los colores, anuncia al público que no saldrá naipe alguno de su fábrica sin llevar en el 4 de copas las letras M.U. en cifra», según aviso publicado en la *Gaceta de Colombia*, el 18 de diciembre de 1825. Al retirarse Casar de Molina de la dirección de la litografía, ésta desapareció y la mayoría de las herramientas de trabajo fueron robadas. Hacia 1833, la gobernación de Bogotá sacó a remate los utensilios restantes, guardados hasta entonces en las instalaciones del Museo Nacional. Algunas piedras terminaron sirviendo como aras en las iglesias, inclusive aquellas con dibujos de la logia; otras pasaron a ser propiedad de la Escuela de Bellas Artes de Bogotá, donde, con el tiempo, se les fraccionó. En 1830 Casar de Molina se trasladó a Cartagena y montó allí una litografía. En 1912, José P. Urueta, en *Cartagena y sus cercanías*, dice: «Los trabajos de este taller, que no subsistió, de los cuales tenemos muestra, no son acabados, pero sí revelaban un adelanto notable de sus operarios». La muestra a que se hace alusión, la conforman dos caricaturas elaboradas en 1834, dirigidas contra el gobierno del general Santander, basadas en dibujos de Manuel María Núñez, apodado "El Zambo". Estos libelos, titulados *Muerte del joven Angiano* y *El lechero o trabuco*, «se encuentran entre las primeras caricaturas de intención política publicadas en Colombia [...] Son ensayos de mérito artístico escaso, pero valiosos como documentos políticos, especialmente apreciables por provenir de una época iconográficamente pobre. El dibujo es rudimentario, las figuras muy simplificadas y curiosos los detalles. Muy pocos ejemplos se conservan de estas pruebas del discutible talento del litógrafo español», según Gabriel Giraldo Jaramillo [*Ver tomo 6, Arte, p. 99*].





"Muerte del joven Angiano"
y "El lechero o trabuco"
Litografías de Carlos Casar de Molina, Cartagena, 1834. Colección Boulton, Caracas.

MARTHA SEGURA

Bibliografía

Giraldo Jaramillo, Gabriel. *El grabado en Colombia*. Bogotá, ABC, 1960. Ibáñez, Pedro María. *Crónicas de Bogotá*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá, 1952.

Casas, José Joaquín

Escritor, político y educador boyacense (Chiquinquirá febrero 23 de 1866 - Bogotá, octubre 8 de 1951). José Joaquín Casas Castañeda es uno de aquellos personajes nacidos en las décadas del sesenta y el setenta del siglo XIX, a quienes les correspondió formarse en un ambiente agitado por las guerras civiles y la crisis nacional. Hijo del educador y político Jesús Casas Rojas, y de doña Clara Castañeda y Fajardo, José Joaquín Casas fue escritor fecundo, educador integral, político, estadista, magistrado, diplomático, académico, historiador, orador y un profundo humanista del nativismo colombiano. Fundador de la Academia Colombiana de Historia, de la Academia de Ciencias Físicas y Exactas, de la Academia de Educación, de la Academia Cervantina, de la Academia Caro y otras; Casas fue presidente de la Academia Colombiana de la Lengua y de la Academia Colombiana de Historia en varios períodos; ministro de Educación Nacional, de Relaciones Exteriores y de Guerra en el primer lustro del siglo XX; designado a la Presidencia de la República, senador y representante en el Congreso Nacional; magistrado y juez de la República, presidente del Consejo de Estado y, por esencia, escritor fecundo. Casas realizó los primeros estudios en su ciudad natal, en el Colegio Jesús, María y José que dirigía su padre. Allí recibió las influencias literarias del escritor tunjano Enrique Alvarez Bonilla. De su padre recibió la formación latinista, la cual consolidó cuando estudió en el Seminario de Bogotá, donde se formó entre los años 1880 a 1883; después pasó al colegio de Manuel María Camargo. Durante dos años estudió con los jesuitas, y entre 1888 y 1891

estudió Derecho en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde obtuvo el título de abogado. En los cuatro años siguientes ejerció la magistratura como juez del crimen y juez de circuito. En el último lustro del siglo XIX, Casas dirigió el Colegio de San Luis de Zipaquirá, restauró el Colegio de San Luis Gonzaga, fundó el Colegio El Salvador en Chía, y en Bogotá, el Liceo Pío X, que señala su afición docente. Recién egresado de la Facultad de Derecho, contrajo matrimonio con doña Margarita Manrique, en febrero de 1892. En esos años de juventud, manifestó su interés literario; se recuerda su célebre poema "Cristóbal Colón", publicado en 1892 en la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Ya desde 1888 había publicado otros poemas, señalando entre ellos "Canto a María", de elevada inspiración clásica y cristiana y los "Romances de Vieja Fabla". En las décadas del ochenta y el noventa, la familia Casas se convirtió en uno de los bastiones de la Regeneración en el Estado de Boyacá, desde Chiquinquirá. Su actividad política está relacionada con su ideología de acción: el conservatismo; de ahí su especial interés por lo hispánico, lo católico y lo bolivariano. El presidente José Manuel Marroquín lo nombró ministro de Instrucción Pública, cargo que desempeñó entre 1901 y 1903; también fue encargado por pocos días de los Ministerios de Guerra y Relaciones Exteriores. En el Ministerio de Instrucción Pública, Casas se preocupó por llevar a plenitud la reforma de la educación colombiana; mediante la ley 39 de octubre 26 de 1903, se organizó la educación y se estableció un sistema escolar y universitario, dividiendo la enseñanza oficial en primaria, secundaria, profesional, industrial y agrícola. Organizó la Exposición Anual de Enseñanza, clausuró escuelas y colegios que se habían convertido en cuarteles de guerra y en depósitos de víveres y municiones, y con el fin de organizar la documentación histórica existente en los archivos patrios y el ánimo de estimular la investigación histórica, fundó la Academia Colombiana de Historia, en el año 1902. En 1924 Casas fue elegido por el Congreso Nacional con el carácter de designado para ejercer la Presidencia de la República, y como tal tuvo la ocasión de presidir el Consejo de Estado. En este cargo estuvo hasta 1930, cuando partió hacia España en calidad de ministro plenipotenciario y enviado extraordinario ante la Corte peninsular. Frente a los sucesos revolucionarios de España, que llevaron a la guerra civil entre republicanos y falangistas, Casas regresó a Colombia, donde se dedicó a la actividad académica, en su condición de presidente de la Academia Colombiana de Historia, y como director de la Academia Colombiana de la Lengua.



José Joaquín Casas.
Oleo de Ricardo Acevedo Bernal, 1927.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

El humanista José Joaquín Casas fue un fecundo escritor. Ha sido considerado como el cantor de la tierra colombiana, el poeta de la patria chica y el poeta popular de mayor inspiración nativista. Publicó numerosas obras, entre ellas: *Crónicas de aldea*, *Los recuerdos de fiesta*, *Los cantos de la Patria Chica*, *Los poemas criollos*, *Las guayaberas*, *Poesías escogidas*, *Temas del Quijote*, *Escritos políticos*, *Cartas literarias* y otros. También se destacó como periodista. Sus numerosos escritos costumbristas incluyen temas diversos de la vida cotidiana de nuestros campos y aldeas, donde se encuentra la estructura de la cultura tradicional. A este fecundo escritor le gustaba describir las chozas pajizas, el canto melancólico de los montañeses, la torre parroquial, los campanarios, las casas viejas, los indígenas, los fundadores, aspectos diversos de la naturaleza, las romerías, la casa del cura, las costumbres parroquiales, escenas virgilianas, graciosas estampas de personajes de la vida aldeana, las gentes y sus actitudes, costumbres de los aldeanos y los campesinos. En sus descripciones, Casas expresaba sus propias emociones de admiración, alegría, recuerdos, melancolía y tristeza, y en sus reflexiones, una gran profundidad filosófica. En Casas también encontramos el anhelo de formar una conciencia nacional sobre la identidad y la autenticidad del pueblo colombiano: sus valores, su tipicidad, sus problemas, sus metas y, principalmente, su esencia y mentalidad colectiva, cuya fuerza encontró en las aldeas y campiñas de Colombia. El 19 de febrero de 1938, el Centro de Historia de Tunja le concedió la corona sublime de poeta; fue coronado en Tunja el 7 de agosto de 1939 en el Teatro Cultural. Los últimos años de su vida estuvieron consagrados plenamente a la vida académica y a la educación.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

GOBIERNO DE BOYACÁ. EXTENSIÓN CULTURAL. *Homenaje a José Joaquín Casas. En el primer centenario de su nacimiento*. Tunja, Imprenta del Departamento, 1966. OCAMPO LÓPEZ, JAVIER. *José Joaquín Casas. Su vida, obra y aporte a las letras, la educación y la cultura nacional*. Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica, 1992.

CASTELLANOS, JUAN DE

Cronista y poeta español (Alanís, Sevilla, marzo 9 de 1522 - Tunja, noviembre de 1606). Juan de Castellanos llegó a Puerto Rico con Juan de León, probablemente cuando tenía ocho años. Es posible que haya viajado en la nave de León, y con su familia, aunque sólo se tiene certeza de que venía con el niño Baltazar de León. Se supone que Castellanos trabajó como monaguillo en la iglesia metropolitana y aprovechó esos años para recibir instrucción con el obispo en latín, estudio de los clásicos y humanidades, lo que le sirvió más tarde en el sacerdocio. A los catorce años, se enroló en las filas del gobernador Antonio Sedeño, al mando del capitán Rodrigo Vega, para ir a pelear contra el conquistador Jerónimo Ortal en la Isla Trinidad, quien salió derrotado. Lo que quedó de su tropa adhirió a Sedeño y se dirigieron al Meta a atrapar indios para luego venderlos, negocio más rentable que ir en busca de El Dorado. Se hallaban en el río Tiznados, cuando murió Sedeño a causa

de yerbas que le dio Ana Francisca, su amante, en el mes de marzo de 1538. Castellanos siguió hacia el Meta con el resto de la compañía. En enero de 1539 regresaron. La tropa se había dividido en dos bandos, y en 1540 Castellanos llegó a Curazao, proveniente de Santo Domingo. En 1541 viajó a Nueva Cádiz, isla de Cubagua, desde donde incursionó en tierras de los caribes; emigró a la isla Margarita, cuando Cubagua quedó arrasada después de una tormenta. Volvió al Cabo de la Vela en enero de 1544. Se encontraba en Valledupar, bajo las órdenes del capitán Salguero, cuando el capitán Lorenzo Martín lo invitó, como asistente, a fundar la población de Tamalameque, en 1544. Fue a Cartagena y de allí al Cabo de la Vela en 1545, bajo el mando de Luis Pardo, con quien partió al río Guachaca como minero; luego fue a Santa Marta, en 1546, a realizar diligencias ante Miguel Díaz de Armendáriz, pues los vecinos de Santa Marta querían impedir los trabajos de minas. A principios de 1553, Castellanos se hallaba en Santa Marta y fue con Pedro de Ursúa a combatir a los tayronas. A fines de 1553 se encontraba en Santafé y de allí pasó a Cartagena. Un año después, Pedro de Heredia naufragó en las costas de Tarifa, y Castellanos relata cómo él mismo estuvo en los lloros que por él hicieron sus deudos. En 1555 se decidió, en Cartagena, por la vida religiosa. Hacia los cuarenta años de edad, se ordenó sacerdote, profesión que escogió por cansancio de la guerra. Celebró su primera misa cantada en la casa de Nuño de Castro, en Cartagena, donde fue cura de 1560 a 1561, y luego, tesorero del capítulo catedral. Más tarde fue beneficiado con la parroquia de Santiago de Tunja, donde sirvió 45 años. En 1585 Castellanos terminó de escribir su historia de Santa Marta, que concluía con la crónica de Lope de Orozco. A ésta siguió la de Cartagena, y así, cuando el corsario inglés Francis Drake ocupó la ciudad en abril de 1586, Castellanos se encontraba escribiendo su *Historia de Cartagena*, como se lo cuenta a su amigo Pérez de Arteaga.

En su obra famosa, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Castellanos narra los hechos de la Conquista, en 113 609 versos endecasílabos. Las *Elegías* están divididas en cuatro partes: la primera trata sobre los comienzos de la Conquista y de la Colonia; la segunda, sobre Venezuela, Cabo de la Vela y Santa Marta; la tercera, sobre



Juan de Castellanos.
Oleo de Ricardo Moros Urbina.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

Cartagena, Popayán, Antioquia y Chocó; y en la cuarta, que cuenta los hechos de la "Historia del Nuevo Reino de Granada", Castellanos narra la conquista de Bogotá, Tunja y Guane y habla sobre los gobiernos y gobernadores del reino. Comenzada en prosa, la obra fue concluida en verso. En sus escritos sobre Cartagena, Castellanos hizo un "Discurso del capitán Francisco Draque", que fue separado de la obra original por el Consejo de Indias, se encuentra en el Instituto de Valencia de Don Juan (Madrid) y fue publicado en 1921 por González Palencia. El censor de esta parte del texto fue Pedro Sarmiento de Gamboa, quien al leer el discurso de Drake lo vetó, posiblemente por ser una afrenta a la lucha de los españoles, porque en él aparecían flojos, cobardes y poco previsivos, lo que, evidentemente, no los dejaba bien parados ante el público. Cronista y poeta, soldado y clérigo, Castellanos luchó por el espíritu con las armas y con la pluma. En sus *Elegías*, así describió el Nuevo Reino de Granada:

Deste reino lo ceban otros ríos,
Por do, hasta llegar á sus confines,
Pueden desde la mar entrar navíos,
A lo menos remeros bergantines,
Las mayores distancias ó desvíos,
Hasta los indios dichos matachines,
E ya cierto patax hizo la prueba
Hasta cerca de Mérida la nueva.

De hoja de laurel es la hechura,
Ambas bandas así proporcionadas;
Va desaguando acia Cinosura,
Donde mezcla sus aguas con saladas:
Dentro tienen los indios su cultura
De casas fuertemente fabricadas
Sobre las barbacoas, con estantes
Hincados en las aguas circunstantes.

[*Ver tomo 4, Literatura, "Juan de Castellanos: cronista en verso", pp. 21-26 y 39-40*].

DIANA LUZ CEBALLOS GÓMEZ

Bibliografía

ALVAR, MANUEL. *Juan de Castellanos: tradición española y realidad americana*. Bogotá, Caro y Cuervo, 1972. ARCINIEGAS, GERMÁN. "Los cronistas". En: *Manual de literatura colombiana*, Vol. I. Bogotá, Planeta, 1988. CASTELLANOS, JUAN. *Historia de Cartagena*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 21. Bogotá, Ministerio de Educación, 1942. CASTELLANOS, JUAN. *Historia de la Gobernación de Antioquia y de la del Chocó*. Bogotá, Ministerio de Educación, 1942. CASTELLANOS, JUAN. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Presidencia de la República. Bogotá, ABC, 1955. "Datos autobiográficos y cronología de don Juan de Castellanos". *Boletín Cultural y bibliográfico*, Vol. IV, Nº 3 (marzo 1961), pp. 183-185; y Vol. V, Nº 1 (enero 1962), pp. 28-32. "Las fechas de Juan de Castellanos". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. IV, Nº 5 (abril 1961), pp. 260-264. MEO ZILIO, GIOVANNI. *Estudio sobre Juan de Castellanos*. Florencia, Valmartina, 1972. OSPINA, WILLIAM. "Poesía de la Conquista". En: *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá, Casa Silva, 1991. OTERO D'COSTA, ENRIQUE. *Comentos críticos sobre la fundación de Cartagena de Indias*. Bogotá, Banco Popular, 1983. ROMERO, MARIO GERMÁN. *Juan de Castellanos. Un examen de su vida y de su obra*. Bogotá, 1964.

CASTILLO, EDUARDO

Poeta nacido en Bogotá, el 5 de febrero de 1889, muerto en la misma ciudad, el 21 de junio de 1938. Hijo de Alejandro Castillo y Clementina Gálvez, Eduardo Castillo perteneció a la llamada segunda etapa del modernismo, o sea la correspondiente a los centenaristas, que tiene como sus mayores representantes a Castillo, Porfirio Barba-Jacob y José Eustasio Rivera, considerando que los poetas José Asunción Silva y Guillermo Valencia serían los dos hombres claves de la primera etapa del modernismo. Castillo fue un gran admirador de Valencia y un devoto de la poesía de José Asunción Silva. Es considerado el poeta lírico de esta generación, lla-



Eduardo Castillo.
Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

mada centenarista por ser la que surgió hacia 1910, cuando se celebró el primer centenario de la Independencia. Según Carlos Arturo Torres Pinzón, «el nombre de la generación del Centenario fue dado a un grupo de jóvenes que ayudaron a derrocar el gobierno del general Rafael Reyes y a llevar a buen efecto las reformas de 1910, y fue dado para significar una modalidad literaria, sin trascendencia ni finalidades ulteriores, una actitud espiritual alejada de toda lucha y de todo dogma, y que tendía a expresar en forma concreta el bullir lejano de una cultura espiritual alejada de toda lucha violenta. Historia, filosofía, literatura y crítica fueron cultivadas en esos años tratando de buscar el valor intrínseco de cada una, su pura expresión natural, sin tener para nada en cuenta las progresiones de ellas en el campo político o administrativo». Gran admirador de Guillermo Valencia, Castillo fue su secretario particular durante catorce años. Eduardo Castillo ha sido uno de los pocos casos de las letras de Hispanoamérica en que un escritor ha permanecido tan fiel a su vocación, ya que dedicó su vida a escribir poesía, ensayos y uno que otro artículo periodístico, oficio este último que le proporcionaba los medios económicos necesarios para vivir. Eduardo Castillo apareció en el panorama poético colombiano en los primeros años de este siglo, cuando poetas como Rubén Darío, Guillermo Valencia, Amado Nervo, Leopoldo Lugones, José Santos Chocano, Herrera Reissig eran los dioses mayores del modernismo. La verbalidad a ultranza, lo parnasiano, la brillantez preciosista, ejercían una influencia total sobre la generación de poetas que les siguió; pocos de entre ellos escaparon. Por esto tiene algo de asombroso el caso de Eduardo Castillo, quien supo eludir ese aire. Guillermo Valencia escribió sobre Castillo: «Dominaba algunas lenguas vivas y asistía diariamente al cenáculo de periodistas y poetas donde era acatado por su erudición pasmosa, su exquisito gusto y sus admirables poesías [...] No conozco una sola página de Castillo que no se distinga por lo pulcra y refinada. Su extremada sensibilidad, casi morbosa, tal vez fue factor determinante de la sutileza de matices en su creación artística».

Eduardo Castillo fue uno de los primeros poetas colombianos en pensar y escribir de manera muy concreta y brillante acerca del fenómeno de la creación poética, hecho que hace clara su posición modernista. En varios de sus poemas se refiere a la poesía misma. Fernando Charry Lara sostiene que este hecho se deriva de las lecturas de autores franceses, a quienes accedió desde muy joven y que influyeron mucho en su formación intelectual. Influyeron así mismo en su formación, los textos acerca de teoría poética de Edgar Allan Poe, autor muy de su predilección. En su poesía se ve claramente cómo se acerca permanentemente a un simbolismo no guiado por principios estéticos determinados de antemano, sino como él mismo lo dijera, por "la exaltación" del individualismo y la entera libertad para crear conforme a su propio carácter o temperamento. Emulando a Paul Verlaine, Castillo solicitaba de los artistas el «ser ellos mismos», se podría decir que combinaba su inspiración romántica con las libertades proclamadas por el modernismo. Según Charry Lara, «el modernismo inclinaba más a Castillo a las ambiciones simbolistas de aquella "precisión de lo impreciso", que a la impasibilidad de los parnasianos». Por esto podemos decir que poéticamente se acercaba más a Silva que a Valencia. Castillo fue uno de los mejores ejemplos de la fuerza musical inherente a la poesía, tanto en su forma externa como interna. «Para mí —decía— el verso es sobre todo imagen o emoción musicalizadas [...] Por eso seguramente los grandes poetas de mi dilección han sido poetas auditivos: un Lamartine, un Poe, etc.». A través de la música del lenguaje, quería llegar, como algunos de sus modelos, no sólo a la concordancia con el universo, sino aun al conocimiento de la realidad: «*Bajo esta noche azul, todas las cosas/ que ven mis ojos: la dormida fuente,/ los árboles amigos, y las rosas/ y el hechizo lunar, todas las cosas/ que ven mis ojos, me hablan de la ausente*». Su poesía es limpia, transparente, muy fina en la rima, y usó en ella tanto el alejandrino, como las cuartetas eneasílabas. Mirando el conjunto de sus poemas, podemos ver una variedad de ritmos, medidas y combinaciones de estrofas, sin los temas helénicos tan de moda entre los parnasianos y sin mayores innovaciones métricas. Según palabras de Charry Lara, «en las composiciones de Castillo quisiera dominar una estrecha fusión entre vida y poesía, lo que hace más visible la herencia romántica»; Baldomero Sanín Cano dijo que Castillo «dominó todo el cuerpo de la versificación española». En varios de sus poemas se ve una especie de entusiasmo irónico hacia la luna, herencia no solamente del lunario sentimental, sino del argentino Jules Laforgue, uno de sus autores preferidos: «*Y a lo lejos, en el campo/ embrujado por la luna,/ por la hécate triforme, se oyen voces ululantes,/ esa larga queja aguda/ de los perros cuando sienten/ la presencia de la Intrusa...*»

Los poemas de Eduardo Castillo, más que descriptivos o narrativos, se podrían llamar sugerentes; su lenguaje es simple, alejado de palabras rebuscadas y rimbombantes, son confidenciales, transparentes, límpidos, cristalinos. Podríamos decir que son sentimentales, buscando este significado en su versión modernista, afectivos. Hay en su poesía una búsqueda permanente de lo misterioso, de lo inexplicable en los seres humanos: «*El dolor es el alma de las cosas,/ y más sin son efímeras y bellas;/ quizá por eso nos parecen ellas/ tanto más tristes cuanto más hermosas./ Habitadas por almas misteriosas/ nos ocultan sus íntimas querellas,/ aunque sólo el dolor de las estrellas/ se puede comparar al de las rosas*». En su obra aparecen con frecuencia símbolos religiosos. Aguda nostalgia de lo religioso, que es entusiasmo por el candor franciscano, comprensión de la «íntima hermandad con las cosas», añoranza de la pureza infantil, pero también erotismo, amor en toda su fatalidad. Su catolicismo tuvo que aceptar que la revelación de lo desconocido la alcanzaba también el hombre en la dimensión de la poesía: «*San*

Francisco de Asís, el ermitaño,/ el ruiseñor celeste de la Umbría/ que con su acento melodioso hacía/ dormir al lobo en medio del rebaño,/ en la quietud de su reino huraño/ cerca de la Porciúncula, vio un día/ a una mujer; su boca sonreía/ roja y floral cual un clavel extraño./ Y el poeta del Agua, el Aire, el Fuego,/ roto sintió su místico sosiego por una tentación pecaminosa.../ Rebelde a la inquietud luciferina,/ arrojóse a un cardal, y cada espina/ bajo su cuerpo se tornó una rosa». Castillo dejó escritos textos sobre Poe, Silva, Gabriele D'Annunzio, Stefan Mallarmé, León de Greiff, Luis Carlos López, Leopoldo de la Rosa, Mauricio Maeterlink, Amado Nervo, José Umaña Bernal, Anatole France, Rubén Darío, Víctor Londoño, Aurelio Martínez Mutis, Delio Seravile y Rafael Maya, entre otros. De su obra crítica dijo Sanín Cano: «Puso a veces su razón y su conocimiento de las literaturas al servicio de la crítica. La ejerció con gusto firme, con una celosa percepción de los valores artísticos y en una prosa límpida capaz de grandes sugestiones y de verdades llenas de interés y de poesía. Fue su prosa leve, sencilla, extraña a la profusión, libre de inútiles adornos y como su poesía, iluminada a todo momento por la sonrisa apenas aparente de Nuestra Señora la Gracia».

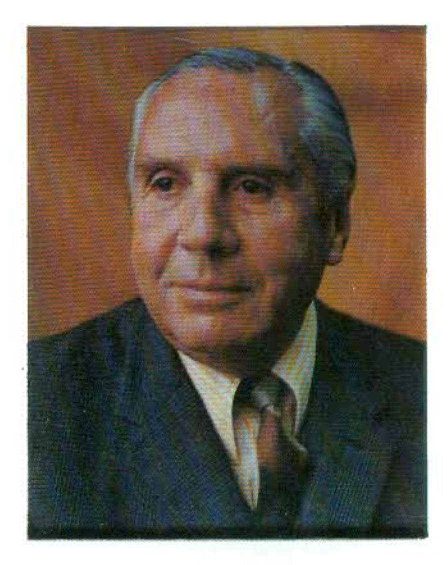
Eduardo Castillo trabajó en *El Nuevo Tiempo* haciendo selección de material para el suplemento, y tuvo a cargo la sección de "Páginas Históricas" que reunía obras francesas, de historia y biografías traducidas por él. En 1918 publicó su libro *Duelo lírico*, en compañía de Angel María Céspedes. Tradujo *La parábola del resucitado*, de Oscar Wilde, haciendo de ella una versión magnífica. Castillo hizo de las traducciones de Eugenio de Castro, de J.M. de Heredia, de Albert Samain, de Baudelaire, de Verlaine, de D'Annunzio, Wilde y Kipling, otras obras poéticas. En 1930 fue nombrado académico de la lengua y correspondiente de la Real Española. Ricardo Rendón, el caricaturista, hizo más de doscientas caricaturas de Castillo (anteojos negros, bastón amarillo con empuñadura de plata y capa española). En palabras de Octavio Amórtegui, Castillo era «alto, consumido, pálido hasta la lividez, los grandes ojos verdes fatigados de leer todos los libros, la nariz ahusada "como para husmear el misterio", y envuelto en su clásica capa, pasaba o, por mejor decir, deslizábase entre el asombro fervoroso de la vieja ciudad que le contaba con orgullo entre sus hijos dilectos [...] Desde muy joven, adolescente casi, sintióse asqueado de la realidad y de sus choques brutales. Quiso huir por dandismo de "esta vida tan cuotidiana" y buscóle un refugio a su espíritu en los opios nirvánicos de la belleza y del ensueño». Conocido como "El Papa Negro", Castillo murió a los 49 años, el 21 de junio de 1938, en la Clínica de Peña en Bogotá, víctima de la morfina. Después de *Duelo lírico* (1918), en 1920 apareció su poema "Desfile blanco", inicialmente conocido como "Desfile nupcial"; en 1921 escribió su "Réplica a Rivera" y "Guillermo Valencia íntimo"; en 1923 aparecieron sus textos "La coronación de Julio Flórez" y el poema "Visión prerrafaelita"; *El árbol que canta*, su libro más conocido, apareció en 1928; en 1934 publicó los poemas "La Tisana" y "Leticia" (dedicado a Leticia Velásquez); en 1935 publicó los poemas infantiles "La dulzaina" y "El grillo cautivo"; y en marzo de 1936 aparecieron sus últimos trabajos: el poema "Entre el cielo y el mar" y el ensayo "En torno a Delio Seravile". Su libro de poemas *Los siete carrizos* fue editado póstumamente [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 148-150*].

MARÍA ISABEL VARGAS ARANGO

Bibliografía

CASTILLO, EDUARDO. *Obra poética*. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1965. CASTILLO, EDUARDO. *El árbol que canta*. Compilación y prólogo, Fernando Charry Lara. Bogotá, Colcultura, 1982. LUQUE MUÑOZ, HENRY. *Eduardo Castillo*. Bogotá, Procultura, 1990. MAYA, RAFAEL. "Eduardo Castillo". En: *Obra crítica*, tomo II. Bogotá, Banco de la República, 1982.

CASTILLO GÓMEZ, ALFONSO



Alfonso Castillo Gómez.

Periodista nacido en Bogotá, en 1910, muerto en la misma ciudad, el 1 de febrero de 1982. Alfonso Castillo Gómez figura en la lista de los mejores periodistas de humor de Colombia de los últimos tiempos. Su obra, escrita en columnas que aparecían diariamente en *El Espectador*, *El Vespertino* y la revista *Diners*, cautivó a los lectores, que convirtieron en hábito buscar sus escritos en medio de los otros asuntos de la vida nacional. Bogotano y de familia tradicionalista, "lo bogotano" aparecería a lo largo de su obra como un ingrediente esencial. Su primera empresa periodística, siendo todavía muy joven, fue la publicación de *La Voz Infantil*, que no vivió mucho tiempo. A los 20 años presenció la caída del partido conservador por la división entre el general Alfredo Vázquez Cobo y el poeta Guillermo Valencia; el resurgimiento del partido liberal liderado por Alfonso López Pumarejo y Enrique Olaya Herrera; y el paso fugaz del Partido Republicano de Eduardo Santos y Carlos E. Restrepo por la política colombiana. La oposición entre el país parroquial de los años veinte, gobernado por el partido conservador y la Iglesia, y el país progresista de la Revolución en Marcha de López Pumarejo en los años treinta, influiría en las ideas políticas del joven Castillo. Era liberal, pero no podía desconocer la fuerza conservadora que se había enraizado en Colombia. Así lo transmitió en su libro *La Locolombia de Leovigildo*, en un capítulo titulado "Adiós a la política", en el cual su personaje Leovigildo termina afirmando: «En este país solamente hay dos colectividades políticas tradicionales: el partido conservador y el partido conservador». Esta sátira bien podría resumir su pensamiento sobre los partidos políticos colombianos, a cuyos líderes pudo tratar por igual. El personaje de Leovigildo, joven iluso y arribista que quería ser abogado y figurar en política, pero apenas cuenta con un título de contador de una escuela de comercio, encierra algunos rasgos biográficos de Castillo Gómez. Casado con la dama cartagenera Rosa Valiente, con quien tuvo a su hija Rosario, después enviudó. Vivió un tiempo en Cartagena,

donde conoció entre otros, a Ernesto Carlos Martelo, con quien fundó años después la revista *Diners*. Se volvió a casar con Teresa Escobar y tuvo tres hijos: Alfonso, Guillermo y Carolina. Castillo empezó como reportero, pero pronto llegó a la posición de columnista gracias a su habilidad para el humor, adquirida en las tertulias bogotanas de las que fue asiduo. El propósito de Gabriel Cano cuando lo llamó a escribir una columna en 1948, fue consolidar el periodismo de humor, que para él era la mejor forma de llegar al lector cada mañana. Además, Castillo Gómez llegaba a *El Espectador* a llenar el vacío que había dejado otra figura del género: Lucas Caballero Calderón "Klim", que pasó a *El Tiempo* en 1942. Castillo Gómez escribió desde entonces su columna "Coctelera" y posteriormente "Alkanotas", diariamente, hasta que murió en 1982. En *El Vespertino*, periódico de las tardes editado por *El Espectador* entre 1964 y 1980, publicó "La noche que llega". En 1963 participó en la fundación, con otros periodistas y personalidades, del Diners Club de Colombia y la *Revista Diners*. A partir de ese año empezó a aparecer en *Diners* su columna "La Curul". Escribió hasta tres columnas por día durante mucho tiempo. En 1971, cuando apareció el libro *Alkanotas*, recopilando sus mejores columnas de esa época, el prologuista Enrique Caballero escribió: «Castillo es la sonrisa de Bogotá». En 1972 apareció *Coctelera: Diccionario zurdo*, y en 1975, *La Locolombia de Leovigildo*.

El humor de Castillo Gómez era el rescate de las conversaciones diarias, de las noticias curiosas de los periódicos, de las costumbres ridículas de los bogotanos, etc., pero rara vez surgió de la crítica a los personajes públicos. Aunque ejerció la crítica, no se recuerda un escándalo de prensa causado por Alfonso Castillo Gómez. Al contrario, mantuvo buenas relaciones con los presidentes de la República y las figuras políticas que conoció. Fue notoria su amistad con Guillermo León Valencia, de quien recibió la Cruz de Boyacá en 1965, con Misael Pastrana (fundó el Diners Club de Colombia a su lado) y con Belisario Betancur. Cuando murió, el presidente Julio César Turbay Ayala destacó en su mensaje de condolencia, cómo Castillo se había distinguido siempre por su ingenio y caballerosidad. De él se dijo que quienes nunca lo habían tratado se habían perdido lo mejor: su conversación y su sencillez. Además de su trabajo periodístico, Castillo tuvo otros oficios: fue relacionista público, ejecutivo de la Philips de Colombia, empleado de la Tropical Oil Company en Barrancabermeja y, en un breve período, cónsul de Colombia en Nueva Orleans. Sin embargo, la otra actividad diferente a escribir por la que más se le recuerda, es la de haber sido presidente del Círculo de Periodistas de Bogotá (CPB) en nueve oportunidades. Fue gracias a su gestión que se construyó la última sede en que funciona esa entidad. Justamente antes de morir de un infarto, el 1 de febrero de 1982, estuvo calificando en su lecho de la Clínica Shaio (a donde había ingresado por urgencias dos días antes), los trabajos que concursaban por los premios que el CPB otorga todos los años el 9 de febrero (día del periodista en Colombia) a los mejores de cada género.

RAFAEL GARRIDO LOPERA

Bibliografía

CASTILLO GÓMEZ, ALFONSO. *Alkanotas*. Bogotá, Populibro, 1971. CASTILLO GÓMEZ, ALFONSO. *La Locolombia de Leovigildo*. Bogotá, Litoformas de Colombia, 1975. SAMPER PIZANO, DANIEL. "Alfonso Castillo Gómez". *Diners*, Nº 144 (marzo 1982).

CASTILLO Y GUEVARA, FRANCISCA JOSEFA DE

Monja clarisa, escritora mística, nacida en Tunja, probablemente el 6 de octubre («día del bienaventurado San Bruno») de 1671, muerta en la misma ciudad, en 1742, se ignora el día preciso. Hija legítima del licenciado jurista don Francisco Ventura de Castillo y Toledo, oriundo de la villa de Illescas, circunscripción del arzobispado de Toledo, en Castilla la Nueva, y de doña María Guevara Niño y Rojas, natural de Tunja, pero de origen vasco, Francisca Josefa de Castillo Toledo Guevara Niño y Rojas provenía de una hidalga, acomodada y piadosa familia, temerosa de Dios. Don Francisco vino al Nuevo Reino con el cargo de teniente de corregidor de la ciudad de Tunja y alcalde mayor de minas, nombrado por el rey; cargo del cual se posesionó el 5 de junio de 1661. Hombre de lecturas, de afable condición y humanitario, dadivoso y austero, Francisca Josefa era su hija predilecta. Doña María, por su parte, era una mujer de probada humildad y paciencia ejemplar, y fue quien se encargó de la educación de Francisca Josefa. La menor de cuatro hijos (según otras versiones, la quinta de nueve hijos), sus hermanos fueron: Pedro Antonio Diego, encomendero de Paipa; Catalina, casada con el gobernador José de Enciso y Cárdenas; y otra hermana de nombre desconocido, casada con un señor de apellido Camacho. Francisca Josefa nació de un parto difícil, durante el cual el padre jesuita Diego Solano auxilió a su madre. Inmediatamente después, el padre Solano bautizó a la niña, «con los nombres de mi padre San Francisco y San José», probablemente en la parroquia de Las Nieves, aunque no se ha encontrado la partida de bautismo. La niña, de complexión endeble y enfermiza, estuvo a punto de morir cuando tenía 15 ó 20 días de nacida. La curó un tío sacerdote, quien posteriormente fue el único miembro de su familia que no se opuso a su entrada al convento. En su autobiografía, Francisca Josefa cuenta que, siendo aún niña, «se le dio el don de lágrimas [...] Decían que cuando apenas podía andar, me escondía a llorar lágrimas [...] tuve siempre una grande y como natural inclinación al retiro y soledad; tanto que, desde que me puedo acordar, siempre huía la conversación y compañía, aun de mis padres y hermanos». Así, desde la infancia se manifiesta en Francisca Josefa esa profunda melancolía que la caracterizó durante su vida; igualmente, desde sus primeros años aparece, rodeada de importancia, la figura de los sacerdotes que la orientarán siempre. Francisca Josefa aprendió los rudimentos de la lectura y la escritura con su madre, y después continuó su aprendizaje por cuenta propia. Doña María solía leerles a sus hijos los libros de Santa Teresa de Jesús, que causaron gran impresión en la imaginación de Francisca. Cuando la madre enfermó, Francisca se aficionó a la lectura de comedias y novelas, que después llamó «peste de almas». También aprendió a tocar el órgano. Cuando tenía 12 años, un pariente la requirió en amores y despertó en ella el interés por la vida mundana; pero ante la desaprobación de su padre, Francisca Josefa se llenó de culpa y arrepentimiento, y comenzó a practicar terribles penitencias. En sus años de juventud, ella fue, a veces, una joven graciosa y elegante, cortejada por diferentes pretendientes, y otras veces, una joven

penitente, asaltada por sueños y visiones aterradoras. A los 14 años, recibió el sacramento de la confirmación, apadrinada por el padre jesuita Pedro Calderón, rector del colegio de la Compañía de Jesús en Tunja. Retirada en la casa de campo de su familia, se dedicó a leer los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola y un libro de oración «llamado Molina», seguramente los *Ejercicios espirituales de las excelencias, provecho y necesidad de la oración mental...*, del padre Antonio de Molina. Durante esta época, el padre Calderón, su confesor entre 1688 y 1689, intercedió ante el padre de Francisca Josefa para que, cuando viniera a la ciudad, le permitiera salir a oir misa y comulgar. Por estos años, se avivó en Francisca el deseo de hacerse monja, pero no sin experimentar, al mismo tiempo, un gran sentimiento de repulsión, alimentado especialmente por la oposición de su familia. Finalmente, al cumplir los 18 años, en 1689, ingresó al Real Convento de Santa Clara, de Tunja, el primero de religiosas en la Nueva Granada, fundado en 1572 por Francisco Salguero, encomendero de Mongua, casado con doña Juana Macías de Figueroa, tía transbisabuela de Francisca Josefa. Cuatro meses más tarde murió su padre, acontecimiento que ella presintió mientras hacía retiros espirituales.

En el convento, Francisca Josefa encontró un ambiente envenenado, «fue en busca de paz —dice Antonio Gómez Restrepo— y halló ruda contradicción». Seglaras y novicias la maltrataban e insultaban y la acusaban de haber introducido al convento el demonio de la discordia; reinaba allí la envidia y la malevolencia, el chisme y el desprecio. Sus compañeras no podían entender la excitación interior e intelectual de Francisca Josefa, la consideraban loca y endemoniada, y la miraban con desconfianza. Por otra parte, a su ingreso al convento Francisca Josefa padeció una terrible miseria; llegó a comer flores para mitigar el hambre y tuvo que mendigar la hospitalidad de una monja que la dejó quedarse en su celda. Por este tiempo, recibió el beneficio de entender el latín, aunque no lo sabía ni leer bien; esto le abrió las puertas de la Biblia, que llegó a ser, en palabras de Gómez Restrepo, «no una de sus obras predilectas, sino su libro único y por excelencia; libro que iluminó su corazón, dirigió su voluntad, puso en actividad sus facultades de escritora



Francisca Josefa de Castillo y Guevara. Oleo de autor anónimo del siglo XVIII. Museo de Arte Religioso, Bogotá.

y formó su estilo, enriqueciéndolo con inmenso caudal de expresiones, símiles e imágenes». Respecto a su conocimiento infuso del latín, anota Gómez Restrepo: «Si prescindimos de la explicación sobrenatural, siempre tendremos que reconocer un milagro de inteligencia de la monja que supo aprovechar los escasos elementos que dentro del monasterio podía hallar para el aprendizaje de la lengua de los libros santos, y con el aguijón del deseo, llegó en poco tiempo a dominarla». En 1691 Francisca Josefa inició su período de novicia, prolongado irregularmente hasta el 23 de septiembre de 1694, cuando, a la edad de 23 años, hizo su profesión de monja, con el nombre de Francisca Josefa de la Concepción. Este mismo año, su confesor entre 1690 y 1695, el padre Francisco de Herrera, le mandó que escribiera los sentimientos que el señor le inspiraba; así nacieron los *Afectos espirituales*. Por este tiempo, Francisca Josefa compró su propia celda, que tenía una tribuna con vista sobre la capilla y, por el otro lado, daba sobre un huerto con árboles frutales y pajaritos. La madre Francisca Josefa de Castillo se desempeñó como sacristana, portera, enfermera, maestra de novicias, escucha, secretaria y gradera. Tres veces fue electa abadesa: en 1716, 1729 y 1738 (según otras fuentes, fue cuatro veces abadesa: en 1715, 1718, 1729 y 1738), siempre en medio de acalorados debates que involucraban tanto a las monjas del convento como a los vecinos de la ciudad. Por lo demás, su mundo, en palabras de uno de sus más consagrados estudiosos, Darío Achury Valenzuela, era una tela «de sus sueños y ensueños, de sus visiones y deliquios, de sus dolencias y consuelos, de sus raptos y evasiones; tenue tela a cuya trasluz se columbran, sobre un fondo de bronca realidad, los menudos episodios de su vida de claustro: reprensiones de abadesas, chismes de recoletas, desquites de prioras, hablillas de profesas, denuestos de torneras, consejas de criadas, lesbianos susurros de "amistades particulares", reprimendas de confesores, que en vano intentan poner paz en aquel mundillo revuelto de hábitos y tocas, de birretes y sobrepellices; y por donde en la alta noche, se escurrían demonios, trasgos y duendes, conturbando los castos sueños de la tropa monjil». Todo esto entreverado con «una accidentada historia clínica de desmayos, angustias, sobresaltos, alergias, psicosis, afecciones cardíacas, mareos, trasudores nocturnos, cefalalgias, desarreglos gástricos, viruelas, peste, paroxismos».

La Madre Castillo sólo encontraba consuelo en la lectura y en la escritura, y en sus confesores, quienes la guiaban, la animaban, le proporcionaban literatura mística y revisaban sus "papeles", como ella llamaba a sus escritos, para certificar que eran de inspiración divina y no provenían del maligno. En 1696, la Madre Castillo entró en un período de «supensiones, deliquios y enajenamientos», que se prolongó hasta 1710. Su vida era una sucesión de raptos místicos, seguidos de dolores corporales y de un agotamiento general. En 1699, con licencia del arzobispo fray Ignacio de Urbina, llevó al convento a su madre ciega y paralítica, lo que le atrajo nuevas críticas y envidias; dos años después, su madre murió. Por este tiempo, leyó la vida de la florentina Santa María Magdalena de Pazzis, con quien se identificó. También quiso trasladarse al convento del Carmen, para seguir una regla más austera, pero sus confesores la disuadieron. En 1716, la Madre Castillo terminó la primera parte de sus *Afectos espiritua-*

les y, posiblemente, inició la redacción del relato autobiográfico que tituló *Su vida*. Como abadesa, y con la ayuda de su hermano, quien se hizo cargo de la Sindicatura, logró sacar de la quiebra el convento. En 1724 reanudó la redacción de los *Afectos*. Hacia 1738 Catalina, su hermana viuda, como antes su madre, entró al convento y allí murió, después de una dolorosa enfermedad que duró cuatro meses; su muerte le fue anunciada a la Madre Castillo, tres días antes.

De sus últimos años, queda una carta, fechada en 1741, en la cual la Madre Castillo le pedía al vicario del convento, don Francisco Caycedo y Aguilar, permiso para conservar el producto de la renta de su herencia paterna, para usarlo en «alguna cosa para la sacristía que sea conveniente y decente». Con la autorización del vicario la Madre Castillo terminó gastanto este dinero en la fabricación de una custodia, encargada a Nicolás de Burgos, orfebre de Santafé, conocida hoy como la Custodia de los Andes y propiedad del Banco de la República. Además, quedan algunas cartas de sus entrañables confesores, quienes se sucedieron en la labor de aconsejar y apoyar a esta "monja del cielo", como la llamó el padre Diego de Moya, su último confesor; y a quienes debemos, en buena parte, la sobrevivencia de los "papeles" que Francisca Josefa quiso en múltiples ocasiones quemar, asaltada por la duda sobre la inspiración divina o maléfica de ellos, o por la certeza de su aridez espiritual. La Madre Castillo murió en 1742, a la edad de 71 años, asistida por el padre Diego de Moya. Este prelado predicó en sus funerales (lo que ella había pronosticado dos años antes), certificó la autenticidad de sus escritos y dio testimonio de que su cuerpo fue encontrado incorrupto al año de enterrada.

En cuanto a su obra, la Madre Castillo dejó un relato autobiográfico, *Su vida*; 196 composiciones en prosa, los *Afectos espirituales*, escritos a lo largo de su vida; unos pocos poemas y otros escritos breves. Según María Teresa Cristina, «tanto en la *Vida* como en los *Afectos* la religiosa explaya prolijamente sus prácticas ascéticas y sus experiencias místicas que la llevan desde la "noche oscura" poblada de visiones terroríficas, de toda clase de tormentos corporales (enfermedades, dolores, desmayos) y de tribulaciones, a través de los diferentes grados de la vía purificativa, en línea ascendente, por la vía iluminativa hasta lo más alto de la contemplación, hasta la unión transformante en que el alma desasida de todo sólo desea a Dios. Ambas obras presentan intensas experiencias psicológicas acompañadas de fenómenos extraordinarios y sobrenaturales; el estilo busca entonces hacer sensible la rica experiencia interior, traducir un estado anímico en movimiento, continuamente fluctuante: surgen las series de imágenes y metáforas, el yo ahonda en sí mismo, se desdobla en apelaciones, advertencias, entabla diálogo con su alma y con Cristo [...] Los *Afectos* constituyen su biografía espiritual [...] especie de diario íntimo en que la monja intenta expresar su atormentada interioridad [...] jalonados de citas bíblicas, no son con frecuencia sino paráfrasis y amplificaciones de los textos sagrados». La Madre Castillo escribió en lo que tuvo a mano: sobres, libros de cuentas del convento y hasta un libro viejo de cuentas de su cuñado, el gobernador José Enciso, conocido por esta razón como *Cuaderno de Enciso*. Sus manuscritos originales se conservaron en el convento de Santa Clara, en Tunja, hasta 1813, cuando fueron entregados a su sobrino Antonio María del Castillo y Alarcón. Después de comprobar la autenticidad de estos escritos, el sobrino hizo tres copias, una de las cuales presentó a la autoridad eclesiástica para su autorización. El arzobispo Manuel José Mosquera y el provisor general del Arzobispado de Santafé de Bogotá, presbítero Antonio Herrán, concedieron 120 días de indulgencia a la lectura de cada Afecto y 100 días más por cada cuarto de hora que se le dedicara. Más tarde, en 1817, Castillo imprimió en Filadelfia, en las prensas de T.H. Palmer, la primera edición de la *Vida* de la Madre Castillo. En 1843 editó la primera parte de los *Afectos*, bajo el título de *Sentimientos espirituales*, en la imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros. Sólo hasta 1942 se volvieron a editar la *Vida* y la primera parte de los *Afectos*, y se hizo la primera edición de la segunda parte de éstos. Los manuscritos originales se conservan hoy en la Biblioteca Luis Angel Arango.

En 1940 ocurrió un simpático incidente: Antonio Gómez Restrepo reprodujo en su *Historia de la literatura colombiana*, entre otras poesías de la Madre Castillo, tres poesías tomadas de una de las tres copias de las obras completas que el sobrino había hecho en 1816. En julio de 1941, en la revista *Abside* de México, en un artículo titulado "Un libro de Gómez Restrepo y una triple restitución de Sor Juana Inés de la Cruz", el crítico Alfonso Méndez Plancarte demostraba que estos tres textos eran de autoría de Sor Juana, probablemente adaptados y transcritos por la Madre Castillo en las páginas de su *Cuaderno de Enciso*. En cuanto a la apreciación de la obra de la Madre Castillo, José María Vergara y Vergara, en su *Historia de la literatura de la Nueva Granada* (1867), la llamó «el escritor más notable que poseemos». Casi un siglo después, Antonio Gómez Restrepo la incluyó entre los cuatro escritores de primer orden que produjo la América española durante la Colonia, al lado de Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz y el Inca Garcilaso de la Vega. Sin embargo, la obra y la persona de la Madre Castillo permanecen en la sombra dentro de nuestras letras. Según Elisa Mújica, una de las estudiosas de la Madre Castillo, «habría que concluir que la displicencia en torno a una personalidad semejante, de lo que nace quizá es de la impermeabilidad ambiental al tema de la mística». En todo caso, en palabras de Daniel Samper Ortega, «puede proclamarse sin errar que, santa o histérica, ninguna mujer americana tuvo un alma tan sensible, tan elevada y rica, tan capaz de convertir en realidad para sí misma lo que soñaba, si acaso todo aquello no pasó de ser un sueño, un sueño que llenó toda una vida", que la Madre Francisca Josefa de Castillo y Guevara. [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 51-54*].

PATRICIA TORRES LONDOÑO

Bibliografía

CASTILLO Y GUEVARA, FRANCISCA JOSEFA. *Obras completas*, 2 tomos. Introducción, notas e índices, Darío Achury Valenzuela. Bogotá, Banco de la República, 1968. CRISTINA, MARÍA TERESA. "La prosa ascético-mística de Sor Francisca Josefa del Castillo". En: *Manual de historia de Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1982, tomo I, pp. 559-566. GÓMEZ RESTREPO, ANTONIO. "La Madre Castillo". En: *Historia de la literatura colombiana*. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1954, tomo 2, pp. 50-126. MUJICA, ELISA. *Sor Francisca Josefa de Castillo*. Bogotá, Procultura, 1991. VELEZ DE PIEDRAHITA, ROCIO. "La Madre Castillo". En: *Manual de literatura colombiana*. Bogotá, Procultura-Planeta, 1988, tomo I, pp. 101-141.

CASTILLO Y RADA, JOSÉ MARÍA DEL

Presidente de la Primera República granadina, nacido en Cartagena de Indias el 20 de diciembre de 1776, muerto en Bogotá, el 5 de junio de 1833. En el proceso histórico de la revolución de independencia de Colombia, José María Eusebio Carlos del Rosario del Castillo y Rada tuvo un importante papel en la organización del sistema económico y fiscal del naciente Estado. Su padre era un militar español que fue jefe del batallón *Fijo*, el cuerpo más importante de las milicias en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada; su madre era hija de los condes de Alicante. Por ello, su educación fue muy selecta, propia de la aristocracia cartagenera; allí aprendió sus primeras letras e hizo sus estudios secundarios. Huérfano de padre y madre a los diez años, sus familiares lo enviaron a Santafé de Bogotá, donde vistió la beca en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Allí realizó sus estudios de latinidad y humanidades, y en la antigua Universidad de Santo Tomás cursó los estudios de filosofía y jurisprudencia durante ocho años, después de los cuales obtuvo el doctorado en Derecho Civil. En 1802 fue recibido oficialmente como abogado por la Real Audiencia de Santafé de Bogotá, y luego, en los Reales Consejos y Audiencias de todas las Indias. Castillo y Rada ejerció su profesión con éxito en la década siguiente. Después de terminar sus estudios, se trasladó a Cartagena, donde recibió notables influencias en los temas de su predilección: la política, la filosofía y la economía. Participó en las tertulias que se hacían en la residencia de José María del Real, en las cuales se discutían las obras de Rousseau y Voltaire. En la misma forma, influyeron las ideas económicas de Antonio Narváez y La Torre y José Ignacio de Pombo, quienes en sus informes dieron a conocer la situación económica de la Provincia de Cartagena. Narváez consideraba el librecambismo como un camino seguro para impulsar el desarrollo económico de la Nueva Granada; por su parte, José Ignacio de Pombo planteaba la necesidad de acabar con el sistema tributario colonial, y recomendaba los estudios geográficos y económicos en el país. En Santafé de Bogotá, Castillo y Rada ejerció la cátedra de filosofía en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y luego la de Derecho Civil, por renuncia aceptada al prócer Camilo Torres en 1809. Entre los años 1809 y 1811 participó en los movimientos revolucionarios que culminaron en la Declaración de Independencia Absoluta de Cartagena, el 11 de noviembre de 1811, en la cual desempeñó un importante papel. En 1812, Castillo y Rada fue elegido diputado por las provincias de Tunja y Mariquita ante el Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. Fue decisivo para la reconciliación entre los centralistas y los federalistas. Desempeñó con lucimiento la gobernación de la entonces llamada República de Tunja, que aprobó su independencia absoluta el 10 de diciembre de 1813; el acta fue sancionada el 19 de diciembre por el gobernador Castillo y Rada. En 1814 se asoció con el prócer José Fernández Madrid, con quien redactó el periódico *Argos de la Nueva Granada*.



José María del Castillo y Rada. Oleo de Constancio Franco. Museo Nacional, Bogotá.

José María del Castillo y Rada hizo parte del primer triunvirato de la Nueva Granada, en condición de suplente, junto con los próceres José Joaquín Camacho y José Fernández Madrid. Este triunvirato interino se instaló el 5 de octubre de 1814 y gobernó hasta enero de 1815, cuando entró a presidirlo Custodio García Rovira. Durante el régimen del terror, Castillo fue sentenciado a muerte por el pacificador Pablo Morillo, y fue encerrado en el edificio del Colegio Mayor del Rosario. Sin embargo, numerosas mujeres santafereñas intervinieron ante Morillo para que se le otorgara el indulto. Con la influencia del jefe peninsular Carlos Tolrá, se le conmutó la pena de muerte por la del presidio en Omoa. Sin embargo, Castillo y Rada fue confinado en Panamá durante un año y luego fue trasladado a Cartagena de Indias, donde permaneció hasta julio de 1820, sufriendo su condena en trabajos forzados. Fue liberado por las tropas del general Mariano Montilla, que llegaron como libertadores a la Ciudad Heroica. Castillo y Rada participó en el Congreso de Cúcuta en 1821, en representación de las provincias de Neiva, Pamplona y Cartagena. Cuando el Precursor Antonio Nariño renunció al cargo de vicepresidente de Colombia, Castillo fue designado para reemplazarlo en su carácter de interino. Posteriormente, cuando fueron nombrados el Libertador Simón Bolívar como presidente de Colombia y el general Francisco de Paula Santander como vicepresidente, el nuevo gobierno encomendó la cartera de Hacienda a Castillo y Rada. Le correspondió la organización económica de la Gran Colombia; fue el primer hacendista en la historia nacional. Propuso la contribución directa y la eliminación de todos los privilegios que tenía la Iglesia católica en el poder y en la economía. Se propuso eliminar la gran mayoría de los impuestos coloniales y, sobre todo, las trabas que impedían el progreso de la industria y el comercio en la Gran Colombia. Para el fortalecimiento de la economía consideró muy importante la iniciativa privada, pues ella lleva a la producción de grandes riquezas. Estos son los primeros planteamientos sobre la importancia del librecambismo o apertura económica con el interés privado. Sus ideas económicas están consignadas en sus *Memorias de Hacienda 1823-1826-1827*, que son el primer documento oficial de la economía grancolombiana. Castillo y Rada fue diputado a la Convención de Ocaña en 1828, elegido por las provincias de Cartagena y Mariquita. Nombrado presidente de la Convención de Ocaña en el primer período de sesiones, se manifestó partidario de las ideas bolivarianas de orden y poder ejecutivo fuerte para poder gobernar al país. Encabezó la minoría bolivariana que se retiró de la Convención, la cual precipitó la disolución de la Gran Colombia. Castillo y Rada se manifestó partidario de la monarquía

para Colombia, sin embargo, el Libertador no aceptó las propuestas monárquicas. Sus últimos años los dedicó a la formación de las jóvenes generaciones republicanas en el Colegio Mayor del Rosario, donde inició su vida pública. Siendo rector del histórico claustro, murió.

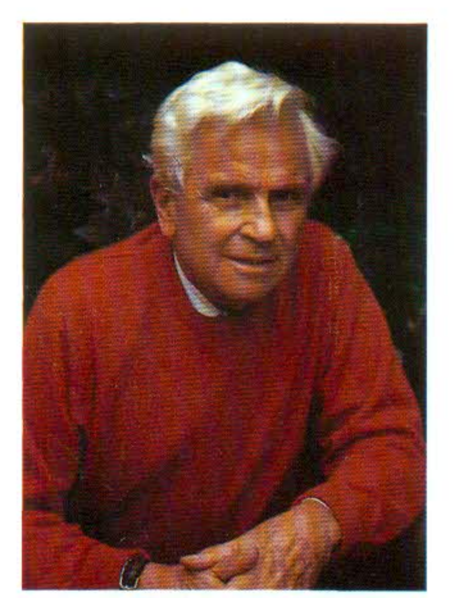
JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

CRUZ SANTOS, ABEL. *Castillo y Rada, hacendista y hombre de Estado.* Bogotá, 1969. LECOMTE LUNA, ALVARO. *Castillo y Rada, el grancolombiano.* Bogotá, Caro y Cuervo, 1977. RODRÍGUEZ PIÑERES, EDUARDO. *La vida de Castillo y Rada.* Bogotá, 1949.

CASTRO, DICKEN

Arquitecto y diseñador gráfico antioqueño (Medellín, 1922). Dicken Castro se graduó como arquitecto en la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá. Realizó estudios de postgrado en arquitectura en la Universidad de Oregon-Eugene, Estados Unidos, y allí mismo trabajó como profesor asistente. Se estableció por varios años en la ciudad de Seattle, Washington, y trabajó como profesor en la Universidad. También se desempeñó como arquitecto diseñador en Nueva York. Siempre preocupado por el espacio urbano, decidió estudiar planificación urbana en el Bouwcentrum de Rotterdam, Holanda, y se incorporó a la oficina de Planificación de La Haya. Cuando regresó a Colombia, ingresó a la Universidad Nacional en calidad de profesor de la Facultad de Bellas Artes y de la Facultad de Arquitectura. En esta última participó en la escenografía de la obra *Galileo Galilei*, del grupo de teatro de Bellas Artes. Ha sido uno de los primeros arquitectos que, con bases sólidas, incursionó desde los cincuentas en el campo del diseño gráfico. Suyos son los símbolos y logotipos de Proexpo, Colsubsidio, el XXXIX Congreso Eucarístico Internacional, Camacho Roldán y Compañía, la Conferencia Episcopal Latinoamericana de 1979, y muchos otros. Castro se acercó a la cerámica precolombiana y al diseño textil y gráfico, estudiando la utilización de los rodillos y los sellos; estos estudios culminaron con una exposición en 1976, en el Centro Colombo Americano. También la identidad de diversas expresiones populares ha sido tema de su interés, especialmente la decoración de los buses-escalera y los murales de casas y fachadas en los pueblos. En 1980 fue invitado a la Exposición Internacional en la Escuela de Bellas Artes de París, donde pintó un mural, y cinco líneas de buses de esa ciudad fueron decorados al estilo colombiano con los motivos que expuso en el Primer Salón OP Gráficas en el Museo de Arte Moderno de Bogotá. En el campo de la arquitectura, Dicken Castro fue uno de los primeros en utilizar el ladrillo a la vista en el diseño de interiores y en los muros de sus edificaciones. Ocupa una gran posición en el ámbito latinoamericano. Castro consideró importante involucrar en la arquitectura regional los elementos que producía la región. Su estudio sobre la guadua, que se remonta a los años cuarenta, fue divulgado en Estados Unidos y Europa, pues sólo en Latinoamérica su uso es básicamente estructural, en especial en los terrenos escarpados. El libro fue publicado después de dos años de haber realizado una exposición gráfica en la II Bienal de Arquitectura de Colombia, exhibida más tarde en las Universidades de Sevilla, Barcelona y Madrid. Entre sus proyectos arquitectónicos podemos mencionar: teatro y refugio infantil del Club Los Lagartos (1955), mercado de Paloquemao (1960), plaza de mercado del barrio Restrepo (1967), centro de exposiciones y bodegas de Alpopular en Ipiales (1976), y muchas obras particulares. Otro campo profesional en el que Castro se ha desarrollado es la fotografía, con especial énfasis en la conservación y preservación de la memoria visual de todo aquello que se podía reproducir mecánicamente. Este interés lo llevó a promover la creación del gabinete de artes gráficas del Museo Nacional, siendo miembro de la junta consultora del Museo. Su primera exposición se realizó en la Biblioteca Nacional, donde, según Ignacio Gómez Jaramillo, «demuestra no sólo una exquisita individualidad sino que, como arquitecto, se acerca e incorpora al tradicional triángulo plástico (arquitectura, pintura y escultura) en forma sencilla y extraordinaria». En 1957 realizó una exposición de acuarelas en el Museo La Tertulia de Cali. En 1970 gran parte de sus diseños fueron exhibidos en la Biblioteca Luis Angel Arango, bajo el nombre *Símbolos*, En 1976 realizó la exposición *Diseñadores precolombinos*, en el Centro Colombo Americano. Parte de su obra ha sido expuesta en Guatemala, Checoeslovaquia, Polonia e Irlanda. En 1977 participó en la exposición *Tres arquitectos y artistas*, de la galería de la Sociedad Colombiana de Arquitectos, con una serie de acuarelas y crayones; y en 1988, en la Galería Deimos, en la colectiva *Los artistas diseñan*. Dicken Castro completa ya casi 45 años dedicados al diseño gráfico, a la arquitectura y a la restauración, lo mismo que a su labor docente en la Fundación Universidad Jorge Tadeo Lozano.



Dicken Castro.
Fotografía de Ernesto Monsalve.

GILMA RODRÍGUEZ URIBE

Bibliografía

CASTRO, DICKEN. *La guadua.* Edición bilingüe. Bogotá, Banco de la República, 1966. CASTRO, DICKEN. *Forma viva: el oficio del diseño.* Bogotá, Escala Fondo Editorial, s.f. GIRALDO, HERNANDO. "Lo 'chic' y lo 'in' del diseño gráfico". *El Espectador*, noviembre 6 de 1983. GÓMEZ JARAMILLO, IGNACIO. "Un arquitecto pintor". *El Tiempo*, junio 8 de 1955.

CASTRO Y ARCAYA, MANUEL BENITO DE

Estadista y político criollo nacido en Santafé de Bogotá, el 21 de enero de 1751, muerto allí mismo, en febrero de 1826. Durante la campaña de Antonio Nariño para enfrentar en Tunja a los federalistas, capitaneados por Antonio Baraya, Nariño fue reemplazado por los consejeros de Estado Manuel Benito de Castro y Luis de Ayala,



Manuel Benito de Castro.
Casa Museo 20 de Julio, Bogotá.

del 25 de junio al 5 de agosto de 1812. Posteriormente, al ser aceptada por el Senado la renuncia de Nariño a la Presidencia de Cundinamarca, para contribuir a consolidar la paz entre centralistas y federalistas, entró nuevamente Manuel Benito de Castro a ejercer el poder ejecutivo, el 20 de agosto de 1812, en su calidad de primer consejero de Estado. Castro y Arcaya era oriundo de Santafé, su padre era el noble español Manuel B. de Castro, contador de la Casa de la Moneda de la capital. Ejerció la medicina y era conocido benefactor de viudas, huérfanos e indigentes; sus contemporáneos lo llamaban padre Manuel, por haber sido novicio jesuita. Era un personaje singular, el historiador José Manuel Groot lo describe así: «Hombre de genio raro, nunca entró en modas; vestía en 1812 como en 1767: casaca redonda, chaleco largo, pantalón corto de terciopelo con charreteras, media blanca, zapato puntiagudo de oreja y grandes hebillas de plata, capa larga de grana colorada con aleta galoneada y sombrero de tres picos con escarapela colorada. Su figura era noble [...] de más de sesenta años, muy afeitado siempre y muy aseado, aunque empolvadas las narices y la gola con el tabaco sevillano; peinado de coleta y bucles con polvos de almidón sobre las sienes; de unas costumbres las más puras y austeras». Siendo presidente, le correspondió recibir la intimación que hizo Baraya al gobierno y al pueblo de Santafé. Entregó el poder ejecutivo cuando una parte de los miembros de la representación nacional resolvió que Nariño ejerciera la Presidencia, investido de las calidades de dictador, para hacer frente a Baraya, el 12 de septiembre de 1812. Fue perseguido y condenado al destierro por Morillo, murió a los setenta y cinco años de edad.

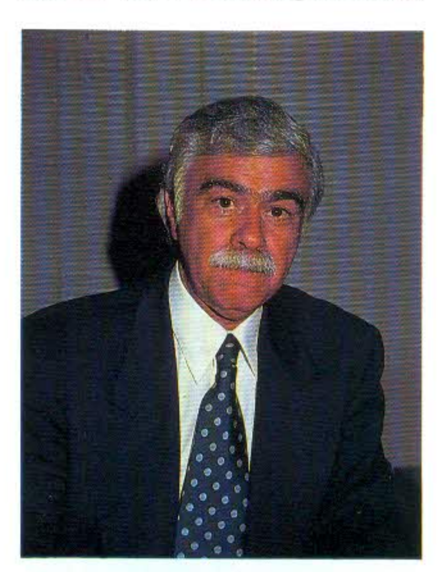
MAGDALA VELÁSQUEZ TORO

Bibliografía

ARIZMENDI POSADA, IGNACIO. *Presidentes de Colombia, 1810-1990.* Bogotá, Planeta, 1989.

CASTRO CAYCEDO, GERMÁN

Periodista y escritor nacido en Zipaquirá, el 3 de marzo de 1940. Bachiller del Gimnasio Germán Peña de Bogotá, Germán Castro Caycedo cursó un año de Antropología en la Universidad Nacional de Bogotá. En 1962 fue nombrado corresponsal taurino de la revista *El ruedo* de Madrid. En 1966 fue redactor del diario *La República* de Bogotá. En 1967 ingresó al periódico *El Tiempo* como redactor, y allí permaneció durante diez años, sobresaliendo como reportero y cronista. En 1976 se vinculó a la programadora de televisión RTI, donde dirigió durante 16 años el programa *Enviado Especial*, primer espacio periodístico de la televisión colombiana en sacar las cámaras de los estudios para realizar un periodismo de profundidad y denuncia, razón por la cual llegó a ocupar el primer lugar dentro de su género en la televisión nacional. Durante el ejercicio de su actividad profesional,



Germán Castro Caycedo.
Fotografía de Ernesto Monsalve.

Castro Caycedo ha obtenido diez premios nacionales de periodismo y cuatro en el exterior, como el SIP-Mergenthaler, otorgado por la Sociedad Interamericana de Prensa, y el gran premio para testimonio de la bienal de televisión de Berlín Prix Futura. En 1992 Castro Caycedo cambió el nombre de su programa *Enviado Especial* por el de *Temas y tomas* para la programadora RTI, y dirigió el noticiero de Radio Santafé. Paralelamente, Castro Caycedo ha escrito libros testimoniales sobre la realidad colombiana, como *Colombia amarga* (1976), del que se han vendido más de 300 mil copias en 57 ediciones; *Perdido en el Amazonas* (1978), *Del ELN al M-19, once años de lucha guerrillera* (1980), *Mi alma se la dejo al diablo* (1982), *El Karina* (1985), *El hueco* (1989), *El cachalandrán amarillo* (1989), *El Hurakán* (1991) y *La bruja* (1994). Algunos de ellos han sido traducidos al francés, al griego y al húngaro.

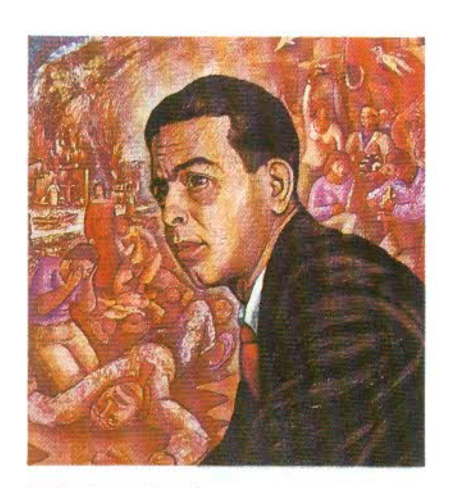
LUZ STELLA TOCANCIPÁ

Bibliografía

ARISTIZÁBAL, LUIS H. y MANOLO NIETO. "Germán Castro Caycedo, del periodismo a la literatura". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXVII, Nº 24-25 (1990), pp. 13-33.

CASTRO SAAVEDRA, CARLOS

Poeta y prosista antioqueño (Medellín, agosto 10 de 1924 - abril 3 de 1989). Carlos Castro Saavedra estudió en el colegio San Ignacio de Medellín y en el liceo de la Universidad de Antioquia. Desde muy joven escribió poesías que eran publicadas en los diarios y revistas de la ciudad. Sus primeros libros fueron *Fusiles y luceros*, en 1946, *Mi llanto y Manolete*, en 1947, y *33 poemas*, en 1949. Vendrían luego otros 17 libros de poemas. Castro Saavedra consolidó la poesía nacional de alto vuelo en Colombia, su obra está inspirada en la línea de Pablo Neruda. Gran cantor del dolor humano, el amor, la insatisfacción, la patria y la naturaleza. Sus versos, repletos de clamor y de sonido, captan la esencia de la vida problemática del hombre en su cotidianidad. Es un bardo de mucha fecundidad, autor de una obra muy bordada y de abundante léxico. Con el poema "Mensaje de América" obtuvo un premio en Berlín, y años más tarde le granjearía a nivel nacional, el Premio Germán Saldarriaga del Valle. El gran recono-



Carlos Castro Saavedra. Dibujo de Alipio Jaramillo, en portada de "Semana".

cimiento a su obra se dio con el homenaje nacional que el gobierno le rindió. El acto tuvo lugar en la Biblioteca Pública Piloto, el 23 de abril de 1986. Se exaltó entonces el gran aporte que hizo a la literatura colombiana. Castro es el poeta de la violencia, recrea la muerte, pero para dejar que fluya la voz de la esperanza hacia una vida mejor. Siguió un camino opuesto al de sus compañeros de generación, quienes saturaron sus obras de temas metafísicos, mientras que Castro se volvió hacia la realidad social en búsqueda de una literatura nacional. Además de la gran producción en verso, escribió diez libros de prosa poética. A ello debe añadirse las incursiones en el teatro y en los cuentos para niños. Sus obras en prosa tienen un contenido hermoso y de sabor poético. En ellas la claridad y la sencillez son extraordinarias, lo que hace que un mayor número de personas tengan acceso a su obra. En sus poemas de amor aparece como un lírico espléndido, y cuidó que en sus composiciones siempre estuviera presente la delicadeza, la melodía y el color. En 1954 publicó su primera antología personal de poesía denominada *Selección poética*. En 1962 apareció la segunda con el nombre de *Obra selecta* y en 1974, *Poemas escogidos*.

Carlos Saavedra fue colaborador de varios periódicos con columnas tituladas, en *El Tiempo*, "Zona Verde"; en *El Colombiano*, "La voz del viento", la cual continuó en *El Mundo*; y en *El Diario*, "Luminaria". Murió en Medellín, el 3 de bril de 1989. Los hijos crearon a su muerte la fundación Carlos Castro Saavedra para la promoción de la literatura. Castro Saavedra dejó una obra prolífica; como dramaturgo escribió *Historia de un jaulero* (1960) y *El trapecista de vestido rojo*. Como cuentista, *80 cuentos infantiles*. Su cuento *El Librero* fue laureado con el premio Liceo Antioqueño en 1943; y publicó *Jugando con el gato* en 1986. Fue muy grande su producción de libros de poemas: *Fusiles y luceros*, publicado en 1946, *Mi llanto y Manolete* en 1947, *33 poemas* en 1949, *Los ríos navegados* y *Camino de la patria* en 1951, *Música en la calle* en 1952, *Despierta joven América* y *Escrito en el infierno* en 1953, *El buque de los enamorados*, *Humo sobre la fiesta*, *Sonetos del amor y de la muerte* en 1959, *Toda la vida es lunes* en 1963, *Aquí nacen caminos* en 1964, *Caminos y montañas* en 1966, *Reciente paraíso*, *Hojas de la patria*, *Canciones para labriegos* y *Canciones infantiles* en 1969. También publicó, *Breve antología*, *Poesías*, *El sol trabaja los domingos* en 1972, *Donde canta la rana*, *Los mejores versos*, *Una victoria y una canción*, *Las jaulas abiertas* en 1982, *Oda a Colombia* en 1987 y *Poesía rescatada* en 1988. Otras obras de Carlos Castro Saavedra son: *Elogio de los oficios* (1961), *Cosas elementales* (1965), *Elogio de la Ingeniería* (1966), *Cartilla popular* (1969), *El libro de los niños* (1980), *Cuadros de historia*, *Pedro Nel Gómez y sus frescos*, *Tierra habitable*, *Adán y Eva*, *Adán ceniza* (Premio Jorge Isaacs, Cali 1982), *Agua viva* (1988) y *Matrimonio de gatos* (1988), algunas de ellas todavía inéditas [*Ver tomo 4, Literatura, p. 266*].

LUIS CARLOS MOLINA

Bibliografía

"Carlos Castro Saavedra, el poeta de la voz del viento". *El Colombiano Dominical*, Medellín, mayo 23 de 1993, pp. 8-10. DÍAZ GRANADOS, JOSÉ LUIS. "La palabra total de Carlos Castro Saavedra". *Consigna*, Nº 348 (Bogotá, agosto 15 de 1988), p. 43. "García Márquez habla de Castro Saavedra". *Contrastes*, Nº 104 (Cali, noviembre 7 de 1982), pp. 8-10.

CASTRO SILVA, JOSÉ VICENTE

Eclesiástico, educador y escritor, nacido en Bogotá, el 1 de marzo de 1885, muerto en la misma ciudad, el 28 de marzo de 1968. Digno sucesor de monseñor Rafael María Carrasquilla, monseñor José Vicente Castro Silva supo colocar al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, a lo largo de sus 38 años de rectoría, entre los principales centros educativos del continente americano. Hijo de Vicente Castro Amado y Eufrosina Silva, estudió en Bogotá en el colegio de los Hermanos Cristianos, y después en el Seminario Conciliar. Viajó a Roma, donde recibió la ordenación presbiterial, el 18 de abril de 1908, de manos del cardenal Pietro Respighi, en la Basílica de San Juan de Letrán. Ese mismo año se graduó de doctor en Derecho y licenciado en Filosofía en la Universidad Gregoriana. A su regreso a Bogotá fue nombrado capellán de los Talleres de San Vicente y, posteriormente, del Orfelinato del Niño Jesús de Praga, dirigido por las hermanas de la Presentación. Fue profesor y vicerrector del Seminario desde 1912 hasta 1916. Como secretario general del I Congreso Eucarístico Nacional de 1913, presidido por el arzobispo Bernardo Herrera Restrepo, coordinó con éxito todos los eventos del mismo. Desempeñó una fecunda labor periodística en el diario *La República*, y fue nombrado por el arzobispo Herrera director de *El Catolicismo*, en agosto de 1919, cargo que ocupó hasta junio del año siguiente. Canónigo de la catedral por bula de la Dataría Apostólica del 16 de diciembre de 1921 y tesorero de la Sede Primada por nombramiento del papa Pío XI, el 17 de octubre de 1931, mon-



José Vicente Castro Silva. Oleo de Ricardo Gómez Campuzano, 1955. Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá.

señor Castro Silva donó las piedras preciosas que adornan la custodia de la Catedral. El 14 de junio de 1930, tras la muerte de monseñor Rafael María Carrasquilla, fue elegido rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Desde este cargo, que ocupó hasta su muerte, monseñor Castro Silva consolidó la obra de sus antecesores, engrandeciendo el Colegio como institución, abriendo nuevas facultades e impartiendo inolvidables lecciones de filosofía, con las que influyó notablemente en varias generaciones de colombianos; también restauró el claustro y la Capilla de la Bordadita. Por nombramiento pontificio del 9 de junio de 1937, fue hecho protonotario apostólico del arzobispo Ismael Perdomo. Fue arcediano entre 1938 y 1939. Sus oraciones fúnebres de Gonzalo Jiménez de Quesada (con ocasión del IV centenario de la Fundación de Bogotá) y del Libertador (pronunciada en la catedral en el centenario de su muerte), entre otras, mostraron a los bogotanos un orador excelso, digno sucesor, también en este campo, de monseñor Carrasquilla. Así lo describe monseñor José Restrepo Posada: «Brilló monseñor Castro Silva en forma especial en el género de la oratoria y, sobre todo, en el de la oratoria sagrada. A una sorprendente facilidad de palabra, se unían en él la corrección de estilo, la elegancia de la dicción, la elevación del pensamiento, la viveza de la acción y el entusiasmo, que salido de lo más íntimo de su alma, cautivaba maravillosamente a los oyentes, llegando el caso en que el auditorio, dominado por la emoción, aún dentro del recinto de la catedral, prorrumpiera en aplausos». Designado miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua, el 16 de noviembre de 1934, su "Prólogo de Don Quijote", con el que se recibió, es una pieza clave entre los discursos académicos. A él, como latinista, se debe la inscripción grabada en la puerta del Seminario de Bogotá: «*Initium sapientiae timor Domini, intellectus bonus omnibus facientibus eum*», la del cerro de Guadalupe y muchos espléndidos epígrafes. Autor de los libros *Nociones de Derecho Eclesiástico*, *La tristeza de Bolívar*, *Monseñor Carrasquilla, orador sagrado* y *Discursos y sermones*, entre otros, también escribió innumerables artículos en periódicos y revistas, frecuentemente en la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, bajo el seudónimo Luis Soracta. Amante de la historia, son dignos de recordarse sus artículos "Erección del Arzobispado de Santa Fe en el Nuevo Reino de Granada", "Para la historia de la Veracruz", "Del gobierno eclesiástico de Santa Fe de Bogotá" y las narraciones históricas "Bochica hijo de la Atlántida" y "La leyenda del Templo del Sol", entre otras. Monseñor José Vicente Castro Silva falleció a los 83 años, y está sepultado en la capilla del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

JUAN DAVID GIRALDO

Bibliografía

CASTRO SILVA, JOSÉ VICENTE. *Obras selectas*. Bogotá, 1985. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Cabildo Eclesiástico de Bogotá*. Bogotá, Kelly, 1971.



Domingo Caycedo y Sanz de Santamaría. Casa de Nariño, Bogotá.

CAYCEDO, DOMINGO

Militar y estadista encargado de la Presidencia de Colombia en varias ocasiones, nacido en Santafé de Bogotá el 4 de agosto de 1783, muerto en la hacienda Puente Aranda, en las cercanías de Bogotá, el 1 de julio de 1843. Domingo de Caycedo y Sanz de Santamaría es reconocido por su actividad republicana, que fue decisiva para la consolidación de la Nueva Granada después de la desintegración de la Gran Colombia. Realizó estudios de Derecho en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde se graduó. En esta institución laboró como docente y alcanzó el cargo de vicerrector. Sin embargo, siempre manifestó su interés por las actividades políticas y militares. En 1808, durante la crisis de España provocada por la invasión napoleónica, Caycedo entró a formar parte de las tropas españolas. A órdenes del general Salas, asistió al combate de la Barrosa; así mismo, asistió como suplente a las Cortes de Cádiz, donde actuó como secretario en algunas sesiones. Con motivo de los hechos revolucionarios ocurridos en Santafé el 20 de julio de 1810, e impulsado por la fuerza independentista en Hispanoamérica, Caycedo regresó a su patria y entró a formar parte de los ejércitos patriotas. Colaboró con el Precursor Antonio Nariño, fue miembro del Consejo de su gobierno en 1812, diputado al Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada en 1815 y participó en diversas campañas. Estuvo en Tunja en la lucha entre centralistas y federalistas, donde recibió el título de teniente coronel; tomó parte en la Campaña del Sur, y estuvo en las batallas de la Cuchilla del Tambo y La Plata. Fue hecho prisionero por los realistas y condenado a muerte, pero escapó gracias a la intervención con las autoridades españolas, de su suegro y de su esposa, y al pago de dinero. Se le impuso la pena de abstención de acciones bélicas, por lo cual se retiró a su hacienda de Saldaña, donde permaneció oculto hasta el 7 de agosto de 1819. Casado con doña Juana Jurado y Bertendona, hija del oidor Juan Jurado y Laínez y de doña Concepción Bertendona, sus hijos fueron: Francisco Javier, María del Carmen, Domingo, Juan, Clemencia, Manuel y María Josefa Caycedo.

Después de la culminación de la independencia y la consolidación de la Gran Colombia, Caycedo colaboró en la gobernación de la Provincia de Neiva. También asistió oficialmente al Congreso Nacional, entre los años 1823 y 1827. En el último año fue ascendido a general de brigada. El año 1828 fue de crisis nacional, reflejada en la Convención de Ocaña y en los enfrentamientos entre bolivianos y santanderistas. Domingo Caycedo hizo parte del grupo boliviano, en apoyo de las ideas del Libertador Simón Bolívar. En 1829, el Libertador presidente lo nombró secretario del Interior y de Relaciones Exteriores; así mismo, lo nombró presidente del Consejo de Estado. En marzo de 1830, el general Caycedo asumió la Presidencia interinamente, mientras el Libertador buscaba alivio en la quinta de Fucha. Cuando el Libertador presidente presentó su renuncia irrevo-

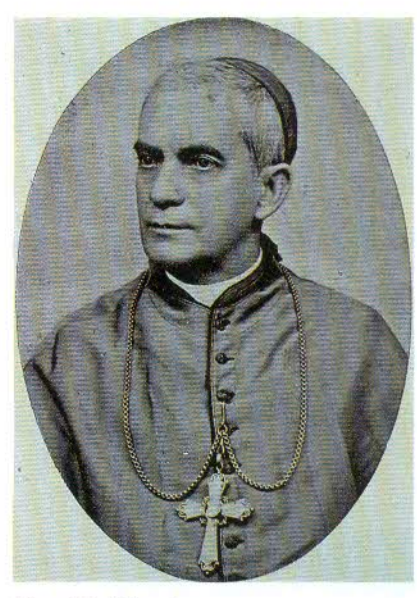
cable, el Congreso Nacional nombró presidente a Joaquín Mosquera, y vicepresidente al general Domingo Caycedo. Por ausencia de Mosquera, el vicepresidente Caycedo ejerció la Presidencia en varias oportunidades: desde el 4 de mayo hasta el 13 de junio de 1830, desde el 2 de agosto hasta el 17 del mismo mes, y días después, reasumió el mando presidencial hasta el 27 de agosto. Sin embargo, en razón de los problemas causados por los enfrentamientos entre los santanderistas y los partidarios del Libertador Simón Bolívar, y, en especial, debido a la sublevación del batallón *Callao*, compuesto en su mayoría por oficiales y soldados venezolanos, el presidente Mosquera y el vicepresidente Caycedo decidieron renunciar al gobierno, el 4 de septiembre de 1830. Ante el vacío de poder, el general venezolano Rafael Urdaneta asumió el mando de la nación, el 5 de septiembre de 1830. Mosquera salió del país a mediados de octubre y Caycedo se retiró a su hacienda de Saldaña; no obstante, en diversas regiones del país se inició una lucha contra la dictadura del general Rafael Urdaneta, que llevó al vicepresidente legítimo, general Domingo Caycedo, a concentrar un movimiento político contra la dictadura y a reasumir el mando el 14 de abril de 1831, en la población de Purificación. Caycedo y Urdaneta se entrevistaron en Juntas de Apulo, cerca a Tocaima, y el 28 de abril de 1831 firmaron un convenio por el cual ofrecían recíproca colaboración para la moderación en los enfrentamientos y decidían apoyar un solo gobierno hasta la época de la Convención. El general Urdaneta se retiró del poder y de las actividades públicas y militares de la Gran Colombia y regresó a su tierra. El 3 de mayo de 1831 el general Caycedo fue de nuevo encargado de la Presidencia, y conformó su gabinete. El gobierno convocó a una convención, instalada el 20 de octubre de 1831, que aprobó la Constitución Política de 1832 y conformó el Estado de la Nueva Granada. El presidente Caycedo renunció y la Convención nombró al general Francisco de Paula Santander como presidente y al general José María Obando como vicepresidente. Durante su gobierno, el general Caycedo había rehabilitado en sus grados y honores al general Santander. En el gobierno del presidente José Ignacio de Márquez, 1837-1841, el general Caycedo fue nombrado secretario (ministro) de Hacienda y le correspondió reemplazar al presidente Márquez en seis ocasiones diferentes por retiros temporales. Así, entre los años 1830 y 1842, el general Domingo Caycedo, en calidad de vicepresidente o de ministro, estuvo al frente de los destinos de la Nueva Granada en once ocasiones. Siempre se recuerda su acción política por el alto espíritu cívico y patriota en la consolidación nacional del Estado de la Nueva Granada [*Ver tomo 1, Historia, p. 308; tomo 2, "El Estado de la Nueva Granada (1832-1840)", pp. 309-334; y tomo 7, Instituciones, p. 182*].

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

Archivo epistolar del general Domingo Caycedo, 3 Vols. Bogotá, Editorial Cromos, 1943-1947. HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO. "Elogio del general Domingo Caycedo Santamaría". *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, Vol. XXXVIII, Nº 371-372 (Bogotá, junio-julio 1943), pp. 161-180 (en el primer centenario de su muerte). "Homenaje a la memoria del general Domingo Caycedo". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XXX, Nº 346 (Bogotá, agosto 1943), pp. 719-735. RUEDA VARGAS, TOMÁS. "Domingo Caycedo". En: *Escritos*. Bogotá, Antares, 1963, pp. 185-188.

CAYCEDO, MANUEL JOSÉ



Manuel José Caycedo.

Eclesiástico, arzobispo de Medellín, nacido en Bogotá en 1851, muerto en Medellín en 1937. Los asuntos religiosos de la arquidiócesis de Medellín, durante los primeros treinta años de este siglo, estuvieron dirigidos por un hombre que dejó una profunda huella en la historia política, social y cultural de Antioquia: monseñor Manuel José Caycedo. Hijo de Fernando Caycedo Camacho y Aquilina Martínez de Pinillos, inició sus estudios en el Liceo de la Infancia en 1861. Tres años después su padre lo envió con su hermano a adelantar estudios en el Colegio de la Compañía de Jesús en Quito. De férrea formación católica, don Fernando Caycedo se vio obligado a buscar la educación de sus hijos en otras tierras, pues el deterioro de las relaciones Iglesia-Estado en Colombia hacía imposible la educación con religiosos. En 1868 los Caycedo regresaron al país, y Manuel José realizó estudios complementarios en el colegio de Ricardo Carrasquilla. Austero en sus costumbres, Manuel José Caycedo ingresó desde temprana edad a la Juventud Católica, asociación que reunía a los jóvenes capitalinos para dar gloria a Dios y aplicar la doctrina cristiana. Fue secretario de la redacción de *El Tradicionista*, periódico de línea católica, y además fue miembro de la Sociedad de San Vicente de Paúl de Bogotá, la cual presidió entre 1878 y 1879. En 1880 viajó al exterior, visitó varios países y se radicó en Roma, donde ingresó al Colegio Pío Latino Americano, regentado por los padres de la Compañía de Jesús. En 1883 fue ordenado presbítero, en la catedral de San Juan de Letrán. Hasta 1885 permaneció en Roma, y cuando se disponía a regresar a Colombia, la guerra civil por la que atravesaba el país lo hizo radicarse en Caracas, donde realizó su apostolado. Un año después, ya en Colombia, monseñor Caycedo desempeñó por corto tiempo el curato de Las Aguas. De allí salió a ocupar la prefectura general del Seminario de Bogotá; dos años más tarde, fue nombrado vicerrector de la institución y secretario de la curia metropolitana en 1891. Ese mismo año fue propuesto para obispo de Pasto por el presidente de la República, Carlos Holguín. Al año siguiente el papa León XIII lo nombró para el cargo. En 1896 fue trasladado a Popayán, diócesis que en 1900 fue elevada a la categoría de arquidiócesis. Allí, monseñor Caycedo recibió la dignidad arzobispal. En 1906 fue trasladado a la arquidiócesis de Medellín, la cual administró hasta 1934.

La actividad de monseñor Caycedo en la arquidiócesis de Medellín se vio enmarcada por su celo en la conservación de los principios católicos, que debían ser protegidos frente a todas las ideas modernizantes que circulaban a nivel mundial. No le temblaba la mano ni la voz para excomulgar o prohibir publicaciones, como sucedió con los periódicos *Scorpion* y *Acción Cultural*, aparecidos en las primeras décadas del siglo. Todo lo que pertenecía al ramo de la educación debía pasar antes por su escritorio, para estudiarlo detenidamente y vigilar que no incluyera faltas contra la doctrina cristiana. La tesis del filósofo colombiano Fernando González, "Una tesis", fue censurada por el arzobispo, como también posturas de varios educadores de la Universidad de Antioquia, que propugnaban por modernizar la educación en la década de 1920. Monseñor Caycedo también desarrolló una intensa campaña de labor social. Bajo su tutela surgieron asociaciones que se encargaban de suplir mediante la caridad las necesidades de las clases menos favorecidas: Gota de Leche y Salas Cunas y Sopa Escolar fueron algunas de ellas. La difusión de la doctrina cristiana fue otro punto fuerte durante su administración. Concedió licencia para el establecimiento de varias comunidades religiosas en territorio del departamento de Antioquia, y también respaldó la constitución de asociaciones de carácter religioso integradas por sus fieles. A través de su ojo vigilante, monseñor Manuel José Caycedo controlaba a todos los estamentos de su arquidiócesis, fuesen políticos, religiosos o ciudadanos.

JUAN FELIPE CÓRDOBA RESTREPO

Bibliografía

OSPINA, JOAQUÍN. *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia*. Bogotá, Aguila Colombiana, 1927. ROBLEDO, EMILIO. *La vida ejemplar de monseñor Manuel José Caycedo, arzobispo de Medellín*. Medellín, Imprenta Departamental, 1952. URIBE V., GONZALO. *Arzobispos y obispos colombianos*. Bogotá, Imprenta de la Sociedad, 1918.

CAYCEDO Y CUERO, JOAQUÍN

Militar y político patriota nacido en Cali, el 22 de agosto de 1773, muerto en Pasto, el 26 de enero de 1813. Ultimo de los hijos varones de Manuel Caycedo Tenorio, Joaquín Caycedo y Cuero estudió en Popayán y Bogotá, y obtuvo el grado de doctor en Jurisprudencia. En 1805 contrajo matrimonio con su prima, Juana María Camacho Caycedo. Fue juez de cuentas en Santafé. En 1810, cuando era alférez real de su ciudad, el gobernador de Popayán, Miguel Tacón y Rosique disolvió la Junta Revolucionaria de esa ciudad; entonces, Caycedo organizó otra en Cali, de la cual fue secretario. En 1811, cuando se desempeñaba como presidente de la Junta de Gobierno de Popayán, emprendió campaña sobre Pasto, ocupando esta ciudad. De allí pasó a Quito, a reclamar inútilmente diez mil pesos que Tacón sacó de Pasto. A causa de una insurrección fue apresado por los realistas y liberado por el norteamericano Alejandro Macaulay, quien se dirigió con tropas a la ciudad de Popayán. Caycedo se preparaba a regresar al norte con el ejército republicano, cuando lo sorprendieron los pastusos, lo mismo que a Macaulay y a otros jefes, en Catambuco, el 13 de agosto de 1812. Estuvo preso en Pasto, y allí lo fusilaron el 26 de enero de 1813, junto con Macaulay y diez individuos de tropa. Cali erigió una estatua de bronce en su honor, situada en la famosa plaza mayor que lleva su nombre.

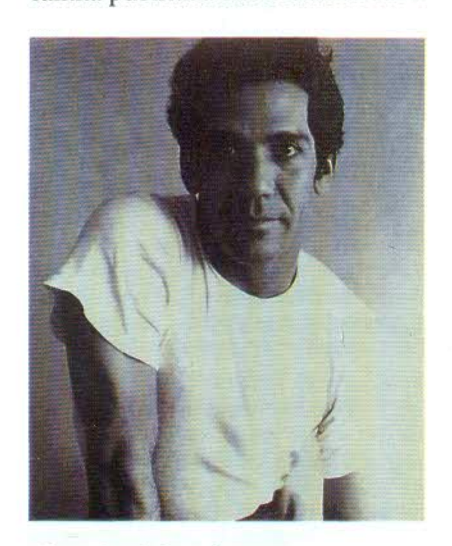


Joaquín Caycedo y Cuero.
Oleo de Franco, Montoya y Rubiano.
Museo Nacional, Bogotá.

MARÍA ALEXANDRA MÉNDEZ VALENCIA

CEPEDA SAMUDIO, ALVARO

Escritor y periodista costeño (Ciénaga, Magdalena, marzo 30 de 1926 - Nueva York, octubre 12 de 1972). Cuentista y novelista, Alvaro Cepeda Samudio hizo los estudios secundarios en el Colegio Americano de Barranquilla, y en 1949 viajó a Estados Unidos a estudiar periodismo en la Universidad de Columbia, en Nueva York. En 1951 regresó a Barranquilla, y trabajó como corresponsal de *The Sporting News*. En 1955 se casó con Teresita Manotas. Como periodista y gran apasionado de los deportes, cubrió eventos deportivos para el periódico *El Nacional*; en 1951 tuvo una columna en la página editorial de *El Heraldo*, titulada "La brújula de la cultura"; y fue director del *Diario del Caribe*. Participó, como guionista y actor, en el cortometraje *La langosta azul*, al igual que en otras películas cortas y en un noticiero de cine, y organizó el Cine Club de Barranquilla. Hablar de Cepeda periodista equivale a hablar de él como intelectual y artista. Quería estar al tanto de todo y lo quería dar a conocer todo. Precozmente había visto la necesidad de buscar, acoger y aclimatar valores nuevos y universales, tanto en las formas como en los temas, y de ello da fe su narrativa de ficción de esa primera época. Para Cepeda, en materia de arte y cultura, lo primordial era que circulara la información libremente. En la producción de la primera etapa periodística de Cepeda, se advierte cómo va definiendo los rasgos de lo que sería su periodismo. Sus dos primeros textos conocidos son: "Una calle", descripción-relato y "El periodismo como función educacional", ensayo-polémica-manifiesto, aparecidos en *El Nacional* de Barranquilla. Su primera columna publicada en *El Nacional* fue la



Alvaro Cepeda Samudio.
Fotografía de Hernán Díaz, ca. 1960.

titulada "En el margen de la ruta". Cepeda Samudio perteneció al Grupo de Barranquilla, tertulia de intelectuales de la que formaban parte Gabriel García Márquez, Alfonso Fuenmayor, Germán Vargas, Ramón Vinyes y José Félix Fuenmayor, entre otros; y publicó varios cuentos en la revista del grupo, llamada *Crónica*. Su novela *La casa grande*, su obra narrativa más importante, fue el último libro publicado por Ediciones Mito. Acerca de *La casa grande*, García Márquez dijo: «Novela basada en la matanza de los peones bananeros en huelga, realmente efectuada por un comando del ejército en 1928, *La casa grande* no exhibe muertos, y el único soldado que recuerda haber matado a alguien "no tiene el uniforme empapado de sangre sino de mierda [...]". Esta manera de escribir la historia, por arbitraria que pueda parecer a los historiadores, es una espléndida lección de transmutación poética. Sin escamotear la realidad [...] nos ha entregado su esencia mítica, lo que quedó para siempre más allá de la moral y la justicia y la memoria efímera de los hombres». Sobre su cuento más conocido, "Todos estábamos a la espera" (Barranquilla, 1954), el crítico Eduardo Pachón Padilla dijo: «Posee recursos tomados de la imaginación, estilo pulcro, nítido y mesurado. Todos los asuntos son examinados por un único aspecto: el individuo sumergido en el vórtice de la multitud». En su afán renovador, Cepeda incorporó a la narrativa, técnicas periodísticas norteamericanas. [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 289-290; y tomo 5, Cultura, pp. 239-240*].

MARÍA ISABEL VARGAS ARANGO

Bibliografía

CEPEDA SAMUDIO, ALVARO. *Antología*. Selección y prólogo, Daniel Samper Pizano. Bogotá, Colcultura, 1977. GILARD, JACQUES. Prólogo. En: *Alvaro Cepeda Samudio, en el margen de la ruta*. Bogotá, Oveja Negra, 1985, pp. V - XC.

CERÓN, ANDRÉS

Político y militar caucano (Popayán, 1822 - Bogotá, junio 15 de 1879). Primogénito de Juan Cerón y Juana Serrano, Andrés Cerón recibió el título de abogado en 1847. Casado con Mercedes Castillo, durante el ejercicio de su profesión desempeñó importantes cargos públicos: jefe político del Cantón de Popayán en 1850, y en ese ca-



Andrés Cerón. Oleo de autor anónimo. Museo Nacional, Bogotá.

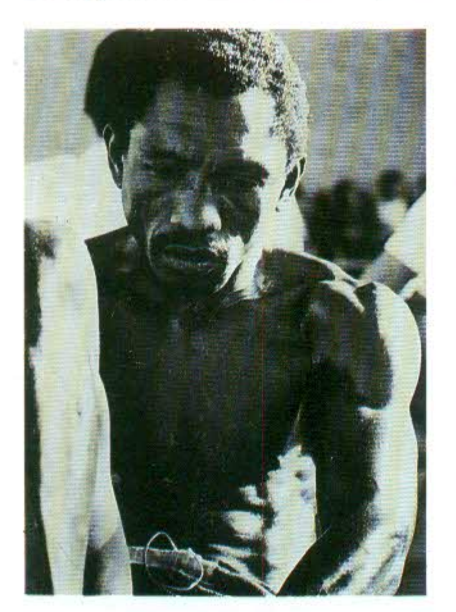
rácter, gobernador interino de la provincia en 1851; juez letrado del Atrato; fiscal del tribunal de Popayán en 1852; procurador del Estado; magistrado de la Corte Suprema; procurador general de la Nación; magistrado de la Corte de Cuentas; diputado a la Cámara Provincial de Popayán, en 1853 y 1855; miembro del Senado caucano en 1859 y 1863, y de la Legislatura del Estado en 1875; representante al Congreso en 1863, 1864 y 1865; senador durante el período 1872-1875 y presidente del Congreso en 1872; diputado a la Convención de Rionegro en 1863; miembro de la Junta de Crédito Público del Cauca; y profesor de la Universidad. En 1854 Cerón asumió el título de gobernador por la revolución melista, jefe de la primera sección de la Secretaría General del Estado, encargado del despacho en 1857, secretario de Gobierno de la misma entidad en 1860; secretario de Guerra del general Tomás Cipriano de Mosquera en la campaña del 60, gobernador del Distrito Federal de Bogotá en la misma época, presidente del Cauca del 15 de agosto de 1869 a igual fecha en 1871. Por su actuación en la campaña de 1860, estuvo en Manizales, Segovia, La Barrigona, Chaguaní, Subachoque, Usaquén y San Diego. Siendo Cerón presidente del Consejo de Secretarios encargados de los asuntos locales del poder ejecutivo, en ausencia del general Mosquera, le tocó actuar en primer término por la defensa de los cuarteles de San Agustín, cuando fueron sitiados por el general Leonardo Canal, en febrero de 1860. Obtuvo el grado de general el 18 de abril de 1860. Su paso por el gobierno del Cauca marcó una administración pacífica, tolerante y progresista, durante la cual se llevaron a cabo importantes obras públicas y creció especialmente la prensa, ya por el establecimiento de talleres tipográficos en ciudades que antes carecían de ellos, como Ipiales y Buenaventura, ya por mejora de los existentes en otras localidades y consiguiente fundación de hojas periodísticas de mayor aliento. Cerón dotó al gobierno de una imprenta que en aquella época mereció el calificativo de magnífica. Falleció en Bogotá, en 1879, siendo secretario de Guerra y Marina del general Julián Trujillo.

MARÍA ALEXANDRA MÉNDEZ VALENCIA

CERVANTES, ANTONIO "KID PAMBELÉ"

Primer campeón mundial de boxeo que tuvo Colombia, nacido en San Basilio de Palenque, Bolívar, el 28 de diciembre de 1945. El 28 de octubre de 1972, en el gimnasio Nueva Panamá, ante 15 000 espectadores, en el primer minuto del décimo asalto, Antonio Cervantes Reyes, "Kid Pambelé", obtuvo el título de campeón mundial de boxeo, en la categoría welter junior, versión Asociación Mundial de Boxeo (AMB) ante el panameño Alfonso "Peppermint" Frazer. Conocido en el mundo del boxeo como "Kid Pambelé", nombre que usó un boxeador nicaragüense que realizó varios combates en Colombia por la década del cuarenta de este siglo, la vida de Antonio Cervantes es representativa de la situación de la mayoría de los deportistas colombianos. Nacido en un hogar humilde, no tuvo oportunidad de estudiar, pues desde niño tuvo que recorrer las calles de Cartagena ofreciendo sus servicios como lustrabotas, y luego como vendedor de cigarrillos de contrabando. Comenzó a boxear un poco tarde, a los 19 años, en 1964, en Cereté (Córdoba), animado por el interés de conseguir dinero. La primera vez que un colombiano aspiró a obtener un título mundial de boxeo fue en 1964: el cartagenero Bernardo Caraballo se enfrentó al brasilero Eder Jofre por el título de los gallos, pero fracasó. Esto determinó parte de la vida deportiva de Pambelé, pues ante el descalabro

de Caraballo, verdadero ídolo del momento, el interés por el boxeo decayó mucho y las peleas dejaron de programarse con la frecuencia necesaria para mantener el ritmo de entrenamiento y competencia requerido para aspirar a un título mundial. Entonces, Pambelé tuvo que aceptar, en 1967, el ofrecimiento del empresario venezolano Ramiro Machado para radicarse en Caracas, donde adelantó parte de su carrera boxística, junto al entrenador Melquíades "Tabaquito" Sáenz. Pambelé aspiró por primera vez al título welter junior el 11 de diciembre de 1971, ante el argentino Nicolino Loche, pero perdió. No obstante, en su segunda tentativa salió vencedor. Esa era la séptima ocasión en que un colombiano disputaba un título mundial; antes lo habían hecho Bernardo Caraballo, en dos oportunidades, Mario Rossito, Enrique Higgins y Antonio "Mochila" Herrera. Pambelé ganó el título mundial después de competir en 48 peleas. No era un estilista, era más bien frío y rígido, sin tirar muchos *jabs*, pero tenía un contundente "gancho" de izquierda. Pambelé defendió su trono en diez ocasiones, durante más de tres años, pero en la undécima, en julio de 1976, perdió el título, por puntos, ante el boxeador puertorriqueño Wilfredo Benítez, quien al no querer darle la revancha a Cervantes, fue despojado del fajín. Un año después, Pambelé recuperó el título, al vencer, en Maracaibo, al argentino Carlos María Jiménez. En esta ocasión, defendió su título en seis oportunidades, durante otros tres años, al cabo de los cuales, en julio de 1980, lo volvió a perder, en Cincinnati (Ohio), ante el norteamericano Aaron Pryor. Pambelé ganó mucho dinero. Gracias a sus gestiones, San Basilio de Palenque consiguió energía, acueducto, y una carretera. No obstante, una errónea dirección de la fama y el dinero, los amigos y el vicio fueron menoscabando su gloria.


Antonio Cervantes, "Kid Pambelé"
Archivo "El Tiempo", Bogotá.

Después de Cervantes, Colombia obtuvo otros títulos mundiales de boxeo profesional: Rodrigo Valdés, Ricardo Cardona, Prudencio Cardona, Miguel "Happy" Lora, José "Sugar Baby" Rojas, Fidel Bassa, Elvis Alvarez, Jorge Eliécer Julio, entre otros. Sin embargo, con Pambelé los colombianos aprendieron a ver boxeo por televisión, se acostumbraron a madrugar para ver al campeón defender su título en Japón, Corea y Filipinas. Además, Antonio Cervantes es el boxeador colombiano que mayor tiempo ha mantenido el fajín de campeón, y el que más veces lo ha defendido.

EDUARDO RUEDA ENCISO

CISNEROS, FRANCISCO JAVIER

Ingeniero cubano (Santiago de Cuba, 1836 - Nueva York, 1898). Perteneciente a una notable familia, Francisco Javier Cisneros Correa se graduó como ingeniero civil en la Universidad de La Habana en 1857. Se especializó en Estados Unidos, en la Escuela Politécnica de Troy. En Colombia, a Cisneros siempre se le asocia con la construcción de ferrocarriles. Según Aníbal Galindo, «todo el alfabeto del progreso nos fue enseñado por él». Cisneros trabajó por primera vez en los ferrocarriles en Cuba, como ingeniero auxiliar de una compañía inglesa. Por ese tiempo militaba en un grupo político que luchaba por la independencia del país. Se hallaba en Perú, cuando fue llamado a construir un ferrocarril en Antioquia. Siempre propuso los ferrocarriles de vía angosta para países atrasados y de difícil topografía. El gobierno de Antioquia contrató con él la vía férrea entre Puerto Berrío y Medellín, en término de ocho años contados a partir de 1874. A cambio, Cisneros se beneficiaría de gran parte de las 300 000 hectáreas de tierras baldías ofrecidas por el gobierno seccional a quien emprendiera la obra, con el compromiso de


Francisco Javier Cisneros.
Oleo de Francisco Antonio Cano, 1930.
Fundación Ferrocarril de Antioquia.

organizar una Sociedad Agrícola y de Inmigración. Esta empresa fue fundada por Cisneros en 1878 con esas tierras y un capital de cien mil pesos. Cisneros viajó a Estados Unidos y Europa para conseguir socios e ingenieros para el proyecto. En París contrató para la construcción del Ferrocarril de Antioquia, un contingente de trabajadores e ingenieros que había participado en la construcción del Ferrocarril de Panamá. En 1885 cedió sus derechos y acciones en la sociedad al Estado de Antioquia, para responder por la demora e incapacidad de entregarlo en el lugar que se acordó. Debido a los problemas topográficos, la feracidad de la selva y los trastornos provocados por las guerras civiles, Cisneros sólo pudo instalar 48 kilómetros de enrielado (Puerto Berrío a Pavas). Antes de iniciar las obras, Cisneros realizó quizás el mejor diagnóstico sobre la economía antioqueña en la segunda mitad del siglo XIX, publicado luego en Nueva York en 1880, en edición bilingüe, con el título *Memoria sobre la construcción de un ferrocarril de Puerto Berrío a Barbosa, Estado de Antioquia*, para atraer socios y capitales para su empresa. Pasaron más de cuarenta años antes de que Medellín se pudiera comunicar por vía férrea con el río Magdalena. Cisneros construyó otras obras complementarias a este ferrocarril, como el camino entre Pavas y Santo Domingo, el camino del Nus y el telégrafo entre Pavas y Puerto Berrío. También participó en la construcción del Ferrocarril

del Cauca o del Pacífico, que partía de Buenaventura y llegaba a Cali (tendió 27 km.), y de los ferrocarriles de Girardot a Facatativá (tendió 33 km.), de La Dorada a Honda (tendió 20 km.) y de Bolívar. Contrató el muelle de Puerto Colombia, el tranvía de Barranquilla, la mejora de la navegación en el bajo Magdalena. Organizó varias compañías de navegación a vapor para transportar pasajeros y correo por el canal del Dique, el río Magdalena, el Nechí y el bajo Cauca. La construcción de ferrocarriles en Colombia fue un proceso lento y disperso, que requirió del liderazgo y tesón de Cisneros. El aportó la asistencia técnica y el capital, captado con inversionistas europeos y norteamericanos. Además de luchar contra la difícil geografía, debió hacerlo contra los obstáculos que impusieron la burocracia y los conflictos políticos internos del país. El gran mérito de Cisneros fue haber sido uno de los fundadores de la era ferroviaria en Colombia. Perdió considerables capitales en este negocio. También en el de los vapores por el río Magdalena. Muchos barcos se malograban y, con ellos, los cargamentos con rieles para los diferentes ferrocarriles que tenía contratados. Cisneros regresó a Estados Unidos, donde era miembro de la Sociedad Americana de Ingenieros Civiles, y en Nueva York montó una oficina de ingeniería civil. A partir de 1895, se vinculó nuevamente al proceso independentista de Cuba, apoyando financieramente la causa desde Nueva York, donde murió.

LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

CISNEROS, FRANCISCO JAVIER. *Memorias sobre la construcción de un ferrocarril de Puerto Berrío a Barbosa, Estado de Antioquia.* New York, 1980. LATORRE, GABRIEL. *Francisco Javier Cisneros y el Ferrocarril de Antioquia.* Medellín, 1924. POVEDA RAMOS, GABRIEL. *Antioquia y el Ferrocarril de Antioquia.* Medellín, Imprenta Departamental, 1974.

CLAVER, SAN PEDRO

Misionero jesuita español (Verdú, provincia de Lérida, junio 24 de 1580 - Cartagena de Indias, septiembre 8 de 1654). Conocido como el "Apóstol de los negros" y el "Esclavo de los esclavos", Pedro Claver fue declarado beato por Pío IX, el 20 de julio de 1850, y canonizado por León XIII, en 1888.



San Pedro Claver.
Miniatura de Víctor Moscoso.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Hijo de Juan Pedro Claver y Mingüela y Ana Corberó y Claver, fue bautizado con el nombre de Pedro Juan y sus padrinos fueron Juan Borrell y Magdalena, esposa de Flavián Colom. Algunos, equivocadamente, dan la fecha de su nacimiento en 1585. En la bula de beatificación de Pío IX, se acepta esta última fecha, pues afirma que entró a la Compañía de Jesús en 1602, a los diecisiete años. León XIII, en la bula de canonización, confirma como fecha de nacimiento el 25 de junio de 1580. También se puso en tela de juicio si se trataba del mismo niño el bautizado con el nombre de Juan Pedro y Pedro Claver, nacido el 24 de junio, lo que se dilucidó al conocer la costumbre seguida en Verdú de bautizar a los niños el día siguiente a su nacimiento. Fue de apellido humilde; su padre, acomodado pero sencillo, era labrador en Verdú. Su infancia transcurrió ayudando a su padre en las labores del campo. Pedro Claver fue tonsurado el 8 de diciembre de 1595 en la iglesia de Verdú, diócesis de Vich. De aquí partió a Barcelona, donde ingresó a la universidad, en 1526, y tomó cursos de gramática y retórica. El 7 de agosto de 1602 entró al noviciado de los jesuitas en Tarragona, y el 8 de agosto de 1604 profesó votos para ingresar a la Compañía de Jesús. Se dirigió a Palma de Mallorca y el 11 de noviembre de 1605 ingresó al Colegio de Montesión con el propósito de estudiar filosofía con los ignacianos. Durante tres años fue su profesor el padre Blas Bayllo. Allí encontró a Alonso Rodríguez (también canonizado el 15 de enero de 1888), hermano de 73 años y portero del Colegio Montesión, quien lo dirigió espiritualmente. A los veintiocho años, Pedro Claver terminó el curso de filosofía y regresó a Barcelona, donde esperó, durante dos años, el permiso para ir al Nuevo Reino de Tierra Firme. Comenzó a estudiar Teología en el Colegio de Belén, en noviembre de 1608 hasta enero de 1610, fecha en la que recibió carta del padre provincial José Villegas, ordenándole que se trasladara aprisa a Sevilla para emprender el viaje. Partió para Cartagena el 15 de abril, a los treinta años, de donde salió a fines de 1610 o principios de 1611, hacia Santafé de Bogotá. Por el Magdalena llegaron a Barranca de Mateo, puerto a pocos kilómetros de la actual Calamar, donde tomó una canoa para llegar a Honda, pasando por Tenerife. Se gastaba un día en esta travesía de 43 kilómetros; de allí a Mompós, otros tres o cuatro días; se seguía después a Nare, y luego cuatro o cinco días a Honda. Continuaron a caballo hasta Santafé, al Colegio de San Bartolomé, donde Pedro Claver sirvió como hermano coadjutor. Pasó al Colegio de Tunja en 1614, de donde regresó a Santafé en 1615, para emprender el viaje a Cartagena. Allí se ordenó, el 21 de diciembre, de subdiácono; de diácono, el 23 de febrero de 1616, y de sacerdote, el 19 de marzo del mismo año, órdenes que recibió de manos de fray Pedro de la Vega, de la orden de Santo Domingo, siendo el primer jesuita ordenado en Cartagena. El 3 de abril de 1622 profesó votos perpetuos en la Compañía de Jesús y con ellos selló su vida futura, firmando como «Pedro Claver, esclavo de los negros para siempre». Tenía 42 años de edad. A Pedro Claver le correspondió presenciar durante su vida grandes importaciones de esclavos para los reales de minas, las primeras actuaciones y autos de fe programados por el Santo Oficio de la Inquisición de Cartagena de Indias (febrero 2 de 1614, marzo 13 de 1622, junio 17 de 1626, marzo 26 de 1634 y marzo 25 de 1638, además de otros autos generales y particulares) y las mayores persecuciones y procesos que por brujería se levantaron contra los esclavos negros durante la

historia del Tribunal. Aunque creado en 1610 con el fin de extirpar la herejía y perseguir las desviaciones de la fe católica romana entre 1615 y 1650, el Tribunal del Santo Oficio sólo se ocupó decididamente de los asuntos de brujería; así, en la época en que Claver vivió en Cartagena, se llevaron a cabo los grandes procesos contra las negras y negros de Zaragoza, Tolú y Cartagena. A Pedro Claver se le adjudican milagros, como los efectos maravillosos de una cruz de nogal, poco mayor que una lezna y hueca, con algunas reliquias dentro y un poco de *lignum crucis* y tres clavos pequeños de hueso por fuera, que siempre llevaba al cuello y con la cual hacía prodigios. Tenía, además, reliquias que imponía a los enfermos, pues en la época se creía en el poder curativo y el efecto benéfico de las oraciones y cosas santas. Con humildad lavaba las heridas de los enfermos, daba comida a los necesitados y comía en el mismo plato con los pobres. Bautizó 300 000 negros esclavos y dedicó sus años a servir a los pobres, esclavos y menesterosos, incluidos, entre ellos, los leprosos de San Lázaro. En 1650 enfermó, posiblemente de mal de Parkinson, y murió en 1654, después de cuatro años de enfermedad.

DIANA LUZ CEBALLOS GÓMEZ

Bibliografía

PORRAS TROCONIS, GABRIEL. *Vida de San Pedro Claver, esclavo de los esclavos*. Bogotá, 1954. VALTIERRA, ANGEL. *Pedro Claver. El Santo Redentor de los negros*, 2 tomos. Bogotá, Banco de la República, 1980. VALTIERRA, ANGEL y RAFAEL M. DE HORNEDO. *San Pedro Claver, esclavo de los esclavos*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1985.

COBO BORDA, JUAN GUSTAVO



Juan Gustavo Cobo Borda. Fotografía de Javier Sandoval, 1980.

Poeta, ensayista y crítico literario, nacido en Bogotá en 1948. Juan Gustavo Cobo Borda realizó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de los Andes y de Idiomas en la Universidad Nacional. Ha desarrollado una intensa actividad editorial como director y fundador de revistas culturales (*Eco* y *Gaceta* de Colcultura), comentarista de libros (*La alegría de leer*, 1976; *La tradición de la pobreza*, 1980; *La otra literatura latinoamericana*, 1982; *Letras de esta América*, 1986), y antologista (*Obra en marcha I y II. La nueva literatura colombiana*, 1974 y 1976; *Album de poesía colombiana*, 1980; *Antología de la poesía hispanomericana*, 1985). Durante su permanencia en el Instituto Colombiano de Cultura (1975-1983), impulsó la colección Biblioteca Básica Colombiana, donde aparecieron obras de Baldomero Sanín Cano, Luis Tejada, Aurelio Arturo, Eduardo Cote Lamus y Jorge Gaitán Durán, entre otros. Luego de trabajar como subdirector de la Biblioteca Nacional, inició su carrera diplomática como agregado cultural de las embajadas de Colombia en Argentina y España. Cobo Borda ha publicado libros sobre el pintor Alejandro Obregón (1985); los escritores Germán Arciniegas (1987), José Asunción Silva (1988) y Alvaro Mutis (1989). Son conocidos sus ensayos "La narrativa colombiana después de García Márquez; visión a vuelo de pájaro" (1988), "La nueva poesía colombiana: una década 1970-1980" (1979), "Mito" (1988) —de esta revista publicó, además, una *Selección de textos* en 1975— y "El nadaísmo" (1988). Entre sus colecciones de poemas, publicadas en Bogotá, Caracas, Buenos Aires y México, figuran: *Consejos para sobrevivir* (1974), *Ofrenda en el altar del bolero*(1981), *Todos los poetas son santos e irán al cielo* (1983) y *Poemas orientales y bogotanos* (1992) [*Ver tomo 4, Literatura, p. 314 y tomo 5, Cultura, pp. 158-159*].

JOHN JAIRO GALÁN C.

COCK ARANGO, JULIÁN

Ingeniero e industrial antioqueño (Medellín, septiembre 14 de 1892 - 1982). Nacido en el seno de una familia de origen inglés —su abuelo fue el inglés William Cock Williamson, ingeniero de minas traído al país por el gobierno nacional para la dirección de las minas de Santa Ana, Marmato y Supía—, la ingeniería fue, para Julián Cock Arango, una tradición familiar. Estudió ingeniería de minas en la Escuela Nacional de Minas, terminó en 1913 y obtuvo su primer empleo en minas de esmeraldas. Viajó a Europa en 1923 y adelantó estudios en electricidad e hidráulica en Inglaterra. De temperamento orientado hacia el estudio y la experimentación, empezó desde muy temprano su propia colección de minerales, la que habría de culminar con su descubrimiento de yacimientos de limonita y hematita, óxidos naturales de hierro, en el valle de Medellín, mientras trabajaba como ingeniero en la Empresa de Acueducto de la ciudad. A comienzos de 1930, como profesor en la Escuela Nacional de Minas, orientó varias tesis de grado en la misma dirección, procurando hallar el método más conveniente para la obtención del hierro; una de ellas fue "Extracción y elaboración de hierro y producción de aceros por el sistema de hornos eléctricos" (1932), de José D. Moreno. Simultáneamente, Cock Arango adelantaba sus experimentos metalúrgicos, en un pequeño horno eléctrico de la Escuela de Minas, y en otro que tenía en su casa. La idea de montar una empresa siderúrgica en Medellín fue madurando en su mente, y fue así como en 1938 escribió un folleto titulado *Estudio de una empresa siderúrgica en Medellín*, donde proyectaba una planta industrial que, mediante el sistema de alto horno y aprovechando los abundantes yacimientos de caliza y carbón en Antioquia, produciría hierro y acero. Esta idea culminó con la fundación, en 1938, de la Siderúrgica de Medellín (Simesa), que desde un principio contó con el respaldo del Ferrocarril de Antioquia y del Municipio de Medellín para la obtención de transporte barato de materias primas y facilidades para la disponibilidad de energía eléctrica. Se descartó el proceso de obtención de hierro mediante alto horno, el cual fue sustituido por el procedimiento de hornos eléctricos que fundían chatarra. Mentalidad planificadora acos-



Julián Cock Arango.

tumbrada a mirar los problemas de modo integrado, Julián Cock presentó en 1937, en compañía del también ingeniero Gabriel Sanín Villa, el que vendría a ser el primer plan nacional de desarrollo industrial, en un folleto enviado a la Cámara de Representantes bajo el título *Proyecto de ley por el cual se provee a la industrialización del país*. Allí, el ingeniero Cock mostraba cómo el proceso industrial debía impulsarse de una manera combinada: las escorias de la industria del acero podrían ser aprovechadas para fabricar cemento, la industria de la soda cáustica era vital para la minería y la producción textil, en fin, el zinc era una industria complementaria a la del acero. La idea de fabricar combinadamente hierro y cemento nunca abandonó del todo a Julián Cock. De ahí que no fuera casualidad que se viera involucrado en la fundación de Cementos Argos y, en 1939, de Cementos El Cairo, cuyos estudios técnicos adelantó; y que fuera técnico de montaje y gerente, entre 1939 y 1942, de la fábrica de Cementos del Valle. Casi enseguida, asumió la gerencia de la Siderúrgica de Medellín, que ocupó entre 1943 y 1947. Otra de las preocupaciones intelectuales de Cock Arango fue el aprovechamiento del agua para la producción de energía eléctrica; como superintendente de las Empresas Públicas de Medellín, en la década de 1920, tuvo intervención decisiva en el estudio y montaje de la planta hidroeléctrica de Guadalupe; y a comienzos de la década de 1950, fue gerente del Instituto de Fomento de Aguas y Aprovechamiento Eléctrico, en Bogotá. Dado su carácter de pionero de la industria siderúrgica colombiana, fue consultor obligado en la creación de la Empresa Siderúrgica de Paz del Río. Cuando se retiró del Instituto de Fomento de Aguas, en 1953, volvió a ocuparse de obras de ingeniería como la canalización del río Medellín, y también regresó a su primitiva vocación de pionero industrial, fundando empresas como Industrias Básicas Cock y la Promotora Industrial, de las cuales fue gerente. Su obra intelectual está dispersa en un número considerable de ensayos técnicos y de artículos periodísticos publicados en la prensa nacional y en revistas especializadas de ingeniería, como *Anales de Ingeniería*, *Anales de la Escuela Nacional de Minas*, *Revista Dyna* e *Ingeniería colombiana*. Al estilo de los pioneros norteamericanos, Cock Arango se mantuvo ocupado hasta el final de sus días.

ALBERTO MAYOR

Bibliografía

MAYOR MORA, ALBERTO. *Etica, trabajo y productividad en Antioquia*. Bogotá, Tercer Mundo, 1984. OSPINA, LIVARDO. *De La Peña a las alturas. Crónica de la Compañía de Cementos Argos en el cincuentenario de su fundación*. Medellín, Bedout, 1984. POVEDA RAMOS, GABRIEL. *SIMESA, medio siglo de siderurgia colombiana*. Medellín, Colina, 1988.

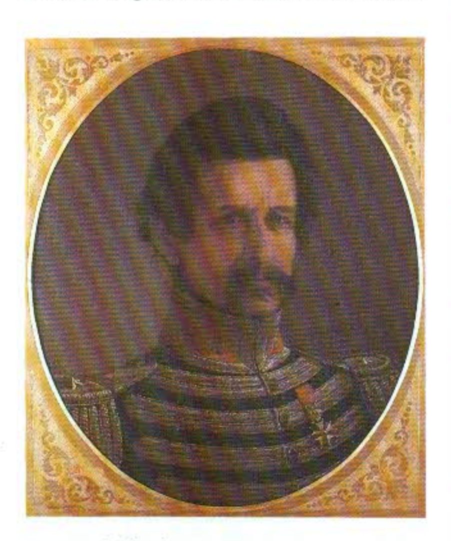
CODAZZI, AGUSTÍN

Geógrafo y militar italiano (Lugo, junio 12 de 1793 - alrededores de la Sierra Nevada de Santa Marta, febrero 7 de 1859). Hijo de Doménico Codazzi y Constanza Bertoloti, Juan Bautista Agustín Codazzi Bertoloti realizó sus primeros estudios en Lugo con el profesor ciego Pier Matteo Zappi. Huérfano de madre a los 6 años, estudió en la Escuela de Ingeniería y Artillería de Módena y en la Academia de Guerra de Pavía. Eran los tiempos de Napoleón, y Codazzi decidió cambiar sus futuros estudios de Derecho, según los deseos de su padre, por la vida militar. A los 17 años se presentó en la escuela militar para ser voluntario en los ejércitos de Napoleón. «Fue cañonero, artillero, brigadier, furriel y secretario de vestuario del cuartel general y del Estado Mayor; jefe de alojamiento, ayudante suboficial y mariscal de campo», dice Beatriz Caballero. Al término de la guerra, Codazzi viajó a Constantinopla como comerciante; allí se encontró con su amigo Constante Ferrari, y juntos emprendieron un largo recorrido por Europa. Terminaron embarcándose hacia América, a donde llegaron como soldados. «Lo que Codazzi el joven tenía a la vista —dice Germán Arciniegas—, era una lucha en el otro hemisferio, iniciada por los hijos de las colonias inglesas, que ahora encontraban su proliferación en las dos colonias hispánicas. Su primer intento fue incorporarse a estas guerras por la liberación, palabra esta que había tomado un nuevo sentido al caer el imperio napoleónico». En Baltimore, a comienzos de 1817, se unieron a la expedición de apoyo a la campaña libertadora de Simón Bolívar, que organizaba el contraalmirante de la Armada Venezolana Agustín Gustavo Villeret. En la isla Amelia, frente a Florida, Codazzi y Ferrari se unieron al "corsario" Luis Aury, con quien llegaron hasta Buenos Aires, combatieron al lado del ejército patriota en las costas de la Nueva Granada y Venezuela, y recorrieron diversos lugares de América. Muerto Aury en 1822, Codazzi y Ferrari regresaron a Italia. Allí Codazzi intentó dedicarse a la agricultura, pero el 2 de abril de 1826 volvió a embarcarse hacia América.

El primer acercamiento de Codazzi a América, en 1817, muestra a un viajero que se va apropiando de los aspectos de la naturaleza a través del reconocimiento topográfico y las descripciones de los litorales granadino y venezolano, del río Atrato, del valle del Cauca, del camino del Quindío y la capital colombiana. Su segundo acercamiento, en 1826, presenta a un Codazzi que se inicia en firme como geógrafo y cartógrafo. Sin embargo, las exigencias de la guerra impusieron a Codazzi una participación orientada hacia la ingeniería militar, la defensa y la fortificación; igualmente, la estrategia militar exigía el levantamiento de planos, la formación de itinerarios y los cuadros estadísticos. A su llegada a Cartagena, Codazzi conoció al general Lino de Clemente, con quien vino a Bogotá, donde se unió, a fines de 1826, al ejército de Bolívar, que emprendió su último viaje a Venezuela. Allí trabó amistad con el general José Antonio Páez, quien lo nombró, en 1827, primer comandante de artillería en Maracaibo y le encomendó la fortificación de la entrada al lago. En 1829, el general Justo Briceño le encargó un mapa del departamento

de Zulia. Con base en esta experiencia, Páez le encargó la elaboración de mapas de todo el país, y lo nombró Jefe del Estado Mayor de sus fuerzas. «Codazzi exploró el país, tomando notas y realizó bocetos cartográficos durante ocho años, periódicamente interrumpidos por esporádicos compromisos relacionados con sus funciones de jefe de Estado Mayor, para atender las emergencias y alertas ocasionadas por el permanente acoso al gobierno de Páez por parte de alzados militares en los llanos y de focos de insurrección en las provincias de Maracaibo y Cumaná. Ya contaba con los levantamientos cartográficos del Departamento de Zulia. En 1830 realizó los correspondientes a la provincia de Coro y la costa venezolana, con sus accidentes hidrográficos y región insular. A partir de 1832, trabajó en las regiones de Caracas, Valencia, Barquisimeto, Barinas y Cumaná. En 1834 inició la exploración del delta del Orinoco, cuya extensa hoya hidrográfica recorrería en los dos años siguientes, combinando su vocación de geógrafo con exitosas campañas militares. Durante 1837 y 1838 culminó la reconstrucción cartográfica de la extensa cuenca selvática del Orinoco», cuenta Germán Cardozo.

La construcción de una Nación requiere detalle minucioso en las descripciones, un conocimiento regional en la realidad física, social, económica y cultural, una elaboración cartográfica precisa, en fin, una exploración que haga el inventario de hechos naturales y humanos. Esto pretendía el gobierno venezolano cuando en 1830 dejó en manos de Codazzi la elaboración geográfica y cartográfica de su país. Codazzi realizó este trabajo en medio de tensiones políticas, recesos impuestos por su intervención en los conflictos armados y dificultades económicas; además, tuvo que enfrentar los continuos obstáculos de una naturaleza difícil y desconocida, y los problemas teóricos y materiales causados por la ausencia de un grupo especializado. Codazzi tendría que asumirse como geógrafo, cartógrafo, botánico, zoólogo y etnógrafo; sin embargo, el *Atlas físico y político de la República de Venezuela* y el *Resumen de la geografía de Venezuela* quedaron listos en 1840. En julio de ese año, y en compañía de Rafael María Baralt y Ramón Díaz, quienes se encargaron de la parte histórica, Codazzi viajó a París para imprimir su obra, revisada y aceptada por las instituciones científicas francesas. Pero lo que más le interesaba a Codazzi era la confrontación de su trabajo, la crítica y las sugerencias que pudieran hacerle los científicos europeos, en particular aquellos que ya habían viajado por Venezuela y Nueva Granada, como Alexander Humboldt y Jean-Baptiste Bossingault. De la comisión nombrada por la Academia de Ciencias y compuesta por los científicos Dominique-François Arago, J.M. Savary, Elías de Beaumont y J.B. Boussingault, Codazzi recibió méritos y reconocimientos, que sirvieron de respaldo a su futuro trabajo. En el *Resumen de la geografía de Venezuela*, Codazzi presentó una serie de observaciones sobre las condiciones físicas y sociales, estableciendo un trabajo comparativo entre sus regiones, al tiempo que iba configurando una visión general, donde lo geográfico, lo político, lo cultural y lo social se relacionaban. Codazzi dejó un mapa corográfico a gran escala de cada una de las trece provincias venezolanas, con «un diseño claro de todos su cantones, datos precisos sobre sus vías de agua, y multitud de importantes detalles geográficos, físicos y estadísticos», según le informó Codazzi a José Antonio Páez al terminar el trabajo. Mario Longhena hace mención de la amplitud temática que queda consignada en esta obra: «Se puede decir que todos los aspectos del país están considerados en el libro de Codazzi; no falta nada: el ambiente físico en sus aspectos más modestos, la vida de todos los seres que allí tienen su morada, de los más pequeños a los más grandes, de los más sutiles



Agustín Codazzi.
Oleo de autor no identificado.
Museo Nacional, Bogotá.

a los más dañinos, de todos los vegetales que allí se producen, o cultivados o silvestres, del hombre en sus variedades, sus hábitos, su pasado y su presente». De regreso a Venezuela, el gobierno encargó a Codazzi de la promoción de inmigrantes europeos hacia las regiones deshabitadas del país. Codazzi presentó un proyecto y viajó a Europa con el fin de traer colonos alemanes. En 1843 quedó establecida la Colonia Tovar, dirigida por Codazzi; y sin embargo, en diciembre de 1845 tuvo que dejar la Colonia para encargarse de la gobernación de la provincia de Barinas. Este proyecto de colonización responde a las ideas y concepciones de la segunda mitad del siglo XIX sobre el progreso material y moral de los pueblos. La necesidad de elaborar proyectos civilizadores no sólo estaba expresada en aquellos que escribieron geografías, como Codazzi, sino también en los que estudiaron la realidad social, desde la política, la economía, la religión y la cultura; era un ideal que se compartía a nivel mundial.

Desde la gobernación de la provincia de Barinas, Codazzi tuvo que enfrentar de nuevo la inestabilidad política y salió de Venezuela. Entonces, decidió aceptar la propuesta del general Tomás Cipriano de Mosquera, presidente de la Nueva Granada, para trabajar en el colegio militar y desempeñarse como geógrafo. Otra vez, Codazzi llegaba a un país agitado por las tensiones políticas y las guerras civiles. Igualmente, un país donde la exploración del territorio y el manejo del espacio eran de obligada atención para aquellos que requerían disponibilidad humana, control regional, desplazamientos estratégicos y dominio físico y social. No obstante, la diferencia que encontró Codazzi entre ambos países fue la existencia de una trayectoria científica y cultural y el carácter que adquirió la Comisión Corográfica. Olga Restrepo anota que, a diferencia del trabajo individual realizado por Codazzi en Venezuela, en la Nueva Granada, desde un principio, se asumió un trabajo colectivo y especializado: geógrafos, cartógrafos, botánicos, pintores y escritores cumplirían exigencias de distinta índole y con mejores resultados que la concentración de actividades. Agustín Codazzi asumió la dirección de la Comisión Corográfica en 1850, encargado fundamentalmente de la parte geográfica y cartográfica; Manuel Ancízar, como secretario del jefe de la

Comisión, tenía a su cargo las descripciones geográficas y en especial los aspectos de la vida social y cultural del país; José Jerónimo Triana fue nombrado para hacer los estudios de la flora; Carmelo Fernández, Enrique Price y Manuel María Paz, sucesivamente, serían los dibujantes y cartógrafos de la Comisión; Santiago Pérez continuaría en 1852 con las actividades encargadas a Manuel Ancízar; Felipe Pérez asumiría la publicación de la *Geografía General* de Codazzi después de su muerte, y Manuel Ponce de León, la recolección y publicación de los informes y mapas de la Comisión.

Durante el siglo XIX, los avances científicos adquirieron una gran importancia en América. Con la independencia, se reafirmó la necesidad de un conocimiento más elaborado de la realidad física, social y cultural de los países. Las descripciones detalladas y los amplios inventarios de caminos, ríos, puertos, recursos naturales, población, educación, costumbres, se convirtieron en temas obligados en la política, la estrategia militar, las ciencias, la religión y la economía. Por esos años, se elaboraron tratados, compendios, diccionarios y un sinnúmero de ensayos, memorias y descripciones referidas a los hechos físicos, políticos y descriptivos de la espacialidad americana. En Colombia, Agustín Codazzi, Tomás Cipriano de Mosquera, Felipe Pérez, Manuel Uribe Angel, Joaquín Esguerra, Francisco Vergara y Velasco, Eliseo Reclus, Angel María Díaz Lemos, Carlos Martínez Silva, Sergio Arboleda y Juan Manuel Royo fueron, entre otros, los exponentes de esta actividad. La Comisión Corográfica, organizada en 1850 bajo la dirección de Agustín Codazzi, fue la institución que en Colombia inició el trabajo de exploraciones, descripciones e inventarios, marcando un antecedente de gran importancia en la trayectoria geográfica y en la investigación científica nacional. Por su parte, Codazzi, el hombre que pensaba inventariar, describir, clasificar y cartografiar el territorio de la Nueva Granada, había elaborado ya la *Geografía de Venezuela* y su *Atlas físico y político*, obra celebrada por la Academia de Ciencias de París y la Sociedad Geográfica francesa. Como militar, Codazzi traía un amplio conocimiento de los planes de defensa, fortificación y levantamiento de planos y mapas, adquirido en los conflictos armados de Venezuela y a través de su formación como ingeniero militar. Como viajero y escritor, contaba con una larga vida de observaciones, descripción de lugares, diagnósticos e impresiones que quedaban de su temprana experiencia como militar en Europa, de sus desplazamientos en la aventura y el comercio y, finalmente, de su acercamiento a una América que percibía a través de la guerra y de una naturaleza precaria, difícil y diversa. Así, la Comisión Corográfica se organizó como una empresa científica itinerante, con una serie de actividades que incluía viajes de observación, recolección e inventario, medición y descripción completa de cada una de las regiones estudiadas. Codazzi, dedicado específicamente a la geografía y a la cartografía, realizó un trabajo teórico y práctico de mucha amplitud: determinó coordenadas geográficas; estableció alturas, temperaturas y distancias; fijó posiciones de distintos lugares; hizo un inventario detallado de los recursos naturales, de las vías, de la fauna, la flora y de todos aquellos aspectos relacionados con la vida social (vestido, población, mercados, instrucción). Pero Codazzi trascendió el inventario y las descripciones, para hacer análisis, presentar diagnósticos y señalar propuestas y soluciones. Temas como las vías de comunicación, un canal interoceánico o la colonización, sirvieron de estímulo a proyectos locales y regionales y, a su vez, fueron un medio de validación y reconocimiento del trabajo científico de la Comisión.

Uno de los aspectos que adquirió mayor trascendencia en el trabajo de Codazzi, fue el de las vías de comunicación, preocupación que ya había sido expresada y enfatizada por los geógrafos de principios del siglo XIX. Francisco José de Caldas, José Manuel Restrepo, Francisco Antonio Zea también vieron en los caminos el futuro de la nación. A propósito, Olga Restrepo dice: «La importancia de los planteamientos de Codazzi sobre vías de comunicación radica en un enfoque novedoso: la conformación de un sistema de mercados y su relación con la consolidación del Estado. Codazzi señala la urgencia de interconectar las regiones entre sí y no conectarlas individualmente con el extranjero, como se venía haciendo hasta entonces». Otro de los asuntos que interesaba a Codazzi era el de las inmigraciones, tema que interesaba a muchos en el siglo XIX. Se creía que el incremento de inmigraciones de europeos haría posibles para los americanos los ideales de civilización, riqueza y progreso. Dentro de las causas que Codazzi señalaba como explicación de la poco significativa presencia de inmigrantes europeos en la Nueva Granada y Venezuela, están la inestabilidad política, y las continuas guerras civiles. Los obstáculos geográficos, como la falta de vías, el calor, la humedad y el aislamiento regional, no constituían, a su juicio, los elementos que más entorpecían la colonización europea. Por otra parte, Codazzi no era ajeno a las distintas propuestas hechas por los geógrafos del siglo XIX sobre la reducción de indígenas, el establecimiento de misiones o la vigorización de las razas con hábitos alimenticios. Según Codazzi, debían traerse capitanes pobladores de color y realizar una especie de "transmigración", donde la raza negra terminara por absorber al indígena. Un tercer elemento que hacía parte de las recomendaciones de Codazzi, a propósito de los asuntos que más interesaban al país, era la situación limítrofe. Sus indicaciones con respecto a la imposibilidad de la construcción de un canal interoceánico por el Atrato o el Darién, sus anotaciones sobre el estado político de la frontera ecuatoriana y la falta de claridad en la definición de los límites con Venezuela, demuestran una visión política importante en su actividad geográfica. Con respecto al impacto social y al interés que alcanzó a nivel nacional, Olga Restrepo dice: «La Comisión encontró el mayor respaldo, como correspondía a una obra patrocinada por el Estado [...] Entre 1850 y 1861, ocho mensajes presidenciales al Congreso se refirieron a diferentes problemas confiados a la Comisión: límites internacionales, exploración de la zona del Istmo, vías de comunicación, proyectos de inmigración, utilización de baldíos y división político-administrativa. Del mismo modo, siete informes de la Secretaría de Relaciones Exteriores y once de la Secretaría de Gobierno mencionaron estos trabajos». Sin embargo, Codazzi debió enfrentar las constantes modificaciones en el régimen político-administrativo, los trastornos políticos y militares, las dificultades topográficas y climáticas y las de tipo financiero y administrativo.

Un recuento cronológico de las actividades de la Comisión Corográfica arroja los siguientes datos importan-

tes: En 1850 se inició la primera excursión, que partió de Bogotá hacia el altiplano cundi-boyacense y los Santanderes; en esta etapa se realizó la clarificación de la red hidrográfica del Orinoco y la determinación del sistema hidrográfico entre el río Magdalena y el Lago de Maracaibo. En 1852 el Congreso promovió a Codazzi al grado de coronel. A comienzos de este año, empezó la exploración de Antioquia, Cauca, Córdoba, Mariquita y Medellín; Codazzi resaltó allí las posibilidades de navegación por el Cauca. En 1853, exploró la región del Atrato hasta llegar a la frontera con Ecuador; sobre esta etapa, Gabriel Poveda Ramos opina que fue la más extensa y la que produjo más material de informes, planos, dibujos y flora. En 1854, de nuevo se dirigió al Darién, con el fin de reconocer científicamente el trayecto propuesto por algunos empresarios para comunicar el Atlántico y el Pacífico a través de un canal; la exploración, sin embargo, resultó un fracaso, pues Codazzi nunca había creído en la viabilidad de esa ruta. También en 1854, a raíz del derrocamiento de José María Obando por José María Melo, Codazzi debió unirse a los ejércitos del general Tomás Cipriano de Mosquera, como jefe de su Estado Mayor. Mosquera lo encargó, además, de la preparación de los documentos relativos a la campaña militar. En 1855 continuó la preparación del *Resumen del diario histórico del Ejército del Atlántico, Istmo i Mompox, llamado después Ejército del Norte, levantado i mandado por el ciudadano Jeneral en jefe Tomás C. de Mosquera*. Este mismo año se dedicó al levantamiento del mapa de la hoya del río Bogotá. En 1856 recorrió las llanuras de San Martín y Casanare, Caquetá y Putumayo; pero durante la presidencia de Mariano Ospina Rodríguez, su proyecto encontró menos apoyo y muchas dificultades económicas que le impidieron emprender viaje hacia la costa norte. En 1858, Codazzi completó la geografía y los mapas del Estado de Cundinamarca. Decidido a concluir su obra, se dirigió hacia los estados de Bolívar y Magdalena en 1859, pero el 7 de febrero, atacado por una fiebre maligna, murió. A propósito de su obra, Gabriel Ramos anota: «Entre sus múltiples habilidades, el ingeniero y militar italiano tenía la de ser un buen cronista aún en lengua castellana». Además de sus *Memorias*, que fueron escritas en Italia, y de su abundante literatura sobre la geografía de Venezuela, se deben citar, como trabajos publicados por Codazzi en la Nueva Granada, los siguientes: *Apuntaciones sobre inmigración y colonización* (1850), *Geografía física i política de la provincia de Ocaña* (1850), *Resumen del diario histórico del Ejército del Atlántico, Istmo y Mompox, llamado después Ejército del Norte* (1855), *Geografía física i política de las Provincias de la Nueva Granada* (1856), *Descripción jeneral de los indios de la Nueva Granada* (1857), *Descripción del territorio del Caquetá* (1857), *Antigüedades indígenas. San Agustín* (1858) [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 102-104*].

LUCELLA GÓMEZ GIRALDO

Bibliografía

ANTEI, GIORGIO. *Los héroes errantes. Historia de Agustín Codazzi, 1793-1822*. Bogotá, Planeta, IGAC, Biblioteca Nacional, 1993. *Credencial Historia*, Número monográfico "Agustín Codazzi, 200 años", Nº 42 (Bogotá, junio 1993). LONGHENA, MARIO. *Memorias de Agustín Codazzi*. Traducción, Andrés Soriano Lleras y Alberto Lee López. Bogotá, Banco de la República, 1973. POVEDA RAMOS, GABRIEL. "Codazzi y la Comisión Corográfica". *Revista de Extensión Cultural*, Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín, Nº 24-25 (1988). RESTREPO, OLGA. "La Comisión Corográfica: avatares en la configuración del saber" (monografía). Bogotá, 1983. RESTREPO, OLGA. "Naturalistas, saber y sociedad en Colombia". Bogotá, Tesis de Grado, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1992. SCHUMACER, HERMANN A. *Codazzi, un forjador de la cultura*. Traducción, Ernesto Guhl. Bogotá, Ecopetrol, 1988.

COLMENARES, GERMÁN



Germán Colmenares.

Historiador nacido en Bogotá en 1938, muerto en Cali en 1990. Junto con Jorge Orlando Melo, Margarita González, Hermes Tovar y Alvaro Tirado Mejía, Germán Colmenares Colmenares formó la primera generación de la llamada "Nueva historia". Abogado de la Universidad del Rosario y filósofo de la Universidad Nacional, fue uno de los alumnos predilectos del conocido historiador Jaime Jaramillo Uribe, quien lo inició y le dio el aliento necesario para incursionar de manera definitiva en el estudio de la Historia. En 1963 Colmenares obtuvo una beca del gobierno francés, que le permitió viajar a Europa y tener un primer acercamiento con la cultura francesa, de la que fue un gran admirador, al igual que de la moderna historiografía europea. Producto de ese viaje y de la ayuda recibida de los franceses y de su madre, escribió su primer libro: *Partidos políticos y clases sociales en Colombia* (1968). Viajó luego a Chile a cursar estudios en la Facultad Latinoamericana de Altos Estudios Sociales (FLACSO), donde escribió *Las haciendas de los jesuitas en la Nueva Granada* (1969). En estos dos trabajos se aprecia una marcada influencia de dos de sus principales profesores: en el primero, la de Jaime Jaramillo, quien en 1963 había dado a conocer el texto definitivo de su libro *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, el cual dio pie a Colmenares para desarrollar temas como la ideología de conservadores y liberales por los años de José Hilario López y José María Obando, y mostrar la relación entre esa ideología y las estructuras sociales del momento. En el segundo libro se nota la influencia de Magnus Mörner, quien fuera profesor de Colmenares en Chile, y cuya disertación doctoral, escrita en los años cincuenta y publicada por primera vez en castellano en 1968, trata sobre las actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata. A partir de este segundo libro, Colmenares inició el estudio de nuestra historia colonial, casi totalmente olvidada por la historiografía tradicional, con la cual tuvo serios enfrentamientos. A su regreso de Chile se vinculó, como profesor e investigador, a la Universidad de los Andes,

donde cumplió un importante trabajo investigativo sobre las encomiendas de Boyacá y Pamplona, y editó, junto con Margarita González y Darío Fajardo, un volumen de documentos: *Fuentes coloniales para la historia del trabajo en Colombia* (1969).

Posteriormente, Germán Colmenares se retiró de la Universidad de los Andes y viajó a Francia con el fin de adelantar sus estudios doctorales bajo la dirección del historiador francés Fernand Braudel y la ayuda económica de la Fundación Ford. Entre 1970 y 1973, investigó y escribió su obra más importante: *Historia económica y social de Colombia 1537-1719* (1973), donde recogió los trabajos anteriores. Esta obra clásica dentro de la historiografía colonial latinoamericana, le dio a Colmenares reconocimiento a nivel mundial. Como en sus escritos anteriores, en ella se aprecia la clara influencia de un maestro, Braudel, y una escuela, la de los *Annales*. En 1972 Colmenares se vinculó a la Universidad del Valle, donde realizó la mayor parte de su carrera como investigador y profesor. Fue decano de la Facultad de Humanidades, y luego se dedicó a la enseñanza y a la pesquisa histórica. En 1976 publicó su séptimo libro: *Cali: Terratenientes, mineros y comerciantes (siglo XVIII)*, con lo cual consolidó algo que ya había iniciado en la Universidad de los Andes: el estudio de la historia regional, de la cual fue un verdadero cultor y maestro. En este trabajo, Colmenares, además de hacer importantes aportes a la comprensión de la historia vallecaucana y de crear un modelo interesante de análisis basado en innovadores fondos documentales, rinde un homenaje a la tierra que lo acogió.

En 1979 Colmenares publicó el segundo tomo de la *Historia económica y social* (*Popayán, una sociedad esclavista*), empleando el estudio de Popayán entre 1680 y 1800 como prototipo de una sociedad esclavista de la época colonial. Al igual que en sus anteriores libros, el trabajo de documentación está enfocado por la teoría y, sobre todo, por la crítica, en este caso a la escuela sevillana de historia y a William Frederick Sharp. Durante el tiempo de investigación y redacción del libro, Colmenares contó con la ayuda, entre 1976 y 1977, de la Fundación John Simon Guggenheim y fue profesor de la Universidad de Columbia en Nueva York. En 1984 apareció su noveno libro: *Rendón: una fuente para la historia de la opinión pública*, el cual, además de reivindicar la figura del caricaturista Ricardo Rendón (1894-1931), muestra cómo la historia puede ser estudiada y analizada desde diferentes fuentes, siempre y cuando el historiador tenga la capacidad de descubrir nuevos problemas y formular nuevas preguntas. Una vez terminado el libro sobre Rendón, Colmenares comenzó una nueva exploración de novedosas teorías y métodos: los de la historia de las mentalidades y la interdisciplinariedad. Disfrutando de un año sabático, entre 1985 y 1986, viajó como profesor invitado a la Universidad de Cambridge, y tuvo la oportunidad de escribir el que sería su último libro: *Las convenciones contra la cultura: ensayo sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (1987), dedicado a Jaime Jaramillo Uribe, su maestro de siempre. En *Las convenciones*, Colmenares hace un cuidadoso análisis de la historiografía latinoamericana del siglo XIX, basado en un marco teórico construido por él mismo y en el que intervienen elementos de reflexión antropológica, lingüística, semiológica e histórica. A su regreso de Inglaterra, emprendió una nueva fase en su vida académica e intelectual: asumió la dirección de la maestría en Historia Andina que la Universidad del Valle ofreció a partir de 1987. Alcanzó a dirigir dos promociones, a las cuales impartió sus sabias experiencias y conocimientos, y a tener en sus manos algunas de las tesis que los estudiantes de la primera generación escribieron. Sin embargo, un fulminante cáncer al hígado le arrancó varias ilusiones: volver a la Universidad de los Andes, donde había sido nombrado decano de Humanidades; ver consolidada una nueva promoción de historiadores formados por él; reescribir, desde un punto de vista cultural, la historia social y económica y escribir una historia de Bogotá. Los aportes de Colmenares a la historiografía colombiana fueron muchos; además de su actividad docente y de las obras reseñadas aquí, cada una de las cuales es modelo de investigación y análisis, escribió infinidad de artículos, ensayos y reseñas bibliográficas para revistas nacionales y extranjeras. Colaboró en importantes obras colectivas: en el tomo uno del *Manual de Historia de Colombia* (1978), en la *Historia económica de Colombia* (1987 - Premio Nacional de Ciencias "Alejandro Angel Escobar" 1988), en el *Manual de literatura colombiana* (1988) y en la *Nueva historia de Colombia* (1989). Así mismo, realizó traducciones de los más novedosos autores de la historiografía universal [*Ver tomo 5, Cultura, p. 60*].

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

Bibliografía

MELO GONZÁLEZ, JORGE ORLANDO. "Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes". *Revista de la Dirección de Divulgación Cultural*, Nº 2 (Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1969). MELO GONZÁLEZ, JORGE ORLANDO. "La literatura histórica en la República". En: *Manual de literatura colombiana*, Tomo II. Bogotá, Planeta, 1988. MELO GONZÁLEZ, JORGE ORLANDO. "Germán Colmenares transformó la visión histórica de la Colonia". *Credencial Historia*, Nº 5, Bogotá, 1990. TOVAR ZAMBRANO, BERNARDO. "La historiografía colombiana". En: *Nueva Historia de Colombia*, Tomo IV. Bogotá, Planeta. 1989.

COLÓN, CRISTÓBAL

Navegante y descubridor de América. Casi todo lo relativo a Cristóbal Colón está rodeado de polémica o permanece en el misterio: nombre, lugar y fecha de su nacimiento, educación, viajes, amigos, valores éticos, locura, de todo se ha dudado. El primero en meter desorden fue su propio hijo Fernando, cuando en la *Vida del Almirante* (1571), aseguró que su padre «quiso que su patria y origen fuesen menos ciertos y conocidos» (capítulo I), y que de sus viajes y navegaciones «no tengo plena noticia puesto que él murió cuando aún no tenía yo ni atrevimiento ni familiaridad bastante por el respeto filial para osar preguntarle tales cosas» (capítulo IV). A juzgar por los relatos de sus coetáneos, Colón fue gente de mar desde muy joven, cartógrafo como su hermano Bartolomé y conocía tanto el Mar del Norte como el Mediterráneo. Pero los historiadores desde hace un siglo han puesto en tela de juicio si Colón, como afirman los españoles, y Colombo, como lo identifican los italianos, son o no una misma persona. Ciertamente la familia de Cristóforo Colombo era de operarios manuales —tejedores y laneros unos, vinateros otros— y por esa razón se sostuvo la tesis de que el hijo de Dominico Colombo y Susana Fontanarosa, nacido entre el 28 de agosto y el 31 de octubre de 1451, al parecer en Génova o en alguna ciudad del Genovesado, fue cardador de



Cristóbal Colón.
Litografía de J.J. Martínez.
Museo Nacional, Bogotá.

lana y no tuvo nada que ver con el intrépido navegante "descubridor" del Nuevo Mundo. Que Colón y Colombo eran dos personas distintas lo demostró en 1921 el académico Ricardo Beltrán y Rózpide. Que Colón pudo ser español, judío cuya familia había emigrado a Italia una o dos generaciones atrás, lo argumentó Salvador de Madariaga. Que era catalán, lo afirmó Luis Ulloa. En medio de tan singulares polémicas, la Real Academia de Historia de Madrid concluyó en 1926 «que si bien hasta ahora es cierto que no hay prueba suficiente para declarar que Colón nació en Pontevedra, tampoco la hay de que nació en Génova». En 1953 la prensa internacional dio noticia, al parecer definitiva, de que Colón había nacido en Casale Monferrato. Otros exigieron que se reconociera a Cataluña como patria del Almirante, argumentando que el *Documento Borromei*, atribuido al protector de Pedro Mártir de Anglería, demostraba que había nacido en Mallorca. Pero los historiadores, escépticos ahora, no han hecho más que tomar nota de las discrepancias. La enigmática firma de Colón sigue siendo, 500 años después, otro misterio sin descifrar. Algunos han visto en ella la estrella de David, disimulada entre las letras; otros, en cambio, la traducen invocación latina de origen cristiano. El hecho de que Colón no haya escrito en italiano, porque no sabía la lengua, sino en español, aunque salpicado de galleguismos, y que impuso muchos nombres españoles a los lugares que visitó, hace aún más sospechoso su lugar de origen. En 1990, un autorizado historiador italiano, Paolo Emilio Taviani, realizó una cuidadosa tarea de divulgación y estudio de las tesis genovesistas respecto a Colón. Sin embargo, subsiste la duda sobre la identidad entre el navegante Colón y el lanero Colombo. Es desconcertante que ni retratos auténticos haya de Colón: de una treintena de pinturas, algunas tan populares como el anónimo existente en la Galería Giovio, en Como, o el de Sebastián de Piombo, en el Museo Metropolitano de Nueva York, todas las treinta son apócrifas.

Los años mozos de Colón se desconocen. Los de Colombo están en tela de juicio. De éste se dice que estudió en Pavía, pero ningún documento avala la aserción. Que vivió en Savona en 1473, cuando trabajaba para casas comerciales genovesas, parece cierto, al igual que su radicación en Portugal en 1479. Al año siguiente se casó con Felipa Moniz, hija de Bartolomé de Perestrello, capitán de Puerto Santo. Es la época en que leyó la *Imago Mundi* de Pedro d'Ailly y la *Historia Rerum Ubique Gestarum* del papa Eneas Silvio Piccolomini. Entre 1485 y 1486 se estableció en Castilla, ya dedicado totalmente a promover su proyecto del viaje transoceánico. Es, justamente, la época en que conoció, al decir de Juan Manzano y Manzano, el viaje del protonauta Alonso Sánchez de Huelva, y el momento en que se consolidó lo que la historia conoce como "el secreto de Colón". Como se sabe, Colón nunca pudo explicar con suficiencia las razones que tenía para su proyectado viaje «a levante por poniente». Conociendo la existencia de tierra firme al oeste con el nombre de India Oriental, como estaba pintado en los mapas de Martellus de 1489, sabiendo que a 750 leguas aproximadamente se extendía el enorme archipiélago antillano, que desde Marco Polo se creía parte de Cipango (Japón), Colón no podía revelar la fuente de su información a los eruditos del reino, por la simple razón de que no convenía a sus planes de obtener prebendas y recompensas: conoció la ruta en la bitácora de Sánchez de Huelva, muerto en su casa de Madera en 1484. Acosado por su conciencia y por las presiones de los sabios que exigían documentos probatorios para avalar su proyecto, le confió su secreto al fraile de La Rábida, Antonio de Marchena. Sin embargo, el desarrollo mismo del primer viaje trasatlántico de 1492 dejó al descubierto suficientes indicios de lo dicho aquí. Veamos algunos:

El texto de las Capitulaciones de Santa Fe, signadas el 17 de abril de ese año, admiten claramente que Colón descubrió islas y tierra firme en los mares occidentales. Literalmente dice que Colón «ha descubierto», así, en pasado y como hecho cumplido.

La seguridad en la ruta trazada este-oeste, casi en línea recta por la latitud 28 norte, desde la Isla Gomera, si bien no llevaba más que confusamente a las islas antillanas, muestra un conocimiento claro de tierras al otro lado del océano. La ruta de regreso siguiendo la corriente del Gulf Stream, suroeste-al-nordeste, es otro acierto y otro misterio no suficientemente aclarado.

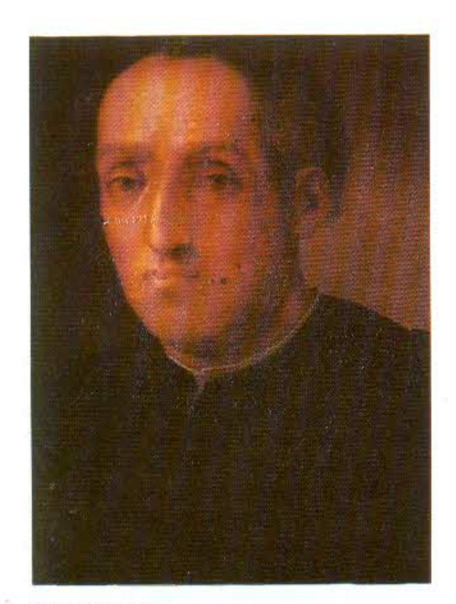
El mapa que llevaba Martín Alonso Pinzón, consultado en altamar y conocido durante "los pleitos colombinos", era una copia del Martellus traído de Roma, de la biblioteca del papa Inocencio VIII, fechado en 1489, donde explícitamente aparece el litoral suramericano.

La doble contabilidad llevada durante el primer viaje, demuestra que se tenía una distancia estimada y prevista de unas 750 leguas marinas, calculada porque se tenía conocimiento de las distancias por recorrer, bien por Martellus, Behaim, por Pinzón o por sí mismo.

La carta-credencial para el Gran Can, por triplicado, delata una misión predeterminada y un objetivo político del viaje, no evangelizador, puesto que en el primer viaje no iba ningún cura y sí un intérprete políglota, Luis de Torres, judío que hablaba «hebraico, arábigo y algo de caldeo». Allí se le ordena dar embajada ante los príncipes de Oriente y referirles la situación de España después de la expulsión de moros y judíos.

En efecto, en el proemio a su *Diario de viaje*, es patente que Colón sabía a dónde iba y a qué, pues no tendría objeto darle informes al Gran Can de la estrategia antimusulmana y antijudía de los reyes si no era con el propósito de buscar su alianza.

La confirmación de los privilegios otorgados al Almirante el 28 de marzo de 1493, después del primer viaje, se apresura a otorgarle nombramiento de Virrey de las islas y tierra firme, cuando sólo se habían hallado seis



Cristóbal Colón.

islas y apenas habían transcurrido trece días de su regreso.

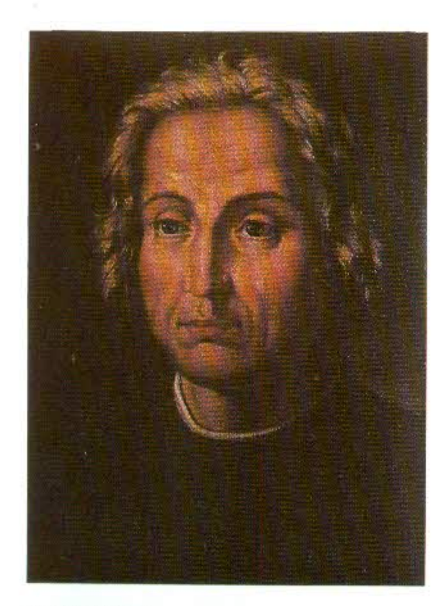
La insólita bula papal, imprudente y precipitada, que encomia el viaje "descubridor" de Colón y prepara los tratados de partición del mundo, cuando apenas el almirante pisaba, de retorno, tierra hispana.

Fernando Colón, en la biografía de su padre, dejó testimonio de la manera solapada y de los ardides de que se valió para decir su verdad a medias, ante las juntas de sabios convocadas para examinar el proyectado primer viaje: «Como en aquellos tiempos no había tantos cosmógrafos como hay ahora, los que se reunieron no entendían lo que debían, ni el Almirante se quería dejar entender del todo, por temor a que ocurriese lo mismo que en Portugal y se alzasen con el santo y la limosna». Pero Marchena sí conoció la verdad de todo, y ese es un nuevo indicio revelador. Gonzalo Fernández de Oviedo afirma que Marchena fue «la persona sola de aquesta vida a quien Colón más comunicó de sus secretos». Pero como tampoco los podía revelar, porque los había conocido bajo el secreto de la confesión, el fraile se las ingenió para decirle a los Reyes Católicos «que era verdad lo que el Almirante decía», y a Martín Alonso Pinzón que «fuese a descubrir las Indias que placería a Dios que habían de hallar tierra». El propio Colón aceptó después, que en los siete o casi ocho años que duró su lucha por obtener apoyo oficial a su plan de viaje, «no halló persona que no los tuviese en burla salvo aquel padre fray Alonso de Marchena». ¿Qué otra cosa pudo revelar Colón a Marchena sino el origen y las pruebas de su ambicioso proyecto? Aún más, información suficiente sobre Sánchez de Huelva, primer español en llegar a tierras americanas (Haití, 1484 ó 1485), consta en muchos escritores antiguos, como Bernardo Aldrete, Roderigo Caro, Juan de Solórzano, Fernando Pizarro, Agustino Torniel, Petrus de-Maliz, Gregorio García, Juan de Torquemada, Juan Bautista Riccioli, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara, Girolamo Benzoni, y el ilustre autor de los *Comentarios Reales*, Garcilaso Inca de la Vega.

Los cuatro viajes de Cristóbal Colón tuvieron distintas motivaciones, y aunque existe consenso sobre el segundo y el tercero, que se llevaron a cabo para dar embajada al Gran Can y para atesorar oro y perlas, respectivamente, y sobre el cuarto o «alto viaje», para buscar el estrecho que permitiera llegar a las Molucas, en el Sinus Magnus, no ha sido posible un acuerdo sobre la finalidad del primer viaje colombino. Que se toparía con tierra firme de la India Oriental, donde se entrevistaría con el Gran Can, era previsible, pero no han escaseado las suposiciones casualistas que, desde hace medio milenio, han entorpecido las investigaciones. Las teorías sobre la "casualidad", "encuentro fortuito" o "providencial" de América sólo han servido para encubrir el reparto del continente entre las dos potencias católicas, España y Portugal, para justificar el despojo de tierras de los indios y explicar la subsecuente guerra de exterminio o de conquista, de la que Colón, por cierto, fue ajeno.

Al amanecer del 3 de agosto de 1492 salió de Palos, a orillas del río Tinto, la pequeña flota compuesta por dos carabelas, *La Pinta* y *La Niña*, y una nao, la *Marigalante*, rebautizada como *Santa María*. Todo el viaje costaría alrededor de dos millones de maravedís, de los cuales los banqueros genoveses de la Casa Berardi pusieron una cuarta parte prestada a Colón, los Pinzón y los Niño otro tanto, y los Reyes Católicos la otra mitad, representada en las carabelas. El primer viaje, de 32 semanas, se podría dividir en seis etapas. La primera, de Palos a Canarias, entre el 3 y el 9 de agosto, cuando llegaron a las Canarias, islas ya castellanas y de las que no se podía sobrepasar al sur por prohibirlo el Tratado de Alcazovas. Colón sabía, empero, que podía navegar hacia el oeste siguiendo los alisios del norte, a lo largo del paralelo 28. La segunda etapa cubre hasta el 12 de octubre, viernes, en que se afirma que vieron tierra los navegantes. Es curioso que, contra lo que se cree, ni un solo documento coetáneo, ni siquiera el *Diario* de Colón, citado por Bartolomé de las Casas, confirme esa fecha de manera explícita. Colón aseguró haber sido él en persona quien avistara una lucecilla a eso de las dos de la mañana. La superstición fraguada después sirvió para despojar al judío converso Juan Rodríguez Bermej, llamado Rodrigo de Triana, del premio de diez mil maravedís y un jubón de seda a quien primero viera tierra; pero fue este hombre quien gritó desde el palo mayor de *La Pinta* (no desde la *Santa María*): «*Waana Hen-I*» (¡He ahí tierra!), de modo que lo entendieron sólo Colón y Torres, el judío. La tercera etapa del viaje llega al 16 de enero, cuando Colón se creyó en el archipiélago japonés y próximo al Sinus Magnus. Tan apremiado estaba por entregar las credenciales de embajador al Gran Can, que al pasar por Cuba envió a sus emisarios a buscarlo. Con la misma idea se le adelantó Pinzón, y así llegó a Haití, pensando en Cipango. La cuarta etapa ya es de regreso, Colón llegó entonces a las Azores, el 17 de febrero, por ruta equivocada debido a una tormenta. De las Azores a Lisboa cubre la quinta etapa. Durante el imprevisto encuentro con el rey de Portugal, se le notificó a Colón que las islas al norte y al occidente de las Azores eran lusitanas, en virtud del Tratado de Alcazovas de 1479. Más adelante, Portugal reivindicó Terranova, Labrador y Brasil como posesiones suyas. En fin, la sexta etapa concluye justamente en Palos, el 15 de marzo de 1493. La noticia de su regreso no causó, de momento, mayor interés, excepto en los marineros y sus familiares. Dos meses después, en carta a Juan Borromeo, Pedro Mártir de Anglería contó así el suceso:

«Un tal Chistophorus Colunus retornó de las antípodas occidentales; es un ligur que enviado por mis reyes, con solo tres barcos penetró en aquella provincia reputada por fabulosa, volviendo con pruebas palpables, muchas cosas preciosas y en particular oro, que se produce en aquella naturalmente. Pero pasemos a cosas menos ajenas».



Cristóbal Colón.
Museo Naval, Madrid.

El segundo viaje, del 25 de septiembre de 1493 al 11 de junio de 1496, encaminado a establecer asentamientos coloniales y recuperar la inversión mediante captura de perlas y oro, fue el más numeroso y el más prolongado de los viajes colombinos. Visitó las Antillas menores y la isla de Puerto Rico. A su paso por la isla Tortuga, de Haití, constató la mala suerte que había acompañado a los primeros colonos que se habían instalado en Natividad. Al parecer, rivalidades internas surgidas entre los habitantes españoles por acopio de oro y mujeres, fueron aprovechadas por los caciques Guacanagarí, Caonabó y Mayreni para castigar a los intrusos. Sin embargo, Colón fundó Isabela (25 de diciembre), organizó una expedición a Civao (Cipango, según creían), recorrió la isla de Jamaica y Cuba por la costa meridional. Convencido de que Cuba era península asiática, hizo jurar a toda la tripulación que habían llegado al punto donde oriente y occidente se juntan. Durante el tercer viaje, cumplido entre el 30 de junio y el 18 de octubre de 1498, bojeó Suramérica sin saberlo, reconoció la embocadura del Orinoco (Mar Dulce), visitó la isla Margarita y terminó el viaje en las Antillas. En el cuarto y último viaje, Colón costeó Centroamérica, desde la isla de Guanaja, en la actual Honduras, y llegó al Darién. La idea geográfica de Colón era por entonces más confusa: cuatro veces había cambiado respecto a la insularidad o continentalidad de Cuba; buscaba el Sinus Magnus, pero, a su vez, no estaba seguro de su ubicación, de manera que cuando los indios le informaron que a sólo nueve jornadas había un gran mar, no les hizo caso; supo de la existencia de México e incluso trabó contacto con una barcaza maya o totonaca que llegó hasta Guanaja, pero no le concedió importancia. Estaba más preocupado por elaborar profecías sobre el fin del mundo. Al fin del viaje, Colón descendió por la costa de Mosquitos hasta Punta Marmórea, que aunque se la ha ubicado en Panamá, algunos autores, como Mauricio Obregón, creen que se trata de Cabo Tiburón, en el Chocó.

Colón murió en 1506 en la ciudad de Valladolid, y allí mismo fue sepultado, pero en 1509 sus restos fueron exhumados para enviarlos a Sevilla, aunque otros querían que se enviaran a Triana. Luego, en 1541, fueron remitidos a Santo Domingo, en la actual República Dominicana. Al confundirse con otros restos, se generó tal confusión que hasta el día de hoy no ha sido aclarada por los antropólogos físicos, porque cuando en 1795 Santo Domingo fue cedido a Francia, las autoridades hispanas decidieron llevarse los huesos del Almirante a La Habana y, al parecer, se llevaron equivocadamente otros. De tal suerte, en septiembre de 1877 se encontraron, otra vez en Santo Domingo, sus restos en urna de plomo bajo la inscripción «Illtro. y Esde Varon Dn Cristoval Colon». Si a todo esto agregamos que entonces se sostuvo que los llevados a Sevilla eran los de su hijo Diego, y que veinte años después, en 1898, los supuestos huesos de Colón se llevaron a Cuba, resulta que ya nadie podrá asegurar, con propiedad, dónde se encuentran las cenizas del hombre que más estatuas tiene en el mundo por lo único que no reconoció haber sido: Descubridor de América [*Ver tomo 1, Historia, "El descubrimiento de América", pp. 39-62*].

GUSTAVO VARGAS MARTÍNEZ

Bibliografía

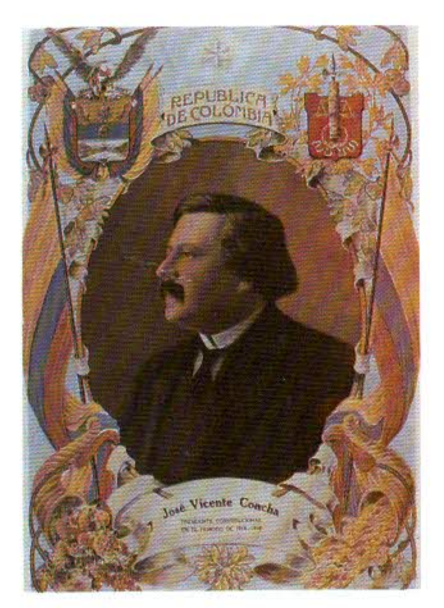
ALMAGIA, ROBERTO. *Il mappamondi di Enrico Martello e alcuni concetti geografici di Cristoforo Colombo.* Florencia, Bibliopolis, 1941. ANDRÉ, MARIUS. *La verídica aventura de Cristóbal Colón.* Madrid, González Rojas, Editor, 1927. BELTRÁN Y RÓZPIDE, RICARDO. *Cristóbal Colón y Cristóforo Colombo. Estudio crítico documental.* Madrid, 1921. FERNÁNDEZ DURO, CESÁREO. *Colón y Pinzón. Informe relativo a los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo.* Madrid, 1883. GANDÍA, ENRIQUE. *Nueva historia del descubrimiento de América.* Buenos Aires, Universidad del Museo Social Argentino, 1989. IRVING, WASHINGTON. *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón* [1827]. Madrid, Colegio Universitario e Itsmo , 1987. MADARIAGA SALVADOR DE. *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón.* Buenos Aires, Suramericana, 1973. MAHIEU, JACQUES DE. *L'Imposture de Christophe Colomb. La géographie secréte de l'Amerique.* París, Copernic, 1979. MANZANO Y MANZANO, JUAN. *Los Pinzones y el descubrimiento de América.* Madrid, Cultura Hispánica, ICI, 1988. RANDLES, W.G.L. *De la tierra plana al globo terrestre. Una rápida mutación epistemológica, 1480-1520.* México, FCE, 1990. SUDHOFF, HEINKE. *¡Lo siento, Colón! El Descubrimiento de América en la antigüedad.* México, Diana, 1992. VARELA, CONSUELO. *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos.* Madrid, Alianza Universidad, 1982. VARELA, CONSUELO. *Colón y los florentinos.* Madrid, Alianza Editorial, 1988. VIGNAUD, HENRI. *Cristóbal Colón y la leyenda.* Colección Historia y Viajes. Buenos Aires, Argos, 1947. LEVILLIER, ROBERTO. *América, la bien llamada.* Buenos Aires, Kraft, 1948. *Raccolta di documenti e studi pubblicati dalla Regia Commissione Colombina nel quarto centenario della scoperta dell'America.* Cesare de Llolis, editor. Roma, Real Comisión Colombina, 1892-1894. TAVIANI, PAOLO EMILIO. *Cristóforo Colombo, genio del mar.* Roma, 1990. TAVIANI, PAOLO EMILIO. *Cristóbal Colón. Dos polémicas.* México, Nueva Imagen, 1991.

CONCHA, JOSÉ VICENTE

Abogado y diplomático, presidente de la República durante el período 1914-1918, nacido en Bogotá el 21 de abril de 1867 y muerto en Roma, el 8 de diciembre de 1929. Ignacio Arizmendi Posada, en *Presidentes de Colombia 1810-1990*, dice: «Nacido bajo el último gobierno del general Mosquera. Se graduó de abogado, profesión en la que sobresalió principalmente en la rama penal. Se distinguió en la cátedra universitaria, el periodismo y la oratoria parlamentaria. Actuó como representante o senador en varias legislaturas, habiéndose destacado en todas ellas por su franqueza y claridad para exponer las ideas que estimaba mejores, a la vez que brillaban su elocuencia y poder persuasivo. Pero los historiadores destacan las intervenciones en el Congreso de 1898 y en los episodios que precipitaron la caída o renuncia del general Rafael Reyes. A propósito, el cronista José María Cordovez Moure se regocija en sus "reminiscencias" al recordar una de las muchas actuaciones de Concha en la Cámara de Representan-

tes del citado año. Resulta que por ese tiempo un hábil empleado público sustrajo fraudulentamente lo que entonces se llamaba "bonos colombianos", por valor de 130 000 pesos oro, bonos que habían sido llevados de la Oficina de Crédito Público que dirigía Cordovez. Al descubrirse el ilícito, los poseedores de dichos bonos, que los habían adquirido sin saber su procedencia, tuvieron que entregarlos a la policía, por lo cual quedaban directamente afectados al perder la inversión realizada. Congresistas amigos de las víctimas elaboraron un proyecto de ley por el cual la nación debía darles a los compradores bonos legítimos por el valor anotado. Sólo faltaba la lectura del correspondiente texto y el tercer debate para convertirse en ley, cuando Cordovez le informó a Concha el alcance real de la potencial decisión que afectaba seriamente a las finanzas del país. Concha, en un arranque de verbo, y antes de que se procediera al pupitrazo final, logró que por unanimidad se negara "el malhadado proyecto».

Reservado, José Vicente Concha Ferreira fue descrito así por un contemporáneo suyo: «No era Concha un conversador suelto y desgarrado, por el estilo de Antonio José Restrepo, o de amenidad luciente, como don Jorge Holguín. Más bien hablaba poco, y hasta se sumía a veces en un largo silencio como huésped agradecido a la soledad. Pero, calado en un tema que le interesara, o que mostrase tangencia con sus estudios favoritos, hacía despertar curiosa atención en los circunstantes». Reconocido por su oratoria parlamentaria, Concha combatió especialmente al general Rafael Reyes, cuyo gobierno (1904-1909) llamó «Quinquenio nefando», expresión que se hizo célebre en la literatura política. Es demostrativa de su estilo, esta intervención suya ante el Congreso de 1909: cuando ya Reyes había dejado el poder y se había marchado del país en un exilio voluntario: «Pero señor Presidente [del Congreso], el general Reyes no es el único que delinquió. Quizá pudiera yo decir que el general Reyes no es el principal delincuente. Para apreciar la conducta de cualquier hombre público, hay que tener presente la atmósfera en que vive, el aire que lo rodea. Y al general Reyes, por móviles interesados, por motivos innobles, se le rodeó de una atmósfera de embustera adulación, de una nube de mentira y engaño, y se le cerraron



José Vicente Concha.
"Libro Azul de Colombia",
Nueva York, The J.J. Little and Ives Co., 1918.

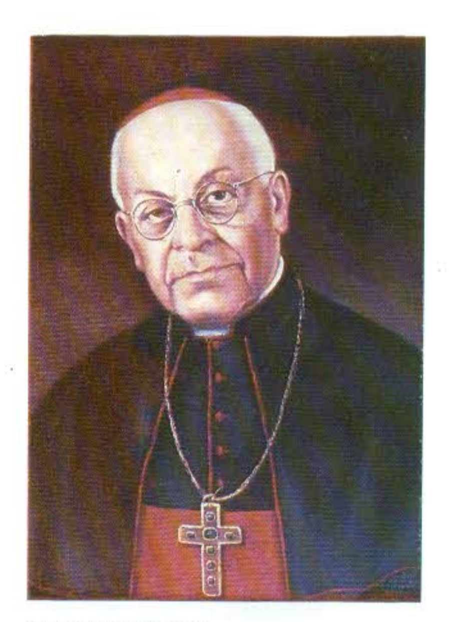
los oídos con muchas manos, y se le cubrieron los ojos con muchas vendas. Y cuando así, ciego, sordo, embriagado de lisonja, fue paso a paso al abismo y cayó en su fondo, que apenas se puede sondear, los lazarillos que allí le llevaron se retiran fingiéndose pasmados, y se escandalizan y truenan en insultos contra su ídolo de ayer. Eso, señor presidente, esa conducta de los cortesanos y aduladores, ese proceder de los cómplices del día anterior, tiene un nombre en castellano que no quiero repetir aquí».

«El gobierno de Marroquín, del cual [Concha] fue ministro de Guerra —dice Ignacio Arizmendi— lo nombró embajador en Estados Unidos en momentos en que el país se desangraba con el conflicto de los Mil Días, y cuando la aberración histórica de la pérdida de Panamá se hallaba cerca. Presentó cartas credenciales el 8 de marzo de 1902 y entraba a reemplazar a Carlos Martínez Silva, a quien Marroquín removió intempestivamente. ¿Por qué? Luis Martínez Delgado reproduce, en la *Historia Extensa de Colombia*, un párrafo de la carta que el mandatario envió al propio embajador saliente, en la que le manifiesta que había hecho dicha designación "por la necesidad de dar una colocación honrosa y lucrativa al señor José Vicente Concha, a quien no podía colocar en el Ministerio, como premio de sus pasados servicios, y como medida de facilitarle el restablecimiento de su quebrantada salud". No obstante, Concha adelantó una labor patriótica en su breve permanencia en Washington, pues se retiró del cargo el 28 de noviembre del año en que fue nombrado. Allí tuvo ocasión de oponerse abiertamente a la solicitud que Marroquín hizo al gobierno norteamericano para que pusiera tropas en Panamá (con arreglo al tratado Mallarino-Bidlack, de 1846), donde las fuerzas liberales, adversarias al régimen conservador, estaban derrotando a las oficialistas. Como se sabe, las tropas de Estados Unidos desembarcaron en suelo colombiano. El doctor Concha, elegido presidente para el cuatrienio que comenzaba en 1914, inició su mandato bajo las buenas sombras que había heredado del período de Restrepo. Al constituir gabinete llamó la atención que nombrara ministro de Instrucción Pública a monseñor Carlos Cortés Lee, en lo que siguió el ejemplo que en 1894 había dado Miguel Antonio Caro, quien puso a monseñor Rafael María Carrasquilla para idéntico cargo. El paso dado por Concha quizá se explicaba por su preocupación por la enseñanza de la filosofía católica en el pueblo, razón vital del gobernante nacional, padre de quien llegó a ser el cardenal Luis Concha Córdoba. Trabajó con representantes del liberalismo y de los dos sectores en que estaba fraccionado el partido conservador. Todos lo apoyaron en su decisión de mantener al país neutral ante la primera Guerra Mundial, que por entonces se iniciaba en Europa. Comenzó en medio de la crisis que tal conflicto suponía y de una situación fiscal bastante seria, tanto que el Congreso le concedió facultades extraordianrias. Por ellas suprimió los gastos que no obedecían a urgentes necesidades, o aplazó los que no fueran del servicio ordinario y la deuda nacional, la que observó con responsable interés. También estableció gravámenes a distintas operaciones y varios productos, tendientes a incrementar la capacidad económica del gobierno para enfrentar la delicada perspectiva. Además se vio en la penosa necesidad de suprimir cargos públicos o refundir varios en uno, disminuir subvenciones o partidas para obras públicas y reducir la fuerza pública. También fueron afectados los auxilios de beneficencia e instrucción. La guerra mundial perjudicó el desarrollo del comercio, que tenía una notable dependencia del exterior. Los créditos interna-

cionales quedaron suspendidos y los comerciantes colombianos debieron vérselas para atender sus compromisos, con el fin de asegurar buen nombre después del conflicto. A ello se sumaban las alzas en el transporte de mercancías y las dificultades propias de la situación. En el esfuerzo por mantener, hasta donde fuera posible, un satisfactorio estado de la economía, el gobierno echó mano de vales de tesorería como instrumento de negocio con los acreedores de la nación. Por otro lado, contó con los estragos de un intenso verano y de una devastadora plaga de langostas. Un gesto que ilustró el sentido patriótico de Concha fue su renuencia a contratar empréstitos internacionales, lo que estimó como el mejor camino para conservar la soberanía del país en tan difíciles circunstancias mundiales. No obstante todo, se adelantaron algunas de las obras públicas iniciadas en anteriores administraciones, como varios ferrocarriles, el Capitolio Nacional, la línea telegráfica con Caquetá y la que unía a Bogotá con Arauca. En el campo limítrofe, se firmó el tratado Suárez-Muñoz Vernaza, en julio de 1916, que fijó la línea fronteriza con Ecuador. Y se convino con Venezuela el deslinde y amojonamiento de los linderos entre ambos países, conforme al laudo de la Corona española en 1891, para lo cual se acordó encomendar dicha labor al presidente de la Confederación Helvética, quien envió expertos suizos para tal efecto, cuyos trabajos finalizaron en 1925. Años más tarde, cuando Concha desempeñaba la embajada de nuestro país en Roma, le dijo al escritor Fernando de la Vega algunas palabras que eran su propia visión del gobierno que había presidido: "No lastimé el derecho de ninguna persona ni de ningún partido; observé neutralidad absoluta en los debates eleccionarios, como quizá ninguno en Colombia; mantuve relaciones decentes con todos los pueblos del mundo; no comprometí a la República en ninguna empresa riesgosa para su salud o su honor, y devolví el patrimonio moral intacto...". Y añadió una consideración digna de tenerse en cuenta: "A mí no se me podría juzgar nunca por los ladrillos nuevos que puse, sino por las ruinas tremendas que evité". Salió de la adminsitración con el reconocimiento de sus compatriotas a la tarea realizada, que bien resumió él mismo. Fue nombrado representante del gobierno y el pueblo colombiano ante el gobierno de Mussolini y luego ante la Santa Sede. La muerte lo sorprendió en Roma, como a Olaya Herrera años más tarde, el 8 de diciembre de 1929. En esa ciudad lo veía con asiduidad el escritor liberal Juan Lozano y Lozano, quien en repetidas veces sostuvo la tesis de que Concha fue eminentemente liberal, pero que se mantuvo dentro del conservatismo por el aspecto religioso, que en el ilustre político bogotano era de absoluta e imprescindible significación. No resistimos la tentación de transcribir un fragmento de una pieza oratoria de Lozano y Lozano, escrita en 1935, en la que da rienda suelta a la admiración que le inspiraba el embajador: "Yo conocí entonces a Concha, en Roma, en una estrecha pieza que le servía de estudio, y cuyas ventanas se abrían sobre el antiguo cuartel de las guardias pretorianas. Ningún hombre me ha dado sensación parecida de grandeza. Yo lo visitaba con frecuencia y lo miraba bien en los ojos, y procuraba grabar muy hondo en mi memoria su figura, para que me sirviera de inspiración al través de los días de mi vida. En su palabra había el acento colérico de los profetas en desgracia; su mano se asía del brazo de la silla como una garra pálida; su melena, su clásica melena que al huracanarse en el parlamento producía una conmoción de conciencias, ahora parecía una cúspide solitaria que sólo agitan los vientos del espacio"» [*Ver tomo 2, Historia, pp. 497-499*].

MARIANO MOLANO

CONCHA CÓRDOBA, LUIS



Luis Concha Córdoba.
Oleo de C. Acosta D., 1983.
Seminario Conciliar de Bogotá.

Eclesiástico nacido en Bogotá, el 7 de noviembre de 1891, muerto en la misma ciudad, el 18 de septiembre de 1975. Hijo del patricio conservador y más tarde presidente de la República José Vicente Concha Ferreira, y de Leonor Córdoba Velasco, José Luis Eugenio Concha Córdoba fue bautizado por el padre Rafael Almansa, en la iglesia de la Veracruz. Era biznieto del prócer de la Independencia José Concha (1785-1830), quien fue herido en la acción de San José de Cúcuta, vencido en Cachirí, compañero de José Antonio Páez, miembro de la Convención de Ocaña y amigo de Francisco de Paula Santander. El abuelo de monseñor Concha fue el educador José Vicente Concha Lobo, abogado y fundador del afamado colegio Pío IX. Entre sus primeros maestros tuvo al general Jaime Córdoba y a Miguel Abadía Méndez. Continuó su educación en el Seminario Conciliar de San José, entre 1907 y 1909. Tras la temprana muerte de su madre, volcó toda su confianza en el presidente Concha: «Todo, después de Dios, se lo debo a mi venerado padre», dijo en alguna ocasión. Cuando José Vicente Concha fue nombrado ministro de Colombia en Francia, viajó con su segunda esposa, Elvira Cárdenas, y con toda su familia; allí, el joven Luis estudió con el sacerdote C. LaFont. De regreso a Bogotá, publicó dos traducciones: *La vida de San Francisco de Asís*, por Johannes Joergensen, con prólogo de monseñor Rafael María Carrasquilla, y *Jerusalén*, por Reynes Monlaur. Monseñor Concha ingresó al seminario en 1912 y fue ordenado en la catedral de Bogotá, el 28 de octubre de 1916, por el arzobispo Bernardo Herrera Restrepo. En 1917 fue nombrado capellán de la catedral, profesor en el Seminario Conciliar y en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y confesor de la iglesia de la Veracruz. En 1918, monseñor Herrera le encargó la reestructuración de *El Catolicismo*, pero su labor se vio interrumpida por un viaje a Roma, donde su padre se desempeñaba como ministro de Colombia; allí frecuentó el Instituto Bíblico, y en Pa-

rís, la Solitude de San Sulpicio, donde se especializó en dirección de seminarios. A su regreso a Bogotá, fue capellán del Monasterio de la Visitación, prefecto de estudios y profesor en el Seminario Conciliar y profesor de religión en los colegios Gimnasio Moderno y Nuestra Señora del Rosario. El padre Guillermo Agudelo Giraldo cuenta cómo «con cinco años escasos de sacerdocio, fue nombrado Camarero Secreto Supernumerario, con el título de Monseñor, por el papa Benedicto XV, el 21 de febrero de 1921». En 1923 desempeñó el cargo de director espiritual del Seminario. Nuevamente fue nombrado director del *Catolicismo*, a instancias de monseñor Perdomo, arzobispo coadjutor, pues el bisemanario se había suspendido en 1920 luego de su viaje a Roma. También duró muy poco al frente del periódico en esta oportunidad: del 16 de agosto al 15 de octubre de 1924. A la muerte de monseñor Carrasquilla, fue postulado para la rectoría del Colegio Mayor del Rosario por el presidente de la República, cargo que declinó. En cambio, aceptó las cátedras de Sagrada Escritura y de Teología Moral en el Seminario, en su reemplazo. En adelante, y hasta su nombramiento como obispo de Manizales, fue nombrado sucesivamente prebendado, presidente del Comité del Año Santo de 1925, subpromotor de la Fe en el proceso informativo del Ilmo. Sr. Fr. Ezequiel Moreno, censor eclesiástico, canónigo teologal, asistente general arquidiocesano de la Acción Católica, canciller del Arzobispado, vicario general sustituto y miembro del Sínodo Diocesano.

El 30 de noviembre de 1935, nombrado por el papa Pío XI, monseñor Ismael Perdomo consagró a monseñor Concha, en la Basílica Primada de Bogotá, como obispo de Manizales, siendo asistentes monseñor Francisco Cristóbal Toro, obispo de Antioquia y Jericó, y monseñor Crisanto Luque, obispo de Tunja. En Manizales, monseñor Concha Córdoba restauró la catedral, impulsó la formación de sacerdotes trayendo a los sulpicianos al Seminario y dotando de sede al Colegio de Nuestra Señora, codificó en la legislación episcopal los decretos sobre diligencias previas para el matrimonio y sobre la guarda de la eucaristía, y visitó en toda su extensión la diócesis, muchas veces a caballo. Al dividirse la diócesis, creando las de Pereira y Armenia, Pío XII originó una nueva Provincia Eclesiástica, quedando Manizales como metropolitana. Monseñor Concha fue nombrado su primer arzobispo, y fue consagrado en esa catedral, el 25 de julio de 1954, por monseñor Paolo Bertoli, nuncio apostólico. En julio del año siguiente, monseñor Concha viajó al Congreso Eucarístico de Río de Janeiro, y participó, también, en la Conferencia Episcopal Latinoamericana. Hizo las visitas *ad limina* en Roma, en los años 1945, 1949, 1954 y 1959. Cuando el cardenal Crisanto Luque murió, monseñor Concha fue nombrado arzobispo primado de Bogotá, el 18 de mayo de 1959, y tomó posesión dos meses más tarde. El 5 de agosto fue hecho brigadier general del Ejército como vicario castrense. Continuando la labor de su predecesor en la organización de la Arquidiócesis, reglamentó las prestaciones sociales de los empleados eclesiásticos, los arciprestazgos, y prosiguió la creación de nuevas parroquias y zonas pastorales. Monseñor José Restrepo Posada escribe: «Nombrado Prelado Asistente al Solio Pontificio y Conde Romano, el 12 de diciembre de 1960; creado Cardenal de la Santa Iglesia por Juan XXIII, el 16 de enero de 1961; se le asignó el título de Santa Francisca Romana, del cual tomó posesión el 1 de febrero. Llegó a Bogotá el 25 de febrero de 1961 [...] fue miembro de la Comisión Preparatoria del II Concilio Vaticano, y asistió a las reuniones preparatorias como al mismo Concilio, en los años de 1962 a 1965. Tomó parte en el cónclave de 1963 que eligió a S. S. Pablo VI. En julio de 1965 comenzó a nombrar las comisiones y dar los primeros pasos para la organización del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional». Durante su pontificado, monseñor Concha llevó una vida tranquila, a veces acaso opaca, lejos de las noticias de la prensa y de la controversia, a excepción del caso del cura guerrillero Camilo Torres Restrepo. Ante la beligerante actitud de Torres, el cardenal supo tratar con diplomacia, tal vez heredada de su padre, las relaciones cada vez más tirantes con el vehemente sacerdote, con la prensa y con la opinión pública. Para cumplir lo ordenado por el Concilio Vaticano II, el 24 de octubre de 1966 monseñor Concha presentó renuncia a la Arquidiócesis. Dedicó entonces sus esfuerzos a la oración y a la lectura, de las cuales era un apasionado. Poco a poco la ceguera y los quebrantos de salud fueron agotándolo, y falleció en la clínica de Marly, en Bogotá, en la madrugada del 18 de septiembre de 1975, a los 83 años de edad.

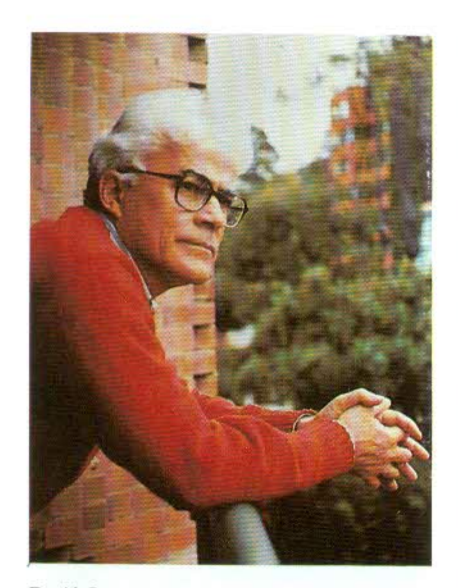
JUAN DAVID GIRALDO

Bibliografía

AGUDELO GIRALDO, GUILLERMO. *Cuatro arzobispos que han marcado nuestra historia*. Bogotá, Ediciones Verdad y Vida, 1986. BOTERO, MARIO GERMÁN. "Algunos aspectos desconocidos de la vida del cardenal Luis Concha Córdoba". *Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica*, Nº 43 (Medellín, 1991). BOTERO RESTREPO, JUAN. *Breve historia de la Iglesia colombiana*. Medellín, Editorial Copiyepes, 1983. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Genealogía episcopal de la Jerarquía Eclesiástica 1513-1966*. Bogotá, Editorial Lumen Christi, 1968. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Cabildo Eclesiástico de Bogotá*. Bogotá, Kelly, 1971.

CONSUEGRA, DAVID

Diseñor gráfico santandereano (Bucaramanga, 1939). David Consuegra viajó a Estados Unidos para realizar sus estudios superiores en la Universidad de Boston, donde recibió el *Cum laude* en Bellas Artes, en 1961. Con el fin de obtener la maestría en la misma área, ingresó a la Universidad de Yale y se graduó en 1963, con la máxima nota. Sus cualidades y versatilidad le permitieron vincularse al campo del diseño en estas mismas universidades, en calidad de catedrático. A su regreso a Colombia, en 1964, entró como profesor a las Universidades de los Andes, Nacional y Fundación Jorge Tadeo Lozano. En esta última creó, por su propia iniciativa, la Facultad de Diseño Gráfico en 1967; fundó, además, las revistas *Nova* y *Acteón*, en 1964 y 1968 respectivamente. A partir de 1964 y por espacio de cuatro años, se vinculó como diseñador gráfico al Museo de Arte Moderno de Bogotá. Después, dedicó la mayor parte de su tiempo a la cátedra. Su trabajo se ha centrado, básicamente, en la creación de logotipos, símbolos y marcas; en sus propias palabras, «de todas las tareas que tiene que resolver el diseñador gráfico, es la marca la que sin lugar a dudas mayores esfuerzos de síntesis y claridad exige». Su experiencia y trabajo se han ido plasmando en su producción bibliográfica: *Las veintiséis letras* (1964); *En pos de una pedagogía más creativa* (1965); *Ornamentación calada en la orfebrería indígena precolombiana: Muisca y Tolima* (1970); *De marcas y*



David Consuegra.
Fotografía de Ernesto Monsalve.

símbolos (1971), su tesis de grado para optar al master en la Universidad de Yale, con cuatro ediciones hasta la fecha; *Educación musical* (1971), un libro realizado en colaboración con Graciela Ordóñez, elegido por el Instituto Colombiano de Cultura para representar a Colombia en la III Bienal Internacional de Ilustraciones, realizada en Bratislava, Checoeslovaquia, y con el que obtuvieron una mención de honor; la serie *Diseño gráfico*, dividida en dos partes: *Graphica et lettera* (1975) y *Poemario para diseñar* (1976); y, en 1992, su último libro, *En busca del cuadrado*, publicado por la Universidad Nacional. En 1976, Consuegra ganó el primer premio de un concurso promovido por la UNESCO, con el afiche *Colombian ringlet*, sobre literatura infantil. En 1989, la Universidad Nacional organizó una exposición retrospectiva de su obra, llevada después a Bucaramanga y Medellín. En 1991 obtuvo el primer Premio Símbolo de los Juegos Deportivos Nacionales. David Consuegra se ha destacado por la creación de importantes y numerosos símbolos, entre los cuales se destacan los del Museo de Arte Moderno de Bogotá, Inravisión, Artesanías de Colombia, Universidad Industrial de Santander, y algunos de empresas como Icollantas, almacenes como Iserra y Croydon, y el de la Federación de Arroceros (Fedearroz). Durante 1984 fue profesor invitado de la Virginia Commonwealth University (Estados Unidos), y actualmente es profesor de la Universidad Nacional de Colombia, nombrado profesor emérito en 1991. El mismo año, la Corporación Nacional de Turismo convocó un concurso de diseño para buscar un logosímbolo que representara al país; Consuegra ganó con el diseño de una espiral de tres colores: amarillo, azul y rojo, que presentó bajo el nombre *El sol de Colombia por el mundo*. Su última exposición, *Comics: otra visión*, realizada en abril de 1994 en la Universidad Nacional, es una gran selección mundial de tiras cómicas. Consuegra ha sido seleccionado para representar a América Latina, en septiembre de este mismo año, en la I Bienal de Diseño de Logotipos Mundial, Bruselas (Bélgica). El diseñador Camilo Umaña explicó la importancia de un profesional como David Consuegra en la introducción del libro *A B C de las marcas mundiales*: «Desde los años sesentas impuso en el panorama visual colombiano la creación de las marcas y logotipos como una disciplina». Por su parte, el diseñador Carlos Duque dijo: «David Consuegra es a la marca colombiana lo que Guttenberg a la imprenta: el pionero» [*Ver tomo 6, Arte, p. 148*].

GILMA RODRÍGUEZ URIBE

Bibliografía

CONSUEGRA, DAVID. *De marcas y símbolos*. 4ª ed. Bogotá, 1976. CONSUEGRA, DAVID. *A B C de las marcas mundiales*. Bogotá, David Consuegra, Editor, 1988. DUQUE A., CARLOS. "David Consuegra: en sus marcas, listos...". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Nº 18 (1989), p. 91. HERNÁNDEZ, JOSÉ. "Logosímbolo de Colombia". *El Tiempo*, junio 30 de 1991.

CÓRDOVA, JOSÉ MARÍA

Prócer antioqueño de la Independencia (Concepción, septiembre 8 de 1799 -- El Santuario, octubre 17 de 1829). José María Córdova, conocido como el "Héroe de Ayacucho", fue el general antioqueño más destacado durante el período de Independencia. Hijo de Crisanto de Córdova y Mesa, pequeño comerciante activo en el oriente antioqueño que apoyó las tempranas acciones en pro de la independencia, y de Pascuala Muñoz Castrillón, Córdova no tuvo mucha educación. Gracias al curso militar del Cuerpo de Ingenieros de la República de Antioquia, organizado en 1814 por el sabio Francisco José de Caldas en Medellín, se empezó a interesar por la causa revolucionaria. En 1815 se enroló en el ejército y marchó a Tunja a combatir contra los españoles, con el grado de subteniente, bajo el mando del coronel francés Emanuel Roergas Serviez, su primer maestro en asuntos militares. El batallón en que combatía contribuyó a la victoria en la batalla del río Palo, y Córdova fue ascendido a teniente, con sólo 16 años de edad. Con el inicio de la reconquista española en 1815, Serviez fue nombrado general en jefe del ejército, pero derrotado en 1816, debió replegarse a los Llanos Orientales. Allí Serviez fue asesinado, presuntamente por órdenes de José Antonio Páez, y Córdova fue acusado de deserción cuando trataba de huir. Finalmente, Córdova se libró del fusilamiento a que lo condenó el consejo de guerra, y poco tiempo después se le dio un puesto de mando, con motivo de la llegada de Bolívar a Venezuela, en 1816. Córdova marchó a Guayana en 1817 y el Libertador lo incorporó a su estado mayor. Al finalizar la campaña libertadora de 1819, Bolívar comisionó a Córdova el desalojo definitivo de los últimos reductos del ejército realista en Antioquia y la costa atlántica, luego de lo cual debía asumir el gobierno de la Provincia, evidenciando en poco tiempo su carencia de dotes como gobernante. Córdova expulsó a Francisco Warleta y al jefe del gobierno español en Antioquia, Carlos Tolrá, en la batalla de



José María Córdova.
Oleo de Palomino, 1875.
Museo de Antioquia, Medellín.

Chorros Blancos (Campamento) a principios de 1820. Comandando el batallón *Antioquia*, participó en la toma de Cartagena en 1821. Con el inicio de la Campaña del Sur, Bolívar le ordenó marchar a Ecuador, y en la batalla de Pichincha, no obstante estar muy disminuido su grupo, tuvo un reconocido desempeño, tal como lo informaron José María Obando y Antonio José de Sucre. También contribuyó en el debilitamiento de las fuerzas realistas pastusas, comandadas por el líder indígena Agustín Agualongo. Córdova ya ostentaba el grado de general de brigada, cuando se emprendió la campaña del Perú, bajo el mando de Sucre. En la batalla de Ayacucho, logró derrotar al ejército realista comandado por el virrey José de la Serna. Se resolvió así la independencia del Perú, liquidando definitivamente el imperio colonialista español. La consecuencia inmediata fue la confirmación de la independencia de América del Sur, la creación de Bolivia y el reconocimiento como naciones de los nuevos Estados suramericanos por parte de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.

Córdova continuó hasta Bolivia, donde permaneció hasta 1827 al mando de las fuerzas militares del país, mientras se llevaba a cabo su organización como nueva nación. Por este tiempo se le acusó de la muerte de uno de sus subalternos en Popayán, pero fue exonerado. Los orígenes de esta acusación se pueden buscar en la reacción antimilitarista que tuvo lugar en la Nueva Granada, a causa de los excesos cometidos por los generales y soldados que participaron en la independencia, así como en los cuantiosos gastos que ocasionaba un ejército numeroso y ocioso, concluida ya la guerra. Como reacción a la dictadura impuesta por el Libertador Simón Bolívar, Córdova se rebeló y organizó un movimiento militar en Antioquia, que tenía como fin el restablecimiento de la Constitución de Cúcuta. A esta insurrección se sumó, además, la sospecha de su complicidad en la conspiración de septiembre de 1828 contra Bolívar. En carta al general Domingo Caycedo, fechada en Pasto el 15 de marzo de 1829, Córdova decía: «Estoy diciendo al Libertador el único camino que le queda para salvarse con Colombia y hacer generosamente la paz con el Perú, después de haber destruido su ejército invasor: desembarazar al sur de tanta tropa dejando las guarniciones necesarias; encargar del arreglo de la administración, en general, al general Sucre; y volver en este año a Bogotá; reunir la representación nacional como lo ha prometido, darle cuenta de su conducta; y dejarla obrar libremente; he aquí mis deseos y lo que ya he dicho muchas veces al Libertador». Córdova fracasó en su rebelión. Fue vencido y muerto en la planicie de El Santuario, por las tropas del general Daniel Florencio O'Leary, en 1829. Su corta vida sólo le permitió revelarse como guerrero, incapaz de asumir tareas en la administración de gobierno. Según su biógrafa Pilar Moreno de Angel, «Córdova llevó una vida donjuanesca y era tan ducho en las artes del amor como en las de la guerra». Se esforzó tenazmente por educarse, pero las condiciones impuestas por la guerra no le permitieron formarse para asumir responsabilidades en la conducción del gobierno y establecer una posición mesurada en el manejo de su ideario político de la postguerra [*Ver tomo 1, Historia, p. 298*].

LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

BOTERO SALDARRIAGA, ROBERTO. *Córdova*. Medellín, Bedout, 1970. MORENO DE ANGEL, PILAR. *José María Córdova*. 2ª ed. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1979. POSADA, EDUARDO. *Biografía de Córdova*. 2ª ed. Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1914. VALENCIA TOVAR, ALVARO. *General de división José María Córdova*. Bogotá, Imprenta y Litografía de las Fuerzas Militares, 1974.

CORDOVEZ MOURE, JOSÉ MARÍA

Escritor e historiador caucano (Popayán, mayo 12 de 1835 - Bogotá, julio 1 de 1918). Nacido en el seno de una numerosa familia, a raíz de la quiebra de su padre, Manuel Antonio Cordovez, la familia se trasladó a Bogotá, en 1838. Su vida es relatada por él mismo en *Recuerdos autobiográficos*, José María Cordovez Moure realizó estudios en diversos colegios; en 1844 ingresó a la escuela pública de la catedral; en 1847 fue internado en el seminario menor, dirigido por los jesuitas; en 1849 inició estudios de filosofía en la Universidad Nacional, pero los interrumpió al año siguiente, a causa de los disturbios estudiantiles provocados por la expulsión de los jesuitas. Luego de ser internado en el colegio



José María Cordovez Moure.
Oleo de Santiago Martínez Delgado.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

de San Buenaventura, del cual se retiró debido al costo de la pensión, concluyó estudios de Derecho en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. La difícil situación económica de su familia, sumada al hecho de ser el único varón de doce hijos, determinó que José María se viera obligado a asumir responsabilidades económicas. Desde muy joven ejerció diversas actividades como administrar el almacén paterno, negociar con quina en las montañas del páramo de Guanacas y ser "correo de gabinete", transportando documentos diplomáticos al Perú. En 1862 inició su carrera de empleado público, que se prolongó por casi cincuenta años. Durante este período desempeñó una serie de cargos de variada índole. Fue administrador de la salina de Chita, inspector de ferrocarriles, visitador de los consulados en Europa y América, subsecretario del Ministerio del Tesoro y ministro en propiedad del mismo. Además, fue síndico del hospital de San Juan de Dios y del Buen Pastor, y cónsul general de Chile en Bogotá. Aunque de joven redactó algunos capítulos de sus crónicas y corrigió obras del peruano Sebastián Lorente, fue sólo a los cincuenta y seis años cuando realmente se dedicó a las letras. Desde 1891 entró a colaborar con *El Telegrama*, actividad que realizó hasta su muerte. A pesar de sus obligaciones como funcionario público, Cordovez Moure frecuentó

asiduamente la tertulia literaria de la Librería Americana del doctor Concha. Hizo parte del grupo de intelectuales y escritores que se formó en la escuela costumbrista de *El Mosaico*, el cual marcó toda una corriente literaria de 1858 a 1870. Sus *Reminiscencias de Santafé de Bogotá*, conformadas por ocho volúmenes, son su obra más conocida. En esta historia anecdótica, Cordovez Moure retrató minuciosamente la Bogotá de su época. Entre sus otras publicaciones están *Recuerdos autobiográficos*, *Un viaje a Roma* y *De la vida de antaño* [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 55-56*].

HELENA CARO

Bibliografía

ARBOLEDA, GUSTAVO. *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo Departamento del Cauca*. Bogotá, Librería Horizontes, 1962. MÚJICA, ELISA. "Bogotá y su cronista Cordovez Moure". En: *Manual de literatura colombiana*. Bogotá, Procultura-Planeta, 1988, tomo I, pp. 143-173.

CORTÁZAR TOLEDO, ROBERTO

Historiador nacido en Pacho, Cundinamarca, el 10 de enero de 1884, muerto en Bogotá, el 14 de mayo de 1969. Roberto Cortázar Toledo es considerado como uno de los historiadores más representativos de la historiografía académica y documentalista en Colombia. Bautizado el 18 de enero de 1884, realizó sus estudios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde obtuvo el título de doctor en Filosofía y Letras en 1908. Desde entonces se dedicó a la labor docente y a los estudios históricos y literarios. Fue profesor de varios colegios en Bogotá, sus asignaturas de enseñanza fueron: Analogía de latín, Sintaxis latina y Analogía griega. Entre los años 1913 y 1918 ocupó la Dirección de Instrucción Pública de Cundinamarca. En su actividad académica, Roberto Cortázar fue muy fecundo. Ocupó la silla 14, para la cual fue elegido el 15 de noviembre de 1911; fue secretario de la Academia Colombiana de Historia por varios años, y presidente en el período 1958-1959. Uno de sus mayores intereses fue la publicación de fuentes directas documentales para la historia de Colombia. Hizo la recopilación de cartas del Archivo del General Francisco de Paula Santander en doce tomos, la cual tituló *Cartas y mensajes del general Santander*. Así mismo, publicó siete volúmenes de la *Correspondencia dirigida al general Francisco de Paula Santander*. Estas obras constituyen un gran aporte para el estudio del pensamiento del general Santander. Otras obras documentales suyas son: *Congreso de Angostura*, *Congreso de Cúcuta* (investigada con el historiador Luis Augusto Cuervo), *Congreso de 1823*, *Congreso de 1825*, *Las Ciudades Confederadas del Valle del Cauca en 1811*, *Centenario de Boyacá* (escrito con los historiadores Raimundo Rivas y José Joaquín Guerra). Es muy conocida su obra escolar *El Libro del Ciudadano*, también, *El nuevo lector colombiano* y *Cívica*. Cortázar publicó, además, *Pensamiento político de Santander*, *La novela en Colombia*, *La batalla de Boyacá*, *Simón Bolívar, bosquejo de su vida y de su obra*, *Monumentos, estatuas, bustos, medallones y placas conmemorativas existentes en Bogotá*, *Nuevo Compendio de geografía elemental de Colombia*, *Nuevo traductor Latino* y numerosos artículos escritos para el *Boletín de Historia y Antigüedades*, órgano de la Academia Colombiana de Historia, el cual dirigió durante varios años. En sus actividades privadas, Cortázar fue gerente de la Industria Metálica colombo-americana, gerente de La Razón S.A. y miembro de la Junta Directiva del Banco Prendario Municipal.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ



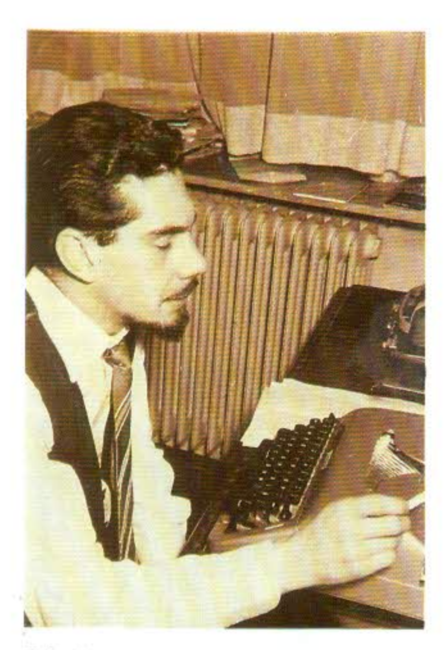
Roberto Cortázar Toledo.
Oleo de Inés Acevedo Biester.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

Bibliografía

FORERO, MANUEL JOSÉ. "Despedida al doctor Roberto Cortázar". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Nº 654-655 (1969), pp. 190-191. MIRAMÓN, ALBERTO. "Elogio de Roberto Cortázar". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Nº 690-692, pp. 219-222. TISNÉS, ROBERTO MARÍA. "Roberto Cortázar Toledo". *Boletín de Historia y Antigüedades*, tomo 56, Nº 654-656 (1969), pp. 198-201.

COTE LAMUS, EDUARDO

Poeta, intelectual y político nortesantandereano (Cúcuta, agosto 16 de 1928 - agosto 3 de 1964). Estudió el bachillerato en el Colegio San José de Pamplona, y luego cursó Derecho en la Universidad Externado de Colombia, en Bogotá. En 1950 viajó, becado por el gobierno español, a Madrid. Se diplomó en Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca. En 1953 ganó el premio de poesía "A la joven literatura", con su libro *Salvación del recuerdo*. Un poco antes, en 1950, la Imprenta Departamental del Norte de Santander había editado el primero de sus cinco libros de poesía, *Preparación para la muerte*. Durante su estancia en España, Cote trabó amistad con Vicente Aleixandre, con poetas españoles de la generación del 50, como José Angel Valente (en un poema tardío, "Intimations to Inmortality from Recollections", Valente hace una semblanza de aquellos, según el poema, turbios y dorados años), con algunos políticos españoles y con tres poetas nicaragüenses, José Coronel Urtecho, Ernesto Mejía Sánchez y Carlos Martínez Rivas, que habrían de ser fundamentales, sobre todo los dos últimos, en la evolución poética de Cote (a través de ellos conocería la lírica norteamericana e inglesa). En 1953 viajó a Escocia para ocupar durante unos meses el cargo de cónsul. «*En Glasgow, la ciudad más fea del mundo,/ los días pasan como nudos de soga, como palos de ciego,/ como navajas romas, como borrachos tontos,/ como gatos negros en la noche./ Pero hay algo entre el hollín y la tristeza/ ahorrativa de los escoceses,/ entre el mineral de hierro y la fermentación del whisky/ que se convierte en danza,/ vibra en las rodillas y los pasos,/ en gritos que vienen del más lejano abuelo,/ el que miró la nieve, el frío, la Highland/ y se puso a bailar para llamar el sol*», dice en un poema inédito. Al año siguiente, partió a Francfurt (Alemania), donde vivió tres años como



Eduardo Cote Lamus.
Casa de Poesía Silva, Bogotá.

cónsul auxiliar de la Embajada de Colombia. Estudió filosofía, leyó a Gottfried Benn, y estableció una sólida amistad con el filósofo Rafael Gutiérrez Girardot. Según parece, unas versiones de poemas chinos nunca publicadas datan de entonces. En 1955 la Editorial Insula de Madrid publicó *Los sueños*. Con este volumen Cote dio un giro radical a su poesía. Abandonó las efusiones sentimentales de *Salvación del recuerdo* (debidas, en buena parte, a la lectura de Aleixandre) y se inclinó por un verso contenido, seco, de raíz conceptual. Como anota Hernando Valencia Goelkel, «el poeta busca empobrecerse de cuanto no resulta primordial, de todas las riquezas que comienzan a volverse espurias e inimportantes». En 1957 regresó a Colombia. Al año siguiente se casó con Alicia Baraibar y dio comienzo a una fulgurante carrera como estadista: secretario de Educación, representante a la Cámara, senador y gobernador de Norte de Santander. No había cumplido un año en este último cargo, cuando murió en un accidente automovilístico, la noche del 3 de agosto de 1964. De manera simultánea con su carrera política, había fundado, con Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel, la revista *Mito* y había publicado dos importantes libros de poesía: *La vida cotidiana* (1959) y *Estoraques* (1963). Recibiendo la influencia del poeta anglonorteamericano T. S. Eliot por vía nicaragüense, Cote ensayó una poesía en la que se destacaban los anchos versos libres, llenos de cadencias discursivas, y la glorificación de la anécdota. Poemas coloquiales, cotidianos, que recogían las voces de la calle y la «música de la conversación» definida por Eliot. En la misma vena, pero con un tono más conceptual, *Estoraques* combina la meditación filosófica, la arqueología, la «teoría hidráulica del mundo», el influjo de Eliot y Octavio Paz con temas locales y autobiográficos (El estoraque es una planta, pero se llama así a «unas construcciones de tierra parda, entre ocre y marrón —túmulos, torres truncadas, muñones de colinas—» que la erosión ha formado en La Playa, un municipio de Norte de Santander). Esta compleja combinación permite calificar a *Estoraques* como uno de los mejores poemas largos de Colombia. En 1959 publicó, en una separata de la revista *Mito*, su *Diario del Alto San Juan y del Atrato*. Originado en un viaje al Chocó el año anterior, cuando Cote era representante a la Cámara, el texto es, además de una denuncia de los males socioeconómicos del Pacífico, un canto a la naturaleza, a la exuberancia hídrica de los ríos colombianos. Aunque el *Diario* es su principal texto en prosa, Cote redactó algunos cuentos (publicados en la *Obra literaria*) y algunos ensayos de poesía y música (también recogidos allí). Valga anotar, además, que sus discursos políticos pueden considerarse brillantes páginas de oratoria. En 1987 Mario Jursich y Oscar Torres editaron cuatro cartas de Jorge Gaitán Durán a Cote Lamus (Revista *Neutro* Nº 2, febrero-abril de 1987). En 1988 su hijo Pedro Cote Baraibar clasificó y transcribió alrededor de 100 poemas inéditos como parte de su tesis de grado en Filosofía y Letras en la Universidad de los Andes. En 1990, la Fundación Simón y Lola Guberek publicó por primera vez en libro el *Diario del Alto San Juan y del Atrato* [*Ver tomo 4, Literatura, p. 262*].

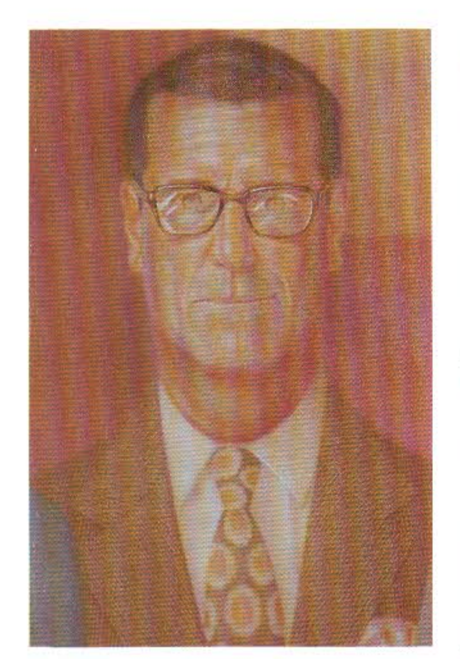
MARIO JURSICH DURÁN

Bibliografía

ARÉVALO, GUILLERMO ALBERTO. "La poesía de Eduardo Cote Lamus". En: EDUARDO COTE LAMUS. *Obra literaria*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976. ARMAS, ALFONSO. "Eduardo Cote Lamus". *Revista Bolívar*, Nº 40 (Bogotá, octubre de 1957). CAMACHO GUIZADO, EDUARDO. "En torno a la poesía de Eduardo Cote Lamus". *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, año LVIII, Nº 467 (Bogotá, julio-agosto de 1964). CARRANZA, MARÍA MERCEDES. "Eduardo Cote entre la vigilia y el sueño". *Razón y fábula*, Nº 18 (marzo-abril, 1970), pp. 37-49. CARRANZA, MARÍA MERCEDES. "Cote Lamus, un poeta de los años cincuenta". *Golpe de Dados*, Vol. XII, Nº LXXI (Bogotá, septiembre-octubre, 1984), pp. 86-89. PARRA DELGADO, LUIS ROBERTO. "Apuntes para una semblanza de Eduardo Cote Lamus". *Gaceta Histórica*, Nº 1 y 2 (Cúcuta, 1975).

CRUZ VÉLEZ, DANILO

Filósofo caldense (Filadelfia, 1920). Danilo Cruz Vélez estudió en Bogotá, y luego en Friburgo de Brisgovia (Alemania). Ha sido profesor de la Universidad Nacional de Colombia y de la Universidad de los Andes, en Bogotá. Fue uno de los principales colaboradores de Rafael Carrillo, cuando éste fundó el Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional, en 1946. En 1948 publicó su primer libro, *Nueva imagen del hombre y de la cultura*. En 1967 publicó *¿Para qué ha servido la filosofía? En torno a una pregunta de Nietzsche*, en la editorial de la *Revista Colombiana*. Miembro de la Academia Argentina de Ciencias, con sede en Buenos Aires, y de la Société Européenne de Culture, en Venecia, Cruz Vélez ha publicado una extensa obra filosófica y ha colaborado con numerosas revistas, entre ellas, *Correo de los Andes*, *Revista de las Indias*, *Eco*, *Ideas y Valores* y la *Revista latinoamericana de filosofía*, a cuyo comité de redacción pertenece. En 1970, con el lanzamiento editorial de *Filosofía sin supuestos: de Husserl a Heidegger*, Danilo Cruz se constituyó en el introductor de la fenomenología moderna en Colombia. Luego vendrían *Nietzscheana* (1972), el ensayo "Nihilismo e inmoralismo" (aparecido en *Eco*, Vol. 6, Nº 153, 1972), *El mito del rey filósofo: Platón, Marx, Heidegger* (1989) y *Tabula rasa* (1991). En 1972, Cruz Vélez abandonó la cátedra universitaria para dedicarse a su obra, lo que le ha valido ser reconocido como el filósofo colombiano por excelencia. Una de sus preocupaciones fundamentales ha sido la de explicar nuestro pasado filosófico desde la filosofía misma, reivindicando el derecho de los pueblos americanos a ser deliberantes, dentro del marco más amplio del pensamiento occidental. Ello lo acercó a la obra y personalidad del pensador argentino Francisco Romero, el mayor impulsor de la filosofía hispanoamericana en el siglo XX y fundador de la



Danilo Cruz Vélez.
Oleo de Carlos Dupuy.
Colección particular, Bogotá.

Biblioteca Filosófica de la editorial Losada, así como de un importante fondo bibliográfico especializado. Cruz Vélez ha jugado un papel semejante en Colombia, procurando siempre difundir y divulgar los debates filosóficos claves de nuestro tiempo, en el que, a su juicio, una técnica sin ética ha pervertido el estatuto de la morada del hombre sobre la tierra. En su ensayo "La ciudad frente al campo" (*Eco*, 1978), analiza las implicaciones de esta problemática desde una perspectiva que irradia desde nuestro propio ámbito sociocultural. Más recientemente, *Tabula rasa* constituye un intento de apropiación y articulación de los sistemas tutelares de la historia de la filosofía que conforman el pensamiento occidental. Actualmente, Cruz Vélez reside en Bogotá [*Ver tomo 5, Cultura, p. 165*].

MATEO CARDONA VALLEJO

Bibliografía

CRUZ VÉLEZ, DANILO. *Aproximaciones a la filosofía*. Bogotá, Colcultura, 1977. CRUZ VÉLEZ, DANILO. *Tabula rasa*. Bogotá, Planeta, 1991. GIL OLIVERA, NUMAS ARMANDO. "Danilo Cruz Vélez, el filósofo colombiano por excelencia". En: *Reportaje a la filosofía*. Bogotá, Punto Inicial, 1993, pp. 13-21. SIERRA MEJÍA, RUBÉN. "Danilo Cruz Vélez: filósofo sin supuestos". *Boletín Cultural y bibliográfico*, Vol. 2, Nº 4 (1985), pp. 17-30; y en: *La filosofía en Colombia: siglo XX*. Bogotá, Procultura, 1985.

CUERO Y CAYCEDO, FERNANDO

Eclesiástico caucano nacido en Cali, el 19 de noviembre de 1780, muerto en Popayán, el 7 de agosto de 1851. Fervoroso patriota franciscano, Fernando Caycedo y Cuero fue nombrado obispo de Popayán en 1841 y rigió su diócesis hasta el año de su muerte. Hijo de don Antonio Cuero, alcalde provincial, y de doña Javiera Caycedo, a los 15 años de edad pidió su admisión en el Colegio de Misiones de su ciudad natal, donde fue acogido y vistió el hábito franciscano. No obstante, antes de concluir el año de noviciado, dejó el estado comenzado y viajó a Bogotá para iniciar estudios en el colegio de Nuestra Señora del Rosario. Concluidos con lucimiento los cursos de filosofía, y habiéndose avivado su inclinación al estado religioso, ingresó nuevamente a la Orden Franciscana en el convento recoleta de San Diego de Bogotá. Allí hizo el año de noviciado y la profesión religiosa, luego pasó al Convento Máximo de la capital, donde cursó la teología y optó por el grado en esa facultad, conferido por la Universidad Tomística. Las órdenes sagradas, incluido el presbiterado, las recibió en Cartagena en 1804. A su regreso a Bogotá regentó en el Colegio de San Buenaventura la cátedra de teología hasta 1809, cuando volvió a Cali y pidió su incorporación definitiva al Colegio de Misiones. Siendo este claustro un entusiasta fortín de las ideas patrióticas, fray Fernando templó su personalidad en ese espíritu. Así, la junta gubernativa que se organizó en Cali y que preparó las fuerzas que en 1811 destruyeron en Palacé a las que



Fernando de Jesús Cuero y Caycedo.
Convento de San Francisco, Bogotá.

mandaba el gobernador español Miguel Tacón, lo nombró su secretario. Cuando en 1813 el pacificador español Juan Sámano invadió el Cauca, fray Fernando tuvo que huir a la provincia de Antioquia, con otros religiosos compañeros suyos. Preso en 1816, por haber favorecido la evasión de José María Gutiérrez, fue amenazado con el patíbulo y sufrió humillaciones. Por doce años continuos regentó la cátedra de teología en el Colegio de Santa Librada y por quince años rigió también, en calidad de guardián, el Colegio de Misiones de Cali. En 1841 el Congreso de la República lo propuso para la silla episcopal de Popayán, vacante por el fallecimiento de don Salvador Jiménez Enciso de Padilla, siendo preconizado en el consistorio del 23 de mayo de 1842. Su consagración episcopal tuvo lugar en Bogotá, el 28 de septiembre de 1842, por monseñor Manuel José Mosquera. Tres meses después entró a Popayán para regir ejemplarmente su diócesis. El historiador Gustavo Arboleda le atribuye entre sus méritos como obispo, el haber visitado casi por completo su vasta diócesis, haber traído nuevamente a los jesuitas, expulsados desde 1767, para confiarles el seminario, y la introducción al Valle del Cauca del pasto pará, traído de Cartagena, que significó un gran progreso para la ganadería en ese momento.

LUIS CARLOS MANTILLA R.

Bibliografía

ARBOLEDA, GUSTAVO. *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo departamento del Cauca*. Bogotá, Librería Horizontes, 1962.

CUERVO, ANTONIO B.

Militar, educador y geógrafo nacido en Bogotá, el 13 de junio de 1834, muerto allí mismo, el 19 de febrero de 1893. Hijo del vicepresidente Rufino Cuervo y de María Francisca Urisarri, Antonio Basilio Cuervo, al igual que muchos jóvenes que se formaron en la primera mitad del siglo XIX como abogados, y que desempeñaron oficios como la literatura, el periodismo, la historia o las ciencias, se decidió por la vida militar; y, también como ellos, debió buscar otras alternativas económicas distintas al Derecho. Así, mientras en la guerra el general Cuervo estaba defendiendo sus ideales políticos y exponiendo sus dotes



Antonio Basilio Cuervo.
Fotografía de la Colección José Joaquín Herrera.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

militares y diplomáticas, fuera de ella estaba «reponiendo en algo su fortuna casi aniquilada» o, desempeñando, en sus últimos años, algunos cargos públicos. Cuervo inició su larga carrera militar en 1851, cuando participó en la revolución de aquel año; y como defensor de las fuerzas conservadoras, tomó parte en todas las guerras civiles que siguieron, siempre dispuesto a mantener vivo el espíritu de disciplina y entusiasmo de los defensores del partido conservador y a contrarrestar las influencias negativas y peligrosas. Fuera del país, tuvo una participación ocasional en la guerra de Secesión de Estados Unidos, en 1861, en Alemania en la batalla de Sodowa y en Brasil en la insurrección de los negros esclavos del Pará. En las épocas de "paz", Antonio B. Cuervo, como muchos bogotanos de la segunda mitad del siglo XIX, se desplazó por temporadas a las orillas del alto Magdalena a buscar fortuna en el tabaco, las dehesas y el comercio. Entre los años 1861 a 1866 probó suerte en Francia, Alemania, Egipto, Austria, Brasil e Inglaterra, en las casas comerciales y las empresas agrícolas. Vale la pena resaltar, fuera de sus actividades militares y comerciales, su participación aún muy joven en los cambios sustanciales de los métodos de enseñanza, llevados a cabo en el Liceo de Familia, colegio que fundó después de la guerra de 1854. «De aquella época, dice Carlos Martínez Silva, data la introducción del texto de Bello en las aulas de gramática y la importancia que entre nosotros se ha dado a esta materia, así como la supresión del de Nebrija, reemplazado por Burnouf, para el estudio de la lengua latina». En este corto acercamiento a la literatura, se manifestó su cuidadosa educación literaria, recibida de su padre y de profesores como Manuel Marroquín y Ulpiano González. Pero fue en la geografía, y más específicamente en la estrategia militar del territorio fronterizo, donde Cuervo realizó dos aportes trascendentales para la historia y la geografía del siglo XIX en Colombia. En 1853 publicó su *Resumen de la geografía histórica, política, estadística y descriptiva de la Nueva Granada*, considerado como «autoridad en el debatido asunto de límites con las repúblicas vecinas»; y en 1888, de nuevo estimulado por las cuestiones limítrofes, se trasladó a España para atender los asuntos relacionados con la fijación de límites entre Colombia y Venezuela. Allí Cuervo obtuvo de los archivos una amplia e importantísima documentación que arroja gran claridad sobre las fronteras colombianas. Reunió copiosos y valiosos documentos inéditos que contienen la descripción y estudio de las costas colombianas sobre el mar de las Antillas, además de los aspectos económicos, políticos, y sociales de cada una de sus provincias, las noticias geográficas y planes de defensa de los ríos y las costas del Pacífico y el Atlántico, y una serie de documentos reales sobre las fronteras. Al final de su vida, siendo ministro de Gobierno, y en ausencia del vicepresidente Miguel Antonio Caro, le correspondió asumir el mando entre el 16 y el 17 de enero de 1893, durante el motín organizado por los artesanos en Bogotá.

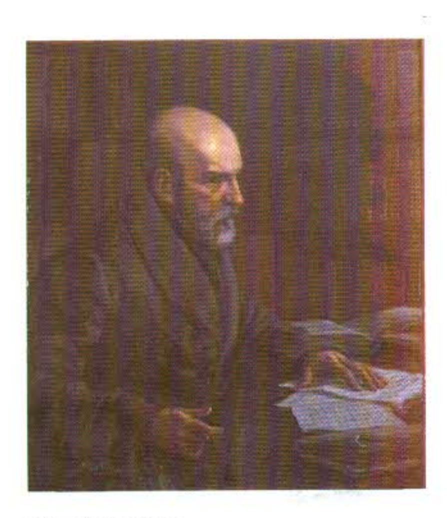
LUCELLA GÓMEZ GIRALDO

Bibliografía

CAMACHO, JOSÉ L. "General Antonio B. Cuervo". *El Taller*, Serie IX, Nº 103, Bogotá, octubre 18 de 1888. CUERVO, ANTONIO B. *Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia*. Impresión dirigida por el geógrafo y militar Francisco Vergara y Velasco. Bogotá, 1891. MARTÍNEZ SILVA, CARLOS. *Escritos varios*. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1954.

CUERVO, RUFINO JOSÉ

Filólogo y humanista nacido en Bogotá, el 19 de septiembre de 1844, muerto en París, el 24 de abril de 1911. Hijo de Rufino Cuervo, vicepresidente de la República durante el mandato del general Tomás Cipriano de Mosquera, y de doña Francisca Urisarri, dama de ascendencia vascongada, piadosa y de agradable trato, que conservó en su familia las austeras y puras tradiciones de sus antepasados, Rufino José fue el último de siete hermanos, tres de los cuales murieron en la niñez y juventud. Su intensa religiosidad y devoción por la ciencia, posiblemente resultado de la influencia de sus antepasados, donde se cuentan un presbítero, un obispo, un arzobispo, próceres de la Independencia de la Nueva Granada, gentes relacionadas con el gobierno, militares, exploradores, escritores y naturalistas, fueron los aspectos que marcaron su vida. Bautizado por el ilustrísimo señor Manuel José Mosquera, amigo de su padre, su infancia transcurrió en la casa paterna, ubicada cerca de la catedral, donde vivían las familias distinguidas. Allí recibió, directamente de su padre, las primeras enseñanzas, debido al caos en que se encontraba la educación después de la expulsión de los jesuitas en 1850. Su enorme capacidad de asimilación y observación permitió que los preceptos y normas vistos en el padre y captados en la tradición familiar, fueran moldeando su espíritu; por otra parte, los elementos de geografía y gramática que recibió durante su primera educación, fueron decisivos en el desarrollo de sus posteriores estudios sobre la lengua. Muerto su padre en 1853, Cuervo ingresó al Liceo de Familia, dirigido por su hermano mayor Antonio Basilio, donde enseñaban profesores como Pedro Fernández Madrid, el ex presidente José Ignacio de Márquez y Antonio José de Sucre, quien viendo la disposición para los idiomas de Cuervo y Miguel Antonio Caro, los separó de los demás alumnos, para darles lecciones especiales de latín y castellano. En 1860 Cuervo estudió con don Santiago Pérez, quien introdujo las enseñanzas gramaticales de Andrés Bello en Colombia. En 1861 estudió lógica en el Colegio San Bartolomé, pero su permanencia allí fue corta, puesto que la comunidad jesuita fue nuevamente expulsada del país. Así, a causa de la inestabilidad política y social imperante en Colombia, la educación intelectual de Cuervo no pudo ser continua, coherente y metódica; con todos los claustros clausurados en 1861, su educación llegó a un fin prematuro cuando tenía 17 años. Los



Rufino José Cuervo.
Oleo de Francisco A. Cano.
Biblioteca Nacional, Bogotá.

siguientes seis años constituyen un período de silencio en su vida, pero se presume su dedicación al estudio solitario y perseverante de las disciplinas lingüísticas. Para aliviar la mala situación económica por la que atravesaba su familia, Cuervo se dedicó, por un corto tiempo, a la enseñanza. Fue catedrático de latín en el Colegio del Rosario, entre 1867 y 1868, y en el Seminario Conciliar de Bogotá, enseñó latín y griego en 1868; en 1870 se dedicó a la latinidad, y dejó la enseñanza. En estos años escribió, en compañía de Miguel Antonio Caro, el texto original de la *Gramática de la lengua latina para el uso de los que hablan castellano*. Allí aparecen, con sin igual armonía y bien fundamentados, los resultados de las investigaciones llevadas a cabo hasta entonces por los más destacados filólogos de la época; por medio de la comparación entre las modalidades del castellano y el latín, y el uso continuo de ejemplos tomados de los más notables escritores, la *Gramática latina* de Caro y Cuervo sienta las bases de la moderna lingüística, empleando un método que se adelanta a los mejores de hoy. Según Fernando Antonio Martínez, este trabajo fue considerado por la Real Academia Española, una «obra magistral y la mejor de su género escrita en castellano». Caro y Cuervo, las dos figuras más notables de la filología, aparecen aquí unidas en el plan pero distanciadas en el desarrollo. Según Martínez, la analogía, parte que correspondía a Cuervo, fue considerada como un análisis sagaz; la sintaxis, ejecutada por Caro, una síntesis completa. Así, la *Gramática latina* revela el trabajo conjunto de un erudito de la lengua y un filósofo del idioma.

Como la situación económica empeoraba, Cuervo dejó la enseñanza para dedicarse a trabajar en la fábrica de cerveza que había fundado su hermano Angel en 1868. Allí el trabajo era duro e intenso, y nunca faltaba el cobro de cuentas pendientes. Según Fernando A. Martínez, Cuervo vivía «yendo por fondas y tabernas aguardando y volviendo una y más veces». Sin embargo, durante estos años Cuervo continuó con su formación filológica, y se sospecha que fue en esos ires y venires por tabernas y fondas, donde recogió las formas populares del habla bogotana. Estudioso de los avances del comparatismo lingüístico europeo y del movimiento científico y bibliográfico que venía operándose dentro del campo de la filología, su preparación intelectual ya estaba casi completa. A medida que avanzaba en sus lecturas, Cuervo hacía rápidos y seguros adelantos, como sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, la *Muestra de un diccionario de la lengua castellana* (1872) y los *Estudios filológicos*. Cuando Cuervo publicó en 1872 la *Muestra*, su argumentación lingüística era tan amplia que abarcaba varios troncos idiomáticos: armenio, celta, danés, flamenco, griego, latín, lituano, ruso, sueco y sánscrito, y dentro de las lenguas románicas: francés, italiano, portugués y provenzal, contando con el español, de cuya repartición dialectal daba información. Remitía también al vascuence, y en el campo de las lenguas semíticas, al árabe y al hebreo. Fernando A. Martínez dice: «Si Cuervo hubiera proseguido por el campo acotado del comparatismo, hubiera podido ser uno de los primeros indoeuropeos del siglo XIX». Paralelamente, Cuervo se esforzaba por mantener un círculo de relaciones sociales en el que se destacan las figuras de Venancio González Manrique, su colaborador en la *Muestra*, el doctor Ezequiel Uricochea, quien lo mantenía al corriente de las noticias literarias y científicas europeas, y, especialmente, Miguel Antonio Caro. Su más conocido y simpático libro de esta época, las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, constituye una continua corrección de impropiedades del lenguaje, de voces mal formadas, de palabras con acentos errados y de giros defectuosos. Es una corrección, dice Nicolás Bayona Posada, encaminada a hacer patria, pues la patria es la lengua. Las correcciones de Cuervo se hallan fundamentadas en un sinnúmero de citas de los clásicos, etimologías y referencias a otras lenguas. Bayona Posada dice que la obra tiene un solo defecto: su modesto título. Lo que llama "apuntaciones", son estudios que no pueden contener mayor ciencia y más certero análisis; además, casi la totalidad de lo que se censura a los bogotanos, puede aplicarse a los americanos en general, y aun a los mismos españoles. Libro muy útil, que llamó la atención de los lingüistas y se extendió rápidamente por los países de habla castellana, las *Apuntaciones* convirtieron a Cuervo en la mayor autoridad de nuestra lengua.

Sin embargo, Cuervo no se encontraba satisfecho con su trabajo filológico. Su meta era elaborar un diccionario que reuniera las etimologías, las autoridades y las comparaciones. Pero consciente de que esta labor le era imposible, puesto que no contaba con los elementos necesarios para un trabajo de tal envergadura, Cuervo decidió sacrificar su ambición y reducirse a lo posible: en lugar de un diccionario general, elaboraría otro, en el cual figuraran solamente las palabras que tuvieran un valor sintáctico importante en la frase. Así, en 1872 Cuervo comenzó la lectura de los clásicos, subrayando las palabras notables de cada escrito. El léxico, las construcciones sintácticas de todos y cada uno de los maestros de la lengua, fueron quedando fijados poco a poco en tarjetas. Se dice que el estudio y anotación de *Don Quijote de la Mancha* le llevó dos años de trabajo; esto muestra la magnitud del análisis a que cada obra era sometida. Su amigo Marco Fidel Suárez, otro enamorado de la lengua, le ayudó a elaborar las tarjetas. Cuervo trabajó ininterrumpidamente en su obra durante seis años, hasta 1878 cuando suspendió transitoriamente su labor, para ir con su hermano Angel a Europa en busca de nuevos materiales y tecnologías para la fábrica. Allí visitaron la exposición de París, y estudiaron una que otra fábrica de cerveza, sintiéndose Angel muy satisfecho del sistema de producción que utilizaba. En el año de estadía, Cuervo aprovechó para establecer contacto con filólogos europeos como Pott, Ribbeck y Teubner y para adquirir las publicaciones de la época. Los hermanos Cuervo regresaron a Bogotá en 1879, pero con

la idea de que sólo en París se daban las condiciones necesarias para que Rufino José terminara su obra, ya que allí había encontrado bibliotecas que le ofrecieron las primeras ediciones de las obras y colecciones de manuscritos, y personas eruditas a quienes consultar sin demora. Tres años después, en 1882, su anhelo de varios años se hizo realidad: los hermanos Cuervo cedieron la cervecería, y viajaron a París, donde se radicaron. Recorrieron toda Europa, Tierra Santa, Egipto y Arabia, estudiando a fondo las lenguas de esos pueblos, estableciendo amistad con sus gramáticos y adquiriendo colecciones de sus literaturas. La vida parisiense de Cuervo se puede asimilar a una existencia de carácter religioso. Iniciaba su trabajo cotidiano al alba, dedicándose especialmente al *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*.

Las obras de Cuervo se ubican dentro del pensamiento lingüístico dominante en su época, y la manifestación de su pensamiento científico, que se refleja en su actividad de investigador, podría señalarse en su idea del lenguaje. Para Cuervo, el lenguaje es un mecanismo que está en constante transformación, de acuerdo al tiempo y a los constantes cambios de la sociedad. De esta manera, la lengua puede modificarse hasta el punto de convertirse en otra, lo que implica que el idioma no es idéntico ni en el tiempo ni en el espacio. La lengua es un conjunto de hechos que se explican históricamente, además, se debe tener presente que el clima, el dominio de ciertas profesiones y la naturaleza realzan ciertos elementos que introducen nuevas asociaciones de ideas; así se origina una alteración lingüística cuyos principales agentes son la evolución fonética y la analogía. Pero esta alteración no sólo se produce en el lenguaje figurado o en maneras generales de expresión, sino también en la forma material de las palabras y su construcción, donde las palabras se agrupan de acuerdo a su significado o forma. Estos elementos fueron los supuestos teóricos que sostuvieron su tesis de la fragmentación del español en América. Por otra parte, la obra de Cuervo se encuentra compenetrada con los principios de la lingüística del siglo XIX, en la cual predominaban el historicismo, el radicalismo y el positivismo, junto a la idea de ajuste a la realidad, a los puros hechos. Cuervo, trabajando conforme al método del positivismo, veía en la historia un concepto realmente fecundo y le daba la importancia requerida, ya que, en cierto modo, los estudios gramaticales de índole descriptiva lo llevaban a explorar y determinar a través del tiempo las variaciones de la lengua, según dice Fernando Martínez. Así, este concepto domina en todos los trabajos de Cuervo, pero lo aplica de una manera rigurosa en dos escritos: "Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas" y "Los casos enclíticos y proclíticos del pronombre de tercera persona en castellano". En las *Apuntaciones*, Cuervo establece datos que, provenientes de la historia, son susceptibles de ilustrar o confirmar la evolución fonética o el desarrollo semántico de la palabra. Sin embargo, la obra en la que aparecen los principios históricos aplicados con más clara conciencia es el *Diccionario de construcción y régimen*. En sus textos literarios, Cuervo también se vale de la historia, pero recurre además a fuentes lexicográficas y bibliográficas, a las crónicas y a la tradición.

El primer tomo del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* apareció en 1886, y el segundo, en 1893. En este último, según Martínez, Cuervo se dio a una tarea de ordenación y redacción más sencilla que en el primero. En el *Diccionario*, Cuervo establece la acepción correcta de cada palabra de acuerdo a un contexto, busca su etimología, justifica el uso de cada palabra utilizando gran cantidad de ejemplos, la analiza sola o como parte de un modismo, anota la variación que haya podido sufrir a través de su uso y del tiempo, establece científicamente sus relaciones con otras palabras, corrige con razones válidas las construcciones erradas, y formula comparaciones entre la respectiva construcción castellana y la de otras lenguas. Al escoger como campo de trabajo la construcción y el régimen de la lengua castellana, Cuervo abrió el camino a una doble consideración del problema lexicográfico: la selección escrupulosa de un vocabulario restringido, pero pleno de un contenido expresivo, dice Martínez, y su redacción y ordenación desde los puntos de vista de la función y el valor sintácticos. Era evidente que si se trataba de construcción y régimen, estas peculiaridades lingüísticas sólo cobraban sentido si se las encuadraba en un ambiente propio: la sintaxis. Según Martínez, en el *Diccionario* Cuervo introdujo una nueva dimensión al problema lexicográfico que se había propuesto resolver: la dimensión histórica, y fue aquí, en el concepto de historia lingüística, donde Cuervo puso a trabajar su capacidad de análisis para advertir y determinar evoluciones semánticas, y contrastar etimologías, formas y variedades sintácticas; donde vertió su experiencia de investigador que recoge los resultados de la lingüística para aplicarlos a un dominio especial de los estudios referentes a la lengua materna. Es bueno señalar que Cuervo introdujo, con rigor metódico, un principio esencial en torno al problema central del español americano: la corrección idiomática. Tal principio esclarecedor, crítico, es el uso lingüístico, superior y anterior a la gramática misma, e íntimamente relacionado con su concepción general del lenguaje como ser vivo sometido a constante mutación. En esta concepción dinámica es esencial señalar las leyes a que obedece cada pueblo en las constantes mutaciones de su idioma, ya que, en última instancia, estas leyes son las que constituyen el recurso esencial de cada lengua en cuanto aseguran su permanente recreación, dice Amado Alonso. De aquí que las *Apuntaciones* no queden reducidas a un repertorio de las reprensiones que Cuervo hace de los vicios y corruptelas del lenguaje bogotano, o, más exactamente, americano; Cuervo explica históricamente aquellos usos americanos que son paralelos y responden a las mismas leyes de otros usos de la Península. Cuervo aceptaba una irremediable ruptura de la comunidad lingüística hispánica, debido a la existencia de usos divergentes en el lenguaje, unida a su concepción naturalista de éste. Sin embargo, a pesar de que creía en la inevitable escisión que las circunstancias históricas imponían al español, las *Apuntaciones* contribuyeron en extraordinaria medida al buen hablar colombiano, vigente en la actualidad, como lo ha subrayado Amado Alonso.

Según Nicolás Bayona Posada, una de las obras de Cuervo ideológicamente más interesantes es *Notas a la Gramática Castellana de Andrés Bello*, junto con el índice alfabético de la misma. Bello fue el primero en estudiar las características del castellano para fijar sus rasgos propios y su índole peculiar. Con Cuervo, lo que había pasado de anatomía a fisiología, se convirtió en algo superior: en psi-

cología. Cuervo fue el complemento de Bello: lo que en Bello es anticipación, en Cuervo toma la forma de un estudio científico riguroso; lo que en Bello es falta, en Cuervo está en abundancia; cuando Bello avanza, Cuervo lo aligera aún más; si Bello se equivoca, Cuervo lo corrige con firmeza de erudición y profundidad de análisis. Cuervo es considerado el continuador directo de la obra de Andrés Bello; según Eugenio de Bustos Tovar, esto se impone por una doble realidad: por una parte, por el hecho innegable de que la *Gramática Latina* responde a la *Gramática Castellana* de Bello; por otra, porque las *Notas a la Gramática Castellana*, de Cuervo, se han incorporado ya, inseparables, a la obra del filólogo caraqueño. La *Gramática Latina* de Cuervo está construida sobre el mismo principio descriptivo que Bello usó en la *Castellana*, es decir, que el sistema de una lengua debe ser considerado desde el seno de la misma lengua. Este principio está enriquecido con los conceptos del comparatismo lingüístico de Bopp. A este respecto, dice Eugenio de Bustos, Cuervo intenta alcanzar una finalidad que hoy parece evidente, se trata de probar «una función secundaria pero importante del latín: su valor documental en orden a la unidad y pureza del castellano, como clave interpretativa del origen y exacto sentido de muchos problemas que la lengua materna ofrece». Así, Cuervo incorpora en las *Notas a la Gramática Castellana*, las innovaciones que el comparatismo y el positivismo trajeron a la ciencia lingüística. El núcleo fundamental de los trabajos de Cuervo está en su concepción dinámica de la lengua, es decir, en la validez del estudio histórico para alcanzar una imagen real y auténtica de la lengua.

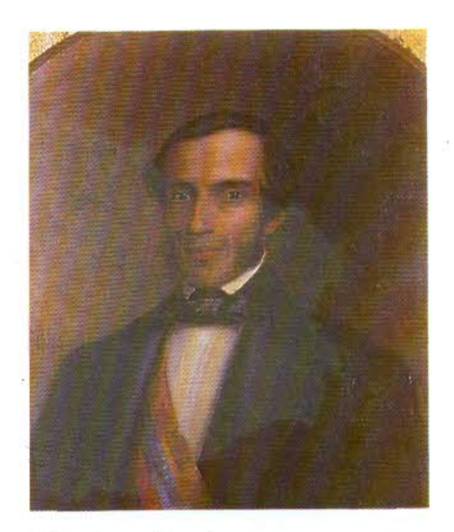
Su obra magna, el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, donde plasmó su preocupación por la organización científica de nuestro vocabulario según un criterio semántico, que por primera vez se aplicaba al castellano, fue la que consumió sus mayores afanes; no obstante, quedó interrumpida tras la publicación del segundo tomo. Cuervo trabajaba con minuciosidad la documentación en que basaba sus afirmaciones, y fue elaborando el *Diccionario* lentamente, como recreándose en las investigaciones previas que lo fundamentan. Así, a las dificultades propias del trabajo, vino a sumarse la debilidad de su salud y la soledad en que se encontraba, especialmente después de la muerte de su hermano en 1896. Ya anciano, envejecido prematuramente por los rigores del trabajo, apenas podía dedicar unos minutos seguidos a su trabajo, que tenía que interrumpir constantemente. En 1905 hizo su testamento, y parecía haber abandonado sus estudios para encontrar la paz en la lectura del *Breviario de la imitación de Cristo* y las obras teresianas. Tomó una actitud apacible y tesonera ante la muerte. Dejó sus libros, papeles y manuscritos a la Biblioteca Nacional de Bogotá; el dinero, a la beneficencia de la patria chica; el producto del arriendo de sus fincas, para auxiliar a un tipógrafo; a la familia Cuervo, lo espiritual, sus diplomas, sus trofeos, sus condecoraciones; los muebles, a la empleada de servicio. Murió vestido con una casaca ceremoniosa que con anterioridad se había hecho colocar y que sólo usaba en ocasiones solemnes. En 1942 el Ministerio de Educación Nacional creó el Instituto Caro y Cuervo con el objetivo, entre otros, de continuar el *Diccionario de construcción y régimen*. En 1987 fue publicado el tomo tres del *Diccionario*. También se han hecho recopilaciones de sus estudios lingüísticos y literarios, y de su correspondencia, textos en los que Cuervo se muestra un crítico y narrador ameno [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 118-120; y tomo 5, Cultura, p. 138*].

SILVIA ROJAS

Bibliografía

BAYONA P., NICOLÁS. *Escritos literarios de Rufino José Cuervo*. Bogotá, Ed. Centro, 1939. CUERVO, RUFINO JOSÉ *Obras*. 1ª ed. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1954; 2ª ed.: 1987. TORRES QUINTERO, RAFAEL. *Bibliografía de Rufino José Cuervo*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1954.

CUERVO Y BARRETO, RUFINO



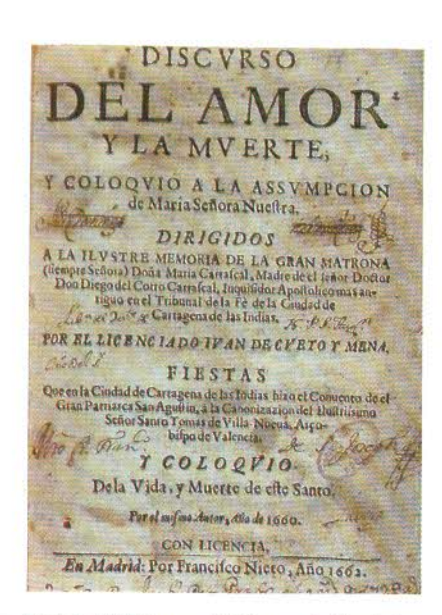
Rufino Cuervo Barreto.
Oleo de Silvano Cuellar, 1906.
Museo Nacional, Bogotá.

Político, diplomático, estadista y periodista nacido en Tibirita, Cundinamarca, el 28 de julio de 1801, muerto en Bogotá, el 21 de noviembre de 1853. Durante una visita que el general Tomás Cipriano de Mosquera realizó en su primera presidencia a Antioquia y a la Costa, fue reemplazado por el vicepresidente Rufino Cuervo, del 14 de agosto al 14 de diciembre de 1847. Cuervo estudió en el Colegio del Rosario en Bogotá, y obtuvo el grado de doctor en Derecho civil y canónico. Desde 1823 desempeñó destacados cargos públicos, entre los que se cuentan fiscal de la Comisión de Reparto de Bienes Nacionales, jefe político del Cantón de Bogotá, gobernador de Cundinamarca, fiscal de la Alta Corte, rector de la Universidad Central, diputado a la Cámara de Provincia de Bogotá. Participó como ministro plenipotenciario en el arreglo de la deuda externa; fue diplomático en el Ecuador, secretario de Hacienda y magistrado de la Corte Suprema. En 1849 fue candidato del partido conservador a las elecciones presidenciales, enfrentándose a José Joaquín Gori, su copartidario, y a José Hilario López, quien resultó ganador. Cuervo fue un periodista activo, participó en la redacción de *La Miscelánea*, periódico fundado en 1825, colaboró en *La Bandera Tricolor*, de oposición al Libertador, en 1826; defendió el centralismo a través de *El Constitucional* de Popayán (1828). En 1832 dirigió *El Cultivador Cundinamarqués o Periódico de la industria agrícola y de la economía doméstica*, que tenía por objeto popularizar los conocimientos agrícolas. [*Ver tomo 2, Historia, pp. 373-375*].

MAGDALA VELÁSQUEZ TORO

CUETO Y MENA, JUAN DE

Dramaturgo de la Colonia. Aunque español de nacimiento, Juan de Cueto y Mena vivió en Cartagena la mayoría de su vida, de manera que se le puede considerar como neogranadino. Es un dramaturgo interesante por mu-


DISCVRSO
DEL AMOR
Y LA MVERTE,
Y COLOQVIO A LA ASSVMPCION
de Maria Señora Nuestra.
DIRIGIDOS
A LA ILVSTRE MEMORIA DE LA GRAN MATRONA
(siempre Señora) Doña Maria Carrascal, Madre de el señor Doctor
Don Diego del Corro Carrascal, Inquisidor Apostolico mas antiguo en el Tribunal de la Fè de la Ciudad de
Cartagena de las Indias.
POR EL LICENCIADO IVAN DE CVETO Y MENA.
FIESTAS
Que en la Ciudad de Cartagena de las Indias hizo el Conuento de el
Gran Patriarca San Agustin, à la Canonizazion del Ilustrissimo
Señor Santo Tomas de Villa-Nueua, Arçobispo de Valencia.
Y COLOQVIO
Dela Vida, y Muerte de este Santo.
Por el mismo Autor, Año de 1660.
CON LICENCIA,
En Madrid: Por Francisco Nieto, Año 1662.

Portada de "Discurso del Amor y la Muerte", de Juan de Cueto y Mena.
Impreso en Madrid por Francisco Nieto, 1662. Biblioteca Nacional, Bogotá.

chos aspectos, en particular porque nos da idea de que la Ciudad Heroica fue un centro teatral de primer orden durante la Colonia y aun muchos años después. De él se conocen dos obras: *La competencia en los nobles y discordia concordada* (1659) y la *Paráfrasis panegírica* (1660), obras que fueron representadas durante unas festividades en Cartagena. Algunos investigadores aseguran, además, que pudo haber influido directamente la dramaturgia de Pedro Calderón de la Barca, lo que ya de por sí muestra la creatividad de este autor y la falta de cultura que existió en la Colonia neogranadina. *La competencia en los nobles* ofrece, en efecto, un gran interés, no sólo por su posible influencia en Calderón, sino porque demuestra documentalmente que el auto sacramental fue una forma dramática simultánea a la española y que era practicada con gran vigor por los autores de la Nueva Granada; los personajes, de acuerdo con el género, son alegorías: el Fuego, el Aire, la Tierra y el Agua, los clásicos cuatro elementos primordiales de los griegos; además están el Cielo y un famoso "Quitapelillos", muy español, quien hace continuamente sus chistosos comentarios; el argumento consiste en que estos cuatro elementos, que llevan los nombres griegos, disputan sobre quién es el más digno de escoltar a la Virgen María. La *Paráfrasis panegírica* tiene menor interés; la obra, que conmemora la canonización de Tomás de Villanueva, español, carece esta vez del refrescante humor del gracioso, es pesada y con bastante monotonía centra su temática en España.

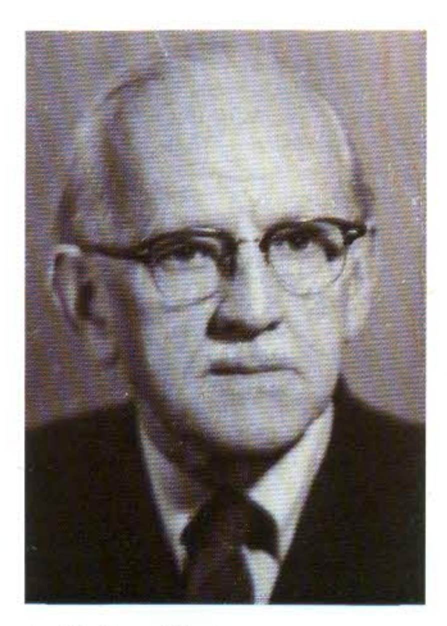
FERNANDO GONZÁLEZ CAJIAO
Manual del literatura colombiana.

CURRIE, LAUCHLIN

Economista canadiense (Nueva Escocia, 1902 - Bogotá, diciembre 23 de 1993). Creador del sistema UPAC (Unidad de Poder Adquisitivo Constante), que revolucionó el ahorro en Colombia, Lauchlin Currie veía en 1992, 20 años después de haber sido creadas las primeras Corporaciones de Ahorro y Vivienda, el indiscutible éxito de su obra: desde la creación del UPAC, se habían construido en Colombia 951 mil nuevas viviendas y había 6 millones de cuentas de ahorro. Currie, que formuló el plan de "Las Cuatro Estrategias" en 1971, durante el gobierno de Misael Pastrana, dándole un decisivo impulso a la construcción de vivienda, había madurado una vieja idea de la época en que fue asesor del presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, cuando los Estados Unidos salían de la postración económica de los años treinta. En efecto, Currie creía que uno de los instrumentos para lograr el pleno empleo y salir de la Gran Depresión era el gasto público dirigido a la construcción; sin embargo, la segunda Guerra Mundial frustró sus proyecciones. Lauchlin Currie estudió Economía en Inglaterra, en el London School of Economics, y después de obtener el grado en 1925, se dirigió a Estados Unidos, donde se encargó de introducir, junto con otros colegas, las ideas del economista inglés John Maynard Keynes. Primero fue catedrático de la Universidad de Harvard, a donde había ingresado para realizar el curso de graduados. Poco tiempo después de entrar a la Universidad, cuando empezaba su vida en la academia, a la que retornaría siempre a lo largo de su carrera, contrajo matrimonio con Dorothy Bacon. A partir de 1927, aprovechando su posición de instructor, así como el hecho de que los economistas no encontraban una solución a la profunda recesión de 1932, hizo ver a sus colegas y estudiantes las bondades de la *Teoría general* de Keynes y la necesidad de ponerla pronto en práctica. La novedad introducida por Keynes consistía en procurar un aumento significativo del gasto público en bienes durables (obras públicas y construcción) que crearan empleos y aumentaran el poder de compra de los consumidores, para recuperar los niveles de demanda anteriores a la crisis y estimular así la producción y el empleo. Pero en los Estados Unidos de los años treinta, una mayoría de la opinión pública asociaba el gasto público con el despilfarro, y los funcionarios y economistas buscaban un presupuesto balanceado. El mismo Currie dijo que gastar 1000 millones de dólares del presupuesto federal en 1932 era una gran hazaña y que, en ese medio, las ideas de Keynes constituían una herejía : «En mi propio caso, mi enfoque teórico había sufrido la influencia de Keynes desde mis días en la London School of Economics en 1922-1925, y en Harvard durante la Depresión yo había introducido de contrabando sus ideas heréticas sobre política fiscal».

Cuando Roosevelt llegó a la Presidencia de los Estados Unidos, en 1933, recibió un país con más de 3 millones de desempleados, la producción industrial en picada y una gran cantidad de bancos quebrados; entonces, llamó a una nueva generación, con otra mentalidad, para dirigir la economía del país y sostener su programa bandera: el New Deal. «Los hombres del New Deal no éramos probablemente más de 200 ó 300 personas, principalmente jóvenes abogados, economistas y unos pocos provenientes de otros campos, que nos ubicábamos en los rangos segundo y tercero de la jerarquía gubernamental», recordaría Currie después. Nombrado en el Departamento del Tesoro en 1934 para colaborar con Jacob Viner, quien estaba en la onda renovadora de impulsar el gasto, no fue posible para Currie influir con sus conocimientos desde esta posición, debido a las ideas tradicionales que había todavía en esas oficinas. Se contentó, en cambio, con hacer los cálculos más avanzados de la época sobre el impacto del gasto federal en el aumento de los ingresos de los consumidores. Ese mismo año, obtuvo la nacionalidad estadounidense. Fue después, desde la Reserva Federal, a donde Currie llegó a finales de 1934 nombrado subdirector de investigaciones, que la escuela que él representaba, al lado de Marriner Eccles, Dick Gilbert

y Harry Hopkins, entre otros, trazó el camino para salir de la recesión. Currie propuso en un memorando de circulación cerrada, aumentar la deuda pública para financiar el "impulso inicial" a la economía en 5000 ó 6000 millones de dólares anuales. Este "impulso inicial", el aporte del gobierno a la economía, se dirigió efectivamente a las obras públicas y la construcción, creando nuevos empleos. Entonces, empezó un período de recuperación. El producto nacional pasó de 40 mil millones de dólares en 1932 a 65 mil millones de dólares en 1936, al tiempo que la industria pasó a utilizar el 75% de su capacidad instalada, cuando en 1932 usaba apenas el 20%. Aunque estaba lejos la meta del pleno empleo, había ganado fuerza la teoría del "impulso inicial", gracias al poder de intervención en la economía obtenido por Roosevelt. «La reserva Federal se convirtió desde finales de 1934 en la principal área de influencia keynesiana», escribió Alan Sweezy, seguidor de Currie en aquellos años. En 1937, sin embargo, se presentó una nueva recesión; hubo un brote de inflación y los empresarios empezaron a retener inventarios, lo que Currie llamó «cuellos de botella». El grupo económico del presidente Roosevelt reconsideró, entonces, sus políticas y, lejos de retroceder, afianzó la política del "impulso inicial". Currie concluyó que el gasto público orientado a la construcción, que después llamó «sector líder», debía sostenerse indefinidamente, puesto que la inversión privada no podría por sí sola crear los empleos y aumentar la productividad al nivel que requería la economía. Currie se ganó la confianza del presidente Roosevelt, y en 1939 era el primer economista de la Casa Blanca, con una influencia incontrastable, pero el estallido de la segunda Guerra Mundial dejó los planes del grupo del New Deal sin continuación. «Creo que en el caso de que la guerra no hubiera intervenido, la victoria estaba asegurada», comentó Currie refiriéndose a la meta de lograr el pleno empleo. Durante la guerra, Currie fue nombrado asesor administrativo del presidente Roosevelt y realizó tareas extraordinarias como la coordinación de un bombardeo en la China, y el trámite de la ayuda civil de Estados Unidos a ese país. Finalizada la guerra y la era Roosevelt, Currie se vio en serias dificultades para rehacer su vida de consultor y catedrático en Washington,



Lauchlin Bernard Currie.

debido a que en 1948 fue acusado de espionaje. Según el testimonio de Elizabeth Bentley, Currie había transmitido información confidencial a Harry Dexter White, el que a su vez la había transmitido a los rusos. Este episodio lo desanimó y disminuyó su influencia en Washington; era la época del macartismo.

En 1949 Lauchlin Currie llegó a Colombia encabezando la primera misión del Banco Mundial en este país. Según Salomón Kalmanovitz, el significado de la Misión Currie «va más allá de su diagnóstico sobre el desarrollo de la economía nacional, pues el asesor canadiense propone la creación del Departamento Nacional de Planeación, que se organiza finalmente en 1959, se establece en el país y hace importantes estudios sobre la agricultura, el transporte ferroviario, un ambicioso plan de empleo, que en los años sesenta despertó mucha controversia, la llamada Operación Colombia, y un balance de la enseñanza de la economía y de las ciencias sociales». Rápidamente, Currie comprobó la limitación de los instrumentos con que contaba: «No había ninguna serie sobre el costo de vida, ni sobre medios de pago, ninguna cifra demográfica desde 1938, casi nada sobre producción y era casi imposible comprender las políticas fiscal y monetaria». Aún así, el país le gustó: se casó por segunda vez con la colombiana Elvira Wiesner en 1954, probó suerte como ganadero y obtuvo la nacionalidad colombiana en 1958, en lugar de renovar la estadounidense, que se le vencía. En 1960 el presidente Alberto Lleras lo llamó para ser miembro permanente del Consejo Nacional de Planeación. Aunque no pudo aceptar el ofrecimiento, Currie se puso en la tarea de descifrar las causas del atraso de Colombia y encontrar soluciones. Comprendió que el alto desempleo, eminentemente rural, no era resultado de una falla en el flujo monetario (altas tasas de interés, políticas de reducción del dinero en circulación, u otras), como se podía decir de la Gran Depresión de los treinta, sino consecuencia de la mala distribución de los recursos humanos y técnicos. La solución estaba, según él, en llevar la fuerza de trabajo de los campos a las ciudades, destinándola a actividades que requirieran obreros no calificados, como la construcción de viviendas, mientras que la agricultura y la ganadería debían tecnificarse para elevar la productividad, mejorar el empleo en el campo y asegurar buenos salarios. El documento que tituló "Operación Colombia" y que redactó a finales de 1960, proponía básicamente la redistribución de los recursos humanos; hablaba de crear 500 mil empleos nuevos en las ciudades en un lapso de dos años. Según Kalmanovitz, «Currie insistiría en su "Operación Colombia", en que el problema del desarrollo colombiano se basaba en una demanda insuficiente, con la cual buena parte de las actividades industriales no alcanzaba a obtener economías de escala y, por lo tanto, costos unitarios más bajos de producción». El presidente Lleras rechazó el plan. Su gobierno estaba comprometido con los programas de desarrollo de la Alianza para el Progreso (impulsados por el presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy) y con la ley de reforma agraria que se debatía entonces, y que procuraba precisamente entregar tierras a los campesinos que no las tenían. Sin embargo, a pesar del rechazo a su "Operación Colombia", Currie ahondó en la reflexión. Su libro *Acelerando el desarrollo*, que ganó en 1964 el concurso patrocinado por la editorial McGraw Hill y promocionado por la Sociedad de Desarrollo Internacional, fue el resultado de esa preocupación. Al mismo tiempo, divulgó su pensamiento a través de la cátedra tanto en la Universidad de los Andes como en la Nacional, donde fue decano de la Facultad de Economía.

En 1971, cuando se encontraba dictando un curso en la Universidad Simon Fraser de Canadá, Lauchlin Currie fue llamado por el jefe de Planeación Nacional de Colombia, Roberto Arenas Bonilla, para que ayudara a formular un plan de desarrollo para Colombia. Currie tenía en mente lo que planteó en "Operación Colombia", pero habría de agregar nuevos elementos. Planteaba la necesidad de orientar la economía hacia un sector líder que, para él, era la construcción de vivienda, por su capacidad para crear empleos, como lo había sido en la época del New Deal. Estos empleos se creaban para absorber la población rural que migraba hacia las ciudades; la diferencia estaba en que en lugar de financiarla con el gasto público, como se había propuesto entonces, era preciso canalizar el ahorro y la inversión del sector privado hacia tal fin. El sector debía autofinanciarse estimulando el ahorro privado; no debía depender del Estado. El plan de "Las Cuatro Estrategias", presentado en 1971, promovía la concentración de esfuerzos en cuatro sectores considerados claves para la economía: la construcción de vivienda, el apoyo a las exportaciones, el incremento de productividad del sector agrícola y la redistribución del ingreso. En la práctica el sector que más apoyo recibió fue el de la construcción, según la visión de Currie. El factor decisivo para su éxito fue la creación de las Corporaciones de Ahorro y Vivienda, que se encargaron desde entonces de recibir los ahorros del público para destinarlos específicamente a la construcción. El atractivo para los ahorradores era que sus depósitos iban ganando una corrección diaria para protegerlos de la inflación. La misma corrección se utilizó desde entonces como unidad para cobrarle a los deudores, haciendo que también las hipotecas variaran. De esta forma Currie cambió totalmente la cultura del ahorro en Colombia y desde entonces el sector de la construcción, que genera miles de empleos directos e indirectos, obtuvo su propia estructura de financiación. Sin embargo, la ley que le dio poderes al presidente Misael Pastrana para reformar el ahorro, había tenido que sortear serios obstáculos. El UPAC estuvo varias veces a punto de no ser realidad. Currie sugirió posteriormente a los presidentes de varias Corporaciones de Ahorro y Vivienda que formaran una agremiación para que tuvieran una sola vocería ante el gobierno. La idea fue aceptada y nació así el Instituto Colombiano de Ahorro y Vivienda (ICAVI), que Currie asesoró hasta antes de su muerte. Participó después en estudios sobre el desarrollo de Colombia y sobre políticas urbanas. Volvió a la cátedra tanto en la Universidad Javeriana como en los Andes en los años ochenta, convirtiéndose en profesor emérito de la Universidad de los Andes en 1982. Pasó sus últimos años dedicado a dictar charlas, conferencias y seminarios sobre el sistema UPAC. Durante el gobierno de Belisario Betancur, Currie fue condecorado con la Cruz de Boyacá en el grado de Comendador; un día antes de morir le fue otorgada nuevamente la condecoración, en grado de Gran Cruz [*Ver tomo 2, Historia, pp. 541 y 591-593; y tomo 8, Economía, pp. 99 y 114-115*].

RAFAEL GARRIDO LOPERA

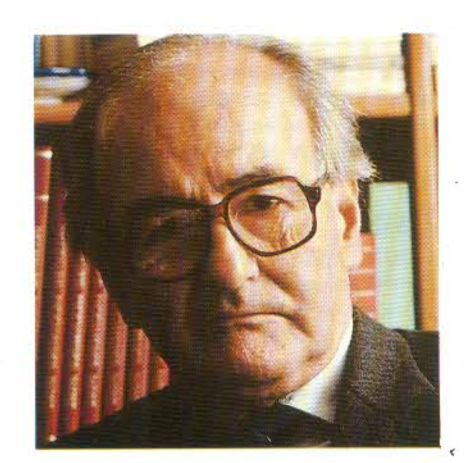
Bibliografía

BEJARANO, JESÚS ANTONIO. "Currie: diagnóstico y estrategia". *Cuadernos colombianos*, Nº 3 (Bogotá, 1974). *Cuadernos de Economía*, Nº 18-19, Universidad Nacional (1993). CURRIE, LAUCHLIN. *Ensayos sobre planeación*. Bogotá, Tercer Mundo, 1963. CURRIE, LAUCHLIN. *Urbanización y desarrollo, un diseño para el crecimiento metropolitano*. Bogotá, Camacol - Universidad de los Andes, 1988. KALMANOVITZ, SALOMÓN. "Notas para una historia de las teorías económicas en Colombia". En: COLCIENCIAS. *Historia social de la ciencia en Colombia*, tomo IX. Bogotá, 1993. *Revista Camacol*, Nº 52 (septiembre 1992), número monográfico sobre L. Currie. SANDILANS, ROGER J. *Vida y política económica de Lauchlin Currie*. Bogotá, Legis, 1990.

Ch

CHARRY LARA, FERNANDO

Poeta nacido en Bogotá, el 14 de septiembre de 1920. El texto que aparece, a manera de prólogo, en el libro *Llama de amor viva*, que recoge la obra poética completa de Fernando Charry Lara, es una especie de autobiografía cuyos hitos son las experiencias intelectuales que, según el poeta, han ido marcando su vida; a ellas les otorga tanta validez, como a las «al parecer más directas y emotivas experiencias vitales». Muy temprano, Charry Lara comenzó a tener una serie de encuentros cuya significación marcó su vocación, sus preferencias y gustos literarios, los temas y presencias que recorren su memoria y sus poemas. Autores, libros, personajes, el mar y ciertas visiones dejaron su huella viva en él. Así, es necesario ver la historia de las vivencias, de su producción poética y crítica, al lado de su biografía oficial. En 1939 Charry ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, que entonces funcionaba en el antiguo claustro de Santa Clara, y en 1943 obtuvo el título de doctor en Derecho y Ciencias Políticas. Fue director de la Radiodifusora Nacional de Colombia y de Extensión Cultural de la Universidad Nacional; miembro del consejo de redacción de las revistas literarias *Mito*, *Eco* y *Golpe de Dados* de Bogotá; y colaborador de diversas publicaciones literarias de Colombia y del exterior. Es miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua y miembro honorario del Instituto Caro y Cuervo. A través de la cátedra, Charry ha analizado y explicado diversos aspectos de la literatura, preferentemente de la hispanoamericana; ha escrito numerosos ensayos y dictado conferencias en universidades y centros literarios como la Casa de Poesía Silva. En una u otra forma, como poeta o como crítico, su quehacer ha sido siempre la literatura. Como dice Vicente Aleixandre en el prólogo que escribió para el primer libro de Charry, *Nocturnos y otros sueños*, publicado en 1949, «porque vivimos hacemos poesía». Desde su niñez, Charry tuvo una serie de experiencias que lo fueron conduciendo al encuentro con su vocación; uno de



Fernando Charry Lara.

sus primeros recuerdos es el de una imagen de José Asunción Silva en su lecho de muerte y la reproducción del manuscrito de uno de sus "Nocturnos". La impresión que sintió debió ser muy honda; Silva ha sido para él, el poeta «más entrañable de la poesía colombiana». Muchos años después de aquel encuentro, en 1985, Charry hizo una compilación de estudios críticos titulada *José Asunción Silva, vida y creación*; y en 1989 publicó el libro, *José Asunción Silva*. En estas dos obras aparecen ensayos en los cuales analiza la relación de Silva con los simbolistas franceses, con sus contemporáneos, precursores del modernismo, y con la estética de este movimiento que tanto le debe al poeta bogotano. Otra de las primeras impresiones de su niñez, la marcó un personaje a quien tan sólo vio una noche conversando con su padre, y otra cuando lo velaban en el Capitolio. Esa última visión fue la que trasladó, muchos años después, a través del recuerdo, al poema "Rivera vuelve a Bogotá": «*Un niño que no ha visto un muerto/ Y lo ve en un salón entre voces y lámparas/ Un niño que contempla turbado/ Borrosas nubes/ Eternamente solas por aquella frente/ Es el extraño que ahora/ Cuando han pasado tantos años/ Trae efímeras al recuerdo estas cosas*».

Cuando cursaba los estudios primarios, se despertó en Charry la pasión por la lectura, ante todo por la poesía. Ya adolescente, a través de las afinidades de sentimiento y expresión, halló la poesía de los españoles Luis Cernuda y Vicente Aleixandre; sus voces, como el mismo Charry anota, «representaban lo contrario de la oratoria y de la declamación que ya empezaba a detestar en mucha poesía colombiana, hispanoamericana y española». Cuando ya terminaba sus estudios secundarios en el Colegio de Ramírez, conoció a Rafael Maya, y su profesor Rafael Carrillo lo relacionó con Aurelio Arturo, otro de los poetas cuya presencia lo acompañará siempre. Fue él quien lo guió en la lectura, entre otros, de Charles Baudelaire y de T.S. Eliot. Pronto se aficionó a la música clásica; respecto a las relaciones entre música y poesía, dice: «La relación de la poesía con la música no la quise entonces en algunos poemas, no podría haberla intentado siquiera, como una analogía melodiosa que, por desconocer la esencial naturaleza significativa y reveladora del lenguaje, vendría a considerarla tan falsa como cursi. Sino que, como en otro tiempo se ha señalado, estriba "en la progresión de los grados de intensidad, en los movimientos absolutos de ascenso y descenso, en la alternancia entre carga y descarga" de la emoción poética. Así mismo, pensé desde un comienzo en el consejo de Hopkins de que la poesía debe ser la corriente, la de todos los días, enardecida por la emoción». De la etapa de su primera juventud, cuyo límite es quizás el 9 de abril de 1948, hay que destacar la significación que tuvo para él, haber conocido al poeta español Pedro Salinas, quien permaneció en Bogotá durante varias semanas, invitado por la Universidad Nacional de Colombia: «Imposible decir cuánto su presencia encendió en mí el respeto, la alegría, la admiración y el afecto». También fue muy importante para él la estadía de Luis Cardoza y Aragón en Bogotá, en 1947. Las relaciones de Fernando Charry con estos poetas, con Aleixandre y con Cernuda, continuarán a través de la correspondencia y el envío que ellos le hacían de libros y poemas que aparecían en otros países. Charry sitúa por los años cuarenta una nueva tendencia en los poetas colombianos: «Queríamos ser más asordinados,

más subjetivos, más líricos». Así, eligieron a Antonio Machado, a Pablo Neruda, a César Vallejo, a Vicente Huidobro, a Luis Cernuda y a Vicente Aleixandre; en ellos entraron voces más esenciales, despojadas de ornamentos y preciosismos; entre la obra de los poetas vivos colombianos, sus preferencias se inclinaban por la de Aurelio Arturo. Este grupo recibió varios nombres: Postpiedracielista y Cántico (éste provenía de los cuadernos publicados por Jaime Ibáñez, donde se divulgaron sus poemas). Más tarde algunos de ellos, entre quienes está Charry Lara, formaron parte del grupo de Mito. Alrededor de la revista dirigida por Jorge Gaitán Durán, se reunieron poetas, narradores y ensayistas, como un grupo cuyos miembros compartían una misma concepción del quehacer literario.

La poesía de Charry Lara conforma un cuerpo profundamente unitario; en ella el silencio, la soledad, la noche, la vida y el sueño se confunden. En su mundo poético la presencia más viva es la que se presiente; hay un ámbito de misterio donde el silencio no sólo es un motivo que se repite a través de toda su obra, sino que es una voz entretejida entre las palabras, es lo que se calla y que, sin embargo, está lleno de significados y de sugerencias, de presencias y sonidos inasibles: «*Crece, crece el sonido de la sombra insistente*». La sombra, como otra forma del silencio, es constante, es una presencia íntima que está más allá de cualquier contingencia material o temporal. En los poemas de *Nocturnos y otros sueños*, como en los que conforman la totalidad de su obra, hay un tono de misterio, una música que, ajena a efectos rítmicos logrados por acentos, rimas y sonoridades, surge de lo más hondo de la evocación poética; los colores no brillan, pero hay una luz interior, profunda, que ilumina la atmósfera, la naturaleza, los seres que surgen netos, exactos, despojados de cualquier aspecto ornamental: «*Hay una desierta palidez en el aire/ traslúcido como en una mañana de la infancia*». Las formas y los sonidos se amalgaman y la imagen que aparece está sostenida por esa tensión imperceptible entre la materia y su sombra, entre el sonido y el silencio, entre la forma y aquello que la desdibuja: «*sordo rumor de bosques*», «*vientos fatigados*», «*polvo de secas hojas y rumores*», «*formas dormidas*», «*vagas voces, palabras y siluetas de humo en la memoria*», «*un trémulo silencio arde sin fin*» «*rumor apagado de los pasos*». Después de catorce años, en 1963, Charry publicó su segundo libro *Los adioses*, conformado por doce poemas que, en lo esencial, mantienen los mismos elementos estilísticos del libro anterior: la expresión depurada, sobria y cargada de significado, la sensualidad contenida que atraviesa la obra como una fuerza subterránea. Y de nuevo el sueño y los límites imprecisos que lo separan de la realidad y lo unen a ella, la presencia de la mujer y su salvación a través de la memoria. En 1981 Charry publicó *Pensamientos de amante*, aquí la ciudad y su deterioro tienen mayor presencia; sin embargo, la expresión poética totalmente depurada, aunque toque el oprobio, se deshace en sombra, en sueño, en rostros casi irreales que surgen del recuerdo o de la pesadilla. Las palabras y la frase poética se han liberado de la organización formal y de la guía que impone la puntuación, logrando así una mayor cantidad de significados posibles que cambian, se amplían, se entrelazan y se refuerzan; se deslizan como una corriente subterránea. La obra poética de Fernando Charry Lara publicada en 1986 en *Llama de amor viva*, es una de las más logradas y ocupa un lugar muy importante dentro de la producción, no sólo del grupo de Mito, sino de la poesía colombiana del siglo XX. Sus libros en prosa son: *Lector de poesía* (1975), *Poesía y poetas colombianos* (1986) y *Poésie colombienne du XXe siècle* (edición bilingüe, Ginebra, 1990). [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 262-263*].

HELENA IRIARTE

Bibliografía

CHARRY LARA, FERNANDO. *Llama de amor viva*. Bogotá, Procultura, 1986. GARCÍA MAFFLA, JAIME. *Fernando Charry Lara*. Bogotá, Procultura, 1989.

CHAVES MENDOZA, ALVARO

Antropólogo de Norte de Santander (Pamplona, 1930 - Bogotá, mayo 17 de 1992). Alvaro Chaves Mendoza estudió arquitectura en la Universidad Nacional de Bogotá y luego obtuvo la licenciatura en Antropología en el Instituto Colombiano de Antropología (ICAN), y en Madrid, el doctorado en Historia en la Universidad Complutense, y el postgrado en Investigación Social y Relaciones Humanas Aplicadas en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Fue asesor museográfico de la Organización de Estados Americanos (OEA) para América Latina, y tuvo a su cargo el guión, la curaduría y el montaje del Museo Arqueológico y Etnográfico de Tierradentro, así como de salas y exposiciones especializadas en el Museo Casa de Bolívar de Bucaramanga, el Museo Arqueológico de Cali y de Bogotá y el Centro Colombo Americano. Se desempeñó como profesor en las Universidades del Cauca, Nacional, de los Andes, Externado de Colombia y Javeriana, donde fue jefe del Departamento de Antropología, y dictó conferencias y cursillos en el Museo Arqueológico y en el de Artes y Tradiciones Populares. La Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República lo nombró arqueólogo en Tierradentro (Cauca), donde llevó a cabo, entre 1973 y 1981, junto con Mauricio Puerta, una de las labores más fructíferas de su vida profesional, en las áreas de arqueología y etnografía. Allí estudió los templos funerarios, los hipogeos, la cerámica y la estatuaria (en Aguabonita rescató del río la estatua bicéfala); y con la misma devoción y rigor, las características del grupo indígena Páez, habitante de la región. Su formación profesional y su sensibilidad le permitieron, a partir de una vasija o de una mano de piedra, rastrear las huellas y reconstruir formas de vida, niveles de desarrollo, costumbres y creencias de pueblos ya desaparecidos. Investigó acerca de las culturas prehispánicas y de los grupos indígenas actuales, en el Instituto Colombiano de Antropología y en el Museo de Artes y Tradiciones. Dirigió la *Nueva Revista del Folclor*, y escribió ensayos para publicaciones especializadas y monografías sobre aspectos específicos de los grupos con los que había trabajado. Se pueden citar: "Los Ijka: vivienda y costumbres", "Los tunebos, datos etnográficos", "Mitos de los Ijkas", "Características de la familia indígena en el Chocó y la Guajira", "Aculturación de los Waunana del Chocó", "Guangas y zingas, tejidos tradicionales del sur del Cauca". Tuvo también una excepcional capacidad para comprender y valorar las expresiones artesanales y las manifestaciones auténticas de la cultura popular: devociones, juguetes y diversiones. Realizó trabajos arqueológicos en Los Patios (Bolívar), Esmeraldas (Ecuador) y en la zona de Calima (Valle del Cauca). Desde 1974, cuenta Nina S. de Friedemann, «Al-



Alvaro Chaves.
Oleo de Enrique Grau, 1954.
Colección particular, Bogotá.

varo Chaves hizo parte del grupo de antropólogos que acogimos el ideario *Zazacuabi*, un programa de publicaciones originado a partir de reflexiones sobre los dilemas en torno al tipo de discurso adoptado por la antropología y la urgencia de comunicación de la ciencia por fuera de las alambradas del lenguaje de código académico. Su ensayo con una narrativa directa y el acople de ilustración visual sobre Tierradentro se publicó en 1976». Este mismo año se le otorgó el Primer Premio Nacional de Arqueología. Fue presidente de la Asociación Colombiana de Museos y vicepresidente de Pro-Art Colombiana para el Consejo Mundial de Artesanías. Siempre le interesó el tema de la muerte en las culturas indígenas y escribió sobre muchos aspectos relacionados con él: el mundo de los muertos, el ritual funerario, las necrópolis de Tierradentro y los mitos de la muerte. Otro de los temas sobre el cual dejó una amplia bibliografía fue el de las máscaras; estudió desde la forma más sencilla de enmascaramiento, la pintura facial, hasta las máscaras más elaboradas de las grandes civilizaciones pre-colombinas, y no se limitó a describir sus características materiales, sino que comprendió su función en la conformación y el desarrollo de la vida religiosa y social de las culturas indígenas del pasado y de la época actual, ampliando así el conocimiento de las expresiones religiosas, lúdicas y ceremoniales de los pueblos americanos. También dedicó su atención a las máscaras que se utilizan en las celebraciones populares. Murió en Bogotá, el 17 de mayo de 1992 y sus cenizas reposan en Tierradentro.

HELENA IRIARTE

Bibliografía

CHAVES, ALVARO y MAURICIO PUERTA. *Tierradentro*. Bogotá, El Ancora, 1985. FRIEDEMANN, NINA DE. "Alvaro Chaves Mendoza, ¡Adiós Doctor!". *América Negra*, Nº 3, Universidad Javeriana (Bogotá, junio 1992).

CHÁVEZ, FRAY JOSÉ ANTONIO

Religioso franciscano nacido en Puente Nacional, Santander, en mayo de 1787, muerto en Bogotá, el 3 de mayo de 1856. Patriota, fray José Antonio Chávez era muy amigo del general Francisco de Paula Santander, es considerado como el primer rector del Colegio Boyacá de Tunja y fue obispo auxiliar de Bogotá con residencia en Casanare. Ingresó a la Orden Franciscana en el convento de San Diego de Bogotá, cuando ya había cumplido los 22 años de edad. Su profesión religiosa tuvo lugar el 8 de septiembre de 1810. Cursó sus estudios eclesiásticos en el Colegio de San Buenaventura de Bogotá y en el convento franciscano de Tunja, consiguiendo la ordenación sacerdotal antes de julio de 1818. Hasta mediados de 1830 su vida transcurrió principalmente en la ciudad de Tunja, ocupado en la docencia y administración del Colegio Boyacá, y en otros trabajos anexos a su ministerio sacerdotal. Allí militó dentro de la masonería, como correspondía a su espíritu patriota, amante de la independencia, perteneciente a la logia Concordia de Boyacá, en la que obtuvo el cargo de Segundo Experto. Nombrado en junio de 1830 guardián del convento Máximo de Bogotá, ejerció este cargo hasta el 24 de agosto de 1833, cuando fue elegido ministro provincial de los franciscanos en Colombia. El Congreso granadino eligió su nombre para que el poder ejecutivo lo presentara como obispo auxiliar de Bogotá ante la Santa Sede, el 15 de mayo de 1833. Desde mucho antes venía desempeñando el cargo de senador de la República, por la provincia de Vélez. El proceso consistorial se adelantó en Roma, en los últimos días de noviembre de 1833, y la bula de provisión de la diócesis de *Calydonia in partibus infidelium* y sufragánea de Bogotá, está firmada por el papa Gregorio XVI, el 20 de enero de 1834. No obstante, hasta el 24 de mayo de 1834 le fue entregada la bula, en la que figuraba instituido como «obispo auxiliar del metropolitano de Bogotá para Casanare y titular de Calidonia», con 17 documentos oficiales que acreditaban su nombramiento. Su consagración episcopal tuvo lugar en Popayán, el 26 de julio de 1834, por estar vacante la silla santafereña, a causa del fallecimiento del arzobispo Fernando Caicedo y Flórez. Con mucho entusiasmo comenzó su tarea misionera en la provincia de Casanare, investido de la triple autoridad de obispo, provincial de los franciscanos y senador de la República. Las dificultades que allí encontró, de medios, de colaboradores y económicos, y el clima sumamente adverso, no le permitieron permanecer más que un año, por lo cual se vio obligado a renunciar a su residencia en Casanare. Tampoco le fue favorable el clima de Guatavita, a donde fue trasladado como párroco. El empeoramiento de su salud lo llevó de un lado para otro, y finalmente vino a morir en Bogotá, en 1856.



José Antonio Chávez.
Colección J.J. Herrera,
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

LUIS CARLOS MANTILLA R.

Bibliografía

MANTILLA R., LUIS CARLOS. "Fray José Antonio Chávez, primer rector del Colegio Boyacá y primer obispo de Casanare". *Repertorio Boyacense*, Nº 326 (julio-diciembre 1990), pp. 143-180.

D

DAZA, BEATRIZ

Ceramista y pintora de Norte de Santander (Pamplona, 1927 - Cali, 1968). Beatriz Daza González estudió arte y decoración en la Universidad Javeriana y luego recibió diversos cursos en Estados Unidos, Barcelona, Roma y París. A su regreso al país, en 1958, comenzó a figurar como ceramista, un oficio que había aprendido en la Escuela Libre de Bertrand, en París. Su primera exposición individual tuvo lugar en 1959, en la Sociedad Económica de Amigos del País. Sus primeras piezas eran figurativas y se destacaban por la sencillez y la voluntad de síntesis. En la presentación de estas obras Marta Traba acertó al decir que lo más importante de estas cerámicas era que no pretendían ser otra cosa, que no trataban de volverse esculturas o aproximarse a la simple superficie pintada y texturada. Después de llevar a cabo un mural de cerámica en la casa de Juan Antonio Roda, Beatriz Daza volvió a exponer, en 1961, un grupo de obras recientes, diversas vasijas y paredes, entre las que se destacaron estas últimas, un poco a la manera de cuadros abstractos de ricas y varias texturas. Las vasijas de esta exhibición anticiparon la excelencia de *Crisol para Prometeo*, obra que obtuvo el primer premio en Cerámica en el XV Salón Nacional, en 1963. El tamaño de esa pieza levantada con las manos y el hermoso esmaltado que la recubre, hacen de esa vasija antifuncional una verdadera obra de arte. En 1966 Beatriz Daza presentó sus muros denominados *Testimonios de los objetos*: unas paredes trabajadas por la propia artista con fragmentos de cerámica y objetos de las más variadas procedencias. La bella integración de los elementos, tanto en textura como en color, y la connotación poética de los conjuntos hicieron de esos muros unas sugestivas simbiosis de pintura, escultura y cerámica y, al mismo tiempo, unas variaciones originales de los ensamblajes cubistas. En el catálogo de esta muestra, Marta Traba escribió: «Después de haber sido la más importante ceramista colombiana durante una década, Beatriz Daza llega a una alianza estupenda entre cerámica, pintura y relieve, ejecutada con la misma calidad y espíritu inconforme y descubridor que caracterizó su período de ceramista pura». Junto a esa producción, Beatriz Daza adelantó una importante labor en el campo del diseño aplicado. Los más hermosos ceniceros, pocillos, platos, fruteros y bases para lámparas producidos hasta ese entonces en el país fueron realizados por Beatriz Daza en su fábrica de cerámica. El 23 de junio de 1968 murió en un accidente automovilístico en Cali. Como dibujante y pintora, Beatriz Daza dejó una variada producción de la que sobresalen los dibujos de bodegones sintéticos sobre telas cuadriculadas y enlutadas, y los *collages*, con predominio nuevamente de las naturalezas muertas, de telas varias y óleo, en los que las representaciones se acomodan fácilmente en un espacio en antiperspectiva, con claros recuerdos de la obra del francés Georges Braque. En la breve y no muy abundante historia de la cerámica artística del siglo XX en Colombia, el nombre de Beatriz Daza ocupa un lugar muy destacado, no sólo por la calidad de su trabajo —en el que se distingue el conocimiento del procedimiento, el afán de investigación y el gusto y refinamiento de las formas, los esmaltes, las texturas y los colores—, sino por su actividad docente en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional, donde enseñó a muchos los misterios de este arte milenario [*Ver tomo 6, Arte, pp. 124 y 127*].



Beatriz Daza
Fotografía de Hernán Díaz, 1965.
"Retratos", Bogotá, Villegas Editores, 1993.

GERMÁN RUBIANO CABALLERO

Bibliografía

Beatriz Daza, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1966, texto: Marta Traba ▪ *Beatriz Daza, Exposición retrospectiva en homenaje*, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1968, texto: Eugenio Barney Cabrera y otros ▪ *Beatriz Daza, Eduardo Ramírez Villamizar*, Instituto de Cultura y Bellas Artes, Cúcuta, 1972, texto: Germán Rubiano ▪ *Beatriz Daza*, Museo de Arte, Universidad Nacional, Bogotá, 1976, texto: María Elvira Iriarte y Germán Rubiano ▪ *Espacios virtuales, Eduardo Ramírez Villamizar, Beatriz Daza*, Banco de la República, Cúcuta, 1987, texto: Ana María Escallón ▪ TRABA, MARTA. "La cerámica y la tapicería actuales: Beatriz Daza y Olga Amaral". En: *Historia abierta del arte colombiano*. Cali, Museo de Arte Moderno La Tertulia, 1974.

DAZA ALVAREZ, CAMILO

Aviador nortesantandereano (Pamplona, junio 25 de 1898 - Bogotá, marzo 18 de 1975), precursor de la aviación en Colombia. Hijo de don Antonio Daza y doña Elisa Alvarez, la infancia de Camilo Daza transcurrió entre la ciudad y la hacienda familiar La Caldera. A los doce años de edad, inspirado en la hazaña de los hermanos Wright, Camilo Daza quiso volar valiéndose de un armazón a manera de alas, con las que se lanzó al vacío desde el altillo de la casa campestre, con resultados que pudieron haberle costado la vida. Años más tarde, y en medio de penurias económicas que sorteó abnegadamente, obtuvo el título de piloto aviador en los Estados Unidos, donde sobresalió por su pericia al verse obligado a aterrizar con una sola rueda del avión que pilotaba en la realización de su primer vuelo solo. A su regreso a Colombia, en 1920, impulsó la fundación de la Compañía Nortesantandereana de Aviación. Dueño de un avión biplano Curtiss JN-4, Daza llevó a cabo



Camilo Daza Alvarez.
Museo Militar, Bogotá.

numerosos vuelos regionales; entre ellos el de más trascendencia fue aquel en que llegó a Pamplona, el 16 de marzo de 1922, superando los riesgos de la abrupta topografía, y que culminó en un arborizaje forzoso del que sobrevivió increíblemente. Reparado el aeroplano, Daza extendió después sus viajes a Bucaramanga y Chiquinquirá, hasta su llegada a Bogotá, donde estableció su base de operaciones en la ejecución de vuelos diarios, transportando pasajeros ávidos de experimentar la emoción de las alturas. El 12 de octubre de 1925, un fracaso al intentar el despegue nocturno, hizo que el avión en que viajaba se incendiara, pero, nuevamente, de entre los escombros emergió el piloto milagrosamente vivo.

Daza ingresó, entonces, a la Aviación Militar Colombiana con el grado de teniente. Allí fue experto instructor de vuelo y avezado piloto de transportes aéreos; además, participó en las escuadrillas de guerra que defendieron la soberanía nacional frente a la invasión del Perú al puerto amazónico de Leticia, entre 1932 y 1933. Comandando una escuadrilla de la Escuela de Aviación, Daza trazó nuevas aerovías en las regiones del sur y norte de Santander y los Llanos de Oriente. En España calificó como hábil aviador en la operación de autogiros, novedosa concepción aeronáutica, mezcla de avión y helicóptero a la vez. También allí escapó de la muerte, cuando sufrió el más grave de los 37 accidentes registrados en su agitada vida profesional. Retirado temporalmente del servicio activo militar, Daza creó su propia empresa aérea comercial en los Llanos Orientales, y posteriormente la escuela de aviación ABC, en proximidades de Bogotá, a la vez que practicaba el vuelo en planeadores construidos por él mismo. Publicó un manual de su autoría sobre el arte de volar, en el que explicaba los efectos de la aerodinámica y enseñaba en teoría la conducción de aeronaves, con el título de *Rumbo y distancia*. En 1942 volvió a vestir el uniforme de la Aviación Militar, en la que había alcanzado el rango de mayor, y fue designado inspector de bases aéreas, cargo en el que cumplió una bien ponderada actividad en la organización técnica de las unidades operativas. Al siguiente año, la Fuerza Aérea estableció una escuela para la capacitación de aviadores civiles y le correspondió a Camilo Daza ser el director de aquel Centro de Instrucción Aérea, donde en los años subsiguientes se graduarían varias promociones de pilotos que entraron a engrosar las filas de tripulaciones nacionales en las empresas comerciales del país. Precisamente para vincularse a la creación y operación de una de ellas, la compañía Líneas Aéreas Nacionales S.A. (LANSA), fundada por antiguos aviadores militares, Daza pasó definitivamente a la actividad civil, cuando ostentaba el grado de teniente coronel. Su veteranía y el cimentado prestigio que acreditaba, significaban para los usuarios plena garantía de seguridad en los vuelos de la aerolínea. Como jefe del departamento de operaciones de LANSA, Daza impulsó la expansión internacional de los vuelos de esa empresa hacia Cuba y Venezuela, y propugnó por la construcción de aeropuertos propios en Bogotá, Barranquilla, Cartagena y Cúcuta. En esa tarea se encontraba, cuando sucedió la clausura de la compañía, al cabo de diez años de intensa actividad. Con más de medio siglo de existencia, Daza aún tuvo entusiasmo y energía para adelantar un curso de piloto de helicópteros en la Fuerza Aérea, título que le fue conferido con altas calificaciones a su idoneidad, el 20 de julio de 1956. Después, el gobierno nacional lo nombró director técnico para las obras de construcción del nuevo aeropuerto internacional Eldorado, en la capital colombiana, a las que aportó su infatigable dedicación. Se aproximaba a los 63 años de vida, cuando superó la barrera del sonido en vuelo, invitado por el comandante de la escuadrilla acrobática de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, quien por entonces visitó Bogotá. Al siguiente decenio, el gobierno nacional le otorgó el grado de brigadier general de Aviación, en categoría honoraria, cuyos distintivos le fueron colocados en imponente ceremonia militar, como máximo reconocimiento a su meritoria trayectoria y su constante consagración al progreso de la aeronáutica colombiana. Meses más tarde, murió en el Hospital Militar de Bogotá. Con el poder de su ejemplo hasta los propios linderos de la muerte, se selló una existencia extraordinaria en la historia de la aviación de Colombia.

Coronel JOSÉ MANUEL VILLALOBOS BARRADAS

Bibliografía

URIBE GAVIRIA, CARLOS. *La verdad sobre la guerra*. Bogotá, Editorial Cromos, 1935. MUJICA, ELISA. "Vida y aventuras de Camilo Daza". *El Tiempo*, enero de 1969. VILLALOBOS B., JOSÉ MANUEL. *Camilo Daza, biografía*. Cúcuta, Cámara de Comercio de Cúcuta, 1994.

DE BRIGARD, EMILIO

Eclesiástico, arzobispo auxiliar de Bogotá, nacido en una hacienda perteneciente al distrito de Chía, Cundinamarca, el 15 de mayo de 1888, muerto en Bogotá, el 6 de marzo de 1986. De linaje muy esclarecido, entre sus ancestros se cuenta el Precursor don Antonio Nariño, su tatarabuelo. Monseñor Emilio de Brigard Ortiz ingresó desde niño al Seminario de Bogotá, donde cursó sus estudios y recibió la ordenación sacerdotal de manos del arzobispo Bernardo Herrera Restrepo, el 28 de octubre de 1911. Poco después fue enviado a Roma a cursar estudios de especialización en la Universidad Gregoriana, donde obtuvo sendos títulos en Teología (1915) y en Derecho Canónico (1917). A su regreso a Colombia, en 1918, inició una variada carrera de servicios a la Iglesia Arquidiocesana de Bogotá, como capellán de religiosas de clausura, pero principalmente como capellán del Gimnasio Moderno, del Nuevo Gimnasio y del Gimnasio Femenino. Desempeñó, además, diversos cargos administrativos de la arquidiócesis, entre ellos el de canciller y vicario ge-



Emilio de Brigard Ortiz.

neral. Preconizado obispo titular de Coracesio y auxiliar de Bogotá el 29 de julio de 1944, recibió la consagración episcopal de manos de monseñor Ismael Perdomo, en la Basílica Primada, el 3 de septiembre de 1944. Estuvo muy cerca del arzobispo Perdomo en los últimos años de su gobierno y lo representó en importantes eventos internacionales, como el II Congreso Eucarístico de Ecuador (1949) y la Visita *ad limina* en Roma (1950). A la muerte del arzobispo Perdomo fue nombrado vicario capitular, en cuya calidad gobernó la arquidiócesis desde el 3 de junio hasta el 8 de septiembre de 1950, cuando entró a regirla el arzobispo Crisanto Luque. Este lo nombró vicario general de la arquidiócesis. Con ocasión de sus bodas de oro sacerdotales fue elevado a arzobispo auxiliar de Dysti, el 26 de junio de 1961. Asistió a las reuniones del Concilio Ecuménico Vaticano II en sus cuatro períodos. La celebración de sus bodas de oro sacerdotales constituyó un acontecimiento social de gran importancia en Bogotá. Ejerció el ministerio apostólico con extraordinaria abnegación y constancia, lo que le mereció el reconocimiento unánime de la sociedad bogotana. Su apostolado se cristalizó de manera especial en tres facetas: la atención a los enfermos, la caridad con los menesterosos y su solicitud con los hogares desavenidos. De su amor por los pobres da testimonio la Fundación Monseñor Emilio de Brigard, obra que él mismo pidió, con ocasión de haber cumplido noventa años, a los numerosos amigos que querían hacerle regalos. Esta fundación, con sede en el Gimnasio Moderno, institución a la que amó intensamente y a la cual estuvo vinculado por casi cincuenta años, perpetúa su nombre a través de las obras de caridad. Monseñor De Brigard fue sepultado en la catedral primada. Era conocido familiarmente como "El doctorcito".

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

"Biografía de monseñor De Brigard". *El Espectador*, mayo 15 de 1978, p. 3B. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Arquidiócesis de Bogotá. Biografías de sus prelados*, tomo IV: *Cabildo Eclesiástico*. Bogotá, Editorial Lumen Christi, 1961-1966.

DE GREIFF, CARLOS SEGISMUNDO

Ingeniero sueco (Westmanland, 1793-Remedios, Antioquia, 1870). Carlos Segismundo de Greiff hizo parte del grupo de ingenieros y técnicos extranjeros que revolucionaron la industria minera de veta en Colombia en el siglo XIX. De Greiff dejó escritas varias notas autobiográficas, en las que dice que su familia, oriunda de Silesia, pasó luego a Pomerania y después a Suecia, donde formó parte de la nobleza. Uno de sus antepasados, Nicolás von Greiff, fue barón del imperio desde 1719. Su padre, Juan Luis Bogislaus von Greiff, fue militar y participó en las guerras de 1808 contra Rusia y 1814 contra Noruega. Carlos S. de Greiff estudió en la Universidad de Uppsala y en el Colegio Militar de Carlburg. Entró al ejército sueco en 1809. Alcanzó el grado de capitán del Estado Mayor General. Participó en varias campañas durante la guerra de los Treinta Años. Al terminar la guerra, se dedicó a la enseñanza de táctica y estrategia, y a escribir colaboraciones sobre historia militar de Suecia para algunos periódicos y libros. En 1825 trabajaba en levantamientos geodésicos, cuando fue contratado como ingeniero de minas por la compañía B.A. Goldsmith, empresa que quebró en Europa en 1826, cuando De Greiff acababa de arribar a Medellín, donde estaba radicada su hermana, esposa del ingeniero ruso Carlos Hauswolff, contratado también por la fracasada compañía Goldsmith. De Greiff se dedicó, entonces, a trabajar en minas con empresarios antioqueños como Julián Vásquez, y extranjeros como Tyrell Moore. El trabajo mancomunado entre extranjeros y nacionales fue el que permitió el gran desarrollo de la minería antioqueña en el siglo XIX. Así, en 1830 De Greiff introdujo en los ricos distritos mineros de Anorí y Amalfi, nordeste antioqueño, el uso y fabricación de los molinos de pisones o bocartes, con los cuales se logró aumentar considerablemente la producción de oro de veta. A partir de 1863 y hasta su muerte, en 1870, se desempeñó como director de las minas de la Compañía Inglesa de Frontino y Bolivia Ltda., en Segovia (Antioquia), dando las pautas para convertirla en una de las más importantes empresas del país. Alternativamente dirigía los montajes para explotar las vetas de Cristales, de la cual el acaudalado negociante Julián Vásquez, lo hizo socio en señal de amistad. De Greiff trabajó para el gobierno como ingeniero civil y agrimensor. El conocimiento que fue adquiriendo de Antioquia le permitió levantar un mapa que litografió después en París, en 1857. La mayoría de sus cartas sobre la provincia estaban orientadas a localizar zonas de colonización y minas. Entre 1845 y 1848 dirigió la construcción del camino de Murindó a Urabá o "camino



Carlos Segismundo de Greiff. Fotografía de Gonzalo Gaviria, Colección José Joaquín Herrera. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

de don Carlos", que logró poner en comunicación a Medellín con el Darién, utilizando la navegación por el río Atrato, según encargo del general Tomás Cipriano de Mosquera. Realizó exploraciones en el Chocó y en el golfo de Urabá, de donde surgió su propuesta de construcción de un canal interoceánico utilizando el Atrato. El presidente Mariano Ospina Rodríguez lo nombró agrimensor oficial de la nación. Su trabajo más destacado fue el deslinde de tierras en el antiguo departamento de Caldas. En 1863 fue nombrado director de obras públicas del Estado de Antioquia. Durante muchos años fue el cónsul de Suecia y Noruega en Colombia. Sobresalió como matemático y políglota. Su importante descendencia ha dado lustre al país en el campo de la literatura, la ciencia, las artes, el deporte, el derecho y la política. Se conocen siete publicaciones de su autoría, relacionadas con aspectos geográficos de Antioquia, que aún siguen teniendo tanta vigencia como en su época. Cabe señalar que su mapa, y el de Tyrell Moore, fueron los que sirvieron a Agustín Codazzi para levantar la carta de la provincia a cargo de la Comisión Corográfica.

LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

DE GREIFF BRAVO, LUIS. *Documentos biográficos relativos a Carlos Segismundo de Greiff y sus hijos*. Medellín, Bedout, 1955. GÓMEZ BARRIENTOS, ESTANISLAO. "Don Carlos Segismundo de Greiff". *El Montañés*, Nº 6 (Medellín, 1898).

DE GREIFF, LEÓN

Poeta antioqueño (Medellín, julio 22 de 1895 - Bogotá, julio 11 de 1976). *«Quiero palabras: palabras...! para urdir una canción»*, este verso distingue la obra del poeta más original, y uno de los mayores, que ha dado Colombia. Francisco de Asís León Bogislao de Greiff Haeusler, descendiente de un bisabuelo sueco, por línea paterna, y de un abuelo alemán, por parte materna, hizo los estudios básicos en el Liceo Antioqueño y tres años de carrera en la Escuela de Minas de la Universidad de Antioquia, en Medellín, pero varias enemistades lo llevaron a la decisión de abandonar esta profesión. Luego, por un tiempo breve, estudió Derecho en la Universidad Libre de Bogotá. A los 18 años fue secretario privado del general Rafael Uribe Uribe, poco antes de que éste fuera asesinado. De vuelta en Medellín, se reunió con otros doce intelectuales, todos alrededor de los veinte años, para formar el grupo de los Panidas. Así lo describe Juan Luis Mejía: «Es una vida literaria estrechamente ligada a la bohemia etílica. No sólo las librerías servían de receptáculo a las tertulias: allí estaban los cafés, en donde al calor de los aguardientes, se recitaban poemas o se polemizaba sobre las corrientes literarias en boga. De manera que, cuando en 1915 empieza a reunirse en el café El Globo del parque de Berrío un grupo de jóvenes intelectuales, ya en la ciudad existía una tradición: los Panidas surgen entonces para continuar esa cultura de bohemia, respaldada por su propia e importante revista literaria». En febrero de ese año apareció el número uno de la revista *Panida*, dirigida por León de Greiff. El grupo se formó en torno a la influencia del modernismo hispanoamericano, al tiempo que recogía sus fuentes: simbolismo y parnasianismo francés. Por otra parte, el modernismo europeo (de otra índole) estuvo presente, tanto en traducciones como en la reflexión creativa de los Panidas. León de Greiff, que por ese tiempo ya se nombraba Gaspar de la Nuit (uno de los muchos nombres literarios que adoptó), también era deudor de estas influencias, pero asimiladas a su tono, sólo suyo: «*Gaspar: mi nombre. Vago: mi profesión. Demente: / mi gran ventura. Iluso cultor de peripecias / inverecundas —fazañosas y ríspidas y recias—: / ¡y adversario feroz del criterio corriente!*» ("Gaspar"). En 1916 De Greiff trabajó como cajero y contador del Banco Central. Posteriormente administró la prolongación del Ferrocarril de Antioquia por el río Cauca, en la zona de Bolombolo. Allí estuvo cerca de tres años y los trabajos no se concluyeron. Bolombolo surgió de pronto en el mundo poético de De Greiff, como el lugar en el que confluían los diversos personajes que lo habían venido poblando, nacidos de lecturas y de sentimientos, de una necesidad de disgregarse en relatos de "otros", siendo sus nombres también bellos sonidos, plenos de reminiscencias de temas literarios. Entre ellos, Matías Aldecoa, Erik Fjordson, Ramón Antigua, Leo Le Gris, Sergio Stepansky, Bogislao, o el Skalde, quien recuerda: «*Prófugo de los burgos y las ciudades —nó de la metafísica / obsesora— / cuando vivía en Bolombolo, / mi espíritu agrio y solo, / mi cuerpo enardecido, / avasallantes irrumpían por los desnudos ámbitos, entretejiendo la honda fuga ululadora / rivales melodías, émulas armonías, de mi túrbido / cántico sin sentido*» ("Relato del Skalde").

Entre junio y septiembre de 1925 se publicó la revista *Los Nuevos*, en la cual una "nueva" generación empezó a hacerse sentir. León de Greiff participó en ella, junto con Jorge Zalamea, Rafael Maya, Germán Arciniegas, Luis Vidales, Alberto Lleras y otros. Más que una propuesta unitaria, los congregaba un deseo de renovación. En literatura atacaron los residuos, aún presentes, del pobre romanticismo latinoamericano y, además, el provincialismo; en política mostraron su desilusión ante las ideas vigentes, que encontraban anquilosadas. Por su parte, León de Greiff nunca se interesó en los manifiestos de vanguardia literarios, ni mucho menos políticos; cuando estuvo cerca, estuvo al margen. Se reconocía liberal con tendencia de izquierda, pero su postura no era combativa. De la misma manera, desarrollaba su vocación poética aparte, sometido al proceso particular suyo, incansable. «Con más de un metro ochenta de estatura, en su juventud tenía el aspecto de un pescador de ballenas de Noruega. Su vestimenta es descuidada, y es pública la anécdota de que alguna vez se ganó dos vestidos en una rifa, y al preguntársele por ellos dijo que los había mandado arrugar, antes de ponérselos», cuenta Donaldo Bossa. Y en palabras del propio De Greiff: «Bogislao es un individuo —en el fondo— serio, casi adusto. Un sujeto de muy pocas palabras —de ellas raras, exóticas, bizarras, desuetas—. Un sujeto taciturno, hermético, cogitabundo, casi alelado y como ausente. Parco de gesticulaciones, sobrio de ademanes, no nada modulador y de simpatía nula. Mucho más abstraído que abstracto, mucho más presunto que presumido, Bogislao ríe poco, sonríe a veces casi siempre con leda ironía —y sarcásticamente en no frecuente vegadas [...] Pero allá o aquí o donde luego sea, es "Bogislaus", como ha sido y será siempre, el capitán de sus sueños, el condotiero de su fantasía, el gonfalonero de su gallardete, de su mínima banderola, el rector de su divagancia, el piloto de su nao, el almirante de su escuadrilla, el capelmaestre de la minúscula suya, a la que le queda grande y sobrado aun el diminutivo y no llega ni a mala roanesa; el capitán

de sus ansias, el bautista de su propia batuta concertante de su banda de vientos, y, de adehala, desde mañana, paleógrafo experto de sus escrituras. Paleógrafo venturo autodidacta y hasta donde le ayude la miopía y la cerrazón de las vistas y del magín».

En 1925 De Greiff publicó su primer volumen de poesía: *Tergiversaciones. Primer mamotreto*. De aquí en adelante todas sus obras serían publicadas con el correspondiente número de "mamotreto", como una marca impuesta por su desapego hacia los hechos de la vida (más de origen filosófico que una forma de lamento), inseparable de su humor y juego con la lengua. El *Segundo mamotreto* apareció en 1930: *Libro de los signos*. Estos dos libros ya contienen algunos de sus poemas más famosos, por ejemplo, la "Balada del mar no visto" o la "Balada de la fórmula definitiva y paradojal", que dice: «*Le pregunté a la Esfinge que tengo a mi servicio: / —Oh! Cuál será la fórmula, de virtud o de vicio, / que rija mis futuros?— y los abstrusos senos / musitaron unánimes, en tono profeticio: / todo vale nada, y el resto vale menos...!*». El último verso, siguiendo el poema: «*la parábola desdeñosa y estética*», está presente en la obra de De Greiff hasta el final de su vida. En 1927 De Greiff se casó con Matilde Bernal Nichols, con quien tuvo cuatro hijos: Boris, Hjalmar, Astrid y Axel. Fue nombrado jefe de estadística de la Dirección de Caminos de Antioquia y luego de los Ferrocarriles Nacionales. En Manizales, en 1936, apareció *Variaciones al redor de nada. Tercer mamotreto*, acaso su libro mayor y el que reúne los mejores momentos del conjunto de sus temas, que no son muchos: el amor, la poesía como necesidad del poeta, así también el silencio y su íntima relación con la música, la nada, el viaje y la noche; ningún tema en solitario, sino entretejido con los demás. Por otra parte, sorprende hasta qué punto ha llegado su destreza en el tratamiento de la versificación, producto del talento y la constancia en el ejercicio, lo cual se combina con un incomparable manejo del idioma. En el prólogo a la primera edición de sus *Obras completas* (1960), Jorge Zalamea escribió: «En el dominio de aquél [el vocabulario] y en el manejo de éstas [las formas poéticas], León de Greiff no tendría rival, pues desconociendo deliberadamente y transgrediendo a conciencia todo límite temporal y toda norma de moda, emplearía con la misma naturalidad y propiedad el



León de Greiff.
Fotografía de "Cromos", enero de 1950.

castellano pedregoso de la Edad Media, el exacto y fluyente de la Edad de Oro, el barroco y diserto del setecientos y el más matizado, sutil y elusivo de nuestro tiempo, mezclándolos según la concordancia de sonido y sentido para que sirviesen mejor al tema».

Desde el principio de su carrera, León de Greiff encontró resistencia en los lectores, quienes no captaban el "significado" de sus poemas porque él utilizaba términos muy cultos o "raros" y a veces las críticas fueron violentamente negativas. Incluso algunos lectores que se consideraban cultivados, desdeñaron las composiciones más experimentales en cuanto a forma y lenguaje, para quedarse con las que se avenían mejor con el tipo de lecturas que acostumbraban. En el *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia* de Joaquín Ospina, publicado entre 1937 y 1939, puede leerse este cortés comentario: «Sus poemas son raros. Se entienden unos. Otros no se entienden. Pero los que no se entienden, tienen un ritmo suave». La reticencia también se daba, aunque en menor proporción, ante el contenido temático de su obra. De Greiff no hacía caso y más bien respondía con lo mismo que le era criticado, como estos fragmentos del soneto "Facecia" (*Variaciones al redor de nada*), escrito en lenguaje arcaico: «*Agora, mis versos...: bufón tarambana / aduna el capricho con la impertinencia, / los ritmos asorda, las rimas silencia... / Son cantos de rana: diz la gente llana [...] La gente llana diz que suena mal... / Yo fice versos en rimas "sabias" en tiempo antefuturo: / y estoy harto de tal simpleza hasta los bordes!*». Todavía en 1950 era necesaria la intervención de Hernando Téllez para mediar en la discusión: «Esos lectores pasan por sobre las palabras sin encontrar el hilo sutil que las une para formar el poema. Pero si esos lectores estuvieran un poco en el secreto profesional, sabrían que para la unión de las palabras existen lazos un poco más inmediatos que los de su significado: las similitudes de sonido o de forma. Esta comunión de las palabras, o afinidad espiritual entre ellas, es algo que ha interesado a los poetas de todos los tiempos y de todas las lenguas. Y por ello muchas veces parecen incomprensibles los versos que no quieren tener ningún significado, más allá de su simple valor melódico». La unidad de temas, vocabulario y musicalidad (versificación) en la poesía de León de Greiff es tan sólida, que por cualquiera de estos aspectos puede llegarse a su sentido estético. En una entrevista dijo: «Yo soy un poeta libre aunque el diablo me lleve», y lo fue, con admirable terquedad.

Variaciones al redor de nada también contiene "Mitos de la noche", sección que condensa el afecto del poeta por el tema de la noche, en sentido romántico (pero sin esperanzas místicas) y fantástico (influido sobre todo por Edgar Allan Poe). La noche y la mujer, «*noches para nunca volver, luego de ir...*», el amor. En la poesía de León de Greiff el tema del amor se nutre, en especial, de cuatro grandes fuentes: los mitos y leyendas paganos antiguos, que por sacros que fuesen no diluyeron el erotismo en idealizaciones inalcanzables; el amor de la poesía popular medieval, que prolongaba el anterior; el del barroco del Siglo de Oro, a veces crudo y burlesco; y el amor de los que dieron con el fin del romanticismo, Poe y Charles Baudelaire (según León de Greiff: Carolus Baldelarius), quienes hallaron de nuevo el misterio en la noche y la mujer: algo que se revela idéntico a ellas, y obsesivo, en el interior del que las encuentra. Por otra parte, el amor es fugaz, como los dones de las hadas (Melusina, Morgana); es hermoso y es nada: «*No contestó sino callada/ sibila de sus pupilas verdes y gríseas que a Todo dicen: Nada*» ("Nocturno número 13").

Un año después de *Variaciones*, León de Greiff publicó su primera co-

lección de prosas: *Prosas de Gaspar. Cuarto mamotreto*; luego vendría *Bárbara Charanga. Bajo el signo de Leo. Sexto mamotreto* (1957). Cercana a la poesía, su prosa es fuertemente musical, pero con las libertades de digresión que ofrece este medio. Los dos libros tratan, sobre todo, de episodios de la vida de los personajes "leogreiffianos" (en algunos es clara la alusión autobiográfica), abunda el humor y son frecuentes las situaciones que dan pie a las opiniones del autor, aunque son veladas por el estilo. Durante 1945, De Greiff fue sucesivamente jefe de educación secundaria, de la sección de becas y de extensión cultural del Ministerio de Educación. En 1954 publicó *Fárrago. Quinto mamotreto*, donde se halla exacerbada su ironía consigo mismo, con el lenguaje y acerca del alcance de la poesía; es recurrente el tono melancólico: «*Poeta soy si ser poeta es ello. / Angustia lancinante. Pavor sordo. / Velada melodía en contrapunto. / Callado enigma tras intacto sello. / Mi ensueño en fuga. Hastiado y cejijunto. / Y en mi nao único fantasma a bordo*» ("Soneto"). En esos años León de Greiff enseñó literatura en la facultad de Ingeniería, y música en el Conservatorio de la Universidad Nacional. En 1957 salió *Velero paradójico. Séptimo mamotreto*, libro complejo porque aquí más que nunca De Greiff se apoya en la musicalidad de los poemas, y toda apariencia de sentido ajena a esta disposición se presenta opaca, arrasada por el flujo sonoro. En una "Cancioncilla", León de Greiff esboza su poética: «*La Poesía parecía ser cosa seria. Poesía / no es sino Nadería. Qué más puede ser Ella? / No ignoraba que no era cosa bella / sino la que en sí propia se extasía*». Esto lo dijo de otra forma Jorge Zalamea cuando definió la poesía de León de Greiff, comparándola con la de los grandes clásicos pasados y contemporáneos: «La auténtica poesía, la gran poesía, fue siempre el teatro de una acción: cómica o dramática, épica o erótica, real o mítica». En 1958 León de Greiff ejerció el cargo de secretario de la Embajada de Colombia en Suecia, de allí viajó a la Unión Soviética y a China, invitado en ambos casos; su fama llegaba lejos. En 1966, año en que es jurado del concurso Casa de las Américas en Cuba, murió su esposa. Por fin, en 1970, fue reconocido con el Premio Nacional de Poesía. Recibió otras distinciones oficiales, como la Cruz de Boyacá y la Orden de San Carlos. En Caracas se creó un premio de poesía que lleva su nombre, y desde Argentina fue postulado para el Nobel de Literatura. Su último libro, *Nova et Vetera. Octavo mamotreto* apareció en 1973. Nuevo y viejo, este volumen rescata poemas no publicados de los primeros logros de León de Greiff, llegando incluso hasta 1915, y recorre todas sus épocas. Uno de los últimos poemas es este soneto, testimonio de una vida de poeta:

Este que veis aquí —barbitaheño,
tendiente a barbicano por minutos—
un día fue el mejor —a pies enjutos—
navegador por las rutas del ensueño.

Surcó nubes clavado en Clavileño
como sobre impolutos o polutos
tibios regazos, entre tibios lutos
o toisones de blondo crin sedeño.

Este que veis o que no veis —lo mismo
le va a dar—, otro tiempo discurría
por el mar —pies enjutos— solo nauta.

Nunca salió de sí —somero abismo—
ni cuando como un prócer se aburría
retañendo la su silvestre flauta...

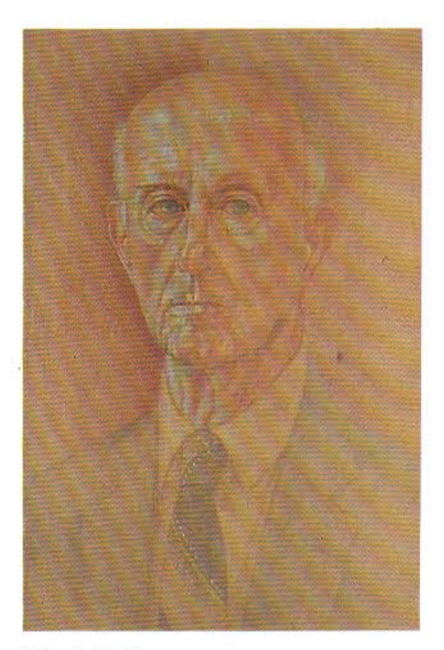
[Ver tomo 4, Literatura, pp. 196-200; y tomo 5, Cultura, pp. 235-236].

GINO LUQUE CAVALLAZZI

Bibliografía

DE GREIFF, LEÓN. *Obras completas*. Prólogo, Jorge Zalamea. Bogotá, Tercer Mundo, 1976. DE GREIFF, LEÓN. *La columna de Leo*. Compilación, Miguel Escobar Calle. Medellín, Ediciones Autores Antioqueños, Nº 13, 1985. DE GREIFF, LEÓN. *Obra completa*, 3 Vols. Edición, Hjalmar de Greiff. Bogotá, Procultura, 1985. JARAMILLO ANGEL, HUMBERTO. "León de Greiff, poeta, prosista y viajero". *Boletín cultural y bibliográfico*, Vol. 12, Nº 5 (Bogotá, mayo 1969). *Panida*. Prólogo, Juan Luis Mejía. Edición facsimilar. Bogotá, Colcultura, s.f.

DE GREIFF, OTTO



Otto de Greiff.
Pintura de Carlos Dupuy, 1985.
Patronato de Artes y Ciencias, Bogotá.

Musicólogo, ingeniero, educador, poeta, traductor y periodista antioqueño (Medellín, noviembre 7 de 1903). Hijo de Luis de Greiff, político, diputado a la Asamblea de Antioquia y congresista, y de Amalia Haeusler, Otto de Greiff vino a vivir a Bogotá con su familia, en 1915. Hizo el bachillerato en la Escuela Nacional de Comercio, y después estudió ingeniería civil en la Escuela de Minas de Medellín. Fue ingeniero de carreteras de Antioquia, y trazó la carretera troncal del suroeste, que une Bolombolo con Andes. Después de un viaje por Europa que duró año y medio, regresó a Colombia y trabajó como secretario particular del senador Carlos Uribe Echeverry. Más tarde se vinculó como ingeniero al Ferrocarril del Pacífico. Por 43 años, enseñó matemáticas, cálculo y geometría analítica en la Universidad Nacional, donde también se desempeñó como secretario general durante 14 años y vicerrector. Profesor emérito de la Universidad Nacional, recibió la medalla Camilo Torres como educador. Impulsor y defensor de la música en todos sus géneros, ha sido comentarista de *El Espectador* y *El Tiempo*. En palabras de José Ignacio Perdomo Escobar, «Otto de Greiff ha mantenido el fuego sagrado hasta el oro jubilar, en sus leídos "Comentarios musicales" de *El Tiempo*. En el Conservatorio Nacional, la Radio, la Universidad Nacional dictó muy concurridos cursos de apreciación musical, a los que se debió en gran parte la difusión y amor por la buena música, así como el arte de oírla entre nosotros, muy principalmente en la juventud. La audiencia que hoy colma los auditorios de los conciertos, fue iniciada en los secretos de la música por Otto de Greiff. Casi sobra decir que es él uno de los hombres de más vasta cultura musical que hay en Colombia». Traductor, Otto de Greiff ha vertido al castellano obras

de reconocidos poetas franceses, alemanes, ingleses, italianos y nórdicos. En 1975, Colcultura le publicó un volumen titulado *Poesías de Goethe. Versiones poéticas*. Como poeta, se conocen sus poemas "Músicas exóticas", "Canción", "Pantum malayo", "Sonata en Do menor", "El yelmo", "Los marineros" y "Los alineados". En 1966 ganó un concurso de ensayo sobre Rubén Darío, patrocinado por el Instituto de Cultura Hispánica. Ha escrito, además, *Los cuartetos de cuerda de Beethoven*, *Las sonatas para piano de Beethoven* e *Historia ilustrada de la música*. A través de innumerables artículos y de programas radiales amenos y pedagógicos, Otto de Greiff ha divulgado la bibliografía musical del mundo en Colombia a lo largo de varias décadas. Con sus comentarios musicales y sus acertadas críticas sobre programaciones, conciertos e intérpretes, se ha convertido en el crítico musical más importante del país. En 1986 ganó el Premio Simón Bolívar de periodismo cultural. Ha sido el comentarista oficial de la Orquesta Sinfónica de Colombia y su colección discográfica de música clásica es una de las más importantes del continente. Desde que se jubiló de la Universidad Nacional, en 1967, dedica su tiempo a hacer traducciones y programas de radio, y a escribir su habitual columna "Comentarios musicales" para *El Tiempo*.

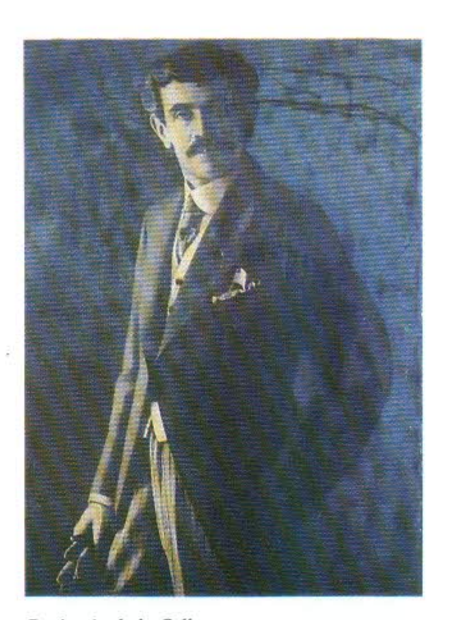
WILLIAM ATEHORTÚA

Bibliografía

DE GREIFF, OTTO. "La saga sueca de los De Greiff". *Diners*, agosto de 1987. PERDOMO ESCOBAR, JOSÉ IGNACIO. *Historia de la música en Colombia*. 5ª ed. Bogotá, Plaza y Janés, 1980. VASCO, BERNARDO. "Otto, opus 86. Entrevista". *Revista Credencial*, Nº 46 (septiembre 1990).

DE LA CALLE, BENJAMÍN

Fotógrafo antioqueño (Yarumal, 1869-Medellín, 1934). Benjamín de la Calle aprendió fotografía en Medellín con Emiliano Mejía, quien abrió un gabinete artístico en 1882, tras haber estudiado en París. En 1897 De la Calle ya estaba activo en Yarumal, donde en compañía de su hermano practicó la profesión. Las fotografías más antiguas que se conservan datan de este año. En 1899, tras participar en la guerra de los Mil Días, se trasladó definitivamente a Medellín. Escogió ubicarse cerca a la plaza de mercado, centro de actividades de la ciudad, lo que facilitaba la cercanía con todo tipo de clientes. Su especialidad fue el retrato. De su prolífico trabajo sólo se conservan hoy unos cinco mil negativos, propiedad de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, depositados en el Centro de Memoria Visual de la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (FAES), en Medellín. Desde sus comienzos como fotógrafo, se observa en De la Calle un marcado interés por el personaje y por la utilización de aditamentos tales como telones de fondo pintados con distintos tipos de paisajes y elementos decorativos como columnas, rocas y mobiliario, que contribuyen a crear una atmósfera particular y a localizar a la figura en un contexto generalmente imaginario o evocador. En ocasiones recurrió al retoque del negativo para introducir efectos decorativos que buscaban enriquecer la situación representada. Tres lemas, impresos a menudo en el respaldo de las fotografías y en los anuncios de prensa en los que ofrecía sus servicios, rigieron su trabajo: «Fotografía artística e instantánea», «Todos los negativos se conservan» y «No se venden fotografías sin el permiso de sus dueños». En la década de los diez se desempeñó como fotógrafo judicial, al tiempo que atendía a su numerosa clientela, compuesta tanto por gentes del pueblo, campesinos y marginados de toda índole, como por empresarios, acaudalados comerciantes y extranjeros. Se ocupó también de registrar las manifestaciones del progreso que comenzaba a vivir en los años veinte la pequeña urbe de Medellín. Establecimientos comerciales y joyerías, fábricas y plantas eléctricas, acontecimientos colectivos y vitrinas quedaron como ejemplos de la prosperidad naciente. Los conmovedores retratos de niños muertos y los de "Cara bonita", Margarita Ricaurte, María Antonia Restrepo, Alvaro Echavarría, Coriolano Amador, Enrique Echavarría y familia, y la impresionante secuencia del último fusilado de Antioquia, son apenas algunas de las más destacadas fotografías de una compleja galería humana, en la que parece revelarse el lado secreto de sus modelos. La mirada de De la Calle es muy diferente a la que ofrecieron fotógrafos contemporáneos suyos como Melitón Rodríguez (1875-1942), más refinado y comprometido con la búsqueda de la perfección como sinónimo de belleza. Si en las fotos de Rodríguez puede encontrarse un enfoque complacido y complaciente, en el que los personajes parecen adquirir un aura, en las de De la Calle la imagen no está dulcificada por la luz, es dura, sin movimiento, contundente y sin concesiones. Benjamín de la Calle no sólo construyó una estética personal del retrato y estableció un lenguaje de la atmósfera y la profundidad escénica, sino que fundó al personaje como sujeto artístico. El retratado adquiere una especial connotación y su otro yo parece asomar tras la apariencia visible. [*Ver tomo 6, Arte, p. 247*].



Benjamín de la Calle. Autorretrato.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

Bibliografía

Benjamín de la Calle. Museo de Arte Moderno de Medellín, Medellín, diciembre 1982 - enero 1983. *Benjamín de la Calle, fotógrafo*. Exposición antológica. Banco de la República, Medellín, 1993. Texto, Santiago Londoño. *El Comercio en Medellín, fotografías de Benjamín de la Calle*. FENALCO Antioquia, Medellín, 1982.

DE LA CORUÑA, AGUSTÍN

Eclesiástico español, segundo obispo de Popayán, nacido en 1508, muerto en Popayán, el 25 de noviembre de 1589. Según algunos cronistas y biógrafos, se desconoce el lugar exacto del nacimiento de fray Agustín de la

Coruña; no obstante, Héctor Espalza Quintero, autor de *El ministerio pastoral de Agustín de la Coruña*, asegura que era oriundo de Coruña de los Condes, Provincia de Burgos. Según el presbítero Manuel Antonio Bueno y Quijano, los padres de Agustín de la Coruña fueron Fernando de la Coruña y Catalina de Velasco; Espalza se refiere a Diego Fernando Gormaz y Catalina de Velasco como los verdaderos progenitores del fraile. El 24 de junio de 1524, De la Coruña tomó el hábito de los agustinos descalzos en Salamanca, y en 1526 profesó. Cursó estudios de teología en la universidad de esta ciudad, y allí encontró a fray Toribio Mogrovejo (más adelante arzobispo de Lima) y a Ignacio de Loyola. Fray Agustín vino a México en 1533, con otros religiosos de su comunidad, y allí fue catedrático de prima, prior de varios conventos, y en 1560 fue elegido provincial. Con este carácter, junto con los provinciales de otras órdenes, se dirigió a España con el fin de abogar por la suerte de los indígenas, quienes eran objeto del abuso de soldados y encomenderos. Cuando se encontraba adelantando estas gestiones, se enteró de que había sido designado para regir la diócesis de Popayán, donde llegó a posesionarse en 1566. Ya en su sede episcopal, fray Agustín vivió siempre en la práctica de las virtudes más austeras, manteniéndose de limosnas todo el tiempo que duró su obispado. Sufrió persecuciones constantes por parte de las autoridades civiles de esta ciudad, como la prisión y el destierro a los que fue sometido injustamente por defender a los indígenas del maltrato perpetrado por los encomenderos bajo el auspicio de los gobernadores García del Espinar y Mendoza. Por suerte, le fue restituida su diócesis, y allí continuó siendo el gestor de notables obras de beneficencia, como el apoyo a la instrucción pública y la erección, en 1591, del monasterio de monjas de La Encarnación, primer centro de enseñanza para la mujer en Colombia. A esta fundación donó todos sus bienes y prebendas. Fray Agustín escribió la *Relación de la conquista de las provincias de Chilapa y Tlapa*, en México, y es autor de unos cánticos y otros escritos. Sus restos fueron trasladados primero a la catedral de teja y, más tarde, en 1786, a la iglesia de La Encarnación, donde reposan todavía. En el acta de traslado se consigna que, abierto el sepulcro para sacar los restos, se halló una caja de piedra y dentro de ella otra de plomo, con esta inscripción «Señor Coruña». La caja de plomo contenía sólo polvo y algunos pedazos de los huesos más grandes. Estas pocas reliquias fueron trasladadas con solemnidad a la iglesia del monasterio, donde se celebraron las honras y el padre Jerónimo de Roa, religioso de San Camilo, predicó la oración. Enseguida se depositó la caja con los restos en el presbiterio.

MARÍA ALEXANDRA MÉNDEZ VALENCIA

Bibliografía

ARROYO, JAIME. *Historia de la Gobernación de Popayán*, tomo I. Bogotá, Editorial Santa Fe, 1955. BUENO Y QUIJANO, MANUEL ANTONIO y JUAN BUENAVENTURA ORTIZ. *Historia de la Diócesis de Popayán*. Bogotá, ABC, 1945. ESPALZA QUINTERO, HÉCTOR. *Ministerio Pastoral de Agustín de la Coruña, Segundo Obispo de Popayán*. Bogotá, Centro de Publicaciones del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), 1990. MÉNDEZ VALENCIA, MARÍA ALEXANDRA. *Aspectos de la historia documental del claustro de Nuestra Señora de la Encarnación de Popayán*. Popayán, Colegio Mayor del Cauca, 1991. MESA, CARLOS E. *Primeras diócesis novogranadinas y sus prelados*. Madrid, Editorial Raycar Impresores, 1976.

DE LA FUENTE DE LLERAS, CECILIA



Cecilia de la Fuente de Lleras. Fotografía de Alejandro Mora.

Primera Dama de la Nación durante el período 1966-1970, nacida en Barcelona, España. Esposa del presidente Carlos Lleras Restrepo, sus padres fueron el español Manuel de la Fuente y la colombiana Ana Rosa Cortés Gregory. Desde muy pequeña quedó huérfana de madre, razón por la cual vivió y se educó al lado de sus tías maternas. Estudió los primeros años en el Colegio de las señoritas Casas y con profesoras particulares, posteriormente viajó con su familia a Estados Unidos y estudió en Nueva Jersey. Contrajo nupcias el 25 de marzo de 1933, en la iglesia de La Veracruz, con el presidente Lleras, de cuya unión nacieron: Clemencia, Carlos, María Inés y Fernando. El matrimonio Lleras De la Fuente sufrió en 1952, en plena violencia partidista, la quema de su residencia y todos sus enseres. Su labor como Primera Dama se centró en hacer realidad los planteamientos hechos por su esposo durante la campaña electoral, referentes a la protección de la mujer, la familia y el niño. No se limitó a la realización de obras sociales esporádicas, cifró sus esfuerzos en la consecución de políticas de largo alcance. Asesorada por Darío Echandía y con la ayuda del entonces ministro de Salud, Juan Jacobo Muñoz, y de la directora del Departamento de Asistencia Social, Yolanda Pulecio, presentó un proyecto de ley que fue aprobado, después de «un año y treinta y nueve días de trámite», el 5 de diciembre de 1968. El presidente Lleras sancionó la ley el 30 de diciembre del mismo año, la cual se conoce como "Ley Cecilia" o ley 75 de 1968, sobre paternidad responsable y creación del Instituto de Bienestar Familiar (ICBF). Una vez aprobada la ley, doña Cecilia no cejó en su empeño de materializarla, y al término de su labor como Primera Dama logró dejar el Instituto de Bienestar Familiar en Bogotá, Popayán y Cartagena, así como la Casa de la Niña Campesina en Armenia. En 1969 fue declarada la Mujer del Año y condecorada con la Cruz de Boyacá en grado de Gran Canciller, el 30 de abril. Ese mismo día, la Comisión Interamericana de Mujeres le impuso la insignia de Acción Social Femenina. En 1988, con motivo de los veinte años del ICBF, fue condecorada por el presidente Virgilio Barco. Cecilia de la Fuente de Lleras pasará a la historia no sólo por ser la esposa del ex presidente Lleras Restrepo, sino por su empeño en defender la familia colom-

biana mediante una legislación que protegiera los derechos de la mujer y el niño.

GILMA RÍOS PEÑALOZA

Bibliografía

BOJACÁ, LILIA. "Desaparecen los hijos sin padre". *El Tiempo*, diciembre 31 de 1968. LLOBEELL ESCOVAR, TONY. "Me han dejado sola, dice la Primera Dama de Colombia". *El Tiempo*, diciembre 2 de 1968. "Por el bienestar de la niñez". *El Espectador*, noviembre 22 de 1993.

DEL CORRAL, JUAN

Gobernador de Antioquia (Mompós, 1778 - Rionegro, abril 7 de 1814). Célebre por haber dictado la primera disposición en el país acerca de la libertad de los esclavos, al cambiar el régimen colonial por el republicano, la vida y actuaciones del gobernador Juan Bautista del Corral fueron muy cortas, pero definitivas en el proceso revolucionario de independencia. Típico representante del grupo de los criollos neogranadinos que apoyaron y lideraron el movimiento separatista, Del Corral nació en la privilegiada y próspera villa de Mompós. Su padre fue teniente de las milicias de infantería de la villa, cargo de alguna importancia que combinaba con la práctica del comercio que extendió hasta Antioquia. Los ricos tratantes momposinos siempre exigieron al gobierno español una amplia libertad de comercio y la reducción de los altos impuestos establecidos por las reformas fiscales borbónicas sobre esa actividad. Las ideas separatistas circularon tempranamente entre su élite, de ahí que fuera una de las primeras en proclamar su independencia y apoyar la lucha revolucionaria con dinero y soldados, muchos de los cuales llegaron a ser héroes de la guerra. Mompós, aunque muy desarrollada económicamente, tenía muy atrasada la enseñanza. Del Corral fue autodidacta en historia natural y asuntos militares. Con su padre aprendió las cosas del comercio. Pasó a la ciudad de Antioquia a atender negocios, siendo muy joven. Allí contrajo matrimonio con Josefa Arrubla (1800) y formó una sociedad con vecinos del lugar para establecer cultivos de cacao, que en poco tiempo inauguraron una importante bonanza agrícola en el occidente antioqueño. En 1808 fue elegido como regidor vitalicio del cabildo de la ciu-



Juan del Corral.
Museo Casa de la Convención, Rionegro.

dad de Antioquia. Desde su cargo impulsó el movimiento revolucionario iniciado en 1810 y apoyó el nuevo gobierno de la Junta Provincial, organizando las milicias en la ciudad. Luego fue elegido, junto con José Manuel Restrepo, diputado en el Congreso Federal convocado en 1811 para organizar el gobierno. Del Corral participó en la redacción del Acta de la Federación de las Provincias Unidas y se ocupó del ramo militar durante su estancia en Santafé. Al año siguiente regresó a Antioquia, en vista de la tardanza en reunirse el congreso federativo. Sin embargo, su activismo aumentó al tener noticia de la reconquista española. Hizo parte de la Junta de Seguridad y organizó las milicias de la provincia, que empleó seguidamente para reprimir a los defensores del régimen monárquico absolutista. Con el avance de la reconquista, la legislatura decidió levantar transitoriamente la República de Antioquia en 1813, para nombrar a Corral como dictador y coronel de milicias por un lapso de tres meses. Tal nombramiento fue mal recibido por el jefe de gobierno Camilo Torres y por los demás gobiernos de la Unión, empeñados en mantener el sistema republicano. Del Corral consiguió que el sabio Francisco José de Caldas dirigiera el proyecto de fortificaciones y defensa para enfrentar a los ejércitos de Juan Sámano, que se dirigían a Antioquia desde el sur. Caldas también organizó una fábrica de pólvora en Medellín y una maestranza en Rionegro, dedicada a fundir piezas para reparar armamento. El 11 de agosto de 1813 Del Corral proclamó el Acta de Independencia Absoluta de Antioquia, a semejanza de las de Cartagena, Mompós y Cundinamarca. Otro de sus actos administrativos fue la erección en ciudades de las villas de Marinilla y Medellín, en reconocimiento a sus vecinos por el apoyo brindado al nuevo gobierno. La legislatura le prorrogaría su mandato por cuatro meses mas, durante los cuales manejó hábilmente el conflicto con la Iglesia y el clero al erigir nuevas parroquias. Al finalizar su segundo período, Del Corral citó la legislatura para entregar el mando y exponer su proyecto sobre la libertad de los esclavos, de acuerdo con las ideas del doctor José Félix de Restrepo, quien colaboró durante su gobierno. La legislatura lo eligió como gobernador constitucional. Poco después murió en Rionegro, en 1814, a causa de una enfermedad.

LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA. *Biografía del prócer Juan del Corral*. Bogotá, Editorial Bochica, 1951. TISNÉS JIMÉNEZ, ROBERTO M. *Don Juan del Corral, libertador de los esclavos*. Biblioteca Banco Popular, volumen 83. Cali, 1980.

DEL DIESTRO, ALFREDO

Actor y director de cine, nacido en Bogotá en 1877, muerto en Ciudad de México, en 1951. Hijo del comerciante español Juan del Diestro y de la pianista italiana Matilde Cavaletti,



Alfredo del Diestro.
Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, Bogotá.

Alfredo del Diestro pasó su adolescencia en La Habana con sus padres. En 1900 regresó a Colombia con la compañía teatral Juan del Diestro, formada por él y su hermano menor Juan. La compañía permaneció en el país hasta 1903, cuando reinició su trashumancia por Centroamérica y el Caribe. En La Habana conoció a la actriz mexicana Emma Roldán, y se casó con ella. En 1920, cuando se encontraba realizando una temporada en el Teatro Municipal de Cali, conoció a Francisco Antonio Posada, quien le propuso codirigir con el español Máximo Calvo el largometraje silente *María*. Del Diestro hizo la dirección artística, dirigió los diálogos y la puesta en escena. Regresó a México en 1924, donde continuó trabajando en cine. Su actuación más destacada fue en el largo *Allá en el rancho grande*, realizado en 1936 [*Ver tomo 6, Arte, p. 251*].

MARTA ELENA RESTREPO

DELMAR, MEIRA



Meira Delmar.

Poetisa costeña (Barranquilla, 1924). Su nombre real es Olga Chams Eljach, hija de padres libaneses. Estudió letras en Roma y música en el conservatorio Pedro Biava de la Universidad del Atlántico. Fue profesora de historia del arte y literatura. Ha sido por varios años directora de la Biblioteca Pública Departamental del Atlántico. Es el nombre femenino más destacado de la poesía colombiana de influencia piedracielista. Su obra posee una gran musicalidad interior, recurre con frecuencia a temas sobre el mar y su universo, el amor y los clásicos griegos. Según sus palabras: «Nadie sobrevivirá, excepto lo que dejamos en la poesía». Meira Delmar logra a través de un lenguaje elaborado y claro, «no confundirse con la pirotecnia verbal de su época, para traducir su alma en una poesía más clarividente y más ensimismada, aunque navegante, como ola escapada de su mar de fondo», según palabras del crítico Ramiro Lagos. Meira Delmar es una poetisa tradicional, en el sentido que a la palabra "tradición" da el poeta Ezra Pound: «Tradición no significa ataduras que nos liguen al pasado: es algo bello que nosotros conservamos». Romántica, si por romanticismo ha de entenderse esa entrega del alma a la naturaleza; «nueva, si por nueva se tiene a la poesía libre de sensiblerías. En su poesía hay una angustia vital que recorre permanentemente su voz», dice Ignacio Reyes Posada. El amor presente en su poesía es el amor inalcanzable, está presente sin estarlo: «*Tú ya no tienes rostro en mi recuerdo. Eres. / nada más, la dorada tarde aquella / en que la primavera se detuvo / a leer con nosotros unos versos. / Y eres también esta leve / melancolía que sus pasos mueve / sobre mi corazón / y casi no es / melancolía... / Alguna vez yo tuve / tu rostro y tus palabras... / Hoy no sé qué se hicieron*». Meira Delmar ha publicado *Alba del olvido* (1942), *Sitio de amor* (Barranquilla, 1944), *Verdad del sueño* (Barranquilla, 1946), *Secreta isla* (Barranquilla, 1951), *Sus mejores versos* (antología, Buenos Aires, 1957), *Poesía* (antología bilingüe en italiano y español, Siena, 1970) y *Huésped sin sombra* (Bogotá, 1971).

MARÍA ISABEL VARGAS ARANGO

Bibliografía

LAGOS, RAMIRO. *Voces Femeninas del Mundo Hispánico*. Bogotá, Tercer Mundo, 1991.

DEL VALLE, JUAN

Clérigo español, primer obispo de Popayán, nacido, según un documento anónimo, en Monzoncillo, provincia de Segovia, en fecha desconocida, muerto en Popayán, a fines de 1562. La documentación sobre Juan del Valle es escasa. Seguramente Del Valle no era su verdadero apellido, por lo que se presume que posiblemente se trataba de un apodo que todavía se estila en Segovia, y que era de uso común para diferenciar entre sí a los nativos del valle de los de la sierra. El etnohistoriador Juan Friede señala que, muy probablemente, el verdadero apellido fuese Sánchez García, según la revisión de documentos originales, en especial, un expediente que reposa en el archivo del Colegio de San Bartolomé de Salamanca, en el que se lee: «El 14 de agosto de 1542 solicita ingreso a ese colegio Juan Sánchez García, que ahora llaman maestro "Valle"». En el mismo documento hay información sobre los datos personales del solicitante y los requisitos necesarios para el ingreso, pedidos por el licenciado Baltasar de Salazar, colegial de aquella institución; los testigos firmantes fueron, entre otros: Antonio de Martín Blanco, Juan de Verno y Blaso Barroso. Otras pruebas fehacientes conllevan a pensar que este Sánchez García se trata efectivamente del futuro primer obispo de Popayán: el lugar de nacimiento de Juan Sánchez García es Monzoncillo, en Segovia, el mismo de Juan del Valle; también Sánchez García es bachiller, como lo fue el prelado, y también se le llamaba "maestro" como a Juan del Valle; además, parece ser que Sánchez García sí eran sus verdaderos apellidos, por cuanto se pudo comprobar que éstos eran los de un tal Bartolomé, también oriundo de Monzoncillo y pariente del obispo. Fue posible constatar que los padres del "maestro" Valle fueron Andrés de Sancho García y Catalina, cuyo apellido no estaba claro en la documentación. Friede alude a un documento anónimo de la Colección Muñoz, en el cual reza que el prelado se graduó en Salamanca y París de maestro en teología, y que fue notable predicador y filósofo. Juan del Valle cursó estudios de jurisprudencia en la Universidad de Salamanca entre 1529 y 1532, y en 1536 obtuvo el título de bachiller en *Ius civilis*, concesión anotada en el libro que corresponde a ese año. Desde 1541 a 1547, Juan del Valle ocupó la cátedra de artes de la Universidad de Salamanca, hecho que concuerda con la declaración del bachiller Luis Sánchez, quien afirmó haber sido alumno de Del Valle.

En documento anónimo de la Colección Muñoz se lee que el obispo se graduó de maestro en teología en las Universidades de Salamanca y París, aunque sobre los estudios adelanta-

dos en esta última universidad, comenta Friede, no fue posible hallar prueba alguna, por cuanto del archivo de aquella universidad sólo se conservan fragmentos, ya que fue destruido por un incendio durante la Comuna de 1870. Otras pesquisas adelantadas por Friede fueron infructuosas. También se conoce la fecha en que Del Valle tomó el hábito religioso, aunque según la bula de su nombramiento para el obispado, en 1546, ya había sido nombrado presbítero en Segovia. «El ilustrísimo maestro don Juan del Valle, clérigo español, que hizo la erección de esta Santa Iglesia Catedral en Aranda de Duero, en el obispado de Osma, en idioma latino, por orden del emperador Carlos V, y aprobación de Paulo III, en 8 de septiembre de 1547. Y enseguida se vino a América entrando a este obispado y dirigiéndose a Cali en 1548, y como no había recibido la consagración episcopal se fue a Quito a recibirla, pero cuando llegó a esa ciudad ya había muerto su primer obispo, ilustrísimo Señor Garci- Días Arias, por lo que el señor Del Valle regresó a Popayán, llevado en hombros por los indígenas por cuanto en aquella época eran escasos los caballos e intransitables los caminos, y entonces comunicó un traslado de la erección que de su iglesia había hecho en España a los tres primeros capitulares que él mismo había nombrado, haciendo uso de la facultad pontificia y real que había recibido. A su regreso de Quito, pasó al venerable capítulo, que él mismo había nombrado, un traslado de la erección en idioma latino; el venerable capítulo hizo copiar esta erección en las primeras páginas de su primer libro capitular, que más adelante desaparecería en el incendio de la casa del deán don Francisco Ramírez Florián». La labor de Del Valle como mecenas de la instrucción pública fue encomiable, por cuanto fundó escuelas para los indígenas en todo el territorio de su diócesis, donde se les enseñaba a leer, escribir y contar, la gramática y la "música de voces", antes que don Andrés Díaz Venero de Leiva, primer presidente de la Real Audiencia, emprendiera esta misma labor en territorios de los actuales departamentos de Cundinamarca y Boyacá. A la vez, protegió a los naturales de los abusos de encomenderos y gobernantes. Rigió su iglesia como gobernador, porque no pudo pasar a otra diócesis a consagrarse a causa del mal estado de las vías de comunicación, y porque era muy delicada su salud. Falleció en Popayán, sin haberse consagrado, a fines de 1562.

MARÍA ALEXANDRA MÉNDEZ VALENCIA

Bibliografía

ARAGÓN, ARCESIO. *Fastos payaneses*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1939. BUENO Y QUIJANO, MANUEL ANTONIO y JUAN BUENAVENTURA ORTIZ. *Historia de la Diócesis de Popayán*. Bogotá, ABC, 1945. FRIEDE, JUAN. *Vida y luchas de don Juan del Valle, primer obispo de Popayán y protector de indios*. Popayán, Universidad del Cauca, 1961. OTERO, JESÚS MARÍA. *Escuela de primeras letras y cultura popular española en Popayán*. Popayán, Talleres Editoriales del Departamento, 1962.

Di Domenico, Familia

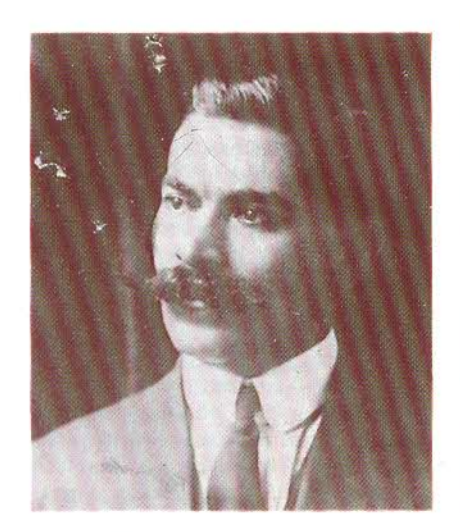
Inmigrantes italianos pioneros del cine en Colombia. Oriundos de Castelnuovo di Conza, provincia de Salerno, los Di Domenico conformaron la más sólida empresa cinematográfica colombiana de los años diez y veinte del presente siglo. Di Domenico Hermanos y Cía., y su filial SICLA (Sociedad Industrial Cinematográfica Latinoamericana), que operaba también en las Antillas, Centroamérica, Perú, Ecuador y Venezuela, desarrollaron actividades pioneras que abarcaron los distintos campos de la distribución, exhibición y producción del cine silente documental y argumental. También trajeron y difundieron otros espectáculos, como ópera, opereta y demás variedades. En 1928, las empresas fueron adquiridas por la sociedad antioqueña Cine Colombia, con la condición de que ninguno de sus miembros volviera a incursionar en el terreno cinematográfico en Colombia.

Di Domenico Cozzarelli, Francesco

Nacido en el seno de una familia campesina en 1880, muerto en Villeta (Cundinamarca), en 1966. Francesco Di Domenico quedó huérfano de padre en 1886, al morir éste en Panamá, a donde había viajado como comerciante y joyero. En 1903 se casó con su paisana María Felicia Di Ruggiero, con quien tuvo siete hijos: Marietta, Donato, Giovanni, Elisa, Olga, Yolanda e Italia. Desde joven buscó fortuna en el comercio en Africa, las Antillas Francesas y Panamá, antes de aventurarse, en 1909, con su hermano menor Vincenzo, como exhibidores ambulantes de cine por el Caribe, Venezuela y Colombia. Tras el éxito obtenido por el itinerante Cinema Olympia, a fines de 1911, Francesco Di Domenico decidió establecerse en Panamá, a la cabeza de la empresa familiar. En 1914 se radicó en Bogotá, y desde allí consolidó y dirigió un pequeño imperio cinematográfico que se extendía a lo largo y ancho del país. Desde ese año produjo una serie de documentales o noticieros bogotanos, y en 1915 provocó un escándalo político con *El drama del 15 de octubre*, película sobre el asesinato del caudillo liberal Rafael Uribe Uribe. La realización de películas se interrumpió hasta 1919, cuando se reanudó con *El primer Congreso Mariano Nacional y la coronación de la Virgen de Chiquinquirá*, registro de ese evento celebrado en Bogotá. En 1922, sin dejar de ejercer la gerencia general de la empresa, Francesco Di Domenico partió para Italia como cónsul honorario de Colombia en Nápoles, y en 1947 regresó para ponerse al frente de una fábrica de pastas y del Hotel Jordán de Villeta, ciudad donde murió.

Di Domenico Cozzarelli, Vincenzo

Nacido en 1882 y muerto en Barcelona en 1955, estuvo a punto de morir en 1902 por la erupción del Mont Pelée en Saint Pierre, Martinica, donde vivía con un tío materno. Cuando regresó a su pueblo natal, se casó por primera vez con la madre de sus dos hijos mayores, Donato y Vincenzo. En 1909 se embarcó de nuevo para América, con su hermano Francesco, en la aventura del Cinema Olympia. Instalado con su familia en Bogotá, en 1912 inauguró el Salón Olympia, de propiedad de inversionistas locales, donde adquirió fama como exhibidor del cine "de arte" francés e italiano. En 1915 se trasladó a Panamá y dirigió la agencia encargada de la importación y distribución de películas y espectáculos a las distintas plazas de la SICLA. En ese país se casó por segunda vez con la cantante Erminda Blanchart, con quien tuvo otros dos hijos: Umberto y Armando. Durante el decenio de los veinte, volvió a Colombia, y en Bogotá dirigió decenas de noticieros llamados *SICLA-Journal*, y cuatro largometrajes basados en obras literarias colombianas de la época: *Aura o Las violetas* (1924), *Conquistadores de almas* (1924), *Como los muertos* (1925) y *El amor, el deber y el crimen* (1926). Después de la



Francisco Di Domenico. Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, Bogotá.



Vicente Di Domenico. Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, Bogotá.

venta de la empresa familiar, abrió un laboratorio de cine en Barcelona, que fue incendiado durante la guerra civil española.

Di Ruggiero, Giuseppe

Hermano mayor de la esposa de Francesco, nació en 1887 y murió en Bogotá en 1958. A partir de 1909 colaboró desde Italia con los viajeros del Cinema Olympia, y en 1914, al abandonar la carrera eclesiástica que ejercía en Panamá, entró a formar parte de la sociedad familiar de los Di Domenico. Se radicó en Colombia en 1917 y dirigió la importante agencia de Barranquilla y el primer cine propio de la compañía, el Teatro Colombia de esa ciudad. Se casó con Italia Cozzarelli, barranquillera de origen italiano, con quien tuvo tres hijos: Juan José, Elisa Pía e Italo. Con Francesco y Vincenzo Di Domenico fueron los socios mayoritarios de la compañía. Como último gerente, vendió la empresa a Cine Colombia. Años después fundó el Teatro Rex de Bogotá.

Di Ruggiero, Erminio

Hermano menor de Giuseppe y socio minoritario de la SICLA, nació en 1896 y murió en Nápoles en 1956. A los 16 años se inició como proyeccionista, cuando su cuñado Francesco decidió abandonar la itinerancia y establecerse en Panamá. Desde entonces trabajó siempre al lado de Francesco, como su hombre de confianza. En 1915 se trasladó a Bogotá, con la familia de Francesco, y en 1922 ocupó la gerencia de la compañía hasta 1924, cuando se fue a vivir a Italia. Se casó con Antonietta Asti, con quien tuvo tres hijos: Giovanni, Vincenzo y Elisa.

Di Domenico Mazzoli, Giovanni

Nació en 1891 y murió en Medellín, en 1966. En 1911 viajó a América para trabajar con sus primos Francesco y Vincenzo. Fue uno de los principales responsables de la expansión del negocio en Panamá, Colombia y Venezuela, en los primeros años. Estableció su centro de operaciones en Medellín, donde se ganó el favor del público, y en los años veinte promovió, junto con otros empresarios, la construcción del palacio del cine en esa ciudad: el Teatro Junín. Se casó con la antioqueña Constanza Botero, con quien tuvo cinco hijos: Luis, Giovanni, Colomba, Filomena y Edda.

Di Domenico Mazzoli, Donato

Hermano mayor de Giovanni, nació en 1889, y murió en Bogotá, en 1975. Fue el último de los parientes en vincularse a la empresa cinematográfica, debido a que tuvo que quedarse en Italia prestando servicio militar por sí mismo y por su hermano, quien ya se encontraba en América. A partir de 1914 conquistó sucesivamente para la SICLA el público de la costa atlántica, los Santanderes, el Cauca y Nariño. En 1918 se estableció al frente de la agencia de Cali, donde se casó con la caleña María Velasco, cuyo sobrino, Eduardo (Lalo) Vásquez, fue criado como un hijo por los dos. Aficionado a la fotografía, al parecer filmó en Cali, hacia 1923, un documental titulado *Tierra caucana*. A finales de los veinte construyó el Teatro Colombia de Cali. En los años cuarenta incursionó nuevamente en el campo de la distribución y exhibición de cine, al crear otra empresa con el nombre SICLA. También construyó, en 1948, el Teatro El Dorado de Bogotá. Fue el último sobreviviente de estos pioneros del cine en Colombia [*Ver tomo 6, Arte, pp. 250-254*].

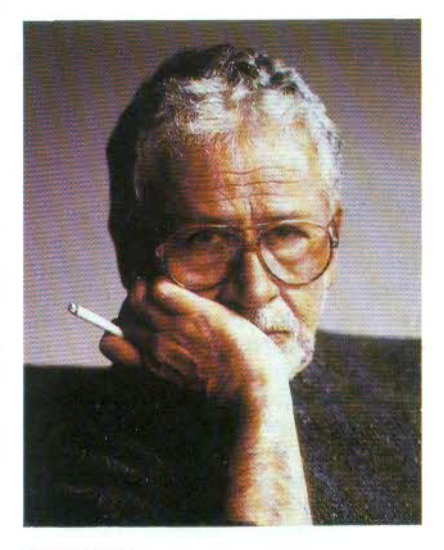
LEILA EL'GAZZI

Bibliografía

NIETO, JORGE y DIEGO ROJAS. *Tiempos del Olympia*. Bogotá, Patrimonio Fílmico Colombiano, 1992.

DÍAZ, HERNÁN

Fotógrafo y retratista tolimense (Ibagué, 1931), reconocido como el más destacado profesional de la fotografía durante la segunda mitad del siglo XX en Colombia. Realizó sus estudios en el Instituto de Altos Estudios Cinematográficos (IDHEC) de París y en Westport University, donde fue alumno de Irving Penn. Miembro de la American Society of Magazine Photographers, su obra y reportajes se han divulgado internacionalmente a través de las revistas *Life* y *Time*, y del periódico *Christian Science Monitor*. En Colombia todos los periódicos y revistas importantes han divulgado diferentes facetas de su trabajo fotográfico. En la revista *Cromos* publica semanalmente su sección "Encuentros con Hernán Díaz". Publicó su primer libro en colaboración con la crítica de



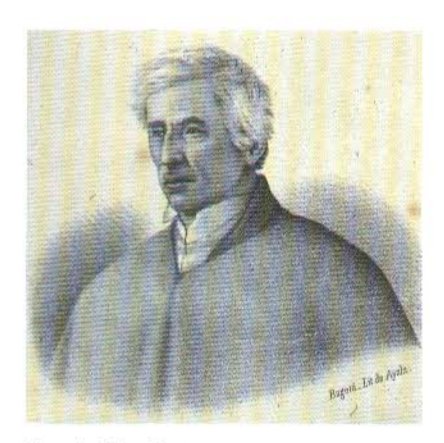
Hernán Díaz. Fotografía de Patricia Rincón.

arte Marta Traba: *Seis artistas contemporáneos* (1963). Después ha publicado regularmente sus libros fotográficos, entre los que se destacan *Cartagena morena* (1972), *Diario de una devastación* (1979), *Las fronteras azules de Colombia* (1982), *Casa de huéspedes ilustres de Colombia* (1985), *Cartagena de siempre* (1992) y *Retratos* (1993). En los años sesenta fundó Memorabilia, la primera tienda galería de fotógrafos de arte que existió en el país, y a partir de 1966 ha realizado numerosas exposiciones de su obra, entre ellas su primera retrospectiva individual organizada para un fotógrafo colombiano por el Museo de Arte Moderno de Bogotá, y ha participado en numerosas muestras internacionales, como la Bienal de Venecia. Desde 1982, una selección de cien de sus mejores fotografías recorre el mundo en una exposición itinerante con el nombre de "Documentos de identidad". Durante la década de los años setenta fundó el Taller de Fotografía, donde más de quinientos alumnos aprendieron su arte y su técnica. Por su trabajo, Hernán Díaz ha recibido numerosas distinciones, desde el Premio Nacional de Fotografía Federico Hecht (1968), hasta el Primer Premio del Concurso Mundial de Carteles (1980), en Venezuela. Aunque su obra es muy amplia y su permanente inquietud estética lo ha llevado a indagar en los más diversos campos del arte, como la pintura, el cine, la docencia y la crónica ilustrada, es en la fotografía de escenas y de las gentes colombianas, y particularmente en el retrato, donde Hernán Díaz imprime un sello especial que lo distingue de sus contemporáneos y le ha permitido dejar el más humano y sensible documento visual de su época en Colombia.

CAMILO CALDERÓN

DIAZ CASTRO, EUGENIO

Escritor costumbrista nacido en la hacienda Puerta Grande (hoy anegada por la represa del Muña), en los alrededores de Soacha, Cundinamarca, el 5 de septiembre de 1803, muerto en Bogotá, el 11 de abril de 1865. Célebre por ser el autor de *Manuela*, considerada en su época la novela nacional y una de las iniciadoras del género costumbrista en Colombia, además de innumerables cuadros y artículos de costumbres publicados en los periódicos *El Bien Social*, *El Mosaico*, *El Bogotano*, *Biblioteca de Señoritas* y *La América*; se conoce poco sobre la vida de José Eugenio Díaz Castro. Los datos existentes provienen de una biografía escrita por José María Vergara y Vergara (cofundador, con Díaz, del periódico *El Mosaico*, escritor costumbrista y primer historiador de la literatura colombiana) para el periódico *El Iris*, en el segundo aniversario de la muerte de Eugenio Díaz Castro; de algunos comentarios autobiográficos aparecidos en sus artículos de costumbres y del testimonio de amigos y contertulios. Hijo legítimo de José Antonio Díaz y Andrea de Castro, fue bautizado el 8 de septiembre de 1803, por fray Silvestre Polanco, cura doctrinero, y sus padrinos fueron el escritor José Joaquín Ortiz y Josefa Díaz, según consta en el libro 10 de bautismos del Archivo Parroquial de Soacha. Recibió sus primeras enseñanzas de Casimiro Espinel y después pasó al Colegio de San Bartolomé, donde tuvo por condiscípulos a Florentino González y Ezequiel Rojas, dos de los más importantes políticos liberales de los primeros años de la República. Sin embargo, debido a una afección al pecho y a las secuelas de un accidente sufrido al caer de un caballo, cuando iba a visitar a su familia, Díaz Castro tuvo que retirarse del colegio y continuar sus lecturas y estudios por su cuenta, en la hacienda Puerta Grande, propiedad de sus padres. De aquí en adelante y hasta 1858, cuando se le presentó a Vergara y Vergara en su casa, con los originales de *Manuela* bajo el brazo, sólo conocemos algunos datos aislados sobre su vida. Sabemos que para sobrevivir se dedicó a las labores del campo, a veces como propietario y a veces como mayordomo, en distintos lugares de la Sabana de Bogotá y de la tierra caliente. En el artículo autobiográfico "Mi pluma", en el que describe las diferentes plumas que ha usado a lo largo de su vida («en la escuela fue de castilla, de ganso en la Sabana, de pava y guacamaya en tierra caliente, de guala en los trapiches, y, por un capricho de la suerte, fue del reino mineral en Ambalema, y del vegetal en un establecimiento de pastales en que la usé de un cañón de pasto de guinea»), don Eugenio hace un rápido recorrido de sus andanzas: «Cuando vivía solo en un establecimiento entre los montes, cuando atravesaba los ásperos caminos, o cuando no tenía yo con quién conversar sino con mis arrendatarios o peones [...] cuando estuve en Ambalema, morando entre un salón lleno de prensas de tabaco [...] Qué fidelidad la de mi pluma, que me hizo soportables mis penas, desde los montes fríos de la cordillera de Subia hasta los ardientes arenales del Magdalena, lo mismo entre la quina, que entre la caña, que entre el hostigoso y ardiente tabaco de los caneyes». Al parecer, Díaz Castro no participó en las guerras de Independencia, quizás a causa de su mala salud, y tampoco tomó parte en las numerosas guerras civiles que siguieron a la batalla de Boyacá. En un artículo aclaratorio de su identidad (a propósito de la publicación de una lista de miembros de un partido político, en la que figuraba un homónimo suyo), firmado el 13 de febrero de 1850 y aparecido en *El Patriota Imparcial*, don Eugenio decía nunca haberse enrolado en sociedades políticas, ni pertenecer a ningún bando: «Una larga experiencia me ha enseñado que la sangre que se derrama en la Nueva Granada para que suban a los puestos nuestros padrinos, prohombres, o candidatos es infructuosamente perdida, porque lo mismo, con cortas excepciones (excepciones que no valen la pena del sacrificio de la vida) mandan todos los partidos; y para el que vive del sudor de su frente en un retiro, donde las plantas no crecen por influencias de Palacio, lo mismo es que mande el candidato A que el candidato B, siendo un ciudadano que merezca aceptación entre las mayorías». Sin embargo, confesaba haberse alistado como soldado en la cuarta compañía del batallón *Guardia Nacional* de Ambalema, cuando el general ecuatoriano Juan



Eugenio Díaz Castro.
Litografía de Daniel Ayala.
"El Mosaico", No. 2, enero 1 de 1859.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

José Flórez amenazó con invadir la Nueva Granada en 1848. En ese tiempo, don Eugenio dirigía un negocio de prensas de tabaco en Ambalema. Hacia 1851 escribía desde el «seno de las montañas que están debajo de la cordillera de Subia Occidental [...] entre las húmedas y oscuras selvas, en medio de la ranchería de la peonada que saca quina». Lo encontramos después como mayordomo de la hacienda Junca, importante trapiche que llegaba a contar con 500 arrendatarios, en jurisdicción del municipio de Mesitas del Colegio; allí escribió sus primeras obras, entre ellas *Manuela*, «en una antigua mesa de nogal barnizada de negro y con signos masónicos [...] ya en las cubiertas de las cartas que el autor recibía de su familia y amigos, ya en otros desiguales pedazos de papel», según cuenta Isidoro Laverde Amaya en sus *Fisonomías literarias de colombianos* (1880). En 1857 se trasladó a Bogotá para acompañar y atender personalmente a su madre enferma. En noviembre de 1858, un amigo le publicó su novela corta *Una ronda de don Ventura Ahumada*, su primera producción, escrita hacia 1854 en la hacienda Junca, y editada en la Imprenta de la Nación, de propiedad de Lázaro María Pérez. Con este folleto de 44 páginas, en el que el protagonista es un personaje real, don Buenaventura Ahumada, jefe político y de policía de Bogotá entre 1825 y 1830, Díaz Castro se dio a conocer como escritor y comenzó a disfrutar de un relativo éxito. A partir de este momento, comenzó a colaborar con *Biblioteca de Señoritas*.

El 21 de diciembre de 1858, Eugenio Díaz Castro se presentó en la casa de José María Vergara y Vergara, enviado por Ricardo Carrasquilla y llevando los originales de su novela. Quería proponerle que fundaran un periódico literario. Vergara se entusiasmó con la idea, y salieron enseguida a hablar con José Antonio Cualla, quien estaba montando una imprenta. Así nació *El Mosaico*, cuyo primer número salió el 24 de diciembre siguiente. Según Vergara, Eugenio Díaz «era un hombre de edad madura: las canas de su cabeza acusaban en él cincuenta a sesenta años; pero su vivaz mirada que atravesaba los lentes de sus espejuelos, le daba un aspecto juvenil que contrastaba con su cabeza cana. Venía primorosamente afeitado y aseado. Vestía ruana nueva de bayetón, pantalones de algodón, alpargatas y camisa limpia, pero no traía corbata ni chaqueta. Este vestido, que es el de los hijos del pueblo, no engañaba: se veía sin dificultad que si así vestía era por costumbre campesina; pero su piel blanca, sus manos finas, sus modales corteses, sus palabras discretas, daban a conocer que era un hombre educado». Y en cuanto a su personalidad, Vergara afirma: «Por modestia, por costumbre, y aun por no tener de sobra los recursos, no quiso vestir traje cortesano. Se exhibió como escritor, pero de ruana. Nunca le dio vergüenza no tener levita. Este traje formaba parte de sus virtudes; una de ellas era la de ser tan riguroso republicano, tan riguroso cristiano, que se iba al *cuaquerismo*. No tomaba vestido cortesano, no toleraba que los domésticos le llamasen amo; no hallaba a nadie inferior a él. No tenía embarazo ninguno, ni se mostraba encogido cuando hablaba con personas de alta posición; en cambio no tenía orgullo ni manifestaba desdén o tosca familiaridad cuando hablaba con un criado. Eran para él literal y prácticamente iguales todos los hombres. Era fervoroso creyente de los dogmas de la Iglesia Católica con todo el dulce y tierno apego de las almas honradas y de los espíritus rectos, pero sin la intolerancia de las almas incultas o malas. Su programa en política era conservador, y a pesar de ser un perfecto republicano, o mejor dicho, por la misma razón de ser un republicano perfecto, no aceptaba la democracia anárquica. En sus amistades era constante y delicado, sin imponer ni aceptar pretensiones, sin cultivar cumplimientos, sin cambiar nunca lo cordial por lo familiar». Eugenio Díaz y José María Vergara fundaron la tertulia de El Mosaico, a la que rápidamente se unieron José Joaquín Borda, José Manuel Marroquín, Medardo Rivas, Manuel Ancízar, José María Samper, José Manuel Groot, José Caicedo y Rojas, Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos) y José David Guarín, entre otros; y *Manuela* comenzó a aparecer, por entregas, en el periódico. Díaz continuó con sus colaboraciones en diferentes diarios, por las cuales recibía una remuneración mensual; sin embargo, algunas veces sus amigos y contertulios tenían que prestarle dinero. En 1861 enfermó y tuvo que enclaustrarse, suspendiendo sus artículos. Pasó sus últimos cinco años en cama, muy impedido, aquejado de «una enfermedad crónica, incurable y dolorosa», según Vergara. No obstante, desde su lecho de enfermo escribió *El rejo de enlazar*, *Los aguinaldos en Chapinero* y 32 capítulos de *Pioquinta o El valle de Tenza*, que no alcanzó a terminar. Murió el 11 de abril de 1865, al empezar la tarde. "Todos sus amigos y admiradores concurrieron afligidos a alzar sobre sus hombros el féretro en que, vestido de un hábito de franciscano, descalzos los pies, la cara apacible y serena, yacía el ingenioso escritor don Eugenio Díaz, cuyo cuerpo está ya entregado a esta tierra en la que siempre vivirá su memoria», escribió Vergara.

En cuanto a su obra, Eugenio Díaz Castro escribió cinco novelas, todas publicadas póstumamente, dos novelas cortas (*Una ronda de don Ventura Ahumada* y *María Ticince o Los pescadores del Funza*, de tema indigenista) y numerosos artículos y cuadros de costumbres. *Manuela*, su obra más conocida, elogiada por Vergara y Vergara, Miguel Antonio Caro, Jorge Isaacs, Salvador Camacho Roldán, Baldomero Sanín Cano, Tomás Rueda Vargas, Rafael Maya y otros, comenzó a salir con el primer número de *El Mosaico*, en 1858, pero su publicación fue suspendida en el capítulo 8 porque, según Vergara, «don Eugenio no quería poner en limpio los confusos borradores». En 1866, *Manuela* apareció como parte de la colección *Museo de cuadros de costumbres*, dirigida por Vergara, y sólo hasta 1889 fue publicada en una edición independiente, por la Librería Española de Garnier Hermanos en París. *El rejo de enlazar*, que recrea los acontecimientos de la revolución contra la dictadura del general José María Melo en 1854, en medio de un ambiente campesino en el que se describen minuciosamente las faenas agrícolas, se publicó como folletín del diario *La América* en 1873. *Los aguinaldos en Chapinero*, pintura costumbrista de Chapinero hacia 1850, fue publicada también en 1873 por el periódico *La América*. *Pioquinta o El Valle de Tenza*, su última e inconclusa novela, sobre el guerrillero conservador Román Carranza, que en 1861 vengó a su hermano asesinando a 62 de los 63 hombres que componían la partida que le dio muerte, empezó a aparecer como folletín de *El Bogotano*, un mes y quince días después de la muerte de Díaz Castro, en 1865. Y *Bruna la carbonera*, originalmente titulada *Las aventuras de un geólogo*, su tercera novela, exaltación de la figura del naturalista que descubre un mundo campesino

y desconocido para el hombre culto, apareció como folletín en *El Bien Social*, entre noviembre de 1879 y mayo de 1880.

Eugenio Díaz Castro vivió en un tiempo en el que Colombia, recién salida de la dominación colonial, buscaba el mejor modo de construir la República. Fue un período de agitación política e ideológica y, al tiempo, un momento de auto descubrimiento. Mientras en los diarios se debatían las ideas y los diferentes proyectos políticos, sociales y económicos; en el arte y la literatura, los pintores y escritores volvían los ojos sobre lo propio, las costumbres, las tradiciones, los personajes, los objetos, el paisaje de un país que necesitaban conocer para gobernar. Se trataba de un país escindido en dos mundos totalmente separados: el de los terratenientes y el de los campesinos, el mundo de los de casaca y el mundo de los de ruana. Así, influenciados por el costumbrismo español de autores como Mariano José de Larra y Ramón de Mesonero Romanos, y guiados por la máxima de la escritora costumbrista Fernán Caballero (seudónimo de Cecilia Böhl de Faber): «Los cuadros de costumbres no se inventan, se copian», que aparecía como epígrafe de *Manuela*, los costumbristas colombianos emprendieron la labor de describir la realidad nacional. De ahí salió Eugenio Díaz Castro, celebrado por su exactitud y veracidad, su espontaneidad, su sencillez, su viveza, su ingenio y sensibilidad para descubrir en el mundo rural, especialmente de la tierra caliente, interesantes y poéticos caracteres y objetos; y también especialmente celebrado por la intención crítica y analítica de sus obras, con las cuales don Eugenio quería «mostrar los vicios de nuestra organización política», al decir de Vergara. No obstante, al mismo tiempo don Eugenio fue duramente criticado por sus contemporáneos debido a sus «descuidos idiomáticos», la «falta de pulcritud de su estilo», su «lenguaje incorrecto», «su estilo vulgar y desaliñado» y su «filosofía barata». Su origen campesino, su carácter sencillo y pobre, y los baches de su cultura, nunca fueron del todo aceptados por sus contertulios de Bogotá. Por eso *El Mosaico* suspendió la publicación de *Manuela*, a pesar de que, aparentemente, Vergara, José Manuel Marroquín y Ricardo Carrasquilla alcanzaron a retocar los ocho capítulos aparecidos en el periódico. De todas maneras, Eugenio Díaz Castro es el autor de una de las más importantes obras costumbristas de Colombia, donde se mezclan la pintura realista, el comentario social y político, y el relato histórico, en un conjunto que, si bien es irregular estilísticamente, resulta enormemente valioso como documento y testimonio del país de aquellos primeros años [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 105-108*].

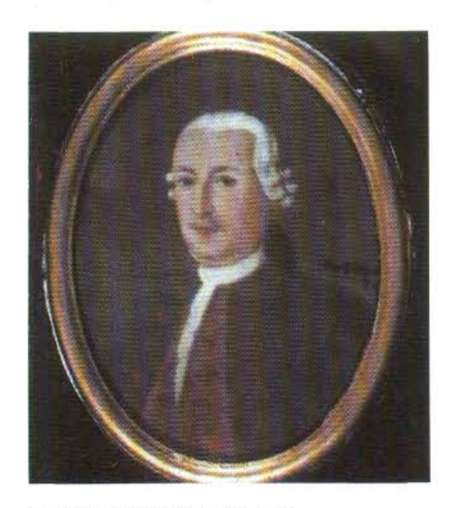
PATRICIA TORRES LONDOÑO

Bibliografía

CAMACHO ROLDAN, SALVADOR. "Manuela" (Prólogo a la edición de 1889). En: *Escritos sobre economía y política*. Bogotá, Colcultura, 1976. COLMENARES, GERMÁN. "*Manuela*, novela de costumbres de Eugenio Díaz". En: *Manual de literatura colombiana*. Bogotá, Procultura-Planeta, 1988, tomo I, pp. 247-266. DÍAZ CASTRO, EUGENIO. *Novelas y cuadros de costumbres*, 2 tomos. Edición, Elisa Mújica. Bogotá, Procultura, 1985. DÍAZ CASTRO, EUGENIO. *Manuela*. Bogotá, Oveja Negra, 1985. REYES, CARLOS JOSÉ. "El costumbrismo en Colombia". En: *Manual de literatura colombiana*. Bogotá, Procultura-Planeta, 1988, tomo I, pp. 175-246. RUEDA VARGAS, TOMÁS. "Eugenio Díaz" (Prólogo a *El rejo de enlazar*). En: *Escritos sobre Bogotá y la Sabana*. Biblioteca de Bogotá. Bogotá, Villegas Editores, 1988.

DÍAZ DE PIMIENTA, JUAN

Virrey del Nuevo Reino de Granada entre abril y junio de 1781, muerto en Santafé, el 11 de junio de 1781. En España, Juan de Torrezal Díaz de Pimienta fue coronel del regimiento de infantería de Zamora, brigadier de los Reales Ejércitos y caballero de la Orden de Carlos III. Antes de ocupar el cargo de virrey, fue gobernador de la provincia de Cartagena, desde mayo de 1774 hasta noviembre de 1780, período en el que promovió la fundación de varias parroquias. Por sus servicios, el rey le otorgó el título de mariscal de campo a comienzos de 1779. Luego de tomar posesión del cargo de virrey, el 1 de abril de 1781, en Cartagena, se dirigió a Santafé, a donde llegó gravemente enfermo, el 7 de junio; cuatro días después falleció [*Ver tomo 1, Historia, p. 156*].



Juan de Torrezal Díaz Pimienta. Miniatura de Manuel J. Paredes. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

MARIO AGUILERA PEÑA

Bibliografía

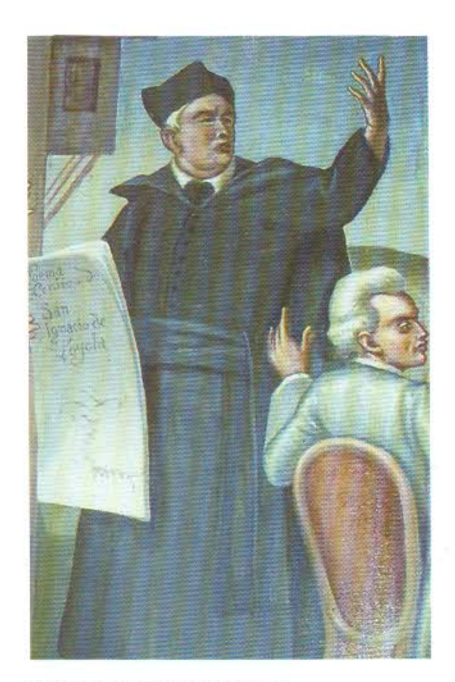
RESTREPO SÁENZ, JOSÉ MARÍA. *Biografías de los mandatarios y ministros de la Real Audiencia, 1671-1819*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1952.

DÍAZ VENERO DE LEIVA, ANDRÉS

Ver: Venero de Leiva, Andrés Díaz.

DOMÍNGUEZ CAMARGO, HERNANDO

Eclesiástico y poeta nacido en Santafé de Bogotá, en 1606, muerto en Tunja, en 1659. Uno de los más sobresalientes poetas del barroco colonial en el Nuevo Reino de Granada, la información fidedigna sobre la vida de Hernando Domínguez Camargo es escasa, aunque los investigadores han logrado esclarecer algunos hechos fundamentales sobre quien habría de ser reconocido como "el Góngora hispanoamericano". Nació en Santafé de Bogotá, el 7 de noviembre de 1606, según consta en el archivo de la parroquia de la Catedral de Bogotá, en el libro 4 de bautismos de españoles y mestizos, volumen 2, folio 111 vuelto, hijo de don Hernando Domínguez García, español, natural de Medina de las Torres, y de doña Catalina Camargo Gamboa, dama criolla originaria de Mompós. Poco sabemos de su infancia: estudió en el colegio de jesuitas; cuando tenía 12 años, falleció su padre; y tres años más tarde, en 1621, cuando ya vestía la librea de la Compañía, quedó huérfano de madre. Durante quince años, hasta 1636, habría de permanecer en la orden religiosa. Tunja, Lima, Quito y Cartagena de Indias fueron las principales estaciones en el itinerario de su for-



Hernando Domínguez Camargo.
Mural de Luis Alberto Acuña (detalle), 1965.
Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.

mación espiritual, intelectual y literaria. De su estadía en Quito da fe su composición "A un salto por donde se despeña el arroyo de Chillo"; de modo análogo, sus ocho octavas tituladas "Al agasajo con que Cartagena recibe a los que vienen de España", el romance "A la muerte de Adonis" y las descripciones del mar del *Poema heroico de San Ignacio de Loyola*, son un claro indicio de su permanencia en la Cartagena de Pedro Claver, el apóstol de los negros. A finales de 1636, tal como se deduce de la carta del padre general Francisco Vitelleschit al padre Francisco Sarmiento («Acertada ha sido la dimisión de los PP. Lorenzo Suárez y Hernando Domínguez», noviembre 1 de 1636), Domínguez Camargo dejó de ser jesuita, aunque se ignoran las causas de tal determinación. Sin embargo, no por ello dejó su condición de clérigo. Ejerció el ministerio sacerdotal en Gachetá (1636), Tocancipá y Paipa (1642) y en Turmequé (1650). En mayo de 1657 fue a Tunja, a ocupar el cargo de beneficiado de la catedral, el mismo que desempeñara Juan de Castellanos. De este período son sus sonetos "A Don Martín de Saavedra y Guzmán", "A Guatavita", el romance "A la pasión de Cristo" y su diatriba en prosa, *Invectiva apologética*. Su obra más relevante, el inconcluso *Poema heroico*, parece haber sido el resultado de un lento trabajo iniciado al tomar sus votos, e interrumpido por su muerte, ocurrida en Tunja entre el 18 de febrero y el 6 de marzo de 1659, cuando el poeta contaba 52 años de edad. Fue enterrado en la capilla del Rosario de la iglesia de Santo Domingo. En virtud de las disposiciones contenidas en su testamento, se construyó la capilla destinada al Santísimo en la catedral de Tunja. Sus libros y manuscritos fueron entregados al colegio de los jesuitas de la capital boyacense. Su obra literaria, sin embargo, habría de ser enviada a Quito, donde el jesuita guayaquileño, a su vez poeta, orador y catedrático Antonio de Bastidas (1615-1681) se encargó de corregirla, ordenarla, prologarla y, finalmente, entregarla a la imprenta en España. El *Poema heroico* apareció en Madrid en 1666 (Antonio Navarro Navarrete, quien aparece como editor del poema y firma la Dedicatoria, en realidad escrita por Bastidas, fue un clérigo seglar que financió la publicación), y diez años después, en 1676, el *Ramillete de varias flores poéticas* (donde Jacinto de Evia, discípulo de los jesuitas que costeó la edición y colaboró con algunos poemas, figura a su vez como editor, aunque esta labor la ejerció Bastidas).

Domínguez Camargo dedicó buena parte de sus años al estudio de la vida del santo español Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, a la que él mismo pertenecía. *El poema heroico a San Ignacio de Loyola*, aunque inconcluso, es una clara muestra de la erudición acumulada a lo largo de los años por su autor, cuyo propósito era la composición de una verdadera biografía en metáforas de su padre espiritual, desde su nacimiento hasta la fundación de la orden. El poema, tal como ha llegado a nosotros, consta de 1117 octavas dispuestas irregularmente en veinticuatro cantos y cinco libros, según el siguiente plan estructural: el Libro Primero, en cuatro cantos y 238 octavas, narra la infancia y juventud de Ignacio de Loyola; el Libro Segundo, en cinco cantos y 220 octavas, su conversión; el Tercero, más breve, con cuatro cantos y sólo 111 octavas, condensa sus viajes de peregrinación; el Libro Cuarto, con seis cantos y 225 octavas, relata sus estudios y las persecuciones que éstos le acarrearon; el inconcluso Libro Quinto, con sus cinco cantos y 157 octavas, corresponde apenas a la fundación de la Compañía de Jesús. Aunque la vastedad del proyecto que se había propuesto Domínguez Camargo determinó que la muerte impidiera su terminación, las irregularidades estructurales del poema son menos imputables a esta circunstancia cuanto al estilo del poeta, que lo ubica en un barroco culterano fuertemente influido por la poesía de Luis de Góngora y Argote (1561-1627), sobre todo por sus *Soledades* y la *Fábula de Polifemo y Galatea*. Las frecuentes referencias mitológicas y de la simbología cristiana, las densas metáforas visuales, encabalgamientos del verso y un hipérbaton ajustado a los clásicos cánones latinos, además del recurrente empleo de culteranismos, son rasgos que dificultan una primera lectura del *Poema heroico*. En nuestros días, la crítica hispanoamericana coincide en afirmar que con el *Poema heroico* Domínguez se afirma como el más culto de los poetas de nuestra literatura colonial. Por la proliferación de formas, por la plasticidad de su lenguaje simbólico en continua metamorfosis, por su agilidad narrativa y sus audacias retóricas, el poema nos revela la riqueza del mundo cultural del Nuevo Reino de Granada, con el abigarramiento propio de los altares de las iglesias coloniales edificadas por sacerdotes españoles en el siglo XVII.

El *Ramillete de varias flores poéticas* es una antología de textos de Bastidas, Evia y Domínguez, de quien incluye cinco composiciones: el soneto "A don Agustín de Saavedra y Guzmán" y los romances "A un salto por donde se despeña el arroyo de Chillo", "A la muerte de Adonis", "Al agasajo con que Cartagena recibe a los españoles que vienen de España" y "A la pasión de Cristo", todas ellas de estilo culterano. La última de ellas fue objeto de críticas, a las que respondió con su *Invectiva apologética*, exigiendo el desagravio. Bastidas publicaría luego otros poemas de Domínguez Camargo, bajo el título de *Otras flores, aunque pocas*. El postrer documento que se conserva del poeta es su Testamento, que consiste, más que todo, en una profesión de fe del hombre de iglesia. En 1676 se publicó también, en Madrid, dentro de la recopilación de Juan Flórez de Ocáriz titulada *Libro Segundo de las Genealogías del Nuevo Reino de Granada* (1676, Arbol XXII, p. 350), el soneto "A Guatavita", durante mucho tiempo tenido por obra menor, que en realidad revela a un poeta muy distinto al del *Poema heroico* y los romances, en una

descripción caricaturesca y satírica que pone al descubierto la otra vena poética, coloquial, más conceptista, y acaso quevediana, de Domínguez Camargo. Dice así:

Una iglesia con talle de mezquita,
lagarto fabricado de terrones,
un linaje fecundo de garzones
que al mundo, al diablo y a la carne ahíta.

Un mentir a lo pulpo, sin pepita,
un médico que cura sabañones,
un capitán jurista y sin calzones,
una trapaza convertida en dita.

El Argel de ganados forasteros,
fustes lampiños, botas en verano;
de un cómo estáis? menudos aguaceros.

Nuevas corriendo, embustes de
Zambrano,
gente zurda de espuelas y de guantes,
aquesto es Guatavita, caminantes.

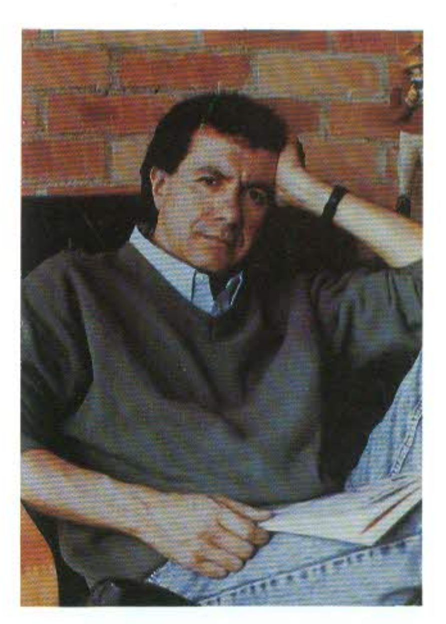
Esta pequeña muestra del ingenio poético de Hernando Domínguez Camargo corre, en parte, el velo que, tras la imagen del culto poeta y biógrafo de san Ignacio de Loyola, oculta la hoy enigmática vida del cura párroco de pueblos indígenas del altiplano cundiboyacense, testigo de su tierra y de su época. Anuncia, igualmente, y adelantándose a su tiempo, a personalidades de la poesía colombiana contemporánea como Luis Carlos "el Tuerto" López y León de Greiff [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 40-47*].

MATEO CARDONA VALLEJO

Bibliografía

CARILLA, EMILIO. *Hernando Domínguez Camargo. Estudio y selección.* Buenos Aires, R. Medina, 1948. DIEGO, GERARDO. *Antología poética en honor a Góngora* [1927]. Buenos Aires, Losada, 1948. DOMÍNGUEZ CAMARGO, HERNANDO. *Obras.* Edición, Rafael Torres Quintero. Estudios, Alfonso Méndez Plancarte, Joaquín A. Peñalosa y Guillermo Hernández de Alba. Bogotá, Caro y Cuervo, 1960. DOMÍNGUEZ CAMARGO, HERNANDO. *Antología poética.* Prólogo, selección y notas, Eduardo Mendoza Varela. Medellín, Bedout, 1969. DOMÍNGUEZ CAMARGO, HERNANDO. *Obras.* Introducción y notas, Giovanni Meo Zilio. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986. LUQUE MUÑOZ, HENRY. *Domínguez Camargo. La rebelión barroca.* Antología. Bogotá, Colcultura, 1976. MORENO DURÁN, RAFAEL HUMBERTO. "Domínguez Camargo: un «trozo púrpura» en la poesía barroca de la Colonia americana". En: *Manual de literatura colombiana,* Bogotá, Procultura-Planeta, 1988, tomo I, pp. 77-100. OSPINA, WILLIAM. "Poesía en la Colonia". En: *Historia de la poesía colombiana.* Bogotá, Casa Silva, 1991, pp. 53-92.

DUQUE, CARLOS



Carlos Duque.
Fotografía de Olga Lucía Jordán, 1993.

Diseñador gráfico vallecaucano (Palmira, 1946). Desde muy joven, el gusto de Carlos Duque Arbeláez por la caricatura y los dibujos de biología mostraron su inclinación hacia las artes. Graduado en dibujo y pintura en la Escuela de Bellas Artes de Cali, ingresó a estudiar diseño y fotografía en el Art College of Design, en Los Angeles, California. A su regreso a Colombia, se vinculó como director de diseño de Nicholls Publicidad y de Epoca de Cali. Realizó numerosos afiches de cine, teatro y campañas políticas; diseños de portadas de revistas y libros; también incursionó en la creación de logotipos para empresas y productos, símbolos y juegos. De todo este material, se pueden destacar el afiche de Ernesto "Ché" Guevara, una figura icónica que marcó definitivamente el trabajo gráfico de Duque; el afiche de la obra de teatro *Guadalupe años sin cuenta*; el logotipo de las galletas Papá Noel; el búho, imagen institucional del Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura); la estrella amarilla sobrepuesta a una negra, símbolo del movimiento político FIRMES; el diseño de la revista *Alternativa*; los afiches de las campañas políticas de Luis Carlos Galán; el logotipo del Teatro Popular de Bogotá (TPB); y el diseño que actualmente presenta el *Magazín Dominical* de *El Espectador*. Duque es un investigador innato. Pone siempre sus conocimientos de los adelantos en el campo de la fotografía y en el de la impresión al servicio del diseño, teniendo presente su objetivo como trabajador: «Hago porque me piden que lo haga», y su función como creador: «El oficio del diseñador requiere liberarse de las limitaciones de los clientes». En sus afiches de las campañas políticas, que dieron un viraje a las campañas publicitarias, se plasman sus conocimientos de ilustrador y dibujante. También son suyos los diseños de los afiches de las jornadas culturales de Colombia en México, realizadas en 1983. Su trayectoria le ha significado premios como el segundo lugar en el Primer Salón de Diseño Gráfico en Cali, 1969; el primer premio Símbolo de los VI Juegos Panamericanos de Cali, 1971; y mención de honor en la IV Bienal Americana de Artes Gráficas en Cali, 1979. En 1982 Duque expuso en el Museo de Arte Moderno de Bogotá la serie de fotografismos, una combinación de fotografía e impresión gráfica sobre imágenes de Bolívar, Marilyn Monroe, León de Greiff y otros. Esta fue una exposición pensada para enseñar al público, paso a paso, el mundo del diseño, sus posibilidades y sus resultados. En este mismo año, Duque diseñó un afiche que ganó la representación de Colombia en el Concurso Internacional de Carteles organizado por Naciones Unidas para promocionar las sesiones de desarme. En el Museo La Tertulia de Cali, en 1983, expuso alrededor de 600 de sus obras; y la Exposición OP Gráficas 88, realizada en el Museo de Arte Moderno de Bogotá, le rindió homenaje con una retrospectiva de sus 20 años de trabajo gráfico. En 1989 regresó a La Tertulia, incluyendo en esta exposición el lanzamiento del afiche promocional del Festival Internacional de Arte de Cali, diseñado por él. Duque considera el afiche como la síntesis espectacular del diseño; gracias a él, su trabajo ha trascendido los límites del país, ya que ha sido invitado para la realización de campañas publicitarias en otros países. Carlos Duque es considerado como uno de los diseñadores más osados y multifacéticos del país en este momento.

GILMA RODRÍGUEZ URIBE

Bibliografía

"El Duque en salsa". *El Tiempo*, febrero 26 de 1989 ▪ *Duque se expone: Carlos Duque expone 20 años de tramas gráficas.* Bogotá, OP Gráficas, 1988.

DUQUE GÓMEZ, LUIS

Arqueólogo antioqueño (Marinilla, abril 20 de 1916). Luis Duque Gómez estudió en los colegios de las Universidades de Antioquia y Libre y adelantó sus estudios de licenciatura en Ciencias Sociales en la Escuela Normal Superior, donde se diplomó en 1941. Un año después obtuvo el título de Etnólogo, como miembro de la primera promoción del Instituto Etnológico Nacional. Alumno muy cercano a Paul Rivet, fue nombrado en 1944 director del antiguo Servicio Arqueológico. En 1953 éste se fusionó, por intervención de Duque, con el Instituto Etnológico, dando origen al actual Instituto Colombiano de Antropología, dirigido por Duque durante muchos años. Desde sus tiempos de estudiante, Duque se mostró interesado en la arqueología, especialidad que ha cultivado desde entonces, con especial atención en la zona de San Agustín, Huila. Es particularmente importante su contribución a la organizacion y administración del Parque Arqueológico de San Agustín, lo mismo que sus aportes a la arqueología agustiniana. Miembro de la Academia Colombiana de Historia, es su actual presidente. La Fundación John Simon Guggenheim Memorial le concedió una beca para especializarse en la Universidad de Harvard. Fue el primer director del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional, y rector de la Universidad, donde cumplió una controvertida gestión. Después pasó a dirigir el Museo del Oro y la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, de la cual es director y desde donde ha promocionado la pesquisa arqueológica, siempre ofreciendo apoyo a los estudiantes en vía de obtener su título de antropólogos. Entre sus obras más importantes se cuentan: *Colombia: Monumentos históricos y arqueológicos* (1955), *Prehistoria, Etnohistoria y Arqueología de Colombia* (1965), *Prehistoria, tribus indígenas y sitios arqueológicos* (1967). En colaboración con Jaime Jaramillo Uribe y Juan Friede publicó *La historia de Pereira* (1963) y con Julio César Cubillos, un total de cuatro trabajos sobre excavaciones en San Agustín.



Luis Duque Gómez.
Dibujo de Max Henríquez,
en portada de "Semana", No. 140,
junio 25 de 1949.

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

Bibliografía

AROCHA RODRÍGUEZ, JAIME. "Antihéroes en la historia de la antropología en Colombia: su rescate". En: *Nueva historia de Colombia*, tomo IV. Bogotá, Planeta, 1989. AROCHA, JAIME y NINA S. de FRIEDEMAN (Eds). *Un siglo de investigación social: Antropología en Colombia*. Bogotá, Etno, 1984. AROCHA, JAIME y NINA S. de FRIEDEMAN. *Bibliografía anotada y directorio de antropólogos colombianos*. Bogotá, Sociedad Antropológica de Colombia, 1979. OSPINA, JUAN MANUEL. "La Escuela Normal Superior: círculo que se cierra". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXI, Nº 2 (1984).

DUQUESNE, JOSÉ DOMINGO



José Domingo Duquesne.
Grabado de Antonio Rodríguez,
"Papel Periódico Ilustrado", 1884.

Eclesiástico y científico nacido en Santafé de Bogotá, el 23 de febrero de 1745 (según otros, 1748), muerto en la misma ciudad, el 30 de agosto de 1822. Hijo del francés Juan Francisco Duquesne, de Montpellier, y de la santafereña Clara Ignacia de la Madrid, José Domingo Duquesne cursó estudios en el Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé, doctorándose en Teología y Derecho Canónico en 1774. En su examen de filosofía disertó sobre ciencias naturales, tema iluminista muy original cuando las tesis universitarias versaban sobre asuntos teológicos. Misionero en los pueblecitos indígenas de Gachancipá y Lenguazaque, entre 1775 y 1795, Duquesne aprendió la lengua muisca, no sólo para adelantar sus prédicas sino para consultar a los últimos chibchas, cuya lengua estaba casi extinguida entonces, debido a que la real cédula del 22 de abril de 1577 había «advertido de no consentir que por ninguna manera persona alguna escriba cosas que toquen a supersticiones y manera de vivir que estos indios tenían, en ninguna lengua, porque así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor»; además, hacia 1638 se habían cerrado las últimas escuelas bilingües en la Nueva Granada. Para entregársela al sabio gaditano José Celestino Mutis, Duquesne escribió en 1795 una *Disertación sobre el calendario de los muyskas*, que Mutis a su vez dio al barón Alexander von Humboldt, cuando en 1801 visitó Santafé. Duquesne también escribió una *Gramática chibcha*, extraviada hasta hoy. En 1800 regresó a la capital del virreinato, porque fue nombrado por Carlos IV, canónigo de merced de la catedral metropolitana. Traía consigo la piedra calendárica, la gramática y una interpretación suya sobre el famoso enigma *Aelia Lelia Crispis*, considerado antiguamente como inescrutable por los anticuarios europeos. El 24 de septiembre de 1808, el canónigo Duquesne pronunció en la catedral un sermón exhortando a la paz y tranquilidad del virreinato, a la obediencia y fidelidad al rey, justo en los momentos en que los franceses invadían a España. Hasta 1816 fue provisor y vicario capitular, gobernando así a la Iglesia durante el difícil tránsito de la Colonia a la República. Por entonces, Duquesne había sido un convencido realista, pero por ser neogranadino se vio bajo la sospecha del *pacificador* Pablo Morillo. Durante la reconquista española, el 26 de mayo de 1816, se le detuvo junto con casi un centenar de curas párrocos. Enviado a las maz-

morras de Puerto Cabello, logró salir poco después y se fue a Caracas, donde fue tratado por la curia con toda consideración. De esta época se recoge una ocurrente anécdota: acusado de patriota y sintiéndose inocente, se las ingenió para tomar partido gritando en el momento de su aprehensión: «Me llevan sin haber cometido delito porque ni aún siquiera he dicho *Viva la Patria*», tres palabras entonces delatoras.

Las vicisitudes que debió sortear Duquesne desde la proclamación de la Independencia (1810) hasta su consumación (1819), se explican por el hecho de que las atrocidades realistas fueron cambiando su filiación política. Lo cierto es que al regresar definitivamente a Bogotá, Duquesne volvió a sus actividades eclesiales, constituyéndose de hecho en gobernante de la Iglesia católica, ante la virtual sede vacante del arzobispado. Duquesne fue uno de los hombres más cultos de su tiempo: sabía latín, griego, italiano, francés, chibcha. Se le puede considerar como fundador de la antropología en Colombia, su primer arqueólogo, su primer etnohistoriador, y uno de los primeros filólogos indoamericanos. José Manuel Groot asegura que el voto de Duquesne en el cabildo era decisivo, y que su muerte fue lamentada por todos sus colegas. Y agrega con sutil ironía: «Siempre había sido realista, pero Morillo lo volvió patriota». En 1813 Pedro José Figueroa le hizo un retrato donde encomia su vida ejemplar, terminada a los «77 años, 6 meses, 8 días, en la dignidad de Arcediano de esta Sancta Iglesia, dejando fundada la Cátedra de liturgia en su Colegio Seminario». La obra científica de Duquesne, escrita en las postrimerías de la Colonia y durante el advenimiento de la República, cobra insólita importancia hoy día, cuando la antropología comparada nos ofrece nuevas interpretaciones. Su análisis del sistema aritmético y de los glifos muiscas constituye el más antiguo intento de hermenéutica calendárica precolombina en América equinoccial. Fundándose en la numeración muisca, que se basa en el número cinco y sus múltiplos, y en una piedra pentagonal con diez figuras esculpidas en sus fases, sentó puntos de referencia para establecer analogías con los calendarios asiáticos y mesoamericanos. En 1579 y 1582, el cronista Pedro de Aguado se refirió, en el capítulo XX de su *Recopilación historial*, al calendario de los chibchas y a su sistema numeral, pero estas partes fueron eliminadas por la censura colonial. La obra de Duquesne se puede considerar como un rescate del conocimiento científico de los últimos chibchas sobrevivientes a fines del siglo XVIII.

GUSTAVO VARGAS MARTÍNEZ

Bibliografía

DUQUESNE, JOSÉ DOMINGO. "Disertación sobre el calendario de los muyskas, indios naturales de este Nuevo Reino de Granada, dedicada al Sr. D. D. José Celestino Mutis, Director General de la Expedición Botánica por S. M." [1795]. En: JOAQUÍN ACOSTA. *Compendio histórico del descubrimiento y conquista de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto*. París, Imp. de Beau, 1848, Apéndice, pp.405-417. DUQUESNE, JOSÉ DOMINGO. "Disertación sobre el origen del calendario y geroglíficos de los Moscas". *Papel Periódico Ilustrado*, Nº 66-70 (Bogotá, 1884). DUQUESNE, JOSÉ DOMINGO. "Memorias históricas de la iglesia y pueblo de Lenguazaque". *Boletín de Historia y Antigüedades*, tomo VII (Bogotá, 1911). GROOT, JOSÉ MANUEL. *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*. Biblioteca de Autores Colombianos, Vols. 59 y 60. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1953, tomo III, pp. 492-493, 508-511 y 658-660, y tomo IV, pp. 364-365. ORTEGA, EUGENIO. *Historia general de los chibchas*. Bogotá, Ed. Samper Matiz, 1891. PÉREZ ARBELÁEZ, ENRIQUE. *Alejandro de Humboldt en Colombia*. Empresa Colombiana de Petróleos. Bogotá, Iqueima, 1959, pp. 175-195. RESTREPO, VICENTE. *Crítica de los trabajos arqueológicos del doctor José Domingo Duquesne*. Bogotá, s. imp., 1892. ZERDA, LIBORIO. "El Dorado". *Papel Periódico Ilustrado*, Nº 66, año III (1881-1882), pp. 278 y ss.

E

ECHANDÍA, DARÍO

Político y estadista tolimense (Chaparral, octubre 13 de 1897 - Ibagué, mayo 7 de 1989). Darío Echandía Olaya cursó sus estudios primarios en la escuela pública de su ciudad natal, luego sus padres se trasladaron a Bogotá. Allí ingresó al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde terminó sus estudios secundarios y los de Derecho y Ciencias Políticas en 1917. La vida pública de Darío Echandía fue intensa, pocos políticos colombianos han sido protagonistas tan directos del acaecer histórico y social de la nación como él. A los 21 años ya era diputado en la Asamblea Departamental del Tolima, de donde salió un poco resentido por el manejo que se le daba a su partido. Durante algún tiempo trastocó su fogosidad de político idealista por la mesura y el equilibrio del jurista. En Ambalema ocupó el cargo de juez civil del circuito, hasta el año 1927, cuando fue nombrado magistrado del Tribunal Superior de Ibagué, cargo que desempeñó muy fugazmente, pues a los pocos meses pasó a gerenciar el Banco Agrícola Hipotecario de la ciudad de Armenia. Echandía participó activamente en la campaña presidencial de Enrique Olaya Herrera y fue precisamente en una de sus convenciones donde entabló contacto con Alfonso López Pumarejo, a la sazón director nacional del partido liberal. Desde entonces los unió una gran amistad personal y política, pilar fundamental en el cambio de las estructuras sociales de la república conocido como la política de la Revolución en Marcha. En 1930, obtenido el triunfo liberal, Echandía fue elegido miembro de la Dirección Nacional Liberal. En 1931 se desempeñó como senador. En 1934 volvió a integrar la Dirección Nacional Liberal, adelantando como tal el debate electoral que llevó al poder a López Pumarejo. Ese mismo año fue elegido como representante a la Cámara por el Tolima, y el 13 de agosto, por deferencia especial del presidente López, fue nombrado ministro de Gobierno y después ministro de Educación. Más tarde, el ala del partido liberal inclinada más a la izquierda, encabezada por Jorge Eliécer Gaitán, pensó en Echandía como posible sucesor de López. Aceptada la precandidatura, luego la declinó, por su propia voluntad, en favor de la del liberal de centro Eduardo Santos. Echandía fue embajador de Colombia ante El Vaticano, y como tal le correspondió la negociación para un nuevo Concordato, duramente atacado por la oposición conservadora y por los prelados de la Iglesia colombiana, cerrados ante las radicales reformas de la administración López. Ocupó por segunda vez el Ministerio de Gobierno en la segunda administración de López, y el Congreso lo eligió como primer designado, condición en la cual asumió la Presidencia cuando López se retiró a causa de los quebrantos de salud de su esposa. El 10 de julio de 1944, cuando era designado y a la vez ministro de Relaciones Exteriores, tuvo lugar el golpe militar contra el presidente López en Pasto. Echandía se hizo presente en el palacio de gobierno y, una vez el Consejo de Estado lo autorizó para asumir el poder, tomó posesión de él y se hizo reconocer por las tropas, salvando así el orden constitucional del país.



Darío Echandía.
Oleo de Delio Ramírez, 1953.
Museo Nacional, Bogotá.

Para el período 1946-1950 su nombre volvió a sonar como candidato, pero ante la rivalidad de Gabriel Turbay y de Jorge Eliécer Gaitán, Echandía se abstuvo de participar en el debate electoral, considerándolo perjudicial para el liberalismo: «No deseo dividir en tres lo que ya está dividido en dos». Realizó ingentes esfuerzos para obtener la unión del liberalismo y luego partió como embajador a Londres, carácter en el cual asistió a la primera Asamblea de las Naciones Unidas. En 1947 fue elegido para la Dirección Nacional Liberal. Como ministro de Gobierno de Mariano Ospina Pérez, se jugó todo su prestigio personal, buscando una salida a la violencia y el restablecimiento del orden jurídico. Ante el fracaso, se retiró del gobierno y fue elegido por su partido para las elecciones presidenciales de 1949, por ser «un símbolo de tolerancia frente a la pasión partidista». No obstante, ante las condiciones vejatorias del régimen conservador, que empezaba a violar el régimen constitucional prohibiendo las manifestaciones públicas, declarando el estado de sitio y persiguiendo al pueblo liberal inerme, Echandía retiró su candidatura e invitó a sus copartidarios a no concurrir a las urnas por el inmenso peligro que ello encerraba. El mismo sufrió un atentado el 25 de noviembre de 1949, en el cual resultaron muertos su hermano Vicente Echandía, dos estudiantes y un comerciante, además de numerosos heridos por los disparos efectuados por una patrulla de la policía militar. Cuando en 1953, con la anuencia de un sector del conservatismo y del liberalismo, el general Gustavo Rojas Pinilla se tomó el poder, Echandía definió brillantemente los sucesos del 13 de junio como un «golpe de opinión» en el que se forjaron grandes esperanzas de reconstrucción y convivencia nacional. Aceptó el cargo de magistrado de la Corte Suprema de Justicia que le ofreció Rojas Pinilla, pero después lo abandonó, en vista del carisma de mero poder personalista que fue tomando el régimen de Rojas. Combatió abiertamente las arbitrariedades, participó en la caída de Rojas el 10 de mayo de 1957 y tomó parte en el plebiscito convocado por la Junta Militar de Gobierno. Una vez

instaurado el Frente Nacional, durante la administración de Alberto Lleras Camargo, fue elegido por segunda vez designado a la Presidencia de la República, y más tarde, gobernador del Tolima. Durante la presidencia de Carlos Lleras Restrepo, actuó como ministro de Justicia, designado y, de nuevo, embajador ante El Vaticano. Intervino activamente en la reforma constitucional de 1968. Sus últimos años los pasó al margen de la vida política, decepcionado del desastre de las ideas liberales ocasionado por el manejo de dirigentes enfrascados en meras lides personalistas, sin contenido ideológico: «Mi aptitud ha sido orientada por ideales políticos y no por odios o rencores personales». Echandía entendía que el verdadero liberalismo «no es sino una especie de optimismo racional y humanístico». En sus postreros años, realizó fuertes recriminaciones a los manipuladores conservatizados de su partido.

Liberal de formación y de todo corazón, Echandía nunca claudicó en sus ideas liberales de izquierda, abofeteando con su sarcasmo a muchos dirigentes liberales tibios. A sus 80 años, todavía ratificaba su convicción de socialista, lo mismo que el 13 de octubre de 1977, cuando un periodista le preguntó por qué era liberal y él extrañado respondió: «¿Liberal? Si yo soy socialista!». Para Echandía el mejor gobierno era «el del pueblo y debemos a ese ideal, que es lo que nos constituye como partido, lealtad sentimental y lealtad intelectual». Más que el poder, le interesaron las ideas y la noble causa que implicaba extenderlas y defenderlas, pues consideró que «el hombre es un ser sentimental, que no solamente se mueve por dinero». Desde este punto de vista se definió como un hombre de izquierda, vinculado a los principios revolucionarios que podían funcionar incluso al margen de la ley. La vida del maestro Echandía giró por entero en torno al concepto clásico liberal de la democracia como el gobierno del pueblo y para el pueblo, concepto que enriqueció introduciéndole dos criterios más: los deberes sociales del Estado y los deberes sociales de los particulares. Su aporte a la reforma constitucional de 1936 fue grande: con ella se reforzaron las libertades clásicas de prensa, pensamiento y conciencia; se garantizó la propiedad privada, pero complementada con una función social que implicaba obligaciones; también el derecho individual, como derecho natural de la propiedad, adquirió una limitante: por razones de equidad, se podría expropiar sin previa indemnización; se restringió el monopolio de la educación religiosa, se garantizó la libertad de enseñanza, pero el Estado asumió la inspección y vigilancia de los establecimientos de educación, sin importar que fueran públicos o privados; el trabajo se convirtió en un derecho y una obligación social que gozó de la protección especial del Estado. Otra de las grandes batallas libradas por Echandía fue la del Concordato. Pretendió recuperar la dignidad y la soberanía del Estado colombiano, sometido desde 1887 a la jerarquía eclesiástica, aun en ámbitos propios del poder civil y político. Como ministro de Educación promulgó la urgencia de precipitar un movimiento educativo masivo en el país, haciendo especial énfasis en el campo. Su tesis principal fue la "democratización de la cultura", donde el Estado ejercería su control y funciones. La reforma agraria constituyó desvelo permanente de Echandía, no en vano fue hijo de provincia y de campesinos cafeteros. Siempre consideró que era la reforma más importante de todas. Para él la conexión entre la democratización de la cultura y la de la tierra, permitiría que la masa colombiana caminara hacia un sistema de expresiones populares integrales. Antes que la política, su vocación fue humanística. Político por ocasión y por servicio, nunca ambicionó el poder ni lo persiguió. Su ética personal, orientada por sus concepciones jurídicas y por su ideología liberal de izquierda, estuvo orientada siempre al servicio de la colectividad, al servicio del pueblo colombiano. El *leitmotiv* que orientó su quehacer fue el Derecho; su acción política estuvo marcada por esta expresión jurídica, no en vano muchos de sus contemporáneos lo definieron como «la conciencia jurídica de la nación». Más que por los puestos, cargos y curules que desempeñara, la grandeza del maestro Echandía radicó en erigirse como el renovador doctrinario de su partido, pues no se conformó con realizar una brillantísima carrera burocrática, sino que fue constante agitador de ideas sociales. Su vida fue un continuo debate y él, un batallador incansable por involucrar a su viejo partido con las necesidades del pueblo. Su nombre se ha unido con caracteres indelebles a la falange de liberales colombianos que a lo largo de sus avatares históricos, levantaron las banderas de la masa social y de sus necesidades de justicia.

LUIS OCIEL CASTAÑO ZULUAGA

Bibliografía

ECHANDÍA, DARÍO. *Su pensamiento*. Compilador, Jorge Ignacio Arciniegas. Bogotá, Gráficas Margal, 1980. MORALES BENÍTEZ, OTTO. *Maestro Darío Echandía*. Bogotá, Banco de la República, 1982.

ECHAVARRÍA CARLOS J.

Industrial antioqueño (Medellín, 1902-1978). Figura prominente durante la fase de expansión de la industria colombiana en el presente siglo, Carlos J. Echavarría Misas personificó el liderazgo antioqueño en materia industrial al llenar todos los ámbitos de la empresa privada. Nacido en el seno de una familia vinculada con la industria manufacturera, estudió en la Academia Militar de Bordentown, New Jersey. En la Universidad de Columbia obtuvo el grado en Economía y Finanzas en 1924. Al regresar a Colombia, se vinculó a la empresa de su padre Alejandro Echavarría e Hijos, dedicada a la importación de textiles. Don Alejandro fue fundador de Coltejer; gestor, líder y benefactor del proyecto del hospital San Vicente de Paúl de Medellín, del cual también se encargó después Carlos J.; y en 1919, junto con su hijo Guillermo y Gonzalo Mejía, fundó la Compañía Colombiana de Navegación Aérea, primera en su género en América. Carlos J. Echavarría fue miembro de la junta directiva de Coltejer, y luego gerente, entre 1940 y 1961. Fue presidente de Bavaria de 1969 a 1971; fundador de la Asociación Nacional de Industriales (ANDI), del Banco Industrial Colombiano (BIC), de Radio Cadena Nacional (RCN) y de Diriventas; presidente de las juntas directivas de la ANDI, Agroindustrial de Urabá y Textiles Colibrí; miembro de las juntas directivas de Cervunión, Paz del Río, Banco del Comercio, Colmotores, Corporación Financiera, Celanese, Apolo, Metales y Baterías, y Ganadera Nacional; e impulsor de la industria bananera de Urabá. Durante varios años fue asesor del gobierno nacional en materia monetaria, importación, exportación y política económica. Dada su habilidad en el manejo financiero, su credibilidad en el



Carlos J. Echavarría.
Dibujo de Max Henríquez,
portada de "Semana", Nº 84,
mayo 29 de 1948.

mundo empresarial y su sentido práctico y oportuno, logró sacar numerosas empresas de la quiebra.

Echavarría enfocó casi todo su talento hacia Coltejer; desde allí se convirtió en el empresario más destacado del país. Bajo su dirección, Coltejer pasó de tener 400 a 8000 trabajadores, y un capital de 3 millones a 270 millones de pesos; sus plantas automatizadas funcionaban 24 horas al día; durante varios años, fue la empresa textilera más grande de América Latina. Además de la modernización administrativa de la empresa con base en el sistema de incentivos, Echavarría impulsó estrategias de mejoramiento de vida de los trabajadores, con programas masivos de vivienda, asistencia sanitaria y recreación. Para él, «la empresa privada [era] parte esencial de la democracia política [...] el medio irremplazable de todo país para alcanzar un mejor nivel de vida dentro del ambiente de libertad que armoniza con las condiciones de la naturaleza humana. Por ello [...] el desarrollo industrial debe lograrse casi exclusivamente con los esfuerzos de la empresa privada. Para que los pueblos de América Latina puedan vivir mejor, nuestra producción industrial tiene que aumentar a una rata superior a la de nuestro crecimiento demográfico. Es imposible levantar nuestro nivel de vida y absorber el desempleo causado por la automatización en agricultura, si no le damos impulso a trabajos de alta productividad, que se encuentran solamente en las actividades manufactureras», según lo expresó al recibir el doctorado *honoris causa* en Leyes, otorgado por el Instituto Textil de Filadelfia en 1959. Echavarría no manifestó preferencias políticas, aunque figuró en una ocasión como concejal de Medellín por el partido conservador. Gran amigo del presidente Mariano Ospina Pérez, nunca aceptó los reiterados ofrecimientos para desempeñar importantes cargos públicos en el gobierno. Participó activamente en la resistencia organizada en Antioquia en 1957 contra el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla. Más tarde, sus aportes fueron decisivos en el diseño de las estrategias del Frente Nacional, pues como representante de la industria y la banca, puso las condiciones de relación del sector privado del país con el sector político, en el orden que se inauguraba. Echavarría fue deportista destacado e impulsor del deporte nacional por medio del apoyo de la industria. Campeón nacional de tenis en varias oportunidades y fundador de la Asociación Nacional de Tenis, también patrocinó el ciclismo antioqueño de los años cincuenta y sesenta, a través de Coltejer y RCN. Fue un famoso y reconocido criador canino, *hobby* que también convirtió en una importante empresa, especializada en varias razas europeas.

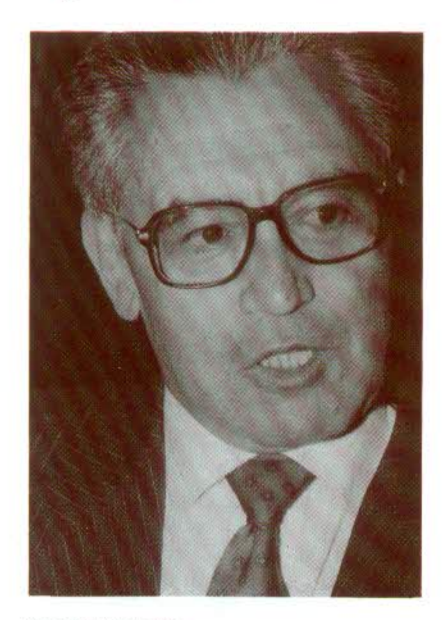
LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

MEJÍA ROBLEDO, ALFONSO. *Vidas y empresas de Antioquia*. Medellín, Imprenta Departamental, 1951.

ECHAVARRÍA, ROGELIO

Poeta antioqueño (Santa Rosa de Osos, 1926). Rogelio Echavarría es prácticamente autor de un solo libro, *El transeúnte*, que ha ido creciendo con el tiempo y en el cual ha plasmado las diferentes fases de la vida en su tránsito por la cotidianidad. Periodista de profesión desde 1948, llegó a ser jefe de redacción del diario *El Tiempo*, desde donde realizó una importante labor de difusión cultural a través de artículos y reseñas. El 8 de noviembre de 1983, la Universidad de Antioquia le rindió un homenaje en los Martes del Paraninfo. Echavarría fue el primer poeta que abrió los ojos a la poesía de lo cotidiano y de la ciudad. Comenzó a escribir muy temprano, motivado «por la soledad y la orfandad», según ha dicho. Publicó el primer libro, *Edad sin tiempo*, en 1948. Escrito entre 1941 y 1947, en él recogió todos los poemas (canciones y elegías) de lo que podría considerarse la adolescencia de su producción poética; ha sido varias veces reeditado. Pero el gran libro de Rogelio Echavarría es *El Transeúnte*, escrito ente 1945 y 1952, y publicado por primera vez en 1964. Escrito en verso libre, pero con gran sentido sonoro, Echavarría lo comenzó antes de que Eduardo Cote Lamus llegara a España como embajador; así, *El Transeúnte* surgió antes que los libros más significativos de su generación. Según Luis María Sánchez, Echavarría es un «poeta original y humano, con algo de ironía y un lirismo sin vestido; su poesía es vigorosa, interna, llena de fervor e inspiración y alejada de la retórica». Con varias reediciones, *El Transeúnte* crece, se mutila y se reorganiza en sucesivas metamorfosis para llegar a ser en cada edición un ser renovado, semejante y distinto a la vez. Es la búsqueda de la pureza poética que aspira a la perfección. La última edición, publicada dentro de la colección de Autores Antioqueños de la Gobernación de Antioquia, presenta un compendio de lo que ha sido la obra de este poeta: al comienzo, los poemas de *El transeúnte* divididos



Rogelio Echavarría.
Fotografía de Fred López.
Casa de Poesía Silva, Bogotá.

en cuatro partes, y al final, *Edad sin tiempo* dividida en dos partes. En la primera parte de *El Transeúnte* se recogen versos escritos entre 1948 y 1952, marcados por el trasegar del poeta en lo cotidiano; la segunda parte presenta versos escritos entre 1974 y 1983, en los cuales el poeta tiene una experiencia cercana con la muerte, a través de los seres queridos que se van; la tercera parte recoge versos escritos entre 1972 y 1991, en ellos el poeta se pone frente a la problemática social de una época agobiada por el terrorismo y la marginalidad; en la cuarta parte se presentan versos escritos en 1991, donde el poeta maduro vuelve sobre su mundo interior, rico en experiencias. Según Guillermo Alberto Arévalo, algunos de los rasgos propios de la obra de Echavarría son la confidencia, la presencia tácita, la sensibilidad, el intimismo, la concisión, la mesura, el tono fraternal, la vida corriente. Para Echavarría, «escribir poesía es dejar un testimonio de vida, señales de nuestro naufragio». «Es esa cotidianeidad de lo maravilloso, ese perenne dolor y asombro frente a los avatares de la existencia, lo que Echavarría expresa con una voz nunca oída en la poesía colombiana», dice Armando Romero [*Ver tomo 4, Literatura, p. 265*].

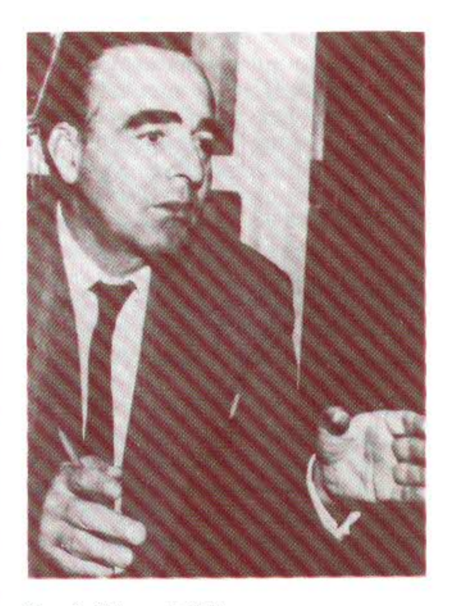
LUIS CARLOS MOLINA

Bibliografía

ARÉVALO, GUILLERMO ALBERTO. "Rogelio Echavarría". En: *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá, Ediciones Casa Silva, 1991. GÓMEZ VALDERRAMA, PEDRO. "La poesía de Rogelio Echavarría". *El Tiempo, Lecturas Dominicales*, Bogotá, julio 22 de 1979, pp. 10-11. JARAMILLO, ROSA. "Rogelio Echavarría". En: *Oficio de poeta*. Bogotá, Universidad San Buenaventura, 1978. MEJÍA VALLEJO, MANUEL. "Rogelio". *El Tiempo, Lecturas Dominicales*, Bogotá, octubre 28 de 1984, pp. 10-11. ROMERO, ARMANDO. *Las palabras están en situación*. Bogotá, Procultura, 1985.

ECHAVARRÍA OLÓZAGA, HERNÁN

Industrial, periodista y escritor antioqueño (Medellín, abril 7 de 1911). Perteneciente al grupo económico de los Echavarría, familia influyente en el desarrollo industrial del país (su padre participó en la fundación de Coltejer en 1907), Hernán Echavarría Olózaga, como casi todos los demás miembros de la élite empresarial antioqueña de este siglo, se educó en el exterior. Estudió ingeniería mecánica en Victoria University (Manchester) entre 1927 y 1931, e hizo estudios de economía en el London School of Economics, entre 1931 y 1932. Su estancia en Inglaterra coincidió con los años de la depresión y el momento en que los paradigmas teóricos de la economía estaban experimentando un cambio drástico. Echavarría ha combinado su labor en la industria privada con la política y los cargos públicos. A su regreso al país, se ocupó inicialmente de los negocios familiares en textiles, participando como administrador de la Calcetería Alfa, propiedad de su padre, Gabriel Echavarría, y como gerente de la Calcetería Pepalfa, entre 1936 y 1938. Posteriormente ingresó a Coltejer, donde ocupó un alto puesto directivo durante los años de la segunda Guerra Mundial. En 1943, fue llamado por el segundo gobierno de Alfonso López Pumarejo a ocupar el cargo de ministro de Obras Públicas. Después de esta corta incursión en la actividad política, regresó a la industria privada, ocupándose de los negocios de la familia, que desde la década de 1930 se habían ampliado con la compra de la Locería Colombiana. Desde entonces y hasta hoy, Hernán Echavarría Olózaga ha figurado entre los principales directivos de este conglomerado conocido como Corona. Desde 1939 la locería ha tenido un crecimiento vertiginoso, debido al impulso de las exportaciones y al proceso permanente de modernización de todas sus plantas. Hoy día, la marca Corona está ampliamente acreditada en los mercados internacionales.



Hernán Echavarría Olózaga. Fotografía de "El Tiempo".

Los años en Inglaterra marcaron intelectualmente a Echavarría, hasta el punto de constituirse en uno de los principales divulgadores del keynesianismo en Colombia. Su libro *Pleno empleo y otros temas*, publicado en 1948, es tal vez la primera exposición e intento de aplicación en Colombia de algunos aspectos de la teoría de John Maynard Keynes, casi simsultánea, por lo demás, con la primera exposición sistemática para América Latina de Raúl Prebish, *Introducción a Keynes*, de 1947. Con una vocación más decidida hacia la economía que hacia la ingeniería, Echavarría Olózaga escribió en la década de 1950 varios libros sobre temas económicos, como *El sentido común de la economía colombiana*, libro básicamente de divulgación, con varias ediciones y obra ya clásica en Colombia, y *El problema del cambio*, relativo a problemas monetarios. A comienzos de la década de 1950 Echavarría Olózaga fue director de la revista *Semana*, y también ha sido columnista de *El Tiempo*. De otra parte, participó activamente en la creación de la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes, y en 1957, en la organización de la Sociedad Colombiana de Economistas, que fue la primera asociación de economistas a nivel nacional. Por ello, Echavarría Olózaga puede ser considerado indudablemente como uno de los pioneros en la profesionalización del oficio del economista en Colombia. También en la década de 1950 contribuyó con su iniciativa a la creación del Instituto Colombiano de Administración INCOLDA, constituyéndose por ello en uno de los pioneros de la profesión del administrador de empresas. Durante el gobierno de Alberto Lleras Camargo, Echavarría se desempeñó como ministro de Comunicaciones, y luego fue embajador en Washington (1967-1968), en el gobierno de Carlos Lleras Restrepo. En la década de 1980 jugó un papel decisivo, como presidente de la Comisión Nacional de Valores, en las investigaciones a los principales grupos financieros del país, para detener las operaciones especulativas de los fondos de inversión, que culminaron con sanciones a entidades como el Grupo Grancolombiano, el Banco Nacional y el Grupo Duque, y con la detención de sus cabezas visibles, Jaime Michel-

sen Uribe y Félix Correa. Esta experiencia al frente de la Comisión Nacional lo llevó a escribir un libro titulado *El escándalo de los Fondos Grancolombianos y Bolivariano en el gobierno del doctor Turbay Ayala*, de 1983, en el cual analiza y critica la política financiera del gobierno en relación con los grupos económicos. En los últimos años, Hernán Echavarría Olózaga se ha dedicado al ensayo periodístico sobre temas de economía. Algunos de estos ensayos han sido recogidos en libros como *El sentido común en la reforma agraria*, de 1985.

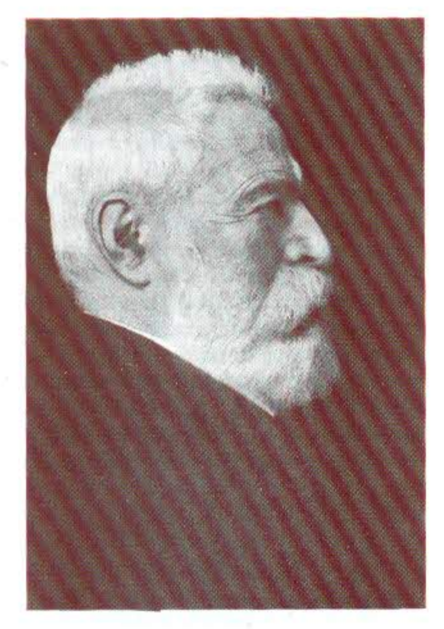
ALBERTO MAYOR

Bibliografía

ECHAVARRÍA, ENRIQUE. *Historia de los textiles en Antioquia*. Medellín, 1943. MEJIA ROBLEDO, ALFONSO. *Vidas y empresas de Antioquia*. Medellín, Imprenta Departamental, 1951.

EDER, FAMILIA

Familia de empresarios del Valle del Cauca, su iniciador fue Santiago Martín Eder, nacido en Mitau, ducado de Curlandia, en las Provincias Bálticas, actual Letonia, el 24 de junio de 1830, muerto en Nueva York, el 26 de diciembre de 1921. En 1851 Santiago Eder viajó a los Estados Unidos para reunirse con su hermano Enrique, quien se había establecido alrededor de los años cuarenta en Nueva York. Internado en un colegio cerca a Washington Square, acabó sus estudios preparatorios en la Academia de Albany, en Nueva York, y en 1858 se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Harvard. En 1861 llegó a Buenaventura, donde trabajó como abogado en compras y remates de bienes, e igualmente, como representante de compañías panameñas. En 1862 formó una sociedad con el español José Ramón García, actuando como comisionistas e importadores de vinos y mercancías. Posteriormente, en 1864, creó otra sociedad con Pío Rengifo, e inició sus negocios en el Valle del Cauca. En 1865 fue nombrado superintendente del camino de Buenaventura, y en 1866, cónsul de los Estados Unidos en Buenaventura y vicecónsul de Chile. En 1867 viajó a Estados Unidos y Europa. Visitó a su hermano David, que vivía en Londres, y allí conoció a la inglesa Lizzie Benjamin, con quien contrajo matrimonio en junio. Del matrimonio nacieron Enrique, Carlos, Luisa, Phanor, Fanny y Edith. Sólo Enrique y Carlos se establecieron en Colombia. Al regreso de su viaje logró comprarle a Rengifo su parte en la sociedad, consolidando sus propiedades rurales. Dedicó parte de las tierras a la ganadería, otras a la siembra de café y, posteriormente, se aventuró en la siembra de caña de azúcar. También incursionó en actividades comerciales de importaciones y exportaciones, como la compra y venta de muebles e inmuebles. Fue socio fundador del Banco del Cauca en 1873. En 1901 el Ingenio Manuelita fue el primero en Colombia en iniciar labores de molienda tecnificada, accionada a vapor. En 1903 Santiago decidió encargar a su hijo Carlos del ingenio, y a su hijo Enrique de la ganadería y los negocios comerciales. Desde 1904 se radicó en Nueva York con su esposa, y murió de cáncer a la edad de 88 años.



Santiago M. Eder.

Con el tiempo, la gerencia del Ingenio Manuelita pasó a manos de Walter Eder, hijo de Carlos en matrimonio con Italia Cerruti. En 1927 tuvo lugar el primer ensanche del Ingenio, con la instalación de una nueva planta. En 1930, Harold Eder, hijo de Enrique en matrimonio con Benilda Caicedo, fue nombrado gerente general. Bajo su administración, se inició un nuevo ensanche, en 1939, y en 1952 se inauguró el montaje de la primera planta refinadora de azúcar. Harold estudió en Estados Unidos desde los 12 años, y se graduó como ingeniero eléctrico en el Massachusetts Institute of Technology (MIT). Cuando regresó a Colombia, se dedicó de lleno al trabajo agrícola, incursionó en la tecnificación de tierras alrededor de Ambalema (Tolima), inaugurando el Ingenio Central del Tolima, y posteriormente fundó el Ingenio del Cauca. Su único cargo público fue el Ministerio de Desarrollo, durante el gobierno de la Junta Militar (1957-1958). Gracias a su sobresaliente labor en el Ingenio, se produjo, por primera vez, azúcar refinada, y en 1964, al cumplir el centenario, el Ingenio Manuelita era una de las empresas agroindustriales más importantes de la región. Harold Eder fue asesinado por las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), durante un intento de secuestro en 1965. De su matrimonio con su prima Cecilia Caicedo, sobresalen sus hijos Henry y Doris. Henry nació en 1935, estudió, como su padre, Ingeniería en MIT y, posteriormente, realizó un master en Economía en el London School of Economics. Fue presidente, por nueve años, de la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC), entre 1967 y 1976; logró la construcción de la Central Hidroeléctrica del Alto Anchicayá; y empezó la interconexión eléctrica regional para el Valle del Cauca. Doris, nacida en 1933, estudió Historia en la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, y posteriormente hizo un magister en Educación en la Universidad



Harold Eder. Dibujo de Carlos Roa, en portada de "Semana", Nº 245, junio 30 de 1951.

de Massachusetts. Fue la primera gobernadora mujer del departamento del Valle del Cauca, de 1982 a 1984, y posteriormente ministra de Educación, de 1984 a 1985, durante el gobierno de Belisario Betancur.

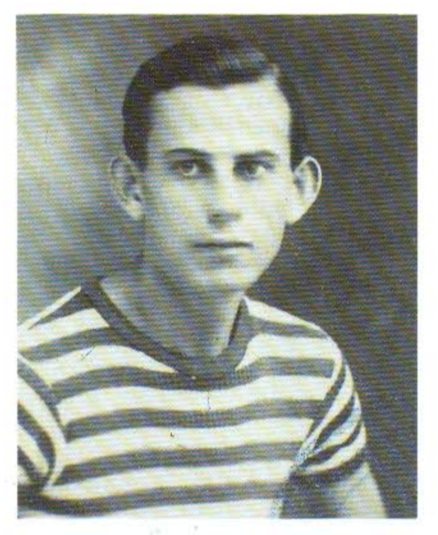
BEATRIZ CASTRO C.

Bibliografía

EDER, PHANOR JAMES. *El fundador Santiago M. Eder*. Bogotá, Antares, 1959.

EIGER, CASIMIRO

Galerista, historiador y crítico de arte polaco (Varsovia, septiembre 22 de 1909 - Bogotá, marzo 15 de 1987). Hijo de una aristocrática familia polaca, Casimiro Eiger Silberstein realizó sus estudios universitarios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Ginebra, donde obtuvo el grado de doctor en Ciencias Políticas y Sociales. Se encontraba en París, estudiando letras e historia del arte en la Universidad de la Sorbona, cuando tuvo lugar la invasión alemana a Polonia. Su familia fue perseguida por ser judía; su madre y su hermano murieron durante la guerra. A raíz de la ocupación nazi, su situación en Francia se complicó. Viajó a Marruecos, donde vivió algún tiempo en un campo de refugiados; de allí salió en un barco de exiliados de guerra con destino a América del Sur. Inicialmente llegó a Argentina, donde se le negó el permiso de desembarco. Siguió de puerto en puerto por la costa: Brasil y Guyanas, con el mismo resultado. Continuó por el Caribe hasta desembarcar en la colonia holandesa de Curazao, donde se instaló en un campo de refugiados. Allí se puso en contacto con la embajada colombiana y consiguió una visa de inmigrante. Casimiro Eiger llegó a Bogotá en 1943. Fue director del centro polaco de información y secretario de la Legación del gobierno polaco en el exilio, con sede en Londres. En 1946 fue nombrado jefe de los servicios culturales de la Embajada de Francia en Colombia; allí conoció a Alvaro Mutis y desde ese momento se inició una amistad muy productiva para ambos. Eiger fue profesor de francés, cultura y literatura francesa en el Colegio Mayor de Cundinamarca (1946-1959) y en el Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia (1956-1958); y catedrático de historia del arte en la Escuela Nacional de Arte Dramático, dependencia de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional (1959-1964). Fue crítico de arte de la Radiodifusora Nacional de Colombia, donde dirigió y presentó el programa semanal *Exposiciones y Museos* (1948-1955, 1959-1960). También fue crítico de arte de la emisora cultural HJCK "el mundo en Bogotá" (1955-1956). Fue miembro de la Junta Artística de las Galerías Centrales de Arte y colaborador de Jaime Umaña, director de las Galerías, dependencias distritales situadas en los sótanos de la Avenida Jiménez, creadas por el ministro de Educación Aurelio Caicedo Ayerbe en 1950. En 1955 fue miembro de la Junta Directiva para el proyecto de creación del Museo de Arte Moderno de Bogotá, con el ministro de Educación Aurelio Caicedo Ayerbe, Alvaro Rubio, Alejandro Obregón, Elvira Martínez de Nieto, Gabriel Serrano y Aristides Meneghetti. Eiger fundó y dirigió entre 1951 y 1961, la galería El Callejón, anexa a la Librería Central de Bogotá. En 1961 inauguró la Galería de Arte Moderno, de la cual fue director hasta su muerte. Como crítico de arte y galerista ocupó un papel principal en el conocimiento y la difusión del arte moderno colombiano, participando en el desarrollo de las obras de importantes artistas colombianos, como Fernando Botero, Alejandro Obregón, Eduardo Ramírez Villamizar, Edgar Negret, Guillermo Wiedemann y Enrique Grau, entre otros. En 1958 fue jurado, en representación de la Asociación Internacional de Artes Plásticas, del concurso Guggenheim para Colombia, el cual ganó, en medio de una gran polémica, Eduardo Ramírez Villamizar con una pintura abstracta. En 1963 fue jurado de calificación en el XV Salón de Artistas Colombianos. Poco antes de su muerte, en 1987, el gobierno nacional le otorgó la Orden Nacional al Mérito en las Artes y las Letras, en grado de oficial. Eiger publicó ensayos y notas críticas sobre artes plásticas en los diarios *La Razón*, *El Tiempo* y *La Paz*, y en las revistas *Vida*, *Revista de las Indias*, *Boletín de Programas de la Radiodifusora Nacional*, *Plástica*, *Vínculo Shell*, *Boletín Cultural y Bibliográfico* y *Semana*. Los manuscritos de sus textos críticos para la prensa y la radio se conservan en el Fondo Casimiro Eiger, en la Sección de Artes Plásticas, de la Biblioteca Luis Angel Arango de Bogotá.



Casimiro Eiger.

MARÍA CLARA MARTÍNEZ RIVERA

Bibliografía

CASTAÑO CASTILLO, ALVARO. "Casimiro Eiger". *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, Vol. 80, Nº 538 (Bogotá, abril-junio 1987), pp. 149-150. RAMÍREZ VILLAMIZAR, EDUARDO. "Casimiro Eiger". *Arte en Colombia*, Nº 33 (Bogotá, mayo 1987), p. 104.

ELBERS, JUAN BERNARDO

Empresario alemán (Mulheim, 1776 - Bogotá, 1853). Pionero de la navegación a vapor en Colombia, Juan Bernardo Elbers es a la navegación fluvial, lo que Francisco Javier Cisneros al desarrollo de los ferrocarriles. Conocido como traficante de armas que proveía al ejército revolucionario durante la Independencia, sus actividades se extendían por los Estados Unidos y el Caribe. Elbers fue reconocido como factor decisivo para el éxito de la campaña de 1819, por haber prestado sus embarcaciones para transportar tropas para las tomas de Portobelo y Cartagena. También entregó al gobierno parte del armamento para la Campaña del Sur, ya que sus ofertas siempre se consideraban razonables. Por todo esto y por haberse casado en 1824 con Susana Sáenz Santamaría Baraya, dama perteneciente a una influyente familia bogotana, se le concedió la nacionalidad colombiana en 1823. El invento del buque de vapor motivó a los primeros gobernantes de la República a establecer la navegación con este tipo de barcos por el río Magdalena, a través de la concesión de privilegios exclusivos a



Juan Bernardo Elbers.

los empresarios que hicieran una propuesta razonable para la prestación del servicio. La propuesta de Elbers fue acogida por el Congreso y por el vicepresidente Francisco de Paula Santander en 1823, tal vez como contraprestación por sus servicios a la causa de la independencia y por los préstamos que le hizo al nuevo gobierno para dotar de buques y armamento a la marina y la armada. Elbers se obligaba a poner en funcionamiento todos los botes necesarios para abastecer las necesidades del país, a construir una carretera de Honda a Bogotá, y a adecuar canales para comunicar a Cartagena y Santa Marta con el río Magdalena. En 1824 trajo el vapor *Filadelfia*, con 40 caballos de fuerza. Sin embargo, las condiciones del río no permitieron su operación. En 1825 llegaron los barcos *Bolívar* y *Santander*, con el objeto de atender rutas marítimas y fluviales. Pero el adelanto introducido no funcionaba con eficiencia y los bongos y champanes tuvieron que seguir siendo utilizados en muchos tramos. Las múltiples dificultades hicieron que Elbers perdiera mucho dinero y retardara la puesta en servicio de líneas regulares de vapores, incumpliendo las cláusulas contenidas en el privilegio. Recuperado de la primera frustración, formó una nueva compañía en 1827, y aunque Simón Bolívar le prometió su apoyo, las desavenencias con Santander impidieron que la empresa prosperara. Algunos rumores acerca de la intención de Elbers de vender la concesión a los norteamericanos, originaron la cancelación de su privilegio en 1829, por orden del Libertador. Elbers continuó con la empresa sin ninguna concesión estatal, pero las dificultades fueron mayores y volvió a cancelar su proyecto. Aunque Santander le confirmó de nuevo el privilegio en 1834, Elbers no pudo cumplir con sus obligaciones, y su privilegio fue cancelado por segunda vez en 1837, ante su incapacidad para mantener transporte regular por el río. En 1851, el Congreso dictó una ley, en respuesta a una demanda de Elbers, para que el gobierno nacional lo indemnizara por los perjuicios que le ocasionó la arbitraria suspensión del privilegio de 1829. Los obstáculos para el desarrollo de la navegación a vapor en el siglo XIX eran, según Salvador Camacho Roldán, la escasez de capital, la carencia de tecnología y técnicos, la falta de industrias que proveyeran de carga suficiente y permanente a los vapores, la poca disponibilidad de buenos combustibles, la incapacidad de los pilotos para operar las naves en el río, la hostilidad de los habitantes ribereños y los bogas del bajo Magdalena hacia los vapores, la turbulencia política del país y la implantación de los monopolios estatales sobre la navegación. El auge de los vapores sólo se dio a partir de 1850, cuando fueron suprimidos estos monopolios. Elbers, como la mayoría de los inversionistas europeos que trabajaron en Colombia luego de la Independencia, sufrió de exceso de optimismo. Para él fueron veinte años de esfuerzos sin ganancias, pero su aporte consistió en la exploración y el estudio del problema, aprovechados más tarde para el desarrollo de la navegación a vapor por el río Magdalena.

LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

BEJARANO, JESÚS ANTONIO (Compilador). *El siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos*. Bogotá, La Carreta, 1977.

PIZANO DE ORTIZ, SOPHY. "Don Juan Bernardo Elbers, fundador de la navegación por vapor en el río Magdalena". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Volumen XXIX (Bogotá, 1942).

EMIRO KASTOS

Ver: Restrepo, Juan de Dios.

ENGEL, WALTER

Historiador y crítico de arte austriaco (Viena, junio 1908). Walter Franz Engel estudió dibujo, pintura e historia del arte con Oscar Lichtenstern en Viena (1925-1927), con Joseph Floch en París (1928) y con Ludwig Heinrich Jungnickel en Viena (1929-1930). Emigró a Colombia después de la muerte de su padre, en 1938, y se estableció en Bogotá como industrial y comerciante. Engel fue el primer crítico especializado en artes plásticas que tuvo Colombia; interesado en el desarrollo del arte moderno colombiano, publicó un gran número de notas, artículos y ensayos en las principales revistas y en los más importantes diarios del país. A través de la lectura de sus comentarios críticos es evidente una gran disciplina y rigor. Engel comentó las exposiciones de Bogotá con una regularidad sin precedentes; sus comentarios semanales o mensuales permiten hacer un seguimiento de la evolución de los movimientos, los eventos y los artistas nacionales, durante sus años de permanencia en el país. Sus juicios fueron amplios, cuidadosos, mesurados, respetuosos y orientados por una visión de trascendencia histórica. Regularmente, hizo un detallado balance anual de las actividades plásticas, que publicó en diferentes medios. Miembro de la Asociación Internacional de Críticos de Arte, Engel fue crítico de la *Revista de las Indias* (1941-1951) y



Walter Engel.

del *Suplemento Literario* de *El Tiempo* (semanal, 1944-1957), por invitación de su director Eduardo Carranza. Invitado por Judith Márquez, fue fundador y colaborador habitual de la revista *Plástica* (1956-1960). A su retiro de *El Tiempo*, «porque la crítica quedaba en mejores manos que las mías, en las de Marta Traba», pasó a ser crítico de arte de la edición dominical de *El Espectador* (semanal, 1959-1965). Fue colaborador del periódico *El Liberal*, y de las revistas *Revista de América*, *Proa*, *Sábado*, *Vida*, *Panorama*, *Cromos*, *Indice Cultural* y *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Publicó algunos ensayos sobre arte colombiano, entre los que se destacan "Problemas sociales en las artes plásticas" (1946), "El pintor Fernando Botero" (1952), "Pintoras colombianas contemporáneas" (1959), "Wiedemann" (1959) y "Crónica de la moderna pintura colombiana", primera parte: 1934-1951, segunda parte: 1952-1957 (aparecido como suplemento de la revista *Plástica*, Nº 6 y 7, en 1957). Casado con Herta Weinmann, su hijo Francisco nació en 1952. Desde 1969 Engel vive en Toronto (Canadá), donde durante algunos años dirigió una galería que llevó su nombre y continuó escribiendo en revistas de arte.

MARÍA CLARA MARTÍNEZ RIVERA

Bibliografía

ALVAREZ D'ORSONVILLE, J. M. "Walter Engel" (entrevista). En: *Colombia Literaria*. Bogotá, 1960, Vol. III, pp. 51-58. ENGEL, WALTER. "Remembranzas de un precursor". *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, julio 10 de 1988, pp. 14-15. ENGEL, WALTER. "40 años de Botero". *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, diciembre 19 de 1993, pp. 8-10.

ESCOBAR, JOSÉ JOAQUÍN

Eclesiástico franciscano y prócer de la Independencia, nacido en Cali, el 27 de diciembre de 1751, muerto en Cúcuta, el 15 de junio de 1821. Hijo legítimo de don José Escobar y doña Catalina García, después de cursados sus estudios primarios en la ciudad natal, José Joaquín Escobar pasó a Santafé de Bogotá, donde siguió la carrera de Derecho, en el Colegio del Rosario. De regreso a Cali, se dedicó al ejercicio de su profesión de abogado y de aquí pasó a Popayán, donde fue catedrático de leyes en el real seminario de 1778 a 1782. Tenía 32 años de edad cuando tomó la decisión de hacerse religioso franciscano, e ingresó al Colegio de Misiones de Cali el 6 de julio de 1784. Concluidos los estudios eclesiásticos encaminados al sacerdocio, realizados en el mismo Colegio, Escobar viajó a Quito, donde recibió la ordenación sacerdotal en enero de 1787. Inmediatamente después de su regreso a Cali, comenzó a regentar la cátedra de teología, que mantuvo por muchos años. Fue elegido guardián del Colegio para el trienio 1795-1798. Cuando Cali dio el grito de independencia, el 3 de julio de 1810, el padre Escobar entró de lleno, con todo el dinamismo de su palabra y su recia voluntad de combatiente, en la obra emancipadora. «Era un evangelista de la libertad —escribe el padre Alfonso Zawadski—, que se iba de lugar en lugar, de plaza en plaza, diciendo el verbo que necesitaban oír las conciencias de los que despertaban al conocimiento de lo que es la mayoría de edad para no continuar en el caso de pupilos eternos». Su mejor actuación tuvo lugar en la Junta Provisional de Gobierno de las seis ciudades federadas del Valle del Cauca, de la cual fue nombrado vicepresidente. Después fue, sin lugar a dudas, el guía de la revolución del Cauca, habiendo retenido en sus manos el éxito de la campaña del sur. El 15 de febrero de 1816, hallándose el padre Escobar en Cali, dedicado a sus menesteres religiosos, le llegó la orden de prisión y fue transferido a Popayán. Allí permaneció hasta finales del año, en condición de preso político, mientras llegaba la orden de marcha. De aquí salió, acompañado de otros religiosos patriotas, hacia Bogotá, por la vía de La Plata y Neiva. De esta ciudad, por la ruta de Tunja, fue a Cúcuta y de aquí al puerto de Coro, donde se le embarcó para la Península. Sufrió dura prisión en un calabozo de la Carraca de Cádiz, uno de los presidios más célebres de España. Gracias a la revolución española de Rafael del Riego y al triunfo de Boyacá, las autoridades españolas de la Península expidieron pasaportes a todos los presos políticos que yacían en las cárceles y, entre ellos, se le otorgó al padre Escobar. Regresó y entró por Venezuela, cuando se hallaba reunido el Congreso de Cúcuta. En esta ciudad falleció, en 1821.


José Joaquín Escobar.

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

RAMOS HIDALGO, NICOLÁS. *Doctor José Joaquín Escobar, de los libertadores de Colombia*. 2ª ed. Cali, 1934.

ESCOBAR, LUIS ANTONIO

Compositor nacido en Villapinzón, Cundinamarca, el 14 de julio de 1925, muerto en Miami, en 1993. Personalidad tan inquieta como versátil, Luis Antonio Escobar fue compositor, dirigente activo del Club de Estudiantes Cantores y programador de radio y televisión. Se inició desde temprana edad en la música. En 1944 ingresó al Conservatorio Nacional en Bogotá, y luego viajó a Estados Unidos con una beca de la Universidad Nacional. Allí estudió con Nicolás Nabokov en el Peabody Conservatory of Music y después siguió estudios en la Universidad de Columbia. En 1951 viajó a Europa y fue discípulo de Boris Blacher en Berlín, recibiendo de éste gran influencia en los aspectos rítmicos. Regresó a Colombia en 1954 y se vinculó activamente al movimiento musical nacional. Se desempeñó como secretario y profesor del Conservatorio de Bogotá, que lo vio nacer como artista; ejerció, igualmente, como conferencista, libretista y presentador de programas de divulgación musical en los medios radiales y televisivos; fue editor y comentarista en periódicos y revistas. También desempeñó importantes cargos en el país y en el servicio consular en el extranjero. En 1958 recibió la beca Guggenheim. Según José Ignacio Per-



Luis Antonio Escobar.
Fotografía de Hermi Friedmann.

domo, la producción musical de Escobar «es abundante. A veces desigual, pues escribe con facilidad desconcertante». Escobar compuso música en todos los géneros; Hernando Caro Mendoza la clasifica así: «Cuantiosa obra vocal, con especial insistencia en el aspecto coral, cantatas campesinas, cánticas colombianas, madrigales y canciones; algunas partituras de cámara y una obra pianística interesante, de la que se destacan varias sonatinas y sonatas y numerosas piezas breves, de inspiración popular, que él denominó "bambuquerías". En géneros más ambiciosos, un gran ballet de tema indígena titulado *Avirama* (1956) y dos óperas, una para público infantil, *La princesa y la arveja*, y otra, muy audaz para su momento, con despliegue de instrumentos de percusión, *Los hampones*, basada en un texto del poeta Jorge Gaitán Durán, prematuramente desaparecido. Como música puramente sinfónica, un divertimento juvenil —tal vez de lo más logrado de su producción—, dos pequeñas sinfonías y una *Sinfonía cero*, y, con solistas, un delicioso concertino para flauta —también temprano en su carrera—, y tres conciertos para piano». José Ignacio Perdomo clasifica la producción musical de Escobar en cuatro grupos: obras escénicas; obras para orquesta, entre las que se destacan, *Serenata colombiana*, *Divertimento Nº 1*, *Concertino para flauta y orquesta*, *Primera sinfonía* (1955) y *Suite infantil*; obras vocales: *Cantata campesina*, para tenor, contralto, coro y orquesta, *Cántica* de cantos colombianos, para solistas, coro mixto y orquesta, y *Rondas y canciones infantiles* (1956); y, por último, obras de cámara, entre las que se destacan las *Bambuquerías*. El catálogo de las obras de Escobar aparece en el volumen 8 de la serie Compositores de América, publicada por la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1962. Su obra, ágil y siempre interesante, se resintió en los últimos tiempos por su polifacética actividad. Al frente del Departamento del Servicio Civil, Escobar publicó, en 1952, su libro *Obras polifónicas*, de varios músicos de Colombia; y dirigió la publicación de las primeras obras del músico de la Colonia, Joseph Cascante. Fue profesor, en el Muro Blanco, de cursos de apreciación musical; director de Extensión Cultural Nacional; fundador de la Filarmónica de Bogotá y cónsul de Colombia en Bonn (Alemania). Murió, siendo agregado cultural en Miami, en 1993 [*Ver tomo 6, Arte, pp. 228 y 230-231*].

WILLIAM ATEHORTÚA ALMANYA

Bibliografía

CARO MENDOZA, HERNANDO. "La música en Colombia en el siglo XX". En: *Nueva historia de Colombia*, tomo VI. Bogotá, Planeta, 1989. PERDOMO ESCOBAR, JOSÉ IGNACIO. *Historia de la música en Colombia*. 5ª ed. Bogotá, Plaza & Janés, 1980.

ESGUERRA, NICOLÁS

Abogado y estadista bogotano (septiembre 10 de 1838 - diciembre 23 de 1923). Nicolás Esguerra estudió en el Colegio de San Bartolomé, después pasó al Colegio del Rosario, y posteriormente al Seminario Menor, regido por los jesuitas. Continuó sus estudios en el Colegio de San Simón, de Ibagué. En el año de 1854 se reunió en aquella ciudad el Congreso constitucional, con motivo de la usurpación de José María Melo. La casa del abuelo de Esguerra fue hospitalaria para todos. A ella llegó Manuel Murillo Toro, quien, pasada la guerra, por deferencia especial con la familia, logró que el joven Nicolás fuera enviado de nuevo a Bogotá, a su casa para continuar la educación. En el Colegio del Rosario cursó filosofía y jurisprudencia, y se graduó a los veinte años. Empezó desde entonces a ejercer la profesión, aunque la edad no le permitía aceptar poderes. Todavía estudiante, fue secretario de la Junta de Beneficencia. Más tarde, en 1863, fue nombrado magistrado del Tribunal de Neiva; pasó allí un año y regresó a Bogotá, aunque a poco siguió actuando en el antiguo Estado del Tolima, en donde fue secretario de Hacienda y de Gobierno, y luego diputado a la Asamblea del mismo. Al principiar la segunda administración Murillo (1872), fue elegido representante al Congreso, por Cundinamarca. Esguerra asistió a la Cámara hasta el fin de las sesiones, no obstante que se le ofreció la secretaría de la Legación en los Estados Unidos, puesto que no aceptó por no romper su carrera. Nicolás Esguerra había sido en el año anterior rector del Colegio del Rosario, y su conducta como tal fue lo que valió que se le señalara como católico ultramontano. Había sucedido a Francisco Eustaquio Alvarez en el rectorado; en aquel tiempo se educaban allí Diógenes Arrieta y muchos otros jóvenes partidarios del libre pensamiento. Las enseñanzas benthamianas del colegio dieron por resultado romper de modo definitivo las relaciones entre el arzobispo de Bogotá y el rector. Esguerra se propuso restablecer la buena armonía de las dos entidades. Fundándose en las constituciones hizo ejercicios espirituales y ordenó que todas las noches se rezara el rosario por la comunidad, en la capilla. Esos antecedentes y su educación donde los jesuitas dieron



Nicolás Esguerra.

por resultado el odio de algunos y el aprecio de la generalidad de los colombianos, por el espíritu genuinamente liberal que había sabido demostrar Esguerra. En efecto, los conservadores de Santander, vista la actitud de don Nicolás, eligiéronle diputado a la Asamblea de aquel departamento, por el círculo de Charalá, y los liberales santanderanos lo hicieron igualmente por Cúcuta. Esguerra resolvió aceptar la primera diputación, para no declinar el honor que le hacían sus adversarios. A su regreso, redactó por algún tiempo el *Diario de Cundinamarca*, y lanzó en él la candidatura de Santiago Pérez para la Presidencia de la República. Elegido dicho señor, nombró a Esguerra miembro del gabinete como secretario del Tesoro, y por pocos días desempeñó el Ministerio del Interior y Relaciones Exteriores, para el cual había sido designado el doctor Justo Arosemena, quien no aceptó. Por causa de los sucesos políticos de 1885 viose obligado a salir del país, y permaneció cerca de diez años en peregrinación por Venezuela, Costa Rica y los Estados Unidos, donde cultivó sincera amistad con el patriota cubano José Martí, y fundó una casa de comisiones que no prosperó por falta de dinero. Vuelto al país, la administración de Manuel Antonio Sanclemente le nombró para desempeñar una comisión en Europa, relativa a los asuntos del Canal de Panamá. Más tarde, vino el gobierno del general Reyes y su tratado con los Estados Unidos sobre reconocimiento de la independencia de Panamá. Esguerra dio la voz de alarma por medio de un célebre memorial dirigido a la Asamblea legislativa; como consecuencia de ello acontecieron las jornadas de marzo (1909) y la caída de aquel mandatario. Fue presidente de la Cámara de Representantes en dicho año, y de la Asamblea Constituyente de 1910; luego, en varios períodos, miembro de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores y, por último, candidato a la Presidencia de la República en 1914. Falleció en Bogotá el 23 de diciembre de 1923.

LUIS LÓPEZ DE MESA
Historia de la Cancillería de San Carlos

ESLAVA, SEBASTIÁN DE

Virrey del Nuevo Reino de Granada, natural de Navarra (1684-1759). Teniente General de los Ejércitos Reales y Comendador de Calatrava, Sebastián de Eslava fue nombrado virrey del Nuevo Reino de Granada en agosto de 1739, cuando se restableció el virreinato por las mismas razones que se tuvieron en cuenta al erigirse por primera vez en 1717: extensión, población, fiscalización, defensa y control. En 1740, por el mes de abril, el virrey Eslava llegó a Cartagena, desde donde ejerció el gobierno hasta el final de su período, sin llegar a conocer el interior del país. Reparó el castillo de Bocachica y los fuertes; en el castillo de San Lázaro fabricó cureñas y explanadas; compuso las armas y aprovisionó municiones para defender a Cartagena, amén del entrenamiento militar. Resguardó en la misma forma a Santa Marta, por Puerto Cabello y la Gaira; fortificó la fortaleza de Arayá, el castillo de San Antonio en la provincia de Cumaná; aprobó la construcción de una fortaleza en el Caño de Limones, dotó el presidio de la Guayana. Debido a que Inglaterra, en lucha por el control comercial de América, declaró la guerra a España en 1739, embargando buques a punto de partir, anunciando represalias y atacando con tropas, Eslava no desempeñó personalmente sus obligaciones como presidente de la Real Audiencia, pues había recibido órdenes expresas del rey para que se residenciara en Portobelo, Cartagena u otro sitio de Tierra Firme. Defender la costa era indispensable, mientras pasaban las hostilidades entre Inglaterra y España. Edward Vernon, parlamentario inglés, almirante de la flota organizada por Inglaterra contra las Antillas y quien había presumido de que era fácil tomarse a Portobelo (Panamá) con pocos barcos, como en efecto lo hizo, atacó el 13 de marzo de 1741 a Cartagena de Indias, con 51 buques de guerra, 135 de transporte y más de 28000 hombres. El embate fue repelido con éxito por los hombres al mando de Eslava, entre quienes se encontraba Blas de Lezo, famoso por su arrojo. La defensa heroica de la plaza representó uno de los más brillantes episodios de la historia militar de la Nueva Granada y le valió al virrey Eslava que el rey le diera el título de Marqués de la Real Defensa, como reconocimiento por los servicios prestados. Hasta finales de 1748, Eslava no se enteró del cese de las hostilidades entre ingleses y españoles. Durante su administración, el virrey Eslava fundó hospitales, organizó las misiones en algunos lugares, construyó vías de comunicación, promovió la pacificación de los indios motilones, aportando armas, dinero y providencias para defender algunas ciudades como Pamplona y San Faustino, y mantener la navegación por el río Zulia. En lo religioso, se esmeró por construir veinte iglesias, reparó y amplió otras, protegió las misiones establecidas, e inició las del Darién en la provincia de Panamá. Aumentó los bienes de la Real Hacienda, y en cuanto a la justicia, resolvió con brevedad y rectitud los procesos y dejó llenas las arcas de la justicia a su sucesor. En el juicio de residencia que le entablaron, le hicieron, entre otros, los siguientes cargos: Que no vivía en Santafé para ejercer las funciones de presidente de la Real Audiencia, a lo que respondió que le había sido ordenado, el 2 de septiembre de 1739, residenciarse en la costa de Tierra Firme; le imputaban la omisión de una visita y tasación de indios, a lo que respondió contrariamente; lo acusaban de aumentar el sueldo al teniente de gobernador, doctor don Juan Bautista Beamonde, y otros gastos, de lo cual lo absolvió el Tribunal de Cuentas; también le imputaron algunos nombramientos y seis cargos más, de los cuales fue exonerado. Nombrado virrey del Perú en 1744, renunció con el propósito de regresar a España. Por cédulas reales, Fernando VI le aceptó la renuncia al cargo de virrey del Nuevo Reino de Granada, nombrándolo, a su vez, capitán general de Andalucía , director de la



Sebastián de Eslava.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

Infantería y ministro de la Guerra, honores a los que se añadió el título de Marqués de la Real Defensa [*Ver tomo 1, Historia, pp. 150-151*].

DIANA LUZ CEBALLOS GÓMEZ

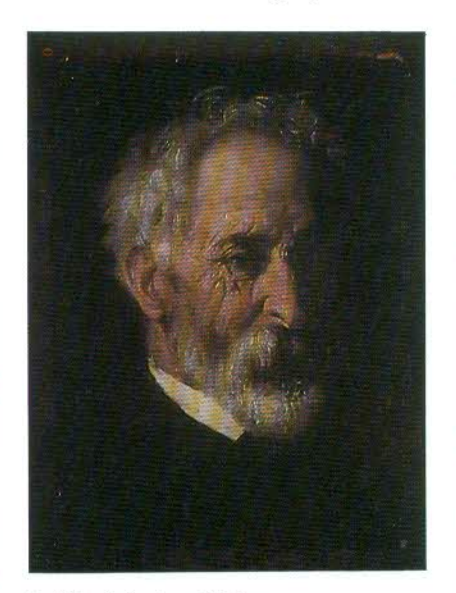
Bibliografía

COLMENARES, GERMÁN (Comp.) *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*. Bogotá, Banco Popular, 1989. RESTREPO SÁENZ, JOSÉ MARÍA. *Biografías de los mandatarios y ministros de la Real Audiencia (1671 a 1819)*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1952.

ESPINOSA PRIETO, JOSÉ MARÍA

Pintor, dibujante, grabador y caricaturista, nacido en Bogotá, en octubre de 1796, muerto allí mismo, el 24 de febrero de 1883. Bautizado como José María del Rosario Joaquín Custodio Remigio, fue el séptimo de los ocho hijos del matrimonio entre Mariano Espinosa de los Monteros y Mora y Mariana Prieto Ricaurte. José María Espinosa fue autodidacta. Desde los 14 años se vinculó a las luchas por la independencia. El 30 de mayo de 1811 se alistó como cadete en el ejército centralista que comandaba Antonio Nariño, quien emprendió, en 1813, la acción bélica contra los españoles que dominaban el sur del país, conocida como Campaña del Sur. Durante los años de servicio militar, Espinosa realizó sus primeros apuntes y caricaturas. Promovido a alférez, el 1 de enero de 1813, el 30 de junio de 1816 fue hecho prisionero, al finalizar la acción de la Cuchilla del Tambo, en el departamento del Cauca, que marcó la derrota del ejército patriota. Luego de ser quintado para ser fusilado (se escogía al azar un prisionero de cada cinco para enviarlo al patíbulo), logró huir, el 8 de diciembre de 1816. Mientras estuvo preso, y durante sus correrías como prófugo, aprendió técnicas pictóricas con los indígenas. Acogiéndose a un indulto real promulgado por el pacificador Pablo Morillo, resolvió entregarse a las autoridades españolas en 1819, lo que le permitió regresar a Bogotá e instalarse allí hasta su muerte. Como no recibió la pensión de veterano de la Independencia, a que tenía derecho, se dedicó a retratar a las familias adineradas de la capital, en especial con la técnica de la miniatura. Más tarde se convirtió en pintor del Libertador Simón Bolívar. Espinosa fue uno de los creadores de la iconografía del Libertador, pues no se le conoce influencia inmediata. Inició sus retratos de Bolívar a partir de agosto de 1828, justamente por la época en que tuvieron lugar los trágicos sucesos que dieron fin a los sueños de Bolívar sobre la Gran Colombia. La iconografía del Libertador y los retratos de los demás próceres independentistas, fueron difundidos por medio de litografías impresas en el país por los hermanos Jerónimo y Celestino Martínez, por Gómez y Bultron o por Ayala y Medrano, y en París, por la imprenta Lemercier. El 21 de agosto de 1858, Espinosa recibió el título que le asignaba 38 hectáreas de las 50000 fanegadas de tierra destinadas por ley para repartir como recompensa militar entre los excombatientes.

A partir de la década de 1850, y hasta 1870, Espinosa se dio a la tarea de pintar las batallas que definieron la guerra de independencia, para lo cual se basó en sus recuerdos de soldado. La serie, conocida como *Las batallas de Espinosa*, representa las ocho acciones guerreras en que el artista tomó parte cuando era abanderado de Antonio Nariño: *Batalla del Alto Palacé* (ca. 1850), *Batalla de Calibío* (ca. 1850), *Batalla de Juanambú* (ca. 1850), *Batalla de Tacines* (ca. 1850), *Batalla de los Ejidos de Pasto* (ca. 1850), *Acción del Llano de Santa Lucía* (ca. 1850), *Batalla del río Palo* (ca. 1850) y *Batalla de la cuchilla del Tambo* (ca. 1860) [ver tomo 1, pp. 263, 264, 268, 274 y tomo 7, pp. 185 y 187]. Sin embargo, y a pesar de no haber sido testigo presencial, Espinosa también representó las batallas de *Boyacá* (ca. 1840) y la *Acción del Castillo de Maracaibo* (ca. 1840), definitivas para la victoria de los patriotas. Al situar cada acción en la geografía precisa de la región en que tuvo lugar, y al incluir detalles de tipo costumbrista en cada uno de los cuadros, Espinosa no sólo elaboró piezas de gran hermosura en la historia del arte nacional, sino que aportó a la historia testimonios de valor documental. El tratamiento del paisaje en estos cuadros históricos indica la influencia de pintores viajeros del siglo XIX, particularmente del barón Antonio Gross, Albert Berg y Frederich Edwin Church.



José María Espinosa Prieto. Oleo de Felipe Santiago Gutiérrez. Museo Nacional, Bogotá.

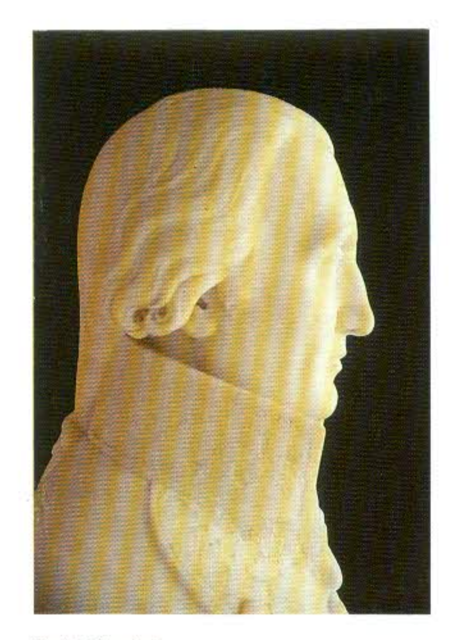
Espinosa fue autor de varios editoriales del *Diario de Cundinamarca*, publicación que más tarde fue excomulgada por la Iglesia. Actuando como cronista, relató al escritor José Caicedo Rojas detalles de su vida y pormenores de las batallas en que participó; el resultado de este trabajo se condensó en un libro que apareció por vez primera en 1876, bajo el título de *Memorias de un abanderado*. Estos recuerdos le valieron los títulos de "Memoria de la patria" y "el Abanderado de Nariño". Una de las características más sobresalientes de Espinosa como pintor fue la realización de autorretratos hechos en diversas etapas de su vida. Aparte de Gregorio Vásquez Ceballos, el famoso maestro de la Colonia, no se sabe de ningún otro pintor colonial o republicano que haya practicado el autorretato. Como caricaturista, Espinosa pintó en aguada y a la acuarela a los personajes de su época y a los habitantes de las calles santafereñas. Su notable talento como dibujante, su línea variada y de gran sensibilidad, su aguda mirada sobre los acontecimientos de su tiempo, su indudable sentido del humor y la ironía, le facilitaron la práctica de la caricatura política y social, géneros en que realizó numerosas obras, la mayoría de las cuales son actualmente propiedad de la Biblioteca y del Museo Nacional de Colombia. De las 520 obras de José María Espinosa inventariadas hasta la fecha, el Museo Nacional de Colombia posee alrededor de 168, entre pinturas, dibujos, miniaturas y grabados. Las demás se hallan dispersas entre la Casa Museo 20 de Julio, el Museo del Fondo Cultural Cafetero, la Quinta de Bolívar, el Palacio Presidencial y el Palacio Episcopal de Bogotá; el Palacio Presidencial y la Fun-

dación Boulton de Caracas; y numerosas colecciones particulares. [*Ver tomo 6, Arte, pp. 95-96, 103, 108 y 109*].

MARTHA SEGURA

Bibliografía

ESPINOSA, JOSÉ MARÍA. *Memorias de un abanderado. Recuerdos de la Patria Boba, 1810-1819*. Bogotá, Banco Popular, 1969. Reed.: Academia Colombiana de Historia, Bogotá, Plaza y Janés, 1983. GARCÍA SAMUDIO, NICOLÁS. *Don José María Espinosa*. Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. 3ª ed. Bogotá, Minerva, 1935. GÓMEZ HURTADO, ALVARO. *Gloria, arte y humor en José María Espinosa*. Bogotá, Banco Cafetero, 1968. GÓMEZ RESTREPO, ANTONIO. "El abanderado de don Antonio Nariño". *Revista de las Indias*, Nº 4 (diciembre 1939). ORTEGA RICAURTE, CARMEN. *Dibujantes y grabadores del Papel Periódico Ilustrado y Colombia Ilustrada*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1973.



José de Ezpeleta.
Mármol de Prieto Tenerani.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

EZPELETA, JOSÉ DE

Virrey del Nuevo Reino de Granada, nacido en Pamplona (1741-1823). General, gobernador de Cuba entre 1785 y 1789, mariscal de campo y de la Orden de San Juan de Malta, amante de las letras y las artes, José de Ezpeleta y Beire de Galdeano se posesionó como virrey del Nuevo Reino de Granada en agosto de 1789. En su relación de mando habló de la necesidad de fomentar la agricultura, de proteger las mieles suprimiendo la importación de aguardiente, de la libre exportación, de la rebaja de aranceles y fue el primero que envió a España tributos por 400 000 pesos. Estableció la navegación por el río Atrato para importar y exportar; ejecutó el puente de cal y canto sobre el río Funza o Bogotá, realizado por el ingeniero Domingo Esquiaqui y denominado Puente de El Común; pavimentó la Calle Real con losas; organizó un hospicio donde se daba albergue, trabajo y enseñanza de oficios e industria para formar maestros, y, como no había recursos, él mismo pidió limosna de puerta en puerta; al concluir la obra, montó maquinaria para desmotar, hilar y tejer algodón. En Cartagena, comenzó la canalización del Canal del Dique; terminó los trabajos de fortificación de las murallas de la ciudad, construyendo veintidós bóvedas, y de Boca Grande; reforzó la artillería de los fuertes. En su relación de mando, Ezpeleta insistía en la necesidad de abrir la ruta del Carare (vía importante por el río Opón); se quejaba de que a pesar de que el Consulado de Cartagena tenía orden de realizar los trabajos, hacían intentos sin resultados visibles, pues sólo estaba abierto hasta Vélez. El virrey realzaba la importancia de esta vía, comentando que evitaba los peligros del tránsito por el Magdalena, y reducía el tiempo de transporte de las importaciones que venían de Europa, y de las exportaciones de azúcar y dulces de Vélez, harinas de Leiva, y manufacturas y algodones del Socorro y San Gil. En el campo de la educación y la cultura, el virrey Ezpeleta fundó escuelas para primaria en Santafé y en algunos pueblos; apoyó la Expedición Botánica; y protegió y estimuló el nacimiento del periodismo bajo la dirección del cubano Manuel del Socorro Rodríguez, quien vino con el virrey y fundó el *Papel periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*. El primer número del *Papel periódico* salió el 9 de febrero de 1791, editado en la imprenta dirigida por Antonio Espinosa de los Monteros, con ocho páginas, y circuló hasta el número 270, semanalmente. También bajo la administración de Ezpeleta, Joaquín Durán Díaz publicó la *Guía de forasteros del Nuevo Reino de Granada*, libro de 104 páginas. Ezpeleta fundó el teatro en Santafé con la construcción, emprendida por Tomás Ramírez bajo la dirección del ingeniero Esquiaqui, del local para 1200 espectadores que se llamó el Coliseo (hoy teatro Colón), y se estrenó con la comedia *El monstruo de los jardines*, de Pedro Calderón de la Barca. El jefe de la banda militar del virrey, bajo su auspicio, formó una orquesta con dos violines, dos trompas, dos clarinetes, dos flautas y un bajo. Bajo su administración se establecieron varios círculos literarios, como la tertulia Eutropélica, organizada por Manuel del Socorro Rodríguez, quien había sido nombrado bibliotecario, y publicaba las producciones, en verso y en prosa, en el *Papel Periódico*. También el círculo literario El Buen Gusto tuvo una vida prolífica entonces. En este culto ambiente surgió Antonio Nariño, quien había sido nombrado por el virrey Francisco Antonio Gil y Lemos como tesorero de diezmos. El virrey Ezpeleta no sólo confirmó a Nariño en este cargo, a pesar de la oposición del cabildo eclesiástico, sino que, bajo su administración, Nariño fue alcalde ordinario de Santafé. Sin embargo, como Nariño se entregó a fomentar entre el pueblo, por medio de una publicación que hizo en la imprenta del gobierno, el conocimiento de los Derechos del Hombre, y más tarde hizo circular otras publicaciones y pasquines manuscritos, en los que se burlaba del alto gobierno español, se desató en su contra un movimiento de recelo gubernamental, que llevó a la Audiencia a informar al virrey Ezpeleta, mandando un posta hasta Guaduas, sobre lo que pasaba. El virrey vino a Santafé y ordenó que se abrieran tres procesos contra Nariño: uno por la impresión de los Derechos del Hombre, otro por los pasquines, y el último por sedición. El virrey Ezpeleta terminó su gobierno en diciembre de 1796. De regreso a España fue nombrado, en 1798, virrey de Cataluña. Aprisionado por los franceses en 1809, no volvió a España hasta 1815. El rey Fernando VII lo nombró capitán general de Navarra y le concedió el título de Conde [*Ver tomo 1, Historia, pp. 158-159*].

DIANA LUZ CEBALLOS GÓMEZ

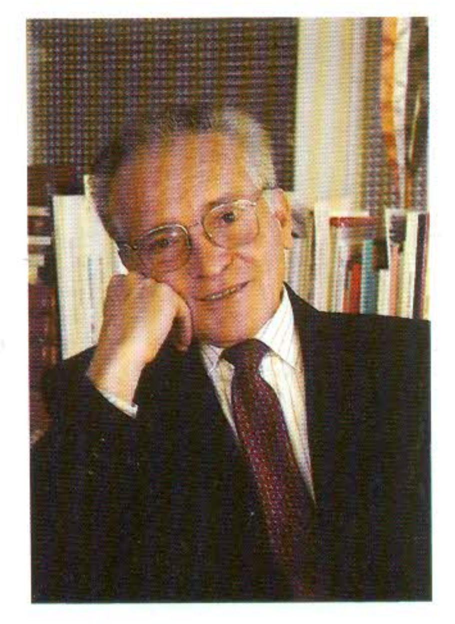
Bibliografía

COLMENARES, GERMÁN(Comp.). "Relación de gobierno del Excmo. Sr. Dn. Josef de Ezpeleta". En: *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, tomo II. Bogotá, Banco Popular, 1989. RESTREPO SÁENZ, JOSÉ MARÍA. *Biografías de los mandatarios y ministros de la Real Audiencia (1671 a 1819)*. Bogotá, Academia de Historia, 1952.



FALS BORDA, ORLANDO

Sociólogo barranquillero, nacido el 11 de julio de 1925. En la figura de Orlando Fals Borda se proyecta la imagen de una generación que buscó asimilar los cambios que se operaban en Colombia durante la segunda mitad del presente siglo, mediante la integración del conocimiento y la acción política. Fals cursó sus estudios secundarios en Barranquilla, y luego viajó a Estados Unidos y estudió literatura inglesa e historia, en la Universidad de Dubuque, donde se graduó en 1947. Posteriormente hizo el magister en sociología en la Universidad de Minnesota, estudios que culminó en 1953, y el doctorado en Sociología Latinoamericana en la Universidad de Florida, en 1955. De esta época datan sus libros *Campesinos de los Andes* (1955) y *El hombre y la tierra en Boyacá* (1957), trabajos originalmente presentados para obtener la maestría y el doctorado, respectivamente. En estas obras, Fals Borda buscó comprender al campesinado, los cambios que se estaban operando en la sociedad rural y la capacidad de respuesta de la élite dirigente a los retos que ofrecía una sociedad en transición. Tales inquietudes se desarrollaron en Latinoamérica cuando el problema de la reforma agraria suscitaba candentes debates entre intelectuales y políticos. Dos años después de terminar sus estudios de postgrado, Fals Borda se vinculó como consultor a la Organización de Estados Americanos (OEA) en Brasil. Luego regresó al país a desempeñar el cargo de director general del Ministerio de Agricultura, entre 1959 y 1961, y decano de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia entre 1959 y 1967. Fundador de esta nueva facultad, el reto consistía, en palabras del propio Fals, en «crear una escuela de sociología sembrada en las realidades colombianas, mediante la observación y la catalogación metódica de los hechos sociales locales, aunque sin perder de vista la dimensión universal de la ciencia». Esta preocupación se expresa en la polémica y muy difundida obra *La violencia en Colombia* (1962), de la cual fue coautor, junto



Orlando Fals Borda.
Fotografía de Ernesto Monsalve.

con monseñor Germán Guzmán y Eduardo Umaña Luna. Con ella, los autores buscaron encarar el trauma que significó la Violencia en la vida nacional. A lo largo de la década del sesenta, la preocupación de Fals Borda por el cambio social se intensificó, y se plasmó en varias obras relacionadas con el tema de la subversión, en las cuales analiza los movimientos populares y la capacidad del Estado colombiano para asimilar los conflictos y las demandas de cambio. Fals desarrolló esta temática paralelamente con la discusión sobre la «sociología comprometida», en una época de auge de los movimientos campesinos, sindicales y estudiantiles, y de vinculación de varios intelectuales con la revolución y el surgimiento de las guerrillas colombianas. En la década del setenta, su interés por articular el conocimiento de la sociedad con la práctica política, lo llevó a aplicar el método de «investigación activa» (estudio-acción) preconizado por la Fundación La Rosca, de la cual era director (1970-1975). Este método se utilizó para preparar el libro *Historia de la cuestión agraria en Colombia* (1975), obra cuyo diseño, datos y análisis fueron discutidos con campesinos e intelectuales de diversas regiones del país. Su trabajo en esta época, en la que entró en contacto directo con las organizaciones campesinas de Córdoba y participó en las tomas de tierras que ellas adelantaron, preparó el terreno para el diseño de lo que llamó Investigación Acción Participativa (IAP) y para la redacción de su *Historia doble de la Costa* (1979-1986). Tanto el IAP, como este libro, reflejan el interés de Fals por desarrollar un método de investigación de la realidad social que, a un tiempo, sirviera para transformarla. A la vez, su obra sobre la Costa Atlántica le permitió formular una teoría de la regionalidad, que se tradujo en una propuesta de reorganización territorial con provincias de naturaleza socio-económica. Pero su propuesta de reordenamiento territorial, que pudo debatir como delegatario a la Asamblea Nacional Constituyente en 1991, tuvo que pasar primero, junto con el autor, por una fase que bordeaba con la ilegalidad y la subversión. En efecto, al principiar la década del ochenta, cuando el gobierno enfrentó el descontento social mediante el uso sistemático de la represión, Orlando Fals y su esposa, María Cristina Salazar, fueron detenidos por su supuesta vinculación con el Movimiento 19 de Abril, M-19. Se le acusaba de ser ideólogo de este grupo, del cual nunca fue miembro formal y sólo sí, un simpatizante. Posteriormente, cuando en 1990 el grupo guerrillero se transformó en la Alianza Democrática M-19 y salió de la ilegalidad, Fals fue elegido en su representación para preparar la nueva Constitución que se aprobó en 1991. En la actualidad, Orlando Fals Borda es presidente de la Alianza Democrática y, desde 1992, secretario general de la Comisión de Ordenamiento Territorial.

MARTA HERRERA ANGEL

Bibliografía

CATAÑO, GONZALO *et al*. *Ciencia y compromiso. En torno a la obra de Orlando Fals Borda*. Bogotá, Asociación Colombiana de Sociología, 1987. FALS BORDA, ORLANDO. *Historia doble de la Costa*, 4 Vols. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979-1986.

Federmán, Nicolás de

Conquistador alemán (Ulm, antiguo reino de Würtemberg, ca. 1501 - muerto posiblemente en España, ca. 1542). Nicolás de Federmán (o Federmann, Féderman o Frederman) era alto, robusto y ágil, y lo apodaban "Barba Roja". Realizó expediciones de conquista auspiciadas por comerciantes y banqueros de Augsburgo: los Welser. A su servicio, Federmán fue enviado primero como factor a Sevilla y después vino a América, para ayudar al gobernador de Venezuela Ambrosio Alfinger. El 22 de octubre de 1529 salió de Sanlúcar de Barrameda, y llegó a Venezuela en enero de 1530. Nombrado teniente de gobernador, capitán general y alcalde mayor de Coro, Federmán salió con su primera expedición, el 12 de septiembre de 1530. Recorrió desde Coro hacia el occidente, por los actuales Barquisimeto, Araure, El Baúl y San Felipe; pero acusado de haber realizado la expedición sin autorización, fue condenado al destierro de las Indias durante cuatro años. Viajó a España y en agosto de 1532 pasó a Augsburgo, en Alemania, donde escribió una narración de su primer viaje a América, titulada *Indianische Historia* (*Historia indiana*), publicada por su cuñado en 1557, donde intentó describir yacimientos auríferos. En 1532 Federmán volvió a firmar contrato con los Welser, y en julio de 1534 fue nombrado, por real cédula de Carlos V, para suceder a Ambrosio Alfinger como gobernador de la provincia de Venezuela y el Cabo de la Vela. No obstante, al año siguiente, sin posesionarse aún, fue sustituido por Jorge Spira (o Espira). Federmán y Spira prepararon juntos la expedición, y llegaron a Venezuela en febrero de 1535. En Coro decidieron separarse y organizaron dos grandes expediciones. Federmán siguió hacia el Cabo de la Vela, como teniente de gobernador de Spira, pasando por Maracaibo, pero se devolvió y llegó a los llanos del Casanare, tratando de evadir el invierno. En 1536, probablemente cerca a la desembocadura del río de la Hacha, fundó una población llamada Nuestra Señora de las Nieves. En los intervalos de buen tiempo, Federmán cazaba indios hasta en la región de Paraguachoa, para usarlos como cargueros. Cerca de Coro había recogido otros, aproximadamente quinientos, a quienes había llevado amarrados al Cabo de la Vela. Esto le valió ser acusado en Santo Domingo, en 1540. En la defensa, Pedro de Limpias confirmó los cargos, lo que no fue óbice para que lo declararan inocente, y que más bien resume, según José Ignacio Avellaneda Navas, la cruda realidad de la época sintetizada en los siguientes argumentos de la defensa: «a) Declara que para poder ir Féderman en seguimiento del gobernador Espira, necesitaba de indios que le sirviesen a él lo mismo que a los soldados; b) que por esta razón Féderman lo envió a que los recogiera donde los encontrara; c) que éstos eran indispensables para "que les lleven e ayuden a llevar los mantenimientos e otras cosas necesarias para las entradas"; d) que "se usa e acostumbran llevar los dichos indios acollarados e aprisionados a lo menos hasta sacallos de sus tierras, porque si de otra manera los llevasen, se huirían e se quedarían los cristianos sin servicio"; e) que "ni herró, ni vendió, ni hizo esclavo alguno de los dichos indios, ni era parte de podello hacer [...]"; f) que "ni ha hecho ni consentido hacer mal tratamiento a los indios; antes siempre los ha amparado e defendido e les ha hecho e mandado hacer muy buenos tratamientos"». Aunque ya había sido declarada herética la proposición de que los indios no tenían alma y eran incapaces (1537), aún no se habían promulgado las Leyes Nuevas que los protegían (1542).

Federmán prosiguió, entonces, al alto Meta y se ubicó en Nuestra Señora de Fragua para herrar los caballos, reorganizar herramientas y descansar. Llegó hasta el páramo de Sumapaz, bajó siguiendo el río Fusagasugá y arribó a Pasca y luego a Bosa, donde se encontró con enviados de Gonzalo Jiménez de Quesada, quien se había enterado de su llegada. El encuentro fue amistoso y animado por trompetas y tambores, que lo hicieron solemne. Pactaron por diez mil pesos en oro y convinieron en que los soldados que llegaran de Venezuela, tendrían iguales derechos a los del Nuevo Reino. Federmán no quiso aliarse con Sebastián Belalcázar para despojar a Quesada de los territorios conquistados. Hubo desencuentros entre los tres conquistadores, pero pactaron la paz y llegaron en febrero de 1539 a Santafé, en medio del contento de las gentes a su mando, que coincidían más o menos en número y en sacerdotes, aunque no en sus atuendos: las de Belalcázar se ataviaban con seda y grana, las de Federmán usaban pieles, y las de Quesada lucían telas indígenas y mantas. En ese mismo año partieron los tres hacia España; tardaron treinta días en alcanzar la ciudad de Cartagena y llegaron a San Lúcar de Barrameda en julio. Los conflictos religiosos en Europa y la reforma luterana en Alemania hicieron que se prohibiera la entrada de naturales de aquel país a las Indias sin licencia, lo que impidió que Federmán recibiera algún nombramiento. Al parecer, Federmán falleció en Valladolid, España. Según algunas fuentes, al llegar a Europa Federmán se dirigió hacia Gante, donde se encontraba Bartolomé Welser, y como el informe de su gestión no satisfizo a sus jefes, fue encarcelado. En 1541 se le permitió trasladarse a Madrid para defenderse ante el Consejo de Indias, pero murió antes de conseguir su libertad [*Ver tomo 1, Historia, pp. 90, 100-101*].



Nicolás de Federmán.

DIANA LUZ CEBALLOS

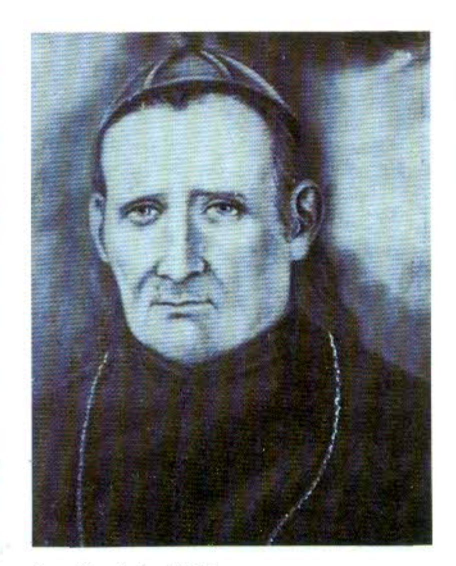
Bibliografía

AVELLANEDA NAVAS, JOSÉ IGNACIO. *Los compañeros de Federmán, cofundadores de Santafé de Bogotá*. Bogotá, Tercer Mundo, 1990. FEDERMÁN, NICOLÁS DE. *Historia indiana*. Traducción directa del alemán de Juan Friede. Madrid, Aro, 1958. FRIEDE, JUAN. *Vida y viajes de Nicolás de Federmán*. Bogotá, Bucholz, 1960. LEMAITRE, EDUARDO. *Breve historia de Cartagena, 1501-1901*. Bogotá, Banco de la República, 1979.

Fernandez de Sotomayor, Juan

Eclesiástico patriota nacido en Cartagena de Indias, el 2 de noviembre de 1777, muerto en la misma ciudad, el

19 de marzo de 1849. Conocido en la historia de Colombia como el "Cura de Mompós", el más revolucionario de la Costa Atlántica en la época de la Independencia, monseñor Juan Fernández de Sotomayor es el autor del *Catecismo o Instrucción popular*, que sintetiza la teoría de la independencia de América. Perseguido por la Inquisición de Cartagena y por el Régimen del Terror, representa el pensamiento y la acción del clero patriota de la provincia neogranadina en la Independencia. Hijo de Marcos Fernández de Sotomayor y María Anselma Picón, aprendió sus primeras letras bajo la dirección del padre Anselmo José de Traga, en el colegio Seminario de San Carlos de Cartagena. Culminó sus estudios secundarios en el Colegio de San Bartolomé en Santafé de Bogotá, y los universitarios, en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Estudió derecho civil y canónico, teología, dogmática y moral, bajo la dirección de sus profesores Camilo Torres, Tomás Tenorio y el presbítero Fernando Caicedo y Flórez, entre otros. El obispo Jerónimo Gómez de Liñán lo ordenó sacerdote en Cartagena de Indias, el 16 de enero de 1801. Fue nombrado profesor de Jurisprudencia civil y canónica en el Seminario de Cartagena y cura párroco de Trirana entre los años 1802 y 1804. En 1804 fue designado cura párroco de Mompós, curato que desempeñó hasta 1815, adelantando siempre una intensa actividad social y patriótica. En una de sus actividades revolucionarias, en la noche del 5 de agosto de 1810, monseñor Fernández alertó desde el templo al pueblo de Mompós contra el gobierno español. Los momposinos exigieron, entonces, la remoción de los cabildantes realistas y aclamaron a los criollos patriotas José María Salazar y José María Gutiérrez, rector del Real Colegio Universitario de San Pedro Apóstol de Mompós. Así, con el "Grito de Mompós", Fernández de Sotomayor hizo lo que un mes después haría en México el cura Miguel Hidalgo, el 16 de septiembre de 1810, con el llamado "Grito de Dolores". El 6 de agosto de 1810 el Cabildo de Mompós se adhirió a la Junta Suprema de Santafé, declaró la independencia del Consejo de Regencia y proclamó su independencia absoluta de España y de cualquiera otra dominación extranjera (es importante recordar que Mompós fue el primer pueblo de Colombia que declaró su independencia absoluta). En representación de Mompós, "la Ciudad valerosa", Fernández de Sotomayor fue diputado por el Estado de Cartagena al Congreso General de la Unión en el año 1814. El cura patriota y revolucionario se manifestó en su pensamiento y acción cuando publicó en Cartagena de Indias el *Catecismo o Instrucción popular*, en 1814. Este catecismo revolucionario, que fue perseguido por la Inquisición de Cartagena, refuta los derechos o títulos de España sobre América, siguiendo las tesis del padre Francisco de Vitoria; critica la conquista hispánica en América, pues ella es el derecho que da la fuerza contra el débil; considera que la propagación del cristianismo no da tampoco el derecho a los españoles para su dominio sobre los pueblos americanos y, en síntesis, justifica la independencia y los derechos humanos:



Juan Fernández de Sotomayor.

«P. ¿De quién dependía la América antes de la revolución de España?

«R. De sus reyes.

«P. ¿Esta sumisión o dependencia tenía algún fundamento o justicia?

«R. Ninguna tuvo en principio.

«P. ¿Qué títulos se han alegado para mantener esta dependencia?

«R. Tres, a saber: la donación del Papa, la conquista y la propagación de la religión cristiana.

«P. ¿La donación del Papa no ha sido un título legítimo?

«R. No, porque el vicario de Jesucristo no puede dar ni ceder lo que no ha sido jamás suyo, mucho menos en calidad de Papa o sucesor de S. Pedro que no tiene autoridad ni dominio temporal, y el imperio que le fue confiado al mismo S. Pedro y que ha pasado a sus legítimos sucesores ha sido puramente espiritual, como se evidencia por las mismas palabras que contienen la plenitud del poder apostólico».

Este *Catecismo o Instrucción popular* fue muy perseguido en el Régimen del Terror, por lo cual el padre Fernández de Sotomayor tuvo que ocultarse en Jamaica, y su curato de Mompós fue asignado al padre Gervasio del Toro, recomendado por el Pacificador Pablo Morillo. El padre Fernández de Sotomayor fue declarado por el obispo de Cartagena «reo de alta traición, perturbador de la tranquilidad pública, trastornador del orden, enemigo declarado de nuestro legítimo soberano el señor don Fernando VII; y como tal se le desafuera, para que la autoridad real y ordinaria lo castigue, según mandan las leyes, si llega a aprehenderlo». El obispo de Cartagena le aplicó la pena de excomunión y sus escritos fueron quemados públicamente; entre ellos, su *Catecismo o Instrucción popular*, su "Sermón que en la solemne festividad del 20 de julio, aniversario de la libertad de la Nueva Granada, predicó en la Santa Iglesia Metropolitana de Santafé", publicado en 1815 en la Imprenta de Espinosa, y otros folletos sobre la libertad que escribió en el año 1815. Estos documentos se convirtieron en escritos subversivos y perseguidos en el Régimen del Terror, como también su autor. Cuando culminó la guerra de independencia, con el triunfo patriota, el padre Juan Fernández de Sotomayor fue restituido a su curato de Mompós, el cual ejerció de nuevo entre el 1 de agosto de 1821 hasta el 6 de diciembre de 1822. Representó a Mompós en la Asamblea provincial y en ella fue nombrado representante al Congreso en el año 1823, curul que regentó hasta 1826. El 19 de diciembre de 1825 fue nombrado rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Bogotá. Este mismo año participó en la Sociedad Bíblica de Colombia, a través de la cual se difundió el estudio de la Biblia y, a la vez, la penetración de la masonería en Colombia. Numerosos políticos y clérigos entraron a las primeras logias masónicas; sin embargo, cuando conocieron su filosofía libertaria, protestante y masónica, algunos como el padre Fernández de Sotomayor se retiraron de inmediato. En su actividad eclesiástica en Bogotá, fue nombrado canónigo doctoral en la Catedral Me-

tropolitana en el año 1825; posteriormente, el 13 de julio de 1829 fue nombrado provisor y vicario general del Arzobispado, por el arzobispo Fernando Caicedo y Flórez. Este eclesiástico cartagenero representa la acción del clero patriota republicano en los orígenes y consolidación de Colombia, con representación política en el Congreso Nacional y eclesiástica en la Arquidiócesis de Bogotá. En 1828 el padre Fernández representó a Cartagena en la Convención de Ocaña y posteriormente en la Convención Granadina de 1832. El Congreso de la Nueva Granada lo eligió vicario apostólico de Cartagena en 1832; dos años después, en 1834, el Congreso Nacional lo eligió obispo de Cartagena, su ciudad natal. El nombramiento fue confirmado por la Santa Sede en el consistorio del 19 de diciembre de 1834. En la Diócesis de Cartagena de Indias, el obispo Juan Fernández de Sotomayor realizó una importante labor: abrió los estudios eclesiásticos en el Seminario Conciliar; realizó sus visitas pastorales en cada una de las parroquias de su jurisdicción; se interesó por la organización de las cofradías parroquiales, por la erección de algunas capillas y por la reparación de los templos. En la misma forma, se preocupó por el fomento de las escuelas primarias, por la construcción de cementerios y por la educación patriótica, democrática, republicana y cívica de las nuevas generaciones granadinas. Gobernó la Diócesis de Cartagena de Indias hasta su muerte. Siempre será recordado por su fecunda obra clerical y patriota. [*Ver tomo 1, Historia, pp. 246-247, 254; y tomo 7, Instituciones, p. 212*].

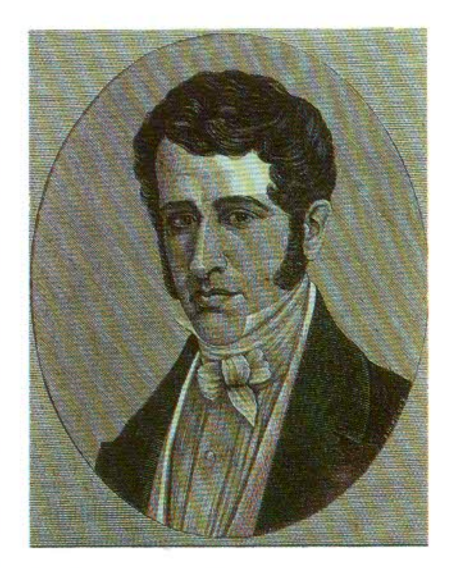
JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

MARTÍNEZ REYES, GABRIEL. *Cartas de los obispos de Cartagena de Indias durante el período hispánico, 1534-1820*. Medellín, Academia Colombiana de Historia Eclesiástica, 1986. TISNÉS J., ROBERTO MARÍA. "El Clero y la Independencia". En: *Historia Eclesiástica. Historia Extensa de Colombia*, Vol. XIII, tomo 4. Academia Colombiana de Historia. Bogotá, Lerner, 1971. TOSCANO ARTEAGA, LUIS E. "Un párroco ilustre". *El Espectador*, edición de la Costa, diciembre 22 de 1879.

FERNÁNDEZ MADRID, JOSÉ

Estadista, presidente de la Primera República granadina, escritor, científico y diplomático nacido en Cartagena, el 19 de febrero de 1789, muerto en Barres, cerca de Londres, Inglaterra, el 28 de junio de 1830. José Luis Alvaro Alvino Fernández Madrid ocupó la Presidencia de la República en el primer triunvirato que gobernó las Provincias Unidas en 1814-1815; y después en 1816, cuando ante la renuncia del presidente Camilo Torres fue nombrado su sucesor, con el encargo de negociar con el pacificador Pablo Morillo y capitular ante el régimen español de la reconquista. Era hijo del español Pedro Fernández de Madrid, intendente subdelegado del ejército español, y de doña Gabriela Fernández de Castro, viuda de su primo José Antonio Díaz Granados. Hizo sus primeros estudios en Cartagena, y cuando su familia se trasladó a Santafé de Bogotá, pues don Pedro había sido nombrado superintendente de la Real Casa de Moneda, los continuó en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Inicialmente culminó los cursos de Humanidades y obtuvo el grado de doctor en Derecho Canónico; posteriormente cursó los estudios de Medicina, en cuya facultad también alcanzó el doctorado, antes de cumplir los 20 años. En 1803 murió su padre. Durante los primeros años del siglo XIX Fernández Madrid se destacó por su afición a las letras, participó en la tertulia literaria del Buen Gusto y publicó sus primeras poesías en el periódico de Manuel del Socorro Rodríguez, *El Alternativo del Redactor Americano*. El sabio Francisco José de Caldas publicó su poesía



José Fernández Madrid.
Grabado de Antonio Rodríguez,
"Colombia Ilustrada", Nº 1, abril 2 de 1889.

"Oda a la noche" en *El Semanario del Nuevo Reino de Granada*. En 1810 fundó, con el prócer Manuel Rodríguez Torices, el periódico *El Argos Americano*, semanario que sostuvieron hasta 1812 y luego reanudaron en Tunja en 1813 y en Santafé en 1815 y 1816. Humanista, médico y abogado, su primer empleo oficial fue el de síndico procurador general de la Provincia de Cartagena. Allí participó en el movimiento revolucionario de 1810, y en 1811 fue nombrado representante de su ciudad natal ante la Convención del Estado de Cartagena de Indias. En 1812 fue comisionado por su provincia en el Congreso de las Provincias Unidas del Nuevo Reino de Granada, reunido en Villa de Leiva; Fernández Madrid se destacó por sus conocimientos y fácil oratoria, lo mismo que por su espíritu conciliador en las luchas entre federalistas y centralistas. Paralelamente, Fernández Madrid fue un fecundo escritor; entre sus libros de versos destacamos *Poesías*, *Rosas*, *Elegías nacionales peruanas y A la restauración de la Constitución Española*. También se distinguió como dramaturgo, a través de sus obras *Atala* y *Guatimoc*. "A los Libertadores", "A la muerte del coronel Atanasio Girardot", "Canción nacional", "Himno a Bolívar" y "Mi bandera", son algunas de sus más célebres poesías. En la historia de las letras colombianas, a Fernández Madrid se le considera como uno de los fundadores del teatro nacional. Su formación humanística, literaria y política le dio una buena imagen a nivel popular; por ello fue designado en 1814 como miembro del triunvirato, conformado con Joaquín Camacho y José María del Castillo y Rada, que gobernó interinamente desde el 5 de octubre de 1814 hasta el 28 de marzo de 1815, cuando se posesionó Custodio García Rovira. El 14 de marzo de 1816, cuando Camilo Torres renunció, el Congreso de las Provincias Unidas lo nombró nuevo presidente. Acosado por el régimen del terror, Fernández Madrid marchó al sur con unos pocos leales al gobierno patriota, y el 22 de junio de 1816 renunció en Popayán a la Presidencia de las Provincias Unidas. En su reemplazo, el Congreso nombró presidente al general Custodio García Rovira, y vicepresidente al coronel Liborio Mejía. Perseguido por los realistas, Fernández Madrid fue hecho prisionero en Chaparral, cuando buscaba las tierras de los indios andaquíes. Imploró el perdón

para sus actividades patriotas y protestó adhesión a la causa del rey de España, debilidad que no le fue perdonada por sus compatriotas. Camino a España a donde iba deportado con partida de registro, se quedó en La Habana, donde se dedicó al ejercicio de la medicina y las letras. Fernández Madrid publicó en Cuba numerosas obras literarias y científicas y reunió sus cantos en un tomo titulado *Poesías del ciudadano doctor José Fernández Madrid*. En 1825 regresó a Colombia; sin embargo, su llegada fue desagradable, pues muchos de sus amigos se convirtieron en profundos enemigos; le reprochaban no haber sido un patriota integral en defensa del pueblo granadino. El gobierno del vicepresidente Francisco de Paula Santander lo nombró agente confidencial de Colombia en Francia, en 1826. Un año después, el gobierno colombiano lo nombró en Londres enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, en reemplazo de Manuel José Hurtado. En Inglaterra firmó un importante tratado de navegación y comercio. Estando en servicio diplomático en Inglaterra murió, el 28 de junio de 1830.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Fernández Madrid, el científico y el escritor

Recién graduado del Colegio Mayor del Rosario, José Fernández Madrid ganó un concurso promovido por el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* con el artículo "Memorias sobre la naturaleza, causas y curación del coto", publicado con grandes elogios del sabio Francisco José de Caldas en 1810. Con esta publicación, Fernández Madrid entró por la puerta grande al reducido grupo de científicos de su época. Más adelante, redactó con Manuel Rodríguez Torices el periódico titulado *El Argos Americano*, editado primero en Cartagena, luego en Tunja y Santafé de Bogotá, y finalmente en La Habana, en asocio con el argentino Miralla, donde llegó a ser uno de los dos periódicos políticos más importantes de la época. Durante sus nueve años de permanencia en Cuba, dedicados a escribir y a ejercer la medicina, beneficiando a las gentes menesterosas y a los africanos que llegaban enfermos en los barcos negreros, publicó varios artículos científicos como "Memoria sobre el influjo de los climas cálidos y principalmente de La Habana, en la estación del calor", que le valió el nombramiento en 1824 de socio de mérito de la Sociedad Económica; "Memoria sobre la disentería en general" y "Memoria sobre el comercio, cultivo y elaboración del tabaco en la Isla de Cuba". Estas publicaciones le merecieron el respeto de toda la comunidad médica y científica de la isla. Por otra parte, allí vieron la luz varias de sus poesías más importantes, traducciones y dos obras de teatro, las tragedias *Guatimoc* o *Guatimocín* y *Atala*, expresiones del romanticismo reciente y precursoras del teatro nacional. Fernández Madrid fue uno de los poetas más populares de su tiempo. Su obra poética se divide básicamente en dos corrientes: una histórica, formada por odas y elegías que cantan las hazañas de los héroes de la Independencia; y otra hogareña, compuesta por temas cotidianos como el amor, la familia y cierto costumbrismo. Durante la época en que fue integrante de la tertulia del Buen Gusto, se le apodó "el Sensible" [*Ver tomo 1, Historia, pp. 267 y 274-275; tomo 4, Literatura, pp. 67-68; y tomo 5, Cultura, pp. 265-266*].

SANTIAGO SAMPER

Bibliografía

HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO. *Cinco figuras médicas colombianas*. Bogotá, Laboratorios Undra, 1973. MARTÍNEZ SILVA, CARLOS. "Biografía de don José Fernández Madrid". En: *Obras completas*, tomo IV. Edición, Luis Martínez Delgado. Bogotá, Imprenta Nacional, 1935.

FERNÁNDEZ MADRID, PEDRO



Pedro Fernández Madrid. Oleo de Delio Ramírez. Ministerio de Relaciones Exteriores, Palacio de San Carlos, Bogotá.

Político, escritor y educador nacido en La Habana, Cuba, el 13 de diciembre de 1817, muerto en Serrezuela (hoy Madrid), Cundinamarca, el 8 de febrero de 1875. Hijo de José Fernández Madrid, quien había sido triunviro y presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, Pedro Fernández Madrid nació mientras su padre cumplía la pena de destierro en La Habana. Allí cursó sus primeros estudios, hasta 1825, cuando su familia logró regresar a Cartagena. En 1826 viajó a Europa con su padre, quien había sido nombrado primero agente confidencial en Francia, y después, en 1827, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Londres. Fernández Madrid recibió allí una sólida educación, con la guía de don Andrés Bello, quien ocupaba el cargo de secretario de la Legación Colombiana en Londres. Al morir su padre en 1830, regresó inicialmente a Cartagena y luego a Bogotá, donde se graduó en 1838 del Colegio Mayor del Rosario. En 1837, siendo aún estudiante, inició su larga carrera de escritor, con un extenso artículo en el cual defendía a su padre, aclaratorio de otro publicado por el general Francisco de Paula Santander. En 1842 publicó *Opúsculo sobre la Instrucción Pública*, que ganó una medalla de oro en un concurso de la Sociedad Filantrópica, y cuyo contenido fue tenido en cuenta en las reformas inmediatas a la educación primaria. En 1843 ingresó a la Secretaría de Relaciones Exteriores; allí permaneció por siete años, ocupando la jefatura de la Sección Primera y otras veces como subsecretario interino, cargo que se negó a desempeñar en propiedad. El paso de Pedro Fernández Madrid por la Secretaría de Relaciones Exteriores fue de suma importancia para el país, ya que sus conocimientos sobre historia, geografía y relaciones internacionales fueron motor de grandes avances en la delimitación de las fronteras del país. De su pluma salieron las instrucciones y notas necesarias para comprobar los derechos de la Nueva Granada sobre la Costa de Mosquitos. En varios escritos titulados "Nuestras costas incultas", Fernández Madrid defendió magistralmente los derechos neogranadinos sobre las costas desde la desembocadura del río Culebras hasta el cabo Gracias a Dios, logrando que Gran Bretaña y Estados

Unidos aceptaran los derechos de la Nueva Granada en litigio con Costa Rica. Sus conceptos, respaldados por artículos, dieron rumbo a cambios en la legislación nacional sobre población e inmigración. Así mismo, en escritos sobre los caminos públicos, mostró las ventajas y la importancia que representaba para el país el fomento de sus vías de comunicación. Las relaciones con la Santa Sede tomaron un nuevo rumbo, y con la asesoría de Fernández Madrid se perfeccionó la solución al problema religioso y eclesiástico con la legislación de 1853. Fernández Madrid también le puso empeño a la delimitación de fronteras con el Brasil, y fue uno de los defensores y propulsores de la Comisión Corográfica y de la expedición de Agustín Codazzi por el país. A partir de 1852 y hasta 1860, Pedro Fernández Madrid fue elegido seguidamente al Congreso. Desde allí luchó por sus ideales relacionados con el mejoramiento de la instrucción primaria, el mejoramiento de las comunicaciones, la delimitación de fronteras, la reforma a la ley electoral y la consolidación de relaciones con la Santa Sede; así mismo, se preocupó por calmar los ánimos exaltados de los políticos colombianos. Fue presidente del Congreso en 1857, año en que también ejerció como presidente del Estado Soberano de Boyacá. Durante toda su vida, su pasión fue educar a las nuevas generaciones. Por muchos años fue catedrático de inglés, literatura, historia y derecho internacional. En 1864 se vio obligado a abandonar toda actividad política y a retirarse a la población de Serrezuela, debido a sus quebrantos de salud. Desde allí continuó asesorando a sus amigos y recibiendo a literatos y políticos para dar su sabio consejo sobre diversos temas. Pedro Fernández Madrid fue elegido miembro de la Academia Nacional de Historia en 1857, y fue uno de los primeros miembros de la Academia Colombiana de la Lengua en 1871.

SANTIAGO SAMPER

Bibliografía

RIVAS, RAIMUNDO. *Escritos de don Pedro Fernández Madrid, publicados con noticias sobre su vida y su época*. Bogotá, 1932.

FIGUEROA, BALTASAR DE VARGAS

Ver: Vargas Figueroa, Baltasar de.

FIGUEROA, GASPAR DE

Pintor colonial, nacido en Mariquita, ca. 1594, muerto en Santafé de Bogotá, el 12 de diciembre de 1658. Hijo del pintor sevillano Baltasar de Figueroa "el Viejo" y de Catalina Saucedo, Gaspar de Figueroa se formó en el taller que fundó su padre en Turmequé, y que luego trasladó a Mariquita. Activo desde 1637, Figueroa se estableció en Santafé en su propio taller; además, ocupó el cargo de alférez de milicias en Santafé de Bogotá. Puede considerársele como el iniciador del género del retrato en la Nueva Granada, el cual ejerció simultánea y conjuntamente con el de los temas religiosos. Una de sus mejores obras es el *Retrato de fray Cristóbal de Torres*, que se encuentra en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá. En él, los elaborados detalles de las joyas del frayle, los herrajes de su escritorio y las incrustaciones del marco del cuadro de la Virgen del Rosario que lo acompaña, contrastan con la sobriedad y elegancia de los hábitos y del cortinaje que sirve de fondo a la escena. Por lo demás, el rostro es muy definido y las manos correctamente ejecutadas. Por disposiciones vigentes en España, el retrato sólo debía hacerse a personas notables; por eso en los primeros años coloniales los únicos retratos que se conocen corresponden a autoridades eclesiásticas. En ocasiones, algunas obras devotas iban acompañadas de la figura de uno o dos donantes, es decir los fieles que habían donado o encargado el cuadro. Este hecho, de gran valor documental, constituye una de las pocas referencias visuales que se conservan sobre las personas que habitaron en nuestros territorios. En algunos cuadros de Figueroa, se encuentran excelentes retratos de este género; por ejemplo, la monja del cuadro de la *Virgen del Rosario* de El Topo en Tunja, el niño del *Nazareno y las tres mujeres* del Museo de Arte Colonial de Bogotá, y la joven del *Martirio de Santa Ursula* de este mismo museo. Los historiadores del arte aún no han realizado un estudio documentado que permita distinguir las características formales de Gaspar y de su hijo Baltasar de Vargas Figueroa, pues al trabajar los dos en un mismo taller, en algunas obras se advierte la intervención de ambos, lo que dificulta y confunde la atribución correspondiente. Como modelos para sus obras, Figueroa utilizó numerosos grabados europeos. Su estilo es sobrio. En sus composiciones se destaca una figura central luminosa, rodeada de otras menores. Maneja mejor que su padre la anatomía, por ejemplo, se esmera en el trabajo de las manos; pero le falta una mayor armonía en la disposición de las figuras. Su color es atenuado, sin mayores contrastes. Casado con Lorenza de Vargas, tuvieron nueve hijos; el más notable de ellos es el pintor conocido como Baltasar de Vargas Figueroa. Entre sus obras firmadas están: *Virgen Niña, San Joaquín y Santa Ana* (1637), en la iglesia de San Diego, Bogotá; *El Regreso de Egipto* (1637), Museo del Seminario; *Virgen del Rosario* (1614), iglesia de El Topo, Tunja; *San José y el Niño* (1644), Capilla del Sagrario, Bogotá; *Las Animas* (1656), que pertenecía a la iglesia parroquial de Usme, pero de la cual se desconoce el paradero actual; *Retrato de Julián Cortázar* (1630) y *Retrato de Fray Cristóbal de Torres* (1643), en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá. Se le atribuyen varias versiones de *La Sagrada Familia, La Virgen de las Nieves, La Virgen con el Niño, El Redentor, La Flagelación, El Ecce Homo, El Nazareno con las santas mujeres, San Cristóbal, San Roque, Santo Domingo, San Juan de Dios, Santa Bárbara, Santa Rita* y retratos de Hernando Arias de Ugarte y de Julián Cortázar. Su obra se encuentra en Bogotá, en el Museo de Arte Colonial, el Museo de El Chicó, el monasterio de La Enseñanza, el Palacio Cardenalicio, la iglesia de San Ignacio, la iglesia de Santa Bárbara, la iglesia de San Diego, el monasterio de las carmelitas, y en colecciones particulares [*Ver tomo 6, Arte, p. 79*].

MARTA FAJARDO DE RUEDA

Bibliografía

GIRALDO JARAMILLO, GABRIEL. *La miniatura, la pintura y el grabado en Colombia*. Bogotá, Colcultura, 1980. HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO. *Teatro del arte colonial*. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1938. HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO. "El alférez Gaspar de Figueroa". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XXV, Nº- 285-286 (1938). MUSEO DE ARTE MODERNO. Bogotá, Benjamín Villegas Editores, 1986. ORTEGA RICAURTE, CARMEN. *Diccionario de artistas en Colombia*. 2ª ed. Bogotá, Plaza y Janés, 1979. PIZANO, ROBERTO y PABLO ARGÁEZ VALENZUELA. "Catálogo de las pinturas de Gaspar de Figueroa". En: *Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos*. París, Camilo Bloch Editor, 1926.

FLÓREZ, JULIO

Poeta boyacense (Chiquinquirá, mayo 22 de 1863 - Usiacurí, Atlántico, febrero 7 de 1923). Julio Flórez fue el séptimo de los diez hijos del médico liberal Policarpo María Flórez, presidente del Estado Soberano de Boyacá en 1871, y de Dolores Roa de Flórez, dama perteneciente al partido conservador colombiano. Educado bajo estricto control religioso en los colegios de Chiquinquirá, nacionalmente conocida como la Villa de los Milagros, y sede de la Orden Dominicana de sacerdotes católicos que administran la fe de los creyentes en el poder sobrenatural de la Virgen del Rosario, llamada la Patrona de Colombia, Julio Flórez recibió el don de la poesía, al igual que sus hermanos, entre los que se destacaron el médico Manuel de Jesús, el abogado Leonidas y el ingeniero Alejandro A. Flórez. A los 7 años escribió sus primeros versos conocidos. Durante 1879 y 1880 continuó sus estudios en el Colegio Oficial de Vélez, donde su padre era rector. En 1881 la familia se trasladó a Bogotá, donde el padre se desempeñó como representante a la Cámara por Boyacá; Julio entró a estudiar literatura en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y Alejandro A. fue a la Escuela Superior de Ingeniería Civil y Militar, donde cinco años más tarde se graduó como ingeniero. Las guerras civiles que azotaban el país desde los comienzos de la república, incidieron directamente en la población colombiana, afectando su estabilidad socio-económica y malogrando las probabilidades de educación. Julio Flórez tuvo que interrumpir sus estudios por esta causa y, dada la condición bohemia de su carácter, nunca retomó la senda académica, no conoció ninguna lengua extranjera y el estudio de los clásicos fue insuficiente como para medirse con algunos de sus contemporáneos que, con mejores oportunidades o mayores intereses culturales, lograron coronar una carrera profesional o, al menos, alcanzar un nivel de educación aceptable para las exigencias capitalinas. En cambio, comenzó a frecuentar los ambientes literarios donde entabló relaciones con personas de gran valor artístico y humano, como el poeta Candelario Obeso, quien no solamente recibió el rechazo general por su raza, sino también por refutar los cánones de vida ordenada impuestos por la Iglesia y la sociedad bogotana.



Julio Flórez.
Fotografía de Arístides Ariza,
"El Gráfico", Nº 630, febrero de 1923.

A partir de 1882 Flórez abandonó la casa paterna y pasó a compartir el hogar (y la excelente biblioteca) de su hermano Leonidas, al lado de sus sobrinos Esther y Leonidas Flórez Alvarez. Pero en 1883 la carrera fulgurante de este hombre público (abogado, cónsul y escritor) fue cortada trágicamente durante los disturbios políticos originados por la pugna de los tres candidatos a la Presidencia de la República (Rafael Núñez, José Eusebio Otálora y Solón Wilches), cuando Leonidas fue herido en un mitín armado que se presentó en la Plaza de Bolívar, a causa de cuyas secuelas moriría psicológicamente destruido cuatro años después. En 1884 Candelario Obeso se suicidó y en su sepelio el joven Julio Flórez, de 17 años, exaltó su memoria en versos emocionados. Esta primera irrupción en la tribuna pública marcó el principio de su carrera. En 1886 su nombre apareció entre los bardos consagrados en la antología poética *La Lira Nueva*, publicada por José María Rivas Groot. A partir de 1887 y tras la muerte de Leonidas, Julio Flórez dejó la casa fraterna y comenzó una vida independiente, sosteniéndose con el producto de su actividad artística, que en Colombia ha sido siempre mal reputada y peor remunerada. Así, atravesó una larga etapa de «hambres de poeta», como él la describiría posteriormente. Su gran orgullo político no le permitió claudicar de sus convicciones liberales para aceptar posiciones ofrecidas por el gobierno conservador, como un puesto en la Biblioteca Nacional o un consulado en el exterior. La racha de infortunios familiares continuó con la tragedia protagonizada por su hermano Alejandro A. en 1891. En 1892 murió el padre, en medio de hondas amarguras personales y de decepciones políticas producidas por el desastre que, según el partido liberal, significaba el gobierno de la Regeneración. De sus amores juveniles sólo quedan ligeras referencias en su biografía, contadas por su sobrino Leonidas Flórez y por él mismo, en reportaje que le hiciera en Panamá Luis Enrique Osorio, en 1922. Flórez fue un hombre de gran éxito con las mujeres, quienes lo adoraron y muchas estuvieron dispuestas a entregar hasta su honor con tal de conseguir su amor. Pero por la índole incorruptible de su educación católica, parece que tuvo conflictos para deslindar los conceptos de amor carnal *versus* amor platónico, y las relaciones que sostuvo durante sus 42 años de vida, antes de conocer a su esposa Petrona Moreno Nieto, revistieron siempre un carácter pasajero. El erotismo es uno de los rasgos más marcados de su poesía y la mórbida sensualidad de sus rimas sirvió muchas veces como piedra de escándalo para sus seguidores. Hoy ésta misma se ha convertido en la mayor fuente de sus éxitos.

En 1883 Flórez publicó su primer libro de poesía, *Horas*, cuyo título le sugirió José Asunción Silva. Flórez comprendió bien el espíritu de su amigo y su rechazo al ambiente bogotano, que le fuera tan hostil a quien algunos apodaban "José Presunción Silva". Cuando se suicidó Silva, en 1886, Flórez declamó en sus funerales una elegía que fue condenada como blasfémica por el obispo de Bogotá, quien propinó al poeta una seria amonestación al respecto. Su fama como trovador y personaje romántico seguía creciendo. En 1895 ya había logrado superar las dos grandes desventajas del hombre colombiano: el ser provinciano y el ser pobre. Su valor personal y su arte lo habían colocado muy alto en el panorama cultural, los críticos locales más exigentes se ocupaban de su obra, su presencia era solicitada en los círculos exclusivos de la sociedad capitalina. Las damas suspiraban o se sonrojaban a su paso, los jóvenes lo envidiaban y los escritores nóveles viajaban a Bogotá con la ilusión de conocer «al Divino Flórez», como lo llamaría «su amigo y

admirador Guillermo Valencia» al dedicarle su libro *Cigüeñas blancas*, o escucharlo cantar (acompañado de su guitarra o al piano por su amigo el maestro Emilio Murillo), la famosa canción "Mis flores negras", cuya paternidad musical ha sido tan discutida, no así la de su texto, que ha quedado consagrado como suyo. Flórez se había convertido en el bardo de moda, amado por el pueblo porque sabía pulsar la fibra de los sentimientos de su raza. Sin embargo, su falta de cuidado y su generosidad en la entrega de sus producciones repentinas, a «tipleros y serenateros», originó que muchos poemas no terminados ni corregidos ni pulidos fueran publicados sin su permiso y siguieran circulando, lo que ocasionó un menoscabo en el nivel de calidad de su obra. Sobre este tema el severo crítico Maximiliano Grillo dijo, en 1895: «Admiramos en Flórez el poeta natural que hace estrofas armoniosas, de contornos puros, compuestas no al calor de una inspiración desordenada, sino en horas de recogimiento, cuando parece olvidarse del aplauso pasajero». Flórez también se ocupaba de los destinos del partido y blandía su pluma para participar en las luchas liberales con que la oposición intentaba rescatar un poder que permanecería perdido durante 43 años. Flórez llegó a convertirse en el poeta de los soldados en el frente e «hizo sonar siempre las cuerdas de su lira en favor de las más nobles causas políticas y sociales», según conceptos del general Rafael Uribe Uribe, cuando en 1912 le agradeció su libro de lírica heroica, *Flecha roja*. Pero su poesía comprometida hizo que fuera perseguido y reducido a prisión en varias ocasiones.

En medio de guerras, penurias y amordazamiento de la censura, los colombianos reaccionaban reuniéndose en cofradías o hermandades pacíficas de tipo cultural que los protegían de la aridez del presente. En compañía de seis amigos, Flórez fundó la Gruta Simbólica, comentada tertulia literaria de 70 miembros, que permaneció vigente desde fines de 1900 hasta fines de 1903, bajo la capitanía intelectual de Flórez. La inseguridad, la tensión sostenida entre las fuerzas políticas, religiosas y socioeconómicas del país, valió para que los artistas de la época, a semejanza de los poetas malditos franceses de fines del siglo XIX, frecuentaran la bohemia y en ocasiones cayeran en vicios que les atrajeron el rechazo de la sociedad o el anatema del clero. Flórez fue señalado como sacrílego, blasfemo y apóstata. Estando en el punto culminante de su carrera literaria, subió al poder, en 1904, el caudillo militar general Rafael Reyes, quien ante la ola de murmullos en su contra, le "aconsejó" abandonar el país. En 1905 Flórez tuvo que salir de Bogotá, ciudad amada y cantada en sus más hermosas rimas. Se dirigió a la Costa Atlántica, luego a Caracas, y de allí inició una gira poética por los países centroamericanos que se prolongó por dos años (1906-1907), en medio del clamor general de sus éxitos, hasta que, estando en México y dispuesto a regresar a Colombia, el general Reyes lo nombró segundo secretario de la Legación de Colombia en España, hacia donde partió en agosto de 1907. Sus pensamientos o experiencias en España y Francia (donde fue invitado a recitar en la Embajada de Colombia en París, con ocasión de la celebración de la fiesta nacional en 1908) no dejaron ningún rastro en su lírica. Su libro *Cardos y Lirios*, así como su ovacionado poema "La Araña", obtuvieron publicación en 1905 en Venezuela. *Manojo de zarzas* y *Cesta de lotos* fueron editados en 1906 en San Salvador, *Fronda lírica*, en Madrid en 1908, y *Gotas de ajenjo*, en Barcelona en 1909. Su actitud general en Europa fue discreta y amable. Conoció a personalidades literarias españolas y latinoamericanas como Emilia Pardo Bazán, Francisco Villaespesa, Rubén Darío, José Santos Chocano, José María Vargas Vila y Amado Nervo. Y aunque sus tendencias románticas lo colocaban en la retaguardia del modernismo en boga, su poesía y personalidad fueron acogidas con simpatía por los escritores de la Generación del 98. Pero para sus admiradores y amigos colombianos, Flórez era ahora totalmente distinto a aquel bohemio eufórico de las épocas de la Gruta Simbólica, se presentía cansado de la vida y desilusionado de los hombres y de las cosas.

En febrero de 1909 Flórez regresó a Colombia, a la que saludó en un recital en Barranquilla, y luego desapareció sin dejar rastro alguno. Los periodistas indagaron su paradero, pero nadie sabía que se había retirado al balneario de Usiacurí a tomar una cura de sus aguas medicinales. En ese primitivo pueblo se enamoró de una colegiala de 14 años de edad, Petrona, con quien comenzó un verdadero e inmortal idilio. Pero los compromisos adquiridos a su regreso de Europa lo obligaron a regresar a la capital, después de cinco años en el extranjero. Allí se presentó en una función de bienvenida en el Teatro Colón, durante las celebraciones del primer centenario de la Independencia de Colombia (1910). Fue acogido calurosamente por la crítica y volvió a obtener un grandioso éxito con su público de todas las categorías. Inmediatamente después de esta presentación, Flórez se ausentó de la capital, a la que regresó en muy contadas ocasiones para ofrecer recitales poéticos, del mismo modo como lo hizo a nivel nacional y, más frecuentemente, en la vecina ciudad de Barranquilla, donde en 1917 se editó *De pie los muertos*, recopilación de sus versos alusivos a la primera Guerra Mundial, que recitó en el Teatro Cisneros. En 1922 publicó allí mismo la segunda edición de su libro *Fronda lírica*, última obra publicada en vida, ya que *Oro y ébano* apareció como edición póstuma, en 1943. En la aldea de Usiacurí llevó una vida de hogar tranquila y ordenada, al lado de su esposa y sus cinco niños: Cielo, León Julio, Divina, Lira y Hugo Flórez Moreno. Para el mantenimiento de la familia, para ganar «el maldito pan», se dedicó a labores agrícolas y ganaderas en pequeña escala, que fueron reputadas como de «burguesas» por algún escritor parnasiano contemporáneo suyo, con gran molestia de su parte. Su poesía adquirió rasgos de reflexión e interiorización, según el parecer de algunos de sus críticos, aunque en el panorama total de su producción literaria se encuentran diseminados algunos poemas de contenido filosófico, como es el caso de "Resurrecciones" y "Todo nos llega tarde".

Rápidamente su salud se fue quebrantando y en el término de dos años una rebelde enfermedad le deformó el rostro, sin que fuera efectivo ningún auxilio médico prestado en Barranquilla, Bogotá o Panamá, sobre cuyo diagnóstico no ha habido ninguna certeza, pero que podría tener rasgos de un cáncer o melanoma maligno que le afectó la parótida izquierda y le dificultó el habla. Quizás los últimos cuatro meses de su vida fueron los más dramáticos. El partido conservador tomó nuevos bríos con la elección del general Pedro Nel Ospina. La Iglesia redobló las presiones ejercidas sobre el hombre debilitado por la enfermedad, encaminadas a que retomara su religión perdida, re-

gresara a los sacramentos y contrajera matrimonio católico con su esposa, requisito sin el cual los hijos habidos de esa unión civil no eran aceptados como sus herederos legítimos, según lo estipulado en el Concordato que regía en Colombia desde 1887. En noviembre de 1922 Flórez accedió a confesarse, comulgar, contraer matrimonio católico con Petrona y bautizar a sus hijos. Ante semejante milagro, la sociedad se conmovió y en Barranquilla promovieron la coronación de Julio Flórez como poeta nacional, acto al cual accedió gustoso el gobierno del general Ospina. Pero dada la precaria salud del enfermo, esta ceremonia no se pudo realizar ni en Bogotá ni en Barranquilla, sino en Usiacurí, a donde se movilizaron altas personalidades del gobierno, la sociedad y la cultura en 163 automóviles, a los que se unieron una multitud de campesinos, trabajadores y estudiantes que querían presenciar el acto. Así, el 14 de enero de 1923, al borde del sepulcro, Julio Flórez obtuvo un honor retrasado por treinta años. Pocos días después de esta forzada ceremonia, el poeta del pueblo colombiano murió rodeado de sus familiares y amigos, el 7 de febrero. Julio Flórez ha pasado a la historia como un bardo popular, que supo interpretar los amores y los dolores de la raza colombiana bajo temas absolutos como la naturaleza, la madre, la patria, la amada y la muerte. Su fama como «el último becqueriano», según palabras de Max Henríquez Ureña, ha desbordado las fronteras nacionales [*Ver tomo 4, Literatura, "La Gruta Simbólica", pp. 133-140*].

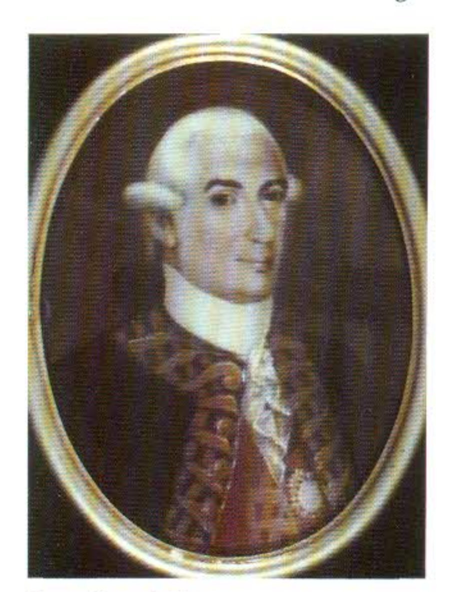
GLORIA SERPA-FLÓREZ DE KOLBE

Bibliografía

FLÓREZ, JULIO. *Obra poética*. Bogotá, Banco de la República, 1970. FLÓREZ, JULIO. *Selección de poemas*. Prólogo, Jorge Rojas. Bogotá, Colcultura, 1973. FLÓREZ, JULIO. *Poesía escogida*. Selección y prólogo, Harold Alvarado Tenorio. Bogotá, Arango Editores y El Ancora, 1988. MARTÍNEZ MUTIS, AURELIO *Julio Flórez, su vida y su obra*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1973. MARTÍNEZ VILLAMIL, CONSTANTINO. *El caballero del romanticismo*. Edición en homenaje a Julio Flórez. Tunja, Gobierno de Boyacá, 1967. ORDÓÑEZ, MONSERRAT. "Julio Flórez". En: *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá, Ediciones Casa Silva, 1991. RESTREPO DUQUE, HERNÁN. *Gran crónica de Julio Flórez*. Bogotá, Colcultura, 1972. SERPA-FLÓREZ DE KOLBE, GLORIA. *"Todo nos llega tarde..." Biografía del poeta colombiano Julio Flórez*. En publicación.

FLÓREZ, MANUEL ANTONIO

Virrey del Nuevo Reino de Granada, llegó a Cartagena el 11 de enero de 1776 y asumió el mando el 10 de febrero siguiente. Comendador de Lopera, de la Orden de Calatrava y teniente general de la Real Armada. Continuó la obra de su antecesor, Manuel Guirior, abriendo al público la Biblioteca. Trajo la imprenta a Santafé, y estableció fundaciones de hospitales y hospicios. Promovió campañas de pacificación contra los guajiros y cocinas y quiso llevar adelante la obra de apertura de caminos en la zona minera de Chocó y Antioquia. En 1778 realizó el segundo censo de población del Virreinato, con 828 757 habitantes. Este mismo año, la Corona expidió el decreto de libre comercio entre España y América, y de las colonias entre sí. Dentro de la política de la Corona por aumentar sus entradas fiscales, se realizó un aumento excesivo de impuestos, que ascendían mucho más ante la necesidad de España para sostener su guerra contra Inglaterra. En este contexto, se creó la Regencia en la Nueva Granada, y para ejercer el cargo fue nombrado Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, quien restableció el impuesto de la Armada de Barlovento y extendió la alcabala a otros productos. Aumentaron los precios en los estancos y no se redujo o eliminó ninguno de los otros impuestos existentes. En 1781 se produjo el levantamiento comunero. Manuel Antonio Flórez gobernó hasta 1782, cuando llegó a Cartagena, el 27 de marzo, el nombramiento de su sucesor, Juan de Torrezal Díaz de Pimienta. Después partió hacia Cuba [*Ver tomo 1, Historia, pp. 155-156*].



Manuel Antonio Flórez. Miniatura de Manuel J. Paredes. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

EDUARDO BARRERA

Bibliografía

RESTREPO SÁENZ, JOSÉ MARÍA. *Biografías de los mandatarios y ministros de la Real Audiencia*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1952.

FLORIDO, FRAY FRANCISCO ANTONIO

Religioso franciscano natural del Cauca (Popayán, marzo 18 de 1781 - Ramiriquí, Boyacá 1827). Famoso por sus ideas patrióticas y su adhesión a la campaña libertadora, fray Francisco Antonio Florido fue muy nombrado por la *Velada de las 13 tesis*, acto literario-filosófico con el que rindió homenaje a Bolívar en el convento de San Francisco de Bogotá, después de la batalla de Boyacá. Hijo legítimo de don Andrés Florido y doña María Teresa Ibarra, fue bautizado ocho días después de su nacimiento, en la catedral de Popayán, por el canónigo penitenciario don Miguel José de Valencia. Solicitó su ingreso a la Orden Franciscana en el convento máximo de Bogotá, el 12 de diciembre de 1794, y fue aprobado el 28 de noviembre de 1795, comenzando el año de noviciado a la edad de 15 años. Mientras cursaba sus estudios de teología en Bogotá, fue nombrado maestro de gramática en julio de 1802; seguidamente fue nombrado profesor de filosofía en el Colegio de San Buenaventura. El 23 de marzo de 1803 obtuvo el grado de doctor en Teología, conferido por la Universidad Tomística, y al año siguiente recibió la ordenación sacerdotal en Cartagena, por estar vacante la sede santafereña. Su más importante papel en la comunidad franciscana durante los primeros años de su sacerdocio fue el de profesor, primero de filosofía, después de teología, y aun de cánones, en el Colegio de San Buenaventura en Bogotá. Capellán del ejército de Antonio Nariño, estuvo en el combate de Ventaquemada en enero de 1813; después, en la campaña del Cauca y en la de Pasto, habiéndole correspondido participar en las acciones de Palacé, Calibío, Juanambú, Tacines y otras que



Firma de Francisco Antonio Florido. Archivo Franciscano, Bogotá.

se libraron en 1814. Prisionero en la Cuchilla del Tambo, se le formó proceso por parte del pacificador Pablo Morillo, y fue enviado preso a España. Sin embargo, parece que no alcanzó a llegar a la Península, sino que quedó detenido en Caracas, y no se sabe si beneficiado por el indulto que decretó el Pacificador, o por las intercesiones del provincial de los franciscanos, o porque se pagó una gruesa suma de dinero, recuperó la libertad. Fueron muy famosos los sermones que predicó después de la batalla de Boyacá, uno de los cuales, predicado por orden de Santander en la noche del 30 de noviembre de 1819, se publicó en Medellín en la imprenta del gobierno. En agradecimiento por los servicios prestados a la causa de la independencia, Bolívar le hizo otorgar el curato de Ramiriquí, en 1820, con carácter vitalicio. Allí permanecía en 1826, cuando un terremoto le destruyó completamente la iglesia. Murió en 1827 y el 13 de mayo de 1828 circuló la noticia de su fallecimiento por todos los conventos franciscanos.

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

ARBOLEDA, GUSTAVO. *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo departamento del Cauca*. Bogotá, Biblioteca Horizontes, 1962.

FONSECA ESPINOSA, DEOGRACIAS

Militar y estadista tolimense (Ibagué, marzo 21 de 1908), miembro de la Junta Militar de gobierno que remplazó al general Gustavo Rojas Pinilla, entre el 10 de mayo de 1957 y el 7 de agosto de 1958. Hijo de Jesús Fonseca Camargo y Erisinda Espinosa Espinosa. Estudió en el colegio de San Luis Gonzaga y San Simón de Ibagué, graduándose en este último como bachiller. Casado con Ana María Iragorri Castro, tuvieron 10 hijos. Prestó sus servicios en los batallones *Junín, Huila* y *Camilo Torres*, Distrito Militar Nº 12, batallones *Pichincha, Codazzi, Mixto, Juanambú, Boyacá, Santander* y *Nariño*. Debe destacarse su notable actuación en la batalla de Güepí durante la guerra con el Perú, el 16 de mayo de 1933, en la cual fue herido. Sus cargos más importantes fueron: comandante del batallón de infantería Nº 8 *Pichincha*, oficial de la guarnición de Tarapacá, comandante del puesto de Tarapacá, alcalde militar de Pradera (Valle), alcalde militar de Tumaco (Nariño), comandante del batallón de infantería Nº 15 *Santander*, jefe de Estado Mayor de la tercera brigada y comandante de dicha unidad operativa, inspector general de las Fuerzas Militares, representante de las Fuerzas Militares en visita oficial a Santiago de Chile, delegado de Colombia a la semana de la patria en Venezuela, comandante de las Fuerzas de Policía de Colombia y miembro de la Junta Militar de Gobierno. Se retiró por voluntad propia al entregar el poder al presidente Alberto Lleras el 7 de agosto de 1958. [*Ver tomo 2, Historia, pp. 567-568 y 570-573*].

Coronel LUIS ALFONSO PLAZAS VEGA
Presidentes de Colombia

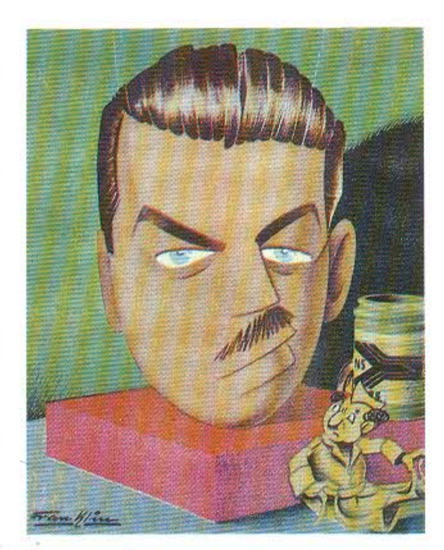


Deogracias Fonseca Espinosa. Oleo de Maury. Escuela Militar de Cadetes, Bogotá.

FRANKLIN CÁRDENAS, JORGE

Caricaturista nacido en Bogotá, el 29 de octubre de 1910. Hijo de William W. Franklin (1870-1952), ingeniero civil de origen estadounidense que vino a Colombia para la construcción de los ferrocarriles de Girardot y Santa Marta, y de María Josefa Cárdenas (1880-1920), parte de la infancia de Jorge Franklin transcurrió en Santa Marta, donde se estableció su familia entre 1913 y 1917. De regreso a Bogotá, en 1918, ingresó al colegio San Bartolomé, y durante la primera semana de clase debió someterse a una operación de mastoiditis que le dejó como secuela una parálisis facial. Junto a Félix Villamizar, Rafael Suárez Guzmán, Eugenio Ferro Falla, Julio Pérez, Santiago Camacho, Carlos Infante y Abelardo Forero Benavides, Franklin publicó un periódico estudiantil en 1927, en el que aparecieron sus primeros "monos". La publicación se tituló *Zig Zag*, y sus compañeros fueron quienes más apoyaron sus inclinaciones artísticas. También un profesor, el padre jesuita Carlos M. de Heredia: «El padre Heredia había sido expulsado de México por Calles. Al llegar a Colombia, el San Bartolomé lo nombró profesor de química y él a su vez me nombró su asistente. Gustaba de dictar conferencias en el Teatro Municipal, en donde demostraba científicamente los trucos usados por los llamados espiritistas. Una de estas conferencias se efectuó en Palacio, delante de Abadía Méndez, varios ministros y muchos invitados», recuerda Franklin. En 1929 inició sus estudios universitarios en la Escuela de Bellas Artes de Bogotá, pero sólo alcanzó a cursar el período correspondiente a la técnica del dibujo al carbón. Publicó sus primeras caricaturas en la revista *Universidad*, fundada y dirigida por Germán Arciniegas. También *El Espectador*, dirigido entonces por Luis Cano, se interesó por sus habilidades como caricaturista, y desde sus páginas propuso la serie titulada *Los Presidenciables*, de carácter eminentemente político. En agosto del mismo año, Franklin viajó a España. En 1930 ingresó a la Academia de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid, donde estudió dibujo, pintura y escultura. En 1931 ilustró la publicación madrileña *Guirigay*. En 1933, y por tres años consecutivos, participó como caricaturista en el Salón de Otoño realizado en Madrid. En compañía de algunos amigos imprimió una pequeña revista semanal de variedades, que se repartía a la entrada de los cines. En 1935 pintó murales de 15 a 30 metros en la fachada de los cines Actualidades y París Ma-

drid, alusivos a las películas en exhibición. Entusiasmado con la idea del cine de animación, se puso en contacto con los dibujantes y caricaturistas españoles Xaudaro y Demetrio. Los primeros ensayos se llevaron a cabo en los estudios del cine París Madrid, con buenos resultados. Lamentablemente la guerra civil entorpeció esta iniciativa, al mismo tiempo que obligó a Franklin a suspender sus estudios, el 19 de julio de 1936. En 1937 viajó a Barcelona, donde trabajó como dibujante de la revista *Solidaridad obrera*, órgano de la Confederación Nacional del Trabajo, del cual era colaborador desde su llegada a España, y continuó siéndolo hasta 1941. También colaboró con las revistas *Fragua* y *Umbral* de Valencia, con la *Revista C.N.T.* de Madrid, y con otras publicaciones de Barcelona. Liberal por tradición familiar, desde los 18 años simpatizó con los movimientos de carácter progresista. A su llegada a Madrid y durante todos los años que permaneció en España, fue miembro activo de la Confederación Nacional del Trabajo, de filiación socialista, y apoyó activamente el proyecto de creación de la República Española. En 1937 trabajó como profesor de dibujo en la Escuela de Monjuic en Barcelona, destinada particularmente a niños huérfanos de la guerra. En 1938 fue ilustrador de la *Revista Umbral* de Barcelona. Cuando el triunfo del ejército franquista, fue apresado por su filiación con los republicanos. Juzgado y condenado a muerte, la intervención del cónsul colombiano en España le salvó la vida. Franklin regresó a Colombia en 1941, y contrajo matrimonio con Graciela Pachón Padilla, con quien tuvo dos hijos. Expuso en la Escuela de Música de Santa Marta un total de 50 retratos, dibujos a pluma y acuarelas. Colaboró en *El Tiempo* (1941-1950), *Crítica, Sábado, Colombia en cifras* y *Semana*. Según Alvaro Medina, Franklin «dio a conocer un mundo rigurosamente geométrico, de construcciones sólidas que luego variaron hacia un surrealismo *sui generis*, apropiado para acceder al humor de que careció en principio; los mejores ejemplos de estos últimos los encontramos en las numerosas carátulas que diseñó para la revista *Semana* en la década del 40». En 1945, inducido por Arciniegas, se decidió a publicar en la *Revista de América* un extenso artículo titulado "Memorias de un condenado a muerte", sobre su amarga experiencia



Jorge Franklin Cárdenas. Autorretrato, "Semana", Nº 54, noviembre 1 de 1947.

como prisionero del ejército franquista y, en diciembre del año siguiente, un discurso pronunciado en el Ateneo Republicano Español con motivo del aniversario de la defensa de Madrid.

Mientras Franklin trabajaba como caricaturista del periódico *El Liberal*, en 1942, incursionó en el terreno de la tira cómica con un personaje llamado *El aprendiz de dictador*. Su trabajo acusaba desde entonces mayor interés por la noticia internacional que por situaciones de tipo nacional: «Debido a mi experiencia en España, no quería hacer ninguna caricatura que pudiera perjudicarme. Sin embargo, hubo una sobre el mariscal Pétain, cuando lo condenaron por traición, que me mereció una amenaza a muerte, en carta poco cortés, por parte de algún fanático del Mariscal. En su sección de *El Tiempo*, Frailejón hizo mención del incidente». En el semanario *Comandos*, dirigido por Alejandro Vallejo, dio vida, en 1945, a su segunda tira cómica: *El preso rayitas*. En 1946 expuso 80 caricaturas sobre personajes nacionales e internacionales en la Biblioteca Nacional. Obtuvo el primer premio otorgado por el Círculo de Periodistas de Bogotá al mejor emblema para dicha asociación en 1947 y en 1948 ilustró el libro de Guillermo Hernández de Alba, *Guía de Bogotá, arte y tradición* (Bogotá, Librería Voluntad, 1948).En octubre de ese año viajó a Estados Unidos, y se radicó inicialmente en Chicago, donde trabajó como dibujante para la firma Diamond Match Co., y como publicista de la General Outdoor Advertising Co. En 1973 participó con diez caricaturas en la exposición de arte de Chicago *Art Fair 50*. Franklin se estableció en Miami desde 1973. En 1979 expuso 75 caricaturas en la Galería Bacardi de Miami; en la Alianza Colombo Francesa de Barranquilla expuso 25, y 20 en la Casa de la Cultura de Santa Marta.

En 1983, con motivo del centenario del nacimiento de Porfirio Barba-Jacob, el Ministerio de Comunicaciones emitió una estampilla con el perfil del poeta; para esto se utilizó un dibujo hecho a tinta por Franklin en el año 1944, publicado reiteradamente en el semanario *Sábado* y los suplementos de *El Tiempo* durante la década del cuarenta. El original del dibujo se halla actualmente en la Casa de la Cultura y Museo de Barba-Jacob, en Angostura (Antioquia). En la actualidad, Franklin está radicado con su esposa en Miami, donde se dedica a la fotografía y a sus varias aficiones: coleccionar estampillas, trenes y monedas del presidente Abraham Lincoln. Su colección particular consta de más de 50 dibujos a pluma y de aproximadamente 60 caricaturas, entre las cuales andan sonrientes sus autorretratos y siguen causando mofa los del Generalísimo.

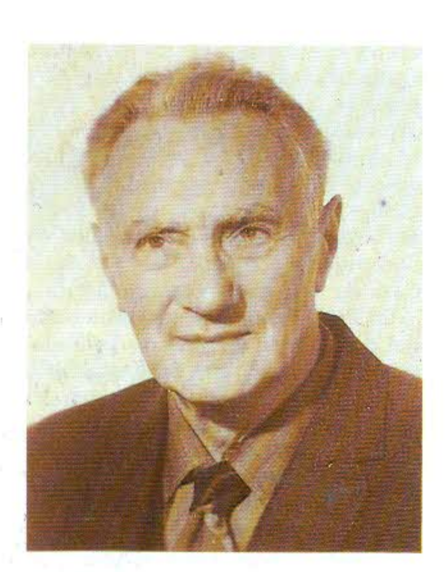
MARTHA SEGURA

Bibliografía

ORTEGA RICAURTE, CARMEN. *Diccionario de artistas en Colombia*. 2ª ed. Bogotá, Plaza y Janés, 1979.

FRIEDE, JUAN

Historiador ucraniano (Wlava, febrero 17 de 1901 - Bogotá, junio 28 de 1990). Junto con Jaime Jaramillo Uribe, Luis Eduardo Nieto Arteta y Luis Ospina Vásquez, Juan Friede Alter es uno de los grandes pioneros de la llamada "Nueva historia" colombiana. De origen judío, Friede vivió activamente el proceso de la Revolución Rusa; después de terminar los estudios secundarios en Moscú, en 1918, y debido a algunas dificultades con el nuevo régimen, su familia tuvo que emigrar a Alemania. Esta circunstancia fue aprovechada por el joven Friede para radicarse en Viena, donde estudió Ciencias Económicas y Sociales en la Escuela Normal de Comercio. Diplomado en 1922, perfeccionó sus estudios en la recién creada



Juan Friede.

Escuela de Economía de Londres, donde tuvo un primer acercamiento al estudio de la historia y la antropología. En Viena, para poder subsistir, Friede tuvo que trabajar como profesor y en algunas casas de cambio; sin embargo, el ambiente cultural que se vivía en la capital austriaca influyó mucho en su formación humanística e intelectual. Viena era un importante lugar de confluencia, allí se formaron infinidad de grupos de estudio y discusión con distintas tendencias políticas; Friede participó en un grupo de carácter obrero-estudiantil, con marcada inclinación anarcoecologista: los *Vanderfliegel* o Pájaros migratorios. Esta experiencia lo inclinó no sólo a admirar, comprender y respetar a todas las personas y culturas, sino a observar y entender la naturaleza, y asumir una posición crítica ante la sociedad. Al terminar sus estudios en Viena, Friede se radicó en Londres. En 1923 entró a trabajar a la firma J. Stern y Cía., que se dedicaba al comercio exterior y tenía negocios en América Latina. En 1926 fue enviado a Colombia, con el fin de arreglar algunas cuentas. El primer puerto americano que tocó fue Cartagena, y posteriormente Buenaventura. La impresión fue realmente impactante: el trópico, en especial su luz, así como la exuberancia y sensualidad, pero también la pobreza y el atraso, junto a grandes posibilidades económicas y humanas, impulsaron al joven ucraniano a establecerse de manera definitiva en Colombia. El primer sitio de permanencia fue Manizales, desde donde se desplazaba, a veces en viajes de negocios, como representante de la compañía Stern, y otras de observación y estudio, a distintas regiones del país. En estos periplos, Friede determinó cuál sería el objeto esencial y prioritario de sus estudios: los indígenas.

En 1930 Friede se nacionalizó colombiano, y viajó a Europa para solucionar algunos problemas sentimentales. Decepcionado regresó a Colombia, dejando atrás una Europa amenazada por el nacionalsocialismo alemán y por el fascismo italiano. Se estableció nuevamente en Manizales, en su casa del Alto de los Perros, donde vivió hasta 1939, con un breve lapso de estadía en Europa, dedicado a los negocios, pero también a estudiar historia, etnografía, arte y literatura. En 1939 se radicó en Bogotá, y montó una distribuidora de automóviles, subsidiaria de la importadora Caldas Motors, de Manizales, a la que Friede se había vinculado en 1935, cuando la Stern quebró. Entonces estrechó sus relaciones con los escritores del grupo de los Cuadernícolas y con los pintores del grupo Bachué. En 1940 fundó la primera galería de arte que existió en Colombia y en 1941 filmó una película sobre la obra muralista de Pedro Nel Gómez, convirtiéndose en un connotado crítico de arte. Así mismo, se vinculó al grupo de etnólogos de la Escuela Normal Superior, y colaboró especialmente con el naciente Instituto Indigenista de Colombia. Su papel de mecenas de todas estas actividades fue más que decisivo: la mansarda de su casa sirvió de estudio al pintor Ignacio Gómez Jaramillo, y por un tiempo al recién llegado Alejandro Obregón; en ese mismo espacio Friede acogió a Carlos Correa, y por una temporada fue adecuado como sala de exposición. Con el indigenismo su compromiso fue total. En compañía de Antonio García, Friede contactó al líder indígena Manuel Quintín Lame, de quien más tarde sería compadre, y con el apoyo del Instituto Indigenista, denunciaron muchos de los atropellos que sufrían los indígenas del sur del departamento del Tolima; así, como en las primeras décadas del siglo, cuando actuó en el departamento del Cauca, Quintín Lame volvió a emprender campañas en pro de la dignidad de los nativos. La casa de Friede servía, además, como sitio de tertulia, una vez al mes, de los más importantes políticos, intelectuales y artistas de la época.

En 1942 Friede decidió trasladarse, por motivos de negocios, y quizás escapando de una posible persecución, al municipio de San Agustín, en el departamento del Huila, sitio arqueológico de gran importancia que conocía desde tiempo atrás. Allí se dedicó al engorde de ganado, convirtiéndose en el principal proveedor de carne de la región. Simultáneamente, emprendió una férrea defensa de los sitios arqueológicos; montó su casa a escasos metros del mítico sitio del Alto de los Idolos, en San José de Isnos, y hasta cierto punto, evitó su destrucción. Por otra parte, filmó la película *San Agustín 1942*, sobre el estado de conservación de las estatuas y sarcófagos, con la que trató de mostrar a las autoridades nacionales la importancia de tales lugares, e interesar a sus amigos pintores e intelectuales en las posibilidades de autorreconocimiento a través del estudio y análisis de la enigmática estatuaria. Finalmente, el éxito de sus actividades comerciales en San Agustín le proporcionó a Friede la estabilidad económica que requería para dedicarse a lo que más le interesaba: la investigación de la historia de Colombia, pero no la historia heroica, dominante en esa época, sino la de los indígenas, los vencidos y olvidados, tratando de dar una visión no oficial de la historia. En 1943 publicó, con el apoyo del Instituto Indigenista de Colombia, el libro *Los indios del Alto Magdalena. Vida, luchas y exterminio, 1609-1931*, al que siguieron *Comunidades indígenas del Macizo Colombiano* (1944) y el más conocido de esta primera época, *El indio en lucha por la tierra* (1944), trabajo con el que definitivamente Friede introdujo el tema indigenista en la historia social del país, hasta ese momento prácticamente inadvertido. La información factual para estos trabajos fue recopilada por Friede durante sus correrías comerciales, y en sus ratos libres en el Alto de los Idolos, los escribió. Juan Friede vivió en San Agustín hasta fines de 1945. En ese momento ya tenía tres hijos colombianos y dos relaciones sentimentales deshechas, así como una fortuna más o menos sólida. Por un tiempo vivió en Bogotá, pero como el ambiente bogotano era hostil para el tipo de historia que le interesaba, decidió viajar a España en 1947, principalmente al Archivo de Indias de Sevilla, para recopilar la información en las fuentes primarias y consolidarse intelectualmente en el mundo académico europeo. Entonces

comenzó una vida de constantes viajes entre Europa y América, que se prolongaron hasta finales de la década del setenta; también con largas estadías en Estados Unidos. Durante estos años, además de investigar y escribir sobre la historia y la antropología colombiana, Friede siguió interesado en el arte moderno, promoviendo actividades artísticas alternativas como el cantejondo. Fue profesor de las Universidades Nacional de Colombia y Libre de Bogotá, así como de las de Indiana y Texas, en Estados Unidos. Llegó a ser miembro de la Academia de Historia de Colombia, de la Sociedad de Americanistas de París, del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo de Madrid y de la Real Academia de la Historia de Madrid. En cuanto a su vida sentimental, tuvo dos hijos en España. A partir de 1980, y debido a una cada vez más avanzada arterioesclerosis, que finalmente lo llevó a la tumba, cesó su producción intelectual.

Desde 1943 y hasta 1981, Friede logró escribir y publicar un total de 228 títulos, entre libros, ensayos y artículos, cuya temática es muy variada: arte, biografías, historia económica, social y cultural, indigenismo, lingüística, etnografía y reseñas que abarcaron desde la época precolombina hasta épocas recientes. De particular importancia son sus recopilaciones documentales (23 volúmenes), así como los libros *Los Andakí, 1538-1947. Historia de la aculturación de una tribu selvática* (México, 1953), *Los Welser en la conquista de Venezuela* (Caracas, 1961), *Vida y luchas de don Juan del Valle, primer obispo de Popayán y protector de los indios* (Popayán, 1961), *Los Quimbayas bajo la dominación española* (Bogotá, 1963), *Problemas sociales de los Arhuacos: tierras, gobierno, misiones* (Bogotá, 1963), *Descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada* (Bogotá, 1965), *La otra verdad: La independencia americana vista por los españoles* (Bogotá, 1971), *Los Chibchas bajo la dominación española* (Bogotá, 1974) y *Bartolomé de las Casas (1475-1566), su lucha contra la opresión* (Bogotá, 1974); así como sus reediciones de los cronistas fray Pedro de Aguado y fray Pedro Simón. Todos estos trabajos abrieron nuevos caminos a la historia, la antropología, la sociología y la economía colombianas. Muchos de ellos, verdaderos pioneros, le trajeron a su autor más de un sinsabor, lo que explica, hasta cierto punto, sus frecuentes alejamientos del país. No obstante, la obra de Juan Friede es de obligada consulta, pues constituye una base fundamental para analizar el pasado, visto desde otra perspectiva [*Ver tomo 5, Cultura, p. 59*].

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

Bibliografía

FALS BORDA, ORLANDO. "Juan Friede y el indígena". *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, septiembre de 1976. JARAMILLO URIBE, JAIME. "Semblanza de Juan Friede, pionero moderno del indigenismo". *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, enero de 1987. RUEDA ENCISO, JOSÉ EDUARDO. "Juan Friede: el pájaro caminante de la historiografía colombiana". Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, 1990 (versión mecanografiada). RUEDA ENCISO, JOSÉ EDUARDO. "Juan Friede (1901-1990), investigador de los indígenas y de la historia de Colombia". *Credencial Historia*, Nº 14 (Bogotá, febrero 1991).



Nina S. de Friedemann.
Fotografía de Oscar Monsalve.

FRIEDEMANN, NINA S. DE



Antropóloga nacida en Bogotá, en 1935. Graduada del Instituto Colombiano de Antropología de Bogotá, del Hunter College y de la Universidad de California, Nina S. de Friedemann se ha distinguido, especialmente, en el campo de los estudios afroamericanos. El 27 de agosto de 1993, al medio día y ante centenares de personas congregadas en la plaza Mosquera Garcés de Quibdó, el presidente César Gaviria Trujillo sancionó la ley 70. Mediante ella, la nueva nación que originó la Constitución de 1991, le reconoció a los descendientes de los africanos esclavizados en la Nueva Granada, que la identidad forjada a lo largo de su historia genera derechos territoriales y políticos. Terminado el acto, hubo celebraciones en los barrios, allí fue recurrente oírle decir a los adalides comunitarios que sin los trabajos de Nina S. de Friedemann, la lucha en favor de la ley habría carecido de muchos de los argumentos etnohistóricos que ellos lograron esgrimir. El "Marco de referencia histórico-cultural para la ley sobre derechos étnicos de las comunidades negras en Colombia" recogió buena parte de esas tesis y fue publicado en el número 5 de *América Negra*, la revista que Friedemann fundó y dirige con el objetivo de ampliar el espacio de los estudios afroamericanos. Pero esa publicación periódica no es el único factor que explica el reconocimiento de los efectos que el trabajo de Friedemann ha tenido sobre el fortalecimiento de la etnicidad en Colombia. También es necesario hablar del celo con el cual ella ha combatido aquella tradición jurídica que ha insistido en catalogar como "colonos en tierras baldías" a los campesinos, mineros y agricultores que hoy ocupan franjas amplias de llanuras, riberas, selvas, esteros y playas, después de que sus ancestros humanizaran esos territorios como medio de ejercer la libertad, ya fuera al haberse convertido en cimarrones, subversores del régimen esclavista o en automanumisos, que le compraron a sus amos las cartas que los acreditaban como personas libres. Por otra parte, hay que resaltar el esfuerzo disciplinado de Friedemann por innovar la presentación de los datos científicos, de manera tal que trasciendan las bibliotecas académicas y le lleguen a los sujetos del trabajo antropológico. Así, a finales del decenio de 1960 y durante los setenta, Friedemann exploró la integración entre palabra e imagen mediante documentales que como *La fiesta del indio en Quibdó* y *Congos*, se convirtieron en mojones del cine etnográfico colombiano; y en la serie Zazacuabi, con cuadernos escritos por expertos sobre temas antropológicos ilustrados mediante transparencias. No obstante la relevancia de estos aportes, es al final de esa década que su experimento alcanza el punto climático, con la publicación del libro *Ma N'gombe: guerreros y ganaderos en Palenque*. Su amalgama de la estética

fotográfica del ya desaparecido Richard Cross, con una etnografía no convencional, desconocida hasta entonces, convirtieron la publicación en hito editorial. En ella Friedemann rompió con esa ortodoxia que se ha referido a los negros como "cargas" venidas de Africa o, en el mejor de los casos, que los ha contado como otro "recurso" perteneciente a los amos de las haciendas del valle del Cauca o de las minas del litoral selvático. En su reemplazo, sobresalen los pioneros de formas de resistencia e insurgencia de largo aliento, quienes construyen cultura a partir de memorias bantúes. Con este clásico, reeditado en 1987, se acentuaron dos de las metas centrales de la obra de Friedemann: una, entronizar en las páginas referentes a la formación nacional a quienes la historia oficial ignora o trata como antihéroes; la otra, construir el puente que nos une con Africa.

El cimiento ético y político del trabajo sobre Palenque enmarca el resto de los aportes de Friedemann, que trascendió el ámbito de lo afroamericano con el volumen *Herederos del jaguar y la anaconda*, elaborado en 1982 con Jaime Arocha. En este caso, la innovación del texto etnográfico se hizo más penetrante, señalando el protagonismo de los antropólogos en sus enfoques y en los lugares donde desarrollaron sus investigaciones de terreno, y mediante representaciones de complejas teorías sobre el poblamiento de América, la ecología cultural y la integración entre cotidianidad, moral, filosofía, religión y ciencia. Friedemann profundizó esta opción hasta dar origen a lo que el poeta José Luis Díazgranados denominó «cuentos sin ficción», en el prólogo que escribió para *De sol a sol: génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia* (1986). Dos de esos cuentos, "Ngolas: una dinastía de reyes y reinas en Angola" y "Biviana Vaz, una hija de la tierra" son pioneros en un campo que hoy ocupa máxima prioridad entre los analistas de la diáspora africana: el estudio de los efectos de la trata transatlántica sobre la estructura económica, demográfica, social, política y mental de las sociedades víctimas de la captura. Pero todo este conjunto de aportes es inseparable de otro de los factores que explican los efectos del ejercicio profesional de Nina S. de Friedemann: la actitud crítica de sus enfoques sobre el Estado, la nación y los círculos académicos colombianos. Nominada en 1987 por Colombia para el Premio Interamericano Gabriela Mistral de la Organización de Estados Americanos (OEA), Friedemann es actualmente miembro de la Expedición Humana de la Universidad Javeriana.

JAIME AROCHA RODRÍGUEZ

G

GAITÁN, JORGE ELIÉCER

Caudillo liberal, nacido en Bogotá, en el barrio Las Cruces, el 23 de enero de 1898, muerto en la misma ciudad, el 9 de abril de 1948. Para muchos colombianos, el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán Ayala el 9 de abril de 1948 se convirtió en un suceso desequilibrador, después del cual no ha sido posible recuperar la estabilidad política en Colombia. Otros coinciden en señalar que este hecho partió en dos nuestra historia contemporánea. De esta manera, es posible determinar el impacto de Gaitán a lo largo de tres décadas durante las cuales fue protagonista político. No es exagerado considerar que las clases subalternas, tradicionalmente excluidas del escenario político, encontraron en Gaitán su mejor representante e intérprete, circunstancia que le permitió generar un movimiento de masas sin precedentes en la historia de Colombia, y que muchos en su momento identificaron, no equivocadamente, como revolucionario. Este líder popular, que emergió en un contexto histórico de grandes transformaciones económicas y sociales del país, ligadas al proceso de modernización capitalista, se constituyó no sólo en uno de los principales protagonistas de la vida política, sino en el gran transformador de las prácticas políticas en Colombia. Su padre, don Eliécer Gaitán Otálora, liberal radical, incursionó sin éxito en varios oficios y se dedicó finalmente a la venta de libros usados. Su madre, doña Manuela Ayala de Gaitán, maestra de escuela, era una mujer bastante activa y de ideas progresistas, lo que le ocasionó no pocas dificultades con la Iglesia y los conservadores. Debido a la precaria situación económica, la familia Gaitán Ayala se vio obligada a trasladarse al barrio Egipto, donde creció Jorge Eliécer, el mayor de los seis hijos de la familia. Doña Manuela llegó a ser la persona más importante en la formación básica de Gaitán en sus primeros años, en contra, incluso, de la voluntad de su padre, quien exigía la presencia de su hijo en su negocio. Gaitán ingresó a la educación formal cuando tenía doce años de edad, en una escuela de Facatativá, donde terminó sus estudios primarios en 1911. Sólo hasta 1913 pudo iniciar el bachillerato en el Colegio Simón Araújo, al cual asistían los hijos de liberales acomodados. Para un hijo de familia humilde, como lo era Gaitán, este hecho originó una situación bastante incómoda. Sin embargo, cursó allí hasta el penúltimo grado y para el último se matriculó en el Colegio Martín Restrepo Mejía, donde se graduó de bachiller. Al año siguiente, en febrero de 1920, ingresó a la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional. Cuatro años más tarde, en 1924, obtuvo su título de abogado con una controvertida tesis: "Las ideas socialistas en Colombia".

Durante sus años de estudiante, Gaitán no estuvo al margen de los hechos políticos más destacados del momento; participó en las elecciones presidenciales de 1918 como un entusiasta joven liberal, en apoyo a la candidatura del poeta Guillermo Valencia. También estuvo presente como orador entre las multitudes que protestaron en marzo de 1919 contra Marco Fidel Suárez por la importación de uniformes para la celebración del primer centenario de la batalla de Boyacá. Su actividad política la combinó con la difusión de la cultura, especialmente a través de la educación, para lo cual organizó junto con otros compañeros un centro universitario de promoción cultural. Este ensayo no resultó del todo exitoso, pero mereció el reconocimiento de algunos líderes políticos, como Benjamín Herrera, candidato del partido liberal a la elección presidencial de 1922. El ascenso político de Gaitán le permitió lanzar su candidatura a la Asamblea de Cundinamarca para 1924-1925, siendo elegido diputado. Los primeros años como abogado fueron bastante difíciles por su condición social, pero su capacidad profesional le dio acceso a casos como el de La Ñapa (mujer brutalmente asesinada por un exaltado tumulto), en los cuales demostró su brillantez jurídica. Pronto logró un reconocimiento profesional y de ese modo realizar su sueño de ir a estudiar a Europa, en la escuela más prestigiosa de Derecho en Italia,



Jorge Eliécer Gaitán.
Oleo de E. Rueda S.
Casa Museo Jorge Eliécer Gaitán, Bogotá.

dirigida por Enrico Ferri, el penalista más importante del mundo entonces. En julio de 1926, Gaitán viajó a Italia e ingresó a la Real Universidad de Roma, donde obtuvo el título de doctor en Jurisprudencia, de la Escuela de Especialización Jurídico Criminal. Su tesis, "El criterio positivo de la premeditación", convertida después en texto de estudio, mereció la máxima calificación (*Magna cum laude*) y obtuvo además el Premio Enrico Ferri.

El año 1929 fue un año intenso por la agitación política y social que vivía el país. En marzo, Gaitán fue elegido a la Cámara de Representantes y el 8 de junio encabezó las protestas contra la hegemonía conservadora y la corrupción administrativa de la capital. Posteriormente viajó a la zona bananera para investigar directamente los sucesos del 5 de diciembre de 1928, que habían concluido con la masacre de trabajadores de la United Fruit Company. De regreso a Bogotá, en septiembre, se dedicó a denunciar la masacre y las injusticias cometidas en la zona por el gobierno y el ejército oficial. Las audiencias en la Cámara duraron dos semanas. La labor de Gaitán permitió al país conocer los graves acontecimientos de las bananeras. Su denuncia se convirtió en un debate público contra el gobierno de Miguel Abadía Méndez y el ejército

oficial, y logró, al mismo tiempo, que muchos obreros presos recuperaran su libertad y se reconociera una indemnización para las viudas y huérfanos de los trabajadores asesinados. Como consecuencia del debate de las bananeras, Gaitán se ganó el reconocimiento nacional como figura política en favor de los intereses de los trabajadores. Con la llegada de Enrique Olaya Herrera al poder en 1930, el papel beligerante de Gaitán le mereció un lugar destacado entre los liberales. En 1931 fue elegido presidente de la Cámara de Representantes y presidente de la Dirección Nacional Liberal, además de ser escogido como segundo designado a la Presidencia. En 1932 fue nombrado rector de la Universidad Libre. En noviembre de ese mismo año viajó por diferentes países latinoamericanos, gira de la cual se destaca su viaje a México, donde tuvo la oportunidad de plantear la posición de Colombia en el conflicto con el Perú, originado por la invasión de este país a Leticia. Tanto los programas sociales como las reformas constitucionales emprendidas durante la presidencia de Olaya Herrera fueron consideradas insuficientes por los liberales de izquierda, entre ellos Gaitán, quien en repetidas ocasiones había presentado propuestas de reformas constitucionales y sociales que para algunos resultaban excesivamente socialistas. Decepcionado con el gobierno y con algunos sectores oficialistas del liberalismo, decidió romper con el partido en octubre de 1933. Fue en ese momento, cuando Gaitán y Carlos Arango Vélez decidieron fundar la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR).

Gaitán pretendió desarrollar en la UNIR su concepción política, tanto a nivel ideológico como organizativo. Impulsó una acción política permanente, carnetizó a los militantes del movimiento, organizó comisiones locales permanentes, y procuró crear los mecanismos que permitieran una relación estrecha entre los dirigentes y sus partidarios. Sin embargo, la presión ejercida sobre la UNIR por liberales y conservadores terminó a veces en hechos violentos. El 4 de febrero de 1934, en Fusagasugá, una manifestación de la UNIR, donde se encontraba Gaitán, fue abaleada por la policía y un grupo de liberales, con un saldo de cuatro muertos. Por otra parte, Gaitán era consciente de las dificultades para la realización del trabajo político por fuera del liberalismo.



Jorge Eliécer Gaitán.
Bronce de Bernardo Vieco.
Capitolio Nacional, Bogotá.

Herbert Braun considera que «el regreso de Gaitán al partido liberal fue inevitable. En la oposición se volvía fácilmente clasificable, quedaba aislado de los militantes del partido e iba perdiendo más poder cada día». El retorno de Gaitán al liberalismo en 1935 fue recibido con beneplácito entre los sectores de la élite bipartidista. Al año siguiente contrajo matrimonio con doña Amparo Jaramillo. El 8 de junio de 1936 se posesionó como alcalde de Bogotá. En sus escasos ocho meses de gestión, realizó una administración dinámica durante la cual pretendió introducir cambios en la ciudad en obras públicas y viales, actividades culturales, campañas de salubridad e higiene y vivienda para los trabajadores. Sin embargo, medidas como pretender uniformar a los conductores de vehículos públicos y la oposición de algunos sectores políticos presionaron la salida de Gaitán de la Alcaldía. El 23 de febrero de 1937 falleció doña Manuela Ayala, lo cual afectó profundamente a Gaitán. «Si algo me faltara, ahí está lo primero, la sombra de quien fue mi todo, la dulce maestra de escuela, hoy peregrina de la eternidad, que con su ejemplo supo enseñarme que en el camino del bien, lo imposible no es sino lo difícil mirado por ojos donde no ha nacido la fe y ha muerto la esperanza», dijo sobre ella. Ese mismo año, en el mes de septiembre, nació su única hija, Gloria.

Entre 1938 y 1940 Gaitán realizó algunos viajes internacionales y continuó desarrollando su actividad jurídica. En 1939 fue elegido magistrado de la Corte Suprema de Justicia. En febrero de 1940 reapareció en la vida pública, esta vez como ministro de Educación del gobierno de Eduardo Santos, cargo que ocupó por el breve lapso de ocho meses. Desde el ministerio, Gaitán pretendió introducir una reforma integral de la educación, proyecto que fue rechazado por el Congreso. Sin embargo, realizó acciones inmediatas para atender problemas como el analfabetismo, y adelantó campañas de difusión y democratización de la educación y la cultura. En 1941 Gaitán formó parte del grupo contra la reelección de Alfonso López Pumarejo. En abril del año 42, fue elegido senador por el Departamento de Nariño, y en septiembre fue nombrado presidente del Senado. Durante la presidencia interina de Darío Echandía, Gaitán fue miembro del gabinete como ministro de Trabajo, entre el mes de octubre de 1943 y junio de 1944. Como ministro, recorrió los sitios de mayor concentración obrera, como el río Magdalena y Medellín. En 1944, Gaitán decidió lanzar su candidatura presidencial e inició una vertiginosa carrera política que sólo pudo ser contenida con su asesinato en el año 48. Esta vez, recordando su frustrada experiencia en la UNIR, decidió mantenerse en el partido liberal y construir un movimiento que algunos han denominado Movimiento Gaitanista. Otra de las razones por las cuales Gaitán no se retiró del liberalismo, la explica ampliamente Herbert Braun: «Si hubiera mantenido su independencia abandonando el partido liberal, los convivialistas (oligarquías) lo habrían excluido, tanto física como ideológicamente [...] Gaitán escandalizó a los jefes tradicionales, poniéndolos constantemente a la defensiva y estableciendo así los vínculos con el pueblo que era el origen de su poder». Su campaña, iniciada con la consigna «Por la Restauración Moral y Democrática de la República», pretendía construir un proyecto político antioligárquico, que enfrentaba por igual a la oligarquía liberal y a la conservadora. La disciplina y organización de masas del movimiento gaitanista desconcertaba a los sectores políticos tradicionales, que observaban con asombro la rapidez con que el movimiento fue alcanzando un cubrimiento nacional. En

mayo de 1944, los gaitanistas contaban con su propio periódico: *Jornada*. Tras una magnífica labor de organización, que duró varios meses, se realizó una convención popular y democrática a lo largo de una semana. La convención concluyó el domingo 23 de septiembre de 1945, en la Plaza de Toros de Bogotá, donde se proclamó a Gaitán como candidato del pueblo. La movilización de masas populares y una convención en la plaza pública contrastaban radicalmente con las costumbres políticas del bipartidismo. En palabras de Braun, ese día «Gaitán volvió todo al revés y transformó simbólicamente a sus oyentes en actores de la historia».

Actualmente, los análisis consideran que Gaitán, más que un disidente del liberalismo, representa un nuevo movimiento que se convirtió en una alternativa política sustentada sobre un movimiento social. Según Alfonso López Michelsen, «Gaitán, a diferencia de la casi totalidad de sus contemporáneos, era un socialista de convicciones», y así lo identificaron muchos de sus coetáneos. Sin embargo, por la confusión que suscitan, las posiciones ideológicas de Gaitán han sido descritas como ambiguas y contradictorias. No obstante, ideológicamente existe continuidad en el pensamiento de Gaitán, tal como lo plasmó en *Las ideas socialistas*, en 1924, pero su acción política cambiaba de acuerdo a las circunstancias que se presentaran. El historiador Gonzalo Sánchez establece una hipótesis que expresa claramente el accionar político de Gaitán y del gaitanismo: «El proyecto gaitanista no tiene una formulación acabada en un momento dado, sino que se estructura en su trayectoria misma, integrando al presente su propio pasado. Pero esto no invalida la posibilidad de definir, en cada una de sus etapas, blancos claramente diferenciables sobre los cuales recae el énfasis de su acción». En síntesis, lo que cambiaba no eran sus ideas, lo que variaba eran sus tácticas políticas.

El 20 de abril de 1946, en uno de sus acostumbrados discursos en el Teatro Municipal, Gaitán estableció la diferencia entre el "país político" y el "país nacional". Según Gaitán, «en Colombia hay dos países: el país político que piensa en sus empleos, en su mecánica y en su poder, y el país nacional que piensa en su trabajo, en su salud, en su cultura, desatendidos por el país político. El país político tiene metas diferentes a las del país nacional. ¡Tremendo drama en la historia de un pueblo!». En las elecciones del 5 de mayo de 1946, ganadas por el candidato del conservatismo, Mariano Ospina Pérez, el candidato oficial del liberalismo, Gabriel Turbay, obtuvo la segunda votación. Gaitán, con una votación significativa, quedó en tercer lugar, con mayoría en los principales centros urbanos del país. Para Gaitán, las elecciones habían sido sólo un peldaño más en el camino a la presidencia. A partir de este momento reinició la campaña "Por la reconquista del poder". Como lo señala Braun, «con los conservadores en el poder, Gaitán se apoderaba de un partido liberal en la oposición. En la derrota liberal [Gaitán] vio su propia victoria». El 18 de enero de 1947 se inició una convención popular para escoger candidatos a las elecciones al Congreso, durante la cual se presentó la plataforma y los estatutos modernos del partido liberal, documentos conocidos como la "Plataforma del Colón", que propugnaba por la democracia social y económica. En las elecciones legislativas del 16 de marzo de 1947, se confirmaron las mayorías electorales del gaitanismo. A los pocos meses, los dirigentes tradicionales del liberalismo debieron reconocer la jefatura única de Gaitán en el partido liberal. Entre julio y agosto de 1947, Gaitán presentó a consideración del Congreso un proyecto de ley conocido como el "Plan Gaitán". El proyecto contemplaba fundamentalmente reformas democráticas en la esfera económica; sin embargo, la oposición del Congreso frustró las propuestas del plan. La complicada situación de violencia política del país en los dos últimos años, llevó a Gaitán a organizar, el 7 de febrero de 1948, la "Manifestación del Silencio" que convocó a más de cien mil personas en la Plaza de Bolívar. La impresionante marcha demostró la disciplina y organización alcanzadas por el movimiento gaitanista, lo que causó temor en los sectores tradicionales del bipartidismo. Pocos días después, Gaitán fue a Manizales y pronunció la "Oración por los Humildes", como homenaje a los liberales asesinados el 15 de ese mes. El 18 de marzo, ante la violencia incontrolada del régimen, Gaitán puso fin a la colaboración de los liberales con el gobierno de Ospina Pérez. El 30 de marzo se inauguró en Bogotá la IX Conferencia Panamericana; la delegación colombiana estaba presidida por Laureano Gómez. De esta Conferencia fue excluido Gaitán. El 8 de abril, como defensor del teniente Jesús María Cortés Poveda, Gaitán obtuvo su último éxito profesional. El 9 de abril, a la 1:05 de la tarde, al salir de su oficina, Jorge Eliécer Gaitán cayó asesinado. Su muerte provocó una insurrección popular en todo el país [*Ver tomo 2, Historia, pp. 536-539; y tomo 5, Cultura, pp. 159-160*].

IVÁN MARÍN TABORDA

Bibliografía

ALAPE, ARTURO. *El Bogotazo: así fue el 9 de abril*. Bogotá, Pluma, 1983. 2ª ed.: Bogotá, Planeta, 1987. BRAUN, HERBERT. *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987. CÓRDOBA, JOSÉ MARÍA. *Jorge Eliécer Gaitán: Tribuno popular de Colombia*. Bogotá, Litografías Cor-Val, 1952. FIGUEREDO SALCEDO, ALBERTO (Ed.). *Colección Jorge Eliécer Gaitán: Documentos para una biografía*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1949. GAITÁN, JORGE ELIÉCER. *Las ideas socialistas en Colombia*. Bogotá, Centro Jorge Eliécer Gaitán, 1984. GAITÁN, JORGE ELIÉCER. *El debate sobre las bananeras*. Bogotá, Centro Jorge Eliécer Gaitán, 1988. LÓPEZ MICHELSEN, ALFONSO. *Esbozos y atisbos*. Bogotá, Antares, 1980. MORENO, DAVID. *Trayectoria del pensamiento político de Gaitán*. Bogotá, Centro Jorge Eliécer Gaitán, 1983. ORTIZ MÁRQUEZ, JULIO. *El hombre que fue un pueblo*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980. OSORIO LIZARAZO, JOSÉ ANTONIO. *Gaitán: Vida, muerte y permanente presencia*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1982. PEÑA, LUIS DAVID. *Gaitán íntimo*. Bogotá, Editorial Iqueima, 1949. PÉREZ, LUIS CARLOS (Ed.). *Jorge Eliécer Gaitán. Su obra científica*, 4 Vols. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1952. ROBINSON, J. CORDELL. *El movimiento gaitanista en Colombia*. Bogotá, Tercer Mundo, 1976. SÁNCHEZ G., GONZALO. *Los días de la revolución: Gaitanismo y 9 de abril en provincia*. Bogotá, Centro Jorge Eliécer Gaitán, 1983. SCHARPLESS, RICHARD E. *Gaitán of Colombia: A Political Biography*. Pittsburg, University of Pittsburg Press, 1978. VALENCIA, LUIS EMIRO (Ed.). *Gaitán. Antología de su pensamiento económico y social*. Bogotá, Ediciones Suramérica, 1968. VILLAVECES, JORGE (Ed.). *Los mejores discursos de Gaitán*. Bogotá, Editorial Jorvi, 1968.

GAITÁN DURÁN, JORGE

Poeta, crítico literario, ensayista y pensador de Norte de Santander (Pamplona, febrero 12 de 1925 - Antillas Francesas, junio 22 de 1962). Alma del movimiento intelectual de Mito, Jorge Gaitán Durán era hijo del ingeniero Emilio Gaitán Martín y de la ilustre santandereana Delina Durán

Durán, perteneciente a una familia de políticos liberales, propietarios de tierras en el departamento. Desde su nacimiento, su sino fue la abundancia, lo que le permitió llevar una vida cómoda, enteramente consagrada a la pasión intelectual: viajes, libros, creación de una revista de cultura, apoyo ideológico al liberalismo de su país. Gaitán Durán estudió la primaria y el bachillerato en Cúcuta (nació en Pamplona incidentalmente, durante una breve permanencia de su madre allí). Ya en la secundaria se manifestaron sus inquietudes literarias y por el teatro, al lado de su afición al basquetbol, deporte en el cual representó a su departamento a nivel nacional al terminar el bachillerato. En 1941 viajó a Bogotá para hacer sus estudios universitarios. Se inscribió en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional, pero el año siguiente pasó a la Javeriana para estudiar Derecho, carrera que terminó en 1947, cuando ya había publicado sus dos primeros libros de poemas: *Insistencia en la tristeza* (1946) y *Presencia del hombre* (1947). Para el joven poeta, así como para el ya bastante formado intelectual, el medio literario bogotano resultaba demasiado provinciano (lo cual no deja de sentirse en sus versos), dominado por el culto social al poeta como hombre público y por la ausencia total de crítica. Gaitán trató de acomodarse a ese medio, con incursiones de reseñista en *El Tiempo* y en algunas revistas culturales. Sin embargo, su trabajo reclamaba contexto, una mayor visión literaria y una experiencia de la modernidad que Colombia no podía ofrecerle en ese momento. Por ello fue fundamental en su vida el exilio, entendido como una pura aventura intelectual autónoma. No obstante, hay que resaltar el hecho de que Gaitán ya había iniciado en Colombia una carrera poética de relativos (y precoces) logros, y que ya se había involucrado en el tortuoso y difícil quehacer político del país, justo en el período de la Violencia, apoyando el movimiento del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán y, asesinado éste, participando en un conato de insurrección que lo llevó a acompañar a Jorge Zalamea en la toma de la Radiodifusora Nacional, el mismo 9 de abril. De cualquier modo, antes de viajar a Europa en 1950, Gaitán Durán ya había establecido algunos contactos y forjado amistades intelectuales que a su regreso fueron decisivas en su misión de humanista. Tal es el caso de su relación con el propio Zalamea o con Hernando Téllez, quien prologó su segundo libro de poemas. Es decir, de alguna manera se relacionó con los intelectuales de la generación anterior, los más cosmopolitas y un tanto al margen del medio que Gaitán despreciaba.



Jorge Gaitán Durán.
Fotografía de "Cromos", enero 12 de 1959.

Visto el clima de violencia en que se pervertía su acción política, Gaitán partió hacia Caracas en 1950 y se embarcó en La Guaira rumbo a Europa. Simultáneamente, comenzó a escribir un *Diario* que debe contarse entre los monumentos literarios no convencionales más lúcidos y reveladores que hayan sido escritos en Colombia. Este *Diario* abarca dos períodos de viaje: 1950-1953 y 1959-1960. En sus maletas, Gaitán llevaba los manuscritos de su tercer poemario, tal vez el más singular de todos por la presencia de un riquísimo y sensual fraseo lleno de exuberantes descripciones del trópico y de gran color paisajístico. Ese libro, *Asombro*, fue publicado en París en 1951. Por lo demás, Gaitán iba buscando una redefinición más vital (y más primordial: en sus fuentes) del socialismo crítico al que se había inclinado desde su experiencia liberal colombiana. Partía de un supuesto que de hecho tiene mucho que ver con el tono trágico de su propia poesía: el determinismo (no del todo ineluctable) de la conciencia de clase burguesa. Entre sus primeras anotaciones en el *Diario*, aún embarcado, leemos, en una consideración sobre la condición de negro de uno de sus compañeros de viaje: «Hasta cierto punto su situación es semejante a la del escritor burgués, de acuerdo intelectualmente con el marxismo, pero que no puede asumirlo humanamente». Al mismo tiempo, reconocía, pocos meses después, en Varsovia, la importancia de un gobierno socialista orientado a lo "esencialmente" popular. Esa doble tensión de su ser de intelectual en busca de compromiso se hará patente en su *Diario* como un mohín crítico, a veces demoledor, no sólo con todo aquello que consideraba fracaso político, sino también contra su propia condición de escritor sin patria y sin tradición. En París, Gaitán tomó varios cursos de cine y crítica cinematográfica, en el IDHEC. Allí conoció a Dina Moscovicci, con quien se casó y tuvo una hija, Paula, en 1952. Durante ese año viajó por Rusia y China: criticó duramente las inhumanidades del régimen soviético y en cambio encontró un modelo cuasi-ideal de revolución popular en China. Entre el 52 y el 53 recorrió Europa, vivió en Londres y en España y regresó a América. Después de una breve estancia en Río de Janeiro, donde vivía la familia de Dina, Gaitán retornó a Colombia, en junio de 1954, trayendo consigo los poemas que conforman *El libertino*, y con renovadas ansias de promover una empresa cultural de gran alcance. Se convirtió en socio fundador de la Editorial Antares y dictó clases en la Universidad Nacional: esas dos actividades presuponen el tipo de "empresa" que quería crear: una revista de cultura.

Como premonición de lo que será la "razón intelectual" de *Mito* (su revista y movimiento), cuyo primer número se entregó en mayo de 1955, razón intelectual que es una "problemática", puede leerse esta anotación en su *Diario* un par de años atrás: «No es falta de convicción lo que hiela al intelectual en la batalla; es su desdoblamiento: reflexiona sobre el acto en el mismo instante en que actúa. No logra confundirse con su lucha. Está en el infierno del sujeto. Cada cosa le parece presunción de una problemática: cada hecho le exige una decisión, en la cual compromete *todo lo que es*. En su obra se manifiestan los prejuicios que forman imperceptiblemente el "orden cultural establecido"». *Mito* nació bajo el signo de esa advertencia, de esa, si se quiere, contradicción del intelectual burgués. Plenamente asumida, plenamente consciente. Se trataba de una revista bimestral, conformada sobre dos grandes ejes: el literario (con especial aten-

ción a la poesía) y el ensayístico o de pensamiento (sociológico, filosófico e histórico, principalmente). Los intelectuales "nuevos", los de su generación, que Gaitán Durán había hallado, con quienes había hecho amistad y en quienes iba a delegar la misión de co-dirigir la revista, eran Hernando Valencia Goelkel, a quien había conocido en España, Pedro Gómez Valderrama y Rafael Gutiérrez Girardot, quien ya parecía haber optado por quedarse en Alemania. Más tarde, regresó su coterráneo (de Cúcuta) Eduardo Cote Lamus, a quien también había reencontrado en España y apreciado en las nuevas coincidencias intelectuales, olvidando viejas diferencias políticas y de provincia. Desde el primer número, la revista se caracterizó por sus excelentes colaboradores, sobre todo internacionales. A través de sus viajes, Gaitán había conseguido entablar amistad o hacer contacto con escritores y pensadores de todo el mundo. Por eso encontramos en *Mito* colaboradores como Octavio Paz, Vicente Aleixandre, José Manuel Caballero Bonald, Juan Liscano, Julio Cortázar, Jorge Guillén o Carlos Fuentes. Por otra parte, y en esto radica la gran importancia de la revista en nuestro medio, tradujeron de primera mano artículos y documentos claves del pensamiento moderno: Jean-Paul Sartre, Georg Lukács, Martin Heidegger, Edmund Husserl, Georges Bataille, Wright-Mills y muchos otros. Por su espíritu abierto, sus colaboradores y la visión actual y comprometida de sus gestores, *Mito* se convirtió en la revista de cultura más importante del país. Gaitán estaba en todo: escribía, redactaba, traducía, corregía pruebas, apuraba a los colaboradores, cazaba nuevos textos, seleccionaba. Pero él sabía que para *Mito* seguían siendo importantes sus viajes; por eso no se detuvo, no se sedentarizó en Bogotá. En 1956 regresó a Europa y dejó a Valencia Goelkel encargado de la revista. Es un decir: él siguió tan encargado como antes, ahora en París.

Al viajar, Gaitán no abandonó sus inquietudes políticas, pues desde meses atrás estaba empeñado en formalizar un movimiento intelectual contra la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla. Cuando regresó, en 1957, *Mito* fue vocero de ese movimiento hasta la caída de Rojas, en mayo. Desde ese momento, Gaitán Durán intensificó su acción política, dentro y fuera de la revista. Hizo parte del MRL (Movimiento Revolucionario Liberal), creado por Alfonso López Michelsen como disidencia liberal ante los primeros gobiernos frentenacionalistas; escribió en *La Calle*, el órgano de divulgación de ese movimiento, una serie de ensayos penetrantes sobre la realidad política nacional desde el readvenimiento del liberalismo al poder en 1930 (esos ensayos integraron posteriormente el volumen *La revolución invisible*, tal vez el ensayo político más revelador escrito en Colombia); acompañó a López en sus giras y llegó a figurar en listas para el Congreso. Mientras tanto, *Mito* continuaba su gran labor de difusión literaria, y en 1957, aprovechando el hecho de ser una empresa editorial con el respaldo de Antares, se dio inicio a la colección bibliográfica de Ediciones Mito con la publicación de *Pesadumbre de la belleza*, de Baldomero Sanín Cano, el anciano decano de los ensayistas colombianos, quien murió ese año y a quien Gaitán había rescatado también para la revista. Descontando la publicación de sus dos últimos libros de poemas y los escasos avatares de una vida privada que era casi por completo una "vida de escritor", los últimos años de Gaitán se confundieron con los de la revista *Mito*. En 1959 se divorció de Dina y perdió luego la custodia de su hija Paula, mientras se afianzaba en una nueva relación sentimental con la escultora Feliza Bursztyn, con quien viajó a España en una suerte de luna de miel gozosa que nos relató en la segunda parte de su *Diario*. Ese año publicó *Amantes*, para algunos el mejor de sus libros de poemas y, en todo caso, el más conocido y acaso más representativo, en el sentido de retomar la temática del erotismo desde una perspectiva eminentemente reflexiva, sin perder el énfasis, notorio en sus dos primeros libros, en los tópicos trágicos de la caída y el desafío a los dioses. En 1961 publicó *Si mañana despierto*, en las Ediciones Mito, poemario en el que incluyó un fragmento del *Diario* (con la clara conciencia de que era publicable como literatura). Ese mismo año escribió el libreto de la ópera *Los hampones*, que se presentó en octubre con música de Luis Antonio Escobar y escenografía de David Manzur.

Poseído por el afán de cubrir varios campos, según su modelo del intelectual moderno, el año de su muerte (1962) fue su época más prolífica y febril en cuanto a actividades. Tras el lanzamiento de *Si mañana despierto*, Gaitán fue homenajeado por los "intelectuales" de Colombia, una lista abigarrada de escritores, pensadores, artistas, hombres públicos y poetas en quienes el magisterio de Gaitán, por lo menos oficialmente, es innegable. Por los mismos días, perdió por muy poco una curul en el Senado, ocupando el tercer renglón de la lista del MRL encabezada por Alvaro Uribe Rueda e Indalecio Liévano Aguirre. Publicó dos cuentos, con uno de los cuales, "El serpentario", ganó el Premio Nacional de Cuento. En abril viajó a París con la intención, muy significativa, de gestionar una edición completa de su *Diario*. Al regreso, el 22 de junio, murió al estrellarse el avión de Air France en que regresaba a Colombia en el momento en que tenía más planes y entusiasmos. La obra de Gaitán Durán es compleja. Abarca diversos géneros y no siempre resulta lograda en cada título. Por eso la mejor manera de abordarlo como escritor es bajo la insignia del intelectual. Fue un político intelectual, un crítico intelectual, un editor intelectual e, incluso, y sobre todo, un poeta intelectual. Su obra poética es disímil, pero llena de marcas de personalidad literaria. El sabía que su lucha era contra la retórica, pero que no era fácil desprenderse de ese estigma, no por lo menos sin sacrificar ciertos temas y ciertas expresiones que hacían atractiva la poesía de otros autores. Pero en su conjunto esta obra poética es notable: tanto por la intensidad del canto como por la novedad de la propuesta. Como ensayista, sus textos resultan de una agudeza y lucidez poco usual entre los escritores colombianos. Por otra parte, fue fundador indiscutible de temas y modos de ver los problemas histórico-culturales en nuestro medio. El legado de su revista, por el movimiento que nucleó y generó, sigue siendo un punto de partida para las nuevas generaciones intelectuales que buscan definirse en la historia nacional y mundial [*Ver tomo 4, Literatura, "El grupo de Mito", pp. 249-270; y tomo 5, Cultura, p. 176*].

OSCAR TORRES DUQUE

Bibliografía

CHARRY LARA, FERNANDO. "El grupo de Mito". En: *Poesías y poetas de Colombia*. Bogotá, Procultura, 1987. DUPUY DE CASAS, CECILIA. "La poesía de Jorge Gaitán Durán, una afirmación de la vida hasta en la muerte". Tesis de grado. Bogotá, Universidad de los Andes, 1975. GAITÁN DURÁN, JORGE.

Obra literaria. Bogotá, Colcultura, 1975. Gómez Valderrama, Pedro. *Jorge Gaitán Durán*. Bogotá, Procultura, 1992. Liscano, Juan. "Jorge Gaitán Durán: entre el erotismo y la pulsión de la muerte". *Eco*, Nº 223 (mayo 1980). Mojica, Sarah de. "El poeta como ensayista. Colombia: revista *Mito* 1955-1962". *Eco*, Nº 260 (junio 1983). Varios. *Textos sobre Jorge Gaitán Durán*. Bogotá, Ediciones Casa Silva, 1990.

Gaitán Obeso, Ricardo

Militar y político nacido, al parecer, en Ambalema, Tolima, en 1850, muerto en Panamá, el 13 de abril de 1886. Parte de la vida de Ricardo Gaitán Obeso transcurrió dedicada a las labores del campo en una hacienda de su propiedad. Posteriormente alcanzó alguna representación regional, debido a su paso por la Escuela Militar fundada por el general Tomás Cipriano de Mosquera y a sus vínculos con La Culebra de Ambalema, una secreta sociedad política liberal. Antes de convertirse en una gran figura del radicalismo, su carrera política y militar se había limitado al cargo de prefecto de la región del Tequendama y a su participación en la batalla de Garrapata, en 1877. A finales de 1884, Gaitán Obeso decidió sumarse a las manifestaciones de inconformidad de los radicales, dirigidas en principio contra las autoridades de los estados, pero que luego determinaron el inicio de una guerra civil contra el gobierno de Rafael Núñez. Al tiempo que los radicales se levantaron en Santander y llevaron la llama de la revolución a Boyacá, Gaitán Obeso se sublevó contra el despótico gobierno del general Daniel Aldana en Cundinamarca. En septiembre de ese año, Gaitán Obeso asaltó con 200 ó 300 hombres la población de Guaduas, en un hecho calificado de sangriento debido a los saqueos, mutilación de cadáveres y fusilamiento de prisioneros. Ante la superioridad de las fuerzas federales, Gaitán aceptó firmar un tratado y disolver su pequeño ejército, con la promesa de no volver a intentar nuevas perturbaciones del orden público. En diciembre de ese año, el jefe radical rompió el acuerdo al conocer los avances de la rebelión en Boyacá y los nuevos brotes revolucionarios en otros lugares del país. Fue en este momento cuando Gaitán Obeso emprendió su audaz campaña militar por el río Magdalena, que lo llevó a merecer el reconocimiento del liberalismo radical. El rápido recorrido que lo colocó en el control de la principal arteria fluvial del país, se inició en Honda y concluyó en Barranquilla, donde Gaitán hizo una entrada triunfal, el 5 de enero de 1885, acompañado de un pequeño ejército de doscientos hombres, enganchados en su mayor parte a su paso por las poblaciones ribereñas. En el camino y en el puerto de Barranquilla capturó barcos mercantes y de guerra. En ese puerto aumentó su fuerza a más de 2000 hombres y formó un apreciable fondo de guerra al incautar los recursos de la aduana y exigir préstamos forzosos. Luego de su resonante triunfo, Gaitán Obeso intentó ayudar con elementos de guerra a los rebeldes del interior del país y logró rechazar un ataque gobiernista sobre la ciudad de Barranquilla. Entre tanto, las tropas revolucionarias eran doblegadas por las fuerzas conservadoras en Tolima, Cauca, Boyacá y Santander, debido a la falta de recursos, la descoordinación de los mandos militares y la ausencia de una clara estrategia en la conducción de la guerra. Tras el frustrado sitio de Cartagena, en el que participó Gaitán Obeso y otros altos mandos del radicalismo venidos del interior, se intentó despejar de nuevo el río Magdalena y reemprender la contienda. Los últimos reductos de combatientes se dividieron en tres bloques, uno de ellos a cargo de Gaitán Obeso, quien navegando con dos buques tenía la misión de reiniciar el conflicto en el Estado del Tolima. No obstante, bien pronto se dieron cuenta los radicales que la rebelión ya no contaba con adeptos, Gaitán disolvió sus tropas y se internó por las selvas del Carare, donde meses más tarde cayó prisionero.



Ricardo Gaitán Obeso.
Fotografía de autor anónimo.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

De audaz militar, aunque criticado por muchos debido a sus acciones de guerra, Gaitán Obeso pasó a convertirse en un mártir, gracias a que no capituló con sus enemigos, al juicio político que se le siguió y a su extraña muerte en prisión. El consejo verbal de guerra en su contra, que no tenía mucho asidero legal, se llevó a cabo por instrucciones de Rafael Núñez a comienzos del mes de octubre de 1885. Gaitán se defendió diciendo que no había hecho nada diferente a lo que hacían sus enemigos políticos en guerras pasadas y que no reconocía a sus juzgadores como jueces, porque no existía ley que autorizara al vencedor para juzgar al vencido. Recordó, además, que él se había alzado para defender las instituciones y que el rebelde era el presidente que las había echado por tierra, al declarar que la Constitución de Rionegro había dejado de existir. Y agregó: «Hoy no hay gobierno, dicen nuestros adeptos, lo que hay es un interregno. Es decir, que estamos en plena naturaleza, en el estado primitivo, en el caos de una creación política. Pues bien, si esto es así, no habrá más ley que la voluntad incontrastable de un hombre, y ante esa voluntad no puede haber razón ni justicia para el vencido». El fiscal de la causa, el general Alberto Urdaneta, pidió para Gaitán Obeso la pena de muerte, pero de ello lo salvaron algunos de los votos de los generales que conformaban el consejo de guerra. Resultó condenado a diez años de prisión que comenzó a purgar en la penitenciería de Bolívar, y posteriormente en la de Panamá, donde falleció súbitamente. El parte médico señalaba que había muerto de fiebre amarilla, pero otras versiones indicaron que había sido envenenado por sus carceleros. El gobierno lo enterró en secreto para evitar que el liberalismo de Panamá le hiciera un homenaje a su memoria.

MARIO AGUILERA PEÑA

Bibliografía

Deas, Malcolm. *Pobreza, guerra civil y política: Ricardo Gaitán Obeso y su campaña en el Río Magdalena, 1885*. Bogotá, Fedesarrollo, 1978. España, Gonzalo. *La guerra civil de 1885*. Bogotá, El Ancora, 1985.

GAITANA, CACICA

Cacica que gobernaba entre los grupos indígenas asentados en los alrededores de Timaná (Huila), a mediados de la primera mitad del siglo XVI (1538). Obedecida por gran número de vasallos, la Cacica Gaitana estaba emparentada con los más principales señores de los pueblos paeces y yalcones. En 1538, luego de que Pedro de Añasco recibiera la orden de fundar un asentamiento de españoles en la región, las exigencias del español exasperaron a la población indígena. Por este motivo se empezaron a presentar manifestaciones de rebeldía entre los nativos, una de las cuales surgió cuando Añasco ordenó que el hijo de esta señora viuda, la Cacica Gaitana, fuera ante él. Como el joven no lo hizo con la celeridad deseada por el español, Añasco lo hizo prender y quemar vivo en presencia de su madre, cuyos ruegos no fueron escuchados. Impotente ante la muerte de su hijo, la Gaitana buscó el apoyo de los dirigentes paeces, piramas, guanacas y yalcones para tomar venganza del español. Más de seis mil yalcones, encabezados por el cacique Pioanza, quien fuera su más importante aliado, y otros tantos guerreros de los demás cacicazgos, atacaron a los españoles y tomaron preso a Añasco. Entonces, la Gaitana ejecutó en él los tormentos ideados por una madre que nunca pudo perdonar a quien hiciera morir a su hijo abrasado por las llamas. Le sacó los ojos y le perforó debajo de la lengua para pasarle una soga, de donde lo llevaba tirando de pueblo en pueblo y de mercado en mercado, mostrándolo a todos y haciendo grandes fiestas para celebrar la victoria. Cuando Añasco tenía el rostro hinchado y desencajado a fuerza de tirones y era previsible su próxima muerte, le empezaron a cortar, de tiempo en tiempo, sus extremidades. Al morir, su cabeza fue cortada para hacer vasos y su cuerpo desollado y rellenado de cenizas para exhibirlo como trofeo. Su carne fue utilizada para celebrar una gran fiesta a la que asistieron los dirigentes aliados de la Gaitana, y durante la cual hombres y mujeres entonaron cantos en los que narraban sus hazañas y las flaquezas y cobardías de los españoles. Este episodio significó el fortalecimiento de la resistencia encabezada por la Gaitana contra los españoles, ya que la Cacica continuó adelantando acciones de aglutinamiento de



"Los potros", monumento en homenaje a La Gaitana, de Omar Bechara, Neiva.

la población y de sus líderes contra el invasor. Inicialmente los indígenas obtuvieron varios triunfos sobre las tropas enviadas para vengar la muerte de Añasco, lo que favoreció el engrosamiento de sus filas. En 1539, más de doce mil guerreros atacaron a los españoles en Timaná, aunque su acción no fue exitosa, debido en gran parte a la delación del cacique Imando, vecino de los yalcones y aliado de los españoles. Sin embargo, las consultas hechas por la Gaitana a sus dioses, ya que ella también fue dirigente religiosa, le dieron pie para pronosticar la derrota del enemigo. En esta oportunidad se le unieron otros grupos, entre ellos los panaes o pamaos y los pinaos o pijaos, con lo que se formó un ejército de más de quince mil guerreros. De nuevo la delación de Imando les impidió alcanzar el éxito, aunque hizo que los españoles pensaran en abandonar la región. La posterior llegada de refuerzos españoles impidió que este proyecto se llevara a cabo y con impresionante rapidez se colocó a los indígenas al borde de la extinción. Según la información del cronista fray Pedro Simón, quien escribió alrededor de 1626, de catorce o quince mil indios que había cuando se pobló la villa de Timaná, quedaban sólo unos seiscientos indígenas, como consecuencia del exceso de trabajo, las epidemias de viruela y las guerras. En este caso, como en muchos otros, la invasión europea dejó a los indígenas americanos sin alternativas. Ni la guerra contra el invasor, ni el sometimiento al rey y a sus encomenderos, les permitieron librarse de las fuerzas que los empujaban a la destrucción. [*Ver tomo 1, Historia, p. 104*].

MARTA HERRERA ÁNGEL

Bibliografía

CASTELLANOS, JUAN DE. *Elegías de varones ilustres de Indias* [1589]. Bogotá, Presidencia de la República, 1955, Vol. III. SIMÓN, FRAY PEDRO. *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* [1626]. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1981-82, Vol. V.

GALÁN, JOSÉ ANTONIO

Líder santandereano de la insurrección de los Comuneros en 1781 (Charalá, ca. 1749 - Santafé de Bogotá, febrero 1 de 1782). José Antonio Galán es una de las figuras más recordadas de la historia colombiana, debido a su ejecución por las autoridades españolas y a que su memoria se ha perpetuado como símbolo de la lucha de los grupos sociales más débiles de la sociedad colombiana. Nacido en Charalá, un pueblo tabacalero de la provincia del Socorro, su origen era humilde, tanto por ser hijo de campesinos como por su color mestizo, un grupo sociorracial cuantitativamente predominante pero de segundo orden en la pirámide social del siglo XVIII. Galán apenas aprendió a firmar. Casi toda su vida la dedicó a trabajar como jornalero, pero no llegó a poseer tierra propia; cuando el alcalde de Charalá quiso cumplir con el punto de la sentencia que ordenaba embargar su casa y regarla con sal, debió comunicar a las autoridades de Santafé que en su jurisdicción no se había encontrado «el importe de un cuartillo, ni menos que José Antonio Galán tuviese casa ni domicilio formal en ésta». Es poco lo que se conoce de la vida de Galán antes de 1781, tan sólo que se casó y que fue condenado por las autoridades a pagar el servicio militar en el Regimiento Fijo de Cartagena, acusado por su esposa de haber cometido incesto con una de sus hijas. Galán negó la acusación pero reconoció que «tuvo sugestiones del demonio y algunos tactos lascivos con ella, que en lo demás todo es falso cuanto se dice». No se conocen las circunstancias en que Galán se vinculó al alzamiento del común, pero el haber sido nombrado suboficial en el ejército del Común, indica que debió tener alguna ascendencia entre los círculos plebeyos que se vincularon al alzamiento. Por lo general, los sectores sociales prominentes de la región socorrana se parapetaron en la dirección del movimiento tras los cargos de capitán, permitiendo que los jefes naturales de la plebe se colocaran como suboficiales para garantizar la cohesión y la obediencia de la tro-

pa. Galán fue ascendido a capitán volante luego de la escaramuza de Puente Real, el 7 de mayo de 1781, cuando las tropas comuneras dieron cuenta de un pequeño destacamento realista que trató de impedir el avance del ejército del Común hacia Santafé. En el ascenso a ese puesto, que significaba el permanente desplazamiento territorial y la calidad de agitador, influyó la experiencia militar adquirida por Galán en su estadía en Cartagena y su manera de imponer orden y disciplina a los combatientes durante al asalto a Puente Real.

Las contradicciones entre Galán y la dirigencia del movimiento comenzaron durante la marcha a Zipaquirá. No fue bien visto que Galán declarara libres de tributos a los indígenas, ni que despojara de sus armas y del bastón de mando a las autoridades realistas de Nemocón. Por estos hechos Galán fue encarcelado en esa población, el 24 de mayo, pero debió ser puesto en libertad al día siguiente debido a la ascendencia de que gozaba sobre la tropa, que lo juzgaba como «un hombre pobre y de mucho ánimo»; y por intervención del generalísimo Juan Francisco Berbeo, quien consideró que Galán era la persona más indicada para dirigir el destacamento comunero que habría de obstruir la comunicación entre Santafé y Facatativá, y de interceptar las armas que había enviado el virrey desde Cartagena. No es descartable que Berbeo pretendiera entrar en conversaciones con las autoridades realistas y que buscara excluir a Galán del campo de Zipaquirá, debido a la radicalidad que mostraba parte de la tropa comunera, particularmente la proveniente de la región del Socorro, y por el liderazgo que sobre la misma había adquirido el capitán comunero. Esa pretensión de Berbeo quedaría clara en los días siguientes; el 31 de mayo Berbeo dio orden al cacique Ambrosio Pisco para que pasara con su tropa hasta las proximidades de Santafé, y se asegurara de que nadie entrara a la capital del Virreinato. Galán cumplió la orden de interceptar el correo al apresar al piquete realista que lo conducía, pero luego desconoció al generalísimo, desobedeciendo su orden de regresar y emprendiendo por su cuenta una campaña de agitación por algunos pueblos ribereños del río Magdalena. Documentalmente se puede demostrar que Galán desobedeció a Berbeo al expandir el movimiento por la provincia de Mariquita, por esto no tiene sentido la acusación de «traidor» que el escritor Enrique Caballero Escovar lanzó contra Galán con ocasión del bicentenario del levantamiento comunero. El escritor se basaba en una carta atribuida a Galán, donde supuestamente éste prevenía al regente visitador Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, el funcionario español que con sus medidas fiscales precipitó el alzamiento del común, de la orden expresa de Berbeo de entregar su cabeza. Es obvio que Galán no tenía dicha comisión, por cuanto su campaña por esos lugares provenía de su iniciativa, y porque Berbeo siempre se cuidó de incurrir en conductas que luego fueran difíciles de justificar ante las autoridades. La sanción que Berbeo y los dirigentes de la sublevación pretendían sobre el visitador no era la muerte, sino el extrañamiento, como quedó consignado en el artículo 16 de las capitulaciones. De otra parte, es bien significativo que Berbeo no hubiera sido llamado por las autoridades a rendir descargos por la supuesta orden, y en cambio rindiera explicaciones sobre asuntos de menor trascendencia. Igualmente cuenta que Galán no haya intentado, en el curso del proceso, aminorar las acusaciones que se le hicieron probando que le había salvado la vida al regente. En conclusión, lo más probable es que la carta haya sido una artimaña del propio Gutiérrez de Piñeres para tratar de disculpar la cobardía con que enfrentó el alzamiento; la pusilanimidad del regente visitador fue, en varias ocasiones, criticada incluso por las propias autoridades de Santafé. De la carta, además, no se conoce original y su existencia fue certificada por un funcionario subordinado de Gutiérrez de Piñeres.

Fue durante la campaña de Galán por la hoya del río Magdalena que el levantamiento del común mostró su faceta más revolucionaria. En las antiguas provincias de Mariquita y Neiva, el levantamiento se dirigió por igual contra los hacendados criollos y españoles, como contra las autoridades realistas. Los dueños de las grandes haciendas tuvieron que buscar refugio en las poblaciones más seguras, debido al alzamiento de sus trabajadores negros, indios, mestizos y blancos pobres. En los centros urbanos hubo también fuertes enfrentamientos, sin que los levantados pudieran hacerse al dominio de los mismos, como ocurrió en la provincia del Socorro. Esa guerra social contra los propietarios y funcionarios blancos pareció resumirse en el grito: ¡Mueran los blancos! En su recorrido por la zona, Galán pasó por Guaduas el 4 de junio, comandando un ejército de 200 a 300 hombres. Al llegar a Mariquita, el 16 de junio, contaba con 400 soldados armados con picas, espadas, lanzas, machetes y algunas armas de fuego. En esa población le dieron a conocer el contenido de las capitulaciones de Zipaquirá, sin que aceptara por ello reintegrar los dineros expropiados al rey y los particulares, de los cuales dejaba recibos e invertía en el sostenimiento del ejército. El 18 de junio Galán se tomó la hacienda de Malpaso y el 6 de julio, por intermedio de su subalterno Javier Reyes, promovió la rebelión en la hacienda cacaotera de San Juan de la Vega. El 20 de julio, el jefe comunero salió victorioso de una emboscada que le preparó Juan Antonio Fernández, vecino de Purificación y quien tenía la misión del Real Acuerdo de Santafé de entregarlo vivo o muerto. En su campaña Galán favoreció el enfrentamiento inter-racial, con la destrucción de los instrumentos de tortura que se usaban en las grandes haciendas, y con la liberación de esclavos negros. Esa lucha en pro de la abolición de la esclavitud y del orden social jerarquizado con base en el color de la piel y la "pureza de sangre", aparece vinculada con la idea de proclamar al inca del Perú como nuevo rey del Nuevo Reino, noción política hasta el momento ignorada por una historiografía empeñada en ubicar los idearios independentistas con posterioridad a la revolución francesa de 1789, y entre los círculos ilustrados del Virreinato. Esa idea, que se contrapone al grito inicial de ¡Viva el rey y muera el mal gobierno!, se relaciona con la campaña de Galán por la hoya del río Magdalena y es acreditada por funcionarios reales como Francisco Amaya, de la parroquia de Mariquita, quien afirmaba que Galán había llegado a «sembrar la semilla de que con este Reino no se juntaría más mío monarca y que al inca era a quien iban a proclamar de tal». La idea no podía tener mucha elaboración pues era pregonada por sectores iletrados, pero es significativa en la medida en que a la legitimidad de la monarquía invasora, se opuso la legitimidad ancestral del imperio más poderoso del sur del continente; resalta, además, el hecho de que hubiera sido apropiada en medio de un proceso insu-

rreccional, por negros, indios, mestizos y blancos pobres, sectores sociales discriminados y que soportaban todo el peso del orden colonial. Desde la perspectiva del proceso republicano y democrático del siglo XIX, se podrá alegar que dicha noción política representaba una marcha hacia atrás, porque significaba el retorno a una monarquía indígena ya superada; sin embargo, debe tenerse en cuenta que esa invocación a una forma política del pasado se hacía a partir de la experiencia de la dominación española, y con la práctica revolucionaria de la apropiación de tierras, de la abolición del tributo indígena y de la liberación de los esclavos negros. Históricamente era una utopía, pero al fin y al cabo un sueño creativo y liberador.

El 26 de julio Galán inició la retirada de la hoya del río Magdalena, al recibir una comunicación de un espía comunero que le informaba de la llegada a la Villa de Honda de las tropas realistas anunciadas. Su retirada no fue sigilosa: pasó por Llano Grande, El Espinal, la Mesa de Juan Díaz, Facatativá, y el 3 de agosto llegó a Zipaquirá, donde prorrumpió en insultos contra el corregidor Carlos de Burgos. En la primera quincena de agosto llegó a Chiquinquirá, donde se encontró con el dueño de la hacienda de San Juan de la Vega, aquella donde había liberado esclavos; el hacendado lo trató de azotar, mientras lo insultaba calificándolo de perro y ladrón. Galán se dirigió entonces hacia Santa Rosa de Cerinza, y el 2 de septiembre, a la parroquia de Mogotes, donde contaba con sus más fieles adeptos. Su llegada tranquilizó a los sectores populares de la zona donde se había originado el alzamiento, porque habían circulado rumores sobre su muerte, y porque esperaban que encabezara un nuevo movimiento contra las autoridades realistas. La idea de ese sector social era que Berbeo y la alta dirigencia del Común los había traicionado y que nada había cambiado. Por ello, las gentes de la región se habían manifestado en más de dieciséis tumultos, entre el 20 de junio y el 3 de septiembre, contra las autoridades, los capitanes del Común, la negociación en Zipaquirá y el posterior desconocimiento de las capitulaciones. Galán no mantuvo ninguna esperanza sobre las supuestas diligencias del arzobispo Antonio Caballero y Góngora, quien pidió una tregua de un mes, contado a partir del 10 de septiembre, con el objeto de intentar hacer cumplir las capitulaciones. Con ese convencimiento, Galán se preocupó por persuadir a sus aliados de ganar tiempo y no esperar a que concluyera la tregua propuesta por el prelado y con ella la llegada de tropas de Santafé. Desde el 23 de septiembre propuso acordar bajo la gravedad del juramento, los objetivos y la ruta del nuevo avance para atajar «este pernicioso cáncer que amenaza nuestra ruina en honra y haciendas, y cuando no las vidas, el infame borrón y sucesivo reato de una sonrojada esclavitud». Ante la insistencia de esperar que culminaran los días de la tregua, el jefe del Común propuso que fuera el último día, el 10 de octubre, cuando se iniciara la movilización hacia la capital del Virreinato. Su plan consistía en concentrar ese día a comuneros de 15 parroquias pertenecientes a las jurisdicciones de Pamplona y Sogamoso, en la población de Santa Rosa, para luego salir hacia Tunja y llegar a Guachetá, donde se reuniría con la otra división del ejército del Común, compuesta por gentes del Socorro y de San Gil, la cual debía seguir una ruta similar al desplazamiento que culminó con las capitulaciones. En Guachetá, se pensaba hacer Consejo de Guerra para definir el plan de ocupación de Santafé.

Galán aplazó la concentración en Santa Rosa para el 15 de octubre, y cuando se dirigía a Soatá a reclutar gente, fue apresado en el sitio de Chaguanete, en proximidades de Onzaga, antes de la medianoche del 13 de octubre. Tres días después, Galán y sus compañeros llegaron como prisioneros a la Villa del Socorro. Ningún herrero quiso colocarles y remacharles los grillos; el apresor, Salvador Plata, tuvo que mandar que lo hicieran sus esclavos. Por el camino hacia Santafé los procesados fueron planeando lo que iban a decir a las autoridades; un escolta testimonió que Galán les insistía a sus compañeros que lo que fueran a decir al «principio, eso era lo que habían de decir hasta el final». El juicio contra Galán y sus compañeros comenzó en los primeros días de noviembre y culminó con la sentencia del 30 de enero de 1782. No se conocen los argumentos ni de Galán ni de la defensa, debido a que no se ha encontrado la totalidad del expediente contra el jefe comunero. De cualquier manera, Galán no hubiera podido salvar su vida, pues anteriormente se había dado la orden de entregarlo vivo o muerto, y luego, cuando se conoció de su apresamiento, las autoridades dispusieron que debía ser ejecutado inmediatamente. La medida no se cumplió en el Socorro, debido a que se conoció cuando el reo iba en camino hacia Santafé. En ese sentido, también es significativo que en la sentencia a muerte se hubiera expresado que contra la misma no operaba ni súplica ni recurso, pues se trataba de reos «convictos, confesos y notorios». El 30 de enero de 1782, Galán escribió su testamento, nombrando a un negro esclavo de Charalá como primer acreedor. Debía 31 pesos y le adeudaban $ 48; el texto concluía diciendo: «En lo que me deben es mi voluntad pagar lo que debo y en lo restante se le dé a mi mujer e hijos». Galán no murió en la horca como mandaba la sentencia, sino que fue arcabuceado, debido a que el verdugo, un negro, no estaba diestro en el oficio. Posteriormente, fue colgado en la horca y sus compañeros pasaron por debajo de la misma como parte del escarmiento. Era el día viernes 1 de febrero de 1782. Ni la memoria de Galán ni la de los Comuneros será recogida por los próceres de la Independencia, seguramente porque el acento social de tal lucha y el comportamiento de sus dirigentes era una referencia inconveniente para los objetivos que se proponía la guerra de Independencia. El recuerdo del líder comunero permanecerá en la memoria y en la leyenda de los campesinos de la provincia del Socorro, con unos rasgos que lo iden-



José Antonio Galán.
Oleo de Domingo Moreno Otero.
Museo Nacional, Bogotá.

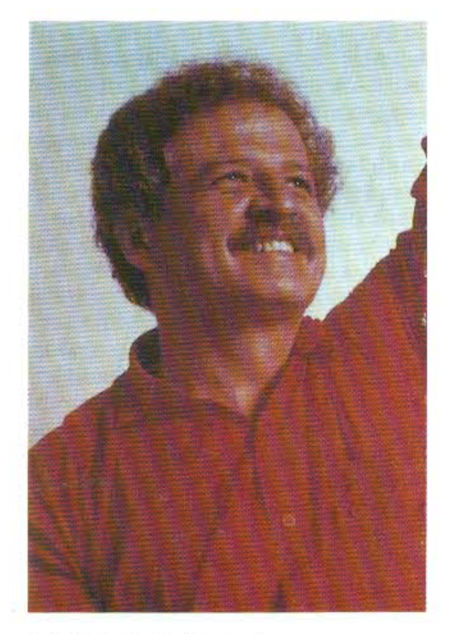
tifican con un bandolero social, antes que con un precursor de la independencia política frente a España [*Ver tomo 1, Historia, pp. 205-210*].

MARIO AGUILERA PEÑA

Bibliografía

AGUILERA PEÑA, MARIO. *Los comuneros: guerra social y lucha anticolonial*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1985. ARCINIEGAS, GERMÁN. *20.000 Comuneros hacia Santa Fe*. Bogotá, Pluma, 1981. FRIEDE, JUAN. *Rebelión comunera de 1781. Documentos*. Bogotá, Colcultura, 1981. GUTIÉRREZ, JOSÉ FULGENCIO. *Galán y los Comuneros*. Bucaramanga, Imprenta Departamental, 1939. PHELAN, JOHN LEDDY. *El pueblo y el rey. La revolución comunera en Colombia, 1781*. Bogotá, Carlos Valencia, 1980.

GALÁN SARMIENTO, LUIS CARLOS



Luis Carlos Galán Sarmiento. Fotografía de Hernán Díaz, 1989.

Político santandereano, fundador del Nuevo Liberalismo (Bucaramanga, septiembre 29 de 1943 - Soacha, Cundinamarca, agosto 18 de 1989). Hijo de Cecilia Sarmiento Suárez y de Mario Galán Gómez, destacado dirigente liberal del Departamento de Santander, Luis Carlos Galán Sarmiento pasó su niñez felizmente, en el marco de sólidos lazos familiares y en el seno de un hogar a la par afectuoso y austero, conformado por doce hijos (María Lucía, Gabriel, Cecilia, Helena, Elsa, Gloria, Antonio, Juan Daniel, Mario Augusto, Francisco Alberto y María Victoria). «A mi mamá le debo la vida, a mi papá le debo el espíritu", dijo Galán en Oxford. En medio de los rigores propios de una familia tan numerosa, se fue templando y enriqueciendo el espíritu de los Galán Sarmiento. Tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, Mario Galán, como muchos otros jefes liberales, padeció las persecuciones políticas junto con su familia, que se trasladó a Bogotá en 1949, cuando fue designado contralor General Auxiliar de la República. En 1950 Galán inició sus estudios en el Colegio Americano, y en 1952 ingresó al Colegio Antonio Nariño. Su padre recuerda que para esa época «ya Luis Carlos se había leído todos los discursos que Gabriel Turbay pronunció en la campaña presidencial y tenía especialmente subrayado uno sobre el papel político que debía cumplir la juventud colombiana, en particular la frase que decía que cuando la juventud se pone de pie en defensa de los ideales de libertad, justicia y fraternidad, siempre la patria ha podido esperar algo grande». Destacado estudiante, en 1957 participó activamente en las marchas estudiantiles de protesta contra el régimen dictatorial del general Gustavo Rojas Pinilla, lo que le acarreó una detención policial que lo condujo a una noche de prisión, a pesar de ser todavía un niño. En 1960 se graduó con honores como bachiller e ingresó a la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, a estudiar Derecho y Economía. En 1963 fundó la revista universitaria *Vértice*. En la formación intelectual de Galán tuvieron notable influencia las ideas de Pierre Teilhard de Chardin y los libros de Nikos Kazantzakis. «La sensibilidad social del autor, el hombre integral que buscaba y la lucha interna que Kazantzakis padeció y soportó a través de su vida entre el ángel y la bestia, entre la naturaleza interior y superior del hombre, entre el mundo pasional y el espíritu, lo fascinaban —dice su padre— la búsqueda de esa trascendencia espiritual y el esfuerzo para realizarlo constituía para Luis Carlos el objetivo de la vida, no solamente en lo individual sino también en lo colectivo». En 1965 culminó sus estudios universitarios y se vinculó al diario *El Tiempo*, donde desarrolló una vertiginosa carrera como periodista, editorialista, asistente del director, columnista y miembro de la junta directiva, para lo cual contó siempre con el apoyo del ex presidente Eduardo Santos y de Roberto García-Peña, director del periódico. En 1969 fue designado por el presidente Carlos Lleras Restrepo como secretario de la delegación de Colombia a la Segunda Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo (UNCTAD), en Nueva Delhi. En 1970 fue designado ministro de Educación en el primer gabinete del presidente Misael Pastrana Borrero, cartera en la que cumplió una tarea progresista y de hondo contenido social. En 1971 contrajo matrimonio con la periodista Gloria Pachón Castro, a quien se ha reconocido por su temple, su inteligencia y su coraje. Con ella y con sus hijos Juan Manuel, Claudio Mario y Carlos Fernando, formó un hogar ejemplar.

En 1972 Galán Sarmiento fue nombrado embajador en Italia, y en 1974, aún siendo embajador, fue designado representante de Colombia ante la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). En 1976 regresó a Colombia como co-director del semanario *Nueva Frontera*, fundado por el ex presidente Carlos Lleras Restrepo. En las denominadas "elecciones de mitaca" de 1976, obtuvo su primera curul en una corporación de elección popular, al llegar al Concejo Municipal de Oiba, Santander. Durante los dos años siguientes acompañó al ex presidente Lleras Restrepo en su campaña por la reelección, en la que cumplió un importante papel. A pesar de que Lleras fue derrotado, Galán obtuvo una curul como senador de la República por el Departamento de Santander. El 30 de noviembre de 1979 fundó el movimiento Nuevo Liberalismo, como alternativa política dentro del partido liberal. En 1980 fue elegido concejal de Bogotá, y en 1981, en medio de una división del liberalismo, fue proclamado candidato presidencial para enfrentar al sector oficial del partido, representado entonces por el ex presidente Alfonso López Michelsen y por el gobierno del presidente Julio César Turbay Ayala. En esa contienda las elecciones favorecieron a Belisario Betancur, candidato conservador. Sin embargo, Galán obtuvo cerca del 10% de la votación total, y fue reelegido senador y diputado en 21 de las 23 Asambleas del país. El Nuevo Liberalismo siguió participando en todos los procesos electorales que se efectuaron hasta el momento de su disolución, en 1989, pe-

ríodo durante el cual conservó su representación en el Congreso, en los concejos y en las asambleas de casi todo el país. Galán se marginó de la contienda presidencial de 1986 para no ahondar en la división liberal y para permitir el regreso del partido a la Presidencia, como en efecto sucedió, tras la elección de Virgilio Barco. En medio de una sangrienta oleada de crímenes orquestados por los carteles de la droga, y de un claro anacronismo de los sectores oficiales del partido liberal, Galán se fue acercando al presidente Barco y apoyándolo en momentos determinantes para su gestión y para la estabilidad de su gobierno. En desarrollo de ese proceso se produjo el ingreso del Nuevo Liberalismo al gabinete nacional, en la cartera de Agricultura, en cabeza de Gabriel Rosas Vega. A la par se fue fortaleciendo la reunificación del partido liberal, que quedó sellada cuando Galán conquistó la consulta popular como mecanismo de selección del candidato único del partido a la Presidencia. Cuando Galán fue asesinado, el 18 de agosto de 1989, punteaba ampliamente las encuestas que lo convertían en el favorito para ganar tanto la consulta popular como la elección presidencial. Después de su asesinato, en medio del multitudinario sepelio y de la más grande manifestación colectiva de llanto por un dirigente caído que recuerde Colombia, su hijo mayor, Juan Manuel, encomendó a su joven jefe de debate, el entonces ex ministro César Gaviria Trujillo, las banderas de su padre. Gaviria, en medio de una desgarradora y valiente campaña presidida por la figura tutelar de Galán, conquistó la Presidencia en 1990.

La lucha política de Galán estuvo marcada siempre por la beligerancia crítica y la rebeldía constructiva. Sus compromisos para combatir la corrupción y el clientelismo, así como sus esfuerzos por modernizar los partidos políticos y las instituciones colombianas, fueron siempre evidentes. No obstante, las posiciones más peligrosas y categóricas las asumió enfrentando el narcotráfico y su penetración en la sociedad colombiana. En 1982, al conocer las referencias sobre sus actividades criminales, expulsó de su movimiento, en el que se había infiltrado al amparo de un congresista antioqueño, al narcotraficante Pablo Escobar, quien por entonces era un desconocido para la sociedad colombiana y para el mundo. A partir de ese momento, Galán fue el más caracterizado enemigo de los narcotraficantes, quienes iniciaron una inminente persecución contra él y contra su movimiento, bajo las instrucciones del propio Escobar y de Gonzalo Rodríguez Gacha. Su asesinato, en medio de una manifestación pública de enormes proporciones en la plaza de Soacha, se ha asociado, precisamente, con su lucha contra los carteles de la droga. No obstante, este magnicidio aún no ha sido aclarado y no se puede afirmar con certeza quiénes fueron sus autores intelectuales. Los objetivos del Nuevo Liberalismo los resumió el propio Galán al aceptar la candidatura presidencial, el 18 de octubre de 1981, en la ciudad de Rionegro, Antioquia: «Reorganizar la democracia colombiana; unificar a la Nación y conseguir una paz auténtica y perdurable para todos los colombianos; asegurar el papel histórico de nuestro país en la evolución de América; conquistar e integrar a la vida nacional la totalidad del territorio; acrecentar los recursos materiales y espirituales del pueblo colombiano; reivindicar el derecho de los colombianos a manejar y controlar los recursos naturales; devolver al ser humano su valor como eje de la sociedad; lograr la igualdad básica de oportunidades y derechos entre todos los colombianos; recuperar la dignidad de los poderes del Estado; modernizar la organización de las distintas colectividades políticas». Galán remató esta intervención reafirmando el compromiso con la disciplina y la autoridad surgidas en la persuasión racional, en contraste con la represión y la fuerza ciega, y pronunció la que hasta su muerte sería su consigna de campaña: «Por Colombia, siempre adelante, ni un paso atrás y lo que fuere menester sea». Parte fundamental del pensamiento galanista, particularmente en lo relativo a la apertura política y a la depuración de la democracia, quedó recogido en la Carta Política de 1991, aprobada por la Asamblea Constituyente convocada por un proceso plebiscitario atípico, surgido en las universidades colombianas a partir de los magnicidios ocurridos en 1989. «Galán —dijo Gaviria— le devolvió a la política su majestad y su grandeza».

JUAN LOZANO

Bibliografía

ZALAMEA, ALBERTO. *Galán*. Bogotá, Fundación Luis Carlos Galán Sarmiento, 1990.

GARAVITO ARMERO, JULIO

Matemático, ingeniero, astrónomo y economista político nacido en Bogotá, el 5 de enero de 1865, muerto en la misma ciudad, el 11 de marzo de 1920. Hijo del comerciante bogotano Hermógenes Garavito y de Dolores Armero, Julio Garavito Armero tuvo que trabajar desde muy joven para conseguir el sustento, pues su padre realizó algunos malos negocios que, además de acabar con gran parte de su fortuna, lo llevaron a la tumba. Esta situación obligó a doña Dolores a radicarse en Fusagasugá, donde educó a sus hijos menores: Justino, Fernanda y María Teresa, mientras que los mayores: José María, Jorge y Julio se quedaron en Bogotá. A los diez años, Garavito Armero ingresó al Colegio de San Bartolomé, donde realizó sus estudios bajo la tutela laica y el estímulo del matemático Manuel Antonio Rueda Jara, autor de la aritmética, el álgebra y la contabilidad que se dictaban entonces. Fue en el San Bartolomé donde Garavito Armero mostró claras inclinaciones para las ciencias matemáticas y astronómicas, al punto que a los once años calculó su primer almanaque y, a manera de divertimiento, se planteaba y resolvía originales problemas geométricos. Tal inclinación por la ciencia, y pese a ser muy callado y demasiado tímido, lo llevaron a enfrentarse a las retardatarias y opresivas pedagogías de entonces; no obstante, Garavito fue un ferviente católico. Graduado como bachiller en filosofía y letras en 1884, no pudo iniciar sus estudios universitarios inmediatamente pues la guerra civil de 1885 se lo impidió. Pese a vivir en una turbulenta época, finales del federalismo e inicios de la Regeneración, Garavito no se interesó por la actividad política y no participó en ninguna guerra civil. Entre 1885 y 1887 se dedicó a trabajar para poder subsistir, y a profundizar por su cuenta sus conocimientos matemáticos. Al término de dos años de espera, pudo comenzar sus estudios, en la reabierta Facultad de Ingeniería, bajo la dirección de Rafael Espinosa Escallón. Allí descolló especialmente en cálculo infinitesimal y astronomía, en mecánica racional y análisis, y tuvo como profesor más cercano a Rafael Nieto París. En 1890, un año antes de terminar, Garavito publicó su primer trabajo en la revista *Anales de Ingeniería*, la cual, en años sucesivos, siguió publicando otros



Julio Garavito Armero.
Oleo de León Cano, 1931.
Observatorio Astronómico, Bogotá.

trabajos del científico. Garavito Armero terminó sus estudios de ingeniería en 1891, con la tesis de grado "El juego de la aguja". Con anterioridad había conseguido la licenciatura en matemáticas. Siendo estudiante, trabajó para sobrevivir como ensayador de la Casa de Moneda; después, por ser un alumno destacado, fue nombrado profesor de cálculo infinitesimal, mecánica racional y, posteriormente, de astronomía, cátedras que conservó hasta su muerte.

En 1892, durante el gobierno de Miguel Antonio Caro, Garavito Armero fue nombrado director del Observatorio Astronómico, cargo que comenzó a ejercer en 1893, aunque las guerras civiles de 1895 y la de los Mil Días (1899-1902) impidieron que tanto la Escuela de Ingeniería como el Observatorio tuvieran un normal desempeño. A partir de su vinculación a la Escuela de Ingeniería y a la dirección del Observatorio, Garavito Armero pudo dedicarse con relativa tranquilidad a reflexionar e investigar ordenadamente, pues tenía la estabilidad económica que necesitaba. En 1893 contrajo matrimonio con María Luisa Cadena, con quien compartió su vida hasta 1916, cuando ella murió y Garavito empezó a decaer, víctima de una tuberculosis. Entre sus alumnos más destacados en la Escuela de Ingeniería se encuentran Jorge Alvarez Lleras, quien lo acompañó en muchas de sus investigaciones astronómicas y profundizó muchos de los planteamientos de su maestro. Al terminar la guerra de los Mil Días, Garavito Armero le propuso al gobierno nacional, en cabeza de José Manuel Marroquín, un plan de acción para el Observatorio: levantar la carta de Colombia con métodos astronómicos rigurosos, partiendo de la determinación de la latitud de Bogotá. Tal idea fue acogida y puesta en práctica y dio origen a la Oficina de Longitudes, entidad que se encargó de delimitar las fronteras del país y de publicar mapas totales y regionales de Colombia. Tanto en la determinación de la latitud de Bogotá, basada en la longitud del Observatorio Astronómico, como en otros trabajos de astronomía que emprendió Garavito Armero, es notoria la carencia de los elementos adecuados; sin embargo, su ingenio y recursividad, así como su inmensa capacidad analítica y filosófica, le permitieron subsanar tales falencias, obtener interpretaciones correctas de los valores observados y colocarse frente a los grandes problemas de la mecánica con instrumentos de crítica absolutamente personales, incomprendidos por el medio cultural en donde actuó. Así, en el estudio sobre la meteorología de Bogotá, utilizó un método sencillo consistente en emplear un simple teodolito, el método de Talcott, y distancias circunmeridianas, y con estos elementos pudo establecer las medias meteorológicas con una precisión que todas las observaciones posteriores han confirmado. De igual forma, cuando el 24 de abril de 1901 Julio Garavito observó un cometa, lo hizo con un simple teodolito Troughlon and Sims; y tal observación le sirvió de base para iniciar una serie de trabajos sobre mecánica celeste y el acercamiento a los métodos Hill-Brown y Olders. En 1916, el 3 de febrero, viajó a Puerto Berrío en compañía de Jorge Alvarez Lleras para estudiar un eclipse total de sol. Los problemas de física matemática que resolvió Garavito tienen que ver con la dinámica de los electrones de Augusto Righi, y con la relatividad de la teoría respecto a la óptica y la aberración de la luz de David Gill. Con tales experimentos, Garavito logró demostrar que así como existían tres geometrías planas, existían otras mecánicas no newtonianas. Garavito Armero reconstruyó la óptica matemática, criticó de manera rigurosa las geometrías no euclidianas y las más sonadas hipótesis físicas, con ánimo de restaurar los viejos principios de la mecánica. Todo ello lo llevó a plantear un importante trabajo sobre las ecuaciones finales para la construcción de unas nuevas tablas de la luna, el cual quedó inédito. Tanto las obras sobre astronomía, como las de mecánica y óptica, trascendieron las fronteras nacionales y alcanzaron reconocimiento internacional.

A partir de sus investigaciones matemáticas y astronómicas, Garavito también escribió, desde 1906, ensayos sobre economía política y crítica filosófica, dentro de un marco spenceriano evolucionista. Entendió la filosofía como un producto de las ciencias positivas, a la manera de Descartes y siguiendo la tradición de Leibniz. En su época de juventud, antes de ingresar a la Facultad de Ingeniería, y aún siendo estudiante, Garavito simpatizó con algunos puntos de la Regeneración impulsada por Rafael Núñez; en particular, lo seducía el sistema centralista y la fundación de un Banco Nacional, pues consideraba que estos elementos eran básicos para el Estado y su importancia en las sociedades modernas. Años después, se preocupó por estudiar las fluctuaciones del cambio y la desvalorización del papel moneda; no era partidario de la disminución del gasto o de la economía fiscal para desaparecer el déficit, sino del aumento de las entradas. Sus ideas fueron inspiradas por un riguroso análisis matemático. Fiel a sus principios, Garavito Armero era amigo de asistir a los cafés de la bohemia y la intelectualidad bogotanas, donde hablaba con amigos y ocasionales contertulios. Nunca tuvo plata, pues lo que le sobraba lo daba a los pobres (hasta en eso se mantuvo firme, porque creía que sustraer un centavo a la circulación era un crimen). Durante su vida, Garavito Armero alcanzó ciertas distinciones: fue miembro de número de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, de la Sociedad Belga de Astronomía, de la Sociedad Geográfica de Lima y de la Astronómica de Francia, y fue candidato a formar parte de la Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes. Dos meses largos antes de su muerte, el 31 de diciembre de 1919, el gobierno nacional expidió un decreto de honores en el que se ordenó honrar la memoria del sabio mediante la publicación, por parte del Estado colombiano, de todos sus trabajos científicos, muchos de los cuales se encontraban inéditos; la compra de la primera edición de cada una de estas obras y la adopción de los mismos como textos

de enseñanza en las universidades de la República; y la erección de un busto en bronce. Tan buenas intenciones sólo se cumplieron parcialmente, pues gran parte de las obras se editaron y publicaron durante la década del treinta y cuarenta, pero más por el esfuerzo particular de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y el empeño de Jorge Alvarez Lleras, que por un efectivo interés por parte del Estado colombiano. Sin embargo, el Congreso Nacional reconoció a Garavito como uno de los símbolos de la ingeniería colombiana, y le dio su nombre a la orden que creó con el fin de exaltar y honrar a los ingenieros colombianos. Pero el mayor reconocimiento a la obra de Garavito Armero tuvo lugar a principios de octubre de 1970, cuando la Unión Astronómica Internacional le asignó su nombre a uno de los cráteres de la cara oculta de la luna [*Ver tomo 3, Geografía, p. 17; y tomo 5, Cultura, pp. 105-106*].

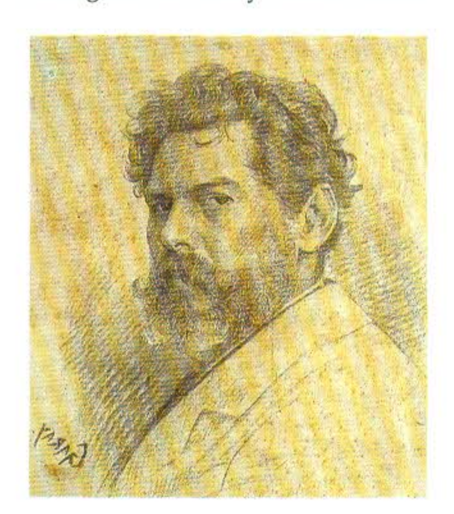
JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

Bibliografía

ALVAREZ LLERAS, JORGE. "Julio Garavito". En: RAFAEL M. MESA. *Colombianos ilustres*. Bogotá, Imprenta de San Bernardo, 1919, tomo IV, pp. 285-352. ALVAREZ LLERAS, JORGE. "Reseña histórica del Observatorio Astronómico y Meteorológico de Bogotá". *Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, Vol. II, Nº 6 (Bogotá, 1936). ARIAS DE GREIFF, JORGE. "La Astronomía (1885-1985)". En: *Nueva historia de Colombia*. Bogotá, Planeta, 1989, Vol. IV, pp. 189-198. BATEMAN, ALFREDO. "Cuatro sabios bogotanos". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. LV, Nº 648-650 (Bogotá, noviembre 1968), pp. 601-622.

GARAY, EPIFANIO

Pintor retratista nacido en Bogotá, el 9 de enero de 1849, muerto en Villeta, el 8 de octubre de 1903. Epifanio Garay y Caicedo fue un artista de múltiples inquietudes y de gran talento artístico; además de la pintura, se destacó como cantante operático y cronista de arte. Hijo del pintor y ebanista Narciso Garay, y de Dolores Caicedo, las primeras lecciones las recibió de su padre, en Bogotá. Después estudió con José Manuel Groot, además de asistir al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y a la Academia de Música. A los 21 años se trasladó a Panamá, donde contrajo matrimonio con la panameña Mercedes Díaz Remón, en el año 1873, y de esta unión nacieron sus dos hijos, quienes también fueron artistas: Nicole, pianista y compositora, y Narciso, violinista, escritor e investigador de la música y el folclor panameños. Garay se vinculó a la ópera, y por un tiempo italianizó su apellido cambiándolo por Garini. Cantó en el Teatro de la Academia de Música de Nueva York toda la temporada italiana de 1876, con el repertorio del bajo cantante. Regresó a Bogotá por la muerte de su padre, ocurrida en 1877. En 1880 interpretó un papel en la ópera *Florinda* del compositor colombiano José María Ponce de León. Fue escogido como el mejor artista en el concurso organizado en Bogotá por el pintor mexicano Felipe Santiago Gutiérrez para designar al director de la Academia Gutiérrez. Premiado en la exposición de 1882 por el gobierno colombiano con una beca para estudiar pintura en Europa, viajó a París y se matriculó en la Academia Julien. Uno de sus maestros fue el famoso pintor Adolphe William Bourguereau (1825-1905), premio de Roma en 1850, con quien completó la formación académica que había recibido en Bogotá. También fue alumno de Boulanger, Constant y León Bonnat (1835-1932). Su beca fue suspendida a raíz de la guerra civil de 1885, por lo cual debió interrumpir sus estudios y regresar a Bogotá al año siguiente, donde se dedicó de lleno a la pintura. Se ocupó entonces en atender los numerosos encargos de la sociedad bogotana: retratos de señoras, señoritas, políticos, intelectuales y amigos. Partió para Cartagena en 1890 y en esa ciudad



Epifanio Garay.
Autorretrato.
Museo Nacional, Bogotá.

trató de organizar, en compañía de doña Concepción Jiménez de Araújo, una academia de pintura, pero tuvo que volver a la capital hacia 1892. Su larga permanencia fuera del país le permitió desarrollar muchos conocimientos. En Panamá ejecutó un importante número de obras, que le valieron el profundo aprecio de la sociedad de ese país. Al año siguiente de su regreso a Bogotá, fue nombrado director de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Por varios años fue profesor de la misma, y asumió de nuevo la dirección en 1898. Desde allí promovió la creación de las becas para los estudiantes de provincia e impulsó las clases de litografía, para las cuales contrató al profesor alemán Felipe Eduardo Lehner e hizo importar piedras litográficas de Europa. Durante su rectoría, luchó por el mejoramiento de las condiciones de los profesores. Desafortunadamente la Escuela fue cerrada con ocasión de la guerra de los Mil Días. En 1900, Garay pintó una de las pechinas de la catedral de Bogotá. En ella representó al evangelista San Juan, obra que fue objeto de algunas críticas porque se consideró que había demasiada teatralidad en su ejecución.

Garay es el retratista académico más importante del arte colombiano. Su vida y su obra están en plena correspondencia con su época, si tenemos en cuenta que la sociedad de la segunda mitad del siglo XIX estaba aún ligada, en muchos aspectos, al pensamiento romántico y a la tradición. Viajó constantemente, admiró a los grandes maestros y desarrolló un oficio riguroso, en el que lo importante era la similitud casi fotográfica de la pintura con su modelo. Ejecutó varias obras de temas religiosos y bíblicos. Garay es el autor del óleo titulado *La mujer del levita de los montes de Efraím*, hoy en el Museo Nacional, prácticamente el único desnudo femenino de la pintura colombiana del siglo XIX. El tema causó escándalo en su momento; la crítica desvió el problema hacia la impugnación de que el maestro había hecho uso de la fotografía para realizar la obra, y la prensa se trabó en una absurda polémica entre las obras de Epifanio Garay y Ricardo Acevedo Bernal, cuyo trasfondo resultó ser más de orden político que estético. Si bien es cierto que este cuadro de Garay es el único desnudo conocido, por documentos del archivo de la Escuela de Bellas Artes se sabe que sí se había practicado este

género a fines de siglo, aunque con muchas restricciones. Garay debió inspirarse en la obra de Felipe Santiago Gutiérrez, *La amazona de los Andes*, que exhibió en uno de sus viajes a Bogotá. Naturalmente, sus estudios en Europa tuvieron que incentivar en él la motivación por un tema tan apropiado para un artista académico. De todas maneras, es un hecho comprobado que Garay, como muchos de los pintores europeos de su tiempo: Jean Auguste Ingres, Edgar Degas, Edouard Manet, utilizó la fotografía como modelo y soporte para sus obras, particularmente para el retrato. La relación de la pintura con la fotografía fue tan estrecha, que no sólo los pintores se inspiraron en ella, sino que también los fotógrafos estuvieron influenciados por los pintores. En memorias de familia escritas por su hijo Narciso, se menciona la existencia de un cuadro de *María Magdalena penitente*, del que no hay noticia. Probablemente ejecutó varias obras de tema religioso ahora desconocidas. Gran parte de su obra se encuentra en el Museo Nacional. También se sabe que dejó numerosos retratos en Panamá, Cartagena y en algunas otras ciudades del país. En el Museo Nacional se pueden apreciar: *Retrato del presidente Rafael Núñez*, firmado en Cartagena 1891; *Retrato de señora*, firmado y fechado 1893; *Retrato del doctor Manuel A. Sanclemente*, ganador del primer premio en retrato en la exposición colectiva con ocasión del aniversario del Grito de la Independencia, el 20 de julio de 1899; *Retrato de Dolores Caycedo de Garay*, firmado; *Retrato de Manuel Garay* (su hermano); *Autorretrato*, sustraído del Museo; el cuadro costumbrista *Por las velas, el pan y el chocolate*; retrato de las señoras: Teresa Díaz Granados de Suárez, firmado y fechado 1893; Dolores Lezaca de Garay (cuñada del artista), María de Jesús Carrizosa de Pardo e Isabel Gaviria de Restrepo. En colecciones particulares se encuentran: Retrato de María Helena de Uribe Holguín, de Rafael Pinto Valderrama y de Luis María Pinto Valderrama y de Jesús Casas Castañeda; en el colegio de San Pedro Claver de Bucaramanga, un *San Ignacio de Loyola*, y en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, una *Santa Margarita María de Alacoque*. Un busto de Epifanio Garay, obra del maestro Silvano Cuéllar, preside la entrada del Museo Nacional [*Ver tomo 6, Arte, pp. 111-112*].

MARTA FAJARDO DE RUEDA

Bibliografía

Epifanio Garay, su obra en Panamá y en Colombia. Universidad Interamericana de Panamá, Panamá, 1943, texto: Narciso Garay. LEUDO, CORIOLANO. *Epifanio Garay*. Bogotá, Editorial Cromos, s.f. MEDINA, ALVARO. *Procesos del arte en Colombia*. Bogotá, Colcultura, 1978. *Revista Ilustrada*, Bogotá, 1898-1899.



Firma de fray Diego García.
Archivo General de Indias, Sevilla.

GARCÍA, FRAY DIEGO

Religioso franciscano nacido en Cartagena, en 1745, muerto en Mompós, el 1 de mayo de 1794. Colaborador en la Expedición Botánica durante siete años continuos, fray Diego García es famoso por sus descripciones pormenorizadas de animales, plantas y minerales, que lo convierten en el primer zoólogo y botánico de Colombia. Hijo legítimo de Andrés García, natural de Tenerife, en la Gran Canaria, y de Agueda Mejía, cartagenera, ingresó a la Orden Franciscana en el convento de San Diego en Cartagena, a la edad de 15 años. Después fue enviado a Santafé de Bogotá, donde cursó filosofía en el Colegio de San Buenaventura, y en el de San Diego de la misma capital, los estudios de teología. En la ciudad de Santa Marta recibió la ordenación sacerdotal, el 21 de enero de 1768. El primer destino que se le dio después de la ordenación sacerdotal fue el de predicador en el convento de San Diego de Cartagena, de donde fue trasladado al de Mompós, con el mismo cargo, y de éste al de Honda, donde sirvió como maestro de gramática hasta marzo de 1774, fecha en la que se le trasladó a la capital del Nuevo Reino, como morador del convento de San Francisco. Tres años continuos estuvo aquí, pero de nuevo se le trasladó a los conventos de tierra caliente, al de Guaduas, primero, y después al de Honda. Hallándose en este último; recibió la orden de administrar el curato de Ambalema por un corto período. Nombrado superior del convento de Mariquita, en junio de 1780, se mostró defensor del rey en el movimiento de los Comuneros, tratando de detener con su predicación el ímpetu de los revolucionarios, acción por la que se le concedió en premio la institución de cura del pueblo de Rioseco. Ya para esta época gozaba de fama por sus conocimientos en las ciencias naturales, por lo cual vino a ser elegido por el arzobispo-virrey Antonio Caballero y Góngora, mediante comunicación que le envió el 18 de septiembre de 1783, colaborador de la Real Expedición Botánica. De inmediato fray Diego se puso a órdenes de José Celestino Mutis, y trabajó ininterrumpidamente con la Expedición hasta 1790. Su labor como naturalista cubre desde el hallazgo y localización de minas y yacimientos de diversos minerales, hasta el registro y determinación de las principales especies animales y vegetales. También incluye la búsqueda y recolección de quinas y el hallazgo y verificación de las propiedades del árbol de arizá. Su área de trabajo cubrió las regiones de Muzo y La Palma, Honda, Mariquita, Piedras, Prado, Ibagué, Neiva, La Plata y Timaná. Posteriormente se desempeñó en Santa Marta, la Sierra Nevada y Ocaña, y en la zona de Nechí, Zaragoza y el bajo Cauca. A pesar de la riqueza de la obra de fray Diego, sus descripciones enviadas a Mutis, fruto de sus largas correrías, reposan inéditas en el Archivo General de Indias de Sevilla, y solamente una parte de ellas ha sido dada a la luz en 1992 por obra de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, en un libro que recoge además la biografía del personaje. El inventario evaluativo de la labor del franciscano entre 1784 y 1786, le permite conceptuar al científico Santiago Díaz Piedrahita, quien analizó todo el material, que fray Diego García fue el primer zoólogo en realizar colecciones sistemáticas en el territorio colombiano. A él se deben, además de abundantes colecciones y numerosas observaciones, las primeras descripciones detalladas y precisas de vertebrados, más de 75 aves, cerca de 10 mamíferos, un pez y 9 reptiles. Sus escritos incluyen interesante información sobre insectos y otros invertebrados. Concluida su labor al servicio de la Expedición Botánica, no habiendo conseguido que su presunto protector, el arzobispo virrey, lo condujera a España, como se lo tenía prometido en premio por sus abnegados servi-

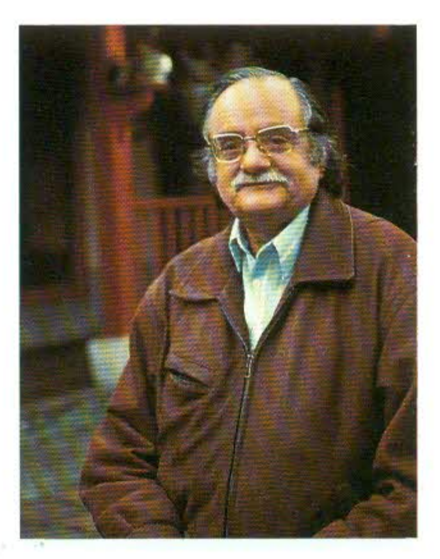
cios, fray Diego pasó a servir el curato de Zaragoza, del cual fue nombrado en octubre de 1791. Allí encontró graves dificultades con algunos de sus vecinos, que lo obligaron incluso a salir precipitadamente de la localidad. Murió poco después en la ciudad de Mompós.

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

MANTILLA, R., LUIS CARLOS y SANTIAGO P. DÍAZ. *Fray Diego García, su vida y su obra científica en la Expedición Botánica*. Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Colección Enrique Pérez Arbeláez, Nº 7. Bogotá, 1992.

GARCÍA, SANTIAGO



Santiago García.
Fotografía de Ernesto Monsalve, 1993.

Actor de cine y teatro, dramaturgo, director de teatro y pintor nacido en Bogotá, en 1928. Santiago García hizo estudios de arquitectura en la Universidad Nacional, en la Escuela de Bellas Artes de París y en el Instituto Universitario de Venecia. Su entrenamiento actoral lo comenzó en 1957 en Bogotá, con el director japonés Seki-Sano; después lo continuó en la Universidad de Praga, en el Actor's Studio de Nueva York y, en 1963, en la Universidad de Teatro de las Naciones en Vincennes (Francia). García fue uno de los fundadores, en 1958, de El Búho, y posteriormente, en 1966, junto con artistas e intelectuales de la capital, fundó la Casa de la Cultura, hoy teatro La Candelaria, del que siempre ha sido director. Dirigió el grupo de teatro de la Universidad Nacional en Bogotá y la Escuela Nacional de Arte Dramático. Ha dirigido innumerables montajes teatrales tanto en el país como en Cuba, México, Estados Unidos y Costa Rica. Ha recibido diversos premios nacionales e internacionales, entre los cuales se encuentra el premio Ollantay en 1985, por su labor creativa y pedagógica. Desde 1983 hasta el momento dirige el taller permanente de investigación y formación teatral, y es miembro ejecutivo de la Corporación Colombiana de Teatro. Santiago García es autor de las obras: *Diálogo del rebusque* (1981), basada en varias obras de Francisco de Quevedo, especialmente en *La vida del Buscón llamado Don Pablos*, donde, en palabras de García, mantuvo el estilo de Quevedo, especialmente «el espíritu satírico y violento de toda su obra»; el montaje está inspirado en los cuadros del pintor El Bosco y en el folclor callejero; *Corre, chasqui Carigueta* (1982), basada en *La tragedia del fin de Ataw Wallpan*, escrita por autor anónimo en idioma quechua en 1555, aproximadamente, donde García trató al máximo de respetar «la estructura original de la tragedia, pero por encima de todo su espíritu de testimonio ritual» de una cultura arrasada por el conquistador; *Maravilla Estar* (1983), y *La trifulca* (1984). Escribió los textos de las obras de creación colectiva: *Nosotros los comunes* (1972), *La ciudad dorada* (1973), *Guadalupe años sin cuenta* (1975, Premio Casa de las Américas) *Los diez días que estremecieron al mundo* (1977, Premio Casa de las Américas), basada en la obra del mismo nombre, montada por encargo de los miembros de la Central Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC). Ha publicado numerosos artículos en la prensa y en revistas nacionales e internacionales, y también el libro *Teoría y práctica del teatro* (1983), donde consigna su concepción sobre diferentes aspectos del teatro.

En la primera etapa de su trabajo teatral, García incursionó en el teatro del absurdo europeo y en aspectos formales en obras del repertorio clásico. En 1965, bajo la influencia de Bertold Brecht, montó su obra *Galileo Galilei* con el grupo de teatro de la Universidad Nacional, del cual era director. De allí en adelante, adaptó las teorías brechtianas y ha continuado desarrollándolas con La Candelaria. La obra de García está unida al grupo de La Candelaria ya sea como actor, director, autor individual o de obras de creación colectiva, que deben ser vistas dentro de la perspectiva del movimiento Nuevo Teatro colombiano, con búsquedas y lenguaje teatral propios y caracterizadores. El método de creación colectiva de La Candelaria se distingue de aquel del Teatro Experimental de Cali (TEC), dirigido por Enrique Buenaventura, pues García, además de las teorías brechtianas, tiene influencia de los lingüistas estructuralistas, de los teóricos del análisis textual y de los semiólogos. Este método se puede esquematizar de la siguiente manera: 1) Motivación para abordar un montaje apropiado al momento por el cual está atravesando la sociedad en la cual está inmerso el grupo; esta motivación es fruto de la práxis política del grupo. 2) Investigación: incluye diversas herramientas, textos oficiales y extraoficiales, como entrevistas que traten sobre el asunto seleccionado. 3) Se parte de un relato o una historia básica y se empieza a buscar el tema por medio de las improvisaciones; las improvisaciones se realizan sobre las fuerzas en conflicto; para cada obra La Candelaria trabaja diferentes formas de improvisación, que resultan de las dos primeras etapas y de las experiencias de los montajes anteriores; el tema de una obra «es el asunto fundamental del que trata, es la sustancia del contenido» y es a través de la «elaboración de la forma que va aclarándose, definiéndose, precisándose el tema». 4) Primera hipótesis de estructura: el argumento va apareciendo por medio de las explicaciones del tema: así la obra se estructura a través de líneas argumentales y líneas temáticas. 5) Esta etapa estructura el texto literario e iconográfico; el grupo se divide en comisiones: música, vestuario y escenografía y dramaturgia; esta fase es la de mayor creatividad de los actores, pues de allí depende el montaje definitivo y en esto radica la característica más importante del grupo.

Según Santiago García, el teatro es, por una parte, «confluencia de lo que sucede en la escena con el público» y, por otra, «representación de los conflictos de los hombres en un mundo que se transforma y es transformable por el hombre, esta interacción debe sintetizarse en lo que llamamos la imagen teatral». Como consecuencia, la imagen teatral «no es la ideología, ni un concepto, sino que su función es la de romper la ideolo-

gía o la de reafirmar conceptos o ideologías». García también ha escrito sobre el actor y su papel en la sociedad, el grupo y los movimientos artísticos teatrales, el público y otros temas. Para él, un actor del nuevo tipo (es decir, un actor dentro del Nuevo Teatro) debe ser considerado como un trabajador artístico de la era científica con gran compromiso con el grupo y, por ende, está asumiendo una responsabilidad social. El grupo es el encargado de formar de manera idónea, en aspectos técnicos y teóricos, al "actor de nuevo tipo" para que éste sea actor-creador-promotor. Esta tríada se constituiría en la base de la formación actoral. [*Ver tomo 5, Cultura, p. 288*].

MARINA LAMUS OBREGÓN

Bibliografía

ARCILA, GONZALO. *Nuevo teatro en Colombia: actividad creadora y política cultural*. Bogotá, Centro de Estudios e Investigaciones Sociales (CEIS), 1983. GARCÍA, SANTIAGO. *Teoría y práctica del teatro*. Bogotá, Ediciones CEIS, 1983. GONZÁLEZ CAJIAO, FERNANDO. *Historia del teatro en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986. JARAMILLO, MARÍA MERCEDES. *Nuevo Teatro colombiano: arte y política*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1992. REYES, CARLOS JOSÉ y MAIDA WATSON. *Materiales para la historia del teatro en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

GARCÍA DE TOLEDO, JOSÉ MARÍA

Prócer de la Independencia nacido en Cartagena de Indias, el 11 de febrero de 1769, muerto en la misma ciudad, el 24 de febrero de 1816. José María García de Toledo es recordado por su decisiva participación en los hechos de la declaración de independencia absoluta de Cartagena en 1811, y por sus actividades patriotas durante la Primera República granadina en la Costa Atlántica. Hijo de José García, contador del Santo Oficio de la Inquisición, y de doña María Isabel de Madariaga, su familia pertenecía a la aristocracia cartagenera, principalmente por la línea materna, descendiente de los condes de Pestagua. Hizo sus estudios de jurisprudencia en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Santafé de Bogotá, donde obtuvo el título de doctor en Derecho. En 1792 fue recibido como abogado en la Real Audiencia,



José María García de Toledo.
Oleo de Franco, Montoya y Rubiano, ca. 1880.
Museo Nacional, Bogotá.

y regresó a Cartagena, donde se casó con una dama de la aristocracia y de gran fortuna. Se dedicó a las defensas de particulares, tanto en Cartagena como en la provincia, y en 1792, el virrey del Nuevo Reino de Granada, don José Manuel Ezpeleta, le confirió jurisdicción preventiva para la persecución y aprehensión de los fugitivos criminales y bandidos que había en la ladera del río San Jorge de la Provincia de Cartagena, de los que ya antes había aprehendido algunos por comisiones particulares. En abril de 1794 fue nombrado por el gobernador de Cartagena, fiscal de juzgado de la Comandancia General de su cargo; ejerció esta actividad durante tres años. A partir de 1803 entró a servir en el Tribunal del Consulado de Cartagena de Indias, primero como teniente de cónsul en los años 1803 y 1804, y después, en 1805 y 1806, como teniente de conciliario del mismo tribunal. En 1804 García de Toledo ejerció la Acaldía de Cartagena, y en los años siguientes permaneció en el Consulado de Cartagena, una de las instituciones de prestigio en el Imperio Español de Ultramar. En 1810 y 1811 participó en los hechos políticos patriotas en la Provincia de Cartagena de Indias. El 22 de mayo de 1810 se estableció una Junta de Gobierno en Cartagena, con motivo del vacío de poder por la cautividad del monarca español Fernando VII, y por la invasión napoleónica a la Península, con los consecuentes sucesos revolucionarios en el Imperio español. Cartagena de Indias fue la ciudad que inició la revolución política de 1810, con la acción de los cabildos y la participación de los criollos en el proceso revolucionario; en la sesión del Cabildo del 14 de junio de 1810, se depuso al gobernador Francisco Montes, quien fue deportado a La Habana. García de Toledo fue elegido primer presidente de la Junta Suprema de Cartagena de Indias, el 14 de agosto de 1810. Desempeñó la presidencia hasta el 31 de diciembre del mismo año, y después, desde el 1 de mayo de 1811 hasta el 31 de agosto. Fue figura principal en los actos que llevaron a declarar la independencia absoluta de Cartagena de Indias, el 11 de noviembre de 1811; en el Acta de Independencia aparece su firma, con las de los demás próceres cartageneros. En 1812 García de Toledo fue miembro de la Constituyente de Cartagena, y en 1814 desempeñó el cargo de cónsul o gobernador de Cartagena. En 1815 le tocó padecer el sitio que hizo el ejército realista del pacificador Pablo Morillo a Cartagena; entre el 17 de agosto y el 5 de diciembre la "Ciudad heroica" resistió 106 días de sitio, acosada por el sufrimiento, el hambre, la peste y los problemas característicos de los pueblos en resistencia. Cuando la ciudad cayó en poder de los realistas, García de Toledo emigró con varios cartageneros en algunas goletas republicanas, pero su goleta encalló en la desembocadura del río Coclé, al norte de Chagres; a los pocos días él y sus compañeros fueron hechos prisioneros y enviados a Cartagena. García de Toledo fue llevado al patíbulo el 24 de febrero de 1816, con ocho compañeros mártires.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

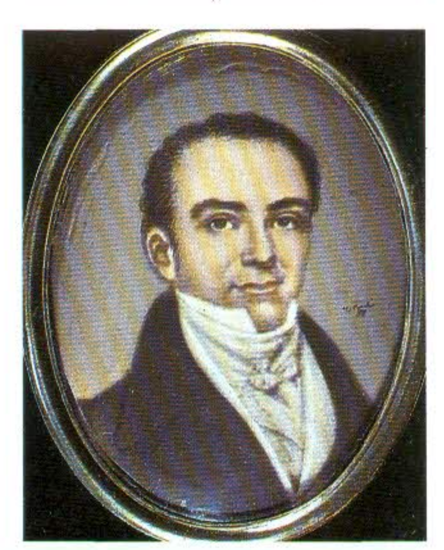
Bibliografía

NÚÑEZ, RAFAEL. "García de Toledo". *Papel Periódico Ilustrado*, tomo I, Nº 11, 1 de marzo de 1882, pp. 166-169.

GARCÍA DEL RÍO, JUAN

Escritor, político y diplomático de la generación de la Independencia, nacido en Cartagena de Indias en 1794, muerto en Ciudad de México, el 13 de mayo de 1856. Cuando Juan García del Río tenía ocho años, su padre, el español Felipe García del Río, lo envió a Cádiz (España), donde hizo sus estudios, al lado de sus tíos Manuel García del Río e Ildefonso Ruiz del

Río. Al mismo tiempo que estudiaba, actuaba en la casa comercial de los Ruiz del Río, que tenía fama como importante empresa mercantil en España. Allí conoció a muchos americanos, y entre ellos a José de San Martín, el prócer argentino, Libertador de los países del Cono Sur de América, de quien fue posteriormente gran amigo y colaborador. García del Río estudió Letras en Cádiz y se graduó en el año 1810. Cuando ocurrió la invasión francesa de Napoleón Bonaparte a España, Cádiz se convirtió en el baluarte del patriotismo español; el joven estudiante García del Río contribuyó a defender la plaza de Cádiz contra los franceses. En Cartagena de Indias, su familia era fiel a la monarquía española y contraria a las ideas e instituciones patriotas. Su padre no acató la independencia absoluta de Cartagena, e intentó organizar una sublevación con otros comerciantes realistas. Sin embargo, la Junta de Gobierno lo multó, por lo cual se trasladó a Santa Marta, "meca del realismo en el Nuevo Reino de Granada". Llamado por su padre, García del Río viajó a La Habana y un año después regresó a Santa Marta. En esos días, los bienes de su familia fueron confiscados por el oficial francés Pedro Labatut, del ejército patriota neogranadino. Su padre murió el 13 de febrero de 1813, lo cual influyó en el cambio de su ideario: de realista a patriota. García del Río dice en su autobiografía: «Libre para manifestar mis sentimientos, reprimidos por el respeto a la opinión paterna, abracé ya con entusiasmo la justa causa de la emancipación americana». En 1814 fue nombrado secretario de la Legación Granadina en Londres, para negociar el reconocimiento de la Independencia. El agente diplomático era el doctor José María del Real. Cuando tuvo conocimiento de la reconquista española en la Nueva Granada y Venezuela, García del Río aceptó la invitación del comisionado de Chile para colaborar con este gobierno de América del Sur. Desde entonces su vida estuvo ligada a la política y las relaciones internacionales de Chile y Perú. El presidente Bernardo O'Higgins, de Chile, lo nombró secretario de la Sección de Relaciones Exteriores y, posteriormente, subsecretario de Relaciones Exteriores de Chile. Su mayor actividad política y diplomática la hizo con el general José de San Martín, Libertador del Río de la Plata y Chile, quien lo nombró secretario de Relaciones Exteriores en la Expedición Libertadora del Protector al Perú. García del Río participó en las conferencias de paz celebradas en Miraflores y Punchauca. El general San Martín lo nombró ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores del Protectorado del Perú. Entonces, fundó la Biblioteca Nacional del Perú y expidió los decretos sobre libertad de imprenta y sobre la nacionalización. Posteriormente fue enviado a Europa como plenipotenciario del Perú ante la Gran Bretaña y demás países de Europa, para negociar el reconocimiento de la Independencia, conseguir los empréstitos y adelantar gestiones monárquicas. Cuando renunció San Martín, en 1822, García del Río publicó su *Biografía del general San Martín a la inmortalidad*. Juan García del Río fue gran amigo del Libertador Simón Bolívar; precisamente en los días de la mayor crisis colombiana publicó su obra *Meditaciones colombianas*. Entre el 30 de abril y el 3 de mayo de 1831, en su calidad de secretario de Relaciones Exteriores y de lo Interior, hizo parte del Ejecutivo Plural que asumió el gobierno en el interregno entre la renuncia del general Rafael Urdaneta y el momento en que el vicepresidente Domingo Caycedo reasumió el mando. En 1833 fue llamado por el general Juan José Flórez de Ecuador, y nombrado ministro de Hacienda; posteriormente, en el Perú, fue ministro del protector Andrés de Santacruz. Los años finales de su vida los pasó en Chile, donde se dedicó al periodismo, y en México, donde asesoró al general Antonio López de Santana en su primer gobierno.



Juan García del Río.
Miniatura de Manuel J. Paredes.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Un aporte muy significativo de Juan García del Río a la cultura hispanoamericana fue su actividad periodística. En Santiago de Chile fundó, dirigió y redactó el periódico *El Sol de Chile*, semanario que inició su circulación el 3 de julio de 1818. En 1819 fundó el periódico *El Telégrafo*, que salía dos veces por semana. Uno de sus principales intereses fue la publicación de una revista continental, difusora de la cultura de los pueblos conquistados por España y consolidados como repúblicas después de la revolución de Independencia. El 1 de octubre de 1821 lanzó el *Prospecto de la Biblioteca Colombiana*; según sus ideas, «lo colombiano está relacionado con lo hispanoamericano». En Londres hizo amistad profunda con el humanista Andrés Bello, quien era secretario de la Legación de Chile. Con Andrés Bello, Luis López Méndez, Agustín Gutiérrez Moreno y Pedro Creutzer, integraron la Sociedad de Americanos. Su mayor empeño fue la publicación de la revista *Biblioteca Americana*, cuyo primer número apareció en septiembre de 1823, con la colaboración de Bello. Se publicaron dos tomos: el primero dedicado al pueblo americano y el segundo "Al gobierno colombiano". Estos tomos fueron ordenados con las secciones: Humanidades y Artes Liberales, Ciencias Matemáticas y Físicas, Ideología, Moral e Historia. En 1826, con Andrés Bello, fundó la revista *Repertorio Americano* en Londres. El primer tomo, de 322 páginas, apareció en octubre de 1826; en 1827 fueron editados otros tres tomos. En esta revista colaboraron los escritores José Fernández Madrid, Olmedo, García Goyena, Pedro Mendivil, Vicente Salvá y otros. Entre los estudios, se publicaron importantes documentos relativos a la historia de América. García del Río y Andrés Bello, a través del *Repertorio Americano*, llevaron las letras americanas a Europa. Otras publicaciones de García del Río fueron: *Meditaciones americanas* y *Bosquejo del Perú*; además de numerosos escritos, entre ellos: "Sitio de Cartagena de 1815", "Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América", escrito con Andrés Bello, "Las antigüedades americanas", "Materiales para formar unas efemérides o fastos americanos", "Sobre el empleo del tiempo", "Viaje pintoresco de la Grecia", "Bosquejo político y literario del

doctor José Fernández Madrid" y otros. Destacamos también el folleto *A la memoria del Libertador Simón Bolívar*, su *Historia de la civilización en América*, la traducción de la tragedia *Pizarro*, y su ensayo "Consideraciones sobre la política y el carácter del director de la República Argentina". El pensamiento sanmartiniano de la monarquía constitucional para los países americanos, y en la misma forma, el sistema centralista o unitario para Colombia, influyeron decisivamente en el ideólogo García del Río. Gran americanista y ferviente bolivariano, García del Río propuso un sistema monárquico-constitucional para Colombia y fue partidario de un Ejecutivo fuerte alrededor del trono. Pero su pensamiento monárquico-constitucional no fue bien aceptado por los demócratas demoliberales, entre ellos, el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, quien en oficios reservados al ministro de Relaciones Exteriores de México, le informó que García del Río era monarquista y no partidario del sistema republicano para los nuevos Estados de América. García del Río vivió sus últimos ocho años en México, en la más absoluta pobreza. En las letras americanas es recordado por sus profundos ensayos sobre la realidad y el futuro de nuestra América.

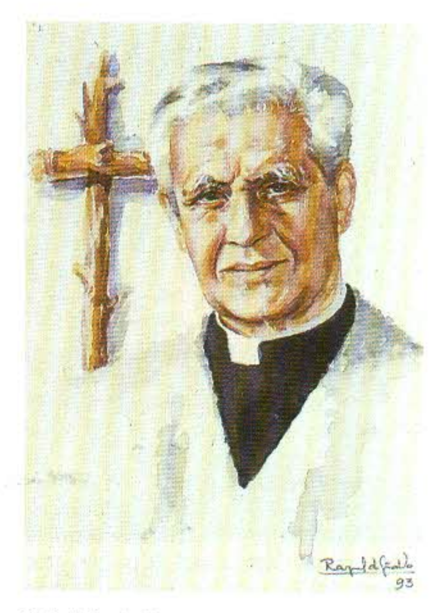
JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

AMUNÁTEGUI SOLAR, DOMINGO. "Vida literaria, amorosa y política de Juan García del Río". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XXVI, Nº 291-292, pp. 1-47. CACUA PRADA, ANTONIO. "El ilustre periodista y diplomático cartagenero don Juan García del Río". *Nuestra América*, Nº 1 (Tunja, Idesil, junio 1982), pp. 61-72. GARCÍA DEL RÍO, JUAN. *Meditaciones colombianas*. Medellín, Bedout, 1972.

GARCÍA-HERREROS, RAFAEL

Sacerdote nortesantandereano (Cúcuta, enero 9 de 1909 - Bogotá, noviembre 24 de 1992). «Rafael da mucha guerra», era la queja que se escuchaba a doña María Unda Pérez durante la niñez y juventud de su hijo Rafael García-Herreros. Hijo del general Julio César García-Herreros Orbegozo, emparentado con Francisco de Paula Santander y con doña Juana Ranjel de Cuéllar, fundadora de Cúcuta, y de doña María Unda Pérez (según algunos historiadores, la familia Unda desciende, por línea materna, del al-



Rafael García-Herreros. Acuarela de Raquel de Giraldo, 1993. Colección particular, Bogotá.

férez real y regidor perpetuo Francisco de Moctezuma, descendiente del antepenúltimo emperador azteca, Moctezuma II), el padre García-Herreros fue el tercero de siete hijos, bautizado en la iglesia parroquial de San José, hoy iglesia catedral, por el padre Elías Calderón. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de las Hermanas de la Presentación, y el 3 de febrero de 1923 ingresó al Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino, en Pamplona, dirigido por padres eudistas franceses. El padre García-Herreros recordaba cómo «en ese claustro devoramos un puñado de años, como si fueran uvas, como si fueran ciruelas». Luego se trasladó al Seminario de San José de Usaquén, el 25 de enero de 1928. El rector era el padre Louis Bourdon, a quien de niño había sanado milagrosamente San Juan Eudes y, posteriormente, el padre Louis Fafin. Durante este período, García-Herreros mostró particular predilección por el estudio del idioma y literatura alemanas, el hebreo y la astronomía. El 23 de septiembre de 1933 recibió las órdenes menores; en noviembre, el subdiaconado; el 17 de marzo del año siguiente, la ordenación diaconal; y el 19 de agosto de 1934, en la iglesia de Nuestra Señora de las Angustias de Bogotá, la ordenación presbiterial de manos de monseñor Paolo Giobbe, nuncio apostólico. El padrino fue monseñor Felipe Alvarez del Pino, director de las Obras Misionales. Durante sus primeros veinte años de ministerio sacerdotal, García-Herreros se consagró como formador de seminaristas en los seminarios de Santa Rosa de Osos (1934-1935), Jericó (1936-1938), San José de Miranda (1943-1945), Cartagena (1946-1950) y Cali (1952-1954). Durante estos años, escribió gran cantidad de cuentos y representaciones teatrales, como medio de formación de estudiantes y para compartir con ellos sus ideas. En el Año Santo de 1950 viajó a Europa como asesor de los grupos de Acción Católica. Salió de Barranquilla el 10 de octubre, y llegó a Roma el 17. Asistió a cursos de filosofía en la Universidad Gregoriana, y a conferencias del padre Marlion sobre el apostolado moderno en la prensa, la radio y el cine. En Friburgo (Suiza) continuó los estudios filosóficos en la universidad de los padres dominicos. Viajó por Alemania, Francia y España, y regresó a Roma. El 3 de diciembre de 1951 llegó a Cartagena y fue designado como profesor para el Seminario de Cali, donde trabajó hasta septiembre de 1954.

Desde 1946, en la emisora Radio Fuentes de Cartagena, el padre García-Herreros comenzó a utilizar los micrófonos para su labor evangelizadora. La *Hora Católica* se mantuvo al aire por cuatro años, y continuó después en Medellín. García-Herreros escribió a su superior provincial, el 10 de febrero de 1950: «He introducido en este año *El Minuto de Dios*, que es una corta radiación todos los días, a las 7:30 a.m. Eso está grabado, así que no tengo que ir a la emisora». El programa se emitió en Cartagena durante ocho meses y, tras el viaje a Europa, lo reinició en Cali. En él, además de los temas propios para la difusión de la fe, comenzó a abordar la labor social con realizaciones concretas. Su principal proyecto en el Valle fue la construcción del barrio «de los pobres», mediante la aportación de $ 1 500 por parte de cien familias pudientes, y con la venta de la edición de algunos escritos del padre. El programa, un verdadero éxito radial (se transmitía por los altavoces de la plaza de mercado), era diariamente comentado por la prensa, pero pronto fue también duramente atacado por «su claro sabor comunista, o por lo menos, socialista». Estas críticas y otras dificultades hicieron que García-Herreros fuera enviado a Medellín en 1954. Tras una breve estadía, viajó a Bogotá. Invitado a los progra-

mas de televisión *Fantasía navideña*, *El artista y su obra* y *Nuestro pan de cada día*, se le abrieron las puertas de este novedoso medio. En marzo de 1955 se iniciaron las emisiones de *El Minuto de Dios* que, poniendo en manos de Dios «este día que ya pasó y la noche que llega», se transmitió por más de 37 años, siendo talvez el programa de televisión emitido por más tiempo continuo en todo el mundo. Como era propio del padre García-Herreros, el *Minuto de Dios* de las 7:30 p.m. por el canal 7 no se redujo a proclamar un mensaje espiritual, sino que quiso y logró despertar la conciencia social del país, a tal punto, que el padre llegó a ser llamado el "ministro de Hacienda de los pobres". Grandes polémicas se desencadenaron desde el mismo año de su iniciación: en 1955, cuando se habló sobre la pena de muerte; en 1963, cuando tuvo que intervenir el presidente Guillermo León Valencia para evitar la suspensión del programa; en agosto de 1968, cuando invitó a la actriz Briggitte Bardot a «hacer el escándalo del bien» en el Banquete del Millón; o a principios de los años noventa, con su intervención mediadora con el narcotráfico.

Unos terrenos donados por Antonio Restrepo y Estanislao Olarte, en las cercanías del río Juan Amarillo, al occidente de Bogotá, fueron el lugar donde se levantó el barrio El Minuto de Dios, otra de las portentosas obras del padre García-Herreros. El primer morador del barrio fue Rómulo Torres, quien llegó el 27 de junio de 1957, y hoy, gracias al increíble tesón del padre y a la coordinada actividad de los habitantes, El Minuto constituye una ciudadela entre las calles 80 y 90 y las carreras 72 a 75 de Bogotá. Cuenta con numerosos parques y jardines, teatro, colegio (con capacidad para 4000 alumnos), puesto de salud y varias guarderías infantiles; además, en El Minuto es obligatoria la educación elemental. El Museo de Arte Contemporáneo del Minuto de Dios, obra de los arquitectos Eduardo del Valle y Jairo López, fue inaugurado por el presidente Misael Pastrana en 1970. Cuenta con obras donadas por artistas como Alejandro Obregón, Enrique Grau, Fernando Botero, Edgar Negret y José Luis Cuevas, entre otros. El templo, bendecido por monseñor Emilio de Brigard el 8 de diciembre de 1961, cuenta con el tabernáculo "custodia" de Eduardo Ramírez Villamizar. En la Plaza de Banderas se encuentran el polémico *Cristo desnudo* del escultor panameño Justo Arosemena y la *Escultura* de Carlos Rojas. El cardenal Luis Concha Córdoba decretó, el 10 de septiembre de 1965, la erección canónica de la parroquia, y el arzobispo Rubén Isaza dio posesión al padre García-Herreros como primer párroco, el 17 del mismo mes.

El padre Rafael García-Herreros contaba que, una vez «mientras dormía, después de buscar desesperadamente la solución a la crisis económica en que se debatía el barrio El Minuto de Dios, sentí como si la voz de un economista celestial me inspirara la idea de hurgar en las conciencias y en los bolsillos de los ricos, invitándolos al banquete más caro y más pobre del mundo». Así nació el Banquete del Millón, realizado por primera vez en noviembre de 1961, y convertido ya en una institución nacional. La boleta, que daba derecho a una taza de consomé y a un pan, costó entonces la astronómica suma de $ 5000. Contra todos los pronósticos, el Banquete ha ido aumentando el número de sus comensales año tras año. Todos los presidentes de la República, desde Alberto Lleras Camargo, han dado su apoyo al evento y, en 1983, Belisario Betancur le cedió el dinero del premio Príncipe de Asturias que se le había otorgado ese año. Desde Stella Márquez, Señorita Colombia en 1961, todas las reinas de belleza han participado en este ágape, y en Cartagena se levanta, inspirado por el padre García-Herreros, el Barrio de las Reinas. Se han organizado Banquetes del Millón en casi todas las ciudades de Colombia y en la ciudad de Nueva York. Por otra parte, el padre García-Herreros fundó organizaciones como el Instituto de Desarrollo de las Comunicaciones (INDEC), la Corporación Minuto de Dios, la emisora, la programadora de televisión Lumen 2000 y la editorial, entre otras. El padre García-Herreros falleció en Bogotá, el martes 24 de noviembre de 1992, mientras se celebraba el Banquete del Millón en el Salón Rojo del Hotel Tequendama. Su biógrafo, el padre Diego Jaramillo dijo: «Muchos [...] habían tildado al padre Rafael de soñador e idealista. Es cierto que él soñó mucho y que muchos de sus ensueños resultaron quimeras, pero quizá ningún otro colombiano de la generación actual pueda mostrar tantas realizaciones concretas de lo que un día se tildó de utópico. Parece que sus obras hubieran sido regalo de Dios para confundir los prudentes cálculos de los hombres» [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 302-303*]

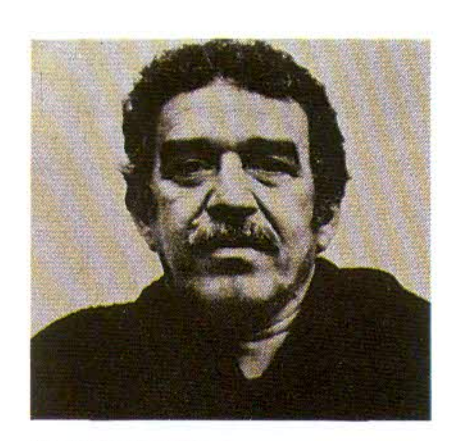
JUAN DAVID GIRALDO

Bibliografía

JARAMILLO, DIEGO. *Rafael García-Herreros*. Bogotá, Editorial Minuto de Dios, 1984.

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL

Escritor costeño (Aracataca, Magdalena, marzo 6 de 1927). Nacido en la casa de sus abuelos maternos, el coronel Nicolás Márquez, veterano de la guerra de los Mil Días, y Tranquilina Iguarán, Gabriel García Márquez, el primer hijo de Luisa Santiaga Márquez y el telegrafista Gabriel Eligio García, vivió sus primeros ocho años con los abuelos. Las vivencias de esta primera infancia en Aracataca, entre una multitud de tíos y primos sobre la que reinaba el anciano coronel, quien había sido, entre otras cosas, testigo indirecto del colapso de la United Fruit Company y de los hechos que condujeron a la matanza de las bananeras en 1928, aderezadas con los relatos hiperbólicos y tremendistas de la cegatona abuela Tranquilina y la no menos ciega determinación de su tía Francisca, que tejió su propio sudario para dar fin a su vida, imprimieron una marca indeleble en su memoria, y acabarían formando parte de *Cien años de soledad*, novela que constituye un hito en la literatura latinoamericana del siglo XX. García Márquez asistió al Colegio Montessori de Aracataca hasta la muerte de su abuelo el coronel, en 1936, cuando fue enviado al puerto fluvial de Sucre, en el departamento del mismo nombre, con sus padres, quienes decidieron matricularlo como interno en el Colegio San José, de Barranquilla, donde a la edad de 10 años ya escribía versos humorísticos, actividad que continuó luego en el colegio de los jesuitas de la misma ciudad. En 1940, gracias a una beca, ingresó al internado del Liceo Nacional de Zipaquirá. La lectura de los clásicos de la literatura lo consolaba, en su soledad, de un cambio de clima y entorno que le resultó traumático. Obtuvo el grado de bachiller en 1946 y regresó a Sucre, donde sus padres lo persuadieron para seguir la carrera de Derecho. Plegándose a la voluntad pater-



Gabriel García Márquez.
Fotografía de Richard Avedon.

na, se inscribió en la Universidad Nacional en Bogotá al año siguiente. Entre sus profesores figuraba Alfonso López Michelsen, y entre sus condiscípulos Camilo Torres, "el cura guerrillero", con quien trabó amistad. El estudio de las leyes lo aburría, mientras que su vocación de escritor se consolidaba día a día; hacía tiempo venía trabajando en una extensa narración titulada "La casa", y Eduardo Zalamea Borda, editor literario del periódico *El Espectador*, publicó su cuento "La tercera resignación", saludando en su autor al nuevo genio de las letras colombianas. El asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, y el subsecuente "Bogotazo" determinaron un nuevo cambio de rumbo en su vida. La mayoría de sus libros y manuscritos se perdió en el incendio de la pensión donde vivía, y el cierre indefinido de la Universidad Nacional lo obligó a gestionar su transferencia a la Universidad de Cartagena, donde siguió siendo un alumno irregular. No llegó a graduarse. En Cartagena, el escritor Manuel Zapata Olivella le consiguió una columna diaria en el recién fundado periódico *El Universal*, en la que trató temas tan distantes entre sí como el acordeón y el helicóptero, la astrología y los mellizos, Joe Louis y los loros. A lo largo de su vida, García Márquez habría de distinguirse como excelente columnista.

El grupo de Barranquilla. Años de vagabundeo

Por esos tiempos García Márquez anduvo con los escritores del Grupo de Barranquilla, entre los que se contaban Alvaro Cepeda Samudio, Alfonso Fuenmayor y Germán Vargas. Al principio viajaba desde Cartagena cada vez que podía, regresando a la vera del padre espiritual del Grupo, Ramón Vinyes, erudito librero catalán y a su vez escritor y dramaturgo. Luego, gracias a una neumonía que lo obligó a recluirse en Sucre, cambió su trabajo en *El Universal* por una columna diaria, muy semejante, en *El Heraldo* de Barranquilla. A partir de enero de 1950, bajo el encabezado "La girafa", firmada por *Septimus*, en homenaje al introvertido personaje de *La señora Dalloway*, de Virginia Woolf, apareció la columna que le sirvió de pretexto para, a deshoras, escribir *La Hojarasca* (1955). Pasaba buena parte de las noches en el Japi Bar con los del Grupo y solía terminar en el Rascacielos, edificio de cuatro pisos ubicado en la Calle del Crimen [*sic*] que alojaba un prostíbulo, donde García Márquez —Gabo, como lo llaman sus amigos— tenía permiso de los propietarios para dormir un poco. La columna de *El Heraldo* duró hasta finales de 1952, cuando se pierde, por algo menos de un año, la pista de García Márquez. Críticos como Jacques Gilard sostienen que durante este lapso Gabo vendió enciclopedias en la Guajira, junto con Alvaro Cepeda. Más tarde, ese mismo año, reapareció trabajando en *El Nacional* de Barranquilla. En febrero de 1954 García Márquez volvió a Bogotá como reportero de planta de *El Espectador*, donde realizó, entre otras cosas, reseñas cinematográficas que lo convirtieron en el primer columnista de cine del periodismo colombiano, y el memorable reportaje a Luis Alejandro Velasco, un marinero colombiano que sobrevivió a un naufragio en alta mar; el producto de esta entrevista fue un reportaje por entregas que apasionó al país y que luego tomó forma de libro bajo el título *Relato de un náufrago* (1970). Con todo, su publicación suscitó la animadversión de los censores del régimen del general Gustavo Rojas Pinilla, por lo que las directivas del periódico decidieron que García Márquez saliera del país rumbo a Ginebra para cubrir la conferencia de los Cuatro Grandes, y luego a Roma, donde el papa Pío XII aparentemente agonizaba. En la capital italiana asistió, por unas semanas, al Centro Sperimentale di Cinema. Enseguida viajó por Polonia y Hungría. En enero de 1956 se trasladó a París, donde, para su sorpresa, descubrió que Rojas Pinilla había ordenado el cierre de *El Espectador*. En su reemplazo se lanzó en febrero *El Independiente*, con García Márquez aún en la nómina, pero dos meses más tarde el nuevo periódico corrió la misma suerte. En una buhardilla de la Rue de Cujas, en el Barrio Latino, debiendo el alquiler de varios meses, empezó a trabajar en *La mala hora* (1962). La situación desesperada del escritor, paradójicamente, contribuyó en gran parte a dar forma a *El coronel no tiene quién le escriba* (1958), concluida en enero de 1957, originalmente un capítulo de *La mala hora* que adquirió vida propia. Entretanto, gracias a su amigo Plinio Apuleyo Mendoza, García Márquez publicó varias colaboraciones en la revista caraqueña *Elite*. Mendoza se le uniría a mediados de 1957 en un viaje por la República Democrática Alemana, Checoslovaquia y la Unión Soviética. Los apuntes de aquel recorrido, publicados dos años después por la revista *Cromos*, constituyen un pormenorizado retrato de la vida cotidiana detrás de la "Cortina de hierro". En noviembre del mismo año pasó por Londres, donde esperaba pulir su inglés. Pero una carta de Plinio Mendoza, ahora editor ejecutivo de la revista *Momento*, cambió sus planes: le esperaban en Venezuela y tenía el tiquete aéreo en sus manos. Llegó a Caracas en Navidad, justo a tiempo para ser testigo de los últimos días de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, sobre los que publicó varios artículos luego de la fuga del dictador, el 21 de enero de 1958. En marzo, García Márquez viajó a Barranquilla para contraer matrimonio con su novia de toda la vida, Mercedes Barcha. Irónicamente, dos meses después tuvo que renunciar, junto con Mendoza, a su trabajo en *Momento*, y asumir un extenuante cargo en *Venezuela Gráfica*, con poco tiempo para escribir.

Al colapso casi simultáneo de los regímenes de Pérez Jiménez en Venezuela y de Rojas Pinilla en Colombia, sucedió la caída de Fulgencio Batista y el triunfo de la Revolución Cubana. Su líder, Fidel Castro, organizó la campaña "Operación Verdad", invitando a periodistas extranjeros a la isla para contrarrestar la mala propaganda de las agencias noticiosas norteamericanas; Gabo estaba entre los invitados. Fue el comienzo de una importante relación con Cuba y de su amistad personal con Castro. Para entonces los planes de García Márquez incluían la fundación de una escuela de cine en Barranquilla. Sin embargo, el gobierno cubano había decidido

abrir su propia agencia de noticias, Prensa Latina, bajo la dirección del argentino Jorge Masetti. García Márquez llegó a Bogotá con su esposa embarazada en mayo de 1959, para manejar, junto con su amigo Mendoza, la oficina de la agencia en Colombia. Rodrigo, su hijo, nació el 24 de agosto y fue bautizado por Camilo Torres. En 1960 estuvo seis meses en Cuba, y a comienzos de 1961 fue trasladado a la oficina de Prensa Latina en Nueva York. Cubanos emigrados lo amenazaban por teléfono, y alguna vez llegaron a apuntarle con un arma mientras se dirigía en automóvil a su casa en Queens. A mediados del año reventó una crisis entre facciones políticas divergentes del gobierno cubano, en la que Masetti cayó en desgracia. En un gesto de solidaridad con él, García Márquez renunció a su cargo y, con su esposa e hijo, hizo un largo recorrido por el sur de los Estados Unidos que William Faulkner inmortalizara en sus novelas. Su periplo había de conducirlo hasta Ciudad de México, donde esperaba vivir de la redacción de guiones cinematográficos. En cambio, terminó trabajando por dos años en las revistas *Sucesos* y *La Familia*, del inversionista Gustavo Alatriste, como editor en jefe. En 1962, *La mala hora* recibió el Premio Esso de novela colombiana, aunque no vio forma de libro hasta 1966. El dinero del premio, sin embargo, sirvió para costear los gastos del nacimiento de su segundo hijo, Gonzalo, nacido el 16 de abril de 1962. Ese mismo año apareció el volumen de cuentos *Los funerales de la Mama Grande*. García Márquez renunció en octubre de 1963 para trabajar con la filial mexicana de J. Walter Thompson y, luego de unos meses, con la agencia publicitaria Stanton. Hizo amistad con el escritor mexicano Carlos Fuentes, y en compañía suya elaboró una docena de guiones para filmes a lo largo de dos años.

Cien años de soledad

Todo parece indicar que luego de concluir *La mala hora*, García Márquez sufrió un serio bloqueo de sus facultades literarias. Hasta 1964 otros asuntos le impidieron dedicarse a la creación de literatura. El bloqueo terminó durante el trayecto de Ciudad de México a Acapulco, cuando, al volante de su Opel, tuvo la repentina visión de la novela que hacía tiempo se estaba gestando en su interior. La historia de las generaciones de los Buendía en el mundo mágico de Macondo, desde la fundación del pueblo hasta la completa extinción de la estirpe, constituiría un rescate de la historia por la conciencia mítica colectiva, y una extensa alegoría de la condición humana, del significado del tiempo y de la escritura como alquimia. De regreso en el Distrito Federal, escribiendo ocho y más horas diarias, mientras Mercedes se ocupaba de sostener el hogar, a lo largo de dieciocho meses en los que acumuló grandes deudas, García Márquez dio forma a *Cien años de soledad* (1967), que habría de significarle un éxito tan inmediato cuanto insospechado, con premios en Francia e Italia y récords de ventas en el mundo entero. El acoso de periodistas y editores no se hizo esperar, mostrándole a Gabo las hieles de la fama.

Como resultaba imposible vivir en esas condiciones, en octubre de 1967 partió con su familia para Barcelona, donde esperaba vivir de incógnito y preparar una novela acerca de un dictador latinoamericano. Barcelona era un núcleo no sólo cultural, sino de oposición intelectual al régimen franquista. Entre los muchos escritores expatriados residentes en la ciudad estaba el peruano Mario Vargas Llosa, con quien entretuvo amistad hasta su ruptura personal e ideológica en 1975. Con todo, el nuevo proyecto novelístico se fue prolongando; la composición de *El otoño del Patriarca* (1975), que habría de vender más de medio millón de ejemplares en los días que siguieron a su publicación, le tomó, en realidad, siete años. Hacia la mitad del trabajo, García Márquez decidió recorrer de cabo a rabo el Caribe, para complementar su documentación. Entretanto, en 1972 le fueron concedidos el Premio Rómulo Gallegos de novela y el Premio Neustadt, con sumas que donó, respectivamente, al venezolano MAS (Movimiento al Socialismo) y al Comité de Solidaridad con los Presos Políticos. García Márquez era miembro activo del Tribunal Bertrand Russell y, como diplomático independiente, en los años que siguieron abogó, al lado de Omar Torrijos, por el reintegro del Canal de Panamá a los panameños, y luego por la causa de los revolucionarios sandinistas en Nicaragua, junto con su amigo el novelista argentino Julio Cortázar. También se lanzó, junto a Felipe López Caballero, en la aventura de publicar la revista *Alternativa*, de corte socialista, que soportó las presiones de los sectores políticos tradicionales durante poco más de cinco años, hasta su cierre en 1980. Dos volúmenes de cuentos aparecieron en este período: *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y su abuela desalmada* (1973) y *Ojos de perro azul* (1974).



Gabriel García Márquez en la ceremonia de entrega del Premio Nobel de Literatura. Estocolmo, diciembre 10 de 1982.

La consagración

A principios de 1981 García Márquez estaba viviendo de nuevo en Colombia, cuando apareció su breve *Crónica de una muerte anunciada*. El 26 de marzo, tras lo que parecía ser una velada persecución de las fuerzas militares del gobierno de Julio César Turbay Ayala, solicitó el asilo político del gobierno mexicano. Meses más tarde recibió de manos del recién electo presidente de Francia, François Mitterrand, la medalla de la Legión de Honor. En el ínterin había comenzado a trabajar en «una historia de amor», que no estaría lista hasta 1985. El Premio Nobel de Literatura de 1982 lo encontró desprevenido. A sus cincuenta y cuatro años, era el laureado más joven desde Albert Camus. Vestido de liquiliqui, a la usanza del Caribe continental, recibió el premio y leyó una ponencia de marcados acentos ideológicos. El gobierno de Belisario Betancur lo respaldó con una vistosa delegación folclórica. En Colombia, la editorial Oveja Negra publicó la retrospectiva de su obra escrita, li-

teraria y periodística. La redacción de su nueva novela se vio interferida por el alud de compromisos que sobrevino al Nobel, obligando a García Márquez a buscar refugio en Cartagena, donde vivían sus padres, de febrero hasta septiembre de 1984. Regresó enseguida a México, y allí cambió la máquina de escribir por el computador. Sólo hasta el 5 de diciembre de 1985 apareció *El amor en los tiempos del cólera*. En 1989 García Márquez, entonces director de la escuela de cine de San Antonio de los Baños en Cuba, publicó *El general en su laberinto*, crónica novelada de los últimos días de Simón Bolívar. Se suscitó un pequeño escándalo cuando su secretario cubano se asiló en los Estados Unidos. El 30 de julio de 1992 aparecieron sus *Doce cuentos peregrinos*. En 1993, a raíz de la impresión ilegal de ejemplares de sus obras en Colombia, García Márquez inició una campaña en favor del respeto a los derechos de autor. El 23 de marzo de 1994 apareció el monólogo *Diatriba de amor contra un hombre sentado*, y un mes después, la novela *Del amor y otros demonios*. [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 283-287; y tomo 5, Cultura, p. 212*].

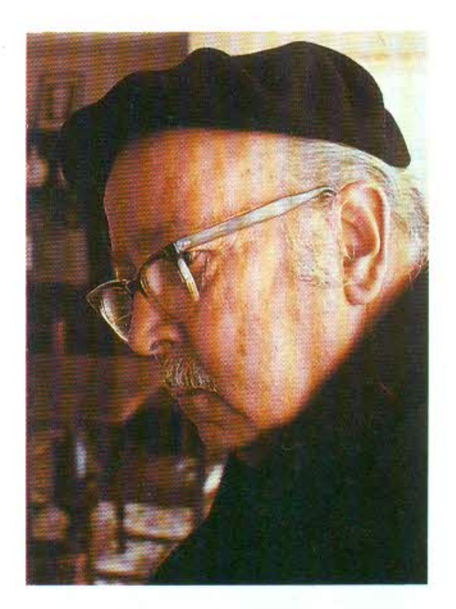
MATEO CARDONA VALLEJO

Bibliografía

ARNAU, CARMEN. *El mundo mítico de Gabriel García Márquez*. Barcelona, Península, 1971. BELL-VILLADA, GENE H. *García Márquez. The man and his work*. Chapel Hill, North Carolina University Press, 1990. COLLAZOS, OSCAR. *García Márquez: la soledad y la gloria. Su vida y su obra*. Barcelona, Plaza y Janés, 1983. EARLE, PETER (Ed.). *García Márquez: El escritor y la crítica*. Madrid, Taurus, 1981. FUENMAYOR, ALFONSO. *Crónicas sobre el Grupo de Barranquilla*. Bogotá, Colcultura, Gobernación del Atlántico, 1978. GARCÍA MÁRQUEZ, ELIGIO. "El poder y la gloria". En: *Son así. Reportaje a nueve escritores latinoamericanos*. Bogotá, Oveja Negra, 1982, pp. 89-122. GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL. *Obra periodística*, 4 Vols. Recopilación y prólogo, Jacques Gilard. Bogotá, Oveja Negra, 1981-1983. GIACOMAN, HELMY F. (Ed.). *Homenaje a Gabriel García Márquez: Variaciones interpretativas en torno a su obra*. Nueva York, Las Américas, 1972. HARSS, LUIS. "Gabriel García Márquez o la cuerda floja". En: *Los nuestros*. Buenos Aires, Sudamericana, 1966, pp. 381-419. MCGUIRK, BERNARD y RICHARD CARDWELL (Eds.). *Gabriel García Márquez: New readings*. Nueva York, Cambridge University Press, 1987. MARTÍNEZ, PEDRO SIMÓN. *Sobre García Márquez*. Montevideo, Biblioteca de Marcha, 1971. MENDOZA, PLINIO APULEYO. *El olor de la guayaba*. Bogotá, Oveja Negra, 1982. RAMA, ANGEL. *La narrativa de Gabriel García Márquez: Edificación de un arte nacional y popular*. Bogotá, Colcultura, 1991. VARGAS LLOSA, MARIO. *García Márquez: Historia de un deicidio*. Barcelona, Barral, 1971.

GARCÍA-PEÑA, ROBERTO

Periodista santandereano (Bucaramanga, abril 24 de 1910 - Bogotá, noviembre 28 de 1993). Nacido en el hogar de Carolina Peña y Tirso García Guzmán, Roberto García-Peña adelantó sus estudios escolares en el Colegio San Pedro Claver de Bucaramanga y los superiores en la Universidad Externado de Colombia. Complementó sus estudios con especialización en Ciencias Internacionales, Derecho Internacional Público y Privado e Historia Diplomática en la Universidad de Chile. Brillante periodista, fue designado director emérito del diario *El Tiempo* después de haberlo dirigido durante 42 años y haber escrito más de veinte mil notas editoriales. Fue secretario privado del Ministerio de Gobierno, secretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores y diplomático en Perú y Chile. «Roberto García-Peña es un grande escritor, un trabajador infatigable y un hombre bueno», dijo Eduardo Santos. «En realidad, sin vanidad alguna puedo decir que yo nací periodista y desde mi infancia tuve inquietudes periodísticas», decía el propio García-Peña, quien firmaba su columna "El rastro de los hechos" con el seudónimo *Ayax*. García-Peña formó parte de la llamada Generación del 30 que integraba la redacción de *El Tiempo*, de la cual hacían parte, entre otros, Alberto Lleras Camargo, Enrique Santos Montejo "Calibán", Luis Eduardo Nieto Caballero, Oliverio Perry, Hernando Téllez, Gabriel Montaña, Federico Rivas Aldana "Fraylejón" y Gilberto Owen. «Como pocos tenía el valor de sus convicciones», dijo de él Abdón Espinosa Valderrama, quien lo acompañó en otras épocas junto con José Pratt, Jaime Posada o Eduardo Camargo. Después de haber superado el incendio de 1951, el 4 de agosto de 1955, en tiempos de la dictadura militar, el periódico fue clausurado. Así lo vivió García-Peña: «Yo fui llamado por el Estado Mayor a que rectificara una versión sobre el asesinato de los Correa, cerca a Pereira, que había sido publicado en *El Comercio*, del Ecuador, estando de visita en Quito el dictador



Roberto García-Peña, 1980. Archivo El Tiempo, Bogotá.

Rojas Pinilla. En vista de que yo me negara a hacer la rectificación que me exigía el comando del Estado Mayor, se me notificó que si no aceptaba lo que se me proponía por la fuerza, se verían obligados a cerrar *El Tiempo* indefinidamente. Yo manifesté entonces que de ninguna manera aceptaba la rectificación que me pedían y así fue como el 4 de agosto fue clausurado *El Tiempo*». Entre otras, sus páginas fueron recogidas en una publicación de 1970 del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica titulada como su columna, y en el libro *Medio siglo sobre El Tiempo*, que en 1978 recogió sus artículos y notas editoriales publicadas a partir de 1938. Una de sus más célebres frases recoge su testimonio en el Club de Prensa en Washington: «El pueblo es responsable y atiende a su responsabilidad cuando está informado, cuando puede crearse una conciencia de los problemas, cuando sabe que su opinión decide. Es decir, cuando gobierna». El día de su muerte, la columna editorial de *El Tiempo* recordó su temple, su liberalismo y su temperamento: «En su firmeza, lo rodeaba un ambiente comprensivo y humano [...] era un poeta nato, idealista, de generosidad a veces excesiva y pródiga. No lo atraía la riqueza material que estuvo al alcance de sus manos. Tampoco la ambición política o el ansia de poder [...] a todos aquellos que llevan su sangre [descendientes de su hogar felizmente formado con Rosita Archila]

un abrazo estrechísimo de solidaridad, afecto y admiración por quien cumplió todas las reglas que debe tener un hombre de bien y un periodista excepcional» [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 211-212*].

JUAN LOZANO

Bibliografía

GARCÍA-PEÑA, ROBERTO. *Rastro de los hechos*. Selección, Rafael Gómez Hoyos. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1970. GARCÍA-PEÑA, ROBERTO. *Medio siglo sobre El Tiempo*. Colección Biblioteca Pública Piloto. Medellín, Ed. Letras, 1978.

GARCÍA ROVIRA, CUSTODIO

Militar y estadista santandereano (Bucaramanga, marzo 2 de 1780 - Bogotá, agosto 8 de 1816). Llamado por los realistas "El Estudiante", José Custodio Cayetano García Rovira fue uno de los últimos presidentes de la Primera República granadina. Hijo de Juan de Dios García Navas y Rosa Rovira de García, aprendió sus primeras letras en la escuela de Felipe Munar, en su ciudad natal. Realizó sus estudios secundarios y universitarios en Santafé de Bogotá, en el Colegio Mayor de San Bartolomé, donde uno de sus profesores fue el padre Francisco Margallo. En 1799 se graduó de bachiller en Filosofía, en 1804 obtuvo el grado de bachiller en Derecho Civil, y luego, el título de doctor en Teología. En el Colegio de Santo Tomás, regentado por los dominicos, cursó estudios de música y pintura; allí le otorgaron el grado de bachiller en Artes. El 29 de abril de 1809 recibió el título de doctor en Derecho y fue recibido oficialmente como abogado por la Real Audiencia de Santafé de Bogotá. García Rovira fue profesor en el Colegio Mayor de San Bartolomé, en las cátedras de matemáticas, álgebra y trigonometría; posteriormente fue nombrado profesor de filosofía, metafísica y moral. Entre sus discípulos destacados encontramos a los próceres Francisco de Paula Santander, José Ignacio de Márquez, Liborio Mejía, Antonio Ricaurte Lozano y otros. Sus compañeros docentes fueron José Félix Restrepo, el gran formador de la generación de la Independencia, y Emigdio Benítez, Crisanto Valenzuela, Frutos Joaquín Gutiérrez y otros. García Rovira se caracterizó por su fecundo humanismo y por sus aficiones musicales, artísticas y poéticas. Participó en la tertulia literaria del Buen Gusto, que se reunía en la residencia de doña Manuela Sanz de Santamaría de Manrique. Allí hicieron tertulia varios intelectuales que luego intervinieron en la revolución de independencia, señalando entre ellos a Camilo Torres, José Fernández Madrid, Miguel de Pombo, Francisco Antonio Ulloa, Manuel Rodríguez Torices y otros. También fue miembro de la tertulia Eutropélica, que funcionaba en la Biblioteca Pública Real, y de la tertulia del Precursor Antonio Nariño. Después de la revolución política del 20 de julio de 1810, García Rovira fue nombrado agente fiscal del Tribunal de Apelación, conformado por la Junta Suprema de Santafé en agosto de 1810. Posteriormente fue nombrado teniente asesor de Tunja, por el gobernador Juan Nepomuceno Niño; en Tunja funcionaba el Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, eje político del federalismo, el partido escogido por Custodio García Rovira. En 1812 el pueblo del Socorro lo eligió por votación popular gobernador de la provincia; desde allí colaboró con el ejército federalista de las Provincias Unidas y participó en el triunfo federalista de la batalla de Ventaquemada contra los centralistas. Así mismo, tomó parte en la derrota de Bogotá, el 9 de enero de 1813, donde fue hecho prisionero con Antonio Baraya, el gobernador Niño, Francisco José de Caldas, Atanasio Girardot, Francisco de Paula Santander y otros. En 1814 fue elegido miembro del primer triunvirato de la Nueva Granada, junto con los patriotas Manuel Rodríguez Torices, de Cartagena, y José Manuel Restrepo, de Antioquia. Se posesionó de la Presidencia de la Unión el 28 de noviembre de 1814, y durante su gobierno sometió al Estado de Cundinamarca con la intervención del general Simón Bolívar, quien sitió a la capital y obtuvo su entrega a la Unión. Su período presidencial culminó el 28 de marzo de 1815. Ascendido a general, Custodio García Rovira fue designado comandante en jefe del Ejército del Norte para enfrentar al ejército español de la Pacificación. En la batalla de Cachirí fue derrotado por las fuerzas españolas comandadas por el coronel Sebastián Calzada; convertido en un tétrico camposanto, la derrota de Cachirí fue funesta para la Nueva Granada, que ya no pudo ofrecer resistencia eficaz a la marcha del invasor. Las tropas de retaguardia, comandadas por el general García Rovira, siguieron al presidente José Fernández Madrid rumbo a Popayán. Ante la renuncia del presidente, la Comisión Legislativa del Congreso de las Provincias Unidas eligió como presidente-dictador al general García Rovira, y vicepresidente, al comandante Liborio Mejía. Ejerció el cargo desde el 22 de junio hasta el 19 de julio, cuando fue hecho prisionero por los españoles en La Plata. Los patriotas huían hacia el Brasil, después de la derrota de la Cuchilla del Tambo; en el páramo de Guanacas se encontraron con la familia Piedrahita, que también escapaba a la acción del ejército realista; allí García Rovira conoció a Josefa Piedrahita (Pepita), en una bella página romántica que ha sido relatada por los cronistas de la guerra de independencia. Contrajo matrimonio con ella, pero la felicidad duró muy poco, pues fueron hechos prisioneros en La Plata y trasladados a Santafé de Bogotá. Los prisioneros fueron traídos descalzos y a pie, «atados por la cintura y brazos con correas de cuero mojado para que secándose apretasen y mortificasen más al paciente». En Santafé, fueron recluidos en el Colegio Mayor del Rosario y reducidos a calabozos con grillos y cadenas. Entre los prisioneros también se encontraban fray Diego Francisco Padilla, José Gabriel Peña, el capitán Hermógenes Céspedes y otros. El jueves 8 de agosto de 1816, el general Custodio García Rovira fue fusilado en la Huerta de Jaime, hoy Plaza de



Custodio García Rovira.
Oleo de Franco, Montoya y Rubiano, ca. 1880.
Museo Nacional, Bogotá.

los Mártires, con los próceres José Gabriel Peña y Hermógenes Céspedes. Fue fusilado por la espalda por falta de verdugo que lo ahorcara; su cadáver fue puesto pendiente de la horca, con esta leyenda: «García Rovira, El Estudiante, por traidor». Sus bienes fueron confiscados, y sus restos reposan en la iglesia de La Veracruz, declarada Panteón Nacional [*Ver tomo 1, Historia, pp. 267-268 y 274-275*].

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

CACUA PRADA, ANTONIO. *Custodio García Rovira, el estudiante mártir*. Complemento a la *Historia Extensa de Colombia*, Nº 5. Academia Colombiana de Historia. Bogotá, Plaza & Janés, 1983. DÍAZ DÍAZ, OSWALDO. *La Reconquista Española. Historia Extensa de Colombia*, Vol. VI, tomo 1: 1815-1817. Academia Colombiana de Historia. Bogotá, Ediciones Lerner, 1964. MUTIS DURÁN, F. "Reseña biográfica del señor Custodio García Rovira, antiguo Presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada". *Estudio* (Bucaramanga), Nº 70, pp. 229-248. RESTREPO SÁENZ, JOSÉ MARÍA. "Custodio García Rovira". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XLV, Nº 519-521 (febrero-marzo 1958), pp. 3-44.

GAVIRIA TRUJILLO, CÉSAR



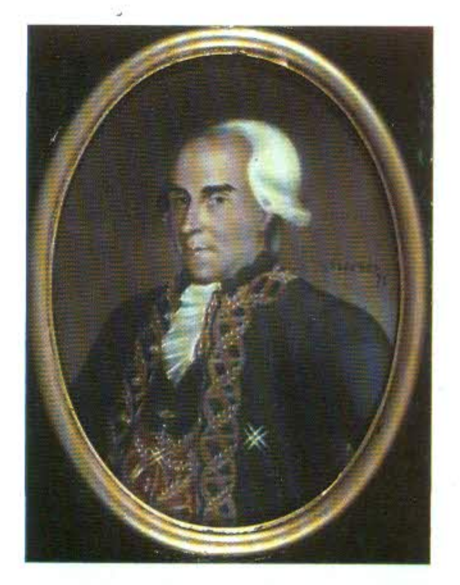
César Gaviria Trujillo.
Fotografía de Hernán Díaz.

Presidente de la República durante el período 1990-1994, nacido en Pereira, el 31 de marzo de 1947. Hijo de Byron Gaviria Londoño y Mélida Trujillo, César Augusto Gaviria es bachiller del Liceo de Pereira, y economista de la Universidad de los Andes. Inició su vida política a los 23 años, cuando fue elegido concejal de su ciudad natal para el período 1970-1974. En este año fue elegido representante a la Cámara. Fue viceministro de Desarrollo en 1978; director del diario *La Tarde*, de Pereira, en 1982; director de la campaña electoral de Virgilio Barco, y director adjunto del partido liberal en 1986; ministro de Hacienda y de Gobierno en la administración Barco (1986-1990); y jefe de debate y director de la campaña presidencial del dirigente del Nuevo Liberalismo, Luis Carlos Galán, para las elecciones de 1990. Después del atentado en el que Galán perdió la vida, ocurrido el 18 de agosto de 1989, su familia y la junta de parlamentarios que apoyaban su aspiración presidencial, respaldaron la inscripción de César Gaviria como precandidato presidencial. El 29 de septiembre de 1989 Gaviria proclamó su precandidatura en Barranquilla; y el 11 de marzo de 1990, mediante consulta interna, fue escogido como candidato del partido liberal a la Presidencia de la República, fue nombrado por la Convención Nacional del Liberalismo jefe único, y ratificado como candidato del partido. El 27 de mayo de 1990 fue elegido presidente de la República, con el 47% de los votos depositados en las urnas (2 891 808 votos). Durante su gobierno, logró impulsar la Constitución de 1991, que renovó los cimientos institucionales del país, creó nuevos espacios de participación democrática, modernizó la justicia y sentó las bases para la construcción de un Estado más eficiente y justo. A partir de la vigencia de la nueva Constitución, la justicia se fortaleció y se crearon instituciones como la Corte Constitucional, la Fiscalía General de la Nación, la Defensoría del Pueblo y el Consejo Superior de la Judicatura. Además, se puso en marcha la acción de tutela, mecanismo de protección de los derechos fundamentales. Su programa de gobierno, denominado "La revolución pacífica" y conocido popularmente como "el revolcón", logró que varios grupos guerrilleros se reincorporaran a la vida civil. Durante la administración Gaviria, se promovió el proceso de apertura económica, se creó el Ministerio de Comercio Exterior (ley 07 de enero 16 de 1991), se redujeron los aranceles y las barreras al comercio, se abrieron las puertas a la inversión extranjera, se impulsó la primera zona libre de comercio en el continente americano, Colombia lideró el proceso de integración regional y subregional, se fortaleció el papel del sector privado y se emprendieron planes de modernización de la infraestructura de puertos, vías y comunicaciones. El 27 de marzo de 1994, en Washington, César Gaviria fue elegido nuevo secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA), derrotando al canciller costarricense Bernd Niehaus, por 20 votos contra 14.

STELLA TOCANCIPÁ

GIL Y LEMOS, FRANCISCO ANTONIO

Virrey del Nuevo Reino de Granada, caballero de la Orden de San Juan, comendador de la Orden Mayor de Puente de Orbigo, jefe de escuadra de la Real Armada, del Consejo de Su Majestad en el Supremo de la Guerra, teniente general de la Real Armada. Nombrado virrey del Nuevo Reino de Granada, llegó a Cartagena el 6 de enero de 1789. Aunque creyó en la promoción de la industria americana, debió cumplir la orden de importar vinos de España. Expuso las razones que creía convenientes para el desarrollo del comercio y las industrias del Nuevo Reino y pidió permiso para realizar un tráfico libre de esclavos. Cerró el comercio de harinas con



Francisco Gil y Lemos.
Miniatura de Manuel J. Paredes.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

extranjeros, para apoyar a los agricultores del Nuevo Reino. Procuró sanear la Hacienda, racionalizando el gasto público y las inversiones en burocracia administrativa. En su relación de mando se descubre un pensamiento moderno, preocupado por el desarrollo de vías de comunicación, buena administración y mercados regionales capaces de competir. Fue nombrado virrey del Perú a los siete meses de haber iniciado su gobierno en la Nueva Granada [*Ver tomo 1, Historia, p. 158*].

EDUARDO BARRERA

Bibliografía

RESTREPO SÁENZ, JOSÉ MARÍA. *Biografías de los mandatarios y ministros de la Real Audiencia*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1952. COLMENARES, GERMÁN. (Comp.). *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, 3 Vols. Bogotá, Banco Popular, 1989.

GILIBERT, MARCELINO

Militar francés, primer director de la Policía Nacional (Fustinag, Haute Garonne, febrero 24 de 1839 - Bogotá, septiembre 11 de 1923). La reorganización del cuerpo de policía de Bogotá, emprendida a finales del siglo pasado por Juan María Marcelino Gilibert, fue fundamental en la configuración de un aparato policial moderno, debido a la introducción de nuevas prácticas de vigilancia y disciplina social. Gilibert ingresó a los 22 años a la carrera militar, en la que alcanzó el grado de sargento mayor de primera clase. Estuvo en campaña en Africa, atravesó el desierto del Sahara y fue distinguido por exponer su vida para salvar a varios compañeros que se encontraban afectados por una epidemia de cólera. En 1870 participó en la guerra franco-prusiana y fue herido en las batallas de Reichshoffen, Sedán y Orleans. Posteriormente cayó prisionero en tres ocasiones, pero en todas escapó de los enemigos. Al terminar la guerra, fue condecorado con la medalla militar y volvió con su regimiento a Constantinopla, donde fue designado comisario especial de quinta clase de la Policía francesa. Ascendió gradualmente hasta alcanzar el grado de comisario primero, en la ciudad de Lille. Allí prestaba sus servicios cuando el Ministerio del Interior de Francia, a solicitud del encargado de negocios de Colombia, Gonzalo Mallarino, lo seleccionó por sus méritos y conocimiento del castellano para viajar a Colombia a reorganizar la Policía de Bogotá. Gilibert llegó a finales de 1891 y el 1 de enero de 1892, con un desfile al que asistieron el presidente Carlos Holguín y sus ministros, puso al servicio el cuerpo de policía de la ciudad, compuesto por 450 agentes seleccionados por saber leer, escribir y contar, no haber tenido condena judicial, gozar de buena complexión física, sin ningún vicio o defecto, y por «poseer maneras cultas y carácter firme y suave».

Bogotá, que entonces contaba con mil veinte cuadras y unos 120 000 habitantes, fue dividida en seis circunscripciones de policía, en cuyos centros territoriales operaban las comisarías, cada una de ellas a cargo de 60 agentes y de cuatro comisarios distribuidos en subdivisiones. Complementaban el equipo la División Central y la División de Seguridad, esta última encargada de dos actividades de "supervigilancia": la especializada y la de costumbres, lo que muestra que la concepción de seguridad abarcaba ámbitos no exclusivamente políticos o delictuosos, sino también morales. Los primeros incluían, por supuesto, el descubrimiento de los planes de los enemigos del gobierno, la captura de autores de ciertos robos y la ubicación del paradero de prófugos condenados; y los segundos, estaban al «servicio» de «vigilar la conducta de las prostitutas para evitar los escándalos y morigerar las costumbres de estas mujeres». Las dos últimas divisiones y la Dirección General de la Policía se ubicaron en un edificio contratado por la municipalidad, el Hotel Universo, situado en la parte sur de la antigua Plaza de Mercado, calle 10 entre carreras 10 y 11.

Aparte de la labor de prevención de delitos, Gilibert asignó a los agentes diversas funciones: evitar que los carruajes rodaran a gran velocidad, encender los faroles de petróleo que alumbraban la ciudad, apagar los incendios, prestar atención al aseo de las calles, anunciar con silbatos las horas de la noche, recoger a los vagos y niños desamparados y vigilar el funcionamiento de las pesas y medidas. Además, el Reglamento de Policía, elaborado por Gilibert, aconsejaba diferentes comportamientos para situaciones especiales como el intento de suicidio o la demencia: «Si se tratare de un suicidio y quedare alguna duda acerca de la muerte cortará la soga y hará trasladar el cuerpo a una cama,



Juan María Marcelino Gilibert.
Fotografía de Roa, 1891.
Museo Histórico de la Policía Nacional, Bogotá.

sin sacudimiento alguno, aflojará los vestidos, proporcionará aire y hará tragar a la víctima un poco de agua con vinagre. Frente a un orate pacífico, el agente deberá de hablarle con dulzura y en el sentido mismo de su locura, pero tratándose de un loco armado deberá apoderarse de él y envolverlo en mantas para quitarle la libertad de los movimientos». Los agentes también fueron adiestrados para llevar el registro y la estadística de las operaciones diarias, de los delitos, las contravenciones, las quejas, las personas sospechosas y los documentos perdidos, y para que levantaran censos de las casas de juego, de prostitución, de préstamos y del movimiento de transeúntes de los hoteles. La reorganización contempló una rígida disciplina y la imposición del control social. Se ordenaron, entre otras prohibiciones, las de aceptar remuneraciones de particulares, charlar en las calles con "mujeres públicas", silbar, cantar y fumar en las horas de trabajo; debían «ser siempre benévo-

los, enérgicos, débiles nunca» y procurar «convencer primero por medio de la persuasión y no reprimir sino después», evitar «todo acto agresivo, toda palabra grosera o injuriosa para todos los individuos detenidos». El cumplimiento de las normas fue celosamente vigilado por Gilibert. Comentaba la prensa que prácticamente vivía en su despacho, que jamás asistía a espectáculos recreativos y que a cualquier hora del día o de la noche visitaba las comisarías de los barrios para observar cómo se respetaba el reglamento o sus órdenes del día. De su severidad da buena cuenta la destitución de dos agentes que dieron declaraciones a la prensa antes que a sus superiores, afirmando haber visto un fantasma en la calle 14, al lado del Colegio del Rosario, en varias noches de abril de 1892.

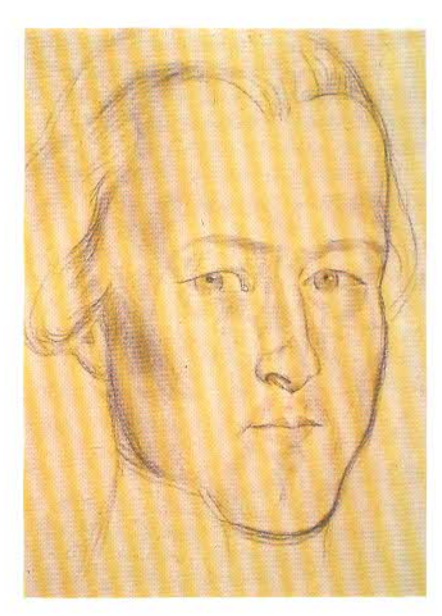
El contrato de Gilibert venció en agosto de 1892, pero continuó desempeñándose como instructor de la Policía Nacional. Fue llamado nuevamente a ocupar la dirección de la Policía para enfrentar los violentos disturbios que vivió Bogotá entre el 15 y el 17 de enero de 1893, en los que hubo numerosos heridos y más de 50 muertos. La policía fue uno de los blancos de la turba: escuchó repetidos abajos, cuatro de las seis comisarías cayeron en poder de los amotinados, el cuartel general resistió el asalto de la multitud debido a las descargas de fuego disparadas desde los balcones, un agente resultó muerto y otros heridos, y el ejército tuvo que hacerse cargo del restablecimiento del orden. La inusitada furia popular expresaba el rechazo a que los policías controlaran las horas de expendio de chicha, a que disolvieran los corrillos callejeros y a que obligaran a los peatones a caminar por la acera derecha. Era también resultado del cobro de multas, del rechazo a la recolección de "chinos" de la calle para llevarlos a trabajar (marcados con tinta roja) a las haciendas cafeteras, y de los enemigos de la Regeneración que veían en la Policía un nuevo instrumento de represión política. En abril de 1894, Gilibert y la División de Seguridad lograron desmantelar una conspiración de artesanos para apresar al vicepresidente Miguel Antonio Caro y sus ministros por medio de "secciones" guerrilleras que obrarían a un mismo tiempo; éxito policial que se debió a informaciones recolectadas en las chicherías y a que pudieron infiltrar al movimiento artesanal comprando por 200 pesos a uno de los complotados. En enero de 1895 la policía frustró una nueva conjuración en Bogotá, lo que no evitó el estallido de la guerra civil, debido a que a la misma hora de la ejecución del complot se habían acordado levantamientos liberales de respaldo en varios departamentos del país. Gilibert presentó renuncia irrevocable a mediados de 1898, a raíz de un robo a una joyería bogotana. En su carta dimitoria manifestaba que le era imposible controlar «la enorme cantidad de ladrones» con el escaso cuerpo de agentes a su disposición, y las comisiones que debían atender tanto en la ciudad como fuera de ella. Durante el gobierno del general Rafael Reyes, Gilibert volvió a aceptar la dirección y siguió asesorando a la Policía hasta su muerte, ocurrida en Bogotá el 11 de septiembre de 1923 [*Ver tomo 2, Historia, pp. 431-432, 441-442, "El motín bogotano de 1893", pp. 453-456; y tomo 7, Instituciones, pp. 200-202*].

MARIO AGUILERA PEÑA

Bibliografía

LONDOÑO CÁRDENAS, FABIO ARTURO (Brigadier General). "El primer siglo de la República". En: ALVARO VALENCIA TOVAR, Director. *Historia de la Policía Nacional de Colombia*. Bogotá, Planeta, 1993, pp. 95-144.

GIRARDOT, ATANASIO



Atanasio Girardot.
Dibujo de José María Espinosa.
Museo Nacional, Bogotá.

Prócer antioqueño de la Independencia (San Jerónimo, mayo 2 de 1791 - Bárbula, Estado de Carabobo, Venezuela, septiembre 30 de 1813). Hombre de confianza del Libertador Simón Bolívar durante la Campaña Admirable en Venezuela, las actuaciones de Manuel Atanasio Girardot, pese a su corta vida, fueron decisivas durante los inicios de la guerra separatista de España. Hijo de Luis Girardot, acomodado comerciante y minero francés, avecindado primero en la ciudad de Antioquia y luego en la de Bogotá, a partir de 1801, y de la antioqueña Marta Josefa Díaz de Hoyos, Atanasio Girardot inició sus estudios en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, en Bogotá, obteniendo su título en Leyes el 30 de octubre de 1810. Desde este año figuró como teniente en el batallón *Auxiliar*, creado en Santafé en 1783, donde era capitán Antonio Baraya. Hizo parte de la expedición organizada por la Junta Suprema de Gobierno para apoyar a la Confederación de Ciudades, en contra del gobierno realista de Popayán. Girardot combatió a las órdenes del coronel Baraya, en la batalla del Bajo Palacé, cerca de Piendamó, el 28 de marzo de 1811, saliendo victorioso. Durante el gobierno de Antonio Nariño como presidente de Cundinamarca, Girardot ascendió al grado de capitán y marchó desde Bogotá a someter a las federalistas provincias de Tunja y El Socorro. Nariño pretendía establecer un gobierno centralista en la Nueva Granada, para poder mantener la independencia ya conquistada. Girardot cambió súbitamente de bando y combatió a nombre de las Provincias Unidas contrarias al centralismo, en el lapso denominado la Patria Boba. El ejército federal fue vencido finalmente en Bogotá, en enero de 1812. En la Campaña Admirable de Bolívar, en Venezuela, Girardot comandó varios batallones que lograron ocupar Mérida y Trujillo en 1813. A éstas le siguieron Barinas y Nutrias. En el avance de Bolívar hacia Caracas, Girardot se encargó de la retaguardia en Apure, hasta alcanzarlo cerca a la ciudad, junto al cerro del Bárbula, donde habrían de enfrentarse con el ejército realista comandado por Domingo de Monteverde. El 30 de septiembre de 1813 Atanasio Girardot murió en el combate, envuelto en la bandera republicana. En este momento de su carrera militar, Girardot gozaba de mucho prestigio,

lo que lo convertía en hombre de confianza de Bolívar. En sus memorias, el general Rafael Urdaneta, su compañero de lucha en Venezuela, dice que Girardot «se hizo un lugar sobresaliente en todo el ejército; su valor admirable le cubrió de gloria en los campos de Palacé, y renovó esta misma gloria en la [...] campaña de Venezuela». Con la reconquista de Pablo Morillo, la familia Girardot fue desterrada en 1816 y sus bienes confiscados; era la clara consecuencia del fuerte decreto de guerra a muerte dictado por Bolívar en 1814, que ordenó el fusilamiento de 800 españoles y criollos monarquistas encarcelados en La Guaira y Caracas, acusados de conspiración contra el gobierno revolucionario. Por orden de Bolívar, el corazón de Atanasio Girardot fue llevado con honores hasta la catedral de Caracas, donde se le hizo un solemne funeral.

LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

ANCÍZAR MENDOZA, ALBERTO y JORGE ANCÍZAR-SORDO. *Dos próceres: Lino de Clemente, Atanasio Girardot*. Bogotá, Embajada de Venezuela, 1987. LLINÁS, JUAN PABLO. *Atanasio Girardot, historia y tradición*. Bogotá, Tercer Mundo, 1980. MONSALVE, JOSÉ DOLORES. *Atanasio Girardot*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1911. TISNÉS, ALBERTO MARÍA. *Un antioqueño héroe del Bárbula*. 2ª ed. Medellín, Editorial Granamericana, 1969. URIBE WHITE, ENRIQUE. *Girardot, ensayo biográfico*. Bogotá, Imprenta de las Fuerzas Militares, 1971. VALENCIA TOVAR, ALVARO. *La Campaña Admirable, vislumbre del genio*. Bucaramanga, Imprenta Departamental, 1970.

GÓMEZ, EFE (FRANCISCO)

Escritor antioqueño (Fredonia, 1867 - 1938). Francisco Gómez Agudelo, mejor conocido como Efe Gómez, hizo su bachillerato en la Universidad de Antioquia y se graduó de ingeniero en la Escuela de Minas de Medellín. Siempre tuvo una activa participación en la vida cultural antioqueña, desde sus primeros cuentos, publicados en 1895 en *La Miscelánea*. Hizo parte de varios grupos culturales, colaboró en revistas literarias como *El Montañés*, *El Repertorio*, *Alpha* y *Cirirí*, y tomó parte en la activa bohemia que caracterizó los primeros 30 años de este siglo en Medellín. Combinó su dedicación a la literatura con una amplia actividad como minero e ingeniero, en especial en las minas de oro del Zancudo y en las



Francisco (Efe) Gómez.
Fotografía de la Colección J.J. Herrera.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

salinas de Guaca. Efe Gómez ha sido incluido dentro del grupo de autores costumbristas antioqueños, del cual hicieron parte también Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón. Sin embargo, sus cuentos y narraciones, más que centrarse en la descripción costumbrista de la vida regional, buscan iluminar profundos y a veces dramáticos conflictos psicológicos; su obra es, ante todo, una descripción de los horrores de la vida, del dolor, de las fuerzas que hacen inalcanzable la felicidad, del valor de la muerte y su función liberadora, del carácter inconfiable de la condición humana. La obra de Gómez se apoya en una contraposición pesimista entre vida y cultura. Esta aparece como fuerza de represión, freno a la energía humana, presión hacia el conformismo y fuente de infelicidad. Algunos de sus personajes se rebelan contra la represión cultural y social, pero en general la sociedad los derrota y los lleva a refugiarse en el alcohol o la desesperanza; otros buscan un triunfo aparente, como el poder y la riqueza, que no pueden surgir sino de la corrupción, la falsedad o el robo. Esto conduce a una visión muy crítica del proceso social que vivía Antioquia, dominada cada vez más por los valores de la riqueza y el éxito económico. La imagen que se presenta de los antioqueños se aparta del optimista elogio a la raza, tan frecuente en sus tiempos. Esta visión trágica y pesimista de la cultura y la civilización puede haberse definido a partir de sus extensas lecturas de Friedrich Nietzsche y Arthur Schopenhauer, señalados por Kurt Levy como sus maestros filosóficos. La obra de Efe Gómez no es extensa, se ha reunido en tres volúmenes de cuentos (*Almas Rudas*, *Retorno* y *Guayabo Negro*) y una novela (*Mi gente*), que retoma muchas de las narraciones breves. Entre sus mejores cuentos, además de los que dan título a las antologías mencionadas, deben recordarse "Un Zaratustra maicero", "La tragedia del minero", "El paisano Alvarez Gaviria", "Un héroe de la dura cerviz", "Un crimen", "En la selva", "Eutanasia" y "El alcalde de Riolimpio" [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 280 y 306*].

CLARITA GÓMEZ DE MELO

Bibliografía

ESTEFAN UPEGUI, MARTA FARIDE. *Efe Gómez, entre la incertidumbre y el fracaso*. Bogotá, s.e. [1992]. GÓMEZ, CLARITA. *Lo mejor de Efe Gómez*. Bogotá, Universidad Nacional, 1987. GÓMEZ, CLARITA. *Efe Gómez, sus mejores páginas*. Colección Autores Antioqueños, Nº 64. Medellín, Vieco & Cía., 1991. LEVY, KURT L. *Efe Gómez*. Bogotá, Procultura, 1992.

GÓMEZ, LAUREANO

Presidente de la República entre 1950-1951, periodista, político y diplomático, nacido en Bogotá, el 20 de febrero de 1889, muerto en la misma ciudad, el 13 de julio de 1965. En la segunda mitad del siglo XX surgió entre la clase política colombiana una figura que por medio de sus palabras, poderosas e incisivas, conmocionó el escenario público nacional. Sus férreas creencias en los principios rectores de su partido político: el conservador, así como su exposición en la palestra, le merecieron los apelativos de "el Hombre Tempestad", "el Monstruo", "el Basilisco". Partícipe activo en la creación del Frente Nacional, Laureano Eleuterio Gómez Castro basó su acción en las teorías cristianas expuestas por santo Tomás de Aquino y san Agustín, revitalizadas hacia finales del siglo XIX por el papa León XIII, a través de la llamada escuela neotomista, con la cual se intentó dar a la religión católica una recuperación mundial. Las ideas laureanistas procuraban conservar la tradición católica heredada en Colombia desde la dominación española, pues

la consideraba un elemento unificador, y de ella tomó los valores que en el transcurso de su vida identificaron su discurso: la justicia, la jerarquía y la moralidad. Estaba convencido que un Estado sólido requería que los funcionarios que hacían parte de él se comprometieran con tales principios; los cuales les otorgarían, por añadidura, esa característica indispensable para la marcha: el servicio. Si bien expresaba con claridad sus puntos de vista, la forma como los exponía y la manera como descalificaba todo aquello que no encajara dentro de su línea de pensamiento, lo llevaron con frecuencia a tomar posiciones extremas, como se han visto pocas en el país. Según Ignacio Arizmendi Posada, Laureano Gómez era «impetuoso, franco hasta el delirio, obcecado, tirante en su verbo, amigo de la camorra y la crítica exuberante». El mismo decía: «Ni porque te alaben serás mejor, ni peor porque te vituperen. Lo que eres eso eres. He aquí por qué no temo a la crítica sino que antes la incito y la provoco [...] Yo sé que mis palabras de verdad, que desasosiegan y encolerizan a los parásitos que viven de la savia de la República, encuentran eco en los corazones desinteresados y puros de los buenos ciudadanos [...] Eso me satisface. Eso me basta».

Hijo del comerciante santandereano José Gómez y de Dolores Castro, inició su formación académica a los 8 años, en el Colegio de San Bartolomé de Bogotá, dirigido por los padres de la Compañía de Jesús. Allí se distinguió como un alumno ejemplar, resuelto a seguir hasta el final los preceptos aprendidos, en especial los del padre Luis Jáuregui, destacado sacerdote español. Desde entonces Laureano Gómez tuvo una activa participación en los grupos y asociaciones devotas auspiciados por la Compañía, y se interesó por defender la fe de Cristo. Recibió su título de bachiller en 1904, a los 15 años. Ingresó a la Universidad Nacional de Colombia para adelantar estudios de Ingeniería Civil, y de ahí proviene el interés que manifestaría más tarde en el desarrollo de las obras públicas del país. Estando en el claustro universitario fue llevado a la cárcel por participar en una manifestación en contra de las políticas económicas y sociales del gobierno del general Rafael Reyes. En 1909 recibió el título de Ingeniero Civil y se aprestó a trabajar en la empresa constructora del Ferrocarril de Antioquia. Por diferentes motivos, en especial por su empeño en defender la causa religiosa, inició su extensa labor periodística. Este año ayudó a fundar y se convirtió en el primer director del periódico *La Unidad*, en el cual escribían, entre otros, los jóvenes conservadores José Joaquín Casas, Hernando Uribe Cualla, José de la Vega y Sebastián Moreno Arango. Desde las páginas de este periódico se lideró la convocatoria nacional para el primer Congreso Eucarístico Nacional en 1913, al cual Laureano Gómez asistió como delegado por la Asamblea del Departamento de Antioquia. En compañía de José de la Vega, participó luego en la fundación de la *Revista Colombiana*, en 1933, y del periódico *El Siglo*, el 1 de febrero de 1936. Este último se convirtió en el principal medio de expresión pública conservadora, y en palabras del propio Laureano, más que una empresa, era un órgano desde el cual se buscaría respeto por la vida, sostener la libertad, combatir la ineficacia administrativa y luchar por la justicia. A través de él, el partido conservador lideró una dura batalla de oposición partidista. Paralelo a su trabajo periodístico, Laureano Gómez estuvo conectado con la actividad política y fue partícipe de ésta en un extenso período de la historia nacional: de 1911 a 1913 fue diputado a la Asamblea de Cundinamarca, y simultáneamente, representante a la Cámara; volvió a ser representante entre 1913 y 1916, en 1918 y en 1921. En 1927 fue elegido diputado a la Asamblea de Santander; de 1931 a 1933, a la Asamblea de Antioquia; y ejerció como senador de la República entre 1931-1935 y 1939-1945. En su participación en el poder legislativo, se caracterizó por establecer siempre una fuerte polémica contra lo que consideraba fuera de sus principios y un respaldo absoluto cuando se involucraban sus intereses.

Los discursos de Laureano Gómez se distinguieron por la capacidad de causar asombro e incertidumbre, y por el poder de convocar lo universal en dos o tres palabras. Era sereno cuando hablaba, pero utilizaba un tono enfático para sustentar y defender sus postulados, los cuales apoyaba en su amplio conocimiento social, histórico y científico. Pronunció discursos en el Congreso, en auditorios, recintos públicos, aulas, plazas públicas y en la radio, la cual utilizó de manera eficaz para lograr una cobertura nacional. El 3 de agosto de 1926, siendo ministro de Obras, cuando el Senado de la República confirmó la posición de la Cámara de darle veto de censura y negarle el uso de la palabra, las barras que habían sido sacadas del Congreso se aglomeraron para escucharlo en la Plaza de Bolívar, manifestación que comenzó cuando el doctor Gómez salió del Capitolio y dijo su célebre frase: «Se alquila este local». Orador eminente, tal vez gracias a que sus años de participación en la sociedad literaria Academia Caro, donde los jóvenes periodistas bogotanos realizaban ejercicios de oratoria y de memoria, lo habían adiestrado y pulido para lanzarse a la actividad política sin temores y con la facultad de verter en palabras sus principios religiosos y sus concepciones acerca del Estado. Además de la política y el periodismo, Laureano Gómez ejerció la diplomacia. En 1923 fue nombrado por el gobierno del general Pedro Nel Ospina delegado de Colombia a la Conferencia Panamericana en Chile, de la cual pasó a Argentina como ministro plenipotenciario hasta 1925. En 1930 el presidente Enrique Olaya Herrera lo nombró ministro plenipotenciario en Alemania, cargo que desempeñó hasta 1932. Como funcionario público, fue ministro de Obras del gobierno de Pedro Nel Ospina, entre 1925 y 1926, y de Relaciones Exteriores en 1948, durante el gobierno de Mariano Ospina Pérez. Finalmente, en 1950, habiéndose retirado el partido liberal de la contienda política, asumió la Presidencia de la República.

Desde la Presidencia, Laureano Gómez pretendió dar un nuevo orden al país, convocando para esto a una Asamblea Nacional Constituyente, con la cual buscó crear mecanismos para desarrollar sus ideas acerca del Estado. Su propuesta podría definirse como la puesta en marcha de un Estado corporativista, en el cual los poderes legislativo y judicial mantuvieran sus acciones claramente delimitadas, mientras al Ejecutivo se le otorgaban poderes especiales para determinar los rumbos a seguir en casos de crisis, propuesta que algunos autores han llamado "la dictadura civil". En 1951, al sufrir un síncope cardíaco, Gómez se vio obligado a retirarse de la Presidencia, y el poder quedó en manos del primer designado, Roberto Urdaneta Arbeláez. El 13 de junio de 1953 el general Gustavo Rojas Pinilla se tomó el poder mediante un golpe militar, impidiendo



Laureano Gómez Castro.
Oleo de J. Rodríguez Cubillos, 1972.
Edificio Nuevo del Congreso, Bogotá.

que Laureano Gómez retornara a la Presidencia. Tras el golpe, Gómez fue llevado al exilio, en primer lugar a Nueva York y por último a España, desde donde enviaba continuamente comunicados a sus seguidores, defendiendo sus posiciones y atacando al "usurpador", término que usaba para referirse al general Rojas. Durante su gobierno, dice Arizmendi Posada, «el campo de las obras públicas, que le era muy conocido por sus estudios y la cartera ministerial cuando Pedro Nel Ospina, recibió buen impulso. Un empréstito internacional favoreció sus propósitos. Algo similar se registró en la educación. Fueron concluidos los edificios básicos de la Universidad Nacional, se unificaron los programas de bachillerato, se incrementó la educación normalista, campesina e industrial, rama para la cual se contrataron expertos extranjeros. Las obras deportivas que comenzaban a erigirse en Bogotá y Medellín recibieron su apoyo inmediato. El sector de la salud pública se vio favorecido por las campañas contra la tuberculosis, la fiebre amarilla, la malaria y otras enfermedades. Se reestructuraron los servicios de salud en los puertos [...] En la problemática energética hubo la reversión de la Concesión de Mares, para ser administrada por Ecopetrol, en vía de organización. Se construyó el oleoducto Puerto Salgar-Bogotá y se inició el de Puerto Berrío-Medellín. La refinería de Barrancabermeja se benefició con varias partidas extranjeras. Su administración se preocupó por limitar o reducir las posibilidades dudosas o indecorosas para los parlamentarios» También se crearon empresas como el Banco Popular (1950), y los Ministerios de Fomento (que reemplazaba al de Comercio e Industria) y el de Minas y Petróleos; se modernizó el sistema de telecomunicaciones y se organizó el Instituto Nacional de Fomento Municipal.

Hacia 1956, en compañía del liberal Alberto Lleras Camargo, Gómez firmó la Declaración de Benidorm, en España, y posteriormente, en 1957, ambos firmaron el Pacto de Sitges, por medio del cual los dos partidos tradicionales de Colombia se comprometían a trabajar unidos por la restauración del orden democrático, por la paridad en la participación en las corporaciones públicas y en el gabinete ministerial durante un período de 12 años, e instauraban la carrera administrativa, en lo que se llamaría el Frente Nacional.

Desde los años 30 hasta su muerte, Laureano Gómez figuró como el jefe de mayor influencia en el partido conservador. Poseía tal atracción sobre las masas conservadoras, que lo seguían con una fe ciega. Este hecho le ocasionó, en no pocas ocasiones, enfrentamientos con importantes dirigentes de su colectividad, por ejemplo con Mariano Ospina Pérez, quien consideraba el radicalismo laureanista nocivo para la "salud" de la República. Parte de la opinión pública vio en Laureano Gómez un individuo beligerante, sectario y polémico, que alteró la convivencia partidista. Los medios de información lo vieron como una figura funesta que había conducido al país político al desangre total. Laureano Gómez ha sido calificado de nefasto para la nación, pero debe reconocerse su intensa labor política, que es necesario conocer a fondo para develar los motivos que configuraron su pensamiento, sus palabras y su extensa obra escrita. Esta última, compuesta por discursos, artículos periodísticos, debates parlamentarios, ensayos, cartas y otros géneros literarios, fue compilada por Ricardo Ruiz Santos y Alberto Bermúdez entre 1982 y 1989. En algunos de sus escritos, Laureano Gómez utilizó los siguientes seudónimos: Jacinto Ventura, Cornelio Nepote, Gonzalo González de la Gonzalera, José León, Juan de Castellanos, Juan de Timoneda y Eleuterio de Castro. Algunos de los debates políticos en los que participó merecen destacarse por la importancia que tuvieron en su momento. Uno de ellos fue la "Acusación al presidente Suárez", ocurrido en la sesión del 26 de octubre de 1921 en la Cámara, en el cual Gómez acusó al entonces presidente Marco Fidel Suárez de vender a un banco extranjero el sueldo y el rubro "gastos de representación", que no hacía parte del sueldo como primer mandatario, y de obtener préstamos aprovechando su alta investidura. Tales actos fueron calificados por el senador como indignos y provocaron la renuncia de Suárez, efectuada el 11 de noviembre de 1921. Otro debate célebre fue el del 26 de julio de 1932 "Contra el Romanismo", en el cual rechazó la alianza entre el gobierno liberal de Enrique Olaya Herrera, minoría en el Congreso, y un sector del conservatismo encabezado por el senador antioqueño Román Gómez, quien, según Laureano, había vendido el partido conservador para obtener beneficios personales. El debate se desarrolló entre el 26 de julio y el 31 de agosto, en cinco intervenciones, y se caracterizó por varios cargos de corrupción a Román Gómez. El 22 de abril de 1942, cuando se firmó entre el Estado colombiano y la Santa Sede una reforma al Concordato vigente desde 1887, los conservadores, entonces minoría en el Senado, se opusieron a la reforma. El senador Laureano Gómez, quien fue partícipe activo del debate, consideraba la reforma nociva para el país, pues para él la religión católica apostólica y romana era el baluarte sobre el cual se sostenía el Estado, y una reforma al Concordato era poner en tela de juicio la infalibilidad de la institución eclesial. Como periodista y escritor, Laureano Gómez también hizo crítica literaria, de arte y de teatro. En este terreno se conocen sus artículos: "Pablo Neruda. Un bromista" (1943), "El expresionismo como síntoma de pereza e inhabilidad en el arte" (1937) y "El teatro de Pirandello" (1936). Entre sus textos de historia figuran: "El centenario del protestantismo. El gesto de Lutero hace cuatro siglos" (1920), "La decadencia de España en el siglo XVIII (1952), "El mito de Santander I-II" (1940), "El fiscal Moreno y Escandón y la expulsión de los jesuitas" (1952), "Yerros constitucionales" (1953). Por último, como ejemplo de sus panegí-

ricos y ensayos biográficos, podemos citar: "El carácter del general Ospina" (1928), "El general Alfredo Vázquez Cobo" (1941), "La casa cural de Fontibón" (1943), "El cuadrilátero. Mussolini, Hitler, Stalin, Gandhi" (1935), "Un centenario de la hispanidad. Nacimiento de San Juan de la Cruz" (1942) y "Le fondateur de la république" (1943). Sus contemporáneos coincidieron en describir a Laureano Gómez como un hombre amable en el hogar que compartió con su esposa María Hurtado Cajiao, y sus hijos Cecilia, Alvaro, Rafael, María y Enrique, el segundo de los cuales ha sido tres veces candidato a la Presidencia de la República de Colombia [*Ver tomo 2, Historia, "Administración de Laureano Gómez (1950-1953)", pp. 545-554; y tomo 5, Cultura, pp. 159, 207-208*].

JUAN FELIPE CÓRDOBA RESTREPO

Bibliografía

CÓRDOBA RESTREPO, JUAN FELIPE. "Laureano Gómez y su accionar político: La palabra". Tesis, Departamento de Historia, Universidad de Antioquia. Medellín, 1993. DANGOND URIBE, ALBERTO. *Laureano. Su vida es su victoria*. Bogotá, Colombiana, 1982. EMILIANI ROMÁN, RAIMUNDO. *Laureano el grande*. Bogotá, Fundación Interamericana, Universidad Católica de Colombia, 1989. GÓMEZ, LAUREANO. *Obras completas*, 6 tomos. Bogotá, Caro y Cuervo, 1984-1989. HENDERSON, JAMES. *Las ideas de Laureano Gómez*. Bogotá, Tercer Mundo, 1985. MOLINA, FELIPE ANTONIO. *Historia de una rebeldía*. Bogotá, Voluntad, 1940. SOCARRÁS, JOSÉ FRANCISCO. *Laureano Gómez: Psicoanálisis de un resentido*. Bogotá, ABC, 1942. VELASCO, HUGO. *Ecce Homo. Biografía de una tempestad*. Bogotá, Argra, 1950.

GÓMEZ, PEDRO NEL

Pintor, muralista, escultor, ingeniero civil, arquitecto y urbanista antioqueño (Anorí, julio 4 de 1899 - Medellín, junio 6 de 1984). Hijo de Jesús Gómez González, liberal radical, simpatizante socialista, empresario de minas, consejero de Estado y congresista, y de María Luisa Agudelo, Pedro Nel Gómez Agudelo realizó sus primeros estudios de dibujo y pintura en la Academia de Bellas Artes de Medellín, con los profesores Humberto Chávez y Gabriel Montoya. Cursó el bachillerato en el Liceo de la Universidad de Antioquia y realizó estudios de ingeniería civil en la Escuela de Minas de Medellín, graduándose en 1922. En 1924 viajó a Europa para hacer estudios de pintura en Francia y



Pedro Nel Gómez Agudelo.
Autorretrato, 1941.
Museo de Antioquia, Medellín.

Holanda; en 1926 ingresó a la Academia de Bellas Artes de Florencia, donde permaneció poco tiempo pero adquirió una experiencia importante. Trabajó en un estudio donde ejecutó varias obras al óleo: *Lección de anatomía*, *Las Amazonomaquias*, *El martirio de San Jerónimo*, *La señorita Inoccenti* y otras; obras que dos años después fueron expuestas en Roma, en una exhibición organizada por el Círculo Artístico con el nombre de Exposición Latinoamericana. En Florencia conoció a Giuliana Scalaberni, con quien contrajo matrimonio y formó un hogar de ocho hijos. A su regreso a Colombia, en 1930, Pedro Nel Gómez recibió la oferta de dirigir la Escuela de Bellas Artes de Medellín. En 1934 expuso 114 obras en el Salón Central del Capitolio, en Bogotá. El prestigio conseguido con esta exposición le permitió firmar contrato con el Municipio de Medellín para las decoraciones del Palacio Municipal, un conjunto de 11 murales que se conocen como el primer ciclo de su obra mural. En estos murales, localizados en diferentes partes del edificio, Gómez presentó, con su estilo fuerte, las escenas de la vida y el trabajo humano tematizado así: *La mesa vacía del niño hambriento*, *Danza del café*, *El Matriarcado*; tríptico del trabajo: *De la bordadora a los telares eléctricos*, *El problema del petróleo* y *La energía, el trabajo y la maternidad*; *La República*, *El minero muerto*, *Intranquilidad por enajenamiento de las minas*, *El barequeo* y *Las fuerzas migratorias*. A este primer ciclo de murales pertenecen también los ejecutados por Gómez en el estudio de su Casa Museo, en el Barrio Aranjuez de Medellín, con el tema *Homenaje al pueblo antioqueño*. Pero Pedro Nel Gómez no sólo dispuso volúmenes en la técnica del fresco, sus trabajos como ingeniero y arquitecto plantearon soluciones inmediatas y proyectaron un desarrollo futuro en el que se advertía su profundo sentido estético y social. Este aspecto quedó profesionalmente plasmado en la ejecución de sus proyectos: construyó su Casa Museo, diseñó y dirigió la construcción de los edificios de la Escuela de Minas de Medellín iniciados en 1938, y participó en la nacionalización de esta facultad; suyos fueron los proyectos para la Cooperativa de Vivienda del barrio San Javier, y para el Cementerio Universal de Medellín; también realizó la planificación del sector Laureles de esta ciudad. Fundó la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional, en 1946, donde ocupó varias veces el cargo de decano; y enseñó Perspectiva, entre otras cátedras, dedicación que lo llevó a obtener el título de profesor emérito. Desempeñó los cargos de cónsul de Colombia en Florencia (1930), revisor de teatros de Medellín (1933), arquitecto del Departamento de Antioquia (1934) y presidente de la Casa de la Cultura de Medellín (1949). Fue miembro de la junta de las Empresas Públicas de Medellín (1935), de la Junta de Valorización del Municipio de Medellín (1936), del Consejo Directivo de la Facultad Nacional de Minas (1951), del Consejo Administrativo de Antioquia (1954) y del Consejo Nacional de la Paz (1955).

Con respecto a su participación en el destino del arte nacional, al maestro Pedro Nel lo acompañó siempre el propósito de despertar las esencias que perviven en el pueblo y que se expresan en forma total en todas las culturas, porque es allí donde el hombre y el artista tienen algo que decir invitando a descubrir en nuestro propio suelo la expresión artística. En 1944 se llevó a cabo en Medellín la Exposición de Arte Nacional, en ella el IV Salón de Artistas Colombianos que se nombraron "Artistas independientes" llevaron a cabo su exposición, al tiempo con el mencionado evento. Uno de estos independientes fue Gómez, quien con Rafael Sáenz, Gabriel Posada Zuluaga, Débora Arango, Octavio Montoya, Jesusita Vallejo, Graciela Sierra, Maruja Uribe y Laura Restrepo, elaboró un

manifiesto para ser leído en el acto de clausura de su exitosa muestra plástica; este manifiesto consta de trece puntos en los cuales se destaca la necesidad de un arte independiente. La participación del maestro Pedro Nel Gómez en esta nueva concepción del artista y del arte, marcó lo que fue su compromiso como pionero y guía visionario de la expresión plástica en la cultura nacional; Gómez señaló los caminos de un «arte que sirva a las gentes del porvenir». Apoyado en su formación científica y plástica, hizo del hombre lo monumental en la obra de arte, y de la técnica del fresco la síntesis cuyo nacimiento es creación de conjunto y su finalidad es integración arquitectónica y urbana. La presencia de este sentido renacentista en sus primeros murales, concretamente los ejecutados en el salón principal de la alcaldía, no le fue grata ni favorable, pues fueron mandados a cubrir en 1950 por el alcalde, quien los consideraba inmorales por sus desnudos; así, pesadas cortinas pretendían ocultar el poder desnudo de una raza.

La obra escultórica de Pedro Nel Gómez recibe la personalidad del artista, cuya fuerza e intención expresa con el cincel; tallas y esculturas en madera, mármol y bronce; materiales que se transforman en figuras cuya textura manifiesta la vitalidad de una pincelada en el muro y la posibilidad del volumen real de la forma. La escultura ocupa los espacios y sus dimensiones; ocupa, además, sus lugares temáticos comunes: el trabajo para adquirir el oro, los mitos y leyendas. La concepción de su obra escultórica está ligada también al espacio público, integrada al hecho arquitectónico y urbano. Sus trabajos escultóricos son: *Mujeres emigrantes* (relieve en madera, 1950-55), *Maternidades en reposo* (relieve en madera, 1950-55), *El Cacique Nutibara* (bronce, 1954), *La barequera* (talla en madera, 1965), *Barequera melancólica* (talla en mármol, 1972), *Grupo de barequeros* (talla en madera, 1981, inconcluso), *Diógenes* (talla en madera, 1983) y *Desnudos en reposo* (relieve en madera, 1984, inconcluso). Como arquitecto, Gómez hizo que su pintura y escultura fueran partícipes en espacio y color del lugar donde realizó su obra. Así, el aula máxima de la Facultad de Minas la diseñó pensando que él sería quien la iba a decorar. De este lugar hacen parte la cúpula parabólica de 200 mts^2, bóveda apoyada sobre un cilindro de 18 metros de diámetro, sin contrafuerte; y la composición *Homenaje al hombre*, basada en la dialéctica a que está sometido el hombre: *Nacimiento y muerte, Espíritu religioso y espíritu mítico, Espíritu científico y espíritu artístico, Espíritu de la amistad humana* y *Espíritu de la cooperación humana*. Complementan la decoración del aula seis murales laterales de 24 m^2 cada uno: *Historia de la Nación* (1952-54), *La explosión de la montaña* (1952-54), *Explosión de la flora* (1952-54), *Mineros en los organales* (1954), *El choque de las dos olas* (1970) y *El hombre vence la gravedad* (1970). Hacen parte de la decoración del pórtico dos grandes altorrelieves ejecutados en arenisca blanca de Boyacá (1946-50); dos grupos muy específicos se refieren al tema de la minería: el grupo de la derecha representa la familia del minero acompañado de las figuras y los elementos de su quehacer cotidiano, y el de la izquierda destaca la presencia de los ingenieros en las decisiones y ejecuciones de los trabajos de minería. Además, dos murales laterales verticales de 40 metros cada uno: *La nebulosa espiral* y *Tres aspectos del continente americano*; y tres horizontales en la parte superior de 25 metros cada uno: *El nacimiento de la ciencia*, *La astronomía* y *La física moderna*. El maestro Pedro Nel Gómez fue el primero que introdujo en Colombia el movimiento de las grandes composiciones murales al fresco, con aspiraciones hacia un arte monumental y popular, con gran significado social.

La actividad de Gómez continuó incansable en los proyectos y ejecución de los nuevos y grandiosos murales. En el aula máxima de la Facultad de Química de la Universidad de Antioquia (hoy Colegio Mayor de Antioquia), realizó una gran composición: *Historia de la Química a través de la humanidad*. En el Instituto de Crédito Territorial de Bogotá pintó *El hombre y el drama de la vivienda*, ambos murales ejecutados en el año 1954. En 1955, en el Banco Popular de Cali, realizó un mural de 60 metros cuadrados. Este mismo año estuvo en México, donde conoció a los muralistas Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros. En 1956 viajó a Europa y visitó Francia, Holanda e Italia. Realizó algunas acuarelas y regresó a ejecutar el mural *Historia del desarrollo económico e industrial del Departamento de Antioquia* para el Banco Popular del Parque de Berrío [próximamente allí se instalará una estación del Metro; así, el mural pasará de estar en un recinto cerrado a servir de marco en un espacio público y seguirá cumpliendo con su función social, histórica y estética]. En su afán de plasmar las grandes motivaciones enraizadas en un contexto humano y cultural, el maestro Pedro Nel Gómez pintó una síntesis de la historia de la Nación en el Banco de la República de Bogotá: *Momentos críticos de la Nación* (1957). En 1961, en la Clínica León XIII, ejecutó el mural *Victoria contra la enfermedad, la ignorancia y la miseria*. En 1962 fue llamado por las directivas del Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), en el barrio El Pedregal, para realizar un mural; allí desarrolló la técnica pensando acertadamente en el *Espíritu creador del pueblo antioqueño*. En este mismo año viajó a la Unión Soviética, enviado como representante del gobierno nacional al Congreso Mundial de la Paz. Durante muchos años, Gómez estudió con profunda intranquilidad el problema de las armas atómicas y del hombre, temas que llevó al mural de la Universidad de Antioquia: *El hombre ante los grandes descubrimientos de la física* (1968-69). En el mismo año hizo la sinopia del *Combate mítico*, en la Casa Museo, para ser pintado en 1970. *El totem de los mitos de la selva*, cinco estatuas en mármol admirablemente concebidas y compuestas por un complejo grandiosamente unitario, fue ejecutado en la Facultad de Agronomía de la Universidad Nacional (Medellín, 1970-1974). En 1976 inició un gran mural para la Cámara de Comercio de Medellín: *Raíces económicas y biológicas del desarrollo del Departamento de Antioquia*. En 1978 regresó a la Unión Soviética; en Moscú asistió a las deliberaciones previas del Congreso Internacional de la Paz. En la Academia de Bellas Artes realizó una exposición con 22 acuarelas. A su regresó terminó las tallas en mármol que completan las decoraciones del hall principal de la Cámara: *Mercurio dios del Comercio* y *Las tres riquezas*. Entre 1979 y 1980, pintó en el hall de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín un gran mural de 72 m^2: *Homenaje a la inteligencia del pueblo antioqueño*. Terminado este mural, inició la ejecución de un mural desmontable para una entidad privada: *Levantamiento de los Comuneros en Guarne*, hoy propiedad del Banco Comercial Antioqueño, ubicado en la sucursal de este banco en el aeropuerto José María Córdova de Rionegro. En 1982 terminó la decoración de los muros en la Casa Museo: parte superior del patio, *Danza frenética*, patio pompeyano, *El barequero*

ahogado y *Los desempleados*. Su trabajo muralístico lo alternó con el de pintura de caballete y esculturas que se encuentran en la Casa Museo. Realizó trabajo de campo hasta sus últimos días [*Ver tomo 6, Arte, pp. 123-124*].

CLÍO GÓMEZ

Bibliografía

OBERNDORFER, LENI. *Pedro Nel Gómez, pintor, escultor y amante*, 2 Vols. Medellín, Imprenta Departamental, 1991. *Pedro Nel Gómez*. Textos de Pedro Nel Gómez y Carlos Jiménez Gómez. Bogotá, Banco de la República, Central Hipotecario y Central de Seguros, 1981.

GÓMEZ JARAMILLO, IGNACIO

Pintor, dibujante y muralista antioqueño (Medellín, diciembre 30 de 1910 - Coveñas, Sucre, julio 12 de 1970). Hijo de Sigfredo Gómez Jiménez, general de la guerra de los Mil Días, y de Encarnación Jaramillo, Ignacio Gómez Jaramillo estudió bachillerato en el colegio del escultor Antonio J. Duque, en Medellín; allí tomó sus primeras lecciones de dibujo. Estudió varios semestres de ingeniería en la Escuela de Minas de Medellín, y asistió a algunos cursos en la Escuela de Bellas Artes. En 1928 trabajó como dibujante en el taller del arquitecto Pepe Mexía. En 1929 viajó a España para seguir estudios de arquitectura, los que abandonó rápidamente para ingresar al Real Círculo Artístico de Barcelona. En Madrid estudió un par de meses en la Academia de San Fernando; compartió el taller con el dibujante Miguel Pujol y recibió en varias ocasiones la visita de Federico García Lorca. En 1932 se trasladó a París, donde estudió en la Académie de la Grande Chaumière. Regresó a Colombia en 1934 e hizo dos exposiciones individuales, una en el Hotel del Prado de Barranquilla y otra en el Teatro Colón de Bogotá. Su pintura recibió comentarios positivos de escritores como Germán Arciniegas, Jorge Zalamea y Javier Arango Ferrer, quienes estaban a cargo de la crítica del arte que se producía en el país. En 1936 viajó con una beca del gobierno a estudiar pintura mural en México. A su regreso, en 1937, pintó dos murales en el Capitolio Nacional, *La liberación de los esclavos* (ver tomo 8, p. 41) y *La insurrección de los Comuneros*, y un mural en el Teatro Colón, *La invitación a la danza*. Los tres resultaron muy atrevidos para el momento



Ignacio Gómez Jaramillo. Autorretrato, 1960.

y fueron cubiertos con cal, hasta ser descubiertos y restaurados por estudiantes de la Universidad Nacional en 1959. En 1940 y 1942, Gómez Jaramillo recibió los primeros premios en Pintura en el primer y el tercer Salón Nacional de Artistas, respectivamente. Realizó algunos murales: uno con Jorge Elías Triana en el Instituto de Crédito Territorial de Bogotá, en 1956 [ver tomo 7, pp. 47, 50 y 54]; *La liberación de Antioquia*, en la Gobernación de Antioquia; y *Antioquia la grande*, en el Banco de Bogotá en Medellín, en 1966, entre otros. Su obra, siempre cercana a lo social y lo político, se identificó con el grupo de pintores nacionalistas o Bachués. De sus años en Europa, Gómez Jaramillo asimiló las mejores lecciones del postimpresionismo, en especial las de Paul Gauguin y Paul Cézanne. Trabajó figuras, retratos, desnudos o grupos, bodegones y paisajes. Fueron características de su pintura al óleo la austeridad del color y la arquitectura de las formas. Después de 1955, su pintura se acercó sin éxito a la abstracción. Paralelamente con su producción de pintor, el artista dejó abundantes dibujos, entre los que se destacan los dibujos en línea, y algunos bocetos para sus murales. Además del desarrollo de su obra plástica, Gómez Jaramillo fue profesor y director de la Escuela de Bellas Artes de Bogotá; presidente de la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia; realizó un gran número de trabajos como ilustrador de libros y revistas; publicó comentarios críticos sobre artes plásticas en la *Revista de las Indias*, *Pan*, *Revista de América*, *Espiral*, *Sábado* y en el *Suplemento Literario* del diario *El Tiempo* de Bogotá; y entabló una serie de polémicas sobre el arte colombiano, algunas con Marta Traba, por las que se le conoce como "antitrabista". Se casó con Margot Villa y tuvo cuatro hijos: Iván, Piedad, Oscar y Ximena. Sus obras se reunieron en una exposición retrospectiva póstuma en el Museo de Arte Moderno de Bogotá en 1987 [*Ver tomo 6, Arte, pp. 123-124*].

MARÍA CLARA MARTÍNEZ RIVERA

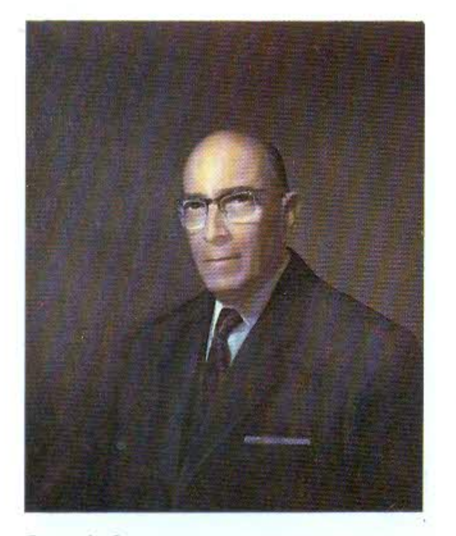
Bibliografía

GÓMEZ JARAMILLO, IGNACIO. *Anotaciones de un pintor alrededor de su mundo*. Bogotá, Talleres Gráficos, 1972. GÓMEZ JARAMILLO, IGNACIO. *Anotaciones de un pintor*. Medellín, Ediciones Autores Antioqueños, 1987. OWEN, GILBERTO. *Ignacio Gómez Jaramillo*. Bogotá, Litografía Colombia, 1944. ZALAMEA, JORGE. *Nueve artistas colombianos*. Bogotá, Litografía Colombia, 1941, pp. 15-32. Reproducido en: *Literatura, política y arte*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, pp. 275-287.

GÓMEZ MARTÍNEZ, FERNANDO

Periodista, educador y político antioqueño (Santafé de Antioquia, marzo 1 de 1897 - Medellín, 1985). Célebre por sus planteamientos sobre la descentralización y por consolidar su periódico *El Colombiano* hasta convertirlo en el diario regional más importante del país, Fernando Gómez Martínez estudió en el Colegio San Luis y luego en la Universidad de Antioquia, donde obtuvo el título de abogado. En 1925 se vinculó a la política en las toldas del partido conservador, lanzando su nombre a la Asamblea Departamental de Antioquia. Luego llegó a la Cámara y al Senado en varias oportunidades, entre 1927 y 1968. En 1930 adquirió el periódico *El Colombiano*, que puso al servicio de la candidatura presidencial del poeta Guillermo Valencia. Luego de sacar el periódico a flote, Gómez se propuso convertirlo en un medio moderno, noticioso, independiente, político y crítico. Esto le costó varias suspensiones, como las ordenadas por los presidentes Laureano Gómez y Gustavo Rojas Pinilla, y varias censuras por orden de Roberto Urdaneta. Gó-

mez introdujo novedades como las tiras cómicas, verdadera revolución en el periodismo escrito que atrajo lectores nuevos, especialmente niños, bajo el lema de que la «prensa periódica es un factor valiosísimo en la formación cultural del pueblo». Gómez Martínez lideró el movimiento descentralista de Antioquia junto con el jefe conservador Román Gómez, el cual se oponía al fuerte centralismo ejercido por los jefes liberales y conservadores de Medellín, en detrimento de los demás municipios del departamento. A nivel nacional, el descentralismo luchaba por una distribución más equitativa de las rentas, un aumento de las facultades constitucionales para las asambleas de diputados y los gobernadores, el control del crecimiento de las cuatro grandes ciudades del país, el fortalecimiento de los municipios y el campo colombiano. La manifestación descentralista de 1938, presidida por Gómez en Medellín y a la cual asistieron más de 50000 personas, muestra la fuerza que tomó este movimiento en Antioquia. Gómez Martínez también apoyó el movimiento nacionalista (que pregonaba algunas doctrinas de los falangistas españoles), por medio de la publicación en su periódico del suplemento *Jerarquía*, donde invitaba al conservatismo a enfrentar al liberalismo y a la recuperación de los principios bolivarianos. Director de *El Colombiano* hasta 1962, fue profesor de Derecho, director del Liceo Antioqueño (1929), concejal y alcalde de Medellín y de Santafé de Antioquia, gobernador de Antioquia en los períodos de los presidentes Mariano Ospina Pérez y Guillermo León Valencia, embajador de Colombia en Holanda y en El Vaticano y ministro de Relaciones Exteriores de Valencia (1963). Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, de la de Jurisprudencia y de la Academia Antioqueña de Historia, recibió el premio María Moors Cabot y la Cruz de Boyacá. Publicó los libros *Grandezas y miserias de una derrota*, *Biografía económica de las industrias de Antioquia* (con Arturo Puerta), *Los sucesos de Santa Bárbara: defensa de una actuación*, *Fuegos fatuos*, *Favor pasar a bordo*, *Mordaza* y *Recuerdos*, entre otros. Su hijo Juan Gómez Martínez fue el primer alcalde popular de Medellín y luego, primer gobernador de Antioquia elegido por voto popular [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 209-210*].



Fernando Gómez Martínez.
Oleo de J. Durán.
Ministerio de Relaciones Exteriores.
Palacio de San Carlos, Bogotá.

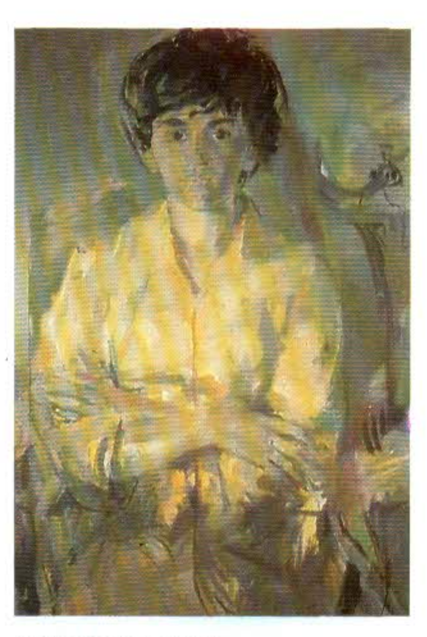
LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

GÓMEZ MARTÍNEZ, FERNANDO. *Los que son y los que se fueron*. Medellín, Biblioteca Pública Piloto, 1980. GÓMEZ MARTÍNEZ, FERNANDO. *Recuerdos*. Medellín, Bedout, s.f.

GONZÁLEZ, BEATRIZ

Pintora, historiadora y crítica de arte santandereana (Bucaramanga, 1938). Beatriz González Aranda estudió Bellas Artes con Juan Antonio Roda en la Universidad de los Andes e hizo un curso de grabado en la Academia Van Beeldende Kunsten de Rotterdam. Como historiadora ha publicado: *Ramón Torres Méndez, entre lo pintoresco y la picaresca* (1985), *Roberto Páramo, pintor de la sabana* (1986), *José Gabriel Tatis, un pintor comprometido* (1987), *Fídolo Alfonso González Camargo* (1987) y "Las artes plásticas en el siglo XIX", en la *Gran Enciclopedia de Colombia* (1993). Beatriz González tiene una amplia producción que se remonta a los primeros años sesenta. En 1964 se presentó por primera vez en Bogotá con una exposición sobre *La encajera* del pintor holandés del siglo XVII Jan Vermeer. Inspirada en este cuadro, Beatriz González realizó una serie de variaciones de indiscutible buen gusto. Su obra se caracterizó por los colores vivos y planos y las composiciones armónicas. Posteriormente vinieron, en 1965, las variaciones sobre *La niña-montaje*, en las que reafirmó su refinamiento cromático.



Beatriz González Aranda.
Oleo de Juan Antonio Roda, 1962.
Colección particular, Bogotá.

Este mismo año realizó las dos versiones de *Los suicidas del Sisga* (segundo premio especial en Pintura del XVII Salón de Artistas Nacionales, 1965), trabajadas a partir de una fotografía de prensa, con las que se inicia su obra más característica, siempre relacionada con el país y lo colombiano y plenamente consciente de que sólo desde lo provinciano se puede alcanzar lo universal: «Yo creo que el arte es universal y que eso de la pintura colombiana son tonterías. Creo que lo que más daño le ha hecho al arte colombiano fue tratar de ser colombianista. Uno debe tratar de ser universal, lo demás viene por añadidura». A *Los suicidas del Sisga* [ver tomo 6, p. 131] siguieron, según inventario de Marta Traba, los próceres de la historia extensa de Colombia, los retratos de familias "decentes" que se publicaban en los periódicos, los episodios de las páginas sociales y la crónica roja, las escenas ingenuas pintadas en los buses, las estampas populares y los cromos de venta en el pasaje Rivas y en la populosa carrera décima de Bogotá, recorrida por el servicio doméstico atraído a la capital. En toda su obra, Beatriz González alude no sólo a una manera de ser, a una idiosincrasia peculiar, sino también al gusto «de la gente», que la artista trata como socióloga, aunque sin dejar de incluir una dosis de ironía: «Mi pintura no es la búsqueda

de un fin por intermedio de temas irónicos, sino una pintura con temperatura. No hago objetos cursis con la misma especie de morbosidad que mueve a ciertas personas a coleccionar objetos del llamado mal gusto. No creo que la sociedad en que trabajo sea cursi sino desmedida, en todas las proporciones y sentidos [...]». «A mí lo que me interesa es el gusto. Me interesa el porqué una persona coloca estas cosas y no otras en su casa. Si hubiera sino una artista conceptual, desde el 70 habría puesto una tarjeta diciendo: vayan y vean la casa de zutano. Y otra: vayan y vean la casa de fulano. Pero como soy una artista a la antigua, necesito pintar y pinto. Yo me pregunto porqué diablos me llamó la atención la foto de los suicidas en el periódico. ¿Fue el gris de la cara, igual a unos trabajos que estaba realizando, o fue la cosa popular de dos personas que entran en un pacto suicida y que unen sus manos para una foto que envían a sus familiares? Pero no, porque el tema lo leí después. Era la foto, el sombrero que él llevaba, en fin [...] En mí hay una predisposición a mirar el gusto de la gente».

Paralelamente a estas obras realizadas a partir de fotografías de prensa y cromos populares, Beatriz González ha trabajado numerosas versiones de obras de grandes maestros. Desde *La encajera* de Vermeer hasta el *Guernica* de Pablo Picasso, titulado *Mural para fábrica socialista*, la artista ha hecho variaciones de Leonardo da Vinci, Rafael, Sandro Botticelli, Jean-August-Dominique Ingres, Jean-François Millet, Paul Cézanne, Paul Gauguin, Edgar Degas, Pierre-August Renoir, Georges Braque, etc. Dos razones han llevado a Beatriz González a trabajar con obras famosas de la historia de la pintura: su inhabilidad para componer y su admiración por las obras artísticas. La pintora confiesa tener una visión prejuiciada de la historia del arte. A toda hora, en todas partes, asocia experiencias visuales con cuadros famosos. A partir de un objeto cualquiera, a partir de la textura de una madera o de la forma de un mueble, surge la asociación estética. Así, por ejemplo, de unos toalleros en forma de concha surgió la imagen de la obra de Botticelli *El nacimiento de Venus*; de una lámina de madeflex estriado, un bodegón de Braque; de un peinador con espejo circular, un tondo de Rafael. Otras veces, el procedimiento es a la inversa: a partir de un cuadro surge la idea del objeto donde debería estar su composición. Así surgieron los telones inspirados en Edouard Manet, Claude Monet y Paul Gauguin.

Como la artista trabaja sobre superficies de diversos materiales y texturas (láminas de metal, maderas varias, toallas, hules, cubrelechos, etc.) debe inventar constantemente nuevas facturas. Con óleos, esmaltes o acrílicos, Beatriz González no sólo domina cada una de las técnicas, sino que trabaja con una gama muy variada de colores. Desde sus óleos sobre lienzo de comienzos de su carrera, hasta los telones pintados en acrílico y el *Guernica* (1981), realizado en esmalte sintético sobre tablex, pasando por sus numerosos esmaltes sobre lata (muchos instalados en muebles como "marcos"), Beatriz González se ha dado el lujo de dominar los medios y procedimientos y, sobre todo, de transvasar con talento las pinturas en que se inspira. Porque si es cierto que Beatriz González copia la composición de las obras del pasado, no hay duda de que siempre inventa una nueva relación cromática y muchas veces también un nuevo procedimiento. Desde comienzos de los ochenta, su producción se ha centrado, siempre con el apoyo de las fotografías de prensa, en la realidad colombiana. Desde sus numerosos trabajos relacionados con la figura del presidente Julio César Turbay (dibujos al grafito, la serigrafía *Decoración de interiores*) hasta sus dramáticas versiones de la muerte del narcotraficante Gonzalo Rodríguez Gacha (*Retratos mudos*), pasando por *Las Ibáñez*, las viñetas de la tragedia (*Un uxoricidio*) y la comedia (*Turbay condecorando a un personaje*), los temas relacionados con los presidentes de la República (*Plumario colombiano, Los papagayos, Sr. Presidente qué honor estar con Ud. en este momento histórico*, alusivo a los acontecimientos relacionados con la toma del Palacio de Justicia en 1985), el ciclista Martín Emilio Rodríguez "Cochise", el ciclista Lucho Herrera y su apoteosis con el presidente Virgilio Barco, el futbolista René Higuita, los soldados vestidos en traje de campaña, los hombres asesinados, etc., hay ahora un exclusivo y profundo interés por todo lo nacional, tanto desde el punto de vista histórico como desde el de la actualidad. Pero el cambio no es solamente temático, también es formal y de contenido. El manejo de los elementos formales (planos, colores, composiciones) es ahora más complejo y descarnado y la intención de decir, a través de aquellos elementos, cuán caótica y dramática es la situación, es más escueta y paladina. La artista no hace concesiones a nada, su tono se ha vuelto severo. Esto no significa que sus cuadros hayan perdido la calidad artística que los ha caracterizado: muy lejos de cualquier noción de belleza, sus representaciones siguen atrayendo por las convincentes relaciones de las formas y de éstas con sus contenidos. Como acertadamente lo ha señalado Luis Caballero, el color de sus cuadros sigue siendo refinado, aun en las armonías más absurdas, y la línea de sus dibujos sigue siendo acertada dentro de las torpezas más sofisticadas. Con ocasión del Quinto Centenario del descubrimiento de América en 1992, Beatriz González realizó una serie de serigrafías con el tema de un indígena en una barca. Aparte de sus pinturas y dibujos, González tiene una extensa producción de grabados [*Ver tomo 6, Arte, pp. 130 y 131*].

GERMÁN RUBIANO CABALLERO

Bibliografía

ARDILA, JAIME. *Apuntes para la historia extensa de Beatriz González*. Bogotá, Tercer Mundo, 1974 ▪ *Beatriz González*, Museo de Arte Moderno La Tertulia, Cali, 1976, texto: Eduardo Serrano ▪ *Beatriz González, Exposición Retrospectiva 1962-1984*, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1984 ▪ *Beatriz González, una década 1980-1990*, Museo de Arte Universidad Nacional, Bogotá, 1990, textos: Germán Rubiano y Marta Rodríguez ▪ *Los muebles de Beatriz González*, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1977, texto: Marta Traba ▪ PONCE DE LEÓN, CAROLINA Y OTROS. *Beatriz González, una pintora de provincia*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1988.

GONZÁLEZ, FRAY DAMIÁN

Sacerdote franciscano natural del Valle del Cauca (Cali, septiembre 15 de 1807 - diciembre 27 de 1878). Llamado "el cura de Cali", fray Damián González fue uno de los personajes más famosos de Cali en la segunda mitad del siglo XIX, eminente por sus virtudes y su fama de santidad, pero también por su espíritu patriótico. Vistió el hábito de San Francisco en el convento de su ciudad natal en 1819, y tuvo que esperar en calidad de "devoto" hasta cumplir los 15 años de edad para comenzar el año de noviciado allí mismo. Recibió la ordenación sa-

cerdotal en septiembre de 1830 y ejerció el magisterio de distintas asignaturas en el Colegio de Misiones durante 24 años continuos, alternando con otros oficios, como el de maestro de novicios y guardián. Habiéndose dispersado la comunidad del Colegio con ocasión del decreto de exclaustración de las órdenes religiosas, firmado por Tomás Cipriano de Mosquera en septiembre de 1861, fray Damián no abandonó la ciudad de Cali por razones de salud y se dice que por este motivo firmó los decretos de sumisión al gobierno civil. Nombrado por el obispo de Popayán, cura de Cali, ejerció este ministerio desde 1866 hasta 1876, pero en este último año estuvo preso con otros dos frailes franciscanos. Como cura fue celoso, amable, caritativo y conciliador de los ánimos de los caleños, exaltados por las contiendas políticas. En una solicitud que elevó ante el Congreso Nacional, pidiendo la restitución del convento de San Francisco de Cali, José Eustaquio Palacios argumentaba: «¿Quién podrá enumerar a todos los varones insignes en patriotismo, virtudes y letras que ese convento produjo, ni menos los servicios que por tantos años a la sociedad prestaron? Nombraré, sin embargo, al reverendo padre fray Damián González, actual cura de Cali, cuyos altos méritos y reconocidas virtudes [...] pero, no: muy profano soy yo para pretender hacer el panegírico de este sacerdote extraordinario: su nombre solo es una completa apología». Entre las obras materiales que realizó, se destacan la torre de la iglesia de San Pedro y la construcción del cementerio local. Fray Damián murió en Cali, en 1878, con general sentimiento de la ciudadanía; pero se conservaba tan viva su memoria, que dentro de las celebraciones del primer centenario de la Independencia de Colombia, uno de los actos conmemorativos fue la inauguración de su monumento en bronce, mandado hacer a Francia, el cual se inauguró el 22 de julio de 1910, en la plazuela de San Francisco, donde actualmente se encuentra.

Fray Damián González.

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

Centenario de la Independencia en Cali. Compilación de los discursos pronunciados con motivo de la gran fecha. Cali, Imprenta Comercial, 1910, pp. 112-131.

GONZÁLEZ, FERNANDO

Filósofo, abogado y escritor antioqueño (Envigado, abril 24 de 1895 - febrero 16 de 1964), inventor del país de Otraparte, donde la naturaleza le brindó la comprensión y entendimiento que el país de nación le negó. Su pensamiento, original y auténtico, causó temor a muchos, que se negaron a ver en sus obras una reflexión sobre el ser colombiano y sobre el ser de América Latina. Hijo de Daniel González, maestro y agricultor, y Pastora Ochoa, en 1910 fue expulsado del colegio de los jesuitas cuando terminaba el cuarto año, por negar el primer principio teológico y por sus lecturas de Friedrich Nietszche, Arthur Shopenhauer y otros filósofos mirados con recelo en el país. Hizo parte del grupo los Panidas, fundado en 1915 y en el cual se reunieron escritores, poetas y artistas de todas las áreas. Tuvo una vida pública activa como abogado, diplomático, polemista, ensayista y novelista. Su obra muestra a un escritor original y fecundo. En cada una de las páginas que escribió está plasmado el ensayista personal y el filósofo inconforme, quien con un estilo mordaz, sarcástico, volcánico y violento, pasa revista a los asuntos sociológicos y políticos. Usó la palabra desnuda y un lenguaje crudo, fuerte y a veces contradictorio para registrar el terrible drama de la no identidad y también nuestra derrota parcial como mestizos frente a la cultura occidental. En 1911 escribió *Pensamientos de un viejo* y lo publicó por entregas en el periódico *La Organización* de Medellín; en 1916 lo editó como libro. En 1919 presentó su tesis de grado "Derecho a no obedecer", la cual desató una gran polémica que llevó a los jurados a sugerirle que le cambiara de nombre al trabajo. El nuevo título fue "Una tesis". En 1928 fue nombrado juez segundo del Circuito de Medellín. En 1929, producto de un viaje que realizó por algunas regiones del país, apareció en París la obra *Viaje a pie*, que fue magníficamente comentada entre los escritores e intelectuales europeos, pero, paradójicamente, atacada por la curia colombiana. En 1932 la misma obra fue traducida al francés y una vez más fue exitosamente recibida por la prensa europea.



Fernando González.
Oleo de Pedro Nel Gómez, ca. 1945.
Casa Museo Pedro Nel Gómez, Medellín.

El 28 de enero de 1932, fue nombrado cónsul de Colombia en Génova, pero en agosto del mismo año fue expulsado por Benito Mussolini, a quien preocuparon los comentarios contra el régimen encontrados en sus libretas de notas. De Italia viajó a París y fue nombrado cónsul de Colombia en Marsella. Durante su estadía allí, publicó *Don Mirocletes*, cuya lectura fue inmediatamente prohibida por el arzobispo de Medellín, bajo sentencia de pecado mortal para el feligrés que se atreviera a ello. El mismo año publicó la obra *Mi compadre*, basada en un dictador venezolano, e inmediatamente el gobierno prohibió el ingreso y la difusión del libro en ese país. En 1954 publicó en Bogotá el libro *Santander*, y esta vez el turno de la persecución fue para Colombia. El gobierno intentó recoger la edición e impedir la difusión

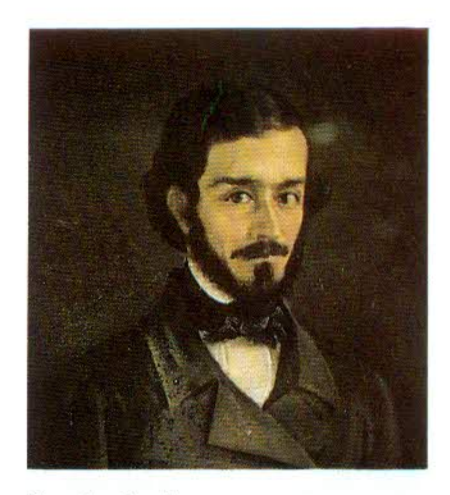
de la obra. En 1954 varios escritores e intelectuales europeos y norteamericanos, entre ellos Jean Paul Sartre y Thornton Wilder, lo nominaron para el premio Nobel de Literatura, pero la Academia Colombiana de la Lengua se negó a adelantar los trámites respectivos y, en su lugar, postuló a don Ramón Méndez Pidal. Le cobraron así la osadía de reflexionar sobre ciertos próceres de la patria. En 1957 se refugió en el país que inventó para sí, con el fin de protegerse de ese otro que temía sus pensamientos. A la finca de su propiedad ubicada en Envigado, inicialmente la llamó "La huerta del Alemán", como un sinónimo de filosofía de grande vuelo, pero después le cambió el nombre para expresar de forma directa su relación con el lugar, y la llamó "Otraparte". Quizá porque el país lo trató como si fuera de otra parte y no como el pensador auténtico que fue capaz de mirar la realidad y esencia de nuestra nacionalidad. En marzo de 1962 apareció su último libro: *Tragicomedia del padre Elías y Martina la Velera*. Fernando González murió en Envigado, el 16 de febrero de 1964. Como novelista publicó las ya citadas *Don Mirocletes* (1932) y *Tragicomedia del padre Elías y Martina la Velera* (1962). Como ensayista y pensador publicó: *Pensamientos de un viejo* (1916), *Viaje a pie* (1929), *Mi compadre Juan Vicente* (1932), *El hermafrodita dormido* (1933), *Cartas a Estanislao* (1935), *El remordimiento* (1935), *El maestro de escuela* (1941), *Santander* (1954), *Los negroides* (1956), *El libro de los viajes y de las presencias* (1959), *Problemas de teología moral*, *Mi Simón Bolívar* (1969), *Poncio Pilatos envigadeño* y *El entierro de don Tomás* (comedia), entre otros [*Ver tomo 5, Cultura, p. 165*].

LUIS CARLOS MOLINA

Bibliografía

ÁNGEL VALLEJO, FÉLIX. *Retrato vivo de Fernando González*. Medellín, Instituto de Integración Cultural, 1982. DAVIDSON, HARRY. "Fernando González, el filósofo de las ceibas". *Universidad de Antioquia*, Nº 59-60 (Medellín, junio-agosto 1943), pp. 409-506. GONZÁLEZ, FERNANDO. *Viaje a pie*. París, Le Livre Libre, 1929. GONZÁLEZ FLÓREZ, SARA LINA. *Fernando González, buhonero del espíritu*. Medellín, Concejo de Medellín, 1990. HENAO HIDRÓN, JAVIER. *Fernando González, filósofo de la autenticidad*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1988; 2ª ed.. Medellín, Biblioteca Pública Piloto, 1993. ORDENES, JORGE. *El ser moral en las obras de Fernando González*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1983. SALDARRIAGA V., ALBERTO. *De la parroquia al cosmos: los viajes de Fernando González*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1964. *Viaje a la presencia de Fernando González*, Biblioteca Pública Piloto de Medellín, marzo-abril de 1994.

GONZÁLEZ, FLORENTINO



Florentino González.
Miniatura de José María Espinosa.
Museo Nacional, Bogotá.

Político, periodista, hombre público y catedrático santandereano (Cincelada, 1805 - Buenos Aires, Argentina, enero 2 de 1874). Al doctor José Nazario Florentino González Vargas, quien fue consagrado en 1825, en San Bartolomé, como bachiller, licenciado y doctor en Jurisprudencia, siempre se le llamó don Florentino González; así se le recuerda en la historia. González perteneció a lo que se denomina la "segunda generación de libertadores", que es como se singulariza a quienes integraron el radicalismo liberal. Este fue, desde luego, de capital importancia para desamarrar a la república de todos los resabios coloniales, logró el rompimiento de las instituciones heredadas de España, y se mantuvo a la vanguardia de los principios federalistas. Caracterizada por el afán de profundizar, hasta el exceso, en el examen de los problemas primordiales del país, esta generación obró con rigor moral, que fue otro de sus signos: el patrimonio público no podía confundirse con las avideces de los timadores que se asomaban a la vida política. Su noble ímpetu fue la defensa de la totalidad de las libertades; en sus gobiernos, ninguna sufrió mengua, cortapisa o dejó de aplicarse. Tenía, igualmente, marcada su señal antifeudalista, en un medio donde el feudalismo predominaba. Cuando cayó el radicalismo, se atajó y desvió el ímpetu transformador; una revolución se inmovilizaba por el imperio de la fuerza de la Regeneración conservadora de Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro.

La vida de Florentino González se puede dividir en tres aspectos que la delimitan e integran. El primero, el periodista, oficio que ejerció siempre y en el cual tuvo una categoría internacional. Las letras fueron su vocación, que luego culminó en obras cardinales para el pensamiento jurídico. Su tarea de escritor comenzó en 1827, en el periódico *El Conductor*, que dirigía Vicente Azuero, otro valor consubstancial en la vida histórica colombiana. Después de la noche septembrina, en la cual tomó parte, González fue condenado a muerte. Se le conmutó esta condena por la de "prisión solitaria", la cual cumplió en Bocachica. Al ser puesto en libertad, viajó a Caracas, donde el gobierno lo encargó de la redacción de *La Gaceta Oficial*. Retornó a Colombia en 1830, después del Congreso que eligió a Joaquín Mosquera como presidente. Formó parte, con Rufino Cuervo, Ignacio Gutiérrez y Vergara y Lorenzo María Lleras, de la redacción de *El Constitucional de Cundinamarca*. En 1833 lanzó *El Cachaco* en compañía de Lorenzo María de Lleras. En 1837 Francisco de Paula Santander imprimió *La Bandera Nacional*, en la cual volvieron a coincidir como colaboradores, Lleras y González. Más tarde, clausurado este periódico, con Azuero y Francisco Soto puso a circular *El Correo*. De 1841 a 1845 estuvo en París, donde adelantó estudios de derecho público y ciencias económicas. Al regresar, se incorporó a las páginas de *El Día*. El 8 de junio de 1848 apareció el primer número de *El Siglo*, que él fundó y en el cual divulgaban escritos Julio Arboleda y Lino de Pombo. En *El Neogranadino* adelantó sus campañas federalistas, de las cuales fue tan ferviente. En 1861, después de ejercer ante el gobierno de Chile como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, continuó en su vocación de periodista. Editorializó en *El Tiempo* y luego, en *El Mercurio de Valparaíso*.

Esta presencia intelectual y permanente análisis de la vida pública lo llevaron, necesariamente, a la política. Su actividad fue constante. Militó en las cercanías del pensamiento de Francisco de Paula Santander. Como

un corolario natural, llegó a los deberes públicos. Este es el segundo aspecto de su existencia. Fue candidato a miembro de la Convención de Ocaña, a la cual no pudo asistir por no tener la edad requerida. Esta circunstancia nos revela la primacía que tuvo, desde muy joven, en la vida nacional. Al regresar de su exilio, lo nombraron secretario de la Convención Constituyente de los departamentos de Nueva Granada, en 1831. En 1833 lo eligieron, por El Socorro, representante al Congreso, y lo mismo sucedió en 1839. Ejerció interinamente, entre los años de 1834-1836, los cargos de secretario de Hacienda, de lo Interior y de Relaciones Exteriores, y luego, la gobernación de la provincia de Bogotá. En 1839 lo designaron rector de la Universidad Central, cargo que no ocupó por incompatibilidad con su posición parlamentaria. Como reacción, renunció a su cátedra de Derecho Constitucional. En 1846, Tomás Cipriano de Mosquera lo designó secretario de Hacienda. En 1848 fue candidato a la Presidencia de la República. En el mismo año, viajó como encargado de negocios a Francia y Gran Bretaña. Lo nominaron para vicepresidente del país. En 1853 asistió al vigésimo primer Congreso Constitucional de la Nueva Granada. Del 6 de febrero de 1854 a 1858, fue procurador de la Nación. Le plantearon en el Congreso un debate por no haber llevado a la Corte Suprema de Justicia el contrato de arrendamiento de las minas del Zanjón. José María Cordovez Moure recuerda que asistió al Congreso y «con la desdeñosa altivez que lo distinguía», terminó su defensa, pues los cargos no tenían fundamento, diciendo: «¡Condenadme si os atrevéis, honorables senadores!». Esa actitud revela su carácter, la conciencia de su sitio en la vida pública colombiana, la altura de sus razones y el desdén para sus detractores.

Complementa su vida de escritor, la de profesor, que sería su tercera característica. Derecho Constitucional fue la cátedra que enseñó en Nueva Granada; en Buenos Aires, en su universidad, hay una placa que lo consagra como el creador de la especialidad en Argentina. Como consecuencia lógica, terminó escribiendo textos cardinales. Con el apoyo del gobierno chileno, editó un *Proyecto de Código de enjuiciamiento* y, más tarde, el *Diccionario del Derecho Civil chileno*. Además, lanzó libros de mucha erudición jurídica, como *Ciencia Administrativa*, *Lecciones de Derecho Constitucional* y un estudio acerca del *Uti possidetis* de 1810. Sus obras se pueden consultar aún, a pesar de la evolución de la ciencia, por la hondura y maestría conceptuales. Un volumen de excepcional importancia son sus *Memorias*, en las cuales, fuera de relatar las razones doctrinarias para haber conspirado contra Bolívar por la dictadura que había implantado inmisericorde contra todo el régimen democrático, hizo un repaso de los hechos más vitales que, históricamente, condujeron al caos político en esa época tan deliberadamente mal estudiada. Hizo un recuento desde 1810, para detenerse en lo acontecido en la Convención de Cúcuta, en los Congresos de 1823 y 1824, la rebelión de José Antonio Páez, la Cosiata venezolana, la tiranía bolivariana, la conspiración. Desde luego, puntualizó los sucesos más trascendentales y que mayores contradicciones llevaron a las inteligencias que habían luchado por la libertad.

En la generación del radicalismo, Florentino González tuvo eminente posición. Cuando el partido se dividió, entre otros motivos por aspectos económicos y sociales (que se sintetizan entre las aspiraciones de los comerciantes y las oposiciones de los artesanos), él predicaba la libertad de comercio. Esa etapa nacional fue creadora; el país recibió impulso en todos los aspectos: en la educación, caminos, utilización de la tierra, eliminación de los monopolios, libertad intelectual, liberación del poder clerical, relaciones exteriores, fortalecimiento de las provincias, organización del régimen progresivo de los impuestos, eliminación de la usura, rebaja de intereses para el incremento de la producción, apelación al sufragio para estimular la opinión pública. Este proyecto, que culminó con la Constitución de 1863, recibió el juicio sesgado de los vencedores de la derecha. Fue una verdadera revolución, la segunda, en lo político, lo económico y lo cultural, después de la Independencia. Florentino González y su grupo proponían que los granadinos se ocuparan de la agricultura y de la minería; que nos dedicáramos a vender materias primas y que las manufacturas europeas entraran sin limitaciones. Tulio Enrique Tascón sintetiza la posición de los dos grupos liberales: «En realidad los gólgotas o radicales eran liberales de izquierda, idealistas y teorizantes; los draconianos, liberales de centro, que procuraban consultar las oportunidades». Florentino González murió en Buenos Aires, en 1874; en 1934 se repatriaron sus restos. Su vida de trabajador intelectual, al servicio de la vida pública colombiana, de la ciencia y de la libertad, dejó muchos ejemplos para fortalecer la lucha democrática colombiana [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 22-23*].

OTTO MORALES BENÍTEZ

GONZÁLEZ ARBELÁEZ, JUAN MANUEL

Eclesiástico antioqueño (Rionegro, enero 17 de 1882 - Roma, enero 4 de 1966). Hijo de José María González y Obdulia Arbeláez, monseñor Juan Manuel González Arbeláez nació en Rionegro, donde se fundó la iglesia más antigua de Antioquia: la capilla de Sabaletas, construida en 1540 por orden del mariscal Jorge Robledo, cuando los españoles entraron por el sur a la región antioqueña. La historia eclesiástica de Rionegro cuenta, además, con ilustres prelados como el doctor Salvador Bermúdez Ruiz (1676-1747), obispo de Santiago de Chile y arzobispo de Chacras, y los obispos de Medellín José Joaquín Isaza Ruiz (1820-1874) y Manuel Antonio López de Mesa (1846-1908). Por otra parte, el tatarabuelo de monseñor González Arbeláez, José Joaquín González, tomó los hábitos después de viudo, fue párroco de Rionegro y reconstruyó la iglesia parroquial, inaugurada el 8 de septiembre de 1804. José María Montoya, otro de sus tatarabuelos, fue uno de los firmantes del Acta de Independencia de Antioquia. Así, el amor de monseñor González Arbeláez por su región fue grande; incluso le dedicó algunos versos: *«Oh valle de esmeraldas!/ De montañas azules guarnecido!/ Que de sus frescas faldas/ El boscaje mullido/ Y el cantarín te dan cristal/ fluido»*. Monseñor González cursó sus estudios primarios en el colegio de Rionegro y luego en el seminario, donde terminó la carrera eclesiástica a los 21 años, siendo nombrado prefecto general y profesor. Monseñor Manuel José Caycedo lo ordenó presbítero, el 17 de enero de 1915 en Rionegro. Viajó a París en 1921, en Roma se especializó en regímenes de seminarios y fue doctorado en Teología en 1925. A su regreso a Colombia, fue nombrado rector del

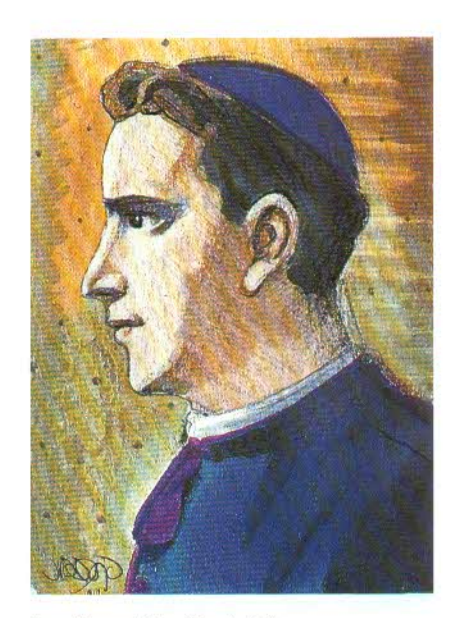
Seminario de Medellín hasta el 23 de noviembre de 1933. Cuenta su biógrafo, el presbítero Jesús Mejía, que «si por humildad quiso soterrar sus grandes talentos y ricas virtudes, no le vino de antuvión la mitra, pues la tenía ofrecida, reiteradamente anunciada y bien ganada y merecida, en 18 años de orante ministerio; fue preconizado para obispo de Manizales, el 3 de julio de 1933; aceptó con humildad y lágrimas este dignificante nombramiento y recibió la consagración episcopal en la Metropolitana de Medellín, de manos del nuncio monseñor Paolo Giobbe, el 29 de octubre de 1933. Fueron asistentes monseñor Tiberio de J. Salazar, arzobispo de Rizeo y coadjutor de Medellín, y monseñor Francisco Cristóbal Toro, obispo de Antioquia y Jericó. Tomó posesión el 4 de diciembre y terminó así la vacatura de esa sede, pues fue a suceder a monseñor Tiberio de J. Salazar y Herrera, nombrado arzobispo coadjutor de Medellín. Allá laboró como buen soldado de Cristo». En 1934 asistió al Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, y el 6 de junio fue elegido arzobispo titular de Eno y coadjutor de Bogotá. Se posesionó en enero de 1935 y monseñor Ismael Perdomo lo nombró vicario general.

Bajo la presidencia de Alfonso López Pumarejo, Colombia se aprestó a vivir los grandes cambios liberales con las reformas a la Constitución y al Concordato. Durante el Congreso Eucarístico de Medellín, iniciado el 14 de agosto de 1935, tuvieron lugar los primeros enfrentamientos entre la Iglesia y el Estado. Según Alvaro Tirado Mejía, «el certamen había contado con el apoyo oficial y nada hacía presagiar que las relaciones se deteriorarían. El Congreso implicaba una enorme movilización de masas, estaba presidido por 21 prelados nacionales y extranjeros [...] y, según cálculos que no parecen ser exagerados, el día de la clausura se reunieron cerca de 300000 personas. El elemento que prendió la chispa fue una declaración de la mayoría liberal del Concejo de Bogotá, que en respuesta a una proposición de la minoría conservadora para asociarse al certamen, contestó que lo haría siempre y cuando los prelados colombianos se pronunciaran favorablemente sobre la reforma del Concordato, el establecimiento de la educación laica, la supresión de las misiones catequizadoras, la adopción del divorcio vincular y otros puntos. Como respuesta, monseñor Juan Manuel González Arbeláez [...] calificó la proposición del Concejo de ruin, infame, desvergonzada y canalla y tomó juramento a la multitud "de defender la religión católica a costa de la vida misma"». Esta instigación le atrajo la ira del gobierno. Por otra parte, monseñor había viajado con el Santísimo desde Bogotá en el avión trimotor Ford *Tarapacá* de la SCADTA, contra la expresa voluntad del Vaticano, que prohibía volar con la sagrada forma ante la eventualidad de un accidente; sin embargo, parece que anteriormente el obispo de Madrid-Alcalá había hecho lo mismo. El 17 de enero de 1940 monseñor González Arbeláez celebró sus bodas de plata sacerdotales y el 13 de febrero de 1941 renunció al cargo de arzobispo coadjutor de Bogotá con derecho a sucesión, «por razones eclesiásticas». Insistió en ello el 6 de junio y en febrero de 1942 le fue aceptada la renuncia. El 20 de junio fue nombrado arzobispo de Popayán. «No quiero para mí nada en lo humano, pero todo en el campo religioso, para ponerlo al servicio de Dios y de la Madre Santísima», dijo en su saludo pastoral al tomar posesión el 28 de julio de 1942. Al terminar la ceremonia, Guillermo León Valencia pronunció, en el atrio de la catedral, una formidable oración: «A la manera de un aerolito descendido de altura inconmensurable, ha caído en Popayán este colosal diamante, fascetado de todas las virtudes [...] y cuya estela de luz al descender iluminará por mucho tiempo el horizonte oscuro de la Patria, como relámpago en la noche». El 29 de diciembre de 1943 monseñor González viajó a Europa. Renunció a la sede arzobispal residencial y el 1 de febrero de 1944 fue nombrado arzobispo titular de Oxirinco. Durante 21 años vivió en el Viejo Continente, entre Roma, Londres y Madrid. Asistió a las sesiones del Concilio Ecuménico Vaticano II y murió en Roma, el 4 de enero de 1966.

JUAN DAVID GIRALDO

Bibliografía

AGUDELO GIRALDO, GUILLERMO. *Cuatro arzobispos que han marcado nuestra historia*. Bogotá, Ediciones Verdad y Vida, 1986. BOTERO RESTREPO, JUAN. *Breve historia de la Iglesia colombiana*. Medellín, Copiyepes, 1983. BOTERO RESTREPO, JUAN. *Monseñor Juan M. González Arbeláez, signo de contradicción*. Medellín, Editorial Difusión, s.f. LÓPEZ LOZANO, CLEMENTE. *Rionegro, narraciones sobre su historia*. Medellín, Editorial Granamérica, s.f. NARANJO VILLEGAS, JESÚS. *Biografía del arzobispo Juan Manuel González Arbeláez*. Medellín, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1993. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Genealogía episcopal de la Jerarquía Eclesiástica, 1513-1966*. Bogotá, Editorial Lumen Christi, 1968. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Cabildo Eclesiástico de Bogotá*. Bogotá, Kelly, 1971.



Juan Manuel González Arbeláez. Acuarela de Juan David Giraldo. Colección particular, Bogotá.

GONZÁLEZ CAMARGO, FÍDOLO ALFONSO

Pintor nacido en Bogotá, el 20 de septiembre de 1883, muerto en Sibaté, el 23 de agosto de 1942. Hijo de Fídolo González Linero e Isabel Camargo Escobar, Fídolo Alfonso González Camargo fue el menor de los diez hijos de este matrimonio, de los cuales cinco murieron durante la infancia. Su padre, de profesión abogado, estudió de joven en la Academia de Dibujo y Pintura, y participó en las exposiciones de la Academia de 1847 y 1848; desafortunadamente su temprana muerte, durante la primera infancia del pintor, privó a González Camargo del apoyo y el consejo paternos en su trabajo. González Camargo fue un niño tímido, introvertido, consentido, demasiado protegido por su madre y sus hermanos, especialmente por Luisa, con quien tenía una amistad especial. Después de terminar sus estudios en el Colegio San Bartolomé, ingresó a la Universidad

a estudiar odontología, pero se retiró a los pocos meses para dedicarse de lleno a la pintura. Comenzó sus estudios artísticos en 1902, en la Escuela de Bellas Artes de Bogotá, bajo la dirección de Ricardo Moros Urbina. Entre sus maestros figuraron Moros, Ricardo Acevedo Bernal, Roberto Páramo y Andrés de Santa María, quien ingresó como director de la Escuela en 1904. González Camargo nunca salió de Bogotá, sin embargo, es el más antiacadémico de todos los pintores de su generación, quienes pintaban para complacer el gusto académico de sus compradores. Sentía una admiración particular por el pintor post-impresionista Paul Cézanne y por su maestro Andrés de Santa María, quienes influyeron definitivamente en la definición de su estilo. Tales enseñanzas pueden verse en el uso de una pincelada expresiva y esquemática, en un colorido audaz y en un bello manejo de la luz. A diferencia de otros artistas dedicados a la pintura de género, González Camargo tuvo un modo muy particular de acercarse a sus motivos, observaba la realidad no desde su apariencia externa, sino desde su interioridad. Su mirada no pretendía describir con minucia los detalles del espacio, sino transcribirlos de manera esencial y esquemática, dando una visión plástica e intimista del lugar. Por su sentido de lo instantáneo, no puede considerarse a González Camargo simplemente como un pintor costumbrista; la diferencia radica en su actitud, en su manera de ver la realidad e interpretarla, y éste es su legado más importante para la pintura moderna colombiana. El formato pequeño de la mayoría de sus óleos sobre cartón, reafirma su voluntad intimista y su carácter introvertido y discreto. González Camargo prácticamente no salía de su casa de la calle 13, allí retrataba todas las escenas cotidianas para luego plasmarlas en el óleo; hacía paisajes de los cerros circunvecinos, retrataba a sus alumnos mientras éstos pintaban, o recreaba iglesias y calles de la antigua Bogotá. Sólo recibía visitas de aquellos con quienes compartía el amor y la afición por la pintura. Entre ellos puede citarse a Ricardo Borrero Alvarez, Roberto Pizano y, principalmente, a Francisco Antonio Cano, con quien sostuvo muy buena amistad. Entre 1919 y 1920 González Camargo pintó la mayor parte de su obra. Suspendió su trabajo a los 38 años, lo que significa que realizó su producción plástica en tan sólo 15 años. En 1910 participó en la Exposición del Centenario con dos obras: *Paisaje* y *La Poda*, esta última recibió una mención. Su excelente condición de dibujante e ilustrador puede admirarse en muchas de las carátulas y viñetas del semanario *El Gráfico*, inaugurado en 1910, del cual fue, por un tiempo, director artístico. En 1921 la muerte de su madre, centro de su vida afectiva, seguida de la muerte de hermana Tulia, ocho días después, afectó de tal modo al artista, que comenzó a perder gradualmente el contacto con la realidad, hasta quedar totalmente sumido en la locura. Sus hermanos lo internaron en la casa de salud de Marly y para continuar con los tratamientos médicos optaron por vender la casa de la calle 13. Cada uno se independizó y Luisa se hizo cargo de su cuidado. González Camargo murió en 1942, recluido en el manicomio de Sibaté [*Ver tomo 6, Arte, pp. 120-122*].



Fídolo Alfonso González Camargo. Autorretrato.

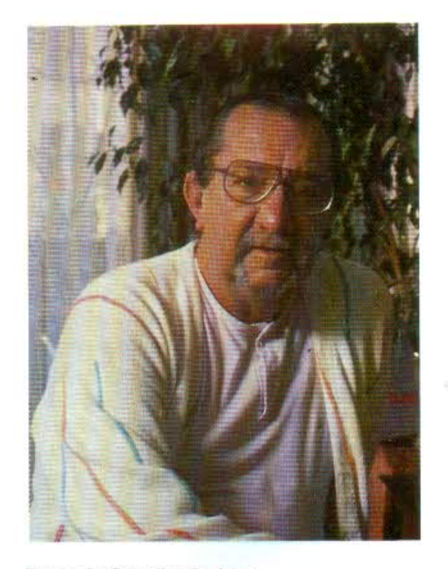
CLAUDIA UMAÑA

Bibliografía

Fídolo Alfonso González Camargo. Exposición retrospectiva, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1983, texto: Enrique Cárdenas. GIL TOVAR, FRANCISCO. "¿Y de la originalidad qué?" *El Tiempo*, marzo 20 de 1983. GONZÁLEZ, BEATRIZ. *Fídolo Alfonso González Camargo*. Bogotá, Ediciones Escala - Centro de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional, 1987.

GONZÁLEZ-PACHECO, FERNANDO

Animador, presentador y periodista de la televisión colombiana, nacido en Valencia (España), el 13 de septiembre de 1932. Hijo de Doroteo González-Pacheco e Inés Castro Montejo, Fernando González-Pacheco, conocido como "Pacheco", llegó a Colombia a los cuatro años. En 1950 terminó el bachillerato en el colegio Hispano Americano, y fue campeón de tenis de mesa y boxeador profesional, conocido con el nombre de "Kid Pecas". Siendo camarero de la Flota Mercante Grancolombiana, el programador de televisión Alberto Peñaranda lo escuchó cantar y le propuso hacer televisión. En marzo de 1956 hizo su primer programa, *Agencia de artistas*. Desde entonces ha realizado programas de concurso como *Qué pareja más pareja*, *Elija su pareja*, *Alcance la estrella*, *Cabeza y cola*, *Siga la pista*, *Uno más uno, tres*, *Sabariedades*, *El programa del millón* y *Compre la orquesta*; musicales como *Mano a mano musical* y *Musical* RCN; programas infantiles como *Telecirco*, *Animalandia*, que presentó durante doce años, y el *Club de los cortapalos*; y periodísticos como *Cita con Pacheco* y *Pacheco insólito*. Ha actuado en programas de televisión como *Yo y tú*, *El cadáver del señor García*, *El viejo* y *Arsemio Lupin*; en películas como *El Zorrero*, que forma parte de *Tres cuentos colombianos*, *La víbora*, *Orgullosos, malditos y muertos* y *El último asalto*; y en teatro en *Sugar* y *La jaula de las locas*. Es autor del libro



Fernando González-Pacheco
Archivo revista "Diners".

Me llaman Pacheco, con prólogo de Daniel Samper. Para ayudar a diversas causas sociales, se le ha visto toreando, tirándose en paracaídas, disfrazado de payaso, encerrado en una jaula con leones o volando en globo. Está casado con la reina de belleza de Cartago, Liliana Grohis. Pacheco ha sido un ídolo de los televidentes colombianos y ha ganado premios como Nemqueteba, Antena de la Consagración, Antena de Oro, Ondra y APE [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 303-304*].

STELLA TOCANCIPÁ

Bibliografía

GONZÁLEZ-PACHECO, FERNANDO. *Me llaman Pacheco*. Bogotá, Pluma, 1982.



Ramón González Valencia.

GONZÁLEZ VALENCIA, RAMÓN

Militar nortesantandereano, presidente de la República entre 1909 y 1910 (Chitagá, mayo 24 de 1851 - Pamplona, octubre 3 de 1928). Ramón González Valencia es conocido en la historia contemporánea de Colombia por sus actuaciones de conciliación y concordia nacional (como militar en las últimas guerras civiles y como presidente de la República), en días en que se buscaba el camino hacia la modernización del país y la reforma constitucional. Hijo de Rafael González Rodríguez y Susana Valencia Bautista, ambos enraizados en distinguidas familias de Pamplona, nació en una hacienda localizada en las proximidades de Chitagá. En la guerra civil de 1860-1861 tuvo que huir con su familia a Villeta (Cundinamarca), debido al triunfo del general Tomás Cipriano de Mosquera y del liberalismo radical; su familia había respaldado al gobierno conservador del presidente Mariano Ospina Rodríguez. En Villeta inició sus primeras actividades económicas en la arriería, llevando miel a Facatativá y cueros y quina a Honda. Con grandes esfuerzos, sus padres lo enviaron al internado del Colegio del Rosario en Bogotá, donde apenas estuvo seis meses. Cuando regresó con su familia a Pamplona, ingresó al Colegio Provincial durante año y medio, pero también tuvo que retirarse por problemas económicos. Se dedicó, entonces, a las actividades agrícolas. Primero trabajó en la Laguna de Fontibón, es decir en La Capilla, cerca a Pamplona, una pequeña hacienda de su padrino; allí aprendió a arar y a hacer vallados para secar la laguna. Posteriormente trabajó con su tío Antonio en la hacienda La Selva, donde trabajó como peón tumbando montañas y en diversos oficios. Después trabajó en la hacienda Chane, donde hizo plantaciones de café; en la hacienda Iscalá aprendió a sembrar papa; también trabajó en la hacienda Guayabal, con su tío Antonio Valencia. En el campo era sumamente enérgico, siguiendo el ejemplo de su tío, a las cuatro de la mañana ya estaba con todos los peones en movimiento; su trabajo como agricultor fue muy fecundo y de inmensa actividad. En 1878, cuando tenía 27 años, participó en la guerra civil contra el presidente Aquileo Parra, como ayudante de campo de su pariente el general Leonardo Canal; se recuerda su acción valerosa en la batalla de Hatogrande. Posteriormente participó en la guerra civil de los Mil Días, en defensa del gobierno conservador; combatió en las batallas de Peralonso y Palonegro; precisamente en medio de la guerra, alcanzó el grado de general, siendo muy acatado por su espíritu conciliador y prestigio militar. Después del sitio que hizo a la ciudad de Cúcuta en plena guerra civil, se retiró del ejército y regresó a sus actividades agrícolas en su hacienda Iscalá. El presidente José Manuel Marroquín lo nombró ministro de Guerra en 1901, mediante el decreto 352 del 28 de marzo. Ejerció este ministerio hasta el 11 de julio de 1901, cuando fue nombrado jefe civil y militar del Departamento de Santander. El 21 de diciembre de 1902 firmó el tratado de paz con los generales Foción Soto y Ricardo Tirado Macías, que puso fin a la guerra civil en el territorio de Santander.

En las elecciones de 1904 el conservatismo lo proclamó para la Vicepresidencia de la República, acompañando al general Rafael Reyes, candidato a la Presidencia. El Consejo Electoral los declaró elegidos para un período de seis años. Con sus lemas «Paz, concordia y trabajo» y «Menos política y más administración», se inició la administración Reyes el 7 de agosto de 1904. González Valencia renunció a su cargo de vicepresidente el 9 de marzo de 1905, «por falta de armonía entre el primer mandatario y el destinado a reemplazarlo». El presidente Reyes había manifestado su interés por suprimir la Vicepresidencia, lo cual hizo después de la renuncia de González Valencia. El ejemplo del vicepresidente José Manuel Marroquín con el presidente Manuel Antonio Sanclemente, el golpe de Estado del 31 de julio de 1900, era de cuidado para Reyes. Cuando ocurrieron los hechos del "Trecemarcismo" en contra del presidente Reyes, éste consideró que González Valencia lo debía reemplazar en la Presidencia de la República; así se lo expresó en el puerto de Gamarra, cuando iba para el exilio. En la sesión del 3 de agosto de 1909, el Congreso Nacional eligió al general Ramón González Valencia como presidente de la República para terminar el sexenio de Reyes. El nuevo presidente prestó su juramento como mandatario de Colombia ante la Corte Suprema de Justicia, el 4 de agosto de 1909; ejerció el poder durante un año, hasta completar su mandato el 7 de agosto de 1910. Entre sus ministros destacamos la labor de Carlos Calderón Reyes, Miguel Abadía Méndez, Benjamín Herrera, Manuel Dávila Flórez, Antonio José Cadavid y otros. Al presidente González Valencia le correspondió convocar la Asamblea Nacional Constituyente para la reforma constitucional de 1910. En esta reforma se aprobaron los siguientes principios: la supresión de la pena de muerte en Colombia; la elección directa del presidente de la República por períodos de cuatro años, sin reelección para el período inmediato; se dieron facultades al Congreso Nacional para reunirse por derecho propio cada año en sesiones ordinarias; se

dio a la Corte Suprema de Justicia la atribución para guardar la integridad de la Constitución Nacional; se prohibió la emisión de papel moneda de curso forzoso; se consagró la inaplicabilidad de las leyes contrarias a la Constitución; se dio autorización para la creación de la Jurisdicción Contencioso Administrativa y se prohibieron los monopolios. Durante el mandato de González Valencia se volvió a la antigua división del territorio nacional, que había sido modificada por el presidente Reyes. Se creó el Departamento de Norte de Santander y se restableció el Departamento del Atlántico. Se restableció el Ministerio del Tesoro, que había sido integrado al de Hacienda; se demarcaron algunas fronteras patrias; se celebró con gran pompa el Centenario de la Revolución de 1810; se redujo el pie de fuerza militar en la nación y se hicieron reformas a la carrera militar. González Valencia le entregó la Presidencia al estadista conservador Carlos E. Restrepo, el 7 de agosto de 1910. En 1911 fue nombrado embajador ante Venezuela, posteriormente no tuvo actividad en el gobierno o la política [*Ver tomo 2, Historia, pp. 493-494*].

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

MOLINA LEMUS, LEONARDO. "Así era Ramón González Valencia". *Gaceta Histórica*, Nº 92, Academia de Historia de Norte de Santander (Cúcuta, enero-junio 1982), pp. 5-10. PALACIO, JULIO H. "La administración González Valencia", *El Tiempo*, agosto 26 de 1945 y octubre 14 de 1945.

GORI, JOAQUÍN JOSÉ

Militar, político y estadista nacido en Cartagena, el 11 de febrero de 1798, muerto en Bogotá, el 19 de junio de 1868. Según Enrique Carrizosa Argáez, en *Linajes y bibliografías de los gobernantes de nuestra Nación, 1830-1990*, Joaquín José Gori y Alvarez de Castro, «abrazó la carrera militar en 1811, fue cadete del cuerpo nacional de artillería y ascendió después a oficial. Peleó contra Bolívar en 1814 en defensa de la ciudad de Santafé y luego hizo la campaña con él y se halló entre su ejército en la acción de Simaña contra los realistas dependientes del francés. Secretario de Custodio García Rovira hasta pocos días antes de la batalla de Cachirí. A la entrada de los pacificadores se escondió en los montes de la hacienda de Peñanegra. De nuevo en la capital, siguió la carrera literaria y se graduó de abogado. En 1820 el Libertador presidente lo nombró consejero de Estado, habiendo luego ejercido las funciones de secretario de la Intendencia de Cundinamarca, 1821-1823, y de asesor intendente interino del Departamento de Boyacá, 1823-1824. Nombrado por el poder ejecutivo para suplir las veces del fiscal de la Alta Corte de Justicia, en enero de 1825, y en octubre de ese año con dictamen de su consejo lo nombró ministro fiscal del departamento del Cauca. Además, en 1825 se le ascendió a coronel. El 3 de enero de 1827 se posesionó como uno de los diecisiete miembros de la Academia de Abogados, correspondiente al departamento judicial de Cundinamarca que se instaló en Bogotá en esa fecha».

Elector del cantón de Bogotá, Joaquín José Gori asistió a la Convención de Ocaña desde el 2 de marzo de 1828, pero se retiró, argumentando una indisposición, desde el 2 de julio, «por no suscribir a la ruina de la patria». A finales de ese año renunció al cargo de oficial mayor del Ministerio del Interior, y en 1829 fue nombrado síndico procurador municipal y miembro de la junta reguladora del circuito de Bogotá. En 1830 asistió, en representación de la privincia de Cartagena, al Congreso Admirable. Fue «representante a la Cámara de 1836 —dice Carrizosa—, senador en varias legislaturas, gobernador de la provincia de Bogotá en 1840, consejero de Estado en 1841, presidente del Senado en 1840 y 1843 y vicepresidente de la República en este año (el doctor José Ignacio de Márquez le da posesión del cargo de vicepresidente, ante el Congreso Nacional, el día 1 de abril), le correspondió ejercer la primera magistratura en 1847 por disposición del [...] presidente de la República. Candidato a la Presidencia de la Nación en 1849. El 12 de marzo del mismo año 1849, el Congreso de la República lo eligió por mayoría como designado a la Presidencia. Don Joaquín José Gori murió en Bogotá el 19 de junio de 1868, viudo desde mayo 24 de 1861 de doña Manuela Ramona de la Maza» [*Ver tomo 2, Historia, pp. 373-375*].



Joaquín José Gori.
Miniatura de Manuel J. Paredes.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

MARIANO MOLANO

GRANADOS, MARTA

Diseñadora gráfica nacida en Duitama, Boyacá. Marta Granados estudió en el Colegio Santa Clara de Tunja, donde recibió las primeras influencias de los paisajes y los colores de la naturaleza. En 1963 se graduó de la Facultad de Arte y Decoración Arquitectónica en la Pontificia Universidad Javeriana, e ingresó a la Facultad de Diseño Gráfico de la Universidad de los Andes, donde, bajo la dirección del diseñador gráfico David Consuegra, realizó su tesis de grado "El cartel turístico". También recibió clases de pintura del maestro Juan Antonio Roda, de quien, al igual que de Consuegra, Granados recibió gran ascendencia. Sus inquietudes creativas y artísticas la llevaron a realizar un postgrado en diseño en L'École Nationale Supérieure des Arts Décoratifs de París, estudios que realizó entre 1966 y 1968. Regresó a Colombia e ingresó como catedrática en las facultades de Diseño Gráfico de la Universidad Nacional y de la Fundación Universidad Jorge Tadeo Lozano, y a la Pontificia Universidad Javeriana en la Facultad de Comunicación Social. En 1970 participó en el Primer Salón Panamericano de Artes Gráficas en el Museo La Tertulia de Cali, y en la I Bienal Americana de Artes Gráficas en Cali, 1971. Su primera exposición individual, *Diseños*, fue montada en 1972 en el Centro Colombo Americano. Dos años más tarde, se vinculó con el Instituto Colombiano de Cultura, donde realizó los diseños de las



Marta Granados.
Fotografía de Olga Lucía Jordán.

colecciones de Autores Nacionales, Historia Viva, Biblioteca Básica Colombiana, la Colección Popular y otros. De ella son los diseños de las carátulas de los discos de las colecciones Música Culta Colombiana y Compositores Colombianos. Dentro de sus trabajos vale la pena destacar los afiches que realizó para el cortometraje de Luis Alfredo Sánchez *Palabras de poeta* y *Clásico del cine mudo* (1973). Marta Granados representó a Colombia en la Bienal de Artes Gráficas en Checoeslovaquia y ganó una beca del Consejo Británico que le permitió viajar a Londres a tomar cursos de animación cinematográfica en el Saint Martin's College Art. Con base en este aprendizaje filmó *The man and the line* y *Magic box* y se vinculó a la Sociedad Mundial de Animación. En asocio con Roberto Triana, crearon la compañía Tapir Film Animación. Expuso nuevamente en el Centro Colombo Americano de Bogotá, en 1983, su obra *Arte y gráfica*. «Gran experiencia aquella de jugar con el mundo gráfico donde el punto vibra, la línea corre, la forma actúa y el color es siempre magia abierta a la imaginación», dice Granados de su trabajo. Después de 20 años de trayectoria, expuso en el Museo de Arte Moderno de Bogotá, como invitada especial en el III Salón OP Gráficas 92, *Un viaje por el diseño en Colombia visto por Marta Granados*. A raíz de esta muestra Eduardo Serrano dijo: «Es una verdadera artista [...] en la historia del arte colombiano le llegó el momento de adquirir significado y relevancia a la modalidad del diseño gráfico». El trabajo de Marta Granados es el resultado de un principio fundamental para ella: la necesidad de que la gráfica tuviera un fin específico, un hecho útil con función social. Así surgen sus diseños geométricos y orgánicos, sus formas y plegados, la luz y los colores, especialmente los verdes y morados. Marta Granados ha realizado ilustraciones de libros de poemas, novelas y cuentos, y catálogos de exposiciones como las de Rodolfo Abularach, Feliza Bursztyn, Manuel Hernández y Alejandro Obregón en el Museo de Arte Moderno de Bogotá. Diseñó los libros *Del amor y el fuego*, con ilustraciones de David Manzur; *Camaleón* y el catálogo de su última exposición. Ella dice: «Mi método es la búsqueda y la selección de elementos que me lleven a la solución de cada uno de mis trabajos».

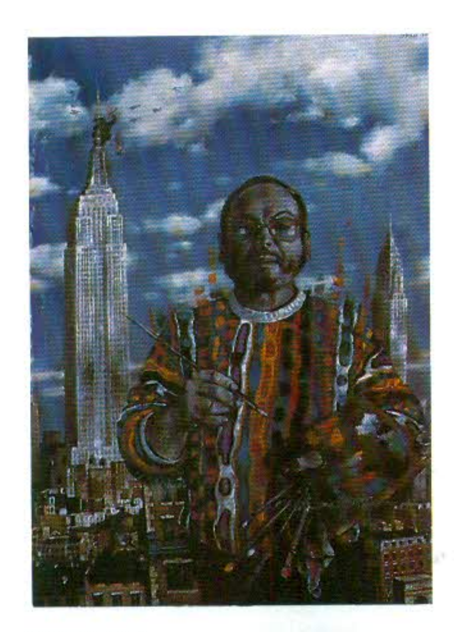
GILMA RODRÍGUEZ URIBE

Bibliografía

Arte y gráfica, Centro Colombo Americano, Bogotá, 1981. CASTELLANOS, PATRICIA. "Pura gráfica". *El Espectador*, julio 2 de 1992. GRANADOS, MARTA. *Marta Granados: un mundo gráfico*. Bogotá, OP Gráficas, 1992.

GRAU, ENRIQUE

Pintor, dibujante y escultor nacido en Ciudad de Panamá de familia cartagenera, en 1920. Básicamente autodidacta, Enrique Grau Araújo estudió en el Art Students League de Nueva York, entre 1940 y 1943, y en la Academia de San Marcos de Florencia, entre 1955 y 1956. Su vasta producción puede dividirse en dos amplios períodos. El primero va desde 1940 hasta comienzos de los años sesenta, y el segundo, desde esos años hasta la actualidad. El primer período resulta lleno de variedad y con varias fases estilísticas; en dos de ellas, por lo menos, el interés naturalista que preside su obra se ve considerablemente debilitado: en los cuarenta, cuando se aproxima al expresionismo, y de 1955 a 1959, cuando se aproxima a la abstracción a través de planteamientos retomados del cubismo. El segundo período es naturalista y en él la figura humana resulta su motivo predominante. Una figura que, en la mayoría de las ocasiones, es una mezcla de raza blanca, negra e indígena, y que se caracteriza por su desenfado y sensualidad. Esta etapa es la más conocida y mucha gente considera que aquí se encuentra el verdadero Grau, es decir, el artista en sus mejores momentos. Sin embargo, para la historia del arte colombiano es especialmente importante su primer período. Este comienza en 1940, cuando Grau participa con el óleo *La mulata cartagenera* en el I Salón Nacional. Con esta pintura, que anticipa al Grau tardío de personajes en actitudes teatrales y rodeados de objetos, obtiene la primera mención honorífica. Previamente, de manera autodidacta, Grau ya ha realizado copias de los grandes maestros (El Greco, Rembrandt, Jean-Antoine Watteau), retratos de estrellas de cine y, especialmente, retratos de familiares y de las domésticas de su casa. La mención recibida le valió una beca para estudiar en el exterior. Grau escogió Nueva York, donde ingresó al Art Students League, en ese entonces con muy buenos profesores refugiados de la segunda Guerra Mundial. Luego de pintar y dibujar bajo la tutela de varios maestros, se consagró al grabado. De estos trabajos nació su interés por imprimirle a las representaciones un dramatismo especial. Desde entonces y hasta 1950, Grau es un auténtico expresionista, que exagera o distorsiona la figura humana, el paisaje natural y el urbano. De esos años son los únicos cuadros en los que Grau toca asuntos sociales, políticos y religiosos. Algunas de estas obras pueden considerarse entre las más modernas de su tiempo en Colombia. Desde 1950 hasta 1955 Grau transita por una fase de naturalismo poético. Sus trabajos se llenan ahora de ponderación y equilibrio. Las leyes de la pintura se imponen a los temas y en muchas obras el reposo domina las imágenes representadas. Después de un viaje a México, durante el cual comienza a pintar con colores más vivos, Grau empieza a estilizar las figuras y a reelaborarlas con elementos geométricos. Al principio son mujeres de caras ovaladas que juegan con hilos. Poco a poco su apariencia orgánica se va perdiendo; luego, los objetos acompañantes sufren la misma transformación. Radicado en Florencia de 1955 a 1956, a donde fue a estudiar pintura mural en la Academia de San Marcos, Grau concreta lo más característico de la tercera fase de su proceso creativo: la recreación de la realidad a partir del cubismo. Desde entonces y hasta 1959, su obra se vuelve básicamente geométrica y, entre 1958 y 1959, próxima a la abstrac-



Enrique Grau.
Autorretrato del cumpleaños, 1990.
Colección particular, Bogotá.

ción. Como de costumbre, su producción es enorme y en diversos procedimientos de pintura y dibujo. Si entre 1955 y 1957 la figura humana no desaparece del todo, entre 1958 y 1959 predominan las naturalezas muertas y las composiciones en las que las formas más evidentes se relacionan con lunas menguantes, círculos triángulos y diversos cuadrados que íntimamente se acoplan entre sí. Luego de muchas obras de gran calidad en este estilo, Grau regresa lentamente al naturalismo. Las figuras que realiza inicialmente tienen una morfología similar a las de los cuadros de 1955: rostros ovalados, cuellos muy delgados y disposición frontal. Algunas también recuerdan a los personajes del italiano Massimo Campigli y no deja de haber varias que hacen pensar en Pablo Picasso. En 1961, sin que sus figuras pierdan la referencia a los maniquíes, sus personajes se hacen más corpóreos, los cuellos se ensanchan y los valores táctiles comienzan a destacarse. Tras esta fase de transición, puede decirse que Grau llega a su período definitivo. Después de más de veinte años de trabajo, se decide por el estilo que hoy resulta tan conocido. Paralelamente, durante estos años Grau enseña en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional y en la Universidad de los Andes, y realiza escenografías para obras de teatro, llegando a ser, en 1954, Jefe del Departamento de Escenografía de la Televisora Nacional. En 1957 obtiene el primer premio en Pintura en el X Salón de Artistas Colombianos, con el óleo *Elementos bajo un eclipse* [ver tomo 6, p. 129]; y al año siguiente gana el primer premio en Dibujo del XI Salón, con *Naturaleza muerta lunar*. En 1962 comparte con Juan Antonio Roda el segundo premio en Pintura del XIV Salón Nacional, con el óleo *Gran Bañista*.

Desde los primeros años sesenta, la producción de Grau ha seguido un derrotero bastante unitario. En todos estos años resulta fácil comprobar la continuidad de toda su obra, así como el perfeccionamiento de una manera de tratar la figura y de representar la realidad. Grau no es un naturalista a secas. Sus figuras están exageradas desde el punto de vista de su volumen, siempre tienen unas manos desproporcionadas con relación al tamaño del cuerpo y, generalmente, aparecen revestidas de manera inusitada. Grau ama la farándula y el carnaval y por eso sólo excepcionalmente concibe al personaje sin los atavíos y tocados propios del mundo del disfraz. Con base en modas pretéritas, sombreros cursis o desactualizados y vestidos de las abuelas o trajes desacostumbrados, Grau transforma sus figuras y las convierte en modelos de fotógrafos desconocidos o en protagonistas de piezas teatrales inéditas. Lo que se ve en un cuadro de Grau es poco corriente, la indumentaria, con todas sus implicaciones culturales y sociales, es algo postizo y artificial que subvierte la apariencia normal de los personajes y les da una presencia diferente, ajena a la vida cotidiana y bastante próxima al ámbito del espectáculo. A esto contribuyen también no sólo los gestos, ademanes y actitudes de las figuras, sino los objetos que las acompañan. A veces, el escenario es sencillo y sólo tiene pocos elementos. En otras ocasiones, aparecen diversas cosas, cuyo inventario resulta tan enorme como variado. No faltan, en muchos casos, las mariposas, los insectos o los pájaros que revolotean en torno de los protagonistas y que, obviamente, contribuyen a aumentar la irrealidad que se está contemplando. Por otra parte, si Grau ha realizado numerosas pinturas al óleo y cientos de dibujos a lápiz, no deja de sorprender que el artista haya trabajado copiosamente en todos los demás medios tradicionales (acuarela, témpera, fresco, carboncillo, crayola, pastel, tinta con plumilla, etc.) hasta el punto de que resulta imposible decir que tiene alguno preferido. Si es necesario afrontar nuevos medios, Grau no lo piensa dos veces; el mural del Centro de Convenciones de Cartagena, por ejemplo, fue realizado en 1982 al fresco "seco" con acrílico. Al lado de su obra bidimensional, en la que hay que incluir sus abundantes grabados en todos los procedimientos, el artista también ha trabajado tridimensionalmente: primero, terracotas (a fines de los cuarenta), luego ensamblajes (desde *La virtud y el vicio*, de 1972, pero, sobre todo, después de 1981) y, en los últimos años, esculturas en bronce. Si los ensamblajes prolongan su producción de escenógrafo para la televisión, el cine y el teatro, los bronces pintados extienden los temas de sus cuadros. Estos trabajos, modelados íntegramente por el artista, trasladan al espacio real los cuerpos y los objetos aparentes de sus pinturas, que siempre se distinguen por la exageración y el hedonismo de su plasticidad. Radicado desde hace varios años en Nueva York, donde ha realizado sus esculturas, Grau ha seguido ampliando los temas de sus pinturas y dibujos. Ultimamente ha trabajado paisajes de la ciudad, varios animales, incluyendo una serie consagrada a las *María-mulatas* [pájaros playeros de la Costa Atlántica colombiana] y algunos paisajes y fauna de las islas Galápagos [*Ver tomo 6, Arte, p. 129*].

GERMÁN RUBIANO CABALLERO

Bibliografía

Enrique Grau, exposición retrospectiva, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1973, texto: Eduardo Serrano ▪ GOODALL, DONALD, GERMÁN RUBIANO y BÉLGICA RODRÍGUEZ. *Enrique Grau, artista colombiano*. Bogotá, Amazonas Editores, 1991 ▪ GRAU, ENRIQUE. *El pequeño viaje del barón Von Humboldt*. Bogotá, Seguros Bolívar, 1977 ▪ *Grau, obra reciente*, Galería San Diego, Bogotá, 1977, texto: Galaor Carbonell ▪ *Homenaje a Enrique Grau*, Gartner Torres Arte, Bogotá, 1991, textos: Adrián Torres y María Clara Martínez ▪ RUBIANO, GERMÁN y OTROS. *Enrique Grau*. Bogotá, Centro Colombo Americano, Fondo Cultural Cafetero, 1983 ▪ TRABA, MARTA. *Seis artistas contemporáneos colombianos*. Bogotá, Antares, 1963.

GROOT, JOSÉ MANUEL

Pintor, escritor, historiador, educador y periodista, nacido en Bogotá, el 25 de diciembre de 1800, muerto en la misma ciudad, el 3 de mayo de

1878. Registrado en la catedral metropolitana de Santafé de Bogotá con el nombre de Josef Manuel Francisco Antonio del Pilar, Groot era hijo de Primo Groot de Vargas Machuca y Francisca de Urquinaona y Pardo. Tanto los Groot, de origen holandés pero radicados en España varias generaciones atrás, como los Urquinaona, naturales de la Villa de Azpeitia, en Vizcaya (País Vasco), llegaron a la Nueva Granada durante el siglo XVIII. Groot inició sus estudios elementales con el cubano Manuel del Socorro Rodríguez, entonces director de la Biblioteca Nacional, a donde acudía a tomar sus lecciones. Desde entonces tuvo pasión por el dibujo y el examen de libros adornados con láminas o grabados, así como la copia a lápiz de aquellos de flores o animales. Inició clases de dibujo en 1811 con Mariano Hinojosa, pintor y dibujante de plantas vinculado a la Expedición Botánica hasta la disolución de la empresa en 1817, y quien realizó para ella 83 láminas. Este célebre quiteño le enseñó a Groot a pintar en miniatura, a la aguada y al pastel. Cuando Antonio Nariño designó a Primo Groot como corregidor y comandante de las milicias de Zipaquirá, y miembro del Consejo Consultor del presidente en 1812, la familia debió mudarse. En Zipaquirá, Groot continuó sus estudios con José María Triana, reconocido pedagogo. Pero la llegada de Simón Bolívar a la capital, en 1814, significó el final del gobierno de Cundinamarca orientado por la línea ideológica de Nariño, de la cual era partidario Primo Groot, y el hecho obligó a la familia a trasladarse nuevamente, esta vez a su hacienda de Susatá. Este tiempo lo aprovechó José Manuel para conocer las costumbres y rudimentos de la vida campesina: escribió las poesías "El día del labrador", "Una compra de novillos" y "Delina en Tunjuelo", e hizo sus primeras pinturas o *Cuadros rústicos de costumbres granadinas*; así el pintor y el escritor surgieron simultáneamente y en adelante nunca estuvieron desligados. Gabriel Giraldo Jaramillo dice: «El género preferido por el Sr. Groot fue el costumbrista, como que en él se armonizaron adecuadamente la habilidad literaria y la pericia pictórica en la interpretación de la vida popular; demasiado vigor poseían los tipos de nuestro pueblo, y gran fuerza expresiva la vida cotidiana de la mestiza Santafé de principios del siglo, para no inspirar a quien



José Manuel Groot.
Oleo de Delio Ramírez, 1927.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

en sus venas llevaba sangre holandesa; de su labor literaria quedan cuadros deliciosos en donde aparecen en toda su vivacidad y colorido las pintorescas costumbres sabaneras y los característicos tipos bogotanos».

Con la reconquista de Santafé por el pacificador Pablo Morillo en 1816, la familia Groot fue despojada de sus bienes y encarcelados el padre y el tío Pedro Groot. En 1817 José Manuel asistió como alumno al taller de pintura de Pedro José Figueroa, el artista santafereño más afamado de la época, iniciador del estilo conocido como "escuela bogotana de retrato". Poco después de abandonar la prisión, Primo Groot falleció en 1819. Habiendo quedado en la ruina, José Manuel debió acudir a su habilidad como pintor para sostener a los suyos. Su nuevo preceptor fue su tío materno, Francisco de Urquinaona, quien le enseñó humanidades y francés, iniciándolo en la literatura y el ánimo de los librepensadores europeos. El té de Bogotá, descubierto por el sabio Mutis, creó la ilusión del hallazgo de una gran fuente de divisas. En 1821, su tío, hábil comerciante, transportó a Jamaica una carga de estas hojas con el fin de someterlas al reconocimiento del doctor Vanescut, médico botánico francés radicado en la isla. Groot lo acompañó, en el que sería su único viaje al exterior, y lo ayudó en los asuntos de comercio. En la isla, además de los negocios, Francisco de Urquinaona estaba comisionado por su cofradía bogotana para cambiar el nombre de la logia por el de Fraternidad Bogotana Nº 1. Mientras esto sucedía, Groot recibió algunas clases de pintura, estudió perspectiva y se adiestró en hacer retratos de relieve en cera. A su regreso al país en 1823, decoró una de las salas ceremoniales de la logia conocida como Cámara de Reflexión, y logró ser admitido como Limosnero, grado 18, pese a no tener la edad requerida para pertenecer a la masonería. Desempeñó el cargo de oficial escribiente de la Secretaría de Guerra y Marina entre 1824 y 1827, a órdenes del general Carlos Soublette. Abrió en Bogotá la tercera escuela de educación de alumnos internos pensionistas en 1828, en cuyo programa introdujo novedades como la enseñanza del dibujo, la pintura, la historia antigua y la música. Ese mismo año, contrajo matrimonio con Petronila Cabrera, hija del español valenciano José Cabrera, oficial de la Guardia de Caballería del Virrey. Tuvo cinco hijos: María Francisca, Rosa, Dolores, Tomás y Juanita. A raíz de los conflictos políticos y consecuente crisis de la Gran Colombia en 1830, suspendió sus labores educativas. Durante este período sus ideas filosóficas y religiosas cambiaron y surgieron los conceptos que lo llevaron a convertirse en apologista de la Iglesia. Desde 1832, y por iniciativa del comerciante inglés Joseph Brown, realizó gran número de vistas, paisajes y tipos nacionales en acuarela, lápiz y pluma, que fueron adquiridos por ciudadanos ingleses. El mismo año renunció definitivamente a la masonería. Abandonó el antiguo partido liberal en 1834, y adhirió al partido denominado más tarde conservador. Su retorno a la fe católica se hizo definitivo. El mismo Groot lo describió en carta enviada a su antiguo discípulo y amigo José María Samper, quien en 1865 también buscó la conversión, y en la que afirmó, entre otras cosas: «Retiréme al convento de San Diego, acompañado de un amigo que se interesaba en mi salvación, y allí, entrando en cuentas conmigo mismo, escribí la relación de mi criminal vida, e hice mi confesión con un santo religioso que me oyó con paciencia y caridad, y me dio la absolución mezclando sus lágrimas de gozo con las de mi arrepentimiento».

En 1834 Groot reabrió su plantel de enseñanza y lo mantuvo activo hasta 1840. En 1836 fue elegido representante a la Cámara y colaboró con *El Imperio de los Principios*, periódico de

oposición al gobierno de Francisco de Paula Santander; desde entonces se convirtió en un fecundo escritor. Trabajó como redactor anónimo de la publicación humorística *Los cubiletes* en 1837. Publicó un panfleto de tres páginas con el título *Los impíos con la cabeza cortada*(1839), en el que defendía la religión católica. Nombrado tesorero de la provincia en 1844, ejerció el cargo sólo por breve tiempo. Entre 1846 y 1847 colaboró con *El Duende*, periódico satírico de tendencia conservadora. En 1848 fue designado miembro suplente del Concejo Municipal del cantón y participó con varios cuadros de costumbres en la exposición de la Sociedad de Dibujo y Pintura en la categoría de profesor. El mismo año, el arzobispo Manuel José Mosquera fundó el periódico *El Catolicismo*, con el cual Groot colaboró hasta su muerte, publicando estudios sobre temas de historia eclesiástica y asuntos bíblicos, morales y políticos. En 1853 publicó un trabajo en el que atacaba al protestantismo, titulado *Los misioneros de la herejía o defensa de los dogmas católicos*, y fue comisionado por el gobierno nacional, en compañía de José María Espinosa y de Luis García Hevia, para examinar los borradores de las láminas de la Comisión Corográfica, pintadas por Enrique Price y Carmelo Fernández. Entusiasmado con este trabajo escribió artículos de costumbres y dibujos para ilustrar sus narraciones, aparecidas en *El Album*, en 1856. Este mismo año asistió al Congreso como representante por Bogotá, y participó en los debates sobre la abolición de la pena de muerte; con otros congresistas conservadores, como Pedro Fernández Madrid, Carlos Holguín, José Joaquín Ortiz e Ignacio Gutiérrez, formó el grupo encabezado por Mariano Ospina Rodríguez. En carácter de representante fue uno de los firmantes del proyecto de creación del Estado de Antioquia. En 1857 participó en el Congreso, pero este mismo año renunció a su candidatura como representante en la Asamblea Constituyente del Estado de Cundinamarca. Publicó en *El Catolicismo* una nota titulada "Jesucristo o Bentham", en 1857, atacando al filósofo inglés Jeremías Bentham, padre del utilitarismo. En 1858 participó por última vez en la Junta Central Eleccionaria, nombrada por el partido conservador. A partir de entonces se dedicó exclusivamente a su tarea de escritor, historiador y polemista. Algunos de los escritos de este año aparecieron en *La Patria*. Escribió una biografía de Baltasar de Figueroa en 1859, y otra sobre Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos, titulada *Noticia biográfica de Gregorio Vásquez y Ceballos, pintor granadino del siglo XVII*, la primera monografía de arte publicada en Colombia. En 1859 colaboró con *El Mosaico*, periódico y tertulia que aglutinó a los intelectuales de la Bogotá de mediados de siglo y reunió a las personalidades más sobresalientes de las letras nacionales, dando así unidad al movimiento literario y creando una verdadera "escuela" de pronunciada personalidad dentro del ambiente artístico de la época; José Joaquín Borda, Juan Francisco Ortiz, José David Guarín, Ricardo Silva, José Joaquín Ortiz, Ezequiel Uricoechea, Eugenio Díaz, José María Vergara y Vergara y José Manuel Groot fueron algunos de los más eminentes "Mosaicos". Escribió *Observaciones de un católico romano sobre un folleto publicado en Bogotá, por el ministro protestante Guillermo E. Mac Laren* (1862), que no fue publicado sino once años más tarde en las *Obras escogidas*, editadas por *El Tradicionista*. Publicó su libro *Refutación analítica del libro de Mr. Ernesto Renan, titulado Vida de Jesús* (1865), reeditado en París en 1869. Apoyó al pintor mexicano Felipe Santiago Gutiérrez en las gestiones tendientes a la creación de una academia oficial de dibujo y pintura en 1873. Escribió un *Discurso sobre el protestantismo* (1874). Sus postreros artículos aparecieron en *El Pasatiempo* (1878). A su muerte, Alberto Urdaneta escribió una nota necrológica que publicó en el semanario *Los Andes*, y posteriormente apareció una biografía escrita por José Domingo Caicedo Rojas, publicada en el *Papel Periódico Ilustrado*, acompañada de una pintura y de 10 de sus dibujos, tomados de un álbum que heredó su hijo, Tomás Groot.

Groot, historiador e investigador

En 1869 apareció la primera edición de la *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, la obra fundamental de José Manuel Groot. Esta historia inicia su narración con la conquista y pacificación del Darién, llevada a cabo por Vasco Núñez de Balboa, y se extiende hasta los hechos ocurridos cuando murió Simón Bolívar: la desmembración de la Gran Colombia y la fundación de la república de Nueva Granada. Trece años le llevó escribirla; fue el resultado de una paciente investigación que incluyó la lectura de cronistas de Indias, archivos coloniales e historiadores extranjeros. En ella no se dedicó sólo a los relatos noticiosos, políticos y religiosos, sino que dio cuenta del ambiente económico, los quehaceres cotidianos y el comportamiento de las gentes del Nuevo Reino, dejando así traslucir al gran costumbrista que era. En la introducción del libro, publicado en tres tomos en la imprenta de su yerno Medardo Rivas, Groot aclaró algunos de los propósitos que lo llevaron a la realización de una obra tan ambiciosa: «Cuando en 1856 emprendí este trabajo, no fue mi ánimo ocuparme de la parte civil ni menos de la política de nuestra historia, sino únicamente del establecimiento y desarrollo de la religión católica en la Nueva Granada, porque me parecía poco honroso para un país católico y civilizado carecer de la historia de su Iglesia [...] Empeñado en este trabajo, y tratando de restablecer la verdad histórica, desfigurada y aun falsificada con respecto al estado eclesiástico, me vi precisado a salir de los límites que me había propuesto, hallando tan enlazada la parte eclesiástica con la civil y política, como que la religión ha sido en estos países el elemento vital de su civilización y progreso». Esta obra capital evidencia sus dotes de escritor e investigador moderno, al igual que la pasión de Groot por el patrimonio cultural del país. Versado también en sagradas escrituras, exégesis bíblica, hagiografía, sectas heréticas, en fin, un erudito del tema religioso, a Groot se le considera en América, junto con José Manuel Restrepo, uno de los mejores historiógrafos colombianos.

Groot, periodista y caricaturista social y político

José Manuel Groot fue un fiel representante del espíritu del siglo XIX. Su perfil denota la variedad de intereses comunes a los más notables intelectuales americanos: pintor, escritor, educador, periodista, polemista, caricaturista y hombre político. Desde la década de 1830 los europeos habían reunido literatura, política y periodismo y los habían aplicado como un todo a sus más avanzadas publicaciones. Groot comprendió este fenómeno y se sirvió de la prensa para difundir la cultura, y como arma en la lucha partidista que agitó al país a lo largo del siglo. Era un espíritu apegado a la tradición ilustrada, así que se opuso al positivismo y rechazó los

postulados materialistas. Utilizó todas las tácticas y recursos a su alcance, desde el discurso erudito hasta el humor crítico, el epigrama y la caricatura para descollar con sus polémicas religiosas y defender a ultranza a la Iglesia católica, al punto de ser tildado por algunos prelados de "más papista que el Papa". Algunas de las publicaciones en las que colaboró en este género fueron: *El Imperio de los Principios* (1836), *El Investigador Católico* (1838), *El Día* (1844-1851), *La Verdad y la Razón* (1846), *El Nacional* (1848), *La Civilización* (desde 1849), *El Catolicismo*(desde 1848), *La Sociedad Popular* (1850), *La Esperanza* (1855), *La Patria* (1858), *El Porvenir* (1859), *El Católico* (1863), *El Bogotano* (1863), *El Conservador* (1864), *La Caridad* (desde 1867) y *El Tradicionista* (1871). La faceta que más puede interesar en la actualidad es su labor como fundador y colaborador en periódicos y, particularmente, como caricaturista y promotor de publicaciones de humor. La caricatura, tan reconocida entonces, fue el sistema ideal de expresión para su temperamento polémico. Al contrario del estilo europeo de la época, Groot no deformaba las caras, ni los cuerpos; ni agrandaba las cabezas. Todas sus figuras son proporcionadas y, salvo algunas ocasiones, no aparece formalmente lo grotesco. Gustaba del volumen rotundo que añadía gracia al dibujo, demostraba capacidad para expresar con humor una situación crítica y poseía gran destreza en el manejo de la composición. Como anotara Miguel Antonio Caro, uno de sus biógrafos, «tenía una irresistible tendencia a ver lo ridículo de los acontecimientos, la eterna risa burlona de todo lo que no es digno, y siempre hiriente e incisivo para hablar de sus enemigos». Por eso muchos de sus escritos se apoyaron en recursos gráficos, lo que explica su actividad en el campo de la caricatura social y política. Entre las publicaciones que conocieron su arte se cuentan: *Los Cubiletes* (1837), *La Bodoquera* (1843), *El Duende* (1846-1847), *Conversaciones entre un cura, un barbero y un agrícola*(1847), *El Charivari Bogotano* (1848), *Los Matachines Ilustrados* (1855), *El Album* (1856) y *El Mosaico* (desde 1859). Todos estos periódicos se publicaban en Bogotá. Muchas de las colaboraciones aparecieron sin firma y con varios seudónimos, de suerte que hoy resulta prácticamente imposible averiguar cuáles escritos o caricaturas son de su autoría. Algunos de los seudónimos que se han identificado hasta la fecha son: Agustín Jubiletas, Castellanos, Celio, Delio, El del Corrillo, El Pobre Cieguecito, Estéfano Onomatopeya, Frai Capacho, Fray Antolín, Fray Félix Sueño, Fray Niporesas, Fray Vargas, Justus, Lucas, Pacho, Pantero, Pascual Bailón, Patroclo, Perjuicios, Pierre, Plácido, Rifonadas, Silverio, Teodosio, Tobías, Traga Candela, Varela.

Groot, creador de una iconografía colombiana

La cultura de José Manuel Groot, derivada de la Ilustración, lo aficionó tempranamente a la observación del paisaje y de las costumbres, que plasmó por medio de la literatura, la pintura y el dibujo. Su amistad con el viajero y comerciante inglés Joseph Brown, quien llegó al país en 1828, fue quizás la relación más importante en el devenir artístico de Groot. Brown no sólo le estimuló a realizar álbumes de viajeros, tan en boga en Europa, sino que, siendo él mismo su primer comprador, le hizo anotaciones valiosas sobre el uso de la aguada y el acabado final de las acuarelas cuyo destino sería la litografía. Groot se convirtió entonces en uno de los artistas locales más solicitados de este género. En *El Neogranadino* de mayo 24 de 1849 se encuentra un anuncio suyo ofreciendo a los extranjeros su trabajo como pintor de costumbres, y en *Eco de los Andes* de junio 15 de 1852, otro aviso informando sobre la circulación de una serie de litografías titulada *Costumbres neogranadinas*, de la cual la primera, *Agrícolas del Funza*, logró amplia difusión. Muchos viajeros pasaron por Colombia a lo largo del siglo XIX, y algunos pintores notables cubrieron la demanda de láminas con tipos y costumbres regionales, entre ellos Ramón Torres Méndez. Groot se diferenció de este último en su gusto por la redondez de las figuras, en el animado movimiento de sus escenas y, particularmente, en una visión realista y fiel a la verdad. Esto último se debe a que, siguiendo la escuela realista europea, prefirió siempre la verdad a la belleza. Si bien sus cuadros encierran todos un tono satírico y lleno de humor, sus tipos y situaciones nunca son objeto de la óptica extranjerizante de quien impone distancia y extrañeza al hecho observado. Pero lo que no tiene precedentes y resulta notable en su ejercicio del costumbrismo es que, al contrario de muchos artistas colombianos que ilustraron cuentos de costumbres, Groot los dibujó primero y después los escribió, tal el caso de *La Barbería*, acuarela dibujada hacia 1830 y vertida a cuento tres décadas más tarde. En este sentido fue el creador de la iconografía colombiana, seguida e interpretada más tarde por muchos artistas y grabadores del país y del exterior. Recientemente se descubrió un conjunto de 23 acuarelas de Groot, reproducidas en la obra *Recuerdos de treinta años (1810-1840)*, de José Zapiola. Las acuarelas fueron adquiridas equivocadamente, como imágenes de Chile por la Biblioteca Nacional de Santiago, dentro de un álbum sobre temas suramericanos. Una decena de obras iguales a éstas se encuentran, con algunas variaciones, en el Instituto Geográfico de Londres, conformando el álbum de Joseph Brown, de quien se sabe con toda certeza le hizo pedidos a Groot. La importancia del hallazgo de las acuarelas de Chile reside en que se amplía el espectro de temas de Groot, se aumenta el grupo de tipos y de cuadros costumbristas y se da una luz sobre cómo se realizaron estos álbumes y cómo muchos íconos de Groot se hallan dispersos por América y Europa sirviendo, con variaciones en las locaciones e indumentarias, como base de otras iconografías amerindias [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 54-55; y tomo 6, Arte, pp. 97-98, 103 y 109*].

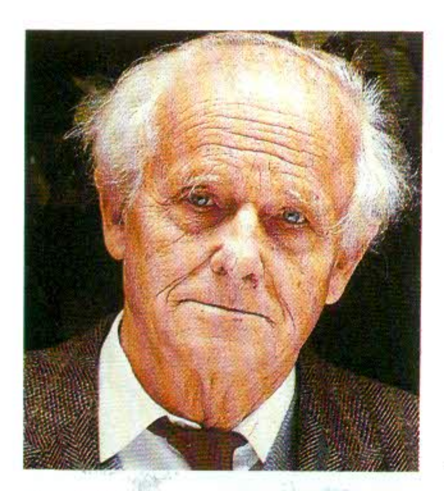
MARTHA SEGURA

Bibliografía

GIRALDO JARAMILLO, GABRIEL. *Don José Manuel Groot*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1957. GIRALDO JARAMILLO, GABRIEL. *La miniatura, la pintura y el grabado en Colombia*. 2ª ed. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1980. GONZÁLEZ, BEATRIZ y MARTHA SEGURA. *José Manuel Groot (1800-1878). Historia de la caricatura en Colombia*, Nº 8. Bogotá, Banco de la República, 1991. GROOT, JOSÉ MANUEL. *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada* [1869]. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1956.

GUHL, ERNESTO

Geógrafo alemán (Berlín, mayo 15 de 1915). Ernesto Guhl estudió geografía en la Universidad de Berlín y vino a Colombia en 1937 huyendo, como muchos otros alemanes, del auge del nazismo en Europa. Esta segunda época de la migración alemana, iniciada en el siglo XIX cuando el mercantilismo burgués atrajo hacia América a mu-



Ernesto Guhl.

chos aventureros ávidos de hacer fortuna, se caracterizó en Colombia porque la mayoría de los que vinieron eran intelectuales que se vincularon a la recién fundada Escuela Normal Superior: «Eran librepensadores que en la Europa de entonces no tenían mayores perspectivas sino ser "carne de cañón", de integrar un ejército al servicio de un desequilibrado mental y de participar en una guerra absurda. En cambio, en el Nuevo Continente tenían la posibilidad de servir, quizás, de abono cultural, de dar nuevos frutos». Ese fue el ideal que Ernesto Guhl se trazó y que ha cumplido a cabalidad durante cincuenta y seis años.

Al llegar a Colombia, Guhl tenía 26 años y era el más joven de todos los inmigrantes. Se embarcó en Dunkerque, en un barco de carga de bandera francesa, primero llegó a Panamá y luego pasó a Buenaventura. Inicialmente se vinculó a la Sociedad Colombo Alemana de Transporte Aéreo (SCADTA), actual Avianca, que contaba con una sección científica interesada en fijar fronteras por medio de la fotogrametría. Trabajó en el Catatumbo, pero debido a la consolidación del nazismo, le fue prohibido continuar su labor allí. Sin trabajo, se presentó a la Escuela Normal Superior, donde fue enganchado por el entonces director José Francisco Socarrás, como geógrafo. Sus primeros alumnos fueron integrantes de la promoción de 1944, en la que destacaron Virginia Gutiérrez de Pineda, Roberto Pineda Giraldo, Milcíades Chaves, Darío Mesa y Miguel Fornaguera, con quienes entabló una muy sólida amistad. Con Fornaguera escribió el libro *Colombia, ordenación del territorio con base en el epicentrismo regional* (1969). Desde ese entonces, se vinculó a la docencia universitaria. Clausurada la Normal Superior, en 1952 entró a la Universidad Nacional de Colombia, donde trabajó por más de treinta y tres años. Tanto en la Normal Superior, como, especialmente, en la Universidad Nacional, Ernesto Guhl ha cumplido una encomiable labor: generar en sus educandos una nueva forma, totalmente humanística, de ver y entender la geografía, «ella es el producto de una relación con el medio y, sobre todo, con el medio nuevo, el medio extraño», dice. Temporalmente, Guhl tuvo que desvincularse tanto de la Escuela Normal Superior, como de la Universidad Nacional. En la Normal trabajó hasta cuando Colombia se declaró beligerante frente a Alemania, aunque no tuvo que ir, como muchos otros alemanes residenciados, al "campo de concentración" de Fusagasugá, pues se casó con una colombiana. Luego de la guerra retornó a la Escuela, pero se retiró al ser desmembrada ésta. Por épocas trabajó en el Instituto Geográfico "Agustín Codazzi" y en algunas otras instituciones. En 1955 fue jefe del Departamento Técnico de Seguridad Social Campesina del Ministerio de Trabajo, entidad desde la que promovió una serie de estudios sobre la situación geográfica, económica y social de diferentes departamentos, como base para el establecimiento de un régimen de seguridad nacional. Su trabajo pionero sobre el departamento de Caldas fue enviado para que participara en el Premio Nacional de Ciencia de la Fundación Alejandro Angel Escobar del año 1955, y obtuvo una mención entre los dieciocho trabajos inscritos. A diferencia de muchos de los europeos que vinieron huyendo de la segunda Guerra Mundial, Guhl echó raíces en el país, mas no se nacionalizó pues, como lo declaró en alguna entrevista: «No me he nacionalizado porque no me gusta ser ciudadano de segunda clase». ¿Qué hizo que Guhl se quedara en Colombia? Aparte de entablar muy buenas relaciones, de casarse y tener hijos, los páramos andinos le proporcionaron a Guhl la posibilidad de desarrollar una metodología de trabajo diferente. El páramo es una característica exclusiva de Colombia; así, el paisaje paramuno, desde un principio, lo impresionó y lo obligó a idear un nuevo sistema: «De arriba para abajo, de la cumbre hasta el pie de la montaña, a través de la geografía vertical de los trópicos de los países ecuatoriales húmedos», explica. Durante muchos años, como profesor de la Universidad Nacional, de la Facultad de Sociología y luego de la de Ciencias Humanas, el profesor Guhl visitó el páramo de Sumapaz con sus estudiantes, mostrándoles la tridimensionalidad del espacio colombiano. Por otra parte, en Colombia Guhl ha podido desplegar su indudable vocación por la docencia, por transmitir conocimiento y dar ejemplo. Por más de cincuenta años Ernesto Guhl recorrió Colombia a pie, acompañado de una brújula, siempre con el interés de mirar, entender, observar y analizar el país que lo acogió. Producto de ese deambular por la nación son sus casi trescientos artículos, ensayos y libros, destacándose especialmente el monumental trabajo: *Colombia: Bosquejo de su geografía tropical* (2 tomos), escrito gracias al apoyo de la Fundación John Simon Guggenheim y publicado por Colcultura en 1975 y 1976, con el que trató de llenar el gran vacío de información geográfica, física y humana sobre Colombia. También es importante su libro *Las fronteras políticas y los límites naturales*, publicado por el Fondo FEN en 1991.

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

Bibliografía

BONILLA, MARÍA ELVIRA. "Solamente se ve lo que se sabe". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Volumen XXI, Nº 1 (Bogotá, 1984).

GUIRIOR, MANUEL

Virrey del Nuevo Reino de Granada entre 1773 y 1776, nacido en la villa de Aoyz, el 23 de mayo de 1708, muerto en Madrid, en 1788. En su juventud, Manuel Guirior ingresó a la Orden de San Juan de Jerusalén, y vistió el hábito de caballero en 1720. En 1733 entró a servir como alférez de navío en la Armada, y tras distinguirse en varios combates pudo alcanzar el cargo de jefe de escuadra en 1769. El 2 de diciembre de 1771 fue nombrado virrey del Nuevo Reino, y en abril de 1773 se posesionó. Una de sus principales preocupaciones económicas y sociales fue la producción agrícola. Creía que la principal limitante de esta actividad en el Nuevo Reino era la concentración improductiva de tierras en pocas manos,



Manuel Guirior.
Oleo de autor anónimo.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

lo cual, pensaba, podía solucionarse con drásticos correctivos como los que aconsejaba en su relación de gobierno: «Sería conveniente se diese con generalidad para que a todos los que tuviesen tierras y no las cultivasen ni las disfrutasen con crías de ganados o sementeras, se les obligue a dejarlas, y que entren otros a disfrutarlas en beneficio común, para evitar por este medio legal, observado en las minas y practicable en otros reinos, los graves daños que se experimentan de que algunos por mercedes antiguas, o por otro título, se consideren dueños de inmensas tierras que no labran, ni para ello tienen facultades, ni permiten que otros las cultiven, quedándose yermas, sin que el común ni los particulares logren las ventajas que deberán prometerse de usufructuarlas; y esto mismo sucede en muchas en que en contra de la ley y la razón se han fundado capellanías eclesiásticas, haciéndose espirituales e invendibles». Guirior reactivó la producción de harinas al interior del Virreinato, al prohibir el ingreso de harinas extranjeras a Cartagena y demás poblaciones de la Costa. En cumplimiento de órdenes reales organizó el estanco del tabaco, lo que significó que el gobierno colonial pasara a hacerse cargo de la producción y comercio de la hoja. Este hecho causó enorme inconformidad entre los cultivadores de algunas parroquias de la jurisdicción del Socorro. Pese a la oposición de los dominicos, intentó modernizar la educación poniendo en práctica la reforma educativa según el plan de estudios presentado por Francisco Antonio Moreno y Escandón, centrado en las matemáticas y las ciencias naturales. Fundó la biblioteca pública de Santafé, teniendo como base la biblioteca de los jesuitas. Realizó el primer censo de población, redujo los impuestos al comercio interno, propuso la reforma de algunos conventos religiosos, impulsó la minería y se preocupó particularmente por el contrabando. Guirior apoyó la política de agregación de las comunidades indígenas y el remate de las tierras de resguardo. Impulsó también la sujeción de los indios del Darién, guajiros, cocinas, chimilas y motilones, en zonas de frontera de la colonización española o donde la dominación no era muy estable. A finales de 1776, Guirior dejó el mando en manos del virrey Manuel Antonio Flórez y se trasladó al Perú a ocupar el mismo cargo, que desempeñó hasta octubre de 1780, cuando debió embarcarse para España a responder por algunas acusaciones originadas en la pugna que sostuvo con José Antonio Arecha, visitador general de Hacienda y Tribunales del reino [*Ver tomo 1, Historia, pp. 153-155*]

MARIO AGUILERA PEÑA

Bibliografía

COLMENARES, GERMÁN (Comp.). *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*. Bogotá, Banco Popular, 1989. GIRALDO JARAMILLO, JAVIER. *Relaciones de mando de los virreyes de la Nueva Granada. Memorias económicas*. Bogotá, Banco de la República, 1954. RESTREPO SÁENZ, JOSÉ MARÍA. *Biografías de los mandatarios y ministros de la Real Audiencia, 1671-1819*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1952.

GUTIÉRREZ, FRUTOS JOAQUÍN

Prócer nortesantandereano de la Independencia (Villa del Rosario de Cúcuta, octubre 27 de 1770 - Pore, octubre 25 de 1816). Conocido por sus dotes oratorias como el "Demóstenes" del Nuevo Reino, Frutos Joaquín Gutiérrez nació en el hogar formado por Juan Ignacio Gutiérrez de Caviedes y doña Bárbara Bonilla. Su familia estaba emparentada con la familia del general Francisco de Paula Santander, y también con importantes familias de San Cristóbal (Venezuela) y de la región del Táchira. Realizó sus estudios en el Colegio de San Bartolomé, donde recibió el título de bachiller en 1788. Culminó sus estudios universitarios en Derecho canónico, y en el año 1794 fue inscrito entre los abogados de la Real Audiencia de Santafé de Bogotá. El virrey José de Ezpeleta lo nombró catedrático en el Colegio de San Bartolomé; allí dictó las materias de Derecho Canónico, Leyes y Derecho Público, que fueron fundamentales en la formación republicana de sus alumnos de la generación de la independencia. Entre sus discípulos destacamos a los próceres e ideólogos civilistas Francisco de Paula Santander y José Ignacio de Márquez. Gutiérrez ejerció varios cargos en Santafé de Bogotá: preceptor del Colegio de San Bartolomé, consultor del Santo Oficio y alcalde comisario del barrio de San Jorge en Bogotá. En la Real Audiencia desempeñó el cargo de agente fiscal de lo criminal y protector de indios. En los años de mayor progreso intelectual de Santafé de Bogotá, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando se difundieron las ideas de la Ilustración y el racionalismo, Frutos Joaquín Gutiérrez tuvo un importante papel. Asistió a la tertulia literaria del Buen Gusto, en los salones de doña Manuela Sanz de Santamaría de Manrique; allí compartió sus ideas con ilustres personalidades como Camilo Torres, José Fernández Madrid, Custodio García Rovira, Miguel de Pombo, Manuel Rodríguez Torices y otros. Según el *Calendario manual y Guía de forasteros* del año 1805 en Santafé de Bogotá, Gutiérrez era «un hombre público y probado con excelsas cualidades; espíritu sagaz y demasiado sutil; genio capaz de proyectar, pero tímido; grande afluencia para hablar en público; mucho agrado en la conversación; amigo de fiestas y tertulias particulares, que sabía divertir con sus chistes y con la instrucción propia del caso». Gutiérrez era, además, buen escritor. Publicó algunos artículos en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* que dirigió en Santafé el sabio Francisco José de Caldas; entre ellos, los estudios "Discurso sobre los cementerios", "Conveniencia de erigir mayor número de Obispados en el Nuevo Reino de Granada" y otros. Muy comentadas en los años prerrevolucionarios en Santafé de Bogotá, fueron sus llamadas "Cartas de Suba", en las cuales Gutiérrez expresó su pensamiento sobre la conformación de las Juntas de Gobier-



Frutos Joaquín Gutiérrez.
Oleo de Franco, Montoya y Rubiano, ca. 1880.
Museo Nacional, Bogotá.

no. Desafortunadamente este documento aún no se ha encontrado, a pesar de los esfuerzos de los investigadores de la Independencia. Según su autor, las *Cartas* fueron publicadas en febrero y marzo de 1809, dadas a la publicidad con argumentos en favor de la libertad y con el reclamo de los derechos de las Américas. Denunciado y perseguido por las autoridades coloniales debido a esta publicación, fue acusado ante el virrey Antonio Amar para «hacer que se me mirase como el prototipo de los enemigos de la tiranía». Gutiérrez participó en los hechos del 20 de julio de 1810 en Santafé de Bogotá, y fue uno de los grandes oradores de aquella noche memorable; por ello se le llamó el "Demóstenes del Nuevo Reino". En el *Diario Político de Santafé de Bogotá*, el sabio Caldas destacó la actuación de Frutos Joaquín Gutiérrez el 20 de julio: «Reveló los misterios del antiguo gobierno y puso en claro los derechos del pueblo». En la Junta Suprema de Gobierno, para la cual fue elegido directamente, desempeñó un gran papel como ideólogo de la nueva situación del gobierno patriota en una época revolucionaria. El 28 de julio arengó al clero santafereño para convencerlo sobre la justicia del movimiento revolucionario y la legitimidad del nuevo gobierno. Explicó las tesis del Derecho natural y de gentes, enseñadas precisamente por los escolásticos. En la Universidad de Santo Tomás explicó a los profesores y estudiantes, los principios de libertad y de soberanía popular; enseñó que los pueblos tienen derecho para sacudir el yugo de los tiranos.

Uno de los documentos más importantes en el Nuevo Reino de Granada para explicar la Independencia, fue el que redactaron Frutos Joaquín Gutiérrez Caviedes y Camilo Torres, titulado *Manifiesto sobre los motivos que obligaron al Nuevo Reino de Granada a reasumir los derechos de la soberanía, remover las autoridades del antiguo gobierno e instalar una Suprema Junta bajo la sola denominación y en nombre de nuestro soberano Fernando VII y con la independencia del Consejo de la Regencia y cualquiera otra representación*, publicado el 25 de septiembre de 1810. En los *Motivos* se expresaron las múltiples causas que llevaron a los americanos a la revolución contra el gobierno colonial y contra la Junta de Sevilla, la Junta Central y el Consejo de Regencia. Señalaron la infinidad de injusticias, violencias, atentados contra la humanidad e infracción de todas las leyes, de todos los principios de la política y de todos los sagrados derechos del hombre. Partidario del federalismo en la Primera República granadina, compartió con Camilo Torres la representación de la Provincia de Pamplona en el Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. Como canonista intervino en Tunja ante el Congreso de la Unión, sobre la necesidad de establecer relaciones con la Santa Sede; así mismo, sobre las actuaciones del arzobispo de Santafé, monseñor Juan Bautista Sacristán. Cuando el ejército de los pacificadores entró a Santafé de Bogotá en 1816, los dirigentes criollos de la Primera República granadina emigraron de la capital y buscaron refugio en diversos lugares del país; la mayoría emigró hacia los Llanos Orientales. Gutiérrez se fugó a los Llanos, pero desgraciadamente fue encontrado por los españoles y llevado a Pore, en los Llanos de Casanare, donde fue fusilado el 25 de octubre de 1816, algunos días después del fusilamiento de su compañero Camilo Torres. En el libro *Particularidades de Santafé*, del cronista de la revolución de Independencia, José María Caballero, se habla de la coincidencia de la quema del retrato de Frutos Joaquín Gutiérrez y de diversos escritos revolucionarios, el mismo día de su fusilamiento en Pore: «En este mismo día se hizo una hoguera en la plaza mayor y a las once vinieron todos los inquisidores y en medio de ellos traían un carro lleno de todos los papeles así manuscritos como todos los impresos que habían salido en tiempo de la patria, como fueron sermones, gacetas, bagatelas, boletines y demás [...] En la punta de una vara traían el retrato de un colegial, que era el del doctor Frutos Gutiérrez, colegial de San Bartolomé, y lo echaron a la hoguera, junto con todos los papeles, y mientras se hizo este sacrificio tocaron las campanas de descomunión». La viuda de Gutiérrez, doña Josefa Ballén de Guzmán, fue desterrada y confinada a Simijaca. Cuando se estableció el gobierno republicano, después de la guerra de independencia, el general Francisco de Paula Santander le asignó una pensión mensual de su propio sueldo. Frutos Joaquín Gutiérrez es considerado como uno de los más grandes ideólogos de la Independencia de Colombia [*Ver tomo 1, Historia, pp. 236-237*].

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

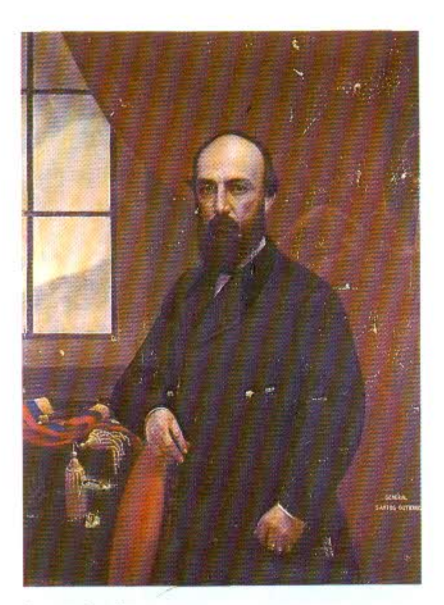
GÓMEZ HOYOS, RAFAEL. *La Revolución Granadina de 1810. Ideario de una generación y de una época, 1781-1821*, 2 tomos. Bogotá, Temis, 1962. HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO. "Frutos Joaquín Gutiérrez de Caviedes". *Boletín de Historia y Antigüedades*, año XIV, Nº 168 (mayo 1925), pp. 747-758. MARTÍNEZ BRICEÑO, RAFAEL. "Frutos Joaquín Gutiérrez de Caviedes". En: *Próceres 1810*. Bogotá, Banco de la República, 1960, pp. 103-110.

GUTIÉRREZ, SANTOS

Estadista y militar boyacense (El Cocuy, octubre 24 de 1820 - Bogotá, febrero 6 de 1872), presidente de la República durante el período 1868-1870. Uno de los radicales que más defendió con valor y espíritu guerrero y civilista el partido liberal colombiano y los gobiernos del Olimpo Radical, fue el general y doctor en Derecho José Santos Gutiérrez Prieto. Sus padres fueron don Ignacio Gutiérrez y doña María Prieto, y su ciudad natal, ubicada al pie de la Sierra Nevada del Cocuy en Boyacá, es uno de los pueblos más lindos del norte, en lo que hoy se llama, precisamente, Provincia de Gutiérrez. Realizó sus estudios primarios en El Cocuy, al lado de sus padres, y los secundarios en el Colegio de Boyacá de Tunja. Una vez terminados éstos, pasó a la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central en Bogotá. De sus insignes maestros, Vicente Azuero, José Ignacio de Már-

quez, Estanislao Vergara y otros, recibió influencias del utilitarismo inglés, y en especial, las tesis de Jeremías Bentham, John Stuart Mill, William E. Gladstone y otros. Cuando apenas tenía 20 años, al estudiante Santos Gutiérrez le correspondió actuar en la guerra civil de los años 1840-1841, llamada también de los Supremos. Detenido con un grupo de compañeros e involucrado en el ejército del gobierno, fue alistado en el regimiento de reclutas para la guerra civil, e intervino en la campaña del norte contra las guerrillas de la oposición; era el soldado gobiernista con cotizas y petate que iniciaba su vida militar. Sin embargo, cuando el ejército gobiernista pasó por Guachetá, Gutiérrez, convencido de las ideas liberales que recibió en la Universidad Central, se pasó a la guerrilla liberal. Con ella aprendió las tácticas guerrilleras y todas las peripecias militares con sus derrotas y triunfos en defensa de sus ideales. Se destacó como magnífico guerrillero, a pesar de las múltiples penalidades, entre ellas, la enfermedad de la viruela que le dejó huellas en el rostro, por lo cual sus compañeros lo llamaron "el Tuso Gutiérrez". Después de sus experiencias militares en los años cuarenta, Santos Gutiérrez culminó sus estudios en la Universidad Central y recibió el grado en Jurisprudencia, el 28 de noviembre de 1845. Dos años después, el 9 de abril de 1847, la Corte Suprema de Justicia le confirió el título de Abogado. Por sus experiencias militares y por sus estudios jurídicos, las gentes lo llamaban en su época "el Garibaldi colombiano". Ejerció su carrera de abogado, juez y magistrado en la ciudad de Tunja. Entró a la carrera política en condición de diputado a las Asambleas de Boyacá, Santander y Cundinamarca. En 1853 entró a la Cámara de Representantes, y años después, en 1856, fue senador de la República por Boyacá, y en 1857, constituyente del Estado de Boyacá. En política fue liberal radical y defensor del federalismo.

Santos Gutiérrez luchó contra la dictadura de José María Melo en 1854. Se incorporó al ejército constitucionalista y luchó con denuedo en las batallas de Tierra Azul o Cordonal y Pamplona, y luego actuó en la toma de Bogotá, triunfando sobre las tropas de Melo. Por su arrojo en estos hechos militares, fue ascendido a coronel de la República y considerado como el militar más importante del ejército liberal en este período con-



Santos Gutiérrez.
Oleo de Ramón Torres Méndez, 1872.
Academia Boyacense de Historia, Tunja.

vulsionado. Le correspondió dominar las guerrillas conservadoras de Santander y triunfó en el combate de Concepción. Su experiencia guerrillera en la década de los cuarenta fue decisiva para los enfrentamientos en las guerras y guerrillas de la década de los cincuenta. Se destacó en la guerra civil de 1860-1861 contra el gobierno conservador de Mariano Ospina Rodríguez. El objetivo de esta guerra fue el triunfo y la vigencia del liberalismo radical en el gobierno colombiano y el establecimiento de la federación en Colombia. El general Santos Gutiérrez triunfó en Hormezaque, el 14 de febrero de 1861; días después triunfó en la batalla de Semana Santa en Tunja, en abril de 1861. Por su bravura y temeridad fue ascendido a general de la República y nombrado presidente provisorio del Estado de Boyacá. En la guerra civil luchó desde las fronteras con Venezuela hasta las montañas del Quindío. En esta región permaneció un tiempo, hasta la batalla de Santa Bárbara de Cartago en 1862, que decidió la guerra civil con el triunfo liberal. Asistió a la Convención de Rionegro, donde se aprobó la Constitución de 1863, que organizó en forma definitiva un Estado federal con el nombre de Estados Unidos de Colombia, vigente hasta 1886. La Convención de Rionegro hizo un alto elogio de los merecimientos políticos y militares del general José Santos Gutiérrez y le otorgó una guirnalda de oro, ornada en piedras preciosas. También lo eligió como miembro del Ejecutivo Plural que gobernó entre febrero y mayo de 1863, en calidad de secretario del Interior. La Convención eligió al general Tomás Cipriano de Mosquera como presidente de la República y al general Gutiérrez como primer designado, lo cual señala su grandeza y prestigio. Gutiérrez fue nombrado, así mismo, general en jefe del ejército de los Estados Unidos de Colombia. A finales de 1863, fue elegido presidente del Estado de Boyacá, y en el año siguiente, presidente del Estado de Cundinamarca. Restauró los colegios de San Bartolomé y del Rosario y fundó el Lazareto de Agua de Dios. En el año 1865 volvió al Senado de la República y después viajó a Europa en misión diplomática. El general Santos Gutiérrez fue elegido presidente de la República para el período 1868 a 1870, sucediendo en el gobierno a su paisano Santos Acosta. Durante su mandato, se dio importancia a las obras públicas en el país, se contrató la construcción del Canal de Panamá, se estimuló la navegación por el río Magdalena, se ensanchó la telefonía y se establecieron los cables telegráficos submarinos. Dio importancia a la educación pública, buscó el entendimiento nacional con el partido conservador para alcanzar la paz para Colombia y propuso una "regeneración" como medio para obtener la estabilidad nacional: «El país ha llegado a tal punto de decadencia, fruto de la intranquilidad más o menos absoluta de los últimos años, que es preciso empezar la grande obra de su regeneración por la rudimentaria base de restablecer su seguridad [...] una regeneración que reclaman nuestro honor nacional y nuestra aflictiva situación», dijo al Congreso, el 1 de febrero de 1869. Al retirarse de la Presidencia de la República, cuando cumplió su mandato en 1870, el Congreso Nacional lo nombró de nuevo primer designado. Sus últimos días los pasó en su hacienda La Primavera, cerca a Guaduas (Cundinamarca).

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

CIFUENTES y GUTIÉRREZ, ALFONSO. *Don Santos Gutiérrez. Notas biográficas*. Bogotá, Editorial Centro, 1947. OCAMPO LÓPEZ, JAVIER. *Los presidentes de Colombia nacidos en Boyacá*. Bogotá, Banco Popular, 1991. VILLAMARÍN GUTIÉRREZ, HERNÁN. "El doctor y general Santos Gutiérrez". *Repertorio Boyacense*, Vol. 58, Nº 270-271 (Tunja, enero-junio 1972), pp. 3537-3543.

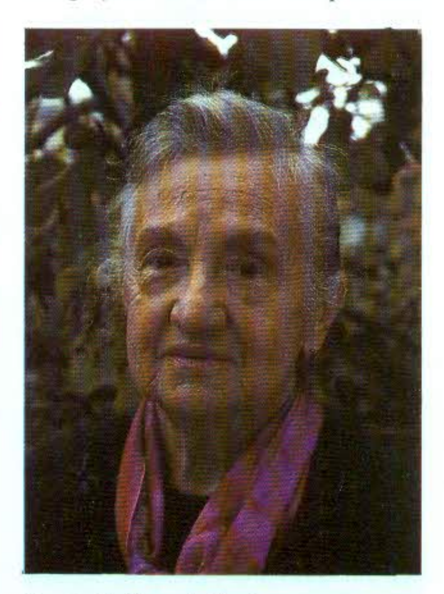
GUTIÉRREZ DE MENDOZA, JERÓNIMO

Ver: Mendoza, Jerónimo Gutiérrez de.

GUTIÉRREZ DE PINEDA, VIRGINIA

Antropóloga santandereana, nacida en El Socorro. Virginia Gutiérrez de Pineda aprendió sus primeras letras en el regazo de Merceditas Sarmiento, quien le leía historias, y adelantó la primaria en el colegio de la señorita Esther Posada. Después de ganarse un concurso en el departamento de Santander, y con el decidido apoyo de su padre, Gamaliel Gutiérrez, continuó sus estudios de bachillerato en el Instituto Pedagógico Nacional de Bogotá, entre 1935 y 1940. Ingresó más tarde a la Escuela Normal Superior, entre 1940 y 1944, institución decisiva para su formación profesional, donde estudió Ciencias Sociales y Etnología. Sus profesores más destacados en la Normal fueron Rudolf Hommes, de historia y economía; Pablo Vila, de geografía; Manuel Martínez, de sociología; Paul Rivet, de etnología; Justus Wolfrang Shottelius, de etnografía; y Rafael Bernal Jiménez, de filosofía. De allí surgió su trabajo de campo donde los motilones. Casada con el antropólogo antioqueño Roberto Pineda Giraldo, a quien conoció en la Universidad Pedagógica, y madre de cuatro hijos varones, viajó a estudiar en la Universidad de California, en Berkeley, donde obtuvo un master en Antropología Social y Médica (1953-1954). En 1962 culminó sus estudios en la Universidad Pedagógica Nacional, doctorándose en Ciencias Sociales y Económicas.

La Universidad de California en Berkeley le proporcionó a Virginia Gutiérrez una visión metodológica novedosa sobre el soporte mutuo que debe existir entre las teorías sociales y su validación empírica. Trabajando al lado de figuras de las ciencias sociales de renombre internacional, como Robert H. Lowie, Alfred L. Kroeber, John H. Rowe, Carl Ortwin Sauer, George M. Foster y James J. Parsons, entre otros, tan accesibles, informales y generosos para compartir con sus discípulos sus conocimientos, Virginia de Pineda se hizo diestra en la artesanía científica del momento. El contacto con estos académicos le proporcionó una dimensión más universal y general del material empírico que había recopilado hasta entonces en sus investigaciones en Colombia. Más aún, le suministró herramientas teóricas cruciales para sus trabajos posteriores. Berkeley reafirmó en ella su vocación pedagógica y le mostró, con su ejemplo tan transparente, las ventajas de un mundo universitario en el que la investigación y la enseñanza se apuntalan mutuamente. El profesor universitario norteamericano no transmite mecánicamente conocimientos, es, ante todo, un generador de nuevo saber. Virginia habría de replicar este modelo en sus prácticas académicas posteriores. Desde 1956, es profesora titular y honoraria de la Universidad Nacional, labor que realiza en otras universidades de Bogotá y del país. A mediados de la década de los cincuenta, unos años después de su retorno al país, escuchó, en una reunión, a profesionales y administradores públicos hablando categóricamente de la familia en el país. De allí surgió la pregunta que habría de convertirse en la directriz de su vida académica: ¿cómo es la familia colombiana? Para estudiar la familia, se hizo necesario fundamentar su análisis sobre bases históricas, lo que culminó en 1963 con el libro *Familia en Colombia. Trasfondo histórico*. Este libro, producto de un estudio minucioso de archivos y documentos históricos, sirvió de soporte a su publicación siguiente, *Familia y cultura en Colombia* (1968), su trabajo estrella, donde estableció la existencia de los complejos culturales en el país. Vi-



Virginia Gutiérrez de Pineda. Fotografía de Ernesto Monsalve, 1994.

gente hoy, *Familia y cultura en Colombia* ha sido el punto de partida para los estudios de familia en el país y la matriz de su obra posterior; es el marco teórico de los investigadores de familia en variadas ramas del saber, o, como lo afirmó Jaime Jaramillo en 1994: «La dimensión regional que este estudio proporciona es una de las claves para entender no solamente los fenómenos familiares, sino la evolución de la economía y la sociedad colombiana durante los últimos dos siglos». En 1975 Virginia Gutiérrez publicó *Estructura, función y cambio de la familia en Colombia*, trabajo que buscaba cuantificar lo que había estudiado por medio de técnicas antropológicas cualitativas en sus primeros libros, y medir una década más tarde los cambios ocurridos en la familia después de grandes transformaciones demográficas en Colombia; en él Gutiérrez ratificó su teoría de los complejos culturales. En 1978, partiendo de técnicas cualitativas y cuantitativas, estudió las características de las familias urbanas de estrato bajo y "tugurial". Allí concluyó que los problemas de la infancia se deben atacar donde se generan, es decir, en la familia. Gutiérrez menciona el caso de Medellín, donde las características de los gamines y la relación con su hogar, con su madre, dejan prever lo que más tarde sucede en la Comuna Nororiental. El nombre de este trabajo es "El gamín, su albergue social y su familia".

Otra de las áreas de trabajo de Virginia Gutiérrez es la medicina tradicional. En 1961 publicó *La medicina popular en Colombia. Razones de su arraigo*, trabajo que intensificó 25 años después, con la publicación de *Medicina tradicional en Colombia* (2 tomos: *Magia, Religión y Curanderismo* y *El triple legado*). Este trabajo, al igual que el de *Familia y cultura*, ofrece un marco de análisis para los estudios de la medicina tradicional en el país. Animada por el deseo de regresar a su tierra e investigar a su gente, cuando se sintiera madura para hacerlo objetivamente, publicó en 1985 el libro *Honor, familia y sociedad. El patriarcalismo en Santander*. El desempeño académico y lo acertado de sus temas, la han hecho acreedora de diversas distinciones: beca del Departamento de Santander para ingresar a la Escuela Normal Superior; doblemente becaria de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation; medalla al mérito Camilo Torres en 1963; Mujer del año

en Colombia 1967; premio de la Fundación Alejandro Angel Escobar; medalla de oro al Mérito Científico, del Congreso Interamericano de Familia, 1983; y homenaje de la Universidad de los Andes por el Año Internacional de la Familia en 1984. Medellín es el lugar, fuera de Bogotá, donde más le han reconocido su trabajo. Allí la invitan constantemente a dictar conferencias y a prestar asesorías. Cuando en Santander reúnen a las personalidades más importantes del departamento, allí está ella. Sus trabajos resaltan constantemente el *status* y rol de la mujer colombiana. Cabe destacar: "La condición jurídica y social de la mujer como factor que influye en la fecundidad" (ponencia presentada en Santo Domingo, 1973), "Imágenes y papel de hombres y mujeres en Colombia" (México, 1975), "Status de la mujer en la familia" (1977), "La mujer en la educación, el trabajo y la ley en América Latina" (1985). Virginia Gutiérrez de Pineda ha llevado ponencias a congresos en México, Chicago, Washington y Bogotá, con la Asociación Antropológica Americana; Ginebra, París y Washington, con la Organización Mundial de la Salud (OMS); y Buenos Aires, Santiago, Boston, Beloit, Chicago y Washington, sobre situación laboral femenina, con las Naciones Unidas. Es una mujer tenaz, disciplinada y de temple, que ha logrado combinar la academia, la investigación social, el matrimonio, el hogar, los hijos, las nueras, los nietos, los amigos y sus discípulos.

PATRICIA VILA DE PINEDA

GUTIÉRREZ GIRARDOT, RAFAEL

Filósofo y ensayista boyacense (Sogamoso, mayo 5 de 1928). Una personalidad definida dentro del ámbito cultural colombiano del siglo XX, un espíritu polémico y crítico aunque no por eso menos riguroso y conceptual, una obra sólida construida en el extranjero, pero siempre con la mirada atenta al país y al continente, en definitiva, un hombre fiel a su tiempo. Rafael Gutiérrez Girardot realizó sus estudios de primaria y secundaria en Sogamoso, bajo la guía de su abuelo Juan de Dios Girardot, a quien posteriormente dedicó su libro *Horas de estudio*. En 1947 ingresó a estudiar Derecho en el Colegio Mayor del Rosario, al tiempo que asistía a clases de filosofía en el recién creado Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional, cofundado por Rafael Carrillo y Danilo Cruz Vélez, profesores a los que Gutiérrez Girardot ha reconocido como sus mentores y maestros iniciales. Sus años universitarios fueron prolíficos, además, participó en diferentes actividades políticas y culturales. Gutiérrez se esforzó por superar los diferentes obstáculos académicos y publicó trabajos sobre autores y temas diversos: el tomismo moderno, Jean Paul Sartre, Julián Marías, Camilo José Cela, José Ortega y Gasset, el poeta Fernando Arbeláez, Porfirio Barba-Jacob y el existencialismo, entre otros. Estos ensayos juveniles aparecieron en la *Revista del Colegio Mayor del Rosario*, de la que fue nombrado director en aquellos años, en las revistas bogotanas *Tierra Firme* y *Bolívar*, y en las páginas literarias del diario conservador *El Siglo*. Paralelamente, participó en la formación de un fugaz movimiento político de tendencias derechistas llamado Revolución Nacional, en el cual figuró como dirigente al lado del ensayista y traductor Hernando Valencia Goelkel, el poeta Eduardo Cote Lamus, el filósofo Ramón Pérez Mantilla y el posterior integrante del Opus Dei, José Galat. Exasperado por la grave situación de violencia política y por la deficiente calidad educativa de la universidad colombiana, en 1950 decidió estudiar filosofía en Europa, apoyado por el entusiasmo del profesor Carrillo y sus amigos Pablo Casas y Cecilia Dupuy. A sus veinte años ya leía francés e inglés y, directamente del alemán, a Martin Heidegger y Edmund Husserl. Gutiérrez era un estudiante aventajado, pero encerrado por el ámbito provinciano. Viajó a España con una beca insuficiente y asistió a los cursos del filósofo Xavier Zubiri. Al mismo tiempo, estudió sociología en el Instituto de Estudios Políticos, y en 1953 viajó a Alemania, donde, invitado personalmente por Martin Heidegger, asistió a los seminarios de su segunda época. Ingresó a estudiar Humanística en la Universidad de Friburgo de Brisgovia, donde hizo su doctorado bajo la dirección de Hugo Friedrich, autor de *Montaigne* (1949) y *Estructura de la lírica moderna* (1955).

Durante estos años Gutiérrez fue hábil en superar los acosos económicos con becas y trabajos fugaces. En Madrid dictó una cátedra de Mundo Hispánico, en la Escuela Oficial de Periodismo, y en Santander, en la Universidad Menéndez y Pelayo, un seminario de verano. En 1953 contrajo matrimonio con una alemana, Marliese, con la que tuvo dos hijas: Martella y Bettina; y unos meses después fue contratado como profesor por el Instituto Iberoamericano de Gotemburgo, anexo a la Universidad, en Suecia, reemplazando a Jorge Luis Borges, quien había rechazado el cargo. Gutiérrez colaboró en la prestigiosa y moderna revista colombiana *Mito*, con artículos sobre Hegel y la dialéctica, en la edición de Karl Schlechta de las obras completas de Friedrich Nietzsche y a propósito del homenaje a Jorge Luis Borges. También tradujo al castellano, directamente del alemán, diversos textos de Martin Heidegger que aparecieron en *Mito*, y en las revistas *Bolívar*, *Cuadernos Hispanoamericanos* e *Ideas y Valores*. En 1955, deslumbrado por *El deslinde* y *Ultima tule*, publicó *La imagen de América en Alfonso Reyes*, donde ya se vislumbran algunas de las características generales de la prosa de Gutiérrez: precisión conceptual, ánimo polémico con el presente histórico y devoción por América Latina y sus utopías. En 1956, por mediación de su amigo Eduardo Cote Lamus, quien era cónsul en Frankfurt, Gutiérrez Girardot ingresó como traductor a la embajada colombiana en Bonn. Ascendido a agregado cultural, durante diez años observó los cambios habituales propios del ámbito diplomáti-



Rafael Gutiérrez Girardot. Fotografía de "El Tiempo".

co. En 1959 fundó, con Francisco Pérez Galdós, la editorial Taurus; allí apareció *En torno a la literatura alemana* (1959), trabajo donde se divulgan y presentan, con sistematicidad y en traducción aceptable, autores como el poeta Gottfried Benn, el polemista austriaco Karl Kraus, el diarista de la primera Guerra Mundial Ernst Jünger, el discípulo de Stefan George, Max Kommerell y el poeta suicida E. W. Winckler. En este mismo año publicó *Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación*, obra que le valió el reconocimiento y la amistad personal del escritor argentino. Durante estos años, Gutiérrez Girardot trabajó en la Universidad de Colonia y organizó los primeros cursos sobre literatura latinoamericana. Al mismo tiempo publicó ensayos en revistas españolas y periódicos colombianos (*El Tiempo*) y argentinos (*La Nación*), sobre temas diversos: Thomas Mann, Ernst Bloch, Quevedo, Tomás Carrasquilla, Heinrich von Kleist, Georg Lukács, Walter Benjamin (que aparecerán compilados en *El fin de la filosofía y otros ensayos* 1968). Pero los trabajos sobre asuntos literarios y filosóficos no lo apartaron de las preocupaciones políticas y educativas: el tema de la Universidad de América Latina comenzó a rondarlo con insistencia. Fruto de su investigación y contra las propuestas del norteamericano Rudolf Atcon, publicó, en 1965, el ensayo "Diez tesis sobre el tema: Universidad privada y subdesarrollo", incluido en un volumen colectivo dirigido por Hans-Albert Steger; allí acusó a la universidad privada de destruir la pública, fomentar el clasismo y la violencia social, dirigir la investigación según intereses empresariales particulares, rebajar la calidad científica y corromper la base del *ethos* académico y profesional. En 1966 Gutiérrez Girardot fue degradado de su cargo en la embajada y trasladado al Ministerio de Relaciones en Bogotá. Sin embargo, su labor profesoral no se interrumpió: enseñó filosofía del derecho en la Universidad Externado de Colombia, filosofía en la Universidad La Gran Colombia, estilística en el Instituto Caro y Cuervo, y dirigió un seminario sobre Hegel en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes. Este año la Editorial Universitaria de Buenos Aires, EUDEBA, publicó su magnífico trabajo de *scholar*, *Nietzsche y la filosofía clásica*. Decepcionado de la universidad colombiana, regresó a Alemania en 1967, a trabajar en el Centro de Investigación Social de la Universidad de Münster. Después dio clases de sociología, como profesor invitado, en la Universidad de Bochum. Por la misma época, fue llamado por la Universidad de Bonn y el Barnard College de la Universidad de Columbia en Nueva York, para dictar clases de literatura española e hispanoamericana. Finalmente, en abril de 1970 fue nombrado profesor titular del departamento de Hispanística en la Universidad de Bonn; Gutiérrez Girardot dirigió, reconstruyó y modernizó este departamento hasta 1993, cuando se retiró de la Universidad, al tiempo que era galardonado con la Emeritación, en reconocimiento a su calidad científica. Se convirtió así, en el profesor colombiano más importante en el extranjero.

Desde 1970 Gutiérrez ha ofrecido conferencias y participado en múltiples foros y seminarios relacionados con América Latina. En el medio académico internacional es reconocido y frecuentemente polemizado. Sus opiniones, rigurosas y creadoras, siempre provocan debate. También ha ganado un número mayor de lectores interesados en sus obras. Desde este año, éstas han crecido en calidad e intereses académicos: *Poesía y prosa en Antonio Machado* (1969, 1989), *Horas de estudio* (1976), *Modernismo*(1983, 1987), *Aproximaciones* (1986), *Hispanoamérica: Imágenes y perspectivas* (1989), *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana* (1987), *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX* (1990), *Provocaciones* (1992). Además, ha escrito prólogos y artículos especiales para libros sobre Martin Heidegger, Hugo Friedrich, Franz Kafka, César Vallejo, José Asunción Silva y Jorge Guillén. Es importante destacar, igualmente las traducciones del alemán hechas por Gutiérrez Girardot: la *Histórica* de Droysen, *Humanismo occidental* de Hugo Friedrich, *Lenz* de Georg Büchner, *Max Weber y la sociología de la historia* de Janosca-Bendl, entre otras. Dentro del género ensayístico, su obra se constituye en la más acabada dentro del panorama intelectual colombiano del siglo XX. Su forma de trabajo: amor y rigor por el estudio, empeño por conocer mejor su propio país y continente (según el viejo ideal de Domingo Faustino Sarmiento), actitud polémica con personas e instituciones que fomentan y mantienen la mediocridad espiritual, divulgación de la tradición intelectual americana, es un modelo para las nuevas generaciones. [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 269-270; y tomo 5, Cultura, pp. 164-165*].

MARIO JURSICH DURÁN
CARLOS SÁNCHEZ LOZANO

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, GREGORIO

Poeta antioqueño (La Ceja del Tambo, mayo 9 de 1826 - Medellín, julio 6 de 1872). Gregorio Gutiérrez González, llamado por sus amigos "Antíoco", nació en el seno de una acomodada y distinguida familia. Fueron sus padres José Ignacio Gutiérrez y Arango y doña Inés González y Villegas. De su educación se sabe que realizó los estudios elementales en el colegio seminario de Santafé de Antioquia, y los secundarios, en el Seminario de Medellín. Posteriormente se trasladó a la capital y bajo el cuidado de su primo Juan de Dios Aranzazu, concluyó los estudios de Filosofía y Literatura en el seminario de la Arquidiócesis de Bogotá, y los de Jurisprudencia, en la Universidad Nacional (Colegio de San Bartolomé). En 1847 obtuvo el grado de doctor y el título de abogado en la Suprema Corte de la Nación. En su vida no ocurrieron grandes sucesos. En Sonsón contrajo matrimonio con doña Juliana Isaza Ruiz, hermana del obispo de Medellín, José Joaquín Isaza. Esta unión dejó una numerosa descendencia.



Gregorio Gutiérrez González. Casa de Poesía Silva, Bogotá.

Dentro de la carrera judicial desempeñó importantes cargos: fue magistrado del tribunal en Medellín y en varias ocasiones ocupó una curul en la Cámara de Representantes por el Estado de Antioquia. Desafortunadamente en los últimos años de su vida su situación económica cambió. Fue miembro fundador de la sociedad literaria que se creó en Bogotá el 1 de julio de 1845. Su publicación quincenal, *El Albor Literario*, apareció por primera vez el 20 de julio del mismo año y sólo llegó al número octavo. Esta sociedad literaria surgió a raíz de las clases de literatura española que dictaba el profesor español Diodoro Pascual en el Colegio San Bartolomé, las cuales fueron importantes porque dieron a conocer el romanticismo y fomentaron una corriente de seguidores. A Gutiérrez González se le sitúa entre el romanticismo y el realismo. Antonio Gómez Restrepo dice: «Por una parte era adepto al romanticismo entonces en boga, y por otro lado, se sentía atraído [...] al cultivo de la poesía realista, a la interpretación sencilla de la naturaleza». Marcelino Menéndez y Pelayo lo confirma: «Puede decirse que Gutiérrez González sirve de puente entre el romanticismo y el realismo limpio». La obra de este poeta antioqueño llegó a todos los estratos sociales. La *Memoria del cultivo del maíz en Antioquia* (1866) es, tanto por la forma en que está escrita como por su tema, el poema que más fama le ha dado. En él se describen detalladamente todas las etapas del cultivo del maíz: desde los terrenos apropiados que requiere, hasta los métodos de cultivo y riego. Como Gutiérrez González dice, está escrito en antioqueño y no en español. Entre otros poemas también pueden mencionarse "A Julia", "¿Por qué no canto?", "Aures", "A los Estados Unidos de Colombia" y algunas traducciones de poesías de Byron y Víctor Hugo [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 75-76*].

HELENA CARO

GUTIERREZ VERGARA, IGNACIO

Político, estadista y periodista nacido en Bogotá, el 30 de julio de 1806, muerto en la misma ciudad, el 3 de noviembre de 1877. Ignacio Gutiérrez Vergara fue un periodista casi profesional. Redactó en 1831, por nombramiento oficial, *El Constitucional de Cundinamarca*. Ayudó al arzobispo Manuel José Mosquera en la redacción de *El Catolicismo*, y fundó *La Unidad Católica* (1869-1870). Aparte de su colaboración en *El Argos* y *El Observador* (1837-1840), escribió luego para *El Día*, *La Civilización*, *La República*, *El Bien Público* y *El Tradicionista*. Figuró mucho como estadista en el movimiento político de su época. Sus numerosos trabajos sobre crédito público, y en especial las *Memorias* que publicó como secretario de Hacienda del presidente Mariano Ospina Rodríguez, le asignan un lugar de preferencia entre los obreros concienzudos y útiles a la república. Entonces fue cuando ocurrió el episodio más destacado de su vida. Ocupada Bogotá en julio de 1861 por las fuerzas revolucionarias del general Tomás Cipriano de Mosquera, había aún fundadas esperanzas de que el gobierno legítimo se restableciese. Entonces don Ignacio Gutiérrez Vergara, que había sido ministro del último presidente constitucional, asumió el mando, conforme a la Carta Fundamental de 1858, por ser el de mayor edad entre sus colegas de gabinete, y ejerció el Ejecutivo desde su escondite. En efecto, él habíase asilado en la Legación Francesa, el día en que Mosquera entró en la capital. De allí salió disfrazado de artesano en la noche del 30 de julio, para ir a ocultarse en la antigua casa de su abuelo, don Pantaleón Gutiérrez, situada en la vecindad del Puente de Lésmez, a orillas del río San Agustín. Buscándolo el vencedor, hacía desocupar y asediar manzanas enteras para forzarlo a rendirse por hambre; y como alguna vez acertase con la manzana en que se hallaba escondido el representante de la legitimidad, le hizo sufrir privaciones acerbas. No hubo medio a que el supremo director de la guerra no apelase. Valióse para reducirle, desde los términos amistosos hasta la amenaza de fusilarle, embargándole sus bienes y persiguiendo a sus hijos, menores de doce años. Aún se acudió al soborno, tentándolo con halagadoras promesas. En cierta ocasión mandóle decir Mosquera que aunque como presidente provisorio había ordenado que lo prendiesen y fusilaran, como amigo y pariente le ofrecía un seguro asilo en su casa. Gutiérrez le contestó: «No dudo de la sinceridad del caballero; pero en un mismo alcázar no pueden vivir dos alcaides». Todo esto provocaba más y más cada día las iras del dictador, hasta que al fin, asediado de todos modos, juzgó don Ignacio indispensable mudar de escondite, lo cual puso por obra la noche del 18 de enero de 1862; para ello le fue preciso descolgarse por una pared, y al caer tuvo la desgracia de quebrarse una pierna contra las piedras del río. A pesar de tan grave accidente, se hizo trasladar esa misma noche, extendido en una tabla, a casa de doña Magdalena Caicedo, donde, siete días más tarde, una cobarde delación lo entregó inválido, maniatado, en poder de los vencedores. El 26 fue conducido entre un piquete de soldados al cuartel de San Agustín. Mosquera le ofreció entonces la libertad, si renunciaba a su empeño de considerarse como jefe del poder ejecutivo, amenazándole con la muerte en caso de negarse a ello. «Los deberes no se renuncian —contestó don Ignacio—, y estoy dispuesto a morir». Dos veces dio el general la orden de fusilar a Gutiérrez Vergara; y en ambas ocasiones recibió éste la nueva con su sonrisa habitual, sin palidecer ni dar la menor muestra de temor. Las amenazas y aparato de ejecutarlo llegaron al extremo de bajarlo hasta el patio del cuartel, en camilla, cuando el ataque de la guerrilla de Guasca contra el convento. Pero los secretarios de Mosquera lograron arrancar del patíbulo a aquel bello ejemplar de héroe civil.



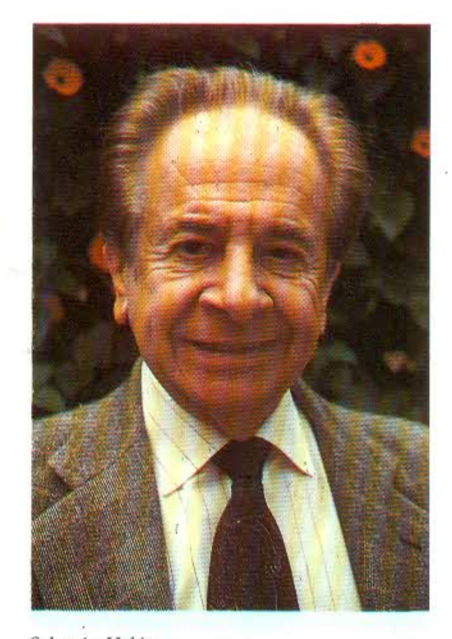
Ignacio Gutiérrez Vergara.
Oleo de autor anónimo.
Edificio Nuevo del Congreso, Bogotá.

GUSTAVO OTERO MUÑOZ
Hombres y Ciudades

H

HAKIM, SALOMÓN

Neurocirujano e investigador nacido en Barranquilla, el 4 de junio de 1929. Salomón Hakim Dow nació en el seno de una familia de inmigrantes libaneses que se estableció en el departamento del Atlántico. Estudió música y secundaria en el colegio de los hermanos maristas en Ibagué, y después pasó al colegio de San Bartolomé, en Bogotá. Se graduó como doctor en Medicina en la Universidad Nacional de Bogotá, con tesis laureada. Continuó sus estudios en los Estados Unidos, en Harvard, con especialización en neurocirugía en la Clínica Lahey de Boston, con los doctores Gilbert Horrax y James L. Poppen, y neurología y neuropatología en el Massachusetts General Hospital de Boston, con el doctor Raymond D. Adams. A su regreso a Colombia, desarrolló una importante actividad neuroquirúrgica en los hospitales universitarios de San José, San Juan de Dios y, como jefe del Servicio de Neurocirugía y del Departamento de Investigación del Hospital Militar Central. Ha desarrollado una amplia y fecunda labor docente en las universidades de los Andes, Nacional y Javeriana, en las áreas de física médica, neurología, neurocirugía e ingeniería biomédica. En estos dos últimos campos, el doctor Hakim ha realizado importantes investigaciones que le han dado reconocimiento a nivel mundial. Ha sido invitado como conferencista a las academias de medicina de París y Londres; sus charlas sobre estos temas se han escuchado en centros y congresos médicos de toda Europa, los países del Medio Oriente, Hong-Kong, Corea del Sur y en todo el continente americano. En el campo de la neurología, ha hecho valiosos aportes como la descripción del síndrome de hidrocefalia con presión normal, llamado Síndrome de Hakim, en 1964; nuevas teorías sobre la dinámica del líquido cefalo-raquídeo y el primer capítulo de demencias seniles tratables. Su descripción del síndrome se encuentra en todas las enciclopedias y diccionarios médicos. Durante muchos años, el doctor Hakim ha investigado sobre la mecánica de la cavidad endocraneal. Es de vital importancia su aporte a la ingeniería biomédica: introdujo a la práctica neuroquirúrgica nuevos sistemas de derivación del líquido cefaloraquídeo, como la válvula de Hakim de presión fija, y diseñó la de presión variable con su hijo, el ingeniero biomédico Carlos Hakim. Todos estos avances han sido fabricados personalmente por el doctor Hakim, quien es un apasionado de la mecánica. Posee 28 patentes sobre diversos inventos, que le han sido otorgadas por la Oficina de Patentes de los Estados Unidos. Ha escrito más de 70 artículos sobre asuntos de su especialidad, en revistas de todo el mundo; ha dictado cursos en numerosas instituciones hospitalarias y universitarias; pertenece a sociedades científicas colombianas y extranjeras y ha recibido distinciones, premios y condecoraciones por sus logros en el campo científico. El doctor Hakim está casado con Ivette Daccach, caleña, y juntos han fundado una familia de eminentes científicos: sus hijos Fernando y Rodolfo son neurólogos y neurocirujanos, el primero egresado de la Universidad de Harvard y el segundo trabaja en el Children Hospital del mismo centro docente; su hijo Carlos, Ph.D. del Massachusetts Institute of Technology (M.I.T.), ha sido un gran soporte y formidable continuador de la meritoria labor científica del doctor Hakim.

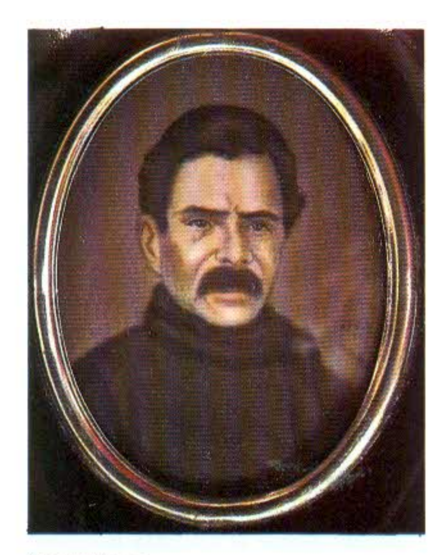


Salomón Hakim.
Fotografía de Ernesto Monsalve, 1994.

JUAN DAVID GIRALDO

HENAO, BRAULIO

Caudillo militar antioqueño (Sonsón, 1802 - Medellín, 1902). Como caso único en la historia de Colombia, Braulio Henao Duque fue testigo y partícipe de todo el proceso de formación de la nacionalidad y la república, gracias a sus cien años de vida. Su intensa vida militar es bastante excepcional, dado que en Antioquia la pasión por la guerra no estuvo muy extendida. Henao perteneció a una sencilla familia campesina, no tuvo educación suficiente y desde muy joven, en 1819, se vinculó como soldado en el ejército libertador, al mando de José María Córdova. Con éste fue a la campaña del norte a expulsar definitivamente a los últimos reductos realistas que quedaban en Antioquia, la Costa Atlántica y Panamá. Luchó en la batalla de Chorros Blancos, que selló la liberación definitiva de la provincia. Al terminar la guerra de independencia regresó a Sonsón, a continuar su vida campesina, dedicada a la agricultura y la minería. Con motivo de su rebelión contra la dictadura del Libertador, Córdova lo llamó a sus órdenes para encargarlo de la formación de un batallón, pues todos los hombres hábiles habían huido del reclutamiento. Henao trató de disuadir a Córdova de su propósito, pero por lealtad y obediencia militar aceptó el nombramiento como capitán de una de las compañías rebeldes. Con la derrota del Héroe de Ayacucho, Henao se replegó, huyendo del general Daniel Florencio O'Leary, a quien le correspondió el sometimiento de los cordovistas. Henao manifestó más tarde su arrepentimiento por esta acción. Paradójicamente, después comandó el ejército que partió de Sonsón para someter al general Salvador Córdova, hermano de su antiguo jefe militar,



Braulio Henao.
Miniatura de Manuel J. Paredes.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

quien se sublevó contra el gobierno del presidente José Ignacio de Márquez, dando origen a la llamada guerra de los Supremos. Henao derrotó en Salamina a los rebeldes comandados por el general José María Vezga. Por este motivo fue ascendido a coronel. En 1839 había participado en el sometimiento de Eusebio Borrero en Medellín, durante su revolución. En 1849 asistió, en representación de Sonsón, al Congreso Nacional que eligió al general José Hilario López como presidente de la República. En 1854 comandó el batallón antioqueño que combatió la dictadura de José María Melo, y triunfó en el combate de Bosa. En 1856 fue nombrado jefe de la Guardia de Antioquia por su amigo y compañero de luchas Rafael María Giraldo, gobernador del Estado. En 1860, en compañía de Pedro Justo Berrío y el general Joaquín Posada, luchó a nombre del gobierno constitucional de Antioquia contra el general Tomás Cipriano de Mosquera. Este finalmente venció las fuerzas conservadoras antioqueñas en el combate de Villa María, cerca de Manizales, derrota que obligó al gobierno de Antioquia a firmar la esponsión con las condiciones impuestas por Mosquera en 1862. En la misma guerra civil, Henao había enfrentado y derrotado en Santo Domingo y Carolina, la invasión que desde el norte intentaron los liberales costeños al mando del general Juan José Nieto, en 1851. Aunque militar de carrera, Henao prefería la paz y la vida en los campos bucólicos y tranquilos de Sonsón. A partir de 1863 y durante el largo gobierno de Berrío, fue relegado a causa de que los numerosos conservadores radicales de Antioquia lo culparon del fracaso de la rebelión contra el presidente liberal José Hilario López, y posiblemente de la derrota por Mosquera en 1862. Sin embargo, a Braulio Henao siempre se le tuvo como el jefe del conservatismo de la región oriental antioqueña. Su última participación militar fue en la guerra civil de 1876, sostenida por los conservadores contra el gobierno de Aquileo Parra, en la cual actuó como jefe del ejército del Estado Soberano de Antioquia, según nombramiento del presidente Recaredo de Villa.

LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

BOTERO RESTREPO, JUAN. "El capitán Braulio Henao". *Repertorio Histórico*, Vol. 35, Nº 237 (mayo-agosto 1981). MARTÍNEZ DE NISSER, MARÍA. *Diario de los sucesos de la revolución en la Provincia de Antioquia en los años de 1840-1841*. Bogotá, Benito Gaitán, 1843; Ed. facsimilar: Bogotá, Incunables, 1983. OCAMPO, BERNARDO, OFM. *Apuntaciones biográficas sobre el general Braulio Henao, prócer de la Independencia*. Medellín, Tipografía del Comercio, 1902.

HENAO, JESÚS MARÍA

Historiador antioqueño (Amalfi, mayo 15 de 1870 - Bogotá, 1944). Jesús María Henao Melguizo es conocido por su aporte a la historiografía académica colombiana con su obra, escrita en colaboración con Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia*, que formó a los estudiantes de la primera mitad del siglo XX. Hijo de Emiliano Henao J. y Cristina Melguizo, hizo sus estudios primarios en su ciudad natal, con el institutor Leonidas Ospina. Estudió literatura en el Seminario Conciliar de Medellín, y Derecho en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Bogotá y en la Universidad Nacional. Henao se destacó en sus actividades como jurista. Fue fiscal primero del Circuito de Bogotá, y posteriormente, fiscal del Juzgado 2º Superior del Distrito Judicial de Bogotá. Luego desempeñó los cargos de juez del Circuito de Bogotá en lo criminal, durante cuatro años, y en el ramo civil, por un período de cinco años. También fue personero municipal de Bogotá, abogado-secretario de la Comisión de Límites de Colombia con Venezuela, personero municipal de Bogotá y secretario de Gobierno de Cundinamarca. Fecundo historiador, entre sus obras destacamos *Historia de Colombia* para las escuelas y colegios de la República, *La grandeza de Bolívar*, *Ultimos días del General Santander*, *La Campaña Libertadora*, y otras. Por sus actividades historiográficas fue elegido miembro correspondiente y posteriormente miembro de número de la Academia Colombiana de Historia; desde 1909 hasta 1944 ocupó la silla número 22, que había sido desde 1902 de Liborio Zerda; le sucedió Germán Arciniegas. Ocupó la Presidencia de la Academia Colombiana de Historia en el año 1914-1915. Henao es uno de los más representativos cultivadores de la historiografía académica en Colombia, surgida en los finales del siglo XIX, con bases sólidas en la narración verídica de los acontecimientos, el documentalismo histórico, la recopilación de las fuentes históricas, su análisis e interpretación. Su mayor afición fue el estudio de los temas políticos, militares, jurídicos, diplomáticos y, en especial, biográficos; Henao se interesó por temas diversos de la Independencia de Colombia y por el conocimiento y apología de grandes figuras patrias, desde los mártires de Cartagena, hasta Bolívar y Santander. Para la celebración del Centenario de la Independencia de Colombia, los historiadores Jesús María Henao y Gerardo Arrubla escribieron la *Historia de Colombia*, una extensa, y otra, compendio de la misma. Este texto



Jesús María Henao.
Oleo de Delio Ramírez (detalle).
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

participó y ganó el concurso nacional de textos abierto por el gobierno nacional. Mediante el decreto 693, los historiadores recibieron la medalla de oro y la adopción de sus obras como textos para la enseñanza de la historia nacional en los colegios y escuelas oficiales de la República. Este texto fue el que más influyó en los estudios programáticos de la historia de Colombia en la primera mitad del siglo XX, y el más utilizado en la enseñanza de la historia, tanto para la preparación de los profesores, como la dirección de la enseñanza en los estudiantes. Presenta una historia narrativa, acontecimental y explicativa, que se inicia en el descubrimiento de América, continúa con el estudio de los orígenes americanos y la prehistoria de Colombia, el estudio detallado de la Conquista, la Colonia, la Independencia y la República. Destaca la historia política, considerada como la evolución del Estado colombiano a través del tiempo; alrededor de los acontecimientos políticos hace la narración e interpretación de los hechos sociales, económicos, culturales y religiosos. Henao también se interesó por la historia documentalista; intervino en la selección de documentos del tomo XXIV del *Archivo Santander*, y en la edición de *El Carnero* [*Ver tomo 5, Cultura, pp. 56-57*].

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

CORTÁZAR, ROBERTO. "Elogio de los historiadores Henao y Arrubla". *Boletín de Historia y Antigüedades*, tomo XXX, p. 777.

HEREDIA, PEDRO DE

Conquistador español (Madrid, ca. 1520 - ca. 1555). De familia noble, en su juventud Pedro de Heredia se trabó en lucha con seis contendientes, de donde salió mal herido en la nariz; ésta le fue arreglada por un médico famoso de la Corte, pero Heredia, en venganza, mató a tres de sus atacantes y tuvo que huir a las Indias para evadir la justicia que lo reclamaba. Se estableció en Santo Domingo y se dedicó a las labores agrícolas. De allí pasó a Santa Marta como teniente del gobernador Pedro Badillo, donde se enriqueció por el intercambio con los indios de baratijas (cascabeles, espejos, gorros colorados) por oro. Llevó a España sus riquezas y capituló en



Pedro de Heredia.
Miniatura de Víctor Moscoso.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

la Corte la conquista y población de la costa de Tierra Firme, desde las bocas del Magdalena hasta el río Atrato. Las capitulaciones fueron firmadas el 5 de junio de 1532, en Tordesillas, por la reina doña Juana La Loca. Heredia desembarcó en la bahía de Cartagena el 14 de enero de 1533. El 1 de junio fundó la ciudad de Cartagena y se lanzó a una nueva expedición, con muchos esclavos negros, en la que descubrió los sepulcros de los sinúes. En el territorio Finzenú, gobernado por una cacica, al igual que en muchos otros de América, enterraban a los muertos con sus bienes y el cementerio consistía en un templo adornado con estatuas grandes de madera, encubiertas de oro, colocadas una frente a otra y de las cuales pendían hamacas, donde los indígenas colocaban ofrendas a los dioses. Heredia saqueó las sepulturas y extrajo enormes cantidades de oro por muchos años, tanto que originó en los indios un refrán que decía: «desgraciado el Pirú [Perú], si se descubre [primero] el Sinú». Heredia realizó muchas incursiones personalmente y por intermedio de otros. El obispo de Cartagena, fray Tomás del Toro, lo acusó ante la Corte, que envió a Juan de Badillo a residenciarlo. Este era socio de Heredia y estaba descontento con él, así que lo encarceló con don Alonso, su hermano, pero los Heredia pagaron una fianza con el oro que habían traído de Antioquia. Pedro de Heredia viajó a España, donde lo absolvieron, y regresó con el título de Adelantado. Siguió en sus incursiones conquistadoras hasta que el pirata Baal se tomó Cartagena con sus franceses, y Heredia tuvo que pagar dos mil pesos de buen oro, por intermedio del obispo, lo que aceleró su segundo juicio de residencia. El doctor Juan de Maldonado, nombrado fiscal de la Real Audiencia, fue enviado desde España a tomarle residencia a Pedro de Heredia, gobernador de Cartagena, debido a las muchas acusaciones que pesaban sobre él, por los abusos cometidos durante su gobierno. Maldonado le levantó 289 capítulos por diferentes cargos, entre los que se cuentan contravenciones a las leyes, apropiación de fondos que entraban a la Caja Real por las penas de Cámara, envío fuera del país de oro sin quintar, nepotismo en el otorgamiento de cargos y encomiendas, entorpecimiento en las deliberaciones del cabildo, y maltrato a indios y caciques por haberlos «aperreado y quemado vivos». Sobre este último cargo, se le acusó, además, de «ásperos tratamientos de indios y encomiendas de pueblos de Vuestra Alteza» y «grandes excesos de muertes y cortamientos de labios y orejas y tetas». El proceso se extendió de 1553 a 1555, cuando se le encontró culpable, privándosele, por lo tanto, de la gobernación. Heredia apeló y se fugó, pero tratando de llegar clandestinamente a España, se ahogó en la travesía. Pedro de Heredia es, tal vez, el paradigma de la maldad del conquistador, estereotipo que se ha aplicado sin más a todos los conquistadores [*Ver tomo 1, Historia, pp. 71-74 y 106-107*].

DIANA LUZ CEBALLOS GÓMEZ

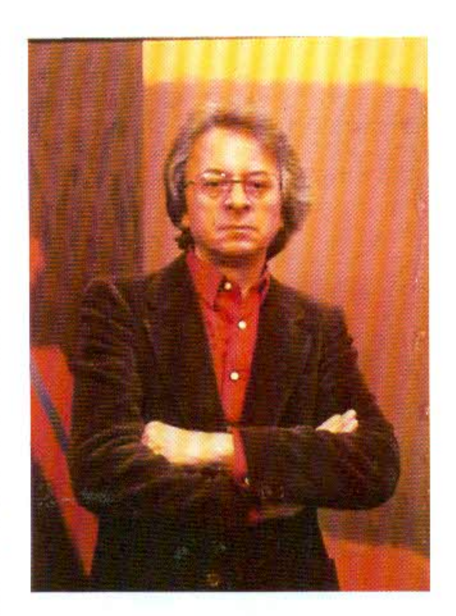
Bibliografía

FRIEDE, JUAN. *Fuentes documentales para la historia del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Banco Popular, 1976. GÓMEZ PÉREZ, MARÍA DEL CARMEN. *Pedro de Heredia y Cartagena de Indias*. Sevilla, CSIC, 1984. LEMAITRE, EDUARDO. *Breve historia de Cartagena de Indias*. Bogotá, Banco de la República, 1983. OTERO D'COSTA, ENRIQUE. *Comentos críticos sobre la fundación de Cartagena de Indias*, 2 Vols. Bogotá, Banco Popular, 1970.

HERNÁNDEZ, MANUEL

Pintor nacido en Bogotá, en 1928. Manuel Hernández Gómez estudió en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional, en Bogotá, y en la Academia de Bellas Artes de Santiago

de Chile. En ese país formó parte de los grupos artísticos Nueva Generación y Taller 9. Fue profesor en la Escuela de Bellas Artes de Bogotá y director de la Escuela de Bellas Artes de Ibagué. Hernández surge como pintor abstracto en los primeros años sesenta. Previamente había sido figurativo en la iniciación de su carrera, a partir de 1950. Su vinculación al arte abstracto no representa ni un acto de inmadurez —el artista había obtenido en 1961 el primer premio en Pintura en el XIII Salón Nacional con el óleo *Flores en blanco y rojo*, una composición de flores empastadas rodeando una figura femenina frontal y esquemática— ni un gesto de moda. Antes de iniciar su producción característica, Hernández vivió y trabajó en Italia y Estados Unidos, estudió en la Academia de Bellas Artes de Roma y se especializó en el Art Students League de Nueva York. Frente al vasto y muy diverso panorama no figurativo, su inclinación es precisa: ni geometrismo, ni expresionismo. Su estilo se establecerá en el justo medio: aquel en el que el intelecto no domina totalmente a la emoción y en el que las formas y las composiciones resultan libres, aunque nunca incontroladas. En 1967 Hernández obtiene una mención en el XIX Salón de Artistas Colombianos, con el acrílico *Formas superpuestas*; en 1968 obtiene otra mención de honor en la I Bienal Iberoamericana de Pintura, realizada en Medellín; y en 1969 es declarado fuera de concurso en el XX Salón Nacional, con los acrílicos *Pintura I-Insignia* y *Pintura II-Elementos para un símbolo*. Si hay dos antecedentes directos para el tipo de abstracción que ha desarrollado Hernández, éstos son: la pintura de signos y la pintura de campos cromáticos. La obra de Hernández pertenece al mundo de la abstracción pura; es decir, se instala deliberadamente en un campo formal ajeno a cualquier referencia naturalista. El fondo de sus cuadros es neutro y sólo alude a un espacio más o menos en profundidad. Los signos que aparecen en él carecen de referencias y sólo por prejuicio naturalista alguien puede asociarlos a formas conocidas; los colores son producto de innumerables mezclas y evitan los tonos más frecuentes en el mundo material. Al confrontar las primeras pinturas abstractas de Hernández con las que realiza ahora, las diferencias saltan a la vista. Al principio los cuadros eran básicamente centrados y sobre un cuadrado o un rectángulo se concentraban los signos que casi siempre reforzaban la composición regular, con una zona evidentemente céntrica. Las pinceladas eran muy visibles y las formas resultaban pastosas y texturadas. La gama cromática no era demasiado amplia e insistía en los azules y en los rosas. Los trabajos parecían espontáneos, rápidos y nerviosos. A partir de los sesenta desapareció la base geométrica central y los signos comenzaron a ubicarse sobre la superficie del lienzo que, en ocasiones, resulta subdividida en dos o más zonas. Predominan, sin embargo, las composiciones en las que los signos, dispuestos de muchas maneras, parecen flotar sobre un fondo que, poco a poco, comenzó a verse como un receptáculo profundo. Lentamente, Hernández se volvió un mago del color. A base de muchas capas sobrepuestas y de colores contrastantes, el pintor ha logrado que sus cuadros resulten vibrantes y luminosos. Por otra parte, el espectro cromático se ha ampliado y refinado. En ocasiones los fondos son muy oscuros y sobre ellos rutilan los ocres o los violetas. Los signos tienen sus bordes suaves y su calidad nubosa. Actualmente son, además, mucho más esquemáticos y a veces se traslapan o se multiplican serialmente. Simultáneamente con su producción pictórica al acrílico, Hernández ha adelantado una abundante obra de dibujos en diversos medios. En buena parte son trabajos terminados y realizados exclusivamente como dibujos. Esta producción sobre papel está estrechamente vinculada a su labor de pintor. En verdad, muchos de sus dibujos son una mezcla de pintura y dibujo. Algunas obras son muy pictóricas y otras, definitivamente gráficas. Pero la pintura y el dibujo han llegado a formar parte de un mismo trabajo y hoy Hernández completa con carboncillo sus pinturas o hace dibujos sobre telas grandes. Aunque tiene dibujos en grafito, en tinta con plumilla o en carboncillo, la mayoría de sus trabajos gráficos son en técnica mixta. El artista prefiere toda clase de mezclas, incluyendo el acrílico y el óleo, para lograr los más variados resultados. Ganador del concurso público organizado por el Ministerio de Obras Públicas, Hernández realizó en 1981 el mural *Signos y leyes* para el nuevo edificio del Congreso, muy cerca del Capitolio Nacional en Bogotá [*Ver tomo 6, Arte, pp. 129 y 130*].



Manuel Hernández.
Fotografía de David Ramírez, 1986.

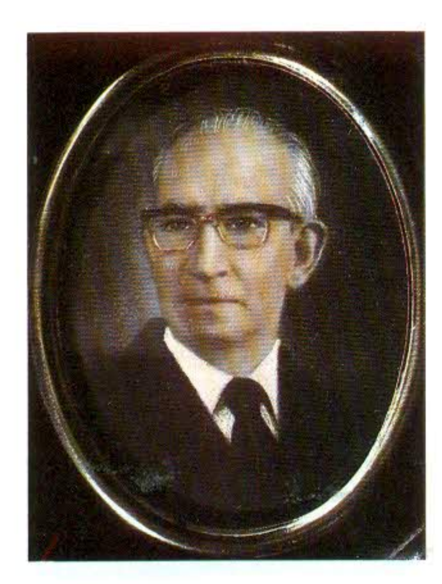
GERMÁN RUBIANO CABALLERO

Bibliografía

ESCALLÓN, ANA MARÍA y CAMILO CALDERÓN. *Manuel Hernández, signo y abstracción*. Bogotá, Davivienda, 1988 ▪ *Manuel Hernández, 64-74 abstracción*, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1974, texto: Eduardo Serrano ▪ *Manuel Hernández, pinturas*, Museo de Bellas Artes, Caracas, 1977, textos: Juan Calzadilla y Germán Rubiano ▪ *Manuel Hernández*, Galería Garcés Velásquez, Bogotá, 1979, texto: Eduardo Serrano ▪ *Manuel Hernández, 1963-1983*, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1983 ▪ *Manuel Hernández, retrospectiva de dibujos 1961-1986*, Museo de Arte Universidad Nacional, Bogotá, 1986, texto: Germán Rubiano ▪ *Manuel Hernández*, FES Extensión Cultural, Cali, 1992, texto: Fernando Quiroz ▪ *Manuel Hernández, formas en devenir*, Fundación Museo de Bellas Artes, Caracas, 1993, texto: Federica Palomero ▪ *Pinturas recientes de Manuel Hernández*, Cámara de Comercio, Medellín, 1979.

HERNÁNDEZ DE ALBA, GUILLERMO

Historiador y escritor nacido en Bogotá, el 20 de junio de 1906, muerto en la misma ciudad, el 17 de julio de 1988. Fueron sus padres don Gregorio Hernández de Alba y la señora Hortensia Lesmes de Hernández de Alba. Hizo sus estudios de literatura en el Colegio Nacional de San Bartolomé, donde recibió el título de bachiller en Filosofía y Letras, el 20 de no-



Guillermo Hernández de Alba. Miniatura de Víctor Moscoso. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

viembre de 1925. Se especializó en historia de Colombia, y fue colegial *honoris causa* del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, junio 10 de 1936. Consagrado al estudio de la historia de la cultura y las bellas artes en Colombia, fue jefe del servicio de Radiodifusión Cultural de la Biblioteca Nacional (1932-1933); jefe del Archivo Histórico anexo a la Biblioteca Nacional (1933-1935); redactor del *Boletín de Historia y Antigüedades*, órgano de la Academia Colombiana de Historia (1933-1944); catedrático de la Facultad de Ciencias de la Educación, Escuela Normal Superior, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, del Sagrado Corazón, La Magdalena y Departamental de La Merced, de cuyo Consejo Directivo fue miembro. Perteneció al Consejo Directivo de la *Revista de historia de América*, órgano del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que funciona en México. Fue miembro fundador de la Junta Asesora del Museo de Arte Colonial de Bogotá y transitorio del Museo de Arte Moderno de la ciudad de Nueva York. Con su esposa, realizó la restauración de la Quinta y Museo de Bolívar. Fue fundador y permanente director de la Casa Museo del 20 de Julio. Miembro de todas las instituciones nacionales y muchas del exterior dedicadas a la investigación histórica, colaboró activamente en sus publicaciones. También fue miembro del Consejo Asesor Técnico del Patronato "José Celestino Mutis", encargado de la publicación de la *Iconografía de la Flora de Bogotá*; cronista adjunto del Cuerpo General de Cronistas Oficiales de España, en calidad de cronista de la ciudad de Bogotá; huésped de la División de Relaciones Culturales del Departamento de Estado de los Estados Unidos; y cónsul de Colombia en Madrid, agosto de 1947 a junio de 1950. Recibió numerosos premios, distinciones y condecoraciones del país y del exterior. Prolífico escritor, entre sus libros se cuentan: *Estudios históricos* (1926), en colaboración con su hermano, Alfonso Hernández de Alba; *El Colegio de San Bartolomé* (1928), en colaboración con Daniel Restrepo, S. J.; *De Historia y Crónicas* (1929); *Mujeres de la Colonia; Diez años desconocidos en la vida de Nariño* (1933), con el cual se recibió como individuo de número de la Academia Colombiana de Historia; *Vida y escritos del doctor José Félix de Restrepo* (1935); *Recuerdos de la reconquista. El Consejo de Purificación* (1935); *El libro de los niños colombianos. Retazos de historia. Descubrimiento de América y conquista de Colombia* (1937); *La iglesia de San Francisco. Su valor en la historia y en el arte bogotanos* (1936), en colaboración con Maximiliano Grillo y Enrique Otero D'Costa; *Panorama de la universidad en la Colonia; Estampas santafereñas* (1938); *Teatro del arte colonial* (1938); *Crónica del muy ilustre Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en Santafé de Bogotá* (1940); *El libro de los niños colombianos. Retazos de historia. La Colonia* (1939); *Historia de la casa colonial* (1942); *Archivo epistolar del general Domingo Caycedo* (1943), en colaboración con Enrique Ortega Ricaurte y Ignacio Rivas Putnam; *Documentos sobre el doctor Vicente Azuero* (1944); *Ensayistas colombianos; Guía de Bogotá. Arte y tradición* (1948); *Aspectos de la cultura en Colombia* (1947) y *Archivo epistolar del sabio naturalista José Celestino Mutis* (1947 y 1949).

Boletín de Historia y Antigüedades

HERNÁNDEZ DE OSPINA, BERTHA

Primera Dama de la Nación entre 1946 y 1950, congresista y periodista antioqueña (Medellín 1907 - Fusagasugá, 1993). Primera figura femenina de la política del país en el presente siglo, Bertha Hernández de Ospina era hija del comerciante y empresario industrial Antonio María Hernández, fundador de la Compañía Antioqueña de Tejidos, del Ferrocarril de Amagá, del Banco Comercial Antioqueño y de la Compañía Colombiana de Tabaco, entre otras. Estudió secundaria en el Colegio de La Presentación de Medellín. Se casó muy joven con el futuro presidente de la República Mariano Ospina Pérez. A raíz de la campaña presidencial de Ospina, en 1946, se vinculó activamente al partido conservador, del cual fue uno de sus líderes por mucho tiempo. Alcanzó renombre con motivo del 9 de abril de 1948, debido al carácter y energía con que apoyó al presidente Ospina Pérez, en momentos en que Bogotá ardía en llamas y los jefes liberales le exigían la entrega del mando, luego del asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. A doña Bertha se le atribuye una activa participación en el golpe de estado a Laureano Gómez, en 1953. En 1954, bajo la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla y en pleno auge de la violencia política, fue líder y luego presidenta de la Organización Femenina Nacional, creada con el objeto de unir a las mujeres colombianas sin discriminación alguna, para luchar por el reconocimiento y la guarda de los derechos de la mujer y de la infancia, «a la luz de las normas de la ley de Cristo», y sacar adelante el proyecto de ley sobre derechos políticos de la mujer, que le garantizara su acceso al voto. Esmeralda Arboleda, Josefina Valencia y doña Bertha asistieron a las sesiones de la Asamblea Nacional Constituyente para defender el voto femenino sin restricciones, la igualdad de derechos políticos de hombres y mujeres, la igualdad salarial, el derecho al trabajo y a ocupar altos cargos directivos del Estado, y contra los despidos por matrimonio o embarazo y la discriminación del trabajo de la mujer. En esta Asamblea, las mujeres lograron el reconocimiento que pedían; Bertha Hernández aseguró después un escaño en el Congreso, que ocuparía por más de veinte años, y Josefina Valencia, hermana del presidente Guillermo León Valencia, se convirtió en la primera mujer en ocupar un ministerio (el de Comunicaciones); más adelante, Esmeralda Arboleda se posesionó como ministro de Comunicaciones del gobierno del presidente Alberto Lleras Camargo, en 1961. Bertha Hernández llevó el feminismo al seno del Directorio Nacional Conservador. Como líder de su partido, colaboró en la campaña presidencial de 1966 y



Bertha Hernández de Ospina.

en la de 1974, apoyando a Alvaro Gómez Hurtado, cuando el partido conservador se presentó dividido a las elecciones. Su oposición al comunismo la llevó a criticar fuertemente al presidente Belisario Betancur por hacer concesiones y establecer diálogos con los grupos guerrilleros que operaban en el país. Doña Bertha hizo célebre su columna periodística titulada "El Tábano", una de las más críticas y leídas en la historia del periodismo colombiano, que publicó primero en *El Siglo* y luego en *La República*. En ella trataba todos los temas de la actualidad, pero fueron famosos sus artículos con críticas a los dirigentes políticos de todos los partidos. Reconocida cultora de la orquideología colombiana, sus jardines de orquídeas, en sus haciendas de Cundinamarca y Antioquia, fueron espacio importante para la investigación y la propagación de variedades nacionales y extranjeras. Fue autora de los libros *El Tábano, El Tábano y la enjalma, La mesa campesina* y *Mis jardines de orquídeas de La Clarita*. Las numerosas condecoraciones que se le otorgaron ponen de manifiesto la activa y polifacética vida de doña Bertha Hernández.

LUIS FERNANDO MOLINA

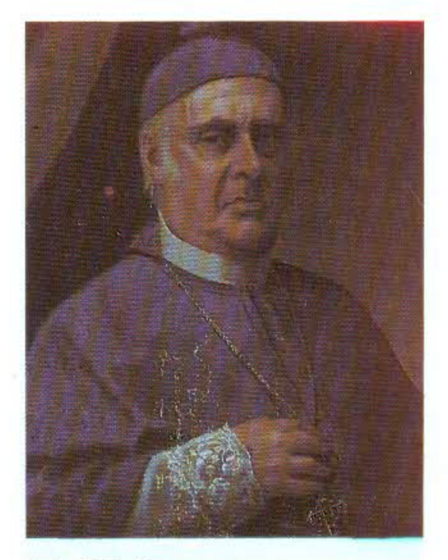
Bibliografía

RESTREPO SANTA MARÍA, MARGARITAINÉS. "Doña Bertha: Genio y figura". *El Colombiano*, septiembre 13 de 1993.

HERRÁN, ANTONIO

Eclesiástico nacido en Honda, Tolima, el 11 de febrero de 1797, muerto en Villeta, Cundinamarca, el 7 de febrero de 1868. En medio de los grandes conflictos entre la Iglesia y el Estado, «cuando los liberales eran liberales y los conservadores, conservadores», se alza la figura serena del arzobispo Antonio Herrán y Zaldúa, quien desarrolló su labor pastoral durante la época del más virulento anticlericalismo que haya tenido que soportar la Iglesia en Colombia. Hijo del acomodado español Pedro Antonio Fernández de la Herrán y de Matea Martínez de Zaldúa, nativa de Honda y prima del famoso clérigo Baltazar Jaime Martínez de Compañón, monseñor Herrán estudió en los colegios de San Bartolomé y del Rosario, donde se doctoró en Derecho Canónico. El 3 de junio de 1821 fue ordenado sacerdote por el obispo de Mérida, en Pamplona. «Era corpulento y robusto —escribe José María Samper— y sus atractivos modales y distinguido continente le daban el aire de uno de aquellos antiguos padres de la Iglesia, de quienes nos habla la historia con veneración. Tenía la línea de la ceja muy pronunciada, la frente espaciosa y noble, la boca pequeña y recogida, los ojos pardos y de mirar suave y afectuoso, el rostro lleno de rasgos blandos, y en toda la fisionomía una expresión de serenidad y benevolencia que cautivaban por extremo, al mismo tiempo que de austeridad de hombre justo que imponía respeto». Monseñor Herrán inició a los 24 años su dilatada carrera apostólica: curato interino en Fontibón entre 1821 y 1822, y en Vélez, Santander, hasta febrero de 1830; el 27 de enero de este año, el general Simón Bolívar lo nombró medio racionero de la catedral, pero no aceptó al ser nombrado obispo de Amicta *in partibus*, el 20 de enero de 1834; miembro de la Sociedad Católica de Ignacio Morales, fue provisor y vicario general desde el 21 de diciembre de 1840, y maestrescuela, el 22 de abril de 1849. Esta es la época de las grandes reformas liberales, cuando el proyecto estatal chocaba frontalmente con los intereses de la Iglesia. Nombrado vicario general por el arzobispo Manuel José Mosquera, el 25 de agosto de 1852, simultáneamente con su destierro, desarrolló una labor dificilísima desde el 1 de septiembre de 1853; y el 7 de febrero del año siguiente fue electo vicario capitular en sede vacante. José Restrepo Posada cuenta cómo «al tener conocimiento de la muerte del arzobispo Mosquera, las dificultades para elegir su reemplazo fueron grandes [...] pues sólo había 4 capitulares. Se hicieron 26 escrutinios y resultaba siempre empate». Nombrado arzobispo de Bogotá el 13 de enero de 1854, sólo fue consagrado el 15 de abril de 1855, debido al golpe del general José María Melo contra el presidente José María Obando. «La administración del moderado Manuel María Mallarino —narra Fernando Díaz Díaz— preparó el restablecimiento pleno de la Iglesia durante la administración de Mariano Ospina Rodríguez, contra lo cual reaccionó el general Mosquera, con sus medidas contrarias al cuerpo eclesiástico».

En 1860 se desató una gran polémica contra monseñor Herrán debido al cambio del candidato presidencial: su hermano, el general Pedro Alcántara Herrán, por el general Julio Arboleda; proceso en el que el periódico *El Catolicismo* jugó un papel importante. Sobrevino, entonces, la guerra de 1860-1862, en la que obtuvo el triunfo el general Tomás Cipriano de Mosquera, en colaboración de los generales José María Obando y José Hilario López, contra el presidente legítimo Mariano Ospina Rodríguez, de quien se dijo había sido apoyado casi exclusivamente por el clero. El 9 de septiembre de 1861 Mosquera dictó la desamortización de bienes de manos muertas, y posteriormente, el decreto sobre tuición de cultos y la disolución



Antonio Herrán.
Oleo de autor no identificado.
Seminario Conciliar, Bogotá.

y expulsión de la Compañía de Jesús. Mosquera completó estas providencias el 3 de noviembre de 1861, decretando la prisión del arzobispo, y el 5 de noviembre declaró la extinción de las comunidades religiosas opuestas a la desamortización. Monseñor Herrán inició su destierro el 8 de noviembre, cuando salió hacia Cartagena, pasando unos días en Mompós, en un viaje lleno de grandes dificultades. Desde el exilio, monseñor Herrán conceptuó sobre si los sacerdotes, para poder ejercer su ministerio, debían prestar el obligatorio juramento prescrito por el gobierno: «Imitando el ejemplo que nos dieron [los apóstoles] obedezcamos a las autoridades constituidas en todo lo que ellas tienen derecho a exigirnos [...] pero cuando traspasando los límites de lo terreno y temporal quieran obligarnos a cosas que sólo son espirituales, o que tocan exclusivamente al régimen de la Iglesia, contestémosles con respeto, pero con una energía evangélica *"non possumus"*, primero es obedecer a Dios que a los hombres». Esta actitud fue aprobada por el Papa. La nueva administración de Manuel Murillo Toro atenuó las tirantes relaciones con la Iglesia, lo que permitió el regreso de monseñor Herrán a Bogotá, el 1 de septiembre de 1864. Pero al retornar al poder el Gran General en 1866, Mosquera arreció sus duras críticas contra Herrán, a quien acusó de dirigir la oposición: «El arzobispo de Bogotá y otros obispos están en completa rebelión», decía. Una orden del papa Pío IX citó, entonces, a un Concilio Provincial para tratar la situación de la Iglesia en el país, y convocó a monseñor Herrán, quien se encontraba en Villeta recuperándose de quebrantos de salud. Monseñor no pudo asistir, y falleció en este pueblo cundinamarqués, el 7 de febrero de 1868. Sepultado en la catedral de Bogotá, el corazón del arzobispo Herrán reposa en una pequeña cavidad en el muro oriental de la capilla de Santa Isabel de Hungría, entre las tumbas de los arzobispos Manuel José Mosquera y José Telésforo Paul.

JUAN DAVID GIRALDO

Bibliografía

BOTERO RESTREPO, JUAN. *Breve historia de la Iglesia colombiana*. Medellín, Copiyepes, 1983. GROOT, JOSÉ MANUEL. *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*. Bogotá, Casa Editorial de Medardo Rivas, 1893. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Arquidiócesis de Bogotá. Biografías de sus prelados*. Bogotá, Ed. Lumen Christi, 1961-1966, tomo II. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Genealogía episcopal de la jerarquía eclesiástica, 1513-1966*. Bogotá, Editorial Lumen Christi, 1968. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Cabildo Eclesiástico de Bogotá*. Bogotá, Kelly, 1971.

HERRÁN, PEDRO ALCÁNTARA



Pedro Alcántara Herrán.
Oleo de Franco, Rubiano y Montoya, ca. 1880.
Museo Nacional, Bogotá.

Jefe militar y presidente de la República, nacido en Bogotá, el 19 de octubre de 1800, muerto en la misma ciudad, el 26 de abril de 1872. Pedro Alcántara Herrán Martínez de Zaldúa hizo sus estudios, como otros presidentes colombianos, en el Colegio de San Bartolomé, pero a la edad de 14 años los suspendió para iniciar la carrera militar, en la que sobresaldría, hasta obtener el grado de general de la República. Desde muy joven, Herrán formó parte de las filas libertadoras participando en varias batallas, entre ellas la célebre de la Cuchilla del Tambo, donde fue aprehendido y condenado a muerte por los jueces realistas con varios patriotas más. No alcanzó a ser ajusticiado, y recibió conmutación de la pena por prestar servicios a los ejércitos españoles durante algunos años, hasta cuando logró reintegrarse a la lucha independentista, recibiendo de Antonio José de Sucre el grado de capitán. Participó en las campañas del sur y del Perú, también combatió en Bomboná, Junín y Ayacucho; por su conducta militar en esta última contienda recibió una distinción. En 1828 se le nombró intendente de Cundinamarca, y fue ascendido a general por el Libertador. En enero de 1830 fue nombrado secretario de Guerra, y en 1832 ocupó el cargo de secretario de la Legación ante la Santa Sede, de donde regresó para dedicarse a labores rurales y textiles. Siendo jefe militar, tuvo que viajar a Panamá; a su regreso ocupó la Gobernación de Cundinamarca y más tarde se desempeñó como secretario de Relaciones Exteriores. Dio lo mejor de su capacidad militar y organizativa en la guerra que el gobierno de José Ignacio de Márquez debió afrontar en 1839 y en los años siguientes para combatir el levantamiento de los pastusos ocasionado por la clausura de los conventos menores de Pasto, causa a la que se unió José María Obando y que se extendió por todo el país, suscitando la llamada guerra de los Supremos. En medio de esta contienda, Herrán fue propuesto como candidato a la Presidencia. Elegido para el período 1841-1845, lo acompañaron el general Domingo Caycedo, en calidad de vicepresidente, y el antioqueño Juan de Dios Aranzazu, como presidente del Consejo de Estado. Debido a las exigencias de la guerra, Herrán decidió ponerse al frente de la campaña en el norte. Delegó, entonces, el ejercicio ejecutivo en Aranzazu, quien lo desempeñó durante corto tiempo, y posteriormente Domingo Caycedo gobernó los destinos del Estado hasta 1842, cuando se los devolvió a Herrán. Recién posesionado en la primera magistratura del Estado, cuenta Ignacio Arizmendi Posada, el general Herrán dirigió una carta al Congreso en la que manifestaba la conveniencia de reformar la Constitución de 1832, por cuanto el observarla representaba muchas dificultades para el mantenimiento del orden público y la armonía de los poderes. Esta nueva Carta, sancionada por el presidente Herrán el 20 de abril de 1843, y surgida después de la experiencia de la guerra civil, fortaleció el poder ejecutivo y aseguró la paz por varios años, situación inusitada y sorprendente en un país donde los enfrentamientos y guerras se sucedían casi ininterrumpidamente. El gobierno de Herrán impulsó la instrucción pública e introdujo un nuevo plan educativo, bajo la inspiración del ministro del Interior, Mariano Ospina Rodríguez; construyó el camino del Quindío, que comunicó al Valle del Cauca con la región de

Mariquita; y ordenó la recopilación de la legislación granadina, adelantada por Lino de Pombo. Además, permitió el regreso de los jesuitas y realizó un censo nacional de población. Después de dejar la presidencia, Herrán asistió a varios congresos; fue secretario de Guerra y general en jefe del ejército; participó con éxito en la lucha contra José María Melo en 1854; y renunció a su cargo diplomático en Washington en 1860, con el fin de defender la Confederación Granadina, cuando el general Tomás Cipriano de Mosquera, suegro de Herrán, emprendió la lucha contra Mariano Ospina Rodríguez. Herrán tuvo varias diferencias con Mosquera, las cuales propiciaron su destitución pública del cargo de embajador ante el gobierno de Estados Unidos, y su baja de las filas militares. Más adelante, en 1866, Mosquera le restituyó a Herrán su grado militar. En los años siguientes desempeñó algunos cargos diplomáticos para los gobiernos de Guatemala y El Salvador, y cuando falleció, en 1872, se encontraba ejerciendo funciones de senador por el Estado de Antioquia en la capital de la República [*Ver tomo 2, Historia, pp. 319-320 y 347-369*].

MARÍA ALEXANDRA MÉNDEZ VALENCIA

Bibliografía

POSADA, EDUARDO Y PEDRO MARÍA IBÁÑEZ. *Vida de Herrán*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1903.

HERRERA, BENJAMÍN

Jefe militar y político, nacido, al parecer, en Cali, el 18 de octubre de 1853, muerto en Bogotá, el 29 de febrero de 1924. Hijo de Bernabé Herrera y de Margarita Cortés, Benjamín Herrera quedó huérfano de madre desde temprana edad. Realizó estudios en la Universidad del Cauca, en Popayán, y durante la guerra civil de 1876 inició una brillante carrera militar, al lado del gobierno liberal del Estado Soberano del Cauca, presidido por Cesar Conto, cuyos ejércitos repelieron con éxito la invasión de las fuerzas conservadoras de Antioquia. Después del triunfo radical, Herrera permaneció en el ejército hasta 1885, año en que, afiliado al bando radical, se incorporó a las huestes liberales revolucionarias. Combatió en las campañas de Santander, Cartagena y Boyacá, des-



Benjamín Herrera.
Fotografía de la Colección José Joaquín Herrera. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

collando por su actividad y desempeño; vencido el liberalismo, se estableció en Pamplona. No pudo participar en la revolución liberal de 1895 por encontrarse purgando pena de prisión, impuesta por el régimen a causa de sus ideas políticas. Salió de la cárcel convencido de que la única posibilidad que tenía la sociedad colombiana para respirar libertad y tolerancia política estaba en un cambio de dirigencia y que esa vía sólo la daba la guerra. Tal convencimiento político no fue sólo suyo, sino de la mayoría de sus contemporáneos, de los conservadores históricos y de los liberales radicales, excluidos del poder por el partido nacional, confesional, intolerante y absolutista. Partió para el extranjero con este convencimiento, y desde allí procuró canalizar y atraer recursos con el fin de preparar la revolución de 1899. Su papel protagónico en la historia de Colombia empezó, precisamente, durante esta guerra, la más devastadora de todas las contiendas bélicas de la historia nacional. Allí Herrera se perfiló como uno de los más grandes conductores y estrategas de la historia militar colombiana. De entre los revolucionarios liberales de la guerra de los Mil Días emergieron dos figuras, que aunque subordinadas a una jefatura única, indecisa y mediocre, colocada por debajo de las circunstancias, dieron mucho que hablar: una de ellas fue Rafael Uribe Uribe, por su ímpetu político y por sus desesperadas actuaciones heroicas; la otra figura de talla histórica fue el general Benjamín Herrera, por sus altas dotes y calidades de militar de rigor. Habiendo efectuado una carrera militar consistente, con ascensos regulares, Herrera estaba dotado de genio para concebir y ejecutar complicados despliegues y operaciones bélicas, de habilidad especial para presentar batallas y concebir campañas. Su carácter de comandante metódico, frío, ortodoxo y rígido; la conducción de las tropas a su mando; su organización y disciplina en las batallas y en los campamentos; sus resonantes triunfos en Panamá y su voluntad tesonera hicieron que aun en los Estados Unidos de Norteamérica se le reputara como uno de los más notables estrategas suramericanos de todos los tiempos. Benjamín Herrera y Uribe Uribe se repelieron desde el principio, como ocurre con los grandes hombres de un partido cuando tienen poder e influencia pero parten de concepciones contrarias. Si combatieron juntos desde los toldos de la revolución, ello se debió más bien a la fidelidad y respeto por la idea liberal que a un entendimiento mutuo; siempre se mostraron recíproca antipatía. Si de Uribe se llegó a decir que constituyó el alma de la revolución, de Herrera se pudo aseverar que fue el genio militar de la misma, por ser el general que mostró mejores dotes castrenses de toda la guerra. Eduardo Rodríguez Piñeres consignó un estupendo retrato de la personalidad del general Herrera: «Orgulloso y dominador, sabía imponer la disciplina en todo su rigor, de muy clara visión, que en ocasiones se oscurecía por los arrebatos propios de su genio, sólo por excepción admitía que lo contradijeran. Herrera, en suma, era un jefe, y como tal habría sido adecuado para dirigir la Revolución; pero no podía tener a nadie por encima ni compartiendo el mando con él, y ni gozaba de la popularidad de Uribe Uribe, ni éste le habría dejado el mando supremo».

Cuando Herrera, invicto, ostentaba los títulos de director de la guerra y general en jefe del Ejército Unido Liberal en operaciones sobre Cauca y Panamá, se informó de la situación real del istmo y del grave peligro que éste corría ante las intenciones del gobierno norteamericano, y pudo más en él su nacionalismo que las ansias de victoria personal. Ante la presencia de tropas estadounidenses en Panamá, con violación flagrante de la integridad territorial nacional y con

la anuencia del gobierno colombiano, Herrera resolvió romper su espada, pactando la paz en el acorazado *Wisconsin*, el 21 de noviembre de 1902, en la bahía de Panamá, colocando «la Patria por encima de los partidos». De esta manera pudo llegar a su fin la guerra de los Mil Días, que en realidad duró 1128 días, desde el 18 de octubre de 1899 hasta la fecha del tratado de Wisconsin. Después de la guerra, Herrera se constituyó, al lado de su émulo Uribe Uribe, en una de las máximas autoridades del partido liberal. Fue diputado y vicepresidente en 1905 de la Asamblea Nacional Constituyente y Legislativa; senador de la República desde 1909 por Santander y Cundinamarca; representante a la Cámara por el Cauca en 1923; ministro de Agricultura y Comercio de la administración de José Vicente Concha. A partir de 1914 se erigió en jefe supremo e indiscutido del partido liberal, que bajo su orientación se mostró unido y compacto. Fue fundador de la Universidad Libre, sitio de formación intelectual y política de los cuadros liberales; adquirió *El Diario Nacional* como órgano de la dirección de su partido; y actuó como empresario bananero en la región de Aracataca (Magdalena). Benjamín Herrera fue uno de los forjadores del "Republicanismo"; coordinó a 16 liberales y a 6 conservadores para darle el triunfo a Carlos E. Restrepo en las elecciones presidenciales, en una reñida votación en la Asamblea Constituyente de 1910. Para el cuatrienio 1918-1922 apoyó al poeta Guillermo Valencia, contra la candidatura de Marco Fidel Suárez, porque miraba con recelo el acercamiento a los Estados Unidos de Norteamérica. Para las elecciones presidenciales de 1922 el liberalismo, cansado de verificar con los conservadores coaliciones que luego no cumplían enteramente, decidió acudir al debate con candidato propio, escogiendo el nombre del general Herrera. Obtuvo una votación muy por encima de la que en realidad contó el régimen conservador, en el poder desde 1886. Ante lo que se consideró un fraude electoral, que le dio la victoria a Pedro Nel Ospina, el liberalismo casi volvió a sumirse en una nueva revolución, pues la mayoría pedía la guerra. En la Convención Nacional Liberal, reunida en Ibagué, el general Herrera se opuso rotundamente a las ideas belicistas de los liberales de espada, diciendo: «Jamás! Ustedes olvidan que yo he sido el candidato y que no puedo imponerle al país una guerra que pudiera interpretarse como fruto de ambiciones mías de mando. El liberalismo tiene que reconocer el triunfo de Ospina». Los liberales optaron, entonces, por la abstención integral de toda colaboración con el partido conservador, política que dio sus frutos en 1930 [*Ver tomo 2, Historia, pp. 464-481*].

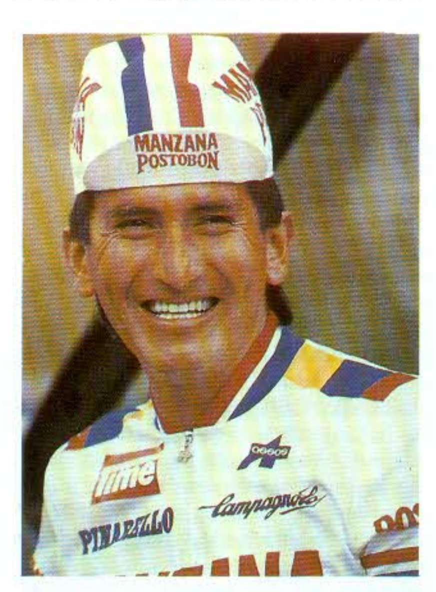
LUIS OCIEL CASTAÑO ZULUAGA

Bibliografía

LUNA CÁRDENAS, ALBERTO. *Un año y otros días con el general Benjamín Herrera en las bananeras de Aracataca*. Medellín, Bedout, 1960. RODRÍGUEZ PIÑERES, EDUARDO. *Diez años de política liberal: 1892-1902*. Bogotá, Editorial Incunables, 1985. RODRÍGUEZ, GUSTAVO HUMBERTO. *Benjamín Herrera, en la guerra y en la paz*. Bogotá, Universidad Libre de Colombia, 1973.

HERRERA, LUIS

Campeón de ciclismo, nacido en Fusagasugá, Cundinamarca, en 1961. Ganador de cuatro vueltas a Colombia e igual número de Clásicos RCN, la mayor gloria de Luis Alberto "Lucho" Herrera Herrera es haber sido campeón de la Vuelta a España en 1987. Junto con Federico Martín Bahamontes, "el Aguila de Toledo", Herrera ha sido campeón de la clasificación de montaña en el Tour de Francia, el Giro de Italia y la Vuelta a España. Sus grandes condiciones para el terreno de ascenso lo llevaron a conseguir un gran número de triunfos tanto en Colombia como en el exterior. Su presentación al mundo se produjo en 1984, cuando, siendo aún un corredor aficionado, triunfó en la mítica etapa del Alpe D'Huez en la Vuelta a Francia. Un año más tarde ganó dos fracciones y se coronó, por primera vez, campeón de la montaña en esta prueba. Esta última conquista la repitió tres años después, cuando fue galardonado como el mejor atleta de Latinoamérica. En la Vuelta a España de 1987 no sólo conquistó el título de campeón, sino que además fue el primero en la montaña. Ese año se clasificó quinto en el Tour de Francia, su mejor posición en esta competencia. "El Jardinerito de Fusagasugá", apodo que recibió porque antes de incursionar en el ciclismo cultivaba flores en la finca de su familia, en las afueras de su pueblo natal, fue dos veces campeón del Dauphiné Liberé, competencia ciclística francesa (1988 y 1991). En el Giro de Italia también demostró su calidad al ganar el título de la montaña en 1989 y acumular tres triunfos de etapas en sus dos participaciones en la prueba. En la tabla general su mejor puesto fue el octavo, en 1992. Su retiro del ciclismo profesional se produjo al finalizar la temporada de 1992, cuando se despidió con el título en la Vuelta a Aragón en España. Deportista del año en 1985, Herrera fue el mejor ciclista colombiano de la década de los ochenta, y el mayor triunfador en pruebas de ruta en toda la historia de este deporte en el país. En Colombia ganó las principales carreras, pero en Europa muchos se quedaron esperando su triunfo en la mayor prueba por etapas del mundo, la Vuelta a Francia; sin embargo, su morfología física nunca fue la más adecuada para enfrentar carreras tan exigentes y largas como la francesa, en cambio en su terreno, la montaña, fue prácticamente imbatible. Por algo fue considerado por la crítica internacional como el mejor escalador del mundo. En 1981, cuando era un ciclista desconocido en el país, superó con facilidad a los más afamados contendores camino al alto de La Línea en el Clásico RCN. Ese día Colombia abrió los ojos para conocer a este joven que prometía para estrella. Como cosa curiosa, Herrera finalizó en el puesto 16 en esta competencia, en la que ganó una etapa, la misma posición en la que terminó esa temporada en su primera participación en la Vuelta a Colombia. Cuando tenía 15 años, Esther, su madre, le regaló una



Luis Herrera.

bicicleta de semicarreras, de un solo cambio, que le servía para desplazarse desde su casa hasta Fusagasugá. Un año después, en esta población, participó en su primera prueba ciclística, en la que perdió tres vueltas con relación al ganador. Pero la incursión definitiva de Herrera en el ciclismo se le debe a uno de sus hermanos, Rafael, quien le contagió el amor por esta actividad y lo impulsó para que la practicara. En 1977 comenzó en firme su carrera ciclística. Fue en el Clásico Nacional de Turismeros, en el cual finalizó en el puesto 21. Tres años después ganó la clasificación de la montaña y fue quinto en la Vuelta de la Juventud. En 1982 triunfó en su primera gran carrera, el Clásico RCN, en el que terminó primero en la montaña y en dos etapas. En los ochenta, Herrera se convirtió en el mayor símbolo del ciclismo colombiano. Su figura le dio la vuelta al mundo y su imagen fue utilizada para promocionar el café, primer producto colombiano, pues "el Jardinerito" competía, precisamente, con la camiseta de Café de Colombia. Luego de su retiro, junto al de otro gran ciclista, Fabio Parra, el pedalismo nacional ha sufrido una crisis que pretenden superar ciclistas de la talla de Oliverio Rincón y Alvaro Mejía. En cuanto a su personalidad, Herrera siempre se mostró al público como una persona de pocas palabras, tímido, que prefería hablar por medio de sus pedalazos. El 24 de diciembre de 1991 contrajo matrimonio con la modelo y ex reina de belleza Judith Xiques Villa; para muchos esta situación forzó su retiro del ciclismo, por el deseo manifiesto del fusagasugueño de dedicarse por completo a su familia.

FERNANDO ARAÚJO VÉLEZ

Bibliografía

"De puertas para adentro". *Diners*, Nº 269 (agosto de 1992). DUQUE, RAFAEL. *Los escarabajos de la Vuelta a Colombia*. Bogotá, Oveja Negra, 1984. FUNDACIÓN DEPORTIVA DEL CAFÉ. *Equipos profesional y de ascenso Café de Colombia 1990*. Bogotá, 1990.

HERRERA, FRAY PEDRO

Religioso franciscano y prócer de la independencia, natural del Valle del Cauca (Cali, junio 28 de 1757 - octubre 23 de 1829). Hijo legítimo de José Dionisio Herrera y María Teresa Domínguez, fray Pedro Herrera estudió en



Fray Pedro Herrera.

Bogotá en el Colegio del Rosario, al lado de José Celestino Mutis, y obtuvo el doctorado *in utroque iure* en 1779. De regreso a Cali, ingresó al noviciado de los franciscanos en el convento de San Joaquín, el 29 de junio de 1783, y profesó al año siguiente. En 1788 recibió la ordenación sacerdotal y en 1792 fue nombrado maestro de novicios. Por tres períodos distintos fue nombrado guardián del convento. En virtud de real cédula, acometió la construcción del templo de San Francisco de Cali, cuyos trabajos comenzaron en 1800, siendo fray Pedro el director, y se concluyeron en 1827. Fervoroso admirador de la causa patriota, se dice que a él le consultaron los patriotas caleños qué debían hacer frente a España, y les respondió con el texto bíblico: «*Levate capita vestra quoniam apropincuat redemptio vestra*». Fray Pedro Herrera actuó como vicepresidente de la asamblea de las Ciudades Confederadas del Valle del Cauca, que preparó el triunfo de Palacé (1811), y fue miembro de la junta de gobierno instalada en Popayán en junio de 1811, y miembro del colegio constituyente de 1815. Después del triunfo de Boyacá, fray Pedro abrió una cátedra de gramática en el convento, asignatura que dictaba él mismo. Fundado el colegio de Santa Librada, en abril de 1823, dictó allí la clase de gramática, y fue nombrado rector del mismo claustro en 1824. Su gestión fue muy benéfica, pues ensanchó el edificio, reorganizó las rentas, creó la biblioteca, fundó internado, estableció más cátedras, implantó una severa disciplina y, en fin, le infundió vida al plantel, por lo cual ha sido considerado el verdadero fundador de la institución. A causa de su mala salud, renunció al oficio en 1826, pero no le fue admitida la renuncia por parte del Concejo Municipal, pues como dice el historiador Gustavo Arboleda, «considerábasele irremplazable, ya porque se carecía en Cali de otra persona de sus luces, ya porque no admitía sueldo alguno y decía gratuitamente todas las misas que por diversas fundaciones pías gravaban los bienes de Santa Librada». Así las cosas, fray Pedro se resignó a continuar en la rectoría, y siguió empeñado en el progreso del claustro hasta su muerte.

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

ARCILA ROBLEDO, GREGORIO, O.F.M. *Apuntes históricos de la Provincia Franciscana de Colombia*. Bogotá, 1954.

HERRERA, TOMÁS DE

Militar y estadista nacido en Panamá, el 21 de diciembre de 1804, muerto en Bogotá, el 1 de diciembre de 1854. Según Enrique Carrizosa Argáez, en *Linajes y bibliografías de los gobernantes de nuestra Nación*, Tomás José Ramón del Carmen de Herrera y Pérez Dávila estudió «en el Colegio Académico de Panamá. En 1820 ingresa en las filas patriotas y es ayudante del comandante Fábrega hasta obtener la independencia del Istmo. A finales de 1823 marcha al Perú en la división del coronel O'Connor y combate en Junín, Matará y Ayacucho. Ascendido a capitán regresa al país en 1826 y en 1828 es ya teniente coronel, secunda a José Padilla en la sublevación de Cartagena y con él va preso a Bogotá y es condenado a muerte; tras el 25 de septiembre, se le conmuta por la pena de destierro. En 1830 regresa y se enrola en las filas constitucionales del general José Hilario López, contra la dictadura de Rafael Urdaneta, en grado de coronel efectivo. Fue jefe del Estado Mayor de Cundinamarca, después marcha a deponer al dictador Juan Eligio Alzuru —en Panamá— consiguiendo el objetivo con las victorias de Albina y Río Grande. Asume la Gobernación de Panamá hasta 1832 y después es comandante general del Istmo. En 1834 funda y preside la Sociedad de Amigos del País. Asiste al Congreso Nacional desde 1837 y alterna estas funciones con las de jefe



Tomás de Herrera.
Oleo de Franco, Montoya y Rubiano, ca. 1880.
Museo Nacional, Bogotá.

militar de su provincia. El 7 de junio de 1841 se constituye el Estado independiente de Panamá, y don Tomás Herrera es designado director supremo que ejerce el gobierno autónomo hasta el 31 de diciembre de 1842, cuando ante la amenaza del coloniaje británico esa región se reincorporó a la Nueva Granada con los consiguientes acuerdos previos, los cuales no se cumplieron y a Herrera se le suspende y borra del escalafón militar y se le expatria. En 1845 se le hace justicia y puede volver a la Gobernación de Panamá; contrae matrimonio allá, en ese año, con doña Ramona de Urriola Obarrio».

Tomás de Herrera fue senador, secretario de Guerra del gobierno del general José Hilario López y jefe de las tropas que derrotaron en 1851 la insurrección conservadora en Antioquia. Fue presidente del Senado de Plenipotenciarios, y como tal firmó la Constitución de 1853; fue nombrado designado por el mismo Congreso. Al estallar la insurrección del general José María Melo, el 17 de abril de 1854, Herrera abandonó la capital, y en Chocontá se declaró en ejercicio del poder ejecutivo, el 21 de abril. Se dedicó a organizar la lucha contra Melo, luego de entregar el poder ejecutivo al vicepresidente José de Obaldía, el 5 de agosto del mismo año. Después de la primera tentativa de enfrentar las fuerzas revolucionarias, fue derrotado y se dirigió a la provincia de Neiva. Declaró a Ibagué capital provisional de la República y nombró el gabinete ministerial. Posteriormente a su renuncia, se vinculó al ejército para continuar combatiendo a las tropas leales a Melo. Herrera cayó muerto en el combate de la toma de Bogotá, el 1 de diciembre de 1854.

MAGDALA VELÁSQUEZ TORO

Bibliografía

AGUILERA, RODOLFO. *Istmeños ilustres de la emancipación, bosquejos biográficos*. Panamá, Imprenta de Aquilino Aguirre, 1887. ALFARO, RICARDO JOAQUÍN. *Vida del general Tomás Herrera*. Barcelona, Imprenta de Henrich y Compañía, 1909. CASTILLERO R., ERNESTO J. "Los panameños y la conspiración del 25 de septiembre contra el Libertador. Coronel Tomás Herrera". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XXXVI, p. 514. LEFEVRE, J. E. "En la inauguración del retrato del general Tomás Herrera el sábado 5 de mayo de 1934". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XXI, Nos. 241-242, (Bogotá, junio-julio 1934), pp. 342-345. POSADA, EDUARDO. "Preciosa documentación [del General Tomás Herrera]". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XIX, p. 352.

HERRERA RESTREPO, BERNARDO

Eclesiástico nacido en Bogotá, el 11 de septiembre de 1844, muerto en la misma ciudad, el 2 de enero de 1928. La Iglesia, triunfante con la Regeneración, tuvo durante el largo pontificado de monseñor Bernardo Herrera Restrepo, de 1891 a 1928, uno de sus períodos de mayor influencia en la vida espiritual, política y social del país. Hijo de Bernardo Herrera Buendía y de María de Jesús Restrepo Montoya, estudió en el Liceo de la Infancia, el colegio de Ricardo Carrasquilla, y en el colegio de los jesuitas. En 1864 viajó a París e ingresó al Seminario de San Sulpicio. Monseñor Vicente Arbeláez, quien se hallaba en el exilio, lo conoció allí y quedó fuertemente impresionado por la personalidad del joven seminarista. Ordenado sacerdote en la iglesia de San Sulpicio por monseñor Luis Carlos Maret, obispo *in partibus* de Sura, el 22 de mayo de 1869, obtuvo, en la Universidad de la Sapientia de Roma, el título de teólogo, el 13 de abril del año siguiente. Al regresar a Bogotá, el arzobispo Arbeláez lo nombró rector del Seminario Conciliar, recientemente restaurado, el 12 de diciembre de 1871. Gran extrañeza causó entre el clero la elección de este joven de 27 años para tan graves ministerios, habiendo tantos párrocos venerables llenos de méritos y experiencia; esto muestra el acertado criterio del arzobispo, quien supo ver en el presbítero Herrera al formidable guía y al gran reformador de esa institución. Monseñor Rafael María Carrasquilla cuenta: «Al ponerse al frente de su nuevo destino, dio inequívoca muestra de aquella amplitud de miras y de carácter que siempre lo distinguieron [...] refaccionó la capilla, se ampliaron los estrechos salones de estudio [...] dio un nuevo plan de estudios, mejoró el gabinete de física, entonces el más completo de la ciudad, y aumentó la biblioteca». Monseñor Herrera Restrepo fue, además, director de la Congregación del Sagrado Corazón, racionero en 1883, y obispo de Medellín el 27 de marzo de 1885, recibiendo de manos del arzobispo José Telésforo Paul la consagración episcopal, el 27 de diciembre. Preconizado arzobispo de Bogotá, recibió el Sagrado Palio por el delegado apostólico Antonio Sabatucci, obispo de Tebas, el 20 de septiembre de 1891. Fue nombrado asistente al Solio Pontificio, prelado doméstico de Su Santidad y conde romano en 1896. Su acertada gestión como presidente del Concilio Plenario Latino Americano en Roma, en 1899, fue merecedora de elogios por parte de todos los cardenales. El 17 de noviembre de 1902 recibió el título honorífico de arzobispo Primado de Colombia. Ese año, recién concluida la guerra de los Mil Días, promovió el voto nacional al Sagrado Corazón de Jesús, cuya iglesia consagró el 24 de septiembre de 1916. Durante las



Bernardo Herrera Restrepo.
Oleo de Marco Salas.
Conferencia Episcopal Latinoamericana, Bogotá.

problemáticas elecciones de 1898, monseñor Herrera Restrepo mostró su capacidad para mantener la dignidad del clero por encima de las luchas partidistas. En su pastoral de Corpus de 1897 dijo: «En las circunstancias presentes, cuando las pasiones se enardecen, la misión de los prelados de la Iglesia no puede ser otra que la que el apóstol San Pedro señalase a su discípulo Timoteo: "Reprende, ruega, exhorta con toda paciencia" [...] conviene que quienes están encargados de causas sagradas se abstengan por completo de apasionamientos políticos, a fin de que no se vuelvan sospechosos los ministros de la Iglesia». Monseñor Herrera fue presidente de las Conferencias Episcopales de 1908, 1912, 1916, 1919, 1924 y 1927; del Congreso Eucarístico de 1913, del Mariano de 1919 y del de Misiones de 1924.

Los gobiernos de la hegemonía conservadora, que habían tomado la bandera de la Iglesia católica como propia, y el innegable don de mando del arzobispo Herrera, lo fueron situando como árbitro de la política electoral del partido. Monseñor José Restrepo Posada, en *La Iglesia en dos momentos difíciles de la historia patria*, cuenta: «El arzobispo de Bogotá sufrió una gravísima enfermedad hasta el punto de que se le administraron los últimos sacramentos, en septiembre de 1917. La naturaleza triunfó, pudo volver a sus labores, pero sin el valor y agilidad mental de antes; físicamente quedó casi imposibilitado para moverse y moralmente quedó con temor a afrontar las dificultades; y para disimular este complejo, y el de su timidez de siempre, acudió instintivamente a dos medios: un gran celo por su autoridad, de modo que no le gustaba oír las razones de la contraparte y los asuntos se resolvían como él quería, sin discusión, y en el caso de la política, un deseo de buscar apoyo en una entidad que resolviera los asuntos, librándolo a él de la responsabilidad». Así, en octubre de 1924, y ante el peligro de que las diferentes corrientes del conservatismo escogieran sus propios directorios, la mayoría conservadora del Congreso nombró uno; el arzobispo manifestó: «Condeno y repruebo ahora, como lo he condenado y reprobado siempre, toda disidencia o corriente que tienda a menospreciar el principio de autoridad, representado en este caso sobre todo por el gobierno, y consiguientemente por el directorio que acaba de nombrar la mayoría conservadora del Congreso». El arzobispo Herrera, que en tiempos de Miguel Antonio Caro había roto lanzas con el gobierno y con sus propios sufragáneos por defender la absoluta independencia de la autoridad eclesiástica, últimamente apoyaba su decisión en lo que le aconsejaba el directorio de un determinado partido. En la famosa conversación que el general Alfredo Vázquez Cobo cuenta en sus *Memorias*, se plasma el tono autoritario con el que el arzobispo Herrera manejaba sus asuntos: les notificaba a él y al doctor Miguel Abadía Méndez, que el candidato conservador a la Presidencia de 1926 sería este último, sin siquiera dignarse a recibirlos para impartir su decisión conminatoria. Esta actitud traería graves perjuicios a la colectividad conservadora y a su sucesor, monseñor Ismael Perdomo. Monseñor Herrera Restrepo, tercero de los arzobispos colombianos nacido en Bogotá, después de Hernando Arias de Ugarte y José Telésforo Paul, falleció el 2 de enero de 1928, y se encuentra sepultado en la Catedral Primada de Bogotá.

JUAN DAVID GIRALDO

Bibliografía

BOTERO RESTREPO, JUAN. *Breve historia de la Iglesia colombiana*. Medellín, Copiyepes, 1983. *Primer Congreso Eucarístico Nacional*. Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana, 1914. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Apuntes para la historia del Seminario Conciliar de Bogotá, 1840-1940*. Bogotá, Editorial Centro, 1940. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Arquidiócesis de Bogotá. Biografías de sus prelados*. Bogotá, Lumen Christi, 1961-1966, tomo III. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *Genealogía episcopal de la jerarquía eclesiástica, 1513-1966*. Bogotá, Lumen Christi, 1968. RESTREPO POSADA, JOSÉ. *La Iglesia en dos momentos difíciles de la historia patria*. Bogotá, Kelly, 1971.

HINESTROSA DAZA, RICARDO



Ricardo Hinestrosa Daza.
Oleo de Inés Acevedo Biester.
Universidad Externado de Colombia, Bogotá.

Jurista y educador nacido en Zipaquirá, Cundinamarca, en 1874, muerto en Bogotá, el 12 de septiembre de 1963. Ricardo Hinestrosa Daza adelantó sus estudios secundarios en el Colegio Académico de Manuel Antonio Rueda Jara, y desde 1888, en el Externado de Colombia, donde concluyó sus estudios en la Facultad de Jurisprudencia en 1892. En 1893 ingresó al profesorado del Externado. Participó en la guerra civil de 1895, y en la de los Mil Días fue designado coronel del Ejército Revolucionario Liberal y prisionero político en el panóptico de Bogotá en 1900. Fue pionero de la introducción del modernismo en Colombia, a través de la *Revista Contemporánea*, de la cual fue cofundador y secretario. Magistrado del Tribunal Superior de Bogotá entre 1905 y 1909, formó parte de la generación republicana y, entre 1910 y 1914 desempeñó la Secretaría del Ministerio del Tesoro, como tal, estuvo encargado del despacho de la Secretaría del Tesoro en 1912. También fue representante suplente a la Cámara durante la administración Enrique Olaya Herrera. Jurista destacado, sus discípulos y colegas le dieron el merecido título de Maestro, actividad que ejerció desde 1889 y culminó en 1963. Especializado en Derecho Civil, Hinestrosa Daza ejerció la cátedra de Obligaciones y Sucesiones en la Universidad Republicana y en el Externado. Fue abogado de la Misión Financiera Kemmerer en 1931, magistrado de la Corte Suprema de Justicia entre 1935 y 1950, y presidente de esta corporación en el momento memorable de la Corte Admirable. Presidió la Comisión de Reformas al Código Civil, con el profesor Julliot de la Morandière en 1939; fue rector del Externado de Colombia desde 1933 hasta 1963; socio fundador de la Academia Colombiana de Jurisprudencia y presidente honorario; y miembro de honor de la Academia Colombiana de la Lengua. Hinestrosa Daza recibió la Cruz de Boyacá en 1942, con motivo de sus bodas de oro profesionales, ocasión

en la cual se relievó su tarea educadora y su labor como maestro de la juventud colombiana. Igualmente fue condecorado con la medalla Camilo Torres del Ministerio de Educación y la orden José Félix de Restrepo de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional.

FERNANDO VILLA QUINTERO

Bibliografía

ECHANDÍA, DARÍO. "Elogio de Ricardo Hinestrosa Daza". En: *Semblanzas del Externado*. Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1985.

HINESTROSA FORERO, FERNANDO

Jurista y educador nacido en Bogotá, en 1931. Fernando Hinestrosa Forero hizo el bachillerato en el Colegio San Bartolomé La Merced; en 1947 ingresó a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y Políticas del Externado de Colombia, y obtuvo el título de doctor en Derecho en 1951. Desde 1953 ejerce en el Externado la cátedra de Obligaciones, y en 1963 fue designado rector por el cuerpo de profesores y el consejo estudiantil, cargo que desempeña desde entonces. Jurista destacado, su especialidad es el Derecho Civil y ha dictado varias cátedras de esta materia. Tratadista y traductor de Derecho, sus alumnos y colegas le han otorgado el título de Maestro. De él podría decirse que creció en y por el Externado; su labor académica ha sido inmensa. Simultáneamente, Hinestrosa Forero ha sido magistrado de la Corte Suprema de Justicia; ministro de Justicia entre 1968 y 1970, durante la administración de Carlos Lleras Restrepo; ministro de Educación en 1970; presidente de la Corte Electoral en 1980 y embajador de Colombia ante la Santa Sede, entre 1989 y 1991. Eminente educador, Hinestrosa ha sido presidente de la Asociación Colombiana de Universidades y el Consejo Nacional de Rectores; presidente de la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL), y en la actualidad ocupa un escaño en el Consejo de Administración de la Asociación Internacional de Universidades (AIU). El 30 de octubre de 1993, al cumplir 30 años de rectorado en el Externado, el gobierno nacional lo condecoró con la Orden de San Carlos en el grado de Gran Cruz.



Fernando Hinestrosa Forero.
Fotografía de Lope Medina, 1993.

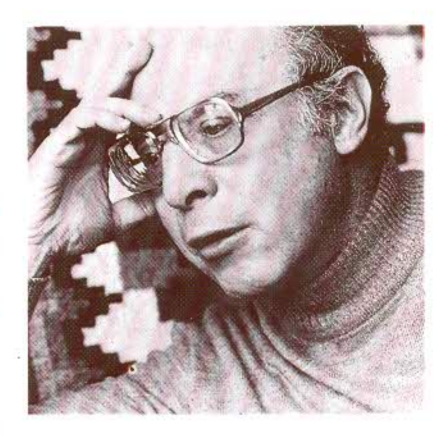
FERNANDO VILLA QUINTERO

Bibliografía

Homenaje a Fernando Hinestrosa. 30 años rector. Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1994.

HOLGUÍN, ANDRÉS

Poeta, traductor, crítico, jurista, profesor y diplomático nacido en Bogotá, en 1918, muerto en la misma ciudad, el 21 de junio de 1989. Hijo de Jorge Holguín Lloreda y Catalina Holguín y Caro (hija del presidente Carlos Holguín), Andrés Holguín se graduó de bachiller en 1935, de la Escuela Nacional de Comercio, y de abogado en 1941, del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Empezó a escribir y publicar a los 16 años. Ocupó numerosos cargos públicos, entre ellos, procurador general de la Nación y consejero de Estado. También fue diplomático en París, Roma y Caracas. El 5 de marzo de 1987, el Consejo Nacional Electoral lo eligió por unanimidad registrador nacional del Estado Civil, cargo al que renunció poco después por motivos de salud. Publicó más de veinte libros, entre ensayos, poesía, filosofía y crítica literaria. Fundó el Muro Blanco y, después, El Arké, instituto dedicado a difundir la cultura. También fue profesor en varias universidades, en especial en la de los Andes, de Bogotá, donde dirigió el Departamento de Humanidades y dictó cátedras de literatura y filosofía. Allí mismo fundó y dirigió la revista *Razón y Fábula*. Como periodista, publicó durante varios años su columna "Temas inesperados" en el diario *El Tiempo*, de Bogotá, con la cual obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en la modalidad cultural. Entre sus publicaciones se destacan: *Poemas* (1944), *La tortuga, símbolo del filósofo* (1961), *Antología crítica de la poesía colombiana, 1874-1974* (2 Vols., 1974) y *Notas griegas* (1977) [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 265-266*].



Andrés Holguín.

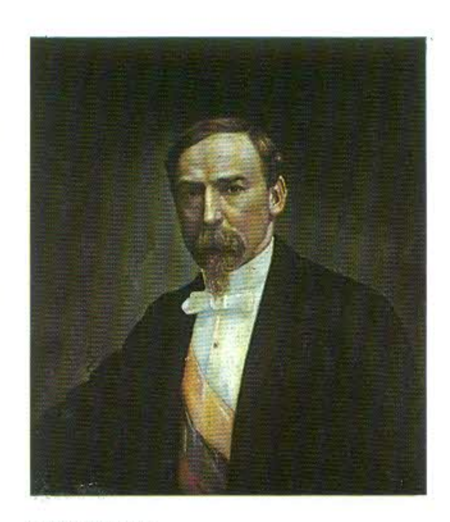
DORA TORRES

HOLGUÍN, CARLOS

Estadista, militar y periodista nacido en Nóvita (Chocó), el 11 de julio de 1832, muerto en Bogotá, el 19 de octubre de 1894. Carlos Holguín Mallarino estuvo encargado de la Presidencia de la República entre 1888 y 1892. Hijo de Vicente Holguín Sánchez y María Josefa Mallarino Ibargüen, este matrimonio tuvo catorce hijos, dos de los cuales ocuparon la Presidencia de la República de Colombia: Carlos y Jorge. Sobrino del ex presidente Manuel María Mallarino, contrajo matrimonio con Margarita Caro Tobar, hija de José Eusebio Caro y hermana de Miguel Antonio Caro. Carlos Holguín Mallarino inició sus estudios en Cali, y los continuó en Bogotá en 1847, en el Colegio de la Compañía de Jesús. Allí empezó una vida de austeridad y de intenso trabajo, con una excelente formación humanística. En este colegio se formó hasta cuando los jesuitas fueron expulsados del país, el 18 de mayo de 1850.

Entre sus compañeros destacamos a José Telésforo Paul, arzobispo de Bogotá en la época de Rafael Núñez y Holguín; Diego Fallon, José María Vergara y Vergara, Aníbal Galindo, José María Cordovez Moure, Próspero Pereira Gamba y Sergio Camargo. Holguín culminó sus estudios profesionales en la Universidad Colegio de San Bartolomé, en la carrera de Derecho y Ciencias Políticas. Sus maestros de jurisprudencia fueron José Ignacio de Márquez, Francisco Javier Zaldúa y Cerbeleón Pinzón, en las cátedras de Derecho romano, Derecho civil, y Derecho público, respectivamente; para el examen de grado fueron escogidos los doctores Florentino González y Francisco Eustaquio Alvarez. Holguín recibió el título de doctor en Derecho y Ciencias Políticas, refrendado en Popayán en el Tribunal Superior, que le confirió el título de abogado. Inició su carrera jurídica como fiscal del Tribunal del Cauca. Participó en la revolución contra el dictador José María Melo; sirvió en la Compañía del Sur, en favor de la causa constitucional. En la Campaña del Sur sirvió como secretario del coronel Manuel Tejada. Intervino en los Congresos de 1856 y 1858. El Congreso de 1859 lo eligió magistrado de la Suprema Corte Federal de Justicia. En la guerra civil de 1860-1861, Carlos Holguín Mallarino participó en el ejército conservador en defensa del gobierno de la Confederación Granadina de Mariano Ospina Rodríguez. En 1860 participó en la campaña del Magdalena y de la Sabana; combatió hasta el 18 de julio de 1861, cuando sucumbió el gobierno de Ospina Rodríguez.

Carlos Holguín tuvo fama por su oratoria y su labor periodística. Ocupó su curul en el Congreso desde 1868 hasta 1877, como representante y senador por los Estados de Cundinamarca, Tolima y Antioquia. Sus contemporáneos recuerdan que Holguín se batía casi solo contra toda una Cámara de ideas contrarias a las suyas; al respecto, Marco Fidel Suárez comentó: «Su oratoria no fue la de lugares comunes o de la declamación hueca ni ampulosa, ni brilló por las imágenes con que se exornan los discursos académicos o las arengas populares. Era la oratoria parlamentaria, acerada y fulgurante, en que campeaban las armas de la convicción y jamás las de la persuasión o el sentimentalismo. Sus discursos se distinguieron por la inagotable facundia, la



Carlos Holguín.
Oleo de Ricardo Moros Urbina, 1891.
Museo Nacional, Bogotá.

dialéctica clara y espontánea, la sátira más incisiva, la réplica más pronta y oportuna, y las alusiones históricas mejor traídas». Carlos Holguín se dedicó también al periodismo. En Cali fundó el periódico *El Caucano*, en 1857; en Bogotá redactó *La Prensa*, que circuló entre los años 1866 a 1868. Fue asiduo colaborador de los periódicos conservadores que se editaron en la capital, entre ellos, *El Conservador*, *El Filotémico*, *El Porvenir* y *El Tradicionista*. Escribió varias obras, entre las cuales destacamos: *Cartas políticas*, *Estudios históricos sobre la Independencia*, *Revista de Europa*, *Desbarreaux, su época y su soneto* y numerosos escritos en periódicos y revistas. Fue un fecundo escritor, polemista, crítico, con una prosa irónica y sarcástica. El presidente Rafael Núñez dio un gran impulso a la carrera política de Holguín. En su primera administración, Núñez lo nombró ministro plenipotenciario de Colombia ante el gobierno de Inglaterra; en 1881 fue nombrado en la misma dignidad ante el gobierno de España, el primer plenipotenciario de Colombia en la Madre Patria. En 1883 regresó a la Gran Bretaña como ministro plenipotenciario. El prestigio de Carlos Holguín en la Gran Bretaña y España fue muy importante, pues dio una gran imagen de Colombia en Europa. Cuando regresó a Colombia, fue nombrado por el presidente Rafael Núñez, ministro de Relaciones Exteriores, en diciembre de 1887 hasta febrero de 1888, cuando fue nombrado ministro de Gobierno. El Congreso Nacional lo eligió designado a la Presidencia por unanimidad de votos. En tal carácter, desempeñó la Presidencia de la República entre los años 1888 y 1892, en ausencia del presidente Núñez. En su gobierno, Holguín se preocupó por las obras públicas: la navegación a vapor por el Bajo Cauca y el río Nechí, la construcción de una parte de la carretera entre Cundinamarca y Boyacá, la limpieza del Canal del Dique, los trabajos de canalización del río Magdalena, la construcción del hospital militar en la capital, y de un asilo de mujeres puesto bajo el cuidado de las hermanas del Buen Pastor. Durante su gobierno, logró mantener una paz inalterada. Hubo un aumento creciente de exportaciones y, tanto el desarrollo de las industrias, como la agilización de las relaciones comerciales con el exterior, aumentaron considerablemente. En el año 1891, en el gobierno del presidente Carlos Holguín, la reina María Cristina de España dictó el laudo arbitral sobre la demarcación de las fronteras terrestres entre Colombia y Venezuela. Por este motivo, el presidente Carlos Holguín obsequió a España una bella colección de objetos de oro nacionales, conocida como el "Tesoro Quimbaya" [*Ver tomo 2, Historia, pp. 423-424*].

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

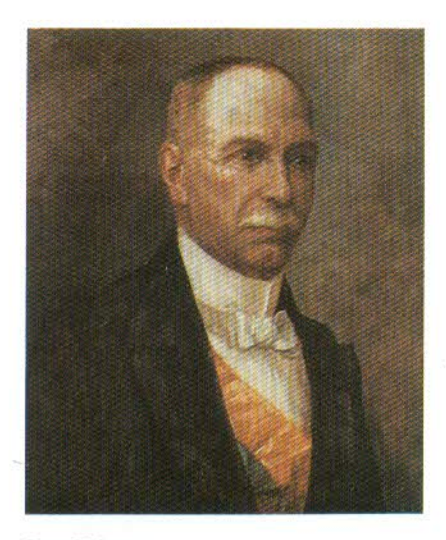
HOLGUÍN Y CARO, ALVARO. *Carlos Holguín. Una vida al servicio de la República*, 2 tomos. Bogotá, Editora Desarrollo, 1981. MARTÍNEZ DELGADO, LUIS. "Carlos Holguín". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XXIV, Nº 278 (diciembre 1937), pp. 705-722. SUÁREZ, MARCO FIDEL. "Carlos Holguín". *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, Vol. XXVII Nº 266 (Bogotá, 1932), pp. 344-357.

HOLGUÍN, JORGE

Estadista y militar vallecaucano (Cali, octubre 30 de 1848 - Bogotá marzo 2 de 1928), conocido en los años de transición entre los siglos XIX y XX, por sus actividades políticas que lo llevaron a desempeñar dos veces la Presidencia de Colombia. Nacido en el hogar formado por Vicente Holguín Sánchez y María Josefa Mallarino Ibargüen, las familias Holguín y Mallarino tuvieron importancia en la política de la segunda mitad del siglo XIX; su tío Manuel María Mallarino fue presidente de la Nueva Granada y su hermano Carlos Holguín fue presidente de Colombia en los años de

la Regeneración. Jorge Holguín Mallarino hizo sus primeros estudios bajo la dirección del escritor y educador Eustaquio Palacios, autor de *El Alférez Real*, a quien recordó con mucho aprecio. Se dedicó por entero a los negocios industriales, por lo cual llegó a tener una buena posición económica y financiera. Lo que no aprendió en los libros, lo aprendió de los hombres; lo que no bebió en los clásicos, lo adquirió en la experiencia de las cosas. Fue un industrial y comerciante que se interesó por la actividad política en una época de crisis nacional. Holguín Mallarino trabajó con denuedo por el triunfo del partido conservador. Desde muy joven participó en las guerras civiles y, entre ellas, la de 1876-1878 contra el gobierno del presidente Aquileo Parra. Actuó en las guerrillas de Pasquilla, donde obtuvo el grado de teniente coronel; así mismo, combatió en varias batallas de la guerra de 1876 y fue derrotado en la batalla del Puente del Común. Se refugió en el Colegio de San Bartolomé hasta cuando terminó la guerra. En el año 1885, el presidente Rafael Núñez lo llamó para que desempeñara el cargo de ministro del Tesoro. En tal carácter fue a Panamá, comisionado por el gobierno para hacer que los americanos salieran del Istmo, ocupado por ellos durante la guerra de 1885. El título de general de la República lo obtuvo en la guerra de 1895, en la batalla de Cruz Colorada. También participó en la batalla de Enciso. En un párrafo de su *Autobiografía*, describió la imagen terrible de la guerra: «La guerra es lo más espantoso que le puede acontecer a los hombres. Recuerdo que después de la batalla de Enciso, y al acercarme en una comisión delicada ante el general Reyes, me tocó ver uno de los espectáculos más horribles que es de suponer. En medio de una naturaleza bellísima, los campos sembrados de cadáveres. Los heridos, con los cráneos, con todos los huesos despedazados, lanzando las más terribles imprecaciones. Al campo de batalla de Enciso acudieron todos los cuervos y todos los perros de la República». El general Jorge Holguín también participó en el combate de la Amarilla, donde propiamente no hubo derrota, sino un pánico inexplicable que invadió al ejército conservador, sin que hubiera sido posible detener a los soldados.

En la administración del presidente Miguel Antonio Caro, Holguín fue ministro de Relaciones Exteriores; posteriormente fue ministro de Guerra en las administraciones de los presidentes Manuel Antonio Sanclemente y Rafael Reyes. Cuando ocurrieron los hechos del Trecemarcismo en el año 1909, que culminó con la renuncia del presidente Rafael Reyes, el general Jorge Holguín ejerció el poder ejecutivo en calidad de designado, desde el 9 de junio de 1909 hasta el 4 de agosto del mismo año. Durante su corto mandato enfrentó dificultades de orden público en Barranquilla, donde se presentó una sublevación militar. Le entregó el poder al presidente Ramón González Valencia, el 4 de agosto de 1909. El general Holguín se hizo cargo de la Presidencia de la República por segunda vez en el año 1921, ante la renuncia del presidente Marco Fidel Suárez. Sirvió de enlace entre el poder ejecutivo y el legislativo, que tenían grandes dificultades. A pesar de la invitación que hizo al liberalismo para que participara en el gobierno, no obtuvo dicha colaboración. Le correspondió perfeccionar el tratado Urrutia-Thomson, pendiente de aprobación desde 1914; y también dar las últimas instrucciones para la firma del pacto Lozano-Salomón, iniciado en el gobierno anterior para dar fin al litigio de límites con el Perú. En su corto gobierno, se interesó por la construcción de los ferrocarriles del Norte y del Pacífico. Con su formación humanística autodidacta, el general Jorge Holguín fue periodista. Fundó el periódico *La Prensa* en el año 1891; su objetivo fue apoyar la presidencia del humanista Miguel Antonio Caro. También colaboró en *La Nación*, *El Correo Nacional* y la *Revista Literaria*. Escribió varios folletos sobre asuntos económicos, entre ellos, *La bestia negra* y *Regulación del sistema monetario*. En París publicó su obra *Desde cerca*, en defensa del convenio con Lord Avebury en 1905, para unificar la deuda externa de la República. Su opositor Santiago Pérez Triana publicó otro trabajo que llamó "Desde lejos". Se casó con doña Cecilia Arboleda Mosquera, hija de Julio Arboleda y Sofía Mosquera; tuvieron 12 hijos [*Ver tomo 2, Historia, pp. 493 y 501*].



Jorge Holguín.
Oleo de Quijano, 1924.
Museo Nacional, Bogotá.

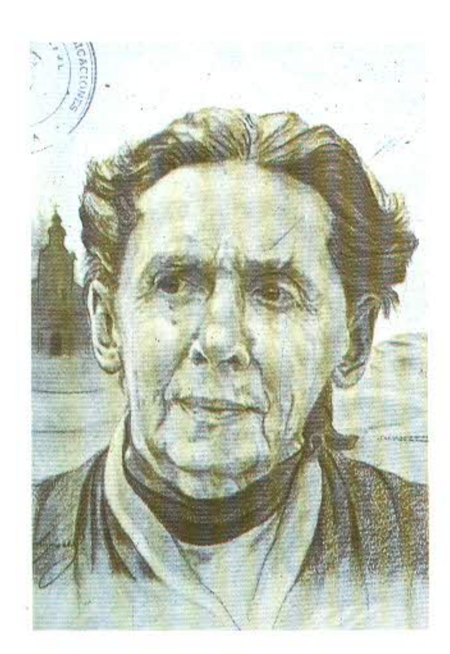
JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

CARRASQUILLA, RAFAEL MARÍA. "General don Jorge Holguín". *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, Vol. XXIII, Nº 223 (1928), pp. 129-130. HOLGUÍN ARBOLEDA, JULIO. *21 años de vida colombiana; historia, política y literatura*. Bogotá, Tercer Mundo, 1967. HOLGUÍN PARDO S. J., ARTURO. "Un presidente caleño en medio de las guerras civiles: Don Jorge Holguín". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Nº 752 (enero-marzo 1986), pp. 239-276. MARTÍNEZ DELGADO, LUIS. *Jorge Holguín o El Político*. Bogotá, Caja de Crédito Agrario, 1980. PALACIO, JULIO H. "La Presidencia de don Jorge Holguín". *El Tiempo*, julio 22 de 1945. SILVA TORRES, JULIO. *Don Jorge Holguín: honores y homenajes a su memoria*. Bogotá, Editorial Minerva, 1929.

HOLGUÍN Y CARO, MARGARITA

Pintora nacida en Bogotá, el 15 de noviembre de 1875, muerta en la misma ciudad, el 8 de diciembre de 1959. Margarita Holguín y Caro fue la cuarta hija del presidente Carlos Holguín Mallarino y de Margarita Caro Tobar, sobrina de Jorge Holguín y de Miguel Antonio Caro y nieta de José Eusebio Caro, prestantes figuras de la burguesía intelectual y política colombiana del siglo XIX. Recibió sus primeras lecciones de pintura en los talleres de Enrique Recio y Gil y Luis de Llanos, entre 1894 y 1896. Fue discípula de Andrés de Santa María, primero en su taller particular y luego en la Escuela de Artes Decorativas que fundó en 1904. También estudió en la Academia Julien de París, en 1928. En 1899 participó en la Exposición de Bellas Artes de Bogotá, con seis obras por las que recibió un galardón de tercer orden; Andrés de Santa



Margarita Holguín y Caro.
Dibujo de Hena Rodríguez, 1953.

María fue uno de los jurados del evento. En 1910, en la Exposición de Bellas Artes conmemorativa del centenario de la independencia, mostró cinco telas y obtuvo una medalla de honor. Junto a su familia, vivió varios años en París (1912-1915; 1928-1930, 1948-1950). Quizás el mayor legado de Margarita Holguín y Caro fue la construcción y decoración de la capilla de Santa María de los Angeles, que posteriormente donó a la comunidad agustina. Allí realizó una serie de pinturas religiosas, algunos bajorrelieves en cemento, bordados y piezas repujadas en plata, y además, talló el altar mayor en madera y carey. Publicó un libro, *Los Caros en Colombia* (1942), donde hizo una recopilación de diarios, cartas y documentos familiares. Fue una de las primeras artistas profesionales en Colombia. Permaneció soltera, y a pesar de sus obligaciones familiares y sociales, se consagró, más por vocación que por pasatiempo, a las bellas artes. Trabajó principalmente retratos, paisajes y escenas interiores. Su obra se reunió en una retrospectiva, con investigación y curaduría del profesor Eugenio Barney Cabrera, en el Museo Nacional de Bogotá, en 1977 [*Ver tomo 6, Arte, p. 122*].

MARIA CLARA MARTÍNEZ RIVERA

Bibliografía

ALBAR ALBARRACÍN, JACINTO. "Los artistas y sus críticos". En: *Exposición Nacional de Bellas Artes*. Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1899. BARNEY CABRERA, EUGENIO. "Margarita Holguín o la disciplina de lo inútil". En: *Margarita Holguín y Caro*. Museo Nacional, Bogotá, marzo de 1977; reproducido en: *El arte en Colombia, temas de ayer y de hoy*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1980, pp. 93-107. LASERNA, MARIO. "Margarita Holguín y Caro". *Semana*, Vol. XIV, Nº 324 (enero 3 de 1953).

HOYOS, ANA MERCEDES

Pintora nacida en Bogotá, el 29 de septiembre de 1942. Hija del ingeniero, dedicado a la arquitectura, Manuel José Hoyos, y de Esther Mejía, Ana Mercedes Hoyos hizo la primaria y el bachillerato en el Colegio Marymount de Bogotá. Durante la secundaria tomó clases particulares de pintura con Luciano Jaramillo, y desde pequeña conoció Europa con su familia; su padre cultivó en ella el interés por los museos y por la historia del arte. Ingresó a la Universidad de los Andes a estudiar artes plásticas, donde tuvo como profesores a Juan Antonio Roda, Luciano Jaramillo, Armando Villegas y Marta Traba; después pasó a la Universidad Nacional de Bogotá, pero no se graduó en ninguna de las dos para dedicarse a la pintura. En 1967 se casó con el arquitecto Jacques Mosseri y dos años después nació su hija Ana. Hoyos empezó a exponer en 1966. Desde el principio, su obra ha estado cercana al movimiento pop. Inicialmente hizo una serie de vallas, paisajes urbanos y buses al óleo, muy esquemáticos, en fuertes colores planos. A partir de 1969 realizó su serie *Ventanas*, para algunos sus pinturas más importantes; son obras aún más sintéticas, casi siempre en pequeño formato, cuadradas, en las que líneas verticales, horizontales y diagonales enmarcan un nebuloso paisaje abstracto, y donde se hace evidente su interés por la investigación de las variaciones del color y las transparencias del óleo. Esta serie evolucionó hacia pinturas más abstractas, que la artista llama atmósferas; son superficies muy claras, generalmente cercanas al blanco, con variaciones tonales casi imperceptibles. A partir de 1984, Ana Mercedes Hoyos se interesó en hacer recreaciones a partir de bodegones famosos de la historia del arte; inicialmente girasoles, o su síntesis pop, en bastidores redondos, según Vincent van Gogh. Después vinieron una tela enorme,



Ana Mercedes Hoyos.
Fotografía de Hernán Díaz, 1994.

El primer bodegón en la historia del arte, según Caravaggio, y otras pinturas a partir de Zurbarán, Cézanne, Jawlensky y Lichtenstein. En estas pinturas Hoyos regresó a los colores fuertes muy vivos, casi planos. A partir de 1987 ha realizado una serie de obras figurativas con motivos nacionales, *Bodegones de Palenque*, partiendo de los platones de las vendedoras de frutas de Cartagena, y una serie de *Papagayos*. También ha realizado algunas obras tridimensionales: esculturas en concreto, *Ventana* (1975) y *Girasol* (1984); e instalaciones como *Flores de luto*, en homenaje a Marta Traba (1983), y *Campo de girasoles* (1984). Ana Mercedes Hoyos ha realizado un gran número de exposiciones individuales, entre las que se destacan las del Museo de Arte Moderno de Bogotá en 1976, y "Ana Mercedes Hoyos, un decenio 1970-1980", en el Centro Colombo Americano de Bogotá, en 1981. Ha participado en innumerables colectivas en Colombia y el exterior. Ha recibido un gran número de premios, entre otros, el segundo premio en la Bienal de Pintura Joven del Museo de Arte Contemporáneo de Bogotá, en 1967; el primer premio en la exposición "Espacios ambientales", organizada por Marta Traba en el Museo de Arte Moderno de Bogotá en 1968; el premio Ciudad de Caracas a una serie de sus "ventanas" (*Uno al diez*), en el XX Salón de Artistas Nacionales en 1971; y el primer premio, con

una polémica pintura blanca, *Atmósfera*, en el XXVII Salón Nacional de Artes Visuales, en 1978.

MARÍA CLARA MARTÍNEZ RIVERA

Bibliografía

Ana Mercedes Hoyos, un decenio 1970-1980, Centro Colombo Americano, Bogotá, 1981, texto: Camilo Calderón. RUBIANO CABALLERO, GERMÁN. "La figuración más reciente". En: *Historia del arte colombiano*. Barcelona, Salvat, 1977, Vol. 7, pp. 1609-1632. SERRANO, EDUARDO. *De la luz al Palenque*. Bogotá, Ediciones Alfred Wild, 1990. TRABA, MARTA. *Historia abierta del arte colombiano*. Cali, Ediciones del Museo de Arte Moderno La Tertulia, 1972, pp. 220-224.

HOYOS, RAMÓN

Campeón de ciclismo antioqueño (Marinilla, 1932). Ganador de cinco Vueltas a Colombia, Ramón Hoyos Vallejo vivió una época heroica en el pedalismo colombiano, cuando las competencias transitaban a lo largo de difíciles carreteras y los ciclistas tenían que aguantar todo tipo de dificultades para llegar a su destino final. Bautizado el "Escarabajo de la montaña" por sus grandes cualidades para el ascenso, Hoyos ganó su primera Vuelta a Colombia en 1953, cuando estaba próximo a cumplir 21 años; en esta ocasión no sólo fue el mejor en la clasificación general, sino que se impuso en 8 de las 15 etapas disputadas. Repitió sus triunfos en esta prueba en 1954, 1955, 1956 y 1958; pero fue en 1955 cuando implantó un registro histórico: ganó la carrera y 12 de las 18 etapas cumplidas. En 1957 fue sancionado con cinco minutos de multa al concluir la sexta etapa, supuestamente por haber sido remolcado por uno de sus ayudantes. Junto con el representativo de Antioquia, Hoyos consideró injusta la sanción, y como las autoridades de la carrera se mantuvieron en su decisión, se retiró de la competencia. Verdadero símbolo de la Vuelta a Colombia, la más importante carrera ciclística del país, Hoyos no corrió en la primera, en 1951, porque no tenía bicicleta ni patrocinio; pero en la de 1954, el gobierno nacional, encabezado por el general Gustavo Rojas Pinilla, quien dio la largada oficial de la prueba, lo reclutó entre las filas del ejército y Hoyos corrió en representación de las Fuerzas Armadas. Además de haber sido un ciclista destacado en el país, Hoyos fue figura en el exterior. Ganó el título Panamericano de Ruta en México, en 1955; ese mismo año ganó la Vuelta a Puerto Rico; en las pruebas de ruta de los Juegos Olímpicos de Melbourne (1956) y Roma (1960), donde clasificó en los puestos noveno y trigésimo octavo, respectivamente, también dejó huellas de su clase. En 1953 corrió en la Route de Francia, pero no sólo tuvo que padecer dificultades en competencia, sino que para regresar al país debió hacerlo en un barco y con tiquete de tercera. Su retiro del ciclismo se produjo en 1964, después de que la Asociación de Ciclismo Colombiana no lo incluyó en la nómina nacional que competiría ese año en los Juegos Olímpicos de Tokio. Para Hoyos esto fue una injusticia, pues él había ganado su casilla para competir en este certamen. Hoyos fue, sin duda, la figura ciclística colombiana de los años cincuenta. Su primer triunfo se produjo en una doble a Rionegro, en 1951; y en las Vueltas a Colombia, su primera victoria de etapa la consiguió en el tramo Cali-Sevilla, en 1952.

Hoyos estudió la primaria en la Escuela Rural La Bolsa, en la vereda de Chorro-Hondo de su pueblo natal. Tuvo doce hermanos y heredó de dos de ellos, José y Juan de Dios, su amor por el ciclismo. Para conseguir su primera bicicleta cambió un reloj de pulso por una tipo turismo; pero la suerte no lo acompañó al comienzo, y como llegó de último en un circuito en Medellín, resolvió devolver la cicla y recuperar su reloj. Luego necesitó de ella para transportarse a su trabajo y volvió a realizar el trueque; esta vez el resultado ciclístico fue completamente diferente, y desde entonces creyó encontrar una mejor forma de ganarse la vida. Sin embargo en 1959, un año después de ganar su quinta Vuelta a Colombia, cansado de recibir trofeos y muy poco dinero por sus esfuerzos, estuvo a punto de retirarse del ciclismo, pero lo convencieron de renunciar a esta idea y corrió una nueva versión de aquella competencia, con tan sólo dos semanas de preparación. En ese tiempo, la remuneración económica que recibían los ciclistas por su esfuerzo era muy poca; según Hoyos, si le hubiera tocado correr hoy, estaría tapado en plata. Ahora vive de los beneficios que le deja un almacén de bicicletas de su propiedad, que él mismo administra en compañía de uno de sus hijos. Al ciclismo prefiere tenerlo como uno de los mejores recuerdos de su vida, y por eso ni siquiera lo practica de manera recreativa. En 1955 su gloria ciclística mereció la atención del escritor Gabriel García Márquez, quien siendo reportero de *El Espectador*, escribió 14 capítulos sobre su vida deportiva. Ramón Hoyos sigue siendo una de las leyendas vivientes del ciclismo colombiano, un pedalismo que se formó gracias a la garra de hombres que, como a él, no les importaron las dificultades de la naturaleza o sus propias deficiencias técnicas, porque, como este famoso "escarabajo" lo dice, antes se corría por puro amor a la camiseta.



Ramón Hoyos.

FERNANDO ARAÚJO VÉLEZ

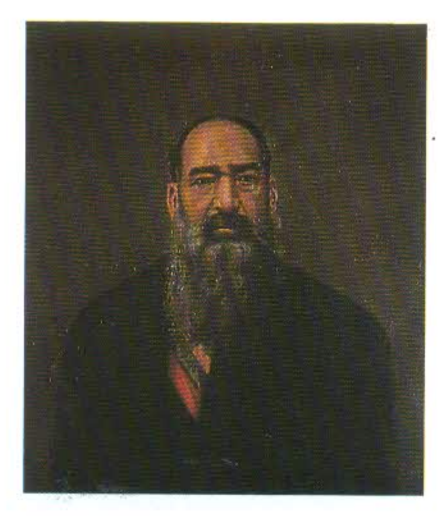
Bibliografía

DUQUE, RAFAEL. *Los escarabajos de la Vuelta a Colombia*. Bogotá, Oveja Negra, 1984. GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL. "El triple campeón revela sus secretos" (serie de 14 capítulos aparecidos en *El Espectador* en junio de 1955). En: *Obra periodística*. Bogotá, Oveja Negra, 1982, Vol. IV, pp. 573-660. "Las vueltas de don Ramón". *El País*, Cali, junio 16 de 1992.

HURTADO, EZEQUIEL

Estadista, político y militar caucano (Silvia, diciembre 14 de 1825-Popayán, septiembre 24 de 1890), presidente de la República entre abril y agosto de 1884. Hijo de Nicolás Hurtado y María Trinidad Hurtado, Ezequiel Hurtado hizo sus primeros estu-

dios en el Colegio de San José, y sus estudios universitarios, en la Universidad del Cauca, institución que le otorgó el título de abogado en el año 1852. Su primera intervención militar fue en 1851, cuando participó en defensa de las instituciones legales. En 1854 participó en la rebelión contra la dictadura del general José María Melo. Después ocupó importantes posiciones en el recién creado Estado del Cauca. A partir del año 1860, participó en las campañas revolucionarias contra el gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez. Hurtado se vinculó a las tropas del general Tomás Cipriano de Mosquera, las cuales triunfaron en 1861. En 1875, participó como diputado en la Asamblea del Estado del Cauca, y fue presidente de ella. Posteriormente fue representante y senador al Congreso de la República. Fue miembro de la Convención de Rionegro, que aprobó la Constitución Política de 1863. Desde 1868 participó en el Congreso Nacional como representante y como senador. En el año 1876 combatió la sublevación conservadora al lado del general Julián Trujillo. Cuando éste llegó al poder, lo nombró secretario de Guerra y Marina, en 1878. Elegido presidente del Estado del Cauca, gobernó entre 1879 y 1883. Este último año, Ezequiel Hurtado fue elegido designado a la Presidencia de la República, por el Congreso Nacional; así mismo, fue nombrado magistrado de la Corte Suprema de Justicia. El día 1 de abril de 1884, asumió la Presidencia de la República en su condición de designado, debido a la demora del presidente Rafael Núñez. Su gobierno se prolongó hasta el 11 de agosto de 1884. Hurtado participó en la guerra civil de 1885, de los radicales contra el gobierno de la Regeneración. Fue vencido como revolucionario en 1885, se le redujo a estrecha prisión y fue tratado con suma dureza. Al fin se le desterró del país y permaneció en Centroamérica hasta el año 1889. Regresó a Popayán anciano y enfermo, y allí murió.



Ezequiel Hurtado.
Oleo de Ricardo Moros Urbina, 1891.
Museo Nacional, Bogotá.

JAVIER OCAMPO LÓPEZ

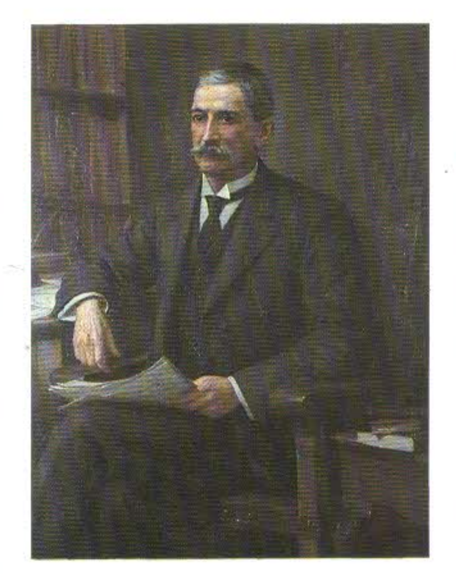
Bibliografía

ARAGÓN, ARCESIO. *Fastos payaneses*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1939. ARBOLEDA, GUSTAVO. *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo Departamento del Cauca*. Bogotá, Biblioteca Horizontes, 1962.

I

IBÁÑEZ, PEDRO MARÍA

Historiador, médico y periodista nacido en la hacienda Tunjuelo, en los límites entre Bogotá y Usme, el 20 de noviembre de 1854, muerto en Bogotá, el 21 de octubre de 1919. Hijo de Silvestre Ibáñez Caicedo y Clara Tovar y Gutiérrez, Pedro María Ibáñez realizó sus primeros estudios en una escuela mixta en Usme y en el Colegio del educador Domingo Martínez. Posteriormente hizo estudios de Humanidades en el Colegio de San Bartolomé, y luego estudió medicina en la Universidad Nacional. Recibió el título de doctor en Medicina en septiembre de 1876. Participó en la guerra de 1876-1878 en calidad de médico del ejército del gobierno nacional; prestó servicio en las ambulancias y estuvo en las campañas militares en las regiones del Tolima y Antioquia. Cuando terminó la guerra civil, con el triunfo de las fuerzas liberales del gobierno, fue nombrado adjunto en la legación diplomática de Colombia en Francia; en París asistió a cursos de medicina en diversos hospitales. Recorrió varios países de Europa, donde adquirió valiosas experiencias, y en el año 1882 fue nombrado presidente de la junta organizadora de los festejos para celebrar el centenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar; posteriormente participó en los actos conmemorativos del centenario del general Francisco de Paula Santander, en 1892. Una de las primeras obras que publicó fue *Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá*, que le abrió las puertas para entrar a la Academia Nacional de Medicina, donde fue nombrado secretario; ocupó este cargo durante ocho años. A finales del siglo XIX proyectó su actividad en el periodismo. Colaboró en el *Papel Periódico Ilustrado*, del escritor Alberto Urdaneta; allí publicó numerosos artículos científicos e históricos de la medicina. Colaboró, además, en *Diario de Cundinamarca*, *La Camarilla*, *La Nueva Colombia*, *La Reforma*, *El Movimiento*, *Revista médica*, *El artesano*, *El Correo Nacional*, *El Telegrama*, *Los Hechos* y otros. En 1883 redactó el periódico *La Abeja*; y en los años 1889 y 1890 se asoció con el periodista Ignacio Borda y publicó el periódico *Las Noticias*. A partir del año 1902, centró su actividad alrededor de la Academia Colombiana de Historia, de la cual fue secretario perpetuo. El 24 de diciembre de 1901, junto con Eduardo Posada, propusieron al entonces ministro de Instrucción Pública, José Joaquín Casas, la creación de una Biblioteca de Historia Nacional. Ello motivó al ministro Casas y al presidente de la República, José Manuel Marroquín, para crear la Comisión de Historia y Antigüedades Patrias, mediante la resolución 115 del 9 de mayo de 1902. En la instalación de la Comisión, el 11 de mayo de 1902, Ibáñez fue elegido secretario y, como presidente, Eduardo Posada. Mediante el decreto 1808 del 12 de diciembre de 1902 se creó la Academia de Historia y Antigüedades. Ibáñez se posesionó como miembro de número y fundador de la Academia Colombiana de Historia en la silla número 2, el 11 de mayo de 1902; ocupó esta silla hasta su muerte. Además, desde 1902 dirigió el *Boletín de Historia y Antigüedades*, órgano de la institución. Ibáñez publicó numerosas obras de carácter histórico. En 1891 inició la publicación de su principal obra, *Crónicas de Bogotá*, con datos curiosos y anécdotas sobre la historia de Bogotá; se publicaron cuatro volúmenes en los años 1913, 1915, 1917 y un libro póstumo en 1923. Es una historia narrativa y anecdótica sobre la ciudad de Bogotá en sus diversas etapas históricas. Otras obras de carácter histórico publicadas por Ibáñez son: *Ensayo biográfico de Gonzalo Jiménez de Quesada*, *Las mujeres de la revolución de Colombia*, *Vida de Herrán*, escrito con Eduardo Posada, *El general Manuel A. López*, *Biografía de Córdova*, *Causa y ejecución de Raimundo Russi*, *Crímenes y castigo de Ignacio Gutiérrez*, *Juicio y muerte del oidor Cortés de Mesa*, *Causa y ejecución del coronel Leonardo Infante*, *Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá* y *Estudio cronológico del señor Adolfo Flórez*. Ibáñez hizo un gran aporte a la historiografía académica y documentalista. Según sus ideas, la verdad en la historia se encuentra en el estudio, análisis e interpretación de los documentos, que son las fuentes directas y primarias para el conocimiento del pasado humano. Pedro María Ibáñez dirigió con Eduardo Posada la serie de publicaciones Biblioteca de Historia Nacional, que se inició con el volumen sobre *La Patria Boba*, con los documentos de Caballero, Jurado y Torres; el segundo volumen fue *El Precursor*, con documentos sobre el general Antonio Nariño; y el tercer volumen, *Vida del general Pedro Alcántara Herrán*. Los tomos X, XI, XII y XXXI los dedicó a sus *Crónicas de Bogotá*. Años más tarde, contribuyó a la publicación del *Archivo Santander*, e inició el Diccionario biográfico de colombianos que batallaron en la guerra de independencia, obra que no concluyó. Sus actividades como secretario perpetuo de la Academia Colombiana de Historia fueron muy fecundas y dinámicas, tanto en la publicación de obras, como en las conmemoraciones y festejos patrios.



Pedro María Ibáñez.
Oleo de Ricardo Acevedo Bernal, 1920.
Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

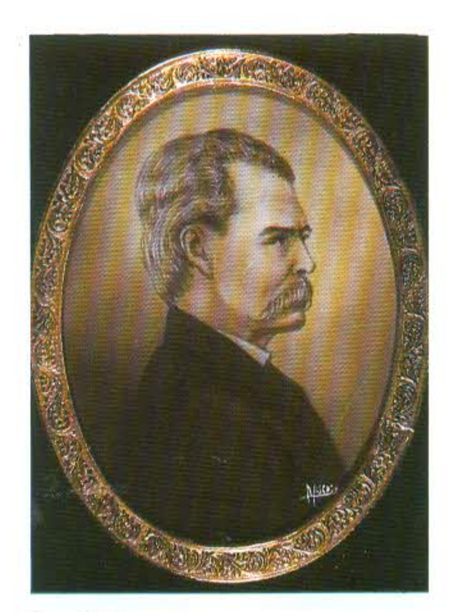
JAVIER OCAMPO LÓPEZ

Bibliografía

POSADA, EDUARDO. "Homenaje a Pedro María Ibáñez". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XIII, pp. 13 y ss. RIVAS, RAIMUNDO. "Discurso en el entierro de P. M. Ibáñez". *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XII, p. 586.

Isaacs, Jorge

Escritor vallecaucano (Cali, abril 1 de 1837 - Ibagué, abril 17 de 1895). A Jorge Isaacs le correspondió vivir en el agitado período de consolidación de la República, de las luchas entre los poderes militar y civil, de las sucesivas guerras civiles en las cuales participó (1854, 1861, 1876, 1880 y 1885); período que va desde la presidencia de José Ignacio de Márquez hasta la de Miguel Antonio Caro, durante el cual se sucedieron y aplicaron tres Constituciones (la radical de 1853, la federal de Rionegro de 1863 y la centralista de Núñez de 1886); período en el que el país vivió el auge del utopismo radical de la época de José Hilario López, del Tomás Cipriano de Mosquera liberal y de Manuel Murillo Toro, y su crisis con el ocaso del Olimpo Radical y la Regeneración de Núñez. Isaacs se opuso a la Regeneración, hasta el punto de encabezar, en un gesto descabellado y romántico, la revolución radical de Antioquia en 1880.



Jorge Isaacs.
Miniatura de Víctor Moscoso.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Infancia: El paraíso perdido

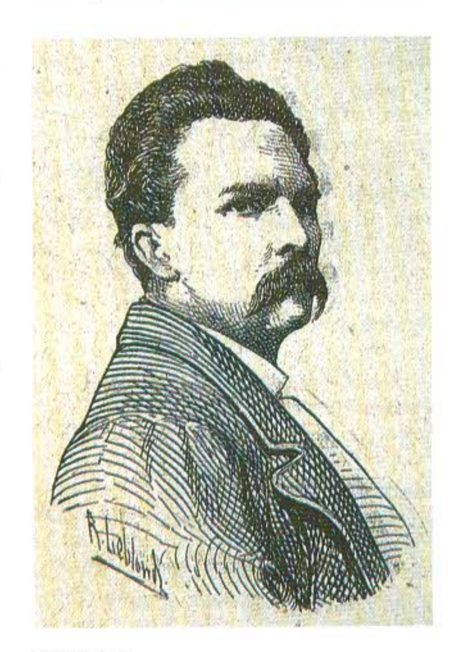
Jorge Enrique Isaacs nació en Cali (o en Quibdó, como algunos biógrafos han sostenido, al parecer sin mucha razón). Tenemos pocos datos precisos acerca de los años de su infancia. Isaacs, siempre tan generoso en palabras, escribió muy lacónicamente en una carta autobiográfica de 1874: «Nací en el Estado del Cauca (basta eso) el 1 de abril de 1837. Fueron mis padres: el señor Jorge Enrique Isaacs, súbdito inglés, que solicitó carta de naturaleza en Colombia a la edad de 20 años y la obtuvo del Libertador en 1829; la señora Manuela Ferrer, colombiana de nacimiento. Recibí instrucción primaria en una escuela de Cali y en otra de Popayán (la del señor Luna). En 1848 empecé a estudiar en Bogotá en el Colegio del Espíritu Santo del doctor Lorenzo María Lleras; más tarde cursé también en San Buenaventura y San Bartolomé». George Henry Isaacs, un judío de origen inglés nacido en Jamaica, se estableció en el Chocó desde 1822, donde mediante la explotación minera aurífera y el comercio con Jamaica, logró amasar un buen capital. Más tarde, ya obtenida la ciudadanía colombiana, convertido al cristianismo y casado con Manuela Ferrer Scarpetta, se trasladó de Quibdó a Cali. Cerca de esta ciudad compró dos haciendas: La Manuelita en 1840 (sede hoy del famoso ingenio azucarero homónimo), y luego El Paraíso (propiedad de la familia entre 1855 y 1858), que será la "casa de la sierra", escenario de *María*. Son muy escasas las referencias documentales acerca de los primeros años caucanos y bogotanos (a menos que se consideren como fielmente autobiográficos los capítulos de *María* que se refieren a la experiencia bogotana de Efraín). A pesar de que Isaacs estudió en Bogotá entre 1848 y 1852, es decir, durante los años del gobierno de José Hilario López y de las primeras reformas radicales, el futuro radical aguerrido no menciona los acontecimientos de esos años. Por el contrario, abundan en la poesía de Isaacs las reminiscencias líricas y nostálgicas de la infancia y de la casa paterna. La partida para Bogotá significó una ruptura decisiva en su vida, pues atrás quedaban los años edénicos de la inocencia, la compañía de los niños, los juegos infantiles evocados en poemas tempranos como "Mayo" (1860), "El primer beso" (1864), o tardíos como "El viejo soldado" (1890), en los que recuerda los días felices y aparecen en un marco idílico algunos personajes de *María* como la chica más juiciosa que lo enamora, el fiel perro Mayo, Felipe, el negro Juan Angel, Sinar y las historias que contaban los esclavos. En la poesía también evoca Isaacs el espacio idílico donde transcurrió su infancia: el río Nima de limpias aguas, sus guaduales, los bosques, las garzas de blancas plumas, las cuncunas, los rumores de hojas y aguas. La poesía de Isaacs, al igual que *María*, recuerda con frecuencia y nostalgia la casa paterna y la figura del padre, presente en toda su obra literaria, que aparece ya en el temprano poema "La tumba suya" (1861) y en el hermoso texto en prosa poética titulado "La luna en la velada" (1868).

En noviembre de 1852 Isaacs regresó a Cali, al parecer sin haber terminado los estudios de bachillerato. Ya la situación económica de la familia era difícil, lo cual no le permitió viajar a Inglaterra para estudiar medicina, como estaba previsto. Sabemos que en 1854 luchó en las campañas del Cauca, durante siete meses, contra la dictadura del general José María Melo. La guerra civil contribuyó a la ruina de las haciendas paternas, al faltar la mano de obra y la caña para moler. En noviembre de 1856 contrajo matrimonio con Felisa González Umaña, una joven de 14 años (la Selfia y Felisa de varios poemas) con la que tuvo una numerosa prole. Se dedicó al comercio en Cali, sin mucho éxito. Siguiendo sus inclinaciones, pensó dedicarse a la literatura dramática. A esta época (1859-1860) corresponden sus primeros poemas y sus dramas históricos: los inéditos *Amy Robsart* (1859), sobre el cual, años más tarde, formuló un riguroso juicio crítico; *María Adrian* (o *Los Montañeses en Lyon*) y el poco conocido *Paulina Lamberti*. En el año 1860 tuvo lugar el levantamiento de Tomás Cipriano de Mosquera contra el gobierno central. Isaacs, que tenía entonces 23 años, tomó armas contra el general. Combatió en el puente de Cali y participó en la batalla de Manizales, del 28 de agosto. Este es su primer contacto con la tierra de Antioquia, que le fue siempre muy querida. El 16 de marzo de 1861 murió el padre. Dejó un buen patrimonio, pero también conspicuas deudas. Terminada la guerra, Isaacs volvió a Cali para encargarse de los negocios familiares, de acuerdo con la voluntad paterna. Tuvo que dejar a un lado sus intereses por la botánica, la anatomía, la medicina y, según él mismo afirmó, «caí de tan alto a un mostrador, sobre el cual, para no perder del todo el tiempo, me di a borrajear mis versos de muchacho». En un intento por salvar de la ruina las haciendas y los negocios, acudió a préstamos que no logró cancelar en los plazos establecidos. Dejó a su her-

mano Alcides al frente del disminuido patrimonio familiar, y viajó a Bogotá (1863). En 1864 se remataron las haciendas La Rita y La Manuelita, en subasta pública, las cuales fueron adquiridas por Santiago Eder en las dos terceras partes de su avalúo, sin que lo recaudado alcanzara para el pago de los numerosos acreedores.

La fama literaria. De Bogotá a Chile

Enredado en pleitos, Isaacs acudió en Bogotá a los servicios profesionales de José María Vergara y Vergara y de Aníbal Galindo. El primero de éstos se convirtió en su mentor literario, al presentarlo a los miembros de la tertulia de El Mosaico, quienes, después de oír la lectura de sus poemas, asumieron su publicación. Esto quedó consignado, excepcionalmente, en el acta de la tertulia de junio 24 de 1864, suscrita por destacados escritores, entre los cuales figuran José María Samper, José Manuel Marroquín, Ezequiel Uricoechea, Ricardo Carrasquilla, José María Vergara y Vergara, Salvador Camacho Roldán, Diego Fallon y Manuel Pombo. Con algunos de ellos lo unirá una larga amistad. Por esa época también participó en las veladas en la casa de Miguel Antonio Caro, quien, años más tarde, después del paso de Isaacs al radicalismo, se convirtió en uno de sus acérrimos enemigos. En noviembre de 1864 el general Mosquera nombró a Isaacs subinspector de los trabajos del camino de herradura entre Buenaventura y Cali. Durante el año que desempeñó este cargo, en el campamento de La Víbora, en el clima adverso de las selvas hermosas pero malsanas del Dagua, viviendo como salvaje, aprovechando las horas nocturnas y de descanso, inició la redacción de *María*. Allí contrajo paludismo, enfermedad que lo llevó a una muerte prematura a la edad de 58 años. Al renunciar al cargo regresó a Cali, donde terminó la redacción de la novela. Al año siguiente lo encontramos en Bogotá, dedicado al comercio en su almacén, donde vendía mercancías importadas diversas: telas, ropa, mercería, herramientas, cristalería y «setecientos ochenta artículos más», según rezaba un aviso publicado en varios periódicos de la capital. *María* fue publicada en mayo de 1867 por la imprenta de José Benito Gaitán, en una edición de 800 ejemplares que se vendieron al precio de $ 1.60. El texto de esta primera edición fue revisado por Ricardo Carrasquilla, y el de la segunda (1869), por Miguel Antonio Caro. El éxito de la novela fue inmediato, no sólo en Colombia sino en toda la América Hispana. Jorge Isaacs se convirtió, según relatan sus contemporáneos, en uno de los hombres más admirados y solicitados de la capital, y en uno de los miembros más prometedores del partido conservador. Como tal, inició su actividad periodística y política. A mediados de 1870, convertido ya al partido radical, fue nombrado cónsul general en Chile. Camino hacia el sur, escribió sus "Notas" de viaje, que envió al *Diario de Cundinamarca*, en las que comentaba los progresos de la economía del Cauca en los últimos años de paz. Desde Chile envió, entre otros, un interesante trabajo titulado "La Confederación Argentina", en el que hace una reseña histórica y un elogio de la misma como modelo de progreso. En el desempeño de su actividad consular se esforzó por rectificar y mejorar la opinión que los chilenos tenían de Colombia; se esmeró por mejorar las relaciones comerciales entre los dos países. A su regreso al Cauca, adquirió, en sociedad con el chileno Recaredo Infante, la hacienda Guayabonegro, pero después del retiro del socio capitalista se vio obligado a declararse en quiebra. Intentó inútilmente venderla para cancelar deudas; finalmente, después de muchos pleitos, la hacienda fue embargada y luego vendida en subasta pública en 1878.



Jorge Isaacs.
Grabado de R. Leblond, 1903.
Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Política y periodismo

Isaacs inició su actividad periodística en 1867. De filiación conservadora, al igual que su padre, a partir del 1 de julio y hasta el 4 de diciembre, dirigió *La República*, periódico conservador moderado fundado ese año. Aquí publicó regularmente los editoriales y varios artículos de tema principalmente político, pero también de tema social y económico. Su filiación política no le impidió pertenecer a la masonería. Su fama literaria y su desempeño en la redacción de *La República* le abrieron el camino de la política, a la que estuvo vinculado activamente hasta 1881. Fue elegido representante del Tolima al Congreso de 1868 y 1869, pero tuvo problemas con el ala más intransigente de su partido, por oponerse al indulto a Mosquera. Algunos biógrafos relatan que en el Congreso, cuando un copartidario le reprochó sus simpatías por el partido liberal, contestó: «Sí,he pasado de las tinieblas a la luz». Efectivamente, en 1869 Isaacs cerró filas con el radicalismo. Durante el resto de su vida fue uno de sus militantes más aguerridos. Esta conversión al radicalismo no le fue perdonada por muchos de sus antiguos copartidarios; le valió rencores y burlas hasta el final de su vida. El 1 de febrero de 1870 fue nombrado secretario general de la Cámara de Representantes. A su regreso de Chile, participó activamente en la política caucana. Con su primo César Conto, editó en Popayán el periódico doctrinario *El Programa Liberal*, donde sostuvo una enconada polémica contra los conservadores clericales y el periódico *Los Principios* de Cali. Suspendió la publicación del periódico a causa de la revolución de 1876, en la que participó, en la batalla de Los Chancos, al lado de su primo. En agosto de 1877 fue nombrado secretario de Gobierno del Cauca por el presidente Modesto Garcés, y por algún tiempo asumió simultáneamente la Secretaría de Hacienda. A finales del año viajó a Bogotá como diputado del Cauca a la Cámara de Representantes. Sus encendidos discursos contra el conservatismo y el clero, en defensa de las propuestas legislativas de los radicales, fueron aplaudidas por las barras de estudiantes y de obreros. Con algunos miembros independientes y radicales del Congreso firmó, el 13 de febrero de 1879, un acta en

busca de la conciliación entre las facciones rivales de liberalismo. En 1879 fue elegido presidente de la Cámara. El día 6 de mayo de ese año, Isaacs y otros congresistas liberales que se oponían a leyes que favorecían al clero, fueron perseguidos por la calle y apedreados por grupos de fanáticos. A raíz de estos desórdenes, conocidos como la "lapidación del Congreso", el presidente Julián Trujillo clausuró la corporación. Isaacs se negó a asistir a las sesiones extraordinarias y se marchó a Antioquia, como secretario del presidente Rengifo. En junio de 1879 asumió por corto tiempo la dirección del periódico radical *La Nueva Era*, donde publicó inflamados editoriales y violentas diatribas contra los nuñistas y los conservadores. En Antioquia, la situación política se había vuelto notablemente crítica. Cuando los conservadores se levantaron contra el gobierno de Rengifo, los liberales reunieron voluntarios para defenderlo. En estas circunstancias, Isaacs se proclamó, en enero de 1880, jefe civil y militar de Antioquia, creyendo tener el apoyo del partido y del gobierno central. Pero al fallarle este apoyo, tuvo que rendirse con sus tropas tres meses después. A raíz de estos sucesos, fue expulsado de la Cámara. Después de esta aventura, no volvió a participar directamente en político. Fracasado el intento revolucionario antioqueño, se estableció con su familia en Ibagué, en una casita que le prestó Juan de Dios Restrepo. Publicó el Primer Canto del extenso poema titulado *Saulo* (1881), que quedó inconcluso. A finales del año, Rafael Núñez lo nombró secretario de la Comisión Científica, y comenzó su vida errante por diversas regiones del país. De regreso a Ibagué, enfermo y desencantado, pensó en irse a la Argentina por invitación del general Roca, y mientras tanto se dedicó a la lectura de Plutarco y de César; pero la guerra de 1885, «que tanto esfuerzo hice por impedir» y que calificó como «mi última locura de patriota», frustró su viaje y lo distrajo de sus lecturas. En agosto, «el desprestigiado Jorge Isaacs» fue capturado con sus hombres en el Tolima.

Isaacs, educador

Esta es una de las actividades menos conocidas en la vida de Jorge Isaacs. Su preocupación por la educación fue muy temprana y duradera. Durante su consulado, había observado con interés la práctica de la enseñanza primaria en Chile y Argentina. A su regreso a Colombia, mientras intentaba vender la hacienda de Guayabonegro, aceptó en Palmira, en 1874, su primer cargo en la educación pública primaria. Desde ese momento propuso la creación de escuelas rurales diurnas y nocturnas. El año siguiente desempeñó la misma función en el Municipio de Cali, y a partir del 1 de diciembre de 1875 se posesionó como superintendente general de Instrucción Pública Primaria en el Estado del Cauca. Isaacs volvió a desempeñarse en educación como director de Instrucción Pública del Tolima, entre enero de 1883 y mayo de 1884. En todos estos cargos, siempre se preocupó por la calidad de la enseñanza, por la preparación y cumplimiento de los maestros y directores, por la aplicación y nivel académico de los alumnos, por la educación de la mujer, por las rentas y dotación física de las escuelas. Procuró la creación de escuelas nocturnas para adultos y para jóvenes trabajadores, de escuelas de agricultura y de oficios y la enseñanza de estos últimos en las escuelas públicas. Ordenó a los delegados de Instrucción Pública visitar periódicamente las escuelas de su municipio y rendir informes de cada visita. Se dedicó él mismo a visitar escuelas de varios municipios del Cauca. Insistió en la aplicación del método Pestalozzi, que consideraba el más conveniente. Isaacs siempre tuvo graves conflictos en su Estado con las autoridades eclesiásticas, por aplicar las leyes radicales acerca de la educación laica. El obispo de Popayán amenazó con la excomunión a los padres que matriculaban a sus hijos en las escuelas públicas o en la Normal Superior, prohibió la lectura de *El Programa Liberal* y excomulgó *El Escolar* (órgano oficial de la Superintendencia). En mayo de 1877, hordas de fanáticos ocasionaron destrozos en la Superintendencia y en la Escuela Normal. Sin embargo, Isaacs siguió preocupándose por la educación en el Congreso, como representante de Estado del Cauca.

Isaacs, explorador

La Expedición Corográfica se había interrumpido poco después de la muerte de Agustín Codazzi, en 1859. El gobierno de Núñez quería continuar la exploración del país y de sus recursos. En 1881 se «ordena el establecimiento de una Comisión Científica permanente para el estudio de los tres reinos naturales de la República», con particular interés en el conocimiento y explotación de las minas, consideradas de gran importancia para el desarrollo material del país. La Comisión debía, además, especificar y describir «las plantas, resinas, aceites y frutos aplicables a la medicina y a la industria, completando estas nociones con los herbarios y las colecciones de muestras que proporcionen su completo conocimiento». La Comisión estaba integrada por el director, el argelino Carlos Manó, por Francisco Javier Tapia, como botánico y dibujante, por Lázaro María Girón, como auxiliar técnico, por Rubén J. Mosquera, como amanuense y auxiliar del secretario, y por un secretario, cuyo nombramiento recayó en Jorge Isaacs. Este último quedó encargado de revisar y redactar los trabajos, y escribir sus propias observaciones, preferiblemente acerca de los siguientes temas: «Descripción de la naturaleza física en el terreno recorrido, costumbres de los habitantes, grado de adelantamiento moral e intelectual que hayan alcanzado por virtud, sobre todo de la enseñanza pública, y dirección de las escuelas en que ésta se dicta; probable desarrollo de la población por el régimen higiénico de los grandes centros que visite; una estadística sencilla de las aguas medicinales». Estas observaciones debían publicarse en los *Anales de Instrucción Pública*. El contrato se firmó por el término de un año, prorrogable a voluntad de Isaacs. El gobierno de la Nación se comprometía a pagarle puntualmente, por semestres adelantados, el suelo anual de $ 3000. En octubre de 1881 Isaacs salió de Bogotá con destino al Estado de Magdalena. En los diez meses siguientes exploró la región occidental, los «desiertos de Aracataca», donde descubrió yacimientos carboníferos. En sus informes, esbozó sus planteamientos sobre las posibilidades de explotación de las hulleras y del desarrollo agrícola de la región, mediante la colonización con gente laboriosa y pacífica del Estado de Santander. Visitó el territorio de los motilones, la Sierra Nevada y luego la Guajira. El gobierno incumplió con los pagos establecidos, lo cual obligó a Isaacs a contraer préstamos. Por esta y otras razones, continuó las exploraciones por su propia cuenta. Como resultado quedaron los informes oficiales publicados en el *Diario Oficial* y en diversos periódicos,

la mayoría de los cuales fueron recogidos bajo el título "Hulleras de Aracataca", y un trabajo de tipo etnolingüístico, "Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena" (1884), en el cual, al lado de las observaciones geográficas e históricas, encontramos vocabularios y observaciones sobre las lenguas businca, motilona y guajira. Este escrito le valió una crítica feroz de su antiguo amigo Miguel Antonio Caro, quien en el artículo titulado "El darwinismo y las misiones", hacía referencia al darwinismo y al judaísmo de Isaacs desde una perspectiva católica. Anteriormente el nombramiento de Isaacs como secretario de la Comisión había suscitado las críticas y las burlas de Rafael Pombo, en el periódico *El Conservador*, a las que respondió Isaacs con acrimonia; de igual manera, se había referido irónicamente a «los arqueólogos chibchas de gorro y pantuflas» en una carta de 1886. Después de una pausa, Isaacs reanudó sus exploraciones, primero en la región meridional de Cundinamarca, donde en unas cavernas encontró numerosos cráneos de hombres muy antiguos, dos de los cuales creyó ingenuamente «son de hombres simios y que pueden representar el eslabón perdido». En noviembre de 1886 inició su segundo viaje a la Costa Atlántica. Antes de partir celebró contrato con el Ministerio de Hacienda, «para la explotación de las hulleras de Aracataca y las que se descubran en el macizo de la Sierra Nevada de Santa Marta, Territorio de la Guajira y el Golfo de Urabá». En este segundo viaje lo acompañaron su hijo Jorge y un fiel servidor, Belisario, quien murió en el curso de la exploración y a quien Isaacs dedicó uno de sus mejores poemas. Recorrió la zona de Sevilla, Aracataca y Fundación; luego Montería, Ronda y Masuga. Descubrió yacimientos de hulla en Riohacha, Dibulla, Naranjal y Rincón-Mosquito, petróleo en el golfo de Urabá, y dos yacimientos de fosfato de cal, en la Guajira y en la Isla Fuerte. Al poco tiempo de su regreso de la Costa, tal vez refiriéndose a las críticas de Rafael Pombo y de M. A. Caro, escribió a su primo Jorge Holguín: «Hacer todo eso, arriesgando la vida a todas horas, viviendo entre las tribus bárbaras que devora la peste, o embarcado en una



Jorge Isaacs.
Oleo de Luis Alberto Acuña,
Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.

cáscara de nuez y desafiando tempestades [...] me parece mejor y más útil y efectivo que hacer odas y madrigales para divertir gratis al público sensible. ¿Qué dice Ud., autor y maestro, de mi sensatez prosaica? Las musas dizque están, por ende enojadas conmigo y desdeñosas. ¡Embustes! Menos enamoradizos habrían de ser. Lo que hay es que no siempre se ha de vivir canturriando: el país está en miseria, y más para que le ayuden que para coronar poetas». De regreso a Ibagué, descubrió en sus alrededores diversas minas de oro de filón y de aluvión, y se propuso establecer una compañía para explotarlas. Isaacs siguió alimentando la esperanza de realizar fabulosos negocios. El espejismo de la riqueza nunca lo abandonó.

Ultimos años

Isaacs pasó los últimos años de su vida (1888-1895) con su familia en Ibagué. Aunque consideraba su residencia en esta ciudad como un destierro, su situación económica lo obligó a permanecer allí. En sus frecuentes viajes a Bogotá, hizo múltiples intentos por conseguir financiación extranjera, en Nueva York y París, para la explotación de las hulleras; un año antes de su muerte cedió sus derechos a la Panamerican Investments Co. Al mismo tiempo (1891), se dedicó a la revisión de la tercera edición de *María*, en cuyo texto introdujo correcciones sustanciales con miras a una cuarta edición definitiva, que no llegó a publicarse antes de su muerte; a la composición de un extenso poema sobre Antioquia titulado "La Tierra de Córdova" (1893); y a la investigación documental para una trilogía sobre la historia del Gran Cauca, que debía estar conformada por las novelas *Fania*, *Camilo* (o *Alma negra*) y *Soledad*. La gran novela histórica sobre el Cauca quedó, sin embargo, en la mente de su autor. Isaacs murió en Ibagué, el 17 de abril de 1895, sin haber logrado superar la visión romántica del mundo que dejó plasmada en su única novela y obra maestra *María*. Por sus múltiples intereses y actividades, Isaacs fue, como pocos, uno de los hombres más representativos del siglo XIX colombiano. De su corta pero intensa vida, que tiene todos los ingredientes de una novela de aventuras, quedan abundantes escritos no sólo literarios. Aunque es conocido exclusivamente como el autor de *María*, obra a la que debe su lugar privilegiado en la historia literaria, Isaacs nunca estuvo apartado de la literatura, ni antes ni después de *María*. Aunque no logró plasmar su gran novela histórica que superara a *María*, dejó una copiosa obra poética, en la que se destaca, entre otros, un poema tan inmerecidamente desconocido como *Saulo* [*Sobre la obra de Isaacs, ver tomo 4, Literatura, pp. 78, 87-88 y "Jorge Isaacs", pp. 89-100*].

MARÍA TERESA CRISTINA Z.

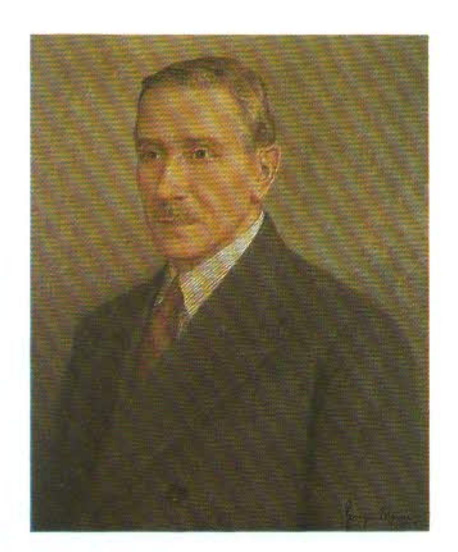
Bibliografía

ARCINIEGAS, GERMÁN. *Genio y figura de Jorge Isaacs*. Buenos Aires, EUDEBA, 1967. CARVAJAL, MARIO. *Vida y pasión de Jorge Isaacs*. Manizales, Arturo Zapata, 1937. CARVAJAL, MARIO *et al. Jorge Isaacs, hijo de Cali*. Cali, Carvajal & Cía., 1943. GÓMEZ VALDERRAMA, PEDRO. *Jorge Isaacs*. Bogotá, Procultura, 1989. VELASCO MADRIÑÁN, LUIS CARLOS. *Jorge Isaacs. El caballero de las lágrimas*. Cali, Editorial América, 1942. VELASCO MADRIÑÁN, LUIS CARLOS. *El explorador Jorge Isaacs*. Cali, Imprenta Departamental, 1967.

J

JARAMILLO, ESTEBAN

Abogado, economista y escritor antioqueño (Abejorral, 1874 - Bogotá, 1947). Ensayista en diversos tópicos y ministro de Estado en varias oportunidades, las actuaciones de Esteban Jaramillo durante su larga carrera política fueron muy polémicas, pero sus aportes en materia monetaria y fiscal se convirtieron en factores decisivos para modernizar la economía del país y la administración del Estado. Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia, graduado en 1895, viajó a París y en 1904 inició estudios de Ciencias Económicas y Financieras en la Universidad de la Sorbona. En 1917 fue a Estados Unidos a especializarse en Economía y Finanzas. Hizo una rápida y vertiginosa carrera, que inició desempeñando sencillos cargos en su pueblo, hasta llegar a la administración departamental y finalmente a la nacional. Fue juez de Abejorral y Fredonia; magistrado de la Corte Suprema y gobernador de Antioquia; diplomático en Francia; gerente del Banco Central; ministro de Gobierno del presidente José Manuel Marroquín, en 1903, de Agricultura y Comercio del presidente Marco Fidel Suárez, entre 1918 y 1919, de Obras Públicas del presidente Carlos Holguín, entre 1919 y 1921, de Hacienda en los mandatos de Miguel Abadía Méndez y Enrique Olaya Herrera, entre 1927 y 1929 y 1931 y 1934, respectivamente; representante al Congreso en varias ocasiones a nombre del partido conservador; y presidente de la Federación Colombiana de Cafeteros. El general Pedro Nel Ospina lo encargó de coordinar el trabajo de la misión norteamericana dirigida por Edwin Walter Kemmerer, contratada para orientar la modernización de las finanzas públicas y privadas del país. La misión Kemmerer estructuró un plan que incluyó la creación de la Contraloría General, de la Superintendencia Bancaria y del Banco de la República, según el modelo de los bancos de reservas federales de los Estados Unidos. Según Esteban Jaramillo, la reforma tuvo efectos saludables evidentes en el país, como la expansión del crédito bancario, la seguridad para los accionistas de los bancos y para los ahorradores, y el control del Estado para garantizar el manejo adecuado de las instituciones financieras y de cambio. Para consolidar el nuevo orden financiero, Jaramillo impulsó la creación de la Caja de Crédito Agrario, Industrial y Minero, y el Banco Central Hipotecario, como decidido partidario de la política intervencionista del Estado en materia bancaria. También fue partícipe activo de la redacción del proyecto para la creación del Banco Interamericano de Desarrollo. Introdujo, en 1918, el concepto del impuesto sobre la renta global, establecido luego por una ley de la República que ordenó gravar la renta proveniente del capital con un 3%, la proveniente del capital combinado con la industria en un 2%, y la renta del trabajo con el 1% anual.



Esteban Jaramillo.
Oleo de Georges Brasseur, 1948.
Banco de la República, Bogotá.

Jaramillo es reconocido en la historia colombiana por el acertado manejo de la economía durante la crisis mundial de 1929 y la guerra con el Perú en 1932, pues se dice que la economía nacional salió fortalecida del conflicto. Sus proyectos de ley siempre fueron una respuesta oportuna para dar solución a profundos problemas estructurales del país. La amplitud de sus estudios y el conocimiento en la materia lo convirtieron en una autoridad en América Latina en asuntos sobre hacienda pública. Jaramillo figura como el primer maestro colombiano de esa cátedra en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario y en la Facultad Nacional. Las opiniones adversas sobre él se pueden vislumbrar en la anotaciones que hizo un ministro británico en Colombia: «De oscuro origen, ha amasado una fortuna, aunque vive miserablemente. Negoció todos los empréstitos de 1927 y 1928 y seguramente sacó tajada de ello. Es el espíritu dirigente de un fuerte grupo antioqueño llamado El Leviatán, el blanco de cuyos intereses es el peculio público. Es amigo de los métodos subterráneos en política y en administración. Inescrupuloso, subrepticio, falso y pernicioso, pero cauteloso; un chacal. Gravita alrededor de los intereses norteamericanos, probablemente por instinto [...] Tiene mucha experiencia y más astucia que los demás miembros del gabinete [de Abadía]». Se nota que a los ingleses no les simpatizaba Jaramillo; sin embargo, para algunos de sus contemporáneos y para el historiador Luis Eduardo Nieto Arteta, es el político y tecnócrata que simboliza la nueva época modernizante del Estado, inaugurada por el presidente Pedro Nel Ospina, por su «amplia, universal cultura. Serenidad y mesura. Sobriedad y objetividad. Fina e inmediata comprensión de la economía». Según el ex presidente Carlos Lleras Restrepo, «dos terceras partes de su vida se hallan marcadas con las huellas de los furiosos ataques que hubo de soportar y resistir [...] El trato con el doctor Esteban y ese estudio constante de sus escritos me han permitido apreciar la enorme [importancia] que [le] corresponde en la actual estructura económica y fiscal del país». En sus escritos, Jaramillo se presentaba como un ensayista prolífico y de notable erudición. Trató acerca de innumerables tópicos con elegante estilo y reconocido dominio de la gramática española. Esto le valió para convertirse en miembro de las Academias Colombianas de la Lengua, de la Historia y de Jurisprudencia. Sus

obras más conocidas son *La reforma tributaria en Colombia* (1918), *Memorias de Hacienda* y *Tratado de Hacienda Pública* (1925), un clásico en la materia, publicado en numerosas oportunidades y texto universitario único y obligado durante muchos años en Colombia.

LUIS FERNANDO MOLINA

Bibliografía

JARAMILLO, ESTEBAN. *Estudios y antología*, 2 tomos. Bogotá, Cámara de Representantes, 1978.

JARAMILLO, LORENZO

Pintor, dibujante, ilustrador y escenógrafo nacido en Hamburgo (Alemania) en 1955 y muerto en Bogotá en 1992. Hijo del historiador Jaime Jaramillo Uribe y de la antropóloga Yolanda Mora, Lorenzo estudió en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional en Bogotá y luego hizo diversos cursos en Londres, Salzburgo y Padua. Realizó nueve exposiciones individuales a partir de 1980 y participó en numerosas muestras colectivas en el país y en el exterior. Desde niño Lorenzo Jaramillo dio pruebas de haber nacido artista y por eso sus padres decidieron que Juan Antonio Roda fuera su maestro. Aparte de sus estudios, Jaramillo se formó viajando por el mundo y asistiendo a cine, teatro y ópera. Su cultura visual era extraordinaria y obviamente influyó en su trabajo. En sus óleos y tintas, las figuras eran personajes en diferentes movimientos y actitudes, que actuaban protagónicamente (como las bailarinas de la *Suite de las muchachas extravagantes*) o que representaban diferentes papeles (como en los óleos de 1987, en los que una figura cuida o vigila a otra yacente). Uno de los motivos recurrentes de su producción fueron las caras; desde las que exhibió en 1981 (unas, verdaderos retratos y otras, muy deformadas) hasta las cabezas que aparecen en los bodegones de 1991, el artista insistió en unos rostros-máscaras que reflejan toda clase de sentimientos. Como escribiera el mismo Jaramillo al presentar sus obras de 1981: «A pesar de sus transformaciones, estas grandes caras insisten en ser caras, tal vez para recordar lo que pensaba Leonardo cuando dijo que "para un pintor hay dos grandes temas que pintar: el hombre y la intención de su alma; lo primero es fácil, lo segundo difícil"». Aparte de las figuras humanas, tema en el que también hay excelentes retratos de amigos, Jaramillo pintó algunos paisajes con volcanes en 1989 y una serie de naturalezas muertas a fines de 1991. En unos y otras, Jaramillo siguió mostrándose como un sorprendente y osado colorista, pero las pastas muy elaboradas de los primeros, una característica de su pintura, desaparecieron en sus últimos óleos, en los que los colores eran livianos y chorreados. Al lado de sus dibujos (*Talking heads, Suite de las muchachas extravagantes*, los desnudos masculinos *Sin título*), Jaramillo realizó una amplia aunque no muy conocida producción de grabados en diversos procedimientos. Desde sus litografías *The children of London*, hasta sus grabados en metal *Piezas en forma de pera*, en homenaje al compositor francés Erik Satie, el artista derrochó en estas obras inventiva y capacidad de aludir al hombre en general, pero sobre todo al hombre del siglo XX, con toda su carga de angustia y soledad. El último trabajo de Lorenzo Jaramillo, con el director de cine Luis Ospina, fue *Nuestra película*, bella revisión de la vida del artista, uno de los creadores más polifacéticos e intensos del arte contemporáneo colombiano [*Ver tomo 6, Arte, p. 142*].


Lorenzo Jaramillo.
Fotografía de Hernán Díaz.
"Retratos", Bogotá, Villegas Editores, 1993.

GERMÁN RUBIANO CABALLERO

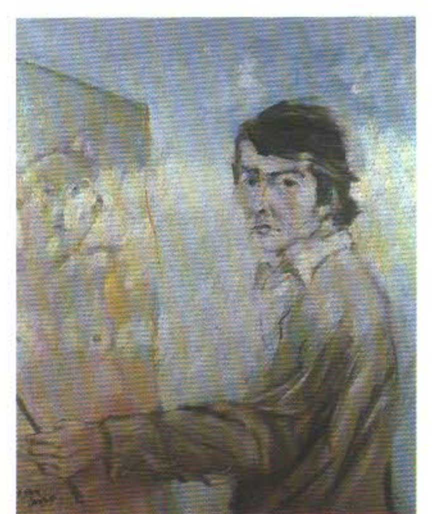
Bibliografía

Lorenzo Jaramillo, pinturas, Galería Iriarte, Bogotá, 1980, texto: Germán Rubiano ▪ *Lorenzo Jaramillo, proyectos*, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1981, texto: Eduardo Serrano ▪ *Lorenzo Jaramillo 1955-1992*, Museo de Arte Moderno, Bogotá, 1992, texto: Ana María Escallón ▪ *Quince óleos negros*, Museo de Arte Carrillo Gil, México, 1983, texto: Lorenzo Jaramillo ▪ *Suite de las muchachas extravagantes*, Galería Garcés Velásquez, Bogotá, 1985, texto: Lorenzo Jaramillo.

JARAMILLO, LUCIANO

Pintor caldense (Manizales, noviembre 29 de 1938 - Bogotá, diciembre 31 de 1984). Expresionista romántico, Luciano Jaramillo Trujillo fue una de las figuras más representativas de la ola figurativa que surgió en los años sesenta en la pintura colombiana. La familia Jaramillo, compuesta por los padres, dos hermanos y una hermana menores, se trasladó a Bogotá en 1942. En 1943 Luciano Jaramillo entró a estudiar en el Colegio de Celia Duque (que luego se llamará Colegio Alfonso Jaramillo), y en 1951 la familia viajó a Europa y se instaló en París. En 1952 Luciano entró con sus hermanos a estudiar interno en L'École des Roches, en Normandía. Aprovechando su estadía en Francia, realizó sus primeras visitas a museos, y así hizo sus primeros contactos con la pintura. Jaramillo se inició muy joven en las actividades artísticas. En 1954 pintó sus primeros cuadros: *Niño pensando* y *El gallo*. En estos cuadros se presiente un expresionismo latente y se adivina la influencia del pintor francés Georges Rouault. En 1955 la familia Jaramillo regresó a Bogotá, donde Luciano continuó sus estudios en el Colegio Helvetia. Siguiendo la vena mística y la factura empastada de Rouault, pintó sus cuadros al óleo *Cristo* y *El Sermón de la montaña*. Formado tempranamente como pintor autodidacta, en 1956 realizó una exposición individual en la Biblioteca Nacional de Bogotá, con los temas *Payasos* y *Bodegones*. En noviembre obtuvo su título de bachiller. En 1957 comenzó estudios de pintura y publicidad en L'École de Paul Colin de París, y el mismo Colin encontró en el joven artista, más dotes de pintor que de publicista. Instaló su estudio en París, y realizó diferentes viajes por Europa visitando museos. Siguió pintando bodegones con el tema *Flores, botellas y frutas*. Esta época se podría catalogar como período "vidriera", debido a la influencia del vitral en su pintura. Conoció la obra de Bernard Buffet, pintor francés de moda, quien

marcó su trabajo de manera definitiva y lo puso en la ruta del dibujo "expresionista". En 1958 continuó sus estudios de arte en la Academia La Grande Chaumière y en la Academia Julien de París, y recibió su grado en pintura y publicidad. Ese mismo año regresó a Colombia, y en agosto realizó una exposición individual de pintura en la Galería El Callejón. Luego, en septiembre, participó en el XI Salón de Artistas Colombianos, con los óleos *Martini Gin* y *Alacena*, y fue seleccionado para participar en la Bienal de París. En 1960 trabajó en el taller de Alejandro Obregón en Barranquilla, donde el maestro influirá de manera definitiva en la pintura de su alumno. En el mes de marzo participó en la exposición "3000 años de Arte Colombiano", en la Galería Lowe de la Universidad de Miami, bajo la curaduría de Marta Traba; exposición que viajó luego al Museo de la Organización de Estados Americanos (OEA), en Washington. En 1961 fue nombrado profesor de pintura en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de los Andes. En junio de este año, participó en el XIII Salón de Artistas Colombianos con *Desnudo 1* y *Desnudo 5*, obras con las que ganó el segundo premio en Pintura. Ya convertido en un pintor reconocido, Marta Traba y Walter Engel comentaron favorablemente su pintura; en abril de 1961, Marta Traba dijo en la *Nueva Prensa*: «Luciano Jaramillo nos recuerda, por si lo habíamos olvidado, que tiene suficiente talento y sensibilidad como para iniciar el combate con su propia pintura con buenas probabilidades de victoria [...] Luciano Jaramillo siempre dirá en sus obras que el hombre debe estar vivo, y su respiración y sus sentimientos tienen que ser visibles en el cuadro», y en noviembre del mismo año: «Sus espléndidas obras presentadas este año en el Salón Nacional revelaron una madurez enérgica, un verdadero sentido de la creación de las formas: duras y ásperas dirigidas hacia la pintura encarnizada y vigorosa, se internaban sin dificultad en un expresionismo positivo». Por su parte, el 31 de diciembre del mismo año, Walter Engel decía en *El Espectador*: «Un artista en tal grado trabajador y creativo, y con resultados tan extraordinarios, puede aguantar tranquilamente el reproche de que expone con demasiada frecuencia. Lo que nos ofreció en el curso del año de 1961 era siempre nuevo, siempre interesante, y siempre valía la pena de visitar la exposición respectiva. Para mí, Luciano Jaramillo termina este año como valor definitivo de la pintura colombiana». En 1962 participó en la exposición "Siete pintores modernos" en la Galería de Arte Moderno dirigida por Casimiro Eiger, en Bogotá; entonces, Eiger dijo: «Porque hasta ahora Luciano Jaramillo, más que un estilo es una presencia». El mismo año, ganó el segundo premio en el XIV Salón de Artistas Colombianos; en septiembre realizó el mural del Juzgado Municipal de Suba. En 1963 pintó sus *Homenajes al Aduanero Rousseau*: *La gitana dormida*, *La guerra*, *El sueño del Tiovivo*. Refiriéndose a estos cuadros, Gloria Martínez dijo: «La calma y la ternura se posan en su paleta, sus tonos se tornan suaves, profundos, cálidos, nostálgicos. Acaricia con amor la forma, con una mano sabia y conocedora de todos los secretos de la pintura». En 1964 pintó el mural de la Caja Agraria de Montería, y el telón del Teatro Los Fundadores de Manizales. En 1965 realizó una exposición en el Museo de Arte Moderno de Bogotá, dirigido por Marta Traba, con los cuadros *Los festines* y *La familia viendo la T.V.* A propósito de esta exposición, Walter Engel dijo: «Cuando Luciano Jaramillo resurge artísticamente, vuelve a ponerse de un golpe en la primera fila de la pintura colombiana. Esta vez como estupendo expresionista figurativo, como filósofo con fachada sarcástica y un fondo apasionadamente humano, como pintor de vigor y temperamento, como verdadero artista creador». Este mismo año ilustró una serie de libros sobre *El romancero gitano* de Federico García Lorca y sobre poemas de Miguel Hernández. Ya en 1966 Jaramillo era ampliamente conocido como pintor por la crítica y el público, se afianzaba como una figura sobresaliente dentro de la plástica colombiana y empezaba a ser conocido fuera de su país.



Luciano Jaramillo.
Autorretrato, 1977.
Colección particular, Bogotá.

En 1967 viajó a Chile con su familia, e instaló su estudio en la calle Hernán Cortés de Santiago. Participó en el Salón Grav en Santiago y quedó fuera de concurso; después regresó a Colombia. En 1972 pintó su serie *El Gran Juan* y el mural para la plaza de mercado del 7 de Agosto, *La Virgen de la paloma*. En 1974 pintó el mural para la plaza de mercado del 20 de Julio. En 1976 ganó el premio de la Corporación Nacional de Turismo por su afiche *Colombia, una ruta diferente*. En enero de 1979 realizó una exposición individual en el Museo de la OEA, en Washington, cuyo catálogo fue comentado por el crítico de arte José Gómez Sicre, sobre las series *Bodas en Tívoli*, *Van Gogh*, *Simón Bolívar*, *Manuela Sáenz* y *Gretel's Child*. Ese mismo año se imprimió en Bogotá la carpeta de grabados *Los Caprichos*, realizada conjuntamente con el pintor Gustavo Zalamea. En octubre de 1982, ganó el concurso del mural de Caldas para el Banco Cafetero de Manizales, con el tema *La familia cafetera*. En marzo de 1984 realizó una exposición individual de pintura y dibujos en la Galería Iriarte de Bogotá, con el tema *Retratos imaginarios*. Refiriéndose a esta serie, Juan Gustavo Cobo dijo: «Su romanticismo esencial aceptaba ahora algo tan válido como la intuición: la experiencia. Algo tan concreto como el sueño: la realidad. Gracias a ello sus cuadros se llenaron de verdad». El 31 de diciembre murió de una embolia pulmonar; Camilo Calderón dijo: «Luciano Jaramillo hizo una obra personal, solitaria, no siempre bien entendida ni apreciada, y con voluntarios retiros de la "escena" artística, sin que por ello dejara de pintar. De su rigor da prueba la inmisericorde autocrítica, que le hacía destruir mucho, para quedarse con poco, y sólo lo mejor de su obra». En 1986 se le rindió homenaje en el Museo de Arte Moderno de Bogotá, con una exposición retrospectiva y con el lanzamiento del libro *Luciano Jaramillo*.

GLORIA MARTÍNEZ

Bibliografía

Luciano Jaramillo. Bogotá, Lerner, 1986.

Jaramillo Agudelo, Darío

Poeta antioqueño (Santa Rosa de Osos, julio 28 de 1947). Aunque se le considera el principal renovador de la poesía amorosa en Colombia, y uno de los mejores poetas no sólo de la "generación desencantada", sino de la segunda mitad del siglo xx, conviene resaltar que la formación académica de Darío Jaramillo Agudelo no es, como podría suponerse, exclusivamente humanística. Jaramillo terminó el bachillerato en Medellín y posteriormente se graduó como abogado y economista en la Universidad Javeriana. Publicó *Historias*, su primer volumen de versos, en 1974; le siguieron, *Tratado de retórica* (Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus, 1977), *Poemas de amor* (1986) y *Cantar por Cantar*, un número monográfico de la revista *Golpe de Dados*, en 1992. Estos libros de poesía fueron reunidos por la Universidad Nacional en el volumen *77 poemas*, y sobre ellos se han realizado dos selecciones: *Antología poética* (Caracas, Monte Avila, 1992) y *Cuánto silencio debajo de esta luna* (México, UNAM, 1992). Jaramillo comenzó escribiendo una poesía irónica e intelectual. En ella dominaban las citas, el tono humorístico y la parodia de los mitos e instituciones literarias. Con los años fue abandonando esos lugares y ensayó una poesía íntima, de corte amoroso y completamente despojada de metáforas y referencias enciclopédicas. Aunque el tono es diferente al de sus poemas iniciales, no podría hablarse de una ruptura: en uno y otro caso, Jaramillo efectúa una meditada crítica de los "valores lingüísticos" que la tradición convierte en paradigma, tanto de la poesía como de la sensibilidad romántica. Si en los años setenta manifestaba: «*Lo difícil de un poema está en escribir el primer verso/ (y el segundo)*», al mediar los ochenta el tono es: «*Algún día te escribiré un poema que no mencione el aire ni la noche/ un poema que omita los nombres de las flores, que no tenga jazmines o magnolias*». Paralelamente a su labor de poeta, Jaramillo se ha destacado como brillante narrador y ensayista. Es autor de dos novelas, *La muerte de Alec* (finalista Premio Plaza & Janés, 1983) y *Cartas cruzadas* (1994); de un libro de textos de ficción, *Guía para viajeros* (1991); de cuentos para niños, *Aventuras y desventuras de Pánfila con los números*; y de varias compilaciones con sus prólogos, entre las que se destacan *La nueva historia de Colombia* (1976), *Sentimentario. Antología de la poesía amorosa y erótica de Colombia* (1985), *Antología de lecturas amenas* (1988) y *Poemáquinas* (1992). Mención aparte merece "Historia de una pasión", relato autobiográfico que puede considerarse una de las mejores prosas colombianas del siglo xx. En la actualidad, Jaramillo se desempeña como subgerente cultural del Banco de la República, dirige el *Boletín Cultural y Bibliográfico* y es miembro de los consejos de redacción de la revista *Golpe de Dados*, de la editorial Cave Canem y de la fundación Simón y Lola Guberek [*Ver tomo 4, Literatura, pp. 318-319*].



Darío Jaramillo Agudelo.
Oleo de Leonel Torres, 1992.
Colección particular, Bogotá.

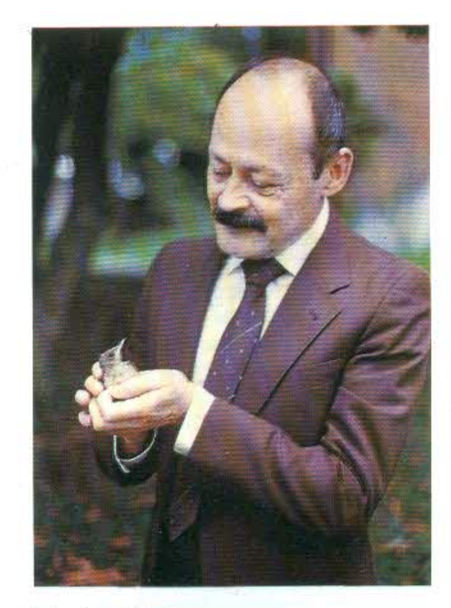
MARIO JURSICH DURÁN

Bibliografía

CARRANZA, MARÍA MERCEDES, JAIME JARAMILLO ESCOBAR, JUAN GUSTAVO COBO BORDA y otros. Edición dedicada a Darío Jaramillo Agudelo. *Golpe de Dados*, Vol. XVII, Nº XCIX (mayo-junio 1989). JARAMILLO AGUDELO, DARÍO. "Historia de una pasión". *Revista de Estudios Colombianos*, Nº 7 (1989), pp. 12-17.

Jaramillo Escobar, Jaime

Poeta antioqueño (Pueblorrico, mayo 25 de 1932). Jaime Jaramillo Escobar vivió su infancia y juventud en varios pueblos antioqueños, especialmente en Altamira y Andes, donde fue compañero de Gonzalo Arango. Cuando, en 1958, su antiguo condiscípulo de colegio encendió los primeros fuegos del nadaísmo en Medellín, Jaramillo Escobar, quien a la sazón vivía en Cali, decidió sumarse al movimiento, encubriendo su verdadero nombre bajo el seudónimo X-504: «La X es también para preguntar quién soy. Es una interrogación. El desconocido que te interroga. El que pasa por tus manos sin darse a conocer y se va después de haberte dado todo, menos su nombre. Soy el nombre falso de la verdad [...] X-504, número de presidiario [...] X-504 existe para que Jaime Jaramillo Escobar pueda vivir libremente, sin el peso de la literatura y de la admiración», explica Jaramillo Escobar. En contraposición con el carácter incendiario y revulsivo del nadaísmo, la discreción de X-504, paradójicamente, resultaba casi escandalosa. Gonzalo Arango lo describió como el más raro de los nadaístas, pues «paga religiosamente el arriendo el último día de mes, gira cheques con fondos, usa chaleco, todas las mañanas a las 8 en punto le da los "buenos días" al patrón, etc.». No obstante, el poeta más parco del nadaísmo terminaría siendo reconocido como el mejor de todos. El premio Cassius Clay de poesía nadaísta que obtuvo en 1967 con su libro *Los poemas de la ofensa*, así lo demuestra. Este libro, junto con *Los elementos del desastre*, de Alvaro Mutis, *Morada al sur*, de Aurelio Arturo y *Baladas*, de Mario Rivero, es considerado como lo más logrado de la poesía colombiana escrita entre 1950 y 1975. En los 44 poemas que conforman el libro,



Jaime Jaramillo Escobar.
Fotografía de Jorge Eduardo Barros.

Jaramillo Escobar despliega los rasgos característicos de su escritura: poemas extensos dispuestos en frases a manera de versículos; adopción de un tono sentencioso propio de tradiciones épicas y bíblicas, matizado con humor e ironía; y, sobre todo, un contrapunto exultante entre «las grandes y colectivas cosas con las pequeñas y personales»: *Os preocupáis demasiado de que vuestra casa esté limpia,/y de que vuestros negocios estén sucios./ Lo importante es mantenerse ocupado todo el día,/ porque no sabéis qué hacer con el tiempo libre./ Y por eso vivís inventando cosas permanentemente./ Pero yo os digo:/ Hay que hacer esta noche una fiesta privada en casa de cada cual,/ porque hoy es víspera de la muerte./ Apuráos* ("Comentario de la muerte"). X-504 ha publicado, además, *Sombrero de ahogado* (1984) y *Poemas de tierra caliente* (1985), con los que ganó, respectivamente, los Premios Nacionales de Poesía Eduardo Cote Lamus y Universidad de Antioquia, en 1983. En su antología *Selecta* (1987), incluye poemas de dos libros inéditos: *Poesía revelada* y *Poesía pública* [*Ver tomo 4, Literatura, "El nadaísmo", pp. 271-274*].

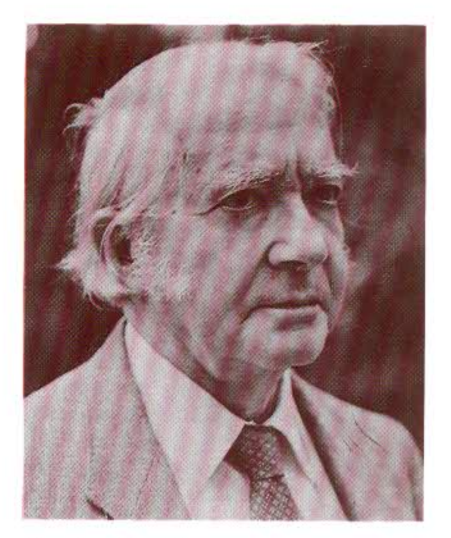
JOHN JAIRO GALÁN

Bibligorafía

COLLAZOS, OSCAR. "Jaime Jaramillo Escobar". En: *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá, Ediciones Casa Silva, 1991, pp. 476-485. JARAMILLO ESCOBAR, JAIME. *Selecta*. Bogotá, Tercer Mundo, 1987. JARAMILLO ESCOBAR, JAIME. "Si fuera mudo, aprendería a escribir los versos en el aire" (entrevista). En: REINALDO SPITALETTA y MARIO ESCOBAR (Eds.). *Reportajes a la literatura colombiana*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1991.

JARAMILLO URIBE, JAIME

Historiador antioqueño (Abejorral, 1917). Pionero, orientador y maestro de la profesionalización de la Historia en Colombia, Jaime Jaramillo Uribe introdujo en los medios universitarios la moderna Historia Social y de la Cultura, tendencias llamadas Nueva Historia. Jaramillo estudió y se licenció en Ciencias Económicas y Sociales en la Escuela Normal Superior en 1941, entidad en la que se formó la primera generación de científicos sociales que tuvo el país, pioneros, la mayor parte de ellos, en el estudio de la antropología, la arqueología, la sociología y la lingüística, y donde hubo un selecto grupo de profesores extranjeros, migrantes de la guerra civil española y de la segunda Guerra Mundial. Dentro de la formación profesional de Jaramillo fue especialmente importante la influencia del profesor Gerhard Masur, con quien aprendió y se interesó por la historia de las ideas, modalidad hasta ese momento totalmente desconocida en el país y en la cual Jaramillo Uribe ha hecho fundamentales aportes. También fue importante el ascendiente del profesor José María Ots Capdequí, de quien tuvo sabias enseñanzas, la más importante de todas, la necesidad del historiador de basarse en la información de archivo, en las fuentes primarias. Esto fue determinante en la producción intelectual de Jaramillo Uribe, pues sus escritos, además de un riguroso análisis, están fundamentados en una amplia y bien seleccionada documentación, lo que los hace trabajos sólidos, esenciales para el estudio de la historia nacional. Luego de terminar en la Normal Superior, Jaramillo Uribe se vinculó como director de prácticas de geografía e historia al Colegio Nicolás Esguerra, anexo a la Normal, y como catedrático en el área de sociología de la Normal. Posteriormente, entre 1946 y 1947, viajó a Francia, a la Universidad de la Sorbona, a realizar estudios de especialización en sociología e historia. Allí tuvo la oportunidad de conocer la obra de los historiadores de la Escuela de los Anales, y otras tendencias, especialmente la de los historiadores de las ideas y de la cultura. A su regreso, cuando el país se hallaba en pleno proceso de conservatización, poco antes del 9 de abril de 1948, encontró que su cargo en la Normal Superior había desaparecido; entró entonces, a trabajar en la Superintendencia Nacional de Institutos Oficiales de Crédito, en el cargo de revisor de bancos y de institutos oficiales de crédito, y a dictar una cátedra en la recién fundada Universidad de los Andes. En 1951 se doctoró en Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Bogotá, con la tesis "Censo Industrial de Colombia", y en 1952, gracias a gestiones de Cayetano Betancur, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, Jaramillo Uribe fue vinculado como profesor de tiempo completo a la Universidad, donde permaneció hasta fines de 1969, cuando se pensionó. Además de desarrollar una brillante carrera en



Jaime Jaramillo Uribe.
Fotografía de José Felix Cataño, 1994.

la Universidad Nacional: secretario académico entre 1960 y 1962, decano de la Facultad de Filosofía entre 1962 y 1964, fundador y director del Departamento de Historia entre 1964 y 1968, profesor titular en 1966, profesor emérito y doctor *honoris causa* en 1992; Jaramillo desarrolló allí una importante labor investigativa y una excelente gestión docente, que desembocó en la consolidación de la Historia como disciplina científica y profesional en Colombia, pues además de formar a un destacado grupo de historiadores (Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Margarita González, Hermes Tovar, Jorge Palacios Preciado, entre otros), logró dar un cuerpo logístico, teórico y conceptual a la historia.

Entre 1955 y 1957 Jaramillo estuvo en la Universidad de Hamburgo como profesor visitante. Allí, además de empaparse profundamente de la filosofía alemana, terminó de investigar y escribir *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (Bogotá, 1963), libro clásico para el estudio de las ideas. Al regresar a Colombia, tuvo ocasión de presenciar, como secretario académico de la Universidad, el renacer y la segunda consolidación de las ciencias sociales, con la formación de la Facultad de Sociología. Luego, como decano de Filosofía, insistió en la necesidad de aumentar y fortalecer las cátedras de historia, y crear un departamento y un instituto en el que hubiera profesores de tiempo completo dedicados a la docencia y a la investigación, donde se formaran pedago-

gos e investigadores. Sin descuidar la historia universal, el departamento y el instituto, único sueño que Jaramillo no ha podido cristalizar, debían centrar su atención en la historia de Colombia, pero no en la historia heroica y tradicional, promovida por la Academia Colombiana de Historia, sino en la historia económica, social y cultural, basada en un método riguroso de análisis y en abundante documentación. Una vez creado el Departamento de Historia de la Universidad Nacional, y con el objeto de darle continuidad y consolidarlo, Jaramillo fundó y dirigió, entre 1962 y 1966, el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, cuyo primer número apareció en 1963. Rápidamente el *Anuario* se convirtió en el núcleo de las nuevas tendencias de la historiografía colombiana, y en la publicación de historia más seria y conocida tanto en el país como en el extranjero. En el *Anuario*, Jaramillo Uribe publicó tres artículos clásicos: "Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII" (1963), "La población indígena de Colombia en el momento de la Conquista" (1964) y "Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII" (1967), con los cuales abrió novedosos y sugerentes campos de estudio, distintos de los tradicionales, y sobre todo mostró que la historia colonial, olvidada hasta entonces y pobremente estudiada, ofrecía grandes posibilidades de investigación y análisis. En 1970 Jaramillo Uribe se vinculó a la Universidad de los Andes como decano de la Facultad de Filosofía y Letras, cargo que ocupó hasta 1974. Desde ese entonces ha estado ligado a ese centro docente, donde además de profesor ha sido director del Departamento de Historia. En este lapso también ha desempeñado otras labores administrativas y docentes importantes: profesor visitante en la Universidad de Vanderbilt (1969-1970), en la de Oxford, Londres y Sevilla en 1975, embajador de Colombia en la República Federal de Alemania (1977-1979) y director del Centro Regional para el fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC) entre 1980 y 1985. En 1994 la Universidad de los Andes le confirió el título de doctor *honoris causa* en Historia. En cuanto a su obra, se ha recopilado buena parte de sus artículos en *Ensayos de historia social colombiana* (2 tomos) y en *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos* (Bogotá, 1977). Fue director científico del *Manual de Historia de Colombia* (3 tomos, 1978, 1979, 1980); colaboró en la *Historia económica de Colombia* (Bogotá, 1987), que obtuvo el Premio de Ciencias Alejandro Angel Escobar en 1988 y en la *Nueva Historia de Colombia* (Bogotá, 1989), obras colectivas que han consolidado definitivamente la labor iniciada por Jaramillo años atrás. Sus esfuerzos fueron reconocidos por el gobierno nacional cuando le otorgó, el 7 de julio de 1993, la Gran Cruz de Boyacá [*Ver tomo 5, Cultura, p. 59*].

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

Bibliografía

MELO GONZÁLEZ, JORGE ORLANDO. "La literatura histórica en la República". En: *Manual de literatura colombiana*. Bogotá, Procultura-Planeta, 1988, tomo II, pp. 589-664. RUEDA ENCISO, JOSÉ EDUARDO. "Juan Friede: el pájaro caminante de la historiografía colombiana. Entrevistas". Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, 1990 (versión mecanografiada). SAFFORD, FRANK. "An interview with Jaime Jaramillo Uribe". *Hispanic American Historical Review* (febrero de 1984).

JIMÉNEZ DE ARAÚJO, CONCEPCION



Concepción Jiménez de Araújo.

Escritora costeña (Cartagena, diciembre 8 de 1862 - octubre 14 de 1929). Hija de Manuel Narciso Jiménez Gómez y de Josefa Gómez del Mármol, Concepción se casó el 9 de julio de 1873 con el general Antonio Araújo de León, quien era el director propietario del diario *El Porvenir*. Fueron sus hijos: María, Joaquín, Josefina, Antonio, Carmen (casada con Enrique Grau Vélez, padres del pintor Enrique Grau), Narciso, Lina, Miguel y Tera. Gran mujer dedicada a la cultura, fue promotora de la creación de la facultad de Bellas Artes en Cartagena, y escritora romántica llena de espiritualidad. Participó en la Junta Patriótica de Señoras, quienes organizaban eventos culturales para recolectar fondos para la celebración del Centenario de la independencia; a la junta también pertenecía Soledad Román de Núñez. Concepción Jiménez de Araújo escribió varias obras de teatro; la primera fue *El jardín de Bagdad*, puesta en escena con actores aficionados (Carolina Escobar, Abel Piñeres, Joaquín Villarreal, Lola Pombo). En 1901 publicó la primera edición de su libro de cuentos *Ideas y sentimientos*, editado por la Tipografía de vapor de Araújo L. En el año 1908, algunos editores españoles "piratearon" esta obra, noticia que apareció reseñada en *El Porvenir* de la siguiente manera: «Casas editoriales de España, entre ellas las de Pueyo, la de F. Granada y Cía, la de Presa, han emprendido la tarea de publicar los celebrados cuentos de la distinguida escritora cartagenera, doña Concepción Jiménez de Araújo (Mary Faith), sin autorización de ésta. Mary Faith es colaboradora de *El Porvenir* y todos sus cuentos los ha publicado única y exclusivamente en las columnas de nuestro periódico. La prensa de Hispanoamérica, al publicarlos, también no ha hecho otra cosa que reproducirlos tomándolos de nuestras columnas, reproducciones que Mary Faith ha agradecido mucho, así como las ilustraciones con que algunos periódicos han adornado aquellos cuentos. Mary Faith está formando un libro con sus producciones y para ello ha obtenido ya el título de propiedad que las leyes de Colombia le conceden. Así pues, las casas editoriales que se han aventurado a hacer ediciones, han cometido grave falta defraudando los derechos de la autora, quien ha recibido proposiciones —que no ha aceptado todavía— de respetables casas editoriales de España y Francia para hacer una edición completa de esos cuentos bajo el nombre de *Ideas y Sentimientos* con que ella ha bautizado el conjunto. Hacemos sa-

ber esto al público, a las casas editoriales y a los libreros de los países con los cuales tiene celebrados Colombia tratados sobre producción literaria, para que sepan los perjuicios que pueden sobrevenirles». En un artículo aparecido el 20 de octubre de 1929, a los pocos días de su muerte, en el diario *El Mercurio*, se lee: «Sus artículos literarios, por su estilo y sabor, fueron comparados a los de Fernán Caballero, la ilustre sevillana, que tanta repercusión han tenido y tienen en el mundo [...] Concha Jiménez era todo espíritu: en literatura, en escultura, en música y en pintura: una persona que alcanza a dominar muchas artes bellas tiene necesariamente que poseer un espíritu delicado [...] Del libro *Ideas y Sentimientos* —que clandestinamente se hicieron varias ediciones en España— dijo el literato crítico madrileño Fernández Bremón, que era lo mejor que había leído en pluma de mujer [...] Y su espiritualidad no sólo se revela en sus escritos, sino también en su conversación. Era una mujer superior, de aquí la atracción que ejercía sobre los que la rodeaban y trataban». Los cuentos que componen el libro *Ideas y Sentimientos* son: "El abuelito", "Oleaje", "Fantasía", "Los celos de Juana María", "La felicidad", "Tres deseos", "Del natural", "Adriana", "Golondrina", "Marcela", "Lo triste es así", "Primaveral", "Recuerdos", "Madrecita", "Las flores del campo santo", "El sueño de la vida", "Marina", "Andresillo", "Collar de oro", "La loca", "La religión de las fechas", "Nocturno", "Revelación", "Lo irremediable", y "Flores de luz". El cuento "El Oráculo", que no pertenece a este libro, apareció publicado en agosto de 1916 en *El Porvenir*.

MARÍA ISABEL VARGAS ARANGO

JIMÉNEZ DE ENCISO, SALVADOR

Eclesiástico español, obispo de Popayán, nacido en Málaga y muerto en Popayán, el 13 de febrero de 1841. Canónigo de la catedral de Málaga, y uno de los prelados más ilustrados que ha tenido la Diócesis de Popayán, Salvador Jiménez de Enciso Cobos y Padilla vino muy joven al Virreinato del Perú con fray José Antonio de San Alberto, arzobispo de Charcas, en la República de Bolivia. Estudió en la universidad de la Real Audiencia de



Salvador Jiménez de Enciso y Cobos, arzobispo de Popayán (1816-1841). Colección J.J. Herrera, Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá.

Charcas, donde recibió los grados de bachiller y maestro en filosofía, y licenciado y doctor en Sagrada Teología, Derecho Civil y Canónico. Fue cura en una de las parroquias de Potosí, donde edificó una casa de ejercicios y un asilo de mujeres recogidas. Viajó a España a incorporarse al Colegio de Abogados de los Reales Consejos; allí hizo oposición a varias canonjías en San Isidro, Madrid. Nombrado canónigo de la catedral de Málaga, su ciudad natal, fue a Madrid, y allí fue presentado para el obispado de Popayán, el 14 de febrero de 1815. Comunicó su nombramiento al venerable capítulo de Málaga, el 6 de diciembre del mismo año, y fue preconizado en Roma por el papa Pío VII, el 13 de marzo. Se posesionó del obispado de Popayán el 7 de mayo de 1818, por medio de su procurador, el doctor Manuel Mariano Urrutia y Quijano, canónigo magistral y tesorero electo de la catedral payanesa, en virtud del poder amplio y general que le confirió en Madrid, el 6 de agosto de 1816. En septiembre comenzó a reedificar el colegio seminario, levantando todo lo que las guerras habían destruido, cuando sirvió de cuartel a las tropas. El seminario reinició labores el 18 de octubre con cuatro directivos: rector, vicerrector, ministro y director espiritual, y treinta colegiales. Este acto fue muy significativo, porque después de diez años de transformaciones políticas y de suspendidos los cursos, se pusieron en ejercicio una cátedra de latinidad, una de filosofía y otra de teología moral. La relación de este acto se imprimió, y un ejemplar fue introducido en una caja metálica, con otros objetos, cuando el obispo Jiménez puso la primera piedra de la nueva catedral que él mismo se empeñó en edificar. Pero la construcción de la nueva Catedral quedó suspendida en 1819, cuando el ejército realista fue derrotado en Boyacá, y Jiménez, junto con su secretario Félix Liñán y Haro, su provisor José María Grueso y todos los superiores del seminario, emigraron a Pasto. De regreso a Popayán, la escasez de sus rentas y otras circunstancias no le permitieron continuar la obra. El obispo Jiménez fue un hombre muy ilustrado y versado en predicar la palabra divina. En los últimos años de su pontificado emprendió la construcción de la iglesia de Jimena en Popayán, cuya parroquia fundó, siendo su primer cura párroco el presbítero Manuel Inocente Delgado y Fernández. Aún no se concluía la construcción de la catedral, cuando el obispo enfermó y falleció. Fue sepultado en la bóveda de la iglesia de la Compañía de Jesús, donde permaneció hasta el 9 de agosto de 1851, cuando se exhumó su cadáver para depositar en la bóveda el del obispo fray Fernando Cuero y Caicedo. El presbítero Manuel Antonio Bueno y Quijano depositó los restos de Jiménez en un arca de madera al lado de los que le antecedieron en el obispado, señores Jerónimo Antonio de Obregón y Mena y Angel Velarde y Bustamante. El prelado Jiménez de Enciso consagró en Buga a José María Estévez, obispo de Santa Marta, en 1827; en Cuenca, a Calixto Miranda y Suárez, obispo de Cuenca, en 1829; a fray José Antonio Chávez, de la Orden de San Francisco de Bogotá, obispo de Calidonia *in partibus*, auxiliar del arzobispo de Bogotá, en 1834. El 25 de marzo de



Firma y sello de Salvador Jiménez de Enciso. Archivo General de la Nación, Bogotá.

1835, consagró a Nicolás de Arteta y Calixto, obispo de Quito; y el 28 de junio del mismo año, a Manuel José Mosquera, arzobispo de Bogotá, en la iglesia de San Francisco de esa ciudad. También consagró, el 18 de noviembre de 1818, la iglesia de San Francisco de Bogotá; en 1820, la de San Agustín de Pasto; y en 1828, la de San Francisco de Pasto [*Ver tomo 7, Instituciones, pp. 212-213*].

MARIA ALEXANDRA MENDEZ VALENCIA

Bibliografía

ARAGÓN, ARCESIO. *Fastos payaneses*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1939.

JIMÉNEZ DE QUESADA, GONZALO

Conquistador español, fundador de Santafé de Bogotá (Córdoba o Granada, 1509 - Mariquita, febrero 16 de 1579). El origen de Gonzalo Jiménez de Quesada es un misterio; documentalmente no se ha podido constatar si nació en Córdoba o en Granada, y si su origen era judío. Existen pruebas fidedignas de que estudió y se licenció en Derecho en la Universidad de Salamanca, y que ejerció como abogado en la Real Audiencia de Granada hasta el momento de enrolarse y viajar a América, a mediados de 1535, con la expedición de Pedro Fernández de Lugo y su hijo Alonso Luis de Lugo, quienes habían contratado con la Corona española la gobernación de Santa Marta (sin embargo, según algunas fuentes, antes de embarcarse hacia América, Jiménez de Quesada estuvo en Italia, como parte de las tropas españolas que luchaban allí). Jiménez viajaba con el cargo de teniente de gobernador para administrar justicia, nombrado en noviembre 10 de 1535, en el puerto de Santa Cruz. En calidad de tal, participó en una expedición "pacificadora" a la Sierra Nevada de Santa Marta; sin embargo, y debido a la precariedad que se vivía en la ciudad, Jiménez decidió, tres meses después de su llegada al puerto, organizar una excursión hacia el interior de la gobernación, con la intención de alcanzar el Perú. En las instrucciones de la expedición que debía emprender Jiménez de Quesada quedó estipulado que el contingente, en su ruta hacia el Perú, debía procurar la paz con los indígenas que hallase en el transcurso y la obligación de pedirles oro para consolidar el proceso de conquista. Si los aborígenes se negaban a pactar la paz y a colaborar con la causa española, el capitán general podría emprender contra ellos una guerra a sangre y fuego, la llamada "justa guerra", que permitía apropiarse de los bienes de los enemigos e incluso esclavizarlos.

La expedición salió el 5 de abril de 1536. Un grupo de 670 hombres iba por tierra y otro, menos numeroso, por agua; Jiménez de Quesada se encargó del que iba por tierra. Tenía que alcanzar el río grande de la Magdalena, rodeó entonces la Sierra Nevada y llegó a Valledupar, pasó luego a Chiriguaná, Tamalameque y Sompallón. Después de un período de no percibir mayores recolecciones de oro, el ejército, ya bastante mermado, continuó su ruta por el Magdalena a San Pablo, Barranca y Cuatro Brazos o La Tora (actual Barrancabermeja). En San Pablo fueron alcanzados por bergantines al mando de Diego Hernández Gallego, que les suministraron armas, víveres y medicinas, facilitando un poco la continuación de la expedición. A medida que se adentraba en el nuevo territorio, el ejército expedicionario iba teniendo noticia de que existía un activo comercio de sal entre los indígenas habitantes de las inhóspitas sabanas y los de la inmediata sierra, donde, según decían los aborígenes, existía una "laguna de sal", la cual llamó la atención de los intrusos, que decidieron buscarla. Esto implicó ascender la cordillera y desviarse, aún más, del ansiado Perú. El primer pueblo que tocaron los conquistadores, el 9 de marzo de 1537, en su periplo hacia la Sabana de Bogotá, fue La Grita, en las proximidades de Vélez, donde, además, comenzaba el territorio de lengua chibcha. Luego entraron a Guachetá, Lenguazaque, Cucunubá, Suesca, Nemocón, Tausa y Zipaquirá, pueblos en los que recogieron jugosas cantidades de oro y esmeraldas, sin mayor resistencia por parte de los indígenas. El 22 de marzo penetraron al valle de Los Alcázares, como llamó Jiménez a la sabana dominada por el cacique Bogotá, también llamado Zipa. Este envió ejércitos a frenar el avance de los españoles, pero las huestes de Jiménez de Quesada siguieron su avasalladora intromisión, y luego de algunas escaramuzas y de unas fallidas incursiones en busca del Zipa, avanzaron hasta Chocontá y Turmequé, desde donde tuvieron noticia de los promisorios Llanos Orientales. Descubrieron, además, Tunja, Sogamoso y Duitama, los valles de Sáchica, Zaquenzipa y la laguna de Tota, donde obtuvieron fabulosos tesoros. En Tunja, Jiménez capturó al cacique Bogotá, y con él un rico tesoro de oro y esmeraldas. También exploraron el valle de Neiva, lo que implicó recorrer Pasca y el páramo de Sumapaz, y extenderse hasta el actual municipio de Altamira. Mientras tanto, Hernán Pérez de Quesada, hermano de Jiménez de Quesada, trató de conquistar la Provincia de las Amazonas sin éxito. Los resultados económicos de la expedición fueron más que buenos: en sólo la provincia de Tunja se recogieron 182 536 pesos de oro fino, 29 806 pesos de oro bajo y 836 esmeraldas. Se procedió entonces a repartir el tesoro obtenido, el 6 de junio de 1538, entre los 178 individuos que formaban el ejército comandado por Jiménez de Quesada. Luego de hacer los pagos de deudas: salario al cirujano, costo de medicinas, plomo, hilo para ballestas, arcabuces, hachas, azadones, clavos, etc., las obligatorias donaciones a las iglesias de Santa Marta, el pago de misas por las almas de los difuntos y la obligatoria erogación del quinto real, se dividió un total de 148 000 pesos de oro fino, 16 964 pesos de oro bajo o de chafalonía y 1455 esmeraldas.

El 6 de agosto de 1538 Jiménez de Quesada declaró la conquista del territorio en favor de los reyes de España. No obstante, sólo en enero de 1539, ante la presión de las fuerzas del nuevo Zipa, llamado Sagipa, decidió construir una ciudad de españoles, siendo elegido el sitio de Teusacá, donde hoy se asienta Bogotá. En dicha erección contribuyeron los indígenas de Guatavita. Esta conformación, que implicó un proceso de conquista definitivo, coincidió con la llegada de los ejércitos expedicionarios de Sebastián de Belalcázar, proveniente del Perú, y del alemán Nicolás de Federmán, que venía de Coro (Venezuela), quienes exigieron, a nombre de Francisco Pizarro, conquistador del Perú, y los banqueros alemanes Welser, derechos sobre los territorios recién descubiertos. Comenzaron, entonces, una serie de conversaciones y negociaciones en las que Jiménez de Quesada mostró una nueva faceta de su carácter: la de político, pues supo zanjar las diferencias con los capitanes invasores y llegar a un acuerdo: Federmán y Belalcázar deja-

ron en la región a 222 individuos que, unidos a los 178 que poseía el licenciado, construyeron el grupo básico de colonización del altiplano. Así mismo, los dos conquistadores le cedieron una buena cantidad de animales domésticos, aves de corral y herramientas necesarios para consolidar el establecimiento definitivo. Tanto con Federmán, como con Belalcázar, Jiménez llegó al convenio de que la propiedad jurídica del nuevo territorio sería establecida por la Corte de Madrid, y que en el caserío recién construido se formaría un cabildo. Los territorios y los indígenas serían repartidos en encomienda, entre las huestes conquistadoras y la Corona. Así, una vez Jiménez de Quesada organizó la conquista de los nuevos territorios y dejó un gobierno establecido, en cabeza de su hermano, se marchó con Federmán y Belalcázar a España para adelantar en la Corte las gestiones de reconocimiento del territorio por él descubierto. Desde Santafé partieron hacia Cartagena, puerto del que zarpó el licenciado en julio de 1539; sin embargo, sólo hasta el 29 de noviembre de ese año se presentó en la Casa de Contratación de Sevilla, donde entregó el quinto real consistente en 11 000 pesos de oro (aproximadamente 70 kilos) y 575 esmeraldas.

Cuando Jiménez de Quesada llegó a España, el ambiente en la Corte era francamente hostil a los conquistadores, pues por ese entonces fray Bartolomé de las Casas adelantaba su defensa en pro de los indígenas. Por otra parte, Jiménez tuvo que enfrentar un pleito con Alonso Luis de Lugo, heredero de Pedro Fernández de Lugo, por la parte del botín que le correspondía de la conquista del nuevo territorio. También tuvo que enfrentar un litigio con la Casa de Contratación, pues además de no haberse presentado inmediatamente después de su llegada, parecía que no había declarado el total de lo recogido en la expedición al altiplano andino. Además, existían pruebas concluyentes de maltratos y abusos contra los indígenas, y se le imputó, con sobrada razón, el vil asesinato de los caciques Bogotá "el Viejo" y Sagipa. Las autoridades sevillanas le embargaron a Jiménez de Quesada sus bienes, pero el 26 de diciembre de 1540 el licenciado logró que se los devolvieran. En éstas, como en otras querellas judiciales, don Gonzalo supo salir victorioso, pues manejaba con propiedad los códigos y la pluma. Así, pese a estos problemas, Jiménez de Quesada pudo conseguir que el Consejo de Indias expidiera algunas disposiciones para la administración civil y religiosa de los territorios recién descubiertos. Por ejemplo, obtuvo que a Santafé de Bogotá y a Tunja se les otorgaran sendos títulos de ciudades, que se nombraran ocho corregidores para cada una de las nuevas localidades, y que se tasaran los impuestos sobre el oro que debían pagar los conquistadores. Sin embargo, las irregularidades cometidas en el proceso de conquista del altiplano fueron objeto de una tenaz persecución de las autoridades, especialmente del fiscal Juan de Villalobos, por lo que a partir de la segunda mitad del año 1541 Jiménez tuvo que ausentarse de España y vivir prácticamente en la clandestinidad hasta fines de 1545, cuando se presentó en la Corte para defenderse y solucionar los pleitos pendientes, lo que le tomó hasta fines de 1546. En julio de 1547 se instaló la Real Audiencia de Santafé de Bogotá, coyuntura que aprovechó Jiménez para retornar al Nuevo Reino pero con poderes que antes no poseía. Obtuvo, entonces, los títulos de regidor más antiguo del Cabildo de Santafé, mariscal de la provincia del Nuevo Reino de Granada, un escudo de armas y se le prometió el de adelantado. Se le concedió una pensión vitalicia de 2000 ducados anuales y se le devolvieron sus encomiendas de Sogamoso, Guatavita y Fontibón, que había perdido debido a los problemas judiciales que tuvo que afrontar. De este modo, a fines de 1550 Jiménez de Quesada viajó al Nuevo Reino de Granada y llegó a Cartagena a fines de febrero de 1551. A los pocos meses partió hacia Santafé de Bogotá, donde llegó a principios de junio. Aunque don Gonzalo era miembro del Cabildo de Santafé, sus actuaciones en ese organismo de gobierno fueron poco menos que opacas, a excepción de un sonado juicio de residencia que adelantó contra el doctor Juan Maldonado, su lugarteniente Jorge de Quintanilla, sus tenientes y oficiales. Por un tiempo se dedicó a la profesión de abogado y desde que retornó a la ciudad sede de la Audiencia, llevó una vida "desarreglada", de la que obtuvo crecidas deudas que lo llevaron a vivir en un estado permanente de penurias económicas, al punto que a los sesenta años, y como una forma de solucionar sus afanosos problemas, emprendió la conquista del mítico "Dorado" al oriente de los Andes, empresa en la que se arruinó definitivamente y casi acabó con su vida.



Gonzalo Jiménez de Quesada. Oleo de autor anónimo. Museo Nacional, Bogotá.

Jiménez de Quesada fue un conquistador especial: a diferencia de la mayoría de sus colegas, era instruido, sabía leer y escribir y por añadidura era abogado. No fue un militar destacado, ni emprendió grandes empresas de ese género, pero con el descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada, Jiménez logró para España el dominio de la tercera gran cultura americana: la chibcha o muisca. Por lo tanto, junto con Hernán Cortés (México) y Francisco Pizarro (Perú), Jiménez de Quesada es uno de los grandes conquistadores de América. Al igual que muchos de sus similares, cometió grandes desafueros que le significaron infinidad de problemas judiciales, pero a diferencia de ellos el licenciado y mariscal siempre supo salir bien librado. Sin embargo, la búsqueda del Dorado y la conquista de los Llanos Orientales fueron su obsesión y perdición. Para adelantar su expedición, en julio de 1560 Jiménez ofreció gastar 50 000 pesos de oro, cantidad que no poseía. El 25 de julio de 1569, luego de nueve años de negociaciones, quedó concluida la capitulación entre el adelantado y la Real Audiencia. En este contrato se le otorgó a Jiménez el gobierno de un extenso territorio: 400 leguas de longitud y latitud entre los

ríos Pauto y Papamene, el derecho de usufructo para él y un heredero, la concesión del título de marqués o conde de la tierra que ocupare, así como el de alguacil. Finalmente, tenía el derecho de otorgar encomiendas y tierras, distribuir aguas y señalar ejidos y linderos de las poblaciones, siempre y cuando no fueran en perjuicio de los naturales. También se le permitió introducir 500 esclavos negros, dotar dos barcos, importar granos, reses y caballos de España. A este proyecto emprendido por Jiménez se apuntaron varias personas, y como había un superávit de población, el enganche para la expedición fue fácil. No existe ninguna referencia documental sobre la fecha de partida de Santafé hacia San Juan de los Llanos, lo cierto es que en diciembre de 1571 ya se había iniciado y en 1573 ya había concluido, con un saldo totalmente negativo, pues tanto el adelantado como sus compañeros no conocían la zona a donde iban. Una vez se conoció el fracaso de la expedición conquistadora, los comerciantes y encomenderos que la habían financiado comenzaron a apremiar al anciano conquistador, y sus bienes fueron embargados. Jiménez emprendió entonces otro pleito, que al igual que en ocasiones anteriores y pese a lo avanzado de su edad, se caracterizó por su beligerancia. Perdido el litigio por el fundador, logró obtener de la Audiencia la misión de pacificar a los indígenas Gualí, de la región aledaña a Mariquita. Inició esta empresa hacia fines de 1573, y obtuvo relativos éxitos pues logró fundar la ciudad de Santa Agueda, pero a costa de un gran número de vidas de españoles e indígenas. Hasta su muerte, Jiménez de Quesada permaneció en la zona de la gobernación de Mariquita, al frente de sus innumerables pleitos, en los que siempre quiso salir bien librado y, sobre todo, defender y legitimar el derecho que sobre las tierras conquistadas tenían los conquistadores. Otro aspecto interesante de la vida de Jiménez de Quesada es su afición por la poesía, testimoniada por Juan de Castellanos en las *Elegías de varones ilustres de Indias*, y su actividad como escritor. Su obra más conocida es *El Antijovio*, refutación a un libro contra los españoles, del italiano Paulo Jovio, arzobispo de Nochera. Según consignó Jiménez de Quesada en el prólogo, escribió esta obra, de 55 capítulos, entre el 29 de junio y el 30 de noviembre de 1567. Se conservan, además, *Indicaciones para el buen gobierno* (1549), *Memoria sobre los descubridores y conquistadores que entraron conmigo a descubrir y conquistar este Nuevo Reino de Granada* (1576) y algunas cartas y cláusulas de su testamento; el resto de su obra está perdida [*Ver tomo 1, Historia, pp. 94-101; y tomo 4, Literatura p. 22*]

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

Bibliografía

FRIEDE, JUAN. *Gonzalo Jiménez de Quesada a través de documentos históricos*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1960. FRIEDE, JUAN. *El adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada*, 2 Vols. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979. JIMÉNEZ DE QUESADA, GONZALO. *El Antijovio*. Estudio preliminar, Manuel Ballesteros Gaibrois. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1952.

JODAR Y SANMARTÍN, FRAY LUIS DE

Escritor y poeta franciscano nacido en Santafé de Bogotá, en 1594, muerto en Cartagena, ca. 1658. Aunque la obra literaria de fray Luis de Jodar y Sanmartín está perdida en su mayor parte, su nombre apareció registrado modernamente en la *Historia de la literatura en Nueva Granada*, de José María Vergara y Vergara: «Fray Luis de Jodar, religioso franciscano y hermano de los Valenzuelas, escribió la vida de la venerable madre Catalina María de la Concepción, fundadora del convento de Santa Clara en Cartagena». No obstante, Vergara obtuvo este dato, en realidad, del cronista Juan Flórez de Ocáriz. Nacido en Santafé, fray Luis debió ingresar a la Orden Franciscana desde temprana edad, pues en 1623 ya estaba ordenado sacerdote. Fue guardián del convento de San Diego de Cartagena por varios años; después fue trasladado a Santafé de Bogotá, pero en 1633 volvió a ser nombrado guardián en Cartagena, en esta ocasión del convento principal de la ciudad, donde permaneció muchos años, alternando con otros traslados al interior del país, pues también fue superior en los conventos de Villa de Leiva y Muzo. Buen predicador, fray Luis fue el encargado de predicar en los solemnes funerales del arzobispo santafereño fray Cristóbal de Torres, en la catedral, en julio de 1654. De su inspiración poética nos han llegado dos sonetos laudatorios: el primero, compuesto en alabanza de su cuñado don Fernando Valenzuela, con motivo de su ingreso a la cartuja de Paular, fue publicado en la revista *La Iglesia*, de la arquidiócesis de Bogotá; el segundo, publicado por el Instituto Caro y Cuervo en 1985, cuyo manuscrito reposa en la Biblioteca Nacional de Madrid, fue compuesto en alabanza del autor de un extenso poema en honor de San Francisco de Asís, que lleva por título *El Serafín humano*. En uno y otro no logró el padre Jodar sustraerse de la manera culterana, adornando con símiles profanos, prestados de la mitología griega, la idea que pretendía expresar; no obstante, sin que sean joyas poéticas, ambos sonetos están provistos de valores líricos y de sonora musicalidad. Fray Luis era guardián del convento de Nuestra Señora de Loreto, en Cartagena, en 1656, cuando llegó el padre José Cuyner, que venía para averiguar ciertos excesos cometidos por el anterior visitador de la Orden Franciscana. El padre Jodar fue nombrado, entonces, vicario provincial, pero en razón de que muchos conventos no acataron la autoridad de Cuyner, lo que dio origen a un cisma provincial, tampoco fue acatada su autoridad. Quizás los alterados acontecimientos a que dio lugar este hecho, contribuyeron a precipitar su fallecimiento, pues en 1658 ya había muerto.

LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

MANTILLA, LUIS CARLOS, O.F.M. *Soneto inédito de un franciscano neogranadino del siglo XVII*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1985. MANTILLA, LUIS CARLOS. *Los franciscanos en Colombia*, tomo II: 1600-1700. Bogotá, 1987.

L

Lame, Manuel Quintín

Líder indígena caucano (El Borbollón, Hacienda La Polindara, cercanías de Popayán, octubre 26 de 1880 - Ortega, Tolima, octubre 7 de 1967). Manuel Quintín o Juan Quintín Lame, como aparece en su partida de bautismo del 12 de diciembre de 1880, de la parroquia de San Miguel Arcángel de Puracé, fue un indio que asumió la defensa de su gente, en una sociedad en la cual la palabra indio ha sido insultante. Su padre, Mariano Lame, descendiente de indígenas del pueblo paez, y su madre Dolores Chantre, cuyos ancestros estaban radicados en la región desde tiempo inmemorial, vivían con sus seis hijos en un pequeño fundo que ocupaban en calidad de terrazgueros en la Hacienda La Polindara [mediante la terrazguería, práctica común en el Cauca, el indígena adquiría la obligación de pagar con días de trabajo no remunerado, el derecho a sembrar una parcela en tierras que se consideraban propiedad de una hacienda]. En ese fundo o "encierro", Manuel Quintín, como se hizo conocer él mismo, al igual que sus dos hermanos (y que muchos otros niños campesinos de Colombia), fue testigo de las "heroicas" acciones de los guerreros republicanos. Durante la guerra civil de 1885, luego de que las tropas gubernamentales derrotaron al ejército rebelde en Silvia (Cauca), llegaron a la casa de los Lame tres hombres armados que violaron a Licenia, su hermana muda. Ella murió cinco años después, cuando Manuel Quintín empezó a ayudar a sus hermanos mayores en las faenas agrícolas. Fue precisamente desde su velorio, cuando Lame empezó a frecuentar el rancho de Leonardo Chantre, su tío materno, quien viejo, solo y cojo, acostumbraba a leer periódicos viejos durante sus descansos. A él y a sus hermanos, el anciano les narraba historias de duendes, de brujas, las cosas que sucedían en Popayán y les leía fragmentos de las noticias que aparecían en sus periódicos. La lectura atrajo el interés de Lame, quien solicitó a su padre lo matriculara en la escuela. Como respuesta, su progenitor le puso al frente un hacha, una



Manuel Quintín Lame.

hoz, una pala y un güinche y le dijo que esa era «la verdadera escuela del indio». El muchacho optó por esforzarse y aprender con su tío los rudimentos de la lectura y la escritura, utilizando la tierra, las paredes y las hojas de palmicha para su deletreos. También por esta época, Lame fue escogido como "paje" por el patrón de La Polindara. A cambio, su trabajo fue descontado del terraje que debía pagar su padre, quien, con el tiempo libre que le quedó, pudo sembrar un papal y con sus frutos comprar varias ovejas y una vaca parida. Unos años después, en 1894, los terrenos de El Borbollón fueron vendidos al dueño de la hacienda de San Isidro, en una transacción que incluyó a los terrazgueros. El nuevo patrón redujo el tiempo de trabajo de Mariano Lame de cuatro a dos días semanales, y lo autorizó para que cultivara trigo en una huerta que lindaba con su encierro. La producción de la huerta, que pudo atender gracias a la rebaja de su terraje, le permitió obtener los recursos necesarios para cumplir su vieja aspiración de comprar Pichinguará, un lote de 80 fanegadas, a dos leguas del Borbollón. Aquí, al igual que cuando Manuel Quintín trabajó como paje, quedaba en claro cuánto representaba para el indio, en términos de bienestar y de capacidad de acumulación económica, el tiempo que debía trabajar para el hacendado, a cambio de tener acceso a un pequeño "encierro". A partir de esa época mejoraron significativamente las condiciones económicas de Mariano Lame, quien ahora distribuía su tiempo y el de sus hijos entre el terraje, el cultivo de Pichinguará y el negocio de compraventa de vacunos y caballares que allí había establecido. Manuel Quintín, entre tanto, se hizo cada vez más fuerte y con el tiempo adquirió fama de licencioso, debido a su afición por las mujeres. Su fama terminó beneficiando a los curas, ya que en 1899 Mariano Lame terminó costeando las fiestas religiosas que se hicieron cuando las misiones visitaron el sur del país. Con ello el padre trató de atenuar las continuas recriminaciones de los religiosos por el comportamiento díscolo de su hijo. Este problema se vio bruscamente interrumpido cuando en noviembre de 1899 Manuel Quintín y dos de sus hermanos fueron atacados por un grupo de liberales que buscaban atemorizar a la familia Lame, conocida por su apoyo al gobierno. Manuel Quintín y Gregorio Nacianceno lograron huir, pero a Feliciano, el otro hermano, lo mutilaron a machetazos y murió poco después. Posiblemente esta experiencia lo predispuso a ingresar a las filas del ejército gubernamental, en enero de 1901, cuando los indios solteros que asistían a una fiesta de inauguración de la capilla de San Isidro, fueron rodeados por una patrulla que buscaba enrolar soldados. Por esa época Lame ya sostenía relaciones estables con Benilda León, con quien se casaría poco después, haciendo uso de una licencia. Durante su estadía en el ejército, viajó a Panamá como ordenanza del general Carlos Albán, de quien recibió lecciones de lectura, escritura y nociones de historia. Su estadía en Panamá fue relativamente corta, ya que a mediados del año tuvo que ser trasladado nuevamente a Popayán, debido a problemas de salud.

La vinculación de Manuel Quintín Lame al ejército se prolongó hasta 1903, cuando concluyó la guerra de

los Mil Días. Pidió entonces al dueño del Borbollón le diera un "encierro" al lado del de su padre, en el que se instaló con Benilda y con su pequeña hija Lucinda. A cambio debía trabajar dos días semanales en la hacienda. Durante los años siguientes, Lame se dedicó a las faenas agrícolas, que fueron relativamente prósperas, hasta la muerte de su esposa a finales de 1906. Después de ese golpe empezó a sentirse insatisfecho y a desear adquirir las tierras en las que vivía, desentendiéndose así del pago del terraje. Propuso entonces la compra de las tierras al dueño de la hacienda, quien rechazó de plano la oferta. A partir de entonces, su insatisfacción se empezó a manifestar en forma encubierta. Se volvió descuidado en su trabajo, bebedor y mujeriego. Sin embargo, alrededor de 1911, se casó con Pioquinta León. Su segundo matrimonio coincidió con la desmembración del Cauca Grande, que forzó a los empresarios payaneses a buscar nuevos ingresos en la ganadería, utilizando las tierras de la cordillera Central. La reorientación de la economía tuvo como resultado la valorización de las tierras y llevó a los hacendados a imponer restricciones a sus terrazgueros, consistentes en la reducción de sus "encierros", la prohibición para sembrar rozas en montes apartados de éstos y la obligación de colocar cercas. Tales medidas, que significaron una importante reducción de los ingresos de los indígenas, indujeron a Lame a consultar a un abogado en Popayán, quien le confirmó que los títulos de propiedad del dueño de la hacienda eran válidos y que no cabía ninguna acción legal contra él. A pesar del concepto del abogado, Lame decidió estudiar el asunto por su cuenta y adquirió el Código Civil, así como un libro titulado *El abogado en casa*, textos ambos cuyo estudio y uso posterior le permitieron asumir directamente la defensa de los derechos de los indígenas. También buscó que el patrón le redujera el tiempo de terraje para reunir ciertos ahorros y adquirir tierra propia; sin embargo, su solicitud fue rechazada tajantemente. Empezaron entonces a germinar sus ideas sobre el derecho del indio a la posesión de la tierra de sus ancestros. Al exponerlas ante su padre, éste le asignó una porción de tierra en Pichinguará, que había cambiado de nombre para llamarse San Alfonso. La oferta no fue suficiente. Manuel Quintín empezó a divulgar sus ideas de casa en casa, primero entre el círculo de parientes y amigos y luego a los terrazgueros de las haciendas circunvecinas. En un principio fue escuchado con recelo, pero poco a poco sus actividades en defensa de los indios le fueron ganando ascendiente entre ellos. Lame se había dedicado a enfrentar las injusticias de mayordomos y vaqueros, presentando sus denuncias ante los alcaldes e inspectores, basándose en los conocimientos adquiridos en los libros de leyes. Para el desarrollo de tales actividades obtuvo la colaboración de Jacinto Calambás, de la parcialidad de Coconuco, quien actuó como su secretario. Luego el cabildo de la parcialidad de San Isidro lo nombró jefe, representante y defensor general, hecho que muestra el respaldo que obtenía entre su gente. Por esa época dejó de descontar terraje, a pesar de las advertencias del mayordomo. Se presentó entonces ante el patrón, a quien le habló de las leyes que impedían el desalojo del "encierro", donde estaban los cultivos que él había plantado, y le explicó sus ideas sobre el derecho ancestral del indio a la tierra. Para contrarrestar la influencia que iba tomando Lame, los hacendados emprendieron campañas para desprestigiarlo. Entre tanto, él continuó sus labores de adoctrinamiento, en contra de la obligación del indio al pago de terraje. Nuevos indios se fueron sumando a su equipo de secretarios, y entre 1915 y 1917 se incorporaron indios de otras comarcas, como Tierradentro y Silvia, en el Cauca.

Los indios comenzaron a negarse a pagar terraje y algunos fueron detenidos. De otra parte, los mayordomos empezaron a ser amenazados e incluso golpeados. El temor de los hacendados aumentó a raíz de la toma pacífica de la población de Paniquitá, en 1914. Allí los indios entraron en medio de chirimías y cohetones, y se agolparon a escuchar el discurso de Manuel Quintín Lame, quien les señaló que las palabras del Himno Nacional eran una mentira, al igual que la independencia, porque a los indios no les habían devuelto sus tierras. Luego, a la orden del líder, los indios se marcharon de la población antes de que llegara la policía. Se adelantaron entonces gestiones para enfrentar a los indios entre sí, lo que creó un bando "antiquintinista", y tuvieron lugar enfrentamientos entre los indios. Ese año Lame se trasladó a Tierradentro, atendiendo una llamada de los indígenas paeces, quienes luchaban contra la invasión de las tierras de sus resguardos por parte de extraños radicados en Inzá. Decidió entonces ir a Bogotá a exponer la posición de los indios y, de paso, visitó varias comunidades indígenas del Tolima, que también tenían problemas de tierras. En agosto de 1914 ya estaba en la capital, donde se entrevistó con Marco Fidel Suárez, en ese momento ministro de Relaciones Exteriores, y con el ministro de Guerra. Por iniciativa del primero de ellos se le facilitó el acceso al Archivo Nacional; allí estudió las cédulas reales de los resguardos, a las cuales se remitiría en futuros escritos. También presentó ante el Congreso las denuncias formuladas por las comunidades paeces de Tierradentro. A su regreso de la capital, a fines de 1914, se reunió con los cabildos de las comunidades indígenas de Tolima, Huila, Tierradentro, Cauca y Valle, con la idea de llevar a cabo un levantamiento general, que se planeó para el 14 de febrero de 1915. La idea de este levantamiento era la de formar una "República Chiquita" de indios, que operara al margen de la de los blancos. Los indios debían alzarse y apoderarse de las fincas para distribuir las tierras equitativamente. Conocido el plan por las autoridades, Lame fue capturado el 22 de enero de 1915, en el pueblo de Coetando, en Belalcázar, y trasladado a Popayán, ciudad en la cual estuvo preso durante nueve meses. Después de su reclusión aparentó entregarse a las faenas agrícolas, pero mantuvo sus actividades políticas. De esta forma logró desorientar a las autoridades que lo vigilaban y neutralizar los continuos rumores sobre la continuación de sus actividades proselitistas. Llegó a ser detenido en algunas poblaciones del Cauca, a las que se desplazó por distintos motivos, pero estas detenciones dieron pie para que Lame se quejara de las persecuciones de que era objeto, las cuales, a su vez, no eran infundadas. Los hacendados presionaban a las autoridades para que detuvieran al indio, a pesar de que no existían cargos que permitieran hacerlo en el marco de la ley. Sin embargo, el asalto del estanco de Silvia (Cauca) perpetrado por los indios, y las declaraciones de dos de los participantes sobre un proyecto para atacar pueblos y haciendas de la cordillera, dio base para que se ordenara su detención. Pero cuando la orden de captura se fue a hacer

efectiva, Lame desapareció. Se dedicó entonces a recorrer los pueblos, veredas y resguardos de la cordillera y a organizar su "gobierno chiquito" entre los indígenas del Cauca, Valle, Huila, Tolima y aun Nariño. Para entonces sus demandas no se limitaban a la supresión del pago del terraje, sino que buscaban que los indios tuvieran representación en el Congreso Nacional, para que pudieran expedir leyes que les fueran favorables.

En junio de 1916 las actividades políticas de Manuel Quintín Lame se suspendieron a raíz de su detención en San Isidro. De allí fue remitido a Popayán, a pesar de los esfuerzos de los indios de la región por liberarlo. En esta oportunidad su encarcelamiento dio lugar al desarrollo de debates periodísticos en Popayán, en los cuales la oposición al gobierno del presidente José Vicente Concha (1914-1918) se burlaba del Ejecutivo por considerar a Lame como un peligro para su estabilidad. Al mismo tiempo, en la región crecía el temor por las posibles reacciones de los indios. La libertad incondicional de Manuel Quintín Lame, ordenada por el juez en septiembre de ese año, no hizo sino encender el debate, debido al temor que inspiraba Lame en ciertos sectores. Una vez libre, Lame lanzó su consigna sobre la reconquista de Tierradentro y emplazó al alcalde de Belalcázar para que desocupara la población, lo cual dio lugar a un enfrentamiento entre los dos dirigentes, en el cual Lame resultó herido. A pesar de esta derrota, en noviembre de 1916 dirigió a los indígenas que se encaminaron a Inzá, donde fueron repelidos por las autoridades y por los indígenas que se le oponían, encabezados por Pío Collo. El enfrentamiento, en el que las fuerzas de Lame fueron repelidas, dejó un saldo de seis muertos, catorce heridos y varios indígenas paeces detenidos. Lame continuó entonces sus operaciones dentro de la clandestinidad. Después de encabezar algunos asaltos a fincas para abastecer a sus seguidores, se dirigió a Puerto Asís, de donde regresó a raíz de la muerte de su esposa Pioquinta. Después, en abril de 1917, encabezó un asalto a la hacienda San Isidro, que, al parecer, tuvo por objeto concentrar la atención de las autoridades en ese lugar, y huir hacia Cajibío. Para esa época, próxima a las elecciones, los liberales buscaron el apoyo de Lame, cuyos seguidores, sólo en el Cauca, ascendían a 50 000 indios. Lame optó por apoyarlos, sin embargo, uno de los miembros de la comisión liberal encargada de dialogar con el dirigente, lo entregó a las autoridades a cambio de 400 pesos. Se organizó entonces una emboscada, que logró sus objetivos a principios de mayo de 1917. Lame no sólo fue detenido, sino golpeado brutalmente y conducido de nuevo a Popayán. Esta vez la detención del dirigente fue larga y penosa. Tuvo que esperar cuatro años para que se llevara a cabo la audiencia pública para juzgarlo y, en la prisión, se le dio un trato que minó su salud, tal como lo denunció el propio Lame en carta dirigida al fiscal del juzgado, el 3 de octubre de 1918. En el juicio, que se realizó en abril de 1921, Lame asumió su defensa. Habló durante quince días consecutivos y, finalmente, el jurado de conciencia lo declaró culpable por los delitos de hurto, asonada, fuerza y violencia, y fue condenado a cumplir cuatro años y unos meses de prisión. Al computársele el tiempo corrido desde su detención, fue dejado en libertad el 23 de agosto de 1921. Entretanto, el encarcelamiento del líder había obligado a los indios a replegarse, al tiempo que se adoptaban medidas que iban contra su unidad. En 1920 se extinguieron varios resguardos del Tolima, que fueron parcelados y absorbidos por hacendados y dirigentes indios deseosos de ampliar sus terrenos. Varias comunidades indígenas formaron el Supremo Consejo de Indios, bajo la dirección de José Gonzalo Sánchez y Eutiquio Timoté, para defender los derechos y propiedades de los indígenas. Al salir Manuel Quintín Lame de prisión, fue llamado al Tolima para unirse al movimiento. Luego de pasar por Ortega, decidió volver a Bogotá a presentar sus quejas ante los "altos poderes". A principios de 1922 estaba en la capital, explicando los daños que sufrían los indígenas como consecuencia de la parcelación de los resguardos. Posteriormente, sin obtener ningún resultado concreto, regresó al Tolima y luego se dirigió al Huila, departamento en el que también había fuertes presiones para parcelar los resguardos indígenas.

En marzo de 1922, en San Roque de Caguán, en el Huila, las autoridades atacaron a los indígenas cuando celebraban una *minga* o reunión a la que asistiría Lame. En el choque resultaron muertos tres indígenas y otros más heridos, y Lame tuvo que huir nuevamente. Mientras tanto, el dirigente se defendía mediante memoriales enviados a las autoridades para demostrar que no era responsable de la masacre. Paralelamente trataba de dar solución a los problemas que vivían los indígenas de Ortega y Chaparral, cuyos resguardos habían sido parcelados. En un incidente que se produjo durante una *minga* que se hizo para levantar las primeras viviendas en Llano Grande y fundar el pueblo de San José de Indias, tuvo un intercambio de insultos con un vecino y terminó en la cárcel del Guamo. Esta vez su prisión fue corta y salió libre a fines de julio de 1922. En julio de 1924 se encontraba nuevamente en Bogotá, presentando sus quejas ante el gobierno. Luego retornó al recién fundado pueblo de San José de Indias, para dirigir su organización. Durante esta época alternó las gestiones judiciales en defensa de los indígenas, con la redacción de su libro *El pensamiento del indio que se educó en las selvas colombianas*, publicado bajo el título *En defensa de mi raza* (1971), que recoge su pensamiento y experiencias. Poco después se produjo su rompimiento con José Gonzalo Sánchez y Eutiquio Timoté, a raíz de la decisión de éstos de vincularse al partido comunista, en 1930. Lame, profundamente católico, nunca simpatizó con los postulados "ateos" de los comunistas. En 1931 fue nuevamente encarcelado, cuando la violencia política llegó hasta San José de Indias. En esa oportunidad fueron masacrados 17 indios del lugar, mientras otros 37 quedaron heridos. Manuel Quintín Lame fue conducido a la cárcel de Ortega, donde fue sometido a torturas y malos tratos durante los dos años de su permanencia en prisión. Al salir pudo apreciar de cerca los estragos de la violencia y el estado de postración en que había sumido a las comunidades indias. Siguió entonces su labor de defensa de los derechos indígenas por la vía legal, hasta que en 1938 pareció coronar el éxito, al decretar el gobierno la restitución de los resguardos de Ortega y Chaparral. Sin embargo, se trató de una ilusión pasajera. En 1939 las autoridades municipales, incitadas por los hacendados, se negaron a reconocer la reintegración de los resguardos y, además, gravaron las propiedades indígenas con el impuesto catastral. Una vez más Manuel Quintín Lame presentó sus quejas ante las autoridades municipales

y departamentales, sin obtener ningún resultado. Luego se dirigió a Bogotá, donde llegó a fines de 1942. Poco logró el dirigente en la capital, más allá de una conferencia que organizó el Instituto Etnológico Nacional para que expusiera sus planteamientos. Regresó a Ortega y desde allí continuó dirigiendo sus memoriales a las distintas autoridades, hasta poco antes de su muerte. Aunque la lucha por el respeto de los derechos indígenas en que se comprometió este líder no ha concluido, su proyecto sobre la representación de los pueblos indios en el Congreso es ya un hecho y cada día encuentran mayor aceptación los esfuerzos de los indígenas por conservar y mantener su identidad cultural.

MARTA HERRERA ÁNGEL

Movimiento Lamista

Hijo de terrazgueros, y terrazguero él mismo, Manuel Quintín Lame inició una campaña que buscaba eliminar la terrazguería; sin embargo, ésta no desapareció sino hasta finales de la década de los años setenta, bajo la presión del Comité Regional Indígena del Cauca (CRIC). Lame comenzó por investigar los títulos coloniales de las tierras de indios, concentrando su interés en los problemas de los resguardos, donde encontró gran acogida. Nombrado por los indígenas del Cauca, Defensor General de los indios, demandó ante el gobierno y la sociedad colombiana la expedición de una ley que ordenase la devolución de las tierras perdidas. Su influjo se extendió entre los resguardos más remotos del Valle del Cauca, Nariño, Putumayo, Huila y Tolima; y su figura comenzó a aparecer rodeada de un halo de leyendas. Desde las primeras décadas del presente siglo, el Movimiento Lamista se enfrentó a la aparición sucesiva de leyes que ordenaban la disolución de los resguardos de indios. De allí que el reconocimiento y aplicación de la ley 89 de 1890, que protegía los intereses de los indígenas, se convirtiera en bandera esgrimida por Lame a lo largo de su vida. Buscó la reivindicación de otros derechos que sólo fue posible ver consagrados en la Constitución de 1991, a saber: posesión de sus territorios, conservación de la cultura, educación, participación en las Cámaras Legislativas y derecho a ejercer su propio gobierno. Sus planteamientos, de hondo carácter indigenista, lo llevaron a proponer la creación de una República Chiquita de Indios, que pu-



Firma de Manuel Quintín Lame, 1934.

diera enfrentar a la República Grande de Blancos. Del mismo modo, rechazó la ayuda proveniente de los blancos y de distintas organizaciones que intentaron acercarse a su movimiento; nunca aceptó el ofrecimiento de abogados que quisieron representarlo en los incontables juicios en los que prefirió asumir su defensa. En la búsqueda de soluciones a los problemas de los indios, Lame extendió su acción política desde la presentación de respetuosos memoriales y demandas ante las autoridades competentes, hasta visitas a altos funcionarios del gobierno central e informes al Congreso de la República, en los que expuso la crítica situación de los habitantes de los resguardos. Bajo su orientación, surgieron tomas de poblaciones "blancas" o asentamientos urbanos formados sobre antiguos territorios de resguardos, como Inzá y Belalcázar en el Cauca. Su movimiento, dentro del cual sobresalió el indígena Rosalino Yajimbo, protagonizó repetidos intentos de levantamientos armados manteniendo la región caucana en estado de alerta.Su vocación autodidacta y el continuo ejercicio legal, convirtieron a Manuel Quintín Lame en gran conocedor de códigos y leyes que le permitieron adelantar numerosos litigios. Cerca de la población de Ortega, en San José de Indias, fundó dos escuelas y un pequeño centro administrativo donde atendía los reclamos de los indígenas. Así, el Movimiento Lamista se fue fortaleciendo en el sur tolimense, y vio surgir dentro de sus filas a otros líderes como José Gonzalo Sánchez y Eutiquio Timoté. Todos ellos se vieron envueltos en hechos que anunciaban la aparición posterior de una época de violencia que sacudió al país y que tuvo fuerte expresión en esa región del Tolima. Luego de afrontar reiterados episodios de violencia, como el asalto y destrucción de San José de Indias, períodos de cárcel, y el debilitamiento de su movimiento, Manuel Quintín Lame se vio obligado a establecerse en la población de Ortega, donde prosiguió su labor en defensa de los resguardos y de los indígenas que permanecieron fieles a sus orientaciones. Ni la violencia, ni la pobreza, ni la cárcel, ni el soborno o la enfermedad, lograron doblegar al infatigable Lame, quien logró ver reconocida la ley 89 de 1890 como rectora de la vida de las comunidades indígenas, y el restablecimiento, aunque sólo nominal, de la Gran Comunidad de Ortega-Chaparral, dos de los principales objetivos de su vida. El difícil curso de su existencia, entregada al servicio de los suyos, su pensamiento y en general su acción política han convertido a Manuel Quintín Lame en el líder indígena más importante del siglo XX en Colombia [*Ver tomo 2, Historia, p. 498; y tomo 6, Arte, "Colombia indígena, hoy", pp. 69-74*].

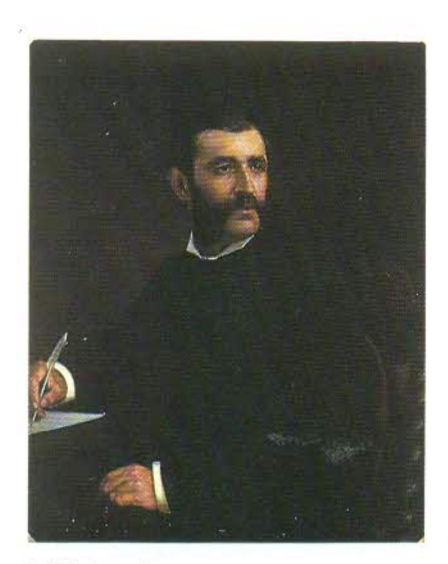
PIEDAD TELLO

Bibliografía

CASTRILLÓN ARBOLEDA, DIEGO. *El indio Quintín Lame*. Bogotá, Tercer Mundo, 1971. LAME CHANTRE, MANUEL QUINTÍN. *Los pensamientos del indio que se educó en las selvas colombianas* [1939]. Bogotá, Funcol, s.f. LAME, MANUEL QUINTÍN. *Las luchas del indio que bajó de la montaña al valle de la "civilización"*. Selección y notas, Gonzalo Castillo Cárdenas. Bogotá, Rosca de Investigación y Acción Social, 1973. TELLO, PIEDAD L. "Vida y lucha de Manuel Quintín Lame". Tesis de Grado, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá, 1983.

LARGACHA, FROILÁN

Político y estadista caucano (Popayán, diciembre 15 de 1823 - Bogotá, mayo 5 de 1892). La Convención de Rionegro designó, mientras sesionaba, un Ejecutivo Plural del cual hizo parte Froilán Largacha Hurtado como secretario del Tesoro y Crédito Nacional; ocupó el cargo entre el 10 de febrero y el 14 de mayo de 1863. Largacha estudió en Popayán hasta graduarse como abogado en 1844. Fue secretario y profesor de la Universidad del Cauca y juez parroquial; en varias ocasiones participó en las corporaciones legislativas de provincia y de la Nación. Experto en Hacienda, se desempeñó como secretario del Tesoro, de Relaciones Exteriores y de Hacienda. Al ser designado por la



Froilán Largacha.
Oleo de Felipe Santiago Gutiérrez.
Museo Nacional, Bogotá.

Convención de Rionegro, fue el único del Ejecutivo Plural que se desempeñó en Bogotá. Posteriormente colaboró en varios periódicos y fue redactor del diario *Paz y Progreso* de Popayán. Fue nombrado magistrado de la Corte Suprema de Justicia y desempeñó el cargo hasta su muerte.

MAGDALA VELÁSQUEZ TORO

Bibliografía

CARRIZOSA ARGÁEZ, ENRIQUE. *Linajes y bibliografías de los gobernantes de nuestra nación, 1830-1990*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1990.

LARREA, FRAY FERNANDO DE JESÚS

Misionero franciscano, autor místico y lingüista ecuatoriano (Quito, 1700 - Cali, noviembre 3 de 1773). Estrechamente vinculado a Colombia, donde fundó dos colegios de misiones, uno en Popayán y el otro en Cali, la memoria de fray Fernando de Jesús Larrea sobrevive al tiempo a través de la célebre *Novena de Aguinaldos*, de la cual es autor, y que se repite en las navidades colombianas. Hijo del licenciado Juan Dionisio de Larrea Zurbano, caballero de la Orden de Calatrava y oidor de las Reales Audiencias de Santafé de Bogotá y de Quito, y de doña Tomasa Dávalos, quiteña, fray Fernando de Jesús vistió el hábito franciscano en el convento de la Recolección de San Diego de Quito, a los 16 años. Ordenado sacerdote en 1725, fue dedicado a la enseñanza de la filosofía y de la teología. Su carrera de predicador de misiones populares la inauguró en 1732, con ocasión de las fiestas de Quito en honor de la Virgen del Quinche. Llegó a Popayán en 1739 para revitalizar el convento de misiones que allí había, dedicándose con tal empeño, que vino a transformarlo en el famoso Colegio de Propaganda Fide de la ciudad, que lo considera como su auténtico fundador. En 1742 se dedicó a predicar en misiones populares en el Valle del Cauca, Cundinamarca, Boyacá, Santander y Tolima; pero su obra más importante fue la fundación del Colegio de Misiones de San Joaquín de Cali, en 1757, el cual aún pervive como convento de San Francisco, con las dos iglesias a él anexas y su torre mudéjar. Además de incansable predicador por todos los rincones de Colombia, fray Fernando de Jesús tuvo el carisma de la dirección espiritual, contándose entre sus dirigidas la célebre doña Clemencia Caicedo, fundadora del monasterio y colegio de La Enseñanza en Bogotá, en 1766. La prodigiosa actividad misionera de fray Fernando se prolongó casi hasta el año de 1770; su muerte se produjo en el convento de San Joaquín de Cali, en 1773, y allí reposan sus venerables restos. Su *Novena de Aguinaldos*, que aún se recita en Colombia con las numerosas variaciones que se le han hecho a lo largo de dos siglos, fue reimpresa en su edición original en diciembre de 1987, por el Instituto Caro y Cuervo. Manuel Jiménez de la Espada se inclina a creer que el padre Larrea también es autor del *Vocabulario de la lengua general de los indios del Putumayo y Caquetá*. Los *Viajes misioneros del P. Larrea*, publicado en 1948 por el historiador caleño Alfonso Zawadski, constituyen una narración autobiográfica de las andanzas misioneras de su autor.



Fray Fernando de Jesús Larrea.

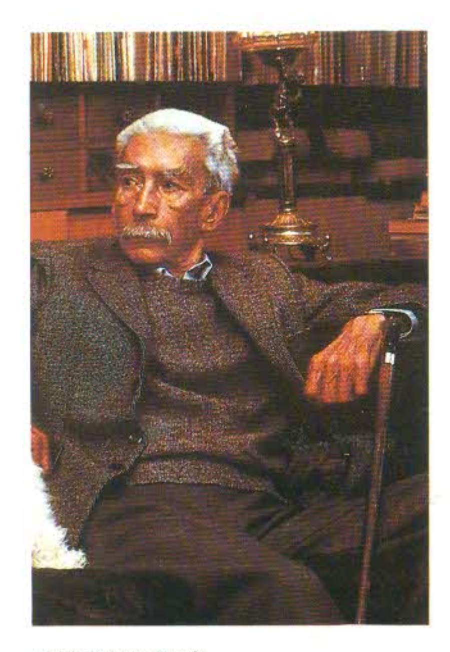
LUIS CARLOS MANTILLA

Bibliografía

MANTILLA, LUIS CARLOS. *Cali y su convento de San Francisco*. Bogotá, 1985.

LATORRE RUEDA, MARIO

Abogado, político y politólogo santandereano (San Gil, septiembre 30 de 1918 - Bogotá mayo 4 de 1988). Mario Latorre Rueda, don Mario, como se le conocía coloquialmente, representó corporalmente el arquetipo del famoso coronel Aureliano Buendía, ideado por su amigo Gabriel García Márquez. Bachiller del Gimnasio Moderno de Bogotá, graduado en 1936, posteriormente cursó estudios de Derecho en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde se graduó en 1941. Entre 1947 y 1948 se especializó en Derecho Penal en la Universidad de Roma, estudió luego en el London School of Economics y obtuvo su doctorado en Ciencia Política en la Universidad de París, en 1952. En 1954 regresó al país y se vinculó como profesor a la Universidad Libre. Aunque para algunos comentaristas de la vida nacional Mario Latorre vivió y murió cerca de la política y lejos del poder, su vida profesional se desarrolló en tres frentes: el derecho, la política y la politología. Como abogado ocupó los cargos más destacados dentro del ejercicio de esa profesión, fue consejero de Estado y magistrado de la Corte Suprema de Justicia. En el campo de la política, fue partidario de las ideas contrarias al Frente Nacional preconizadas por el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), encabezado por Alfonso López Michelsen, y colaboró en el semanario político *La Calle*, que expresaba la posición de ese grupo. Fue además diputado y presidente de la Asamblea en Santander, representante a la Cá-



Mario Latorre Rueda.

mara y presidente de esa corporación, y gobernador de Santander entre 1960 y 1961, cargo público que, según confesó alguna vez, fue el que más le gustó haber desempeñado. En la academia fue fundador, profesor y decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas de la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP); a mediados de la década del sesenta, fue decano de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional y, durante las administraciones de Carlos Lleras Restrepo y de Misael Pastrana, rector de esa Universidad. Desde 1969 se vinculó al Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes, al cual perteneció hasta su muerte. En el campo de la teoría política, aunque fue profundo conocedor de las ideas en boga en Europa y Estados Unidos, consideró que la realidad nacional tenía una dinámica propia que frecuentemente no encajaba en esos esquemas. Sobre el particular, su libro *Hechos y crítica política* (1986) concluye con la observación de que el carácter de los partidos políticos colombianos «no encaja ni en esquemas ni libros extranjeros. Son, dígase lo que se quiera, propios, originales. ¿Es demasiada petulancia pretender que este país tropical, mestizo, analfabeta tiene una historia propia y original, aunque sean rasgos únicamente, aun en la política y los partidos? No, es que éste, qué se va a hacer, es también un país único; eso, qué se le va a hacer, es el pan de cada día». Durante la campaña electoral que llevó a la Presidencia de la República a Virgilio Barco, Mario Latorre tuvo la oportunidad de reelaborar sus críticas hacia el Frente Nacional y volcarlas en el esquema gobierno-oposición del cual fue uno de los principales ideólogos. Según Latorre, con el Frente Nacional se había eliminado la competencia por el poder, lo que constituía la esencia de la política, y se había bloqueado al sistema político. El esquema gobierno-oposición buscaba poner fin a esta traba a la oposición legal, que alimentaba la otra oposición, la que se desarrollaba por las vías de la subversión. Ideólogo de este esquema, Latorre pudo observar durante un año largo antes de su muerte, la polémica que desató su aplicación.

MARTA HERRERA ÁNGEL

LEMAITRE ROMÁN, EDUARDO

Historiador, periodista y escritor cartagenero, nacido en 1914. Bachiller del Colegio del Rosario y doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional, Eduardo Lemaitre Román cursó estudios de especialización en Derecho Administrativo en la Universidad de París, y Estudios Hispánicos en la Universidad Central de Madrid. Actual presidente de la Academia de Historia de Cartagena, es miembro correspondiente de diversas academias colombianas y extranjeras, entre ellas la Academia Colombiana de Historia. Ha sido rector de la Universidad de Cartagena y profesor de Humanidades de la Universidad de los Andes. En el campo de la administración, Lemaitre ha desempeñado importantes cargos en la empresa privada y en firmas de su propia familia (Daniel Lemaitre y Cía.) o fundadas por él, como Gráficas El Faro y otras. Como político ha sido varias veces concejal de Cartagena, representante a la Cámara en 1943, senador de la República en 1950, gobernador del Departamento de Bolívar en 1962, y embajador ante las Naciones Unidas y la Unesco. El gobierno del presidente Julio César Turbay, en 1982, le confirió una de las más altas distinciones en Colombia, la Cruz de Boyacá. Como periodista, Lemaitre fue propietario y director de *El Fígaro* de Cartagena entre 1941 y 1948, cuando fue quemado durante los disturbios del 9 de abril. En 1949 fue director de *El Siglo*, donde su gestión fue polémica, puesto que en el primer editorial escribió que se disponía «a trabajar por el entendimiento nacional. Es imposible que la política siga en el tono de la estridencia». Sin embargo, la prensa liberal consideró que la columna editorial de *El Siglo* mantenía el tono beligerante y no le daba «suavidad» al tema político. También ha sido columnista semanal, durante varios años, de *El Tiempo*. Sus obras de carácter histórico son: *Cartagena en el siglo XVIII* (1949), *Rafael Reyes* (1952), *Antecedentes y consecuencias del once de noviembre de 1811: testimonios relacionados con la gloriosa gesta de la independencia absoluta de Cartagena de Indias* (1961), *Panamá y su separación de Colombia* (1971), *Cartagena colonial* (1973), *La bolsa o la vida, cuatro agresiones imperialistas contra Colombia* (1974), *Cartagena de Indias* (1976), *Epistolario de Rafael Núñez con Miguel Antonio Caro* (1977), *Núñez y su leyenda negra* (1977), *Breve historia de Cartagena 1501-1901* (1979), *Bolívar, de Cartagena a Santa Marta* (1980), *Autógrafos de varias personas de gran distinción y elevado carácter oficial* (1983), *El general Juan José Nieto y su época* (1983), *Historia del Canal del Dique: sus peripecias y vicisitudes* (1982), *Contra viento y marea. La lucha de Rafael Núñez por el poder* (1990). Lemaitre dice que la "actividad literaria" con la que más se identifica es con la historia. No se considera un historiador, pues ésta



Eduardo Lemaitre.

es «una palabra muy grave, muy seria, muy garbosa. Yo soy un divulgador. Me siento capaz de divulgar la historia en una forma tratable, amena, seria y divertida al mismo tiempo». (*El Espectador*, septiembre 10 de 1978). La enorme recepción de sus obras se debe precisamente a la amenidad de su prosa y a la fuerza narrativa que atrapa al lector desde la primera hasta la última página, sin restarle mérito al rigor histórico; en especial su *Historia general de Cartagena* (1983) ha sido catalogada como un "clásico" dentro de las obras de síntesis histórica del país. Lemaitre es autor de las obras de teatro: *La aventura de don Melón y doña Endrina* (1961), basada en textos del *Libro del buen amor* del Arcipreste de Hita y de *La Celestina* de Fernando de Rojas, y estrenada en el teatro de Colón por la Cooperativa de Artistas La Carreta, bajo la dirección de Bernardo Romero Lozano, durante el festival de teatro de ese año; *Ifigenia* (1966), basada en la novela del mismo nombre de la escritora venezolana Teresa de la Parra, y estrenada por un grupo de artistas de la Televisora Nacional, primero en Cartagena y después en el Teatro Colón; y *Siempre esclavo*, inédita. Sus piezas teatrales fueron escritas y representadas durante la década del sesenta, época del teatro experimental, de vanguardia y del movimiento estudiantil en todos los órdenes, especialmente dentro del teatro. Por ello Lemaitre consideraba que el país había comenzado en materia teatral por el final, puesto que el teatro moderno de vanguardia «es muy complicado» y sólo una pequeña minoría podía entender «de sutilezas psicológicas y literarias». Cuando estrenó *Ifigenia*, se refirió a ella como una pieza «elemental», escrita por un «burgués para burgueses», que no «despierta inquietudes patológicas». Además, Lemaitre escribió para televisión diez libretos sobre temas históricos colombianos, producidos bajo el nombre *Revivamos nuestra historia*.

MARINA LAMUS OBREGÓN

Bibliografía

ALVAREZ GARDEAZÁBAL, GUSTAVO. "La Cartagena de Lemaitre". *El Colombiano*, Suplemento dominical, Medellín, julio 27 de 1980. ARAUJONOGUERA, CONSUELO. "Valores costeños: Eduardo Lemaitre. Un literato pasteurizado políticamente". *El Espectador*, septiembre 10 de 1978, pp. 18A-19A. "Eduardo Lemaitre, historiador colombiano". *El Espectador*, marzo 15 de 1982, p. 2A.

LEMAITRE ROMÁN, HERNANDO



Hernando Lemaitre.
Oleo de Enrique Grau, 1953.
Colección particular.

Acuarelista y paisajista cartagenero (diciembre 25 de 1924 - febrero 17 de 1970). Hijo de Daniel Lemaitre Tono y Clara Román de Del Castillo, al finalizar sus estudios secundarios viajó a Estados Unidos, donde ingresó al Mount Saint Mary College de Enmitsburg, Maryland; luego estudió arte comercial en el Abbot School de Washington, y acuarela en la escuela de Elliot O'Hara en North Truro, Virginia, y con Jerry Farusvorhs en Cape Code, Massachusetts (1947-1951). A su regreso a Colombia, Hernando Lemaitre Román hizo dos exposiciones individuales: una en Cartagena, en 1951, y otra en Bogotá, en la Galería Leo Matiz, en 1952. Este mismo año se casó con Catalina Cavelier Vélez, con quien tuvo tres hijas: Clara Helena, Eugenia y Florina. En 1953, invitado por su padre, vino a Cartagena el acuarelista español Vicente Pastor Calpena, quien fue su profesor. Pintaron juntos por espacio de seis meses. Más tarde se encontraron en Europa, cuando Lemaitre fue a estudiar perfumería en Francia para trabajar en una industria familiar (la fábrica de jabones Lemaitre). Expuso frecuentemente en Cartagena, Bogotá y Medellín; y fue director, durante varios años, del Museo de Arte Moderno de Cartagena. Lemaitre trabajó casi exclusivamente en acuarela; hizo paisajes en los que reprodujo los fragmentos más significativos de la ciudad, rincones del centro amurallado, paisajes marinos, sus calles y gentes, con una técnica cuidadosa y refinada. En su trabajo logró atrapar con destreza la luminosidad y la atmósfera de su querida Cartagena, donde es especialmente admirado y respetado. Después de su muerte se organizaron dos retrospectivas de sus obras, una en el Museo de Arte Moderno de Bogotá, en 1973, y otra en la Galería del Banco Ganadero de Cartagena, en 1980 [*Ver tomo 6, Arte, p. 124*].

MARÍA CLARA MARTÍNEZ RIVERA

Bibliografía

DE LA ESPRIELLA, RAMIRO, FABIO LOZANO SIMONELLI, ALEJANDRO OBREGÓN y RAMÓN DE ZUBIRÍA. *Hernando Lemaitre*. Bogotá, Seguros Bolívar, 1980.

